Antología universal

de los mayores genios literarios

por

Guillermo Jünemann

B. Herder - Friburgo de Brisgovia

1883
14-6

1537

1,1-123946 ĖB-342230 DEP-634

DEPOSITO

10000342230

634

Otra obra del mismo autor:

Historia general de la Literatura. Cuarta edición, enteramente reformada. Con 55 retratos y una lámina-frontispicio. Recomendada por el Ministerio de Instrucción pública de España y adoptada como texto en los Institutos oficiales de Venezuela. En 8º (XIV y 318 págs.) En rústica *Fr.* 3.50; en tela *Fr.* 4.25.

«Hacía falta un libro de esta naturaleza, porque obras magistrales de literatura hay muchas y muy buenas en todas las lenguas; pero libros didácticos, breves y concisos, donde en rápida vista panorámica se pueda conocer la literatura de todos los países en todos sus diversos momentos históricos, no hay ninguno que reúna, al menos, las condiciones del que nos ocupa. Si á esto se añade que el libro va adornado de retratos de los grandes escritores, retratos de gran fidelidad histórica, y que la impresión, así como todos los demás elementos materiales, son inmejorables, se comprenderá la razón por que felicitamos al autor y á la casa editorial.» (La Ilustración, Madrid.)

«Aunque el Sr. Jünemann parece que sólo hubiera querido escribir una obra de enseñanza, destinada á estudiantes, por su forma elegante y valiosa, y por su fondo de escrupuloso estudio, de severa crítica y de notables observaciones, merece un lugar preferente en las bibliotecas de nuestros hombres de letras.

«En las páginas de su historia no se leen las frases conocidas, que se aplican corrientemente á los autores que han ilustrado la literatura; sino frases nuevas y sobrias, y que á veces sorprenden, porque corresponden á un estudio directo y á un criterio propio, apasionado por los fueros de la justicia.» (El País, Concepción [Chile].)

«Sería difícil tratar mejor un plan tan vasto reducido á las necesidades del libro útil para el estudio y la consulta, y agradable, al mismo tiempo, al espíritu deseoso de instrucción y grato solaz. Escrito en lenguaje claro y correcto, el libro del Sr. Jünemann está inspirado en los más puros principios de la moral cristiana y en los altos fines del ideal católico.» (El Tiempo, México.)

Museo Vaticano. Fot. de Anderson.

Apolo tocando la cítara.

R. 27.411

ANTOLOGÍA UNIVERSAL

DE LOS MAYORES GENIOS LITERARIOS

POR

GUILLERMO JÜNEMANN.

Lo mejor de lo mejor.

CON UNA AUTOTIPIA.

BIBLIOTECA PÚBLICA PALENCIA

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA Y SAN LUIS.

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

Tipografía de B. Herder en Friburgo de Brisgovia. 1910.

PRÓLOGO.

El conocimiento de los genios literarios es el de las literaturas por ellos inspiradas y representadas; es el de los más altos vuelos del espíritu humano y el cristal limpidísimo en donde se retratan el ingenio y la civilización de los grandes pueblos y de las grandes épocas de la historia.

Es este conocimiento la única escuela de las letras y del buen gusto; la cual en una sola de sus páginas, concienzudamente leída y meditada, suele enseñar más que cien tratados de literatura.

Estas indiscutibles ventajas, y el placer de sondear, en sus obras, las honduras del alma de tan eminentes hombres, y oir allí el eco de las mayores vicisitudes de su vida; y sentir el goce purísimo que proporcionan á la inteligencia y al corazón esos raudales de luz, dones inapreciables del cielo, y ciertas ráfagas de su belleza: he aquí lo que nos ha movido á emprender la ardua tarea de trasladar escrupulosamente al español el pensamiento, estilo y lenguaje de las más culminantes producciones del espíritu, según los mejores textos originales, con todo el profundo respeto á que tienen derecho perfectísimo y que nos merecen esos ilustres muertos, vivas lumbreras y gloria del humano linaje.

Nota. No pretendemos, por cierto, calificar de genios á todos los autores que figuran en este libro: no basta un pensamiento ó una composición breve geniales para que sus autores pertenezcan á los mayores ingenios.

Advertimos esto, sobre todo, respecto de la lírica alemana; que en su conjunto muy bien se puede considerar como genial.

ÍNDICE.

LITERATURA HEBREA.

Pentateuco. Pág.
Cántico de Moisés 1
Profecía de Balaam 2
El libro de los Jueces.
Cántico triunfal de Débora . . . 3
Libros de los Reyes.
Treno de David á la muerte de Saúl y Jonatás 4
El libro de Job.
Terrible y justo, castiga Dios al impío 5
Grandeza de Dios 5
El avestruz y el caballo 6
Salmos de David.
Triunfo del Mesías 7
Grandeza de la ira divina 8
Grandeza de la creación y de la ley divina 8
Plegaria del Mesías 9
Acción de gracias 10
Plegaria 10
La magnificencia de Dios en la creación 11
Maravillas del Señor á favor de su pueblo 12
Salva el Señor á los que le invocan 14
La salida de Egipto 15
Los cautivos en Babilonia 16
Canten al Señor todas las criaturas 16
Proverbios.
Elogio de la Sabiduría 17
Exhortación á la temperancia. Retrato de la mujer fuerte 17
Cantar de los Cantares. Pág.
Éxtasis amoroso de la amada . . 18
Sabiduría.
Incomparable es la Sabiduría . . 19
Eclesiástico.
Elogio de la Sabiduría 20
Isaías.
Pasión y gloria del Mesías . . . 20
Gloria de la nueva Jerusalén . . . 21
Jeremías.
De las Lamentaciones:
Humillación y abandono de Jerusalén 22
La ciudad desolada 23
Baruch.
Elogio de la Sabiduría divina . . 24
Habacuc.
La grandeza de Dios 25
Evangelio de San Lucas.
Confianza en la Providencia . . . 26
Evangelio de San Juan.
Jesús sana al ciego de nacimiento . 27
Epístolas de San Pablo.
¡Por la tribulación y el amor de Cristo á la gloria! (Rom. 8) 28
Excelencia y caracteres de la caridad (2 Cor. 13) 29
Apocalipsis.
El himno al cordero 29
El juicio 30
La renovación universal y la nueva Jerusalén 30

LITERATURA GRIEGA.

Homero.
De la Ilíada:
Peste, ira 31
Comparaciones de la marcha de los ejércitos 36
Helena, los ancianos y Príamo . . 37
Fin de la tregua. Agamenón revista el ejército 38
Proezas de Diomedes 45
Diomedes y Clauco 57
Héctor y Andrómaca 59
Hazañas de Agamenón 63
Héctor rompe la puerta del muro . 67
Neptuno va por el mar 67
Héctor ataca la armada griega . . 67
Áyax defiende las naves 68

Pág.

Lucha por el cuerpo de Patroclo . 68
Aquiles clama aterrando á los ilienses 70
Fabrica Vulcano el escudo de Aquiles 71
Muerte de Héctor 74
Juegos fúnebres por Patroclo . . 80
Rescate de Héctor. 90
De la Odisea:
Tempestad. Naufragio de Ulises . 99
Arribo de Ulises á los feacenses . 100
Demódoco 102

Epigramas 103
De la Antología helénica . . . 103

Anacreonte.
Á la rosa 104

Píndaro.
Pítica I. Á Hierón Etneo, auriga . 105

Ésquilo.
Del Prometeo 107
De los Persas 110
De las Suplicantes 114

Pág.

Del Agamenón 117

Sófocles.
Antígona 119

Eurípides.
Medea 135

Aristófanes.
De las Aves 152
De las Ranas 152

Menandro.
De los Apelantes 154

Heródoto.
Combate de las Termópilas . . . 158
De la batalla de Salamina . . . 161

Demóstenes.
Arenga por la corona 162

Platón.
Apología de Sócrates 201
Fedón, ó del alma 219

San Juan Crisóstomo.
La homilía por Eutropio 229

LITERATURA LATINA.

Virgilio.
De la Eneida. Descripción de los infiernos 234

Horacio.
Á Grosfo 236
De la oda á Julio Antonio . . . 236

Ovidio.
Procnis y Céfalo 237
Á la muerte de Tíbulo 238
De las Metamorfosis:
El caos 239
La creación 239
Dafne 240
La envidia 241
Acteón 241
Andrómeda 242
Céix y Alcíone 242
Polixena 246

Cicerón.
La ley suprema (De la Rep. III) . 247
Del sueño de Escipión (De la Rep. VI) 247
Del diálogo sobre la vejez . . . 249
Filípica XIV contra Marco Antonio 252
Oración por Milón 260

HIMNOLOGÍA MEDIEVAL.

Canto de cuna 283
Stábat Mater 284
Dies iræ 284

LITERATURA ESPAÑOLA.

Fray Luis de Granada.
De la Oración y Meditación . . 286
De la Guía de pecadores . . . 287
De la Introducción del símbolo . 288
Del Memorial de la vida cristiana . 288

Fray Luis de León.
Oda á Salinas 289
De los Nombres de Cristo . . . 289

Lope de Vega.
Del «Duque de Viseo» 292
De «La mayor virtud de un rey» . 292
De «El molino» 293
De «La buena guarda» 295
Los Tellos de Meneses 299

Tirso de Molina.
De «La venganza de Tamar» . . 309
De «La prudencia en la mujer» . 310

Ruiz de Alarcón.
De «La verdad sospechosa» . . . 312
De «El tejedor de Segovia» . . 313
De «El examen de maridos» . . 313
De «Mudarse por mejorarse» . . 314

Calderón.
De «La vida es sueño» 315

Pág.

De «El mágico prodigioso» . . 316
De «La niña de Gómez Arias» . 319
De «El alcalde de Zalamea» . . 319

Cervantes.

Del Quijote:
Del escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de Don Quijote 326
Razones que pasó Sancho Pansa con su señor, con otras aventuras . 329
De la aventura que les sucedió con un cuerpo muerto 333

Juan Meléndez Valdés.

El céfiro 337
El jilguero 338
La incertidumbre 338
De Dorila 339
Á las estrellas 339

José Zorrilla.

Granada 340

LITERATURA PORTUGUESA.

Camoens.

De los Lusíadas:
Invocación 342
Doña Inés de Castro 343
Heroísmo de Egas Moniz . . . 345
Fe de Alfonso 345
Arrojo del rey Juan I 346
Embargo de Vasco de Gama y discurso de un anciano filósofo . . 347
Tromba marina 348
El palacio de Neptuno 348
Tempestad 349

LITERATURA FRANCESA.

Racine.

Atalía 351

Bossuet.

Oración fúnebre del príncipe de Condé 374

LITERATURA ITALIANA.

Dante.

De la Divina Comedia:
Francisca de Rímini 393
Aparición de Beatriz 394
La escala de oro. — San Pedro Damiano 395
Cristo. — María 396

Tasso.

De la Jerusalén libertada:
Invocación 397
Envío de Gabriel 397
Olindo y Sofronía 397
Asamblea infernal 399
Muerte de Clorinda 400

LITERATURA ALEMANA.

Klopstock.

De la Mesíada:
Coloquio de Eloa y Gabriel . . 401
Porcia 401
Cantar de Eloa 403
María y Porcia 403
Trenos alrededor del cadáver de Jesús 406
Muerte de María, hermana de Lázaro 409

Odas:
Sepulcros tempranos 411
Cántico vernal 412
Las horas de inspiración 413
Temor de la amada 413
Aprendizaje 413
Las dos musas 414
Á Giseke 414
De los mundos 415
Su muerte 415
Su merecido 415
Arminio y Tusnelda 416
Epigramas 417

Lessing.

De las cartas sobre el arte antiguo 418
De la dramaturgia hamburguesa . 420
Cartas de la 2ª parte de los «Escritos» 422
De las controversias teológicas . 426

Bürger.

Consuelo 427
Susana 427
Leonor (Lenore) 428

Gœthe.

El arpista 431
Lamento del pastor 431
Melancolía 431
Placer de la melancolía 431
Hallazgo 431
Mignon 432
El pescador 432
Calma de mar 432
Bonanza 432

Pág.

Nocturno del peregrino 432
Canto de los espíritus sobre las aguas 433
Del Fausto 433
De Hermann y Dorotea 434

Schiller.

El caballero de Toggenburg . . 443
Rodolfo de Habsburgo 444
Dignidad de la mujer 445
Canción de la campana 446
La fianza 450

Hölderlin.

Á mi abuela 452

Brentano.

Texto para el oratorio de Ett . . 453
En el Rhin 453
Envío de los cuatro ángeles al mundo 454

Uhland.

El bandido 457
El peregrino 457
El ciervo blanco 458

Eichendorff.

Noche de luna 458
Canto matinal 458
Calma de mar 458
De noche 459
Tierra extranjera hermosa . . . 459
Nostalgia 459
Saludo primaveral 459
Paisaje crepuscular 459
Serenata 459
La sosegada 460
Noche primaveral 460
Adiós 460
La niña 460
Resignación 460
El nauta 461
Toque de agonía 461
El piloto 461
Á la muerte de mi hija 461
En mi cumpleaños 463
Á un ahijado en su natalicio . . 463
De ángeles y de angelotes . . . 463

Pág.

Creación de la tierra 464

Heine.

La inocencia 465
Instabilidad humana 465
Loreley 465
Lágrima perdida 465
Childe Harold 465
En barquichuelo 466
¿Dónde? 466

Grillparzer.

Despedida 466
El convaleciente 467
La vuelta del niño 467
Adiós á Gastéin 467
Lope de Vega 468
Beethoven 468
Clara Wieck y Beethoven . . . 469
De «Melusina» 470
De «El sueño es vida» 471
De «Del mar y del amor las olas» 472

Droste-Hülshoff.

La palabra 474
Últimas palabras 475
La madre junto á la tumba de su hija 475
Su merecido 476

Weber.

De los «Trece Tilos» 477

Reuter.

De «Mis rusticaciones» 486

Grün.

Deseo cumplido 492
La poesía es inmortal 492

Lenau.

Cantar de las cañas 493

Hensel.

Cristo en el Evangelio 493
Alabanza muda de Dios 493

Gerok.

Culto infantil 493
La rosa en el polvo 494

Geibel.

Plegaria por los pecadores . . . 494

LITERATURA INGLESA.

Shakespeare.

Macbeth 496

Milton.

Del «Paraíso perdido»:

Arenga de Satanás 526
Invocación á la luz 526
Del soliloquio de Satanás . . . 527
Descripción del paraíso 527
Del discurso de Eva á Adán . . 528
De otro discurso 528
Descripción de la gruta de Adán y Eva 528
Apóstrofe al amor conyugal . . . 529
Plegaria matinal de Adán y Eva . 529
La creación 530

LITERATURA HEBREA.

PENTATEUCO[1].

EL más antiguo é importante libro histórico, no sólo de la Biblia, sino del mundo entero, es el *Pentateuco* (ó sea, *cinco libros en un volumen*), que consta de Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Fué escrito, á lo menos en cuanto á la substancia, entre los siglos XVI y XV antes de J. C., por MOISÉS, el célebre caudillo del pueblo hebreo. Literaria é históricamente considerado, figura el Génesis á la vez como el libro principal del Pentateuco y como la más acabada y sublime historia. La de José (c. 37 y sgs.) tiene, en medio de gratísima sencillez, el movimiento y colorido del drama. El episodio de Balaam (Bileam; Núm. c. 22) está narrado con gran sublimidad; y espléndidamente lírica es su profecía. Nótese también la sublimidad del último adiós y profecía de Jacob á sus hijos (Gén. c. 49), y la de las postreras palabras de Moisés á su pueblo (Deut. c. 32 y 33). Como poesía lírica perfecta se ha de considerar el cántico de Moisés después del paso del Mar Rojo (Éx. c. 15).

CÁNTICO DE MOISÉS.

(Éxodo c. 15.)

Cantemos al Señor: porque glorioso
se engrandeció: caballos y montados
precipitó en la mar.
Mi fuerza es el Señor y mi alabanza;
que ha sido él mi salud.
Él es mi Dios: le loaré;
Dios de mi padre: ensalzaréle.
Es el Señor como hombre de batalla;
su nombre: Omnipotente.
De Faraón los carros y el ejército
lanzó en el mar:
sus escogidos príncipes se hundieron
en el Bermejo Mar.
Cubriólos el abismo:
bajaron al profundo, como piedra.
Tu diestra, oh Señor, se ha engrandecido
en su poder:
Tu diestra, oh Señor, al enemigo
hirió: á tus adversarios derribaste
en la grandeza de la gloria tuya:
tu cólera mandaste: como á paja
los devoró.
Y al soplo del furor tuyo cuajáronse
las aguas:
la onda corriente
paróse: los abismos se juntaron
en medio de la mar.
Dijo el contrario:
«Perseguiré y aprehenderé;
repartiré despojos;
mi alma hartaráse;
desnudaré mi espada:
los matará mi mano.»
Sopló tu aliento: y los cubrió la mar:
se sumergieron, cual el plomo,
en las furiosas aguas.
¿Quién es entre los fuertes semejante
á ti, oh Señor? ¿quién semejante á ti,
en santidad magnífico, terrible
y loable, y hacedor de maravillas?
Extendiste tu mano:
y los tragó la tierra.
Ductor al pueblo has sido
que en tu misericordia redimiste:
llevástele en tu fuerza
á tu mansión sagrada.
Ascendieron los pueblos y se airaron:
dolores aduñáronse
de los de Filistea.
Entonces conturbáronse
los príncipes de Edom:

[1] Las reseñas histórico-críticas que preceden á los trozos, están tomadas de la «Historia de la Literatura Universal» del mismo autor (Friburgo 1907, Herder, 3ª ed.).

á los valientes de Moab
señoreó temblor:
heláronse los moradores
todos de Canaán.
Sobre ellos caiga miedo
y espanto, en la grandeza de tu brazo.
Inmobles, como peña, queden,
mientras, Señor, el pueblo tuyo pase;
mientras pase este pueblo tuyo,
que te ganaste.
Los introducirás y de la herencia
tuya en el monte plantaráslos,
en tu firmísima morada,
que es, oh Señor, tu hechura,
santuario tuyo, que afianzaron
tus manos, oh Señor.
El Señor reinará
eternamente y siempre.
Pues de Faraón las fuerzas cabalgantes
entrado han con sus carros y jinetes
al piélago, y del piélago las aguas
sobre ellos el Señor ha reducido.
Mas de Israel los hijos por el fondo
seco anduvieron en mitad del mar.

PROFECÍA DE BALAAM.

(Núm. c. 24.)

Y cuando Balaam vió que agradaba al Señor bendijese á Israel, no se alejó ya, como antes había ido en busca de augurio; sino que volvió la faz al desierto, y levantó los ojos, y vió á Israel habitar en sus tiendas, por tribus; y el espíritu de Dios cayó sobre él, y comenzó su parábola y dijo:

«Dice Balaam, el hijo de Beor;
dice el hombre que tiene
cerrado el ojo [1];
dice el que escucha
de Dios palabras;
que una visión contempla
del Todopoderoso y cuyos ojos,
cuando sucumbe [2], se abren:
¡Cuán bellas son tus tiendas, oh Jacob;
tus pabellones, oh Israel!
cual nemorosos valles;
cual regadizos huertos
junto á los ríos;
cual tabernáculos que Dios fijó;
cual cedros cerca de las aguas.
Saldrá agua de su cubo:
y en muchas aguas su simiente
se tornará. Su rey será por causa
de Agag quitado: el reino arrancaránle.
Sacóle Dios de Egipto;
y su fuerza semeja
la del rinoceronte.
Devorarán las enemigas gentes;
triturarán sus huesos;
y las traspasarán con flechas.
Se ha recostado y duerme como león
y como leona, á la que nadie
se atreve á despertar.
Quien te bendiga, ése bendito sea:
quien te maldiga, maldición será.»

Y se airó Balac contra Balaam, y batiendo sus palmas dijo: «Para maldecir á mis enemigos te he llamado, y tú, al contrario, por tercera vez los has bendecido. Vuelve á tu lugar. Pensaba yo honrarte magníficamente; pero el Señor te ha privado de la prevenida honra.» Respondió Balaam á Balac: «¿No dije á los mensajeros que me mandaste: 'Si Balac me da llena de plata y de oro su casa, yo no podré preterir la palabra del Señor, mi Dios, para sacar de mi corazón nada ni bueno ni malo, sino que, cuanto me dijere el Señor, eso diré'? Sin embargo, cuando yo vuelva á mi pueblo, aconsejaré lo que tu pueblo haga á este pueblo en el tiempo postrero.»

Y comenzando su parábola, dijo de nuevo:

«Dice Balaam, el hijo de Beor;
dice el hombre que tiene
cerrado el ojo;
dice el que escucha
de Dios palabras;
que del Altísimo el saber conoce;
que una visión contempla
del Todopoderoso y cuyos ojos,
cuando sucumbe, se abren:
Veréle, mas no ahora:
mirarle he, mas no cerca:
un astro sale de Jacob;
un cetro se alza en Israel,
y de Moab los príncipes quebranta
y la prole de Set toda extermina.
Y su heredad será Idumea;
Seir tocará en herencia al enemigo.
Mas obrará Israel varonilmente.
Vendrá desde Jacob
el que ha de dominar y las reliquias
destruir de la ciudad.»

Y cuando vió á Amalec, comenzó su parábola y dijo:

«Primicias de las gentes Amalec,
su fin es perdición.»

[1] para ver el porvenir. [2] al éxtasis.

Y vió también á los Cinitas, y comenzó su parábola y dijo:
«Robusta es ciertamente tu morada;
mas, aunque colocases en la peña
tu nido, y te escogieran del linaje
de Cin, ¿cuánto durar podrías?
que Asur te cogerá.»

Y recomenzó su parábola y dijo:
«¡Ah! ¿quién vivirá, cuando Dios haga tal?
En trirremes vendrán desde Italia;
á los asirios superan,
y á los hebreos devastan,
y ellos mismos perecen al fin.»

EL LIBRO DE LOS JUECES.

DESARRÓLLASE en este libro la que por sus grandes vicisitudes, derrotas y victorias puede llamarse época heroica del pueblo santo; desenvuélvese como un colosal drama, representado por una serie de héroes y escrito con cierta entonación épica, cuyo punto culminante es la historia de la heroína Débora y su cántico de triunfo (c. 5), el himno más sublime y de más movimiento lírico que haya modulado lengua humana.

CÁNTICO TRIUNFAL DE DÉBORA.

(Jueces c. 5.)

Los de Israel que de grado al peligro
ofrecisteis el alma, al Señor bendecid.
Reyes, oid;
príncipes, vuestros oídos prestad: [al Señor;
Yo soy; sí, soy yo quien habrá de cantar
con el salterio cantar al Señor,
Dios de Israel.
Señor, al salir tú de Seir
y pasar por los campos de Edom,
conmovióse la tierra;
y cielos y nubes rociaron:
Los montes fluyeron á la faz del Señor,
y Sinaí á la faz del Señor
Dios de Israel.
De Samgar, de Anat hijo, en los días,
de Jahel en los días
reposaron las sendas;
y los que por ellas solían andar,
vías lejanas buscaban.
De Israel los valientes cesaron
y descansaron,
hasta que Débora
se levantó; levantóse
en Israel una madre.
Nuevas guerras elige el Señor;
del enemigo las puertas él mismo derriba:
¿parecía un broquel, una lanza
entre cuarenta
mil de Israel?
Mi corazón de Israel á los príncipes ama.
Los que de grado al discrimen
ofrecisteis el alma, al Señor bendecid.
Los que subís en espléndidos asnos;
los que os sentáis á juzgar
y los que las vías andáis, entonad:
Do chocaron los carros
y hundióse el ejército adverso,
nárrense allí del Señor las justicias
y su bondad con los fuertes de Israel.
Y á sus puertas entonces el pueblo
del Señor bajará,
y obtendrá el principado.
Alza, álzate, Débora;
alza, alza á decir tu cantar.
Alza, Barac, á llevar tus cautivos,
de Abinoem hijo tú.
Las reliquias del pueblo salvaron:
el Señor en los fuertes peleó.
De Efraín ha venido
el destructor de Amalec;
y tras de él, uno
de Benjamín, oh Amalec,
contra tus pueblos.
De Maquir descendieron los príncipes;
de Zabulón descendieron
los que al combate las huestes llevaran.
De Isacar los ductores
eran con Débora,
y en pos de Barac anduvieron;
y él al peligro arrojóse,
como en escarpa y abismo.
Rubén discordaba entre sí:
contención de sus grandes hallóse:
¿qué moras entre ambos confines,
á oir tus rebaños balar? —
Rubén discordaba entre sí:
contención de sus grandes hallóse.
Galaad reposaba
tras del Jordán;
y Dan atendía sus naves:
Aser habitaba las playas del mar
y moraba en sus puertos.
Zabulón, Neftalí se entregaron,

empero, á la muerte
en la región de Merom.
Vinieron los reyes
y batallaron;
batallaron los reyes
de Canaán, en Tanac, de las aguas
de Magedo en las márgenes;
y, con todo, sin presa se fueron.
Del cielo, contra ellos lidióse:
las estrellas siguieron su andar y carrera,
contra Sísara en lucha.
De Cisón el torrente arrastraba
sus cadáveres;
de Cadumim el torrente;
de Cisón el torrente:
¡conculca, alma mía, á los fuertes!
Cayeron los cascos
de los caballos, en fuga feroz,
cuando en abismos cayó despeñada
la flor enemiga.
«Maldecid la región de Meroz», dijo el ángel
del Señor; «maldecid
sus moradores;
pues no vinieron
del Señor en socorro; en ayuda
de sus campeones.»
Sea bendita
entre mujeres
Jahel, la mujer
de Haber, el Cineo;
y sea bendita en su tienda.
Agua pedía:
leche le dió;
y en taza de príncipes
ofrecióle manteca.
Hacia el clavo extendió la siniestra;
la diestra, al martillo de herrero;
buscó dónde á Sísara herir en la testa:
le hirió: traspasóle potente la sien.
Entre sus plantas cayó;
desmayóse y murió:
ante sus pies retorcíase
y tendíase exánime y triste.
Por la ventana mirando,
su madre ululaba;
y desde el cenáculo habló:
«¿Qué demora su carro en volver?
De sus cuadrigas los pies ¿por qué tardan?»
Una más que sus otras mujeres prudente,
respondió á la suegra
estas palabras:
«Acaso despojos ahora divide,
y la más bella mujer se le escoge:
multicolores vestidos
á Sísara dan en botín
y varias preseas,
ornato del cuello, reúnen.»
De este modo perezcan
tus enemigos, Señor,
todos. Mas quienes te amaren,
como el sol al nacer resplandece,
tal ellos fulguren.

LIBROS DE LOS REYES.

LOS libros de los Reyes, cuyos dos primeros son denominados *de Samuel*, por los hebreos, por ser Samuel y su discípulo David sus principales personajes, fueron tal vez escritos, según apuntes de Samuel, por alguno de sus discípulos. En el segundo de estos libros se encuentra la conmovedora elegía de David á la muerte de Jonatás. Nunca arrancó el dolor á la amistad más hondos gemidos que los que exhaló el Rey-Profeta sobre el cadáver de su amigo y el de Saúl, en los montes de Gelboé (c. 1).

TRENO DE DAVID Á LA MUERTE DE SAÚL Y JONATÁS.

(2 de los Reyes c. 1.)

Acuérdate, Israel, de los que heridos
han muerto en tus alturas.
Tus campeones, oh Israel, han sido
matados en tus montes.
¡Cómo han caído los valientes!
No lo anunciéis en Get, ni lo digáis
en las encrucijadas de Ascalón;
que de los filisteos
las hijas no se alegren; que las hijas
de los incircuncisos
no se alborocen.
¡Montes de Gelboé, sobre vosotros
no descienda rocío
ni lluvia, ni haya campos de primicias!
que allí el escudo de los fuertes,
lanzado fué el escudo de Saúl,
como si ungido de óleo no estuviese.
Del cruor de los occisos,
de la grosura de los fuertes
nunca volvió de Jonatás la flecha;
y no tornó vacía
la espada de Saúl.
Saúl y Jonatás, amables
y hermosos en la vida,
tampoco separáronse en la muerte:
más raudos que las águilas,

más fuertes que los leones.
Hijas de Israel, llorad sobre Saúl,
que os vestía con púrpura, en delicias;
que, para ornato, os daba joyas de oro.
¡Cómo han caído
en la batalla los valientes!
Ha sido muerto
en tus alturas Jonatás.
De ti me duelo, hermano mío Jonatás,
en demasía bello
y amable más que amor á la mujer.
Como la madre al único hijo quiere,
así te quise yo.
¡Cómo cayeron los campeones
y perecieron las guerreras armas!

EL LIBRO DE JOB.

EL libro de Job recibió su forma actual en los tiempos de Salomón. Acaso lo redactó este rey, valiéndose de una relación antigua para componer tan magnífica obra de arte. La cual se acerca en la forma á la epopeya y al drama. Todo el diálogo centellea con la luz de la más sublime poesía, que convierte el libro en una de las más preciadas perlas poéticas de la Biblia. Entre sus incontables bellezas merecen mencionarse los cap. 28, 37, 38, y el 39, que contiene la celebérrima é insuperable descripción del caballo de batalla.

TERRIBLE Y JUSTO, CASTIGA DIOS AL IMPÍO.

(Job 4, 8—16.)

He visto que los que aran
iniquidad, y siembran
dolores y coséchanlos,
soplando Dios, han perecido,
y por la ráfaga de su furor
han sido consumidos:
el rugido del león, y el grito
de la leona, y los dientes
de los cachorros de los leones
desmenuzados fueron;
el tigre pereció,
pues no tenía presa,
y los cachorros del león
desparramados fueron.
También dicha me fué palabra oculta,
y cual furtivamente recibió
mi oreja las corrientes
de su susurro.
En el horror de la visión nocturna,
cuando el sopor suele ocupar al hombre,
pavor cogióme
y tremor, y mis huesos todos
se estremecieron:
y al pasar un aliento por mi faz,
se erizaron los pelos de mi carne.
Detúvose alguien,
cuyo semblante yo no conocía:
una visión ante mis ojos,
y una voz como de aura blanda oí:
«¿Acaso el hombre, comparado
con Dios, es justo?
¿ó más puro el varón que su Hacedor?
He aquí: los que le sirven, no son firmes
y en sus ángeles halla pravedad.
¡Cuánto más los que habitan casas lúteas,
los que en el polvo su cimiento tienen,
consumidos serán, cual de polilla!
Del alba al tardecer serán cortados,
y sin nadie advertirlo,
por siempre desparecerán.
Mas, aun los que quedaren,
serán arrebatados de su medio,
y morirán, mas no en sabiduría.»

GRANDEZA DE DIOS.

(Job c. 38.)

Mas respondió el Señor á Job
desde el turbión, diciendo:
«¿Quién es ése que envuelve
consejos en razones imperitas?
Cíñete cual varón los lomos:
pregúntote y respóndeme:
¿Dó estabas, cuando yo ponía
los fundamentos de la tierra?
Díme si inteligencia tienes:
¿Quién puso sus medidas, si lo sabes?
¿ó quién tendió el cordel sobre ella?
¿Sobre qué están sus bases afianzadas?
¿ó quién puso su piedra
angular, al loarme
concordes las estrellas matutinas,
y al jubilar los hijos
todos de Dios?
¿Quién cerró al mar con puertas,
cuando brotaba,
como saliendo de materno seno,
y le ponía nube
yo por vestido, y en tinieblas,
cual fajas de la infancia, le envolvía?

Cerquélo de mis términos y púsele
cerrojo y puertas;
y dije: «Hasta aquí vendrás
y no irás más allá,
y aquí quebrantarás tus bravas olas.»
¿Acaso, desde que eres, has mandado
al alba, y señalado has á la aurora
su lugar, y has cogido estremeciendo
las lindes de la tierra,
y has sacudido de ella á los impíos?
Renuévase [1] como la arcilla
bajo el sello y levántase en ornato.
Es retirada á los impíos
su luz; y el brazo excelso
es quebrantado.
¿Por ventura has entrado
en las honduras de la mar,
y por el fondo del abismo andado?
¿Por ventura se te han abierto
las puertas de la muerte
y has visto las portadas tenebrosas?
¿Acaso has contemplado
la anchura de la tierra?
Dímelo todo, si lo sabes:
En qué vía la luz habita,
y cuál es el lugar de las tinieblas,
para que lleves cada una
á sus confines,
y entiendas los senderos de su casa.
¿Sabías tú entonces
que nacerías,
y de tus días conocías
el número?
¿Acaso has penetrado
en los tesoros de la nieve,
y visto los tesoros del granizo,
que he preparado para el tiempo
del enemigo, para el día
de la batalla y guerra?
¿Por qué camino
espárcese la luz,
divídese el estío
sobre la tierra?
¿Quién dió á la lluvia impetuosísima
curso, y camino al trueno bramador,
para que llueva
sobre tierra sin hombre, en el desierto,
donde ningún mortal habita;
para llenar la tierra yerma
y desolada, y producir
hierbas verdeantes?
¿Quién de la lluvia es padre?
¿ó quién engendra
las gotas de rocío?
¿De cúyo seno sale el hielo?
Y la escarcha del cielo ¿quién la engendra?
Á manera de piedra se endurecen
las aguas, y la superficie
del abismo es atada.
¿Serás acaso poderoso
á juntar las espléndidas estrellas
Pléyadas, ó podrás romper
el cerco del Orión?
¿Acaso sacas al lucero
en su tiempo; ó al héspero
sobre los hijos de la tierra
le haces alzarse?
¿Conoces por ventura el orden
del cielo, ó fijas
sus relaciones con la tierra?
¿Acaso elevarás hasta las nubes
tu voz, y de las aguas
el ímpetu te cubrirá?
¿Acaso envías rayos,
y van, y retornando dícente:
«Hénos aquí»?
¿Quién puso
sabiduría en las entrañas
del hombre? ¿ó quién dió al gallo
inteligencia? ¿Quién el orden
contará de los cielos? y el concento
del cielo ¿quién le hará dormir?
¿Cuándo ha confluído el polvo
en la tierra y las glebas se han pegado?
¿Acaso cogerás la presa
de la leona, y hartarás el alma
de sus cachorros, cuando yacen
en las cavernas
y en la espesura acechan?
¿Quién al cuervo prepara su alimento,
cuando vaga su cría clama á Dios,
porque no tiene qué comer?

EL AVESTRUZ Y EL CABALLO.

(Job 39, 13—25.)

Del avestruz el ala
es símil á las alas de la garza
y del halcón.
Cuando abandona
sus huevos á la tierra,
¿tú tal vez en el polvo los calientas?
Se olvida de que el pie los huella,
ó la bestia del campo los quebranta.
Es duro para con su cría,
cual si no fuese suya.
¿En vano trabajó? —
ningún temor lo asalta;

[1] la tierra por la mañana.

pues de sabiduría
Dios lo privó,
ni le dió inteligencia.
Mas, si viniere el tiempo [1],
altas alza las alas —
ríese de caballo y caballero.
¿Darás acaso tú al caballo
empuje y de relinchos
le cercarás el cuello?
¿Lo excitarás, cual á langostas?
Gloria de su bufar es el espanto.
La tierra con el callo escarba;
salta atrevido; lánzase
de los armados al encuentro.
Menosprecia el pavor,
ni cede ante la espada.
Sobre él resonará la aljaba,
centellará lanza y broquel.
Ardiendo y fiero relinchando,
sorbe la tierra;
ni nada impórtale
suene el clangor de la trompeta.
Así que oye el clarín, dice: «¡Ah!»
De lejos huele la batalla,
el animar de los caudillos,
y de la hueste el ulular.

SALMOS DE DAVID.

DENOMÍNASE Salmos ó Salterio una colección de 150 cantos religiosos, de los que la mayor parte son de DAVID, ó por lo menos de su tiempo; por lo cual se los nombra «salmos davídicos». Los más son deprecativos; los hay también didácticos, históricos y proféticos (es decir, referentes á la venida del Mesías). Otros son simplemente himnos. Á estos últimos pertenecen los que forman el llamado «grande Aleluya» (salmos 112—117); cuya solemne magnificencia descuella entre las innumerables magnificencias del Salterio. Si posible fuera señalar el más sublime, señalaríamos el 17, que es evidentemente de David. Todos los conocedores de lo bello están acordes en considerar al Profeta-Rey como el mayor lírico y como uno de los mayores poetas de todos los tiempos. Suave y poderoso vibra alternativamente en estos cantares el eco de la inspiración divina devuelto por el alma más poética que haya pulsado las cuerdas de la lira humana. Las tres grandes notas líricas: Dios, el hombre y la naturaleza, están tocadas con inimitable perfección. Nadie como el real poeta ha sabido pintar la gloria y majestad de Dios: nadie como él, los dolores y alegrías del corazón humano: nadie como él, las bellezas de la creación. Todas las reglas, todo el ideal del lirismo están allí realizados. El ojo más penetrante del crítico no descubre ni el más mínimo defecto y si todos los primores del más consumado arte. Forma el conjunto de los salmos, por decirlo así, un solo poema, que expresa todos los sentimientos del alma y que, después de agotarlos todos, termina con un himno majestuoso (salmo 150) que entona la creación entera á la gloria de Dios. Recorren los salmos toda la infinita escala de los sentimientos humanos, desde la más serena alegría hasta los mayores sollozos; desde el más blando amor hasta la interpretación aterradora del odio más inflamado, hasta los deliquios y los éxtasis del más ardiente amor. Y todos estos sentimientos se escapan del alma con la rapidez y la viveza del rayo. «Si toda poesía humana», dice Francisco Delitzsch, uno de los más profundos estéticos modernos, «se tornase en humo y lodo, continuaría brillando ésta (la de David) muy por sobre las nubes, vapores y nieblas, ardorosa, vivifica y esplendente como el sol.»

TRIUNFO DEL MESÍAS.

(Salmo 2.)

¿Qué braman los gentiles
y urden los pueblos máquinas pueriles?
Alzáronse los reyes de la tierra
en armas, y los príncipes se unieron
contra el Señor, contra su Cristo, en guerra.
«Sus lazos destrocemos», se dijeron,
«su yugo de nosotros arrojando.»
Aquel que habita el cielo ríe de ellos;
de ellos se mofa Dios, y entre destellos
de su furor tremendo
conturbarálos.
Yo, á la verdad, he sido
rey por él constituído,
dominador de Sion, su monte santo.
Su ley anuncio. «Tú eres hijo mío»,
me dice Dios; «yo te engendré este día.
Pídeme: y rendiré á tu poderío
las gentes y del orbe los confines;
porque con cetro férreo los domines,
y, cual arcilla y vaso de alfarero,
quebrantes todo súbdito altanero.»

Y hora entended, oh reyes;
entended los que jueces sois del mundo:
aprended á servir á Dios humildes
y con temor profundo;
y adoraciones tributad al Hijo;
no sea que se aíre Dios un día,
y perezcáis de la derecha vía.
Cuando en breve su cólera se inflame,
¡felice todo el que le sirva y ame!

---

[1] del peligro.

GRANDEZA DE LA IRA DIVINA.

(Del salmo 17.)

Yo te amaré, Señor, mi fortaleza.
Mi ciudadela es el Señor,
y mi refugio y salvador,
mi Dios, mi amparador:
y en él esperaré;
mi protector y cuerno [1]
de mi salud, mi acogedor.
Loando, invoco yo al Señor: y salvo
estoy de los contrarios míos.
Cercáronme las cuitas de la muerte,
y olas de perdición me conturbaron:
las cuitas del infierno me cercaron;
prendiéronme los lazos de la muerte.
En mis congojas invoqué al Señor;
y deprequé á mi Dios:
y desde el santo templo de sus cielos
oyó mi voz;
y mi clamor en su presencia,
en sus oídos penetró.
Se conmovió y se estremeció la tierra;
las basas de los montes
turbáronse y temblaron,
porque se airó con ellos [2].
Humo ascendió á su airar;
y fuego á su mirada fué estallando:
centellas de él partieron llameantes.
Los cielos inclinó y bajó:
y noche so sus plantas.
Y sobre los querubes [3]
subió y voló;
voló sobre las alas de los vientos.
Y se envolvió en tinieblas:
su pabellón en su redor:
caliginosas aguas
entre nublados densos.
Ante el fulgor de su semblante
las nubes restallaron:
granizo y ascuas.
Y detonó el Señor desde los cielos;
y resonó el Altísimo su voz:
granizo y ascuas.
Y disparó sus flechas [4],
y dispersólos:
menudeó relámpagos.
y conturbólos.
Y parecieron
las fuentes de las aguas;
y descubriéronse del orbe
terrestre los cimientos,
á tu increpar [5], Señor;
de tu ira al soplo y ráfaga [6].
Tendió su mano desde lo alto,
y me cogió, y sacóme
de las inmensas aguas.

GRANDEZA DE LA CREACIÓN Y DE LA LEY DIVINA.

(Salmo 18.)

Los cielos cuentan
la gloria de Jehová,
y la obra de sus manos
pregona el firmamento.
El día al día
raudal del himno envía;
y la noche á la noche
enseña su cantar.
No son palabras ni razones
de incomprensibles sones.
Por todo el orbe
extiéndese su melodía,
y hasta el confín del orbe su armonía.
En el sol ha fijado su morada,
y él, como esposo
del tálamo saliendo,
se yergue jubiloso,
cual un gigante,
la carrera á correr.
Del cielo más lejano es su partida,
y por el más lejano su venida,
y no hay quién de su ardor se esconda.

La ley es del Señor inmaculada,
animadora de las almas.
El testimonio del Señor es fiel,
y sabios torna á los sencillos.
Las leyes del Señor derechas son
y gozo al corazón.
El mandamiento del Señor es fúlgido,
lumbre á los ojos.
El temor del Señor es santo
y dura por los siglos de los siglos.
Los juicios del Señor son verdaderos,
justificados por sí mismos.
Deseables sobre el oro
y piedras muchas de valor;
y dulces, más que miel y su panal.
Á fe, tu siervo guárdalos:
hay en guardarlos rico galardón.
Mas ¿quién advierte su infracción?
De mis inadvertidas culpas límpiame,

---

[1] fuerza. [2] los enemigos. [3] ángeles de la tormenta.
[4] rayos. [5] tronar. [6] relampaguear.

y de las maliciosas [1]
preserva al siervo tuyo.
Si no me dominaren ellas,
entonces seré puro,
é inmune quedaré del mayor crimen [2].
Y será que te plazcan
las voces de mi boca;
y de mi corazón el meditar
estará en tu presencia siempre,
Señor, mi ayudador,
mi redentor.

PLEGARIA DEL MESÍAS.

(Salmo 21.)

Dios, mi Dios, mírame:
¿por qué me abandonaste?
Lejos de mí el clamor
de mis pecados tu salud aparta.
Señor, de día clamo, y no me escuchas;
de noche, ¿y no es en vano para mí?
Tú, sin embargo, en el santuario moras,
loor tú de Israel.
En ti confiaron nuestros padres;
confiaron, y librástelos.
Á ti clamaron, y salvaron.
En ti confiaron,
y avergonzados no quedaron.
Mas yo soy un gusano, que no un hombre,
oprobio de los hombres
y la abyección del pueblo.
Cuantos me ven, de mí se mofan,
hacen muecas de labios
y mueven la cabeza:
«Esperó en el Señor:
él le salve; él le libre:
que en él se ha complacido.» — —
En verdad, tú eres quien del vientre
sacóme: tú eres mi esperanza
desde los pechos de la madre mía.
En ti he caído del materno seno.
Del vientre de mi madre
eres mi Dios tú: no te alejes
de mí. Pues la tribulación
próxima está, y no hay quién ayude.
Cercáronme novillos muchos;
toros lozanos me asediaron.
Abrieron sobre mí sus fauces,
cual león que ante la presa ruge.
Como agua he sido derramado,
y están mis huesos todos dislocados.
Está mi corazón hecho cual cera
licuada en medio de mi vientre;
árido, cual un tiesto, mi vigor,
mi lengua al paladar pegada;
y dentro al polvo
de la muerte me hundiste tú.
Que me rodearon perros muchos,
y la asamblea
de los malvados me sitió.
Traspasaron las manos mías
y los pies míos; y contaron
mis huesos todos.
Ellos, empero, me miraron
y remiraron con placer.
Se repartieron mi vestuario,
y sobre mi vestido echaron suertes.
Mas tú, Señor, no alejes
tu socorro de mí:
por mi defensa mira.
Arranca de la espada, Dios, á mi alma,
y del poder del can á mi única [3].
Sálvame de la boca del león
y de los cuernos de los búfalos
á mí, despedazado.
Anunciaré tu nombre á mis hermanos,
y en la mitad de la asamblea
te loaré:
«Los temerosos del Señor, loadle;
todo el linaje de Jacob,
glorificadle. Témale
todo el linaje de Israel.
Que no menospreció ni abominó
la súplica del pobre.
Ni ha apartado su faz de mí,
y cuando á él clamé, escuchóme.»
Á ti mi loor en la asamblea grande.
Mis votos cumplo en la presencia
de quien le temen. Comerán
los pobres y hartaránse,
y loarán al Señor los que le buscan:
revivirán sus corazones
por siglos sempiternos.
Lo rememorarán y volveránse
al Señor los confines todos
de la tierra, y adorarán
ante su faz las castas
de los gentiles todas:
Que es del Señor el reino,
y él domina á las gentes. Comerán
y adorarán los poderosos todos
del orbe; en la presencia suya
caerán cuantos en el polvo se hunden [4].

---

[1] soberbias, extrañas, que causan extrañeza, ó son propias de los extranjeros.
[2] la soberbia, apostasía. [3] hija = alma, vida. [4] = son mortales.

Y mi alma vivirá para él,
y mi linaje servirále.
Anúnciase al Señor
la venidera gente; —
y anunciarán los cielos su justicia
al pueblo que habrá de nacer,
á quien hizo el Señor.

ACCIÓN DE GRACIAS.

(Salmo 56.)

Piedad de mí ten, Dios; piedad de mí;
que mi alma en ti confía;
y esperará á la sombra de tus alas
mientras la iniquidad vaya pasando.
Yo clamo al Dios altísimo:
al Dios, mi bienhechor.
Envió del cielo, y me libró;
y mis conculcadores dió al oprobio.
Mandó Dios su piedad y su verdad,
y á mi ánima arrancó
de en medio á los cachorros de los leones
— dormía zozobrante —:
son hijos de los hombres cuyos dientes
son lanzas y saetas,
y cuya lengua, espada aguda.
Sobre los cielos alza, oh Dios; y ensalza
por todo el orbe tu esplendor.
Lazo á mi planta armaron,
y el alma me encorvaron;
hoyo caváronme á mi vista,
y en él cayeron.
Respira, oh Dios, mi corazón;
mi corazón respira:
he de cantar y de tañer un himno:
«Despierta, gloria mía;
despierta, oh arpa y cítara;
despertaré en la aurora.
Te ensalzaré, Señor, en las naciones,
y el himno tuyo cantaré en las gentes:
«Al cielo tu piedad magnificóse,
y hasta las nubes tu verdad.
Sobre los cielos alza, oh Dios; y ensalza
por todo el orbe tu esplendor.»

PLEGARIA.

(Salmo 73.)

¿Y qué, Señor, por siempre nos arrojas?
¿con tus ovejas férvido te enojas?
Á la familia tuya rememora,
á quien posees, de su aurora.
De tu herencia la vara has redimido:
el monte de Sion fué tu morada.
Contra su desmedida altanería
tu brazo extiende. ¡Cuánta villanía
el adversario
ha cometido
en tu santuario!
En tu solemnidad sagrada
tus aborrecedores se ufanaron,
y las insignias suyas como insignias,
sin conocer el miedo, levantaron,
cual dentro á la salida,
tal en la cima erguida.
Como á través de las desiertas
selvas, con sus segures astillaron
doquier las entalladas puertas:
con la segur y el hacha
las derribaron.
Pusieron tu santuario á fuego:
mancharon de tu nombre la morada,
tras de arrasada.
Dijo en su pensamiento
á una la turba: «Hagamos
que cese toda fiesta
de Dios en la región aquesta.»
De nuestro testamento
no vemos documento:
ya no hay profeta; ya Él no nos conoce.
¿Hasta cuándo impropera
á Dios el enemigo? — ¿dilacera
tu nombre el adversario eternamente?
¿Por qué retiras tú la mano?
¡Oh (ya levanta),
del seno tu derecha, y los quebranta!
Mas Dios, desde antes de los siglos,
es nuestro soberano:
nuestra salud obró á la faz del mundo.
Tú, en tu poder, al mar diste firmeza,
y entre las aguas trituraste
de los dragones[1] la cabeza;
del dragón las cervices tú rompiste,
y vianda al mundo etíope[2] lo diste.
Tú abriste fuentes y torrentes;
tú desecaste ríos impetuosos.
Tuyo es el día, y es la noche tuya.
La aurora, el sol, has fabricado tú;
tú toda linde de la tierra hiciste.
Verano y primavera —
tú los formaste.
Recuérdalo: — impropera
á Dios el enemigo;
y de tu nombre mofa un pueblo necio.
No entregues á la fiera
un alma que te adora; y no te olvides
del alma de tus pobres.
Mira á tu testamento: se ha llenado
de hogares criminosos

[1] egipcios. [2] bestias y aves carniceras.

cuanta caverna encierra
la tenebrosa tierra.
Confuso no se vuelva el oprimido:
tu nombre alabe el pobre, el desvalido.
Á tu causa juzgar, Dios, te abalanza:
recuerda los denuestos que te lanza
el necio todo el día.
No olvides la enemiga vocería:
de los que te odian, la altivez, delante
de ti sube incesante.

LA MAGNIFICENCIA DE DIOS EN LA CREACIÓN.

(Salmo 103.)

Bendice, alma mía,
al Señor.
Señor, Dios mío,
eres excelso pavorosamente:
de resplandor y gloria revestido,
envuelto en luz cual en vestido,
tendiendo el cielo como un pabellón:
que cubres de aguas sus alturas;
que pones nubes por tu carro-trono;
que en él andas en alas de los vientos;
que haces enviados tuyos las tormentas,
y siervos tuyos los flamantes rayos.
Que afianzaste la tierra en su firmeza:
jamás vacilará en todos los siglos:
En el abismo se envolvía,
cual en cendal:
estaban sobre las montañas
las aguas.
Á tu amenaza huyeron:
á la voz de tu trueno temerosas
retrocedieron
— montes se alzaban y bajaban valles —
al lugar que para ellas afianzaste.
Linde pusísteles que no traspasan;
ni volverán para cubrir la tierra.
Eres tú quien envía
fontanas por los valles: por en medio
de los montes deslízanse las aguas
— beben las bestias todas
del campo; anhelan los onagros
por ellas en su sed. — Sobre ellas
moran las aves
del cielo. Desde el medio
del matorral de los peñascos
suena su voz.
Él riega desde sus alturas
los montes —:
del fruto de tus obras
se harta la tierra.
Brota heno para los jumentos,
y hierba para servidumbre
de los hombres; y así, tú críes
pan de la tierra,
y el vino alegre el corazón del hombre:
Porque él su rostro regocije
con óleo [1] de la vid,
y el pan el corazón del hombre esfuerce.
Abrévanse los árboles del campo
y los cedros del Líbano
que él ha plantado.
Allí los gorriones nidifican —,
la casta de la garza
es soberana de ellos.
Los altos montes son para los ciervos;
la piedra asilo es al erizo.
Hizo la luna para los festivos
tiempos; el sol sabe su ocaso.
Pones tinieblas, y es la noche.
Por ella van vagando
las bestias de la selva todas:
cachorros de leones,
rugiendo por la presa
y á Dios pidiendo su alimento.
Nace el sol; y se apiñan,
y tiéndense en sus madrigueras.
Sale el hombre al trabajo suyo,
y á su faena hasta la tarde.
¡Qué excelsas son tus obras,
Señor! Todas hicístelas
según sabiduría:
Está la tierra llena de tus bienes.
Esa mar grande y vasta á entrambas manos:
allí un hervir sin número:
animales pequeños entre grandes
— allá atraviesan los bajeles —;
ese monstruo que hiciste
que retozase en ella:
todo espera de ti
que de comer les des á tiempo.
Dándoles tú, recogen:
abriendo tú la mano,
todo se llena de bondad.
Mas, apartando el rostro tú, se turban,
retírasles su aliento, y desfallecen
y tornan á su polvo.
Envías á tu espíritu
y créanse, y renuevas
la haz de la tierra.
Sea la gloria del Señor eterna.
Alégrase el Señor
en sus obras. Quien mira
la tierra, y hácela
estremecerse.

[1] zumo.

Quien los montes toca,
y humean.
Cantaré al Señor
toda mi vida. Salmearé á mi Dios,
mientras yo fuere.
Plázcale
mi cántico. Yo, empero,
deleitaréme en el Señor.
Desparezcan los pecadores,
sobre la tierra; y los impíos
tal que no sean.
Bendice, alma mía, al Señor.
¡Aleluya!

MARAVILLAS DEL SEÑOR Á FAVOR DE SU PUEBLO.

(Salmo 104.)

¡Aleluya!
Ensalzad al Señor
y su nombre invocad.
Pregonad por las gentes
las obras de él.
Cantadle y salmeadle.
Contad sus maravillas todas.
Gloriaos de su santo nombre.
Gócese el corazón
de los que buscan al Señor.
Buscad
al Señor, y seréis fortalecidos.
Buscad su rostro siempre.
Rememorad sus maravillas,
las que hizo: los prodigios suyos
y las sentencias de su boca.
Linaje de Abrahán, sus siervos;
progenie de Jacob, sus escogidos.
Él, el Señor, es vuestro Dios:
á través de la tierra entera
sus juicios van.
Se acuerda eternamente de su alianza:
— palabra que mandó
á mil generaciones;
la que pactó con Abrahán —;
y de su juramento á Isaac.
Y estableciólа á Jacob por ley,
y á Israel por pacto eterno,
diciendo:
«Te daré la tierra
de Canaán á ti,
medida herencia vuestra.»
Cuando eran pocos,
poquísimos y extraños dentro de él,
é iban de gente en gente,
y desde un reino á otra nación;
no dejó que hombre alguno les dañase
y por su causa castigó á los reyes.
«No me toquéis á mis ungidos,
y no hagáis mal, no, á mis profetas.»
Y llamó á la hambre
sobre la tierra;
y quebrantó todo sostén del pan [1].
Envió ante ellos á un varón:
esclavo se vendió á José:
abatieron sus plantas con esposas:
el fierro traspasóle el alma.
Hasta que vino su palabra,
la visión del Señor le hubo inflamado.
Envió el rey, y soltóle:
el príncipe de pueblos, y libróle:
Constituyóle dueño de su casa,
y príncipe de toda su heredad,
porque á sus príncipes él instruyese,
tal como á él mismo;
y á sus ancianos enseñase
prudencia.
É Israel entró en Egipto,
y Jacob fué colono
en la tierra de Cam.
Y acrecentó su pueblo á maravilla,
y le hizo poderoso
más que sus opresores.
Y los mudó de corazón,
que odiaran á su pueblo,
y defraudaran á los siervos de él.
Envió á Moisés, su siervo:
á Aarón, á quien él se eligiera.
Puso
en ellos las palabras
de sus señales y portentos
en la tierra de Cam.
Envió tinieblas, é hizo noche;
y no hizo vana su palabra.
Les convirtió las aguas
en sangre y les mató los peces.
Brotó su tierra ranas,
aún en las viviendas de sus reyes.
Dijo, y la mosca [2] vino
y cínifes en todos sus confines.
Dióles por lluvias granizada,
centellas en la tierra de ellos;
é hirió sus viñas
y sus higueras
y el leño quebrantó de sus confines.
Dijo,
y vino la langosta,

[1] vida. [2] canina, picadora.

y el grillo innúmero:
y comió toda hierba en tierra de ellos,
y comió todo el fruto de su tierra.
É hirió á todo primogénito
en tierra de ellos; las primicias
de toda su labor.
Y los sacó con plata y oro;
y no había en sus tribus ni un enfermo:
Alegróse el Egipto de su marcha;
que su terror los agobiaba.
Tendió una nube por cubrirlos,
y fuego que los alumbrara
de la noche al través.
Pidieron
y vino
la codorniz;
y con pan los hartó del cielo.
Rajó la piedra, y dimanaron aguas;
precipitáronse
por entre el yermo ríos.
Pues se acordó de su palabra santa,
que dijo á Abrahán, su siervo.
Y sacó al pueblo suyo
con júbilo, y sus escogidos
con regocijo;
y dióles las regiones de las gentes
y las labores de los pueblos
fueron su posesión;
para que guarden sus mandatos,
y en pos caminen de su ley.
¡Aleluya!

(Salmo 105. Continuación del anterior.)

Ensalzad al Señor; que es bondadoso;
que es por los siglos su piedad.
¿Quién dirá las potencias del Señor?
anunciará su gloria toda?
Dichosos los que guardan el derecho,
y obran justicia en todo tiempo.
Acuérdate
de nosotros, Señor,
en tu benevolencia con tu pueblo.
Visítanos con tu salud,
para ver de tus escogidos
el bienestar; para alegrarnos
de la alegría de tu pueblo;
para que seas ensalzado
con tu heredad.
Pecamos como nuestros padres;
injustamente obramos,
iniquidad hicimos.
Los padres nuestros en Egipto
no comprendieron tus portentos;
no se acordaron de la muchedumbre
de tu misericordia;
y te irritaron, al subir
al mar, al Mar Bermejo.
Y, sin embargo, los salvó
por causa de su nombre,
por mostrar su potencia
y amenazó al Mar Rojo,
y se secó;
y los llevó por los abismos,
cual por un páramo.
Y los salvó
de mano de los odiadores,
y redimiólos de la mano
del enemigo;
y cubrió con el agua
sus opresores:
ni uno de ellos quedó.
Y creyeron en sus palabras
y cantaron su cántico.
Se apresuraron á olvidar sus obras,
y no sufrieron su designio.
Y con ardor se enardecieron
en el desierto.
Y tentaron á Dios
en medio al páramo.
Y dióles su pedido
y envió hartura en contra de sus almas.
Y provocaron á Moisés
dentro del campo:
á Aarón, el santo del Señor.
Se abrió la tierra y se tragó á Datán,
y se cerró por cima
de los secuaces de Abirón.
Y enardecióse el fuego en su asamblea:
la llama devoró á los pecadores.
É hicieron un becerro
en Horeb, y adoraron la escultura,
y mudaron su gloria por la imagen
de un becerro que come hierba.
Se olvidaron de Dios,
que los salvó, que hizo grandezas
en el Egipto; maravillas
en la tierra de Cam;
terrores en el Rojo Mar.
Y habló de anonadarlos —
si Moisés, su elegido,
no se pusiera en la hendedura [1],
delante de su faz,
para apartar su indignación,
á fin de que no los anonadase.
Y por nada tuvieron

[1] entre Dios y su pueblo, exponiendo y ofreciendo su vida á la ira divina.

la tierra deseable.
No creyeron á su palabra.
Y murmuraron en sus tiendas:
no oyeron del Señor la voz.
Y alzó su mano por sobre ellos,
para postrarlos
en el desierto;
y por lanzar su descendencia
en medio á las naciones,
y dispersarlos por las tierras.
Y se iniciaron
en Beelfegor.
Y comieron los sacrificios
de dioses muertos.
Y le irritaron
con sus abominables novedades:
y grande entre ellos fué la ruina.
Alzóse, empero, Fineés,
y aplacó, y cesó el sacudimiento.
Y fuéle reputado por justicia
de linaje en linaje y por los siglos.
Y le irritaron en las Aguas
de la contradicción, y daño
sufrió Moisés por ellos;
que exasperaron su ánimo,
y vaciló en sus labios.
No destruyeron las naciones
que el Señor les mandó.
Y se mezclaron con las gentes,
y aprendieron sus obras;
Y sirvieron á sus estatuas.
Mas les sirvió de ruina:
É inmolaron sus hijos y sus hijas
á los demonios. Y vertieron
sangre inocente:
la sangre de sus hijos y sus hijas;
los que sacrificaron
á las estatuas de Canaán.
Y profanóse
la tierra por la mucha sangre;
y se contaminó
por las acciones de ellos.
Y apostataron
por sus infamias.
Y airóse con furor
el Señor contra el pueblo suyo;
y abominó de su heredad.
Y entrególos en manos de las gentes;
y dominároнlos sus odiadores;
y atribularónlos sus enemigos;
y fueron humillados á sus manos.
Muchas veces librólos.
Ellos, empero,
exacerbáronle con el consejo de ellos,
y derribados fueron
por sus iniquidades.
Y vió cuando eran congojados,
y escuchó su oración.
Y recordó su alianza,
y arrepintióse
según la muchedumbre
de su misericordia.
Y les dió hallar piedad en la presencia
de todos sus captores.
Sálvanos, oh Señor, Dios nuestro,
y júntanos de las naciones;
para ensalzar tu santo nombre
y gloriarnos de tus loores:
«¡Bendito el Señor Dios de Israel,
por siglos de los siglos!»
Y diga todo el pueblo: «¡Sea, sea!»

SALVA EL SEÑOR Á LOS QUE LE INVOCAN.

(Salmo 106.)

¡Aleluya!

I.

Ensalzad al Señor; que es bueno,
porque es eterna su piedad.
Digan los redimidos del Señor,
que redimió de mano de enemigo; —
y los juntó de las regiones:
del oriente del sol y del ocaso,
del aquilón y el mar.
Por soledad erraron inacuosa;
camino de ciudad dónde morar
no hallaban; —
hambrientos y sedientos;
su alma en ellos
desmayaba.
Y clamaron al Señor
en su tribulación:
y de sus cuitas los libró;
y los condujo por camino recto,
porque á ciudad donde morar, llegasen.
Ensalcen al Señor sus piedades
y maravillas por los hijos
de los hombres;
que hartó al alma vacía,
y al alma hambrienta hartó de bienes.

II.

Sentados entre las tinieblas
y sombra de la muerte;
presos en mendiguez y fierro:
porque rebeldes fueron
á los dichos de Dios,
y del consejo del Altísimo
burláronse;
y fué abatido por trabajos
su corazón;

languidecían y no había
quién ayudase.
Y al Señor clamaron,
en su tribulación;
y de sus cuitas los libró;
y los sacó de las tinieblas,
y de la sombra de la muerte,
y sus cadenas destrozó.
Ensalcen al Señor sus piedades
y maravillas por los hijos
de los hombres;
que puertas
desmenuzó broncíneas,
y férreos cerrojos destrizó.

III.

Los recibió [1] desde el camino
de su maldad;
pues por sus injusticias
anonadados fueron.
Todo alimento abominó
su alma, y aproximáronse
hasta las puertas
de la muerte.
Y clamaron al Señor,
en su tribulación;
y de sus cuitas los libró.
Envió su palabra, y los sanó,
y arrebatólos á su mucha ruina.
Ensalcen al Señor sus piedades
y maravillas por los hijos
de los hombres;
y sacrifiquen
sacrificio de loor;
y pregonen sus obras jubilosos.

IV.

Los que en bajeles por la mar descienden
á trabajar dentro á las grandes aguas,
ellos han visto del Señor las obras
y los prodigios suyos en la hondura.
Dijo, y se alzó el soplar de la borrasca,
y se encumbró su oleaje.
Hasta los cielos van subiendo
y descendiendo á los abismos:
su alma deshízose en angustias.
Giraron y moviéronse cual ebrios;
y su sabiduría devorada
del todo fué.
Y clamaron al Señor
en su tribulación,
y de sus cuitas los sacó:
y tornó su tormenta en auras,
y callaron sus olas; y alegráronse
porque callaron.
Ensalcen al Señor sus piedades
y maravillas por los hijos
de los hombres.
Y exáltenle
en la junta del pueblo [2]; y en la cátedra
de los ancianos [3] lóenle.
Trocó torrentes en desierto
y manantiales en sedienta tierra;
tierra fructífera en salobre.
Trocó el desierto en lagos de agua,
y árida tierra en manantiales.
Y colocó allí á los hambrientos,
y fundaron ciudad donde morar.
Y sembraron los campos, y plantaron
viñas; que dieron su nativo fruto.
Y los bendijo,
y se multiplicaron sobre modo;
y no les minoró la hacienda.
Y á pocos redujéronse,
y fueron agobiados por la angustia
de la miseria y del dolor.
Se derramó el desprecio
sobre los príncipes;
y errar los hizo en páramo sin vía,
y no por senda alguna.
Y alzó al pobre
de la miseria;
é hizo cual greyes las familias.
Lo ven los rectos y se alegran,
y toda iniquidad cierra su boca.
¿Quién será sabio, y guardará estas cosas?
y entenderá
las piedades del Señor?

LA SALIDA DE EGIPTO.

(Salmo 113.)

¡Aleluya!
En la salida de Israel
de Egipto, de la casa de Jacob
de un pueblo extraño,
fué la Judea su santuario;
Israel, su imperio.
El mar lo vió, y huyó,
y el Jordán se volvió sobre sí mismo.
Los montes
saltaron cual carneros,
y los collados
cual corderillos.
¿Qué tienes, mar, que huiste?
¿y tú, Jordán, que te volviste
sobre ti mismo?

---

[1] á los enfermos. [2] templo. [3] foro.

Montes ¿saltasteis
como carneros? Y collados,
¿cual corderillos?
Á la faz del Señor tembló la tierra,
á la faz del Dios de Jacob;
que trueca piedra en lagos de aguas,
y peña en fuentes de aguas.

LOS CAUTIVOS EN BABILONIA.

(Salmo 136.)

Á orillas de los ríos babilonios —
allí sentados estuvimos
y lloramos, á Sion rememorando.
De los sauces, en medio á Babilonia,
colgamos nuestras arpas;
pues los que nos prendieron, nos pedían
acentos de cantar;
y los que nos llevaron, nos decían:
«Cantadnos un cantar
de los cantares de Sion.»
¿Cómo entonar en extranjera tierra
los himnos del Señor?
Si me olvidare yo de ti, oh Salem,
olvídese mi diestra:
al paladar la lengua se me pegue
si yo de ti no me acordare;
si yo Salem no antepusiere
á toda mi alegría.
Acuérdate, Señor,
de los hijos de Edom, el día
de Salem; quienes dicen:
«Destruid, destruid, hasta el cimiento en ella.»
Hija de Babilonia, oh miseranda,
¡feliz quien te pagare con el pago
que nos pagaste!
¡Feliz el que tus párvulos cogiere
y contra los peñascos estrellare! [1]

CANTEN AL SEÑOR TODAS LAS CRIATURAS.

(Salmo 148.)

¡Aleluya!
Load al Señor desde los cielos;
loadle en las alturas.
Loadle, ángeles suyos todos;
loadle, todos sus ejércitos.
Loadle, sol y luna;
loadle, estrellas todas centellantes.
Loadle, cielos de los cielos,
y cuantas aguas hay sobre los cielos,
loen el nombre del Señor.
Que él dijo, y fueron; él mandó, y creáronse.
Estableciólos para siempre
y por los siglos de los siglos:
ley puso, y no pasará.
Load al Señor desde la tierra,
monstruos del mar, y abismos todos.
Fuego, granizo, nieve, hielo,
soplar de la borrasca:
que cumplís su palabra;
montes y las colinas todas;
leños frutales
y cedros todos:
bestias y greyes todas:
reptiles y volátiles:
los reyes de la tierra, y pueblos todos,
los príncipes y jueces de la tierra todos:
los jóvenes y vírgenes:
los viejos con los niños loen
el nombre del Señor.
Porque es excelso el nombre suyo solo.
Su gloria sobre cielo y tierra;
y exaltó el cuerno [2] de su pueblo.
¡Himno á sus santos todos,
á los hijos de Israel,
al pueblo que está cerca de él!
¡Aleluya!

(Salmo 150. Continuación del anterior.)

Load al Señor en su santuario;
loadle en el firmamento
de su poder.
Loadle en sus poderíos;
loadle según la muchedumbre
de su grandeza.
Loadle en son de clarín;
loadle en salterio y cítara.
Loadle en tímpano y coro;
loadle en cuerdas y órgano.
Loadle en címbalos sonoros;
loadle en címbalos de júbilo.
Todo alentar loe al Señor.
¡Aleluya!

[1] Porque más tarde no sean guerreros: ley marcial antigua.
[2] poder.

PROVERBIOS.

EL libro de los Proverbios, didáctico-poético y atribuído á Salomón, comienza con el elogio de la verdadera sabiduría, que consiste en el temor de Dios. Contiene cerca de quinientos aforismos de Salomón, ricos de imágenes, tan sencillos como profundos, que exhortan á la práctica de la virtud. De repente se alza el tono sencillo é ingenuo, característico del libro, y se eleva hasta la sublimidad en el elogio de la Sabiduría increada (c. 8); la cual es el Hijo de Dios. Termina con la alabanza de la mujer fuerte, el más bello retrato que se haya hecho de la virtud en la mujer.

ELOGIO DE LA SABIDURÍA.

(Prov. 8, 12—36.)

Yo la sabiduría habito
en el consejo,
y estoy en medio á cuerdos pensamientos.
El temor del Señor odia lo malo.
Arrogancia y soberbia
y pravo andar y boca
bilingüe los detesto.
Míos son el consejo
y la equidad.
Es mía la prudencia;
mía es la fortaleza.
Por mí los reyes reinan,
y de las leyes los dadores
lo justo acuerdan.
Por mí los príncipes imperan,
y los potentes la justicia acuerdan.
Yo á los que me aman, amo;
y los que á mí temprano velan,
me hallan.
Conmigo están
riqueza y gloria,
soberbios bienes y justicia;
porque es mejor el fruto mío
que el oro y piedra de valor,
y mis productos que escogida plata.
Por los caminos ando
de la justicia,
en medio á los senderos
del juicio; para enriquecer
á los que me aman,
y llenar sus tesoros.
El Señor poseyóme en el comienzo
de sus caminos:
antes de nada hacer, desde el principio.
Desde la eternidad fuí ordenada,
y desde antiguo, antes de ser la tierra.
Aun no eran los abismos,
y yo ya estaba concebida.
Todavía las fuentes de las aguas
no brotaban de dentro.
Todavía los montes no se alzaban
con su pesada mole:
antes de las colinas soy nacida.
Aun la tierra no hiciera ni los ríos
ni los quicios del orbe de la tierra.
Cuando los cielos preparaba,
yo estaba allí.
Cuando con fija ley
y círculo vallaba los abismos,
cuando la atmósfera afianzaba arriba,
y pesaba las fuentes de las aguas;
cuando la mar rodeaba con su linde,
y ley daba á las aguas
de no pasar sus fines;
cuando pesaba
los fundamentos de la tierra:
con él estaba yo,
componiéndolo todo, y deleitábame
el día entero y cada día,
jugando ante él en todo tiempo;
y mis delicias
son estar con los hijos de los hombres.

EXHORTACIÓN Á LA TEMPERANCIA. RETRATO DE LA MUJER FUERTE.

(Prov. c. 31.)

Palabras al rey Lamuel: visión,
con la que le instruyó su madre.
¿Qué, amado mío?
¿Qué, amado de mi seno?
¿Qué, amado de mis votos?
No des á las mujeres tu fortuna,
ni tus riquezas[1] para destruir reyes.
No quieras á los reyes, oh Lamuel,
no quieras á los reyes vino dar,
que no hay secreto alguno
do reina la ebriedad;
no sea beban y los juicios
olviden, y perviertan
la causa de los hijos
del pobre.
Sidra dad á los llorosos,
y vino á los que estăn con alma amarga.
Beban, y olvídense de su miseria
y no se acuerden más de su dolor.
Abre tu boca al mudo,
y á la causa de cuantos hijos[2]

[1] á las mismas. [2] hombres.

vayan pasando.
Abre tu boca y falla lo que es justo,
y juzga al indigente y pobre.

La mujer fuerte
¿quién la hallará?
De lejos y los últimos
confines es su precio [1].
Confía en ella el corazón
de su marido; y de botín
no necesitará.
Le paga
bien, y no mal,
los días de su vida todos.
Busca
lana y lino y trabaja
con la destreza de sus manos.
Truécase cual en nave
de mercader, que trae
desde lejos su pan.
Y con noche levántase,
y á sus domésticos da vianda,
y á sus criadas vitualla.
Remira un campo y cómpralo:
del fruto de sus manos
planta una viña.
Ciñe de fortaleza
sus lomos y refuerza
sus brazos.
Siente y ve que es bueno
su negociar;
y no apaga su luz de noche.
Su mano alarga
á los afanes; y sus dedos
cogen la rueca.
Abre su mano al indigente,
y las palmas al pobre extiende.
No teme por su casa
los fríos de la nieve;
que todos sus domésticos están
de doble vestidura revestidos.
Tapices hízose;
cendal y púrpura es su veste.
Noble en las puertas
es su marido, cuando se sentare
entre los senadores de la tierra.
Muselina hace y vende,
y ceñidor da al cananeo.
Fortaleza y decoro es su vestido,
y reirá en el día postrimero.
Abre su boca
á la sabiduría,
y está la ley de la clemencia
en su lengua.
Remira los senderos
de su casa; y su pan no come ociosa.
Levántanse sus hijos y pregónanla
por felicísima;
su marido, y la loa.
Muchas hijas
han juntado riquezas:
tú superástelas á todas.
Falaz la gracia y vana es la hermosura:
la mujer temerosa del Señor,
ella será loada.
Dadle del fruto de sus manos,
y en las puertas alábenla sus obras.

CANTAR DE LOS CANTARES.

EL Cantar de los Cantares, así denominado por ser el más bello de los muchos que compuso Salomón, canta bajo las apariencias del enlace de este rey con la graciosa pastora Sulamita, el ardiente amor con que se digna Dios amar á su pueblo y á cada alma escogida y temerosa de él. Sin interrupción se suceden las más risueñas y encantadoras imágenes, pintadas con los más frescos y vivos colores. Tiene forma dramática; un coro de doncellas del cortejo nupcial abre é interrumpe los diálogos entre el esposo y la esposa. La escena es una sala regia del palacio salomónico de Jerusalén.

ÉXTASIS AMOROSO DE LA AMADA.

(Cant. c. 2.)

(La esposa:)
«Yo flor del campo soy
y de las hondonadas azucena.»
(El esposo:)
«Cual la azucena en medio á las espinas,
así mi amiga entre las hijas.»
(La esposa:)
«Cual el manzano entre árboles silvestres,
así mi amigo en medio de los hijos.
(Á las doncellas de Jerusalén:)
Á la sombra de aquel á quien deseaba,
sentéme, y dulce
su fruto es á mi paladar.
Me introdujo en la cámara del vino,
y ordenó dentro á mí la caridad.

[1] = como el de lo que es de lejos.

Alentadme con flores,
fortalecedme con manzanas;
que lánguida de amor estoy.
Su izquierda bajo mi cabeza
está y su diestra abrázame.»
(El esposo á las doncellas:)
«Conjúroos, hijas de Salén,
por los corzos y ciervos de los campos:
no despertéis ni desveléis la amada,
hasta que ella lo quiera.»
(Monólogo de la esposa:)
«¡Voz de mi amado es!
He ahí que él viene:
saltando por los montes,
brincando sobre las colinas.
Semejante es mi amado
al corzo y al cervato.
Héle ahí tras de la pared
nuestra, mirando
por las ventanas,
asomando á las rejas.
He ahí, mi amado me habla:
'Levántate, apresúrate, mi amiga,
paloma mía, hermosa mía, y vén.
Que ya el invierno
pasó; la lluvia fuése y alejóse.
Flores han parecido en nuestra tierra.
El tiempo de podar llegó. La voz
de la tórtola oyóse en nuestra tierra.
La higuera echó sus higos.
Las viñas dan su olor floridas.
Alza, mi amiga, hermosa mía, y vén.
Paloma mía en las rendijas
de la peña, en los hoyos de las tapias:
muéstrame tu semblante;
suene tu voz en mis oídos:
porque tu voz es dulce,
y tu semblante hermoso.
Cazadnos las zorruelas
que destruyen las viñas;
que nuestra viña está florida.'
Mi amado es para mí,
y yo para él,
que se apacienta en medio de los lirios,
hasta que aliente el día
y se inclinen las sombras.
Vuelve: aseméjate, mi amado,
al corzo y al cervato
sobre los montes de Beter.»

SABIDURÍA.

ESTE libro fué escrito en griego, por un judío residente en Egipto durante el reinado de los Ptolemeos. Propúsose el autor afianzar á sus compatriotas de Egipto en el amor á la verdadera fe y á la sabiduría del cielo; la cual consiste en el temor de Dios y la observancia de su ley. A excepción de algunos capítulos (4, 5, 7, 8 y 9, notables por sus altas bellezas poéticas), caracteriza á este libro un tono de elocuente y elevada filosofía y cierta floridez de estilo, que lo acerca á la literatura profana y contrasta con el estilo sentencioso de los otros libros sapienciales y con el de la Biblia en general.

INCOMPARABLE ES LA SABIDURÍA.

(Sab. 7, 7—14.)

Rogué, y entendimiento fuéme dado; clamé, y vino á mí espíritu de sabiduría.

Antepúsela á cetro y trono, y las riquezas en nada túvelas comparadas con ella. Y no le equiparé piedra preciosa; pues todo el oro delante de ella es un poco de arena; y por lodo será tenida la plata cotejada con ella.

Sobre la salud y la belleza améla, y elegíla para lumbre mía; que inextinguible es su fulgor.

Y viniéronme juntamente con ella todos los bienes, é incontables riquezas por su mano. Y alegréme de todo, pues precedíame la sabiduría, é ignoraba yo ser ella de todo esto la madre.

Sin dolo la aprendí; sin envidia la enseño; sus riquezas no las oculto. Porque inagotable tesoro es para los hombres; del cual los que han usado, partícipes han sido hechos de la amistad de Dios, por el don de la disciplina recomendados.

ECLESIÁSTICO.

EL Eclesiástico, llamado también *Jesús Sirach*, ha sido escrito por Jesús, hijo de Sirach. Sencillo de estilo, es un tratado completo, profundo y agradable de moral. Asemejase á los Proverbios, pero tiene más unidad y llaneza de estilo. Descuella, formando grato contraste con la suma sencillez del libro, el capítulo (24) que traza, en sublime frase, la imagen de la Sabiduría increada (el Hijo de Dios).

ELOGIO DE LA SABIDURÍA.

(Eclesiástico 24, 1—24.)

La Sabiduría loa á su alma y en medio de su pueblo se gloría. En la asamblea del Altísimo abre su boca y á la faz de su poder gloríase:

Yo de la boca del Altísimo he salido — y como niebla velado la tierra.

Yo en las sublimidades he fijado mi tienda; y mi trono está en columna de nube. El giro del cielo hele trazado sola yo, y paseádome por la hondura del abismo.

En las olas del mar, y en toda tierra, y en todo pueblo y gente he primado.

Después de todo esto, reposo he buscado, y en la heredad del Señor detenídome.

Entonces mandóme el creador de todo, y el que me creó, reposó en mi tienda y dijo:

«En Jacob habita y en Israel hereda.»

Y antes de los siglos, desde el principio, me creó; y por los siglos jamás desfalleceré. En el tabernáculo sacro delante de él he ministrado; y así, en Sion he sido afianzada, y en la ciudad santa detúveme, y en Jerusalén está mi poder. Y arraiguéme en el pueblo glorificado. — Como cedro he sido exaltada en el Líbano, y como ciprés en el monte de Sion. Como palma he sido encumbrada en Cadés y como retoño de rosa en Jericó. Cual cinamomo y bálsamo he dado olor de aromas, y cual mirra escogida esparcido fragancia.

Yo como terebinto he extendido mis ramas, y mis ramas son ramas de gloria y de gracia.

Soy como vid, que florece gracia, y mis flores fruto son de gloria y de riqueza.

Soy madre del amor hermoso, y del temor, y del conocimiento y de la santa esperanza.

ISAÍAS.

ISAÍAS (siglo VIII antes de Jesucristo), hijo de un cierto Amós, fué amigo y consejero del piadoso rey Ezequías de Juda. El libro de Isaías pertenece á los más bellos é importantes del mundo. Una sublimidad constante, mezclada de terror, fuerza lírica y suma energía de dicción lo distinguen.

PASIÓN Y GLORIA DEL MESÍAS.

(Is. c. 53.)

¿Quién cree lo que hemos oído nosotros? Ó el brazo del Señor, ¿á quién se ha revelado?

Y subirá como retoño delante de él, y como raíz de tierra sedienta.

No tiene hermosura ni gentileza. Y le vimos, y no tenía figura; y le desconocimos: al despreciado y último de los hombres, varón de dolores y sabedor de la flaqueza; y como oculto su rostro y despreciado. Por donde, ni reparamos en él.

Verdaderamente, nuestras languideces él las llevó, y nuestros dolores él tomólos sobre sí. Y nosotros le tuvimos como por leproso y herido de Dios y humillado.

Él, empero, herido fué por nuestras iniquidades; quebrantado fué por nues-

tros crímenes. El castigo, para nuestra paz está sobre él, y con su sangre hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas andábamos errantes; cada cual habíase por su camino descaminado; y puso el Señor en él las iniquidades de todos nosotros.

Inmolado fué, porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca. Cual oveja será conducido á la matanza; y cual cordero ante su trasquilador, callará y no abrirá su boca. De la angustia y del juicio fué arrebatado. Su generación, ¿quién la contará? Porque cortado fué de la tierra de los vivientes. Por el crimen de mi pueblo le herí. —

Y entre malvados le dará tumba, y entre poderosos muerte; por no haber hecho él iniquidad ni haberse hallado dolo en su boca. Y el Señor le quiso quebrantar en la flaqueza. Si pusiere por el pecado su alma, verá descendencia eterna, y la voluntad del Señor se cumplirá por su mano.

Por lo que trabajó su alma, verá y se hartará. Por su conocimiento justificará el mismo justo siervo mío á muchos, y sus iniquidades él mismo las llevará.

Por esto le repartiré muy muchos, y él dividirá los despojos de los fuertes: porque entregó á la muerte su alma, y con los facinerosos fué contado; y él mismo llevó los pecados de muchos y rogó por los transgresores.

GLORIA DE LA NUEVA JERUSALÉN.

(Is. c. 60.)

Levántate, ilumínate, Jerusalén; que ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Pues he aquí que tinieblas cubrirán la tierra y calígine los pueblos. Sobre ti, empero, nacerá el Señor y su gloria en ti se verá. Y caminarán las gentes en tu luz, y los reyes en el esplendor de tu nacer.

Alza en torno tuyo los ojos y mira: todos éstos hanse congregado y venido á ti: tus hijos vienen de lejos, y tus hijas álzanse de todos lados.

Entonces mirarás y abundarás, y se maravillará y dilatará tu corazón, cuando se convirtiere á ti la muchedumbre del mar, y la fuerza de las gentes viniere á ti.

Inundación de camellos te cubrirá; dromedarios de Madián y de Efa; todos los de Sabá vendrán, ofrendando oro é incienso y pregonando el nombre del Señor.

Todas las greyes de Cedar te son reunidas: los carneros de Nabayot te sirven: sacrificados serán sobre mi altar propiciatorio, y glorificaré la casa de mi majestad.

¿Quiénes son ésos que como nubes vuelan y á manera de palomas á sus ventanas? Que á mí las islas me esperan y las naves del mar desde el principio, para traer yo tus hijos de lejos: su plata y su oro junto con ellos, al nombre del Señor su Dios, y del Santo de Israel, porque te glorificó á ti.

Y los hijos de los extranjeros edificarán tus muros y sus reyes te servirán; porque en mi indignación te herí, y en mi reconciliación apiadéme de ti.

Y tus puertas estarán abiertas siempre; ni de día ni de noche se cerrarán; á fin de que la fuerza de las gentes sea traída á ti y conducidos los reyes. Porque la gente y el reino que no te sirviere á ti, perecerá; y las gentes con soledad serán devastadas.

La gloria del Líbano vendrá á ti: el abeto y el boj y el pino juntos, á ornar el lugar de mi santificación; y el lugar de mis plantas lo glorificaré.

Y vendrán á ti inclinados los hijos de los que te humillaban; y adorarán las huellas de tus plantas cuantos blasfemaban de ti, y te llamarán la ciudad del Señor, la Sion del santo de Israel.

Por esto: porque fuiste abandonada y aborrecida, y no había quién pasara por ti, te pondré por soberbia de los

siglos, por gozo de generaciones y generaciones. Y chuparás la leche de las gentes y por mamila regia serás amamantada; y sabrás que soy yo, el Señor, quien te salva, y redentor tuyo, el fuerte de Israel. En vez de bronce, traeré oro, y en vez de hierro, traeré plata, y en vez de leños, bronce, y en vez de piedras, hierro; y tu guarda volveréla yo paz y tus príncipes justicia.

No se oirá ya iniquidad en tu tierra, devastación y quebranto en tus términos; y ocupará la salud tus muros, y tus puertas la alabanza.

No habrá ya para ti sol que te luzca de día; ni el esplendor de la luna te iluminará, sino que el Señor será para ti lumbrera sempiterna y tu Dios tu gloria.

No se pondrá ya tu sol y tu luna no decrecerá; porque el Señor será para ti lumbrera sempiterna, y terminarán los días de tu llanto. Mas tu pueblo será todo de justos; por siempre herederán la tierra, ellos germen de mi plantación, obra de mi mano para glorificarme. El más pequeño se tornará en mil y el pequeñuelo en gente fortísima. Yo, el Señor, á su tiempo de súbito harélo así.

JEREMÍAS.

NI la sublimidad, ni el alto vuelo, ni el terror de Isaías se encuentran en el libro de Jeremías, pero sí una suave melancolía, que por todo él se esparce. Sus *Lamentaciones* (ó *Trenos*) son una de las más perfectas y conmovedoras elegías que conozca el mundo. Un solo gemido de dolor pueden llamarse, un solo torrente de lágrimas y un inmenso arranque de tristeza, realzado por los escombros en medio de los cuales canta el vidente, y por el tierno amor patrio que respira su palabra. Pero lo que á los plañideros é inmortales Trenos da un carácter de melancolía sublime es el segundo horizonte que se abre ante los ojos del profeta, tras de las ruinas de la desventurada ciudad, y que le hace ver la muerte del Hombre-Dios, los castigos del deicidio y la desolación perpetua de Salén.

DE LAS LAMENTACIONES.

HUMILLACIÓN Y ABANDONO DE JERUSALÉN.
(Tren. c. 1.)

¡Cómo está sentada solitaria
la ciudad — de pueblo llena!
Cómo en viuda se ha trocado
la señora de las gentes;
la princesa de las tierras
hecha ha sido tributaria.
Llorando llora en la noche;
su llanto está en sus mejillas.
No hay de todos los que amaba,
quien le dé consolación.
La desprecian sus amigos
todos, y enemigos son.
Judá, opreso y agobiado
por la servidumbre, emigra;
entre las naciones mora,
sin sosiego hallar; — la cogen
sus perseguidores todos
rodeada de congojas.
Lloran de Sion las vías;
que no hay quien venga á las fiestas.
Ruinas son sus puertas todas;
sus sacerdotes suspiran;
se marchitan sus doncellas;
y ella misma de amargura muere.
Á su frente están los enemigos;
se han enriquecido sus contrarios;
que el Señor habló contra ella,
por la multitud de sus maldades;
sus pequeñuelos han sido
al cautiverio llevados,
del verdugo ante la faz.
De la hija de Sion se fué
Su hermosura toda.
Y sus príncipes como carneros
que no encuentran pasto son.
Y se van sin fortaleza,
del perseguidor ante la faz.
Recuerda Salén los días
de sus cuitas y extravíos
y de los placeres todos,
que ha tenido desde antiguos tiempos;
porque el pueblo en hostil mano
cayó, sin haber quien le ayudara.
Los enemigos la ven,
y sus sábados iluden.
Pecó Salén su pecado;
por lo cual instable se hizo:
cuantos la glorificaban,

despreciáronla, pues vieron
su ignominia; y ella misma
gemebunda se volvió.
Su escualor está á su planta;
no se acordó de su fin:
despeñóse en lo profundo,
sin tener consolador.
«Mira, Señor, mi aflicción;
que se ha alzado el enemigo.»
Su mano extendió el contrario
á sus bienes todos principales;
que ella ve dentro al santuario
los gentiles, de los cuales
ordenaste que no entraran
dentro de tu comunión.
Gime todo el pueblo de ella
y pidiendo está su pan:
toda cuanta prenda hay bella
por matar el hambre dan.
«Ve, Señor, y considera
cómo he sido yo hecha vil.
¡Oh vosotros todos
que pasáis por el camino,
atended y ved,
si hay dolor cual mi dolor!
puesto que me ha vendimiado,
como lo dijo el Señor,
el día de su furor.
Envió fuego, desde lo alto,
en mis huesos, y penóme
y extendió red á mis pies;
y volvióme de revés:
me ha tornado desolada,
todo el día devorada
de amargura.
Sin cesar me apura
de mis maldades el yugo;
las entrelazó su mano
y á mi cuello las impuso:
desmayó la fuerza mía;
el Señor en mano me ha entregado
de la cual alzarme
nunca será dado.
El Señor me arrebató de en medio
de mí todos mis potentes;
pregonó una fiesta en contra mía,
para destrozar á mis valientes.
El Señor calcóle los lagares
á la virgen, hija de Sion.
Yo por esto lloro, y fuentes
de agua son mis ojos:
porque está de mí lejano
el consolador que vuelva
mi ánima (de sus enojos).
Mis hijos han perecido;
porque el adversario
ha prevalecido.
Tiende Sion la mano;
pero no hay quien la consuele.
En torno á Jacob y en contra suya
el Señor mandó al contrario:
fué Jerusalén entre ellos,
cual mujer menstruante.
Justo es el Señor;
que yo provoqué á furor
su semblante.
Oíd, os ruego, pueblos todos
y ved mi dolor:
mis doncellas y mis jóvenes
han partido al cautiverio.
Di á mis amigos clamores;
y ellos me fueron traidores;
mis sacerdotes y ancianos
por la ciudad desmayaban;
que algo de comer buscaban
para su alma confortar.
Ve, Señor, cómo me angustio:
el seno se me estremece;
se me vuelca y desfallece
en mí misma el corazón;
que soy de amargor saciada:
fuera, matando la espada,
dentro, la muerte va igual.
Oyen que yo me lamento;
pero no hay quien me consuele.
Mis contrarios todos oyen
mi quebrantamiento;
y porque lo hiciste tú,
danse á la alegría.
Mas tú traes del solaz el día:
y serán lo que yo soy.
Entre á ti su pecar todo,
y vendímialos del modo
que me vendimiaste á mí,
por mis demasías todas;
que son muchos mis gemidos;
se me quiebra el corazón.»

LA CIUDAD DESOLADA.
(Tren. c. 2.)

Decretó el Señor destruir
de la hija de Sion el muro;
su cordel tendió
y no alzó su mano
de la ruina. Llora
el antemural; y el muro
á la par fué derrocado.
En la tierra hundidas yacen
sus puertas: él los cerrojos
destrozó y desmenuzó,
y entre las naciones,
á su rey

y á sus príncipes: no hay ley;
y no alcanzan del Señor
sus profetas ya visiones.
En la tierra se sentaron
los ancianos de la hija
de Sion y callaron;
y ceniza derramaron
sobre sus cabezas,
y de sacos se ciñeron;
á tierra la faz volvieron
las doncellas de Salén.
Mis ojos de llanto
desfallecen,
mis entrañas se estremecen;
mi hígado por tierra
se derrama á causa del quebranto
de la hija del pueblo mío,
desmayándose el infante
y el mamante,
á través de la ciudad.
Preguntaron á sus madres:
«¿Dónde hay trigo y vino?»
desmayando por las calles
de la ciudad, cual heridos;
y en el seno de sus madres
exhalando su alma.
¿Con quién te compararé,
ó á quién te asemejaré,
oh hija de Jerusalén?
¿Con quién igualarte,
para consolarte,
virgen, hija de Sion?
Porque es grande, como el mar,
tu desolación:
¿quién te habrá de remediar? —
Sobre ti las palmas baten
cuantos por la vía pasan;
silban; mueven la cabeza
sobre la hija de Salén,
«¿Ésa es la ciudad», diciendo,
«de la perfecta hermosura,
la alegría de la tierra entera?»

BARUCH.

BARUCH, discípulo de Jeremías, describe en una breve profecía, con triste acento, la confesión que de sus crímenes hace el pueblo cautivo en Babilonia y la confianza que tiene en la divina misericordia. Hállase en Baruch (c. 3) una pintura grandemente sublime de la increada sabiduría.

ELOGIO DE LA SABIDURÍA DIVINA.

(Bar. 3, 9—38)

Oye, Israel, los mandamientos de la vida; atiende, porque aprendas prudencia. ¿De dónde, el que estés, Israel, en tierra enemiga? ¿que envejezcas en tierra extranjera? ¿estés manchado con los muertos, contado entre los que descienden al infierno?

Has abandonado la fuente de la sabiduría. Pues si anduvieras en la vía de Dios, habitaras ciertamente en sempiterna paz.

Aprende dónde está la prudencia, dónde la fuerza, dónde el entendimiento, porque sepas á la vez dónde está la largura de la vida y el sustento, dónde la lumbre de los ojos y la paz.

¿Quién ha hallado su morada, y quién ha penetrado en sus tesoros? ¿Dónde están los príncipes de las gentes y los dominadores de las bestias que pueblan la tierra? ¿los que jugaban con las aves del cielo? ¿los que atesoraban plata y oro en que los hombres confían y que se amontonan sin fin? ¿los que labraban la plata solertes con inimitable labor?

Exterminados fueron; á los infiernos bajaron, y otros alzáronse en su lugar. Los jóvenes vieron la luz y habitaron en la tierra; pero desconocieron el camino de la disciplina; ni entendieron sus sendas. Ni sus hijos la acogieron: alejóse de su faz. No fué oída en la tierra de Canaán, ni vista en Temán. Los hijos de Agar, que buscan la prudencia terrenal; los mercaderes de Merra y de Temán; los fabuladores y los investigadores de la prudencia y del entendimiento; — ignoraron, empero, el camino de la sabiduría; ni de sus sendas se acordaron.

¡Oh Israel! ¡cuán grande es la casa de Dios é ingente el lugar de su posesión! Grande es y no tiene fin; excelso é inmenso. En él fueron aquellos célebres gigantes, que desde el principio vivieron, de grande estatura, de la guerra sabedores. No á ellos eligió el Señor; y el camino de la disciplina no hallaron; por lo cual perecieron; pues, no teniendo la sabiduría, á su insipiencia sucumbieron.

¿Quién se ha remontado al cielo, y la ha recibido y sacádola de las nubes? ¿Quién ha surcado el mar y halládola y traídola, á trueque de oro selecto? No hay quien pueda saber sus vías, ni quien escudriñe sus sendas. Pero el que todo lo sabe, la conoce, y con su prudencia la encontró; aquel que, para tiempos eternos, dispuso la tierra; que la llenó de ganado y cuadrúpedos; el que envía la luz, y va; que la llama, y le obedece temblando. Las estrellas, en sus puestos, dan su lumbre, y se alegran; llámalas, y dicen: «Henos aquí», y resplandecen placenteras al que las hizo.

Ése es nuestro Dios, y no hay quien á él compararse pueda. Él halló toda senda de la disciplina, y la enseñó á Jacob, su siervo; á Israel, su predilecto. Más tarde pareció en la tierra y con los hombres conversó.

HABACUC.

HABACUC, uno de los profetas menores, describe en su *oración* (c. 3) con la mayor sublimidad á que puede remontarse el espíritu humano, la grandeza y el poder de Dios.

LA GRANDEZA DE DIOS.

(Hab. c. 3.)

Señor, oí tu voz, é intimidéme;
Señor, en la carrera de los años
renueva tu obra; muéstrala
en la carrera de los años,
y acuerda tu piedad, cuando te aíres.
Dios viene desde el austro,
el santo, desde el monte de Farán:
los cielos cubre de su gloria,
y de su loor está la tierra llena.
Sus esplendores son como la lumbre,
y cuernos en sus manos;
en donde oculta está su fortaleza.
Ante su faz la muerte va;
ante sus pies se va satán;
levántase y la tierra mide;
mira, y dispersa las naciones;
y rómpense los montes de los siglos;
encórvanse del mundo los collados,
al paso de su eternidad.
Por sus iniquidades temblar veo
los pabellones de Etiopía; tiemblan
las tiendas de la tierra de Madián.
¿Te aíras por ventura con los ríos,
Señor? ¿contra los ríos te enfureces? [1]
¿ó es contra el piélago tu indignación?
que en tus corceles subes
y en tus cuadrigas, á salvar.
Tendiendo tendiste el arco,
cual á las tribus lo juraste;
los ríos de la tierra hiendes.
Te ven los montes, y retiemblan;
las aguas túmidas difluyen;
el abismo da voces;
su mano elevan las alturas.
Sol y luna en su tienda se detienen,
van á la luz de tus saetas,
al fulgor de tu lanza rutilante.
La tierra en tu furor conculcas;
en tu coraje pasmas las naciones.
Tú sales á salvar tu pueblo,
á tu ungido á salvar.
Destrizas al linaje impío la testa;
desnúdaslo de abajo arriba.
Su cetro y la cabeza
maldices de su gente armada,
que vienen, cual turbión, á dispersarme:
jubilan, como aquel que al pobre

[1] Alusión al paso del Mar Rojo y el del Jordán.

devora ocultamente.
Vía en el mar á tus corceles abres,
en medio al cieno de las grandes aguas.
Oílo, y mis entrañas se turbaron;
temblároнme los labios, á su fama.
Penetre putridez dentro á mis huesos,
y me disuelva todo, porque, el día
de la tribulación, descanse, y suba
hasta el ceñido pueblo nuestro [1].
Que no florecerá la higuera,
ni fructificará la vid;
mentirá el germen de la oliva,
y no darán los campos alimento;
del ovil quitarán las greyes,
ni habrá vacada en los establos.
Pero me alegraré yo en el Señor,
y en Dios, mi Salvador, jubilaré.
Dios, el Señor, es mi firmeza,
y pies me da de ciervo;
y triunfador me lleva á las alturas,
y cánticos le entono yo.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

MÉDICO de Antioquía era Lucas, cuando se convirtió al cristianismo y se hizo compañero de San Pablo en sus correrías apostólicas. Compuso su Evangelio en Roma (61—63 de Jesucristo). Pertenecen á él la mayor parte de las aun literariamente encantadoras parábolas de Jesucristo. Nótase en San Lucas pureza de lenguaje y mayor fluidez de estilo y continuidad histórica que en los demás evangelistas; cualidades que aproximan su forma á la de los historiadores profanos.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA.

(Luc. 12, 16—31.)

Díjoles una parábola, diciendo: «De un hombre rico lozaneaban los campos. Y pensaba dentro de sí, diciendo: '¿Qué haré, que no tengo dónde guardar mis frutos?' Y dijo: 'Esto haré: derribaré mis graneros y fabricaré mayores, y juntaré allí todos mis granos y bienes; y diré á mi alma: Alma, engranerada tienes hacienda mucha para muchos años: descansa, come, bebe, huélgate.' Y Dios le dijo: 'Necio, esta noche te piden el alma. Y lo que has prevenido, ¿de quién será?'»

Tal es quien atesora para sí y no es rico ante Dios.

Y dijo á sus discípulos: «Por esto yo os digo: No andéis afanosos de vuestra vida: qué comer; ni de vuestro cuerpo: qué vestir. Más es el alma que el alimento, y el cuerpo que el vestido. Considerad los cuervos: cómo ni siembran ni cosechan; que ni despensa tienen ni granero; y los alimenta Dios. ¡Cuánto más sois vosotros que las aves! ¿Y quién de vosotros puede añadir, con su afán, un codo á su estatura? Si, pues, ni lo muy pequeño podéis, ¿á qué os afanáis por lo demás?

«Considerad los lirios, cómo crecen: ni trabajan ni hilan; y os digo que ni Salomón en toda su gloria vestía como cualquiera de ellos. Si, pues, el heno, que hoy es en el campo y mañana se arroja en el horno, viste Dios así, ¡cuánto más á vosotros, hombres de poca fe! Y vosotros no busquéis qué comer, ni qué beber, ni os perdáis pensando. Pues todo esto búscanlo las gentes del mundo. Que vuestro Padre sabe que necesitáis de todas estas cosas. Primeramente buscad el reino suyo, y esto se os dará de añadidura.»

[1] = seno de Abrahán.

EVANGELIO DE SAN JUAN.

JUAN, célebre por su estrecha amistad con el divino Maestro, se propuso en su Evangelio poner de relieve la divinidad de Jesús y su clemencia. Nadie más instruído que él en los secretos de la caridad del Hombre-Dios, ni más fiel depositario de sus palabras de amor. La sublimidad de San Juan aventaja la de los demás relatos evangélicos, y en la despedida de Jesús á sus discípulos (c. 14, 15 y 16) y en la oración por ellos (c. 17) llega al más alto grado. Diferénciase mucho la sublimidad de San Juan, como en general la del Nuevo Testamento, de la del Antiguo, en cierta suavidad y tono ligeramente patético, que no se encuentra en aquél. De movimiento dramático y sublime están llenas las narraciones de la conversación de Jesús con la Samaritana (c. 4) y sobre todo la del ciego de nacimiento (c. 9).

JESÚS SANA AL CIEGO DE NACIMIENTO.

(Juan c. 9.)

Y pasando Jesús, vió á un hombre ciego de nacimiento. Y preguntáronle sus discípulos, diciendo: «Maestro, ¿quién pecó: éste, ó sus padres, para que naciera ciego?» Respondió Jesús: «Ni éste pecó ni sus padres; mas para que las obras de Dios se manifestaran en él. Mientras es de día, he de obrar las obras del que me envió. Viene la noche, cuando nadie puede obrar. En tanto estuviere yo en el mundo, soy la luz del mundo.» Esto dicho, escupió en tierra é hizo lodo con la saliva, y púsole el lodo sobre los ojos y le dijo: «Vé, lávate en el estanque de Siloé (lo que se interpreta: Enviado).» Fué, pues; lavóse y tornó viendo. Luego los vecinos y los que le habían visto antes mendigo, decían: «¿No es éste el que sentado mendigaba?» Otros decían: «Que es él.» Otros: «No, sino parecido á él.» Él decía: «Yo soy.» Decíanle pues: «¿Cómo se te abrieron los ojos?» Respondió: «Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y untóme los ojos y me dijo: 'Vé al Siloé, y lávate.' Y fuí, y lavéme, y veo.» Y dijéronle: «¿Dónde está ése?» Dice: «No sé.»

Llevan á los fariseos el antes ciego. Pero era sábado el día en que Jesús hizo el lodo y abrióle los ojos. Preguntáronle de nuevo los fariseos cómo había llegado á ver. Y él les dijo: «Lodo púsome sobre los ojos; y lavéme, y veo.» Dijeron entonces algunos de los fariseos: «No es de Dios este hombre, que no guarda el sábado.» Otros decían: «¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?» Y discusión había entre ellos. Dicen, pues, nuevamente al ciego: «¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?» Respondió: «Que es profeta.» No creyeron, pues, los judíos que él hubiese sido ciego y recobrado la vista, hasta que llamaron á sus padres y les preguntaron, diciendo: «¿Es éste vuestro hijo, quien vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ahora ve?» Respondieron sus padres: «Sabemos que éste es nuestro hijo y que ciego nació. Pero cómo haya ahora llegado á ver ni quién le haya abierto los ojos, eso nosotros no lo sabemos. Preguntadle á él mismo: edad tiene: él hablará de sí.» Dijeron esto sus padres por temor de los judíos; pues ya se habían confabulado los judíos para excluir de la sinagoga á quienquiera le confesase por Cristo. Por esto dijeron sus padres: «Edad tiene: preguntadle.»

Así, llamaron otra vez al hombre que había sido ciego, y le dijeron: «Da gloria á Dios: sabemos nosotros que es pecador este hombre.» Aquél repuso: «Si es pecador, no lo sé: una sola cosa sé: que era yo ciego, y que ahora veo.» Dijeron: «¿Qué hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?» Respondióles: «Ya os lo he dicho, y no habéis querido entender. ¿Por qué lo queréis otra vez oir? ¿Acaso también vosotros pensáis haceros discípulos suyos?» Maldijéronle y dijeron: «Tú sé discípulo de ése: nosotros discípulos somos de

Moisés: sabemos nosotros que á Moisés habló Dios. Pero éste no sabemos de dónde es.» Respondió el hombre y díjoles: «Es esto lo admirable: que vosotros no sepáis de dónde es, habiéndome él á mí abierto los ojos. Sabemos que á los pecadores no los oye Dios. Pero, si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, á éste él oye. Desde que el mundo es mundo, nunca se oyó decir que alguno abriese los ojos á un ciego de nacimiento. Si éste no fuese de Dios, nada hacer pudiera.» Respondieron, diciendo: «En pecados has nacido todo tú, ¿y tú nos enseñas?» Y arrojáronle fuera.

Oyó Jesús que le habían arrojado fuera, y hallándole, díjole: «¿Crees tú en el hijo del hombre[1]?» — «¿Y quién es», dijo, «Señor, para creer yo en él?» — Díjole Jesús: «Le has visto, y el que contigo habla, él es.» Y dijo: «Creo, Señor.» Y postróse y le adoró.

EPÍSTOLAS DE SAN PABLO.

LAS catorce cartas de San Pablo son otros tantos tratados dogmáticos, escritos en diversas ocasiones para explicar la fe y la moral cristianas, y forman, en su conjunto, como un compendio de la religión, reflejando todas el levantado y profundo espíritu del Apóstol de las gentes y su poderosa elocuencia.

¡POR LA TRIBULACIÓN Y EL AMOR DE CRISTO Á LA GLORIA!

(Rom. 8, 14—39.)

Todos los que del Espíritu de Dios son movidos, ésos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido de nuevo el espíritu de la servidumbre en el temor, sino que habéis recibido el espíritu de la adopción de hijos, en el cual clamamos: ¡Abba (Padre)! Porque el Espíritu mismo da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Mas, si hijos, también herederos; esto es: herederos de Dios y coherederos de Cristo; con tal que padezcamos con él para ser con él glorificados.

Porque estimo que los padecimientos de este tiempo no son condignos de la gloria venidera que se revelará en nosotros. Pues el ansiar de la criatura es un ansiar por la revelación de los hijos de Dios. Porque á la vanidad está sometida la criatura; no de su grado, sino por el que la sometió en esperanza; pues la criatura misma será librada de la servidumbre de la corrupción para la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que toda criatura gime y está parturiente hasta ahora. Y no sólo ella, sí que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu; nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, ansiando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Que por la esperanza hemos sido salvados. Pero una esperanza que se ve, no es esperanza. Pues lo que uno ve, ¿á qué lo espera? Empero, si lo que no vemos, esperamos, ansiámoslo con paciencia. Pues así también ayuda el Espíritu á nuestra flaqueza. Pues aquello por lo cual hemos de orar cual conviene, lo ignoramos; pero el Espíritu mismo pide por nosotros con gemidos inenarrables. Mas el que escudriña los corazones, sabe qué desea el Espíritu; pues, según Dios, pide por los santos. Pero sabemos que á los que aman á Dios, ayúdales todo á bien: á los que, según el propósito, han sido llamados para santos. Pues á los que ha preconocido, halos también predestinado á ser conformes con la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Pero á los que predestinó, á ésos

[1] Variante: de Dios.

también llamó; y á los que llamó, á ésos también justificólos; y á los que justificó, á aquéllos también glorificólos. ¿Qué diremos, pues, á esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Aquel que no perdonó á su propio Hijo, sino que por todos nosotros le entregó, ¿cómo no nos ha dado, con él, también todo? ¿Quién acusará contra los elegidos de Dios? ¿Dios, que justifica?

¿Quién es el que condenará? ¿Cristo Jesús, que murió, que sobre todo resucitó y que está á la diestra de Dios y que intercede por nosotros?

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿ó angustia? ¿ó hambre? ¿ó desnudez? ¿ó peligro? ¿ó persecución? ¿ó espada? (Según está escrito: «Que por causa tuya somos mortificados todo el día, somos reputados por ovejas de matanza.»)

Pero de todo esto triunfamos por el que nos ha amado. Pues cierto estoy de que ni muerte, ni vida; ni ángeles, ni principados, ni virtudes; ni presente, ni futuro; ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura alguna nos separará del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

EXCELENCIA Y CARACTERES DE LA CARIDAD.

(2 Cor. c. 13.)

Si hablo las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo caridad, soy como bronce sonante ó címbalo tañedor. Y si tengo profecía y conozco todos los misterios y la ciencia toda; y si tengo toda la fe, al punto de trasladar montes, pero no tengo caridad, nada soy. Y si con todo lo mío harto al pobre, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve.

La caridad es paciente, es benigna. La caridad no envidia, no obra mal; no se infla; no es ambiciosa; no busca lo suyo; no se irrita; no piensa mal; no se alegra de la injusticia: alégrase, empero, de la verdad; todo lo calla; todo lo cree; todo lo espera; todo lo soporta.

La caridad nunca desfallece; sea que las profecías se desvanezcan, sea que las lenguas cesen; sea que la ciencia se destruya. Pues parcial es nuestro saber, y parcial nuestro profetizar. Pero, cuando viniere lo completo, se desvanecerá lo parcial. Cuando era yo párvulo, hablaba como párvulo, quería como párvulo, pensaba como párvulo. Pero, cuando fuí hombre, desvanecí lo del párvulo. Porque ahora vemos por espejo en enigma; entonces, empero, veremos faz á faz. Ahora conozco parcialmente; entonces, empero, conoceré tal como soy también conocido. Mas ahora quedan fe, esperanza, caridad: estas tres cosas; pero la mayor de ellas es la caridad.

APOCALIPSIS.

EL Apocalipsis *(revelación)* fué escrito por el apóstol San Juan durante su destierro en Patmos, y contiene las visiones que allí le envió Dios acerca de los destinos futuros de su Iglesia hasta el fin del mundo. En una sucesión de magnificentísimas escenas se le manifiestan las crudas persecuciones que ha de sufrir la Esposa de Cristo, su lucha final, su triunfo y gloria imperecedera. Cierta majestad aterradora brilla en medio de la gran sublimidad de este libro.

EL HIMNO AL CORDERO.

(Apoc. 14, 1—4.)

Y vi, y he ahí que un cordero estaba en el monte de Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el de su padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo como la voz de muchas aguas, y

la voz de un grande trueno, y la voz que oí era como de citaristas tañendo sus cítaras. Y cantaban como un cántico nuevo ante el trono, y ante los cuatro vivientes y los ancianos. Y nadie podía cantar el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que comprados fueron de la tierra. Éstos son los que con mujeres no se mancillaron; que vírgenes son. Éstos son los que al cordero siguen á dondequiera que vaya. Comprados fueron de entre los hombres, como primicias para Dios y el cordero.

EL JUICIO.

(Apoc. 20, 11—15.)

Y vi un gran trono albo y al en él sentado; ante cuya faz huyeron la tierra y el cielo; y lugar para ellos ya no se halló.

Y vi á los muertos grandes y pequeños, en pie, delante del trono. Y abriéronse los libros. Y otro libro se abrió: el que es de la vida. Y fueron juzgados los muertos por lo escrito en los libros, según sus obras. Y dió la mar los muertos que había en ella; y la muerte y los infiernos dieron los muertos que en ellos había. Y juzgados fueron, cada uno según sus obras. Y la muerte y los infiernos fueron lanzados al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda: el lago de fuego. Y el que no se hallaba inscrito en el libro de la vida, era arrojado en el lago de fuego.

LA RENOVACIÓN UNIVERSAL Y LA NUEVA JERUSALÉN.

(Apoc. 21, 1—6.)

Y vi un nuevo cielo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la tierra primera habían pasado, y la mar ya no es. Y vi la ciudad santa: la nueva Jerusalén, descender de Dios, del fondo de los cielos, prevenida como esposa ataviada para el esposo. Y oí una gran voz del trono, diciendo: «He ahí el tabernáculo de Dios en medio de los hombres, y en medio de ellos habitará; y ellos serán su pueblo, y él — Dios mismo entre ellos — será su Dios. Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos; y la muerte ya no será, ni tristeza, ni lamento, ni penalidad: lo primero se fué.»

Y dijo el que sentado estaba en el trono: «He aquí que lo renuevo todo.» Y dijo: «Escribe; porque éstas son palabras ciertas y verdaderas.» Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin.»

LITERATURA GRIEGA.

HOMERO.

(¿Siglo X antes de Jesucristo?)

ENVUELTA en sombras está la vida de Homero; mas no así su existencia ni la autenticidad de sus dos grandes poemas: la *Iliada* y la *Odisea*, que cantan, aquélla las iras de Aquiles y la caída de Troya; ésta, la azarosa vuelta de Ulises á Ítaca y la fidelidad conyugal de Penélope, su mujer. Las obras de Homero, á falta de la historia, nos permiten ver con suma claridad los imponentes contornos de su fisonomía moral: la nobleza, fuerza y profunda religiosidad de su alma y su elevado concepto de la moral. Con inexorable rigor censura el vicio y con ardoroso entusiasmo ensalza la virtud; hasta los arrebatos, al parecer justos, de la pasión reciben tremendo castigo. Nadie como él ha cantado la fidelidad conyugal, su honor y gloriosa recompensa; nadie mejor que él la piedad filial y la predilección con que la mira el cielo. Mayor sublimidad resplandece en la Iliada que en la Odisea y por eso también mayor belleza. La Odisea, en cambio, tiene una sublimidad templada, que le da irresistible atractivo; no arrastra y suspende como el poema de Ilión; pero sopla en ella tal aura de virtud y tan seductora gracia que se hace amar, así como admirar aquélla. Respira en ambas la misma alma grande y apacible, que, sin dejar de tocar jamás el suelo, ni se detiene en él ni con él se mancha, sino que mira siempre al ideal, aquel cielo purísimo del arte, donde todas las cosas, aun las mezquinas y tristes de la tierra, se reflejan bellamente en las diáfanas y resplandecientes ondas del éter. Padre fué de las letras y de las artes y de toda la cultura helénica este poeta, grande entre los más grandes, que, en medio de sus infinitos raudales de inspiración, supo dar á todo las más variadas y graciosas formas plásticas. Padre fué del genio griego. Él es también el maestro y legislador soberano de la bella literatura; porque á él le dió Minerva que sus palabras *lucieran* (como canta la Ilíada del yelmo y broquel de Diomedes):

> Con llama inextinguible, centellantes,
> Cual, tras bañarse en las marinas ondas,
> Hermosa esplende la otoñal estrella (Sirio).

Cualidades principales: verdad y sublimidad.

DE LA ILÍADA[1].

PESTE. IRA.

(Del canto I, 1—553).

Las iras canta del Pelida Aquiles,
oh dea, iras fatales, que arrojaron
al pueblo aquivo en cuitas mil, y al orco
mil almas de campeones poderosas,
sus cuerpos á los canes por despojos,
y por festín á carniceras aves;
— tal se cumplió de Jove la sentencia —
desde el momento que en contienda fuerte
lidiaron, de los hombres el caudillo,
Agamenón y el esplendente Aquiles.
¿Quién de los dioses atizó su lucha?
El hijo de Latona y del Saturnio.
Airado con el rey, funesta lúe
envió al argivo campo, y cayó el pueblo;
porque de Agamenón fué denostado
el apolíneo sacerdote Crises;
que á las helenas voladoras naos
se avecinó con dones infinitos,
precio de la cautiva prole virgen.
Alzó del Flechador el áureo cetro,
abrazado en laurel. Oró á las gentes;
y á entrambos, de la lid ordenadores,
Atridas suplicó en acento humilde:
«Oh vástagos de Atreo y pueblo todo
argólico, de grebas especiosas,
los del Olimpo moradores dioses
os den de Príamo derruir los muros
y salvos retornar: la hija querida,
empero, devolvedme, temerosos
de Apolo flechador, prole de Jove.»
Y con asenso y plauso el pueblo todo
mandóles por honor del sacerdote
en el sublime precio libertarla.

[1] De nuestra Versión de la Ilíada, Concepción de Chile 1902.

Mas de hondo desplacer ardió el Atrida:
le befó, amenazó, lanzó del campo:
«Jamás, oh viejo, en estos anchos pinos
ni ahora ni más tarde, si tornares,
á hallarte vuelva yo: no te salvaran
ni ese febeo cetro ni sus lauros.
La libertad no volveré á la virgen,
mientras la senectud no la aje en Argos,
dentro mi alcázar, de la patria lejos,
esclava del telar, del lecho socia.
Mas vé ya, y no me enciendas, si á tus lares
en paz tornar é incólume deseas.»
Lo dijo; y Crises le acató medroso.
Del mar atronador por la ribera
fué solitario y tácito. Al rey Febo,
progenie de Latona, en trenzas bella,
tal suplicó ferviente, en lontananza:
«¡Escúchame tú, oh numen de arco argénteo,
de Crisa antemural y sacra Cila,
Dominador de Ténedos excelso!
Si un hora á tu deidad, oh Febo Esmínteo,
alcé gracioso templo; si abrasara
un día yo en tu honor perniles pingües,
ya táureos, ya caprinos: este voto
¡oh, cúmpleme! mis lágrimas los dánaos
expíen derribados por tus armas.»
Así clamó. Escuchóle el claro Febo;
Veloz bajó de las olimpias cimas,
airado el corazón; al hombro el arco
y la segura aljaba; resonantes,
al caminar del dios enfurecido,
las flechas del carcaj sobre sus hombros.
Sombrío, cual la noche, adelantóse,
y lejos se sentó de los bajeles.
Al campo heleno disparó una vira:
horrendo son brotó del arco argénteo.
Mulos mató primero y raudos canes[1];
luego afilados, matadores dardos
rectos lanzó á los hombres; y cayeron
Y piras sin cesar doquier ardían.
Ya nueve auroras el real aquivo
del flechador cruzaban las saetas.
Mas, á la décima, el Pelida Aquiles
del dánao pueblo convocó la junta.
Saturnia, de albos brazos, le inspiraba;
Quien compasiva y pesarosa viera
las víctimas caer de los aquivos.
La junta fué; las filas se estrecharon
y alzóse á hablar el corredor Aquiles:
«Ya menester, oh vástago de Atreo,
será tornar por las erradas sendas,
á los hogares, si evadir logramos
la ruina; que las armas y la peste
á los helenos de consuno siegan.
Mas ¡ea! preguntad á un agorero,
ó inmolador, ó intérprete de sueños
— que de Jove también los sueños vienen —;
porque de Febo rútilo declare
las grandes iras: si burlados votos
ó hecatombes le indignan; ó si espera,
para del pueblo propulsar la muerte,
el humo disfrutar del holocausto.»
Así diciendo, se sentó. Y alzóse
el Testorida Calcas, rey de augures;
quien lo que es, lo que fué y será, supiera;
y en ciencia présaga, que el claro Febo
le dió, condujo á Ilión la armada aquiva.
Éste, benévolo arengando, dijo:
«Aquiles, oh dilecto tú de Jove,
me mandas que las iras yo declare
del rey flechero. ¡Sea! mas promete
y jura que tu voz y mano nunca
me negarán su amparo presurosas;
pues temo que el furor sacuda al hombre
que grande manda y prepotente en Argos
y á cuyo imperio se doblega Acaya.
El rey, si contra el pobre se enfurece,
es pavoroso. Frenará su encono
luego tal vez. Empero dentro el alma,
hasta romper, se agitará su furia.
Di, pues, si empuje de salvarme abrigas.»
Y respondióle el corredor Aquiles:
«¡Ánimo! y los decretos divinales
que sepas, di. Te juro por Apolo,
á quien Jove ama, y quien inspira, oh Calcas,
á tu plegaria atento, los augurios
que nuncias á los dánaos: mientras vivo
la claridad mirare yo del día,
ningún aqueo de las anchas naves
te tocará con temeraria mano:
aunque al Atrida nombres, quien excelso
entre los de la Argólide se ufana.»
Y el intachable augur dijo confiado:
«Ni votos ni hecatombes le enfurecen:
irrítale la afrenta al sacerdote,
á quien befó el Atrida; ni la virgen
soltar ni darla rescatada quiso.
Así, nos manda cuitas el flechero,
y más nos mandará, sin que el estrago
de afrenta aleje del aquivo pueblo;
mientras al padre amante no se vuelva
libre la prole, de los ojos bellos,
no redimida: y hecatombe sacra,
expiatoria, se inmole al dios en Crisa.
Tal desarmemos la febea furia.»
Dijo y sentóse. El adalid, empero,
Agamenón Atrida prepotente,
se alzó penoso, el corazón umbrío,

[1] Parece ser espurio este verso.

de furor inundado. Centellóle,
cual fuego, la mirada y se detuvo
en el augur conminadora, fiera:
«Jamás á mí, fatídico divino,
has ominado prósperos augurios.
Tu goce eterno es presagiar desastres.
No has dicho nunca, ni hecho nada grato.
Hora también auguras á las gentes
que con la lúe nos flagela Febo;
porque el rescate claro de la virgen
yo desechó. Conmigo retenerla
por siempre quiero: á Clitemnestra misma,
mi juvenil consorte, la antepongo,
que no le cede la Criseida en nada:
ni en bellas formas, ni alma, ni labores.
Mas si ha de ser, la volveré sin mora.
El bien del pueblo, no su ruina ansío.
Pero otro don me prevendréis al punto;
sería deshonor que careciese
yo el sólo de botín entre los dánaos.
Todos lo veis: perdida está mi presa.»
Y el denodado, esplendoroso Aquiles:
«Atrida, en gloria y en codicia rico,
cual nadie, ¿tú de honor un don pretendes
de los dánaos magnánimos? ¿Dó quedan
preseas por nosotros conquistadas?
Partido está el botín de las ciudades.
De nuevo dividirlo fuera mengua.
Mas tú ya al dios entrégala; que un día
tres veces más, y cuatro, te daremos
por la doncella, si nos diere Jove
derruir de Ilión los majestosos muros.»
Y el Atrida potente respondióle:
«Doloso, no; sé fuerte cuanto lo eres,
oh Aquiles divinal; tú no me iludes.
¿Deseas, mientras tú el botín disfrutas,
yo de la parte mía me despoje,
que la Criseida devolver ordenas?
¡Sea! Mas los magnánimos aquivos
me donan otra virgen, digna de ella,
digna de mí; ó por mi mano cojo
tu cautiva, la de Áyax ó de Ulises.
Y do me acerque, rugirán furiosos. —
Pero, ¡por hoy silencio!... y negra nave
lancemos pronto al piélago sagrado,
de remos bien armada; que conduzca
una hecatombe y la Criseida hermosa.
Y sea un rey, quien el bajel gobierne:
Áyax, Idomeneo, el claro Ulises;
ó tú también, Pelida, de los hombres
todos el más aterrador! Ofrezca
el rey las víctimas y al dios aplaque.»
Miróle torvo el corredor Aquiles:
«¡Bah! hombre de impudencia sempiterna,
henchido de avidez! ¿quién de los dánaos,
si no forzado, acatará tu imperio?
será tu mensajero, ó valeroso
combatirá en el campo? Yo no vine
por mí á luchar con los lanceros teucros.
Á mí no me afrentaron, ni bridones
hurtáronme jamás, ni res alguna.
Ni en Ftía opima, de héroes abundosa,
las mieses me asolaron. Nos separa
distancia inmensa, montes pavorosos
y el ponto bramador. Por ti á Dardania,
contigo, impudentísimo, vinimos,
de tu befado hermano vengadores,
oh inverecundo, y vengadores tuyos.
Mas nada tú ni precias ni recuerdas;
y aun de arrancarme por tu propia mano
la presa me conminas; la ganada
por mí á través de temerosas lides;
la que me destinó el argivo pueblo.
Nunca, allanadas por las armas nuestras
del enemigo espléndidas ciudades,
fué rico mi botín tal cual el tuyo.
La fatigosa guerra yo sustento;
tú, del reparto en las tardías horas,
los tesoros. Tras fuertes pugnas siempre
torné contento de mi humilde escote.
Mas hoy á Ftía con mis corvas naves
vuelvo: es honor volver; de ti afrentado,
ya tu ansia de riqueza hartar no quiero.»
Y Agamenón, caudillo de los hombres:
«Huye en buen hora, si lo anhela tu alma.
No yo te rogaré por mí te quedes.
Otros conmigo todavía quedan,
que gloria me darán. Y queda Jove,
del mundo y sus destinos soberano.
De cuantos el Saturnio engendró reyes
yo no detesto, cual á ti, ninguno:
sólo amas rifas, guerras y batallas.
Si eres armipotente, á un dios lo debes.
Torna al hogar con barcos y guerreros
y sobre el pueblo mirmidonio reina.
Nada me importas tú; nada, tus iras.
Pero oye mi amenaza: pues de Crises
la virgen me arrebata Febo fúlgido,
en mi bajel la llevarán los míos.
Mas yo á tu tienda iré, la hija de Brises,
hermosa de mejillas, presa tuya,
á arrebatar de allí, para mostrarte
cuánto yo soy más grande, y porque tiemblen
otros también de desafiar mi alteza
y contra mí la faz erguir audaces.»
Dijo. Inflamóse de furor Aquiles:
en vaivén impetuoso vacilábale
el corazón dentro el velludo pecho:
si la cortante espada de la vaina
tirar, la junta disolver y muerte
dar al Atrida; ó si frenar su furia.
Así en el corazón y alma fluctuando,

la gran cuchilla de la vaina alzaba.
Mas de los cielos descendió Minerva,
enviada por Saturnia, de albos brazos.
Velaban por entrambos ambas deas,
de igual amor é igual afán movidas.
Y tras Aquiles se detuvo Palas,
visible sólo á la mirada suya.
Y con la mano asió sus blondas trenzas.
Volvió la faz atónito el Pelida;
reconoció á la diosa, cuyos ojos
lanzaban terroríficas centellas.
Y esta palabra alada habló, voceando:
«¿Qué vienes, hija del tonante Jove?
Los atentados y soberbia acudes
á contemplar de Agamenón Atrida? —
Escucha: lo que digo, cumpliráse:
en día por ventura no lejano
le arrancarán el alma sus desmanes.»
Y Palas, de ojos fúlgidos, repuso:
«Tus iras á calmar, si me obedeces,
desde los cielos por la excelsa Juno,
de brazos cándidos, enviada vengo.
Por ti se angustia y por aquél la diosa.
¡Ea! desiste de la lucha, ni asga
tu mano la cuchilla. Mas baldónale,
cuanto le quieras baldonar. Te digo
y ello será: la padecida afrenta
tres veces más espléndidos presentes
te ganará. Repórtate y escúchanos.»
Y respondióle el corredor Aquiles:
«Fuerza es, oh diva, á la palabra vuestra
rendirse, ya que el alma esté transida.
Hacerlo es bien. Los númenes se gozan
en escuchar á quien su voz acata.»
Dijo; detuvo la potente mano
en el argénteo pomo, y á la vaina
volvió la espada ingente y de la dea
no desoyó la voz. Tornó al Olimpo
Minerva, de los dioses al senado
en el alcázar del tonante Jove.
Su furia, empero, no acalló el Pelida
y de nuevo altercó en procaces labios:
«¡Ebrioso, vinolento, ojos caninos
y corazón cerval! Nunca á la pugna
ir cual los pueblos, ni tender celadas,
como los campeones de los dánaos,
osó tu pecho: atérrate la muerte.
Muy más glorioso es por el campo todo
presas robar á quien no te habla grato;
¡devorador de pueblos! porque ruines
tus pueblos son. De no, el desmán presente,
oh rey, fuera tu crimen postrimero.
Mas mi sagrado juramento escucha:
este mi cetro séame testigo.
Nunca follaje ostentará ni tallos;
del tronco fué en la selva desprendido,
quitóle el hierro frondas y corteza;
jamás retoñará. Le empuñan hora
los populares jueces, salvaguardias
de las leyes por Jove establecidas. —
Escucha mi sagrado juramento.
Día vendrá que los helenos todos
por Aquiles suspiren y zozobras
de la inminente ruina te torturen;
cuando la mano asoladora de Héctor
cadáveres hacine y te desgarren
el alma apesarada las congojas
por tu desprecio del mejor aquivo.»
Dijo, y el cetro tachonado en oro
lanzó á tierra y sentóse. Mas enfrente
alzábase frenético el Atrida.
Y rápido se levantara Néstor,
Néstor de blanda, férvida palabra,
de Pilos orador; de cuya lengua
la voz más dulce que la miel manaba.
Rey secular en la sagrada Pilos,
desparecer ya los mortales hombres
dos veces de la tierra contemplara.
Éste benévolo arengó, diciendo:
«¡Ay de nosotros, que á la tierra aquiva
amenazando está grande infortunio!
¡Qué regocijo á Príamo y su prole!
¡y qué alborozo para Ilión entera,
si oyeren cómo contendéis vosotros,
de la asamblea y de las armas gloria!
Escuchad: que sois jóvenes; yo anciano.
En otra edad amigos míos fueran,
sin nunca de ellos recibir desprecio,
hombres más aguerridos que vosotros.
No vi jamás ni habré de ver varones
que con aquéllos igualarse puedan;
con hombres, cual Pirítoo, y Driante,
de las gentes pastor, y Céneo, Exadio
y el divo Polifemo [1]. Campeones
tan grandes no volvió á brotar la tierra.
Héroes ellos, con héroes batallaban;
con monstruos de la selva moradores,
y exterminábanlos en cruenta pugna.
De la lejana, solitaria Pilos
por ellos á las armas fuí llamado,
y yo sus lides peleaba sólo.
De cuantos hay mortales en la tierra,
contra ellos nadie combatiera hoy día.
Y tales adalides muchas veces
á mí vinieron por consejo dóciles.
¡Ea! también vosotros sed sumisos:
obedecer es la virtud del sabio.
Por más que en valentía sobresalgas,

[1] Sigue el verso espurio: «y el Egida Teseo, semejante á los dioses inmortales.»

de aquél tú no arrebates la doncella.
No toques lo que en don le diera el pueblo.
Ni audaz al rey tú riñas, oh Pelida;
que nunca ostentó tanta gloria un hombre
de los que en cetro esplendoró el Saturnio.
Si eres pujante, si tu madre es dea,
aquél disfruta potestad más alta;
mayores pueblos dóblanse á su imperio.
Mas ya sofrena, Agamenón, tus iras,
y quiera su furor calmar Aquiles,
que en medio á la funesta guerra se alza
Del pueblo aquivo todo gran baluarte.»

Y Agamenón potente replicóle:
«¡Verdad, verdad, anciano, cuanto dices!
Mas éste á todos exceder ansía;
á todos dominar; ser soberano
de todos, é imponer á todos leyes,
de nadie, yo lo espero, obedecidas.
Si los eternos númenes la lanza
le han otorgado gobernar, ¿licencia
también, por esto, de afrentar le dieron?»

Interrumpióle el esplendente Aquiles:
«¡Por vida mía! mísero y menguado
llámeseme, si en todo á ti me rindo;
otros, no [1] yo, sométansete esclavos!
Pero oye, y lo que digo, graba en tu alma:
No lucharé violento por la virgen,
ni contra ti ni contra heleno alguno.
¡Quitad lo que me disteis! Mas de cuanto
mi obscura nao voladora guarda,
intenta algo tocar, y verán todos
negro correr tu cruor por mi asta al punto.»

Así, entre fieras, contenciosas voces,
la junta de la armada disolvieron.
Y fué á las tiendas y las corvas naos
Aquiles, con Patroclo y con los suyos.

Y el rey al mar lanzó velera nave
de veinte remos; la hecatombe en ella
fué y la Criseida, de mejilla hermosa;
y confió el leño al ingenioso Ulises.

Ascendieron los nautas á la nave
y las ondas del piélago surcaron.
Mandó el Atrida depurarse [2] á todos.
Y depuróse el pueblo, y las lociones
en las linfas vertieron del profundo;
y hecatombes cumplidas [3]: toros, cabras,
del solitario mar en la ribera
sacrificaron; y subió á los cielos
del ara el humo en olorosas ondas.

Tal fué del campo heleno la faena.
Mas el Atrida á consumar su crimen,
á Taltibio y Euríbates, heraldos
y socios suyos oficiosos, dijo:

«Id á traer del pabellón de Aquiles
á la Briseida, de mejilla hermosa.
Si no la entrega, marcharé yo mismo,
cercado de guerreros á cogerla,
y más impía le herirá la suerte.»

Así diciendo, enviólos imperioso.
Del solitario mar por la ribera,
á las tiendas y naos mirmidonias,
de pesadumbre llenos, arribaron.
Á par del pabellón y negra nave
sentado hallaron al Pelida Aquiles.
Los vió, y no se alegró. Se detuvieron
medrosos, reverentes, mudo el labio.
En su alma todo lo entendió y llamólos:
«Salve, heraldos de Jove y de los hombres;
venid. No os culpo á vos, culpo al Atrida.
Enviados de él, venís por la de Brises.
Pues vé, Patroclo, vástago de Jove,
y de la tienda la doncella trae.
Entrégala, cogedla, conducidla.
Pero vosotros sed también testigos,
á la faz de los dioses venturosos,
de los mortales [4] hombres, del rey fiero:
si alguna vez de ignominiosa ruina
pudiere yo salvar de nuevo á todos,
y solo yo ... ¡Ah! frenesí le agita;
ni el porvenir á un tiempo y el pasado
le es dable contemplar, ni los navíos
en la batalla á defender acierta.»

Dijo; y Patroclo obedeció al amigo:
del pabellón trajo á la hermosa virgen
y la entregó; la que fué mal su grado
á los navíos con los reyes de armas.
Al punto, empero, retiróse lejos
Aquiles y, lloroso y solitario,
del espumante mar en la ribera
sentóse y, fijos en el ponto inmenso
los ojos, suplicó á su cara madre,
tendidas hacia el piélago las manos:

«Para un vivir fugaz, oh madre mía,
tú me engendraras. Jove altitonante
debiera al menos acrecer mi gloria.
Mas hoy redujo mi grandeza á nada:
befóme Agamenón, el prepotente.
Mi presa él mismo me arrancó y la goza.»

Así dijo, llorando; y escuchóle
la excelsa Tetis, que del ponto mora
en las honduras con su anciano padre.
Voló y subió, cual vaporosa ráfaga,

---

[1] Sigue el verso espurio: «(á mí) mandes: pues no creo que ya te obedeceré yo.»
[2] Acción simbólica antes del sacrificio.
[3] completas y de reses sanas.
[4] Y por tanto, desgraciados.

del espumoso mar sobre las olas
y del flébil Pelida frente á frente
se sentó, acariciándole cuitada:
«¿Qué lloras, hijo mío? ¿qué pesares
congojan tu alma? Sus secretas penas,
cual tú las sientes, yo saberlas quiero.»
Y lanzó hondo gemido el raudo Aquiles:
«¿Á qué todo narrarte? Tú lo sabes.
Cercamos, despojamos, demolimos
á Tebas, la ciudad de Eción sagrada [1].
Justos partieron el botín los pueblos.
Al rey donaron la Criseida hermosa;
y á las veleras naves de los dánaos,
de armaduras broncíneas, vino Crises,
del flechador Apolo sacerdote,
su prole á rescatar. Al campo vino
con magno don, y asido el áureo cetro,
febeo, de lauréola abrazado.
Al pueblo oró, y en voces suplicantes
á ambos ordenadores de las huestes.
Y con asenso y plauso el pueblo todo
mandóles, por honor del sacerdote,
en el sublime precio libertarla.
Y en hondo desplacer ardió el Atrida,
le befó, amenazó, lanzó del campo;
el anciano tornó á los suyos triste;
Febo le amaba y acogió sus votos;
lanzó funesto dardo al real aquivo:
los pueblos sucumbieron hacinados;
del dios doquier cruzaban las saetas
el anchuroso campo de los dánaos.
Nos declaró del flechador Apolo
las grandes iras un sagaz divino;
al punto yo mandé placar al numen;
en furia se encendió el Atrida y pronto
se alzó y amenazóme; su amenaza
cumplida está: llevada ha sido á Crisa
por los helenos, de fulgentes ojos,
en voladora nao, la doncella,
y una hecatombe á Febo soberano.
Y á la Briseida que me diera el pueblo,
de mi tienda arrancaran los heraldos.
Mas tú, si tanto puedes, libra al hijo.
Vé á suplicar en el Olimpo á Jove,
si en voz, si en obra le agradaste un día.
Yo en tu mansión paterna muchas veces
oyérate alabar, porque tú sola,
entre los inmortales, de ruin caso
al tronador Saturnio preservaras;
cuando los del Olimpo pretendieron
atarle, por la reina acaudillados,
y por Neptuno y la lancera Palas.
Libertadora suya al alto Olimpo
llamaste entonces presurosa, oh dea,
al centímano — llámanle Briareo [2]
los númenes [3]; Egeón [4], el mundo todo:
que al de su padre su poder excede. —
Él, de pujanza rútilo, sentóse
á par del de Saturno; y pavoridos
los ventureros dioses no le ataron.
Recuérdale ahora todo, y á sus plantas
siéntate, sus rodillas abrazando.
Y ve si ampara á los de Ilión: que maten
á los helenos en la armada y playa;
porque á su rey el pueblo todo goce
y el prepotente Atrida también sepa
cuál afrentó al mejor de los aquivos.»
Y Tetis, una lágrima vertiendo:
«¡Ay dolor! hijo mío», respondióle,
«¡que te engendré y nutrí para tu daño!
Ni lloro ni aflicción turbar debieran
la paz de tu bajel. Ahora, empero,
tu sino es breve; efímera tu vida.
De nadie son las horas tan fugaces;
de nadie tan henchidas de gemidos.
Sí; quiso la fortuna que en alcázar
á luz te diera para azares tantos.
Tal á decir al fulminante Jove,
por si me escucha, voy al níveo Olimpo.
Mas tú depón las armas, no la furia,
y quédate en tus barcos voladores.
Ayer de los etiopios intachables
al festín cisoceánico fué Jove;
con él los inmortales dioses todos.
Tras doce días al Olimpo tornan.
Iré yo entonces al broncíneo alcázar
del Padre; do, abrazada á sus rodillas,
rendirle espero á los anhelos míos.»
Dijo, partió, dejóle congojado,
llorando á la que el rey le arrebatara
doncella hermosa, con primor ceñida.

COMPARACIONES DE LA MARCHA DE LOS EJÉRCITOS.

(Del canto II, 654—703.)

Como flamante fuego en la alta sierra
devora selva ingente, y de las llamas
rutilan á lo lejos los fulgores;
así la claridad del bronce inmensa
los cielos por el éter devolvían.
Cual de aves voladoras: grullas, ánsares
ó cisnes, de alto cuello, las bandadas,

[1] Protegida por los dioses. — Idéntica ó análoga significación suele tener el epíteto en Homero.
[2] El pesado, fuerte.
[3] Los héroes primitivos, es decir, en el lenguaje antiguo.
[4] El impetuoso.

del Asia en las campiñas, del Caístro
por las riberas, sus gallardas alas
despliegan y revuelan infinitas,
descienden á la tierra estrepitosas
y atruenan chilladoras la pradera;
así de los aquivos las falanges
de los barcos lanzáronse y las tiendas
al escamandrio llano. Y so las plantas
y del bridón so los herrados cascos
horrísona la tierra retumbaba.
En los prados floridos escamandrios
se alzaban dánaos mil y mil, cual brotan
en primavera flores y follaje.

Como, al rociar los cántaros la leche,
vuelan alrededor de la majada,
en las vernales horas, los enjambres
de innumerables moscas vagarosos;
tal en frente se alzaban de los teucros
los argivos, de hermosa cabellera,
por la llanura, y en furor ardían
de la batalla y del sangriento estrago.

Y cual segregan, sin labor alguna,
de cabras los rebaños numerosos,
que acaso se mezclaran, los pastores;
tal ordenaron en batalla al pueblo
doquiera los caudillos. Y el Atrida,
Agamenón potente, en medio á todos,
se alzaba, símil al tonante Jove
en la cabeza y ojos, á Neptuno
en el pecho, á Mavorte en la estatura.
Como grande y fornido en el rebaño
el toro se levanta; así el de Atreo,
por Jove en aquel día enaltecido,
entre mil héroes descolló sublime.

Como si el mundo todo en fuego ardiera,
movíanse las gentes; rebombaba
el suelo, cual rebomba, cuando el Padre,
fulminador, azota de ira henchido
la tierra en derredor de Tifoeo [1],
en Árima, do es fama el titán yace.
Así, bajo las plantas de los pueblos,
el campo retumbaba fragoroso.
Y atravesaron rápidos el llano.

HELENA, LOS ANCIANOS Y PRÍAMO.

(Del canto III, 223—344.)

... Ancianos eran todos,
de Ilión, y todos á la guerra ajenos,
decrépitos, mas claros oradores;
cual áquetas, que envían por la selva
desde los árboles sonoro canto.
Tal sentados estaban los caudillos
en el alcázar. Y mirando á Helena
venir hacia ellos, entre sí decían,
con blando acento, esta palabra alada:

«No es maravilla, no, que los aquivos,
de poderosas grebas, y los teucros
por tal mujer penaran tantos años.
Símil, acaso igual, es su semblante
al rostro de las diosas inmortales.
Empero, por divina que ella sea,
parta en su nave y nuestros infortunios
y los de nuestros hijos no acreciente.»

Así decían. Príamo llamóla:
«Vén, á mi lado siéntate, hija mía,
y tu primer esposo, y tus afines
y amigos ve dó están — no á ti yo culpo;
culpo á los dioses, que la aquiva guerra,
de lágrimas sembrada, me movieron. —
De aquel augusto aquivo, bello, grande,
el nombre díme. De más alta talla
otros se ven; ninguno tan hermoso,
tan sublime, mis ojos contemplaran.
Su faz semeja faz de soberano.»

Y Helena, flor del femenil linaje,
respondió: «Tu palabra, afín amado,
me ruboriza, atérrame! La muerte
¿por qué no me segó? violenta muerte,
cuando dejé mi tálamo, y cognados,
y al tierno niño mío y las amigas
de infancia amadas, por seguir á Paris
á Ilión? Mi suerte no lo quiso. El llanto
por tanta desventura me consume.
Mas te diré lo que saber anhelas.
Agamenón, Atrida prepotente,
aquél es: soberano esclarecido,
no menos que lancero poderoso;
afín de una mujer inverecunda,
cual yo lo soy — si fué mi afín un día!...»

Así dijo; y atónito el anciano
exclamó: «¡Predilecto tú del sino,
una y mil veces venturoso Atrida!
Mil y mil héroes de tu imperio penden.
Á Frigia, en vides rica, fuí, do viera
de los frigios aurigas las falanges,
pueblos de Otreo y de Migdón divino.
Campaban del Sangario en las riberas.
Entre ellos batallé, cuando su reino
las amazonas, fuertes, cual campeones,
invadieron. Mas no era aquella gente
tanta, cual los Aquivos, de ojos bellos.»

Luego dijo el anciano — y contemplaba
á Ulises —: «¡Ea! di también el nombre,
hija mía, de aquél, que en talla cede
á Agamenón Atrida: le aventaja

[1] Gigante, rival de Júpiter y lanzado por él al tártaro en Árima. Símbolo de los terremotos.

en pecho y en espaldas anchuroso.
En la alma tierra yace su armadura.
Le miro recorrer yo las falanges,
como el carnero, de vellón tupido,
é ingente, de las cándidas ovejas
el gran rebaño atravesar se mira.»
Y dijo Helena, vástago de Jove:
«Es de Laertes la sagaz progenie,
Ulises, de Ítaca, doquier petrosa;
fecundo en el consejo y en ardides
y rico en sabias y profundas tramas.»
Mas Antenor discreto interrumpióla:
«Gran verdad, oh mujer. En otro tiempo
ya por ti vino el esplendente Ulises
aquí, con Menelao, predilecto
de Marte. Yo mansión hospitalaria
brindéles grato: la figura y mente
conozco de ambos, y el solerte ingenio.
De pie, en la junta de los pueblos dárdanos
con imponentes hombros descollara
Menelao; sentados, le vencía
en la nobleza de la faz Ulises.
Urdiendo al pueblo entrambos en la arenga
sus ardides, aquél, aunque mancebo
hablaba en sobrias, nunca ricas voces,
ni vagas, sino graves y ardorosas.
Mas, cuando presto el ingenioso Ulises,
sin los ojos alzar, se levantaba
fija en la tierra la mirada, fijo
el cetro inmóvil; lo creyeras necio,
ó de furor herido, ó de locura.
Mas al lanzar con grande voz su pecho
palabras á la nieve semejantes,
que siembra en copos la hiemal tormenta,
con él no compitiera ningún hombre;
y su faz olvidábamos suspensos.»
Luego el anciano en Áyax la mirada
detuvo y preguntó: «¿Quién es el dánao
que allí por su cabeza y fuertes hombros
y magnitud descuella, y hermosura?»
Y Helena, flor de las mujeres todas,
de peplo rozagante revestida,
le respondió: «Baluarte de los Dánaos
aquél es: Áyax, héroe portentoso. —
Cual dios, en las opuestas filas se alza,
de los cretenses hombres y caudillos
cercado, Idomeneo. Quien de Creta
viniendo, fué acogido muchas veces
por el Atrida, amado de Mavorte,
y la amistad gozó en el hogar nuestro. —
Y de los dánaos, con fulgentes ojos,
hora los nombres todos te dijera,
cual los contemplo y los conozco todos.
Mas descubrir no puede la mirada
á dos ductores del aquivo pueblo;
mis carnales hermanos, de una madre:
Cástor auriga y Polideuces púgil.
Ó de Lacedemonia, la risueña,
no vinieron á Ilión, ó retornaron
en las veleras naves, fugitivos,
de mi deshonra y befa temerosos.»
Dijo. Cubríalos ya la alma tierra,
en la lejana y adorada patria.

FIN DE LA TREGUA. AGAMENÓN REVISTA EL EJÉRCITO.

(Canto IV.)

En áureo suelo alrededor de Jove
sentáronse los númenes en junta;
y el néctar escancióles Hebe excelsa.
Entre sí propinábanse las tazas,
y la ciudad miraban de los teucros.
Mas luego con palabra mofadora
á Juno el Padre provocó: «Dos deas,
Saturnia argiva y Palas protectora,
amparan al Atrida Menelao.
Empero, lejos de él, hélas cuál gozan
contemplando la lid, allí sentadas.
Á Paris siempre la risueña Venus
de nuevo amante á defender acude
y de él las diosas de la muerte aleja.
Hora también salvóle de la ruina,
que próxima sus ojos ya miraban.
De Menelao, por Mavorte amado,
es la victoria. Encaminar la suerte
pensemos de la guerra: si atizarla
otra vez, sus desdichas y la grita
del campo de combate aterradora;
ó fomentar la paz. Si á todos place,
si todos esto alientan, del rey Príamo
á la ciudad y hogares la paz vuelva,
y á Menelao vuelva Helena argiva.»
Dijo; y Minerva y Juno, que sentadas,
una á par de otra, la de Ilión desdicha
tramaran, murmuraron. Contra Jove
arrebatada de furor, el labio
selló muda Minerva. Mas Saturnia
su furia dentro el pecho no contuvo
y dijo: «¿Qué palabra proferiste,
Saturnio aterrador? ¿Cómo pretendes
vana tornar nuestra labor y eterna?
¿y vano mi sudor en los afanes
vertido de la guerra? ¿Mis bridones,
en recoger al pueblo contra Príamo
y los hijos de Príamo, yo en vano
fatigaría? — ¡Sea! Pero sabe
que tal no aplaudirán los dioses todos.»
Y grandemente airado dijo el Padre,
de nubes tormentosas soberano:
«Pues, ¿qué graves ofensas te hizo Príamo
y los hijos de Príamo, insensata,
que con afán ardiente por la ruina

de la ciudad de Ilión hermosa anhelas?
Vé, lánzate á sus puertas y altos muros;
y á Príamo y sus hijos y los Teucros
devora todos vivos, porque calmes
tu hiel y tu furor. Haz cual te plazca.
no sea que en discordias temerosas
más tarde nuestras riñas se conviertan.
Empero, escucha mi sentencia y grábala
en tu memoria: si también un día
derrocar yo con ansia deseare
una de tus ciudades predilectas,
mi saña no encadenes tú ni estorbes;
así cual hora darte me ha placido
este poder, el corazón doliente:
que, bajo el sol y el estrellado cielo,
en ninguna ciudad de térreos hombres
con tanto amor mi pecho se complace
como en la sacra Ilión, su rey y el pueblo
de su lancero rey. Jamás mis aras
de comunes festines carecieran
allí, de libaciones ni del humo
del holocausto; honores de los dioses.»
Y respondió la majestuosa Juno,
del excelso mirar: «De las ciudades
que me son caras, tres mi amor prefiere:
Argos, Esparta, con la gran Micenas.
Si alguna vez tu corazón las odia,
arrásalas: no vuelvo yo por ellas,
ni estorbo tu poder[1]. Tornar, empero,
eternas mis fatigas no te es dado.
También soy diosa yo; do tú desciendes,
también desciendo yo; soy del Saturnio,
de tramas fraguador, la primogénita.
Soy la primera yo por el linaje,
y excelsa soy, porque me llamo esposa
de quien impera en el Olimpo todo.
Mas, ¡ea! ya cedámonos entrambos,
yo á ti, tú á mí: los dioses inmortales
todos nos seguirán. Ordena presto
á Palas que de teucros y de dánaos
al campo y temerosa grita vaya;
y los ilienses tiente á que los pactos
y juramentos rompan y provoquen
armados á los fúlgidos aquivos.»
Así dijo. Su voz no desoyera
el padre de los hombres y los dioses;
quien á Minerva esta palabra alada
al punto habló: «Vé presurosa al campo,
en medio de troyanos y de griegos;
y tienta los de Ilión á que los pactos
y juramentos rompan y provoquen
armados á los fúlgidos Aquivos.»
Así diciendo, apresuró á Minerva,
ansiosa de partir; quien de las cimas
lanzóse del Olimpo, en raudo vuelo.
Al modo que la prole de Saturno,
de tramas fraguador, al nauta envía
ó al campo de los pueblos dilatado
un astro presagioso, rutilante,
que mil centellas lúcidas derrama:
así á la tierra se arrojó la diosa
y adelantóse en medio de las huestes.
Y los aurigas teucros la miraron,
y los aquivos, de fornidas grebas:
atónitos miráronla los pueblos;
atónitos mirábanse y decían:
«¿Será que torne la funesta pugna,
y de la lid la grita aterradora?
Ó nos anuncia paz y alianza Jove,
moderador de las humanas guerras?»
Tal decían. Minerva, semejando
Laódoco, lancero valeroso,
Antenorida, en medio los ilienses
despareció, buscando por doquiera
al intachable Pándaro divino,
de Licaón. Hallóle circundado
por falanges de asteros poderosas,
que, desde las riberas del Esepo,
con él vinieran. Se detuvo aquélla
á par del flechador y dirigióle
esta palabra alada: «¿Me obedeces
hora, de Licaón discreta prole?
¿Osaras disparar á Menelao
alígera saeta que alcanzara
favor y gloria de los teucros todos,
y del caudillo Paris prez insigne?
Él á porfía de brillantes dones
colmárate, si al hijo belicoso
de Atreo, por tus flechas traspasado,
arder mirara en dolorosa pira.
Mas, ¡ea! al adalid glorioso asesta;
y al hijo de la luz, flechero Apolo,
clara hecatombe de corderos tiernos
promete, si tornares á tu patria,
á la ciudad sagrada de Zelea.»
Así Minerva dijo, y dementóle.
Al punto obedeció, quitó la vaina
del arco hermoso, terso, fabricado
con cuernos de gamuza voladora;
que, de las peñas al saltar, herida,
bajo su dardo acechador, clavado
en el pecho, cayó en tierra de espaldas.
Ornara su cabeza cornadura
de palmos dieciséis; labró y juntóla
el bruñidor artífice de cuernos,
y la tersó, y la remató con oro.

[1] Siguen los versos espurios: «Pues, por más que me resistiera y no te dejara asolarlas, á nada conduciría mi resistencia; que es mucho mayor tu poder que el mío.»

Y su arco Pándaro apoyó en la tierra
y grandemente lo dobló. Cubríanle
con sus escudos los amigos fieles;
porque no se lanzaran contra el héroe
los aguerridos hijos de los dánaos,
antes que hiriera al denodado Atrida.
Abrió la aljaba y una virgen flecha
alígera tomó, de crueles penas
engendradora. La saeta aguda
presto del arco aseguró en la cuerda,
y al hijo de la luz, flechero Apolo,
clara hecatombe de corderos tiernos
prometió, si á la patria retornaba,
á la ciudad sagrada de Zelea.
Cogió, tiró de cuerda y flecha á un tiempo,
hasta acercar al arco la saeta,
la cuerda al pecho. En círculo tendido
el grande arco vibró: sonó estridente
la cuerda, y rauda la saeta aguda
voló por los aquivos impetuosa.

Pero no te olvidaron, Menelao,
los inmortales dioses venturosos;
mil veces menos te olvidó Minerva,
de Jove prole, del botín dadora;
quien tu cuerpo cubriera con el suyo
y apartara de ti el agudo dardo,
cual del niño que sueño dulce duerme,
la mosca aparta la materna mano.
Y la saeta dirigió la diosa
á do en el ceñidor con áureos broches
se unían las lorigas; do la jara
hiriera aguda el ceñidor hermoso,
el fuerte ceñidor; atravesóle;
atravesó la malla primorosa
y traspasó la cota que, ferrada,
fortísima su cuerpo defendiera,
contra saetas mil amparadora.
La traspasó; la piel se desgarrara:
umbría de ella dimanó la sangre.

Cual la mujer meonia ó caria tiñe
con púrpura el marfil, para atavío
de los corceles — en su hogar lo guarda:
lo piden á porfía los ductores;
al rey lo guarda, del bridón adorno,
orgullo del auriga: así de sangre
se purpuraron tus hermosos muslos,
oh Atrida, purpuráronse tus piernas,
hasta el gentil talón. Estremecióse
el hermano, caudillo de los hombres,
cuando la negra sangre de la llaga
correr miró. También estremecióse
Menelao, de Marte predilecto.
Mas, cuando de la flecha vió los dientes
y de la férrea punta la atadura
no hincados en la piel, tornó á su pecho
el ánima abatida. Hondo suspiro
el prepotente Agamenón lanzara;
lanzáranle los suyos; de la mano
cogiera á Menelao, dando voces:

«Hermano caro, yo pacté tu muerte,
cuando sellé la tregua. Por los dánaos
yo te lanzara á solitaria lucha
contra los teucros. Tal, la fe jurada
violando, te han herido los Ilienses.
Mas vanos no serán los juramentos,
ni el cruor del holocausto, ni las ondas
del vino inmaculadas, ni los pactos:
nuestra confianza. Ya que Jove olímpico
no los castigue aterrador al punto,
venganza habrá contra ellos pavorosa
de Jove un día; y pagarán su crimen
con su cabeza, sus mujeres é hijos.
Mi alma lo ve; mi corazón lo siente:
hora vendrá do caiga Ilión sagrada
y Príamo, lancero esclarecido,
y su pueblo. Saturnio, de alto trono,
habitador del éter, en venganza
de esta perfidia, con su propia mano
agitará sobre los teucros todos
la tenebrosa, aterradora egida.
Será; que habrá de ser. — Mas, Menelao,
por ti me afligirán crueles tormentos,
si cayeres, cumpliendo de tu vida
el sino. Á la árida Argos yo volviera
cubierto de ignominia. Los aquivos
al punto por la patria suspiraran.
Á Helena argiva, orgullo de los teucros,
y de su rey, en su poder dejáramos;
yacieran y pudriéranse tus huesos
en los campos de Ilión, sobre las ruinas
de tu frustrado afán. Y los ilienses
la tumba hollaran del preclaro Atrida
soberbios y doquier así dijeran:
'¡Plegue á los dioses que sus iras sacie
por siempre Agamenón así, cual hora
en vano decampó, al hogar tornando,
á la querida patria, en sus bajeles,
vacíos de guerreros, y en el campo
dejando á Menelao, fuerte Atrida!'
Así dirán. Mas ábrase la tierra
para cubrirme entonces anchurosa.»

El blondo Menelao consolóle
y díjole: «¡Valor! y al pueblo aquivo
no atemorices: del agudo dardo
no fué mortal la herida; defendióme
el ceñidor fulgente, la loriga,
la férrea cota, de fabriles manos.»

Y respondióle Agamenón potente:
«Plegue á los dioses, caro Menelao,
sea cual dices. Mas la herida mire
el médico, que ingenie medicinas
del sombrío dolor mitigadoras.»

Dijo; mandó á Taltibio, sacro heraldo:
«Taltibio, á Macaón sin mora llama:
al hijo de Esculapio y rey de médicos;
que cure á Menelao, fuerte Atrida,
á quien un teucro ó licio, grande arquero,
hirió para su gloria y nuestro daño.»
Dijo. No desoyó su voz Taltibio.
De los Aquivos, de éneas armaduras,
el campo recorrió veloz; en torno
buscando su mirada atisbadora
al campeón. Le vió: falange fuerte
circuíale de astados, que vinieran
desde Trice, en bridones abundosa,
por él acaudillados. Acercóse,
esta palabra alada profiriendo:
«Vén, hijo de Esculapio, que te llama
Agamenón potente, porque cures
al fuerte Menelao, rey de aquivos;
á quien un teucro ó licio, gran arquero,
hirió para su gloria y nuestro daño.»
Así dijo, y el pecho enardecióle.
La muchedumbre aquiva recorriendo
en ancho campo, al blondo Menelao
vinieron; — circundábanle doquiera
los adalides todos, y se alzaba
en medio de ellos divinal el héroe. —
Sacó la flecha Macaón al punto,
del ajustado cinto: se quebraron,
atrás movidos, los agudos dientes.
El rutilante ceñidor soltóle,
y luego la loriga y férrea cota,
de fabril mano. Descubrió la herida
del afilado dardo; con los labios
la desangró, y cubrió por mano experta,
con hierbas, del dolor mitigadoras,
que á su padre, Esculapio, diera un día
benévolo Quirón. De Menelao,
preclaro voceador de la batalla,
en torno se juntaban afanosos
los próceres. Empero la falange
de la dardania broquelada gente
se abalanzó: corrieron á las armas
de nuevo belicosos los aquivos.
Al claro Agamenón entonces vieras
no tímido, lejano de la lucha,
no congojoso; mas de ardor guerrero
trasportado, lanzarse á la contienda,
del hombre gloria. El carro, guarnecido
de bronce primoroso, y los bridones
abandonara. Lejos del combate
los reprimía Eurimedonte amigo,
del Peraída Tolomeo prole: —
anhelaban fogosos los corceles.
Agamenón mandóle suplicante
el plaustro le llevara con la biga,
cuando sus miembros fatigarse viese
por la labor del mando y la carrera.
Y á pie de los guerreros las falanges
atravesó. Do viera valerosos
á los Dánaos, de rápidos bridones,
hablábales en voz halagadora:
«Jamás, de modo alguno, argivos hombres,
abandonéis la bélica pujanza.
De la perfidia no será baluarte
el padre Jove. Los que el sacro pacto
altaneros, impíos, quebrantaran,
cadáveres serán, y devorados
por buitres con delicia; y en las naves
sus mujeres hermosas llevaremos,
y tiernos hijos y el botín de Troya.»
Empero á quienes viera temerosos
rehuir la terrorífica batalla,
furibundo reñíalos: «Oh argivos,
valentones, menguados, ¿qué perdisteis
del todo el pundonor? ¿Por qué temblosos
la planta detenéis como cervatas,
que, de correr por anchuroso valle,
fatíganse y medrosas se detienen
y ningún brío dentro el pecho alientan?
Tal vosotros, las armas olvidando,
la planta detenéis, de miedo heridos.
¿Por ventura aguardáis á que se extienda
la mano del Saturnio protectora
hacia vosotros, cuando avancen fuertes
los Teucros hasta do la flota nuestra,
de bellas popas, abrigada yace,
del espumante mar en la ribera?»
Así de los guerreros imperioso
las filas el de Atreo recorría.
Llegó, por las falanges estruendosas,
á los cretenses, que, á la lucha prontos,
cercaran al sagaz Idomeneo.
Idomeneo, comparable en fuerza
al jabalí, mandaba á los primeros;
Meríones los últimos lanzaba
ardiente á la batalla. Contemplólos
gozoso, de los hombres el caudillo,
Agamenón; y blando esta palabra
habló presto al ductor: «Oh Idomeneo,
en la batalla, en las empresas todas,
en el festín, do los argivos próceres
en plena copa el esplendente vino,
honroso don de los ancianos, mezclan:
doquiera yo te admiro entre los héroes
de los dánaos, con rápidos bridones.
Mientras la taza deparada beben
los aquivos, de hermosa cabellera,
siempre llena la tuya, cual la mía,
hasta la hartura, está. Mas, ¡ea! parte
— cual siempre fué tu gloria — á la batalla.»
Y respondió el ductor de los cretenses:
«Atrida, de tus lides compañero

seré yo leal: así lo asegurara
y prometiera un día. Mas enciende
en ansia de lidiar á los aquivos,
de hermosa cabellera; porque presto
trabemos la batalla; los ilienses
la fe jurada hollaron; los aguardan,
por su perfidia, perdición y muerte.»
Dijo, y partió el Atrida placentero.
Llegó, por las falanges estruendosas,
á los Áyax, que, armados, condujeran
filas de infantes, densas, como nubes.
Cual, llevada del céfiro estridente,
asoma por el piélago la nube
— la contempla el pastor en su atalaya;
ve que del ponto tenebroso viene
allá á lo lejos y se torna negra,
como la pez, y avanza voladora,
henchida de terrífica tormenta;
aquél la mira, tiembla y su rebaño
guarda de la caverna en el seguro;
— así las apiñadas muchedumbres
de mortales, nacidos del Tonante,
por los Ayaces guiadas, se movían
píceas á la batalla aterradora,
de lanzas y broqueles erizadas.
Los vió gozoso el prepotente Atrida
y esta palabra alada dirigióles:
«Áyax, caudillos de la aquiva gente,
de armaduras broncíneas, yo no os mando
— no es menester — el pueblo poderosos
enardecéis á la sangrienta lucha.
Da, oh padre Jove, dad, Minerva, Febo,
que de los dánaos todos tal pujanza
el pecho inflame, porque se hundan luego,
por nuestro brazo despojados, rotos,
del soberano Príamo los muros.»
Diciendo así, dejólos. Su carrera
siguiendo, al orador suave de Pilos,
Néstor, halló; quien á la lid armaba
ardiente sus falanges, conducidas
por el gran Pelagonte, Alástor, Cromio,
y por el poderoso Hemón y Biante,
de los pueblos pastor. En primer fila
los guerreros con carro armados puso,
y en la postrera, numeroso pueblo
de infantes valerosos, por baluarte
de la batalla. Y colocó en el centro
los malos pugnadores, porque algunos,
á su pesar forzados, combatieran.
Y á los aurigas ordenó primero
sofrenar los bridones, evitando
la confusión: «Ningún auriga fíe
en su destreza y brazo y se adelante
á los demás, de combatir ansioso
con los teucros; y nadie retroceda:
mermara vuestra fuerza. Quien llegare
con su carro al ajeno, enristre lanza.
Tal se acrecentará vuestra potencia.
Así también, expertos y prudentes,
ciudades enemigas despojaran
y á ruinas redujeran nuestros padres.»
Tal el anciano, de la antigua guerra
profundo sabedor, enardecía
las huestes. El Atrida prepotente
le vió; alegróse, y exclamó y le dijo
esta palabra alada: «¡Quién me diera,
oh anciano, que tus miembros todavía
juveniles, de fuerza henchidos fueran,
cual lo es el alma en el excelso pecho!
Empero la vejez, común herencia
de los mortales todos, te consume.
¡Quién transferir tu senectud pudiera
y devolverte los floridos años!»
Mas el gerenio auriga prepotente,
Néstor, le respondió: «También suspiro,
oh Atrida, yo por ser cual fuera un día,
cuando al insigne Ereutalión matara.
Pero no todo á un tiempo, de los dioses
fué dado á los mortales: joven era
entonces yo; mas la vejez ahora
me agobia. Á los aurigas mi consejo,
empero, y voz de mando por doquiera
han de seguir; es del anciano gloria
el consejo. Los jóvenes y castas
después de mí nacidas, alta vibren,
de fuerza ufanos y vigor, la lanza.»
Dijo. El Atrida prosiguió su ruta,
gozoso el corazón. Á Menesteo
Petida, auriga poderoso, inmóvil
hallara; en torno de él los ateneos,
de la batalla claros voceadores,
se aglomeraban. El sagaz Ulises
cerca se alzaba quieto, circundado
de las estrechas cefalenias filas,
poderosas. El pueblo, de la lucha
no oyera los clamores; — las falanges
de troyanos aurigas y de dánaos
movíanse recientes — aguardara,
para trabar la lidia, á que los teucros
alguna escuadra aquiva combatiese.
Agamenón, caudillo de los hombres,
los vió; riñólos indignado y dijo
esta palabra alada: «Tú, oh Petida,
prole de un rey que á Jove llama padre,
y tú por tus traidoras artimañas
esclarecido, al lucro sólo atento,
¿por qué, medrosos, lejos de la lucha,
os escondéis? ¿Á que la lid inicien
los otros aguardáis? Apresurados
afrontar el ardor de la batalla
entre los dánaos próceres debíais;
cual siempre los primeros yo os convido

á mi festín, al decretar banquetes
el pueblo á los ancianos. Carne asada
comer hasta la hartura y dulce vino
beber en plena taza es grata empresa.
Mas hora, si á vosotros se adelantan
falanges diez aqueas y combaten
con el cruel bronce, las miráis gozosos.»
Sañudo le miró el sagaz Ulises
y respondióle: «Atrida, ¿qué palabra
se te escapó del labio? ¿Que rehuimos
la lid presumes tú? Cuando la lucha
y el fuego de la guerra los aquivos
por los aurigas teucros esparzamos;
entonces, si te place, si te importa,
verás al caro padre de Telémaco,
por aurigas campeones de Dardania
cercado, batallar! — Hablas en necio:
desatentadas son las voces tuyas.»
El prepotente Agamenón sonrióse,
su furia al ver, y reparó la befa:
«De Jove sangre, de Laertes prole,
sagaz Ulises, no te riño necio,
ni necio en alentarte yo me afano;
que en el excelso pecho sólo forja
tu corazón benévolos consejos,
lo sé. Cual siento yo, también tú sientes.
Empero ve — más tarde resarcido
será el agravio — si palabras dije
de afrenta, vanas tórnenlas los dioses.»
Dijo el de Atreo; prosiguió su ruta
y á otra falange vino; do al Tidida
Diomedes, de pujanza soberana,
halló, que inmoble junto á sus corceles
y el fuerte carro estaba; estaba junto
al Capanida Esténelo. Riñóle
al verle Agamenón potente y dijo
esta palabra alada, voceando:
«¡Ay dolor! prole del pujante auriga,
el discreto Tideo, ¡qué! ¿medroso,
te ocultas de la pugna, y los baluartes
de la batalla atisbas? Á Tideo
no así rehuir las lides agradara:
adelantarse á los amigos caros,
la lucha acometer, su orgullo fuera [1].
Así narraran, quien su ardor guerrero
vieron, en la batalla; no me cupo
á su lado pugnar ni contemplarle
en la pugna. La fama le pregona
entre los adalides el primero.
Pacífico y extraño fué á Micenas,
con Polinices divinal, guerreros
á reunir, cuando de Tebas ambos
las sagradas murallas opugnaban.
Rogaron suplicantes á Micenas
sus filas engrosaran con campeones.
Oyó sus ruegos favorable aquélla.
Mas tornaron, de Jove amedrentados
con adversos auspicios, y al Asopo,
orlado de juncales y de grama,
arribaron con planta presurosa.
De donde los aquivos á Tideo
enviaron mensajero á los tebanos.
Partió y halló, del esforzado Eteocles
dentro el alcázar, la cadmea gente,
en el festín. Extraño y solitario,
de mil contrarias armas circuído,
no se aterró el auriga poderoso.
Retólos á combate, y fácilmente
los superó y deshizo su pujanza:
tan poderosa le amparó Minerva.
Mas cincuenta guerreros juveniles,
por Mayón, Hemonida, comparable
á un inmortal, y el fuerte Polifontes,
ardoroso, de Autófono, mandados,
armaron emboscada temerosa
al héroe que tornaba: enfurecidos
la urdieran los cadmeos cabalgantes.
Hirióles con estrago ignominioso:
á todos muerte dió; volver sólo uno
dejó al hogar: al Hemonida. Lo hizo
cediendo á los augurios de los dioses.
Tal era el étolo campeón Tideo.
Su prole en la asamblea le supera:
por él es superada en la batalla.»
Así dijo; y Diomedes animoso
del soberano excelso el vituperio
temió y calló. Mas respondióle el hijo
de Capaneo fúlgido: «No quieras
con la verdad, oh Atrida, que conoces,
reñir. De fuertes, más que nuestros padres,
nosotros nos gloriamos; que de Tebas,
ciudad de siete puertas, demolimos
nosotros las fortísimas murallas,
con diminuta hueste, en las señales
confiados de los dioses y el amparo
de Jove. Por sus crímenes aquéllos
al sino sucumbieran. No cotejes
con la de nuestros padres nuestra gloria.»
Sañudo le miró Diomedes fuerte
y respondióle: «Buen anciano, calla
y siéntate y escucha mi consejo.
Al rey, pastor del pueblo, yo no culpo,
porque á los dánaos, de fornidas grebas,
alienta á la batalla. Si á los teucros
vencieren los aquivos, y de Troya
las sagradas murallas derrocaren,
del rey será la gloria. Si vencidos
son los aqueos, el baldón es suyo.

[1] Los cinco versos siguientes nos parecen espurios.

Mas, ¡ea! en nuestras almas encendamos
también yo y tú la furia de la guerra.»
Dijo, y saltó del carro, con las armas,
en tierra; aterrador del pecho en torno
sonóle el bronce. Intrépidos guerreros,
si el ruido oyeran, pávidos temblaran.
Cual hierven, por el ábrego batidas,
en retumbante playa cien oleadas,
que en alta mar turgentes se encresparon;
que estallan en la orilla atronadoras;
— del arrecife en redor giran, se alzan
y espuma arrojan; tal la aquiva gente,
en estrechas falanges infinitas,
movíase á la guerra; los caudillos
mandábanlas; el pueblo silencioso
marchaba. Despojada se creyera
de voz y mente muchedumbre tanta.
Iba, de los caudillos temerosa,
cubierta de armas bellas, rutilantes.
Tal como las ovejas que el aprisco
del opulento labrador encierra,
cuando las voces de la cría escuchan,
henchida la ubre de esplendente leche,
balan sin fin millares y millares;
así en el vasto campo levantóse
de los dardanios el clamor confuso[1]:
la voz y grita no era igual, de todos;
su lengua fuera varia; que vinieran
de comarcas lejanas, numerosas.
Marte los encendiera; á los aquivos
Minerva, la ojirrútila, y el Miedo
con el Terror y la Discordia fiera,
insaciable, de Marte sanguinario
hermana y socia, que se armó primero
pequeña; mas el cielo con la frente
luego tocó, moviendo por la tierra
su planta. Atravesó la muchedumbre
ella también entonces y la furia
atizó de la guerra en ambos pueblos
y acreció de los hombres los gemidos.
Las huestes encontradas se acercaron,
hasta entre sí chocar; y las adargas
chocaron, y las lanzas y el empuje
de los armados con broncíneos petos.
Chocaron estruendosas las rodelas,
de clavos guarnecidas. Levantóse
á un mismo tiempo grita de congoja
y grita de victoria: de vencidos
y matadores el clamor; la tierra
en torrentes de sangre se inundaba.
Como dos ríos, del turbión de hibierno
henchidos, de las cumbres se derrumban,
la tierra hendiendo, al valle, do sus ondas
é inmensas moles chocan y se mezclan —
oye el pastor de su estrellar el trueno
en la lejana sierra; tal tronaba
el encontrar fragoso de los pueblos
y el agudo clamor y los gemidos.
Arrebatara Antíloco el primero
á Equepolo esforzado, Talisiada,
campeón entre los próceres troyanos.
La crinita cimera hiriólе el héroe
primero con broncínea lanza; luego
le hirió la frente, y traspasó su cráneo:
velaron su mirada las tinieblas;
cayó, cual torre, en la sangrienta lucha.
Cayó el iliense y de los pies asióle
el fuerte Elefenor Calcodontiada,
ductor de los magnánimos abantes;
y lejos de los dardos arrastróle,
ambicionando despojarlo al punto
de la armadura. ¡Efímeros anhelos!
Al arrastrar Elefenor al muerto,
su escudo, del costado, al inclinarse,
desvió. Agenor pujante le miraba,
y en el punto desnudo vulneróle
con la énea lanza y disolvió sus miembros;
el alma abandonóle. La batalla
de teucros y de dánaos arreciaba
en torno de él violenta. Como lobos
los unos á los otros se embestían
y púgiles luchaban cuerpo á cuerpo.
Áyax, el Telamonio, luego hiriera
al hijo de Antemión, Simoesio hermoso;
doncel, á quien, del Ida descendiendo,
del Símois engendrara en las riberas
su madre; que venía á los rebaños
con sus padres — el río dióle nombre —.
Los desvelos de amor pagar no pudo
á los amados padres el mancebo;
vivió contados días, que la lanza
cortó de Áyax magnánimo. Clavóle,
al avanzar Simoesio, la énea pica
el adalid por la mamila diestra.
Le atravesara el hombro. Cayó el teucro
en medio el polvo; cual el álamo alto,
coronado de ramas solitarias,
que del ancho pantano en la pradera
creció — tronchólo, para el bello carro,
su curva pina, con segur luciente
la mano del artífice: en la margen
del río yace el árbol y aridece; —
tal Áyax, de la estirpe del Tonante,
matara al Antemida Simoesio.
Mas Ántifo, de fúlgida coraza,
prole de Príamo, su aguda pica
contra Áyax, por las filas, disparara.
Del blanco el dardo se desvió y clavóse

[1] Creemos espurios los tres versos siguientes.

en la ingle del amigo generoso
de Ulises, Leuco; quien á la otra banda
arrastraba el cadáver. Desplomóse
Leuco sobre él y lo soltó su mano.
Contra Ántifo, de furia Ulises lleno,
las filas del ejército primeras
con sus broncíneas, rutilantes armas,
en derredor mirando receloso,
atravesó y al matador llegóse;
le disparó su refulgente dardo.
Cedieron los ilienses ante el asta
no en vano despedida del guerrero.
Por ella herido fué Democoonte,
nota prole de Príamo, venida
con voladoras yeguas desde Abidos.
La sien rompióle, del furente Ulises,
de parte á parte, la broncínea pica.
Velaron las tinieblas su mirada;
con bronco estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Cedió la teucra delantera fila,
cedió el espléndido Héctor; los argivos
vocearon estridentes; á los muertos
cogieron y avanzaron desalados.
Enfurecióse Apolo, que mirara
desde la erguida Pérgamo la lucha;
y á los de Ilión clamó con voz potente:
«¡Aurigas de Dardania, reforzaos;
no abandonéis el campo á los argivos!
que no es de piedra ó fierro la piel suya,
tal que del bronce cortador pudiera
los golpes soportar. Á fe, no lidia
de Tetis, bella en trenzas, la progenie,
Aquiles; mas revuelve en sus navíos
iras, del corazón destrozadoras.»
Tal desde las pergámicas murallas
clamó, á los pueblos aterrando, Febo.
Mas Palas gloriosísima, nacida
de la cabeza del Saturnio Jove,
las filas recorrió de los aquivos,
enardeciendo á quien medroso viera.
Luego prendió y ligó la parca á Diores,
hijo de Amarinceo: piedra aguda
por el talón le hirió la diestra planta.
Piroo, de Ímbraso prosapia, de Eno
habitador, caudillo de los traces,
la piedra disparó, que los tendones
y huesos le rompiera despiadada.
Se desplomó; tendió á los caros socios
las palmas; en el polvo de la tierra
cayó supino; y expiró su aliento.
Hacia él corrió Piroo, quien le abriera
en el ombligo el vientre; por la tierra
se derramaron sus entrañas todas;
veláronle tinieblas la mirada.
Piroo retornó precipitado.
Mas sobre la mamila hirióle el pecho
el Étolo Toante. En los pulmones
clavóse el asta; el Étolo, corriendo,
del pecho extrajo la fornida lanza;
alzó la aguda espada de la vaina;
hendióle el vientre; el alma arrebatóle.
Mas no le despojó; que le cercaran,
empuñadas las lanzas poderosas,
los cabelludos traces. Era fuerte,
grande, esplendente; retiróse, empero,
por ellos oprimido, batallando.
Así juntos, tendidos en el polvo,
estaban de los traces el caudillo
y el de la epea gente, de éneas armas;
y el estrago cundía por el campo.
Si alguno, de la mano conducido
por la lancera Palas y á su sombra,
seguro de los dardos impetuosos,
no herido y salvo del agudo bronce,
el campo recorriera del combate;
no censurara la marcial faena;
que de teucros y dánaos mil cadáveres,
de bruces, en el polvo confundidos,
de la jornada víctimas yacían.

PROEZAS DE DIOMEDES.
(Canto v.)

Entonces á Diomedes, de Tideo,
Minerva, la lancera, dió pujanza;
denuedo dió, porque en la gente toda
de los argivos grande se elevase,
y fama eterna y gloria conquistara.
Dióle que el yelmo y el broquel lucieran
con llama inextinguible centellantes;
cual, tras bañarse en las marinas ondas,
hermosa esplende la otoñal estrella [1].
Tal la cabeza y hombros de Diomedes
reverberaran rutilante fuego,
lanzado por la diosa; quien condujo
al adalid violenta do las armas
chocaban á millares impetuosas.
Un sacerdote de Vulcano, Dares,
opulento, intachable había en Troya.
Y sus hijos, Fegeo con Ideo,
alzábanse doquier armipotentes.
Contra Diomedes ambos á porfía
ardientes, solitarios, se lanzaron.
Desde su carro combatían ellos;
desde la tierra, á pie, lidiaba el otro.
Corrieron, se acercaron, y Fegeo
blandió primero la fornida pica.
Sobre el hombro siniestro de Diomedes,

[1] Sirio.

sin ofender, voló el cortante bronce.
El asta luego disparó el Tidida;
y no escapó, no, vana de su mano
la lanza, sino hirióle en medio el pecho.
Y le arrojó del plaustro primoroso.
Al muerto hermano defender Ideo
no osó, y saltó del carro. Ni él tampoco
de la sombría muerte se librara,
si no acudiera en su favor Vulcano
y en torno de él tinieblas difundiendo,
piadoso le salvara, porque á Dares
no consumiese en la vejez el llanto.
Y el invicto Tidida, los bridones
cogiendo del caído, á sus guerreros
mandó á las vastas naos los llevaran.
Mas los fuertes ilienses, cuando vieron
de los hijos de Dares la fortuna:
al uno fugitivo, al otro muerto
á par del carro, se inflamaron todos
en bélicos ardores. De la mano,
empero, asió á Mavorte furibundo
Minerva, de ojos fúlgidos, diciendo:
«Marte, sangriento Marte, en cruor humano
bañado, destructor de las ciudades,
¿no dejaremos que combatan solos
teucros y dánaos, hasta ver á quiénes
el padre Jove da pujanza y gloria;
mientras tú y yo, de la batalla lejos,
del Saturnio las iras evadimos?»

Diciendo así, alejó al furente Marte
del campo. Apenas le sentó lejano
del Escamandro undoso en las riberas,
rechazaron los dánaos á los teucros.
Y sus príncipes todos derribaron
á sendos combatientes de Dardania.

Agamenón, caudillo de los hombres,
al grande Odio, ductor de la Halizonia,
lanzó del plaustro. Aquél, volviéndose Odio,
clavó el primero, por su espalda el dardo,
que, entre hombro y hombro, traspasó su pecho.
Con sordo estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas resonaron.

Idomeneo derribara á Festo,
del meonio Boro prole, que viniera
de Tarne, la feraz. El asta larga
del lancero potente el hombro diestro
desmenuzó del teucro, que ascendía
al carro. De él se despeñó; y cercóle
la sombra aterradora de la muerte.
Del adalid los socios despojaron
al muerto, de sus armas. El Atrida
Menelao mató con lanza aguda
al cazador experto, esclarecido,
Escamandrio Estrofida. Diana misma
enseñóle á cazar las fieras todas
que de la sierra la espesura cría.
Empero entonces Ártemis flechera
no le valió, ni el dardo, tantas veces
lejos por él, con gloria, despedido;
que al emprender la fuga ante el Atrida,
lancero renombrado, traspasóle
aquéste, por la espalda, con la pica,
entre hombro y hombro, en la región del cuello,
el pecho: en tierra desplomóse á bruces
y en torno de él sus armas rebombaron.

Al hijo de Tectón, el Harmonida,
Fereclo, cuyas manos ingeniosas
toda arte cultivaran, dió la muerte
Meríones. Con grande amor Minerva
á aquél amaba; quien las bellas naves
de Paris fabricó también; do el daño
nació y la ruina de Dardania toda
y suya propia; — el juicio de los dioses
ignorara. Meríones, corriendo,
alcance dióle y en la diestra nalga
le hirió. Del dardo atravesó la punta,
so el hueso sacro, la vejiga entera.
Sobre sí mismo en tierra desplomóse,
gimiendo, y negra le envolvió la muerte.

Meges al hijo de Antenor, Pedeo,
mató; — bastardo aquéste fuera: crióle,
empero, á par de los queridos hijos,
amante esposa, la divina Teano.
El Filida, lancero esclarecido,
hasta él llegando, en la cerviz clavóle
la aguda pica. Recta entre los dientes,
el arma fué; por la raíz la lengua
cortóle: remordió el helado bronce.

Fugitivo Hipsenor esplendoroso,
prole de Dolopión, potente, ufano,
del escamandrio río sacerdote,
honrado cual un numen por el pueblo —
fugitivo Hipsenor ante las armas
de Eurípilo fulgente, Evemonida,
éste siguióle en rápida carrera,
y en su hombro la cuchilla descargando,
la fuerte mano le tajó; sangriento
cayó su brazo: la violenta parca,
al teucro arrebató; veló sus ojos
la sombra purpurina de la muerte.

Tal por el campo de batalla cruento
pugnaban afanosos los guerreros.
Mas, al Tidida viendo, no supieras
de qué parte luchaba: si entre ilienses
ó si entre dánaos. Á través del campo
discurría furioso, semejante
al río henchido de invernales lluvias,
que arrebatado corre, rompe diques,
— ni fuertes vallas su carrera estorban;
ni de las ricas mieses los cercados
un punto lo detienen; impetuoso
por las lluvias de Jove torrenciales

embravecido, lánzase, y del hombre
hermosas obras ciento y ciento asuela;
tal las densas ilíacas falanges
cedían por Diomedes oprimidas,
y al héroe no arredraban sus mil armas.
De Licaón el hijo refulgente,
así que vió al Tidida por el campo
correr furioso y arrollar escuadras,
aprestó con ardor el arco curvo
é hirióle, en su carrera, el hombro diestro,
de la coraza en la juntura hendida.
Voló por ella la saeta aguda,
y recta el hombro traspasó: de sangre
cubrióse la coraza. Y grandes voces
de Licaón dió el hijo rutilante:
«¡Alzaos, oh magnánimos ilienses,
cabalgadores, que el mayor aquivo
llagado está! No creo que de nuevo
soportará de fuerte dardo el golpe;
si no me envió falaz desde la Licia
el hijo soberano del Saturnio.» [1]
Así clamó rogante. El dardo alado,
empero, á aquél no derribó. Cediendo
hasta la biga, se detuvo ante ella,
y á Esténelo, de Capaneo, dijo:
«Vén, Capanida amigo, deja el carro,
y el dardo agudo extráeme del hombro.»
Así dijo; y Esténelo del plaustro
saltó, llegóse y la saeta aguda
hacia adelante extrájole del hombro;
y al través de la túnica de malla
brotó la sangre. Entonces el Tidida,
de la batalla voceador, orando,
«¡Escúchame», clamó, «tú, del Tonante
hija, tú, Invicta! Si en la cruenta guerra
alguna vez amante en mi socorro
y el de mi padre has acudido, oh Palas;
hora de nuevo ampárame amorosa,
y da que yo arrebate y con la pica
traspase al hombre que me hirió primero
y anuncia ufano que desde hoy mis ojos
del sol ya no verán la luz fulgente!»
Así clamó, rogando, y escuchóle
Minerva, la lancera; quien flexibles
los miembros le tornó; los pies, las manos,
por doquiera ligeros. Y la diosa
á par de él se detuvo y dirigióle
esta palabra alada: «Con los teucros
hora, Diomedes, animoso lucha;
que yo en tu pecho la paterna fuerza
é intrepidez he derramado, tanta
cuanta el lancero, poderoso auriga,
Tideo tuvo. Á más la densa sombra
que tus ojos velara, he disipado;
porque bien sepas quién es dios, quién hombre.
Si una deidad al campo de batalla
viene y te tienta á combatir — no quieras
afrontar á los dioses inmortales,
cual se afronta á los hombres. Mas, si Venus,
de Jove prole, á la batalla acude,
á esa vulnera con el bronce agudo.»
Así diciendo, presurosa fuése
Minerva, de ojos fúlgidos. Diomedes
tornó á lidiar en las primeras filas.
Antes ardor de batallar su pecho
llenara; mas entonces triplicóse
y arrebatóle ardiente su pujanza.
Como al león arrastra su coraje,
cuando, sin derribarlo, leve herida
el pastor infirióle, en la campaña;
— saltara de lanígeras ovejas
el redil; enardécese su furia;
ya nada le detiene; á los establos
se lanza y amedrenta las ovejas,
abandonadas del pastor, y mata
y hacina presas con sangriento estrago;
y en alas del furor salta de nuevo
las altas vallas del redil y vase; —
tal furibundo en medio de los teucros
Diomedes batallaba incontrastable.
Por él fué muerto entonces Astinoo
y muerto fué Hiperón, pastor del pueblo:
de la mamila en lo alto vulneróle
con la broncínea lanza; en la clavícula
á aquél hirió con la cuchilla ingente,
y el brazo le tajó y á un tiempo el hombro.
Dejólos y lanzóse tras Abante
y tras Poliedo, del augur anciano,
Euridamante, prole. No acertara
á interpretarles, al partir, los sueños
el padre augur. Diomedes invencible
les dió la muerte. Y á Toón y Xanto,
ambos de la vejez hijos, nacidos
á Fénope, voló; quien no engendrara
más herederos de sus bienes; — triste
se consumió su senectud. — Diomedes
postrólos y la vida arrebatóles,
dejando lloro y cruel dolor al padre;
á quien no cupo, al fin de la contienda,
vivos entre sus brazos acogerlos.
Las riquezas los suyos se partieran.
Del Dardanida Príamo dos hijos:
Equemón, Cromio, que en un mismo plaustro
iban, arrebató luego el Tidida.
Cual salta el león en medio la vacada,
que de la selva en la espesura pace,
y de un becerro, un buey la cerviz rompe;
así violento, aterrador Diomedes

[1] Apolo.

los derribó del carro y despojólos;
y los bridones entregó á los suyos,
porque los condujesen á la armada.
Las filas destrozar de los guerreros
Eneas vióle y se arrojó á la lucha,
en medio de la selva impenetrable
de las lanzas, buscando por doquiera
á la prole sin tacha y poderosa
de Licaón: á Pándaro divino.
Hallóle; á par de él se detuvo y díjole:
«¿Dó tu arco, dó tus voladoras flechas,
dó está tu gloria, oh Pándaro? ¿tu gloria
por ningún héroe teucro obscurecida
ni licio campeón? Mas, ¡ea! tiende
á Jove ya las manos suplicante
y una flecha dispara al hombre fiero,
que asuela á los dardanios, derribando
en el polvo mil nobles adalides;
si no es ya que algún numen, irritado
por hecatombes, á los teucros odia....
¡Terrible carga es la ira de los dioses!»
Y respondió la prole esplendorosa
de Licaón: «Oh Eneas, oh caudillo
de los ilienses, de broncíneas armas:
al hijo denodado de Tideo
paréceme que en todo se asemeja:
en el broquel; en el airón erguido,
de caña sustentado; en los bridones.
Le creo casi un dios. Mas si es, cual digo,
el vástago animoso de Tideo,
no sin divino amparo así pelea,
de bélicos furores acosado.
Alguno de los dioses inmortales,
con los hombros cubiertos de una nube,
está á su lado, y las volantes flechas
certeras de él desvía. Disparéle
ya un dardo, que rompió de parte á parte
su hombro derecho en la juntura hendida
de la coraza. Al orco despeñarle
imaginé: no le tronchó mi dardo.
Airado contra el pueblo por ventura
un dios está. Me faltan los bridones;
fáltame el carro, do subir en armas.
Bellos, recientes y del todo nuevos,
de mi padre el alcázar carros once
ostenta, de tapices por doquiera
engalanados. Destinadas tienen
todos sendas cuadrigas, que se nutren
con nívea cebada y con escanda.
Al partir del alcázar esplendente
de Licaón, lancero poderoso,
con fuerte instancia me mandó el anciano
que no sin plaustro y sin bridones guiase
por batallas sangrientas á los teucros.
Mas, ¡ay! no obedecí yo su consejo,
asaz de los bridones apiadado,
porque del pábulo la rica copia
no les faltase en la labor guerrera.
Así dejélos, y del arco fiado,
infante á Ilión para mi daño vine.
Á dos aquivos próceres: Diomedes
y Menelao, ya tiré mis flechas.
Herílos; sangre á fe brotó la herida.
Tan sólo, empero, acrecenté su furia.
Cuando, capitaneando los ilienses,
á la risueña Ilión, amigo vine
del fúlgido Héctor; por mi mal entonces
de la espetera, en desgraciado día,
el arco curvo descolgué. Si torno
y con mis ojos nuevamente veo
mi patria, mi mujer, mi gran palacio,
de sublime techumbre; corte al punto
la cuchilla enemiga mi cabeza,
si este arco no destrozo con mi mano
y del fuego á la llama esplendorosa
lo arrojo: inútil dije, me acompaña.»
Y respondióle Eneas, de los teucros
ductor: «No tal. Antes que, en carro armados,
los dos al héroe contrastemos duros,
no cambiará la suerte de la guerra.
Mas á mi plaustro asciende presuroso,
porque de los ilíacos bridones
contemples la virtud: cuál la llanura
ya recorren con planta alada y firme,
ya el rumbo enmiendan en carrera insana.
Ellos también nos traerán de nuevo
á la ciudad incólumes; si Jove
al hijo de Tideo diere gloria.
Mas, ¡ea! ya el rendaje relumbrante
tú coge y el flagelo: yo en el carro
combatiré; ó á mí de los corceles
la guarda fía y tú al Tidida espera.»
De Licaón el hijo esplendoroso
le respondió: «Tú mismo empuña, Eneas,
el rendaje y gobierna los bridones.
Guiados por la mano acostumbrada,
el corvo carro llevarán más diestros,
si de nuevo cedemos al Tidida.
No sea que vacilen pavoridos
y de tus voces imperiosas faltos,
tornar no quieran de la lid aína;
y el hijo del magnánimo Tideo
sobre nosotros se abalance, y muerte
nos dé y la biga voladora prenda.
Tú mismo, pues, el carro y los bridones
conduce: yo, á Diomedes aguardando,
contra él prepararé mi dardo agudo.»
Así diciendo, al primoroso carro
subieron ardorosos, y al aquivo
los ágiles corceles dirigieron.
El Capanida Esténelo fulgente
los vió y al punto esta palabra alada

dijo á Diomedes: «Oh Tidida mío,
oh amigo caro, dos campeones veo,
de empuje inmenso ufanos, que se lanzan
enfurecidos á luchar contigo.
Es Pándaro, el arquero incomparable,
á quien la gloria exorna de ser hijo
de Licaón: el otro se gloría
de ser su padre Anquises denodado;
y es Eneas: por madre á Venus tiene.
Pero ya los bridones refrenemos;
y las primeras enemigas filas
no oses atravesar con loca furia:
allí perder la amable vida teme.»

Miróle torvo el adalid pujante:
«¡No me hables, no, de fuga! ¡Vano empeño!
No sé ocultarme; ni rehuir medroso
las lides sé; que entero está mi brío.
El carro no me place: aquí aguardarlos,
tal cual estoy, yo quiero. No me deja
temblar Minerva. La volante biga
á Ilión no tornará con los dos teucros,
si uno de entrambos escapar lograre.
Empero escucha y graba mi palabra
en tu alma: si Minerva consejera
me da la gloria de matarlos ambos,
del carro en el brocal las bridas ata
y aquí detén tus rápidos bridones.
Á la biga de Eneas vuela presto
y desde el campo de los teucros llévala
á los dánaos, de grebas refulgentes.
Es del linaje que el tonante Jove
á Tros, en vez del hijo Ganimedes
arrebatado, diera; equina casta,
la más bella de cuantas han nacido
bajo la aurora[1] y el fulgor del día.
Burlado fué Laomedonte[2]: Anquises,
de los hombres caudillo, en su palacio
con esta sangre fecundó sus yeguas.
De ellas nacieron seis retoños: cuatro
él mismo en sus establos crió; á Eneas,
terror de la batalla, dió los otros.
Cojámolos; ganemos fama eterna.»

Mientras los adalides tal decían,
aquéllos, por sus rápidos corceles
conducidos, llegaron. Al Tidida
de Licaón el hijo esplendoroso
habló luego: «Pujante, sabia prole
del fúlgido Tideo, no te pudo
en el polvo postrar mi alado dardo:
la aguda flecha. Tentaré la suerte
ahora de las armas con la pica.»

Dijo, vibró, arrojó la larga lanza;
hirió y atravesó de parte á parte
del Tidida el broquel, y voladora
llegó el asta broncínea á la coraza.
De Licaón el hijo refulgente
dió luego grandes voces: «¡Traspasado
está el ijar! Ya caerás, te digo;
cubrísteme de gloria esplendorosa.»

É intrépido el Tidida denodado:
«Erraste el golpe; no me hirió tu pica.
Pero no dejaréis ambos, yo creo,
de combatir, antes que al cruel Mavorte
de sangre sacie, cuando menos uno.»

Diciendo así, le disparó: Minerva
el dardo á la nariz, á par del ojo,
enderezó; rompióle el duro bronce
los albos dientes; á raíz la lengua
cortóle y asomó de la quijada
por el extremo: en tierra desplomóse
y en torno de él sus armas luminosas,
flamantes, resonaron; pavoridos
saltaron sus corceles voladores;
se disipó la fuerza de su vida.

Con el broquel y larga pica Eneas
al muerto defendió contra los dánaos,
porque no le arrastraran del combate.
Le circuía, cual el león, confiado
en sus fuerzas. Delante de él la lanza
tendiera y la rotunda tarja, pronto
á traspasar airado á quien llegase
junto al amigo muerto: sacudía
las armas, que sonaban pavorosas.
Pero cogió Diomedes — ¡grande empresa! —
una piedra, que fueran impotentes
á levantar dos hombres escogidos
de todos los mortales de hoy en día.
La alzó su mano sin afán y sola,
é hirió con ella á Eneas do del muslo
el hueso gira en la cadera — el nombre
de cavidad lumbar el sitio lleva[3]. —
La piedra le cortó los dos tendones,
con el canto áspero la piel rasgando.
Dobláronse del héroe las rodillas
y en la tierra apoyó la fuerte mano;
y negra noche le veló los ojos.
Y allí muriera Eneas, de los hombres
ductor, si con solícita mirada
no le siguiera Venus; — quien de Anquises
á luz le dió, cuando el campeón velara
pastor por su ganado. — Echóle al cuello
los níveos brazos la amorosa madre;
ante él los pliegues del fulgente peplo
tendió, que sombra al adalid hiciera
y valla fuese á los mortales dardos
de los aquivos, de ágiles corceles.

---

[1] Oriente. [2] Heredero de los caballos de Tros.
[3] El paréntesis parece ser interpolación.

Y al hijo amado arrebató del campo.
Empero el Capanida no olvidara
las órdenes amigas que Diomedes,
de la batalla voceador, le diera.
La brida atando en el brocal del carro,
detuvo sus veloces palafrenes,
lejos de las oleadas de la lucha.
Y desde las falanges de Dardania
á los aquivos, de fornidas grebas,
condujo la de crin hermosa biga
de Eneas; la condujo desalado
y dióla á Déipilo, su caro socio,
amigo de la infancia predilecto,
cuya alma y voluntad las suyas eran,
porque á las vastas naos la llevase.
Luego, cogiendo las lucientes bridas,
subió en el carro el adalid, y presto
y ardiente con los rápidos bridones
siguió á Diomedes. El Tidida á Venus
con despiadado bronce contrastara.
La Cipria es dea imbele — él lo sabía; —
no es ella cual las diosas que en las lides
imperan de los hombres: no es Belona,
de muros destructora, ni es Minerva.
Á través de la densa muchedumbre
el hijo del magnánimo Tideo
á Venus alcanzó, y abalanzóse,
y disparó sobre ella el asta aguda.
Rasgóle el peplo divinal, tejido
para la diosa por las Gracias mismas;
y en la alta palma de la tierna mano
la piel rasgóle. Y la divina sangre,
sangre inmortal, corrió: el icor que manan
de los felices dioses las heridas[1].
Ni con pan ni con vino esplendoroso
se nutren ellos: cruor así no tienen;
y el nombre merecieron de inmortales.
Un grito inmenso dió el herido numen,
lejos de sí lanzando al hijo Eneas.
Mas envolvióle el rutilante Apolo
en tenebrosa nube y con sus manos
lo cubrió, porque el pecho no le hiriera
algún dardo mortal de los aquivos,
de rápidos bridones. Y Diomedes,
de la batalla voceador, á Venus
gritó estridente: «¡Lejos de la guerra,
lejos de la batalla, hija de Jove!
Burlar á las mujeres indefensas
¿acaso no te basta? Si en el campo
vas en medio las armas, yo te digo,
que de terror te llenará la guerra,
con sólo oir su nombre, desde ahora.»
Así dijo el Tidida. Y Afrodite
se alejó, de dolor atroz punzada.
Sacóla de las turbas por la mano
Iris, de alada planta. Cruel congoja
á Venus oprimía; ennegrecióse
la hermosa piel, en torno de la llaga.
En el siniestro flanco de la lucha
luego encontró sentado al fiero Marte,
la lanza y los corceles voladores
por niebla circuídos. De rodillas
ante el querido hermano desplomóse,
pidiéndole con súplica amorosa
sus bridones, de templas circundadas
con áureos ceños: «Oh querido hermano,
del campo sálvame; tu biga dame,
porque al Olimpo vaya; do los dioses,
los inmortales, moran. Me tortura
con acerbísimo dolor la herida,
que me hizo un adalid mortal: Diomedes;
que acaso osara combatir á Jove.»
Así dijo, rogando; y dióle Marte
sus palafrenes, de la sien ceñida
por áureo cerco. La deidad subiera
al carro, desgarrada el alma triste.
Á par de ella Iris ascendió, cogiendo
las bridas y hostigando los trotones.
No faltos de aguijón, ellos volaron;
llegaron prestos al divino alcázar
del encumbrado Olimpo. Allí detuvo
Iris, de planta, cual los vientos, rauda,
los bridones; del carro desuncióIos
y de ambrosía el pábulo delante
les arrojó. Mas Afrodite fúlgida
ante su madre, Dione, de rodillas
cayó; en sus brazos la acogió la dea,
y con la mano acarició la y dijo
estas palabras, de zozobra llenas:
«¿Quién, di, mi dulce prenda, temerario
así te hirió? ¿quién de los dioses, dime;
cual si á la faz del mundo delinquieras?»
Y respondióle la risueña[2] Venus:
«Me hirió Diomedes, de Tideo prole;
Diomedes fiero; porque al hijo mío,
Eneas, predilecto, mi delicia,
de la batalla arrebaté. La lucha
no sólo entre los teucros y los dánaos
se traba aterradora; los aquivos
ya con los dioses inmortales lidian.»
Y Dione, bella entre las diosas todas,
le respondió: «Repórtate, hija mía,
y tus congojas, bien que grandes, sufre.
Habitadores del Olimpo somos;
y muchos los ultrajes padecimos
con que nos afligieran los mortales;
por nuestras riñas tristes incitados.
Sufrió Mavorte, en fuertes hierros preso

[1] Consideramos espurios los tres siguientes versos.

[2] de ordinario.

por el potente Efialtes y Oto, prole
de Aloeo, trece meses aherrojado
en broncínea mazmorra. Y pereciera
el insaciable, belicoso Marte
allí, si la venusta Eeribea,
su madrastra gentil, no lo anunciara
á Mercurio: furtivo el dios libróle
de las graves cadenas, que su vida
iban ya consumiendo abrumadoras.
Juno sufrió, cuando Hércules pujante,
Anfitrionida, en la mamila diestra,
con flecha de tres filos vulneróla,
y desgarrada fué de atroz tortura.
Sufrió también Plutón formidoloso
saeta voladora, por este hombre,
vástago del Tonante, allá, en la puerta
del reino de las sombras disparada.
Allí entregado á su dolor dejóle.
Mas fué Plutón del Padre á la morada,
al ancho Olimpo, el alma pesarosa,
de cruel tormento el corazón transido,
la vira en el carnudo, válido hombro
clavada; el pecho de amargura lleno.
Con hierbas del dolor mitigadoras
Payón vendóle y le sanó la herida;
ya que mortal Mavorte no naciera.
Hombre espantable aquél y temerario,
á quien la faz del crimen no aterrara;
que con sus flechas persiguió á los dioses
é hirió á los moradores del Olimpo.
Minerva, de ojos fúlgidos, al héroe
lanzara contra ti. ¡Necio! no sabe
que efímera es la vida de quien armas
contra los dioses inmortales hace.
No sabe que, al tornar entre los suyos
de la guerra y batallas temerosas,
no buscarán los niños su regazo
ni padre en él le llamarán felices.
Así, con ser fogoso su coraje,
Diomedes hora tema que le afronte
un enemigo más que tú belígero;
y á menudo Egialea, la discreta,
de Adrasto prole, despertando turbe
de los de su querido hogar el sueño,
con lloro y con anhelos doloridos
por el esposo juvenil, el héroe
entre mil teucros; ella de Diomedes,
el fuerte auriga, la mujer excelsa.»
Dijo; y con ambas manos enjugóle
la sangre de la herida, y fué sanando
la llaga y mitigóse el cruel tormento.
Minerva las miró, mirólas Juno,
y en mofadoras voces excitaron
al hijo de Saturno. La primera
habló la de ojos fúlgidos y dijo:
«Oh padre Jove, ¿acaso la palabra
que te diré, mover podrá tus iras
contra mí? Venus intentó afanosa
persuadir á una aquiva de que fuera,
amante de un campeón iliense, á Troya;
que amor frenético á los teucros tiene;
y al colmar de caricias á la helena,
de hermoso peplo, le punzó la mano,
la tierna mano, alguna horquilla de oro.»
Así dijo; y el padre de los hombres
y de los dioses sonrió, llamando
á la áurea Venus hacia sí y le dijo:
«No son faenas tuyas, hija mía,
las de la guerra. Sean tus afanes
los goces de himeneo; la milicia
al pronto Marte y Palas deja toda.»
Tal hablaban los númenes. Á Eneas
Diomedes, voceador de la batalla,
acometió, por ver que Apolo mismo
con protectora mano le cubría.
Matarle ansiaba y conquistar sus armas.
Ni ante el gran dios tembló; mas anheloso
de derribar al héroe, abalanzóse
sobre él tres veces, y tres veces Febo
le hirió el broquel radiante. Empero alzábase
aquél por cuarta vez. Apolo entonces,
el flechador, gritóle formidable:
«Teme, Tidida, cede; no imagines
igualarte á los númenes: la casta
de los que moran en la humilde tierra,
no es, no, la de los dioses inmortales.»
Dijo; y Diomedes un espacio breve
retrocedió, por evitar las iras
del sagitario Febo. El dios á Eneas
arrebató de la batalla lejos
y á la sagrada Pérgamo condujo,
al apolíneo templo. Allí Latona
y la flechera Diana le curaron
en el vasto sagrado; su belleza
le devolvieron íntegra, y su gloria.
Mas Febo, de arco argénteo, el simulacro
dejó de Eneas en el campo y dióle
aéreas armas. Del fantasma en torno
los teucros y los dánaos rutilantes
entre sí destrozábanse en el pecho
las rotundas adargas y rodelas.
Y al fiero Marte el esplendente Apolo:
«Marte, sangriento Marte, en cruor humano
bañado, destructor de las ciudades,
á aquel campeón arrebatar no osaras
pronto de la batalla: al de Tideo,
quien hora al padre Jove contrastara?
Primero acometió á la cipria dea
y le rasgó la palma de la mano.
Luego, cual numen, sobre mí lanzóse.»
Así dijo; y de Pérgamo en la cima
se sentó. Las ilíacas falanges

corrió á mover con belicosa furia
Marte funesto, al rápido Acamante,
de los traces caudillo, semejando.
Y á los Priamidas, del Saturnio sangre,
así inflamó: «¿Por qué dejáis, oh vástagos
de Príamo, engendrados del Tonante —
hasta cuándo dejáis que caiga el pueblo
á manos de los dánaos? ¿por ventura
hasta que en torno de las bellas puertas
arda la lucha? Vulnerada yace
de Anquises, el magnánimo, la prole:
Eneas, el varón á quien honramos
al par del fúlgido Héctor. Mas aína
¡ea! salvemos de las grandes olas
de la batalla al generoso amigo.»
Así diciendo, despertó en el pecho
de todos el ardor y la pujanza.
Y luego Sarpedón al lúcido Héctor
riñó altanero: ¿Dó tu antigua fuerza,
Héctor, está? Sin el guerrero pueblo,
sin los aliados, con los tuyos solos
y solos tus hermanos, imaginas
á Troya defender? Ninguno veo
ni acierto á descubrir de tu linaje.
Del enemigo tímidos se esconden,
cual del león en derredor la muta.
Nosotros los extraños peleamos
las batallas. También yo en tu socorro
de apartadas regiones he venido;
de la lejana Licia y las riberas
del impetuoso Xanto; do dejara
la amada esposa con el tierno niño
y cuantos bienes ambiciona el pobre.
Con todo, inflamo en bélicos anhelos
á los de Licia y por la lid suspiro
yo mismo; bien que nada los acayos
hurtaron ni prendieron en mi tienda.
Y tú estás quedo, inerte, y ¿á los pueblos
no mandas que defiendan denodados
á sus esposas? Tiembla; y cual en redes
que todo cogen, no seáis despojo
y presa de campeones enemigos,
que presto hundieran vuestra Ilión hermosa.
Á ti te incumbe: piénsalo de día,
de noche piensa cómo en torno tuyo
retener los perínclitos aliados,
y con reproches ásperos no herirlos.»
Tal Sarpedón habló, dilacerando
el alma de Héctor; quien á tierra pronto
saltó de los bridones con sus armas.
Corrió, blandiendo dos agudos dardos,
por el campo doquiera, y á la lucha
incitó á los guerreros, despertando
la grita del combate aterradora.
Temblaron los ilienses, y á los dánaos
volviéronse. Mas densas las falanges
é intrépidas se alzaban de la Acaya.
Cual lleva el viento por las sacras eras
de los aventadores las aristas,
cuando la blonda Ceres grano y cálamo
á impulsos de la ráfaga segrega,
y albean de la caña los acervos;
tal, desde el éneo, esplendoroso Olimpo
á los dánaos el polvo descendiendo,
tornólos albos; polvo, que brotara
so los bridones, á la lid de nuevo
y al choque de las armas conducidos.
La fuerza de las manos estrellóse
de los guerreros entre sí violenta.
Acá y allá corría el fiero Marte,
con noche la batalla obscureciendo,
por amparar á Ilión. El dios cumpliera
del rutilante Apolo, de áurea espada,
la voluntad; que le mandara el numen
inflamar á la lucha los dardanios;
cuando de los aquivos protectora
miró acudir á la lancera Palas.
Desde el sagrado espléndido del templo
Apolo envió á Eneas, y pujanza
del pastor de los pueblos en el pecho
derramó. El adalid tornó á los suyos;
que alegres en su medio contempláranle
vivo, sano, de brío el alma llena.
Silenciosos miráronle: sus labios
sellaba la labor de la batalla;
que el de arco argénteo flechador y Marte,
sediento de matanza, enardecieran
y la insaciable indómita Discordia.
Lanzaban ardorosos á la lucha
ambos Áyax, Ulises y Diomedes
á los aquivos, de la teucra fuerza
ni del estruendo de la lid medrosos.
Inmóviles se alzaban, como nubes,
que en medio de la calma, en la alta sierra,
fija el Saturnio Jove, cuando duerme
del bóreas y los vientos impetuosos
la furia; — pronto, empero, recia ráfaga
disipará los negros nubarrones. —
Así á los teucros afrontaban firmes
é intrépidas las huestes de los dánaos.
Doquier las multitudes imperioso
amonestaba Agamenón: «¡Oh amigos!
hombres sed, esforzad el bravo pecho;
en las sangrientas pugnas amparaos
entre vosotros; más son los que salvan
que los que mueren, cuando amparo presta
el guerrero al guerrero en la batalla.
Ni prez ni amparo el fugitivo espera.»
Dijo; y veloz lanzó su dardo, hiriendo
de Eneas, el magnánimo, al amigo,
Deicoonte Pergasida, honrado
de los dardanios, cual la prole misma

de Príamo; pues ágil se lanzaba
siempre entre los primeros al combate.
Agamenón potente en el escudo
hirióle con su dardo. Detenido
no fué por el broquel, atravesólo,
atravesó su ceñidor el bronce
y se clavó del vientre en lo profundo.
Con sordo estruendo desplomóse en tierra
y en torno de él sus armas rebombaron.
Luego Eneas dos próceres aquivos
mató: á Cretón y Orsíloco, de Diocles,
quien la vistosa Feras habitara,
prole opulenta del Alfeo río;
él con sus ondas anchurosas baña
la pilia tierra, y padre fué de Orsíloco,
ductor de mil guerreros; quien á Diocles,
el pujante, engendrara. Á los gemelos,
Cretón y Orsíloco, en las lides todas
armipotentes, engendrara Diocles.
Á Ilión, por sus corceles poderosa,
con negras naos en la hueste aquea
de los hijos de Atreo vengadores;
ambos vinieron en la edad florida.
Á Ilión vinieron; do fatal la muerte
inevitable los cubrió sombría.
Como dos leones de la enhiesta sierra,
del bosque en las profundas espesuras,
nutridos por la leona soberbiosos,
vacas y ovejas pingües arrebatan,
despueblan las majadas de los hombres,
hasta que, tras matar, son derribados
por brazo varonil, con bronce agudo;
tal á Cretón y Orsíloco la mano
tocó y tronchó de Eneas; y cayeron,
como se atierran encumbrados pinos.
Dolióse de su muerte Menelao,
amado de Mavorte, y por las huestes
discurrió de los próceres, vibrando
la lanza, armado de fulgente bronce.
El pecho le inflamó Marte, anheloso
de que á manos de Eneas sucumbiera.
Al Atrida vió Antíloco, de Néstor,
del héroe; y por las filas de los próceres
arrojóse, temiendo por la suerte
del pastor de los pueblos, porque vana
no se tornase la labor guerrera.
Ambos, frente por frente, el brazo alzaban
y las agudas picas, deseosos
de combatir. Antíloco llegóse
al pastor de las gentes. Mas Eneas,
bien que anheloso de la lucha, el campo
cedió al mirar dos adalides juntos,
armados combatir. Á los dos muertos
condujeron aquéllos á sus filas,
y á los tristes pusieron en las manos
de los amigos; y á la lid volviendo,
en medio de los héroes batallaron.
Luego por ellos muerto fué Pilémenes,
de los de Paflagonia abroquelados,
magnánimos, ductor, símil á Marte.
Inmóvil el caudillo, vulneróle
el ínclito lancero Menelao
por la raíz el cuello con el asta.
Y Antíloco á su auriga compañero,
Midón, de Atimnio generosa prole,
hirió, al volver la corredora biga
el Atimniada; hirióle en medio el codo,
lanzándole una piedra. De las palmas
de aquél, en tierra, los tirantes albos,
ebúrneos, deslizáronse y Antíloco
hacia él corriendo, le clavó la espada
en la sien. Anhelante, despeñado
del bello carro; con cabeza y hombros
en la honda arena hundiérase de bruces.
Y recto allí quedóse largo trecho:
hasta que los bridones, que llevara
al campo aquivo Antíloco, azotados,
al muerto derribaron en el polvo.
Por entre las escuadras los dos hombres
Héctor miró pugnar, y circuído
de las fuertes ilíacas falanges,
arremetió con ellos, voceando.
Á los de la Dardania conducían
Mavorte con Belona soberana.
Ésta el fragor de la batalla fiero
alzaba; aquél, blandiendo fácilmente
la gran lanza, ora en pos, ora delante
corría de Héctor. Al campeón iliense
Diomedes, voceador de la batalla,
miró; y tembló. Cual va por campo extraño
el caminante, y duda y se detiene
del río en la ribera, que impetuoso
se precipita al mar; — oye el estruendo;
de espuma ve los anchos remolinos;
vuélvese y torna en rápida carrera;
así cedió el Tidida y dijo al pueblo:
«¡Oh amigos, cuánto asombro! Fuerte vibra
la lanza el fúlgido Héctor y batalla
intrépido; y atónitos miramos.
Una deidad siempre á su lado se alza
y aparta de él la ruina. También hora
allí, símil á un hombre, está Mavorte,
y le cobija. Empero, hacia los teucros
vuelta la faz, retroceded tardíos
y no arrostréis osados á los dioses.»
Así dijo. Chocaron los dardanios
con ellos, y Héctor derribó dos hombres,
á la lid avezados, que pugnaban
en sólo un carro: Anquíalo y Menestes.
Caer los vió y á compasión movido,
Áyax, el grande, prole telamonia,
hacia él corrió, llegóse y disparando

su dardo refulgente, á Anfión, de Sélago,
hirió; de Sélago, en campiñas rico,
en bienes rico, morador de Peso.
Á socorrer á Príamo y sus hijos
fué por la parca guiado el Selagida.
Áyax le hirió, le traspasó el vacío,
á par del ceñidor con luenga lanza:
en bronco estruendo desplomóse en tierra.
Corrió de su armadura á despojarle
el claro Telamonio; mas los teucros
sobre él de agudos, luminosos dardos
lanzaron una nube. Su rodela
de ellos quedó erizada. Con la planta
al muerto hollando, la broncínea pica
extrajo. Empero las hermosas armas
del hombro no le cupo arrebatarle:
los dardos le estrechaban. Al caído
mil denodados teucros defendían,
con belicoso brío, enarboladas
las lanzas. Aunque grande, fuerte, noble,
Áyax temiólos y cedió á su empuje.

Tal se afanaban en sangrienta lucha
los pueblos. Á Tlepólemo Heraclida,
hermoso y magno, la potente parca
á pelear con Sarpedón divino
movió. Corriendo, se acercaron ambos:
el hijo y nieto del tonante Jove.
Y tal habló Tlepólemo el primero:

«Oh Sarpedón, caudillo de los licios,
¿quién te forzó á temblar aquí de miedo,
si combatir no sabes? Es mentido
el nombre que te dan; tú no eres prole
de Júpiter tonante. ¡Cuánto distas
de aquellos hombres de la antigua estirpe,
de Jove vástagos! ¡Cuán otros eran
de mi padre Hércules las ígneas fuerzas,
el pecho de león! Á Troya vino
en otros tiempos él por los corceles
del rey Laomedonte! Él convirtiera,
con sólos seis navíos y un puñado
de hombres, á Ilión en páramo y escombros.
Menguado tú eres, y tus pueblos caen.
Aunque invencible fueras, no viniste
de Licia, en mi sentir, á ser baluarte
de los ilienses. Por mi mano herido,
traspasarás del orco los umbrales.»

Y Sarpedón, caudillo de los licios,
le respondió: «La sacra Ilión, Tlepólemo,
él arrasó, por la demencia osada
del rey Laomedonte esplendoroso;
quien, la merced [1] del héroe desdeñando,
altanero riñóle y los corceles,
que á recibir, de tierras apartadas
aquél viniera, no entregó, doloso.
Mas sábete que muerte y negra ruina
mi brazo te dará: bajo mi lanza
sucumbirás, gloria á mi nombre dando;
y al auriga sin par, Plutón, el alma.»

Tal Sarpedón hablárale. Y Tlepólemo
alzó el asta fresnal. La luenga pica
de ambos la mano disparara á un tiempo.
Aquél en la garganta hirió á Tlepólemo;
y el crudo bronce traspasóle el cuello;
profunda noche le veló los ojos.
Mas él rasgara con el largo dardo,
en impetuoso bote, el muslo izquierdo
de Sarpedón; y le clavara el arma
en el hueso: salvóle el Padre apenas.

Del tumulto alejaron de la lidia
al héroe divinal los claros socios.
La luenga lanza, que, en la llaga fija,
arrastraba consigo, torturábale.
Nadie pensó en el bronce, nadie violó:
tal era de los suyos la presura,
tan recia la labor de la contienda.

En la otra banda, del combate lejos
llevaron á Tlepólemo los dánaos,
de poderosas grebas. Pesaroso
Ulises rutilante contemplóle.
Ardió su corazón acongojado
y dentro el alma y dentro de la mente
perplejo revolvió si tras la prole
de Jove altitonante abalanzarse
ó si matanza hacer entre los licios.
Mas al hijo potente del Saturnio
la muerte dar con el agudo bronce
vedara al brioso Ulises el destino.
Así, Minerva le arrojó violento
á través de la licia muchedumbre;
donde él matara á Noemón, y á Cromio,
y Alcandro, y Cérano, y Alástor, y Halio,
y Prítanis. Y el héroe fulguroso
hiciera entre los licios más estrago,
si el grande Héctor, de yelmo centellante,
que le acechaba, la primera fila,
de bronce rutilando, no pasara
y esparciera el terror entre los dánaos.
Y el jovio Sarpedón, al contemplarle
venir á sí, gozóse, y lamentoso
le habló: «De los aquivos no me dejes
botín yacer; ampárame, Priamida.
Á tu sombra abandóneme el aliento,
en vuestra Ilión. No quiso la fortuna
que yo al hogar y al caro patrio suelo
tornara; védame llevar el gozo
á la querida esposa, al tierno niño.»

Dijo. No respondió, y, corriendo, fuése
el campeón de yelmo centellante,

[1] de haber libertado de un monstruo marino á su hija Hesíone.

hacia los dánaos, de lidiar ansioso
y riza hacer allí con planta alada.
Á Sarpedón divino colocaron
so encantadora encina del Tonante
los fúlgidos amigos de sus armas.
Y la lanza fraxínea el socio caro,
Pelagonte animoso, de su muslo
extrajo: el ánima cayó del héroe
y tinieblas cercáronle los ojos.
Mas luego respiró de lo profundo;
y del bóreas las auras nueva vida
en su anhelante pecho derramaron.

Por Mavorte y por Héctor, de éneas armas,
acosados los dánaos, ni volvieron
la faz un punto hacia las negras naves,
ni contra los dardanios avanzaron;
que entre éstos combatir vieran á Marte;
y el campo abandonaran lentamente.

Héctor entonces y el broncíneo numen
¿á quién primero y á quién postrero hirieron?
Al divinal Teutrante; á Treco etolio,
acre lancero; y al auriga Orestes;
á Heleno, el Enopida, y Enomao;
al de radioso cinturón, Oresbio,
dueño de ingentes bienes afanoso,
de Hilas habitador, en las riberas
del lago de Cefiso, entre beocios,
de fértiles campiñas moradores.

Mas la divina Juno, de albos brazos,
al ver cómo caían los helenos,
por el combate crudo arrebatados,
dijo á Minerva esta palabra alada:

«¡Ay dolor, prole del Tonante, oh Invicta!
¿falaces al atrida Menelao,
el despeño de Troya bien murada
y la vuelta á la patria prometimos,
que así dejamos al nefando Marte
frenético pugnar? También nosotras,
¡ea! pensemos en lidiar audaces.»

Así dijo; su voz no desoyera
Minerva, de ojos fúlgidos, divina.
Los corceles, de sien ceñida en oro,
á uncir fué Juno, la deidad excelsa,
del gran Saturno prole. Presta al carro
Hebe ajustó las ruedas corvas, bellas,
éneas, de rayos ocho, en eje férreo:
de las ruedas las pinas áureas eran,
indestructibles; de broncíneos calces,
á la mirada hechizo, guarnecidas;
rotundos fueran los argénteos cubos,
y doble en torno la plaustral urdimbre;
lazadas de oro y plata, el brocal todo.
Del argentino pértigo al remate
Juno, de lucha y de clamor sedienta,
ataba el áureo, primoroso yugo,
y al yugo los tirantes pulcros, de oro,
y unciera los corceles voladores.

Y del Fulminador hija, Minerva
del blando peplo, con su propia mano
tejido matizado, despojóse,
en el alcázar de su padre al suelo
dejándolo caer. Y con la cota
vistiéndose de Jove tormentoso,
se armó á la lid, de lloro vertedora.
Terciόse la égida, de borlas bellas,
formidolosa, por doquier cercada
del temor: la discordia allí campea,
allí el empuje, allí el chocar tremendo
de la batalla; se alza la cabeza
temible allí, terrífica se yergue
del monstruo de Gorgona temeroso,
señal y nuncio del tonante Jove.
En la cabeza púsose Minerva
el áureo morrión, claveteado,
valiente á proteger los adalides
de cien ciudades. Al fulmíneo carro
subió y cogió la ponderosa lanza,
luenga, fornida, en que las huestes postra
de los campeones á quien mira airada.
Juno hostigó ardorosa los bridones.

Por sí mismas las puertas de los cielos
tronando se abren que las Horas guardan
á quien por el Olimpo y ancho polo
cumple apiñar y hender las negras nubes.
Y por las puertas la hostigada biga
lanzaron Juno y Palas. De los dioses
lejos sentado á Jupiter hallaran
en la alta cima del fragoso Olimpo.
Allí la dea de los níveos brazos
detuvo los bridones y al Saturnio,
al dios excelso, preguntando, dijo:

«Oh padre Jove, ¿por el grande estrago
de Marte no te airas? ¡Tanto puede
en el aquivo campo, tantos héroes
con desapoderada furia mata!
Yo gimo, y plácidos se gozan Venus
y Apolo arquiargentino; quien lanzaron
á aquel insano, á toda ley ajeno.
¡Oh padre Jove! ¿excitaré tus iras,
si, castigando á Marte rigorosa,
despavorido de la lid le aparto?»

Y respondióle el nubiloso padre:
«¡Enhorabuena! haz que con él combata
Minerva, del botín cumuladora;
quien ha sabido, cual ninguno, siempre
entregarle á merced de cruel tormento.»

Así dijo. Su voz no desoyera
Juno, de níveos brazos. Los corceles
flageló, y ellos, de correr ansiosos,
lanzáronse á volar por entre el orbe
y el estrellado cielo. Cuanto abarca
del atalaya el ojo, que escudriña

por la azulada bruma el mar purpúreo;
tanto de entrambas divas los bridones,
de estrepitoso relinchar, volaron.
Arribaron á Ilión y los dos ríos,
do se confunden las violentas ondas
del Símois y Escamandro. Allí la biga
detuvo Juno, la de brazos níveos;
la desunció del plaustro; densas nieblas
en torno de ella difundió; nutrióla
el Símois, germinándole ambrosía.

Con paso, cual de tímidas palomas,
iban las deas, anhelando ardientes
por amparar á los argivos pueblos.
Mas al venir do el núcleo de los héroes,
á la pujanza [1] del Tidida auriga
en torno, se agolpara, simulando
jabalíes ó leones carniceros,
de nunca rota fuerza; allí paróse
á clamorear la dea de albos brazos,
semejante á Estentor, el indomable,
de voz broncínea, cual cincuenta voces:
«¡Oh, cuánto deshonor, menguados dánaos,
tan míseros y ruines como bellos!
Mientras pugnaba el esplendente Aquiles,
jamás los teucros traspasar las puertas
veíanse de Ilión: la fuerte pica
de aquél temieran. De los muros lejos,
entre las vastas naos, hora luchan.»

Así diciendo, el alma y la bravura
de todos inflamó. Fué presurosa
Minerva, de ojos fúlgidos, divina,
á Diomedes. Halló al caudillo, laso
por la flecha de Pándaro, la herida,
á par de los bridones y del plaustro,
refrigerando. Fatigado estaba
por el sudor, que bajo el ancho cinto
del escudo redondo, le brotara.
Cansado estaba el adalid; su brazo,
cansado de lidiar; la negra sangre,
el cinturón alzando, se enjugaba.
Asió la diosa de la biga el yugo,
y voceó: «¡Cuán poco se asemeja,
cuán poco, al padre el hijo de Tideo!
Pequeño era Tideo, mas un héroe.
Un día no dejé que se lanzara
al campo con furor, ni contendiera —
cuando, lejano de las huestes dánaas,
fué mensajero á Tebas; do cadmeos
le circundaron mil. En el alcázar
yantar tranquilo le mandé. Llevóle,
cual siempre, desfrenado su coraje.
Los lidiadores jóvenes cadmeos
á luchar desafió y venció glorioso [2].
Mas contra Ilión á batallar te aliento
yo con afán, tu valedor y amigo. —
Empero por ventura del combate
las fatigas tus miembros embargaran;
ó el desvariante miedo te entorpece.
Ya no eres tú la prole de Tideo,
progenie del Enida belicoso.»

Y el potente Diomedes respondiera:
«Yo te conozco, oh prole del Tonante,
y así, te digo la verdad sin ira;
no el desvariante miedo me entorpece;
mas todavía tu mandato cumplo.
Luchar contra los dioses venturosos
tú me vedaste. Sólo si Afrodite,
la del Saturnio, al campo descendiese,
mandásteme con bronce agudo herirla.
Esta tu voluntad obedeciendo,
yo mismo ahora combatir evito
y á los helenos todos he intimado
que aquí se estrechen: veo que Mavorte
recorre el campo y soberano manda.»

La diosa de ojos fúlgidos repuso:
«Oh Tidida, Diomedes predilecto,
de mi tutela poderosa fía,
ni temas á Mavorte ni á ninguna
de las deidades inmortales todas.
Los rápidos corceles contra Marte
al punto guía; acércate, vulnera
al fiero dios; ni tiembles de la furia
del que nació nefario, del veleta;
quien prometiera ayer, á mí, á Saturnia,
pugnar contra los teucros, de los dánaos
amparador; quien hoy, de su promesa
olvidado, de Ilión va á las falanges.»

Dijo; y á Esténelo arrojó del carro;
mas, al caer vertiginoso en tierra,
la acogió y le sostuvo con su mano.
Al plaustro, á par del fúlgido Tidida
subió la dea, de lidiar ansiosa;
horrísono crujiera el eje cuérceo [3]
so el peso de la diva aterradora
y del gran campeón. Cogió Minerva,
la lancera, el flagelo y los tirantes.
Y dirigió la voladora biga
contra Marte primero. Á Perifante,
el héroe más excelso de la Etolia,
de Oquesio prole formidable, lúcida,
mató Mavorte, tinto en cruor humano.
Y porque el dios potente no la viera,
Palas calóse de Plutón el yelmo.

Apenas viera el sanguinoso numen

[1] del pujante Tidida.
[2] Sigue el verso espurio: «fácilmente: con tanto poder yo le amparaba».
[3] de encina.

al fulgente Tidida, cuando en tierra
yacer dejó al terrible Perifante;
do, hiriéndole, en cadáver lo tornara;
y recto fué contra el robusto auriga.
En su carrera se llegaron ambos.
Y el dios se irguió por sobre yugo y bridas,
lanzando fiero, y de matar ansioso,
contra Diomedes énea jabalina.
Pero Minerva ojiluciente asióla
y del carro desvió su raudo vuelo.
Y el héroe, voceador de la batalla,
luego giró y tiró el broncíneo dardo.
Por la lancera Palas impelido
su brazo, acrecentada su pujanza,
se encaminó la pica hacia el vacío:
al ceñidor del dios: allí Diomedes
hirió, rasgó su hermosa piel. Y al punto
el bronce retirara de la herida.
Y horrendo rebramó el broncíneo Marte,
como rebraman nueve ó diez mil hombres,
que armados chocan entre sí violentos.
Aterrados temblaron los aquivos,
temblaron los dardanios: tal rugía
el insaciable luchador Mavorte.

Cual negro surge en el umbroso cielo
el nublo, alzado por feroz fortuna,
que engendran del estío los ardores;
tal vió Diomedes á Mavorte, el éneo,
envuelto en sombras ir al ancho polo.
Llegó con rauda planta al alto Olimpo
el dios; á los alcázares celestes.
Dilacerada el alma, junto al padre
sentóse y le mostró cuál de la herida
corría la divina sangre y díjole
esta palabra alada, entre gemidos:

«¡Oh padre Jove! ¿no te aíras, viendo
desmán tamaño? Penas crueles siempre
los númenes sufrimos por los hombres:
nuestras discordias, de ampararlos nacen.
Todos atropellamos tu mandato;
que tú engendraste á la feral doncella,
desatentada, que del crimen vive.
Todos los otros dioses, cuantos moran
en el Olimpo, te obedecen todos;
todos rendidos á tu imperio estamos.
Y tú ¿ni con el brazo á aquélla domas,
ni con palabra alguna; mas la dejas
estragos cruda hacer, cual la engendraste?
Hora al Tidida, de altivez henchido,
á lidiar con los dioses inmortales
frenético lanzó. Luchó él con Venus
y de la mano le rasgó la palma.
Luego, cual numen, sobre mí arrojóse:
la alada planta me salvó: yaciera,
sin su favor, allí muchas auroras,
de muertos espantables circuído,
con mi dolor á solas; ó viviera,
del bronce anonadado, mustia vida.»

Y Júpiter nuboso respondióle,
torvo mirando: «Cabe mí, oh veleta,
excusa gimotear. Yo te abomino,
cual á ninguno de los dioses todos,
habitadores del Olimpo. Rifas,
guerras, batallas, son tu solo goce.
La incontrastable, indómita fiereza,
herencia es de tu madre, la Saturnia;
á quien apenas mi palabra rinde.
Ella, á mi ver, dispuso tu quebranto.
Pero mirar cuál el dolor te agobia,
no sufro ya: tu sangre es sangre mía,
tu madre es mi mujer. Si descendieras,
agrio cual eres, de otro cualquier numen,
¡por vida! há tiempo, en más profunda sima
que la do los titanes, yacerías.»

Dijo, y mandó á Payón que le sanara
con hierbas del dolor mitigadoras.
Éste vendó la herida de Mavorte [1].
Cual presto, de la higuera con el zumo
la blanca leche se condensa y cuaja,
cuando es en rápido vaivén movida:
tan presto aquél sanó al atroz Mavorte.
Hebe bañóle y las preciadas vestes
le vistió, y se sentó él á par de Jove;
y ufano rutilaba de belleza.
Juno Saturnia y Palas Protectora,
tras de arrancar al sanguinario Marte
del campo, en que la muerte derramara,
al alcázar tornaron del gran Jove.

DIOMEDES Y GLAUCO.

(Del canto VI, 166—333.)

Y el hijo de Tideo y Glauco, prole
de Hipóloco, á la arena medianera
entre los dos ejércitos saltaran,
arrebatados de furor guerrero.
Cuando se aproximaron en su curso,
Diomedes, voceador de la batalla,
primero habló: «De los mortales hombres
¿quién eres tú, campeón? Jamás te viera
en la batalla, de los hombres gloria.
¡Y á todos hora te adelantas presto
y fiado de tu brío, aguardas fuerte
mi larga pica! Mi denuedo afrontan
los hijos sólo de infelices padres.
Si un dios has descendido tú del cielo,
no lucharé contigo; las deidades
de arriba moradoras no combato.

[1] Sigue el verso espurio: «Sanó; pues de ningún modo había nacido mortal».

De Driante el hijo válido, Licurgo,
que lidió con los númenes celestes,
no vivió larga vida. Mientras Baco
frenético se holgara en sus orgías,
aquél, á las matanzas avezado,
la diestra armada de taurino nervio,
por el sagrado Niso persiguiera
las nutrices del dios; quien, azotadas
por Licurgo, los tirsos arrojaron.
Y Baco, de pavor opreso, hundióse
del piélago en las olas; do en su seno
asilo le dió Tetis. Pavoroso
por la grita del héroe, retemblaba.
Pero los divos plácidos, eternos
del dios se condolieron; y el Saturnio
al adalid cegó. Se concitara
de las deidades inmortales todas
el odio: prematura fué su muerte.
Luchar contra los númenes felices
no intentaré. Mas si eres del linaje
que mortal come de la tierra el fruto,
vén, porque toques del vivir la meta.»
De Hipóloco la prole esplendorosa
le respondió: «Magnánimo Tidida,
¿á qué indagar mi estirpe? Cual las hojas,
tal son también sin número los hombres.
Hoy el follaje por la tierra esparcen
los vientos: la verdina selva luego
lo cría, y lucen las vernales horas.
Así también, ya crece, ya sucumbe
la casta humana. Mas, si tú la mía
por conocer anhelas: mi progenie
es pregonada de la fama. Existe
en Argos, tierra opima de bridones,
la ciudad de Éfiro lejana. En ella
habitó Sísifo, sin par solerte;
el Eolida Sísifo; quien fuera
progenitor de Glauco. Fué de Glauco
hijo Belerofontes intachable;
á quien venustidad los dioses dieran
y gentileza. — Un hora darle muerte
urdió Preto, que en fuerza le excedía
incomparable: de la helena tierra,
á su cetro por Jove sujetada,
aquél de Preto huyó. De amor maníaca,
de aqueste la mujer, divina Antea,
por disfrutar al héroe suspirara,
en secretos amores. El Glaucida
repugnó sus instancias generoso.
Falsaria la mujer, á Preto dijo:
«Oh Preto, muere ó mata al que tentara
mi voluntad forzar: Belerofontes.»
Así dijo. Furor al soberano,
cuando oyó tal, arrebató. Matarle
no osó su corazón: temor heríalo.
Á Licia envióle, dándole tablillas,
en que funestos signos numerosos
grabara. Las plegó, para que al suegro
el héroe, por su ruina, las llevara.
Guiado por los númenes potentes
aquél partió. Viniendo al suelo licio
y del Xanto á las ondas, acogióle
amigo el rey de la anchurosa Licia.
Le hospedó nueve días, inmolando
en los nueve festines sendos bueyes.
Lució la aurora, de rosados dedos,
la décima, y entonces preguntóle;
y las tablillas que del yerno Preto
éste trajera, quiso ver. Los signos
vió de la muerte, por aquél tramada.
Que á la ingente Quimera diese muerte
al adalid mandó: no un ser humano,
era divina aquélla: león delante,
cabra por la mitad, atrás serpiente;
de las fauces lanzaba espantadora
de fuego abrasador inmensas llamas.
Confiado en los prodigios de los dioses,
matóla. Con los sólimos gloriosos
luego peleó. De cuantas graves luchas
se vieran, ésta la mayor llamaba.
Exterminó — fué su tercer proeza —
las fornidas, guerreras amazonas.
Al retornar al héroe, lazo nuevo
le armó doloso. Puso en asechanza
los próceres de la gran Licia toda;
quien no volvieron al hogar; á todos
mató Belerofontes intachable.
Vió el soberano que retoño hermoso
de dioses era aquél; y le retuvo
cerca de sí; y á la hija por esposa
le dió y donóle la mitad del reino
y de su gloria toda. Sus vasallos
para vivienda propia, le cedieron
las más anchas campiñas apacibles
y los más bellos, ricos arbolados.
Al campeón Belerofontes diera
tres hijos su mujer: Isandro, Hipóloco
y Laodamia. Jove soberano
de ésta gozó, y á Sarpedón divino,
de armas broncíneas, engendró Laodamia.
Mas, cuando también él fué perseguido
de todas las deidades, solitario
por la llanura aleya, el alma triste,
tristísimo vagara y apartado
de toda humana huella. Y Marte cruento,
adamantino, le mató á Isandro,
que con los sólimos guerreaba ilustres.
Y Diana, de corceles tirantiáureos,
airada, á Laodamia dió la muerte.
Noble es mi sangre. Hipóloco mi padre,
á Ilión envióme y exhortó, rogando,
á que en los héroes yo brillase siempre

y el lustre no empañara de mis padres;
quien de Éfiro y la Licia dilatada
fueran los más proceros campeones.
Tal es mi sangre y mi gloriosa cuna.»
Dijo, y el voceador de la batalla,
Diomedes, se alegró, clavó la pica
en la alma tierra y con acento blando
dijo al pastor del pueblo: «Huésped eres,
á fe, y antiguo de mi hogar paterno.
En él Belerofontes intachable,
por veinte días con anhelo amigo,
del claro Oileo retenido fuera.
Y diéronse presentes primorosos
de huéspedes: un cinto purpurino
y brillador Oileo; copa doble [1],
áurea, Belerofontes; — cuando á Troya
vine, en mi hogar dejéla. De Tideo
recuerdo mi memoria no retiene:
era yo infante tierno todavía,
al partir él en armas contra Tebas;
do triste pereció la aquiva gente.
Así, yo soy tu amigo hospitalicio
amante, en Argos. Si yo á Licia fuere,
mi amigo, tú. Vitemos combatirnos
aun á través del batallar revuelto.
Mil teucros y mil ínclitos aliados,
do derramar la muerte, están en armas,
si un dios los arrastrare ó si les diere
mi planta alcance. Tú también mil dánaos
á quienes dar la muerte, si pudieres,
hallarás. Permutemos nuestras armas,
porque los pueblos vean que nos liga
paterno lazo de amistad gloriosa.»
Diciendo así, saltaron presurosos
del carro, y estrecháronse las manos,
en prenda de amistad. Á Glauco Jove
el corazón movió, porque cambiara
sus armas con las armas de Diomedes:
áureas, con éneas, armas de cien toros
con armas que valieran toros nueve.

HÉCTOR Y ANDRÓMACA.

(Del canto VI, 334—731.)

Cuando á la encina y las esceas puertas
Héctor vino, en su torno se agruparon,
corriendo, las ilíaças esposas
y las doncellas, por hermanos, hijos,
á preguntar, y esposos y cognados.
Rogar mandóles á los dioses todos:
á uno en pos de otro. Sobre muchos teucros,
empero, se cernía el infortunio.
Llegó de Príamo al soberbio alcázar,
de propileo terso. Allí continuos
cincuenta lechos, de pulida piedra,
se alzaban; do dormían los Priamidas,
y á par de los Priamidas sus esposas.
En lo alto del palacio, frente á frente,
del atrio en lo interior el gineceo
de doce tálamos, de lisa piedra,
afines, se ostentaba; do las hijas
del soberano excelso reposaban
y sus esposos. De Héctor fué al encuentro
allí la blanda y dadivosa madre,
con la más bella de sus hijas todas:
Laódice. Cogió, estrechó la mano
del adalid y díjole asombrada:
«¿Por qué las duras lides, hijo mío,
dejaste, que hora á la ciudad acudes?
¡Cómo los dánaos, de espantable fama,
á Ilión en torno, las dardanias huestes
destrozan! ¿Cómo tú tender las manos
á Jove en la ciudad ansiar pudiste?
Mas ¡ea! quédate: melifluo vino
yo te daré, porque al saturnio padre
y á las deidades inmortales libes,
y tras libar, bebiendo te confortes:
al fatigado pecho ignita fuerza
el vino da: lo ha menester el tuyo,
por los amigos de lidiar deshecho.»
Y el grande Héctor, de yelmo centellante,
le respondió: «No quieras dulce vino
alegrador brindarme, cara madre:
mis miembros enervara, y la pujanza
hiciérame perder y la braveza.
Ni con impuras manos al Saturnio
libar yo osara el refulgente vino:
al que manchado está con sangre y muerte,
no es permitido al tormentoso Jove
plegarias elevar. Mas tú reúne
las matronas y al templo vé con ellas
de Palas, del botín cumuladora,
timiamas á ofrendar en sus altares.
Y pon en el regazo de la diosa,
de hermosas trenzas, el más bello peplo,
más ancho y más preciado que tuvieres;
y vota doce indómitas becerras
en su templo inmolar en holocausto,
si de Dardania y las esposas teucras
y de su tierna prole se doliere,
y si alejare de la Ilión sagrada
al adalid que veo levantarse,
excelso y fuerte en el aquivo campo;
al Tidida, lancero truculento,
terror de la batalla soberano.
Á Palas, del botín cumuladora,
vé tú; yo voy á Paris; llamaréle,
por si me escuche y á las armas corra.

[1] cuyo pie también formaba copa.

¡Plegue á los dioses que la tierra se abra
por abismarle aquí! Le crió el Saturnio
para desgracia inmensa de Dardania,
de Príamo magnánimo y sus hijos.
Si descender le viese á los infiernos,
mi flébil corazón se solazara.»
Dijo. Al alcázar dirigióse aquélla,
las siervas á llamar; quien las matronas
por la ciudad juntaron. Fué la reina
al tálamo fragante, do guardaba
peplos incomparables, primorosos,
por sidonias mujeres laboreados.
Paris mismo divino los trajera
de Sidón, cuando, el piélago anchuroso
hendiendo, arrebató la noble Helena.
Uno de aquestos, Hécuba, cogido,
á Minerva llevólo por ofrenda:
el de labor más nítida y más ancho,
radioso cual estrella; — de los otros
yaciera separado. Con presura
al templo fué, y con ella cien matronas.
Cuando al alcázar do el santuario surge,
llegaron, les abrió las sacras puertas
la esposa de Antenor auriga, Teano,
de hermosa faz, Ciseida; á quien los teucros
sacerdotisa hicieran de Minerva.
Todas clamaron tristes, y á la diosa
las manos levantaron. Y cogiendo
el peplo, le depuso en las rodillas
del numen la de bellas trenzas, Teano,
de hermosa faz, y suplicó ferviente
á la doncella del gran Jove, y dijo:
«Minerva, de ciudades protectora,
oh dea gloriosísima, potente,
destroza tú la lanza del Tidida.
Haz que de bruces en la escea puerta
caiga el campeón. Y al punto inmolaremos
en tu ara doce indómitas becerras,
si de Dardania y las esposas ilias
y de su tierna prole te apiadares.»
Así rogó. Minerva desoyóla.
Al orar las troyanas, del gran Jove
á la doncella, encaminábase Héctor
al bello hogar; que se fundara Paris,
de artífices que en la feraz Dardania
descollaran famosos, ministrado:
á par de los de Príamo y los de Héctor,
su tálamo, su pórtico y manida,
de Ilión en el alcázar, fabricaron.
Héctor, caro al Saturnio, caminaba,
la lanza de once codos empuñando.
Brillara de la pica en el remate
broncínea punta, en el astil ceñida
de anillo de oro. En el hogar á Paris
halló, en el tálamo: las bellas armas
cuidaba; examinaba la loriga,
el arco curvo y el broquel. Sentada
Helena argiva en medio de las siervas,
labores disponía delicadas.
Héctor al ver á aquél, con rudo acento
hirióle: «Mísero, no es bien que abrigues
tamaña obstinación: los pueblos pugnan
de la ciudad en torno y altos muros.
Y caen. Arde en belicosa grita
y en guerra Ilión por ti. — También riñeras
tú al que mirases la medrosa lucha
rehuir. — Pero ¡á las armas! porque en breve
no abrasen la ciudad voraces llamas.»
Y Alejandro divino respondióle:
«Héctor, pues justiciero vitupérasme
y en merecidas iras, estas voces
la causa te dirán: tú escucha atento.
No es furia por los teucros, obstinada,
la que en el tálamo me tiene inerte:
rendido estoy á la congoja mía.
Ahora mi mujer con blando labio
á combatir incítame ardorosa.
Hacerlo cumple; yo también lo veo.
Va y viene en las batallas la victoria.
Mas ¡ea! á que las armas del combate
me vista aguarda. Ó vé; que presuroso,
hasta alcanzarte, seguiré tu huella.»
Dijo; y Héctor, de yelmo centellante,
no respondió. Mas tal hablóle Helena
en apacible voz: «¡Oh hermano mío,
cognado de mujer inverecunda,
de horrores causadora! ¡que del viento
la ráfaga violenta á la montaña,
ó al ponto atronador y sus honduras
no me lanzara, al darme á luz mi madre,
antes que males tantos sucedieran!
Ó si debí vivir, ¿por qué la esposa
no fuí de hombre mejor, á quien su infamia
y el popular reproche quebrantasen?
Éste voltario el pecho tiene, y siempre
voltario lo tendrá: para su daño
habrálo él mismo de saber un día.
Mas ¡ea! vén, cognado; aquí reposa
en ese taburete: á ti te abruma
del duro batallar la mole toda,
por esta infame y la maldad de Paris.
Pero triste despeño nos depara
á entrambos Jove, porque ejemplo seamos
al mundo y á las gentes venideras.»
Y el grande Héctor, de yelmo centellante,
le respondió: «Reposo, Helena cara,
en vano me presentas: no te es dado
mi mente doblegar; ya el pecho anhela
por defender los teucros; quien, si ausente
estoy, por mí suspiran. Mas inflama
éste al combate tú; también le enciendan
á él los furores bélicos, y alcance

me dé, cuando yo salga á la llanura.
Hora voy al hogar, por ver los míos:
á la cara mujer y al tierno infante.
No sé si entre ellos del combate torne;
ó si los dioses hagan por do á manos
de los aquivos lidiadores caiga.»

Dijo el de yelmo centellante, y fuése.
Llegó veloz á su soberbio alcázar;
endonde á Andrómaca, de brazos lácteos,
no halló. La cual parada con su niño
y la doncella, de anchuroso peplo,
estaba en las pergámicas alturas,
llorando entre gemidos y sollozos.
No viendo el héroe á la inocente esposa
en el hogar, á las esclavas dijo,
desde el dintel: «No me burléis, oh siervas,
¿dó ha ido Andrómaca, la bracinívea?
¿acaso de un cognado á la morada?
¿ó de una afín, de peplo rozagante?
¿ó al templo fué de Palas, do las iras
placando están de la terrible dea
las teucras todas, con primor trenzadas?»

Y del hogar la atenta veladora
le contestó: «Cual mandas, te respondo:
no ha ido de un cognado á la morada
ni de una afín, de peplo rozagante;
ni al templo fué de Palas, do las iras
placando están de la terrible dea
las teucras todas, de trenzado hermoso;
mas fué de la ciudad al grande alcázar,
cuando oyó de los teucros el estrago
y de los dánaos el creciente empuje.
Al niño y la nutriz llevó consigo;
como frenética, voló á los muros.»

Dijo la sierva. Del alcázar Héctor
por do viniera se lanzó y de Troya
atravesó las largas, bellas rúas:
hasta llegar á las que al plano se abren
esceas puertas. Á su encuentro vino
allí la esposa, la opulenta Andrómaca,
prole de Ección magnánimo de Tebas,
por el selvoso Placo dominada;
Ección, de la Cilicia soberano.
Quien al Priamida, de broncíneas armas,
por esposa la dió. Corrió al encuentro
allí de Héctor, Andrómaca, seguida
de la nutriz; en brazos de ésta el niño,
llamado el Escamandrio por su padre,
pero Astianacte [1] en la Dardania toda
— que antemural de Ilión era Héctor solo. —
La nutriz recostado contra el seno
llevaba al Hectorida, caro niño,
esplendoroso, cual serena estrella,
velado de la infancia y su ventura,
ajeno á los pesares de la vida.
Y silencioso contempló á su niño,
sonriendo, el padre. Andrómaca, llorando,
aproximóse, asió la mano de Héctor
y así clamó: «¡Cruel tú, que osado buscas
la muerte y que piedad del tierno niño
no tienes, ni piedad de mí, infelice,
que pronto viuda me veré! Ya viene,
ya te oprime la aquiva muchedumbre;
¡te mata! y muerto tú, yo solitaria,
mejor me está dormirme so la tierra.
Que para mí, si al hado tú sucumbes,
no habrá solaz, habrá tan sólo llanto.
No tengo padre yo, mi cara madre
murió también. El rutilante Aquiles
mató á mi padre; Tebas, la cilicia,
de erguidas puertas, plácidos hogares,
mudó en escombros; dió á su rey la muerte.
Pero, aterrado, las pintadas armas
no le quitó; con ellas en la pira
quemóle, y en redor de su sepulcro
levantó funerario monumento.
Y las oreas, del Tonante prole,
olmos brotar en torno de él hicieron.
Siete eran mis hermanos; en un día
todos bajaron al averno: á todos
el fulgurante, corredor Aquiles
mató en mi patria; do sus tardos bueyes
y cándidas ovejas pastoreaban.
Llevó consigo los tesoros todos;
llevó á mi madre, del selvoso Placo
dominadora. Por inmensos dones
fué rescatada. En el hogar paterno
la hirió de muerte la flechera Diana [2].
Ahora tú eres, Héctor, tú mi padre,
mi cara madre tú, y hermano mío
y esposo mío tú, flor de mi vida.
¡Oh, compadécete y aquí deténte
en el antemural! ¡No tornes huérfano
al niño tuyo ni á tu esposa, viuda!»

Y el grande Héctor, de yelmo fulguroso,
le respondió: «Son míos tus afanes.
Pero, oh mujer, los teucros me amedrentan
y azoran, y me azoran las ilienses
vestirrastreras, si la lid menguado
rehuyo; ni rehuirla me consiente
mi corazón: erguirme grande en Troya,
y acrecer el renombre de mi padre
y abrillantar mi levantada gloria,
fué siempre mi ambición. Porque mi mente
con claridad presiéntelo, lo mira:
día vendrá que se hunda anonadada

[1] «caudillo de la ciudad».
[2] Las muertes repentinas se atribuían á Diana y Apolo.

la sacra Ilión, y Príamo y las gentes
de Príamo, lancero poderoso.
Mas de Dardania el próximo fracaso,
de Hécuba misma la llorosa suerte,
la del iliense rey, de mis hermanos;
que, tantos y tan nobles, en el polvo
han de caer, so el enemigo brazo:
nada, cual tu fortuna, me congoja —
cuando tu libertad fuere al ocaso
y algún aquivo, de broncíneas armas,
en lágrimas deshecha, te llevare;
cuando, rendida de dolor, tejieres
dentro el telar de tu señora, en Argos,
y de tu triste sino constreñida,
acudas con el cántaro á las ondas
de la hiperea ó la meseida fuente;
y alguno entonces, viéndote llorando,
dijere: ¡De Héctor fué mujer aquélla,
del campeón de los aurigas teucros,
cuando de Troya en torno batallaran.»
Así dirán, y con doblada fuerza
te agobiará la pena de ser viuda
del hombre cuyo brazo refornido
de ti alejara servidumbre impía.
Mas cúbrame la tierra, en honda fosa,
y véleme la muerte, antes que lleguen
á mí tus alaridos, y mis ojos
contemplen cuál consigo te arrebatan.»

Dijo, y tendió los brazos á su niño
el fúlgido Héctor. Mas aquél, gritando,
de la nutriz, de bella ceñidura,
al seno se volvió: del caro padre
espantóle la faz, del bronce el lampo
y del morrión las crines, que medrosas
en la cimera altísima volaban.
Y el padre amante rió; rió la alta madre.
Quitóse presuroso el fúlgido Héctor
su claro yelmo; lo depuso en tierra;
cogió, besando, á su querido niño;
alzóle en brazos y rogó al Saturnio
y á las deidades inmortales todas:

«¡Oh Jove y demás dioses! dad que sea,
cual yo, el primero en la dardania gente
aqueste niño mío; dad que grande,
cual yo, en Ilión, y poderoso impere.
Porque, al tornar, orgullo de su madre,
con sangriento botín desde la lucha,
decir alguno pueda de él un día:
El hijo excede á la paterna gloria.»

Así diciendo, de la esposa amada
puso en las manos al infante, y ella,
riendo al través del llanto, recostólo
en el fragante seno. Conmovióse
el esposo, al mirarla; de la mano
la asió y clamó: «Mujer infortunada,
el pecho no te llenes de pesares;
que nadie en el averno, contra el hado,
me habrá de hundir: á fe que su destino
ningún mortal, ni probo ni nefario,
desde el momento de nacer, evade.
Mas vé al hogar y de lo tuyo cuida:
de la rueca, la tela; y sus labores
á las siervas reparte; pues la guerra
es de los hombres todos, que la patria
para sí engendra, y mía sobre todo.»

Lo dijo, y el morrión de equina cauda
empenachado, el rútilo Priamida
alzó. Al hogar la cónyuge dilecta
tornó, volviendo el rostro muchas veces,
en lágrimas quemantes inundada.
De Héctor, en la batalla sanguinario,
pronto llegó al hogar esplendoroso.
Allí encontró de siervas muchedumbre
y lloro á todas arrancó y gemidos;
á Héctor, cual si ya muerto, lamentaban,
que no creyeran retornase vivo
de las pujantes enemigas manos.

Así que se vistió las armas éneas,
magníficas, pintadas, Alejandro,
no se detuvo en el sublime alcázar;
corrió por la ciudad y atravesóla,
de su planta ágil, impetuosa, fiado.
Como el bridón, nutrido con escanda
en cuadra opima, rotos los ronzales,
con resonante callo, á la carrera
se tiende por el campo, hacia las ondas
del bello río, do bañarse usara,
al prado donde pacen los corceles;
corre soberbio; la cerviz erguida,
el crin volante en derredor del pecho;
con su hermosura ufano, el viento hiende;
tal, bajando de Pérgamo, la excelsa,
Paris corrió; que alígera su planta
rauda llevábale risueño, altivo;
cual sol, radioso, fúlgidas las armas.
Veloz llegó donde el brillante hermano
á abandonar se disponía el sitio
en el que esposo con la esposa hablara.
Y Alejandro deiforme presto dijo:

«No en el justo momento, cual mandaste,
vengo, mi caro hermano; te detuvo
no poco en tu presura mi tardanza.»

Y Héctor, el del almete fulminoso:
«¡Oh gran campeón! quien la verdad dijere,
reñirte no podrá por punto de armas.
Intrépido eres. Si huyes del combate,
huyes no de pavura. Mas, cuando oigo
cómo los teucros, que por ti padecen
tamaño afán, te increpan, se me oprime
el alma dentro al pecho. — Pero ¡vamos!
cuanto pasó, lo borrará el olvido,
si á los aqueos, de fornidas grebas,

lanzar de Ilión nos concediere Jove
y de la libertad la taza un día,
libando, derramar, en los hogares,
á los celestes, sempiternos dioses.»

HAZAÑAS DE AGAMENÓN.

(Del canto XI, 1—427.)

La Aurora de su lecho levantóse,
do á par dormía del gentil Titono;
se alzó veloz, para llevar la lumbre
al Olimpo inmortal y á los mortales.
Y Jove la discordia tremebunda,
que la enseña tremola de la lidia,
envió á los dánaos voladores barcos.
La cual el pie paró en la negra nave
de Ulises dilatada; al centro sita,
para de allí clamar á toda parte:
ora á la tienda de Áyax Telamonio,
ora á la del Pelida; quien llevaran
al postrero confín sus bellas naves,
redondeadas, en su brío fiados,
y en el valor del brazo y la pujanza.
Á par del leño se detuvo el numen,
y en resonante poderoso acento,
horrífica gritó, y soberbia fuerza
de combatir sin fin en la batalla,
dió al corazón del pueblo aquivo entero.
El Atrida clamó y mandó ceñirse
á los dánaos. El bronce refulgente
vistió y las grebas, de argentinos broches,
hermosas. Luego armó sobre su pecho
el peto, que presente hospitalicio
Cíniras otro tiempo le donara;
que á Cipro le llegó la fama insigne
de los dánaos que contra Ilión armaban
sus leños: le movió del rey la gloria,
y la loriga dióle: regia dádiva:
en cercos diez de azul acero, doce
de oro, de estaño veinte, entretejida;
en ella se empinaban hacia el cuello
á entrambos lados tres cerúleas sierpes,
al iris símiles, por Jove alzado
en las nubes, prodigio á los mortales;
y de sus hombros suspendió la espada;
en ella clavos áureos le lucían.
Argéntea vaina la guardaba; de oro
era su tahalí. Embrazó la adarga,
que el cuerpo entero le velaba terca,
y pulcra y primorosa; aros broncíneos
diez el broquel cubrían: veinte cuñas
de estaño en medio de ellos esplendieran,
de un clavo en torno de azulino acero;
Gorgona allí, la de tremendos ojos
erguíase, mirando horripilante;
y en torno de ella el Pánico y la Fuga.
Del escudo el fiador era argentino;
por él se deslizaba azul serpiente,
tricípite, de un solo cuello. Púsose
en la testa el morrión, de cauda equina
en cuádrupla cimera; pavoroso
ondeante, coronábalo el penacho.
Dos de énea punta bravas azagayas
agudas apañó. De ellas subieran
hacia los altos cielos resplandores.
Luego tronaron Palas y Saturnia,
á honor del rey de la Micenas de oro.
Todos á sus aurigas intimaron
refrenar los bridones cabe el foso,
en fila igual. Armados los infantes,
cual torrente lanzáronse. Infinito
se alzara el clamoreo de combate,
del alba entre el rayar. Mucho más prontos
que los aurigas se ordenaron. Éstos,
mediando breve pieza, los siguieran.
En medio de ellos levantó el Saturnio
estrépito fatal de la batalla.
Y derramó desde la altura etérea
rocío en sangre tinto; que al averno
el hado decretara que bajasen
mil almas de adalides poderosas.
Allá de la planicie en el collado
los haces de Dardania rodeaban
á sus ductores: Héctor, el sublime;
Polidamante, sin mancilla; Eneas,
honrado á par de un numen por su pueblo;
y Pólibo; Agenor esplendoroso;
Acamante, el doncel, asimilable
á los dioses; los tres Antenoridas.
Embrazado el rotundo bello escudo,
Héctor entre los próceres andaba.
Cual entre nublos de velado cielo
el astro aciago [1] asoma rutilante
y se hunde al punto en tenebrosa nube;
así, mandando, parecía el teucro
ora en primera, ora en postrera fila.
De bronce todo armado, coruscaba,
cual del tonante Padre la centella.
Al modo que, encontrados, de un rico hombre
en el campo de trigo ó de cebada,
en su cortar los segadores vienen;
y una en pos de otra, las gavillas caen:
tal, entre sí chocando, se mataban,
sin acordarse de la triste fuga,
teucros y dánaos [2]: era igual su fuerza.
Y como lobos se embestían crudos.

[1] Sirio.

[2] Lo que sigue, hasta el verso «Mientras fué, etc.», se considera por algunos como espurio.

Alegre la Discordia los miraba,
de mil gemidos causadora. Sola,
de entre los dioses á la lidia vino;
los otros no acudieron: retirado
permanecía en su jarifo alcázar
cada cual del Olimpo en las alturas [1].
Mientras fué la mañana y se elevaba
el sacro día, de una hueste y otra
certeros dardos por doquier volaron.
Y cayó el pueblo. Al tiempo que en la sierra
el leñador, las manos fatigadas
de aterrar altos árboles, previene
su alimento; — el cansancio agobia su alma;
el corazón por dulce pan suspira —;
á tal tiempo los dánaos, á los suyos
por el campo gritando, destrozaban
falanges poderosas. Y el Atrida
se alzó el primero; arrebatara á un hombre:
Bienor, pastor de pueblos, y á su auriga
y amigo Oileo. Quien, del carro en tierra
saltando, abalanzárase al caudillo.
Mas él la aguda pica le clavara
en las sienes. Ni el yelmo, grave en bronce,
la pudo detener; atravesólas,
y atravesó su cráneo; todo el seso
de dentro se esparció: cayó su brío.
Y Agamenón, caudillo de los hombres,
allí dejólos, albos y lucientes
los pechos, de sus armas despojados.
Y fué y mató de Príamo dos hijos:
Iso, el espurio, y Ántifo. Lidiaran
en sólo un carro; el noto lo regía;
á par de él Ántifo, el insigne, estaba. —
De mimbrera en retoños el Pelida
un tiempo los ató en la sierra idea;
pastores los halló; se rescataron. —
Agamenón Atrida prepotente
por sobre la mamila el pecho de Iso
hirió con su asta; por la oreja al otro
con la espada, y del carro despeñóle.
Al punto les quitó las bellas armas,
y conociólos: viéralos un día
en las veleras naos, cuando Aquiles,
el corredor, los trajo desde el Ida.
Como el león, de voladora cierva
la tierna cría sin labor destroza,
con formidables dientes, al hallarla
dentro al cubil; — el delicado aliento
arráncales; no puede, si se acerca
por fortuna la madre, defenderlos;
temblor y espanto la sacude toda;
de la potente fiera perseguida,
á la espesura vuela sudorosa —;
así la perdición de los ilienses
ninguno á detener fué poderoso;
antes huían del empuje aquivo.
Á Pisandro y á Hipóloco esforzado,
del valeroso Antímaco progenie;
— el cual, comprado por el oro y dones
de Paris esplendentes, no quisiera
que al blondo Menelao se volviese
Helena —; aquestos en un sólo plaustro,
ductores ambos de volante biga,
matara Agamenón armipotente.
Las luminosas bridas de la mano
soltaron; los corceles pavoridos
estremeciéronse. Cual león, saltara
sobre los adalides el Atrida.
Quien desde el carro suplicaron: «Vivos,
hijo de Atreo, cógenos: daremos
rico rescate. Guarda la morada
de Antímaco preciosidades muchas:
bronce, oro, el en labor domado hierro.
Sin cuento dones te dará de todo
mi padre con placer, cuando supiere
que aun alentamos en la armada aquiva.»
Así al de Atreo flébiles clamaron,
en voces blandas: hórridas oyeron:
«Si prole sois de Antímaco nervoso,
quien en la teucra gente mandó un día
que Menelao y el divino Ulises,
en Troya mensajeros, retenidos
allí fueran, y muerto allí el Atrida;
del padre hora pagad la atroz infamia.»
Dijo, y hundió á Pisandro dentro al pecho
la lanza y le tiró del carro en tierra;
do supino el cadáver se apoyara.
Saltó del plaustro Hipóloco. En el suelo
le mató aquél; tajárale las manos
y el cuello de un fendiente; y arrojóle
y le rodó, cual bola, por la hueste.
Y los dejó. Se fué donde los haces
más densos se estrechaban, y lanzóse
entre ellos y con él otros aquivos,
grebigallardos. Daban los infantes
á los infantes que cedían, muerte;
jinetes á jinetes. So las plantas
se levantó por la llanura polvo,
que del bridón el resonante callo
en medio del fragor remolineara.

[1] Siguen los versos espurios: «Y todos acusaban al Saturnio, de negras nubes, de haber querido dar gloria á los troyanos. Pero no se curaba de ellos el Padre. Quien, apartándose lejos de los otros, sentóse, á gran distancia, ufano de su gloria, mirando á la ciudad de los troyanos y las naves aqueas, el relampaguear del bronce, á los matadores y los muertos.»

Mataba el bronce. Agamenón excelso,
derribaba, mandaba, adelantábase.
Como, al caer la abrasadora flama
en virgen selva, el viento por doquiera
volando en giro, llévala; derrúmbase
de cuajo la espesura, por la fuerza
del huracán de fuego arrebatada;
tal bajo la pujanza del Atrida
cayeran de los dárdanos huidizos
las cabezas. Y bigas cervigudas
muchas, de sus ductores intachables
faltas, vacíos carros arrastraban
sonoros por las sendas del combate:
en la tierra yacieran los aurigas,
al buitre más amables que á la esposa.
Héctor arrebatado fué por Jove
á dardos, polvo, á la matanza y sangre
y á los clamores de contienda fieros.
Siguióle Agamenón: á los de Acaya
regía con ardor. Cabe la tumba
de Ilo, el antiguo Dardanida, fueron
por el medio del llano y por la higuera,
huyendo, los ilienses desalados
á la ciudad. Clamoso perseguíalos
arreo Agamenón, en sangre tintas,
que derramaba, las invictas manos.
Mas, al llegar á las esceas puertas
y encina, el pie fijaron, y los unos
aguardaron los otros. Fugitivos
se disparaban aun por la llanura
más y más teucros; — cual las vacas huyen,
cuando el león las sigue en las tinieblas
de la alta noche; — todas se estremecen,
mas una sola ve la muerte horrenda
asomar; en sus dientes poderosos
la coge, y rompe su cerviz, y luego
el cruor engulle y las entrañas todas. —
Así el reinante Agamenón los teucros
seguía y sin cesar daba la muerte
al postrero. Corrían pavoridos; [1]
y á manos del Atrida despeñados
acá y allá, de bruces y supinos
caían de los plaustros los guerreros:
clavaba en torno con furor su pica.
Y á punto estaba de tocar al muro
de la ciudad erguida, cuando el padre
de mortales y númenes bajara
desde los cielos, en la mano el rayo.
Del Ida fontanoso en las alturas
sentóse y hacia sí llamó ardoroso
á Iris, la de alas áureas: «Corre, vuela,
Iris veloz, á hablar una palabra
á Héctor: díle que ceda; mas los suyos
lidiar ordene en carnicera lucha,
mientras á Agamenón, pastor de pueblos,
pugnar contemple en la primera fila
y destrozar furioso las falanges;
pero luego que, en lanza vulnerado
ó flecha, al carro suba, entonces fuerza
de riza hacer yo le daré, y que llegue
á la fornida armada, antes que se hunda
el sol y se alce la sagrada sombra.»
Así dijo. Su voz no desoyera
Iris, la rauda, de la planta alada,
cual huracán. De las ideas cimas
á la Ilión sacra descendió; y al hijo
de Príamo pugnaz, el lúcido Héctor,
en el roblizo carro, de la biga
á par halló. Se aproximó y le dijo
Iris, de pies alígeros: «Oh prole
de Príamo, Héctor, en consejo símil
al Saturnio: de Jove enviada vengo
á nunciarte que cedas, mas los tuyos
lidiar ordenes en sangrienta lucha,
mientras á Agamenón, pastor de pueblos,
pugnar contemples en primera fila
y destrozar furioso las falanges.
Pero luego que, en lanza vulnerado
ó flecha, al carro suba, entonces fuerza
de riza hacer él te dará, y que llegues
á la fornida armada, antes que se hunda
el sol y se alce la sagrada sombra.»
Dijo, y se fué la de los pies penígeros.
Saltó del plaustro en tierra con las armas
Héctor. Y discurrió por toda parte,
vibrando agudos dardos; y á los hombres
inflamó á combatir, y de la lucha
fué despertando la medrosa grita.
Volviéronse los teucros y cerraron
con los argivos. Sus falanges éstos
reforzaron. De nuevo se trabara
la lid: chocaron. El Atrida al punto
saltó á luchar: adelantarse á todos,
grande, sublime en el luchar ansiaba.
Hora decidme, musas, moradoras
de olímpicos alcázares, quién fuera
del Atrida el primer encontradizo:
ó teucro, ó de los socios renombrados.
Ifidamante, Antenorida bello,
forzudo, quien creció en la Tracia fértil,
de greyes patria. En su morada crióle
Ciseo, que engendró á la de mejillas
hermosa Teano, del guerrero madre.
Á éste, al tocar de juventud gloriosa
la meta, retuviera allí Ciseo,
y le dió por consorte una hija suya.
El tálamo reciente abandonara
por ir en pos del esplendor aqueo,

[1] Algunos críticos tienen por espurios los tres versos siguientes.

de doce naos encorvadas jefe.
Dejó en Percote sus hermosos barcos
rotundos: á Dardania fuera infante.
Quien recibiera entonces al de Atreo.
Cuando en la rota se acercaron ambos,
su bote erró el heleno: desviada
voló su azcona. Ifidamante hirióle
el ceñidor, del peto por la orilla.
Esforzó el golpe, de su fuerte mano
fiando. No traspasó el pintado cinto,
sino mucho antes se detuvo el asta
en el argento y se melló, cual plomo.
Asióla Agamenón, el prepotente,
y con leonina furia arrebatóla
consigo y de la mano del iliense.
Con el montante la cerviz sególe,
y disolvió sus miembros. Tal cayera
el hombre allí, durmiendo el éneo sueño.
¡Infortunado! lejos de la esposa,
por amparar ciudades! Ni pagara
aquélla, todavía en flor, las donas
ricas: cien bueyes, cabras mil y ovejas,
que infinitas guardaran sus pastores.
Le mató aquél y retornó á la hueste
con el botín de las hermosas armas.
Le vió Coón, clarísimo guerrero,
de Antenor primogénito; y nublóle
por el hermano muerto la mirada
pesar inmenso. Con la lanza fuése
hasta do el noble rey; quien no le viera;
le hirió del brazo en la mitad, so el codo;
lo traspasó de la luciente pica
la punta. De los hombres el caudillo
se estremeció; de la batalla, empero,
ni de blandir las armas se retrajo.
Arremetió contra Coón, asida
el asta arbórea, que creció entre vientos.
Á su carnal hermano Ifidamante
aquél de pie arrastraba ya ligero,
clamando en derredor á los campeones.
Mas, al llevarlo á las escuadras teucras,
el rey llagóle y resolvió sus miembros
so el convexo broquel, con énea pica.
Al teucro, en el hermano reclinado,
se acercó, y degollólo. Así la prole
de Antenor, consumado su destino,
hacia el plutonio alcázar descendiera.
Mientras manaba cálida la sangre,
Agamenón atravesó las filas
de combatientes todas; con el asta,
la espada, grandes peñas de los campos.
Pero la herida marchitó; cegóse
el cruor; y penetraron del Atrida
la fuerza acerbas ansias. Cual aguda,
cruel en la parturiente las ilitias,
de Juno prole, clavan su saeta
dolorosa, solícitas amigas;
tal rompió al soberano el dolor fiero:
en su plaustro saltó, y mandó girarlo
por el auriga á los bajeles hondos:
su corazón torturas enduraba.
Y resonó por el aquivo campo
su gran clamor: «Oh aurigas, oh ductores
y reyes de los dánaos: la batalla
y su grave rumor, de los navíos,
surcadores del piélago, vosotros
hora apartad; que estar el día entero
sobre las armas luchador, negóme
Jove del mundo el árbitro supremo.»
Así clamó. Los de melena hermosa
bridones el auriga flagelara,
fijando el rumbo hacia las cavas naos:
¡Inútil aguijón! por sí volaran;
húmedo el pecho de sudor, cubriólos
el polvo que brotara so los cascos;
de la batalla lejos condujeran
al mustio dolorido soberano.
Cuando Héctor conoció que se alejaba
del campo Agamenón, á teucros, licios,
en voz sonable: «¡Oh los de Ilión y Licia,
y embestidores dárdanos! sed hombres,
oh amigos, y del fuego de la pugna
acordaos! Se fué el primer heleno,
y prez eximia me decreta el Padre.
Mas rectos dirigid á los campeones
de los aqueos las volantes bigas;
y congloriaos en excelsos timbres.»
Así diciendo, enardeciólos todos.
Como los perros, de nevados dientes,
contra algún jabalí ó león incita
el cazador; así el Priamida, símil
al cruento Marte, los sublimes teucros
lanzaba á lid y se lanzaba él mismo;
como se arroja el vendaval bramante,
desde la altura, al piélago cerúleo
y en él se precipita y lo entumece.
Entonces ¿á quién Héctor, el de Príamo
mató primero? ¿á quién mató postrero,
el día que el Saturnio le exaltara?
Á Aseo, y luego á Autónoo y Opites;
á Dólope, de Clito prole, á Ofeltio,
y Agelao, y Esimno, y Oro, Hipónoo,
de soberbia pujanza; estos ductores
mató. Mató después la dánaa plebe;
como, cuando los nimbos de albo noto [1]
el ábrego con ráfaga iracunda

[1] El noto (viento sudoeste) suele despejar el cielo; pero no es nuncio de bonanza su claridad, sino de lluvia.

arrebata; — mil mares levantados
rodando van, al ímpetu del viento,
que todo turba, lo revuelve; vuela
la espuma, en que las olas se coronan —.
Tal tronchaba, hacinaba testas Héctor.

HÉCTOR ROMPE LA PUERTA DEL MURO.

(Del canto XII, 611—658.)

Así la lid y guerra de ambos pueblos
en punto igual estaban suspendidas,
antes que gloria más sublime diera
Jove al primer opugnador del muro:
Héctor Priamida. Quien gritó esforzado
á los de Ilión en sonoroso acento:
«¡Pujantes sed, oh aurigas de Dardania!
El muro aquivo destrozad; el fuego
lanzad devorador á los navíos!»
Dijo por inflamar á la pelea
los ilienses. Su voz oyeron todos.
Al muro, en apiñada muchedumbre,
recto fué el pueblo. Las cortantes picas
empuñadas, subiera á las almenas.
Por el un cabo roma, el otro, aguda,
frontera de las puertas una roca
yacía. Héctor cogióla. No la alzaran
al plaustro, de la tierra, sin trabajo,
dos próceres de cuantos hoy alientan.
Él por sí sólo, él sin afán vibróla [1].
Y como en una mano levemente,
sin la carga sentir, el pastor lleva
carneril vellocino; así, apañada
la piedra, Héctor lanzárase á las puertas,
de única cerradura, trabe dúplice,
á las puertas fortísimas, sublimes:
llegó: retromovió, afirmó la planta;
tiró violento, rompió entrambos gonces;
cayó grave la peña allende el muro;
en derredor las puertas retronaran;
al ímpetu cedieran del disparo
los cerrojos, y acá y allá las tablas
rotas saltaron. El espléndido Héctor
pasó la puerta, cual la noche alada,
aterradora el rostro; el cuerpo todo
con las broncíneas armas chispeante,
en dardo armada la una y la otra mano.
Nadie, tan sólo un dios, le detuviera,
la puerta al traspasar. Relampagueaban
sus ojos, como fuego. Entre la hueste
volvióse, y á los suyos, que salvasen
la muralla gritó. La muchedumbre
obedeció sus imperiosas voces.
Éstos por sobre el muro, por las puertas
de fábrica fornida aquéllos fueron:
todos, cual un torrente. Mas los dánaos
medrosos á las naos dilatadas
huyeron: rebramó fragor horrendo.

NEPTUNO VA POR EL MAR.

(Del canto XIII, 14—47.)

Mas el potente movedor del orbe [2]
no ocioso atalayaba: reveía
atónito el guerrear y la batalla,
en la suprema cumbre allá sentado
de la selvosa Samos, la de Tracia;
de donde el Ida entero parecía
y la ciudad de Príamo y las naos
de Argólida; y á do, del mar, subiera,
sentárase, mirara compasivo
acosados los dánaos por los teucros;
y contra Jove se inflamó de furia.
Descendió de la enhiesta cima al punto
con rapidez, con ímpetu. Temblaron
los elevados montes y las selvas
so el andar de sus plantas inmortales.
En su corrida se esforzó tres veces.
La cuarta vez al término tocara:
á Egas, donde el alcázar renombrado,
neptúneo, fulguroso, eterno, de oro,
levántase del mar en las honduras.
Á él arribó y unció veloz al pértigo
la, de éneo callo, voladora biga
con sueltas áureas crines. De áurea veste
él mismo se cubrió; el látigo bello,
ornado en oro, asiera; al plaustro alzóse,
y por sobre las ondas presuroso
en él se deslizó. Bajo la huella,
bajo la majestad del rey surgieron
de sus hondos cubiles por doquiera
los monstruos del abismo y retozaron
á su redor; ante él ledos abriéronse
los piélagos; voló rauda la biga;
y no lograron salpicar las olas
solevantadas el timón broncíneo.

HÉCTOR ATACA LA ARMADA GRIEGA.

(Del canto XV, 824—887.)

Leones carniceros semejando,
los ilienses la armada acometieron
y realizaron el querer de Jove;
quien los hinchió en coraje, quien el alma
de los aquivos trastornó; la gloria
quitóles é inflamó á los de Dardania.
Su corazón ansiaba á Héctor Priamida

[1] Sigue el verso espurio: «Aligerósela el hijo del obscuro tramador Saturno.»
[2] Neptuno.

ensalzar, para llamas incansables,
voraces arrojar en los bajeles,
de bella curvadura, y por entero
de Tetis la plegaria criminosa
acoger y cumplir. Aguardó Jove,
del mundo y sus destinos soberano,
de un bajel encendido los fulgores
ver con sus ojos. Rechazadas luego
desde los barços las ideas gentes,
prez él daría á los dánaos. Tal pensaba,
cuando al Priamida, quien ya en rabia ardiera,
llevó contra los cóncavos navíos.
Héctor con frenesí fué á la batalla,
cual va Mavorte, blandidor de pica;
ó de profunda selva en la espesura
el fuego destructor va por la sierra.
Dentellaba; sus ojos fulguraban
bajo las cejas hórridas, y en torno
ondeaba de las sienes el penacho
aterrador en medio á la carrera.
Destrozar intentaba las falanges
do más compacta multitud veía
y las más nobles armas. Anhelaba
las filas por romper. Mas todo en vano.
Su furia se estrellaba en las escuadras,
que semejaban grande, enhiesta roca
que del espúmeo piélago en la playa
al rápido volar de la procela
resiste y á las túrgidas oleadas,
que en ella se quebrantan tronadoras.
Así á los de Dardania rostro hacían
firmes, impávidos los dánaos hombres.
Aquél, de fuego en torno centellando,
sobre la muchedumbre se arrojaba
y sobre ella caía, como la ola,
por los vientos bajados de las nubes
henchida, precipítase violenta
en la ligera nao, que de espuma
se cubre toda; — el espantable golpe
de la borrasca en el velamen ruge:
el alma se estremece de los nautas:
á un paso se encontraron de la muerte.
Así de los aquivos en el pecho
el corazón estaba desgarrado.
Mas él, como un león enfurecido
á la vacada que en la hondura pace
de ancha pradera, va; — un pastor tan sólo,
no avezado á luchar, de reses tardas
en derredor, con fieras, pastorea
el inmenso ganado; y á las vacas
acude sin cesar, ya á las primeras,
ora á las últimas; el león, saltando
en medio la manada, un buey devora:
todas las vacas temblorosas huyen —
Tal entonces ante Héctor y Saturnio
huyeron espantados los aquivos.

ÁYAX DEFIENDE LAS NAVES.

(Del canto XV, 930—960.)

Donde lejanos de la lid estaban
los demás dánaos, ya quedar no plugo
de Áyax al ancho corazón: subiera
en desalado andar, á las crujías
de los bajeles. Empuñó un madero,
arma naval, de bien trabadas piezas,
ingente; — codos veintidós medía —.
Como un cabalgador ligero, diestro,
cuatro corceles de entre muchos coge —
los junta y desde el llano los conduce
por la vía común: — vuela tras ellos
hacia la gran ciudad; muchos le admiran,
hombres, mujeres: él salta seguro
de bridón á bridón en firme salto,
y en insana carrera corren ellos —;
tal Áyax por las naves voladoras
saltaba de una en otra, raudo y ágil;
remontábanse al éter sus clamores;
y arreo voceando pavoroso,
mandaba á los aquivos escudaran
las naves y las tiendas. El Priamida,
empero, no quedó tampoco inerte
entre la muchedumbre de los teucros,
de firmes grebas. Cual espléndida águila
á una bandada de aves voladoras:
ocas, grullas ó cisnes cuellierguidos,
que en la margen del río se solazan,
arrójase; tal Héctor hacia un barco,
de negra prora, se lanzó. El Saturnio
con mano omnipotente le impeliera,
y tras de él, inflamadas las falanges.

LUCHA POR EL CUERPO DE PATROCLO.

(De los cantos XVII, 163—190, y XVIII, 829—1004.)

Corriera hasta Áyax el de Atreo y díjole:
«Oh caro Telamonio, vén: ligeros
al caído Patroclo defendamos,
por llevar al Pelida el cuerpo nudo:
le desarmó el de yelmo centellante.»
Dijo, y el alma del intrépido Áyax
levantó; quien pasó por los campeones.
Con él fué el blondo Atrida. Despojado
Patroclo de sus armas primorosas,
Héctor, á dividirle de los hombros,
con el cortante bronce, la cabeza,
le arrastró; ansiaba, tras tirar del cuerpo,
á los ilienses canes arrojarlo.
Áyax, cubierto de pavés cual torre,
á par de él vino. De los suyos Héctor
retrocedió á la turba; saltó al carro
y dió las bellas armas, porque á Troya,
para su gloria excelsa, las llevasen.

Áyax cubría en ancho escudo al muerto,
y en torno de él andaba; cual se pone
el león ante sus débiles cachorros —
llévalos por la selva, y de repente
encuentra en su camino cazadores:
soberbio, arrogantísimo, se yergue
y el ceño frunce, hasta velar los ojos.
Así al campeón Patroclo Áyax rondara.
Cabe él paróse, de amargura henchido
el pecho, Menelao, caro á Marte.

Que á los ilienses concedía Jove
de la jornada el prez no lo ignoraba
el brioso Telamonio ni el Atrida;
y tal á hablar rompiera Áyax, el grande:
«¡Ay de nosotros! Nadie, ni el más necio,
no ve que á los de Ilión Saturnio mismo
propugna: hiere cuanto dardo lanzan,
sea menguado el tirador, ó fuerte:
él endereza los disparos todos.
Todos los nuestros vanos son y caen.
Mas ¡ea! ya ingeniémonos solertes
cómo nosotros defender al muerto,
y para los amigos de armas caros
regocijo tornar; quienes ahora
acá tal vez tristes los ojos vuelven,
pensando que nosotros, ya el embate
de Héctor é invicta, matadora mano
á sufrir impotentes, perecemos
en los negros bajeles. — ¡Oh, si hubiera
quien amigo al Pelida sin tardanza
— creo no sabe de la flébil nueva —
nunciase que cayó su caro socio.
Mas en ninguna parte á tal acayo
ver puedo: envueltos hombres y corceles
en tinieblas están. ¡Oh Padre Jove,
de so la nube salva tú los dánaos!
¡Mátanos á la luz, ya que nos matas!»
Dijo. Dolióse de su lloro el Padre:
rasgó la noche; disipó la niebla;
rutiló el sol; clare doquier el campo.
Y Áyax al voceador de las batallas:
«Mira hora, Atrida, vástago de Jove,
si de Néstor magnánimo el retoño,
Antíloco, ves vivo todavía.
Mándale vuele y diga al bravo Aquiles
que sucumbió su predilecto amigo.»
Dijo. No desoyera su mandado
del campo el voceador; y retiróse,
cual león, que perros y hombres atacando
la noche entera fatigó — vedáronle
arrebatar de vacas la grosura;
recto arrojábase, ávido de carne,
en infructuoso afán; que dardos ciento
contra él volaban de robustas manos
y haces de leña ardientes, que le espantan
por rábido que esté; la aurora apunta
y con penoso pecho se retira.
Así muy mal su grado de Patroclo
se fué alejando el voceador Atrida.
Temblaba de que presa le dejaran
del enemigo, pávidos los dánaos,
tremiendo cual estaban. Y á Meríones
y á los Ayaces suplicante dijo:
«¡Oh Ayaces, jefes del argivo pueblo,
y tú Meríones! vosotros hora
rememorad el ánimo benigno
del triste Menecida, que benévolo
á todos fué, mientras vivió. — La parca
por él hoy ha venido desastrosa.»
Así al clamar, el blondo Atrida fuése,
clavando en toda parte la mirada,
cual águila que, es fama, mira aguda
más que las aves de los cielos todas:
aunque sublime el éter la suspenda,
no se le oculta la ligera liebre
so las espesas frondas escondida:
sobre ella cae, cógela, desgárrala.
Tal, Menelao, vástago de Jove,
volvíanse tus ojos esplendentes
entonces á doquier entre las turbas
de Acaya innúmeras, buscando al hijo
de Néstor, por si aún vivía salvo. —
Sin mora vióle en el siniestro lado
de la batalla toda: cómo aliento
y bríos de pugnar daba á los suyos.
Á él se acercó el Atrida blondo y dijo:
«Antíloco, vén, vástago de Jove,
oye la que ojalá jamás tuviéramos
infausta nueva. — Ya también tú mismo
habrás, mirando al campo, me parece,
notado que una mole de congoja
un inmortal contra los dánaos rueda,
y triunfo á los de Ilión. — Ha sucumbido
de los helenos el campeón: Patroclo.
Pérdida inmensa llora el pueblo aqueo.
Mas corre tú veloz á los navíos
y núncialo al Pelida, porque lleve
de enmedio del combate hasta la armada
presurosísimo el cadáver nudo:
tiene el de yelmo rútilo sus armas.»
Dijo; y Antíloco le oyó tembloso;
le hirió larga mudez; la voz potente
en su garganta se anudó; llenáronse
de lágrimas sus ojos. El mandato,
empero, no olvidó del rey. Lanzóse,
entregando las armas á Laódoco:
su compañero bélico intachable,
que á par de él guiaba la volante biga.
Lloroso desde el campo le llevaron
sus pies á Aquiles con la triste nueva.
Cuando partió, deseábanle dolientes

los agobiados pueblos pilios todos.
Pero ampararlos no sufrió tu pecho,
oh Menelao, vástago de Jove. —
Dejárales al claro Trasimedes,
y él al campeón Patroclo retornara.
Voló y veloz á los Ayaces dijo:
«Aquél mandé por las volantes naos
al corredor Aquiles. Quien ahora
no ha de venir, por ciego que de furia
esté contra Héctor lúcido: sin armas
batallar con los dárdanos no puede.
Pensemos, pues, el más seguro arbitrio
para escudar al muerto y del tumulto
ilesos escapar nosotros mismos.»
Y el grande Telamonio respondióle:
«Todo bien dicho está, glorioso Atrida.
Mas tú y Meríones, id presurosos
y de entre la batalla alzad del suelo
al muerto. Las espaldas os guardamos
nosotros dos, del mismo nombre y alma,
juntos siempre lidiando recias lides.»
Díjolo; y grande alzaran refornidos
desde la tierra en palmas el cadáver.
Á sus espaldas el troyano pueblo,
al ver que levantaban á Patroclo,
gritó feroz y se arrojó sobre ellos;
al modo que, á monteros juveniles
adelantándose, los perros saltan
sobre el herido jabalí; — anhelosos
de destrozarlo, corren y le siguen;
mas, cuando entre ellos válido se vuelve
y arremete arrogante, retrogradan,
y trépidos acá y allá se fugan —.
No de otra suerte las falanges teucras
sin cesar el alcance les seguían,
vibrando espadas y astas de dos filos.
Pero, al volverse y detener la planta,
en ellos fijo el rostro, los Ayaces,
la color de los dárdanos perdida,
nadie cerrar osaba en torno al muerto.
Así del campo á los bajeles hondos
llevaran el cadáver esforzados.
Y atroz se enardecía la batalla;
bien como subitáneo prende el fuego:
populosa ciudad recorre, abrasa; —
las casas en la hoguera esplendorosa
despareciendo van: el torbellino
sobre ella brama del furioso viento —;
tal, mientras iban, resonó incesante
tras ellos el fragor de bigas y astas.
Y cual dos mulos de lozana fuerza,
una trabe ó naval ingente leño,
por áspera vereda, desde el monte
arrastran — su pujanza desfallece,
por el trabajo y el sudor marchita —;
así llevaran con afán al muerto.
Guardábanles la espalda los Ayaces:
cual detiene selvoso promontorio,
que profundo se interna en la llanura,
las ondas de los ríos más violentos
asoladoras — todas las desvía
veloz al llano; ríe sus furores —;
tal los Ayaces hacia atrás lanzaban
á los de Ilión, que, acometientes siempre,
seguíanlos; Eneas el de Anquises,
ante todos, y el rútilo Priamida.
Cual de estorninos y de grajos pasa
la nube — chillan hórridos: asoma
el halcón, matador de parvas aves —;
tal fúgidos, con grita estrepitosa,
el coraje olvidado, los aquivos
del Anquisiada y Héctor alejábanse.
En torno al foso muchas bellas armas
caían de los dánaos fugitivos;
y á la batalla no se dió reposo.

AQUILES CLAMA ATERRANDO Á LOS ILIENSES.

(Del canto XVIII, 228—307.)

Y levantóse Aquiles, caro al Padre.
Le cubrió Palas los potentes hombros
con la égida, de borlas mil cercada;
de las divas el más florido numen [1]
con nimbo de oro le veló la frente,
y allí encendió deslumbradora llama.
Como de la ciudad al éter sube
el humo desde la ínsula lejana,
que asedia el enemigo — aquéllos lidian
por sus hogares, en medrosa lucha,
el día entero; mas, el sol ya oculto,
arden teas y teas; se levanta
altísimo el fulgor, que, mensajero,
pida socorro á las vecinas islas —:
tal centellaba la aquilea testa
al cielo etéreo. Traspasó el Pelida
la muralla; en los márgenes del foso,
lejos del pueblo, se detuvo, dócil
á la materna voz deprecatoria.
Allí clamó: clamó lejana Palas,
y tumulto indecible alzó en los teucros.
Como, cuando resuenan fragorosos
de los que asedian la ciudad feroces,
el vocear y el clangor de las trompetas;
así estalló de aquél la hórrida grita.
Y el ánima alteróse de los teucros,
al escuchar la voz de Aquiles énea;
y los bridones, de la crin hermosa,

[1] la misma Palas.

desdichas presintiendo, se volvieron.
Del Pelida magnánimo en la testa
vieron lucir de Troya los aurigas
la inextinguible llama temerosa,
que el numen de ojos fúlgidos nutría:
y tremieron. Tres veces sobre el foso
gritó terrífico el rielante Aquiles:
tres veces los dardanios retemblaron
y los aliados ínclitos. Cayeran
entre el espanto, por los carros propios
y lanzas muertos, doce campeones.
De entre los dardos retiraran fáciles
los de Hélada á Patroclo. Le pusieron
en un lecho; do flébiles en torno
los caros compañeros se agruparon.
En medio de ellos fué el veloz Aquiles,
y contempló en el féretro cadáver
al fiel amigo, por aguda pica
destrozado, yacer; al que él mandara
con bridones y plaustro á la contienda,
para no verle ya tornar del campo.
Y entonces lágrimas lloró de fuego.

FABRICA VULCANO Á TETIS EL ESCUDO DE AQUILES.

(Del canto XVIII, 461—795.)

Cercando al raudo Aquiles, lloró al muerto
la noche entera el pueblo mirmidonio,
entre suspiros tristes sollozante.
Y llegó Tetis, la de pies argénteos,
á la eternal morada de Vulcano,
broncínea, esplendorosa, cual estrella,
y excelsa ante los divos inmortales;
obra suya, de un dios en plantas débil.
Hallóle en la labor y los afanes,
á torno de los fuelles sudoroso.
Hasta trípodes veinte fabricara
de arrimar á los muros giganteos.
Y todas proveyólas de áureas ruedas,
porque en medio al senado de los dioses
moviéranse á sí propias y tornaran
rodantes, maravilla á la mirada.
Estaba al terminar ya su faena;
faltaban sólo las gentiles asas;
las cuales por fijar batía cuñas.
Mientras así ingenioso trabajaba,
llegóse Tetis, la de planta argéntea.
La vió venir una especiosa Gracia,
de facial velo nítido, consorte
del perilustre artífice potente.
Fué; cogióle la mano y leda dijo:
«¿Qué vienes, Tetis, de anchurosa veste,
á nuestro hogar, oh veneranda amiga?
Nunca lo frecuentaras. Mas vén presto,
para obsequiarte en él, cual cumple á huéspeda.»
Diciéndolo, la flor de las deidades
la adelantó y sentóla en bello trono,
de clavos argentinos guarnecido,
forjado con primor. Y so la planta
le puso un escabel, y llamó luego
al claro fabricante en estas voces:
«Acá, Vulcano, vén: Tetis te llama.»
Y el forjador preclaro, en brazos fuerte:
«Conque ¿en mi casa está la augusta dea;
que en mi caer inmenso, doloroso,
salvóme, cuando desecharme quiso,
naciendo cojo, cínica mi madre?
¡Lacerado de mí, sin el regazo
de Eurínome, hija del girante Océano,
sin el albergador seno de Tetis!
Allí nueve años habité con ellas.
Y fabriquéles mil preciosas joyas:
fíbulas, y rotundos brazaletes,
y anillos floriformes y collares;
en vasta gruta — al derredor rebraman
las olas del Océano espumosas
en eternal afán. Ignota á todos,
así deidades cual mortales hombres,
solas mis salvadoras la sabían:
Tetis y Eurínome. — Tal es la huéspeda.
De donde á Tetis, de trenzado bello,
fuerza es que yo con dones hora pague
el que me prodigó, cuando era niño,
desvelo maternal. Tú los honores
— mientras fuelles y todo yo remuevo —
tributale de nuestro hogar más altos.»
Dijo; y del monstruo, portentoso yunque
con vacilante planta levantóse.
Los fuelles lejos retiró del fuego;
y recogió y guardó en arcón de plata
los instrumentos de sus artes todos.
Se enjugó con esponja faz y manos,
y el ancho cuello y el velloso pecho.
La túnica vistióse; el cetro ingente
asió y salió cojeando por la puerta
el rey: doncellas de oro le afirmaban,
floridas hembras, cual si vivas fuesen,
de ingenio dentro el alma, y voz y fuerza,
de olímpica labor aprendedoras.
Al soberano guiaban diligentes;
él, en andar incierto, avecinóse
á donde la nereida en claro solio
sentada estaba, y le cogió la mano,
y así le dijo en halagüeñas voces:
«¿Qué vienes, Tetis, de anchuroso peplo,
oh veneranda amiga? que no sueles
á nuestro hogar venir. Di, ¿qué deseas?
Por complacerte mi ánima suspira,
si en mi poder está, si un dios lo puede.»
Y la nereida, prorrumpiendo en lloro
«Vulcano, ¿quién de cuantas el Olimpo

diosas habitan desgarrado tiene
el corazón, cual yo, de agudas penas,
con que entre todas me atormenta Jove?
De las deidades de la mar yo sola
por él á un mortal hombre fuí rendida:
á Peleo; y en pecho dolorido
me resigné á un tálamo terreno.
De senectud rahez hora agobiado,
dentro su alcázar el Eacida yace.
Más todavía. Dióme que engendrara
y que nutriera á un hijo descollante
entre héroes; que creció, como lozano
el vástago se yergue. Cual retoño
de suelo opimo él por mí fué criado.
Luego en corvos bajeles hacia Troya
contra los ilios le mandé á la guerra.
Y ya al hogar volver á mi regazo
yo bajo la techumbre de Peleo
nunca le habré de ver. Y mientras viva
y contemple del sol los esplendores,
congojas, sin poder yo remediarlo,
sobre él descargarán. Le arrebatara
el poderoso Atrida de las manos
la que le dieran en botín los hijos
de los dánaos, doncella; por quien triste
llora su corazón. Hoy los dardanios
á los de Acaya estrechan en las popas
de los navíos y doquiera cercan
con lazo diamantino. Los ancianos
de los aqueos al Pelida humildes
con cien preclaras dádivas vinieron
á pedirle favor. Mas él no quiso
del quebranto salvarlos ese día.
Pero vistió sus armas á Patroclo;
y con falange numerosa envióle
á la batalla. En las esceas puertas
lidiaron todo el día; y derrocaran
entonces la ciudad, si entre los próceres
al Menecida intrépido, que riza
hacía inmensa, no matara Febo
y de gloria al Priamida coronara.
Por esto, yo á tus plantas aquí vengo:
si para mi hijo, pues su vida es nada,
me querrás dar broquel, morrión y grebas;
con broches guarnecidas, primorosas,
dar peto. Su armadura el fiel amigo
perdió, cuando los teucros le mataron.
De pena Aquiles se retuerce en tierra.»
Y el forjador perínclito, potente:
«¡Ánimo! Ya abandona tal cuidado.
Ojalá de la muerte lamentosa,
cuando su signo aterrador le alcance,
pudiera yo tan lejos ocultarlo,
como tendrá armadura de primores,
á mil guerreros, si la ven, encanto.»
Diciéndolo, dejóla y á las fraguas
se encaminó; y enderezó los fuelles,
los puso en movimiento, dirigidos
hacia los hornos; do á la vez soplaron
veinte con varia ráfaga sonora,
rauda ó lenta, cual él ó el arte quiso.
Y duro bronce, estaño, oro preciado
y argento al fuego puso, y en el tronco,
yunque grande; y cogió en la diestra mano
martillo enorme, en la otra las tenazas.
Primero fabricó un inmenso escudo,
firme, de graciosísimas labores.
Lo orló de tríplice, luciente cerco.
Lo suspendió de tahalí argentino
y de sus sobrepuestas cinco láminas
en la exterior grabó cien artificios.
Grabó la tierra, el cielo y el profundo,
del día el astro girador eterno;
la plena luna, las estrellas todas,
de la celeste bóveda diadema:
las Pléyadas, las Híadas, el brillo
del grande Orión, la Osa, también llamada
Carro; la que se mueve siempre fija
y á Orión siempre mirando; el astro solo
que en el Océano jamás se baña.
Allí grabó dos de mortales hombres
pulcras villas: celebra bodas una.
Vírgenes desposadas, por las vías
de flamantes antorchas á la lumbre,
van desde el tálamo nupcial guiadas.
Álzase sonoroso epitalamio.
Danzan mancebos; armoniosas suenan
flautas y cítaras; está asombrado
en las puertas mirando el mujerío.
Allá, la gente en la ágora se estrecha:
una riña estalló; dos hombres luchan
por la expiación que el uno al otro debe
de algún cognado, á quien la muerte diera.
Que todo lo pagó, grita éste al pueblo;
aquél lo niega. Al testimonio entrambos
apelan de testigos. Dividida
está la multitud; sendos vocean
favor se dé al varón á quien amparan.
Reprimen á las gentes los heraldos.
Sobre sillones de pulida piedra
en círculo divino[1] los ancianos
siéntanse, empuñan de los reyes de armas,
del aire hasta la altura atronadores,
los cetros; se levanta uno en pos de otro
y uno en pos de otro la sentencia dictan.
En medio de ellos dos talentos de oro,
para el del más prudente sentir, yacen.
La otra ciudad asedian refulgentes

[1] = instituído por los dioses.

en armas dos ejércitos; que ansían
ó derrocarla, ó cuantos atesora
la risueña ciudad bienes partirse.
Tal la amenazan. Pero todo en vano.
Arma celadas. Defensoras suben
las esposas amantes á los muros;
suben los tiernos niños, los ancianos:
los hombres van en pos de Marte y Palas: —
entrambos áureos y con áureas vestes,
en armas bellos, grandes, como dioses,
de majestad en torno revestidos;
y los siguen pequeñas las falanges.
Arriban al lugar de la emboscada;
en el margen fluvial, do abrevadero
las greyes todas han. Allí se sientan,
de fulguroso bronce protegidos.
De ovejas el venir y tardas vacas
en lontananza aguardan dos espías.
Luego la grey parece, y dos pastores
detrás de ella, tocando la zampoña,
de la asechanza ignaros. Venlo aquéllos:
vuelan, circundan y consigo llevan
las vacadas y ricas níveas greyes,
y á los pastores matan. El estruendo
de los rebaños oyen los que velan
de la ágora el lugar; saltan al punto
sobre las bigas de volante casco;
tras de aquéllos se arrojan; los alcanzan;
detiénense ambos bandos y pelean
del río en la ribera la batalla:
de todas partes éneos dardos vuelan.
Y en medio al batallar han acudido
la Discordia, el Tumulto, la cruel Muerte;
quien á un herido, aquí, la vida salva;
allá preserva de los dardos á otro;
acullá, entre la fiera pugna arrastra
á un muerto de los pies; — tinta la veste
de cruor, en torno al hombro, va la diva —.
Como en la lid los vivos, tal se embisten
y retiran sus muertos del combate.

Allí feraz campiña burilara:
tierra blanda, noval, de hasta tres mieses.
La cercan por doquiera los arados,
y cuantas veces de la linde torna
del prado, el arador, le brinda un hombre
por orden, taza de melifluo vino.
Al surco luego vuelven, anhelosos
por la meta tocar de la campiña;
que á lo lejos negrea, cual si arada,
con ser de oro: portento de su mano.

En el broquel luego entalló una vega
de opima mies cubierta. — En falce aguda
los segadores, vía recta, córtanla.
Unos tras otros densos los manojos
á tierra caen. Vienen en pos de ellos
tres ligadores, quien recogen y atan;
y niños, que solícitos coligen
y en brazadas les llevan las espigas.
De pie parece, en medio de los haces,
el báculo en la mano y silencioso,
alegre la alma, el dueño de las mieses.
Á un lado los heraldos, á la sombra
de una encina, previenen la comida;
y oficiosos en torno á vaca grande
que han muerto, están. Preparan las mujeres
para la gente segadora gachas
al mediodía, y en las ollas vierten
alba, copiosa harina de cebada.

Cinceló allí también llanura extensa
de vides, que se inclinan de las uvas
al peso: viña primorosa, de oro;
negros racimos; las estacas todas
argénteas; foso obscuro que la ciñe;
de estaño el cerco, y una senda sola,
do los vendimiadores van por ella.
Por ella van, alegres y floridos,
doncellas y mancebos, que conducen
el dulce fruto en delicadas cestas.
En sones vagos de amoroso anhelo
tañe la cítara vibrante un niño,
cantando endechas línicas [1] hermosas.
Entre danzar y jubilosos gritos
y saltar todos síguenle apiñados.

Grabó después vacada de alta cuerna:
las reses, unas de oro, otras de estaño.
De la majada prontas van mugiendo
al prado, por las márgenes del río;
que entre cañaverales temblorosos
corre sonante. Guían el rebaño
cuatro pastores áureos, nueve canes,
de aladas plantas. Estruendoso brama
á la cabeza de la grey un toro:
dos leones tremebundos le han cogido;
le arrastran; ruge: lánzanse en pos de ellos
la muta y hombres: trozan ya las fieras
al poderoso mugidor; devoran
sus vísceras, la negra sangre beben.
En vano amedrentarlas los pastores,
á los veloces perros azuzando,
intentan; éstos á morderlas vuélvense,
acércanse ladrantes, mas huyéndolas.

Luego entallara el forjador insigne,
potente, una pradera, en val ameno,
de ovejas argentadas y alquerías
y de establos sembrada y pabellones.
— — — — — — — — — — — —

Allí, por fin, forjó del bello escudo
en orla, alrededor, la inmensa mole

[1] de Lino.

de las ondas oceánicas rodantes.
Hecho el pavés robusto, dilatado,
á Aquiles laboró cota, rielante
más que el fulmíneo resplandor del fuego;
labró celada justa, consistente;
filigranó y ornóla en airón de oro;
y blandas grebas le forjó de estaño.
Cuando las armas terminara todas
el claro artífice, de brazos válidos,
alzólas, y á la planta las llevara
de la madre de Aquiles. Cual milano
ella lanzóse del nevoso Olimpo
con la vulcania rútila armadura.

MUERTE DE HÉCTOR.
(Canto XXII.)

Huidizos, cual cervatos, los ilienses,
dentro de la ciudad y reclinados
en los del muro bellos contrafuertes,
el sudor y la sed refrigeraban.
Los dánaos, en el hombro los escudos,
á la muralla teucra avecináronse.
Á Héctor ligó la funeraria parca
y fuera le dejó, á la puerta escea.
Y dijo Febo rútilo al Pelida:
«¿Qué me persigues, hijo de Peleo,
en veloz planta, á un inmortal un hombre?
Que un dios yo soy; tú acaso no lo sabes,
y en vano te fatigas. La batalla
de los por ti aterrorizados teucros
ya nada á fe te importa: refugiáronse
dentro sus muros, y tú aquí viniste.
No me sueñes matar: yo soy sin hado.»
Y en ira ardiendo, el corredor Aquiles:
«¡Cómo de mí te mofas, oh Flechero,
tú, el dios más cruel! Tú acá de Ilión aléjasme.
De no, el polvo cien otros morderían,
antes de haber salvado el ilio limen.
¡Á mí robarme soberana gloria!
¡Á ellos salvar sin pena, sin temores
de ningún vengador! Si desquitarme
pudiese yo de ti, cuál te parara!»
Diciéndolo, partió con ígneo brío,
cual corre con el plaustro en curso leve
por el llano un bridón usado al triunfo.
Así el Pelida con alada planta.
Le vió el primero Príamo, el anciano,
volar entre esplendor por la llanura,
cual la autumnal estrella — el hombre llámala
Can de Orión —; clara, fulgurosa viene
en medio á las tinieblas nocturnales
entre mil y mil fúlgidos luceros;
centella, mas calores abrasantes
triste presagia á los mortales tristes —.
Así de aquél en la corrida el bronce
alrededor del pecho relumbrara.
Gimió el anciano y se golpeó la frente
con las palmas; alzólas gemebundo
y entre agudo clamor al hijo caro
suplicaba: quien fuera de la puerta
erguíase anheloso del combate
con el Pelida. Le tendió las manos
el viejo rey en miserandas voces:
«No esperes, Héctor, no, mi prole amada,
á ese hombre á solas tú, lejos del pueblo;
porque luego al Pelida no sucumbas;
quien es fuerte, muy más que tú. Los dioses
á ese varón aterrador tanto amen,
cuanto yo le amo! Derribado presto
comiéranle los perros y los buitres.
De su grave penar sanara mi alma.
Él muchos nobles hijos me ha robado,
matándolos ó en ínsulas lejanas
vendiéndolos. Ni puedo ver ahora
entre las gentes que á Dardania han vuelto
mis hijos Licaón y Polidoro,
nacidos de Laótoa potente.
Si el dánao campo los reserva vivos,
rescatarémolos en bronce y oro:
— hay en mi alcázar —: dió tales preseas
á la hija muchas Altes, claro anciano.
Mas si en el reino de Plutón, ya muertos
están, los lloraremos yo y su madre.
Será del pueblo el llanto menos hondo,
con tal que á ti el Pelida no te mate.
Mas, oh hijo mío, de los muros dentro
entra, porque á los teucros y las teucras
salves y al de Peleo no sublimes,
ni pierdas tú la placentera vida.
Y de mí, triste como soy, apiádate,
mientras aliento al sin ventura quede;
á quien, de la vejez en los umbrales,
extingue con gravísima fortuna,
en contratiempos mil, el padre Jove:
mató mis hijos; arrancó mis hijas;
mis cámaras saqueó; estrelló por tierra
en cruel pelea, mis infantes tiernos;
llevó por mano cruda, hostil, mis nueras.
Y á mí, por fin, me arrastrarán los canes
en mi dintel voraces, muerto en dardo
ó asta aguda. Los perros que en mi alcázar
y mesa crié guardianes de mis puertas;
ésos, tras de lamer fieros mi sangre,
se tenderán delante mi morada.
Por lanza cortadora destrozado,
en el campo morir de la batalla;
en él yacer desnudo, ensalza al joven.
Mas la cana cabeza, la faz cana,
el pudor, ultrajados por los perros
en el con bronce traspasado anciano:
es lo más flébil de la flébil tierra.»

Dijo; y cabellos blancos arrancábase
de la cabeza: al hijo no ablandara. —
Y allá su madre, sollozante el seno
abriéndose, los pechos con la izquierda
alzó y llorosa habló en aladas voces:
«Héctor, éstos respeta, oh prole mía,
y duélete de mí, si solazosas
te presenté yo un hora estas mamilas.
Recuerda tu niñez, hijo del alma;
y aquí, dentro del muro, reta al hombre;
á solas, no. ¡Qué hombre más pavoroso!
Si te matara, ni en mortuorio lecho
llorarte yo podría, flor dilecta
de mis entrañas, ni tu noble esposa.
Muy lejos de nosotros, por la armada
veloces devorárante los canes.»
Tal ellos entre lágrimas rogaban,
y entre clamor, al hijo idolatrado:
él no cedió, firme al ingente Aquiles.
Cual dentro la abertura de una roca
sierpe serrana, de veneno henchida,
aguarda al hombre rábida — los ojos
revuelve aterradora y se retuerce; —
así de fuerza indómita agitado
no cejaba el Priamida, en el baluarte
apoyada la nítida rodela.
Airado hablaba á su ánima indomable:
«¡Triste de mí! si el limen atravieso,
me reñirá Polidamante al punto;
quien me intimó llevar á Ilión la hueste,
al tardecer de aquel día nefasto
que se alzara el lucífero Pelida.
Le desoí. ¡Quién nunca tal hiciera!
Hora, después que por mi audacia el pueblo
ha perecido, temo á los dardanios,
las teucras temo, de rastreras vestes,
que no me diga acaso algún menguado:
'Héctor, el temerario, perdió al pueblo.'
Así tal vez diríase; y mil veces
prefiero triunfador volver de Aquiles
ó por la patria sucumbir glorioso. —
Y ¿si yo depusiese la rodela
y el robusto morrión; si en la muralla
reclinase la pica y al encuentro
del intachable Aquiles yo corriera,
y Helena y sus innúmeros tesoros,
todos cuantos en ancha nao Paris
á Ilión trajo, atizando la contienda,
volver le prometiese á los Atridas:
si los ancianos dárdanos juraran
donar justos de todo cuanto encierra
Dardania, la mitad á los aquivos... [1]
Empero ¿qué me dices, alma mía?
Ni yo voy, ni él me oyese ó perdonase;
al inerme matara, cual á un hembra.
Hablar con él de encinas y peñones [2]
no es hora dado. Así, doncel, doncella,
zagala con zagal [3], tiernos departan.
Más vale rápidos ir á la lucha,
y ver á quién corona en gloria Jove.»
Pensaba, y ya sobre él venía Aquiles,
como el mismo belígero Mavorte,
el del morrión centellador. Vibraba
en el hombro derecho el asta pelia,
la espantadora; sus broncíneas armas
esplendían, cual flamas de una hoguera
ó del naciente sol. Le vió el Priamida
y se aterró: tener los pies no pudo;
dejó la puerta; huyó precipitado.
Tras él corrió impetuoso, raudo Aquiles.
Como el milano, rapidísima ave,
en la sierra, se arroja, se dispara
tras la paloma tímida; que tuerce
acá y allá el volido temblorosa —
entre agudo chillar aquél la sigue;
alcánzala una y otra vez, y yérrala;
le va acuciando el ansia de apresarla —;
tal Aquiles corría siempre recto,
ardoroso; y así corría alado
Héctor despavorido en cerco á Troya.
Entrambos sin cesar bajo los muros
por la vía volaban de los carros
delante la atalaya, el cabrahigo,
de ventoso follaje; y arribaron
á las fontanas dos, que bellas fluyen,
de donde los arroyos ricos manan
del Escamandro, en vórtices fecundo.
Vierte una linfas cálidas y en torno
brota el vapor, cual humo de entre el fuego:
la otra derrama frígidas corrientes
hasta en horas estivas: cual granizo,
ó nieve gélida ó cristal de hielo.
Á par de las fontanas se extendían
lavaderos lapídeos, vastos, bellos,
do lavaran sus lautas vestiduras
las mujeres de Ilión y hermosas hijas,
en los pasados tiempos de bonanza,
cuando aun lejos estaban los argólicos.
El fugitivo, el seguidor volaron
por allí: el fugitivo, un hombre noble;
el seguidor, más noble todavía.
Y corrían frenéticos, que el lauro
no era una víctima ni piel de toro:
corona á la corrida de los hombres:

[1] Sigue el verso espurio: «Los haberes, cuanto la ciudad agradables encierra dentro.»
[2] Frase proverbial = árboles y piedras; es decir, naderías.
[3] El verso parece ser espurio.

el alma lo era de Héctor cabalgante.
Como en redor se lanzan de la meta
corceles voladores, victoriosos —
yace en los juegos fúnebres gran premio:
hermosa trípode ó mujer florida —;
así tres veces en carrera loca
de la ciudad priamea en ruedo fueron.
Mirando estaban las deidades todas.
Y el genitor de humanos y de númenes:
«¡Ay pena! ven correr á un hombre amado
en derredor de la ciudad mis ojos.
Mi corazón se amarga, se lastima
de quien á mí siempre taurinos muslos
quemó: Héctor, ya en las cimas intrincadas
ideas, ya en el teucro alcázar. Y hora
en fugaz curso el rutilante Aquiles
alrededor persíguele de Troya.
Pero mirad ya, oh dioses, y decidme
si salvamos al ínclito guerrero
ó consentimos que le mate Aquiles.»
Y Palas, diva de radiantes luces:
«Oh padre, oh fulminante nubinegro,
¿qué dices? Á un mortal, como son todos,
tiempo há por la fortuna condenado
á morir, tú de la llorosa muerte
intentas deslazar? ¡Hazlo! Mas sabe
que no todos los dioses te aplaudimos.»
Y respondióle el tronador Saturnio:
«No temas, hija mía, hija del éter:
de corazón no hablé; aplacerte quiero;
valga tu voluntad; nada te arredre.»
Tal aguijó á Minerva, ya aguijada;
quien se lanzó de las olimpias cumbres.
Á Héctor más estrechaba el raudo Aquiles.
Cual levantó de su guarida el perro
en el monte al cervato; — lo persigue
por valles y por breñas, y si á rastras
en la espesura aquél logró ocultarse,
husmea, y hasta hallarlo, corre arreo —;
así no se ocultó al Pelida el dárdano.
Cuantas veces de Ilión la excelsa puerta
se esforzó por ganar y el firme muro,
por si de sus alturas con los dardos
se le amparaba; Aquiles otras tantas
desviábale del muro á la llanura,
venciéndole en correr; y aquél tornara.
Como quien corre en sueños tras de alguno,
ni le alcanza, ni el otro se le evade;
tal ni salvaba aquél, ni éste le asía.
Pero ¿cómo á las divas de la muerte
Héctor vitado hubiera sin Apolo,
el que, por la postrera vez de todas,
le acorrió, vigoró, movió la planta?
El claro Aquiles con la testa al pueblo
significara no matar en dardo
á aquél: temía el lauro le ganasen.
Pasaban cuarta vez por las fontanas,
cuando alzó el padre la balanza de oro:
de la muerte amarguísima dos hados:
el de Aquiles y el grande auriga teucro,
en ella puso; suspendióla; el sino
de Héctor se fué inclinando hacia el averno:
Febo le abandonó. Vino al Pelida
la diosa de ojos fúlgidos, Minerva,
y á par de él dijo esta palabra alada:
«Ahora espero, fulgurante Aquiles,
caro al Saturnio, que á la greca flota
llevemos prez sublime, dando muerte
á Héctor, que nunca se sació de guerra.
Ya no podrá escapar á nuestras manos,
por más que el Sagitario se retuerza
á las plantas de Júpiter tonante
y allí ruegue por él, por él se acore.
Deténte ya y respira, mientras á Héctor
persuado yo afrontarte en la batalla.»
Habló Minerva; obedeció el Pelida;
se alborozó; apoyóse en la ménea lanza.»
Ella partió; acercóse al nítido Héctor —
vestida de la faz y la voz férrea
de Déifobo — en alígera palabra:
«Mi caro hermano, ¡cómo te tortura
el corredor Aquiles, te fatiga
de Ilión en torno con alada planta!
Mas ¡ea! resistámosle animosos.
Y el grande Héctor, de yelmo centellante:
«Deífobo, tú siempre de entre todos
cuantos nacimos de Hécuba y de Príamo,
mi hermano habías sido predilecto.
Pero de hoy más, mi amor á ti en el alma
crecer yo sentiré: por mí tú osaste
de la ciudad salir, al ver mi cuita;
todos los otros dentro se quedaron.»
Y Palas, diva de ojos rutilantes:
«Unos tras otros, mi querido hermano,
postráronse á mis plantas, suplicáronme:
padre, la augusta madre, cien amigos,
permaneciese allí: tanto temían,
temblaban todos: de dolor acerbo
moría triste yo. — Mas impetuosos
lidiemos; nuestras armas no descansen,
hasta ver si él nos mata y á las naos
lleva anchurosas los despojos cruentos;
ó si oprimido de tu dardo, cae.»
Falaz lo dijo, y fué; marcharon ambos
hasta junto llegar al de Peleo,
y el gran Priamida yelmifulgurante:
«Oh Aquiles, me azorabas: no me azoras.
Seguísteme tres veces en contorno
de la ciudad priamea dilatada
y en mi fuga no osé volver el rostro;
mas hora lo revuelvo denodado.
Contigo soy en la mortal pelea.

Llamemos ya á los dioses, que de pactos
son los testigos grandes y tutores:
que yo no trataré con ignominia
tu cuerpo, si me diere Jove el triunfo,
y te matare. Las preclaras armas
te quitaré, oh Pelida, y tu cadáver
entregaré á los tuyos. Tú haz lo mismo.»
Miróle torvo el corredor Aquiles:
«Héctor, de tratos, oh maldito, no hables.
Entre leones y hombres no hay promesas,
no hay juramentos; amistad no traban
lobos, corderos: arde eterno su odio.
Así jamás benevolencia alguna
entre yo y tú, ni juramento alguno
antes habrá que sacie, muerto en tierra,
de los dos uno con su sangre á Marte,
batallador, de inquebrantable escudo.
Llama tu ciencia, tu bravura toda;
lancero has hoy de ser, mal que te pese;
hoy has de ser combatidor osado.
Ya no hay cejar; te rinde á mi asta Palas.
Cuanto estrago tu lanza hizo en los míos,
todo á la vez lo expiarás ahora.»
Dijo, vibró, arrojó la luenga pica.
Venirla vió el Priamida centellante;
doblóse, la vitó; voló por alto,
y en tierra se clavó el dardo broncíneo.
Minerva lo cogió y volvió al Pelida
— á Héctor, pastor de pueblos, ella oculta —.
Y al intachable Aquiles dijo el teucro:
«Erraste; mi fortuna no has sabido
por Jove, no, oh Pelida deiforme;
cual tú decías, fraguador doloso
de falaces palabras, que, mi mente
amedrentando, mi vigor rompieran.
No por la espalda me hincarás el dardo,
mas por el pecho erguido y animoso;
si tal lo quiere un dios. Declina ahora
tú mi énea lanza. — ¡Oh! si toda entera
se hundiese en ti! Tornárase más fácil
á los de Ilión, caído tú, la guerra;
que tú eres el mayor de sus pesares.»
Dijo, rodeó, soltó la luenga pica;
y en la mitad hirió de la rodela
certero al de Peleo: la falárica
saltó lejos repulsa. Enfurecióse
Héctor porque voló el asta cortante
ociosa de su mano. Se detuvo,
bajó tristes los ojos: no tenía
ninguna frámea más. Y en grandes voces
llamó á Déifobo, de blanco escudo,
porque le diese poderosa lanza.
Lejano estaba Déifobo. En la mente
Héctor todo lo vió, y clamó, diciendo:
«¡Ay dolor! que los dioses á la muerte
me arrastran; yo lo veo; pues á Déifobo,
el adalid, creí tener al lado.
Y él dentro el muro está; burlóme Palas.
Cerca, muy cerca ya mi muerte viene,
luctuosa muerte. Efugio no hay. Tal quísolo
— no es de hoy su beneplácito — el Saturnio
y su hijo flechador; quien antes siempre
me escudaran benévolos. La parca
ya me alcanzó. — Pero ¡por vida mía!
no caeré sin pugna encarnizada;
no caeré sin gloria. Mis proezas
dilataránse eternas por el mundo.»
Lo dijo, y desnudó la aguda espada,
que del cinto pendíale robusta,
ingente; y se dispuso á la embestida.
Cual águila sublime, que se arroja
sobre tierno cordero ó liebre tímida,
al llano desde nubes tenebrosas;
tal, el acero tajador vibrando,
Héctor cerró; cerró con él Aquiles;
truculento lanzóse, protegido
de la rodela primorosa el pecho.
La centellante, cuádrupla cimera
se agitaba, y ondeaban en contorno
las que para el airón forjó Vulcano
espesas, delicadas crines de oro.
Cual va por las tinieblas por la noche,
en medio de los astros, el lucero,
de la sidérea bóveda corona;
así de su afilada pica el lampo.
Con la diestra girábala el Pelida,
rábido, fijos en el fúlgido Héctor
los ojos, en su cuerpo hermoso fijos,
para ver dónde herirle. Lo cubrían
entero, las gentiles, éneas armas,
que arrebató á la fuerza de Patroclo,
cuando muerte le dió. Tan sólo nuda
de la garganta la raíz estaba;
do la herida es mortal. Allá su dardo
con furia despidió el fulgente Aquiles:
lo traspasó: asomó á la cerviz tierna
de la broncínea, ponderosa lanza
la punta; empero, no cortó sus fauces
enteras, ni la voz arrebatóle.
Héctor se derrumbó, cayó en el polvo.
Y gritó ufano el rútilo Pelida:
«Héctor, cuando á Patroclo derribaste,
pensabas por fortuna estar seguro,
de mí olvidado, que morara lejos.
¡Oh necio! lejos en las anchas naos
un vengador muy más fuerte él dejaba
en pos: á mí, quien hoy te he quebrantado
las rodillas. Harán en ti destrozos
de ignominia los perros y las aves:
harán á aquél los dánaos pompa fúnebre.»
Y en tenue voz el del rielante yelmo:
«Por tu alma, tus rodillas, por tus padres,

no dejes que en la flota me devoren
canes helenos. Bronce, oro copiosos,
que te darán mi padre y madre amada,
acoge, porque abrasen en la pira
mi cuerpo los de Ilión y sus esposas.»
Le miró torvo el corredor Aquiles:
«No me conjures, perro, por mi vida,
ni por mis padres. Fuerza yo quisiera
y corazón azás, para tu carne
cruda romper y devorar, por todo
cuanto me has congojado. Así ninguno
de tu cabeza alejará los canes;
bien que luego á mis plantas depusieran
precio diez, veinte veces infinito,
y más me prometiesen todavía.
Aunque intentase el Dardanida Príamo
comprarte en oro: la que te engendrara
madre excelsa, jamás te lloraría
recostado en el tálamo funéreo.
Devoraránte todo perros y aves.»
Y moribundo el de flagrante yelmo:
«Bien ya lo sé; temíalo; no cías;
es férreo el corazón dentro á tu pecho.
Hora ve que los dioses no me venguen
el día que, con ser tu denodado,
Alejandro y Apolo fulguroso
daránte muerte en las esceas puertas.»
Decía, y del morir el fin velóle.
De sus miembros voló el alma al averno,
llorando su partir infortunado,
llorando ajada en flor su fuerza y vida.
Repuso al muerto el esplendente Aquiles:
«Muere. Vendrá mi parca, cuando mande
Jove y los otros núменes eternos.»
Dijo. Del muerto retirara el bronce.
Depúsolo, y del hombro el arnés cruento
le arrebató. Los dánaos de doquiera
acudieron, corriendo, y admiraron
las formas y belleza asombradoras
de Héctor. Mas nadie se acercó al cadáver,
sin herirle. Y así se hablaba entre ellos:
«¡Hola! que es de atentar más blando hoy día
Héctor que al abrasar nuestros bajeles.»
Dijeran; y viniendo, maltratábanle.
El corredor, espléndido Pelida,
tras desarmarle, dijo, circundado
del pueblo aquivo, esta palabra alada:
«Oh amigos, príncipes, ductores dánaos:
pues que matar los núменes me dieron
al hombre funestísimo entre todos,
¡ea! ciñamos la ciudad en armas,
por conocer el ánimo del pueblo:
si dejan el alcázar, muerto aqueste;
ó si, á pesar de todo, firmes lidian. —
Empero ¿qué me dices, alma mía?
Muerto Patroclo en los bajeles yace,
sin lloro, sin funérea pompa el hombre
que nunca olvidaré mientras morare
yo entre los vivos, y éstas mis rodillas
se muevan. Y si olvidan los del orco,
yo en él me acordaré del caro amigo. —
Mas ya cantad el peán de la victoria,
mancebos de la Argólida, y llevemos
á los navíos anchurosos éste.
¡Gran gloria; que matamos á Héctor claro,
en quien Ilión como en un dios confiara!»
Dijo, y excogitó nefando crimen
contra Héctor esplendente. Perforóle
sobre los calcañales, tras los músculos,
las plantas y le ató en bovinas cuerdas
por ellas á su plaustro. Por el suelo
dejó arrastrar la testa del cadáver.
Subió en el carro; en él, las claras armas;
hostigó los indómitos bridones;
y ellos volaron. Nubes envolvieran
de polvo el cuerpo de Héctor, deslazada
al redor la corvina cabellera,
empolvorada la cabeza toda,
¡antes tan bella! — dió á los enemigos
en suelo patrio deformarla Jove —.
Pulverulenta así su testa entera,
arrancóse su madre los cabellos;
lanzó lejos de sí el velo fulgente
y sollozó con míseros sollozos,
mirando al hijo. Tristes ayes daba
el desdichado padre, y en contorno
gemía el pueblo: Ilión gemía toda.
Lloraban cual si la alta Troya entera
entre sus llamas derribase el fuego.
Apenas retuviera ya su gente
al anciano, que, en rábidos transportes,
salir quería por la puerta dárdana.
En la sórdida tierra revolvíase
y á todos y cada uno suplicaba:
«Dejadme, amigos, duela lo que duela;
dejadme ir solitario á los bajeles
de los aquivos: suplicar yo quiero
á este hombre sin entrañas, prepotente;
por si mi edad respeta y de mis canas
se lastima; que tal también Peleo,
su padre, está, quien le engendró, que envióle
para desdicha de los teucros pueblos
y mía sobre todo: tantos hijos
en flor me arrebató. Mas todos ellos
el corazón no tanto me destrozan
como éste solo, cuya flébil pérdida
me arrastrará al averno muy en breve:
Héctor. ¡Oh! si en mis brazos él muriera,
de llorar y gemir nos hartaríamos
la triste, que su madre fué, y yo mismo.»
Dijo llorando, y los de Ilión gemían.
Hécuba entre las teucras sollozaba:

«¡Hijo, triste de mí! ¿para qué vida
quiero ya, tras de tantas desventuras,
tras de verte morir? á ti, mi gloria
por doquiera, en el día y en la noche
mi orgullo y á los teucros y las teucras
en toda la ciudad, amparo y lumbre.
Á par de un dios te honraban; ufanábanse
de ti. Yaces hoy muerto en cruel fortuna.»
Decía entre gemidos. Mas la esposa
de Héctor todo ignorara; ningún nuncio
dijérale que él batallando estaba
fuera de Ilión. En penetral recóndito
del alcázar soberbio veste doble,
purpúrea, de labores mil, tejía.
Y mandó á sus doncellas bien trenzadas
poner ingente trípode á la lumbre,
porque Héctor, al volver de la batalla,
aderezado hallase tibio baño.
¡Mísera! no sabía que muy lejos
de bañeras, á manos del Pelida,
Palas, de ojos fulgentes, le matara.
Oyó sonar desde el alcázar ayes,
oyó gemidos: retembló su cuerpo;
cayó la lanzadera de su mano;
dijo á las siervas, de trenzado hermoso:
«¡Ea! conmigo dos venid; ver quiero
qué sucediendo está. Á mi cara suegra
oigo gemir; del pecho á la garganta
sáltame el corazón; siento rigentes
mis plantas, mis rodillas: á los hijos
de Príamo ya alcanza desventura.
¡Que ella no suene nunca en mis oídos!
Tiemblo, con grande sobresalto temo
que á mi fortísimo Héctor solitario
del muro separado, perseguido
haya por la llanura el claro Aquiles:
siendo Héctor ya su víctima, inmolada
por su propia luctuosa valentía,
que siempre le transporta, de la hueste
siempre le aparta, siempre le adelanta
muy lejos; que él no treme ante ninguno.»
Diciéndolo, corrió por el alcázar;
corrió como frenética; estallábale
el corazón. Las siervas la seguían.
Llegó á la gente del baluarte inmensa;
paróse en la muralla y en contorno
miró: arrastrado vió delante el muro
á aquél por rápidos corceles; que iban
hacia las naos anchas placenteros.
Noche profunda le veló los ojos;
cayó de espaldas en mortal deliquio.
De su cabeza, desprendido, lejos
el ornato magnífico saltara:
la mitra, la diadema primorosas,
y el velo que le diera la áurea Venus,
el día que Héctor, de morrión rielante,
tras de colmarla en donas, la condujo
desde el hogar de Eción. La circuyeron
las hermanas y afines del esposo;
que en sus brazos cogieron á la triste,
como una exánime. Tornó el aliento,
por fin, y en sí volvió. Gimió anhelante
en medio de las dárdanas, diciendo:
«Héctor, ¡pobre de mí! los dos nacimos
con la misma fortuna: tú en Dardania,
en la casa de Príamo; yo, en Tebas,
en la ladera del selvoso Placo,
en la casa de Eción; quien, lacerioso,
á mí, más laceriosa que él y pobre,
me crió... ¡Oh, si jamás él me engendrara! —
Y hora te vas tú al reino del averno,
de la tierra al abismo, y entregada
á congoja infinita á mí me dejas;
en el hogar me dejas solitaria;
¡y el niño aun tan tierno, el niño tuyo,
el mío, que nació en aciago día!
Tú no serás su gloria — tú ya no eres —
ni él será tu solaz. Si de los dánaos
la desastrosa guerra por ventura
lo perdona, le aguardan para siempre
trabajos y pesares. Sus campiñas,
sus haberes le usurparán. Aleja
del niño pronto la orfandad los niños.
Flébil la faz inclina tristemente
el huérfano. Del hambre va acosado
á los amigos de su padre. Al uno
tira del manto, al otro de la túnica.
Alguien, que de él se apiada, algunas gotas
en su taza le brinda, que humedezcan
su labio, no la boca refrigeren.
Y acaso un hijo, cuyos padres viven,
opulentos, le arroja del banquete,
con la mano le hiere y tal le befa:
'¡Quita! no está en nuestro festín tu padre.'
Y entre llorar viene á su madre viuda
el niño; viene Astíanax; quien antes
en el regazo de su padre siempre
con la flor se nutriera del cordero,
la flor de su grosura y de su carne.
Y fatigado de jugar, dormía
en su mullido lecho, entre los brazos
de la nutriz, henchido de ventura.
Ahora, sin padre amante, mil tormentos
padecerá mi Astíanax; — le llaman
así los dárdanos, que tú sus puertas
y anchos muros, tú solo defendías.
Hora, después que, en los navíos corvos
y lejos del hogar, en ti se sacien
los perros, te devora copia hirviente
de gusanos; y nudo tú cadáver.
Y vestes muchas, finas, delicadas,
bella labor de femeniles manos,

yacen aquí en tu hogar. — ¡Al fuego todas!
no son ya para ti; no en ellas duermes.
¡Al fuego ante troyanos y troyanas!
Abráselas la flama en honor tuyo.»
Y lloraba, y gemían las mujeres.

JUEGOS FÚNEBRES POR PATROCLO.

(Canto XXIII.)

Así á través de la ciudad lloraban.
Arribaron los dánaos á sus naves
del Helesponto; y fueron á las tiendas
todos dispersos. No dejó el Pelida
por el campo á los suyos derramarse,
diciendo tal á su esforzado pueblo:
«Mirmidones, de rápidos corceles,
oh amigos caros: las volantes bigas
aun no soltéis. Con ellas y los carros
á Patroclo cercad: le lloraremos:
merecen este honor los que sucumben.
De la congoja triste aligerado
el corazón, desataréis las bigas,
y prevendráse la comida á todos.»
Dijo, y lloró; lloró su pueblo entero.
Gemebundos guiaron por tres veces
bridones, de clin bella, en torno al muerto.
Entre ellos excitaba ansia de lloro
Tetis, y las arenas se inundaron,
inundáronse en lágrimas sus armas:
tanto por el campeón formidoloso
suspiraban. Aquiles rompió en llanto
y sobre el pecho del amigo puso
las manos en la lid asoladoras:
«Salud, oh mi Patroclo, hasta en el reino
del orco, pues cumplido está ya todo
cuanto yo prometí: que arrastraría
á Héctor acá, do perros destrozaran
su cuerpo; y que mancebos nobles doce
de Ilión degollaría ante tu rogo,
en medrosa venganza de tu muerte.»
Dijo, y pensaba cómo al fúlgido Héctor
de ignominia colmar: tendióle á bruces
cabe el lecho funéreo de Patroclo;
en el polvo tendióle. Desnudáronse
aquéllos de sus armas centellantes.
Las soberbias, relinchadoras bigas
soltaron y sentáronse á millares
del corredor Pelida cabe el pino.
Abundoso banquete funerario
dispuso Aquiles. Muchos crasos bueyes
bramaron, al caer bajo el acero;
ovejas y balantes cabras muchas.
Cerdos muchos, de cándidos colmillos
y florida grosura, sobre el fuego
que abrasara sus setas, extendieran.
Alrededor del muerto, en largas ondas,
á torrentes la sangre difluía.
El soberano, corredor Aquiles
los reyes de la Acaya al claro Atrida
apenas condujeron: tan doliente
su pecho estaba por el muerto amigo.
De Agamenón llegaron á la tienda;
y á los canoros pregoneros pronto
mandaron acercar trípode magna
al fuego, por si Aquiles, de Peleo,
lavar sus cruentos miembros consentía.
Rígido repugnáralo y jurara:
«Por Jove, el dios excelso, el dios bondoso,
no ha de tocar la linfa mi cabeza
primero que en la pira yo á Patroclo
ponga; levante funerario signo;
el cabello me corte; que tal pena
nunca me volverá á partir el alma,
mientras entre los vivos yo morare.
Al lúgubre festín vamos ahora.
Ordena, Agamenón, rey de los pueblos:
al despuntar el día de mañana,
se traiga leña de la selva y todo
cuanto el muerto que parte á las tinieblas
del orco, ha menester; porque la llama
le arrebate voraz á nuestros ojos,
y el pueblo sus faenas reanude.»
Dijo; se obedeció su voz al punto.
Aderezaron prestos la comida.
Comieron; nada en el común banquete
faltó á su anhelo de bebida y vianda.
Luego en sus tiendas á dormir se fueron.
Del ponto sonador en la ribera,
do de las ondas el romper limpiara
la playa, él acostóse, circundado
de mirmidones, gemidor y triste.
El sueño, alivio al corazón cuidoso,
se avecinó y cercóle blandamente:
la carrera tras Héctor en contorno
de la ventosa Ilión, le fatigara
los claros miembros con mortal fatiga.
Dormía. Aproximósele en el sueño
el alma de Patroclo desdichado:
suya era la estatura, y bellos ojos,
y voz y vestimentas. Se detuvo
á su cabeza y de esta suerte hablóle:
«¿Duermes, oh Aquiles, sin de mí acordarte?
No olvidaras al vivo; al muerto olvidas.
Entiérrame prestísimo: las puertas
del orco pase; me coercen lejos,
y atravesar el río y con las almas
de allende congregarme no permiten
las sombras de los muertos animadas;
y vago de Plutón por la alta puerta.
Hora la mano dame: estoy penoso,
que nunca he de tornar ya del averno,
después que me abraséis en pira honrosa.

Jamás ya, cual lo hacíamos en vida,
á solas abrirémonos el pecho.
Arrebatóme la horrorosa parca,
destino mío, con que al mundo vine.
También el tuyo, Aquiles deiforme,
es sucumbir de los ilienses nobles
bajo los muros. Oye otra palabra
y cúmplela, si place. No lejanos
de los tuyos mis huesos, oh Pelida,
guardes; juntos estén, tal como juntos
en vuestro hogar crecimos, desque, el día
de la matanza horrífica, me trajo
niño á la casa vuestra, desde Opunte,
Menecio; pues, jugando á los astrágalos
yo, ¡miserable! airado, sin quererlo,
de Anfidamante al hijo di la muerte.
El auriga Peleo entre los suyos
me acogió, me educó, me amó y amigo
tuyo me hizo. Y así, nuestras cenizas
en la misma urna reservadas queden.» [1]

Y respondióle el corredor Aquiles:
«¿Á qué venir tú, mi alma idolatrada?
¿á qué mandarme aquesto? Cual lo has dicho
todo, todo se hará, punto por punto.
Pero á mis brazos ven: las graves ansias,
bien que por un instante, mitiguemos.»

Lo dijo, y le tendió las tristes manos.
Desvanecióse el alma y vaporosa
con ligero estridor se hundió en la tierra.
Atónito el Pelida, incorporándose,
batió las palmas y apenado dijo:

«¡Ay dolor! Algo es todavía el ánima,
algo la sombra, hasta en el reino umbrío;
mas de fuerza y espíritu carece;
que de Patroclo mísero la mente
toda la noche á par de mí llorosa
y gemebunda estuvo; suplicóme
lo que por ella hiciese; y era él mismo.»

Dijo, y de todos acreció el lamento.
Lloraban. Del cadáver miserando
en torno difundíase la aurora
de róseos dedos. Y el potente Atrida
en todo el campo apresuró á los hombres
que con mulos por leña al bosque fueran.
Partió con ellos un ductor eximio:
Meríones, del brioso Idomeneo
amigo de armas. Hachas leñadoras
y cuerdas bien torcidas en las manos,
marcharon, precedidos de los mulos.
Al monte, al valle, á diestra y á siniestra
anduvieron larguísima jornada,
hasta del Ida acuoso á la alta sierra.
Allí con las segures afiladas
presurosos, ardientes derribaron
encumbradas encinas; que caían
con gran fragor. Partíanlas al punto
y cargaban los mulos; que, deseosos
de la llanura, hollaban y rompían
á través del ramaje denso, el suelo.
Los leñadores todos también iban
con leños; tal mandáralo Meríones,
del animoso Idomeneo amigo.
Á tierra sacudieron, cumulando,
los haces, donde el túmulo soberbio
alzar quería Aquiles á Patroclo
y á sí propio. Depuesta, amontonada
la inmensa selva toda, se sentaron
agolpados allí. Mas el Pelida
á sus gentes belígeras mandara
ceñirse el bronce y prevenir las bigas.
Armáronse veloces y á los carros
ascendieron aurigas y guerreros.
Delante iban los plaustros; en seguida,
infantes mil y mil, cual una nube.
Del haz en medio, el cuerpo de Patroclo
llevaban los amigos. Todo entero
los que cortados en su obsequio fueron
cabellos le cubrían. Tras de él yendo,
la cabeza, el lucidor Aquiles
le sostenía con pesar, que enviaba
hacia Plutón al intachable amigo.

Al paraje llegaron señalado
por el campeón. En él se detuvieron
y levantaron la crecida selva.
Mas otro pensamiento entró en el alma
del corredor brillante: de la pira
fué lejos y la blonda cabellera
floreciente, nutrida para el río
Esperqueo, cortóse y dijo en ira,
las anchas, rúbeas ondas contemplando:

«Esperqueo, mi padre te invocara
en vano; que él votó, si retornase
de aquí yo al suelo de la patria amado,
mi cabello ofrendarte y hecatombe
de cincuenta carneros, inmolada
cabe las fuentes do tu sacra silva
se alza, do fuman tus fragrantes aras.
Tal te rogó el anciano: desoíste
sus preces tú. Mas, pues tornar no debo
á mi patria querida, lleve al orco
Patroclo, el adalid, mi cabellera.»

Así diciendo, púsola en las manos
del adorado amigo; y todo el pueblo
movióse á lágrimas. Y en medio al lloro
el sol su lumbre hundiera en el ocaso,
si al Atrida no fuese presto Aquiles:

«Agamenón, á ti más te obedecen
los pueblos — tiempo de llorar aun queda —

[1] Sigue un verso espurio.

dispérsalos de aquí; manda que coman
ardamos, sus amigos, en la pira
al muerto, y con nosotros los ductores.»
Oyólo el rey del pueblo y sin tardanza
los envió libres por la armada hermosa.
Allí también sepultadores hombres
quedaron, que con leña amontonada
la pira de cien pies por ambos lados
dispusieron y en lo alto de la hoguera
al muerto colocaron doloridos.
Muchas pingües ovejas, muchas vacas,
de tardos pies y poderosos cuernos,
sacrificaron, de la piel desnudas,
ante la pira. De las hostias todas
la grosura cogió el pujante Aquiles;
de la testa á la planta cubrió en ella
el cadáver; á torno de él las víctimas,
quitada ya la piel, acumularan.
Luego ánforas de miel y de olio puso
en el funéreo lecho reclinadas.
Entre sollozos arrojó en el fuego
cuatro corceles, de cerviz altiva.
Arrojó en él dos canes — degolláralos
de entre los nueve que del rey guardaban
el hogar. Y los doce nobles vástagos
de los teucros belígeros, con bronce
degolló fiero y arrojó á la pira,
y á ella lanzó la fuerza de las flamas,
la férrea, gemidor, y al claro amigo
«¡Salud!» clamó, «oh Patroclo, hasta en el reino
de Plutón; que cumplido está ya todo
cuanto yo te mandé; doce mancebos
nobles de los magnánimos ilienses
á par de ti devorará la llama;
á Héctor Priamida no, sino los perros.»
Dijo amenazador. No le comieran:
los apartara día y noche Venus,
de Jove prole, y con divino aceite,
de rosas, odorífero, le ungía;
porque su piel, si le arrastrase Aquiles,
no se dañara. Nube tenebrosa
al llano desde el polo suspendía
el fulgurante Febo, en que velaba
el sitio todo do yaciera el muerto;
porque del sol la fuerza no tostase
prematura sus músculos, sus miembros,
del cuerpo en derredor la carne entera.
Mas no flameaba el fuego de la pira.
Y el centellante, corredor Aquiles
lo contempló, reflexionó, apartóse:
llamara al Bóreas y llamara al Ábrego;
sacrificios espléndidos votóles;
libárales ferviente en áurea taza;
les rogó ya soplaran, y la hoguera
con el muerto vivaces, impetuosas
las llamas consumiesen. Iris rauda
oyó sus ruegos y nuncia fué á los vientos.
Del Ábrego bramante en la morada
á torno del festín estaban todos.
Sobre el lapídeo limen se detuvo
Iris volante: viéranla, se alzaran
y cada cual llamárala á su lado.
Sentarse repugnó con estas voces:
«Hoy no; que á las oceánicas corrientes
torno y de los etíopes al reino;
do hecatombes se inmolan á los dioses:
estar yo quiero en el banquete sacro.
Llama al Bóreas, al Céfiro sonante
el Pelida y les vota bellas hostias,
si la pira le inflaman donde yace
Patroclo; á quien el pueblo entero llora.»
Dijo, y partió: se levantaron ambos
horrisonantes y ante sí lanzaran
las nubes. Por el piélago volaron
y en ráfagas silbantes conmoviéronlo.
Ya en la glebosa Ilión, sobre la pira
cayeron, y rugió de entrambos vientos
al ímpetu y fragor toda la noche
inmenso el fuego. Y el veloz Aquiles
la noche toda con la taza el vino
sacaba de áurea jarra y lo vertía,
rociando el suelo y sin cesar llamando
al alma de Patroclo sin ventura.
Como del hijo desposado el padre
llora, sus huesos al quemar, y triste
llora también su desgraciada madre;
así el Pelida, al abrasar los huesos
del amigo, lloraba; entre sollozos
al redor se arrastraba de la pira.
En la hora que, el lucífero á la tierra
nacido, crece en pos de él sobre el mundo
la Aurora peplicrócea, los ardores
de la hoguera cayeron, y la flama.
Á su patria los vientos retornaron
por la mar trace; que estalló turgente.
Se apartó laso Aquiles; recostóse,
rendido al sueño dulce. — Dispertara
al rumor de los suyos, que en contorno
de él se agrupaban; alto irguióse y dijo:
«Atrida y demás próceres acaicos,
con fulguroso vino por doquiera
de la pira extinguid las ascuas todas.
Los huesos de Patroclo recojamos
atentos; se distinguen claramente;
que en la mitad quemóse de la hoguera;
revueltos los demás con los bridones
se incineraron por la orilla lejos.
Con doble tela de grosura envueltas
guardemos en urna áurea sus cenizas,
hasta que á mí también me vele el orco.
Mediana tumba levantad, no ingente:
quien en las de remeros ricas naos

me sobrevivan, álcenla muy alta.»
Dijo; y al corredor obedecieron.
Con refulgente vino cuantas ascuas
de la hoguera quedaran, apagaron:
y descendió profunda la ceniza.
Llorando, del amigo bondadoso
la cándida osamenta recogieron;
y con dúplice velo de grosura,
y dentro el pabellón, en urna de oro,
entre cendal de lino depusiéronla.
Del monumento el círculo medido,
alrededor del fuego dispusieran
las bases; y con tierra amontonada
fué levantado el túmulo. Volvían.
Detuvo al pueblo Aquiles y mandóle
cercarse á la redonda en ancho cerco.
Y juegos fúnebres previno, y trajo
de sus naves, por premios de la lucha,
calderas, trípodes [1], corceles, mulos,
bueyes ingentes, albicante fierro,
doncellas de gallarda ceñidura.
Al más veloz de los aurigas puso
por galardón una mujer sin tacha,
y bella y de labores sabedora;
y trípode de veintidós medidas.
Al segundo una yegua de seis años,
aun no domada, y grávida de mulo.
Para el tercero una caldera bella,
no usada al fuego, de medidas cuatro:
un ascua de oro. Para el otro puso
talentos áureos dos; y para el quinto,
urna doble, de flamas no tocada.
Paróse Aquiles y á los pueblos dijo:
«Atridas y demás, de claras grebas,
hombres de Acaya: colocados tengo
en la arena los premios de los plaustros.
Si el muerto á quien los juegos funerales
honran, fuese otro, yo á mi tienda el precio
primero me llevara. Mis bridones,
vosotros lo sabéis, rival no tienen:
son inmortales. Los donó Neptuno
á Peleo, mi padre; él á mí diómelos.
Aquí con mis corceles yo me quedo;
la gloria del auriga ellos perdieran:
del hombre blando, que en la crin vertióles
tantas veces aceite liquidable,
tras de bañarlos en las puras ondas.
Le llorán, y deslizan á la tierra
las crines, de congoja traspasados.
Prevengan la corrida cuantos fíen
de sus bridones y robustos carros.»
Aquiles dijo. Aurigas voladores
se levantaron. Levantóse á la hora
de Admeto el caro vástago, rey de hombres:
Eumelo, el gran cabalgador auriga.
Tras él, Diomedes, el Tidida fuerte,
los dárdanos bridones que quitara
á Eneas — quien salvado fué por Febo —
unció. Y unció los suyos corredores:
Ete, de Agamenón yegua, y Podargo,
su corcel propio, el blondo jovio Atrida
Menelao. Donada fuera aquélla
al rey por Equepolo, hijo de Anquises,
por no venir con él á Ilión ventosa;
— gozar quería la riqueza inmensa,
que en Sición, la anchurosa, le dió Jove. —
Apenas fué la indómita, fogosa
atada al yugo. Unció el cuarto su biga
de hermosa crin, Antíloco fulgente,
prole de Néstor, el Nelida anciano,
el pujante campeón. Pilios corceles,
alígeros, el plaustro le arrastraban.
Vino aquél y sagaz al sagaz dijo:
«Á pesar de tu tierna edad, Antíloco,
Jove y Neptuno amantes te enseñaron
el arte todo de regir bridones.
Así tal vez no has menester maestro.
Volar en torno de la meta sabes.
La biga tuya, empero, es la más tarda.
Ella me hace temer por tu victoria.
Los otros en destreza no te exceden;
pero ellos van en bigas voladoras.
Oye, pues, hijo mío, mi consejo;
medítalo muy bien, porque no pierdas
el premio, que cercano ves. Más puede,
y mucho más, el leñador experto
que el fuerte. Por el piélago purpúreo
con la prudencia rige el leve pino,
batido de los vientos, el piloto.
Con la prudencia el plaustro al plaustro vence.
Quien fiado en sus bridones y su carro
se arroja y precipita por la arena,
le lleva ciega errática la biga.
El prudente á quien más tardíos llevan
los bridones, la meta siempre mira
y siempre recto va, fijos los ojos;
los taurinos tirantes no relaja;
y al delantero sin cesar atisba.
Verásla bien; es la señal muy clara:
leño árido de encina ó bien de abeto
una brazada sobre el suelo elévase,
incorruptible; dos brillantes peñas
á entrambos lados yacen; do las vías
se cruzan y se allana la carrera.
Ó es signo funeral de antiguo muerto;
ó acaso meta de la edad pasada.
Hora por tal la señaló el Pelida,
el corredor fulgente. Cuanto puedas

[1] Caldera de tres pies.

cercano al leño, apronta carro y biga
á correr y reclínate á siniestra
suavemente en el plaustro bien tejido,
y al bridón de la diestra hostiga, y grítale
y suéltale algún tanto los tirantes;
vuelve el siniestro en torno de la meta,
hasta casi rozarla con el cubo
de la fornida rueda. Pero teme
tocar la piedra, por no herir la biga,
y el carro destrozar: la fisga fueras
de los demás, cubierto de ignominia.
Sé previsor, prudente sé, hijo mío.
Si, la meta al doblar, te adelantares,
no habrá ya quien la palma te dispute;
ya que tras ti aguijara el corcel raudo
de Adrasto: Arión magnífico, divino,
ó los de Laomedonte, flores ilias.»

Así Néstor al hijo apercibiera
y de nuevo sentárase. Meríones
sus trotones, de crin hermosa, el quinto
aparejó. Se alzaran á los plaustros.
Sortearon. El Pelida echó las suertes.
Moviólas. La de Antíloco saltara,
saltara la de Eumelo poderoso,
la del claro lancero Menelao,
la de Meríones; por fin, la suerte
del Tidida Diomedes, el pujante.
En fila colocáranse, y Aquiles
el término fijó de la carrera.
en la lisa planicie, en lontananza.
Por juzgador nombró de la corrida
al amigo paterno: divo Fénix.

Alzaron todos á la vez los látigos,
y hostigaron las bigas clamorosos,
ardientes. Y volaron por el llano,
desalados, muy lejos de las naves,
los bridones. Brotó bajo sus pechos
espeso y alto el polvo, como nubes,
ó como torbellino. Y á las ráfagas
de los vientos la crin volaba suelta.
Ya tocaban los plaustros la tierra alma,
ya por el aire alígeros rompían.
Erguíanse en sus carros los ductores;
violento el corazón les palpitaba,
ansiosos de victoria. Sus corceles
cada cual entre gritos aguijara;
los que con frenesí por la llanura
corrían y elevaban polvo inmenso.

Mas cuando los caballos voladores
al fin de la corrida se acercaban,
retornando hacia el piélago espumante;
entonces el valor de los aurigas
se vió brillar en la fugaz carrera.
Adelante venían las de Eumelo
rápidas yeguas; las alfanas ilias
diomedeas en pos, á par; el carro
de aquél ya ya saltaban. Las de Eumelo
anchurosas espaldas y anchos hombros
su hálito ardiente calentó; y volantes
sobre él ya las cervices extendían.
Y venciera Diomedes; ó vencido,
el triunfo disputárale, si Apolo
no le arrojara airado de la mano
el látigo fulgente. De sus ojos
dos lágrimas de indignación rodaron:
las yeguas alejarse, y sus trotones,
sin aguijón, menos correr veía.
El dolo apolinar contra Diomedes
no se ocultó á Minerva; quien sin mora
corrió tras el pastor del pueblo, y dióle
un látigo y vertió fuerza en su biga.
Colérica alcanzó al hijo de Admeto;
el yugo le quebró; cayó la lanza;
las yeguas arrancaron de la vía:
se despeñó cabe la rueda en tierra,
y se rompió la piel de codos, boca,
nariz; se hirió la frente por las cejas.
Se arrasaron en lágrimas sus ojos;
su voz potente se embargó. El Tidida
á todos con sus rápidos bridones
muy largo espacio adelantóse: Palas
esforzó sus bridones y de gloria
le revistió. Seguíale el Atrida,
el blondo Menelao. Mas Antíloco
gritó á los de su padre palafrenes:

«¡Sus! también vos dejad atrás los vientos.
Que con aquéllos: del Tidida fuerte,
compitáis yo no os pido, que Minerva
alas hora les da, y prez á Diomedes.
Alcanzad — no os quedéis atrás — la biga
de Menelao rápidos. No os colme
de vergüenza Ete, que no es más que yegua.
¿Por qué tan tardos vais, bridones míos?
Oíd: lo que yo os diga, cumpliráse.
No os cuidará ya el hijo de Neleo,
pastor de gentes; el agudo bronce
al punto os matará, si desidiosos
premio menor tan sólo conquistamos.
Seguid, corred, volad á par del viento.
Veré, me ingeniaré para á su lado
escurrirme en lo estrecho de la vía.»

Lo dijo. De la grita temerosos
del guía, enardeciéronse en su curso
un breve trecho. Antíloco esforzado
vió pronto del camino la estrechura;
cavado estaba el suelo, do la senda
rompieran y ahondaran anchurosa
de la lluvia hiberniza los torrentes.
Hacia esta hondura, por vitar el choque
de los plaustros, torció el hijo de Atreo;
y Antíloco alejó su rauda biga
de la senda y al lado deslizóse

del Atrida; quien pávido gritaba:
«Antíloco, insensata es tu carrera.
Refrena tus trotones, que es angosta
la vía. Adelantarte á mí por la ancha
pronto podrás. No estrelles contra el mío
tu carro; que uno y otro destrozaras.»
Dijo; y cual si no oyera, el Nestorida
aguijó con violencia redoblada.
Todo el espacio que recorre el disco
por juveniles manos, que sus fuerzas
ensayan, despedido, altos los brazos;
tanto corrió, se adelantó. Seguían
los bridones de aquél y rezagábanse.
Él mismo de su grado refrenólos,
porque en la senda las volantes bigas
entre sí no chocaran, ni rompieran
los bien tejidos plaustros, y ellos mismos
en medio al polvo, por triunfar, rodaran.
Vituperóle el blondo Menelao:
«Antíloco, más ruin que tú ninguno
¡Mal hayas! ¡Y discreto te decíamos!
Mas ¡por mi vida! el precio del certamen
no te lo has de llevar sin juramento.»
Dijo y gritó estridente á sus caballos:
«No os rezaguéis; no os detengáis penosos.
Los pies y las rodillas rendiránse
de aquésos pronto, y antes que los vuestros;
pues ya han pasado de la edad florida.»
Calló. Por su clamor amedrentados,
volaran y á los otros acercáranse.
En círculo sentados los helenos
miraban el correr: cuál ya volvían
aquéllos por el llano polvorosos.
Idomeneo, rey de los cretenses,
el primero las bigas vió, de un alto,
donde, fuera del cerco, se sentara.
Clamor lejano oyó; conoció el grito
y conoció el bridón, que ya visible
se destacaba: rojo purpurino
el cuerpo entero, mácula nevada
en la frente, cual disco de la luna.
Paróse el rey de Creta y dijo al pueblo:
«Oh amigos, príncipes y reyes dánaos:
¿veo yo solo, ó veis también vosotros
las bigas? Otras me parecen hora
las delanteras; los ductores, otros.
Acaso se dañaran en el curso
las que, al partir de aquí, primeras fueron [1]:
ó el rendaje escurriósele al amigo,
ó no supo doblar diestro la meta.
Por ventura él cayó; rompióse el plaustro:
atónitas huyéronse las yeguas.
Paraos y mirad también vosotros.
No puedo claro ver; mas me parece
étolo aquel varón y rey: la prole
del auriga Tideo, el gran Diomedes.»
Áyax Oilida, el rápido, befóle:
«Idomeneo, ¡cuán en necio parlas!
Lejos, muy lejos, por el llano vuelan
penígeras las bigas. No el más joven
eres por cierto tú, de los aquivos;
ni los luceros más agudos traes
en el rostro. Mas nunca el labio calla;
no es honra para ti [2]. La misma biga,
de Eumelo guiada, delantera viene.»
Airado el rey de Creta respondióle:
«Áyax, gran reñidor, hombre maligno,
de triste corazón, cedes á todos
en lo demás. Pero ya venga un trípode
ó una caldera, que la apuesta selle.
Decida Agamenón quién delantero
viene, porque lo sepas y escarmientes.»
Lo dijo. Mas el raudo Áyax, de Oileo,
á proseguir la rifa se parara
colérico. Y la lucha enardeciérase,
si no se levantara Aquiles mismo:
«No haya contienda, no, de fuertes voces,
Áyax é Idomeneo; que es deshonra.
Vosotros mismos, si altercar miraseis,
os indignarais. Ved sentados hora
en el circo las bigas; que, del triunfo
ganosas, tornarán presto volantes;
sabréis quién es primero, quién postrero.»
Dijo. Se avecinaba ya Diomedes,
llegaba ya, hostigando en alta diestra
arreo los bridones; que se alzaban,
que el aire hendían, que de grueso polvo
cercaban al ductor; y ya sobre ellos
el plaustro, nítido de estaño y de oro,
venía y arrojábase. La huella
apenas se imprimía de los calces
en la movible arena: tal volaban.
Vino al medio del circo y se detuvo.
Á los corceles de cerviz y pecho
el sudor les brotaba, les corría
hasta la tierra. Del luciente carro
saltó el ductor al suelo y en el yugo
su látigo apoyó. No se tardara
Esténelo membrudo en ir al premio
y entregar á los socios prepotentes
doncella y trípode; y soltó la biga.
Llegó tras él Antíloco, que en maña,
no en rapidez, venciera á Menelao.
Mas, aun así, muy cerca de él venía
el Atrida en sus rápidos trotones.
Cuanto el bridón que corre con el plaustro
por la llanura, dista de la rueda —
en su volar tendido toca siempre

[1] Siguen versos espurios. [2] Sigue un verso espurio.

los calces en las crines de su cola —
tanto del intachable Nestorida
distaba Menelao. Separárale
primero de él un trecho cual tirada
de disco. Empero le alcanzó sin mora;
que el brío de la yegua, en crines bella,
Ete, de Agamenón, siempre crecía.
Y si más lata la corrida fuera,
ó de él triunfara ó le igualara al menos.
Atrás quedóse del glorioso Atrida
á tiro de asta el compañero insigne
de Idomeneo. Los más tardos eran
sus de la crin espléndida bridones.
Ni él era auriga usado á la carrera.
Vino, por fin, el vástago de Admeto;
tiraba de su plaustro primoroso;
sus yeguas conducía antecogidas.
Le vió, de él lastimóse el claro Aquiles,
el corredor; y en voz alada al pueblo:
«Postrero viene el hombre animosísimo
con su volante biga. Cual es justo,
démosle la segunda recompensa;
la primera á la prole de Tideo.»
Dijo. Los dánaos aplaudieron todos:
movido del aplauso, le donara
el corcel, si de Néstor soberbioso
el hijo no se alzara y repusiera:
«Oh Aquiles, si tal haces, tu enemigo
soy yo. Del premio mío despojarme
quieres, porque, siendo él tan noble auriga,
el carro y los penígeros corceles
le detuvieron. Invocar los dioses
debió, y así, no el último llegara.
Si tú te dueles de él, si le amas tanto,
mucho oro guardas en tu tienda, y bronce,
y ovejas; y también esclavas tienes
y rápidos bridones. Dale un premio
aún mayor, y si te place, al punto;
porque te alabe el pueblo. Yo mi yegua
no doy. Si alguien la quiere, aquí le espero.»
Calló; y el raudo, fulgurante Aquiles
sonrióse y orgulloso del amigo,
esta palabra alada respondióle:
«Antíloco, si quieres, de mi tienda
lleve otro don Eumelo; aqueste voto
tuyo también se cumplirá. Daréle
un éneo peto, orlado en terso estaño;
peto que yo gané, de Esteropeo.
Eumelo acogerálo alborozado.»
Dijo, y al caro amigo Automedonte
mandó; del pabellón éste lo trajo [1].
Furioso contra Antíloco paróse
Menelao. Le puso el pregonero
en las manos el cetro y á las gentes
acalló. Y el Atrida deiforme:
«Antíloco, hasta ayer no más discreto,
¿qué hiciste? di. ¿Ajar mi honor? ¿mi biga
mañoso detener y adelantarte
con tus bridones, mucho más tardíos?
¡Ea! reyes y príncipes helenos,
justicia haced severa; porque nadie
de entre los dánaos lorigados diga:
«Menelao, por ser más fuerte y grande,
á Antíloco quitó la yegua en dolo;
que eran muy menos raudos sus corceles.»
Pero yo mismo juzgaré. Ninguno,
creo, me reñirá por mi dictamen;
pues recto yo seré. Vén, jovia prole,
Antíloco, delante de la biga,
delante el carro, cual el uso manda.
Párate y coge el látigo flexible
en que hostigabas los bridones, tócalos
con él, y por el dios que agita el orbe
y lo circuye, jura que doloso
mi carro no estorbaste en su carrera.»
Y respondióle Antíloco prudente:
«Repórtate: yo soy mucho más joven,
oh Atrida rey, que en años y que en fuerza
me vences. Tú lo sabes: qué de audacias
la juventud consuma y cuán violento
su pecho es y cuán frívola su mente.
Depón tus iras. Te daré de grado
lo que yo arrebatara: aquesa yegua.
Y si algo más precioso de lo mío
ahora me pidieses, yo al instante
dártelo prefiriera á no por siempre
sufrir tu desamor, prole de Jove,
y ser ante los númenes culpado.»
Así el retoño del sublime Néstor,
y condujo el bridón á Menelao.
Se lo entregó: y el alma del Atrida
refrigeróse, cual las densas mieses
en estivales horas de rocío:
así tu corazón, oh Menelao. —
Y esta palabra alígera le hablara:
«Antíloco, mis iras disipáronse.
Ni altanero ni necio antes de ahora
jamás habías sido. Devaneo
fué de la juventud. En adelante
á excelsos hombres iludir evita.
No me calmara otro varón tan presto.
Mas tú, y tu padre y el hermano tuyo
por mí tantos trabajos endurástedes.
Así de corazón yo te complazco.
Y te daré el bridón, éste que es mío.
Quiero conozcan todos que mi mente
jamás fué ni violenta ni implacable.»
Dijo y á Noemón, socio de Antíloco,

[1] Sigue un verso espurio.

la yegua dió, y alzó su recompensa:
la límpida caldera. Asió Meríones
sus dos talentos de oro: premio cuarto.
Restaba solo el quinto: la urna doble.
En medio la llevó de los helenos
Aquiles hacia Néstor y le dijo:

«Oh anciano, ves aquí el presente tuyo,
recuerdo de los juegos funerales
por Patroclo —á quien nunca entre los dánaos
volverás á mirar. Te doy de mío
este don; que ya tú ni púgil puedes
contender, ni gimnasta, ni lancero,
ni corredor: agóbiante los años.»

Dijo, y se lo entregó: tomólo ledo
aquél, hablando esta palabra alada:

«Todo es cual tú lo dices, hijo mío.
Ya los miembros flaquéanme, las plantas,
amigo; ni flexibles ya los brazos
ni válidos se mueven, desde el hombro.
¡Oh! si yo fuera joven todavía,
si íntegra mi pujanza conservase,
como cuando en Buprasio los de Epea
á Amarinceo funeral hacían,
y los hijos del rey fijaron premios.
Ninguno allí, cual yo, se levantara,
ni entre la gente epea, ni la pilia,
ni entre los de la Etolia valerosos.
Al púgil Enopida Clitomedes,
púgil yo superé; vencí gimnasta
á Anceo, oriundo de Pleurón. Á Ificlo,
el corredor, gané yo en la carrera;
en la lanza, á Fileo y Polidoro.
Fuí tan sólo vencido como auriga
por los que un mismo plaustro gobernaban
gemelos, de Actorión [1]. Uno la biga
soberbio, potentísimo rigiera;
el otro la hostigaba clamoroso.
Tal fuí yo alguna vez. Tal haced ahora,
oh jóvenes. La senectud umbría
hora me rinde; fuí campeón un tiempo.
Mas vé ya y luchas fúnebres celebra
en honor del amigo. Yo tu dádiva
recibo grato y con alegre pecho,
porque de mí, tu amigo, no te olvidas
y me honras, cual honrarme el pueblo debe.
Munificos los númenes te paguen.»

Dijo. Y el de Peleo, los loores
oídos del Nelida, atravesara
la graya muchedumbre y dispusiera
del pugilato aterrador los premios:
trajo al circo y ató un fornido mulo,
de seis años, indómito, indomable;
y destinó al vencido taza dúplice.
Y en medio al pueblo se paró y le dijo:

«Atridas, dánaos, de gallardas grebas:
dos varones, los púgiles más nobles,
á brazo alzado lidien por los premios.
El que de Febo la victoria alcance
por todos los aquivos conocida,
llévese al pabellón el recio mulo;
la doble taza del vencido sea.»

Dijo. Y un hombre hermoso, refornido,
púgil eximio: el Panopida Epeo,
saltó y tocando el mulo poderoso,
«Venga», vociferó, «quien ganar quiera
la taza. Cuanto al mulo, se me antoja
que ningún dánao púgil me lo quita
á mí, que rey de púgiles me llamo.
¿Ó no es bastante el ser mi mano imbele?
No puede en todo descollar un hombre.
Oíd: lo que os diré, veréis cumplido:
cuerpo, huesos, quebrántolo yo todo.
Ningún sepulturero ya se vaya;
que llevaréis á quien mis brazos domen.»

Dijo. Todos callaron taciturnos.
El solo Eurípalo deiforme alzóse,
el hijo del ductor Talaonida:
Mecisteo que á Tebas fuera un hora
á la pompa funérea del que triste
cayó con gran fragor: el rey Edipo.
Allí triunfó de los cadmeos todos. —
Ansioso de que Eurípalo venciera,
el astero Diomedes le dispuso
á la contienda y alentó, y ciñóle
el cinturón; le dió de buey campestre
los bien cortados cestos. Ya ceñidos,
por la palestra adelantáronse ambos.
Alzaron á la vez los brazos recios;
acometiéronse y las graves manos
chocaron entre sí. De las mandíbulas
sonó crujir medroso: de los miembros
doquier sudor brotó. Mientras Eurípalo
los ojos apartara, en la mejilla
le hirió veloz el divinal Epeo:
de aquél se desplomó el cuerpo fulgente.
Cual de la mar, por bóreas encrespada,
salta azorado el pez á playa algosa
y luego se hunde en la sombría linfa;
tal saltó, á la puñada; mas alzóle
luego en sus manos el sublime Epeo.
Los caros compañeros le cercaron;
llevároule del circo: entrambas plantas
arrastraba; corría de su boca
espeso cruor; caíase su testa.
Al aturdido en tierra depusieron:
otros la doble taza recogieran.

Presto el Pelida de tercera lucha
los premios ostentó: de cruel palestra:

[1] Siguen versos espurios.

una trípode magna, al fuego pronta,
tasada en doce bueyes por los dánaos.
Al vencedor la trípode: al vencido
una mujer, que en medio al circo puso:
labrandera, preciada en cuatro bueyes.
Paróse y tal habló á la gente helena:
«¡Ea! también luchad por este premio.»
Dijo. Se levantó el gran Telamonio,
Áyax; y Ulises, el sagaz y artero,
se levantó. Ciñéronse y marcharon
entrambos hasta el medio de la liza.
En los membrudos brazos estrecháronse:
cual vigas, por artífice sublime
de alcázar levantado bien trabadas:
antemural contra iracundos vientos.
Oprimidas crujían las espaldas
so los rigentes, vigorosos brazos;
por ellas el sudor corriera al suelo.
Acá y allá, doquier aparecían
por hombros, por costados, cardenales
en sangre purpurinos. Inflamábalos
del primoroso trípode el anhelo.
Ni Ulises á Áyax derribar podía
ni mover, ni éste la pujante fuerza
de aquél. Ya murmuraban los aqueos,
de bellas grebas. Y el grande Áyax dijo:
«¡Oh de Laertes y de Jove prole,
sagaz Ulises! álzame, ó yo te alce.
Disponga, cual le plazca, el de Saturno.»
Dijo, y lo levantó. Mas de sus mañas
Ulises no olvidado, los jarretes
batióle: disolvió sus miembros, y Áyax
cayó de espaldas, y sobre él Ulises.
Mirábanlos atónitas las gentes.
Ulises, el espléndido, constante,
en nueva lid le alzó; mas sólo un punto,
no en vilo, y se doblaron sus rodillas.
Ambos cayeron dentro al polvo juntos.
Y por tercera vez hora lucharan,
si no los detuviera Aquiles mismo:
«Parad; no os fatiguéis en la contienda.
De entrambos es el triunfo. Iguales premios
tendréis; porque también otros combatan.»
Dijo. Le oyeron dóciles. El polvo
limpiáronse y las túnicas vistieron.
Otros premios fijó de ligereza
Aquiles: una argéntea hermosa jarra
de seis medidas, que las urnas todas
eclipsaba del mundo. Fabricáranla
artífices sidonios admirandos,
con gran primor; — al puerto fué traída
á través de los mares azulados
por fenices, que á Toante la donaran;
la dió á Patroclo el Jasonida Eveno:
con ella á Licaón, hijo de Príamo,
rescatara. — Ofrecióla el de Peleo
en honra del amigo; recompensa
al que en plantas alígeras venciese.
Un grande, craso buey fijó al segundo;
medio talento de oro al postrimero.
Y levantóse y dijo á los aquivos:
«Alzad, ganad también aqueste premio.»
Dijo. Se alzara al punto el rápido Áyax
Oilida; alzóse el ingenioso Ulises;
alzóse Antíloco, de Néstor prole;
Antíloco, el primero en la carrera
de entre los jóvenes aquivos todos.
En fila puestos, la señal dió Aquiles.
De la meta lanzáronse. El Oilida
iba primero, y el fulgente Ulises
muy cerca de él, casi á la par; distaba
lo que la lanzadera va distante
del pecho, cuando rápida la arroja
una mujer de hermosa ceñidura; —
lleva el hilo á lo largo de la urdimbre,
vuela recta, cercana siempre al seno. —
Tal le seguía Ulises fulguroso.
Y en la incesante, fúgida carrera
las huellas oprimíale su planta,
antes que de la arena se cubriesen,
y el hálito por la cabeza enviábale.
Al ver sus ansias de victoria locas,
le enardecía á voces todo el pueblo.
Mas, tocando ya al fin de la corrida,
oró entre sí á Minerva, de ojos fúlgidos:
«Benigna, oh dea, en el correr acúdeme.»
Así rogó: escuchóle la Lancera[1].
Á punto ya de arrebatar el premio,
la planta de Áyax tropezó; estorbárala
Palas, do de mugientes recios bueyes,
que el corredor mató por el amigo,
la majada en acervo levantábase.
Allí cayera: se inquinó la boca
y la nariz. Venció, llevóse la urna
el claro, adamantino Laerciada;
Áyax fulgente el buey: le asió los cuernos
escupió el fimo, y tal habló á los dánaos:
«¡Ay dolor! me dañó los pies la diosa
que maternal á Ulises siempre acorre.»
Dijo. De él plácidos todos se rieran.
El postrer premio recogió sonriente
Antíloco y volvióse al pueblo, hablándole:
«Todos sabéislo, amigos: que los númenes
aun hoy la edad ensalzan. El Oilida,
poco antes de nacer yo, vino al mundo:
aquél es de anterior prosapia y sangre.
El tiempo, dícese, no le marchita.
Le vence en el correr tan sólo Aquiles.»

[1] Sigue un verso espurio.

Dijo, al raudo Pelida sublimando;
quien así respondiera á sus loores:
«Antíloco, no pierdes tu alabanza;
que otro medio talento te doy de oro.»
Dijo y lo dió. Cogiólo ledo el joven.
Trajo también al circo el de Peleo
una gran lanza, y un broquel y almete:
armas á Sarpedón arrebatadas
por Patroclo. Paróse y dijo al pueblo:
«Lidien por estas prendas los campeones.
Armados pugnen con cortantes armas,
prueben sus fuerzas ante el pueblo todo.
Quien al través hiriere de armadura
y negro cruor la floreciente carne,
tendrá este acero bel de Asteropeo,
arma en argento claveteada, tracia,
que yo le arrebaté: las sarpedonias
promedien, y daréles festín rico.»
Habló; y el prócer Áyax Telamonio
se alzó; se alzó Diomedes, el pujante.
Entre la multitud y separados
se armaron, se arrojaron al combate,
con hórrido mirar: al pueblo entero
dominó el estupor. Se acometieran
tres veces y tres veces rechazáranse.
Luego el de Telamón por la rodela
de Diomedes hundió su lanza en vano;
que el peto no pasó. Pero el Tidida
de aquél sobre la tarja poderosa
al cuello sin cesar el terso dardo
apuntaba. Los dánaos, temerosos
por Áyax, que la lucha terminara
pidieron, é igual premio para entrambos.
Al de Tideo dió la grande espada,
y vaina y bello tahalí el Pelida.
Quien trajo nuevo don á la palestra:
un disco no pulido, que arrojara
un día la de Eción soberbia fuerza; —
matóle el raudo, fulguroso Aquiles
y á aquél con el botín llevó en su nao. —
Y levantóse en medio al pueblo y dijo:
«Alzad, los anhelosos de esta lidia.
Aun al de pingües, dilatados campos
el disco bastará por cinco estíos:
no irán de hierro en busca sus pastores
á la ciudad, ni los que el suelo le aren.»
Dijo. Y el belicoso Polipetes
se irguió; se irguió la potestad grandiosa
de Leonteo divinal; irguióse
Áyax de Telamón y Epeo claro.
En hilera pusiéronse. Cogiendo
Epeo fúlgido vibrara el disco.
Lo arrojó: de él rió la gente toda [1].
Segundo lo arrojó de Marte el vástago
Leonteo; luego el grande Telamonio,
con refornida mano, y las señales
de todos traspasó. Tiró postrero
Polipetes belígero, y lanzólo
el espacio que tira entre las reses
su cayado el pastor; — vibrada vuela
lejos la vara. — Vocearon todos.
Paráranse y del fuerte Polipetes
los compañeros á las anchas naves
el premio condujeran del caudillo.
Á más, premios fijó á los sagitarios:
violáceo fierro. Diez dobles segures,
y diez hachas depuso en medio al circo.
Y muy lejano levantó de nave
con negra prora el mástil en la arena.
Y de él ató una tímida paloma
de un pie en tenue lazada, y convidólos
á flechar: «Quien la hiera, las segures;
quien yerre y corte, menos diestro arquero,
el lazo, ése las hachas llevaráse.»
Dijo; y del soberano Teucro alzóse
la potencia: Meríones alzóse,
de Idomeneo el compañero eximio.
Y agitaron las suertes y arrojáronlas
del broncíneo morrión. Saltó primero
la de Teucro; quien rápido su flecha
y con vigor tiró. Mas al rey Febo
no votó de sus greyes la primicia
en ínclita hecatombe: y la paloma
erró: con él airado estaba Apolo.
Del ave, empero, hiriera la lazada;
cortóla á par del pie la aguda flecha:
al cielo la paloma remontóse;
bajó el lazo: gritaron los aquivos.
Veloz quitó Meríones el arco
á Teucro; prevenida ya mucho antes
traía la saeta. Votó presto
á Febo flechador lauta hecatombe
de corderos primales. En la altura
la fúgida paloma por las nubes
volar, girar miró. Tiró y el ala
le traspasó. Volvió á sus pies la flecha
y en tierra se clavó. Paróse el ave
en el alzado mástil; dobló el cuello;
soltó, tendió las alas; y su vida
al punto huyó; cayó lejos del árbol.
Asombrados miraban los aquivos.
Meríones alzó las diez segures;
las hachas, Teucro, y fué á las anchas naos.
Y al circo trajo Aquiles nuevos premios:
una asta ingente; una caldera, inmune
aun de la llama, y esmaltada en flores
y preciada en un buey. Los lanzadores
de dardos levantáronse: el Atrida

[1] Por el esfuerzo que hacía para arrojar la mole.

Agamenón excelso, levantóse,
y el amigo gentil de Idomeneo:
Meríones. Y el raudo, claro Aquiles.
«Atrida», dijo, «cuánto tú descuellas
sabemos, y cuán fuerte eres y astero.
Lleva este don á los bajeles vastos.
Y demos — yo lo pienso; si te place —
al adalid Meríones la frámea.»
Calló, y el rey del pueblo obedecióle.
Y dió el Pelida la broncínea lanza;
y á Taltibio, su heraldo, dió el de Atreo,
para llevar, la primorosa ofrenda.

RESCATE DE HÉCTOR.

(Canto XXIV.)

Se disolvió la junta. Dispersáronse
por las veleras naves, anhelosos
de la cena y descanso placentero.
En tanto Aquiles al amado amigo
llorara. Conciliar no pudo el sueño,
el sueño, vencedor de todo y todos.
Mas del un lado al otro se volviera [1],
ya de bruces, de espaldas, en el lecho.
Luego dejólo; y de aflicción marchito,
por la playa del piélago vagara.
Y vió romper la aurora sobre el ponto,
por sobre la marina; y á su plaustro
uncidos los corceles voladores,
á Héctor ató tras de él, y en torno al túmulo
de Patroclo arrastróle por tres veces.
Á descansar volvió dentro su tienda,
y el muerto dejó á bruces en el polvo.
Compadecido Febo todavía
del teucro, le amparara en el arrastre
contra toda ignominia piel y cuerpo:
con la égida áurea le cubriera todo.
Tal aquél se ensañaba en el claro Héctor:
los venturosos dioses contemplábanlo
con lástima. Y al raudo Mensajero [2]
atisbador enviaron: que sin mora
sustrajese el cadáver del Priamida.
Así todos; empero no Saturnia,
ni Neptuno, ni Palas ojinítida;
quien odiaban, por Paris delincuente [3],
á la sagrada Ilión, su rey, su pueblo,
como el día del crimen, implacables.
Lució por vez duodécima la aurora,
y entonces Febo habló á los inmortales:
«Hórridos sois, oh dioses, y funestos.
¿Qué? ¿nunca os ofreciera en holocausto
Héctor muslos de toro y lauta cabra?
Y hora ni á su cadáver dais amparo,
porque le vean su mujer, su madre,
la prole, el padre Príamo, los pueblos;
y le abrasen veloces en la pira
y honores funerarios le consagren.
Gozáis en escudar al fiero Aquiles,
oh númenes, al hombre en cuya mente
no anida la equidad y á quien no late
corazón dentro al pecho levantado;
hombre feroz, cual león de fuerza henchido,
de empuje soberano, quien, famélico,
de los mortales el ovil asalta.
Tanto es impío y sin rubor [4] Aquiles.
Otros á más queridos muertos lloran:
á un hermano carnal ó bien á un hijo,
y fin á su tristeza y lloro ponen;
que alma paciente al hombre dió la parca.
Mas éste, tras robar la dulce vida
á Héctor flamante, le ata á sus bridones
y de la tumba en derredor le arrastra
del caro amigo. ¡Espléndido despique!
¡noble furor! Será terco su brío;
mas de nosotros la venganza tema:
ciego profana el mudo [5] polvo de Héctor.»
Y dijo airada la de níveos brazos:
«Sea cual dices, numen de arco argénteo,
si merecen igual honor entrambos.
Mujer amamantó al mortal Priamida;
Aquiles ha nacido de una dea,
á quien nutrí solícita yo misma.
Con Peleo, delicia de los dioses,
la desposé. Los del Olimpo todos
al banquete vinisteis de sus nupcias;
entre ellos tú, y la cítara tañendo, —
tú, oh gran felón y amigo de malvados.»
Y Jove, rey de tormentosas nubes:
«No te enfurezcas fiera con los divos,
oh Juno: desiguales los honores
de ambos serán. Aunque es Héctor, el héroe
también de las deidades muy amado,
entre los hombres de Dardania todos,
cual lo es de mí; que nunca él me negara
bellas ofrendas, de mi altar honores:
común festín, libamen, hostia fúmida.
Su cadáver robar, á hurto de Aquiles,
no es dado: Tetis día y noche vélalo.
Si algún dios la llamara, le diría
que, discreta, al Pelida persuadiese
dar por dones á Príamo el cadáver.»
Lo dijo; y arrojóse mensajera
Iris, de planta rauda cual los vientos,
por entre Samos é Imbros escarpada,
al negro mar; sonaron sus cristales;
en el abismo hundióse, cual el plomo,

[1] Siguen versos espurios.
[2] Mercurio.
[3] Siguen versos espurios.
[4] Sigue un verso espurio.
[5] Insensible.

á la defensa[1] del anzuelo córnea,
dura, bovina unido; — vase á fondo
para perder los deshambridos peces. —
Halló á Tetis en antro dilatado,
sentadas las marinas deas todas
en su redor. De la intachable prole
lloraba la desdicha: le debía
ver sucumbir en la glebosa Troya,
lejano de la patria. Aproximóse
Iris, de planta alada, hasta á par de ella:
«Vén, Tetis, á la voz del rey eterno.»
Y el numen de las plantas argentinas:
«¿Qué me quiere el gran dios? Me ruborizo
de ir á los inmortales; cruel congoja
desgárrame. Mas voy: su voz impera.»
Diciéndolo la flor de las deidades,
cubrióse en veste negra, de negrura
sin par. Y fué veloz. La precedía
Iris, de planta, cual los vientos rauda.
Delante de ella las marinas ondas
se abrían, retirábanse; ascendieron
del piélago y volaron al Olimpo.
Allí encontraran al tonante Jove;
en torno de él sentados, todos juntos,
los ventureros númenes eternos.
Á par sentóse del Saturnio padre
Tetis: cedióle Palas; dióle Juno
bello, áureo póculo, entre blandas voces.
La dea lo aceptó, bebió. Y les dijo
el padre de los hombres y los dioses:
«Venido has al Olimpo, diva Tetis;
bien que devoras amargura inmensa;
yo lo sabía; te llamé, con todo,
para decirte que los dioses rifan
ya días nueve por el cuerpo de Héctor
y por Aquiles, de ciudades ruina.
Al atisbante, raudo Mensajero
apresurar querían, que el cadáver
celara. Pero dejo yo al Pelida
la gloria de entregarlo; se la dejo
por ti, de mi inmutable amor en prenda.
Al campo vuela; al hijo tuyo anuncia
que están con él airadas las deidades,
y más que todos, yo, porque retiene
con insano furor el cuerpo de Héctor
en los corvos bajeles y rescate
por él no coge. Díle que me tema
y por precio lo dé. Al excelso Príamo
Iris por mí mandada irá, que ordene
vaya él mismo á las naves aquileas
por redimir del hijo caro el cuerpo,
y doblegue munífico al Pelida.»
Dijo, y la diosa de argentina planta
no desoyó su voz. Precipitóse
de las olimpias cimas y á la tienda
voló del hijo; á quien halló entregado
á su dolor. En torno los amigos
la comida afanosos prevenían.
Grande oveja lanígera mataban,
dentro del pabellón. Á par sentóse
de él su alta madre, acarició le alada:
«¿Hasta cuándo laceras, hijo mío,
tu corazón en ansia despiadada,
y de tu pan te olvidas y del lecho?
¿Por qué ya de tu tálamo no gozas?
Muy poco vivirás; impío sino
te aguarda y muerte próxima, volante.
De Jove nuncia presurosa vengo:
que están contigo airadas las deidades
y más que todos él, porque retienes
con insano furor el cuerpo de Héctor
en los corvos bajeles y rescate
por él no coges. Dálo; acepta el precio.»
Y respondióle el corredor Aquiles:
«Sea. Quien lo rescate, lleve al muerto,
si imperioso lo manda Jove mismo.»
Tal en medio las naos departieran,
en alados acentos, hijo y madre.
Á la sagrada Ilión envió el Saturnio:
«Vé, Iris alígera; tu vuelo tiende
hacia Dardania, porque al grande Príamo
nuncies vaya á las naves aquileas,
por rescatar del hijo caro el cuerpo,
y doblegue munífico al Pelida;
que parta solo, sin ningún iliense;
vaya con él un pregonero anciano,
que los mulos y el leve carro guíe
y al muerto por el claro Aquiles traiga.»[2]
Dijo; y la diva, rauda, cual los vientos,
á Príamo llegó. Doquier sonara
llanto y gemir. Los hijos en el atrio
sentados en redor del padre estaban,
húmidas por las lágrimas sus vestes.
Del manto envuelto con estrechos pliegues,
cubierta en tierra inmunda la cabeza,
cubierta la cerviz — él las llenara
por sus manos, al retorcerse en tierra —;
así sentado estaba allí el anciano.
Las hijas sollozaban y las nueras
á través del alcázar, recordando
á tantos héroes, que yacían muertos,
arrebatados por la mano helena.
Del Saturnio la enviada, á par de Príamo
Detúvose y habló le en voces tenues
— el cuerpo todo le tembló al anciano —:
«Oh Dardanida Príamo, no temas.

[1] Contra la mordedura de los peces, al tragar el anzuelo.
[2] Siguen versos espurios.

¡Ánimo! Yo no traigo fatal nuncio;
vengo benévola, de Jove enviada.
Bien que de ti lejano, él se lastima
de tus males, angústiase por ellos.
Él manda que rescates á Héctor divo
y doblegues munífico al Pelida;
que partas solo, sin ningún iliense;
vaya contigo un pregonero anciano,
que los mulos y el leve carro guíe
y al muerto por el claro Aquiles traiga.» [1]
Dijo Iris, la de planta voladora,
y partió. Príamo ordenó á sus hijos
el móvil plaustro aderezar de mulas,
afianzado el arcón en él por lazos.
Él mismo fué á su tálamo fragante,
alto, cedrino, de preseas lleno.
Á la esposa Hécuba llamó y le dijo:
«¡Oh mísera! de Jove un nuncio viene:
él me manda ir á las aquivas naos,
por rescatar del hijo caro el cuerpo;
me manda plaque en dones al Pelida.
Dí, ¿plácete el mandado? Mueve á mi alma
anhelo de ir al vasto argivo campo.»
Repuso la mujer entre sollozos:
«¡Triste de mí! ¿dó está la que las gentes
extranjeras y propias celebraban
prudencia tuya? ¿Qué? ¿osas solitario
avecinarte á las helenas naves,
á vista del varón que tantos hijos
y tan intrépidos te arrebató? ¿Qué? ¿tienes
de hierro el corazón? Si te mirare
en su poder ese hombre sanguinario,
fementido, no esperes que se duela
de ti ni te respete. Aquí sentados
en el hogar, de lejos llorarémosle.
Tal, cuando á luz le di, la cruda parca
su destino hilaría: que, lejano
de sus padres, los perros corredores
saturase, á la faz del hombre fiero; —
á quien yo el corazón despedazara
con los dientes, entero, vengadora
del hijo mío justa; que no ha muerto
cual ruin, sino en defensa de los dárdanos
y dárdanas, de seno floreciente,
sin temblar, sin llamar en su socorro.»
Le respondió el anciano deiforme:
«No me detengas; ir yo quiero; guárdate
de ser ave fatídica en mi casa
tú misma. No te cedo. Si algún hombre
me lo mandara: algún augur, arúspice
ó sacerdote, engaño le llamáramos
con gran desdén. Mas hora hablóme un numen;
por mis ojos la vi; parto: no hay dolo.
Y si de los con bronce armados dánaos
en las naves morir es mi fortuna,
¡sea! Máteme al punto el de Peleo,
con mi hijo yo abrazado, harto de lloro.»
Tal habló, y levantó de los arcones
las pulcras tapas: de ellos doce peplos
primorosos alzó, clámides parvas
doce, doce tapetes, ricas togas
doce, otras tantas túnicas. Alzara,
pesando, diez talentos de oro enteros;
trípodes tersas dos, calderas cuatro
y un póculo radioso; que la Tracia
cuando allá mensajero fué el anciano,
le consagrara: dádiva sublime. —
De redimir la amada prole ansioso,
no perdonó esta joya de su alcázar. —
Y los teucros lanzó del atrio todos
con voces de amenaza vehementes:
«¡Alto, lejos de aquí, plebe villana!
En vuestro hogar ¿no hay lástimas bastantes
que vos también venís á darme angustia?
¿Poco os parece que el Saturnio Jove
me torture, quien perecer dejara
al mejor de mis hijos? Mas vosotros
también lo palparéis: que los de Acaya
faltando aquél, os matarán más fáciles.
Empero, antes de ver á Ilión derruída
y escombros hecha, parta yo al averno.»
Lo dijo, y con el cetro dispersólos:
retiróse del pórtico la turba,
ante el mandar premioso del anciano.
Quien con voces llamó vituperiosas
á Heleno, Paris, Agatón fulgente,
Pamón, Antífono, al radioso Día,
á Hipótoo, Deífobo, Polites,
el gran voceador de las batallas.
Á estos sus hijos increpó el anciano:
«¡Prontos ahora, malhadada prole,
mi deshonor! ¡Oh, si vosotros todos
en la velera flota de los dánaos
cayerais en vez de Héctor! Hijos héroes,
¡triste de mí, sin par desventurado!
engendré yo en Dardania dilatada:
todos ellos no son. El divo Méstor
cayó; cayó el auriga osado, Troilo;
Héctor cayó; que, un dios, se levantara,
cual si retoño de deidad, no de hombre.
Mavorte los mató. Les sobreviven
todos estos menguados, burladores,
saltarines, lumbreras de la danza,
ladrones intestinos de corderos
y de cabritos. ¡Qué! ¿ni el carro y todo
para partir me prevendréis á la hora?»
Dijo; y medrosos del clamor paterno
alzaron desde el pórtico los hijos

[1] Siguen versos espurios.

el plaustro nuevo, rápido, de mulas,
vistoso. El arca atada en él, bajaron
de la sobina el mular yugo búxeo [1],
de aros firmes, y á par de él descolgaran
el correón, largo de nueve codos.
Del pértigo pulido en la virola
diligentes pusiéranlo y juntaran
con la clavija el aro; ataron éste
por los del yugo anillos superiores
tres veces de ambos lados, y tiraron
de la atadura, y en estrecho nudo
sus puntos religaron. Desde el tálamo
al carro hermoso el incontable precio
del hectóreo cadáver allegaran.
Y las volantes, tiradoras mulas —
espléndido presente que los misios
en otro tiempo á Príamo donaran —
uncieron. Y la biga que nutriera
en gentil cuadra el rey, al plaustro ataron.
El heraldo la ató y atóla Príamo:
los dos varones, alma de las juntas;
en el sublime alcázar la ligaron.
Cuitado el corazón, la taza de oro,
llena de vino alegrador del pecho,
Hécuba les traía en la derecha,
para, antes de partir, libar á Jove.
Frente á la biga se detuvo y dijo:

«Coge la taza y al Saturnio ofrenda,
y ruégale que á Ilión él te retorne
de entre los enemigos; ya que ansías
ir, mal mi grado, á las helenas naves.
Invoca á Jove tonador ideo,
que mira la Dardania toda, y pídele
que, en presagio feliz, envíe el ave,
su mensajero rápido; á quien ama
sobre las aves todas, que campea
entre ellas poderosa; porque vayas,
por su vista, confiado en él, al campo
de los dánaos, alígeros aurigas.
Empero si su nuncio no mandare
el dios grandísono, ir al campo grayo
jamás te dejaré, bien que lo anheles.»

Y respondióle Príamo deiforme:
«No desoiré, oh mujer, tu voz: es bello
de piedad en demanda orar á Jove.»

Dijo el anciano, y porque puras linfas
en sus manos vertiese, á la doncella
guardiana del hogar llamó; quien vino,
la aljofaina y el cántaro en las manos.
Purificóse y recibió la copa
que la consorte le brindaba; al medio
del atrio fué, libó la taza y dijo,
mirando al cielo, en suplicantes voces:

«Oh Jove, oh dios de gloria y de grandeza,
ideo soberano, da que gracia
y compasión encuentre ante el Pelida.
Envíame tu raudo nuncio: el ave
tuya, entre los volátiles dilecta,
entre todas potente. Haz que la mire
próspera nuncia, porque vaya impávido
de los aurigas dánaos yo á las naves.»

Así clamó, y Saturnio soberano
sus ruegos escuchó: mandóle al punto
un águila real, rapaz obscura:
la negra. Todo cuanto se abre vasta
de un alto tálamo la firme puerta,
en el hogar de un hombre poderoso,
tanto sus alas dilataba aquélla.
Á la diestra cernerse en arduo vuelo
la vieron sobre Troya: se alegraron
y el corazón se solazó de todos.
El anciano saltó en el terso plaustro;
voló á través del atrio resonante;
por la puerta voló. Le precedían
las mulas con el carro tetraciclo,
del belicoso Ideo conducidas.
Hostigaba el anciano sus corceles
por en medio de Ilión. Tras él corrían
doquiera sollozantes los amigos;
cual si le vieran ir hacia la muerte.
Atravesaron la ciudad; vinieron
al llano; y retornó la amiga turba:
hijos, yernos. Mas Jove altitonante
de ellos, que recorrieran la llanura,
no se olvidó. Dolióse del anciano,
y al caro hijo Mercurio en prestas voces:

«Hermes, en conducir á los mortales
y su ruego escuchar tu alma se goza:
vé presuroso y á los anchos leños
de la Hélada en tal suerte guía á Príamo,
que, antes que llegue al hijo de Peleo,
ni le vea ni sienta ningún dánao.»

Dijo, y dócil el raudo Mensajero
so las plantas atóse con presura
bellas, áureas, ambrósicas sandalias;
que por sobre los piélagos le llevan
y por sobre la tierra desmedida,
volador, cual las ráfagas del viento.
Y cogió el caduceo, en que fascina
de los mortales á placer los ojos,
los adormece y los despierta luego.
Llevábalo en las manos y volaba
el rápido, potente Mensajero.
Á Ilión llegó veloz y al Helesponto.
Y en forma de mancebo pubescente,
regio, flor delicada, encaminóse.

Cuando aquéllos pasaron en su curso
de Ilo el ingente túmulo, las mulas

[1] de boj.

y la biga en las márgenes del río,
porque su onda bebieran, detuvieron; —
ya la tierra velaban las tinieblas.
Descubrió al dios de cerca el pregonero
y voces dió, volviéndose al anciano:
«Ve, Dardanida; es menester prudencia:
á ese hombre mira; creo que la muerte
nos viene á dar. Huyamos en el plaustro;
ó á sus plantas piedad le demandemos.»
Dijo. Aterróse el alma del anciano;
retembló, se erizó, se heló su cuerpo.
Paróse pavorido. Aproximárase
el dios benéfico; su mano asiera.
«¿Dó vas», le preguntó, «con esta biga,
con estas mulas, padre, en altas horas,
á través de la noche perfumada,
en que reposan los demás mortales?
¿No temes tú á los impetuosos dánaos
que cerca están de ti enemigos crueles?
Si alguien de ellos te viera con tesoros
tantos entre las sombras pavorosas,
¿qué sentirías tú? Ya no eres joven,
y anciano es ése que contigo traes.
¿Cuál defenderos de adversarios hombres?
Yo ningún mal te haré; seré tu amparo;
que á mi padre querido te asemejas.»
Le respondió el anciano deiforme:
«Es verdad, hijo mío, lo que dices.
La mano me protege todavía
de un dios que augurio tan feliz me manda:
un compañero como tú, prodigio
de esbeltez, discreción y de hermosura,
¡oh vástago de padres venturosos!»
Y respondióle el raudo Mensajero:
«Cumplidas son, anciano, tus razones.
Mas dime — nada celes — ¿fuera llevas
y salvas tus más ricas joyas todas?
¿Ó ya abandona temeroso el pueblo
á la sagrada Ilión? Pues su baluarte
cayó, la prole tuya, el victorioso.»
Y Príamo, el anciano deiforme:
«¿Quién eres, oh mi amigo? ¿quién tus padres?
que de la muerte infortunada me hablas
del hijo triste en tan hermosas voces?»
Y el rápido, fulgente Mensajero:
«Por el espléndido Héctor me preguntas,
anciano; tú me sondas. Yo le viera
muchas y muchas veces por mis ojos
en la batalla, gloria de los hombres.
Le vi cuando arrojaba á los navíos
las gentes de la Acaya en bronce agudo
entre sangriento, aterrador estrago.
Atónitos mirábamos nosotros;
que batallar no nos dejaba Aquiles,
airado contra el rey. Soy del Pelida
yo compañero; un mismo fuerte leño
nos trajo; mirmidón soy; es mi padre
Polictor, opulento y de tus años.
Soy de sus hijos siete yo el postrero.
En suerte me tocó venir á Troya.
Hora me adelanté por la llanura;
pues trabarán la lid de Ilión en torno
los aquivos, de rútila mirada,
al romper de la aurora. El ocio cánsalos;
sus bríos ya frenar no puede el cetro.»
Y Príamo, el anciano deiforme:
«Si eres amigo del Pelida Aquiles,
¡oh! dime toda la verdad: ¿el cuerpo
del hijo mío todavía existe?
¿ó lo arrojó á los perros destrozado?»
Y el rápido, luciente Mensajero:
«Oh anciano, ni los perros ni las aves
lo han devorado; yace junto al barco
de Aquiles, en la tienda: yace entero,
há doce auroras, é íntegra su carne
está; ni le devoran los gusanos,
que en los muertos se ensañan de la guerra.
Del caro amigo en torno de la tumba
todos los días sin piedad le arrastra,
al despuntar de la esplendente aurora;
mas no le ultraja. Te asombrara verlo
yacer, cual flor cubierta de rocío;
sin mácula de polvo ni de sangre;
cicatrizadas las heridas todas,
cuantas el bronce le infirió profundas.
Tal, aun después de muerto, el hijo tuyo
guardado es de los númenes felices,
que velaron en vida sobre él tiernos.»
Dijo. Alegróse y respondió el anciano:
«¡Cuán bueno es, oh mi amigo, dar ofrendas
como los inmortales las merecen!
Jamás el hijo mío — ¡si fué un día!... —
se olvidó en su mansión de los olimpios.
Así, también se acuerdan de él los dioses
hasta en el infortunio de la muerte.
Mas ¡ea! toma aqueste bello póculo,
porque me escudes, guíes, con los divos,
hasta la tienda del Pelida Aquiles.»
Y el ángel volador de las deidades:
«En balde, cual á joven, tú me tientas,
oh anciano, con presentes, á hurtadillas
del Pelida. Y yo temo, mi alma tiembla
de su venganza, si sus dones mermo.
Tu guía yo seré; — te condujera
hasta Argos, la famosa, cuidadoso
ya por bajel velero, ya por tierra;
y nadie al lado mío te dañara.»
Dijo el numen benéfico y al plaustro
se alzó veloz, veloz cogió el azote,
cogió el rendaje y derramó en la biga
y en las mulas empuje soberano.
Cuando al muro llegaron de las naves

y al foso, disponían ya la cena
los centinelas. Infundióles sueño
el raudo Nuncio á todos, y la puerta
descerrajó. Pasó por ella á Príamo,
pasó el carro de dones fulgurosos.
Á la tienda vinieron del Pelida,
la excelsa; que de abeto fabricaran
los mirmidones á su rey. El techo
de cálamo palúdico, velloso
hicieron y en redor un atrio vasto
de robusta, densísima estacada.
Era defensa sola de la puerta
una trabe de abeto gigantina,
que tres hombres helenos gobernaran
ó el solo Aquiles. Hermes, el benéfico,
la abrió al anciano y los lucientes dones
del corredor, y saltó en tierra y dijo:

«Oh anciano, un inmortal es quien te ha guiado:
soy Hermes; envióme á ti mi padre;
á él vuelvo. Presentarme ante el Pelida
no quiero: un dios amar á los mortales
no debe tan visible. Tú á las plantas
de Aquiles vé á postrarte, y por su padre,
la madre, excelsa en trenzas, por su niño
suplícale y ablanda así su pecho.»

Dijo Mercurio, y tornó al alto Olimpo.
Á tierra Príamo saltó del carro.
Con bridones y mulas quedó Ideo,
frenándolos. Y recto fué el anciano
al pabellón do reposaba Aquiles,
predilecto de Jove. Allí sentados
estaban lejos de él los compañeros.
El campeón Automedonte y Álcimo,
de Mavorte retoño, sólos ellos,
servíanle, y solícitos. Á la hora
de terminar la cena entró el anciano:
ya no comía el héroe ni bebía;
aún permaneciera ante él la tabla.
Nadie vió entrar á Príamo sublime;
quien se acercó al Pelida y abrazóle
las rodillas, besándole las manos;
las manos aterrantes, matadoras,
que á tantos hijos suyos muerte dieran.
Cual á un hombre manchado con un crimen
de sangre, cuando viene, fugitivo
de su patria, al hogar de un potentado,
estupefactos le contemplan todos;
así mirara á Príamo deiforme
Aquiles asombrado. Y asombrados
los demás le miraban y mirábanse.
Y suplicante díjole el anciano:

«Oh divinal Pelida, de tu padre
acuérdate, que huella el triste limen,
cual yo, de la vejez. Pueblos vecinos
también le angustian por ventura, y nadie
ni á vindicarle, ni á salvarle se alza.
Pero si aquél oyere que tú vives,
gozará su alma, ansiosa día y noche
de ver tornar al hijo predilecto.
Empero yo, mil veces infelice,
hijos campeones engendré en Dardania,
la anchurosa, y ninguno ya me queda.
Eran cincuenta, al arribar los dánaos.
Nacieron diecinueve de una madre;
y los otros, de regias concubinas.
Á muchos de ellos Marte furibundo
quebrantó las rodillas. Uno solo
quedábame: el baluarte de su pueblo,
y baluarte de Ilión; á quien, há poco,
mataras, escudando él á su patria:
¡Héctor! Por él vengo á la flota helena,
de tu poder á redimirle en dones
de precio inmenso. Á las deidades teme,
y compadécete de mí, oh Pelida;
Rememora á tu padre. Soy más mísero
yo, que sufro una pena, acaso nunca
de otro mortal sentida en este mundo:
besar la mano que mató mis hijos.»

Lo habló; y movió en el alma del Pelida
lágrimas por su padre. Del anciano
asió las palmas blandamente Aquiles
y le apartó de sí. Lloraban ambos
entre sollozos: Príamo á las plantas
de aquél se retorcía, sollozando
por Héctor, el terror de la batalla:
mas por el padre y por Patroclo Aquiles.
Sonó á través del pabellón su lloro.
Saciado de lamento el héroe fúlgido [1],
del trono se paró; cogió la mano
de Príamo; le alzó; compadecióse
de sus canos cabellos, cana barba,
y tal le habló en palabra voladora:

«¡Ah, malaventurado, mil dolores
el corazón te agobian! ¿Cuál osaste
venir á nuestras naves solitario,
á la presencia del varón que muchos,
que esclarecidos hijos te matara?
Tienes de fierro el pecho. Pero siéntate
en ese trono, y nuestras cuitas todas
olvidemos: vana es la triste pena.
Á vida de dolor han condenado
los dioses á los flébiles mortales;
mientras viven dichosos ellos mismos.
En el umbral de Jove hay dos toneles
de los dones que dan: uno de males,
de bienes otro. Aquel á quien los mezcla
Saturnio tronador, ése ora cae,

[1] Sigue un verso espurio.

ora prospera. Mas si coge el numen
un signo humano del tonel funesto,
el hombre á quien lo da, vive en afrenta.
Miseria horrífica á través le arroja
de la tierra sagrada. Va errabundo
sin que le honren ni dioses ni mortales.
Así, á Peleo dádivas fulgentes
desde la cuna dieran. Descollaba
próspero, rico, entre los hombres todos,
rey de los mirmidones. Á una dea,
siendo él mortal, los númenes le unieron.
Pero también le mandó el dios desdicha:
herederos de alcázar y grandezas
no tuvo, sino un hijo, destinado
á prematura muerte. Así, no puedo
en su vejez por él velar; y en Troya,
lejano, muy lejano de la patria,
vago para tu mal y el de tus hijos.
Que tú también dichoso fuiste un día
es fama, anciano, y que, de bienes rico
y de prole, excediste á cuantos moran
dentro á los anchos límites de Lesbos,
isla de Mácar, y las frigias lindes
y cuanto, inmenso, el Helesponto baña.
Mas desque los olímpicos te enviaron
este infortunio, miras sólo lides
en torno á la ciudad, y sólo muertos.
¡Paciencia, anciano! Á la aflicción no rindas
tu pecho. Nada te aprovecha el llanto
por tu hijo, que á la vida no le vuelves;
antes bien tus pesares acrecientas.»

Y respondió el anciano deiforme:
«No me mandes, oh prole del Saturnio,
sentar, mientras yace Héctor en tu tienda
insepulto. Devuélvelo al instante,
porque yo con mis ojos lo contemple.
Acepta el que te traigo gran rescate.
Gózalo, y pues de mí te has apiadado[1],
al patrio suelo con ventura tornes.»

Torvo miróle el corredor Aquiles:
«No más ya enciendas mi furor, oh anciano;
de mío te entregara yo el cadáver;
que mensajera desde Jove vino
del viejo rey de piélagos la prole:
mi madre misma. Y sé también, oh Príamo,
todo lo sé: que un dios te ha conducido
á las veleras naos de la Acaya.
Pues ningún hombre, ni el más férreo mozo,
venir osara al campo; ni burlara
las guardias; ni la trabe de mis puertas
fácilmente moviera. Así, no irrites
aun más en medio á su dolor mi mente.
No sea que yo en ti las manos ponga,
con ser tú de mi hogar un suplicante,
y del Saturnio los mandatos rompa.»

Lo dijo; y el anciano obedecióle
medroso. Por la puerta de la tienda
saltó, como león, el de Peleo;
no solo, que con él fueron dos socios:
el adalid Automedonte y Álcimo,
sus más queridos compañeros de armas,
después del Menecida, ya cadáver.
La biga y mulas desuncieran ellos.
Al heraldo canoro del anciano
á la tienda llevaran y sentáranle.
Y de la testa hectórea el precio inmenso
trajeron desde el plaustro primoroso.
Para envolver al muerto y conducirle,
dejaron una túnica preciosa
y togas dos. Aquél llamó las siervas
y el cuerpo de Héctor les mandó lavaran
y lo ungieran, lejanas de la tienda,
sin que al hijo ver Príamo pudiese;
porque el pesar su furia no inflamara,
y al corazón doliente del Pelida
ella irritase, hasta dar, criminoso
contra el Saturnio, á Príamo la muerte.
Laváronle y ungieron las doncellas
en óleo; con la clámide gallarda
y túnica veláronle: lo puso
Aquiles mismo en funerario lecho,
y en él lo alzaron al bruñido plaustro.
Gimió el Pelida por su caro amigo:

«Contra mí no te encones, oh Patroclo,
si en la región supieres del averno
que yo, por honrosísimos presentes,
di al padre amante el cuerpo de Héctor claro.
Contigo noblemente partirélos.»

Dijo; tornó á la tienda el divo Aquiles;
volvió á su solio, de labores ricas,
en el opuesto muro, y dijo á Príamo:

«Está, cual lo deseas, rescatada
tu prole, anciano, y en mortuorio lecho
yace. Verásle y llevarás contigo,
del alba al despuntar. Hora cenemos;
que también se acordó de comer Niobe,
el día que en su alcázar perecieron
sus vástagos: seis hijas y seis hijos,
en la flor de los años. Derribara
á éstos, airado contra Niobe, Apolo,
en arco argénteo; y la flechera Diana,
á aquéllas, porque igual ser á Latona,
bella en mejillas, pretendió la reina:
llamó á la dea, de dos hijos madre:
y á sí misma, de muchos. Mas los muchos
por los dos fueron derribados todos.
En su sangre nadantes insepultos
yacieron nueve días; que á los pueblos

[1] Sigue un verso espurio.

petrificara[1] el hijo de Saturno.
Los dioses del Olimpo al día décimo
ardiéronlos. Pero del pan aquélla
se acordó, tras del fatigoso llanto[2].
Pensemos, pues, en pan también nosotros,
oh anciano refulgente. Al hijo caro
después gemir podrás, cuando le lleves
á Ilión; raudal te arrancará de lloro.»
Dijo el veloz Pelida; alzóse presto
y degolló nevada, argéntea oveja;
la despojaron de la piel los suyos;
la destrozaron pulcros, diligentes;
y diligentes, pulcros, puesta al fuego
en asadores, bien la asaron toda;
y de llamas y fierro desprendiéronla.
El pan Automedonte por la mesa
fué repartiendo, en canastillo hermoso;
la carne, Aquiles: de la grata cena
anhelosos gozaron. De manjares
y vino saturados, admiraba
al de Peleo el Dardanida Príamo:
su majestad, belleza divinales;
y á Príamo, de Dárdano, el Pelida,
fijos los ojos en su faz augusta,
atento á su palabra embelesado.
Mientras así gozosos se miraban,
á hablar rompió el anciano deiforme:
«Dispón presurosísimo mi lecho,
oh prole del Saturnio; el sueño dulce
también ya disfrutemos. Desde el día
en que mi prole sucumbió á tus manos,
no se cierran mis párpados un punto.
He gemido sin fin y devorado
mil amarguras, dentro al atrio mío
en la sórdida tierra retorciéndome.
Hoy por primera vez de nuevo como
y la garganta en fulguroso vino
refrigero; bocado no gustaba.»
Lo dijo; y mandó Aquiles á los suyos
y á las doncellas colocar dos lechos
con hermosos, purpúreos cobertores,
dentro del pórtico, y poner tapetes
y gruesas, blandas clámides sobre ellos.
Salieron del alcázar las doncellas,
con teas encendidas en las manos.
Prestas, solícitas, entrambos lechos
aderezaron. Y en festivas voces
habló el Pelida corredor á Príamo:
«Afuera dormirás, querido anciano,
para estorbar la entrada á los caudillos;
que, por deliberar sobre milicia,
mi pabellón frecuentan. Si te viese
alguno en medio á las nocturnas sombras,
terríficas, aladas, al Atrida,
pastor del pueblo, al punto lo nunciara,
y acaso retardárase el rescate.
Hora di la verdad; nada me celes:
¿cuántos días honores funerales
rendir deseas al espléndido Héctor,
porque en tanto reposen nuestras armas?»
Le respondió el anciano deiforme:
«Si tiempo dar de funeraria pompa
en honra quieres al lucífero Héctor,
mi corazón solazarás, Aquiles[3].
Días nueve en la casa le lloráramos;
al décimo encendiéramos la pira,
convite fúnebre tendría el pueblo;
al undécimo hiciéramos la tumba;
tornara al duodécimo la guerra,
si su tornar el hado dispusiese.»
Y el rutilante, corredor Aquiles:
«Sea también así, oh anciano Príamo:
el tiempo que pediste, no habrá lucha.»
Exclamó y á raíz cogió la diestra
de aquél, porque su fe no vacilase.
Príamo y el heraldo discretísimos
en el vestíbulo durmieron ambos:
en lo interior del pabellón hermoso,
Aquiles y la rútila Briseida.
Dioses y hombres guerreros reposaron,
dados toda la noche al blando sueño.
Á él no se doblegó el benéfico Hermes:
pensaba dentro el alma y reflejaba
cómo reconducir al soberano
por entre los bajeles, eludiendo
á las sagradas guardias. Acercóse
del rey á la cabeza y tal le dijo:
«Oh anciano, ¿tú no temes, que placible
duermes entre enemigos, tras dejarte
con vida Aquiles? En ingente precio
al hijo amado rescatar pudiste.
Mas, si supiere Agamenón Atrida
que estás aquí tú y lo supiere el pueblo,
te cogerán y habrán de dar tus hijos
por ti tres veces más crecido precio.»
Dijo. Temió el anciano y al heraldo
despertó: uncio la biga, uncio las mulas
el dios y raudo por el campo guiólos:
nadie los vió. Del río en ondas bello[4]
arribaran al vado. Remontóse
allí Mercurio al encumbrado Olimpo.
Y fulguró por el inmenso mundo
la aurora de oro. Á la ciudad venían
entre ayes y sollozos en el carro;
el muerto, en el de mulas. Nadie viólos,
ni varón, ni mujer noble, ceñida,

[1] Hipérbole. [2] Siguen versos espurios. [3] Siguen versos espurios.
[4] Sigue un verso espurio.

venir, sino Casandra: una áurea Venus.
Vió desde las pergámicas alturas
al caro padre erguido sobre el plaustro;
vió al de Troya canoro pregonero.
Y divisó en el carro de las mulas
á aquél yacer, en funerario lecho.
Por toda la ciudad gimió clamando:
«Venid á ver, oh teucros, oh troyanas;
si alguna vez, al retornar del campo,
él os llenó de gozo; que él de Troya
era y del pueblo todo prez y júbilo.»
Así decía; y en Ilión entera
ni hombre quedóse ni mujer alguna
dentro al hogar. Congoja inenarrable
á todos agitó. Cabe la puerta
se reunieron al ductor del muerto.
Delante todos, su consorte amada,
su alta madre, arrancábanse el cabello;
se abalanzaron sobre el carro hermoso,
y la cabeza de Héctor estrecharon;
estaba en torno la llorosa turba.
Y lloraran, gimieran todo el día
hasta el caer del sol, si desde el carro
el anciano á los dárdanos no hablara:
«Dejad pasen las mulas. Cuando llegue
á mi morada, os hartaréis de lloro.»
Así dijo. Se abrieran; pasó el carro.
Cuando vinieron al insigne alcázar,
en lecho colocaron primoroso
el cadáver y á par de él los cantores,
que trenos entonaran. Prorrumpieron
en flébiles endechas los cantantes,
y á la vez en lamentos las mujeres.
Estrechada en su seno la cabeza
de Héctor terrífico, rompió en sollozos
la esposa Andrómaca, de brazos níveos:
«¡Oh mi consorte, en flor segado, viuda
me dejas en tu hogar! ¡Y nuestro niño,
el tuyo, el mío! ¡pobres de nosotros!
¡tan tierno todavía! — Y yo no creo
que llegará á la juventud. Escombros
esta ciudad antes será: cayera
su providencia, y defensor y arrimo
de sus tiernas esposas, niños tiernos.
Pronto las llevarán en anchas naos;
á mí, con ellas. Y tú irás conmigo,
infante, esclavo de amo sin entrañas;
á la labor irás, á la ignominia.
Ó bien, de un brazo asiéndote un aquivo,
á muerte horrenda desde la alta torre
te arrojará colérico en venganza
de algún hermano, padre ó de algún hijo,
muertos por Héctor; quien postró mil dánaos
y el polvo de la tierra inmensurable
morder los hizo; que tu padre no era
perdonador en la feroz batalla.
Por esto llórale Dardania toda.
Indecible aflicción, llanto indecible
eres para tus padres, Héctor; lo eres
más para mí, á quien dejas entregada
á infinito pesar. Tú no estrechaste
desde el lecho mi mano moribundo,
ni palabra preciosa me dijiste,
que eternamente memorar de día,
de noche memorar, deshecha en llanto.»
Tal lloraba, y lloraban las mujeres.
Y Hécuba sollozaba lastimera:
«Héctor, delicia mía ¡cuál te amaban
los númenes en vida, cuando muerto
velan aún por ti! Los otros hijos,
que me cogiera el corredor Pelida,
los vendió allende el solitario ponto
en Samos, Imbros, Lemnos nebulosa:
á ti, tras de matarte en bronce agudo,
te arrastró con violencia y muchas veces
en torno al monumento de su amigo
Patroclo, á quien mataste — á quien no pudo
ni así resucitar. —. Tú yaces hora
delante mí, cual un reciente muerto
ó planta humedecida de rocío,
como hombre á quien mató con suave flecha
súbitamente Apolo, de arco argénteo.»
Así gemía; y excitó en contorno
guaya sin fin. Y sollozara Helena:
«Héctor, tú mi más caro agnado fuiste
— soy hora esposa del deiforme Paris;
él me trajo á Dardania. ¡Oh, si yo antes
muriera...! — Desque vine de mi patria
á Ilión, se han deslizado ya veinte años;
y nunca yo te oí decirme acento
ni afrentoso, ni duro. Si un hermano,
una hermana, una agnada en peplo bella,
ó la madre — tu padre siempre blando,
cual padre me trató —; si me increpaban,
tú con tu suavidad y mansas voces
desarmabas su cólera. Te lloro;
me lloro á mí; el rigor de mi fortuna.
Que ya no tengo en Troya, la anchurosa,
solaz ni amigo; todos me abominan.»
Decía gemidora; pueblo innúmero
al par gemía. Y Príamo á las gentes:
«Traed á la ciudad leña, dardanios.
No temáis asechanzas traidoras
de los argivos: prometióme Aquiles,
al retornar yo de las negras naos,
suspender once auroras la batalla.»
Dijo. Aquéllos uncieron á los plaustros
bueyes y mulas. De los muros fuera
juntáronse y trajeron selva enorme
los nueve días. Relució en el décimo
el alba á los mortales. Y llorosos
sacaran de su hogar á Héctor belígero

y en la sublime pira le pusieran.
Á ella lanzaron inflamado fuego.
Al romper de la aurora, la temprana,
de róseos dedos, á la hoguera en torno
del ínclito Héctor se juntó la turba [1].
Las ascuas todas, en fulgente vino,
doquier que fuerza se extendió de fuego,
apagaron. La cándida osamenta
los hermanos y amigos recogieron,
entre gemir, de lágrimas bañados.
En urna de oro, con purpúreos velos
delicados cubierta, la guardaran.
Y la urna en honda fosa depusieran.
Con grandes peñas la cubrieran toda,
y las piedras con tierra, apresurados.
Atalayas pusieron en contorno,
porque los dánaos, de fornidas grebas,
no los acometieran entre tanto.
Cumulada la tierra de la tumba,
tornaron al hogar. Y congregáronse
de nuevo en orden bello, al gran convite,
en los regios alcázares suntuosos
de Príamo, prosapia del Saturnio.»
Así fué sepultado Héctor auriga.

DE LA ODISEA.

TEMPESTAD. NAUFRAGIO DE ULISES.
(Canto v.)

Neptuno, que odia á Ulises y ve que ya se acerca á Ítaca,

alto el tridente, nubes amontona
y remueve la mar y toda ráfaga
entre toda tormenta, con nublados
á la vez tierra y piélago cubriendo.
El euro, el noto, el ábrego estridente
reluchan, y el excelso, etéreo bóreas,
rodando grande oleada; y se disuelven
de Ulises la rodilla y flébil pecho.

Clama á los dioses á la faz de la muerte; proclama tres y cuatro veces felices á los que gloriosamente han muerto por la espada en Troya, y envidia su fortuna.

Diciéndolo él, despéñase grande ola
aterradora, que el esquife gira,
y lanza á Ulises lejos y arrebátale
el gobernalle. El ímpetu feroce
de los girantes vientos troncha el mástil:
volaron vela y verga por las olas.
Estuvo largo espacio sumergido,
tenaz luchando por salir á flote,
de grande ola bravía: le estorbaba
la veste que le dió Calipso diva.
Por fin salió, y lanzando de la boca
la marina agua amarga, que en torrentes
corríale de la cabeza. Empero,
ni aun así, agobiado cual estaba,
se olvidó del esquife; mas, rompiendo
violento por las olas, de él asióse,
y en medio de él sentándose, la muerte
inminente evitó. Y fuéle arrojando
acá y allá el turgente torbellino.
Como cuando aquilón de otoño arrastra
cardos, que entre sí chocan y rechocan; —
así los vientos por la mar girábanle:
ya el noto dábale por presa al bóreas
ya al ábrego se lo cedía el euro.

Apiádase de él Ino, la hermosa hija de Cadmo; la cual, bajo el nombre de Leucotea, es una deidad del mar; le da un velo que se ate al pecho, y merced á él nade hasta la costa de Esqueria (el país de los feacenses), adonde le dice que arribará.

Perplejo todavía Ulises sobre si será éste un nuevo ardid de los inmortales para perderle, precipita Neptuno contra él una enorme oleada, que deshace el quebrantado esquife. Pero el náufrago logra montar caballero en una de las tablas dispersas; lanza de sí las preciosas vestiduras que la ninfa Calipso le ha regalado; ciñese el cendal de Leucotea, y audaz arrójase á nadar hacia la playa.

Satisfecha ya su sed de venganza, abandónale Neptuno al furor del piélago y á la muerte inevitable; y torna, en su carro tirado por hermosos é inmortales corceles, á su alcázar en el fondo de los mares.

Pero Minerva, la soberana protectora de Ulises, no olvida á su predilecto. Apenas se va Neptuno, cuyo poder en el mar supera al de ella,

calmar mandó y dormir los vientos todos;
y alzó al potente bóreas, y las olas
ante él rompiendo fué, mientras llegara
á los nautas feacenses el divino
Ulises, muerte y perdición huyendo.
Ya noches dos y días dos andaba
errante por el mar embravecido,
doquier la ruina sin cesar mirando.
Mas al salir radiante del tercero
la aurora, el viento enmudeció, y bonanza
profunda sobrevino. Y esforzando
la vista, al levantarle una alta ola,
desde ella cerca divisó la tierra.
Como cuando risueña se les alza

[1] Sigue un verso espurio.

á los hijos la vida de su padre,
postrado largo tiempo y consumido
de cruel dolencia y de sañudo numen; —
risueña la salud le dan los dioses:
tal se alzaron risueñas ante Ulises
la tierra y selva; y esforzó, nadando,
manos y pies para ganar la tierra.
Mas, al distar, cuanto la voz alcanza,
oyó cuál retronaba la rompiente:
se quebrantaba enorme la ola en tierra;
alzábase hórrida, toda hecha espuma.
Ni ensenada, caleta ni remanso;
todo era escarpa, roca y arrecife.

De nuevo se disuelven las rodillas y el corazón de Ulises; y de nuevo clama á los cielos, quejándose á Jove que le hace ver la tierra inabordable para lanzarle otra vez al mar; donde perecerá en las olas ó le devorará algún monstruo marino.

Entre tanto una ingente oleada hubiérale destrozado contra unas rocas, á no sugerirle Minerva asirse de ellas fuertemente. Pégase á ellas; pasa la ola; pero, al replegarse ésta, le arranca,

cual de su lecho al pólipo arrebata,
llenos de pedrezuelas los tentáculos,

y húndele en su seno; en donde pereciera, sin el amparo de Minerva, que hace le arroje la ola á la desembocadura de un apacible río. Invoca Ulises á la deidad fluvial; que al punto hace calma delante de él y le salva. Pero el héroe, rendido á la inmensa fatiga, desfallece al llegar á tierra. Vuelto en sí, recíbele Ino en sus brazos. Luego llega él á la ribera; tiéndese sobre los juncos y besa la tierra.

Pero al punto vuélvese á nublar su dicha: ¿Dónde pernoctar, guarecerse de la intemperie, de las frías auras fluviales de la mañana? Si en la selva encuentra un escondite donde reparar sus fuerzas, ¿no le devorarán las fieras, si se duerme?

Esto pensando,

vase á la selva que cercana se alza
sobre colinas; donde dos arbustos:
un acebuche y un olivo encuentra,
entrelazados, densos y frondosos.
Ni allí penetra el ímpetu del viento
que húmedo sopla; ni el ardiente rayo
del sol; ni los torrentes de la lluvia:
tan tupido y revuelto era el ramaje.
Á él se abrió lata entrada, con doliente
mano quebrando en derredor las ramas:
y un lecho preparóse con las frondas
que allí abundaban, tanto que dos hombres
ó tres en ellas de invernal tormenta
se resguardaran por feroz que fuese.
Al verlas, alegróse el rutilante
Ulises sufridor, y hundióse en ellas.
Así como el que, en apartado campo,
sin vecindad, oculta honda la brasa
en la negra ceniza: la simiente
del fuego, que buscar ó hacer no quiere;
así ocultóse Ulises en las hojas.
Minerva sueño le vertió en los ojos,
para muy luego del afán ingente
reponerle, con sombras envolviendo
hondamente sus párpados cansados.

ARRIBO DE ULISES Á LOS FEACENSES.

(Canto VI.)

Durmiendo está Ulises en la Esqueria. Ricos, felices, pacíficos, dados enteramente á la navegación y al comercio, viven los feacenses, á la sombra del poder, de la sabiduría y de la magnificencia de su rey Alcinoo, amado y bendecido por los dioses y los hombres.

Minerva, de ojos fúlgidos, la vuelta
de Ulises el magnánimo acordando,
va al lecho de primores en que duerme
Nausícaa, la prole de Alcinoo
el adalid, magnífica y hermosa,
igual á las deidades inmortales.
Ante el umbral y la cerrada puerta
esplendorosa duermen dos doncellas
suyas, á quien las Gracias hermosearan.
Como alentar del aura deslizóse
hacia el lecho la diosa, y se detuvo
á la cabeza de él, bajo figura
de la hija de Dimante, esclarecido
nauta, su coetánea muy querida.

Dícele que, pretendida por tantos príncipes, luego se casará; que yacen en su alcázar muchas preciosas vestiduras por lavar, necesarias para las bodas; y que, en amaneciendo, pida á su padre un hermoso carro de mulos para ir en él á lavar al río.

Dijo Minerva, de ojos refulgentes,
y se alejó al Olimpo, donde es fama
que se alza la morada de los dioses
eterna. No la agita nunca el viento,
no la inunda la lluvia, ni se acerca
jamás á ella la nieve: siempre el éter,
sin nube alguna, límpido se extiende,
y cándida la luz por él fulgura.
Allí los dioses venturosos gozan.
Allá se fué la de ojos refulgentes,
después de amonestar á la doncella.

Y despunta la aurora, de áureo trono, despertando á Nausícaa. La cual, maravillada

del sueño álzase presurosa, y va á su padre á pedirle uno de sus primorosos carros. Pero, pudorosa, calla lo de sus bodas, y sólo menciona la conveniencia del lavado.

Cariñosa pide; cariñoso otorga el padre. Quien manda aderezar al punto un carro alto y veloz. Á él unce la servidumbre los mulos; mientras la madre llena una cesta con toda suerte de comestibles y postres, y previene un odre con vino y una ánfora áurea con esencia; para que su hija y sus doncellas, tras de la labor, se bañen y perfumen.

Ponen en el carro las ricas vestiduras y tapices que han de lavar; suben en él Nausícaa con sus doncellas; coge la princesa las riendas y azota á los mulos, ya ansiosos de partir. Los que salen estruendosos y van volando agilísimos.

Extiéndese rica alfombra de césped. Cristalino, formando profundos remansos corre el río. Á orillas de él detiene la hábil y encantadora auriga sus mulos. Y ella con las suyas bajan del carro las ropas; húndenlas en un remanso y bátenlas hollándolas y danzando á porfía, alegres y juguetonas, sobre ellas.

Acabándolas de lavar, tiéndenlas al sol, en las peñas de la playa; y mientras allí se secan, báñanse ellas y perfúmanse; comen; y después de comer, tirando lejos sus cendales, juegan á la pelota por las márgenes del río. Y en medio del juego, entona la princesa un cantar.

Y como vaga la flechera Diana
por la sierra: el Taigeto inaccesible
ó el Erimanto, y gózase cazando
al jabalí y los voladores ciervos;
— con ella van y gózanse las ninfas
agrestes, prole del tonante Jove;
y de Latona el corazón se alegra:
descuella en todas de Ártemis la testa,
y, hermosas todas, las supera á todas —;
tal entre las doncellas sobresale
con esplendor la virginal doncella.

Va á terminar el juego y ellas á regresar; cuando Minerva inspira á la princesa que tire con la pelota á una de las niñas. Yerra el tiro, y la pelota va á caer en el remolino de las ondas. Gritan á esto todas, y á su grito despierta asustado Ulises. Reflexiona sobre si habrá venido entre hombres de paz, y resuélvese á acercarse al sitio de donde han partido las voces femeniles. Desnudo como está, cúbrese con una densa rama y se adelanta á grandes pasos é imponente:

como cuando el león de la alta sierra
ufano de su fuerza — quien avanza
por entre lluvia y tempestad, fulgentes
los ojos — va á las vacas, las ovejas
ó á los veloces ciervos de los bosques;
le fuerza el hambre á asaltar las greyes
y hasta á lanzarse contra fuerte cuadra,

así, cubierto del légamo del mar, desfigurado y aterrador, aparécese Ulises en medio de las doncellas. Despavoridas huyen todas, menos Nausícaa. Admirando su belleza é implorando en sentidas voces su piedad, háblale Ulises.

Con sencilla bondad asegúrale su protección la hermosa cuanto noble princesa; llama á las suyas, tranquilizándolas; díceles le traigan vestuario, le den de comer y beber y le lleven á un remanso, á bañarse y perfumarse.

Recatado ruégales Ulises se retiren, pues no se bañará delante de ellas.

Tras de bañarse y perfumarse, acrecienta aún Minerva su varonil garbo y hermosura, y hace que su cabello se deslice en rizos semejantes á la flor del iris; y reviste de gracia su cabeza y hombros, cual habilísimo orífice vierte oro sobre su labor de plata.

Así siéntase á lo lejos en la ribera del mar. Mírale la princesa y queda suspensa ante su majestad y hermosura.

Manifiesta á las doncellas su asombro: tiénele por una deidad y desea tal esposo para sí. Después de comer Ulises, adviértele las siga hasta junto á la ciudad; pero que, á fin de evitar las habillas de las gentes, se detenga allí en una selva sagrada, y se dirija más tarde al palacio del rey; donde encontrará á su madre hilando, entre doncellas, purpurina lana. Que abrace sus rodillas é implore su protección; que no le faltará.

Parten.

En la selva aguarda Ulises. Va después á la ciudad, donde, en figura de florida niña con un cántaro de agua, se le presenta Minerva. Á su ruego, le conduce la diosa, envuelto en niebla, al soberbio alcázar del rey.

Maravillado detiénese en el broncíneo umbral á mirarlo:

Rutila, á par del sol ó de la luna,
la augusta casa de Alcinoo excelso;
que éneos entrambos muros hacia el fondo
en lontananza, del umbral se extienden,
de azulada cornisa circuídos.
Puertas de oro interiores aseguran
la casa poderosa. Argénteos postes
del umbral éneo se alzan, y sobre ellos
dintel argénteo, coronado de oro.
Y ante el umbral se yerguen canes áureos
y canes argentinos, obra todos

de la sublime ciencia de Vulcano,
porque la casa de Alcinoo excelso,
inmarcesibles guarden é inmortales.
Desde el umbral al fondo, en ambos muros
una á par de otra, apóyanse las sillas,
cubiertas de tapices primorosos,
brillantes, obra de femínea mano;
do se sientan los príncipes del pueblo
á banquetear frecuentes y suntuosos.
Donceles de oro en las hermosas aras
se alzan, teas ardientes en las manos,
quien esplendoran el festín nocturno.
Andan cincuenta criadas por la casa:
éstas el grano cándido moliendo;
en el telar aquéllas maniobrando,
sentadas; y volviendo otras la rueca,
como la fronda del erguido aliso.
Cuanto los feacenses sobresalen
entre los hombres todos por su ciencia
de lanzar á la mar veleras naos;
tanto las de Feacia por la suya
en el telar: les concedió Minerva
habilidad para labrar primores,
y para concebirlos alto ingenio.

Fuera del atrio y próximo á las puertas
un huerto de yugadas cuatro se halla,
cercado todo. Crecen elevados
allí frondosos árboles: perales,
granados y manzanos, de esplendente
fruto, dulces higueras y sombrosos
olivos. Y durante todo el año,
ni en verano ni invierno, en ellos muere
ni desfallece el fruto; mas, al aura,
nace éste, aquél madura: sazonando
pera tras pera está, poma tras poma,
racimo tras racimo, higo tras higo.

También le crece espléndido viñedo:
acá, á la resolana, en límpida era
sécase la uva; más allá vendimian,
acullá lagarean. Aquí en cierne
está apenas la uva, allí pintona.
Tras del huerto un pensil, el año entero,
ostenta todo género de flores.
Allí hay dos manantiales: uno el huerto
riega; va el otro al patio del alcázar,
do su onda coge la ciudad. Tan claros
colman al rey los dones de los dioses.

Envuelto en la niebla, llega Ulises al trono de la reina. Disipada allí la niebla, abraza, entre el general asombro, las rodillas de la reina, suplicándola le ayude á volver á su patria. Y luego, como suplicante, retírase y siéntase humilde en la ceniza del hogar.

Honrosamente se le trata. Pregúntale la reina de dónde, pues viene náufrago, son sus vestidos. Sencillo nárralo Ulises todo, y ensalza la hermosura y en particular la discreción de Nausícaa.

Alcinoo tan prendado queda de su prudencia y belleza, que no sólo le ofrece cuanto pide, sino hasta la mano de la doncella, si prefiere permanecer con ellos.

Tanto es el alborozo de Ulises al oir sus palabras, que, por toda respuesta, prorrumpe en esta breve y sentida plegaria:

«Padre Jove, Alcinoo cumpla todo
cuanto dice; y así, inmortal su gloria
vaya por la alma tierra, y yo á mi patria.»

DEMÓDOCO.

(Canto VIII, 63—92.)

Al otro día, hace Alcinoo echar al mar una de sus más veleras naves, armada de cincuenta y dos jóvenes escogidos, todos famosos remeros, para que conduzcan á Ulises á Itaca.

Da en honor de él un festín, al que convida á todos los príncipes. Para que banqueteen dales doce ovejas, ocho cerdos y dos bueyes. Invita también al célebre rapsoda Demódoco.

Acércase el heraldo conduciendo
al querido cantor, á quien mucho ama
la musa, y bien y mal le hizo: quitóle
los ojos, y le dió dulces cantares.
Y de los convidados en el centro
le puso Pontonoo silla argéntea,
y á alta columna la arrimó, y encima
de la cabeza le colgó de un clavo
la cítara sonora y enseñóle
dó estaba con llevarle á ella la mano.
Puso delante de él hermosa mesa,
cesta y taza de vino en que bebiese
á placer. Placenteros banquetearon.
Hartos todos, movió al cantor la musa
á pregonar la gloria de los héroes
que á la sazón llegaba al alto cielo:
la disensión de Ulises con Aquiles:
cuál en festín solemne de los dioses
altercaron un día furibundos
los dos campeones grandes de la Acaya.

Esto cantara el vate celebrado.
Mas Ulises alzóse á la cabeza
con fuerte mano el anchuroso manto
de púrpura y cubrióse el rostro bello:
no quería que viesen los feacenses
su lloro. Y enjugóselo, y bajando
el manto, alzó la taza y á los dioses
libó. Pero al tornar el vate al canto
rogándole los grandes, complacidos
del cantar, se volvió á cubrir Ulises.

EPIGRAMAS.

AL AVARO.

Tienes de rico riquezas: el alma la tienes de pobre;
rico al que herede el montón: | pobre á ti mismo, infeliz.

AL MISMO.

Dando un festín entre sueños Hermón, aquel mísero avaro,
estrangulóse y murió, | de tan agudo dolor.

AL MISMO.

Mira en su casa una rata Asclepíades, este avariento.
Dice: «¿Qué quieres tú aquí, | oh mi querido ratón?»
Suelta la risa el ratón. «No te asustes, mi amigo», le dice,
«no que comer busco aquí | sino agujero no más.»

Á LA NIOBE DE PRAXÍTELES.

Viva los dioses mudáronme en piedra: de piedra á la vida
luego Praxíteles fué | quien me logró devolver.

Á ARISTÓFANES.

Dónde morar en eterno santuario las Gracias buscaban:
y de Aristófanes fué | la alma do hallaron mansión.
(¿Platón?)

EPITAFIO DE SIMÓNIDES Á LOS ESPARTANOS MUERTOS EN LAS TERMÓPILAS.

¡Oh forastero que pasas! anuncia la nueva en Esparta
de que yacemos aquí, | porque guardamos su ley.

LA ANTOLOGÍA HELÉNICA.

EL genio poético, patrimonio de la privilegiada raza griega, brilla hasta sus postreros tiempos en mil rayos dispersos; que, reunidos en la *Antología*, son un monumento precioso del inagotable ingenio y de la finura y del humor del espíritu heleno, hasta á través de los tiempos medios. Empezó este florilegio *Meleagro*; continuáronlo varios otros, entre ellos *Agatías* y *Céfalas*; y terminólo el sabio monje bizantino *Máximo Planudes*, del siglo XIII.

Á HOMERO.

Cuando en su carro inflamado remóntase el sol por el cielo,
muertos los astros se van; | cubre á la luna palor.
Tal ante ti, Meonida, apagóse la turba de vates,
al levantar divinal | tú de las musas la luz. (Leonidas de Tarento.)

Á LA TUMBA DE HOMERO [1].

Niños en Íos pesar con enigma sagaz de las musas
dieron al divo cantor | de los campeones de Ilión.
Mas su cadáver con néctar ungieron del mar las Nereidas,
y le guardaron allí | dentro una gruta del mar,

[1] Dicen que murió en Íos, de pesar por no poder adivinar un enigma enseñado por las musas á unos niños.

por sus loores á Tetis, y al hijo y á todos los héroes,
y los trabajos y afán | del itacense adalid.
Íos, tú guardas el astro de musas y gracias: pequeña,
eres tú la isla feliz, | como ninguna del mar. (Alceo.)

Á ÉSQUILO.

Tespis halló tal jugar[1]: á los sones agrestes del juego,
del ditirambo y cantar | Ésquilo forma les dió.
Mas sin ornato de voces limadas y finas. Torrente
que de la sierra rompió, | corre y retruena su voz.
Muda también de la escena la faz. — Á tus héroes titanes
tú perteneces á fe, | boca que manas cantar. (Dioscórides.)

EPITAFIO DE SIMIAS DE TEBAS Á SÓFOCLES.

Blanda á la tumba de Sófocles álzate blanda, oh hiedra,
trepa, derrama tu crin | verde, lozana sobre él;
crezcan, florezcan en torno las rosas, y pámpanos brote
y sus racimos doquier | rica y opima la vid,
por aquel arte placible, prudente que supo el melifluo,
entre las musas sin fin | y entre las gracias, cantar.

Á LA TUMBA DE EURÍPIDES.

Es monumento el presente, no tuyo, mas lo eres tú suyo:
dale, Eurípides, luz | tu inextinguible fulgor. (Anónimo.)

Á ERINA[2].

Poco tan sólo cantara en amables acentos Erina;
pero su breve cantar | fué de las musas un don.
Nunca, por tanto, el olvido lo borra; ni nunca la noche
con su enemigo negror | tiende las alas sobre él;
mientras á vates recientes innúmeros lleva el olvido:
vanse canciones sin fin; | mueren canciones sin fin.
Más que el graznar de los grajos, que atruenan los aires vernales,
place, por cierto, el cantar | breve del cisne al morir.
(Antípatro de Sidón.)

ANACREONTE.

(Siglo VI antes de Jesucristo.)

ANACREONTE, de Teos, vivió lleno de honores en la corte de Policrates, soberano de Samos. | Creó y cultivó, con perfecta delicadeza y gracia, el género ligero y risueño.

Á LA ROSA.

En la primavera hermosa,
de sus flores coronada,
á la rosa delicada
y al amor quiero cantar.
Que ella es hálito de dioses,
de los hombres gozo es ella,
de la flor de gracias bella
es la placentera estrella;
es joyel de los amores
florecientes con mil flores;
es de Venus el joyel.
Y del canto es el encanto,
de las musas hija y prez;
dulce hasta al que ha comprobado

[1] El drama. [2] que se dice murió de 19 años.

de sus hojas las espinas;
dulce al que las manos finas
imprudente se ha clavado
al coger la flor de Amor.
Á la Aurora dedi-rósea,
braci-róseas á las ninfas,
á Afrodite de piel rósea
nombra el hombre de saber;
rosa al indocto es placer.
¿Qué las mesas convivales,
dionisíaca alegría
sin la rosa qué sería?
Al enfermo alivio da;
á los muertos brinda amparo;
á las horas desafía,
su vejez es alegría
y fragancia juvenil.

Contemos de dó nació.
Cuando de la mar cerúlea
fué entre espumas engendrada
Venus, la del mar rociada;
cuando de su testa Jove
brotó á Palas belicosa,
célica, terrible diosa;
entonces también brotó
tierra el vástago admirando
de la rosa tierno y blando:
peregrina creación,
al dios venturoso símil.
Al nacer la rosa, Baco,
humectándola con néctar,
crióla de entre las espinas,
la hizo flor inmarcesible,
la hizo eterna florecer.

PINDARO.

(518—¿446? antes de Jesucristo.)

LLEVÓ el género lírico alto á su perfección el tebano Píndaro. Transportado de entusiasmo por el imponente espectáculo de los juegos públicos y por las ovaciones hechas á los que en ellos obtenían la palma, dedicó á la gloria de los laureados vencedores odas de grande estro, impetuoso movimiento y continua altilocuencia, solemnes y sublimes, dimanadas de una profunda religiosidad. Son sus cantos: *olímpicos*, *píticos*, *ístmicos* y *nemeos*; nombres que llevan las cuatro series de odas pindáricas, según los juegos cuyos héroes en ellas se celebran. En sus *Epinicios* (cantos triunfales) reina siempre suma agitación lírica, dominada por admirable calma; siempre «flota é impera el espíritu sobre el entumecido mar».

PÍTICA I.

Á HIERÓN ETNEO, AURIGA.

Estrofa 1ª

Cítara de oro, presea común
á Febo y las musas de crenchas negrales:
á ti te oye la danza, comienzo
de la fiesta fulgente,
y tus acordes acata el cantor,
cuando los sones primeros,
esos ductores de coros,
con trémula cuerda despides.
Y apagas el rayo furioso, flamante, perenne:
sobre el cetro se aduerme de Jove,
el águila, lánguidas sueltas las rápidas alas,

Antistrofa 1ª

de las aves la reina; y le tiendes
sobre la corva cabeza
nube de faz tenebrosa,
para sus párpados velo anhelado:
ella, enarcando la espalda flexible,
duerme, vencida
por tu son de tormenta.

Y Marte violento del fuego espantoso
de la lid se retira y su pecho repara soñando.
Aun de los dioses las mentes hechiza
tu dardo, educado por Febo
y de las musas floridas la ciencia.

Epodo 1º

Mas aquello que no ama el Saturnio,
se aterra al oir el acento
de las cantantes camenas:
por la tierra y el ponto bravío;
y el que en el hórrido tártaro yace,
odio á los dioses, Tifón, de cien testas; —
crióle otros tiempos, el antro cilicio perínclito,
y hora
la excelsa marina de Cima le oprime;
oprímele el pecho velloso Sicilia;
la columna celeste le clava del Etna,
el nevoso, de eternas escarchas fontana.

Estrofa 2ª

De él lánzanse, de sus obscuros abismos,
torrentes
de inaccesible, purísimo fuego.
De día rebosan sus líquidos ríos

en humo rojizo,
y en las nocturnas tinieblas la llama girante
peñas arroja á los hondos cristales del mar con fragor.
De las honduras envía aquel monstruo
los arroyos de fuego
pavorosísimos;
maravilla estupenda
á quien con sus ojos lo mira:
maravilla también al que lo oye narrar por testigos:

Antistrofa 2ª

cómo le cubren y ligan la cima
negra, selvosa del Etna y el suelo,
y cómo su lecho dentado le punza
toda la espalda tendida.
Á ti, Jove, quiero, sí, quiero placerte
que reinas en esa montaña,
sienes de opimas campiñas;
de la cual á la próxima
ciudad diera el nombre su ilustre
fundador que de prez la colmara;
pues en la pítica arena nombróla
el heraldo, anunciando del claro triunfante Hierón

Epodo 2º

el carro. Á los nautas es gozo infinito
si al hacerse á la mar,
próspero viento les viene;
que próspera vuelta parece augurarles.
Así tal palabra de tales venturas
permite esperar que los siglos futuros
esta ciudad atraviese gloriosa en coronas, corceles;
por sus festines entre himnos hermosos, preclara.
Rey de Licia y de Delos, Apolo,
que en el Parnaso y la fuente Castalia te gozas:
¡oh! da que esa tierra lo sea de fuertes varones;

Estrofa 3ª

pues de los divos es todo el consejo
que las virtudes humanas engendra;
de allí son los sabios, los firmes de brazo,
los facundos de lengua.
Ese hombre á quien quiero ensalzar, me prometo
que, vibrando, con brazo potente, su lanza,
traspase la meta;
traspase muy lejos los tiros rivales.
¡Oh si, cual hora, la dicha y fortuna
le concediesen olvido
de todo trabajo
y le sonrieran por siempre jamás!

Antistrofa 3ª

Rememorárase entonces
cuántos conflictos guerreros
con alma paciente afrontó,
en tiempo que honor por la mano
de los númenes ellos alcanzan,
y cuánta riqueza al heleno
nunca florece: corona inmortal de tesoros.
Mas hora guerrea, cual nuevo
Filoctetes; y viene por fuerza
algún altanero con blanda careta de amigo.
Vinieron campeones divinos, es fama, á llevar
de Lemnos al triste llagado, progenie

Epodo 3º

de Poyante: al flechero
que demolió la priamea ciudad,
puso fin á las dánaas cuitas,
marchando con planta enfermiza: — pedíalo el sino.
Tal á Hierón encamine los días venturos
un dios protector, sus deseos colmando.
Asísteme, musa, también, porque cante,
con la cuadriga triunfal, á Dinómenes:
no le es ajeno alborozo la palma del padre:
Ea, busquemos ahora
para el monarca del Etna amigables acordes.

Estrofa 4ª

Con libertad, con los dioses creada,
esa ciudad la ha fundado Hierón
en las hílicas leyes severas.
Quiera la casta de Pánfilo y Hércules
que del Taigeto las faldas habita,
guardar para siempre los dóricos usos de Egimio.
Porque felices á Amiclas cultivan,
tras de volar aguerridos del Pindo,
vecinos gloriosos sin par
de los de Tíndaro, célebres
por sus nevados bridones,
y por sus lanzas de gloria florida.

Antistrofa 4ª

Consumador, oh Saturnio, concede por siempre
al ciudadano, á los reyes
que del Amenas habitan las márgenes;
concédeles tanta ventura
que en verdad la celebren los hombres.
Contigo, el ductor de la patria,
maestro del hijo, su pueblo gobierne,
y ensalce en profunda concordia.
Suplícote, oh Jove, demoren tranquilos
en su hogar el fenice y la grita guerrera tirrena,

mirando el estrago altanero
y el gemir de las naves aquel en la costa de Cima:

Epodo 4º

cuánto sufrieron domados del rey
siracusano, que al mar arrojóles,
desde los barcos veleros, las huestes floridas,
lanzando de la Hélada hierros pesados.
Á Salamina yo pido mí premio: loores de Atenas;
en Esparta celebro
del Citerón la batalla
donde cayeron los medos arqueros;
en las márgenes rientes del Hímeras
de Dinómenes canto á los hijos el himno
que su denuedo triunfal en la lidia sangrienta merece.

Estrofa 5ª

Acabe el loar
y breve palabra
las muchas reúna,
porque menos censuren los hombres:
la hartura es hastío: fatiga á la oreja vivaz.
El oir las venturas ajenas despierta la envidia,
del ciudadano y deprime en secreto su mente.
Empero más vale el livor
que la lástima: — aspira á lo hermoso:
gobierna con justo timón á los pueblos;
con férreas prisiones al yunque
de la verdad encadena la lengua.

Antistrofa 5ª

Por poco que yerres, haciéndolo tú,
los hombres lo tienen por grave.
Eres custodio de mucho:
fieles testigos hay muchos
á tu derecha y siniestra.
Tu índole bella siguiendo, florece.
Si amas oir de continuo rumores placibles,
no te canses de dar;
suelta la vela, cual el piloto, á los vientos.
No des oídos, oh amigo,
á la egoísta lisonja:
póstuma gloria sublime eterniza,

Epodo 5º

por la fama y el cántico,
tan sólo á los buenos que fueron.
No muere de Creso la amable clemencia.
Mas aquel que abrasaba los hombres
feroz, en el toro broncíneo:
Fálaris, es execrado por siempre;
no le celebra ni llama doméstica cítara
al dulce concurso y cantar de los niños.
Gozar es el lauro primero; el segundo, la fama;
quien ambos conquista y conserva,
se ciñe corona sin par.

ESQUILO.

(525—456 antes de Jesucristo.)

ÉSQUILO, de Eleusis, creó la tragedia. Peleó con denuedo en los campos de Maratón, Salamina y Platea, y vencido en el teatro por Sófocles, se retiró á la corte de Hierón de Siracusa. De sus 72 (ó 90) tragedias no quedan sino 7: el *Prometeo encadenado*, los *Siete sobre Tebas*, los *Persas*, la *Orestía* (á saber: *Agamenón*, *Coéforas* — inmoladoras de los sacrificios mortuorios — y *Euménides*) y las *Suplicantes*. La fuerza y el ardor de su espíritu, así como su carácter taciturno y austero, se revelan á las claras en sus tragedias, las cuales brillan por la grandeza de los caracteres (que traspasan no pocas veces las proporciones humanas), por la elocuencia, el frecuente relampaguear de su estilo y más que todo por el terror que inspira y que nadie ha sabido excitar ni mantener como él. Todo lo subordina á este fin y de todo se sirve con perfecto conocimiento del arte para conseguirlo. En el fondo de sus sombríos cuadros se alza siempre el terrible Destino, contra el cual se estrellan impotentes las deidades y las míseras pasiones de los hombres. Sobre tan tétrico fondo se mueven sus tristes víctimas y caen sin que el poeta se digne escuchar ninguno de sus gemidos; sólo les dirige una mirada fría de espanto y sigue su camino. Así cae, en su grandiosísima Orestía, Agamenón; así Clitemnestra; así, aunque no sin arrancarle una furtiva lágrima, la pura y amable Casandra, una de las más bellas creaciones trágicas del mundo. Ésquilo es con frecuencia afectado y obscuro y su gusto no corre parejas con su genio. Con todo, pequeñas se ven tales manchas en las sublimes concepciones del más sublime de los trágicos.

DEL PROMETEO.

(Versos 1—107.)

Fuerza.

He aquí ya la comarca más lejana,
el fin del mundo, la región escítica,
la yerma soledad.
Vulcano, debes tú cumplir del padre
el mandato de atar al sedicioso
aqueste en peña altísima y abrupta
con diamantinos vínculos y grillos
eternos. Que al mortal trajo robada
tu flor, la refulgencia engendradora
del arte toda: el fuego.
Ha de pagar tal crimen á los dioses,

porque aprenda á sufrir de Jove el cetro
y olvidar el amor á los mortales.

Vulcano.

Fuerza y Violencia, á vos nada os impide
cumplir de Jove al punto el mandamiento;
yo no oso, empero, atar á un dios cognado
á la abismal escarpa tormentosa. —
Pero no hay más; he de atreverme: es grave
desatender del padre los preceptos.
(á Prometeo)
Prole magnánima de Tetis justa,
pesaroso yo enclavo al pesaroso,
con énea indisoluble ligadura,
en esta cima solitaria; donde
ni voz ni forma habrás de ver humanas
y con el sol y su fulgente fuego
abrasado agostarse
la flor verás de tu hermosura.
Al día velará la ansiada noche
con su cendal de estrellas matizado;
tornará el sol, disipará la escarcha
de la aurora; y por siempre este infortunio
te agobiará con pesadumbre amarga;
que aun no ha nacido quien librarte pueda.
Éste es el fruto de tu amor al hombre.
Dios, el furor de dioses no temiendo,
ensalzaste en exceso á los mortales.
Por ello guardarás parado insomne,
inmóvil, esta peña ingrata y vanos
exhalarás mil ayes y lamentos;
que es dura de aplacar de Jove el alma:
todo rey nuevo riguroso impera.

Fuerza.

¡Ea! ¿qué tardas compasivo en balde?
Al dios más execrado por los dioses,
quien otorgó tu don á los mortales,
¡qué! ¿tú no le odias?

Vulcano.

Sangre y trato imponen.

Fuerza.

Bien. Pero ¿á desoir la voz del padre
te atreves? ¿y esto más no te amedrenta?

Vulcano.

Cruel siempre tú, de avilantez henchida.

Fuerza.

Á éste no alivia tu llorar; desiste
del vano afán.

Vulcano.

¡Maldito ministerio!

Fuerza.

¿Por qué lo execras? Á él ninguna culpa
en esto, y valga la verdad, le cabe.

Vulcano.

Á otro debió tocar.

Fuerza. Todo un dios puede,
menos reinar: es libre Jove solo.

Vulcano.

Lo sé — ¿quién no? — y me callo.

Fuerza.

¡Pronto lígale!
Tardar el padre no te vea.

Vulcano.

Hé aquí los hierros prontos.

Fuerza.

Cógelos y martíllalos potente
en torno á sus muñecas, en la roca.

Vulcano.

Termino ya: va rápido el trabajo.

Fuerza.

¡Más recio, y remachar; que nunca afloje!
Terrible es: vías imposibles halla.

Vulcano.

Atado está este brazo en nudo invicto.

Fuerza.

El otro liga ahora, porque entienda
ser su ingenio más tardo que el de Jove.

Vulcano.

Éste no más me increpará con causa.

Fuerza.

De cuña diamantina el crudo filo
con fuerza clávale al través del pecho.

Vulcano.

¡Ay! Prometeo, tu quebranto lloro.

Fuerza.

¿Otra vez paras y enemigos lloras
del padre? Ve no llores por ti un día.

Vulcano.

Miras un espectáculo de horror.

Fuerza.

Le miro padecer justo castigo. —
Lazo axilar á sus costados ciñe.

Vulcano.

Hacerlo debo: ¿á qué tanto mandarme?

Fuerza.

Te mandaré y te gritaré más recio:
Baja y los muslos encadena fuerte.

Vulcano.

Hecho está; larga la labor no ha sido.

Fuerza.

Los grillos penetrantes ya remacha:
nuestra faena juez severo tiene.

Vulcano.

Suena tu voz conforme á tu semblante.

Fuerza.

Sé muelle tú; mas mi altivez nativa
no increpes y aspereza.

Vulcano.

Vámos: prendido está en la red su cuerpo.

Fuerza.

Aquí insoléntate hora y da robado
el don divino á efímeros mortales.
¿Ellos te aliviarán de tus trabajos?

Mal te llaman los dioses Prometeo [1];
que á ti mismo te falta un Prometeo,
para de enredos tantos evadirte.
Prometeo.
¡Oh célico éter, ráfagas del viento
alígeras y fuentes de los ríos
é innúmeras risadas
de las marinas ondas!
¡Oh tierra omnípara,
disco solar omnividente!
oíd; miradme cómo de los dioses
padezco dios!
Ved de qué ultrajes deshecho,
he de sufrir yo sin fin.
Tan afrentosa atadura
excogitó para mí
de los dichosos el nuevo ductor.
¡Ay me! deploro los males presentes
y los que vienen.
¿Dónde las lindes de aquestos trabajos poner?
Pero ¿qué digo?
Todo el futuro contemplo:
nada me habrá de coger imprevisto.
Debo llorar resignado mi suerte:
sé que es invicta la fuerza del hado.
Mas yo no puedo callar mi destino,
ni no callarlo. Hice bien al mortal:
ésta es la causa de hallarme en cadenas opreso.

(Versos 986—1093.)

Mercurio.
Te mofas tú de mí, cual de un muchacho.
Prometeo.
¿Y no eres tú un muchacho y aun más bobo,
si esperas arrancarme mi secreto?
Ningún tormento hay, no hay ardid alguno
con que me fuerce Jove á revelarlo,
antes que rompa mi prisión de oprobio.
Vibre, pues, su candente llama,
y entre nevasca de alba pluma
y entre tronar feroce subterráneo
todo sacuda, lo trastorne todo:
nada me doblará ni hará le diga
por quién le lanzará del trono el hado.
Mercurio.
Ve si es para tu bien.
Prometeo. Visto lo tengo.
Mercurio.
Esfuerza, esfuérzate, por fin, oh loco,
á ser sensato por el mal presente.
Prometeo.
En vano me molestas: al mar hablas.
No te ocurra jamás que yo de Jove
mujerilmente los decretos tema
y las manos yo tienda suplicante
á guisa de hembra, al numen execrado,
porque de estas cadenas me desate:
Lejos eso de mí.
Mercurio.
Veo que hablo de más y que hablo en balde;
que no te aplacas, no, ni al ruego mío
tu corazón se ablanda; mas el freno,
como recién domado potro, muerdes,
reprópiaste y la brida loco tascas.
En luces débiles tu furia estriba;
menos que nada es altivez sin tino.
Piensa, si desatiendes mis razones,
¡qué tempestad, qué inmensas olas
inevitables de tormento
sobre ti estallarán!
De luego á luego el padre
esta clivosa escarpa
destrizará con truenos
y fuego fulminante,
y tu cuerpo hundirá, y en brazos
yacerás del rocoso abismo.
Después de luengos tiempos
resurgirás al día.
De Jove, empero, el can alado,
el águila sangrienta,
desgarrará voraz á grandes trozos
tu cuerpo y no invitado huésped
vendrá á cebarse cada día
en tus deshechos negros hígados.
Ni esperes que termine esta tortura
antes que un dios parezca á relevarte
y quiera descender al negro averno
y por entre el tartáreo ciego abismo.
Por tanto reflexiona: jactanciosa
no es mi amenaza; es harto verdadera.
Mentir no sabe el labio del Saturnio:
cuanto habla, cumple. Piénsalo y remira;
pospón la contumacia á la prudencia.
Coro.
Lo que Mercurio dice, lo estimamos
no intempestivo; mándate depongas
la pertinacia; el buen consejo adoptes.
Cede: deshonra al sabio la porfía.
Prometeo.
Cuanto éste dijo, ya lo sabía
yo antes. Empero del enemigo
sufrir afrentas no es mengua alguna.
Rayos, pues, vibre, dobles serpientes,
contra mí: el éter tiemble á los truenos
y á las borrascas fieras, deshechas:
sacuda al orbe desde su base,
su raíz misma, la atroz fortuna,
lance las mares bronca, tronante

[1] = previsor.

á do los astros van por los cielos:
lance mi cuerpo en las honduras
negras tartáreas, arrebatado
del torbellino de mi destino; —
pero matarme nunca podrá.

Mercurio.

Piensa cual loco y habla cual loco.
¿Qué de ese orgullo va á la demencia?
¿Qué al frenesí?

(al Coro)

Pero vosotras,
de su infortunio compadecidas,
idos veloces, idos de aquí,
que vuestras almas no desconcierte
de los tronidos el bramar hórrido.

Coro.

Otras palabras, otros consejos,
si persuadirme pretendes:
los que has forjado
yo no los puedo sufrir.
¿Cómo tú quieres villanas seamos?
Sufrir queremos
lo que con éste debamos sufrir.
Á los traidores á odiar aprendimos;
peste ninguna repúgname más.

Mercurio.

Pero acordaos de lo que os digo;
y no acuséis á fortuna,
por la desdicha prendidas;
no digáis nunca que os lanzó Jove
en imprevista desgracia;
no, que os lanzasteis vosotras mismas.
Á ciencia cierta y no repente
ni de sorpresa seréis cogidas
necias de ruina en las redes inmensas.

Prometeo.

Truécanse en hechos ya sus palabras:
tiembla la tierra.
ronco fragor va bramando del trueno;
ígneos, candentes fulguran, serpean los rayos,
giran tormentas y el polvo rodean:
todos los vientos en ráfagas rompen;
todos feroces reluchan;
chocan, confúndense mares y cielos.
Para aterrarme descarga solemne
Jove sus furias en mí. —
¡Oh santidad de mi madre!
¡Oh éter que vuelves tu lumbre por todo!
¡Cuánto es injusto lo que yo padezco,
veislo vosotros!

(Húndese Prometeo, con la roca, en el abismo.)

DE LOS PERSAS.

(Versos 176—301.)

Atosa.

Vivo soñando en mi hijo
desque ha partido con sus huestes
á destruir la jonia tierra.
Mas nunca una visión tan clara he visto
cual la de anoche; y te la cuento:
Bellamente vestidas dos mujeres
vi aparecer: una con peplo persa,
con dorio la otra, en esbeltez á cuantas
hoy viven, superiores; de hermosura
sin par, hermanas de una misma casta.
Á la una en tierra helena,
á la otra en bárbara vivir tocóle.
Discordes verlas parecióme luego.
Mi hijo llega á saberlo: las contiene,
las calma y á su carro por el cuello
las unce. De aderezo tal ufana,
lleva ésta en labio dúctil el bocado,
aquélla recalcitra: los arneses
con las manos desgarra, y arrebata
consigo, libre de la brida, y rompe
de medio á medio la coyunda. Mi hijo
cae: Darío, padre suyo, se alza
á par de él y le llora. Cuando Jerjes
le ve, desgarra sus vestidos todos.
Esto lo he visto yo durante el sueño.
Después que me levanto y con la mano
las ondas toco de corriente hermosa,
acércome á las aras con mi ofrenda
de torta á las deidades
del mal apartadoras;
y veo un águila venir huyendo
al apolíneo altar — de miedo muda
quedéme, amigos — y un azor trás ella:
la acosa con las alas, con las garras
la cabeza desplúmale: nada ella
hace sino encogerse y sufrir todo.
Temblé de verlo yo:
vosotros de escucharlo.
Sabéislo bien: si triunfa el hijo mío,
hombre admirando sea:
si vencido es — al reino él no responde:
salvando, impera aquí, cual imperaba.

Coro [1].

Ni demasiado intimidarte, madre,
ni animarte queremos. Á los dioses
suplica alejen lo que hubieres visto
malo, y de bien á ti y á tu hijo colmen
y al reino y los amigos todos. Debes
libar luego á la tierra y á los muertos.
Benévola á tu cónyuge, Darío,

[1] de ancianos que forman el consejo del rey.

al que haber en la noche visto dices,
ruega te envíe á ti y al hijo dicha,
hacia la luz desde el terrestre abismo,
y el mal hunda en la tierra y sus tinieblas.
Tal bienintencionado te aconsejo,
profeta como soy. Cuanto deseamos
en esto, sea felizmente todo.

Atosa.

Intérprete primero tú del sueño
mío, muy bien al hijo y á mi casa
declaras el augurio. Sí; suceda
todo dichosamente: cuanto mandas,
lo haremos á los númenes y amigos
que so la tierra están. Voy á la casa.
Pero, antes yo saber, oh amigo, quiero
dónde en el orbe dicen que es Atenas.

Coro.

Lejos, al occidente, donde muere
el soberano sol.

Atosa.

¡Y esa ciudad coger ansía mi hijo!

Coro.

La Grecia toda rinde el rey con ella.

Atosa.

¿Tanta es la multitud de sus guerreros?

Coro.

Ella colmó de males á los medos.

Atosa.

¿Y qué más tienen? ¿Grande es su riqueza?

Coro.

Raudal de plata rico el suelo brota.

Atosa.

¿Sus manos lucen arco y flecha aguda?

Coro.

No, no: lanza de lid, armas de escudo [1].

Atosa.

¿Quién los gobierna? ¿quién del pueblo es

Coro. amo?

Ni siervos son ni súbditos de nadie.

Atosa.

Pues ¿cómo el enemigo embate sufren?

Coro.

Anonadando las potentes huestes
y hermosas de Darío.

Atosa.

Terrible es lo que dices,
y para sobresaltos por los hijos
que allá partieron.

Coro.

Creo que luego la verdad entera
sabrás, pues el correr de ése que viene
es persa: á todas luces él te trae
buenas ó malas nuevas.

Mensajero.

¡Oh reinos de la tierra de Asia toda!
¡Oh suelo persa y puerto
ingente de riquezas!
¡Cuál tu opulencia grande
á un golpe solo ha perecido!
¡cayó, se fué la flor de los persianos!
¡Ay me! triste es ser de lo triste el nuncio
primero: la desgracia, sin embargo,
hay que explicarla entera,
persas: todo el ejército ha caído.

Coro.

¡Tristes, horrendas desdichas recientes!
¡Ay de nosotros! ¡llorad,
persas, aqueste desastre!

Mensajero.

¡Cómo está todo lo nuestro de allá
anonadado!
Contra esperanza yo mismo
veo la luz de la vuelta.

Coro.

Á la verdad, una vida
hásenos dado tan larga,
porque supiésemos este
inesperado quebranto.

Mensajero.

Os narraré cuántos males,
persas, nos han sucedido:
no son las mías palabras oídas:
yo lo vi todo.

Coro.

¡Ay, ay de nosotros! partieron
en vano á la tierra enemiga
helénica; desde las playas
asiáticas estas, los dardos
revueltos de todas las gentes.

Mensajero.

De tristemente muertos las riberas
de Salamina están henchidas
y en torno de ellas todo.

Coro.

¡Ay, ay de nosotros! nos cuentas
que juega con nuestros amigos
bravía del mar la rompiente,
donde ellos flotando cadáveres van.

Mensajero.

De nada el arco nos sirvió: la escuadra
ha perecido toda
á la embestida de la escuadra adversa.

Coro.

Con lúgubre, triste alarido
deplora á los míseros persas:
¡oh, cómo los dioses les mandan

---

[1] Que lo reclaman.

quebrantos sin fin! —
¡Ay, ay del ejército hundido!

Mensajero.

¡Oh Salamina, nombre
de execración sin par!
¡Ah, cómo gimo,
al recordar á Atenas!

Coro.

Rememorar hoy debemos
cuán formidable es Atenas
al enemigo;
cuántas persianas de prole abundosa
viudas tornó.

Atosa.

Pobre de mí, yo muda ante estos males
he estado de terror:
excede este infortunio
á todo cuanto es dable
decir y preguntar.
Con todo, fuerza es que el mortal las penas
por los dioses enviadas sobrelleve.
Todo el desastre cuenta,
y aun cuando por los males gimas, dinos
qué jefe no ha caído; á quién debemos
llorar muerto en la lid frente á sus filas,
que huérfanas están.

Mensajero.

Jerjes, él mismo, ve la lumbre vivo.

Atosa.

Anuncias á mi hogar gran luz y día
claro de entre la noche tenebrosa.

(Versos 384—445.)

Mensajero.

Pasó la noche sin que en parte alguna
tentara oculta huir la flota helena.
Mas, cuando con sus nítidos corceles
el día rutiló en el orbe entero,
sonó súbito estrépito sonoro
desde los griegos, cual de peán festivo,
que las isleñas playas escarpadas
en eco penetrante devolvían.
Temor se apoderó de todo persa:
veíase burlado: no sonaba
á fuga el himno heleno majestuoso,
sino á quien vuela audaz hacia el combate.
Todo inflamábalo la aguda trompa.
Mandan, y al punto el mar tronante hieren
estruendosos los remos, y á la vista
al punto está su armada.
En orden bello avanza el flanco diestro;
y en pos la flota toda.
Se oye á la vez, en poderosas voces:
«Oh hijos de los helenos,
id, libertad la patria;
libertad á los hijos, las mujeres,
el hogar de los númenes paternos,
las tumbas de los padres:
luchamos hoy por todo.»
Clamor en nuestra lengua respondióles.
Ya no hay tardanza: nave en nave clava
el espolón broncíneo: el choque empieza
un barco griego, que á un fenicio arranca
toda la cúspide: otro á otro embiste.
Desde luego, el torrente de la armada
persa resiste. Empero, al estrecharse
su muchedumbre dentro á la angostura,
cuando ya no pudieron auxiliarse
los unos á los otros y ellos mismos
se herían entre sí con los embates
boquibroncíneos, todo el aparato
de los remos quebraban. Y las naves
helenas no imprudentes los cercaron
en cerco estrecho: los navíos persas
se vuelcan: de naufragios y matanza
henchido no se ve ya el mar; henchidos
están de muertos playas y arrecifes.
Ciega huye cuanta nave persa queda.
Aquéllos cual á atunes ó enredada
muchedumbre de peces, los herían,
despedazábanlos con rotos remos,
quebradas tablas; la llanura ecuórea
plegarias, alaridos dominaban,
hasta que el ojo de la negra noche
se los arrebató. Si puntualmente
la multitud de males yo quisiera
narrarte, ni en diez días acabara.
Pues sabe bien que nunca tan ingente
número de hombres pereció en un día.

Atosa.

¡Ay me, que un grande piélago de males
sobre los persas y el linaje todo
de bárbaros ha roto!

Mensajero. Ten por cierto
que ésta no es la mitad de la desgracia:
tanta sobre ellos vino que su peso
excede doblemente á lo narrado.

Atosa.

¿Y qué infortunio peor? Di, ¿cuál anuncias
que sea más fatal para las huestes?

Mensajero.

Toda la flor de Persia ha perecido:
cuanto por su alma y cuna descollaba
y su lealtad constante al soberano,
tristes deshonrosísimos han muerto.

* * *

Coro.

Gime, deplora ululando
nuestros pesares que se alzan
como los cielos. ¡Ay! lanza clamores
míseros, flébiles:
Desgárralos cruel, ¡ay! la mar:

devóralos, ¡ah! del profundo
sagrado la prole, ¡oh! la muda.
Y huérfana llora
su casa al varón:
sin hijos los padres,
¡ay! lloran inmensos quebrantos:
todo oyen narrar los ancianos, y gimen.
No más ya en la asiática tierra
imperan las leyes persianas:
no más como esclavos
al déspota pagan tributo;
ni en tierra postrados los manda:
la regia pujanza murió.
No más ya del pueblo la lengua se liga,
que libre se suelta,
al modo que el yugo
soltóse del reino.
Es la ínsula de Áyax [1],
que, tinta de sangre en sus campos,
cercada de la onda marina,
posee á la Persia que fué.

* * *

(Mientras Atosa liba á los manes de Darío, evócanlos, yendo en torno de su tumba, los ancianos cantando:)

Coro.

¿Me escucha el feliz soberano
igual á los dioses:
aquestos tus patrios acentos,
clamores confusos de angustia y dolor?
¿Habré de ulular nuestras penas inmensas?
¿Allá abajo mi voz oirá?
Y tú, Tierra y los otros ductores
de los muertos, mandad
que su casa abandone
nuestro numen [2] de gloria,
la deidad de los persas,
la progenie de Susa.
Enviadle hacia arriba; que nunca la tierra
de la Persia ha cubierto á tal hombre.
¡Oh caro varón,
oh túmulo caro,
que guardas queridas virtudes! —
Plutón, oh Plutón, que devuelves,
devuelve á tan grande monarca Darío.

* * *

Ciertas tinieblas estigias
en derredor de nosotros revuelan:
ha perecido ya toda
la juventud: ven, oh padre,
inmaculado, Darío,
¡Ay, ay dolor!
Oh sombra llorada
sin fin por los tuyos,
¿qué, en doble, qué en flébil quebranto
monarca, monarca, para tu tierra,
para toda tu tierra,
hundidas están las trirremes,
las naos, no-naos, no-naos?

(Aparece la Sombra de Darío.)

Sombra.

¡Oh leales de mis leales, compañeros
de la flor de mis años,
ancianos de los persas, al imperio,
¿qué trabajo trabaja? El suelo gime
golpeado, herido. Azórome mirando
junto á mi túmulo á la esposa mía:
he acogido benévolo el libamen.
Vosotros, del sepulcro á par, llorando
y clamando con voces y lamentos
tristes de evocación me habéis llamado.
No es fácil el volver: entre otras causas
porque más gusta á los infernos dioses
el coger que el soltar. Con todo, siendo
entre ellos prepotente yo, he venido.
Mas apresúrate; que no me tachen
de tardar. Á los persas, ¿qué desgracia
nueva oprimiendo está?

Coro.

Asústome de verte;
asústome de hablarte:
es viejo mi temor. —

Darío.

Si el antiguo respeto á mí te turba,
entonces, tú, la anciana compañera
de mi tálamo y noble mujer mía,
cesando en tu gemir y tus sollozos,
claro háblame. Á los hombres acontecen
humanas aflicciones. Muchas penas
vienen desde la mar á los mortales,
desde la tierra muchas, cuando larga
se tiende su vivir.

Atosa.

Oh tú, que por tu próspera fortuna
á los mortales todos superaste,
tal que, mientras la luz viste del día,
venturosa la vida y envidiable
pasaste, cual un numen á los persas;
hora te envidio por haber tú muerto
antes de ver la sima de los males.
Todo te lo dirá, Darío, sola
una palabra: Pereció la Persia:
aquesta es la palabra.

Darío. ¿De qué modo?
¿Alguna tempestad se alzó de peste,
ó alguna sedición sobre el imperio?

Atosa.

Nada; sino en redor cayó de Atenas
el ejército entero.

[1] Salamina. [2] Darío.

Darío. De mis hijos,
¿quién lo condujo allá?
Atosa. El osado Jerjes,
toda campiña asiática agotando. —
Darío.
Así ¿sus tropas todas al acero
del todo han sucumbido?
Atosa. De tal suerte
que la ciudad de Susa entera gime
vacía de varones.
Darío.
¡Ah! ¡ay del leal amparo y auxiliares!
Atosa.
El pueblo bactrio entero fué al abismo;
ni uno solo escapó.
Darío.
¡Ay triste! ¡cuánta flor hundió de aliados!

* * *

Aun viene más: aun dista mucho el fondo
de los males, y mana todavía:
tanto será el coágulo de sangre
so el asta doria en la Platea tierra;
do mudos los montones de los muertos
enseñarán aún á la tercera
generación que no alce en demasía
el que mortal nació su pensamiento.
La avilantez floró y produjo espiga
de pena, y mies segó de lloro toda.

* * *

Jerjes.
¿Qué haré yo miserable? Disolvióse
la fuerza de mis miembros. —
Coro.
La tierra de Asia, rey del orbe, dobla
triste, ante ti, muy triste la rodilla. —
Jerjes.
¡Ay, ay de mí! la faz vuelta hacia Atenas,
la marina, espantable, tristes todos
convulsos, ay, palpitan en la playa. —
¡Con tanto ejército, y me vencen triste! —
¿Ves lo que de mi ornato queda?
Coro. Veo,
lo veo. —
Jerjes. Llora, llora y por mí gime.

* * *

¡Ay, de la persa tierra!
¡Ay, ay de los caídos
con las potentes naves! —

DE LAS SUPLICANTES.

(Verso 180 y sgs.)

Dánao.
Diviso polvareda, mensajera
muda de algún ejército; no callan
los cubos giradores de los rayos:
veo una broquelada muchedumbre,
vibradora de lanza, con corceles
y corvos carros. Presto los ductores
de esta tierra, avisados del arribo
nuestro, vendrán aquí por informarse.
Mas sea que benigno ó que furioso
y hostil el pueblo envíe aquestas tropas,
mejor en todo caso es, oh doncellas,
que aquí os sentéis en derredor del alto
de las deidades bélicas[1]: segura
más que torre es el ara, invicto escudo.

* * *

Coro (de las Danaides).
Padre, hablas previsor á previsoras. —
Dánao.
El ara comunal de todos estos
ductores[2] venerad, y en sitio sacro
sentaos, cual bandada de palomas
temblando ante congéneres milanos
afines y enemigos, que mancillan
su sangre. ¿Cómo es pura
el ave al ave devorando?
Ni ¿cómo es puro
quien al involuntario
la involuntaria para esposa quita?
Ni muerto evadirá, si tal hiciere,
la pena del delito en los infiernos;
do es fama que otro Jove á los difuntos
malos inflige el postrimer suplicio.

* * *

Rey (de Atenas).
¿Qué pedís á estas bélicas deidades
con esas frescas ramas en la mano,
ceñidas de alba lana?
Coro.
No servir á los hijos del Egipto.
Rey.
¿Por odio ó porque injusto te parece?
Coro.
¿Quién ama al que ha rendido?
Rey.
Así el poder de los mortales crece.
Coro.
Es fácil á los míseros la fuga.
Rey.
¿Y en qué ser pío con vosotros puedo?
Coro.
No nos des al Egipto, que nos pide.
Rey.
Es ello grave: es acarrearme guerra.
Coro.
Defenderá tus armas la justicia.

[1] Júpiter y Mercurio. [2] Dioses.

Rey.
Si con tu causa fué desde el principio.
Coro.
Respeta tú de la ciudad la popa [1]
así adornada.
Rey. Atérrame la vista
de este santuario sombreado [2].
Coro. Es grave
la cólera de Jove,
amparador del suplicante.
Oh palectonia progenie,
oye mis ruegos benigno,
de los pelasgos ductor.
Venos aquí suplicantes,
fúgidas, vagas,
cual becerrillas, de lobos seguidas
por escarpados peñones;
do, del auxilio seguras,
mugen contando su cuita al pastor.

* * *

Rey.
Pensado está. Se encalla: grande guerra
con éstas hay sin duda ó con aquéllos. —
Á todo trance evito esta contienda. —
Coro.
Oye el fin de este largo, humilde ruego.
Rey.
Escucho: di; no desoiré ni un punto.
Coro.
Cordón y ceñidor mi peplo ciñen.
Rey.
Mal no le están al femenil vestido.
Coro.
Sábete que hoy me son recurso bello.
Rey.
Dime, ¿qué significa esta palabra?
Coro.
Si no empeñas tu fe con todas éstas...
Rey.
¿Qué recurso te brindan tus lazadas?
Coro.
Ornar con nuevo cuadro estas efigies.
Rey.
Enigma es lo que dices: habla claro.
Coro.
Colgarme, ahorcarme al punto de estos
Rey. dioses.
Esta palabra el corazón me parte.
Coro.
Lo has entendido: me expliqué más claro.
Rey.
De todas partes males invencibles:
su multitud desbórdase, cual río.
En el ponto abismal de la desdicha,
rudo de navegar, heme engolfado,
y ningún puerto á mis quebrantos se abre.—
Con todo, es necesario
la ira de Jove, dios de suplicantes,
temer; que es el mayor temor del hombre.
Tú, pues, anciano padre de estas vírgenes,
lleva, en brazada, pronto aquestas ramas,
y en los altares de los otros dioses
indígenas depónlas; que los signos
de vuestro arribo vean
los ciudadanos todos, y mi empeño
no se rechace: el pueblo
inclínase á acusar al que le manda.
Quien eso viere, es fácil se lastime
y odie la avilantez de tanta hueste
de varones, y el pueblo-os favorezca:
benévolo es cada uno con el débil.
Dánao.
Muy gratos ser debemos porque hallamos
un noble protector. —
Rey. Conducid, hombres,
al extranjero á las urbanas aras. —

* * *

Dánao.
¡Ánimo, hijas! benévola nos trata
la ciudad, que del pueblo el voto aplaude.

* * *

No os espantéis — diviso yo un navío;
negros nautas parecen; y otros barcos
claramente se ven y de auxiliares
toda una flota. Velas ha plegado
la capitana, á tierra se aproxima,
con el mayor estrépito remando.
Quietas, prudentes, á este riesgo atentas,
no debéis olvidaros de estos dioses.
Yo voy por los patronos y auxiliares.

* * *

Coro.
Padre, yo temo; cómo los bajeles
veloces vienen: no hay tardanza alguna.
Tiemblo—de miedo muerta estoy, mi padre.

* * *

Sola aquí no me dejes, te conjuro,
padre: la mujer sola es nada: fuerza
guerrera no hay en ella. Son feroces,
aquéllos y dolosos
é impuros, como cuervos;
nada el altar respetan.
Dánao.
Muy bien para nosotros, hijas mías,
si los odiáis vosotras, y los dioses. —
No navegan tan rápidos los barcos;
ni hay dó fondear ni atarlos en la tierra. —

[1] Lo más prominente = el ara.

[2] Con las ramas de las suplicantes.

Ve que á los dioses, de temor herida,
no olvides: su socorro implora. Parto. —
* * *
Coro. Una.
La fuga ya excusar mi alma no quiere:
mi corazón, cuajada en él la sangre,
trabaja: el ir del padre me ha perdido;
morí de miedo; el nudo de la muerte
por el dogal prefiero á ser forzada
de ese varón maldito que ahí viene.
Otra.
¡Oh! ¡quién morara
en cumbre etérea,
adonde llega
la acuosa nube
y es hecha nieve!
ó en nuda, erguida,
inaccesible,
y solitaria,
abrupta peña,
mansión de buitres:
testigos fueran
de mi caída
entrambas antes
que de un enlace
violento,
desgarrador
del corazón.
Otra.
Presa de canes,
de aves del campo
ser no rehuso:
muerte me libra
de estas desgracias
tristes, llorosas.
Venga mi sino,
venga en buen hora,
antes que el tálamo.
¿Dó todavía
senda se me abre
que de himeneo
salve mi fuga?
Otra.
Solloza con trenos al cielo,
con cantos de ruego á los dioses:
¿qué fin yo tendré?
Con ojos que libres nos hagan,
serenen, contémplanos, Padre;
que justo no miras
sereno al violento.
Tus suplicantes respeta,
Jove, de inmenso poder,
rey de la tierra. —
De la balanza tú el sólo
riges el fiel.
¿Qué pueden sin ti los mortales?
¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah! ¡ah! —
Heraldo.
¡Id, id de aquí á las barcas, pronto, al punto!
Si no, si no, os mesamos, os mesamos,
golpeamos, desangramos, degollamos.
¡Id, id de aquí al navío
á morir, á matanza!
* * *
Coro.
¡Ay de nosotras!
¡ay de nosotras!
¡ay de nosotras! —
¡Ma-[1] Tierra, ma- Tierra!
¡Aparta el horrendo clamor!
¡Oh Pa-, hi- de la Tierra, Jove!
Heraldo.
No temo á los dioses de aquí:
no me nutrieron:
no he envejecido por ellos cuidado.
Coro.
Furiosa revuélvese, llégase
la bípede sierpe;
cual víbora,
mordiendo se aferra de mí.
¡Ay me! ¡ay me! ¡ay me!
¡Ma- Tierra, ma- Tierra!
¡Oh Pa-, hi- de la Tierra, Jove!
* * *
Rey.
¡Hola! ¿Qué haces? ¿Cómo aquesta tierra
de hombres pelasgos á afrentar te atreves?
Al punto sal de aquí.
Heraldo. Sabe que en guerra,
que ya vendrá, te engolfas. De los hombres
el triunfo y el poder serán.
Rey. Con hombres
de este suelo habitantes mediréisos,
que no con bebedores
del vino de cebada.
(Vanse el heraldo y sus esclavos.)
Pero vosotras todas
con vuestras caras compañeras,
entrad confiadas dentro de los muros
fuertes de la ciudad, circuída
de levantada fábrica de torres.
Hay casas comunales numerosas;
y no con mano corta he construído
las mías yo: donde en mansiones
abastecidas muchas
morar podréis con muchos.
Ó si más os pluguiere, se os permite
también vivir en casas solitarias:

[1] Madre.

lo mejor y más grato de todo eso,
helo aquí: elegid. Vuestro patrono
seré yo y todo el pueblo, que esto acuerda.
¿Esperarás amparo más seguro?

Coro.

Por estos bienes,
de bienes tú redundes,
de los pelasgos divo rey. —

Dánao.

Oh hijas, es menester á los argivos
orar, sacrificar, como á deidades
olimpias y libar; pues salvadores
nuestros no vacilantes son. Oyeron
lo que les dije haber á consanguíneos
y amigos hecho los hermanos:
y se indignaron: diéronme esta escolta
de asteros. — Á vosotras yo os exhorto
á no afrentarme: en flor estáis que atrae
al hombre. Tierna madurez no es fácil,
no, de guardar: la arruínan fieras y hombres.
¿Qué más? Pregona las maduras frutas
Venus; y aladas bestias y reptiles
su floridez mutilan
y no permiten á la flor vivir.
Á los hechizos de la hermosa virgen
todo el que pasa, lánzales los dardos
de la mirada encantadores,
cautivo de las ansias del amor.
Por tanto, para no sufrir lo mismo
que mil pesares y mil mares
bravas nos ha costado, no brindemos
mengua á nosotros propios, ni alegría
á nuestros enemigos. — Guardad sólo
estos paternos documentos,
apreciando el honor más que la vida.

Coro.

Dennos prosperidad en lo restante
los dioses del Olimpo. Ten confianza
plena en mi adolescencia, padre mío. —
Id cantando de aquesta ciudad á los jefes:
las dichosas deidades, su amparo;
y cantad á quien moran en torno
de las ondas antiguas
erasínicas. Nuestros cantares
repetid, compañeras.
Ensalcemos aquesta ciudad de pelasgos;
ya no más celebremos las aguas del Nilo;
celebremos los ríos que engendran su propia
corriente
dentro de estas comarcas,
que, doquier divididos,
se deslizan bañando
con sus fúlgidos, blandos cristales.
Este coro piadosa
mire Diana, la casta:
ni su imperio Afrodite nos fuerce á sentir.

DEL AGAMENÓN.

(V. 958—1001.)

Clitemnestra.

Es piélago: — ¿quién agotarlo puede?
él, para vestes colorir, engendra
de inagotable púrpura una fuente,
á par de plata y perennal. Abunda,
mi dueño, en tales ropas esta casa,
á las deidades gracias, y no sabe
lo que es pobreza. Mil tapices,
si tu arribo el oráculo anunciase,
por tu salud tejidos, yo votara
á hollar. Si salva en la raíz, asciende
la fronda á la vivienda y la sombrea
contra el ardor de Sirio. Tú, viniendo,
bonanza estiva á nuestro invierno vienes;
y cuando Jove en vino los agraces
convierte, vuelve ya al hogar frescura,
si en él está el varón perfecto. Oh Jove,
Jove escuchante, mi plegaria escucha:
lo que has de rematar, hazlo y remata.
(Vase.)

Coro. Primer anciano.

¿Por qué me revuela del alma
presaga en redor incesante
del miedo el fantasma?
¿Por qué, sin que nadie lo excite ni premie,
resuena mi canto,
ni deja las formas de sueños umbríos,
ni firme confianza en el trono
del alma querido se sienta?
Que están ya marchitos los tiempos
do contra Dardania la flota se armaba,
llenando sus popas las playas del mar.
Su vuelta mis ojos contemplan, la palpo;
mas fáltame toda la grata, la plena confianza
y trenos de furia modula de suyo
en lo hondo sin lira mi mente.
El pecho no yerra,
si, mientras presiente atinado y profundo,
el vórtice présago arrástrale fiero
consigo á la linde fatal.
¡Ah, plegue á los dioses que parte á lo menos
del mal que yo temo, se frustre
y se reduzca al no ser!

Clitemnestra.

Entra también tú; — á ti, Casandra, te hablo.

* * *

Si no habla lengua bárbara ignorada
como de golondrina, ablandaréla
con mi palabra.

Coro. Cede: te aconseja
lo mejor para ti. Obedece y baja
de tu asiento del carro...

Clitemnestra. Está demente,
frenética sin duda, la que llega,

de su recién destruída ciudad patria,
acá, y no aprende á soportar el freno,
antes de despumar sangrienta furia.
¡No más perder palabras: me rebajo!
(Vase.)

Coro.

Mas yo, de ti apiadado, no me encono.
¡Ea, oh mísera! abandona el carro;
cede á tu sino; la coyunda admite.

Casandra.

¡Ay me! ¡ay me! ¡ay me, mil veces!
¡Oh Apolo, Apolo!

Coro.

¿Á qué estos ayes y clamor á Loxias?
no escucha tu trenar.

Casandra.

¡Ay me! ¡ay me! ¡ay me, mil veces!
¡Oh Apolo, Apolo!

Coro.

Ésta de nuevo al dios llama ominosa,
al dios á quien desplacen los lamentos. —

Casandra.

Apolo, Apolo,
amparador de vías,
mi matador,
¡ah! ¿de dó me trajiste?
¿á qué hogar?

Coro.

De los Atridas, si lo ignoras;
y no me habrás de desmentir.

Casandra.

Odiada de los dioses, por lo tanto,
testigo de matanzas horrorosas
muchas, humana carne destrozada,
degüello de hombre,
suelo nadando en sangre.

Coro.

De nariz fina, cual de can, parece
ser la extranjera: muertes olfatea.

Casandra.

Abónanme estos flébiles infantes,
su matanza y sus carnes por el padre
asadas, devoradas.

Coro.

Tu fama de adivina conocíamos;
mas no hemos menester ningún profeta.

Casandra.

¡Ay me! ¡ay me! ¿Qué intenta, al fin?
¿Qué nuevo y grande horror en esta casa
intenta consumar?
¿horror agobiador del cual los suyos
no sanarán jamás?
Lejano está el socorro.

Coro.

¿Qué vaticinará? aquesto ignoramos:
lo otro, no: toda la ciudad vocéalo.

Casandra.

¡Ay de ti, mísera! ¿Que esto consumas? —
Mientras recrea en el baño al legítimo [esposo —
¿cómo diré lo demás?
Pronto estará terminado:
alza la mano y la asienta veloz.

Coro.

Aun no comprendo.
Faltan mis luces
ante el misterio de oráculos ciegos.

Casandra.

¡Ay, ay, dolor y dolor!
¿Qué parecer allí veo?
¿red alguna del orco á lo menos?
Es red su mujer, la que vierte su sangre
Coro insaciable
lúgubres trenos por esta
muerte, que muerte á pedradas merece,
cante á los pueblos.

Coro.

¿Cuál de las Furias me mandas que evoque
yo en esta casa? Tu voz no me alegra.
Se me ha subido crocina[1] la gota de sangre
ya al corazón; como gota vertida de lanza
y que se muere
con el fulgor de la vida que se hunde.
Rápida marcha la ruina.

Casandra.

¡Ay me! ¡miradlo, miradlo!
Lejos el toro llevad de la vaca:
dentro del peplo le coge en sus cuernos
negros, y artera le hiere:
cae en el baño.
Digo el ardid de la pila dolosa.

Coro.

No me glorío de ser muy sagaz
en penetrar divinales anuncios;
pero entreveo desdichas.
¿Cuándo resuena al mortal un oráculo alegre?

Casandra.

¡Ay de mí! ¡Ay de mi triste fortuna!
¡Ay de mi muerte!
Mezclo con estos lamentos mi propia des- dicha. —
¿Qué me trajiste tú acá miseranda?
Para morir yo contigo,
á esto tan sólo. ¿Pues qué? —

Coro.

Fuera de ti te arrebata el impulso divino:

[1] de temor.

cónsona dísona lloras por ti,
cual filomena canora,
que de gemir: «¡Itis! ¡Itis!»
mísera y triste
¡ay! no se sacia
toda su vida, de penas
por dondequiera florida.

Casandra.

¡Ah, ah! ¡fortuna
de filomena canora!
Hanla vestido con veste de pluma los dioses,
y con un dulce afanar á través de su lloro.
Mas mi destino es con arma de dúplice filo
ser destrozada.

SÓFOCLES.

(496—406 antes de Jesucristo.)

Á Sófocles, de Colona, corresponde la palma de la poesía trágica griega. Á los veinticinco años ya componía tragedias y dieciocho veces obtuvo el triunfo en los concursos poéticos. De sus muchas tragedias no se conservan más que 7: *Ayax, Electra, Antígona, Edipo Rey, Edipo en Colona,* las *Traquinias* y *Filoctetes*. Pero, ni á los gloriosos servicios hechos á la dramática, ni á la sencillez y consumada elegancia del estilo, ni á la armonía del verso, ni á la ausencia hasta del menor defecto, debe los entusiastas elogios que todas las edades le han tributado; sino á la pintura de los caracteres, y más aún, al profundo conocimiento del corazón humano y á la insuperable maestría con que retrata las pasiones y conmueve las más delicadas fibras del alma.

ANTÍGONA.

Personas: *Antígona. Ismena. Coro de Ancianos de Tebas. Creonte. Custodio. Hemón. Tiresias. Mensajero. Eurídice. Nuncio.*

Antígona.

Oh hermana mía Ismena y ya mi todo,
¿sabes que, cuanto mal partió de Edipo,
mientras las dos vivamos, lo consuma
Jove? Nada hay acerbo, ni funesto,
ni infame, ni infamante que no viera
tu desventura y mía.
Y hora ¿qué edicto dicen que el caudillo
acaba de intimar al pueblo entero?
¿Sabes? ¿algo has oído? ¿No te ocurre
contra los nuestros atentar se quiera?

Ismena.

Yo nada de los nuestros he sabido,
Antígona, ni grato ni lloroso
desque á los dos hermanos nuestros ambas
perdimos, que en un día sucumbieron
en mutua lid.
Y desde que esta noche el campo argivo
huyó, nada más sé que me alegrara
ni entristeciera.

Antígona.

Muy bien yo lo sabía; te he llamado
por esto, fuera, para hablarte á solas.

Ismena.

¿Y qué? Sombría estás y conturbada.

Antígona.

¿No ha decretado Creonte honrosa tumba
al uno de los dos hermanos nuestros
vedando sepultar al otro?
Los honores debidos á los manes,
dicen tributa á Eteocles. Mas el cuerpo
del tristemente muerto Polinices
no enterrar, oigo, á la ciudad ordena
ni lamentar; que yazca no llorado
insepulto, á las aves carniceras
grato botín, banquete apetecido.
Esto, se dice, intímate el buen Creonte
á ti, y mí también, según opino;
y que aquí viene á pregonarlo claro,
porque nadie lo ignore ni imagine
ser de poco momento; pues quien haga
de alguna suerte lo contrario, sepa
que lapidado habrá de ser del pueblo.
Tal es lo que te espera;
y pronto mostrarás si generosa
naciste ó de alta estirpe una villana.

Ismena.

¿Qué, pues, oh mísera, si tal es ello,
podré yo hacer?
¿dejar de hacer?
¿Qué ganaré?

Antígona.

Ve si sufrir, obrar conmigo quieres.

Ismena.

¿En qué atrevida empresa? ¿Qué meditas?

Antígona.

En si me ayudas á aliviar al muerto.

Ismena.

¿Al que enterrar á la ciudad se veda?

Antígona.

Á mi hermano y hermano tuyo,
aunque no quieras [1].

[1] Sigue el verso espurio: «Pues nunca seré cogida traidora.»

Ismena.
Oh audaz, ¿contra el mandato de Creonte?
Antígona.
No puede, no, alejarme de los míos.
Ismena.
¡Pobre de mí! Oh hermana mía, piensa
cuál nuestro padre ha perecido odioso,
infame, sorprendiéndose á sí mismo
en el delito y con su propia mano
deshechos arrancándose ambos ojos;
cómo luego su madre y mujer suya —
todo á la vez — se estranguló á sí misma;
y cómo al fin los dos hermanos nuestros
matáronse uno al otro miserandos.
Las dos sólo quedamos; mira ahora
cuánto más atroz muerte nos aguarda,
si, á pesar de la ley, el regio edicto
ó imperio quebrantamos.
Pensar debemos que mujeres somos,
no poderosas á luchar con hombres;
y á más que, sometidas á quien manda,
hemos de obedecer en esto y cosas
aun más acerbas.
Por esto yo, á los manes de los muertos
rogando, me perdonen; que forzada
lo hago; á los soberanos me sujeto:
lo imposible tentar es gran locura.
Antígona.
Ya no te invito, y si venir conmigo
hora quisieras, no me fuera grato.
Mas sé como te plazca, yo le inhumo.
Una vez hecho, moriré gustosa:
le amé: con él quiero yacer amante,
por mi piadoso crimen derribada;
ya que más largo tiempo á los de abajo
yo debo complacer que á los del mundo:
allí por siempre yaceré. Tú, empero,
si te parece, con desprecio mira
lo que es ante los dioses lo más santo.
Ismena.
No lo desprecio; mas obrar en contra
de la ciudad entera yo no puedo.
Antígona.
Tú tal pretextas; á erigir la tumba
al hermano amadísimo yo parto.
Ismena.
¡Pobre de ti, cuál tiemblo por tu suerte!
Antígona.
Por mí no temas: mira por ti misma.
Ismena.
Tu intento calla, al menos, todo á todos,
y yo otro tanto haré.
Antígona.
¡Ay me! publícalo: muy más odiada
de mí serás, si callas y no á todos
lo anuncias.
Ismena. Corazón ardiente tienes
en lo que hiela.
Antígona. Siento que complazco
á los que complacer debo ante todo.
Ismena.
Si lo pudieses —: amas lo imposible.
Antígona.
Do las fuerzas me falten, retrocedo.
Ismena.
No se acomete empresa irrealizable.
Antígona.
Si hablas así, yo te odio, te odia el muerto
justamente. Mas deja padezcamos
esos horrores yo y la audacia mía;
que de sufrir no habré nada tan fiero
que anuble mi morir.
Ismena.
Si quieres, vé; mas sabe que vas necia,
empero de los tuyos muy amada.
(Vanse; sale el Coro.)
Coro.
Rayo del sol, el más bello de cuantos
sobre la Tebas de puertas
siete jamás despuntara;
has despuntado por fin,
oh tú, del áureo día
párpado, desde las ondas de Dirce;
tú, que lanzaste al argivo guerrero,
armipotente, de fúlgido escudo,
hacia su patria en rápida fuga,
suelta la brida:
el que arrojó Polinices,
contra nosotros,
en su dudoso derecho confiado;
el que voló sobre Tebas
águila, aguda voznando,
de alas nevadas lucientes cubierta
y de mil armas
y de morriones con crines equinas.
Sobre los techos, en torno á las bocas
siete elevaba sus lanzas, ansioso de sangre.
Pero se fué, sin henchir con el cruor
nuestro sus fauces;
sin las almenas el píceo Vulcano abrasar.
Tal á su espalda sonara
Marte tronante,
insuperable al adverso dragón [1].
Que la jactancia de lengua altanera
Jove abomina:
y al contemplarlos venir arrogantes
con gran fragor y al sonido del oro,
impetuoso,

[1] Enseña de ambos ejércitos.

vibra su rayo y derrumba
desde las altas almenas
al que lanzar ya quería
de la victoria el alegre clamor.
Y el quemador se derriba, y retumba la tierra
al dar en ella quien ciego de furia,
al frenesí de la guerra, anhelaba
entre el embate del viento
más enemigo de Tebas.
Lo uno desvía;
lo otro encamina á los otros, contúrbalos todos
Marte el excelso,
nuestra ardorosa defensa.
Porque los siete caudillos guardianes, opuestos
á otros iguales, cada uno en su puerta,
éneos trofeos dejaron á Jove fugante.
Sólo los dos miserandos carnales hermanos
se acometieron en mutuo combate furiosos
y se enclavaron las lanzas, matándose juntos.
Mas la Victoria de nombre sublime ha venido
riente á la Tebas risueña,
rica de carros:
dad al olvido las luchas pasadas;
vamos en coros nocturnos
toda la noche á los templos de todos los dioses:
guíenos Baco, que á Tebas agita.
Mas ahí viene el tebano monarca,
el Menecida Creonte.
Viene tal vez por los casos recientes:
obra de un numen.
¿Qué propondrá, que por medio de heraldo
ha convocado esta junta de ancianos aquí?

Creonte.

Varones, otra vez segura alzaron
esta ciudad los dioses, tras lanzarla
entre tormentas y zozobras mil.
Y aparte os he llamado, por mis nuncios,
acá, lejos del pueblo; pues recuerdo
que siempre respetasteis diligentes
de Layo el trono é imperio soberano;
que á Edipo, rey de Tebas, que él salvara,
y, cuando ya se hundió, á los hijos suyos,
la misma fe guardasteis inviolable.
Al perecer aquestos juntamente
en mutua lid nefanda encarnizada,
todo el poder ya es mío, mío el solio:
soy yo el cognado próximo de aquéllos.
Mas no se puede conocer de un hombre
el ánimo, la mente ni el consejo,
antes de que en el mando y en las leyes
se muestre ejercitado. Pues quienquiera
que impere á la república absoluto,
ése, si los consejos más prudentes
no sigue, y con algún temor la lengua
amordaza, paréceme un malvado,
un sempiterno infame.
De quien más que á la patria ama al amigo,
no quiero de ése hablar.
Que yo — lo sabe Jove omnividente —
no callaré, si sobre el bien del pueblo
armarse el infortunio contemplare;
ni al enemigo de la patria
jamás querré:
comprendo que ella salva; y si recta
nos lleva por las ondas,
amigos ganaremos.
Tal es mi norma: esta ciudad con ella
prosperaré; y en ella está inspirado
mi pregón referente á los de Edipo:
Que Eteocles, defensor de Tebas, muerto
gloriosamente en sanguinaria lucha,
reciba cuantos fúnebres honores
tributánse á los manes de los fuertes.
Mas á su hermano, digo Polinices,
el cual volviendo del destierro, quiso
arder y anonadar el suelo patrio,
los dioses patrios y saciarse quiso
de sangre hermana y reducir los nuestros
á esclavos; — se ha mandado que ninguno
le entierre ni le llore; y se le deje
insepulto yacer, porque su cuerpo
de carniceras aves y de canes
la presa sea, de mirar horrendo.
Tal juzgo yo ni nunca el malo honores
de mí obtendrá debidos á los buenos:
quienquiera amare esta ciudad, honrado
por mí será igualmente en muerte y vida.

Coro.

Esto te place, Menecida Creonte,
acerca del amigo y enemigo
de esta ciudad; á ti dictar las leyes
que quisieres, te toca, sobre muertos,
sobre cuantos vivimos.

Creonte. ¿Cuál ahora
haréis guardar lo estatuído?

Coro. Encarga
esto á mancebos.

Creonte. Custodiado el cuerpo
ya está.

Coro. ¿Qué, pues, si no eso, es lo que mandas?

Creonte.

Estorbar se quebrante lo mandado.

Coro.

Nadie es tan necio que morir desee.

Creonte.

Tal es por cierto el premio; empero al hombre
suele perder de lucro la esperanza.

Custodio.

Rey, no diré que vengo yo anhelante
por correr y menear asaz la planta;

pues he tardado mucho en resolverme,
girándome á mí mismo en el camino
hacia la vuelta. Hablábame y tornaba
á hablarme mi alma:
«Miserable, ¿qué vas á do, llegando,
te habrán de castigar?
Oh mísero, ¿no vas? ¿Y si Creonte
de otro lo sabe? ¿Habrá evitar la pena?»
Tal en mi mente revolviendo anduve
lento, paso entre paso:
la senda breve es larga, así.
Por fin, vencíme y vine;
pues vengo en la esperanza de que sólo
sufriré lo que quiera mi fortuna.

Creonte.

¿Qué es lo que tanto tu ánimo deprime?

Custodio.

Primero te diré lo que me atañe;
que lo hecho yo no lo hice ni quien lo hizo
vi. No sería, por lo tanto, justo
que yo sufriese algún castigo.

Creonte.

Listo
prologas y en contorno te atrincheras;
se ve que traes nueva inesperada.

Custodio.

Lo temeroso mucho atemoriza.

Creonte.

¿Dirás alguna vez y marcharáste?

Custodio.

Pues dígote. Alguien, hace poco, al muerto
sepultó y arrojóle seco polvo
sobre el cuerpo; hizo el funeral y fuése.

Creonte.

¿Qué dices? ¿Qué hombre se ha atrevido
Custodio. [á tanto?
No sé; no había allí vestigio alguno
ni de segur ni de azadón; la tierra
estaba dura y escabrosa,
ni abierta ni de carro hollada: lo hizo
un invisible hechor.
Cuando el primero diurno centinela
nos avisó, encontrámonos delante
de algo maravilloso, ingrato á todos:
aquél desaparecido había; empero
en sepulcro no estaba: polvo tenue,
como para evitar le profanasen,
cubríale. Ni huella parecía
de fiera ni de perro, que viniese
y le arrastrase. Nos reñimos luego
un centinela al otro, y á la postre
por poco hay palos: juez allí no había.
Era el culpable cada cual, y nadie
lo era á las claras: todos sincerábanse.
Prontos hasta á llevar candente hierro
en las manos estábamos y á andar
por el fuego y jurar á las deidades
ni autores ser ni cómplices del hecho.
Por fin, no habiendo más ya qué indagar,
habla uno de nosotros por manera
que cabizbajos nos quedamos todos
de miedo; porque réplica no había,
ni escapatoria alguna.
Éste era su sentir: «que precisaba
avisar, no ocultarte nada»; y éste
triunfó; suertes echamos y tocóme
á mí desventurado aquesta suerte.
Aquí me veis á mi pesar y al vuestro;
lo sé: no se ama al nuncio de desgracias.

Coro.

Rey, tiempo há, reflexiono si este caso
lo habrá dispuesto un dios.

Creonte.

Calla, antes que tu hablar mis iras colme,
y te exhibas anciano y mentecato;
pues dices un absurdo, cuando dices
que cuidan de este muerto las deidades.
¿Habrán honrado con insigne tumba,
como á benefactor, al que sus templos
de cien columnas á incendiar venía
y sus trofeos? ¿al que tierra y culto
suyos venía á devastar? ¿Has visto
los dioses ensalzar á los malvados?
Jamás. Pero esto, há tiempo, me increpaban
moviendo ocultamente la cabeza,
hombres de esta ciudad, que la coyunda,
cual deben, no soportan ni me acatan.
Ellos — muy bien lo sé — á los centinelas
han sobornado, porque tal hiciesen.
Institución alguna ha florecido
al hombre tan fatal como el dinero.
Él ciudades derrueca; él de su casa
arranca á los mortales; él aguza
y pervierte el humano entendimiento,
de bueno que era, y la maldad le inspira;
el fraude le enseñó y el arte toda
de la impiedad y el crimen.
Mas los que sobornados esto han hecho,
han merecido, y la tendrán, su pena.
Y si yo abrigo algún temor de Jove,
sabe y por cierto ten — yo te lo juro —
si al autor de este entierro no encontrareis
y le trajereis á presencia mía,
algo más os daré que los infiernos,
antes de que, colgados, el delito
me reveléis; porque dó se halla el lucro,
sepáis y allí robéis en adelante
y aprendáis que no todo lucro es bueno.
Mira que más, por la ganancia torpe,
se hundieron que medraron.

Custodio.

¿Me dejas decir algo, ó voime al punto?

Creonte.
¿No ves aún cuánto tu hablar me agría?
Custodio.
¿Te muerde en los oídos ó en el alma?
Creonte.
¿Que localizas mi disgusto?
Custodio.
Quien lo hizo, tu alma enfada, yo, tu oreja.
Creonte.
¡Bah! ¡qué bellaco y perillán naciste!
Custodio.
Mas no para hacer tal.
Creonte. Sí; por dinero
has vendido tu vida.
Custodio. ¡Eh!
¡Qué lastimoso es quien pensar lo falso
piensa!
Creonte. Cavila, cuanto quieras hora,
en mi sospecha; empero, si vosotros
no me manifestáis á los hechores,
confesaréis que daña el lucro vil.
Custodio.
Por cierto ansío se halle. Mas suceda
aquesto ó no: — dirálo la fortuna —
no será que tornar aquí me veas;
pues, salvo contra toda mi esperanza,
debo rendidas gracias á los dioses.
Coro. (Vase.)
Cosas hay mil admirables;
pero ninguna
más admirable que el hombre.
Llévale allende los piélagos canos,
entre revueltas y túrgidas olas,
noto bramante.
Él á la diosa más alta, la Tierra,
la sempiterna, inexhausta, fatiga,
año por año,
con el arado girante,
con el equino linaje, surcando.
Lleva prendidas las bandas
de aves soñantes incautas;
lleva la casta de indómitas fieras;
lleva en sus redes tejidas
las criaturas marinas latentes.
Y la montívaga bestia salvaje
doma con maña;
y la cerviz del crinado corcel
doma hechizada so el yugo
y la del toro cerril indomable.
Él aprendió la palabra,
del pensamiento el volar,
y las usanzas civiles y leyes;
él, á cubrirse
de la rosada nocturna
inhospital y los dardos
de la tormenta y la lluvia.
Muy prevenido, el futuro jamás
cógele desprevenido.
Sólo el huir del averno
nunca hallará;
él, que ingeniara de males mortales efugio.
Rico en ingenio sorpréndese él mismo;
trazas inventa sagaces;
ora á lo malo,
ora á lo bueno se inclina,
al demoler de la patria las leyes
y de los dioses los fueros sagrados.
Grande en el pueblo, del pueblo merece se
quien lo no bello abrazare, [lance
de su altivez impulsado.
Quien tal hiciere, no habite
bajo de un techo conmigo
ni su sentir tenga yo.
Ese prodigio suspéndeme. ¿Cómo
no asegurar ser Antígona aquella
virgen, á quien yo conozco?
¡Oh miseranda,
hija de Edipo,
mísero padre!
¿qué es lo que pasa?
¿No te prendieron acaso violando
loca el mandato del rey?
Custodio.
Es ésta quien ha consumado el hecho:
la sorprendimos sepultando.
Pero ¿dó está Creonte?
Coro.
Vé cuán á tiempo sale de la casa.
Creonte.
¿Qué es eso? ¿Qué sucede?
¿Á quién yo salgo tempestivo?
Custodio.
Rey, ningún hombre jure no hacer algo.
Desmiente el pensamiento subsiguiente
al anterior; que casi no creyera
yo retornar jamás acá,
por esas amenazas tuyas
que entonces zozobrar me hicieron [1].
Mas, dando lo que excede á la esperanza
y la colma, un placer incomparable,
por esto, contra lo jurado, vengo
trayendo esta doncella, sorprendida
en prevenir la tumba.
Aquí no se han echado suertes: mío,
no de otro alguno, es este hallazgo y de
Hermes [2].

[1] Los tres versos siguientes son considerados por algunos como espurios.
[2] Mercurio, dios de los hallazgos.

Y ahora, rey, tú mismo, como quieras,
cógela, juzga, increpa.
Empero, libre yo de culpa, es justo
que se me absuelva de estas penas.

Creonte.

¿Y cómo la prendiste y dónde?

Custodio.

Al hombre sepultó: está dicho todo.

Creonte.

¿Y sabes bien? ¿y dices la verdad?

Custodio.

Al menos enterrar la he visto al muerto
que tú vedaste.
¿Es claro y llano lo que digo?

Creonte. ¿Y cómo
la viste y sorprendiste?

Custodio.

Así ello fué: Llegamos al cadáver,
por esas tus terribles amenazas
amedrentados, y del polvo todo
que lo cubría entero lo barrimos;
y su pútrida carne desnudamos
del todo, y nos sentamos en las cumbres
de do soplaba el viento, temerosos
del hedor, y unos á otros vigilantes,
duros nos increpábamos, diciendo
que ninguno aflojase en la tarea.
Y así permanecimos,
hasta que á la mitad del éter sube
el disco fúlgido del sol y abrasa.
Y luego subitáneo de la tierra
un torbellino se alza por los cielos
gimiendo y arrastrando la tormenta
relampagueante, cubre el campo, arranca
á la campestre selva su melena
toda y de polvo llénase el grande éter.
Con los ojos cerrados toleramos
el mal divino.
Pasó por fin, y vimos á esta niña;
se lamentaba con el grito agudo
desgarrador del pájaro que el nido
huérfano de sus tiernos hijos mira
solitario.
Así ella, viendo desnudado al muerto,
solloza y contra los que tal hicieran
horrenda impreca.
Y con las manos trae polvo seco
apresurada y alza
el ánfora érea, bella, bien batida,
y obsequia con tres ondas al difunto.
De pronto nos lanzamos, la prendimos;
ella no se aterró. Le reprochamos
lo hecho antes, lo de ahora: nada niega;
grata á la par que triste confesión;
gratísimo es salvar de la desgracia:
triste, inducir en ella á los amigos.
Yo, empero, todo por la vida dejo.

Creonte.

Tú, tú que estás con la cabeza baja
¿lo hiciste ó no? di.

Antígona. Lo hice, digo,
y no lo niego.

Creonte. Vé tú donde quieras,
absuelto ya del crimen. —
Y tú — no me hables mucho — dilo breve:
¿el prohibente edicto conocías?

Antígona.

Lo conocía ¿y cómo no? Era público.

Creonte.

¿Y así estas leyes á romper te atreves?

Antígona.

Ni Jove me las puso, ni, en la casa
de los infernos dioses, la Justicia.
Ni pensé que valían tus edictos
tanto, que las no escritas firmes leyes,
divinas,
siendo un mortal tú, quebrantar pudieran.
Pues no son de hoy ni ayer:
siempre jamás han imperado; nadie
sabe de dónde son.
Ellas no quise yo me condenaran
ante los dioses, por temor al juicio
de ningún hombre.
Sabía que morir debía;
¿y cómo no? — aunque pregón no hubiera.
Si muero prematura, yo lo creo
ganancia; pues, quien, como yo, ha vivido
en medio á tantos infortunios, ¿puede,
muriendo, no ganar?
Así, nada me pesa de mi suerte.
Empero, si dejase yo insepulto
á mi carnal hermano, me pesara;
mas esto no.
Pero, si crees necia mi conducta,
por poco es creerme necia un necio.

Coro.

Se ve que el duro natural la joven
tiene del duro padre: á la desgracia
no cede.

Creonte.

Advierte que la mente altiva
es quien más fácilmente se derrumba,
y que el fierro indomable, el intratable,
pasado por la fragua, es frágil, blando.
Veo domado de pequeña brida
al rápido corcel.
Que el servidor no debe ser altivo.
Mas ésta supo entonces atrevida
las leyes promulgadas traspasar,
y hora con nueva avilantez de lo hecho
gloríase mofando.
¡Por vida mía! dejo de ser hombre

yo, y ella lo es, si impune la audaz queda.
Si, como es de mi hermana, fuera sangre
más mía que cualquiera, y protegida
por Jove tutelar en mi vivienda,
no se librara ni ella ni su hermana
á una muerte de horror.
Que á ésa yo también estimo autora
del sepultar. Llamadla; que yo acabo
de verla, adentro, furibunda y loca:
suele el alma vender delitos ciegos:
detesto al que, en el crimen sorprendido,
cohonestarlo intenta.

Antígona.

¿Algo más quieres que matarme presa?

Creonte.

Yo, nada más: hecho esto, todo es hecho.

Antígona.

¿Por qué, pues, tardas? Cuanto dices, odio
y siempre lo odiaré;
Así también lo que hablo yo, tú lo odias —
¿Qué gloria más espléndida pudiera
yo conquistar que la de haber guardado
en la tumba á mi hermano? Sé que todos
estos todo aplaudieran, si sus lenguas
no atara el miedo.
El poder otras cosas mil consigue
y puede hacer y hablar lo que quisiere.

Creonte.

Tú sola en Tebas piensas tal.

Antígona. Lo piensan
éstos también; á tu talante, empero,
la boca encogen.

Creonte. ¿De pensar cual nadie
no te avergüenzas?

Antígona. No es vergüenza
el fraternal amor.

Creonte.

¿No era también hermano el que luchando
contra él, murió?

Antígona. Carnal hermano.

Creonte.

¿Y le deshonras por honrar al otro?

Antígona.

Así no juzgarán sus mismos manes.

Creonte.

¿Si le honras al igual con el impío?

Antígona.

No un esclavo: un hermano es el que ha
Creonte. [muerto.
Su patria devastando:
por ella, el otro.

Antígona.

Iguales leyes el averno pide.

Creonte.

Al malo no se trate como al bueno.

Antígona.

¿Quién sabe si esto[1], abajo, es inocente?

Creonte.

Jamás, ni muerto, es el contrario, amigo

Antígona.

No para odiar, yo para amar nací.

Creonte.

Si para amar, véte al averno y ámalos,
que, mientras yo viviere,
no reinará mujer.

Coro.

Ved cómo viene por aquella puerta,
Ismena, la amante
hermana, bañada de llanto:
sus sienes envuelve
la nube, y empaña
su róseo semblante,
y humecta su hermosa mejilla.

Creonte.

Y tú que como víbora te entraste
dentro á mi hogar oculta y me chupabas
la sangre, sin sentir — yo no sabía
que criaba yo dos Furias
y dos demoledoras de mi trono.
¡Ea! díme, ¿tuviste parte alguna
en esta inhumación ó no tuviste?

Ismena.

Yo la hice, si ésta lo consiente; tuve
parte en el hecho y en el crimen.

Antígona.

Esto repugna á la verdad:
ni quisiste ayudarme ni ayudaste.

Ismena.

Mas hora, en tu desdicha, yo no dudo
correr contigo idéntica fortuna.

Antígona.

Quiénes lo han hecho, el orco y los de abajo
sábenlo: amor de boca yo no quiero.

Ismena.

No, hermana mía; ruégote que indigna
tú no me juzgues de morir contigo
ni haber contigo depurado al muerto.

Antígona.

No morirás conmigo, ni reclames
lo ajeno para ti.
Bastante es que yo muera.

Ismena.

¿Y qué, sin ti, me importará la vida?

Antígona.

Pregunta á Creonte; que él es tu des-
velo.

---

[1] La ley solónica de poder matar cualquiera al desterrado (como lo estaba Polinices). Abajo = los infiernos.

Ismena.
¿Por qué tan sin provecho me atormentas?
Antígona.
Porque me duele haberte de burlar.
Ismena.
¿Y qué por ti podré yo hacer ahora?
Antígona.
Sálvate tú: el salvarte no te envidio.
Ismena.
¡Pobre de mí! ¡ay! ¿hasta de tu muerte
me excluyes?
Antígona.
Vivir tú, yo morir quería.
Ismena. Empero,
te dije yo el porqué.
Antígona. Tal tú pensabas:
yo no.
Ismena.
Mas ya nos es común el crimen.
Antígona.
¡Ánimo! vives tú: yo, tiempo há, muerta
el alma tengo, por servir á muertos.
Creonte.
Estas muchachas, digo — una demente
hora se ha vuelto; la otra nació loca.
Ismena.
La mente, oh rey, trastruecan las desdichas.
Creonte.
Lo está la tuya: anhelas haber hecho
maldades con malvados.
Ismena. Y la vida
¿qué es para mí, sin ella, solitaria?
Creonte.
No pienses más en ésta; ya no existe.
Ismena.
¿Del hijo propio matarás la esposa?
Creonte.
Quedan por cultivar otros vergeles.
Ismena.
No cual á entrambos el amor unía.
Creonte.
¡Malas mujeres lejos de mis hijos!
Antígona.
¡Oh Hemón, mi amor! ¡cómo te ultraja el
Creonte. [padre!
¡Maldita tú y tu tálamo!
Coro. ¿Pretendes
pues, arrancarla al hijo?
Creonte. De estas nupcias
ha de gozar el orco.
Coro. Decretada
está la muerte de ésta, me parece.
Creonte.
Á ti y á mí. Sin mora alguna, siervos,
adentro conducidlas. Es preciso
custodiar con rigor estas mujeres
ni permitir que libremente vaguen:
huyen aun los audaces, cuando miran
ya cerca de la vida los infiernos.
Coro.
Felices aquellos á quien de quebranto
inmune transcurre el vivir.
Pues al que los dioses sacuden la casa,
ningún infortunio perdona
y al hijo trasciende del padre;
tal como las mares, alzadas
al golpe feroce de tracia tormenta,
recorren la noche del ponto profundo,
y desde su abismo las negras arenas
revuelven, levantan y giran volantes:
la playa azotada rebrama horrorosa.
Yo sobre la casa de Lábdaco veo,
después de las viejas desgracias y muertes,
desgracias recientes y muertes caer,
no expía el delito ninguna familia:
un numen derriba: no hay cómo salvar.
Hoy sobre el retoño postrero de Edipo
ondeaba fulgor;
mas la hoz de los dioses infernos sangrienta
y el loco consejo y la mente execrada
lo siegan, derriban.
¡Oh Jove! ¿qué excesos humanos
podrían coartar tu poder?
poder que jamás en las redes del sueño,
quien todo lo envuelve, se prende;
poder que, del tiempo al rodar incesante,
jamás se fatiga.
Eterno en la flor de los años, imperas
al claro fulgor del Olimpo.
Es ésta la ley, que lo fué, lo será;
ni nunca en la vida del hombre por donde
el hombre morare,
en pos va sin serle fatal.
También la esperanza girovaga, á muchos
benéfica, burla de muchos
los sueños dorados.
Traidora encamina á la llama
las plantas ajenas.
Celébrase el dicho de un sabio:
«Á veces ve bueno lo malo la mente
que un dios á la ruina conduce;
y sale tan sólo momentos de allí.»
Acá viene Hemón, tu retoño menor.
¿Lloroso vendrá por la suerte infeliz
de Antígona, flor de doncellas, su esposa?
Mirando su tálamo roto,
¿en pena deshecho vendrá?
Creonte.
Luego, mejor que augures, lo sabremos.
Hijo mío, ¿supiste del edicto
contra tu prometida y vienes hora
furioso con tu padre?

¿Ó bien cuanto él hiciere, á ti te agrada?

Hemón.

Padre, yo tuyo soy: tú me gobiernas;
yo me sujeto á tu prudencia y tino.
Yo á ti no antepondré connubio alguno,
si recto me llevares.

Creonte.

Tal, oh hijo mío, has de ser que todo
á la paterna voluntad pospongas.
Que por esto los hombres en su casa
dóciles hijos procrear desean,
porque del enemigo ellos los venguen,
á los amigos con su amor amando.
Mas quienquiera engendrare hijos inútiles,
¿qué, dime, se procrea sino cuitas
y constante irrisión al enemigo?
Así, pues, hijo mío, no te dejes,
por el deleite y la mujer vencido,
dementar; mas acuérdate que hiela
de mala esposa el marital abrazo.
¿Qué llaga habrá peor que un mal amigo?
No; escupe á esa muchacha, tu enemiga,
¡y que con alguien case en el infierno!
Después de sorprenderla yo en flagrante,
de toda la ciudad ella la sola,
como falaz delante yo de Tebas
no habré de presentarme:
la mataré.
Por tanto, clame á Jove por venganza:
al dios del parentesco.
Que, si desordenados yo criase
los míos, ¿cuánto más á los extraños?
El que su casa bien gobierna,
justo también gobernará los pueblos.
Mas quien las leyes atrevido rompe,
ó á los que mandan, imponer pretende;
ése de mí no espere ser premiado.
Al que exaltado la ciudad hubiere,
á ése hay que obedecer en lo pequeño,
lo justo y lo contrario.
Quien tal hiciere, creo yo que recto
gobernará y querrá gobernar recto,
y que, donde estuviere colocado,
allí estará, en el choque de las lanzas,
un bueno y esforzado compañero.
Nada hay peor que la anarquía:
ella arruina ciudades, yerma casas,
ella en la lid falanges desordena,
ahuyenta. Mas, do están varones justos,
á muchos salva la obediencia.
Así, hay que mantener la disciplina
y no doblarse nunca ante hembra alguna.
Más vale, si ha de ser, rendirse á un hombre;
no digan que nos vencen las mujeres.

Coro.

Si la vejez no nos engaña, cuanto has dicho, nos parece muy bien dicho.

Hemón.

Padre, al hombre los dioses la presea
mayor de todas: la razón, infunden.
Ni desmentir podría tu palabra
ni lo sabría yo.
Mas es también posible que otro acierte.
Soy yo quien advertirlo puede todo
cuanto acerca de ti se dice y hace,
y también se murmura. Pues tu rostro
tanto aterra al plebeyo, que te calla
lo que á ti te desplace. Á mí me es dado,
empero, oir lo que en secreto se habla
de esta doncella: cuánto se deplora
doquiera su fortuna: que por hecho
de toda gloria digno ella perezca
horrendamente, cual mujer ninguna.
«Quien al carnal hermano en lid caído
no permitió yacer sin sepultura,
para hartazgo de crueles canes y aves,
la tal ¿no merecía premio de oro?»
Así calladamente se rumora.
Mas para mí no hay nada tan precioso
como tu gloria y dicha, padre mío.
Pues, ¿qué honra más excelsa para el hijo
que el florecer del padre,
y para el padre, que algún bien del hijo?
Á tu opinión, pues, hora no te aferres,
creyendo falso el parecer opuesto;
que, quien por el más sabio se tuviere
ó por el más diserto y más agudo —
ésos, desenvolviéndolos, hallarse
vacíos suelen.
No es degradante, no, ni aun para el sabio,
siempre aprender;
nunca porfiar.
Ve cómo, en invernales aluviones,
cuanto árbol cede, salva su ramaje:
al que resiste, arráncase de cuajo.
Del mismo modo, el nauta cuya planta
firme no afloja el cabo de la vela,
se vuelca y ya navega quilla arriba.
Tú cede y ceja.
Pues, si se me permite, aunque mancebo,
un parecer, diré que es el más alto
honor del hombre la perfecta ciencia.
Si no la tiene — que la tenga es raro —
tomar consejo le honra.

Coro.

Oh rey, le has de escuchar, si cuerdo te habla;
y tú, á tu padre; que ambos bien hablasteis.

Creonte.

En nuestra edad, ¿preténdese enseñarnos
por un mozuelo?

Hemón.

Nada injusto. — Soy joven: á mis obras

mírese, no á mi edad.
Creonte. ¿Es afán tuyo
honrar los díscolos?
Hemón. Jamás querré
yo que tu reverencies al malvado.
Creonte.
¿Y ésta de tal enfermedad no sufre?
Hemón.
Lo niega toda la ciudad de Tebas.
Creonte.
Con que ¿ella me dirá cómo yo mande?
Hemón.
Suena asaz juvenil esta palabra.
Creonte.
Otro, no yo, imperará á esta tierra.
Hemón.
Ciudad no es, la que es de uno solo.
Creonte.
¿No se la tiene por del que la manda?
Hemón.
Bello mandaras, sólo tú en el yermo.
Creonte.
Se ve que á la mujer defiende.
Hemón.
Si lo eres tú: por ti yo miro.
Creonte.
¡Malvado! ¡Aborto! ¿Riñes con tu padre?
Hemón.
Veo que desatinas, y no justo.
Creonte.
Conque ¿es dislate vindicar mi mando?
Hemón.
No es vindicarlo hollar á las deidades.
Creonte.
¡Oh alma negra, esclavo de mujeres!
Hemón.
Jamás de malos me verás vencido.
Creonte.
Y con todo, es por ella cuanto dices.
Hemón.
Por ti, por mí, por los infernos dioses.
Creonte.
Deja de perorarme, siervo de hembra.
Hemón.
Todo quieres hablar: ¿oir no quieres?
Creonte.
Viva ésta no verásla mujer tuya.
Hemón.
Morirá, y muerta perderá á alguno.
Creonte.
¿Tú me amenazas? ¿Tanta es tu osadía?
Hemón.
¿Es amenaza rebatir inepcias?
Creonte.
Llorarás tu enseñar, maestro simple.
Hemón.
Por ser mi padre, no te llamo loco.
Creonte.
¿Verdad? — Pues sábete, ¡por este Olimpo!
que tus reconvenciones y la mofa
que haces de mí no pararán en gozo.
Llevad de aquí esta execración, y al punto
muera, á vista y á par del prometido.
Hemón.
No á par de mí: no pienses tal; ni cerca
de mí. Ni sueñes con tus ojos
volverme á ver nunca jamás el rostro;
vive entre amigos fáciles frenético.
(Vase.)
Coro.
Este hombre, oh rey, va rápido, furente:
terrible es el dolor del impetuoso.
Creonte.
Vaya, haga, trace más que puede el hombre;
no libra de la muerte á las muchachas.
Coro.
¿Qué? ¿matarás las dos?
Creonte.
No á la que al muerto no tocó. Bien dices.
Coro.
¿Qué muerte piensas dar á aquélla?
Creonte.
En yermo á do no van humanas plantas,
viva la encerraré en antro de piedra,
con no más alimento que el preciso
para expiar su muerte, porque evite
la mancha de la sangre Tebas toda.
Allí á Plutón, al dios á quien tan sólo
acata, suplicando impetre acaso
no morir, y si no, por fin entienda
que es vano afán honrar á los difuntos.
(Vase.)
Coro.
Amor, en las lides invicto,
Amor, que penetras el pecho;
que posas y velas
en tierna virgínea mejilla;
que pasas los mares,
que vives humildes tugurios:
huirte no puede ningún inmortal
ni efímero humano.
De quien te apoderas, delira.
Arrastras injusta la mente
del justo al abismo.
También esta lucha tú hiciste
entre hombres del mismo linaje estallar.
Traspasa las leyes supremas
y vence y seduce de novia gentil
el hechizo que al párpado asoma.
De todo triunfa Afrodite divina
sonriendo, jugando.

Ahora yo mismo contémplolo
y rompo la ley:
no puedo el torrente del llanto
ya más detener,
al ver cómo va esta Antígona luego
al tálamo, lecho de todos.

Antígona.

Miradme, oh varones de Tebas, mi patria,
andar mi postrero camino,
mirar los postreros fulgores del sol;
después nunca más.
El Orco que todo lo aduerme,
me guía á las márgenes del Aqueronte,
muy lejos
de cónyuge, lejos de amor:
jamás me entonaron el himno nupcial:
será el Aqueronte mi esposo.

Coro.

Luego, famosa, colmada de gloria, cual eras,
¿vas á aquel antro de muertos
ni por dolencia mortal agotada
ni de la guerra botín, sino libre,
sola entre todos los hombres del mundo,
viva desciendes al orco?

Antígona.

Me dicen que atroz pereció
en lo alto del Sípilo
la huéspeda frigia [1], de Tántalo prole;
y á modo de hiedra tenaz,
la roca brotó y envolvióla:
ahora, de lluvia — refieren las gentes —
deshecha y de nieves eternas,
su falda humedecen
los párpados siempre llorosos.
Idéntico numen aduérmeme á mí.

Coro.

Ella era diosa y de casta divina:
hombres, empero, nosotros mortales
y de linaje mortal.
Aunque es glorioso al que muere,
de las deidades la suerte tener.

Antígona.

Ay me, que te mofas de mí.
¿Por qué — ¡de la patria los dioses me
valgan! —
befarme, si muerta no soy todavía,
si viva me miras aún?
¡Oh Tebas, oh nobles de Tebas!
¡Ay fuentes de Dirce
y selva sagrada
del pueblo tebano, opulento de carros!
á todos os pongo á la vez por testigos
de cómo sin lágrima amiga —
¡qué leyes me llevan al túmulo alzado,
vallar y sepulcro inaudito!
¡Ay me desgraciada!
Del mundo yo soy todavía:
del mundo no soy;
ni habito con vivos ni habito con muertos.

Coro.

Fuiste atrevida en extremo,
y te estrellaste, hija mía,
de la Justicia en el trono sublime.
Crimen paterno tú expías.

Antígona.

Me tocas las cuitas más hondas:
el hado paterno mil veces cruel
y todo el estrago
de la ínclita casa de Lábdaco nuestra.
¡Oh nupcias maternas funestas,
enlace de mísera madre
con el que llevara en su seno;
enlace del cual he nacido por fin
yo, ¡triste de mí!
Á quienes ahora
yo me encamino,
maldita, sin nupcias,
con ellos por siempre á morar.
¡Ay! ¡fúnebres honras fatales,
mi hermano, las tuyas!
que muerto á la viva mataste.

Coro.

Honras son ésas de alguna piedad.
Fuerza es, empero, jamás los mandatos
del que posee la fuerza, violar.
Tu índole audaz te perdió.

Antígona.

Sin lágrima amiga ni amigos,
sin canto nupcial,
emprendo mi vía postrera.
Jamás será dado á la pobre
mirar ya este ojo sagrado:
la antorcha del día.
Mi muerte fatal no llorada
amigo ninguno deplora.

Creonte.

¿Acaso no sabéis que, si los trenos
y el llanto aprovechasen,
en ellos no cesara el moribundo?
¿Á ésta no llevaréis sin mora, al punto?
Y en esa tumba por doquier cerrada,
como os lo tengo dicho yo,
guardadla, abandonadla solitaria
del trato humano lejos;
ora quiera morir allí,
ora viviendo desposarse.
Inocentes de aquesta niña somos:
vivir con los del mundo se le impide.

[1] Niobe, oriunda de Tebas.

Antígona.

¡Oh tumba! ¡Oh tálamo! ¡Oh fosa, y casa
y cárcel sempiterna,
por do á los míos voy,
que, en muchedumbre al hado sucumbiendo,
cayeron en poder de Proserpina!
De quienes la postrera yo y mil veces
más triste que ellos, bajo prematura.
Mas voy allá do aliento la esperanza
firmísima de que mi padre
me acogerá amoroso;
y amorosísima, tú, madre mía,
y con amor tú, oh mi hermano amado;
que con mis manos yo á vosotros muertos
os he lavado, ornado, tributado
las libaciones fúnebres. Mas hora,
de haber yo, Polinices, tu cadáver
curado, obtengo tal merced.
Que te honré dice todo hombre sensato [1].

Coro.

De la misma tormenta del alma
continúa azotando á la niña el embate.

Creonte.

Por esto, quien deben llevarla
y tardan, lo habrán de llorar.

Antígona.

Ay de mí, que esta voz suéname á muerte.

Coro.

No imagines se mude el decreto.

Antígona.

Oh paterna ciudad de la tierra tebana
y vos númenes patrios,
se me lleva; no tardan ya más.
Oh vosotros, potentes de Tebas,
contemplad [2] lo que sufro y de quién;
porque supe piadosa
con la diva piedad yo cumplir.

(Vase.)

Coro.

Hasta el cuerpo de Dánae sufrió
ver cambiada su célica lumbre
por cadena y broncínea mazmorra,
que su tálamo y túmulo fué;
con ser ella de excelsa progenie,
hija mía, hija mía,
y guardar en su seno
del Saturnio la auriflua simiente.
Tan terrible es la fuerza del sino.
No la evaden riquezas ni bélicas armas
ni torres ni naves, que negras,
sonorosas el piélago surcan.
De Edonia el monarca, de Driante prosapia,
iracunda, fué atado por Baco
y arrojado en prisión peñascosa
por sus iras y ultrajes:
tal desfoga su rabia y feroz frenesí.
Conocía que aquel á quien loco befaba,
era un dios: estorbar
intentara á las ménades
y sus báquicas luces;
y riñera á las musas, de suave zampoña.
De las rocas obscuras á par
y los mares gemelos, se extienden
las bosfóricas playas;
donde está inhospital Salmideso la trace;
do Mavorte, tutor de sus muros,
vió la herida execrable
de los vástagos dos de Fineo,
por la fiera madrastra infligida;
arrancóles enteros los ojos
inhumana, sin hierro:
con la mano sangrienta y la aguda,
lanzadera cortante.
Congojosos los tristes su triste fortuna
deploraban: el ser ellos hijos
de una madre que cónyuge fué sin ventura;
con brillar como vástago
de Erectida antiquísima estirpe;
con haberse criado en los antros remotos
y los vientos furentes paternos,
ella, la hija del Bóreas,
sobre el hielo corriendo ligera,
cual volante corcel;
ella, prole de dioses.
Mas las parcas longevas
la alcanzaron también, hija mía.

Tiresias.

Tebanos próceres, aquí venimos
dos, viendo con los ojos de uno solo,
por la senda común; que el ciego
ha menester un guía en su camino.

Creonte.

¿Qué nuevas traes, oh viejo Tiresias?

Tiresias.

Te lo diré yo: tú al vidente acata.

Creonte.

Jamás he desoído tu consejo.

Tiresias.

Feliz por esto tú el bajel gobiernas.

Creonte.

Tengo por qué reconocer tu ayuda.

Tiresias.

Piensa que estás de nuevo zozobrando.

Creonte.

¿Por qué? — ¡Cómo me aterra tu palabra!

Tiresias.

Lo entenderás oídas las señales
de mi arte: Yo sentado en el asiento

[1] Siguen versos espurios.

[2] Sigue un verso espurio.

augural viejo estaba, do á toda ave
su puerto tengo, cuando escucho un grito
de aves infausto, insólito, furioso;
matábanse unas á otras, desgarrándose
con las uñas: el ruido de las alas
me lo decía claro. El ignispicio
luego hice temeroso
en inflamadas aras.
No rutilaba el fuego
de entre las víctimas, y el lardo líquido
de los muslos se hundía en la ceniza,
y fumaba y chirriaba;
estallaba la hiel y disipábase;
los huesos femorales
de su envoltura crasa
se desprendieron y yacieron.
Por este niño súpelo: señales
de sacrificios mudos, sin augurios:
que él es mi guía; de los otros, yo.
Hiere este mal, por el decreto tuyo,
á la ciudad: las aras, los hogares
nuestros todos están llenos de restos
arrancados por aves y por canes
al miserando muerto hijo de Edipo.
Por eso, nuestras preces derramadas
en medio al holocausto, ya no acogen
los divos ni la llama de los muslos;
ni el ave, harta de cruor humano craso,
da inteligible son.
Esto, hijo mío, considera. Es propio
de todo hombre el errar. Después del yerro,
empero, ya no es hombre sin cordura
ni sin ventura quien el mal remedia
en que cayó y no permanece inmoble.
De ignorancia se arguye á la porfía.
Por tanto, cede al muerto y no le punces.
¿Qué hazaña es el matar de nuevo al muerto?
escuchar al benévolo es un goce,
si, bien aconsejado, da consejo.

Creonte.

Oh viejo, flecháis todos, cual flecheros,
á un punto: á este hombre;
ni vuestros vaticinios me perdonan:
tiempo ha vendido. soy;
por mis cognados traicionado soy.
Lucrad, comprad, si os place, ámbar sardiano
y oro índico; mas á ése no enterráis;
aun cuando desgarrado, presa suya,
las águilas de Jove le llevaran
al jovio trono;
ni así, de esta expiación [1] yo temblaría;
ni permitiera sepultarle.
Pues sé muy bien que ningún hombre tiene
poder bastante á mancillar los dioses.
Caen, empero, con caída torpe,
oh anciano Tiresias, los mortales,
cuando con parla torpe bellamente
al lucro atentos parlan.

Tiresias.

¡Bah! —
¡Si algún hombre supiese, si pensase!

Creonte.

¿Y qué? ¿qué nos vas á decir á todos?

Tiresias.

¡Cuánto supera al oro la prudencia!

Creonte.

Cuanto es infame, opino, la insipiencia.

Tiresias.

De tal peste repleto tú has nacido.

Creonte.

No quiero replicar mal á un vidente.

Tiresias.

Y lo haces, desmintiendo mis augurios.

Creonte.

La augural casta entera es codiciosa.

Tiresias.

Y la real, del torpe lucro ansiosa.

Creonte.

¿Entiendes que cuanto hablas
lo hablas contra el poder?

Tiresias.

Lo sé; que por mí riges salva á Tebas.

Creonte.

Sabio vate eres; malo, empero, é injusto.

Tiresias.

Me arrancarás del pecho mis arcanos.

Creonte.

Salgan; como no me hables ganancioso.

Tiresias.

Tal, cuanto á ti, ya me parece que hablo.

Creonte.

Bien sábete que mi sentir no compras.

Tiresias.

Tú sábete mejor que, antes de muchos
giros del sol veloces, darás alguien
nacido de tu sangre:
un muerto, por los muertos,
por los que de la luz lanzaste al orco;
el alma que vilmente en el sepulcro
encerraste y el muerto que retienes
y privas de los dioses infernales,
dejándolo insepulto, profanado.
Y ni tú ni los divos celestiales
poder de hacer nada de aquesto tienen;
los atropellas todos tú.
Así las vengadoras, perdedoras
Furias de los infiernos y los dioses

[1] Literalmente = mancilla.

te asechan, ármante los mismos males.
Y ve si esto yo lo hablo sobornado:
dirátelo en tu hogar, y sin tardanza,
el gemir de los hombres, las mujeres [1].
Toda ciudad contúrbase enemiga,
do destrozan un muerto y do profanan
perros ó fieras ó ave voladora
que va el olor impuro transportando
hasta el urbano altar.
Yo, como flechador — pues te abomino —
he dirigido contra ti certeros
estos dardos del alma furibundo,
inevitables, encendidos.
Oh niño, vámonos de aquí;
condúcenos á casa, porque su ira
éste contra más jóvenes desfogue
y aprenda á gobernar mejor su lengua
y entendimiento y corazón.

Coro.

Este hombre, oh rey, terrores presagiando,
se ha ido. Mas sabemos, desque negros
estos cabellos blancos yo peinaba,
que nunca á la ciudad dió falso augurio.

Creonte.

Lo sé también, y mi alma se estremece:
grave es ceder: el no ceder ve cerca
al infortunio que anonada horrendo.

Coro.

Cuerdo has de ser, oh Menecida Creonte.

Creonte.

Y ¿qué he de hacer? Di: lo que digas, hago.

Coro.

Vé y saca de la fosa á la doncella:
sepulta al muerto.

Creonte.

¿Bien te parece? ¿Apruebas que yo ceda?

Coro.

Cuanto antes, rey, al punto: de los dioses
va la venganza con alado pie
por la más breve vía á quien mal obra.

Creonte.

¡Ay de mí! puedo apenas; pero cejo:
contra necesidad no hay resistencia.

Coro.

Vé, pues, y hazlo tú mismo;
no lo encomiendes á otros.

Creonte.

Voy, vuelo. Id, criados, id;
los de aquí, los de allá; coged segures,
corred á la meseta [2].
* * *
Mas yo, mudada mi sentencia, quiero,
pues yo mismo la até, yo desatarla:
recelo sea lo mejor
guardar por siempre las vigentes leyes.
(Vase.)

Coro.

Oh tú, de títulos rico,
luz y alegría
de la doncella [3] de Cadmo;
vástago tú del Saturnio
altitonante, que escudas
la ínclita Idalia
y que de Ceres de Eleusis los hondos
valles comunes dominas:
Baco, que habitas en Tebas, metrópoli
de las bacantes, á par del Ismeno
líquido, undísono, á par de la casta
del furibundo dragón;
sobre las cumbres gemelas [4] te miran
relampagueantes vapores;
donde las ménades ninfas coricias
van y la fuente Castalia;
y las alturas nisenas cubiertas de hiedra
y la marina sembrada
verde de pámpanos,
síguente en torno,
con los clamores de júbilo
báquico eternos,
cuando visitas las vías de Tebas;
esta ciudad predilecta,
única tuya
y de tu madre, la presa del rayo [5]:
hora también que, de mal formidable
todo este pueblo postrado, suspira;
vén con tu planta
purificante pasando
por la parnásica sierra
ó por la mar bramadora.
¡Ea, ductor de los rútilos astros,
contemplador de la grita nocturna,
hijo nacido de Jove!
muéstrate, oh rey, juntamente
con las bacantes, tus socias,
que, de furor agitadas,
danzan la noche
toda por ti,
Yaco, su dueño.

Mensajero.

Íncolas del hogar de Cadmo
y del de Anfión, lo cierto es que yo nunca
de hoy más he de admirar ni deplorar

---

[1] Tienen algunos por espurios los cinco versos siguientes.

[2] Hay una laguna en el original. Los cuatro versos siguientes parecen ser espurios, hechos para llenarla en parte.

[3] Tebas. [4] Del Parnaso. [5] Sémele.

en vida á un hombre, sea como fuere
su condición:
fortuna ensalza;
fortuna abate [1]
al venturoso, al sin ventura, y siempre,
y no hay augur para el futuro humano.
Me parecía digno, hasta hace poco,
de envidia Creonte,
que de enemigos libertó la tierra
cadmea, y la regía soberano,
dueño absoluto y próspero, con prole
preclara floreciendo;
y hoy todo lo perdió.
Que, si huye la alegría de la vida
á un hombre, yo no tengo
por vivo á ese tal;
lo tengo por cadáver ambulante.
Junta cuanto oro quieras en tu casa;
despliega regio fasto:
si te faltare el gozo —
por él yo no comprara tu humo y sombra.

Coro.

¿Qué nueva cuita de los reyes traes?

Mensajero.

Han muerto; de los vivos es la culpa.

Coro.

¿Quién ha matado á quién? Di.

Mensajero. Hemón ha muerto:
yace en su sangre.

Coro.

¿Á mano de su padre ó suya propia?

Mensajero.

La propia; airado contra el padre
por la muerte de aquélla.

Coro. ¡Oh vate! ¡cómo
se cumple tu palabra!

Mensajero.

Siendo esto así, pensad ya lo demás.

Coro.

Pero aquí viene la infeliz Eurídice,
de Creonte esposa; de la casa viene.
Del hijo sabe, ó sale por acaso.

Eurídice.

¡Oh ciudadanos todos! yo la nueva
oí saliendo á saludar con preces
á la divina Palas.
Y ya la cerradura de la puerta,
tirando á mí, soltaba, cuando hiere
del mal doméstico el rumor mi oído:
aterrada, de espaldas, en los brazos
de mis siervas caí desfallecida.
Mas el caso de nuevo referidme:
lo escucharé, en desgracias no inexperta.

Mensajero.

Yo, amada soberana, que lo he visto,
te lo diré sin ocultarte nada.
¿Á qué con falsedades consolarte
que luego habrán de descubrirse? recta
es siempre la verdad.
Ductor acompañaba yo á tu esposo
hacia la altura, donde aún yacía
de Polinices el cadáver,
atrozmente por perros destrozado.
Rogamos á la diosa de la vía [2]
y á Plutón que sus iras refrenaran,
benévolos; y luego lo lavamos
con sagrada ablución y sobre ramas
frescas sus restos abrasamos. Y hecho
de tierra patria un túmulo encumbrado,
fuimos al hondo tálamo lapídeo
inferno de la virgen.
Alguien oyó sonar lamento agudo
lejano desde el tálamo no sacro,
y corriendo avisólo al rey Creonte.
Cuando éste más se aproximó, los gritos
percibió en derredor tristes dudosos;
suspira, exhala su dolor acerbo:
«Ay me, ¿presagia mi alma?
¿Me arrastro por la senda más funesta
de mi vida? La voz del hijo hiéreme.
Id, siervos, á la tumba presurosos,
y hasta su misma entrada, removidas
del valladar las piedras, penetrando,
mirad si es voz de Hemón la que yo escucho
ó si soy de los dioses engañado.»
Hicimos como exánime mandara
nuestro señor, y vemos de esa tumba
en el fondo suspensa á la doncella,
de su cendal, que retorcido
al cuello se anudara.
Vemos aquél de hinojos á par de ella,
en nudo estrecho á su redor los brazos,
entre sollozos por la triste suerte
de su tálamo inferno, por las obras
del padre, por el mísero connubio.
El padre, al verle, gime lastimero;
penetra á él, le llama gemebundo:
«Ah infortunado, ¿qué haces? ¿qué has
pensado?
¿En qué desgracia te hundes?
Sal, hijo, te conjuro.»
Mas éste le miró feroz,
y alzó amenazador y mudo
su espada de dos filos;
el padre huyó veloz, lejos del golpe.
Luego el desventurado, furibundo

[1] El verso siguiente parece ser espurio.

[2] Hécate.

contra sí mismo, cual tenía alzado
el acero, lo vuelve y se traspasa
el pecho, y todavía en su sentido,
con brazo lánguido á la virgen ciñe
y rápido anhelando entre un torrente
de purpurina sangre, exhala el alma
en la virgínea pálida mejilla.
Muerto yace hora al lado de la muerta
y en la morada mísera del orco
celebra el himeneo,
enseñando á los hombres cuánto excede
á todas sus desdichas la imprudencia.

Coro.

¿Qué conjeturas de esto? Apresurada
se alejó la mujer sin proferir
ni buena voz ni mala.

Mensajero.

También yo sorprendido estoy; empero
la esperanza alimento de que, oído
del hijo el infortunio,
no irá por la ciudad llorando al muerto,
sino dentro al hogar con sus criadas[1]:
es tan sensata que no hará dislate.

Mensajero.

Veamos si ese pecho atormentado
sojuzga sus recónditos furores;
sigámosla á la casa; pues bien dices
que el silencio excesivo aterroriza.

Coro.

Ved, viene ese rey;
sus brazos mirad
cuál traen ahí
— dejadlo decir —:
un gran monumento
de propios, no ajenos, errores.

Creonte.

¡Ha! ¡desvaríos de mente demente
fuertes, mortales!
¡vos, oh testigos
de matadores y muertos cognados!
¡Ay de mis tristes consejos!
Hijo, hijo mío, por hado tan presto,
¡ay de mí! ¡ay de mí!
presto moriste
víctima de la demencia
mía, no tuya.

Coro.

¡Ay, qué tarde te veo ser justo!

Creonte.

¡Ay, ahora lo soy!
Pero entonces, entonces un numen
me ligó, me burló y en la testa
golpeóme feroz y á caminos
arrastróme salvajes;
ay, lanzando y pisando mi dicha en el polvo.
¡Ah! ¡ah! ¡oh trabajos que al hombre
Nuncio. [trabajan!
¡Oh mi señor¡ ¡cómo te llueven males!
unos aquí en tus manos, y otros
luego verás, cuando á tu casa vengas.

Creonte.

¿Qué más hay?

Nuncio. Tu mujer murió: mostróse
muy madre de este muerto la infelice:
acaba de morir herida.

Creonte.

¡Ay dolor! ¡ay dolor! Puerto inexpiable
del orco, di, ¿por qué, por qué me pierdes?
Ah nuncio infausto del dolor, ¿qué dices?
¡Ay me! Á un hombre exánime rematas.
¿Qué dices? ¿qué hablas?
Reciente muerte cruenta,
— ¡ay me, ay me! —
¿En torno mío júntase la muerte
de mi mujer á esta reciente muerte?

Coro.

Ya verlo puedes: de las sombras sale.

Creonte.

¡Ay me! que ya miro yo triste
la nueva desdicha.
¡Qué golpe! ¿qué golpe me queda
aún por sufrir?
Aun tengo en mis brazos del hijo
el cuerpo caliente,
y ¡ay me que ya miro la muerta de allá!
¡Ah dolor, dolor!
¡Madre infelice!
¡Ay dolor, hijo!

Nuncio.

Herida mortalmente, ella se abraza
al ara y cierra el párpado sombrío;
tras de llorar á Megareo, muerto
antes y con fortuna esclarecida;
de llorar á éste, y por tus malas obras
lanzarte imprecaciones,
al parricida.

Creonte.

¡Ay dolor! ¡ay dolor!
El terror me sacude.
¿Por qué no me hirió con espada de filo
doble algún hombre?
Triste de mí, ¡ay dolor!
¡en tristes quebrantos hundido!

Nuncio.

Sí; porque te culpó la moribunda
de la una y otra muerte.

Creonte.

Y ésta, ¿cómo murió?

---

[1] El verso siguiente parece espurio.

Nuncio.
Con su mano clavóse bajo el hígado
la espada, cuando supo la fortuna
del hijo llorosísima.
Creonte.
¡Ay me! ¡ay me! que jamás
acaso de lo hecho por mí ningún otro
culpado será.
Yo, yo, miserable de mí,
yo te maté, no lo niego.
Ah siervos, de presto, de presto llevadme
y lejos llevadme,
á mí que no soy
ya más que una nada.
Coro.
Es bueno lo que mandas, si en los males
hay algo bueno;
que el mal de sí alejar
sin dilación
es de razón.
Creonte.
Vén, vén,
aparece ya, muerte, de todas
las hechas por mí la más bella.
Vén, vén ya por mí,
trayendo mi día postrero,
para no ver otro día jamás.
Coro.
Dirálo el porvenir:
acción pide el presente.
Cuiden de aquél aquellos que de él cuidan.
Creonte.
Lo que he pedido, es eso lo que anhelo.
Coro.
Por hoy nada ambiciona:
hadados infortunios
ningún mortal evita.
Creonte.
Llevad, pues, al hombre frenético lejos,
que, fuera de mí, te maté, oh hijo mío;
y á ti te maté la que yaces,
¡Ay me desdichado!
No tengo yo en dó reclinarme:
todo lo mío al abismo se fué;
sino tremendo
en mi cabeza descarga.

(Pone en tierra el cadáver y es conducido á la casa.)

Coro (solo).
Es el recto pensar
fundamento y sostén
de la dicha. Jamás
se atente á la ley
de los dioses. Tras sí
el grandísono hablar
trae el penar
grandísono; y él
enseña, por fin, la cordura.

EURÍPIDES.

(¿?—406 antes de Jesucristo.)

NACIÓ Eurípides en Salamina y murió en la corte del rey de Macedonia. Como Sófocles, fué el poeta favorito del pueblo ateniense, que tan fiel y brillantemente se veía reproducido en sus tragedias. Sabe conmover; y posee, como pocos, el arte de pintar las pasiones, sobre todo el amor, y de tocar, con diestra mano, la sensibilidad, de hacer hermosos y elegantes versos y de presentar al través del prisma de su rica imaginación seductoramente todos los colores de la realidad.

MEDEA.

Personajes: *Nodriza. Ayo. Medea. Coro de mujeres corintias. Creonte. Jasón. Egeo. Mensajero. Hijos de Medea.*

Nodriza.
Oh, si á la tierra cólquica la nave
Argo, por las cerúleas Simplegadas,
velera no arribara; ni en las sierras
del Pelio nunca á la segur el pino
cayera; ni partiera en él al remo,
por conquistar el vellocino de oro
para Pelias, la flor de los varones.
Entonces no viniera mi señora
Medea, por Jasón de amor frenética,
á los alcázares del yolquio suelo;
ni, tras determinar á las doncellas
de Pelio vástagos á darle muerte,
viviera en esta tierra de Corinto,
con el esposo y prole. Del afecto
de la ciudad que la acogió, gozaba,
y con Jasón lo compartiera todo;
— y es ésta la más alta bienandanza:
mujer que del marido no disiente.
Mas hora todo es odio: lo más caro
del alma enfermo está. Jasón los hijos
propios y á mi señora traicionando,

el tálamo real de la hija goza
de Creonte, soberano de estas tierras.
Medea, la infelice, la ultrajada,
los juramentos y la fe inviolable
de la diestra y los dioses por testigos
del pago que Jasón le da, llorosa
invoca, impreca.
Sin comer yace, anonadado el cuerpo
por el dolor; en lágrimas deshecha
sin cesar un instante, desde el punto
que se supo ofendida del consorte,
y ni los ojos ni la faz levanta;
cual peña ó de la mar el oleaje,
escucha los consejos del amigo.
Y si alguna vez vuelve el níveo cuello,
es para sollozar, llamando al padre
caro, la patria, hogar, que abandonara
traidora en pos del hombre que hoy de befa
la colma. Á fuerza de sufrir la triste
conoce cuánto vale no alejarse
del patrio suelo. Odia los propios hijos,
ni de verlos se alegra. Temo forje
algún nuevo atentado: es altanero
su corazón, y padecer no sabe.
Conózcola y recelo le hunda en medio
al hígado el agudo hierro, oculta
penetrando á su tálamo, ó que mate
al tirano, al casado, y en la vía
sangrienta avance aun más: es hembra horrenda.
Sobre ella triunfo bello, fácil, nunca
habrá de reportar quien la agraviare.
Ve cómo de jugar al aro vienen
á descansar los niños: en los males
de su madre no piensan: es la mente
infantil de pesares enemiga.

Ayo.

Antigua confidente de la casa
de mi señora, dí, ¿por qué á las puertas
la dejaste en su soledad, llorando
tú aquí sus desventuras? ¿Cómo quiere
estar sin ti Medea solitaria?

Nodriza.

Anciano guía de los hijos
de Jasón, las desgracias de los amos
el alma de los buenos servidores
también trastornan. Yo he llegado á tanto
extremo de dolor que el pecho ansía
lanzarse por el mundo y por los cielos
á contar las desdichas de mi dueña.

Ayo.

¿No cesa de llorar la infortunada?

Nodriza.

De ti me admiro: están á los principios,
muy lejos aun de promediar, sus penas.

Ayo.

Oh necio el siervo que hace diga el amo:
«¡Cómo nada sabía éste de nuestros
quebrantos últimos!»

Nodriza.

¿Y qué hay, anciano,
de nuevo? No me celes lo que sepas.

Ayo.

Nada: de lo que he dicho, me desdigo.

Nodriza.

Nada ocultes, ¡por vida! á tu consierva.
Si es menester, te juro yo el secreto.

Ayo.

De paso oí decir, al acercarme
al juego de las piedras, do sentados
estaban los ancianos, en contorno
de las sagradas ondas de Pirene:
que Creonte, soberano
de esta región, los hijos con la madre
va á lanzar de Corinto. Si dirían
verdad, no sé: deseo lo contrario.

Nodriza.

Y tras de todo, ¿ver sufriente
á su prole Jasón soporta, sea
cual fuere su discordia con la madre?

Ayo.

Enlace viejo cede
al nuevo, ni este hogar él ama.

Nodriza.

Perdidos somos, si á las cuitas viejas,
antes que calmen, añadimos otras.

Ayo.

Cuanto á ti, pues que de esto nada debe
saber por hoy mi dueña, calla muda.

Nodriza.

¿Oís, oh niños, cómo con vosotros
se ha vuestro padre? No le execro;
que es mi señor. Se muestra,
empero, con los suyos un malvado.

Ayo.

Y ¿qué hombre no? ¿De conocer acabas
que cada cual más ámase á sí propio
que á sus cognados, ora justamente,
ora por interés, si éste, inducido
del tálamo, á sus hijos ya desama?

Nodriza.

Id — bien será — y entrad en casa, niños.
Tú, cuanto puedas, escondidos tenlos,
muy lejos de la madre furibunda.
Ya antes la vi clavar en ellos torva,
siniestra la mirada. Y sus furores —
lo sé — no calmarán antes que á alguno
fulmine. ¡Oh si dañara al enemigo!
mas al amigo, ¡no!

Medea.

¡Ay de mí, de infortunios agobiada!
¡Pobre, pobre de mí! ¿Oh si muriera!

Nodriza.
Miradla, miradla, mis niños queridos:
vuestra madre es; en cólera hiérvele el seno:
volad á las casas y que ella no os vea;
no os alleguéis: arrancad de su rabia:
altanera nació;
feroce, terrible se agita.
Id, y corred y volad hacia adentro.
Es claro que, alzada la nube de llanto,
habrá de tonar iracunda, veloz.
¿Qué hará la magnánima, altiva, implacable,
desgarrado de pena su pecho?
Medea.
¡Ay me, ay me!
Yo desgraciada he sufrido, sufrido
golpes que arrancan sollozos rugientes.
¡Oh hijos malditos de madre tremenda,
pereced con el padre!
¡toda la casa perezca!
Nodriza.
¡Ah, ah! ¡ay, pobre de mí!
¿Qué á los hijos los yerros del padre?
¿Qué los execras? ¡Ay niños!
¡Cómo me angustia el que pueda veniros un daño!
Aterra el querer de los reyes;
pues, poco mandados y mucho mandando
su condición iracunda es difícil que frenen.
Lo mejor es vivir como todos.
Si no grande, mediocre yo quiero pasar la vejez.
La medianía es un nombre
que triunfa de todos los nombres:
gozarla es la suerte mayor y mejor de los hombres:
la abundancia no cuadra jamás al mortal;
cuando las Furias despiertan, mayores
males atrae al hogar.
Coro.
He oído la voz, he oído los gritos
de la pobre de Colcos.
¿Aún no se calma?
Dínoslo, anciana: lamento de dentro
escuchamos sonar,
en la sala de dúplice puerta.
No es para nosotras placer
esta desgracia
de una casa que amamos.
Nodriza.
No hay casa; ya todo acabó.
Cautívale tálamo regio;
mi señora en el suyo
deshecha de pena se muere;
ninguna palabra de amigo ninguno
el corazón ni un instante le alivia.
Meaea.
¡Ay me!
Centellas del cielo fulminen mi testa,
¿De qué ya me sirve el vivir?
¡Ay dolor! ¡que la muerte me libre!
¡que yo arroje esta vida maldita!
Coro.
¿Oyes, oh Jove, y oís, tierra y luz,
cuántos lamentos exhala y clamores
la desdichada mujer!
¿Qué amor por el lecho vacío,
oh necia, te impulsa
de la vida á la linde ligero?
Nada de esto depreques.
Si un tálamo nuevo tu esposo venera,
no te irrites por eso con él.
El Saturnio justicia te hará.
Por tu consorte penosa
no te agobies asaz.
Medea.
Oh Temis, la grande,
y Diana potente,
¿miráis lo que sufro,
unida con vínculos sacros, jurados,
á un esposo maldito?
¡Viérale yo destrozado con la hembra
un hora en su casa;
quien osaron primero afrentarme!
¡Oh padre, oh mi patria, dejéos
tras torpe matar á mi hermano!
Nodriza.
¿Oís lo que clama, implorando el favor
de Temis y Jove, á quien llama custodio
de la palabra jurada al mortal?
En nada pequeño su rabia
habrá de saciar mi señora.
Coro.
¡Oh si ella viniera á presencia
de nosotras, y nuestra palabra
de aliento escuchase,
cómo cayeran su furia pesada,
sus ímpetus fieros!
Nunca á los míos
benévola falte mi mente.
Vé y hazla salir del hogar;
díle que todas la amamos;
vé presurosa,
antes que dañe
á los de dentro:
grande le arrastra el furor.
Nodriza.
Voy. Pero temo no ceda mi dueña.
Aunque gustosa socorro yo presto
en el trabajo presente.
Con la mirada de leona parida
clava los ojos en cuantas criadas

á hablarle se acercan. —
Quien á los hombres de antaño no sabios,
sino torpes llamase, no errara;
pues entonaban en fiestas, banquetes
y mesas floridas armónicos himnos,
de la vida alegría.
Pero en los grandes pesares del hombre
con musa ninguna,
ni acento solemne de lira
mitigaran las horas que muertes y casos
crueles las casas derriban.
Ganancia al humano sería
con los cantares sanar:
Empero, do ricos festines, ¿á qué repercuten
los sones? La hartura
de la mesa á los hombres alegra de sí.

Coro.

Oigo gemidos, sollozos sin cuento,
clamores agudos de angustia,
maldiciones al cónyuge infiel.
La vejada conjura á los dioses:
á la Temis de Jove, guardiana
del juramento, quien trájola aquende
los mares á la Hélada
por el estrecho salobre nocturno y sin límites.

Medea.

Mujeres de Corinto, temerosa
de vuestro enojo, salgo de la casa,
porque no me riñáis. He visto á muchos;
de muchos extranjeros helo oído:
que eran llamados nobles, porque lentos
se movían; quien fama de indolentes
cobraron. Pues los ojos de los hombres
ignoran la justicia: cada uno,
antes de sondear el pecho de otro,
le ve y odia, por más que ningún daño
de él haya recibido. Pero siempre
de la ciudad al uso ha de ceñirse
el extraño. Mas yo tampoco alabo
al ciudadano que otros altanero
y necio veja.
Aqueste azar me hiere y parte el alma.
Me voy: se fué el encanto de mi vida;
morir, amigas mías, necesito.
En el que todo lo veía bello,
se ha descubierto el hombre más malvado:
mi esposo.
De todo cuanto anima, y razón tiene,
nosotras, las mujeres, el linaje
más miserable somos; que primero
con desmedidos bienes al consorte
precisamos comprar, para del cuerpo
darnos un amo; que éste es mal de males;
y peor la incertidumbre de si es malo
ó bueno. La mujer con el repudio
deshónrase, ni acierta á evadirse
del marido. Y si casa al uso nuevo
y leyes, ha de ser una adivina
para saber — si no lo supo en casa —
cuál captarse el afecto del consorte.
Y si, después de estos trabajos nuestros,
ama su hogar el cónyuge, llevando
no mal su grado la coyunda, es dicha;
si no, fuerza es morir. Cuando su casa
desama el hombre, fuera va y su pecho
solaza con amigos y coetáneos.
Mientras nosotras no tenemos dónde
volver los ojos sino al alma sola.
Y dicen que vivimos
cuán sosegada vida
dentro al hogar; en tanto
ellos van á la guerra. Mal razonan.
¡Cómo querría yo embrazar escudo,
tres veces antes, sí, que una ser madre!
Y en esto mismo tú y yo diferimos:
tú tienes patria, hogar paterno, hacienda,
amigos: solitaria yo, sin patria,
befada del consorte, que me trajo
de tierras apartadas,
sin madre, sin hermano, sin parientes
presa de esta fortuna, voy mareando.
De ti prométome una sola cosa,
y es que, si yo descubro senda y medio
de vengar en mi esposo tal afrenta,
y en el padre que la hija ha desposado
con él, y en ella, que calléis vosotras.
Que la mujer de miedo siempre tiembla
y no es para mirar la fuerza, el hierro;
pero si el tálamo halla mancillado,
no hay quien más piense en sangre y en matanza.

Coro.

Lo haré: castigas justa á tu consorte,
Medea. No me asombran tus lamentos.
Mas he ahí que viene Creonte, de estas
tierras señor: vendrá con nuevo acuerdo.

Creonte.

Á ti, de torvo rostro y furibunda
contra tu esposo, á ti, Medea, dígote
que de este suelo salgas fugitiva,
con tus dos hijos, sin tardanza alguna.
Como yo soy autor de este decreto,
así no torno mientras no te lance
fuera de los confines de esta tierra.

Medea.

¡Ay dolor! soy perdida yo del todo,
y mísera morí! Mis enemigos
á toda vela van, y yo no veo
ninguna tierra que salvarme pueda.
Aunque del infortunio opresa,
te quiero preguntar por qué me extrañas,
Creonte.

Creonte.

Yo te temo — no haya ambages —,
temo hagas daño irreparable á mi hija.
Muchas cosas conspiran á este miedo:
sagaz naciste y muchas malas artes
sabes, y repudiada del esposo,
te acuitas; y oigo — tal me lo refieren —
que amenazas á padre, novio, novia.
Prevengo tu venganza; y ser odiado
de ti prefiero á no llorar mañana,
mujer, si con blandura hoy te tratare.

Medea.

¡Ay me, ay me!
No sólo ahora, muchas veces, Creonte,
me ha dañado y colmado de infortunio
mi fama. El hombre cuerdo nunca debe
formar sus hijos demasiado sabios;
pues, fuera de llamárselos inertes,
suscítanse la envidia y malquerencia
de los demás. Si traes nuevas artes
á necios, haragán te consideran,
no sabio. Y el que creen sobresale
entre los que algo más saber pretenden,
ése es un torcedor para su pueblo.
También yo corro idéntica fortuna.
Sabia, me tienen éstos por odiosa,
por indolente aquéllos; por lo opuesto
los unos; por malévola los otros —
y eso que mi saber no es demasiado.
Temes que contra ti cometa un crimen.
No pienses tal de mí, de mí no tiembles,
Creonte; no atentaré á mi soberano.
¿Qué mal me has hecho tú? Tú la doncella
con quien te plugo, desposaste. Al que
odio,
es á mi esposo: tú, según entiendo,
obraste cuerdo. Ni hora yo te envidio
si bien te va: casaos, sed felices.
Mas dejadme vivir en esta tierra:
aunque ultrajados, callaremos mudos,
rendidos al poder.

Creonte. Tu voz es blanda
de oir; mas dentro á mi alma temo trames
un atentado, y menos que antes fío
en ti; que la mujer arrebatada,
como asimismo el hombre, son más fáciles
de guardar que los sabios taciturnos.
Mas al punto salid; calla, no arguyas.
Esto es tan hecho que ninguna traza,
siendo tú mi enemiga, ha de valerte
para quedar aquí.

Medea.

No tal; te lo suplico por tu vida,
por la de la doncella desposada.

Creonte.

Vanas palabras: no te cedo nunca.

Medea.

¿Me lanzas y mis súplicas desprecias?

Creonte.

Más que á mi hogar á ti yo no te quiero.

Medea.

¡Oh patria, cuánto te recuerdo ahora!

Creonte.

También yo la amo, y más sólo á mis hijos.

Medea.

Ay me, el amor ¡qué ruina es para el hombre!

Creonte.

Si tal lo ordena, creo, la fortuna.

Medea.

Ve, oh Jove, quién es el culpable de esto.

Creonte.

Vé, oh necia, y calma la zozobra mía.

Medea.

Zozobramos: ya basta de zozobras.

Creonte.

Luego te arrastrarán de aquí los siervos.

Medea.

No; no, Creonte; ruégote y suplico.

Creonte.

Mujer, parece que enfadarme quieres.

Medea.

Huiremos; que no es esto lo que pido.

Creonte.

¿Qué, pues, á ir al destierro te resistes?

Medea.

Déjame aquí sólo hoy, porque medite
adónde huir y mire por mis hijos,
ya que de ellos el padre no se cura.
Lástima tenles: eres también padre:
es justo que los mires compasivo.
En mí no pienso yo ni en nuestra fuga:
á ellos que desdichados son, lamento.

Creonte.

No soy de mío rígido ni duro:
la piedad muchas veces me ha perdido.
Hora también yo veo que me engaño,
mujer. Con todo, haré lo que me pides.
Mas oye: si tornare la divina
antorcha y dentro á los confines nuestros
te viere á ti y tus hijos, mueres. Éste
es un decreto irrevocable.

Coro.

Mujer infelice,
¡ay dolor! de quebrantos colmada,
¿adónde te vuelves?
¿Qué amigo, qué hogar ni qué tierra
hallarás que te salve?
¡Cómo un dios te ha desviado á las olas
de trabajos, Medea, furiosas sin vía!

Medea.

Doquiera me cercan los males.
¿Quién puede negarlo?

Mas todo no está todavía, creedme:
á esos recién desposados aguardan
lides aún, y á sus padres
no pequeñas fatigas.
¿Crees acaso, si yo blandamente
le he tratado, no ha sido con la mira
de algo ganar ó urdir? Que de otra suerte,
yo no le hablara ni su mano asiera.
Y él llegó á tal extremo de estulticia,
que, pudiendo arrojarme de este suelo
y mis planes cruzar, me ha concedido
el día de hoy, que tenderé yo muertos
tres de mis enemigos: padre, novia,
mi esposo. Muchas sendas yo de muerte
para ellos tengo, amigas, y no veo
por cuál tomar: si la nupcial morada
arder ó por los hígados hundirles
el filo del acero, silenciosa
penetrando á su tálamo. Mas surge
una dificultad: si conspirando
dentro á la casa soy cogida, muero,
y de mis enemigos hecha escarnio.
Es lo mejor la recta en do nos criaron
sobre todo sagaces: el veneno.
¡Sea! —
Ya han perecido: ¿qué ciudad me acoge?
¿Qué amigo brindará tierra de asilo
y hogar seguro y brazo que me ampare?
Ninguno. Un poco aguardo todavía,
y hallando firme muro que me guarde,
voy con ardid, callada á darles muerte.
Mas, si mis trazas fallan y me cogen,
si he de morir, la espada desenvaino,
los mato y lánzome atrevida á todo.
Por vida mía, que ninguno de ellos,
gozoso el corazón habrá de herirme
con Hécate [1], mi dueña soberana,
á quien he yo elegido ayudadora,
que en el secreto de mi hogar habita.
Amargas y llorosas yo las bodas
les tornaré y amargos los pesares
nuestros y extrañamiento. ¡Sus, Medea!
de cuanto sepas, no perdones nada:
ingenia, trama, avanza, no te espantes:
la lucha es hora del valor. ¿Contemplas
lo que padeces? Fuerza es no te tornes
en ludibrio de bodas sisifeas
ó de Jasón, nacida tú de padre
noble y prole del Sol.
Quiere, y podrás; que somos
para lo bueno las mujeres nada:
para las males artes somos todo.

Coro.

Retroceden las ondas sagradas:
retrocede el derecho y el mundo.
Son perversas las trazas del hombre:
ya no guarda á los dioses la fe.
Volverá por mi vida la fama,
proclamándola honrosa:
la mujer recupera el honor;
ya no más ajarán su linaje.
Cesará de cantarnos infieles
la musa de edades pasadas.
¡Que Febo, dador de los himnos,
no animara también nuestro pecho
con sones de lira divinos!
con canto solemne ardoroso
yo impugnase á la raza viril.
Mucho presentan los tiempos que fueron
para cantar nuestra suerte
y la de los hombres.
Tú viniste por mar, de la casa paterna,
y las lindes pasaste del doble Peñón,
amorosa, frenética;
y en regiones extrañas habitas;
do tu tálamo puro virgíneo te hundieron,
oh mujer infeliz;
y befada te expatrían.
Que la fe, la jurada, se fué:
en la Hélada grande no queda pudor;
remontóse á los cielos.
Tú no tienes, oh triste, ni casa paterna
do de en medio del ponto de afanes
aportar, y tu lecho te usurpa
otra reina más fuerte que tú.

Jasón.

No sólo ahora veo; muchas veces
he visto que es un mal irreparable
la índole fiera. Que en tu mano estaba
morar en esta tierra, so este techo,
si hubieses acatado de los grandes
la voluntad. Y ahora por tu lengua
necia vas al destierro. No me importa
á mí que sin cesar digas: «Malvado
como Jasón, ninguno.» Mas lo que hablas
contra los soberanos, si lo penan
con el destierro, juzga que es castigo
levísimo. Yo siempre de los reyes
he calmado las iras y querido
te quedes. Pero tú jamás enfrenas
tu necedad, diciendo á la continua
mal de los príncipes. Por esto fuera
te lanzan de la patria. Yo, con todo,
no puedo de los míos olvidarme,
y mirando por ti, oh mujer, yo vengo,
porque de aquí no salgas sin recursos
con tus hijos ni nada en el destierro
te falte; que de suyo abunda en penas.

[1] de hacer que Hécate me hiera.

Pues, aunque tú me execras, yo desearte
mal no podré jamás.

Medea.

¡Oh todo malvadísimo! — este nombre
de la ruindad mayor yo debo darte —
¿vienes á mí? ¿á mí tú vienes, oh hombre
cual nadie aborrecido por los divos,
por mí, por el linaje humano todo?
Esto no es osadía, atrevimiento,
tras de ultrajar los suyos el semblante
mirarles; no; que de las pestes todas
del hombre la mayor es la impudencia.
Bien has hecho en venir. En contra tuya
aliviaré yo hablando el pecho mío,
y tú escuchando sufrirás. Comienzo
desde el comienzo. Te salvé — lo saben
cuantos helenos en la misma nao
Argo se hicieron á la mar —; te habían
á los toros ignívomos enviado,
á uncirlos, y sembrar la fatal tierra.
Matando yo al dragón que en vela siempre
con redes intrincadas custodiaba
el vellocino de oro, salvadora
luz ante ti brillé. Á mi padre,
y mi familia traicionando, á Yolco
peliótica partí contigo, amante
más que cuerda, y maté con muerte horrenda
á Pelias por la mano de sus hijas,
y hollé todo temor. Y tú, tras cuanto yo hice
por ti, oh el más perverso de los hombres,
nos has vendido; el lecho do nacieron
tus hijos, por un otro lo has vendido.
Si prole todavía no tuvieses,
perdonable quizás este amor fuera.
La fe jurada no es; ni inquirir debo
si crees que los dioses de otros días
no imperan ya, ó si ley nueva los hombres
de ahora tienen; pues conmigo al menos
te sientes tú perjuro. ¡Ah, diestra mano,
que tanto tú, á mis plantas, estrechabas,
cuán en vano dejamos que la asiera
ese malvado, nuestra fe burlando! —
Ea, cual á un amigo, yo en confianza
te voy á hablar, aunque nada bueno
de ti puede venir. Lo sé; con todo
harélo: más horrendo así veráste.
Ahora ¿adónde iré? ¿Al hogar paterno
el que dejé traidora por tu causa
dejando al par la patria? ¿Ó á las Pelíadas
desdichadas iré? ¡Bien me acogieran
á mí, que el padre les maté! Es constante
que yo troqué á los míos en contrarios,
por ti, dañándolos sin causa alguna.
Tú, en premio, me ensalzaste
en toda la Hélada entre muchas hembras:
pues tengo en ti un consorte prodigioso
y fiel, yo triste, si al destierro marcho
sin amigos, con hijos solos sola,
del recién desposado timbre honroso,
errabundos los niños y mendigos —
ellos y yo, tu salvadora. Oh Jove,
¿por qué, pues diste al hombre seña clara
de distinguir del oropel el oro,
no imprimiste en su cuerpo indicio externo
por donde conocer y huir al malo?

Coro.

Terrible y mala de curar se torna
la ira, si riñe amigo con amigo.

Jasón.

Preciso es, me parece, que no sea
yo malo para hablar y vire diestro
y apenas con la punta de los linos
me vaya deslizando por la furia,
oh mujer, de tu lengua desfrenada.
Yo — pues también levantas hasta el cielo
tus favores — yo á Venus considero,
entre los dioses todos y los hombres,
la salvadora de mi nave. Tú eres
sagaz; empero duro
te es confesar que en flecha irresistible
el Amor te forzó á salvar mi vida.
Pero esto poco importa: bien venido
el bien, de dondequiera que viniere.
Á fe que, en mi sentir más, con salvarme
ganaste que no diste. Lo primero,
de tierras bárbaras en cambio, habitas
helenas; y en lugar de la violencia
imperan para ti derecho y leyes.
Por sabia tiénente los griegos todos,
y de gloria disfrutas: si morases
en esas remotísimas regiones,
nadie te conociera. No querría
ni en oro yo abundar ni himnos más bellos
cantar que Orfeo, si mi suerte fuese
vivir sin gloria.
Esto, por lo tocante á mis trabajos,
he hablado; que tú armaste aquesta riña.
Cuanto á las bodas reales que me increpas,
en ellas, ante todo, me he mostrado
sagaz; prudente, luego; amigo tuyo
grande, por fin, y de los hijos míos —
repórtate. Al volver á yolquias tierras,
de irreparables males asediado
y triste, convertido en fugitivo
¿qué hallazgo yo mejor hallar pudiera
que un himeneo regio? No, cual dices
tú, me ha movido el odio á la consorte
ni de otra virginal el ansia amante,
ni el orgullo de prole numerosa;
— la que tengo, me basta: es intachable —
no; muéveme el deseo, sobre todo,
de que holgados vivamos y que nada

nos falte; sé que los amigos todos,
huyen del pobre; quiero prole digna
de mi casa engendrar, hermanos éstos
de hijos que de ti tuve, y generosos
y felices unir ambos linajes.
¿Qué has menester tú todavía prole?
Yo debo adelantar los ya nacidos
por los que han de nacer hermanos suyos.
¿Es mala mi intención? Ni lo dijeras
tú, si el lecho nupcial no te irritara.
Mas vosotras, mujeres, al extremo
llegáis de creer, teniéndolo, que todo
lo tenéis. Y si en algo os lo perturban,
execráis lo mejor y lo más bello.
Es menester que de otra suerte el hombre
al mundo venga, y de él desaparezca
la raza femenil. Así los males
todos de los humanos acabaran.

Coro.

Muy bien dices Jasón. Mas, aunque yo hable
lo que te ofende, creo ser injusto
que á tu mujer traiciones.

Medea.

Yo difiero,
á la verdad, en mucho de otros muchos;
pues para mí, quien siendo malo acierta
á bien hablar, es el mayor culpable:
sabiendo que su lengua cohonesta
á la maldad, á la maldad se atreve.
Pero ésta no es prudencia verdadera.
Así, tú ahora afecto no me muestres
con bello hablar:
va á derribarte una palabra sola:
Fuerza era que, si obrar mal no querías,
me convencieses tú de aquestas nupcias,
y que no te ocultaras de los tuyos.

Jasón.

Si te las anunciara yo, palabras
melosas me dijeras; que ni ahora
logras la furia coercer de tu alma.

Medea.

No tal; sino este tálamo extranjero,
hasta la ancianidad, te avergonzaba.

Jasón.

Sábete bien ahora que mi enlace
real no ha sido por mujer alguna;
antes, para salvarte, cual ya dije,
y por dar á mi prole hermanos regios
iguales y sostén de mi linaje.

Medea.

No quiero yo una triste feliz vida,
ni un bienestar que el corazón me hiere.

Jasón.

¿Sabes mudar de voto y más prudente
parecer? Nunca te parezca triste
lo bueno, ni te creas desgraciada
en la prosperidad.

Medea.

Me injurias: tienes
asilo tú: voy sola yo al destierro.

Jasón.

Por culpa tuya; por ninguna ajena.

Medea.

¿Cuál? ¿Por ser yo tu esposa y por venderte?

Jasón.

Por maldecir los reyes y execrarlos.

Medea.

Y en maldición me trueco de tu casa.

Jasón.

No más, no más disputo ya contigo.
Pero, si de mi hacienda tomar algo
para los hijos quieres y ti misma
con que aliviar tu lanzamiento, dílo.
Como yo pronto estoy á dar con mano
generosa y enviar mis contraseñas
á mis amigos extranjeros, éstos
te habrán bien de tratar. Si nada quieres
de esto, mujer, será demencia tuya.
Calma tus iras; y se allana todo.

Medea.

No necesito de esos tus amigos;
nada aceptamos; nada quieras darnos:
la dádiva del malo no aprovecha.

Jasón.

Y yo á los dioses por testigos pongo
de que deseo proveer á todo
cuanto tú necesites y los hijos.
Ingrata y altanera las mercedes
rechazas de los tuyos; y por esto
mayor será tu desventura.

Medea.

Véte:
tardas ya demasiado, de tu casa
lejos, y el ansia por tu nueva esposa
te coge. Casa; puede — un dios mi voto
cumplirá — que algún día un himeneo
te pese.

Coro.

El amor, cuando rompe sus diques,
ni levanta ni sirve al varón:
cuando Cipria su linde respeta,
no hay ninguna tan grata deidad.
Nunca me asestes, oh reina, con tu arco
de oro la flecha infalible,
tinta en anhelo de amor.
Sea quien me ame: templanza,
don de los dioses bellísimo.
Ni furores, discordias y riñas sin fin
en el alma, por lecho nupcial despreciado
furibunda, suscite
la terrible Cipriota;
que, connubios de paz ensalzando,
disensiones de esposos dirima feliz.
¡Oh patria! ¡oh casa paterna!
no sea de ti desterrada,

pasando á través de la vida, sin rumbo,
tristísima, henchida de llanto.
¡La muerte, la muerte más bien que tal día!
Desgracia mayor que el destierro ninguna.
Ya no se nos cuenta: lo vemos:
ninguna ciudad
te llora ni amigo ninguno
á ti que padeces horrores de horror.
Perezca infeliz quien no quiera á los suyos,
abriendo del pecho la puerta sin mancha.
Mi amigo ése nunca será.

Egeo.

Medea, salve [1]. No hay más bello acento
para empezar á hablar con el amigo.

Medea.

Oh, salve tú también, Egeo, prole
del prudente Pandión. ¿De dónde vienes?

Egeo.

Del viejo templo del presago Apolo.

Medea.

¿Qué al centro présago te hizo ir del mundo?

Egeo.

Por preguntar, para obtener yo prole.

Medea.

¡Por los dioses! ¿hasta hoy sin hijos vives?

Egeo.

Somos sin ellos: algún dios lo quiere.

Medea.

¿Esposa tienes, ó sin ella vives?

Egeo.

De la coyunda libres ya no somos.

Medea.

Y de la prole, ¿qué te dijo Febo?

Egeo.

Tan sabio habló que no adivina el hombre.

Medea.

¿Te es lícito el oráculo decirme?

Egeo.

Por cierto; pues requiere mente aguda.

Medea.

¿Qué dijo, al fin, si yo saberlo puedo?

Egeo.

«No desatar el cuello alto del odre.»

Medea.

¿Antes de algo ó marchar á alguna parte?

Egeo.

Antes de retornar entre los míos.

Medea.

¿Y qué buscando has aportado aquí?

Egeo.

Hay un Piteo, rey de la Trecenia.

Medea.

De Pélope hijo, dicen, piadosísimo.

Egeo.

El oráculo quiero consultarle.

Medea.

Es hombre sabio y muy versado en esto.

Egeo.

Y amigo mío predilecto de armas.

Medea.

Feliz sé y cúmplanse tus votos todos.

Egeo.

Y tus ojos y faz, ¿por qué tan mustios?

Medea.

Egeo, tengo el más malvado esposo.

Egeo.

¿Qué dices? Claro explícame tus penas.

Medea.

Jasón me afrenta, siendo yo inocente.

Egeo.

¿Por qué? ¿De qué manera? Dílo todo.

Medea.

Con otra esposa á mí me ha suplantado.

Egeo.

¿Y cómo se ha atrevido á tanta infamia?

Medea.

Lo oyes: él nos desama, nos baldona.

Egeo.

¿Por qué? ¿Por otro amor ó por odiarte?

Medea.

Por grande amor; y desleal naciera.

Egeo.

¡Maldito, si es tan malo como dices!

Medea.

Enlazarse con reyes ha querido.

Egeo.

¿Quién tal le brinda? De informarme acaba.

Medea.

Creonte, rey de esta corintia tierra.

Egeo.

Oh mujer, tu aflicción es perdonable.

Medea.

Morí; y de este suelo se me arroja.

Egeo.

¿Por quién? Este otro mal aun no dijeras.

Medea.

Creonte de aquí me lanza fugitiva.

Egeo.

¿Permítelo Jasón? Yo tal no alabo.

Medea.

No de palabra: de hecho lo permite.
Empero te conjuro, tus mejillas
y plantas abrazando, compadécete;
de mí te compadece y mi desdicha;
no me dejes errante y solitaria:
en tus dominios y tu hogar me acoge.

---

[1] En griego = alégrate.

Así, los dioses tu deseo cumplan:
te den hijos y mueras venturoso.
Lo que has aquí tú hallado, no imaginas:
Haré que tu mujer no sea estéril;
fecunda en hijos yo la haré; que tengo
para ello medicina.

Egeo. Yo otorgarte
deseo esta merced por muchas causas,
mujer: primero, por los dioses; luego
porque hijos me prometes;
lo que es todo mi anhelo y mi ventura.
Sabe, si á mí te acoges, yo cual huéspeda
veré, según es justo, de ampararte.
Pero estotro, mujer, tenlo entendido:
no te quiero llevar de aquí: tú misma
yendo á mi hogar, en él segura quedas:
yo no te entrego á nadie. Tú de tuyo
mueve la planta lejos de esta tierra:
ni atropellar á huéspedes me agrada.

Medea.
Será. Pero si de esto me aseguras,
me colmarás tú los deseos todos.

Egeo.
¿Qué? ¿desconfías? Ó bien ¿qué te arredra?

Medea.
Confío. Mas la pelia casa y Creonte
me odian. Si á ti te liga un juramento,
y ellos piden me arrojes de tu tierra,
no lo harás; si tan sólo la palabra,
y sin haber jurado á las deidades,
podrás tornarte amigo de los otros;
y entonces, si me piden por heraldo,
¿no accedes tú? yo soy tan pobre y débil;
ricos aquéllos son y soberanos.

Egeo.
Cautelosísima, oh mujer, te muestras.
Si te parece lo haga, no me niego.
Es ello para mí lo más seguro:
un pretexto que dar al enemigo;
y es para ti mejor: nombra á los dioses.

Medea.
Jura por esta Tierra y por el Sol,
del padre mío padre,
y por la casta de los dioses toda.

Egeo.
¿Qué juro hacer? ¿no hacer? Dí.

Medea. No arrojarme
tú ni entregarme en enemigas manos,
mientras vivieres.

Egeo. Juro por la Tierra,
por el fulgor del Sol, los dioses todos.

Medea.
Basta; y si quebrantares lo jurado,
¿qué pena quieres?

Egeo.
La del impío.

Medea.
Alegre parte; todo es bien. Yo vengo
á tu ciudad al punto que por obra
ponga lo que he de hacer y lo consiga.

Coro.
El hijo de Maya, ductor soberano,
te guíe al hogar y que logres felice
tus ansias cumplidas mirar;
que en ti yo contemplo,
Egeo, un eximio varón.

Medea.
¡Oh Jove, y tú, oh Ley, prole de Jove!
¡oh luz del Sol! ahora, amigas mías,
gloriosa triunfaré de mis contrarios;
abierta está la senda;
de mis contrarios vengaréme ahora;
lo espero. Pues en medio á la tormenta
de mis trabajos aparece este hombre,
puerto de mis deseos. De él por proa
ataremos el cable, en aportando
á la ciudad de Palas y su alcázar.
Te voy ya á revelar mis planes todos:
escúchame benévola. Algún siervo
mío á Jasón enviaré, rogándole
que venga á mí, y con voces halagüeñas
diréle que todo esto me parece
muy acertado, y las reales nupcias,
con ser traición á mí, buenas y hermosas.
Le rogaré queden aquí mis hijos,
no porque en enemiga tierra sufran
la avilantez hostil, mas porque intento
la hija del rey matar por una trama:
haré que ellos le lleven con su mano,
porque no los destierren, fino peplo
y un cendal, tela de oro. Si se viste
el atavío, mísera perece
y todo el que la toque: tal veneno
derramaré en la dádiva. Termino
aquí en sollozos ante la obra horrenda
que tras de aquélla realizar debemos.
Los hijos míos mataré: ninguno
me los podrá arrancar. Y cuando hundiere
toda la casa de Jasón, me alejo
de estas tierras, huyendo ante mis hijos
amadísimos muertos por mi mano
audaz, horrorosísima. Que mofa
los enemigos hagan de nosotros,
eso no se soporta, amigas mías.
¡Adelante! El vivir ¿qué importa? Patria
no tengo yo ni hogar, ni asilo se abre
á mis desdichas. El error fué mío,
que abandoné el hogar paterno, fiada
en la palabra de un varón heleno;
de quien voy á vengarme, un dios mediante.
Pues ya no habrá de ver viva la prole
que le nació de mí, ni naceránle

hijos de la mujer que ahora tiene:
á la malvada malamente debo
yo envenenarla. Y nadie ya me llame
despreciable, ni flaca ni apocada;
mas, por contrario modo, al enemigo
temerosa, benévola al amigo;
que así la vida en gloria se corona.

Coro.

Pues tú nos comunicas este intento,
nosotras, deseosas de servirte
y servir á las leyes de los hombres,
te disuadimos.

Medea.

Esto es hecho. Si hablas
de tal manera tú, quien los ultrajes
no has sufrido que yo, perdón mereces.

Coro.

¿Y tu prole á matar, mujer, te atreves?

Medea.

Es así como más se odia al esposo.

Coro.

Y la mujer más infeliz tú te haces.

Medea.

Sea. Cuanto me digas, es inútil.
Mas vé, llama á Jasón.
En todo me has servido fiel: no digas
nada de mis propósitos; si afecta
eres á tu señora y si mujer.

Coro.

Erectidas, de antiguo dichosos,
de dichosas deidades progenie,
que os nutrís con la ciencia sublime
de la sacra, invencible ciudad;
que vais siempre con planta graciosa
por el éter de inmenso fulgor:
de las piérides nueve sagradas se dice
que criólas en medio á vosotros
la blonda Armonía.
Dicen ufanos que Venus
coge el undante cristal del Cefiso;
y espira doquiera su aliento amoroso;
se corona el flotante cabello
con la rosa odorífera y da
por amiga á la ciencia el amor,
que es de toda virtud coautor.
Esa ciudad de las aguas sagradas,
esa región hospital, amigable,
¿cómo te puede acoger, si tus hijos
matas, si sola no pura
te hallas en medio de puros?
Mira tus hijos heridos:
mira que sangre descargas en ti.
No; — de rodillas nosotros
todos humildes pedímoste
todos no mates tu prole.
¿Dónde hallarás la pujanza
contra tu pecho?
¿contra las manos tendidas
de esos tus niños y contra
su corazón, cuando quieras
ir al atroz atentado?
¿Cómo poniendo en tu prole los ojos,
impedirásles su muerte llorar?
Tú no podrás, cuando caigan los hijos
á suplicarte de hinojos, tu mano
ver en su sangre teñirse feroz.

Jasón.

Á tu llamada vengo: bien que me odias,
contigo en esto al menos condesciendo.
Dí, pues, mujer, ¿ahora qué me quieres?

Medea.

Jasón, lo que te hablé perdonar quieras:
justo es que, habiéndonos amado mucho,
sufras mis iras. Sobre mí yo he vuelto,
me he reprendido y dicho:
«¡Frenética de mí! ¿Qué encono
es éste mío en contra de los reyes,
en contra de mi esposo, quien consulta
todos mis intereses al unirse
con una reina, para dar hermanos
reales á mis hijos? ¿No me enfreno?
¿Sufro mientras los dioses me prosperan?
¿Hijos no tengo? ¿no nos sé expatriados
y sin amigos?» Tal yo pienso
y toda mi locura reconozco
y mi vano furor. Te alabo; ensalzo
ahora tu prudencia en tu desvelo
por mí, y confieso que insensata he sido,
cuando yo en tu designio entrar debía,
y coadyuvar, guardar, amar tu lecho.
Mas no quiero increpar;
que somos como somos las mujeres.
No has de pagar, pues, mal con mal, ni necio
ser con la necia. Erramos: te pedimos
perdón; pensamos hora de otra suerte. —
Niños, niños, venid, salid de casa,
llegaos, saludad, hablad al padre
con nosotros, dejad las viejas iras
contra los vuestros, con la madre vuestra.
Hacemos las sagradas paces: calla
el furor: estrechad la diestra mano.
— ¡Ay me, dolor! ¡cuál siento los pesares
que el porvenir nos vela! —
¿Y así, hijos míos, tornaréis en vida
los dulces brazos á tender al padre?
¡Ay me, cómo ya henchida estoy de llanto
y miedo! Al fin, termino esta contienda:
y blanda inúndase mi faz en lloro.

Coro.

En él también se arrasan mis pupilas:
¡que no acontezca una mayor desgracia!

Jasón.

Esto, mujer, alabo: no te increpo

lo pasado: es razón que se enfurezca
la raza femenil contra los bígamos.
Empero de sentir mudaste cuerda
y á imponerle la ley, por fin, atinas.
Lo cual es propio de mujer prudente.
Niños, no descuidado vuestro padre,
con el favor divino, á todo cuanto
necesitéis ha proveído: creo
que en esta tierra de Corinto un día
seréis, con los hermanos que tuviereis,
los primeros. Creced. Al padre incumbe
y á todo dios amigo lo restante.
Y de mis enemigos yo os contemple
victoriosos, pasar la edad florida.
Mas tú, ¿qué palideces y bañada
en lágrimas la cara alabastrina
vuelves y no te place mi palabra?

Medea.

Nada es; que yo me afano por mis hijos.

Jasón.

Hora confía: cuidaré bien de ellos.

Medea.

Así lo haré: de ti no dudo: débil
mujer nací, entre lágrimas envuelta.

Jasón.

¿Qué, oh mísera, por estos niños gimes?

Medea.

Á luz los di: pediste que vivieran;
y temiendo no sea, me acongojo.
Mas de lo que decirte yo deseaba,
por lo que te llamé, está dicho ya algo,
y algo te agregaré. Pues extrañarme
han resuelto los reyes, claro veo
que esto es también lo que más me conviene;
pues yo, viviendo en esta tierra, fuera
estorbo para ti y los soberanos;
que enemiga parezco de su casa.
Salimos expatriadas. Pero á Creonte
ruega tú que estos niños no destierre,
para que con tu mano los eduques.

Jasón.

No sé si lo consiga: hay que tentarlo.

Medea.

Si no, dí á tu mujer que de su padre
obtenga que estos niños no destierre.

Jasón.

Muy bien; y que lo hará yo me prometo,
si es ella una mujer como las otras.

Medea.

También te ayudaré yo en este empeño:
á ella le mandaré presentes tales
que hora — lo sé — nadie tan bellos tiene:
un fino peplo y diadema de oro
le llevarán los niños. Mas, al punto
preciso es que alguien traiga el atavío.
Feliz una y mil veces sentiráse
de tener un consorte tan eximio
como tú y alcanzar estas preseas,
que un día dió el Sol, padre de mi padre,
á su progenie.
Niños, esta dote
id á poner en manos de la reina
joven feliz: tendrá un don no mezquino.

Jasón.

¿Qué, oh necia, te desprendes de esto?
¿Crees
no haber en el alcázar regio peplos?
¿Crees que el oro falta? Aquesto guarda;
no lo des. Que si en algo nos estima
la esposa, antepondrános á la hacienda;
muy bien lo sé.

Medea.

No tal: hasta á los dioses
las dádivas doblegan, según dicen.
El oro fuerza más á los humanos
que mil razones. La fortuna de ella
ahora surge, impera: un dios la acrece.
Y yo el destierro de mis hijos,
no con el oro sólo, con el alma,
redimiera.
Mas, niños, al palacio
paterno id y rogad de vuestro padre
á la nueva consorte y mi señora,
no se os destierre, y dadle este presente.
No os olvidéis: ponédselo en las manos.
Id, volad, mensajeros sed felices
de lo que oir anhela vuestra madre.

Coro.

Ahora esperanza ninguna me queda
de que vivan los niños; ninguna;
que ya á la muerte caminan.
La joven habrá de coger la corona
de oro; la triste su muerte
habrá de coger ella misma.
Alzará con su mano el adorno:
ceñiráse el averno
en redor de sus hebras doradas,
de la gracia y fulgor inmortal
de ese peplo tentada
y de esa áurea diadema.
Ornaráse ya esposa
á par de los dioses infernos.
En tal red la infeliz ha caído;
en tal lazo de muerte;
de donde escapar no podrá.
Y tú sin ventura,
oh esposo de prole real desgraciado,
oh tú, con la vista vendada,
acarreas la muerte á los hijos;
la acarreas horrenda á tu esposa.
Desventurado, ¡cuán grande es tu error!
Lloro también tus angustias,
oh mísera madre,

que vas á matar á tus hijos,
pues el tálamo tuyo
á otra tu esposo vendió.

Ayo.

Dueña, no van los niños al destierro
contigo; y recibió la joven reina
tus dádivas afable con su mano.
Así que paz habrá para tus hijos.

Medea.

¡Ay! —

Ayo.

¿Qué estás anonadada, cuando gozo
tener debieras? ¿Qué el semblante vuelves
y no recibes con placer mi nuncio?

Medea.

¡Ay me! —

Ayo.

Lamento no conviene á tales nuevas.

Medea.

¡Ay me! ¡ay me! de nuevo.

Ayo. ¿Un mal acaso,
sin saber, anuncié, creyendo darte
una nueva feliz?

Medea. Lo que dijiste,
dijiste: no te increpo

Ayo. Pues ¿qué inclinas,
en lágrimas bañándote, los ojos?

Medea.

Menos no pude, anciano: esto lo urdieron
los númenes y yo mal inspirada.

Ayo.

Ánimo: habrás de retornar á ellos.

Medea.

Antes, yo triste, haré que otros retornen.

Ayo.

No sólo á ti los hijos te arrancaron.
El que es mortal, abrace la desgracia.

Medea.

Así lo haré. Mas entra en casa y dentro
y atiende, como sueles, á los niños. —
Oh niños, niños, patria, hogar vosotros
tenéis, en do, de vuestra pobre madre
lejos habitaréis por siempre huérfanos.
Yo parto fugitiva á tierra extraña,
antes de fruiros y dichosos veros;
antes de ornaros tálamo y esposa,
lecho nupcial, y arder nupciales teas.
¡Ay de mi obstinación! á ella sucumbo.
En vano os he criado yo, hijos míos,
en vano he padecido y afrontado
trabajos por vosotros y he sufrido
del parto los dolores vehementes.
Yo infortunada en otro tiempo tuve
firmísima esperanza de que fuerais
mi amparo en la vejez y que amorosos,
envidia yo del mundo, enterraríais
por vuestra mano mis mortales restos.
Murió tan dulce pensamiento ahora.
Sin vosotros, mi vida será triste
y de pesar. No más ya á vuestra madre
contemplarán esos queridos ojos:
á otro vivir se os lanzará.
¡Ay! ¡ay! ¿Qué me miráis así, hijos míos?
¿Qué sonreís con la postrer sonrisa?
¡Ay me, ay me! ¿Qué haré? Fuése, mujeres,
mi corazón, al ver los claros ojos
de mis niños. No puedo ya. Designios
míos, adiós. Mis hijos al destierro
llevo. ¿Á qué herir al padre con los males
de éstos, atormentándome yo misma
con doblado tormento? No; yo al menos
no. Designios, adiós. —
Mas ¿qué pasa por mí? ¿Quiero la mofa
ser de mis enemigos, á los míos
dejando impunes? Fuerza es atreverse.
Mas, por desdicha mía yo derrocho
siempre palabras de cordial blandura.
Id, niños, á la casa. — Y quien no debe
en mi hostia parte ser, cuidará de ella:
no temblará mi mano. —
¡Ah! ¡Ah! —
No, alma mía, no hagas tal. Apiádate,
oh mísera, piedad ten de tus hijos.
Viviendo allí conmigo, alegraránme. —
¡Por los infernos dioses vengadores!
jamás, jamás veráse que mis hijos
entregue yo en ludibrio á mis contrarios.
Fuerza es, fuerza es que mueran.
Y si ha de ser, quitémosles la vida,
quien se la dimos. Quiérelo fortuna;
está su suerte toda decidida.
Está, con la corona en la cabeza,
y por el peplo la tirana joven
ya pereciendo; bien lo sé. Yo marcho
ahora por mi senda más llorosa;
por otra más llorosa todavía
á éstos yo haré partir. — Quiero á mis hijos
hablar. Dad, oh mis niños, dad la mano
cariñosos á vuestra madre. ¡Oh mano
dulcísima, oh dulcísima cabeza
y faz y bello rostro de mis hijos!
Dichosos sed; — empero allá: quitóos
lo de acá vuestro padre. ¡Oh suave abrazo,
oh tiernas carnes, hálito dulcísimo
de mis hijos! Id, id: mirar no os puedo
ya más; que el infortunio me desarma.
Ahora cuánto sufriré comprendo.
Pero á mi corazón vence la furia,
que al hombre causa los mayores daños.

Coro.

He pensado á menudo profunda;
porfías he armado mayores

de las que ha de amar la mujer.
Musa tenemos nosotras también,
que amiga á enseñarnos acude;
empero no á todas:
entre mil una sola
de ciencia más alta hallarás. —
Yo digo que cuantos mortales
carecen de todo saber y de prole,
la humana ventura se llevan.
Los que hijos no tienen, ignoran
si son éstos placer ó dolor
al hombre; por donde de muchos
trabajos exentos están.
Quien dentro al hogar ve lozana
y dulce la flor de los hijos,
se siente oprimido de eternos cuidados
de cómo bien criarlos, de cómo
labrar su fortuna;
y luego si malos serán ó si buenos,
es todo un enigma.
Y hay otra desdicha que estimo mayor
que cuantas afligen al hombre:
abunda la hacienda;
florecen los hijos;
virtudes poseen:
y viene este numen,
la Muerte y los lleva
de súbito al orco.
Pues ¿á qué de los hijos
aqueste más hondo pesar
á todos los otros humanos pesares
añaden los dioses?

Medea.

Amigas, aguardando estoy gran rato
lo que de allá me traiga la fortuna. —
Mas ved que un criado de Jasón se acerca:
malas nuevas agüera su jadeo.

Mensajero.

Oh autora de atentados horrorosos,
huye, Medea, huye; no abandones
ni el carro volador ni el barco alado.

Medea.

¿Por qué huir yo debo?

Mensajero. Han perecido
la reina joven y su padre Creonte,
de tu veneno víctimas.

Medea. ¡Qué bello
nuncio! Tú contarás en adelante
entre mis bienhechores, mis amigos.

Mensajero.

¿Qué dices? ¿En tu acuerdo estás ó loca,
mujer, que, oyendo profanado, ajado
el hogar de los reyes, te alborozas
y no temes?

Medea. Podría redargüirte. —
Pero no tanto afán, amigo: cuenta
cómo su muerte fué; que doble gozo
me causarás, si han muerto horrendamente.

Mensajero.

Entrando con el padre tus dos hijos
en casa de la esposa:
nos alegramos los esclavos
de tu infortunio condolidos. Corre
luego el rumor de que cesó entre esposa
y esposo la discordia. Quién la mano,
quién la blonda cabeza de los niños
besando va. Con ellos, de mi gozo
á impulsos, me adelanto al gineceo.
La dueña, á quien honramos
ahora en tu lugar, aun no advirtiera
á tus dos niños, y en Jasón fijaba
los ojos amorosos. Mas repente
cerrólos y volvió el semblante níveo:
había divisado torva
tus hijos. La calmó el esposo: «No odias
los míos», díjole; «serena vuelves
el rostro; consideras como amigos
los que el esposo; admites los presentes
y exoras á tu padre que estos niños
exente del destierro, por mi causa:
¿no es verdad?» Al mirar el ornamento,
ella se doblegó, prometió todo.
Y antes que se alejaran de la casa
el padre con los niños, cogió el peplo
polímita, vistióselo, ciñóse
la áurea diadema y ordenó sus hebras
en torno de ella ante un espejo claro,
sonriendo á su figura inanimada.
Luego se alzó del trono, atravesando
graciosa con nevado pie la casa
y ufana de los dones: alza el peplo
muchas veces y mucho por mirarse
de la cerviz abajo.
Después, un espectáculo terrible:
su color se demuda, retrocede,
vacilante, temblando toda, al trono
apenas se aproxima, se derrumba
en él, para no dar consigo en tierra.
Alguna anciana acude, que, pensando
ser castigo de Pan ó un numen, grita
y gime, antes de ver cuál de su boca
mana alba espuma y sáltanle los ojos
de las órbitas; cuál se torna lívida.
Responden alaridos á alaridos.
Al punto corre
ésta al hogar del padre; al nuevo esposo
aquélla, á referir el infortunio
de la joven. Todo el palacio truena
á las carreras rápidas, continuas.
Y ya un ligero corredor tocara
con su planta la meta de un estadio,
cuando lanzó la mísera un suspiro

horrífico, la faz muda y cerrada;
y despertó. Cercábala mal doble:
los áureos bucles de su testa en torno
despiden, por manera prodigiosa,
todo un torrente de voraces llamas;
y el fino peplo que le dió tu prole,
devora la alba carne de la flébil.
Huye, del trono alzándose, abrasándose
agitando el cabello y la cabeza
acá y allá violenta y empeñada
en desprenderse la diadema: en vano;
que el lazo es bien trabado, de oro; el fuego,
al sacudir ella el cabello, esplende
con doblado fulgor. Al suelo cae
tronchada por la suerte é incognoscible,
fuera del padre, á todos; que sus ojos
demudados están y demudada
su hermosa faz; destila su cabeza
desde el vértice sangre y fuego mixtos;
y de los huesos flúyenle las carnes,
por el diente secreto del veneno
devoradas, cual fluye la resina
del pino: escena horrenda. Todos temen
á la muerta tocar: nos mueve el hado.
Mas el padre, ignorando la desgracia,
corre, acude al hogar, caer se deja
sobre el cadáver, llora, ulula, abrázalo,
bésalo y clama: «Oh mísera hija mía,
¿qué dios tan tristemente te ha matado?
¿Quién á este anciano próximo á la tumba
de su consuelo despojó?
¡Ay me! morir contigo quiero,
hija mía.» Cesaron sus sollozos,
y quiso levantar su viejo cuerpo.
Mas de la muerta las sutiles vestes
á él se pegaron, cual la hiedra al lauro.
Violento forcejó por levantarse;
ella por retenerle: al desasirse
á viva fuerza él, las caducas carnes
suéltanse de los huesos. Se desprende
luego y exhala su alma el infelice:
le derribó la suerte. Yacen juntos
muertos la prole con su anciano padre:
llorosa desventura.
De lo que á ti te espera, nada se hable:
sabrás tú misma cuál huir la pena.
Ahora — y no la vez primera — estimo
yo sombra el mundo
y digo sin temor que el hombre,
cuando por sabio tiénese y solerte,
de los mayores males se hace reo.
Que no hay ningún mortal feliz: la dicha
es voltaria: fijarla nadie puede.

Coro.

Se ve que un dios en este día trama
á Jasón muchos males justamente.
¡Oh infortunada, cuánta tu desdicha
lamentamos, oh prole de Creonte,
tú que vas á las puertas del averno,
por causa de tu enlace con Jasón!

Medea.

Amigas, juzgo que al instante debo
matar mis hijos y de aquí alejarme;
y no, tardando, en más hostiles manos
á la muerte entregarlos. De seguro
han de morir. Y si es preciso mueran,
démosles muerte quien les dimos vida.
Ea, corazón, ármate. Forzosos
horrores ¿qué tardar en consumarlos?
Sus, oh desventurada mano mía,
coge el acero; cógelo, ¡á la meta
de tu vivir llorosa!
No acobardes ni pienses en tus hijos:
cómo los amas, cómo á luz los diste;
olvídalos en este breve día,
y después llora. Aunque los matas, ámaslos—
¡yo infelice mujer!

Coro.

Ah, Tierra y espléndido rayo
del Sol, contemplad y mirad,
antes de dar con la mano sangrienta
ella la muerte á sus hijos:
cual flor los brotaron tus áureas fontanas;
y ¡ay de los hombres
que matan divina progenie!
Mas, oh lumbre de Jove engendrada,
refrénala, aplácala, aleja de aquí
la sangre y la triste venganza
que agitan las Furias. —
Son vanas, perdidas las cuitas
que tú por la prole sufriste;
en vano engendrástela amable,
oh tú que pasaste las rocas
sombrías Simplégadas,
su piélago estrecho, salvaje, desierto.
Mujer sin ventura, ¿qué grave
furor te domina y anhelo
atroz de matanza?
La muerte violenta, terrible de hermanos
atrae del cielo á la tierra, al hogar
del crimen, iguales quebrantos.

Niño primero.

¡Ay de mí! ¿qué yo haré?
¿adónde huir las manos de mi madre?

Niño segundo.

No sé, hermano amadísimo: morimos.

Coro.

¿Oyes clamar,
oyes, los niños?
¡Ah miseranda!
¡ah infortunada mujer!
¿Corro á la casa?

Creo que debo salvar á los niños.
Niños.
Sí, sí, ¡por los dioses! salvadnos;
y pronto: que estamos tan cerca
ya de la espada que mata.
Coro.
¡Oh mísera! ¿que eres de piedra ó de fierro
que matas tus vástagos propios
con mano fatal?
Conozco una sola, una sola
mujer de los tiempos remotos
que puso en los hijos queridos
sangrienta la mano:
es Ino, frenética
por obra de un numen: la esposa
de Jove, y lanzada
por ella á vagar sin reposo.
Sus dos hijos matando la triste,
impía, arrojóse á la mar
desde alto peñasco y murió con su prole.
¿Qué horror se verá tras de aquéste?
Oh lecho nupcial,
tan lleno de afanes,
¡qué daño no has hecho ya al hombre!
Jasón.
Mujeres que estáis cerca de esta casa,
¿se encuentra en ella aún Medea, autora
de todos estos crímenes, ó fuése?
Porque se ha de ocultar bajo la tierra
ó remontarse al éter de los cielos,
si de la regia estirpe las venganzas
quiere evadir. ¿Esperará fugarse
impune de este alcázar, tras la muerte
dar á los soberanos? Yo no vengo
tanto por ella cuanto por mi prole:
los ultrajados de ella, pagaránle;
para salvar mis hijos he venido:
pudieran, por vengar las impias muertes
maternas, los cognados ofenderlos.
Coro.
¡Pobre de ti! no sabes qué desgracia,
Jasón, hallas aquí; pues de esta suerte
no hablaras.
Jasón. ¿Qué? ¿También matarme intenta?
Coro.
Cayó tu prole á manos de su madre.
Jasón.
¡Ay! ¡Qué dices? ¡Cómo, oh mujer, me
Coro. has muerto!
Piensa que ellos no son.
Jasón. ¿Dónde matólos?
¿dentro ó fuera de casa?
Coro. Abre la puerta,
y mira acuchillados á tus hijos.
Jasón.
Al punto abrid la cerradura, criados,
las trabas desatad; quiero la doble
desdicha ver: asesinados verlos,
y de aquélla vengarlos, muerte dándole.
Medea.
¿Á qué la puerta descerrajas? ¿Buscas
á los muertos y á mí, su matadora?
Cesa en tu empeño. Si conmigo quieres
hablar, dí cuanto gustes; mano, empero,
nunca pondrás en mí; que, por baluarte
contra fuerza enemiga dióme un carro [1]
el padre de mi padre, el Sol.
Jasón. ¡Oh monstruo
de mujer! ¡oh maldita de los dioses,
de mí y los hombres todos, que á los hijos
de tus entrañas degollar osaste;
y sin prole dejándome, me matas;
y tras de hacer todo esto, el sol te atreves
y la tierra á mirar, oh criminosa,
impiedosísima! Perece. Vuelvo
ahora yo á ser cuerdo; yo no lo era,
cuando á un hogar heleno te conduje
de casa y tierra bárbaras, azote,
traidora de tu padre y de la tierra
que te crió. Su venganza han descargado,
por esos crímenes, en mí los dioses;
que á tu hermano doméstico mataste,
antes de entrar en la de bella prora
nave Argo. Tales tus comienzos fueron;
luego te desposaste con este hombre
é hijos me diste, que celosa
has degollado. Nunca alguna
de las mujeres griegas tal hiciera,
á quienes yo te equiparé, casándome
contigo, mi flagelo y ruina mía,
leona, no mujer, peor de entrañas
que la tirrena Escila. Mas no quiero
yo con mil improperios desgarrarte.
de tu fiereza es ello propio.
Vé á perecer, infame y asesina
de tus hijos. Á mí llorar me toca
mis desdichas; perdida es mi consorte
neógama; perdidos son los hijos
que engendré, y eduqué, y á quien yo
en vida
á hablar no tornaré; que muertos yacen.
Medea.
Te rebatiera con razones muchas,
si el padre Jove no supiese cuanto
yo te hice y tú me hiciste. No debías,

[1] Un carro alado en que ella aparece.

después de mancillar mi lecho, grata
vida vivir y escarnecer mi sino,
ni tú ni la tirana; ni debía,
quien á ti te casó, extrañarme impune.
Por esto, leona llámame si quieres,
y Escila, habitadora del Tirreno:
tu corazón herí cual merecías.

Jasón.

Tú misma el común daño también sufres.

Medea.

Bien sabe: amo el sufrir, si no me ríes.

Jasón.

Oh niños, ¡cómo os dieron mala madre!

Medea.

Oh hijos, ¡cómo os matara el mal paterno!

Jasón.

No fué mi diestra quien les dió la muerte.

Medea.

Fué tu altivez y tu himeneo nuevo.

Jasón.

¿El himeneo te movió á matarlos?

Medea.

¿Tú, para una mujer, lo crees nada?

Jasón.

Si es cuerda: tú lo miras negro todo.

Medea.

Ellos no son: te habrá de doler esto.

Jasón.

Ellos, ¡ay! claman contra ti venganza.

Medea.

Saben los dioses quién causó esta cuita.

Jasón.

Saben que es nauseabunda el alma tuya.

Medea.

Te enrabias: odio tus procacias.

Jasón.

Yo las tuyas: es fácil separarnos.

Medea.

¿Y qué? ¿Pues qué? Lo ansío yo también.

Jasón.

Enterrar déjame y llorar los muertos.

Medea.

No tal: los llevaré á la selva sacra
de Juno Acrea y con mi mano en ella
inhumarélos; que su tumba nadie
hostil profane. Y fiesta y ritos divos,
á más, en esta tierra sisifea
como expiación de nuestro impío crimen,
celebraremos. Voy yo misma á playas
erecteas, do en el hogar de Egeo
de Pandión moraré. Mas tú, malvado,
morirás malamente, como es justo,
herida tu cabeza con los restos
de Argo, mirando el triste fin
del himeneo mío.

Jasón.

De los niños la Erina y la cruenta
Justicia te maten.

Medea.

¿Qué dios ó qué genio
te habrá de escuchar,
oh perjuro y de huéspedes
burlador?

Jasón. ¡Eh! ¡eh! ¡inmunda
y de tu prole asesina!

Medea. Á tu casa
vé tu mujer á enterrar.

Jasón.

Voy, despojado de entrambos
hijos.

Medea. No lloras aún:
aguarda á que seas anciano.

Jasón.

¡Oh queridísimos niños!

Medea.

Á la madre: no á ti.

Jasón.

¿Aun tras de matarlos?

Medea.

Por castigarte.

Jasón.

¡Ay me! ¡si los labios queridos
de mis hijos pudiera
infeliz yo besar!

Medea.

Ahora los llamas, ahora amoroso;
rechazábaslos antes.

Jasón.

¡Por los dioses! permíteme
tocar de mis hijos
tiernos el cuerpo.

Medea.

Jamás; y palabras no pierdas.

Jasón.

Jove, ¿has oído
cuál nos repele?
¿cuánto sufrimos
de esta execranda
leona, asesina
de su progenie? — Mas esto
se me permite
y lo puedo yo al menos:
conjuro llorando
á las deidades que vean
cómo me impides,
tras de matar á mis hijos, tocarlos
y sepultarlos. ¡Oh nunca yo viera
ahora á los hijos
que tú mataste,
engendrados por mí!

Coro.
En el Olimpo gobierna potente
Jove, y potentes los dioses consuman
lo inesperado, y estorban
lo que esperaban los hombres:
donde no hay senda ninguna
ábrela súbito un dios.
Pruébalo el hecho presente.

ARISTÓFANES.

(¿450—385? antes de Jesucristo.)

ES Aristófanes el padre de la comedia y el mayor cómico de todos los tiempos. Ignóranse los pormenores de su vida. Sólo se sabe que tomó parte activísima en los acontecimientos públicos de su tiempo; que era del partido de la paz y de la aristocracia y enemigo de la demagogia y de los oligarcas advenedizos, como Cleón. — Espíritu elevado, independiente y recto, no obstante su falta de sentido moral, mira con soberano desdén las preocupaciones de la moda, los vicios de la política y todas las debilidades de la naturaleza humana. En las *Aves* ridiculiza las fatuas esperanzas que Atenas tenía en la expedición á Sicilia. Es sin disputa la pieza en que muestra mayor ingenio y fantasía. A sus más espirituales comedias pertenecen las *Ranas:* la cual obtuvo el primer premio y va dirigida contra los malos trágicos y la decadencia escénica, que el poeta achaca á Eurípides. Lejos de ser Aristófanes un autor frívolo, están sus comedias inspiradas por tendencias serias; se encaminan al bien público; á la patria sirven las formidables armas de su sátira. Esta consideración y las estragadas costumbres de la época atenúan las groseras obscenidades de muchas de sus piezas. — En la invención y disposición de la fábula, en las situaciones y pormenores, en el lenguaje y en la palabra: dondequiera brotan perennes los raudales de su chiste. Brilla también Aristófanes por la perfección y el más puro aticismo de su estilo. Y como para hacer gala de sus poderosas facultades poéticas, se eleva en los coros, con solemne tono y sublime inspiración, á las mayores alturas del lirismo.

DE LAS AVES.

(V. 685.)

Las aves.
Alzad, los que ciegos vivís en tinieblas,
vosotros, mortales, silvática fronda,
ralea impotente, figuras de limo;
sin nervio, cual sombras flotantes,
¡oh efímeras moscas, de vuelo incapaces,
de lágrimas hijos, visiones del sueño!
Prestad atención á nosotras, que somos
hechura inmortal, de vida sin fin;
á nosotras, que somos eternas,
etéreas, á quien la vejez no marchita,
que sólo meditan lo que no perece.
Atentos oid lo que son las olímpicas cosas:
del ave el nacer y del dios el nacer;
Y el río y la noche y el caos.
Y luego os permito que á Pródico deis á los diablos....
Sólo eran el caos, la noche, al principio,
y el orco y los páramos eran del tártaro;
ni el orbe, ni el cielo ni el aire existían.
Empero, en la sima del érebo vasta
á luz dió, del viento fecunda,
la noche alinegra el huevo primero,
del cual en el curso del tiempo brotara
el ávido amor, luminoso en sus alas doradas,
veloz, cual girante tormenta.
Y al caos alígero unido en la noche tartárea,
profunda, el linaje incubó de las aves
y alzólo del nido á la lumbre del día.
Aún no alentara la estirpe divina,
mezclólo amor todo: y nacieron los cielos;
mezclólo: y nacieron las aguas, la tierra,
y fué la prosapia feliz inmortal de los dioses.
Á todos los númenes lejos, muy lejos
así nuestra vida supera.
Y que amor la existencia nos diera,
mirad, es muy claro: cual él, volitamos las locas,
y donde hay amantes, faltamos jamás.

DE LAS RANAS.

(V. 209.)

Las ranas.
Brequequequex coax coax,
brequequequex coax coax.
Ea, hijas del pantano,
de las fuentes, entonemos
unísonos himnos sonoros
con la zampoña,
nuestro melódico canto:
coax, coax.
El que en redor del retoño niseo
de Júpiter: Baco,
siempre bramamos agudas,
cuando cantando y gritando
en la fiesta sagrada de la olla
por nuestros húmedos reinos
vienen las turbas beodas.
Brequequequex coax coax

(V. 836.)

Eurípides.
Á éste yo le conozco, le he calado
ha mucho: á este hombre
de monstruos hacedor boqui-altanero,
boqui-desenfrenado-desmandado,
-descerrajado, parlanchín invicto,
bombástico palabri-abultador.
Ésquilo.
¿Sí? ¿tú, hi — de — diosa rústica?
¿Tú á mí de esta manera,
de chácharas y charlas archivero,
de harapientos poeta,
de harapos remendón?
De ello te pesará.
Baco.
Repórtate, Ésquilo;
no se te queme el corazón de rabia.
Ésquilo.
Primero he de arrancar á éste la máscara,
al poeta de héroes cojos, que se vea
quién es el deslenguado.
Baco.
Un cordero, un cordero negro, niños;
¡qué ya estalla el turbión!
Ésquilo.
¡Colector de monólogos vinosos,
injertador de uniones incestuosas
en el arte!
Baco. ¡Repórtate ya, oh Ésquilo,
mi prez! Y tú, si no estás loco, arranca,
oh perillán Eurípides, de aquesta
granizada, no sea que las sienes
con alguna palabra fulminante
te rompa y de ellas rotas salte — el Télefo [1].
Tú no con ira, sino con gran calma
Esquilo, arguye y deja que te arguyan;
que como verduleras se denuesten
hombres poetas, eso no es posible.
Tú al punto, como roble que se quema,
chisporroteas.

(V. 1006.)

Ésquilo.
Me enrabio de verme con éste yo aquí;
y pues replicar yo le debo, la sangre me [hierve.
Pero no diga le temo —
responde: ¿por qué
se habrá de admirar al poeta?
Eurípides.
Por la cultura y doctrina,
y por mejorar á los hombres y pueblos
Ésquilo. nosotros.
Y si de esto no has hecho tú nada;
si de buenos y nobles has hecho malvados
insignes:
¿de qué pena te crees tú digno?
Baco.
De la muerte: á él no le preguntes.
Ésquilo.
Ahora examina lo que eran primero,
cuando de mí los tomó: si preclaros,
cuatri-codi-altos, repúblicos prontos á todo;
no callejeros ociosos, bufones, cual hora,
y granujas,
sino hombres que dardos respiran y el fuego
de la lid de las lanzas, y yelmos respiran de
níveos penachos,
y segures, y grebas, y arrojo de láminas siete
Eurípides (aparte). [coriáceas.
¡Calamidad! ¡con sus yelmos al fin me
(á Ésquilo:) [revienta!
Y tú, ¿de qué modo has formado á los bravos
Ésquilo calla. [aquellos?
Baco.
Ésquilo, dí: no te enfuries soberbio, altanero.
Ésquilo.
Creando una fábula henchida
de bélico espíritu.
Baco. ¿Cuál?
Ésquilo. De los Siete
sobre Tebas; un drama que á todo varón
que lo viera, encendía en valor.
Baco. Mas aquello
muy mal te salió; que al tebano inflamaste
á la guerra. Por esto te habrán de zurrar
Ésquilo. la badana.
Esforzaros vosotros, cual ellos, podíais;
pero á eso jamás arrimasteis el hombro.
Luego después os canté yo los Persas, en
donde
os enseñé los anhelos eternos del triunfo,
ataviando la hazaña sublime.
Baco.
Á fe, yo gozaba, escuchando
los gritos del muerto Darío,
y luego del coro los ayes,
al batir de las palmas doliente.
Ésquilo.
Son éstas las obras que debe ensalzar el
poeta.
Ve cuál, del principio, pensaron los grandes
de entre ellos
en útiles ser; pues Orfeo enseñónos
sagrados misterios y el odio al matar:
Museo, el curar y el oráculo: Hesíodo el arte
de la labranza del suelo, las mieses y
siembras:

[1] Título de una tragedia de Eurípides.

Homero, el divino, ¿por dónde de honor
coronóse y de gloria
sino porque lo bueno enseñó: de las lides
el orden,
del campeón la pujanza, el vestirse las armas?

Baco.

Esto ha aprendido á la diabla de él Pántacles,
ese torpón contrahecho;
pues, cuando, hace poco, guiaba el concurso
festivo, el morrión se encasqueta primero
y luego le encaja el penacho.

Ésquilo.

Empero, no tal otros muchos, cual Lámaco,
el héroe
Donde él aprendiera, mi mente aprendió,
conformando
numerosos dechados de brío: Patroclos y
Teucros,
corazones leoninos, que enciendan en furia
guerrera
mortal á los nuestros, cuando oigan la trompa
sonar.
Pero ¡por vida! yo nunca he pintado livianas
mujeres
Fedras, jamás Stenebeas, ni sé si á las tablas
nunca una fembra amorosa he llevado.

Eurípides.

Jamás, ¡por mi vida! que Venus
ha estado por siempre lejana de ti.

Ésquilo.

¡Y siempre lo esté! Mas contigo y los tuyos
de las suyas hiciera á menudo la diosa,
hasta que ha dado contigo al través.

Baco.

¡Por Jove! es verdad; pues sufriste tú mismo
lo que has forjado que hacían las otras
Eurípides. mujeres.
¿Y qué mal, oh atrevido sin par, al estado
mis Stenebeas han hecho?

Ésquilo.

Porque á mujeres honradas,
y á honradas esposas de esposos honrados
enseñaste á beber la cicuta,
cubiertas de infamia por esos tus Belero-
Eurípides. fontes.
¿No es cierto y verdad lo que he dicho
Ésquilo. de Fedra?
Verdad, ¡por mi vida! mas debe el poeta
preterir las maldades,
no sacarlas á luz ni enseñarlas.
Tienen por guía al maestro los niños;
los adultos por tal al poeta:
debemos por siempre tan sólo decir lo que
Eurípides. es recto nosotros.
Y si nos hablas montañas erguidas
tú: Licabetos, Parnasos, ¿es eso
lo recto decir? ¿es hablar como deben los
Esquilo. hombres?
Pero, oh mísero, á grandes consejos é ideas
grandes palabras; que siempre convienen
á semidioses; cual ellos también
visten con pompa
mucho mayor que nosotros.
De todo dejé yo modelos;
los has profanado, enlodado tú todos.

MENANDRO.

(341—290 antes de Jesucristo.)

ES el padre de la comedia nueva y de la moderna, con su núcleo erótico y pintura de costumbres, en particular de la clase media. Papiros egipcios recién descubiertos contienen 1300 versos de cuatro de sus comedias: unos 500 de los *Epitrépontes* (los *Apelantes*); unos 400 de la *Keiromene* (la *Trasquilada*); 341 de la *¿Samia?*, y otros de otra pieza. Suficientes son estos fragmentos para calificarle de gran cómico, menos genial que Aristófanes, pero más artista y de una naturalidad, viveza, finura de característica y sal cómica insuperables y únicas.

DE LOS APELANTES.

(¿Escena 2ª?)

Personas: *Sirisco. Daos. Smicrines.*

Sirisco.

Me rehusas mi derecho.

Daos.

Eres un atrapador.

Sirisco.

No quedará en tu poder
lo que no te pertenece.
Es el caso de arbitraje.

Daos.

Convenido: alguien decida.

Sirisco.

¿Quién?

Daos. Cualquiera: ¡no me importa! —

¡Bien hecho que esto me pase!
¿qué necesidad tenía
yo de dividir contigo?
(Smicrines sale de su casa.)
Sirisco.
¿Te gusta ése para juez?
Daos.
¿Por qué no?
Sirisco (á Smicrines). Mi buen señor,
¡por vida! ¿tienes un poco
de tiempo para nosotros?
Smicrines.
¿Para vosotros? Pues ¿qué hay?
Sirisco.
Tenemos un pleito.
Smicrines. Á mí
¿qué me importa?
Sirisco. Un recto juez
buscamos. Si inconveniente
no tuvieres, falla el pleito.
Smicrines.
¡Harapientos de los diablos!
¿andáis en cueros, y en pleitos?
Sirisco.
Papacito, es cosa corta
y sencilla. Este favor
háznoslo: no te desdeñes,
¡por los dioses! El derecho
siempre ha de triunfar doquiera.
Y contribuir á ello,
cuando la ocasión se ofrece,
exígelo el bien común.
Daos (aparte).
He caído yo en las manos
de un buen orador — ¿á qué
meteríame á salir? —
Smicrines.
Pues decid si os sometéis
enteramente á mi fallo.
Sirisco.
Por cierto.
Smicrines. Pues bien: hablad.
No hay dificultad. Primero
habla tú, que te has estado
callando.
Daos. Desde el principio
empiezo, porque más clara
veas la cosa. No sólo
cuento lo que mira á aquéste.
En este bosque vecino
á la aldea, pastoreaba
yo, hará algunos treinta días,
mi buen señor, y aquel día
me encontraba yo bien solo
allí, cuando me hallo un niño,
un expósito fajado,
y con una cadenita
y alguna otra chuchería.
Sirisco.
De ésta el pleito es.
Daos. No me deja
hablar.
Smicrines. Si te entrometieres,
con mi bastón te sacudo.
Daos.
Muy bien hecho.
Smicrines. Sigue.
Daos. Sigo.
Le alcé y me marché á mi casa
con él. «Yo le criaré»,
pensé en un principio. Pero
en la noche, como suele
acontecer, á rumiar
me pongo el asunto: el peso
del criar niños, y de dónde
sacar los medios y cuántos
cuidados me echaba encima.
Sí; así me pasó. Viniendo
el día, saco otra vez
el ganado, cuando el hombre
aqueste, que es carbonero,
viene para destroncar
donde mismo yo apaciento.
Como antiguos conocidos,
nos ponemos á charlar.
Viéndome él sombrío, dice:
«Daos, ¿qué tan pensativo?»
«Calla», digo, «soy un tonto»;
y le cuento todo: cómo
le encontré y le recogí.
Pero ése, ése luego empieza,
sin acabar yo, á rogarme:
y á cada palabra añade:
«Daos, ¡por tu vida y dicha!
dame el niño. ¡Así te veas
con salud y libertad!
Dámele», dice; «que tengo
mujer que un niño ha parido,
el que se murió.» Y lo dijo
por esa misma mujer
que tiene en brazos al niño
ahí.
Smicrines.
¿Rogaste, Sirisco?
(Sirisco asiente con la cabeza.)
Daos.
No paró todo aquel día
de rogarme ni de hablar,
hasta que el niño le di.
Se lo di, y se fué. Pero antes
me colmó de bendiciones
y hasta me besó las manos.

Smicrines.
Sirisco, ¿eso hiciste?
Sirisco. Lo hice.
Daos.
Se marchó con su mujer.
Pero al encontrarse ahora
él conmigo, me pidió
de repente las cosillas
que el expósito llevaba
bagatelas y nonadas,
que no valen ni un comino —
ésas ahora las pide
y dice le perjudico
porque no se las entrego
y las dejo para mí.
Empero yo digo que él
debe estarme agradecido
de lo que le di, á su ruego.
Si yo no se lo di todo,
no por eso ha de embrollarme.
Si él hubiese hecho conmigo
ese hallazgo, tocaría
la mitad él, la otra yo
Pero ahora yo lo hallé
sólo yo. — Tú allí no estabas.
Y sin embargo, ¿te crees
que te pertenece entero
á ti, y nada, nada á mí?
Pues ¿dónde queda el derecho? —
Todavía: Porque quise,
de lo mío yo te di.
Si lo dado aún te gusta,
quédate con ello. Empero
devuélvemelo, si acaso
mudaste de parecer;
mas no me ofendas ni dañes.
Que lo quieras todo entero:
dado mitad, y mitad
quitado, no puede ser. —
Y acabé.
Sirisco. ¿Acabó?
Smicrines. Acabó:
¿no oíste?
Sirisco. Entonces me toca
á mí. — Sólo él halló al niño,
y todo cuanto de él dice,
es verdad; que así pasó.
Sí, papacito; yo nada
niego: el niño, á ruego mío
y aún á súplica, me dió.
Lo cierto dice.
Pues bien:
un pastor — un subalterno,
con quien se despotricara —
me confió que con el niño
encontró también alhajas.
Alhajas por las que aquí
ha venido, papacito,
este niño. —
— Mujer, dame
el niño. —
(Tómale de los brazos al niño y se lo presenta á Daos.)
Él, Daos, te pide
las cadenas y las señas;
pues dice que se le dió
todo eso para su adorno,
no para propina tuya.
Y yo, yo, con él, lo pido,
como su tutor — tú, al darle,
me constituiste tal. —
Hay que decidir ahora,
mi buen señor (si yo entiendo
bien la cosa), si los oros
ó lo que fuere — así como
la madre desconocida
le dejó — se ha de guardarle
al niño, mientras creciere;
ó si el oro ha de quedar
para quien se lo ha robado,
porque primero se halló
el ajeno bien. — ¿Por qué
— dirás — no te pedí luego
las cosas, al recibir
yo al infante? Entonces cierto
aún derecho no tenía
yo para hablar por el niño.
Ni hoy mismo yo como propio
ni lo más mínimo vengo
á reclamar. — De un hallazgo
que partir hablas. ¡Cuán falso!
Pues, en donde hay propietario
ofendido, no hay hallazgo
que valga; que no es hallazgo
ése, no, sino que es robo.
Demás de esto, considera,
papacito: tal vez sea
este niño de alta alcurnia.
Y, aun cuando en humilde estado
crezca, habrále de bullir,
con la edad, la sangre noble,
y osará lo que á los libres
cuadra: querrá cazar leones,
armas llevar, tras el premio
discurrir por la palestra. —
Creo habrás visto tragedias:
allí sucede lo propio,
á la letra:
Á un Neleo
y á un Pelias, héroes grandes,
los halló un viejo, un pastor,
empellejado cual yo.
Quien, su índole noble viendo,

les contó la historia: cómo
los halló y recogió un día.
Les dió una bolsita llena
de señales á los dos,
por las cuales conocieron
claramente quiénes eran,
y los que pastores fueran,
fueron reyes.
Ahora bien:
si algún Daos esas señas
se hubiera llevado todas
y las hubiese trocado,
miserable, por alguna
porquería de dinero;
quedaran tan grandes héroes,
de prosapia tan excelsa,
eternamente ignorados.
Á fe, no sería hermoso
que yo fiel cuidara el cuerpo
del muchacho, mientras Daos
burlara de su ventura
la esperanza. Las señales
del origen retrajeron
á muchos de desposarse
con la propia hermana. Muchos,
merced á ellas, han podido
á la madre defender,
salvar al hermano. Llena,
papacito, de peligros
está la vida de todos
los hombres. Por donde es fuerza
con prudencia asegurarla
y prever desde muy lejos
el modo de asegurarla
Dice ahora todavía:
«Devuélveme el niño, en caso
que el negocio no te guste.»
Pero ésta es una injusticia.
Porque has de restituir
algo al niño aquí, ¿te quieres
también llevar á la vez
al niño, para poder,
tanto más seguramente,
en adelante robarle
lo que le dejó fortuna? —
Concluí: falla.

Smicrines. Á fe mía,
fallo fácil. Cuanto expuesto
quedó con el niño, es de él.

Daos.
Muy bien. — Pero ¿dónde queda
el niño?

Smicrines. El niño no á ti
le adjudico, que le privas
de su dicha, sino al otro,
que le ampara, y te embistió
á ti porque al pequeñuelo
querías perjudicar.

Sirisco.
Bendito seas.

Daos. Duro fallo,
¡por Júpiter salvador!
Todo lo encontré yo, y todo
se me escamotea á mí.
Mientras él, que no halló nada,
todo se lo va á llevar! —
Conque ¿le debo entregar?

Smicrines.
Sí, te digo.

Daos. Duro fallo,
¡por vida!

Smicrines. Tráele al punto.

Daos.
Oh Hércules, ¡qué mal me va!

Sirisco.
Las alforjas toma y muestra,
que las alhajas en ellas
traes contigo.
(Á Smicrines, que se quiere ir.)
¡Un momento
más, por favor! para que
de hecho lo entregue.

Daos. ¡Ah, maldita
cosa! ¡haberme sujetado
á su fallo!

Sirisco. De una vez
entrégalo, hermano mío
calabocero.

Daos. Ignominia
es lo que me va pasando.
(Entrega las alforjas.)

Smicrines.
¿Tienes todo?

Sirisco. Sí — parece —
á no ser que se tragara
algo, mientras yo hablaba,
cuando á él le pegaban. —

Daos. Nunca
lo hubiera pensado. —

Sirisco. Adiós,
pues, amigo mío. Tales
hombres deberían ser,
en verdad, los jueces todos.
(Vase Smicrines.)

Daos.
¡Qué injusto! Hércules, ¿no es este
fallo inicuo?

Sirisco. Perillán
has andado.

Daos. El perillán
tú lo has sido. — Las alhajas

guárdale bien. Ten por cierto
que te he de seguir la pista
siempre.

Sirisco. Véte al diablo. — Toma
las cosas, mujer, y adentro
llévalas al amo joven.

HERÓDOTO.

(Siglo v antes de Jesucristo.)

HERÓDOTO, un joven de Halicarnaso, concibió el noble cuanto difícil designio de escribir la historia de la Grecia y del oriente y en particular la de las guerras médicas. A este fin emprendió muchos y arduos viajes por casi todo el mundo entonces conocido; estudió los monumentos históricos; observó é interrogó. Movido de sincero amor á la verdad y de levantado espíritu de crítica, quiso ver y examinar todo lo que era posible examinar y ver. — En su Historia somete á maduro examen cuanto se le refiere, y si después de él la duda no cede, confiésala con ingenuidad. — Pero, si desde el punto de vista científico pertenece su Historia á los más preciosos monumentos de la antigüedad; considerada literariamente, respira en su conjunto cierta grandeza épica. El pueblo helénico es el héroe; sus glorias guerreras forman el núcleo de la acción, alrededor del cual se agrupan, hábil y bellamente ordenadas, la narración de los demás sucesos y la historia de los otros pueblos. Con arte infinito é interés dramático se desarrolla el pintoresco y anchuroso cuadro. Deliciosamente fluctúa su estilo entre la entonación épica y la sencillez de la prosa. Narra con extremado candor en muy escogido lenguaje.

COMBATE DE LAS TERMÓPILAS.

(Del l. VII, c. 207.)

Los griegos que en las Termópilas estaban, cuando los persas venían ya próximos á atacar, amedrentáronse y deliberaron acerca de la retirada. A los demás peloponenses parecíales marchar al Peloponeso á custodiar el Istmo. Pero Leonidas y los focenses y locrenses, indignados por este dictamen, resolvieron quedar allí y enviar mensajeros á las ciudades en demanda de socorro, diciendo ser ellos pocos para el ejército persiano.

Mientras así deliberaban, mandó Jerjes un explorador montado, el cual viese cuántos eran y qué hacían. Pues había oído, estando aún en Tesalia, que, reunidas todas las fuerzas, pocas eran y que las acaudillaban los lacedemonios y Leonidas, por su linaje, heraclida. Cuando el montado se aproximó al ejército, vió y encontró todo menos el ejército. Porque los unos, apostados dentro de las murallas,* que, reedificando, custodiaban, no eran visibles: los otros supo que estaban fuera, y delante del muro yacían sus armas. Ocurrió por ese tiempo hallarse fuera los lacedemonios; de los cuales á éstos vió gimnasiar; á aquéllos, peinarse. Mirólos asombrado y calculó su número. Después de indagar exactamente todo, retornó tranquilo. Nadie lo persiguió: no hicieron de él ni el más mínimo caso. Volviendo, refirió á Jerjes cuanto había visto. Jerjes, empero, no se pudo convencer de lo que oía; pues se armaban á morir y á matar. Risible parecióle lo que hacían aquéllos; y envió al hijo de Aristón, Demarato, que venía en el ejército. Volvió, y preguntóle Jerjes minuciosamente todo, por saber qué hacían los lacedemones. Éste dijo: «Ya antes, cuando marchamos contra la Hélada, me oiste acerca de estos hombres. Me oiste, y reístete de mí, que te hablaba con previsión de lo que había de suceder. Todo mi empeño es, oh rey, decirte la verdad. Escúchame de nuevo ahora. Esos hombres han venido á disputarnos la entrada y dispónense á tal combate. Porque la ley que los rige, es ésta: Cuando juegan el todo por el todo, atavíanse la cabeza. Y sábete que, si á éstos superas y á los que en Esparta quedan, no habrá ya, rey, ningún linaje de hombres que á afrontarte levante la mano. Pues hoy vas contra la flor de las reyecías helenas y de sus guerreros.»

Absurdas parecieron á Jerjes tales

palabras, y tornó á preguntarle cómo podrían en esas condiciones ellos luchar contra su ejército. Y aquél respondió: «Oh rey, trátame como á fementido, si todo no acontece del todo como he dicho.»

Tampoco persuadió á Jerjes con esto. Quien se detuvo allí cuatro días, esperando por instantes la fuga de aquéllos. Al quinto, como no se fueran, y le pareciese que de descarados y desatentados se demoraban, despachó contra ellos á los medos y cisios furioso, encargándoles cazarlos vivos y traerlos á su presencia. Así vinieron los medos con ímpetu sobre los griegos; cayeron muchos; acudieron otros, que, á pesar de su empuje, no retornaron. Probaron ellos claramente á todos, y no en último término al rey mismo, que son muchos los hombres: los varones, pocos. El día entero duró la refriega. Ásperamente fueron tratados los medos. Ya retrogradaban, cuando fueron en su socorro los persas: aquéllos que el rey apellidaba inmortales, por Hidarnes mandados; como á rematar una para ellos fácil empresa. Embistieron á los griegos; pero sin más resultado que el del ejército medo, á saber: combatir en estrecho desfiladero, y con lanzas más cortas que las de los griegos y sin poder sacar partido de su muchedumbre. Los lacedemones lucharon memorablemente y pusieron de relieve lo que va de batallar con ingenio á batallar sin él. Así, volvieron las espaldas como huyendo precipitados. Los bárbaros, viéndolos huir, los siguieron con grita y estrépito. Al darles alcance, volviéronse aquéllos y derribaron un sinnúmero de persas. Allí también cayeron algunos espartanos.

Como los persas viesen frustrados sus ataques y nubes de dardos contra el desfiladero, retrocedieron. Durante estas embestidas, el rey de Persia que las contemplaba, dicen saltó y corrió tres veces de su trono, temiendo por su ejército.

Así se lidió ese día; al siguiente no pelearon mejor los bárbaros. Pues, siendo pocos los griegos, imaginaba el enemigo acribillarlos á heridas y dejarlos impotentes de alzar la mano. Ellos, empero, combatían en orden y por tribus, en su puesto cada cual; menos los focenses. Que apostados estaban en la sierra, custodiando el sendero. No hallaron los persas sino lo que el día anterior, y volviéronse.

No sabiendo el rey qué hacer, pidió hablarle de cosas importantísimas para él un malio, hijo de Euridemo: Efialtes; mostróle el sendero que por la montaña conduce á las Termópilas, y perdió á los helenos allí apostados. —

Jerjes, tras congratularse de lo que Efialtes ofreció hacer, envió gozosísimo al punto á Hidarnes con las fuerzas de su mando. El cual partió del campo, al anochecer. —

El sendero va así: arranca del río Asopo, que corre por la hondonada. Altura y senda tienen allí un mismo nombre: Anopea. Sigue esta Anopea por la cresta de la montaña y bajando termina en la ciudad de Alpeno, la primera de la Lócride, hacia la Malia y la llamada Peña del Melámpigo; y hacia la morada de los cercopes; donde más estrecha es. Por esta senda y en esta dirección, después de pasar el Asopo, marcharon los persas toda la noche, á su derecha, los montes eteos; los traquinios, á la izquierda.

Despuntó la aurora, y ellos habían llegado á las más altas cimas. Guardaban el descenso de la montaña, como dicho queda, mil hoplitas [1] focenses, custodiando la propia tierra y el sendero. Sobre el paso inferior velaban los que se ha dicho. Voluntariamente habían los focenses aceptado vigilarle á Leonidas la senda á través de los montes. Nota-

[1] = broqueleros.

ron ellos la subida del enemigo de esta manera: Ascendiendo los persas, habían desadvertido que estaba toda la sierra densamente poblada de encinas. Reinaba calma. Al grande ruido, que era natural hicieran, bajo la planta, las hojas caídas[1], corrieron los focenses á las armas. Y al punto asomaron los bárbaros. Asombráronse de ver hombres armados; no soñaban encontrar resistencia donde toparon un ejército. Temeroso Hidarnes de que esos focenses fueran los lacedemonios, preguntó á Efialtes qué tropas eran; y enterado de ello, ordenó en batalla á los persas. Pero los de Fócide, cubiertos luego de disparos, huyeron precipitadamente á las cumbres de los montes; imaginando ser con ellos toda la guerra, y segura su perdición. Ellos tal creyeron. Mas los persas en torno de Efialtes y de Hidarnes, no hicieron de los focenses el menor caso y bajaron de la montaña presurosos.

Vinieron pronto desertores, que anunciaron (á los helenos en las Termópilas) el rodeo de los persas. Avisáronlo, siendo aún la noche. Y venían ya por tercera vez apresurados de las cimas exploradores diurnos, después de romper el día. Entonces reuniéronse en junta los griegos; y hubo divergencia de pareceres. Unos querían guardar el puesto: otros, no. Entre tanto, éstos retiráronse y tornaron dispersos cada cual á su ciudad: aquéllos dispusiéronse á quedar allí con Leonidas. Dícese también que el mismo Leonidas, por no sacrificarlos, licenciólos compasivo: pero que, para los espartanos, encargados de defender ese puesto, no juzgó honroso el abandonarlo. Yo grandemente me inclino á creer que Leonidas, cuando vió desmazalados rehuir del peligro á los socios, les mandó retirarse; que no existimó, empero, decoroso hacerlo él también. Quedando, dejó tras sí grande gloria y la dicha de Esparta no tuvo fin.—

Los aliados que Leonidas licenciara, partieron á su voz y desaparecieron. Quedaron con los lacedemones únicamente los tespios y los tebanos: éstos, mal de su grado y por fuerza — retúvolos como en rehenes[2] Leonidas —: muy de su grado aquéllos. Quien se negaron á alejarse de Leonidas y los suyos, y á par de ellos sucumbieron. Mandábalos Demófilo, hijo de Diadromeo.

Jerjes, tras de libar al sol naciente, tardó algún tiempo en las deliberaciones sobre dónde convenía más atacar con el grueso del ejército — Efialtes así lo advirtiera —; porque la bajada del monte es mucho más angosta y el lugar mucho más estrecho que la subida en contorno. Abalanzáronse los bárbaros que rodeaban á Jerjes; y los griegos que á Leonidas rodeaban, abalanzáronse como quien va á la muerte, adelantándose aun mucho más que al principio hacia la mayor anchura de la garganta. Porque se resguardaba el fuerte del muro; y en los días anteriores salían á combatir en la angostura. Pero entonces embistieron fuera de la estrechez, y cayó un sinnúmero de bárbaros. Pues los caudillos de las escuadras, empuñando el látigo y azotándolos desde atrás uno por uno, los empujaban sin cesar hacia adelante. Muchos de ellos despeñáronse así en el mar y perecieron; y aun muchos más eran hollados vivos y morían aplastados por sus compañeros. Ninguno se preocupaba de sucumbiente ninguno. Y aquéllos, ciertos como estaban de perecer á manos de los que habían rodeado la sierra, ostentaban contra los bárbaros suprema pujanza, llenos de audacia y desprecio de la muerte. Á la mayor parte ya se les habían roto las lanzas; y con el acero postraban á los persas. En medio de esa labor cayó Leonidas engrandecido, y con él otros renombrados espartanos.

[1] Era en el otoño. [2] Para enemistar á Tebas con los persas.

DE LA BATALLA DE SALAMINA.

(Del l. VIII, c. 61.)

Riñó Temístocles á aquél[1] y á los corintios larga y ásperamente, y patentizóles cómo eran su ciudad[2] y tierra mayores que las de ellos, y sus naves armadas en guerra, doscientas: no podían con ellos medirse ningunos helenos. Razonando sobre este particular, dirigióse á Euribíades y habló más fuerte todavía: «Tú, si aquí te quedas, quedando serás un valiente. Si no, arruinarás á la Hélada; que toda la suerte de la guerra depende para nosotros de las naves. Haz lo que te digo. Si no lo hicieres, nosotros, como aquí estamos, y cogiendo los nuestros, emigraremos á Siris de Italia; donde en lo antiguo residimos y que, según los oráculos, debemos nosotros de haber edificado. Y vosotros, destituídos de nuestra compañía, os acordaréis de mis palabras.»

Rindióse á estas razones de Temístocles Euribíades. Y más bien por temor, me parece, de que, llevando él sus naos al Istmo, los abandonase Atenas; sin la cual no podían los otros presentar la batalla. Resolvió, pues, quedarse y combatir por mar. Terminadas así sus discusiones acerca de Salamina, cuando á Euribíades le plugo, previniéronse allí para la lucha naval.

Rompió el día, y al nacer el sol, hubo un temblor de tierra y de mar.

(En Falero) fué Jerjes mismo á las naves para comunicarse con los marinos y saber qué pensaban. Vino; convocáronse los soberanos de sus pueblos y los jefes de los barcos; presidiólos y sentáronse conforme al rango que el rey á cada cual asignó: primero el de Sidón; el de Tiro luego; después los demás. Sentados en orden, envió Jerjes á Mardonio que les preguntase uno por uno si debía batirse en la mar. Recorrió Mardonio la asamblea, comenzando por el de Sidón. Todos, al preguntarles, contestaban unánimes que diese la batalla. Sólo Artemisia[3] dijo: «De mi parte, Mardonio, advierte al rey que esto lo digo yo, que ni en los combates navales cerca de Eubea he sido la más cobarde, ni la peor consejera. Soberano, mi parecer es justo manifestarlo: créolo el mejor para tu causa. Lo que te digo es esto: No pierdas tus barcos; no batalles por mar. Esos hombres son en el piélago tan superiores á tus hombres como los hombres á las mujeres. Después de todo, ¿qué te fuerza á aventurar lides navales? ¿No es ya tuya Atenas, por quien has emprendido la campaña? ¿No es tuya la restante Grecia? Nadie te estorba: los que se te oponían, hubieron de cejar como pudieron. Diré cuál me parece que será la suerte de los enemigos: Si no te apresurares á combatir por mar, sino que detuvieres cerca de tierra los navíos ó también avanzares hasta el Peloponeso, conseguirás, soberano, fácilmente á lo que has venido. Pues impotentes son los griegos de oponerte larga resistencia: los dispersarás y cada cual huirá á su ciudad. Porque en esta isla, según se me dice, no hallarán trigo; ni es dable que, llevando tú el ejército de tierra al Peloponeso, no tiemblen los que de allí han venido acá, ni ha de importarles combatir por mar á favor de los atenienses. Si precipitas la batalla naval, temo envuelva en su ruina el ejército de mar al de tierra. Á más, oh rey, pondera también que á los hombres buenos gustan de servir los malos; y á los malos los buenos. Siendo tú el mejor de todos los hombres, tienes servidores malos, que se tienen por aliados tuyos; á saber: los egipcios, y los cipriotas, y los cilicianos y los panfilios; todos los cuales de nada sirven.»

Diciendo ella esto á Mardonio, cuantos eran benévolos para con Artemisia,

[1] Adimanto, general de los corintios. [2] Atenas. [3] Reina de Caria.

consideraron funestas sus palabras, por el mal consejo que daba al rey de no combatir por mar. Y los que, envidiosos, mal la querían á causa de ser ella preferida á casi todos los aliados, alegráronse de su oposición, que la perdería. Trasmitidos á Jerjes los pareceres, complacióse sobre manera del dictamen de Artemisia; y pensó que, si hasta entonces había sido celosa en su servicio, éralo ahora mucho más. Con todo, mandó seguir la opinión de la mayoría, pues sospechaba que en Eubea se habían batido mal por no estar él allí. Dispúsose, por tanto, á presenciar la batalla marítima.

Preparáronse (también) á ella los griegos. Brilló la aurora, y reunidos los marinos, arengóles Temístocles, diciendo que todo estaba bien. No les habló sino contraponiendo á la cobardía las ventajas del valor, cuantas atesoran el corazón y el comercio humanos. Animólos á ganarlas, y terminó ordenando el embarco. — Embarcáronse y lanzaron al mar todas sus naves los helenos. Lanzándolas ellos, embistieron los bárbaros. Á proas vueltas como iban, fueron retrocediendo hacia la tierra todos los griegos; cuando Aminias de Palene, un hombre de Atenas, viró su nave y arremetió contra ellos. Abordó un barco; fué imposible separarse, y acorrieron á Aminias voceando los demás. Así comenzó, según los atenienses, la batalla.

DEMÓSTENES.

(383—322 antes de Jesucristo.)

DEMÓSTENES, ateniense, era grande hombre, tipo acabado del amor á la patria é insuperable modelo de la más consumada elocuencia. Á manera de soberano absoluto, domina al pueblo más voluble é inquieto de la tierra, con la fuerza irresistible de su palabra, ora sencilla, ora tranquila, á menudo sublime, siempre llena de alma y del fuego de la inspiración; siempre grave, majestuosa, inflexiblemente lógica, convencedora y dirigida por una perfecta madurez de juicio. Eleva y enardece Demóstenes el abatido espíritu público de los atenienses; revela los planes de Filipo de Macedonia; ataca á este poderoso rey, con toda la pujanza de su genio, en sus inmortales *Filípicas* y *Olínticas*; señala el peligro de la patria; lanza á los atenienses y tebanos á las armas y dirige la campaña. Pero Filipo triunfa en Queronea y hace la paz con Atenas. Algunos años después, decreta al orador la patria agradecida una corona de oro. Ésquines se la disputa. Trábase entonces entre los dos ingenios aquel duelo intelectual á muerte, en el que ambos esgrimen sus mejores y más aceradas armas, nobles é innobles. Ésquines las cree lícitas todas. La condición del adversario se las permite á Demóstenes, quien vence en la celebérrima *arenga por la corona* á su antagonista, el cual es condenado por abrumadora mayoría de votos.

ARENGA POR LA CORONA.

(¿Año 330?)

Ante todo, oh hombres de Atenas, ruego á todos los dioses y las diosas todas, que, cuanta es la benevolencia con que yo vivo para la patria y todos vosotros, tanta tengáis en esta contienda vosotros para conmigo. Pido luego á los dioses os den lo que más os interesa á vosotros mismos, á vuestra piedad y gloria; esto es: que, para el cómo vosotros oírme no os aconsejéis con mi adversario — maldad sería esto por lo menos —, sino con las leyes y el juramento. En el cual, entre todo lo referente á la justicia, dícese también que se oirá igualmente á entrambos. Esto es: que no haya prejuicio alguno, ni deje de haber la misma benevolencia con ambos, sino que, cuanto á la ofensiva y á la defensiva, como cada uno de los contrincantes quisiere y prefiriere, así se le deje proceder.

Muchas son en esta contienda las desventajas mías respecto á Ésquines; dos de ellas, muy grandes, oh hombres de Atenas. La una, que no contendemos por lo mismo; pues no es lo mismo

para mí perder vuestra benevolencia que para éste perder su acusación. Para mí... mas no quiero, comenzando á hablar, decir nada destemplado; éste, empero, por malévolo me acusa. Es la otra desventaja: que naturalmente place á todos los hombres el oir denuestos y acusaciones, y mucho les desplacen los que á sí propios se alaban. Lo agradable, pues, tócale á éste; lo que á todos, por decirlo así, carga, eso queda para mí. Si, temeroso de esto, no digo lo que he hecho, pareceré no tener cómo sincerarme ni exhibir nada que honor merezca. Si entro á hablar de lo que he hecho en la vida privada y pública, veréme muchas veces obligado á hablar de mí mismo. Probaré, pues, á hacerlo con toda la posible mesura. De lo que me arrastrare el asunto mismo, responda éste, que ha promovido semejante contención.

Creo que todos vosotros, oh hombres de Atenas, convendréis en que esta disputa me afecta tanto á mí como á Ctesifonte, y que, en celo por ella, no debo irle á la zaga yo. Ser despojado de todo, triste y aflictivo es: más lo es el serlo por el enemigo: lo peor de todo, serlo por vosotros: de vuestra benevolencia y amor; como que el alcanzarlos es lo más grande de todo. En lo tocante á esta contienda, ruego y suplícoos á todos vosotros escuchéis favorablemente mi vindicación; como lo mandan las leyes. Las que Solón, su primer autor, amigo de vosotros y del pueblo, no sólo creyó necesario escribir, para que imperaran; sino también que los jueces las jurasen; no porque desconfiara de vosotros, según á mí me parece, mas porque veía no ser posible al fugitivo evadirse de las imputaciones y calumnias, con las cuales el perseguidor prevalece, por hablar primero; si cada uno de vosotros jueces, guardando el temor de los dioses, no acogiere benévolamente lo justo que dijere el postrero; y haciéndose para entrambos, con perfecta igualdad, todo oídos, no adquiriere así el conocimiento de todo.

Debiendo yo de mi vida privada entera, como parece, rendir hoy cuenta, y de la pública, invoco de nuevo á los dioses, y ante vosotros les pido que cuanta es la benevolencia con que yo vivo para la patria y todos vosotros, tanta tengáis en esta contienda vosotros para conmigo. Pídoles, luego, os inspiren á todos vosotros en esta causa lo que más conviniere á la honra de la patria y á la conciencia de cada uno.

Si en su impugnación tan sólo acusara Ésquines, yo también, cuanto á la petición misma [1], iría derecho á su defensa. Pero como éste no ha hablado menos de cosas impertinentes que de las pertinentes; ha malrotado palabras, ha forjado en contra mía embustes sin cuento; creo necesario y justo á la vez, oh hombres de Atenas, hablar primero brevemente acerca del particular; porque ninguno de vosotros, arrastrado de esas impertinentes razones, oiga con alguna prevención las mías justas pertinentes.

Tocante á cuanto ha ultrajado y baldonado mi vida privada, vais á ver qué sencilla y honradamente respondo. Si me reconocéis en la caricatura que éste ha hecho de mí — pues no he vivido nunca sino en medio de vosotros —, no me dejéis hablar, aun cuando fuese yo más que benemérito de la república: levantándoos, condenadme ya. Pero, si como mucho mejor, y de los mejores, y — por no decir nada inmodesto — como no inferior á ninguno de los buenos, me consideráis y conocéis á mí y á los míos; de éste, en nada de lo demás, tampoco os fiéis — pues se ve cómo así lo ha forjado

[1] La de Ctesifonte, pidiendo una corona de oro para Demóstenes, en premio de sus servicios á la patria.

todo —; y para conmigo tened hoy también la misma benevolencia que en todo tiempo y en todas las otras causas me habéis dispensado. Doble como eres, Ésquines, has sido doblemente simple al pensar que yo, dejando á un lado mi vida doméstica y pública, me volvería á ti contra tus denuestos. No; no haré tal: no soy tan sin seso. Tus descarados embustes é invectivas contra mi vida política, esos los examinaré primero. Después, si éstos quisieren escuchar, mencionaré esa tu desenfrenada truhanería.

Los cargos que se me han hecho, muchos son, y algunos tales que la ley los pena gravemente y hasta con el último suplicio. Pero la presente contienda sellada está con la exasperación del enemigo, su avilantez, procacidad, abyección y cuanto á ellas se asemeje. Que, si lo acusado, inculpado, achacado, fuera cierto, no habría en la república pena condigna ni con mucho. Vedar no se debe el presentarse ante el pueblo y hablarle. Mas el hacerlo por acrimonia y envidia, eso, ¡viven los dioses! ni recto es, ni político, ni justo, oh hombres de Atenas. Si él me veía prevaricar contra la patria, aunque fuera tanto, como él, tragediando[1] y divagando, notaba; debió pedir para esos crímenes las penas legales, si los veía dignos de denuncia; debió citarme en juicio ante vosotros; debió acusarme de suplantar las leyes, si las leyes me veía suplantar. Quien por causa mía puede perseguir á Ctesifonte, acusárame por cierto á mí mismo, si culparme pudiera. Y á la verdad, dado que en algo de lo que ahora acusa y desmenuza ó en otra cosa cualquiera, me hubiese visto delinquir contra vosotros: leyes hay para todo, y penas, y juicios y jueces, todos y todas asequibles. Si se presentase, habiendo hecho tal y procedido en esta forma contra mí, armonizaríanse su acusación y su obrar. Ahora, desviado del recto, lícito camino, huyendo de acusar derechamente los hechos mismos, acumula cargos muy de antaño y representa farsas agresivas y procaces. Á mí me ataca, y acusa á éste: toda la acusación en su odio á mí se inspira, y jamás lo manifiesta cara á cara en sus gestiones por inhabilitar civilmente á éste. Ahora bien: paréceme á mí, oh hombres de Atenas, que, entre cuantas razones alegarse pudieran á favor de Ctesifonte, habría, ante todo, que decir ser justo desfogáramos de solo á solo nuestra enemistad y que no dañáramos á ningún tercero; pues el colmo de la injusticia fuera obrar así.

Todos los cargos que se me hacen, podría tal vez de lo dicho colegirse que son igualmente injustos, igualmente falsos. Quiero, sin embargo, examinarlos todos, uno por uno, y principalmente cuanto me imputó calumniador, en orden á la paz y la embajada: lo que él mismo con Filócrates hicieron, me lo achaca á mí. Menester es, oh hombres de Atenas, y acaso conveniente, rememoraros la historia de aquellos tiempos, para que miréis cada cosa desde su verdadero punto de vista.

Sobrevenida la guerra focense, no por mí — que entonces aun no había entrado yo en la vida pública — vosotros primero inclinabais hacia los focenses, á pesar de que no los veíais proceder justamente; y hubierais aplaudido cuantas desgracias acaecieran á los tebanos, no desatentada ni infundadamente airados con ellos; que, felices en Leuctra, guardaban poca moderación. El Peloponeso entero estaba dividido. Los que odiaban á los lacedemones, no eran bastante fuertes para destruirlos. Ni los que aquéllos habían hecho señores de las ciudades, las señoreaban. Interminable discordia y perturbación reinaba entre éstos y todos

[1] Ésquines había sido cómico.

los demás. Viendo lo cual Filipo — no era ello invisible —, fomentó doquiera con el soborno la traición, los levantó unos contra otros á todos, y los hizo chocar entre sí. De lo que los demás erraban y desatinaban, él se fué aprovechando, é irguióse sobre todos ellos. Y como, agobiados por la larga guerra, los entonces fuertes, hoy día infelices tebanos, era para todos evidente que habían de recurrir á vosotros, Filipo, para que esto no sucediera, ni se unieran las ciudades, os ofreció á vosotros la paz; á aquéllos, auxilio. ¿Y qué le favoreció para haceros dar casi voluntariamente en el lazo? La de los demás griegos ... ora haya de llamarse maldad, ora ignorancia, ora entrambas cosas. Quienes, envueltos vosotros en larga guerra, y soportándola por todos, como los hechos lo mostraron; ni con recursos, ni con tropas, ni con nada de todo os socorrieron. Por lo que vosotros, justa y naturalmente indignados, resolvisteis condescender con Filipo. La paz de entonces, por eso, no por mí, según éste me calumnia, se ajustó. Y las iniquidades y venalidad de éstos, durante ella, se hallará, si bien se mira, haber sido la causa de lo que nos está pasando. Todo esto en obsequio de la verdad lo examino y discuto cuidadosamente. Pues, si pareciere haber habido, en esto sobre todo, algún error, nada tiene que ver á buen seguro conmigo. El primero que habló de paz y la aconsejó, fué Aristodemo, el cómico: el que le siguió, y la apoyó, y la propuso, y vendióse con él, fué Filócrates Hagnusio, tu complice, Ésquines; tuyo, no mío, no; aunque revientes mintiendo; sus sostenedores fueron — qué sé yo por qué: no trato de ello ahora — Eubulo y Ctefisofonte: — yo, ni por asomo. Y sin embargo, siendo esto así, incontestable como la verdad misma, ha llegado en su descaro hasta atreverse á decir que fuí yo el autor de la paz, que yo estorbé la hiciera, en asamblea general de los griegos, la república.

Pues bien tú, ¡oh...! ¿como te llamará quien te quiera dar tu verdadero nombre? — tú, que dices ahora haber presenciado, haberme visto arrebatar á la república tanta ventaja, alianza tanta, ¿cuándo te indignaste, ó denunciaste, mencionaste siquiera, lo que acusas hoy? Á fe mía, si, estorbando la alianza de los helenos, habíame vendido yo á Filipo, tocábate á ti no callar, sino vociferar, sino poner el grito en la tierra y el cielo y acusar aquí. Nada hiciste de esto, ni chistar te oyó nadie. Pues ninguna embajada habíase entonces enviado por los helenos á ninguno; convictos estaban, tiempo hacía, los reos todos; ni ha dicho éste acerca del particular una sola palabra verdadera.

Fuera de esto, hace á la república las mayores recriminaciones, en sus embustes. Porque, si vosotros, á la vez que llamabais á la guerra los helenos, enviabais á Filipo embajadas por la paz, hacíais obra de Euríbates[1], no de patriotas ni hombres de bien. Pero no es así; no. Pues ¿á qué enviarlas vosotros en aquella sazón? ¿Por la paz? Todos la tenían. ¿Por la guerra? Pero si tratabais de la paz. Luego, de aquella antigua paz no aparezco ni autor ni responsable yo; ni en lo demás que me achaca, parece ningún ápice de verdad.

En la época posterior á la paz hecha por la república, mirad cuáles fueron las aspiraciones y obras de cada uno de nosotros dos. Pues por aquí, de una parte, veréis quién fué el que en todo secundó á Filipo; y de la otra, quién el que en sus obras miró por vosotros y por la patria. Yo propuse zarparan, con toda la premura posible, las embajadas á los lugares en donde supiesen estaba Filipo, y juraran allí la paz. Éstos, empero, á pesar de mi

[1] Traidor efesino conocido.

proposición, no lo quisieron hacer. ¿Quién pudo tanto, oh hombres de Atenas? Yo os lo diré. Á Filipo conveníale retardar todo lo posible esos juramentos: á vosotros, apresurarlos todo lo posible. ¿Por qué? Porque vosotros, no sólo desde el día en que jurasteis la paz, sino desde el que la comenzasteis á esperar, suspendisteis todos los aprestos bélicos. Éste, en cambio, dióse á ellos entero, durante todo el tiempo: pensaba, y con razón, que cuanto usurpase á la república antes de los juramentos, todo eso lo retendría de firme; pues nadie quebrantaría la paz por cosas como ésas. Prevéolo yo, oh hombres de Atenas; reflexiono, escribo aquel decreto de que se zarpe á los lugares en donde ya esté Filipo, se cambien, cuanto antes, juramentos; para que los tracios, vuestros aliados, juren como dueños de los lugares que ahora éste ridiculiza: Serrio, Mirteno y Ergisca; y aquél, apoderándose de los puntos estratégicos, no se señoree de la Tracia; ni se abastezca allí abundantemente de recursos y tropa, á fin de realizar con más facilidad sus ulteriores designios. Este decreto ni lo menciona ni lo lee. Y si yo á fuer de consejero, opino ser necesario admitir los legados, eso me lo reprocha. Pero ¿qué debí yo hacer? ¿Disponer no se recibiese á los que venían á conferenciar con vosotros? ¿Ú ordenar al empresario no les diese asiento en el teatro? Por dos óbolos entraran, sin orden de entrar. ¿Debí yo mirar por chucherías públicas, y vender, como éstos, la patria entera? No, á fe. Lee, pues, el decreto, en el paraje que éste, conocedor de él, se saltó. Lee.

(Sigue el decreto.)

Eso lo escribí yo entonces y en pro de la república, no de Filipo. Cortamente activos esos buenos legados, estánse en Macedonia, mano sobre mano, tres meses enteros, hasta que Filipo, tras de derribarlo todo, vuelve de Tracia. Pudieron en diez días, quizás en tres ó cuatro, haber ido, entre tanto, al Helesponto y salvado esas regiones, jurándose con ellas la paz, antes de arrebatarlas aquél. No las tocara, presentes nosotros, ó no le dejáramos jurar con ellas. De suerte que se quedara sin la paz, y no tuviera hoy entrambas cosas: la paz y las regiones.

Tales fueron, pues, en aquella embajada, primeramente, la astucia de Filipo y la venalidad de estos malvados; por lo cual entonces y ahora, y siempre declaro que los atacaré y altercaré con ellos. Luego y á raíz de esto ved otra iniquidad mayor todavía. Después de jurar Filipo la paz y apoderarse de la Tracia, merced á éstos, que desobedecieron mi decreto; volvió á comprar de ellos que no salieran de Macedonia, hasta preparar él la campaña contra los focenses; para que no nos anunciasen su próxima expedición y os hicieseis á la vela vosotros con las trirremes á las Termópilas para cerrar su paso, como antes lo habíais hecho; sino que el anunciároslo ellos, y haberlas él pasado, fuese uno y que vosotros ya nada pudierais hacer. En tanto temor y zozobras estaba Filipo no fueseis vosotros á cruzar su empresa y desbaratar sus planes, decretando socorrer y salvar de su total ruina á los focenses; que alquiló al escupido éste para enviároslo á vosotros, no en común embajada, sino á sólas con el mensaje por el cual todo se perdió. Ruégoos, oh hombres de Atenas, suplícoos: recordad en toda esta contienda, que si, acusándome Ésquines, nada extraño á la causa hubiese dicho, no diría yo tampoco ninguna palabra fuera de propósito. Pero éste con todas sus acriminaciones é injurias me fuerza á replicarle, aunque someramente, punto por punto. ¿Qué dijo, pues, entonces éste para que se perdiera todo? Que no hay que alarmarse de haber Filipo pasado las Termópilas. Todo os sucederá á medida de vuestros deseos, si

tuviereis calma; y sabréis, en dos ó tres días, que se tornará en amigo de sus enemigos y en enemigo de sus amigos. No con palabras se afianza la amistad — añadió en extático acento — sino con la unidad de intereses: é interesa á Filipo, á los focenses é igualmente á todos vosotros deshaceros de la estolidez y el orgullo de los tebanos. Esto lo oyeron gustosos algunos entonces por el odio que se profesaba á Tebas. ¿Qué sucedió luego después sin tardanza alguna? Que los focenses perecieron; que arrasadas fueron sus ciudades; que vosotros, vegetando engañados por éste, tuvisteis muy pronto que acogeros de los campos con lo vuestro á las ciudades; que éste recogía oro; y que, además, los tebanos y tésalos retribuyeron á la república con el odio que ella les tenía, y á Filipo con el agradecimiento por sus triunfos. Y porque se vea que ello es así, léeme el decreto de Calístenes y la carta de Filipo: en una y otro lo veréis todo esto claro. Lee.

(Sigue el decreto.)

¿No fueron éstas las esperanzas con que hicisteis la paz? ¿No fué tal lo que os prometió este mercenario?

Lee la carta que después de esto envió Filipo.

(Sigue la carta.)

Oís cuán claramente manifiesta y señala en su carta á vosotros, aliados suyos: «Yo á pesar y á despecho de los atenienses hice esto. Por donde, si bien lo pensáis, oh tebanos y tésalos, mirad á éstos como enemigos, y fiaos de mí.» No lo dicen así sus palabras, pero quieren decirlo. Fué, pues, de unos á coger los otros, porque nada previesen ni sospechasen de su suerte, sino que le dejaran realizar, por sí y ante sí, todos sus propósitos. De aquí, la ruina que envuelve á esos desventurados. Y el cómplice y cooperador del rey en esta fiel alianza; el que aquí os anunció embustes y os burló, es éste, que ahora lamenta las desgracias de Tebas y las pinta como llorosas; que de ellas, y las de los focenses, y de cuantas han padecido los helenos, de todas es autor.... Á no dudarlo, te duelen esas desdichas, Ésquines, y que te apiadas de los tebanos, teniendo fincas tú en Beocia é intereses entre aquellos labradores. Y yo me alegro, pues en seguida pidió mi cabeza el que tal hizo.

Pero me he desviado á cosas que tal vez convenga dejar para más tarde. Vuelvo, pues, á las pruebas de que la causa de los males presentes son las maldades de éstos.

Después que de Filipo fuisteis vosotros engañados por medio de los que en las embajadas se vendieron á sí mismos, y ni un ápice de verdad os anunciaron; y fueron burlados los infelices focenses y destruídas sus ciudades, ¿qué aconteció? Los execrables tésalos y los estúpidos tebanos tuvieron por amigo, benefactor, salvador á Filipo: todo lo era para ellos él. Ni escuchaban al que les hablaba de otra suerte. Mirando los acontecimientos con recelo vosotros, guardabais la paz mal de vuestro grado: nada sino esto podíais hacer: los otros helenos, engañados como vosotros y defraudados en sus esperanzas, guardábanla, hostilizados de tiempo atrás. Porque, cuando Filipo recorría la Iliria y Tribalia, subyugando también algunos helenos, y rodeábase de muchas y grandes fuerzas, y algunos de los de las ciudades, á favor de la paz, eran enviados á él y por él corrompidos — uno de ellos éste — entonces ya declaraba la guerra á todos los que de este modo trataba. Si no lo advertían ellos, otra cosa es ésa que no me toca á mí. Yo predecía, protestaba ante vosotros siempre y á dondequiera que se me enviara. Pero las ciudades enfermas estaban: aquí, vendíanse y corrompíanse por dinero sus gobernantes y ministros: allí, los particulares y las multitudes, parte nada preveían, parte se

agotaban en la tranquilad y ocio continuos. Y tan gravemente enfermos estaban todos, que, además, no veían armarse sobre sus cabezas la tormenta, é imaginaban poder estar en medio del común peligro seguros, cuando quisiesen. Así, creo, sucedió que por su grande é intempestiva indolencia perdieron los pueblos la libertad; y que los magistrados, creyendo venderlo todo, salvo á sí mismos, echasen de ver que se habían vendido á sí mismos los primeros. En vez de amigos y huéspedes, como se les llamaba cuando se vendían, ahora óyense llamar parásitos, malditos de los dioses, y con todos los otros dicterios que merecen. Nadie, oh hombres de Atenas, malmete su caudal en obsequio del traidor, ni le trata ya nunca, luego que, comprándolo, se ha hecho amo suyo. Donde no, nada habría más feliz que el traidor. Pero no es así — ¿por dónde? — ni puede serlo jamás. Cuando el que quiere imperar, impera, señor también es de los traidores que le entregaron el imperio; y sabedor de su maldad, ódialos al punto, al punto, y desconfía de ellos, y pisotéalos en el lodo. Mirad si no: — cosas son del pasado tiempo, mas el tiempo de considerarlas nunca pasa para los que piensan bien. — Hasta que Lástenes traicionó á Olinto, llamábasele amigo. Á Timolao, hasta que arruinó á Tebas. Á Eudico y Simo, lariseos, hasta que entregaron la Tesalia á Filipo. Expatriados luego, y ultrajados, y sin que hubiera mal que no padeciesen, llenóse de ellos la tierra entera. ¿Qué fué de Arístrato en Sición? ¿Qué de Perilao en Megara? ¿No fueron lanzados de allí? Por donde también muy claramente se ve que los defensores más esforzados de la patria y los que más combaten á éstos, son quienes á vosotros, Ésquines, traidores y venales, os dan por dónde lograr el soborno; y que, pues son muchos aquéllos y los que combaten vuestros designios, estáis vosotros salvos y lucrando; ya que, entregados á vosotros mismos, pereciérais mucho tiempo há.

Acerca de aquellos sucesos harto más tendría que decir. Pero creo que lo dicho basta y sobra. Culpable de ello es éste, que ha vertido sobre mí algo como las heces de su propia maldad y crímenes; las que me veo en el caso de lavar ante la juventud posterior á esa época. Tal vez os molestaré á vosotros que, aun antes de hablar yo palabra alguna, conocíais ya la venalidad de éste. Bien que la llama amistad y hospedaje, y me dice ahora en alguna parte de su discurso estas palabras: «El que me increpa el hospedaje cerca de Alejandro...» ¿Yo á ti el hospedaje de Alejandro? ¡De dónde lo hubiste? ¿Cómo lo ganaste? Ni huésped de Filipo, ni amigo de Alejandro te llamara yo á ti: no estoy tan fuera de juicio. Á no ser que deban los jornaleros llamarse amigos y huéspedes de los que les pagan jornal. Pero no es así — ¿por dónde? — ni puede ser jamás. Sino que jornalero te llamé de Filipo, y ahora te llamo de Alejandro, yo y éstos todos. Si no lo crees, pregúntales. Pero más bien lo haré yo por ti. ¿Qué os parece, oh hombres de Atenas, Ésquines: peón ó amigo de Alejandro? Oyendo estás lo que dicen.

Quiero ya vindicarme también de la acusación misma, y detallar mis obras; para hacer oir á Ésquines, aunque sabedor de ellas, por qué digo merezco no sólo las distinciones que se me acuerdan, sino mucho mayores aún. Coge, léeme la acusación.

ACUSACIÓN.

Siendo arconte Querondas, á seis del elafebolión[1] corriente, Ésquines,

[1] Mes de la caza de ciervos (de 17 de marzo á 15 de abril).

de Atrometo, de Cotoce, acusó ante el arconte, de atentar contra las leyes, á Ctesifonte, de Leóstenes, de Anaflistio, por haber escrito un decreto atentatorio contra las leyes: á saber, «que Demóstenes, de Demóstenes, de Peania, fuese coronado con corona de oro, por su virtud y por la benevolencia con que ha vivido para todos los helenos, y para el pueblo de los atenienses, y por su hombría de bien; y porque ha vivido haciendo y hablando lo mejor para el pueblo; y porque está deseoso siempre de hacer el bien que puede»: habiendo escrito todo esto mentida y atentatoriamente; no permitiendo las leyes, primero, insertar escritos falsos en las escrituras públicas; luego, coronar á un residenciable — pues es reparador de muros Demóstenes y director de teatro —; á más, (disponen) no proclamar la corona en el teatro, en las Dionisíacas y tragedias nuevas; sino, coronando el consejo, anunciarlo en el consistorio; si la Ciudad, en Pione, en la asamblea. Pena: cincuenta talentos. Testigos: Cefisofonte, de Cefisofonte, Ramnusio; Cleón, de Cleón, Cotocida.

Lo que acusa en el decreto, oh hombres de Atenas, es esto. Y creo deberos declarar, desde luego, que de esto mismo exactamente me vindicaré punto por punto. En ello guardaré el mismo orden de la acusación, y hablaré de cada uno de los cargos en particular, uno por uno, sin omitir voluntariamente ni un ápice. En cuanto á lo del decreto: que «yo siempre he hecho y dicho lo mejor para el pueblo, y deseado hacer el bien que he podido»; y en cuanto á sus alabanzas por esto, creo que debe decidir el examen de mi vida pública. Examinada ella, se verá si lo que en su decreto Ctesifonte dice de mí y pide para mí es verdadero y justo, ó si no lo es. El no añadir: «después que rinda sus cuentas», se le coronará; y el disponer se pregone en el teatro la corona: me parece que igualmente está relacionado con mi vida pública: si soy digno de la corona y la proclamación en los juegos, ó no. Además estimo deber demostrar por las leyes que él pudo decretar así. De esta suerte, oh hombres de Atenas, me parece haber hecho clara y sencilla la defensa; y voy á mis obras. Nadie sospeche que divago, si toco los sucesos helénicos y mis discursos: el que ataca en el decreto «el haber yo dicho y hecho lo mejor» y lo tacha de embuste: ése es quien ha vuelto propia de la causa é indispensable á ella la exposición de todos mis actos públicos. Pero como ellos sean de muy diverso carácter, prefiero los relativos á la causa helénica, para de ellos poder sacar mis pruebas.

Lo que, antes de ser yo político y orador público, señoreó y usurpó Filipo, eso lo omitiré; pues ello, en mi sentir, nada que ver tiene conmigo. Mas cómo desde el primer día de mi vida pública me levanté contra sus avances y cómo los contuve, eso lo rememoraré y de eso daré cuenta. Pero antes, algunas palabras.

Ventaja, oh hombres de Atenas, tenía grande Filipo. Entre los helenos, no algunos, sino por igual todos, pululaban traidores, y hombres venales y malditos de los dioses, como ninguno recordaba haber visto jamás. Los cuales tomó para cooperadores y ministros suyos; y á los helenos, que estaban ya malparados, parólos aun peor dividéndolos y abanderizándolos. Engañó á unos; sobornó á otros; á los de más allá corrompiólos con toda suerte de medios; y desmembró en muchos bandos á los que todos una sola cosa necesitaban: estorbar el engrandecimiento de aquél. En tal situación, é ignorando los helenos todos el naciente y creciente mal, es preciso veáis, oh hombres de Atenas, qué le convenía á la ciudad hacer y empren-

der, y me toméis de esto cuenta á mí; pues el que entonces se puso al frente de los negocios, fuí yo. ¿Qué debió hacer, Ésquines, la república? ¿arrojar la cordura y propia dignidad, para ayudar á Filipo, entre tésalos y dólopes, á obtener la supremacía de la Hélada y arrebatar las magnificencias y virtudes de nuestros antepasados? ¿ó no hacer así — hacerlo un horror fuera, ¡por vida! — y lo que veía venir, si nadie lo estorbaba, lo que, de mucho tiempo atrás, como natural era, preveía, eso presenciarlo impasible?

Ahora, preguntara yo al peor enemigo de mi conducta qué partido querría hubiese abrazado la república: el de los cómplices en los males y el oprobio de los helenos, como llamarse podrían los tésalos y sus parciales; ó el de los indiferentes ante los sucesos, con la esperanza del propio medro; en cuyo número contaríamos á los árcades, mesenios y argivos. Pero muchos también de éstos, ó por mejor decir, todos, han salido más malparados que nosotros. Pues, aun cuando Filipo, tras de vencer, se hubiese retirado al punto, dejando en pos de sí la tranquilidad y sin dañar ni á sus aliados ni de los demás helenos á nadie en nada, ¿pudiera hacerse á los que se le oponían, algún reproche é inculpación? Mas, si á todos arrebataba igualmente la gloria, la soberanía, la libertad, sobre todo las democracias á cuantos le era dado, ¿cómo no fué la más gloriosa de todas las actitudes la vuestra, inspirada por mí?

Pero insisto en este punto. ¿Qué debió, Ésquines, hacer la república, viendo que iba á la soberanía absoluta de los helenos Filipo? ¿Ó qué había de decir y ordenar en Atenas — que esto también importa sobre manera — vuestro consejero, sabiendo que todo el tiempo hasta el día que subí á la tribuna, había siempre luchado mi patria por la preeminencia, el honor y la gloria; y sacrificado más, así en dinero como en sangre, por la fraternidad y el bien común, que por sí propios los demás helenos; — y veía yo al mismo Filipo, á quien nosotros combatíamos, arrancarse, por la dominación y primacía, un ojo, romperse la clavícula, mutilar mano y muslo, todo miembro que del cuerpo quisiese arrancarle la fortuna, arrojarlo lejos, á trueque de vivir con el resto en honor y gloria?

No; nunca nadie se hubiera atrevido á decir que un hombre criado en Pela, lugarejo á la sazón tristísimo, hubiese de alzar el vuelo hasta pretender la supremacía de los helenos y encaminar á ella sus afanes; y que vosotros, atenienses como erais y viendo todos los días y dondequiera: en la tribuna y los espectáculos, la memoria del heroísmo de vuestros antepasados, hubierais sido villanos al extremo de ofreceros vosotros mismos á entregar vuestra libertad á Filipo. Nadie hubiese dicho tal. No cabía, pues — y ello era al propio tiempo lo indispensable — sino combatir justamente todas sus empresas injustas. Así lo hicisteis desde luego, como natural era y provechoso, vosotros: así lo hice yo, ayudándoos, de obra y de palabra, todo el tiempo que goberné. Confiésolo. ¿Qué debí hacer? ahora á ti te lo pregunto. Silencio todo lo demás: Anfípolis, Pidna, Potidea, Haloneso. Nada de esto rememoro. Serrio, Dorisco, la destrucción de Pepareto, los demás ultrajes cuantos se han hecho á la república — ¿qué sé yo qué? Sin embargo, dices tú haber mis discursos de entonces hecho odiosos á aquéllos; siendo de Eubulo, de Aristofonte, de Diopites aquellos decretos, no míos, oh hablador desatentado de lo que te viene en mientes. Nada diré ahora de esto. Pero, quien ocupaba á Eubea y la hacía antemural contra el Ática; quien se apoderaba de Megara; arrebataba á Óreo, arrasaba á Portmo; constituía por tirano de Óreo á Filístides; de la

Eretria, á Clitarco; subyugaba el Helesponto; asediaba á Bizancio; quien las ciudades helénicas — unas destruía, revocaba á otras los desterrados: quien tantas iniquidades consumaba, ¿quebrantaba los tratados, rompía la paz, ó no? ¿Fuerza era, ó no, que algún griego pareciese á detenerle en su obrar? Si no lo era, pero sí que fuese, como se dice, presa de misios [1] la Hélada, viviendo y existiendo los atenienses; entonces atenté yo aconsejando; atentó la república obedeciéndome; sean todas las injusticias cometidas y los crímenes, míos. Si fuerza era que alguno pareciese á detenerle, ¿quién sino el pueblo ateniense debió hacerlo? He aquí lo que hice en el gobierno yo; y viendo cómo esclavizaba á los hombres todos aquél, opúsemele, y para pregonar y exhortar á no entregarse viví.

Asimismo aquél fué quien rompió la paz, cogiendo nuestros bajeles; no la ciudad, Ésquines.

Toma los decretos mismos y la carta de Filipo, y léelos de seguida: quién es culpable de qué, esto por ellos se verá.

(Sigue el decreto.)

Este decreto, pues, Eubulo escribiólo, no yo; sigue el de Aristofonte; el de Hegesipo; otro de Aristofonte; el de Filócrates; el de Cefisofonte; los de todos los demás: ninguno de ellos mío. — Lee.

(Sigue el decreto.)

Pues bien: como yo exhibo estos decretos, así exhibe tú, Ésquines, ese mío, causa de la guerra. Pero no lo tienes. Á tenerlo, nada hubieras exhibido antes. Y á fe que ni Filipo en nada me culpa á mí de esa guerra: á otros él achácala. — Lee la carta misma de Filipo.

(Sigue la carta.)

Aquí ninguna mención se hace de Demóstenes, ni nada se me inculpa á mí. ¿Por qué, pues, increpando él á los otros, no recuerda los hechos míos? Porque, de nombrarme á mí, habría tenido que recordar sus propias injusticias: cuyo detenedor y adversario era yo. Al punto decreté una embajada al Peloponeso, apenas aquél pareció en el Peloponeso; á Eubea luego otra, cuando se apoderó de Eubea; luego á Óreo una expedición, que no embajada, y otra expedición á Eretria, cuando aquél instituyó tiranos en esas ciudades. Más tarde envié todas las flotas que salvaron al Quersoneso, á Bizancio, á todos nuestros aliados. Por donde os vino lo más bello: loores, gloria, honra, coronas, testimonios de gratitud á vosotros; á los oprimidos que siguieron entonces vuestros consejos, la salud; á los que los desoyeron, el tener que acordarse á menudo de vuestras predicciones, y convencerse de que no sólo erais benévolos para con ellos, sino también hombres cuerdos y previsores; porque todo sucedió cual se lo habíais predicho. Á la verdad, que gastó Filístides mucho por señorear á Óreo; mucho, Clitarco por señorear á Eretria; mucho, Filipo mismo por conservarlas en su poder contra vosotros, y porque de lo demás nada se le reprochase ni se escudriñasen sus injusticias por ninguno en ninguna parte: eso nadie lo ignora; mucho menos que nadie tú. Pues los legados que Clitarco, que Filístides enviaron entonces acá, tú los hospedaste, Ésquines; tú los desempeñaste. Como enemigos y nuncios de lo que ni justo era ni provechoso, fueron despedidos por la república: tú seguiste siendo su amigo. Luego, nada de esto es cierto, oh detractor mío: dices que comiendo callo; comido, grito pidiendo. Tú no: tú gritas comiendo; ni callarás nunca, si éstos no te acallan infamándote hoy. Al coronarme por esto entonces vosotros, y fundándose Aristonico, al pedirlo, en lo mismo

[1] = indefensa.

que hoy Ctesifonte, y pregonándose en el teatro mi corona, lo que ya otra vez conmigo se había hecho; ni se opuso Ésquines, que estaba presente, ni acusó al autor. — Coge aquel decreto y léemelo también.

(Sigue el decreto.)

¿Hay alguien de vosotros que sepa si la república padeció por este decreto alguna afrenta, ludibrio ó irrisión, como ahora dice éste que sucederá, caso de coronárseme? En verdad, cuando son recientes las acciones y de todos conocidas, reciben, si buenas, galardón; si lo contrario, castigo. Se ve, por tanto, que yo entonces obtuve galardón, no censura ni castigo.

Luego, hasta los tiempos en que esto sucedió, admitíase que yo en toda ocasión había hecho lo mejor para la ciudad, ya que en vuestros consejos prevalecían mis dictámenes y decretos; que éstos, realizados, conquistaron coronas para la república, para mí, para todos; que, como gozando de tales bienes, ofrendasteis á los dioses é hicisteis suplicaciones [1].

Tras de ser, pues, Filipo arrojado de la Eubea: por vosotros con las armas; con el gobierno y el mando — mas que revienten algunos de éstos — por mí; buscó otro baluarte contra la ciudad. Viendo que nadie en el mundo necesita más de trigo importado que nosotros, quiso adueñarse de la importación; pasó por la Tracia y pidió desde luego á los bizantinos, sus aliados, peleasen con él contra nosotros. Los cuales, como se negasen, alegando, con razón, no haber pactado tal, rodeó de valladares á su ciudad, llególe las máquinas y púsole cerco. Así las cosas, lo que nosotros debimos hacer, eso no lo preguntaré: sábenlo demasiado todos. Pero ¿quién acorrió á los bizantinos y los salvó? ¿quién libró de la dominación extranjera al Helesponto durante aquellos tiempos? Vosotros, oh hombres de Atenas. Y cuando digo «vosotros», digo la república. Mas ¿quién era el que en la república hablaba, decretaba, obraba y se entregaba á sí mismo, entero y sin reserva, á los negocios? Yo. Cuánto aprovechó esto á todos, no lo han de enseñar las palabras: os lo están mostrando los hechos. Pues aquella guerra, fuera de la mucha gloria, os proporcionó todo género de víveres en más abundancia y más baratos que en esta paz; la cual, ellos, los buenos, guardan con daño de la patria y con esperanzas para el porvenir; que ojalá salgan fallidas: y ojalá no alcancen ellos lo que vosotros, los mejor inspirados, pedís á los dioses; ni os den éstos lo que aquéllos intentan. — Léeles también las coronas de los bizantinos y las de los perintios, con que por esto coronaron á la ciudad.

(Sigue el decreto.)

Lee también las coronas de los del Quersoneso.

(Sigue el decreto.)

En consecuencia, no sólo salvar al Quersoneso y á Bizancio, no sólo impedir que el Helesponto por entonces cayera en poder de Filipo, no sólo los honores que por ende recibió la patria, lograron el consejo y gobierno míos; sino también patentizar á todos los hombres la magnanimidad de la república y la perversidad de Filipo. Aliado él de los bizantinos, los asedia á la faz de todos — ¿hay nada más feo ni sucio? — y vosotros, que habíais hecho á aquéllos justamente muchos y fundados cargos por su mal proceder con vosotros en los pasados tiempos; no sólo no acudisteis á vengaros ni á entregar vuestros ofensores, sino hasta á salvarlos; lo que os conquistó gloria y la benevolencia de todos.

Ahora bien: que á muchos gobernantes habéis ya coronado, todos lo

[1] Procesiones solemnes en acción de gracias.

saben. Pero, que por algún otro, quiero decir, consejero ú orador, haya sido coronada la república, nadie podrá decirlo.

Mas, para probaros que los dicterios de él proferidos contra los de Eubea y Bizancio — mencionaré lo que hayan hecho desagradable para vosotros — son calumnias, no sólo por ser falsos — creo que esto lo veis — mas también porque, aun cuando fuesen muy verdaderos, convenía manejarse en el gobierno así como yo me manejé; voy á referir una ó dos acciones hermosas, hechas de vuestra parte, por la patria; y ello brevemente. Pues tanto el particular como la república menester es que en sus acciones emulen siempre los más bellos ejemplos. Vosotros, oh hombres de Atenas, cuando los lacedemones dominaban tierra y mar y en torno del Ática señoreaban sus mandatarios y guarniciones la Eubea, Tánagra, la Beocia toda, á Megara, Egina, Cleonas, otras islas; sin naves, entonces vosotros, sin muros la ciudad, acorristeis á Haliarto y luego, pocos días después, á Corinto; bien que los atenienses á la sazón muchos motivos tenían de resentimiento contra los corintios y tebanos por su conducta durante la guerra decélica. Pero no hicieron como ellos, ni con mucho. Sin embargo, entonces hicieron, Ésquines, lo uno y lo otro, no de agradecidos ni sin ver su peligro. Mas ni por esto abandonaron á los que imploraban su favor; sino que por la gloria y la honra quisieron lanzarse á los azares, con recto y hermoso consejo. Término es de la vida, para todos los hombres, la muerte; aun cuando encerrado en escondite uno se cuide: fuerza es que los hombres de bien aspiren siempre á todo lo bello, animados de buena esperanza, y que sobrelleven generosos lo que les enviare el dios. Así lo hacían vuestros mayores; así vosotros, los ancianos, que detuvisteis á los de Tebas, cuando, poderosos, después de Leuctra, querían exterminar á los lacedemonios; quien ni amigos vuestros eran ni benefactores, sino que mucho y grandemente habían pecado contra nuestra ciudad; y no temisteis el poder ni la gloria de que entonces disfrutaban los tebanos, ni vacilasteis en exponeros por hombres que tanto os habían agraviado. De esta suerte manifestasteis á todos los helenos que, oféndaseos cuanto se quiera, sabéis, por lo demás, vengaros. Pero, si la salud y la libertad de vuestros agraviadores corren algún peligro, ni os acordáis del agravio ni en cuenta lo tenéis. Y no sólo con ellos reportásteisos así: de nuevo, cuando los tebanos se adueñaron de Eubea, no lo contemplasteis indiferentes ni recordasteis las injusticias contra vosotros cometidas por Temisón, Teodoro y Oropo; sino que socorristeis también á aquéllos, ofreciéndose entonces á la república por vez primera trierarcas[1]; uno de los cuales fuí yo. Pero de esto no hablemos todavía. Bello fué haber vosotros salvado la isla: mucho más bello aún, haberles vosotros, siendo dueños de las vidas y las ciudades, perdonado generosamente los agravios que os habían hecho, y desentendídoos de sus injurias, por haberse acogido á vuestra fe.

Mil otras cosas, que omito, debería yo decir: combates por mar, expediciones por tierra, campañas de otros y de estos tiempos, hechas por nosotros mismos, emprendidas todas por la república en pro de la libertad y salud de los demás helenos. Y yo, que tantas veces y tales había visto á la patria lidiar de suyo en obsequio de los otros, tratándose, en cualquier modo, de ella misma, ¿qué debí hacer?

[1] = jefes de trirremes; ciudadanos que armaban, tripulaban y mantenían la tripulación de un barco.

¿ó qué debí aconsejarle? ¡Rencores, ¡por Jove! contra los que le pedían su salvación, y buscar pretextos que nos perdieran á todos! ¿Quién no me hubiese matado justamente, si, bien que sólo de palabra, intentara yo empañar en algo la gloria de la república? Aunque nada contra ella hubierais hecho vosotros; muy bien lo sé. Porque, si lo quisierais hacer, ¿qué os lo estorbara? ¿No podíais? ¿Faltaba quien os lo aconsejara: éstos?

Quiero volver ya á la ordenada exposición de mi gobierno. Y mirad en él, otra vez y otra, qué aprovechaba más á la patria.

Viendo, oh hombres de Atenas, que vuestra armada se deshacía; que los ricos, á poca costa, se evadían de los tributos; que los ciudadanos de módica ó escasa fortuna la arruinaban; y que por esto perdía el país las buenas ocasiones, dicté una ley por la cual los forcé á cumplir sus deberes: á los ricos; di reposo de las injusticias á los pobres, y á la república lo que más necesitaba: estar apercibida para coyunturas favorables. Acusado de este crimen, comparecí ante vosotros; libré, y no obtuvo la parte [1] de los votos el acusador. Aunque, ¿cuántas sumas creéis me ofrecieron los jefes de las clases [2] y los segundos y los terceros, porque, sobre todo, no dictase yo esa ley; ó si no, porque la derribase dejándola en el juramento dilatorio? Tantas, oh hombres de Atenas, que no me atrevo á decíroslo. Y se comprende que ellos tal hicieran. Pues, según las leyes anteriores, contribuyendo [3] cada dieciséis, poco ó nada pagaban ellos, y arruinaban á los ciudadanos menesterosos; mientras que, por la ley mía, pagaba cada cual según sus haberes; y trierarca hubo de dos navíos, quien antes, en el grupo de los dieciséis, contribuía para uno. Ni trierarcas los llamé ya, sino contribuyentes. Para anular esto, y no ser constreñidos á cumplir su obligación, nada hay que no hubieran dado. —

Y léeme primero el decreto de mi absolución: luego los roles: el según la ley anterior y el según la mía. Lee.

(Sigue el decreto.)

Recita también ese bello rol.

(Sigue el rol.)

Recita, á su lado, el según la ley mía.

(Sigue el rol.)

¿Poco, pues, os parece que ayudé á los pobres, ó que poco gastaran los ricos, por recalcitrar contra su deber? De consiguiente no sólo me glorío de no haberme rendido á éstos; no sólo de haber sido absuelto, cuando se me acusó; sino también de haber dado una ley provechosa y que sus resultados comprobaron. Porque en toda la guerra de flotas formadas según la ley mía, ningún trierarca interpuso jamás queja alguna como agobiado por vosotros; ni se refugió en Muniquia [4]; ni fué preso por los comisarios; ni trirreme alguna le fué en alta mar capturada á la república; ni, sin poder zarpar, abandonada ninguna fué. Todo lo cual sucedía al imperio de las leyes anteriores. La causa de ello era el pesar las gabelas sobre los pobres; incapaces, á menudo, de pagarlas. Yo, de los menesterosos transferí las trierarquías á los poderosos, y todo marchó bien. Á la verdad, por esto soy también digno de alabanza; porque todas mis empresas políticas fueron tales que de ellas reportó la patria glorias, honores y poderíos. Calumnioso, acerbo, malintencionado no hay ningún decreto mío, ni ruin ni indigno de la república. Así se me habrá visto de continuo, en la vida pública, obrar respecto de la patria y de los helenos. En los negocios del Estado, no preferí los favores de los ricos á la jus-

[1] Quinta. [2] de contribuyentes. [3] á armar una trirreme.
[4] En el templo de Diana, asilo de deudores insolventes.

ticia para con todos; ni en los de la Hélada, las dádivas y amistad de Filipo, á los intereses de todos los helenos.

Creo, por lo tanto, que me resta hablar de la proclamación y de las cuentas. Pues el haber yo hecho lo mejor; el haber sido bien intencionado en todo y deseoso de haceros bien: juzgo que con lo dicho está suficientemente demostrado. Aunque lo más grande de mi gobierno y de mis propias acciones lo omito; convencido de que debo, desde luego y de seguida, responder en lo tocante á la infracción de las leyes; y de que, aun cuando yo nada diga de mis demás hechos políticos, la conciencia de cada uno de vosotros, sin embargo, hablará por mí.

La mixtura de razones que éste ha vuelto y revuelto hacia arriba y hacia abajo, hablando de leyes por el decreto violadas, ni vosotros, ¡viven los dioses! habréis, me parece, podido entenderla, ni yo mismo atravesar por la mayor parte de ella. Cuanto á mí, sencillamente iré por la recta, fundado en la justicia. Tan lejos estoy de declararme irresponsable, como éste ha dicho, y vuelto y revuelto á decir; que confieso ser responsable toda mi vida de lo que he administrado y emprendido en vuestro gobierno. Pero, cuanto á lo que de mi propio peculio voluntariamente he dado al pueblo, declaro no ser responsable ni un solo día — ¿lo oyes, Ésquines? — ni yo ni otro alguno; aunque fuese de los nueve arcontes. Pues ¿qué ley habrá tan henchida de injusticia y odio á los hombres, que arrebate los agradecimientos al que da de lo suyo y hace obra de benevolencia y generosidad? que le entregue á los sicofantas y convierta á éstos en residenciadores de lo que da? Ni una sola. Si éste dice que la hay, muéstrela, y yo la acato, y callo. Pero no la hay, oh hombres de Atenas; y éste calumnia, cuando del tiempo en que yo pertenecía á la administración del teatro y para él daba de lo mío, dice: «Sin haber él rendido cuenta, elogióle la asamblea.» No por nada residenciable, sino por lo que había yo dado, oh sicofanta.

«Pero fuiste también amurallador.» Y por ello también fuí justamente encomiado, porque, sin cobrar ni contar, enteré lo que faltaba. Cuentas examen é inquisición reclaman: dádivas, gratitud y loor. Por lo cual pídelos éste para mí. Y que ello todo no sólo está determinado por las leyes, sino también por vuestros usos, lo probaré fácilmente y con muchas razones. Desde luego, el general Nausicles fué por sus liberalidades muchas veces coronado de vosotros. Segundo, cuando los broqueles los donó Diotimo, y á su vez Caridemo, coronados fueron. En tercer lugar, Neoptólemo, cuando comisario de muchas obras, por sus larguezas en pro de ellas fué ensalzado. Pues enorme sería esto: que á un mandatario en un mandato no le fuese lícito, en razón del mando, dar lo propio á la república, ó que, en vez de recibir los agradecimientos, hubiese que dar cuenta de lo donado. — Y pues verdad es lo que digo, coge y léeme los decretos mismos correspondientes. Lee.

(Siguen los decretos.)

De éstos cada uno, Ésquines, del mandato desempeñado era residenciable: de aquello por lo cual se le coronaba, no lo era. Luego, tampoco yo. Los mismos derechos que los otros, tengo en la misma causa yo, á fe. ¿Supererogué? Alábaseme por ello: de lo que erogué no soy responsable. ¿Mandé? Cuenta di de mi mandato; no de lo que di. ¡Por Jove! pero ¿mandé mal? Y ¿por qué, presente tú cuando me residenciaron, no me recusaste?

Para que veáis cómo él mismo atestigua se me corona por hechos de que

no soy residenciable, coge y lee entero el decreto á mi favor. Por lo que en él no ataca, parecerá claramente como sicofanta en lo que ataca. Lee.

Decreto. Siendo arconte Euticles, á nueve, á fines de pianepsión [1], consejera la tribu Eneide; dijo Ctesifonte, hijo de Leóstenes, Anaplistio: Ya que Demóstenes, hijo de Demóstenes, Peánico, siendo comisario del trabajo de los muros, y habiendo gastado en él, de su propio peculio, tres talentos [2], los donó al pueblo; y ya que, siendo administrador del teatro, añadió á los dineros de teatro de todas las tribus cien minas [3] para los sacrificios; ha parecido al consejo y al pueblo de Atenas alabar á Demóstenes, hijo de Demóstenes, Peánico, por su virtud y la benevolencia que siempre ha abrigado para con el pueblo de Atenas; y coronarle con corona de oro y proclamar la corona en el teatro, en las Dionisíacas y tragedias nuevas; y que se encargue de la proclamación el juez de los juegos.

Luego, lo que dí, es esto: de lo cual tú nada dices. Pero lo que el consejo cree necesario retribuirme, he aquí lo que tú impugnas. Por tanto, en tu acusación confiesas ser legal el recibir; ilegal, el agradecer lo recibido.

Un hombre todo maldad, de los dioses maldito, calumnia viva, ¿quién lo será, por los dioses? ¿No lo será uno tal como éste?

Por lo tocante á ser proclamado en el teatro, voy á preterir que mil veces mil han sido coronados; y que yo mismo lo fuí muchas veces antes. Pero, ¡viven los dioses! ¿tan torpe y lerdo eres, Ésquines, que no se te alcanza ser igualmente gloriosa para el coronado la corona dondequiera que se proclame; y que, en obsequio de los coronadores, se proclama en el teatro? Pues oyéndolo todos, al servicio de la patria se alientan, y celebran, más que al coronado, la gratitud del coronador. Por eso la república ha escrito esta ley. — Coge y léeme la misma.

(Sigue la ley.)

Oyes, Ésquines, como la ley dice claramente: «á no ser que el pueblo ó el consejo corone: entonces puede hacerse la proclamación».

¿Á qué, pues, oh miserable, falseas? ¿Á qué forjas embustes? ¿Por qué no te curas de estas cosas con eléboro [4]? Empero, no te ruborizas de acusar por envidia; ni de iniquidad alguna, alterando, truncando leyes; que es justo se lean íntegras á los que han jurado votar según las leyes. Y luego, y después de todo, dices lo que debe ser un repúblico; como quien hace por contrato una estatua, sin pensar en darle lo que, según contrato, ha de tener; ó como si en las palabras y no en las acciones y el gobierno se conocieran los repúblicos. Y vociferas lo decible y lo indecible, cual si fuese desde una carreta; lo que á ti y á los tuyos bien te está: no á mí. Aunque hay más, oh hombres de Atenas. Yo creo que en esto difiere de la acusación la invectiva: que la acusación exhibe delitos, penados por la ley: la invectiva, injurias, que, según su propia índole, decirse suelen los enemigos. Instituídos de nuestros mayores, conceptúo los tribunales no para que, convocándoos á ellos, nos digamos unos á otros malamente razones personales, nefandas; sino para que retemos al que hubiere ofendido á la república. Esto sábelo Ésquines no menos que yo, y sin embargo ha preferido ultrajar á acusar. Pero, ni en esto siquiera es justo desairarle. Vendré á ello tras de preguntarte sólo: ¿De quién se te podría, Ésquines, creer enemigo: de la patria ó mío? — Mío; claro es. Entre tanto, en aquellas cosas que según las leyes, caso de haber

[1] Mes ateniense, de 15 de octubre á 15 de noviembre, más ó menos.
[2] El talento = como 8100 fr. [3] La mina = 98 fr.
[4] Planta que se creía medicinal para el cerebro.

yo delinquido, pudiste acusarme: en las cuentas, en las acusaciones, en las demás causas, no lo hiciste. Y cuando todo me justifica: leyes; tiempo; plazo; el habérseme juzgado acerca de todo, muchas veces, antes; el no haber sido jamás acusado de ningún agravio contra vosotros; el haber, según las necesidades de la administración pública, dado más ó menos gloria á la patria, ¿ahora me impugnas? Mira no seas el enemigo de éstos, pretendiendo serlo mío.

Ya que como piadoso y justo demostrado queda para todos el decreto; menester es, me parece, que yo, aunque no soy amigo de invectivas, responda á las muchas y gratuitas injurias que éste ha proferido en contra mía, y que diga yo acerca de él lo indispensable para manifestar que, siendo quien es é hijo de sus padres, tan fácilmente comienza á maldecir; y qué razones son las que ridiculiza, cuando las que él mismo dice, ¿qué hombre honorable no vacilaría en decirlas? Pues, si Éaco, ó Radamanto, ó Minos fuera el acusador, y no un charlatán, un estropajo de la calle, un maldito plumista; jamás ninguno de ellos creo hablaría así ni proferiría palabras tan odiosas que llegase á vocear como en la tragedia: «Oh tierra, y sol y virtud», y por ese jaez; y llámase luego á la «conciencia y disciplina, que distinguen lo bueno de lo malo»; pues supongo que esto se lo oísteis, cuando lo dijo. ¿Qué á ti, con la virtud, oh basura? ¿ni qué con ella á los tuyos? ¿Qué distinguir vosotros entre lo que es bello y lo que no? ¿De dónde ó cómo lo aprendiste? ¿Cómo puedes tú hablar de cultura, cuando de los que verdaderamente la tienen, ni uno solo la reclama de ninguna suerte para sí; antes, atribuyéndosela otro, se sonroja; y lo único que logran los desechados como tú, cuando, en su necedad, pretenden tenerla, es molestar á los que se lo oyen decir, no convencerlos de que la tienen.

Aunque no me falta qué decir contra ti y los tuyos, fáltame saber dónde principiar; si por decir que tu padre, Tromes, esclavo que era de Elpias, un maestro de escuela en el Teseón, llevaba fuertes grillos y traba de madera; ó que tu madre, negociando matrimonios diarios en el tugurio cerca del héroe Calamites, te crió á ti, hermosa estatua y farsante sublime; ó bien que el flautista náutico [1] Formión, esclavo de Dión Frearrio, la sacó de aquel bello comercio.

Pero, ¡viven Jove y los dioses! temo que, diciendo como estoy palabras dignas de ti, parezcan indignas de mí. Dejaré, pues, esto; y hablaré ya de cómo él ha vivido; porque no es ya de los que era, sino de los que el pueblo maldice. Tiempo há — ¿qué digo: tiempo? — ayer ó anteayer, hízose á la vez ateniense y orador. Y añadiéndole dos sílabas, llamó á su padre en vez de Tromes, Atrometo [2]; y llamó santa y majestuosamente Glaucotea [3] á su madre; la que todos saben es llamada Bruja, y que claro está recibió su nombre de hacer y pasar por todo. ¿De dónde, si no?

Pero, sin embargo, tan desagradecido y malvado eres que, hecho, merced á éstos, libre, de esclavo, y rico, de mendigo, no sólo no les agradeces, sino que, vendiéndote á ti mismo, los dañas á ellos y á la república. Donde hay alguna duda de si habló á favor de la patria, nada diré: lo que á favor del enemigo hizo abiertamente, eso lo voy á mencionar.

[1] Remábase en los navíos al compás de la flauta.
[2] Tromes = Temblador; Atrometo = Intrépido.
[3] = diosa Glauce (una nereida).

¿Quién de vosotros no conoció á Antifonte, que fué condenado por haber venido á la ciudad para incendiar los arsenales, como se lo había prometido á Filipo? Cogiendo yo á aquél, que oculto estaba en el Pireo, y presentándole ante la asamblea, vociferaba este calumniador y graznaba cómo hacía yo horrores en la república: ultrajando ciudadanos malaventurados y atropellando, sin decreto, los hogares; y consiguió libertarle. Y si el areópago, advirtiendo lo que ocurría y vuestra punible ignorancia, no buscara al hombre y preso le llevara ante vosotros, se hubiera escapado aquél y evadídose del castigo, por obra y gracia de aqueste grandilocuente orador. Ahora vosotros le disteis tortura y le matasteis; como debierais hacerlo, á fe, también con éste. Por lo cual el areópago, sabedor de lo que éste había hecho, cuando vosotros, con esa misma ignorancia que habéis malbaratado muchos bienes comunales, le elegisteis representante vuestro cerca del santuario de Delos, como lo habíais designado juez y árbitro de la causa, rechazó de plano á éste por traidor y nombró, para alegar, á Hipérides. Votó esto en el ara, y ningún sufragio obtuvo el asqueroso aqueste. Y porque digo la verdad, llama á los testigos de la causa.

(Sigue la lista de los testigos.)

Luego, si, debiendo éste hablar, rechazóle el areópago y designó á otro, os le exhibió también como traidor y de malas entrañas.

Y esta enhiesta acción política de aqueste mozalbete, ¿es semejante, ó no, á las que él me imputa? Y recordad otra. Cuando envió Filipo al bizantino Pitón y con él nuncios de todos sus aliados, para avergonzar á la república y manifestar que había ella delinquido, entonces yo no cedí á Pitón, que altanero os llenaba de denuestos, sino me alcé á rebatirle y no traicioné los derechos de la patria; sino que reproché sus demasías á Filipo y tanto las evidencié, que sus mismos aliados se levantaron confesándolo. Éste, en cambio, apoyábalos, y juró contra la república, y mintiendo.

Y no se contentó con esto: más tarde, y de nuevo y después de todo sorprendido fué tratando con el espía Anaxino en casa de Trasón. Pues bien, el que de solo á solo trata y comunica con un enviado de los enemigos, ése no puede menos de ser espía y enemigo de la patria. — Y porque digo la verdad, llámame los testigos.

(Siguen los testigos.)

Mil otras cosas tendría que decir de él. Pero las omito: son del mismo jaez. Muchas aún debiera mostraros de aquéllas en que éste á la sazón aparecía sirviendo al enemigo, dañándome á mí. Mas vosotros no las recordáis distintamente ni las odiáis como merecieran; sino que, por cierta mala costumbre, permitís facilísimamente á cualquiera el suplantar y calumniar al que bien os aconseja; y posponéis al placer y agrado de la invectiva los intereses de la república. Por donde, más hacedero y seguro es servir vendido al enemigo que desempeñar por vosotros un puesto público.

En realidad de verdad, coadyuvar á Filipo, antes de declararse la guerra, horrendo crimen, ¡oh tierra y dioses! — ¿y cómo no? — era de lesa patria. Pero conceded, si queréis, concededle esto. Mas, cuando ya abiertamente apresábanse nuestras naves, devastábase el Quersoneso, venía contra el Ática ese hombre, ni era ya dudosa la situación, sino que se había alzado la guerra; lo que entonces hizo alguna vez por vosotros el calumniador este, yambófago, no tengo para qué exhibirlo; ni hay decreto ni grande ni pequeño ninguno de Ésquines á favor de la república. Si dice que sí, muéstrelo ahora: tiempo le doy del mío.

Pero no hay ninguno. Luego, una de dos: ó, no teniendo él nada que reprochar entonces á mis dictámenes, no los acusó ni les opuso contrarios; ó bien, favoreciendo él al enemigo, no los reemplazó con mejores que los míos. Pero ¡por vida! ¿no hablaba, no escribía, cuando intentaba haceros algún mal? ¡Valga la verdad! Á nadie hablar dejaba. Lo demás hubiera podido, como parece, sufrirlo la república y dejar á éste hacer. Empero, añadió, oh hombres de Atenas, á sus otras obras algo que las colmó todas: en ello malgastó muchas razones recorriendo los decretos de los anfiseos y locrenses, para tergiversar la verdad. Pero no habrá tal. ¿Por qué? De ningún modo te lavarás de lo que hiciste allí; por mucho que hables.

Invoco ante vosotros, oh hombres de Atenas, á todos los dioses y á las diosas todas, cuantos amparan la tierra ática, y á Apolo Pitio, numen de la patria; y les suplico á todos que, si os digo la verdad, si la dije ante el pueblo desde el momento mismo que vi á ese inmundo tocar este negocio — pues lo vi, pronto lo vi —, fortuna me den y salud; y si por odio ó rivalidad personal culpo á éste falsamente, despójenme de todos estos bienes.

¿Por qué tanta imprecación? Porque, teniendo como tengo documentos depositados en el archivo de la república, de los cuales consta claramente esto, y sabiendo como sé que recordáis los hechos; temo, con todo, que parezca éste incapaz de las maldades que ha hecho; como aconteció antes, cuando hizo perecer á los desventurados focenses, trayéndonos nuevas mentidas. La guerra de Anfisa, por la que entró en Elatea Filipo y por la que fué elegido jefe de los anfictiones — carácter en el cual arruinó la Hélada entera —; éste fué quien la promovió y es de todos el único responsable de nuestro mayor quebranto. Y entonces, cuando yo presuroso conjuraba y clamaba en la asamblea del pueblo: «Traes guerra al Ática, Ésquines; guerra anfictiónica», unos, confabulados para asistir, no me dejaron hablar; otros maravilláronse, estimando que había iniciado yo una causa infundada, por enemistad personal con él. Pero cuál fué, oh hombres de Atenas, la naturaleza de aquellos sucesos, su porqué y su cómo, ahora escuchadlo; ya que entonces os lo estorbaron. Un bello plan veréis realizarse; mucho aprovecharéis en la historia de aquellos tiempos; y cuánta sagacidad había en Filipo, eso miraréislo.

No había, en la guerra con vosotros, para Filipo ni término ni efugio, á no convertir tebanos y tésalos en enemigos de la república. Pues, aunque desgraciada y malamente peleaban con él vuestros generales, sin embargo, la guerra misma y los piratas afligíanle con males mil. Pues ni se exportaba nada de lo que su tierra producía ni se internaba lo que él había menester. Ni era en la mar entonces más fuerte que vosotros; ni bastante poderoso á venir sobre el Ática, si los tésalos no le seguían ni los tebanos le dejaban pasar. Sucedíale que, aun venciendo en la guerra á cualesquiera generales que contra él enviaseis — no hago de ello caudal —; la naturaleza misma de los lugares y de los recursos, ambas cosas á dos le maltrataban. Si incitaba los tésalos y los tebanos á ir, por sus odios particulares, contra vosotros, de nadie se prometía ser escuchado. Pero si, pretextando sus intereses comunes, se hacía designar jefe, esperaba engañar fácilmente á unos, persuadir á otros. ¿Qué hizo pues? Trató — mirad qué bien — de suscitar guerra á los anfictiones y turbación á sus asambleas: así pronto necesitarían de él. Mas, si esto lo hacía alguno de sus propios representantes en el consejo ó alguno de sus aliados, creyó que se

sospecharía su intento y se precaverían los tebanos y los tésalos y todos; si, empero, lo hacía un ateniense y en nombre de vosotros sus enemigos, que fácilmente se ocultaría; como así sucedió. ¿De qué modo lo consiguió? Asalariando á éste. Y sin que nadie, me parece, lo previera ni precaviera, como entre vosotros en tales casos se acostumbra; propuesto éste para legado del pueblo al consejo, fué elegido por tres ó cuatro votos. Luego que, investido por la república, se fué á los anfictiones, olvidando y dando de mano á todo lo demás, hizo para lo que había sido pagado. Y probando con afeitadas palabras y embustes que la región Cirrea había sido consagrada á los dioses, y engañando á esos hombres inexpertos en retórica é incautos, los consejeros; les persuadió que acordaran recorrer el sitio, que los anfiseos decían cultivar como propio y que éste pretendía ser del recinto sagrado; no habiéndonos hecho los locrenses acusación alguna, ni lo que ahora éste pretexta diciendo lo que no es verdad. Lo veréis por esto. No podían ciertamente los locrenses, sin emplazar, iniciar un proceso contra la ciudad. ¿Quién os citó? ¿Con qué autoridad? Di si hay quién lo sepa; muéstrale. Pero no hallarás; pero echas mano de este fútil pretexto para engañar.

Atravesando pues el lugar, inducidos por éste, los anfictiones, cayeron sobre ellos los locrenses; por poco los alcancearon á todos, y cogieron también algunos consejeros. Cuando entonces juntamente con los reclamos estalló la guerra contra los anfiseos, encabezó al principio un ejército de los mismos anfictiones Cótifo. Pero, como los unos no acudiesen, los otros, después de acudir, nada hicieran, designaron de luego á luego jefe, para la próxima asamblea, á Filipo los vendidos é inveterados facinerosos de los tésalos y los de otros Estados. Pretextos sonoros aducían: juzgaban necesario contribuir ellos mismos, asalariar extraños, castigar á los contraventores; ó bien, elegir á aquél. ¿Á qué referir lo demás? Designado fué, por lo tanto, jefe. Y en seguida levantó un ejército; marchó como sobre la Cirrea; y dejando á cirreos y locrenses bonitamente donde estaban, apoderóse de Elatea. Y si al punto que esto vieron, no mudaran de parecer los tebanos y se plegaran á nosotros, hubiérase todo, como torrente de tormenta, despeñado sobre la ciudad. Ahora empero, siquiera por el momento, contuviéronle aquéllos, sobre todo, oh hombres de Atenas, por la bondad de algún dios para con vosotros; y luego, á fe, también, y en cuanto puede depender de un solo hombre, por mí. — Muéstrame aquellos acuerdos y el tiempo en que se tomó cada uno, porque veáis cómo esta inmunda cabeza, después de tanto quebranto como ocasionó, ha quedado ella misma impune. Léeme los acuerdos.

(Siguen los dos acuerdos de los anfictiones.)

Lee también el tiempo en que esas cosas sucedieron; pues fué el en que allí era legado éste. Lee.

(Siguen las fechas.)

Muestra ya la carta que, cuando no le escucharon los tebanos, envió á sus aliados del Peloponeso; para que también por ella veáis claramente, cómo ocultaba el verdadero móvil de sus empresas: el atacar á la Grecia, á los tebanos y á vosotros; y hacíase el hacedor del bien común y lo acordado por los anfictiones. Y el que le suministraba tales salidas y pretextos era éste. — Lee.

(Sigue la carta.)

Veis cómo rehuye los motivos particulares y se acoge á los anfictiones. ¿Quién, pues, tramó esto con él? ¿Quién le sugirió tales pretextos? ¿Quién es de los males que sobrevinieron el principal culpable? ¿No es éste? No digáis, pues, por allí, oh hombres de Atenas, que ha padecido tanto la Hélada por un hombre sólo. No por uno sólo:

por muchos y malvados, en dondequiera, ¡oh tierra y dioses! De los cuales uno es éste; á quien, si ha de decirse sin vacilación alguna la verdad, no titubeo yo en llamar la común perdición de todo cuanto después pereció: varones, regiones, poblaciones: de quien siembra, de ése es la cosecha. Y de que, en viéndole, no le volviéseis la espalda, me asombro. No parece sino que algo como grandes tinieblas se interpusiera entre vosotros y la verdad.

Dichos esos atentados suyos contra la patria, tócame ya tratar de lo que yo hice en el gobierno para contrarrestarlos. Lo que, por muchos títulos, es justo escuchéis; sobre todo, porque vergonzoso fuera, oh hombres de Atenas, si, habiendo yo tolerado las obras de mis afanes por vosotros, vosotros no quisieseis soportar siquiera las palabras.

Viendo yo que los tebanos y casi también vosotros, dominados por los agentes de Filipo y los en ambas ciudades á él vendidos, desatendíais y no atisbabais recelosísimos lo para entrambos formidable y necesitado de grande recelo: esto es, el dejar á Filipo engrandecerse, y que estabais prontos á la enemistad y á chocar unos con otros; viví para estorbarlo; no fundado yo solo en mi sentir para estimarlo conveniente, sino en saber que Aristofonte y luego Eubulo en todos tiempos trabajaron por realizar esta alianza, y que, discordes en lo demás, muchas veces entre sí, en esto marcharon acordes siempre. Á quienes, cuando vivían, oh zorro, adulabas parásito: muertos, no vacilas en acusarlos. Pues lo que respecto de Tebas me increpas, á ellos mucho más que á mí se lo achacas, porque antes que yo recomendaron ellos el pacto.

Pero vuelvo al punto en que, habiendo excitado éste la guerra de Anfisa, ayudándole sus demás cómplices á encender el odio contra los tebanos, sucedió que Filipo vino sobre nosotros — para lo cual éstos habían enemistado entre sí las ciudades —; y si no despertamos un poco antes, ni incorporarnos hubiéramos podido. Tanto habían éstos precipitado los acontecimientos. Cómo estabais ya en vuestras mutuas relaciones, veréislo oyendo estos decretos y mensajes. — Y coge y léemelos.

(Siguen los decretos.)

Lee ya también los mensajes.

(Siguen los mensajes.)

Así Filipo, tras de enemistar por medio de éstos las ciudades, ufano con tales decretos y mensajes, vino con su ejército y apoderóse de Elatea; como que en ninguna emergencia concordaríais ya vosotros y tebanos. Cómo se sobrecogió entonces la ciudad, sabéislo todos. Escuchad, sin embargo; seré lo más breve que pueda.

Anochecía, cuando alguien vino á los consejeros con la nueva de que había sido tomada Elatea. En seguida unos de ellos al punto levantáronse de la cena á lanzar de sus enramadas á los del ágora é incendiarlas. Otros enviaron por los generales y llamaron al trompeta: de tumulto estaba llena la ciudad. Al romper del siguiente día, llamaron los consejeros su junta al consistorio: vosotros fuisteis á la asamblea; y antes de deliberar y acordar nada aquélla, todo el pueblo estaba ya arriba ordenadamente sentado. Luego, cuando vino el consejo, y anunciaron los consejeros lo denunciado á ellos y presentaron al denunciador, y él habló; preguntó el heraldo: «¿Quién quiere hablar?» No pareció nadie. Muchas veces preguntó el heraldo. Ni por esto tampoco se alzó nadie, todos los generales presentes allí, todos los oradores, y clamando con voz común la patria por que se hablara de su salud. Pues la voz que, según las leyes, alza el heraldo, ésa justo es se la tenga

por voz común de la patria. Aunque, si hubieran debido levantarse los que querían la salud de la patria, todos vosotros y los demás atenienses, alzándoos, acudierais á la tribuna: todos, yo lo sé, queríais su salud: si los más ricos, los trescientos; si lo uno y lo otro: amantes de la patria y ricos, los que después le donaron grandes donativos: amor y fortuna los hicieron obrar. Empero parece que aquel tiempo y aquel día no sólo reclamaban á un hombre de bien y rico, sino además versado en los negocios públicos desde el principio y sagaz conocedor de porqué había hecho tal Filipo y qué quería. El no instruído profundamente en esto, desde muy atrás, aunque patriota, aunque rico, no por eso era dueño de conocer mejor lo que hacer convenía ni acertar á aconsejaros á vosotros. Así, pues, presentéme en aquel día yo; y levantándome, os hablé á vosotros lo que, por dos motivos, me habéis de escuchar atentos: primero, para convenceros de que sólo yo, entre los que hablaban y gobernaban, no me desvié del amor á la patria en sus presuras, sino que hablando y decretando velé por vuestros intereses en los peligros mismos; segundo, porque, empleando este poco tiempo, mucho mejor entenderéis el resto de todo el gobierno.

Dije, pues:

«Los que demasiado se sobresaltan creyendo que los tebanos se han sometido á Filipo, estimo ignoran la situación presente. Sé bien que, si ello fuera así, no le supiéramos en Elatea, mas en nuestros confines. Que ha venido para asegurarse de Tebas, eso claramente lo veo. El porqué de esto, decía yo, escuchadlo. Aquél á cuantos tebanos ha podido ó sobornar ó engañar, los tiene sumisos á todos. Pero á los que desde el principio le resistieron y todavía se le oponen, no los atina á rendir. ¿Y por qué ha ocupado la Elatea? Para envalentonar y ensoberbecer, con el cercano despliegue de fuerza y armas, á sus amigos; aterrar á los contrarios; para que ó amedrentados cedan en lo que ahora no quieren, ó á la fuerza cedan. Si, pues, nosotros, decía, preferimos por hoy rememorar lo que contra nosotros hayan podido hacer los tebanos, y desconfiar de ellos como de parciales del enemigo; haremos, en primer lugar, lo que Filipo anhela; después, temo se unan con él los que ahora se le oponen; y que, filipizando de consuno todos, vengan sobre el Ática entrambos. Pero si me obedecéis y os dais, no á impugnar, sino á examinar lo que os digo, creo estimaréis también vosotros que hablo yo porque debo y por disipar el peligro que amenaza á la república. ¿Y qué diré debemos hacer? Primero, dominar el presente sobresalto; luego, volveros [1] y temer todos por los tebanos: mucho más cerca están del contrario que nosotros, y sobre ellos viene primero el peligro; después, salir á Eleusis infantes y jinetes, y sobre las armas mostraros á todos; para que vuestros partidarios en Tebas puedan con igual confianza sostener la justa causa; viendo que, así como en Elatea cuentan con fuerza amparadora los que á Filipo han vendido la patria, así también vosotros decididos acorréis á los que por la libertad quieren combatir, si alguien fuere sobre ellos. Mando además que se elijan diez legados y que, juntamente con los generales, se les haga dueños del cuándo volver de allá, y del partir de las tropas. Pero cuando los legados vengan á Tebas, ¿qué aconsejaré hacer allí? En esto punto prestadme toda vuestra atención. No pedir á los tebanos nada — bochornoso fuera en tal coyuntura —; sino ofrecerles socorrer-

[1] = mudar de parecer.

los, si lo ordenaren, por estar ellos en situación extrema, y nosotros más apercibidos; porque, si aceptan y nos oyen, consigamos lo que queremos, y del modo más honroso para la república; y si no, que se culpen á sí mismos de sus yerros presentes y no hayamos hecho nosotros nada desdoroso ni humillante.»

Dicho esto y cosas semejantes, bajé. Aplaudiendo á una todos y no contradiciéndome nadie en nada, no lo dije sin decretarlo; no lo decreté sin nunciarlo; no lo nuncié sin persuadir á los tebanos; sino que desde el principio lo afronté todo hasta el fin, y me arrojé yo mismo por entero á los peligros que cercaban la ciudad. — Y tráeme también el decreto entonces dictado.

¿Y quién quieres diga yo que fuiste tú en aquel día y quién yo? ¿Pretendes que fuí, como insultando y truhaneando me llamas, el Tartamudo[1], y tú no un héroe comoquiera, sino alguno de los escénicos: Cresfonte, ó Creonte ó Enomao, al que una vez en Cólito estropeaste mísero miserablemente? Entonces, por aquel tiempo, yo el Peánico, el Tartamudo, más digno me mostré de la patria que tú, Enomao Cotocida. Tú, nunca en nada le fuiste útil: yo todo cuanto debe el buen ciudadano, lo hice. — Lee el decreto.

(Sigue el decreto.)

Éste precisamente fué el principio y afianzamiento primero de nuestras relaciones con Tebas: lo anterior, tendente á la enemistad, el odio y la desconfianza de estas ciudades, azuzadas por éstos. Por este decreto el peligro que envolvía á la república, barrido fué como nube. Tocaba, pues, al buen ciudadano entonces, caso de hallar algún arbitrio mejor que éstos, manifestarlo á todos: no ahora impugnarlo. El consejero y el sicofanta, en nada absolutamente por lo demás semejantes, en esto sobre todo difieren entre sí: el uno, antes de los sucesos da su parecer y se hace á sí propio responsable de lo que aconseja, de la fortuna, de las circunstancias, de lo que se quiera: el otro, mudo cuando debiera hablar, si algo acontece adverso, eso lo muerde. Era, pues, como decía, aquél el tiempo del hombre solícito con la patria, y de los sanos consejos. Yo me avanzo tanto que, si ahora alguno tiene algo mejor que proponer, ó generalmente, si algo distinto de lo que yo decidí, era dable decidir, confieso haber obrado mal. Pues, si algo hay que ahora alguien ve haber entonces convenido más; eso declaro de mi parte que no debí yo ignorarlo. Pero, si ni hay ni había, ni que decir halla nadie de ningún modo ni siquiera hoy, ¿qué debió el consejero hacer? ¿No debió elegir lo mejor entre lo dado y posible? Esto fué lo que hice, cuando el heraldo preguntó, Ésquines: «¿Quién quiere hablar?» no: «¿Quién culpar el pasado?» ni: «¿Quién responder del porvenir?» Mudo tú, por aquellos tiempos, y en las asambleas tranquilamente sentado, yo, alzándome, hablaba. Ya que entonces no, hazlo ahora: di, ¿qué medida necesaria no tomé ó qué ocasión favorable perdí para la república? ¿qué alianza? ¿qué empresa á la cual más debí yo lanzar á éstos?

En verdad, de lo pasado siempre todos se desentienden, y nadie propone acerca de él jamás deliberación alguna. Lo porvenir ó el presente llama á su puesto al consejero. Por entonces unas calamidades parecían inminentes; otras ya eran venidas. En lo tocante á ellas examina mi conducta gubernativa, y no recrimines los reveses del sino. El éxito de todo es como el numen lo dispone: los designios mismos paten-

[1] Alusión á los defectos oratorios de Demóstenes en su juventud.

tizan el espíritu del gobernante. No atribuyas á maldad mía el haber logrado Filipo vencer en la batalla: de un dios depende su suerte; no de mí. Pero que no hice yo todo cuanto, según las luces humanas, pude hacer; y que no lo hice justamente, solícitamente, con laboriosidad superior á mis fuerzas; ó que las empresas que acometí, no fueron decorosas, dignas de la república, necesarias; eso pruébamelo, y entonces ya acúsame á mí. Pero si la tormenta ya se había armado y héchose mayor, no sólo que nosotros sino que todos los demás helenos, ¿qué hacer? Como si alguien acusara del naufragio al piloto, cuando, tras de hacerlo todo porque fuera salva la nave, y tras de premunirla de cuanto imaginaba la podía salvar, ha sido asaltada por la borrasca, ha zozobrado su armamento ó bien ha volado hecha astillas....

«Pero yo no gobernaba la nave», dirá aquél.—Como no capitaneaba yo; ni era señor de la fortuna, sino ella, de todo. Reflexiona sobre esto y mira: si, peleando nosotros juntamente con los tebanos, tan contraria nos fué la suerte, ¿qué debíamos esperar no teniendo éstos aliados, sino habiéndolos ganado Filipo, que para ello agotó los recursos todos de la palabra? Y si ahora, librándose á tres jornadas del Ática la batalla, cercó tanto peligro y sobresalto á la ciudad, ¿qué se debía de haber aguardado si dentro de nuestro territorio aconteciera este mismo desastre? ¿Si sabrás que ahora el subsistir, juntarse, respirar, mucho de lo necesario para salvar á la república, lo dieron un día y dos y tres; si no... pero no es menester decir lo que no nos permitieron experimentar la benignidad de algún dios y el haberse ofrecido á la república esa alianza que tú acusas.

Todo este razonamiento tan largo es para vosotros, hombres del tribunal, y los que están fuera, al rededor, escuchando; que para este escupido bastará breve y clara palabra: Si á ti solo entre los demás era claro el porvenir, Ésquines, cuando acerca de esto deliberaba la república, entonces debiste predecirlo. Si no lo preveías, de la misma ignorancia reo eres que los otros. Y entonces, ¿por qué acusarme tú más bien á mí, que no yo á ti? Pues tanto fuí yo mejor ciudadano en eso mismo de que hablo — y no trato ahora absolutamente de lo demás — cuanto que me consagré yo mismo á lo que parecía ser el bien común; sin arredrarme ni reparar en peligro alguno propio. Mientras tú ni propusiste nada mejor de lo que yo — de otra suerte, no me hubieran seguido á mí — ni para ello en nada útil te ofreciste á ti mismo. Y lo que el hombre peor y más enemigo de la patria, eso hiciste; y juzgas por el éxito. Y mientras Arístrato en Naxo y Aristóleo en Taso, los enemigos mortales de la república, encausan á los amigos de los atenienses, en Atenas misma acusa Ésquines á Demóstenes. En verdad, aquel á quien reservado estaba glorificarse por los reveses de los helenos, de perecer más bien es digno ése que de acusar. Y á quien aprovecharon las mismas circunstancias que al enemigo, no es posible que ése ame á la patria. Pruébaslo con tu modo de vivir, de obrar, de administrar, y á su vez, de no administrar. ¿Trátase de algo que parece conveniros? Mudo Ésquines. ¿Malogróse algo y sucedió como no debía? Ahí está Ésquines; como las hendeduras y los espasmos, cuando algún mal coge el cuerpo, entonces se resienten.

Y pues insiste tanto en el éxito adverso, quiero también decir algo inopinado. Y ¡por Júpiter y los dioses! no se admire nadie de mí por este colmo; sino mire con benevolencia lo que diré. Aun cuando á todos se les hubiese

revelado el porvenir, y lo hubiesen previsto todos; y predícholo tú también, Ésquines, y jurádolo, vociferando, graznando, tú que ni chistabas; ni así debía haber de esto desistido la república, teniendo en cuenta su gloria, ó sus antepasados, ó la posteridad. Hoy aparece que fracasó; lo cual es común á todos los hombres, cuando así le pareciere á un dios: entonces, si de esto hubiera desistido, acusaríanla de querer primar, y haberlos á todos entregado á Filipo. Abandonando ella sin combate aquello por lo cual no hubo peligro que excusaran nuestros mayores, ¿quién no te hubiera escupido á ti? No por cierto á la república ni á mí. Con qué ojos miraríamos, ¡vive Júpiter! á los hombres que viniesen á la ciudad, estando como ahora están las cosas y elegido cabeza y señor de todo Filipo, y habiendo, porque esto mismo no sucediera, los demás hecho, sin nosotros, la guerra; y esto después de no haber nunca jamás la república preferido, en los pasados tiempos, una seguridad sin gloria á un glorioso peligrar. Pues, ¿qué heleno, qué bárbaro no sabe que los tebanos, los lacedemones, poderosos antes de éstos, que el rey de los persas hubieran otorgado complacidísimos á la república lo que hubiese querido, le hubiesen dejado lo propio, dejándose ella mandar y permitiendo á otro la supremacía de los helenos? Mas no era esto, como parece, ni patrimonio, ni costumbre, ni naturaleza del ateniense de entonces; ni pudo jamás por jamás nadie en todos los tiempos persuadir á la ciudad de que, aliada con poderosos pero inicuos, se esclavizase tranquila; sino que, batallando por el principado, por la honra, por la gloria, entre zozobras ha pasado toda su vida. Y esto tan magnífico y conforme lo creéis á vuestras costumbres que, de entre vuestros mayores, á los que tal hicieron los ensalzáis sobre todo, y con justicia. ¿Quién, á la verdad, no admirará la virtud de aquellos hombres que sufrieron abandonar la patria y la ciudad, para embarcarse á combatir por no rendirse á la servidumbre; que eligieron caudillo á Temístocles, quien esto les aconsejó; que á Círsilo, quien les propuso se rindieran, lapidaron; y no sólo á él, sino también vuestras mujeres á su mujer? No buscaban los atenienses de entonces ni orador ni general por medio de quienes ir á la servidumbre; pero ni la vida les importaba, si no podían vivir libres. Creíase nacido cada cual no para su padre y su madre solamente, sino también para la patria. ¿Dónde está la diferencia? El que tan sólo se juzga nacido para los padres aguarda del destino y del acaso la muerte; el que también para la patria, querrá morir porque no sea ella hecha esclava, y por más terribles tendrá los ultrajes y humillaciones que en una ciudad esclava fuerza es padecer, que la muerte.

Si yo quisiese, pues, decir esto: que os había excitado á pensar de un modo digno de vuestros mayores, no habría quien no pudiera justamente vituperarme. Ahora, empero, manifiesto yo estas disposiciones vuestras y declaro que aun antes de mí sentía tal la república, y digo que de todas las empresas realizadas algo también á mí se me debe; mientras éste, que todo lo acusa y quiere que os irritéis vosotros conmigo como culpable de los temores y riesgos de la república, ansía despojarme á mí, por ahora, de este honor, y por siempre arrebataros á vosotros los loores. Pues si condenáis á éste[1] por no haber yo gobernado lo mejor posible, pareceréis vosotros culpados, no víctimas del rigor de la fortuna. Pero no pudo haber,

[1] Al autor del decreto.

haber no pudo tal culpa, oh hombres de Atenas, conjurándoseos en nombre de la libertad y la salud de todos, no, ¡por aquellos de los antepasados que en Maratón fueron de la república baluarte! ¡por los que en Platea batallaron! ¡los que por mar lidiaron en Salamina, en Artemisio, y otros muchos que en los monumentos públicos yacen, varones fuertes! á todos los cuales, juzgándolos igualmente dignos de tal honor, sepultó la república, Ésquines; y no á los afortunados entre ellos ni á los triunfadores solos. Justamente. Pues todos obra hicieron de hombres denodados, pero corrieron la suerte que asigna un dios á cada cual.

Después, oh maldito y escriturívoro, queriéndome tú defraudar en la honra y benevolencia de éstos, has hablado de trofeos, y batallas, y antiguas hazañas; de los cuales, ¿cuál hace á la presente contienda? Yo, oh farsante de tercera clase, cuando me presentaba á la patria como consejero de su grandeza, ¿con qué sentimientos debía subir á la tribuna? ¿Con indignos de éstos? Justamente se me hubiera matado; porque vosotros, oh hombres de Atenas, no habéis de juzgar con el mismo espíritu las causas particulares que las públicas: las de los negocios diarios de la vida, habéislas de apreciar según las leyes particulares y las costumbres: los asuntos comunes, mirando á la gloria de los antepasados. Y que juntamente con la vara y el voto se inviste de la majestad de la república, esto menester es que piense cada uno de vosotros, cuando vengáis á juzgar los intereses de la patria, si pretendéis llegar á proceder dignos de ella.

Tocando las acciones de vuestros mayores, hay decretos y hechos que he pasado por alto. Quiero, pues, volver al punto de donde hasta ellas me descaminé.

Cuando vinimos á Tebas, encontramos allí las embajadas de Filipo, de los tésalos y sus demás alianzas, y azorados á nuestros amigos: á los de aquél, altaneros. Y porque ahora no digo esto en obsequio mío, léeme la carta que entonces al punto enviamos los legados.

Pero éste á tal extremo llega de la calumnia que, si algo se consiguió, lo atribuye al favor de las circunstancias, no á mí; mas de cuanto se malogró, me hace responsable á mí y á la estrella mía. Por lo que se ve: yo, el consejero y orador de lo que, por la palabra y el consejo, se obtuvo, no parezco, según él, haber tenido en ello parte alguna; y de los reveses de armas y de guerra, ser yo el solo culpable. ¿Puede haber ningún calumniador más torpe ni maldito?—Lee la carta.

(Carta [1].)

Reunida la asamblea, fueron aquéllos, en razón de la alianza, presentados los primeros. Y levantándose peroraron al pueblo, ensalzando grandemente á Filipo y acusándoos grandemente á vosotros, rememorando todo cuanto alguna vez habíais hecho contra los tebanos. En suma, estimaron deber dar las gracias á Filipo de sus beneficios, y vengarse de vuestros ultrajes: una de estas dos cosas quieren: ó permitirles pasar hacia vosotros ó caer juntamente con ellos sobre el Ática. Notaban que, á su juicio, era consecuencia de este dictamen el afluir desde el Ática á la Beocia, ganados, esclavos, y los demás bienes; en tanto que lo era del nuestro, decían, el ser la Beocia devastada por la guerra. Y muchas otras cosas hablaban, todas ellas encaminadas á esto mismo. Lo que nosotros repusimos, diera yo toda mi vida por referirlo detalladamente; pero temo que vosotros, pasados ya los tiempos y creyendo arrebatada como por un diluvio aquella situación, consideréis

[1] Faltan este y todos los documentos siguientes.

inútil molestia el hablar de ella. Con todo, lo que les persuadimos nosotros y lo que ellos nos respondieron, escuchadlo. — Lee comenzando de allí.

(Mensaje de los tebanos.)

Después de esto, os llamaron y apremiaron. Fuisteis, socorrísteislos; y por no decir lo intermedio, tan confiadamente os recibieron que, estando fuera broqueleros y jinetes, acogieron el ejército en sus hogares y en la ciudad al lado de sus hijos, mujeres y mayores preseas. Sí; tres testimonios honoríficos, los más bellos de todos, diéronos en aquel día, á la faz de los hombres todos: uno, de valor; otro, de rectitud; de continencia, el tercero. Pues, prefiriendo hacer la guerra con vosotros á hacerla contra vosotros, juzgáronos mejores y de más recto espíritu que Filipo. Entregándoos lo suyo y lo que todos guardan con la mayor solicitud: hijos y mujeres, demostraron su fe en vuestra templanza. En todo lo cual, hombres de Atenas, manifestaron conoceros bien. Durante el tiempo que el ejército permaneció en la ciudad, nadie de nada, ni injustamente siquiera, os acusó: tan á raya os tuvisteis á vosotros mismos. Dos veces en los primeros combates que unidos con ellos peleasteis: el de las márgenes del río y el de invierno, no sólo os presentasteis intachables, sino dignos de admiración por la disciplina, pericia, pujanza. Á más, recibisteis de los otros alabanzas; de los vuestros, ofrendas y marchas triunfales á los dioses. Y yo tuviera placer en preguntar á Ésquines, si mientras esto se hacía y llena estaba la ciudad de entusiasmo, alborozo y aclamaciones, él también sacrificaba y se alegraba con las multitudes; ó si triste y suspirando y colérico por la prosperidad pública se estaba en su casa. Si pareció y se mostró entre los demás, ¿cómo no es reo de un crimen ó más bien de una impiedad, si lo mismo de que como lo mejor ponía á los dioses por testigos, quiere ahora que condenéis como lo no mejor vosotros que habéis jurado por los dioses? Si no pareció, ¿cómo no es digno mil veces de la muerte, si lo que regocijaba á los demás, á él, viéndolo, le afligía? — Léeme también los decretos.

(Decretos.)

Estábamos, pues, nosotros entonces en los sacrificios: los tebanos, creyendo haber sido salvados por nosotros. Habíanse trocado las cosas: los que parecían necesitados de socorro, por obra de éstos [1], ellos mismos auxiliaban, por obra mía. Pero qué voces dió entonces Filipo y en qué zozobras estuvo por esta causa: os lo enseñarán las cartas que envió al Peloponeso. — Cógelas y léemelas también, porque veáis lo que pudieron mi constancia, correrías, penalidades y frecuentes decretos, que ahora éste chifla.

Bien que entre vosotros, hombres de Atenas, ha habido muchos oradores ilustres y altos antes de mí: aquel Calístrato, Aristofonte, Céfalo, Trasíbulo y otros mil; sin embargo, nunca ninguno de ellos dióse para nada por siempre á la república: éste fué gobernante, no legado; aquél, legado, no gobernante. Consultaba cada uno de ellos no solamente su reposo, sino también, si algo salía mal, su irresponsabilidad. «¡Y qué!» dirá alguno, «¿tú eras bastante superior en fuerza y osadía para hacerlo todo por ti mismo?» No digo eso; sino habíame yo convencido de ser tan grande el riesgo súbito de la patria, que me pareció no se debía para nada tener en cuenta la propia seguridad, sino contentarse, tras de no haber excusado nada de lo que era necesario hacer. Y convencídome había, por lo tocante á mí mismo, aunque tal vez neciamente, de que, de-

[1] Los parciales de Ésquines.

cretando yo, nadie decretaba mejor, ni obrando, obraba, ni negociador, negociaba con mayor celo ni con rectitud mayor. Por esto ofrecíme á mí mismo para todo. — Lee las cartas de Filipo.

(Cartas.)

Á esto redujo á Filipo mi política, Ésquines: estas voces daba aquel que antes las daba soberbio tantas y tan altaneras contra la república. Por donde coronado fuí de éstos; y tú, presente, no te opusiste; y Diondas, el acusador, no obtuvo la parte de los votos. — Y léeme también estos decretos, que ni fueron entonces rechazados, ni atacados por éste.

(Decretos.)

Estos decretos, oh hombres de Atenas, contienen las mismas sílabas, las mismas palabras que las escritas antes por Aristónico y ahora por este Ctesifonte. Esto ni lo atacó Ésquines mismo, ni se aunó con el acusador; aunque entonces, caso de hacerme ahora cargos verdaderos, era más natural acusar á Demómeles, autor del decreto, y á Hipérides, que no á éste. ¿Por qué? Porque puede él invocar aquéllos, y las sentencias de los tribunales, y el no haber este mismo acusado á los que decretaron lo propio que éste ahora; y el no permitir las leyes acusar lo así practicado, y otras muchas cosas. Entonces hubiérase juzgado el mismo negocio en sí mismo, antes de ningún precedente tal. Mas no creo se pudiera hacer entonces lo que ahora: desenterrar, de viejos tiempos y balumba de decretos, lo que nadie ha previsto ni acaso imaginado se aduciría hoy; objetarlo y, trasegando tiempos, y cambiando, por mentidos, los verdaderos móviles de las acciones, parecer decir algo. No se podía tal hacer entonces; sino que, á la faz de la verdad, muy cerca de los hechos, fresca en vosotros su memoria, faltando sólo palpar cada cosa con la mano, hacíanse todos los juicios. Por esto, huyendo de acusar á raíz de los hechos, preséntase hoy creyendo, según me parece, que vosotros juzgáis una contienda de oradores, no una administración; discursos, no los intereses de la república.

Y sofística y dice que habéis de prescindir de la opinión preconcebida acerca de nosotros; y que así como, cuando creéis tener sobrante, examináis las cuentas y si están limpias, y nada sobra, os dais por satisfechos; así también juzguéis ahora según lo alegado. Mirad cuán feble se ve que es por naturaleza lo no hecho rectamente. Pues con este mismo sabio ejemplo suyo confiesa que por hoy nos acontece saber que yo hablo á favor de la patria, y él, de Filipo. Porque no trataría él de desengañaros en orden á la opinión acerca de nosotros dos. En verdad, que no dice lo justo, al pediros depongáis esta opinión, lo probaré fácilmente, y no con números — que no se aprecian así los hechos —, sino con la recordación somera de cada cosa; siendo mis jueces á la vez y mis testigos vosotros, que me oís.

La política mía, que éste acusa, hizo que, en vez de caer los tebanos con Filipo sobre nuestro territorio, como todos creían, se uniesen con nosotros para cohibir á aquél: hizo que, en vez de ser en el Ática la guerra, fuese á setecientos estadios de la ciudad en los confines de la Beocia: que, en vez de saquearnos y arrebatarnos, desde la Eubea, los piratas, estuviese en paz por el lado del mar el Ática, toda la guerra: que, en vez de ocupar el Helesponto Filipo, apoderándose de Bizancio, peleasen los bizantinos con nosotros contra aquél. ¿Si te parecerá semejante á cuenta la enumeración de las obras? ¿ó que es necesario cancelarlas: no ver cómo eternizarlas? Y no añado que la crueldad de Filipo, la cual verse puede doquiera que ha llegado á dominar él definitivamente, tocóles á los demás experimentarla:

á vosotros por fortuna coger los frutos de su benignidad, que aquél afectaba cubriendo con ella sus ulteriores designios. Pero esto lo omito.

Mas no reparo, á fe, en decir que, quien pretenda juzgar rectamente al orador y no calumniarle, no acusará lo que tú acabas de acusar, forjando símiles y remedando mi dicción y declamación — precisamente de esto ¿no lo ves? dependió la suerte de la Hélada: si dije esta palabra ó no la dije; si moví la mano acá ó no la moví —, sino mirará á las empresas mismas: qué réditos tenía la república y qué fuerzas cuando entré al gobierno, y cuáles le allegué mientras en él estuve yo; y cómo se hallaba el enemigo. Luego, si debilité sus fuerzas, probará mi delito: si mucho las acrecenté, no me acusará.

Pero ya que tú has rehuído hacerlo, yo lo haré; y veréis si digo la verdad.

Fuerzas eran de la república los isleños, no todos, sino los más desvalidos; pues ni Quíos, ni Rodas, ni Corcira estaban con nosotros: rentas tributarias, y exigidas anticipadamente, hasta cuarenta y cinco talentos: broquelero y jinete, fuera de los propios, ninguno. Y lo más temeroso de todo, y muchísimo más que el enemigo, era que éstos tenían á todos nuestros circunvecinos más cerca del odio á nosotros que de la amistad: á los megarenses, tebanos, eubeos. Tal estaba á la sazón la república; y ninguno podrá decir en contrario nada. Filipo, empero, con quien habíamos de luchar, ved cuál estaba. Lo primero, mandaba á los suyos él mismo, como autócrata; lo que en la guerra es el todo. Luego, ellos habían estado sobre las armas siempre. Después, abundaba en recursos, y hacía lo que quería, sin anunciarlo por decretos, sin deliberar en público, sin ser acusado de atentar contra las leyes, sin responsabilidad ante nadie: por sí y ante sí, dueño, árbitro, señor de todo. Yo, colocado en frente de él — que esto también considerarse debe — ¿de qué era dueño? De nada. El arengar mismo, desde luego, el único recurso mío, igualmente lo concedíais vosotros á los sobornados de aquél que á mí; y todo cuanto prevalecían contra mí — lo que era frecuente, según el pretexto que ocurría á cada cual — todo eso concluíais vosotros por decretarlo á favor del enemigo. Sin embargo, entre tantas desventajas, yo hice aliados vuestros á eubeos, aquivos, corintios, tebanos, megarenses, leucadios, corcirenses; de los cuales juntáronse quince mil soldados[1] y dos mil jinetes, sin contar las fuerzas de la ciudad; y contribuciones impuse, las mayores que pude. Y si hablas de las imposiciones á los tebanos, Ésquines, ó de las á los bizantinos, ó á los eubeos, ó si platicas ahora de cosas parecidas; lo primero, ignoras que también antes, cuando por los helenos combatieron aquellas naves, siendo en todo trescientas, doscientas suministró la república; y no se la vió creerse dañada, ni juzgar á quien tal le aconsejaron, ni airarse contra ellos — ignominia hubiera sido —; sino dar gracias á los dioses, si, cercados de común peligro los helenos, suministró ella el doble que los demás, por la salud de todos. Después, con vacías gracias intentas congraciarte con éstos, acusándome á mí. Pues, ¿á qué dices ahora lo que se debió hacer, y entonces, hallándote en la ciudad y presente, no lo decretaste, si era dado en aquellos tiempos cuando, no á lo que queríamos, sino á lo que las circunstancias permitían, nos hubimos de amoldar? Estaba allí el rematante, pronto á acoger los que nosotros desechásemos y apercibido para comprarlos.

[1] = á sueldo.

Pero, si hoy se me acusa por lo que hice, ¿qué creéis, si, cavilando yo acerca de esto, se nos hubiesen ido las ciudades y entregádose á Filipo y hubiera quedado él á la vez señor de Eubea, y Tebas, y Bizancio, qué harían ó qué dirían los impíos hombres aquestos? ¿No dirían que fueron abandonadas? ¿que rechazadas fueron, queriendo ellas estar con nosotros? ¿No dirían luego también que por los bizantinos se había apoderado del Helesponto? ¿que una guerra vecina y calamitosa se había acarreado al Ática por los tebanos? ¿que innavegable se había vuelto por los piratas, desde Eubea, la mar? ¿No hubieran dicho esto y mucho más? Cosa bellaca, oh hombres de Atenas, bellaca cosa es el sicofanta siempre, y chocarrera y censuradora maníaca. Esto y raposo nato es este hombrezuelo, que en su vida nada ha hecho bueno ni de hombre libre, mono nativamente cómico, agreste Enomao, orador contrahecho. ¿En qué ha servido á la patria tu locuacidad? ¿Ahora nos hablas de lo que pasó? como si un médico, viniendo á enfermos graves, no les dijese ni mostrase cómo escapar de la enfermedad, y cuando alguno de ellos estuviese muerto, y haciéndosele el funeral, acompañándolo aquél á la tumba, dijera: «Si esto ó aquello hubiese hecho este hombre, no habría muerto.» ¡Atronado! ¿ahora nos vienes con esto?

Ni en el desastre mismo[1] — con que pavoneas, debiendo gemir por él, ¡oh maldito! — hallaréis nada mío que lo acarreara á la república. Así reflexionad: Jamás, de parte alguna adonde me habéis vosotros enviado mensajero á mí, he vuelto vencido por las embajadas de Filipo: no de Tesalia, no de Ambracia, no de Iliria, no de cerca de los reyes traces, no de Bizancio, no de otra ninguna parte; no de Tebas, por fin; sino que, donde sus legados eran vencidos por la palabra, venía él á derribar con las armas. ¿De esto, pues, me pides cuenta, y no te ruborizas de pedir al mismo que motejas de afeminado, supere de solo á solo el poder de Filipo? ¿Y esto con palabras? ¿Pues de qué otra cosa disponía yo? No del alma de cada uno, ni de la fortuna de los combatientes, ni de las operaciones militares, de que me haces responsable: tan torpe eres. Pero de lo que el orador puede responder, tómame estrecha cuenta: no la esquivo. ¿Qué es ello? Ver los sucesos en su principio, preverlos, predecirlos. He aquí lo que hice yo. Á más, las lentitudes, vacilaciones, ignorancias, contiendas: vicios políticos inherentes, necesarios en todas las democracias: todo esto reducirlo á sus menores proporciones; y por el contrario, exhortar é impulsar á la concordia, la benevolencia, al cumplimiento del deber. Y todo esto lo he hecho yo; y nadie hallará jamás ninguna omisión mía voluntaria. Si preguntase, pues, alguien á alguno con qué dió cima Filipo á las más de sus empresas, todos dirían que con el ejército y el dar y corromper á los gobernantes. Á la verdad, de ejércitos no he sido ni señor ni jefe yo. De lo que se hizo no soy, por lo mismo, responsable yo. Además, con no venderme, vencí á Filipo. Pues, así como el sobornador vence al sobornado, así el que no se vende, vence al comprador. De suerte que invicta fué la república en cuanto dependió de mí.

Lo que he aducido á favor de la justicia del decreto que éste escribió acerca de mí, corrobórase con otras muchas razones semejantes. Pero lo que todos vosotros sabéis, eso voy á decirlo. Luego después de la batalla,

[1] De Queronea.

el pueblo, sabedor y testigo de todo cuanto había hecho yo, en medio de los infortunios mismos y terrores, cuando no hubiera sido extraño algún mal proceder de la muchedumbre para conmigo, ejecutó, primeramente, los consejos míos en orden á la salvación de la república, y todo cuanto se refería á su custodia: la colocación de las centinelas, los fosos, subsidios para los muros, hízose por decretos míos. Además, eligióme, entre todos, proveedor de víveres el pueblo. Y después de esto, conjurándose en mi contra hombres que dieran en hacerme mal; acusándome de atentados contra las leyes, de responsabilidades, de lesa patria, de todo esto, no por sí mismos al principio sino por quien esperaban mejor ocultarse — sabéis, á no dudarlo, y recordáis que en los primeros tiempos, día á día, juzgado era yo y que ni la avilantez de Sosicles, ni la lengua viperina de Filócrates, ni el furor de Diondas y Melanto, ni otra cosa alguna dejaban éstos de mover contra mí — de todo, por los dioses en primer lugar y luego por vosotros y los demás atenienses, fuí salvado. Justamente; porque es la verdad, y propio es ello de jueces jurados y fieles al juramento. Luego, con absolverme vosotros de lesa patria y no dar á los acusadores la parte de los votos, resolvíais que obraba yo lo mejor posible: absuelto de los atentados, mostrábame yo haber decretado y hablado legalmente: ratificándome vosotros las cuentas, declarabais haber yo en todo procedido justamente é incorruptiblemente. Siendo esto, por lo tanto, así, ¿qué nombre debía Ctesifonte dar á mis acciones? ¿no el que veía les daba el pueblo? ¿no el que los jueces? ¿no el que la verdad confirmada por todos?

«Cierto», dice; «pero lo hermoso es lo de Céfalo: el no haber sido jamás acusado.» Sí, ¡vive Júpiter! dicha á lo menos. Pero el que muchas veces ha sido absuelto, sin nunca jamás ser tachado de nada, ¿merecerá precisamente por esto alguna tacha? Aunque enfrente de éste al menos, oh hombres de Atenas, puedo reclamar la gloria de Céfalo para mí. Pues ninguna acusación ha escrito ni proseguido él nunca en contra mía. De modo que tú mismo confiesas no ser yo un ciudadano absolutamente inferior á Céfalo.

Dondequiera verse puede su necedad y chocarrería; no lo menos, donde ha hablado acerca de la fortuna. Yo de todo en todo estupidez lo creo el que un hombre, siéndolo, achaque al hombre su fortuna. Pues, no sabiendo el que cree obrar con la mayor rectitud, si la mejor que le pareciere tener, le ha de durar así hasta la tarde, ¿cómo ha de hablar de ella? ¿cómo dar á otro en rostro con ella? Pero, ya que éste, fuera de otras muchas cosas, ha hablado también de éstas con arrogancia, ved, oh hombres de Atenas, y mirad cuánto más verdadero y humano que éste, hablaré yo de la fortuna. Yo por buena tengo la fortuna de la república, y veo que así también nos lo asegura el oráculo de Jove Dodoneo. Y por dura tengo y triste hoy en día la de todos los otros pueblos. ¿Cuál de los griegos, ó cuál de los bárbaros no ha experimentado al presente muchos males?

Pero el haber tenido las más altas aspiraciones y obrado mejor que aquellos helenos para quien la felicidad consistía en prescindir de nosotros: eso llamo la buena fortuna de la república. El fracasar y el no salir siempre con nuestros propósitos, eso lo creo la parte que á la república le ha tocado en la suerte común á los otros hombres. La fortuna propia mía y de cada uno de nosotros, justo creo apreciarla por lo personal. Yo así pienso de la fortuna, recta y justamente,

según me parece; y creo que también vosotros. Éste, empero, dice que la fortuna individual mía supera á la de la patria: la pequeña y mezquina, á la noble y grande. ¿Cómo puede esto suceder?

En realidad de verdad, si porfías, Ésquines, por examinar mi fortuna, mira á la tuya, y si hallares ser la mía mejor que ella, cesa de baldonarla. Mira pues, de luego á luego, los principios. Y ¡por Júpiter! que ninguno me achaque estolidez ninguna. Yo no creo esté en su juicio quien escarnece á la pobreza, ni quien se ensalza por haberse criado en la opulencia. Pero las injurias y calumnia de este cargante me fuerzan á dar en estas palabras; las cuales, según el caso, haré sean lo más moderadas que pueda.

Cúpome desde niño, Ésquines, frecuentar honestas escuelas, y tener lo bastante para no hacer, por indigencia, nada bajo. Saliendo de la niñez, continué en lo empezado: fuí corifeo, trierarca, contribuyente, á ninguna ambición privada ni pública ajeno, consagrado á la utilidad de la patria y de los amigos. Cuando me pareció ir á los negocios del Estado, política tal hice que por la república y por otros helenos muchos muchas veces fuí coronado; y que ni vosotros, los enemigos, intentasteis denigrar como menos nobles mis empresas. Y con tal fortuna siempre he vivido. Y acerca de ella muchas otras cosas tendría que hablar. Pero las silencio, guardándome de no herir á nadie con mi gloria.

Pero tú, glorioso varón, que á los demás escupes, mira en mi fortuna cómo ha sido la tuya; por la que, cuando niño, te criaste en mucha miseria, ayudando, junto con tu padre, en el aula: moliendo tinta, esponjeando bancos, barriendo la escuela; quehaceres de esclavo, no de niño libre. Ya hombre, leyendo las fórmulas á tu madre, la iniciadora[1], y ayudándola en lo demás: por la noche cervateando[2], libando; purificando á los iniciados; limpiándolos con barro y salvado; alzándote de la purificación y haciéndolos decir: «Huí del mal: el bien hallé»; alardeando de no haber nunca jamás nadie aullado tan ferozmente — también yo lo creo; no penséis que, siendo como es, tan canoro hablador, no sea aullador maravilloso. En el día, conduciendo por los caminos á ese lindo enjambre de bacantes; á los coronados con hinojo y pobo; apretando sierpes bazas y levantándolas sobre la cabeza y gritando: *¡evohé, sabohé!*[3] y danzando al: *¡hýes, attes! ¡attes, hýes!*[4] y proclamado por las vejezuelas *ductor, primer danzante*[5], *portacaja*[6], *portacesta*[7], y por el estilo; recibiendo en paga, tortas, roscas, buñuelos. Por todo lo cual, ¿quién no le declarará dichoso y dichosa su fortuna? Cuando entre los plebeyos se te inscribió de cualquier manera — paso esto por alto — cuando se te inscribió, digo — luego diré la más gloriosa de tus obras —, plumario fuiste y ministril de empleadillos. Cuando saliste, por fin, también de esto, haciendo tú mismo cuanto recriminas á otros, no avergonzaste, ¡vive Júpiter! con tu vida posterior ninguno de tus méritos anteriores, sino que te ajustaste como actor tercero con Símilo y Sócrates, aquellos farsantes llamados los lamentadores, recolectando, á guisa de arrendatario de frutos, desde cercado ajeno, higos, uvas, aceitunas; y recogiendo así más que en las luchas teatrales donde luchabais por el alma. Pues

[1] En los misterios. [2] Llevar piel de cervato. [3] = *¡viva Baco!*
[4] = *¡Júpiter!* (*Iupiter pluvius*, autor de la lluvia); *attes:* sacerdotes de la Ceres frigia.
[5] Cuya danza seguían los demás. [6] Caja sagrada de la divinidad.
[7] Cesta en que se ofrendaban á la deidad los primeros frutos de los campos.

teníais guerra incondicional é implacable con los espectadores. Y como recibieras de ellos muchas cuchilladas, motejas naturalmente de cobardes á los no avezados á semejantes lances.

Quiero preterir lo que achacarse pudiera á la indigencia, para ocuparme ya en tu mala índole.

De tal modo te condujiste como político — á ello también un buen día se te antojó meterte —, que, prosperando la patria, vivías la vida de la liebre, tímido y temblando y aguardando por momentos los azotes que tu conciencia te decía merecer tus maldades. Infortunados, empero, los demás, arrogante por ello te veían todos. Pues bien, el que se envalentonaba con la muerte de miles de ciudadanos, ¿qué debe éste padecer de los vivos?

Otras muchas cosas tendría que decir de él. Pero las omitiré. No todo lo torpe y afrentoso hecho por éste, creo poderlo manifestar con el corazón ligero; sino solamente lo que sin mengua puedo decir yo.

Coteja, pues, una con otra, tu vida con la mía, mansamente, no rabiosamente, Ésquines; y pregunta luego á éstos cuál de las dos fortunas elegiría cada uno. Enseñabas á leer [1]: yo aprendía. Iniciabas: yo me iniciaba. Escribías: yo arengaba. Malfarsabas: yo miraba. Fracasabas: yo silbaba. Toda tu política era en pro del enemigo: la mía en pro de la patria. Dejo lo demás; — pero ahora, hoy mismo, á mí se me adjudica la corona y unánimes declaran que ni en lo más mínimo he delinquido; y tú te muestras calumniador y estás en la disyuntiva: ó de permitírsete seguir siéndolo, ó de hacérsete ya cesar, si no obtuvieres la quinta parte de los votos. Con esa fortuna noble — ¿no lo ves? — que has vivido, acriminas la mía.

Ea, os leeré también los testimonios de los cargos públicos de que me encargué: lee tú á tu vez, al mismo tiempo, las palabras que estropeabas:

«Á las moradas hondas de los muertos
Vengo, y de las tinieblas á las puertas»;

y:

«Sabe que á mi pesar anuncio males»;

y á ti, malvado, malamente y en primer lugar, piérdante los dioses y luego todos éstos, por perverso ciudadano y mal farsante. — Lee los testimonios.

(Testimonios.)

En mi vida pública, he aquí cómo he sido. En la privada, si no me habéis visto todos afable, benévolo y socorredor de necesitados, callo y no digo nada más, ni presento á favor de esto un solo testimonio, ni de cómo he rescatado prisioneros, ni de cómo ayudado á dotar doncellas núbiles, ni de nada semejante. Pues siempre así lo he pensado: Yo opino que el favorecido ha de recordarlo en todo tiempo, y el bienhechor al punto olvidarlo; si aquél quiere hacer obra de hombre de bien, y éste no de alma pequeña. El rememorar los beneficios particulares y hablar de ellos, da casi tanto como afrentar. No haré yo tal, no; ni se me arrastrará á ello; sino que, piénsese al respecto como se quiera, por contento me doy.

Pero, dejando aparte lo personal, quiero todavía hablaros unas pocas palabras acerca de lo público.

Si aciertas, Ésquines, á nombrar un solo hombre debajo de este sol, ó heleno ó bárbaro, que no se haya resentido del poder, primeramente de Filipo y ahora de Alejandro; enhorabuena: convengo en que mi llámese fortuna ó infortunio sea culpable de todo. Pero, si mucho y terriblemente han sufrido muchos que jamás por jamás ni me han visto ni oído mi voz, y no ellos solos sino ciudades enteras y pueblos, ¡cuánto más justo y

[1] Oficio propio de esclavos.

verdadero no parece atribuir la causa de esto á la común fortuna de los hombres y á cierta corriente impetuosa é inesperada de los acontecimientos! Tú, empero, prescindiendo de esto, me haces responsable á mí, por haber yo gobernado á la sazón; y eso, sabiendo tú que, si no todas tus recriminaciones, parte al menos de ellas recae sobre todos, y en primer término, sobre ti. Pues, si yo hubiera gobernado como autócrata, podríais los demás oradores culparme á mí. Pero, si asistíais á todas las asambleas; si deliberaba siempre abiertamente la república sobre sus intereses; si lo que se acordaba, parecía lo mejor á todos, y en primer lugar á ti — que no por benevolencia me cedías esperanzas, gloria, honores: todo lo cual ganaba entonces mi conducta, sino que te aplastaba á todas luces la verdad y porque no tenías nada mejor que proponer, ¿cómo no prevaricas y atentas, acriminando ahora aquello en cuyo lugar entonces no tenías nada mejor que proponer. Por todos los demás hombres veo yo establecido y sancionado algo como esto: ¿Delinque alguno voluntariamente? Ira y castigo para él. ¿Faltó involuntariamente? Perdón, en vez de castigo, para ése. ¿No delinquió ni faltó sino que, entregándose á lo que todos conceptuaban el bien público, fracasó junto con todos? Á ése ni recriminar es justo ni ultrajarle, sino condolerse con él. Se verá que todo esto no lo establecen sólo las legislaciones, mas también la naturaleza misma con sus leyes no escritas y los sentimientos humanos. Ésquines, de consiguiente, ha sobrepujado tanto á los hombres todos en inhumanidad y calumnia, que me ha acusado aun de lo que él mismo calificó de infortunios.

Á más, como si sencilla y benévolamente hubiera él siempre hablado, advierte desconfiar y guardarse de mí, porque yo no engañe ni alucine, llamándome facundo, embaidor y sofista; como si, por adelantarse cualquiera en poner á otro sus propias faltas, las tuviese también; y los que le oyen no miraran ya quién es el que tal dice. Yo sé que conocéis á éste todos, y que estáis persuadidos de convenirle á él mucho más que á mí aquello. Y esto asimismo lo sé bien: que la facundia mía — séalo enhorabuena. Aunque yo veo á los oyentes ser dueños de lo más del poder oratorio; pues, según la benevolencia con que vosotros acogéis y tratáis á cada orador, así aparece pensando. — Dado, pues, que yo también tenga algo de tal habilidad, hallaréis todos haberla yo empleado siempre en los negocios públicos á favor de vosotros: jamás, ni en la vida privada, contra vosotros; éste empero, por el contrario, no sólo á favor de los enemigos, sino también, si alguno le molestaba ó de cualquier suerte le ofendía, contra éstos. Porque ni justamente se ha servido de ella ni en pro de la república. Ni la ira, ni la enemistad, ni nada semejante ha de pretender el ciudadano de bien que le confirmen los jueces, á quienes traen acá los intereses públicos; ni ha de acudir á vosotros, movido de aquellas cosas; sino antes, no las tenga dentro de su naturaleza, y si no puede, téngalas tranquila y moderadamente postradas. ¿En qué, pues, han de ser vehementes el político y el orador? En lo que hace peligrar de algún modo la vida misma de la república; y en lo que afecta al pueblo contra sus enemigos: en esto: esto es propio del generoso y buen ciudadano. Pero, tras de no haberme acusado jamás de ningún crimen político y, puedo añadir, privado, ni contra la república ni contra ninguno de ellos; venir á forjar acusación en contra de mi corona y gloria y derrochar tanta palabra, signo es de enemistad personal, envidia, alma baja: de nada

bueno. Pero el desentenderse de la contienda conmigo mismo, para venir ahora sobre éste [1], es el colmo de la maldad. Por lo cual creo, Ésquines, que has promovido esta disputa para hacer ostentación de arte oratoria y declamación, no para el castigo de delito alguno. Es la presea del orador, Ésquines, no la palabra ni la intención de la voz; sino que el pueblo elija lo mismo, y aborrezca y ame los mismos que la patria. Quien así tiene el alma, ése con benevolencia todo lo dice. Quien, empero, sirve á aquellos de quienes la república prevé algún peligro para sí, no tiende á lo mismo que el pueblo; no cifra, de consiguiente, su seguridad en lo que él. Pero — ¿no ves? — yo: lo útil á éstos, eso mismo he buscado; nada singular ni propio. ¿Por ventura tú tampoco? ¿Cómo? ¿Tú, que luego después de la batalla fuiste como legado á Filipo, el culpable de todas las desgracias de aquellos tiempos, ante la patria; y esto, que en todos los tiempos anteriores habías rehusado tal servicio, como todos saben? Á fe, ¿quién es el que engañó á la ciudad? ¿No quien hablaba lo que no sentía? ¿Para quién son verdaderamente las maldiciones del heraldo? ¿No para uno tal? ¿Qué mayor iniquidad puede cometer en la tribuna un hombre, como orador, que no decir lo que siente? Tú así eres: cogido estás. Y tú, ¿á hablar, á mirar te atreves al rostro de éstos? ¿Qué, piensas no saben ellos quién eres? ¿Ó que en tanto letargo están sumidos todos que no recuerden cómo, arengando en la guerra, imprecabas y jurabas que nada tenías con Filipo, y que yo te culpaba de ello por odio y calumniosamente? Pero, al primer anuncio de la batalla, confesástelo, olvidado de todo, y pretendiste ser amigo y huésped de él, empleando tales palabras por la de *vendido*. ¿Por qué razón de equidad ó justicia sería Ésquines, el hijo de la atabalera, huésped, amigo, ó conocido de Filipo? Yo no la veo; sino que eras sobornado de él para arruinar los intereses de éstos. Y sin embargo, convicto tú tan claramente de traidor y confeso en los infortunios, me injurias y acusas de lo que más culpables hallarás á todos.

Cosas muchas y grandes y bellas ha emprendido la república, Ésquines, y realizado por mí; de las cuales no se ha olvidado. ¿La prueba? Cuando el pueblo eligió al que debía hablar de los muertos en esos mismos infortunios, no te eligió, á pesar de lo canoro que eres, á ti, propuesto para ello, ni á Démades, que acababa de ajustar la paz, ni á Hegemón, ni á ningún otro de vosotros; sino á mí. Y viniendo tú y Pitocles inhumanos y desvergonzados, ¡oh Jove y dioses! y acusándome de lo mismo que ahora tú, y befándome, más bien me eligió. La causa no la ignoras; con todo te la diré también yo. Lo uno y lo otro sabían éstos: mi benevolencia y el celo con que había obrado yo mis obras; y vuestra iniquidad. Pues lo que, prósperas las cosas, negabais jurando, eso, sucumbida la patria, lo confesabais. Así, á los que con las desgracias públicas se levantaban, consideráronlos como enemigos antiguos, aunque entonces sólo desenmascarados. Á más, parecióles también convenir al que hablase de los muertos y ensalzase su virtud, no haber sido ni cohabitante ni comensal de los que ellos con las armas combatieron; ni haber allá banqueteado y cantado, sobre los infortunios de los helenos, con sus victimarios; para venir á ser aquí honrado; ni fingir con la voz llorar su suerte; sino en el alma compadecerse de ellos. Y esto viéronlo en sí propios y en mí: en vosotros, no. Por

[1] Ctesifonte.

esto, á mí me eligieron; no á vosotros. Y no se condujo el pueblo de esta manera, y de otra los padres y hermanos de las víctimas, designados por el pueblo para los funerales; sino que, habiendo de hacer ellos en casa del pariente más inmediato de los muertos el convite fúnebre y lo restante que manda la costumbre, hiciéronlo en la mía. Con razón; pues, por la naturaleza, más cerca estaba cada uno de cada uno que no de mí: por la patria, empero, nadie más cerca de todos. Quien más se distinguió en salvar á aquéllos y prosperarlos; ése también, tras de padecer ellos lo que ojalá no padecieran, toca la mayor parte del luto por todos.

Léele también la inscripción que, de parte del pueblo, mandó la república escribirles; para que te veas, Ésquines, en esta misma, á ti propio ignorante, sicofanta é inmundo.

(Epitafio.)

«Éstos, sirviendo á la patria cogieron, blandieron las armas;
Y la enemiga altivez | ellos pudieron romper.
Fuertes, terribles lucharon: sus almas salvar no pudieron,
Y designaron por juez | de su valor á Plutón: —
Por los helenos: coyunda servil no quisieron llevaran,
Hórrida, ni á su redor | el insolente mandar.
Guarda en su seno la tierra paterna los cuerpos de aquestos
Héroes sin par: es la ley | puesta por Jove al mortal.
Nunca faltar es de dioses y todo lograrlo en la vida:
De la fortuna á rehuir | nadie jamás acertó.»

¿Oyes, Ésquines, por aquí mismo, cómo

«Nunca faltar es de dioses y todo lograrlo»?

No al gobernante atribuye el poder de prosperar á los guerreros, mas á los dioses. ¿Qué, pues, oh maldito, me ultrajas por esto y dices lo que los dioses quieran recaiga sobre tu cabeza y la de los tuyos?

Entre las muchas y diversas cosas, oh hombres de Atenas, que me recrimina y remiente, asómbrame sobre todo que, recordando las desventuras públicas de entonces, no tuviera espíritu cual de ciudadano benévolo y justo, ni llorase ni sufriese nada como lloro dentro del alma. Antes bien, gritando alborozado y vociferando, creyó acusarme, claro está, pero dió testimonio contra sí mismo de no participar en nada de la general tristeza. Quien es celoso, como éste protesta ser, de las leyes y del gobierno, bien que nada más haga, una cosa al menos ha de hacer: entristecerse de lo mismo y alegrarse de lo mismo que el pueblo; y no, por política, sentar plaza en el campo enemigo. Lo cual tú ahora claramente has manifestado haber hecho, diciendo y repitiendo que soy culpable de todo y que por mi política ha entrado en situación angustiosa la patria; siendo así que vosotros principiasteis no con mi gobierno ni por consejo mío á socorrer á los helenos; que si me concedieseis haber vosotros resistido por mí á la dominación que se levantaba contra los helenos, me concederíais una honra mayor que cuantas habéis concedido á los demás. Pero no diré yo tal — sería agraviaros —, ni vosotros, bien sé yo, lo sufrierais; ni éste, si su proceder fuese bueno, ajara ni calumniara las mayores de vuestras glorias.

Pero ¿qué impugno esto, cuando cosas mucho más horrendas me recrimina y remiente? Pues quien á mí me acusa de *filipismo*, ¡oh tierra y dioses! ¿qué no es capaz ése de decir? Y bien, ¡viven Hércules y todos los dioses! si,

según la verdad y quitando de enmedio el calumniar y todo el hablar por odio, se hubiese de inquirir quiénes son en realidad de verdad aquellos sobre cuya cabeza harían todos natural y justamente recaer la culpa de la situación, hallaríase, en cada una de las ciudades, ser los semejantes á éste, no á mí. Quienes, cuando era pequeño y poco menos que nulo el poder de Filipo, y cuando nosotros á menudo advertíamos, proponíamos, aconsejábamos lo mejor, vendían con torpe codicia los intereses de todos, engañando primero cada cual á sus conciudadanos y corrompiéndolos hasta hacerlos esclavos: á los tésalos, Dasco, Cíneas, Trasidao; á los árcades, Cércidas, Jerónimo, Eucámpidas; á los argivos, Mirtis, Telédamo, Mnáseas; á los eleos, Euxiteo, Cleótimo, Aristecmo; á los mesenios, los hijos de Filíades, maldito de los dioses: Neón y Trasíloco; á los sicionios, Arístrato, Epícares; á los corintios, Dinarco, Demáreto; á los megarenses, Ptoyodoro, Elixo, Perilao; á los tebanos, Tímolas, Teogitón, Anemetas; á los eubeos, Hiparco, Clitarco, Sosístrato. Faltárame el día, nombrando traidores. Todos éstos, oh hombres de Atenas, son, cada cual en su tierra, de los mismos propósitos que éstos, aquí: gentes inmundas, parásitas, malhechoras, matadores cada uno de su propia patria; que propinaron la libertad, primero á Filipo, ahora á Alejandro, y que por el vientre y las mayores abominaciones miden la ventura, tras derribar la libertad y el no tener amo; lo que para los antiguos helenos era el límite y la ley de la dicha.

De esta tan repugnante é infame conspiración é iniquidad, ó por mejor y no neciamente decir, traición de la libertad de los helenos, es inocente ante los hombres todos la república en su gobierno, y yo ante vosotros. ¿Y me preguntas por qué virtud merezco ser ensalzado? Yo te lo diré: porque, corrompidos todos los gobernantes de los griegos, comenzando por ti, primero de Filipo y ahora de Alejandro, á mí ni la ocasión, ni blandura de palabras, ni grandeza de promesas, ni esperanza, ni temor, ni otra cosa alguna, ni me levantó ni me indujo á traicionar nada de lo que yo reputaba justo y provechoso para la patria. Ni cuanto alguna vez deliberé con éstos, lo deliberé como vosotros: á manera de balanza inclinada al lucro; sino con el alma recta, justa, incorruptible. Y solo yo al frente de los mayores negocios humanos, todo lo dirigí provechosa y justamente. Por esto merezco ser ensalzado. Ese amurallamiento con que me zahieres y esa fosadura, dignos de gratitud y de alabanza los conceptúo. ¿Y cómo no? aunque los pospongo ciertamente á mis demás obras gubernativas. No con piedras he murado ni con ladrillos la ciudad yo; ni creería ésta la mayor de mis obras. Pero, si quisieres considerar bien mi amurallamiento, hallarás armas, y ciudades, y tierras, y puertos, y navíos, y bridones, y las fuerzas amparadoras de la patria. Tales baluartes he dado yo al Ática, hasta donde la reflexión humana lo ha permitido. Así he murado yo la comarca; no el ámbito del Pireo ni el de la ciudad. Ni fuí yo vencido por las emboscadas de Filipo, ni con mucho, ni por sus fuerzas militares; fuéronlo por la fortuna los caudillos y las tropas de los aliados. ¿Las pruebas de esto? Claras son y evidentes. Mirad.

¿Qué debía hacer el buen ciudadano? ¿qué el gobernante, atento con toda previsión, celo, justicia, á los intereses de la patria? ¿No debía, del lado de la mar, poner la Eubea por salvaguardia del Ática? ¿por la parte mediterránea, la Boecia? ¿por la de las regiones peloponesíacas, sus vecinos?

¿no asegurar, hasta el Pireo, la vía del abastecimiento? ¿salvar las repúblicas amigas enviándoles socorros y proponiéndolos y decretándolos: el Proconeso, el Quersoneso y Tínedos? ¿hacer amigos y aliados nuestros á Bizancio, Abidos, Eubea? ¿quitar al enemigo sus mayores fuerzas, y dar á la república lo que le faltaba? Todo esto se consiguió por medio de mis decretos y de mi gobierno. Y si estos dictámenes, oh hombres de Atenas, se quisieren sin envidia examinar, se hallará que son rectos y ejecutados con toda justicia; que no desaproveché, ni desconocí ni desperdicié ocasión alguna; y que nada omití de cuanto está en la mano y al alcance de un hombre solo. Que si el poder de un numen ó de la fortuna, ó la inepcia de los caudillos, ó la perversidad de los traidores de la república vuestra, ó todo esto dañólo todo hasta derribarlo, ¿qué culpa tiene Demóstenes? Si tal como yo entre vosotros he guardado mi puesto, hubiéralo guardado en cada una de las ciudades helenas un solo hombre — ¿qué digo? si un hombre solo hubiese tenido la Tesalia y uno solo la Arcadia, que pensasen como yo, nadie, ni aquende las Termópilas ni allende, padeciera los actuales infortunios; sino que libres todos é independientes con tranquilidad omnímoda y seguros en su ventura habitaran la propia patria; agradeciendo tamaños y tantos bienes á vosotros y á los demás atenienses, merced á mí. Y para que veáis cómo son muy inferiores á los hechos las palabras, que, temeroso de la envidia, he empleado, léeme esto, y cogiéndolo, recita.

(Lista de los socorros.)

Éstas y cosas como éstas, Ésquines, obrar debe el ciudadano de bien. Las cuales si se hubieran logrado, seríamos sin duda alguna los más grandes de todos; y lo seríamos además con justicia. Pero, ya que el resultado fué muy otro, resta al menos el honor y el no vituperar nadie á la república ni sus designios, sino increpar á la fortuna, la cual así dispuso los sucesos; no abandonar, no ¡vive Júpiter! los intereses de la patria; no venderse á los enemigos, presentándoles, en contra de la república, ocasiones favorables; no vilipendiar al que toma sobre sí el hablar y decretar cosas dignas de la patria y perseverar en ello; ni, si alguien hubiere hecho personal ofensa, recordarla y guardarla; ni ociar inicua y corrompidamente, como lo haces tú á menudo. Hay ciertamente, hay un ocio justo y provechoso á la república, en que vivís sencillamente vosotros, los más de los ciudadanos. Pero no es tal el ocio de éste; muy lejos está de serlo; sino que, retirándose de la política, cuando le parece — y muchas veces le parece —, aguarda á que os hastiéis del que sin cesar os habla, ó que ocurra algún revés de fortuna, ú otro contratiempo — tantos como hay y tan propios del hombre. Entonces, asiendo de la ocasión, súbitamente surge del ocio, como el viento; y voceando y recogiendo palabras y razones, las enhebra sonoramente, sin respirar, sin ganancia alguna, sin la menor utilidad, con daño para el individuo y vergüenza para la república. Y bien, si este ejercicio y diligencia, Ésquines, naciese de un alma recta y deseosa del bien de la patria, debieran ser generosos y bellos sus frutos y útiles á todos: alianzas de ciudades, fuentes de riquezas, adquisición de emporios, establecimiento de leyes provechosas, valladares contra cualquiera sindicado de enemigo. Todo esto buscábase en los pasados tiempos; y ocasiones muchas ha presentado esta última época al hombre de bien; en ninguna de las cuales pareciste ni el primero, ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto, ni el quinto, ni el sexto, ni nunca; nunca jamás, cuando se trataba de prosperar á la patria. ¿Qué aliado, en

efecto, ganó por ti la patria? ¿Qué sostén y logro de benevolencia ó de gloria? ¿Qué embajada? ¿Qué ministerio por donde haya acrecentado su esplendor la república? ¿Qué negocio nuestro, ó heleno, ó de los aliados, en el que hayas entendido, se enderezó por ti? ¿cuáles navíos? ¿cuáles armas? ¿qué arsenales? ¿qué reparación de muros? ¿qué caballería? ¿En qué de todo has sido útil tú? ¿Qué socorro político y privado te deben á ti los poderosos ó los menesterosos? Ninguno. — «Pero, oh amigo mío, si nada de esto, benevolencia al menos y el buen deseo.» — ¿Dónde? ¿Cuándo? el que, oh malvado sin segundo, ni cuando todos aquellos que han despegado alguna vez los labios en la tribuna, han erogado de suyo para la salvación común, y en estos últimos tiempos Aristonico lo reunido para su multa, ni presentaste ni diste nada; no de pobre — ¿ni cómo? si habías heredado de tu cuñado Filón una fortuna de más de cinco talentos, y obtenido dos como donativo común de los jefes de las tribus, para derribar la ley trierárquica [1]. Pero á fin de que una palabra no me lleve á otra palabra y me desvíe de mi propósito, pasaré esto por alto. Mas, que no de pobre dejaste de dar, se ve claro por aquí; sino para no ir en contra de aquellos á quienes favorecía toda tu política. ¿En qué, pues, eres hombre tú, y cuándo grande? Cuando hay algo contra éstos, entonces eres grandilocuentísimo, memoriosísimo, incomparable cómico, un trágico Teocrines [2].

Luego recuerdas á los grandes varones de los pasados tiempos. Y haces muy bien. Pero no es justo, hombres de Atenas, que, preocupando él vuestra benevolencia para con los muertos, me examine y compare con ellos á mí, que vivo todavía entre vosotros. Pues, ¿quién de todos no sabe que cuantos viven, sujetos están, cuál más, cuál menos, á la envidia; y que á los muertos no los aborrece ya nadie ni de sus enemigos? Y siendo esto naturalmente así, ¿se me habrá de aquilatar y parangonar á mí ahora con ellos? Jamás: ni justicia ni equidad fuera, Ésquines; mas contigo ó si quieres con otro de los que piensan y viven como tú. Y mira también esto: ¿Cuál es más bello y mejor para la república: que arrastradas sean por la ingratitud y por el lodo las virtudes del presente, en razón de las soberana é indeciblemente grandes de los antepasados; ó bien, que todos cuantos benévolamente obran, obtengan de éstos honor y afecto? Y á fe, aunque sea yo quien tenga que decirlo: mi política y designios, si bien se miran, aparecerán iguales á los de aquellos renombrados varones, y tendientes al mismo fin; pero los tuyos, á los de aquellos que entonces calumniaban á tan grandes hombres. Pues claro está: había también algunos que, contrarios á aquéllos, vilipendiaban á los de su tiempo, y ensalzaban á los antiguos; obra truhanesca é idéntica á la tuya.

Pero dirás que no soy igual á aquéllos en nada yo. ¿Y lo eres tú, Ésquines? ¿Lo es el hermano tuyo? ¿algún otro de los oradores del día? Ninguno, digo yo. Empero, compara, oh varón honorable — por no decir otra palabra —, con los vivos al vivo, y separadamente á éstos, cual con todo lo demás se hace: con poetas, cantores, atletas. Filamón, aunque inferior á Glauco, el de Caristio, y á algunos otros atletas antiguos, no por eso tornó de Olimpia sin corona, sino porque

[1] La misma dictada por él; de que ya ha hablado.
[2] Famoso calumniador.

él fué quien mejor lidió contra sus contendores, coronósele y proclamósele vencedor. Tú cotéjame con los oradores de ahora, contigo, con cualquiera de todos: á ninguno cedo. Entre ellos, cuando era dado arbitrar lo mejor para la república, y contender en amor á la patria, yo me presentaba, proponiendo lo de más provecho; y por mis decretos y las leyes y embajadas mías dirigíase todo; mientras ninguno de vosotros en ninguna parte parecía, á no ser para dañar. Pero cuando aconteció lo que jamás debiera, y no se buscaban ya consejeros, sino esclavos sumisos y gentes prontas á venderse contra la patria, amigas de adular á los tiranos; entonces tú y cada uno de ésos medrados andabais y grandes y brillantemente montados; yo, empero, humillado, lo confieso; benévolo, en cambio, para con éstos más que vosotros. Dos cosas, oh hombres de Atenas, ha de tener el ciudadano naturalmente cumplido — es esto lo que, hablando yo de mí mismo, menos á mal puede tomárseme que lo diga —: celo, en las magistraturas, por la gloria y la primacía de la patria; en todo momento y acción, amor á ella. Que de esto dueña es la naturaleza: del poder y del prosperar la otra [1]. Que yo siempre de ello me he acordado, lo hallaréis fácilmente. Mirad si no. Ni cuando se pedía mi cabeza, ni cuando se me acusaba ante los anfictiones, ni cuando se me denunciaba [2], ni cuando á estos malditos se les lanzaba como fieras sobre mí; yo nunca os he desmentido mi amor. Desde el instante primero de mi política, he marchado vía recta, legítima, conservando á la patria sus honores, dominios, glorias; acrecentándolos, viviendo para ellos. No discurro por el ágora yo radiante, alborozado con las prosperidades de los adversarios, estrechando la diestra y congratulándome con los que creo mensajeros de tales nuevas; ni oigo las bonanzas de la república espantado, suspirando, cabizbajo, como estos impíos, que enlodan á la patria; cual si no se enlodaran á sí mismos, cuando hacen tal y están con el ojo atento á lo de fuera; y lo que es dicha para el otro [3] y desdicha para los helenos, eso lo ensalzan, y dicen que es necesario hacer por donde dure para siempre.

No lo permita jamás, oh dioses todos, ninguno de vosotros; antes bien, infundid á éstos algún conocimiento y sentir mejores; y si incurables son, destroncadlos, desarraigadlos uno por uno, de tierra y mar; á los otros, empero, concedednos el más pronto alejamiento de los inminentes peligros, y firme prosperidad.

---

[1] La fortuna.

[2] De haber hablado, después de perder por alguna acción este derecho.

[3] Alejandro.

PLATÓN.

(429—347 antes de Jesucristo.)

PLATON, de Atenas, dotado de brillantísima imaginación, consagróse en su juventud al cultivo de la poesía. Pero de tal manera le cautivó la conversación filosófica de Sócrates, que renunció á las esperanzas del poder y de la fortuna y á sus estudios y se hizo discípulo suyo. Tanto descolló en la filosofía, que se le tiene por uno de los más grandes y profundos pensadores que hayan existido. Sublime se manifiesta Platón en todas sus obras; en todas, delicadísimo artista; que se vale de una sencillez indefiniblemente encantadora para producir soberanos efectos y las más hondas y duraderas impresiones. Pero donde más pone de manifiesto la perfección de su arte, unida á las profundas lucubraciones filosóficas, es en la *Apología* y en el *Fedón* ó *Sobre el alma* y su inmortalidad. En los cuales reina una sencillez sin par, que eleva el espíritu y conmueve el alma con inusitada fuerza.

APOLOGÍA DE SÓCRATES.

Cap. 1.

Sencillo como cuadra á la verdad y á sus años, será su discurso [1].

Lo que á vosotros, oh hombres de Atenas, os hayan mis acusadores hecho sentir, no lo sé. Cuanto á mí, hanme hecho casi desconocerme á mí mismo: tan poderosamente han hablado. Aunque de verdad al menos, nada, por decirlo así, han dicho.

Pero de una cosa, muy señaladamente, de entre todas las que han urdido, heme maravillado; y es, cuando han dicho ser necesario estéis alerta para no dejaros engañar por mí como fuerte en el hablar. Pues el no temer ellos la afrenta de verse luego desmentidos de hecho por mí, cuando aparezca yo sin fuerza alguna en el decir, esto lo tengo por la mayor de todas sus impudencias. Á no ser que llamen ellos hablar fuerte, el hablar la verdad. Y aun cuando tal lo llamen, confesaré yo, sin embargo, no ser orador al modo que ellos. Pues como he dicho, ó un ápice ó nada han hablado de cierto. Vosotros, empero, oiréis de mí la verdad entera. Porque, oh hombres de Atenas, no pulcras razones, de frase y palabra ataviada, cual las de éstos, escucharéis, sino razonamiento llano en las palabras que fueren ocurriendo. Confío en que será justo lo que diré; ni nadie de vosotros espere otra cosa de mí. Que mal sentaría á mis años el presentarme yo ante vosotros á guisa de un mozuelo forjando palabras.

En realidad de verdad, oh hombres de Atenas, lo que os pido y suplico es esto: si me oyereis defenderme con las mismas palabras que he acostumbrado en plazas y mercados, donde muchos de vosotros las han oído, y en otras partes; no os sorprendáis de ello ni tumultuéis. Pues así son las cosas. Es ésta la primera vez que vengo á un tribunal, teniendo ya setenta años. Inexperto, por tanto, y extraño soy al lenguaje de aquí. Por donde, al modo que, si fuese yo realmente extranjero, me perdonaríais á buen seguro, caso de expresarme en la lengua y manera con que me hubiera criado; así también ahora os pido lo propio: que, en mi sentir, es justo; esto es, que me dejéis hablar como yo quiera, sea mal, sea bien; y que sólo miréis esto y que sólo á esto apliquéis el alma: si es justo lo que digo ó no. Que en esto está la virtud del juez: la del orador, en decir la verdad.

Cap. 2.

Rebatirá primero á sus acusadores más antiguos, anónimos, invisibles, que han llenado de prevenciones contra él la generación presente.

Lo primero, oh hombres de Atenas, habré de defenderme contra las primeras imputaciones que se me han hecho y contra mis primeros acusa-

[1] Los epígrafes son míos.

dores; luego contra lo postrero y los postreros. Pues mis acusadores ante vosotros muchos son y de muchos años á esta parte y que nada de verdad han dicho. Á los cuales yo temo más que á los en torno de Ánito; siendo éstos también, como lo son, terribles. Pero sonlo más aquéllos, oh varones, que desde la infancia han cogido y persuadido á muchos de vosotros y acusádome de lo que no es absolutamente verdad, diciendo: «Hay un Sócrates, hombre sabio y escudriñador de las alturas, é investigador de todo lo de debajo de la tierra, y que hace buenas las causas malas.» Éstos, oh hombres de Atenas, que tal rumor han esparcido, son mis acusadores formidables; pues, quien los oye, imagina que los que tales cosas especulan, ni creen en los dioses.

Ahora bien: muchos son estos acusadores y mucho tiempo há están acusando. Acusando están y hablándoos á su antojo y regalado placer, sin que nadie les contradiga, desde aquella edad en que, niños como erais y algunos de vosotros jóvenes, era mayor vuestra credulidad. Pero el colmo del contrasentido es que no sea posible ni saber ni decir sus nombres, á no ser que alguno de ellos se vuelva cómico. Cuantos, por envidia y por ojeriza, os trastornaron á vosotros; y los que, una vez trastornados, trastornaron á otros: son éstos los más invisibles de todos. No es dado ni citar á ninguno de ellos aquí, ni rebatirle, sino menester defenderse á tientas, como peleando contra sombras, y redargüir sin que ninguno responda.

Atended, pues, también vosotros á que, cual digo, tengo dos clases de acusadores: unos que hace poco me acusan; otros, que hace mucho. De éstos digo yo y veréis vosotros ser necesario me defienda primero. Pues también vosotros los habéis oído acusar primero y mucho más que á estos últimos. Sea. Hay que defenderse, oh hombres de Atenas, y esforzarse por desarraigar de vosotros, y esto en tan breve espacio, la ojeriza de muchos años. Querría que ello sucediera, si fuese mejor para vosotros y para mí, y algo más querría yo hacer que defenderme. Pero esto créolo difícil, y cuánto lo es, en manera alguna se me oculta. Con todo, marche, como pluguiere á Dios, y obedézcase la ley y venga la defensa.

Cap. 3.

Jamás ha trastornado en sus razonamientos el orden moral. Zahiere á Aristófanes.

Principiemos, pues, por el principio, y veamos cuál es esta acusación, origen de los odios contra mí; prevalido de los cuales, acrimíname Meleto con esta acriminación.

Pues bien: ¿de qué han acusado esos acusadores? Siéndolo, hay que formular jurídicamente su querella: «Sócrates delinque, y vagabundea, buscando lo subterráneo y lo celeste, haciendo bueno lo malo y enseñando á otros lo propio.»

Tal es, más ó menos, ella: tal vosotros mismos también habéisla visto en la comedia de Aristófanes: cómo se revuelve allí á un cierto Sócrates, que se jacta de andar por los aires y dispara muchos otros disparates; de los cuales yo ni palabra entiendo. Dígolo, no por desprecio de este arte, si aquí se encuentra alguien versado en él — no sea que me enrede Meleto en otra tamaña querella —, sino porque de esto, oh hombres de Atenas, nada reza conmigo. Invócoos como testigos á los más de vosotros y ruégoos que confiráis y declaréis cuantos alguna vez me habéis oído discutir — que muchos de vosotros son de este número — declaraos, pues, mutuamente si jamás alguno de vosotros me ha oído discutir acerca de tales cosas ni poco ni mucho. Por donde cono-

ceréis ser así también lo otro que el vulgo dice de mí.

Cap. 4.

Desinteresadamente ha tratado siempre de educar á los demás. Búrlase de la ignorancia y egoísmo de los grandes educadores.

Nada, pues, hay de todo esto; ni nada, si á alguno habéis oído que yo, enseñando á los hombres, hago también ganancia — ni esto tampoco es verdad.

Por lo demás, bello me parece al menos el ser poderosos algunos á educar hombres, como Gorgias Leontino, y Pródico de Ceos é Hipias de Élida. Porque cada uno de ellos, oh varones, yendo á cada una de las ciudades, puede á los jóvenes á quien se permite seguir gratuitamente á quienesquiera de sus conciudadanos — á estos jóvenes persuaden de abandonar la compañía de los suyos y seguirlos á ellos, dándoles sus bienes y profesándoles gratitud. Otro hombre hay también aquí de Paros, sabio, de quien durante su estada he sabido. Pues me encontré casualmente con un hombre que galardona á los sofistas más que todos los otros juntos: Calias, de Hiponico. Á quien pregunté — tiene dos hijos —:

«Oh Calias», dije, «si tus hijos hubieran nacido potrancos ó becerros, tendríamos que buscarles y asalariar domador que los hiciese bellos y buenos, de la mejor estampa; el cual tendría que ser algún caballerizo ó labrador. Ahora, empero, siendo ellos hombres, ¿qué ayo piensas darles? ¿Quién es bastante entendido en ambas virtudes: la humana y la civil? Pues imagino que has mirado esto, después que tienes hijos.»

«¿Hay alguno», dije, «ó no?»

«Ciertamente», respondió él.

Y yo: «¿Quién es? ¿de dónde? ¿y por cuánto enseña?»

Y él: «Eveno, oh Sócrates; Pario; por cinco minas.»

Y por feliz proclamé á Eveno, si en realidad de verdad tiene tal ciencia y tan atinadamente la enseña. Cuanto á mí, si tal supiera, ufanárame y gloriárame de ello. Empero, no lo sé, oh hombres de Atenas.

Cap. 5.

Ódianle por haberle declarado el más sabio la pitonisa de Delfos.

Replicará tal vez alguno de vosotros: «Pero, oh Sócrates, ¿cómo te manejas? ¿De dónde te vienen estas acusaciones? Pues, no haciendo tú otra cosa que los demás, no se originara por cierto, en manera alguna, tamaño rumor y hablar de ser muy otras tus obras que las de los otros. Dinos, pues, lo que hay, para no errar acerca de ti.»

Paréceme que quien tal diga, dice la verdad; y yo veré de explicaros cómo ha sido, en último análisis, lo que me ha ocasionado predicamento y animadversión. Escuchadme. Tal vez parecerá á algunos de vosotros que me chanceo. Empero, sabed bien que os diré toda la verdad. Yo, oh hombres de Atenas, no por otra cosa que por cierta sabiduría he obtenido tal predicamento. ¿Por qué sabiduría? Por la que es quizás humana sabiduría. Á fe que peligro corro de ser sabio con ella. Aquellos, en cambio, de quienes acabo de hablar, hanlo de ser con otra más que humana, ó no sé yo qué decir; pues, por lo que á mí toca, no la poseo, y quien diga lo contrario, miente y me calumnia.

Y no os indignéis en contra mía, oh hombres de Atenas, aun cuando os pareciese yo decir algo grande. Porque no hablaré con palabras mías lo que hablare, sino que, en abono mío, os citaré á quien las habló. De mi ciencia, si alguna es, y cómo sea, os presentaré por testigo al dios de Delfos. Conocisteis, por ventura, á Querefonte. Éste era mi amigo de infancia, y éralo de los más de vosotros;

con vosotros fué desterrado al mismo destierro y con vosotros retornó. Y sabéis cómo era Querefonte: cuán ardoroso en lo que emprendía. Quien una vez fué á Delfos mismo y se atrevió á preguntar esto — y, como digo, no os indignéis, oh varones — preguntó si había alguno más sabio que yo. Respondió la pitonisa que ninguno había más sabio. De esto su hermano, que está aquí, os dará testimonio; ya que él ha fallecido.

Cap. 6.

No creyéndose sabio, pónese á buscar quién lo sea; y encuentra que ni su propia ignorancia reconocen; mientras él reconoce la suya.

De aquí los odios. Mirad por qué lo digo: necesito mostraros de dónde viene mi difamación.

Cuando lo oí, reflexioné de esta manera: «¿Qué dirá al fin el dios? ¿Qué alabará al fin? Pues ni mucho ni poco tengo yo conciencia de ser sabio. ¿Qué dirá, al cabo, pregonando que soy yo el más sabio? Lo que es mentir, él no lo puede.»

Y mucho tiempo anduve revolviendo qué querría decir. Después, muy á pesar mío, resolvíme á investigarlo de alguna suerte, y así:

Á uno de los que, al modo de aquí, son tenidos por sabios, vine yo como para desautorizar al oráculo y desmentir su dictamen, mostrándole que éste es más sabio, y tú dijiste que yo.

Examinando á éste — cuyo nombre de ningún modo he menester decir: era uno de los políticos el con quien, sondeándole yo, me pasó lo que os voy á contar, oh hombres de Atenas — y departiendo, parecióme este hombre ser sabio para los demás y sobre todo para sí; pero serlo, no.

Luego traté de mostrarle que se tenía por sabio y que no lo era. De donde fuí aborrecido por él y por muchos de los presentes. Fuíme, pensando para mí ser yo más sabio que este hombre. Muy bien puede suceder que ninguno de nosotros dos nada sepamos de bello ni de bueno. Pero éste cree saber, no sabiendo; mientras yo, como que no sé, no lo creo. Parece, por tanto, que soy yo más sabio que aquél, en esta nonada siquiera: en creer no saber lo que no sé.

De aquí vine á otro de los tenidos por más sabios que aquél, y parecióme lo propio. Por donde también de éste fuí odiado, y de otros muchos.

Cap. 7.

Después de los políticos, interroga, con el mismo resultado, á los poetas.

Después de lo cual fuí todavía á otros, uno por uno, aunque sintiendo, apesadumbrado y temeroso, que me tornaba aborrecible. Empero, parecíame necesario anteponer lo del dios á todo. Para ver qué decía el oráculo, había, pues, que ir á cuantos opinaban saber algo. Y ¡por el cancerbero, oh hombres de Atenas! — fuerza es deciros la verdad — he aquí lo que me sucedió:

Los más célebres de todos, examinados según el dios, pareciéronme casi los más pobres de todos; al paso que otros tenidos por despreciables, me parecieron mejores para cuerdos.

Debo manifestaros mis idas y venidas, como de un hombre trabajado con ciertos trabajos, para que el oráculo no parezca haber sido desatendido por mí.

Después de los políticos fuí á los poetas, así de tragedias como de ditirambos y demás; á fin de sorprenderme allí en fragante peor informado que ellos. Cogiendo, pues, sus poemas mejor hechos, preguntéles qué decían éstos, para aprender á la vez algo de ellos.

Pero avergüénzome, oh varones, de deciros la verdad; y sin embargo hay que decirla. Muy poco faltó para que todos los allí presentes hablasen mejor de lo que ellos habían hecho. Supe

así luego de los poetas también esto: que no con ciencia hacen lo que hacen, sino por cierta inclinación é inspirados, al modo que los vaticinadores y sibilas. Los cuales también dicen muchas y bellas cosas, sin saber nada de lo que dicen. Víctimas de un rapto semejante veía yo á los poetas. Y al propio tiempo noté que por la poesía juzgábanse á sí mismos también los más sabios de los hombres en las otras cosas; lo que no eran. Dejélos, pues, asimismo á ellos, pensando yo acontecerles lo propio que á los estadistas.

Cap. 8.

Interroga á los artistas.

Fuí, por fin, á los artífices, persuadido de no saber yo, por decirlo así, nada de lo de ellos, y creyendo hallarlos entendidos en muchas y bellas cosas. En lo cual no me engañé: sabían lo que yo no sabía, y en esto más sabios eran que yo. Pero, oh hombres de Atenas, parecióme, incurrían en el mismo error que los poetas y buenos magistrados: por ser eximio en su arte, creíase cada uno de ellos también sapientísimo en las otras cosas las más sublimes; y esta misma aberración suya eclipsaba aquel su saber. Hasta que, á la postre, preguntéme á mí mismo, en nombre del oráculo; cuál elegiría yo: si tener lo que tenía, sin ser sabio con su sabiduría ni ignorante con su ignorancia; ó bien tener entrambas cosas que ellos tenían. Y respondíme á mí mismo y al oráculo convenirme tener lo que tenía.

Cap. 9.

Quien se cree el más ignorante, ése es el más sabio. Continúa indagando, y crecen los odios.

De esta clase de investigación, oh hombres de Atenas, me provinieron muchos odios, y tan sobre manera graves y encarnizados, que me ocasionaron muchas calumnias y me dieron este nombre de sabio. Porque los presentes creían cada vez tener yo la ciencia acerca de la cual discutía con ellos. Y es posible que realmente el dios sea el sabio y que en este oráculo diga esto mismo; porque la sabiduría humana muy poco vale, ó nada. Figúraseme que no nombra á Sócrates, sino que se sirve de mi nombre como de un ejemplo, cual si dijera: «Quien, como Sócrates, oh hombres, se reconoce del todo impotente para la ciencia, ése es el más sabio de vosotros.»

Esto, por causa del dios, lo busco é indago ahora todavía, yendo y viniendo, entre propios y extraños, por si encuentro á algún sabio. Y cuando me parece que no, volviendo por los fueros del dios, le pruebo que no es tal sabio. Y en medio de estos trabajos, no me queda reposo ni para hacer en lo civil ni en lo doméstico nada de provecho; sino que vivo en la mayor miseria, porque sirvo al dios.

Cap. 10.

Examinan, á ejemplo suyo, los jóvenes y le hacen aun más odioso. — Acúsasele. No espera que logre disipar la calumnia.

Fuera de esto, los jóvenes que más ocio tienen: los de mayor fortuna y que libremente me siguen, gózanse en oir el examen de los hombres y entonces á menudo intentan sondar á los demás, hallando, creo, abundancia mucha de gentes que imaginan saber algo, cuando poco ó nada saben. Por donde los así interrogados aíranse conmigo y no con ellos, diciendo: «Hay un cierto Sócrates, facinerosísimo y que corrompe á los jóvenes.» Y cuando se les pregunta qué hace y qué enseña, no aciertan á responder palabra. Ignóranlo; mas, para no parecer que lo ignoran, repiten los cargos vulgares contra todos los filosofadores: que «lo de los aires y lo de debajo de la tierra» — y que no cree en los dioses y que hace bueno lo malo.

La verdad, pienso, no la quieren decir, por no quedar en descubierto como pretendiendo saber algo, sin saber nada.

Así, pues, paréceme que, siendo ambiciosos como son, y altivos, y muchos, y hablando en contra mía confabulada y persuasivamente, os han aturdido los oídos, calumniándome desde antiguo y con furia. De los cuales me han impugnado Meleto, Ánito y Licón; Meleto, querellándose en nombre de los poetas; Ánito, en el de los magistrados y los políticos; Licón, en el de los oradores.

Por lo tanto, como decía al principiar, maravillaríame si fuese yo poderoso á arrancar de vosotros esta calumnia en tan escaso tiempo, siendo ella tanta y tan inveterada. Ésta es, oh hombres de Atenas, la verdad y os hablo sin ocultaros ni disfrazaros nada, ni grande ni pequeño; aunque sé más ó menos que estos mismos enfureciéndose están contra mí; lo que es también una señal de que digo yo la verdad y de que así se me calumnia y por esta razón. Sea que ahora, sea que más tarde esto examinareis, tal lo hallaréis.

Cap. 11.

Acúsale Meleto de depravar á la juventud y de ateísmo. — Redarguye que delinque Meleto por no saber de qué acusa.

Lo dicho basta para defenderme ante vosotros de las querellas de los querelladores primeros. Ante Meleto, el bueno y patriota, como dice, y ante los postreros procuraré ahora defenderme. Á mi vez, siendo otros los acusadores, cojamos también su acusación. La que dice sobre más ó menos: «Sócrates delinque, corrompiendo á los jóvenes y no reconociendo á las divinidades que la ciudad, sino otras nuevas.»

He aquí el cargo: examinémoslo parte por parte.

Dice que delinco yo corrompiendo á los jóvenes. Y yo digo, oh hombres de Atenas, que delinque Meleto, porque se bufonea con cosas serias, citando desatentadamente en juicio á los hombres y afectando mirar y afanarse por negocios que nunca jamás le han importado nada.

Y que ello es así, probaré ahora á demostraros.

Cap. 12.

Pruébaselo: si uno sólo, Sócrates, fuese el depravador, ¡feliz juventud!

Ven, oh Meleto, y dime: ¿No es verdad que te importa mucho de que sean los jóvenes cuan buenos puedan?

Meleto. Verdad.

Sócrates. Ea, diles entonces á éstos quién los mejora. Pues claro está lo sabes, ya que es tu desvelo. Á mí, según dices, me has encontrado corrompiéndolos y hasme traído y acusado ante éstos: diles, pues, quién los mejora; muéstraselo.

¿Ves, oh Meleto, cómo callas y no encuentras qué decir? Y ¿no te parece esto vergonzoso, y suficiente señal de lo que digo yo; de que esto no te importa nada?

Pero, di, amiguito, ¿quién los mejora?

Meleto. Las leyes.

Sócrates. Mas no es esto, carísimo mío, lo que pregunto; sino qué hombre, versado ya en esto mismo: las leyes.

Meleto. Éstos, oh Sócrates: los jueces.

Sócrates. ¿Cómo dices, oh Meleto? ¿Son ellos capaces de educar á los jóvenes y mejorarlos?

Meleto. Á buen seguro.

Sócrates. ¿Quién? ¿Todos ellos? ¿ó algunos sí y otros no?

Meleto. Todos.

Sócrates. ¡Qué bien, válgame Juno! y ¡qué caterva de cooperadores! ¿Pues qué? Éstos que están escuchando ¿mejóranlos también, ó no?

Meleto. También ellos.

Sócrates. ¿Y los consejeros?

Meleto. También los consejeros.

Sócrates. Pero, Meleto, los de la asamblea, los asambleístas, ¿no corrompen á los jóvenes? ¿Ó también todos ellos los mejoran?

Meleto. También ellos.

Sócrates. Todos los atenienses, por lo tanto, á lo que parece, mejóranlos y perfecciónanlos, menos yo, y sólo yo los corrompo. ¿No es esto lo que dices?

Meleto. Dígolo y asegúrolo mil veces.

Sócrates. Muy desventurado me declaras. Y respóndeme: de los caballos ¿parécete lo mismo? ¿Son todos los hombres los que los mejoran y uno sólo el que los desmejora? ¿Ó por el contrario, uno solo ó muy pocos: los caballerizos, los mejoran? y la muchedumbre, cuando va á los caballos y usa de ellos ¿los desmejora? ¿No acontece esto, oh Meleto, así con los caballos como con todos los demás vivientes?

De todos modos, pues—ora tú y Ánito no lo confeséis, ora lo confeséis—gran ventura sería la de los jóvenes, si uno solo los desmejorara, y los mejoraran los demás.

Pero, oh Meleto, bastante se te conoce que nunca jamás te han importado los jóvenes, y á las claras descubres lo inconsciente que eres, cuando no tienes conciencia de lo que me acusas.

Cap. 13.

Depravando á sabiendas, haríase Sócrates mal á sí mismo. Si inadvertidamente, no le castiga la ley.

Dinos aún, ¡por Júpiter! oh Meleto, ¿cuál es mejor: vivir entre ciudadanos buenos ó malos? Oh caro mío, contesta; que no te pregunto cosa difícil. ¿No hacen acaso los malos algún mal á los que siempre están próximos á ellos, y los buenos algún bien?

Meleto. Por cierto.

Sócrates. ¿Habrá de consiguiente quien prefiera ser dañado de sus convivientes á ser de ellos beneficiado? Responde, amigo mío, que la ley te manda respondas. ¿Habrá quien quiera se le dañe?

Meleto. Á fe que no.

Sócrates. Pues bien, ¿como me traes aquí: como á corruptor é inficionador consciente ó inconsciente de los jóvenes?

Meleto. Yo como á consciente.

Sócrates. ¿Pues qué, oh Meleto? ¿Serás tú tanto más sabio á tus años que yo á los míos, que sepas tú que los malos siempre hacen algún mal á quienes más cerca están de ellos y los buenos bien? y ¿habréme yo engolfado tanto en la necedad que ignore hasta esto: que, si torno malvado á alguno de mis convivientes, corro peligro de recibir de él algún daño, para hacer yo tanto mal á sabiendas, como dices tú?

Esto no te lo creo yo, oh Meleto, ni hombre alguno, me parece, te lo creerá. Pues una de dos: ó no depravo, ó si depravo, es á mi pesar; de forma que en uno y otro caso tú mientes. Si inconscientemente depravo, ni de estas ni de otras faltas involuntarias hay ley de acusar aquí, sino de instruir y corregir privadamente al transgresor. Pues claro está que, advertido, dejaré lo que inadvertidamente hacía. Mientras que tú te has desentendido de perdonarme y corregirme; porque no quisiste, y me traes aquí donde la ley manda traer á los dignos de castigo, no de corrección.

Cap. 14.

Prueba no ser ateo, y que el mismo Meleto lo confiesa.

Pero, oh hombres de Atenas, claro se ve ya lo que yo decía: que en esto jamás ha entendido Meleto ni mucho ni poco.

Mas dinos todavía: ¿cómo, en sentir tuyo, oh Meleto, depravo yo á los jóvenes? Á juzgar por la causa con que me has encausado ¿no será enseñando

no reconocer los dioses que la ciudad, sino otros nuevos? ¿No dices así: que depravo enseñando?

Meleto. Una y mil veces lo digo.

Sócrates. ¡Por estos mismos dioses, pues, oh Meleto, de quienes ahora se trata! háblame más claro todavía, á mí y á estos hombres. Que yo no acabo de comprender si dices que yo enseño hay dioses— y entonces creo yo que los hay, y no soy en manera alguna ateísta, ni delinco en esto; aunque los dioses no fueran los de la ciudad, sino otros, y de ser otros también me acusas—; ó si dices que del todo los niego yo y enseño esto mismo á los demás.

Meleto. Es esto lo que digo: que no crees absolutamente en los dioses.

Sócrates. Oh curiosísimo Meleto, ¿por qué dices tal? ¿No creo yo, como los demás, ser dioses ni el sol ni la luna?

Meleto. ¡Por Júpiter, oh jueces! que dice ser piedra el sol, y tierra la luna.

Sócrates. ¿Piensas, oh Meleto amigo, acusar á Anaxágoras y tan en menos miras á éstos y tan extraños los crees á las letras, que no sepan que los libros de Anaxágoras, de Clazómeno están henchidos de tales ideas?

¡Decididamente; de mí aprenden los jóvenes lo que á veces pueden comprar, cuando más, por una dracma, en el mercado de libros, para reírse de Sócrates, si plagia y si es bastante necio, por lo demás, para ello!

Pero, ¡vive Júpiter! conque ¿te parece que no creo yo en ningún dios?

Meleto. Sí, por Júpiter, en ninguno absolutamente.

Sócrates. No es creíble; ni tú mismo, según me parece, lo crees. Yo, oh hombres de Atenas, para mí tengo que éste es por demás atropellador y desenfrenado y que me ha promovido esta causa atolondradamente, con cierto espíritu de atropellamiento, desenfreno y juventud. Porque, como proponiendo un enigma, parece preguntar: «Sócrates, el sabio, ¿conocerá que me bufoneo y contradigo? ¿ó bien le engañaré á él y todos los presentes?» Pues veo que éste en la acusación se contradice á sí mismo, como si dijera: «Delinque Sócrates, no creyendo en los dioses, pero creyendo en los dioses.» Lo cual es de bufón.

Cap. 15.

Cree, según Meleto mismo, en demonios; luego también en dioses.

Ved conmigo, oh varones, como él me parece decir esto; y tú respóndenos, oh Meleto. Vosotros, empero, —lo que desde el principio os he rogado — acordaos de no indignaros contra mí, por hablar yo á mi modo.

¿Hay, oh Meleto, algún hombre que crea existen cosas humanas sin que existan hombres?

Responda, oh varones, y no tumultúe para acá y para allá

¿Hay quien crea en caballos, y no en caballería? ¿Ó en flautistas, y no en flautas?

No lo hay, oh varón óptimo. — Si no quieres contestar, yo lo haré por ti y los demás. —

Pero respóndeme esto siquiera:

¿Hay quien crea en cosas demoníacas, no creyendo en demonios [1].

Meleto. No le hay.

Sócrates. ¡Qué benevolencia, que á duras penas hayas respondido, obligado por éstos!

Conque ¿en lo demoníaco — sea nuevo, sea antiguo, dices que creo y tal enseño?

Luego, según las propias palabras de tu acusación jurada, creo yo en lo demoníaco. Ahora bien, si en lo demoníaco creo, fuerza es, y mucha, que asimismo crea en demonios. ¿No es así?

Lo es: testigo tú mismo, que no respondes.

[1] Divinidades inferiores.

Y á los demonios ¿no los tendremos por ciertos dioses ó hijos de dioses? ¿Sí ó no?

Meleto. Ciertamente que sí.

Sócrates. Luego, si en demonios creo, como tú dices; y si los demonios son ciertos dioses, entonces tendríamos lo que yo decía: que tú hablas en enigmas y bufonadas, diciendo que yo niego á los dioses y no los niego; puesto que creo en demonios. Y si los demonios son ciertos hijos espurios de dioses y ninfas ó de otras, de quienes también se dicen, ¿qué hombre creerá en hijos de dioses, y en dioses no? Desatinaría más ó menos como quien creyera en hijos de caballos y asnos, y en caballos y asnos no.

Pero no cabe, oh Meleto, sino suponer que me hayas tú acusado por tentarnos, ó por no tener delito verdadero de que acusarme.

Empero, que convenzas tú en el mundo á alguien, por poco sentido común que tenga, de que, quien cree en lo demoníaco y lo divino, ése mismo no cree ni en demonios, ni en dioses, ni en semidioses, imposible es esto de toda imposibilidad.

Cap. 16.

Teme que el odio de la multitud le arrastre á la muerte.—El hombre de bien no mira á los peligros, cuando obra, sino sólo á la justicia de su obrar, ni abandona el puesto.

Mas, oh hombres de Atenas, el no ser yo culpable, según la acusación de Meleto, estimo que no necesita de más prueba, sino que bastante probado queda.

En cambio, lo que ya antes he dicho: que me he suscitado muchos odios y de muchos, esto bien sabéis que es verdad. Y esto es lo que me arrebatará—si me arrebatare—no Meleto, ni Ánito, sino la calumnia y la envidia de tantos. Éstas que han arrebatado á muy otros y buenos varones, creo que á mí también me arrebatarán; y raro no fuera que no se detuvieran en mí.

Pero tal vez diga alguno: «¿No te avergüenzas, oh Sócrates, de ocuparte en ocupación por donde ahora te expones á morir?»

Responderéle justamente: «No dices bien, oh hombre, si juzgas que debe mirar á los azares de la vida ó de la muerte el hombre por poco que valga; y no mirar únicamente, cuando obra, á la justicia ó injusticia de sus obras: si son ellas de un hombre de bien ó de un malvado.

Á juicio tuyo, necios serían cuantos semidioses cayeron en Troya, y los demás y el hijo de Tetis; el cual, por no padecer una afrenta, tanto despreció el peligro que, ardiendo él por matar á Héctor y diciéndole su madre, diosa como era, así más ó menos, si mal no recuerdo: «Oh hijo, si vengares la muerte de tu amigo Patroclo y matares á Héctor, tú mismo morirás»; «Que á la de Héctor tu ruina, dice, alcanza» — á él, empero, oyéndolo, no le importó ni la muerte ni el peligro; y temiendo mucho más vivir como ruin por causa de no vengar á los amigos, «Al punto muera yo, dice, y desagravie al agraviado, á fin de no quedarme aquí, hecho ludibrio, «'Peso á la tierra en las combadas naos'».

¿Crees que reflexionó sobre la muerte y los peligros? No, oh hombres de Atenas, no. Pues donde cada uno, creyendo hacer lo mejor, se ha colocado ó colocádole su jefe, allí, fuerza es, paréceme, que afronte el peligro y que ni en la muerte ni en nada piense tanto como en el deshonor.

Cap. 17.

Él nunca ha abandonado el puesto. Ante todo, sobre todo, y á despecho de todo, hay que obedecer á Dios; y él le obedecerá.

Muy mal obrara yo, oh hombres de Atenas, si, cuando los arcontes

por vosotros elegidos para mandarme, me mandaban en Potidea, y en Anfípolis y en Delos; entonces, donde ellos me mandaran estuviera como los demás, y donde expuse la vida — mandándome de otra parte, el dios, como yo suponía y creía, que no viviera sino filosofando y examinándome á mí mismo y á los demás — yo allí, temeroso de la muerte ó de cualquiera otra emergencia, hubiera abandonado el puesto.

Maldad fuera, y con mucha razón y justicia hubiéraseme citado entonces en juicio, como negando yo los dioses, por haber desobedecido al oráculo, temido á la muerte, creídome sabio, sin serlo. Porque el temer á la muerte, oh varones, no es otra cosa que creerse sabio, no siéndolo: es creer saber lo que no se sabe. Pues nadie sabe si la muerte es para el hombre el mayor de todos los bienes; y sin embargo, la teme como los muy convencidos de ser ella el mayor de los males. Y ésta ¿cómo no ha de ser insensatez afrentosísima: el creer se sabe lo que no se sabe?

Cuanto á mí, oh varones, en esto, sobre todo, difiero yo tal vez de los otros hombres, y si por algo más sabio se me tiene, es en esto: que, no sabiendo lo bastante acerca de los infiernos, tampoco creo saberlo.

Empero, el delinquir y desobedecer al mejor, sea dios, sea hombre, eso sí que malo es y afrentoso.

Por tanto, en manera alguna temeré yo ni huiré los males que no sé si son bienes, sino los males que sé que lo son. De tal suerte que, si ahora vosotros me soltaseis, no creyendo á Ánito, quien dice que ó no debí yo ser citado en juicio, ó que habiéndolo sido, no cabe sino matarme, advirtiéndoos que, libre yo, vuestros hijos, llevados de lo que Sócrates enseña, todos de todo en todo se depravarán — si por esto me dijerais: «Oh Sócrates, ahora nos desentenderemos de Ánito, y te soltaremos, pero con tal que no te entregues ya á estas investigaciones ni vivas filosofando: pues si en ello fueres sorprendido, morirás», si con tal condición, como digo, me soltaseis, diríaos que á vosotros, hombres de Atenas, yo os lo agradecía sobre manera, pero que más obedecería al dios que á vosotros, y que, mientras alentase yo y pudiese, no dejaría, no, de filosofar exhortándoos, y examinando á quien de vosotros encontrase, hablando lo que siempre; es á saber: «Oh varón óptimo, siendo ateniense tú, de la ciudad más grande y más gloriosa por su ciencia y poder, ¿no te avergüenzas de afanarte por acrecentar todo lo posible tu hacienda, tu gloria, tus honores; y de no afanarte ni mirar por la sabiduría, la verdad, el alma, para embellecerla cuanto es dable?» Y si alguien de vosotros lo negare y me dijere que de ello se cura, no le dejaré al punto ni me iré, sino que le preguntaré y examinaré, y si me pareciere que no va tras de la virtud, sino que lo parece, le reconvendré por tener él en poquísima estima lo digno de toda ella, y en mayor, lo peor. Y tal haré con el joven y con el anciano que encontrare; con el propio y con el extraño; y con el propio más, porque más vinculados estáis conmigo vosotros.

Porque así lo manda el dios, sabedlo bien; y no veo yo cómo pudierais lograr en la ciudad mayor beneficio que mi servidumbre al dios. Pues, yendo y viniendo, no hago otra cosa que persuadiros á vosotros, jóvenes y ancianos, de no cuidar ni de los cuerpos ni de las riquezas, ni antes ni tan ardorosamente como del alma, para hacerla perfecta, diciendo que no nace de las riquezas la virtud; sino que de la virtud nacen á los hombres todos los otros bienes, así privados como públicos.

Si, hablando yo tales cosas, depravo á los jóvenes, serán ellas nocivas.

Y si alguno dijere que yo hablo otras cosas que éstas, nada dice.

Después de esto, os diré: «Oh atenienses, sea que escuchéis á Ánito, sea que no; ora me soltéis, ora no me soltéis: otra cosa no haré yo jamás, aunque tuviera mil veces que morir.

Cap. 18.

Matándole, se privará Atenas á sí misma del gran beneficio que le ha hecho Dios, enviándole á él.

No tumultuéis, hombres de Atenas, sino otorgadme lo que os he pedido; esto es: no tumultuar á lo que yo dijere, sino escuchar. Porque, á mi juicio, ganaréis escuchando. Pues debo deciros todavía algunas otras cosas, á las cuales acaso clamorearéis. Pero, en manera alguna, no hagáis tal.

Sabed bien que, si á mí, siendo yo como digo que soy, me matareis, no me dañaréis más á mí que á vosotros mismos. Á mí ningún daño me habrán de hacer ni Meleto ni Ánito; que no podrán. Pues no creo yo dado se dañe al hombre bueno por el malo. Le matará éste tal vez, ó le desterrará, ó le infamará. Todo lo cual acaso considerará él y algún otro como grandes males; yo, empero, no; antes bien, y decididamente, el hacer lo que éste hace: pretender matar injustamente á un hombre.

Ahora, pues, oh hombres de Atenas, muy lejos estoy de abogar por mí mismo, como alguien pudiera creerlo, sino por vosotros, á fin de que, condenándome á mí, no prevariquéis contra el don hecho á vosotros por el dios. Pues, si me matareis, no hallaréis fácilmente á otro, que obediente á él, estreche — aunque ridículo sea decirlo — y moleste á la ciudad, como á un caballo grande y noble, pero perezoso á fuerza de grandeza y necesitado de que le excite alguna avispa.

Tal me parece que el dios me ha destinado á la ciudad como una de ellas, que despierte, aconseje y reprenda á cada uno de vosotros, sin cesar de asediaros el día entero y por dondequiera. Otro tal no os nacerá fácilmente, oh varones; y si me creyerais, me perdonaríais. Pero tal vez vosotros, de pronto indignados como aquellos á quien soñolientos se les despierta, condenándome á mí, inducidos por Ánito, me mataréis inconsideradamente; y luego pasaréis el resto de vuestra vida durmiendo, si el dios, compadecido de vosotros, no os enviare otro semejante. Y que yo soy tal que el dios debe de haberme dado á la ciudad, lo conoceréis por aquí: no semeja humano mi descuidar de todo lo mío, el sufrir ya tantos años lo doméstico descuidado y el hacer siempre lo vuestro, acercándome particularmente á cada uno, como un padre ó un hermano mayor, para exhortarle á pensar en la virtud. Con lo cual si hubiese yo lucrado algo; si por estas exhortaciones hubiese recibido remuneración; algún asidero tendrían. Ahora, empero, vosotros también lo veis cómo, acusándome tan descaradamente de todo mis acusadores, para esto al menos no han tenido suficiente descaro: para presentar testigo de haber yo en mi vida ó aceptado remuneración ó pedídola. Yo, en cambio, presento en mi abono un testigo que me parece basta: la pobreza.

Cap. 19.

Su demonio le ha vedado darse á la política.

Pero tal vez se crea ser insensatez el vagar y afanarme en estos consejos particulares, y no tener ánimo de mezclarme en público á la muchedumbre de vosotros en pro de la patria. La causa de esto es lo que vosotros muchas veces y en muchas partes me habéis oído: que algo divino y demoníaco hay en mí; lo que también menciona, con ademán cómico, Meleto

en la acusación. Esto comenzó ya en mi niñez, como cierta voz; la cual, cada vez que me hablaba, repulsábame de algo que iba yo á hacer; pero jamás me impulsaba. Esto es lo que me ha vedado darme á la política.

Y de todo en todo me parece vedármelo. Bien sabéis, oh hombres de Atenas, que, á haber yo de antiguo abrazado la vida pública, de antiguo pereciera, sin provecho alguno ni para vosotros ni para mí mismo.

Y no llevéis á mal el que yo diga la verdad: no hay hombre alguno que, ni entre vosotros ni en otra nación alguna, salve, si noblemente impugnare y estorbare las muchas injusticias é iniquidades públicas; sino fuerza es que, quien combatiere á favor de la justicia, por poco que vivir quiera, viva privada, pero no públicamente.

Cap. 20.

En las dos únicas ocasiones que ejerció cargos públicos, expuso por la justicia la vida.

De lo cual os suministraré grandes pruebas; no palabras, sino lo que vosotros estimáis, nechos.

Escuchad, pues, lo que me ha acontecido, porque veáis que tratándose de lo justo, no cedo á nadie por temor de la muerte; pero que, no cediendo, expóngome á perecer en la demanda.

Cosas molestas y fatigosas os diré, pero verdaderas.

Yo jamás, oh atenienses, he ejercido en la república ningún otro cargo que el de consejero. Estaba de turno en el poder la tribu antióquida, cuando á los diez generales que no habían sepultado á los caídos en la batalla naval [1], los quisisteis juzgar conjuntamente y contra toda ley; como vosotros mismos después lo reconocisteis todos. Entonces yo solo entre los consejeros opúseme á vosotros, porque nada hicieseis contra las leyes, y voté en contra. Y, prestos los oradores á acusarme y prenderme, y ordenándolo y clamoreando vosotros, creí deberme exponer por la ley y la justicia, antes que sentenciar injustamente con vosotros, temeroso de hierros ó muerte.

Y cuando vino la oligarquía, los Treinta [2], designándome como quinto [3] para la Rotonda [4], me ordenaron traer de Salamina á Leonte Salaminio, para matarle; como daban otros muchos muchas de estas órdenes, para implicar en sus crímenes á cuantos pudiesen. Entonces yo, no con palabras sino con obras, manifesté de nuevo que la muerte no me importa — si la palabra no es demasiado rústica — ni un ardite; que me importa, sí, más que todo, el no hacer nada injusto ni inicuo. Con toda su grandeza no me aterró esa dominación al extremo de hacerme cometer alguna injusticia. Salimos de la Rotonda, y los Cuatro fueron á Salamina y trajeron á Leonte; yo, empero, me retiré á mi casa. Y tal vez por esto muriera yo, á no caer luego ese régimen.

De todo lo cual tendréis muchos testigos.

Cap. 21.

Jamás ha sido maestro de nadie: no ha hecho sino recomendar ante todo la virtud.

Ahora bien, ¿creéis que hubiese yo vivido tantos años, si continuara en la vida pública y, obrando cual cumple al hombre de bien, patrocinara yo la justicia y fuera esto — como serlo debe — para mí lo primero?

¡Muy lejos de eso, oh hombres de Atenas! Ningún otro tampoco.

Pero yo toda mi vida he sido así, tanto en la pública, cuando algo he

[1] De las Arginusas. [2] tiranos. [3] juez.
[4] Tribunal que funcionaba allí.

hecho, como asimismo en la privada: jamás he cedido con detrimento de la justicia á nadie en nada, ni á los demás ni á ninguno de éstos [1], que mis calumniadores dicen discípulos míos. Y nunca he sido maestro de nadie. Si alguien desea oir lo que digo, cuando me entrego á mi faena, á ninguno, sea mancebo, sea viejo, se lo he estorbado jamás. Ni, haciendo lucro, instruyo, ni no haciéndolo, dejo de instruir, sino que igualmente al rico y al pobre me ofrezco á interrogar, si alguno, respondiéndome, gusta de oir lo que digo. Y de éstos, si alguien fuere bueno, si no lo fuere, no es justo que yo cargue con la culpa de ello; ya que á ninguno nunca jamás he cargado ni con doctrinas ni enseñanzas. Si alguno dijere haber alguna vez aprendido ú oído privadamente de mí algo que no haya sido para todos los demás, sabed bien que no dice la verdad.

Cap. 22.

Si ha depravado jóvenes, pide declaren en contra de él muchos parientes de ellos; ya que están allí.

Pero ¿por qué entonces gustan algunos de permanecer largo tiempo conmigo?

Escuchad, oh hombres de Atenas; dígoos toda la verdad.

Porque gustan de oir cómo son interrogados los que se creen sabios, y no lo son; lo cual no es desagradable.

Á mí, empero, como digo, se me ha ordenado obrar así por el dios, y por oráculos, y sueños y cuantos modos ha sido ordenada alguna vez alguna cosa al hombre por disposición divina. Ésta es, oh atenienses, la verdad y fácil de probar. Pues, si yo he depravado y depravo jóvenes, ellos ahora adultos, necesario es conozcan que yo en su juventud les aconsejé algo malo algún día, y deben citarme á juicio y castigo. Y si ellos no quisiesen, haríanlo necesariamente algunos de sus familias: padres, hermanos ú otros, caso de haber ellos mismos padecido algo de mí; y veo cabalmente aquí á muchos de ellos. Aquí está, ante todo, Critón, coetáneo y vecino mío; aquí Critóbulo, su hijo. Luego Lisanias de Sfetio y Ésquines, hijo suyo. Aquí, Antifonte Cefisio y Epígenes, su hijo. Aquí otros todavía cuyos hermanos han sido testigos de estas faenas: Nicóstrato, hijo de Teozótidas y hermano de Teódoto — el cual ha muerto y no necesita ya de aquél. — Aquí Páralo, hijo de Demódoco y hermano de Téages. Aquí Adimanto, hijo de Aristón; aquí su hermano Platón. Aquí Ayantodoro y Apolodoro, su hermano. Y otros muchos pudiera nombraros, á alguno de los cuales debería sobre todo presentar Meleto por testigo de su causa. Si lo ha olvidado, preséntele todavía; que yo se lo permito, y declare lo que pueda.

Pero, muy por el contrario, oh hombres de Atenas, los hallaréis á todos prontos para favorecer al corruptor, al dañador de los suyos, al decir de Meleto y de Ánito.

Razón pudieran tal vez tener para favorecerme los por mí depravados. Los no depravados, empero, hombres ya maduros y parientes de aquéllos, ¿qué otro motivo tendrían para volver por mí que la rectitud y la justicia, persuadidos de que Meleto miente y de que yo digo la verdad?

Cap. 23.

No suplicará á los jueces le perdonen la vida: bajeza sería. Aunque todos así lo hacen, él jamás lo hará, pues no es reo de delito alguno.

Y bien, oh varones: mi defensa está más ó menos en estas y otras semejantes cosas.

[1] Los treinta tiranos.

Pronto, empero, se irritará alguien de vosotros, al recordar á algún pleiteador pleiteando pleito menor que éste; quien suplicó y conjuró entre muchas lágrimas á los jueces, presentándoles los hijos, para acabarlos de conmover, y otros parientes y muchos amigos; y que yo nada de esto hago, y eso que corro, según me parece, el peligro supremo.

Por donde tal vez alguien se irrite contra mí é indignado por esto vote con ira. Si alguno de vosotros piensa tal — lo que no creo yo — si lo piensa, paréceme bastar decirle así: Yo también, amigo mío, tengo algunos parientes, pues, según las propias palabras de Homero: «Ni de encina he nacido ni de piedra», sino de hombres. Así es que tengo parientes, é hijos, oh hombres de Atenas, tres: uno ya adolescente, niños los otros dos. Con todo, á ninguno de ellos presentaré aquí porque os suplique me absolváis.

¿Por qué no hago nada de esto?

No por soberbia, oh hombres de Atenas, ni por desprecio de vosotros. Si miro tranquilo la muerte ó no, otra cuestión es. Por mi honor, el vuestro, el de toda la república, no me parece decoroso el hacer yo nada de esto, siendo viejo como soy y llevando merecida ó inmerecidamente el dictado que llevo — créese al menos que difiere Sócrates de alguno de los otros hombres. Si aquellos de vosotros que son considerados sobresalientes, sea en sabiduría, sea en valor, sea en cualquiera otra virtud, fuesen capaces de esto, mengua sería, como muchas veces he visto yo á ciertos hombres reputados por algo, que, cuando eran sentenciados, hacían extravagancias, cual si creyesen que, muriendo, habían de padecer algo espantable; y ser como inmortales no matándolos vosotros. Los que me parecen afrentar á la república; de tal suerte que, hasta algún extranjero comprenderá que los atenienses más eminentes en virtud, elegidos de entre ellos mismos para las magistraturas y demás honores, que éstos no difieren de las mujeres. Y esto, oh hombres de Atenas, preciso es que nosotros, estimados en alguna cosa, por poca que sea, no lo hagamos; y que, si lo hacemos, vosotros no lo permitáis, antes por el contrario manifestéis que mucho más condenáis á quien tan lastimero espectáculo representa y convierte en ludibrio á la república, que á quien tranquilo se presenta.

Cap. 24.

Cree hasta ilícitas tales súplicas. Haciendo prevaricar á los jueces, se manifestaría ateo.

Pero, aparte del parecer, oh varones, ni lícito creo yo el rogar al juez, ni, tras de rogarle, ir libre, sino convencerle y persuadirle. Porque no se sienta el juez á hacer merced de la justicia, mas á discernirla. Que ha jurado no favorecer á quien quisiere, sino á juzgar según las leyes. De consiguiente, ni nosotros debemos acostumbraros á perjurar, ni acostumbrarlo vosotros: ninguno de entrambos fuéramos gentes pías. No creáis, pues, oh hombres de Atenas, que se deba ante vosotros hacer lo que ni decoroso juzgo, ni lícito, ni pío; sobre todo siendo yo acusado de impiedad por aqueste Meleto. Pues claro está que, si yo, por medio de súplicas os obligase á faltar al juramento, os probaría no creer yo en los dioses y necio abogado, me acusaría yo á mí mismo de no creer en ellos. De lo cual muy lejos estoy, pues en ellos creo, oh hombres de Atenas, cual ninguno de mis acusadores, y á vosotros os dejo y á Dios que me juzguen como mejor fuere para mí y para vosotros.

(Condénasele.)

Cap. 25.

Sorpréndese de la escasa mayoría de votos en su contra.

El no sublevarme yo, oh hombres

de Atenas, contra lo que acaba de suceder, por haberme vosotros condenado, proviene, entre otras muchas cosas, de que lo sucedido no ha sucedido contra mi esperanza. Lo que sí me maravilla, es el número de los votos de una y otra parte. Pues no pensaba yo ser condenado por pocos, sino por muchos. Pero ahora, si treinta votos no más cambiaran, librara yo. Por consiguiente paréceme que, aun así he librado de Meleto, y no sólo librado, sino á la vista está de todos que, á no acusarme aquí Ánito y Licón, pagara él las mil dracmas, por no obtener la quinta parte de los votos.

Cap. 26.

Pide se le sustente en el pritaneo.

Me condena, pues, el hombre á muerte.

Enhorabuena.

Y yo, ¿qué pediré á mi vez para mí, oh hombres de Atenas? ¿No es claro que conforme á mi conciencia? ¿Y qué? ¿Qué merezco yo sufrir ó pagar por haberme habituado á no tener reposo en mi vida; sino que, descuidando de lo que los demás cuidan: de dinero, hacienda, milicia, política y de las otras magistraturas, y de las conjuraciones y facciones que han venido estallando en la república, juzgándome realmente demasiado razonable para salvar con mezclarme en esas cosas; no he ido á donde no pudiera ser yo de provecho alguno ni á vosotros ni á mí propio. Pero donde podía beneficiar, en sentir mío, con el mayor beneficio á cada uno en particular, allí he ido, esforzándome por persuadir á cada uno de vosotros de no anteponer el cuidado de ningún interés propio, al cuidado de sí mismo, á fin de hacerse virtuosísimo y sapientísimo; ni anteponer lo de la república misma; y velar así, de idéntica manera, por lo demás. ¿Qué merezco, pues, siendo el que soy?

Alguna recompensa, oh hombres de Atenas, si verdaderamente se quiere premiar el mérito; y recompensa tal que sea digna de mí.

¿Cuál, pues, será digna de un hombre pobre y bienhechor vuestro, que ha menester ocio para exhortaros á vosotros? Nada, oh hombres de Atenas, conviene tanto como alimentar á un hombre semejante en el pritaneo; mucho más que si alguno de vosotros ha vencido en Olimpia á caballo, ó en biga ó cuadriga. Éste hace que parezcáis felices: yo, que lo seáis. Éste no necesita de modo alguno que le sustentéis: yo lo necesito.

Si se quiere, pues, premiar en justicia el mérito, prémieseme así: sustentándome en el pritaneo.

Cap. 27.

No elegirá pena alguna, por no merecerla.

Tal vez, diciéndoos yo esto, parezca hablaros más cerca de la arrogancia que de los lamentos y súplicas. No hay tal, oh atenienses, sino más bien estotro. Convencido estoy yo de no haber dañado á sabiendas á hombre alguno. Pero de esto no os convenzo á vosotros: poco tiempo nos queda que hablar. Si vosotros — tal pienso yo — tuvieseis una ley como la tienen otros hombres: de no condenar á muerte en un día sólo sino en muchos, os convenceríais acaso: ahora no es fácil desvanecer en tiempo breve grandes calumnias.

Persuadido yo de no haber hecho deliberadamente mal á nadie, lejos estoy de hacérmelo á mí mismo y de hablar en contra mía, juzgándome digno de alguna pena ó pidiendo algo semejante á ella para mí mismo. ¿Por temor de qué? ¿Por no sufrir lo que para mí pide Meleto; lo cual digo que no sé si es un bien ó un mal?

En vez de esto, tengo que elegir alguno de los que me consta son males.

¿Qué pena? ¿Qué prisión? ¿Y por qué habría yo de vivir en prisión,

siendo perpetuo esclavo de la potestad dominante: la de los Once?

¿Ó pena pecuniaria y prisión hasta pagarla?

Pero es lo mismo que acabo de decir: que no tengo bienes en que multarme.

¿Condenaréme á destierro? Pues á esto quizá me condenaríais.

Empero, demasiado amor tendría yo á la vida si fuese bastante necio para no alcanzar á ver que, siendo vosotros conciudadanos míos, no acertasteis á soportar mi trato y mis razones, sino que tan molestas y odiosas se os han hecho, que ahora buscáis cómo deshaceros de ellas. Y bien ¿las tolerarían más fácilmente los extraños?

En manera alguna, oh hombres de Atenas.

¡Hermosa vida la mía, el vivirla un hombre de mis años errante y fugitivo de ciudad en ciudad! Pues bien sé que, dondequiera vaya, me escucharán los jóvenes, como aquí. Á los cuales si rechazo, ellos mismos me extrañarán, moviendo á ello á los adultos. Si no los rechazare, sus padres y parientes, por causa de ellos mismos.

Cap. 28.

Acepta una multa; lo cual no es desdoroso.

Acaso dirá alguno: «¿Callando y pasando tranquilo, oh Sócrates, no puedes, si te soltamos, vivir?»

Aquí está lo que para algunos de vosotros es lo más difícil de comprender.

Pues, si os dijere que esto sería desobedecer al dios, y que por ende es imposible viva yo callado, no me creeréis, pensando que me burlo.

Y si dijere luego ser el mayor bien del hombre oir hablar todos los días de la virtud y de lo demás que me escucháis razonar, examinándome á mí mismo y otros, y no ser vida de hombre una vida inconsciente; menos todavía me creeréis.

Es así como yo digo, oh varones: que el persuadir de ello no es fácil.

Y además, acostumbrado estoy yo á no creerme digno de castigo alguno.

Si tuviera fortuna, condenaríame á pagar cuanto se quisiese; que esto no me dañaría. Pero no tengo; á no ser que os contentaseis con la multa que yo puedo pagar. Pudiéraos pagar tal vez una mina de plata. Péneseme, pues, con ella.

Aquí está Platón, oh hombres de Atenas, y están Critón y Critóbulo y Apolodoro, que me exigen ofrezca treinta minas; de que ellos responden. Péneseme, pues, con ellas; fiadores son éstos del dinero muy responsables.

(Cumplido el requisito legal de condenarse el reo á sí propio, deliberan los jueces y le condenan á muerte.)

Cap. 29.

Ilícito es acudir á medios vedados para huir de la muerte.

Dentro de no mucho, oh hombres de Atenas, tendréis de parte de los que quieran denigrar á la república, el predicamento y la responsabilidad de haber matado á Sócrates, varón sabio; pues tal me llamarán, sin haberlo yo sido, los que pretendan inculparos. Á aguardar vosotros un poco, cumpliérase de suyo vuestro deseo: veis mi edad: cómo estoy ya lejos de la vida y cerca de la muerte.

No lo digo por todos vosotros, sino por los que me han condenado á muerte: á ellos les hablaré todavía.

Imagináis quizás, oh hombres, haberme cogido á mí falta de razones con que persuadiros, caso de creer yo lícito hacerlo y decirlo todo á fin de evadirme de la justicia. Lejos de eso: falta no de razones me ha cogido, sino de avilantez é impudencia y de quereros decir lo que gratísimo os fuera escuchar, lamentándome yo, y gimiendo, y haciendo y diciendo muchas otras cosas á mi vez, igualmente indignas de mí; como estáis acostumbrados á oírlas de los demás.

Pero ni entonces, ante el peligro, he atinado á hacer nada indigno, ni ahora me pesa de haberme así defendido, y mil veces prefiero morir con esta defensa, que con aquélla vivir. Ni en la justicia ni en la guerra, ni yo ni nadie ha de pensar tentarlo todo para evitar la muerte. En los combates á menudo hacedero es huir de la muerte, arrojando las armas y rendirse á los perseguidores. Y para quien es osado á hacerlo y decirlo todo, en cada riesgo muchos otros caminos hay por donde huir de la muerte. Huir de ella, no es esto difícil, oh varones: lo difícil es, huir de la maldad. Pues ella corre más que la muerte. Y ahora yo, lento y viejo como soy, he sido cogido por la lenta: mis acusadores empero, vigorosos y ligeros como son, por la ligera: la maldad.

Y ahora yo me voy, condenado por vosotros á muerte: ellos, á la infamia é injusticia por la verdad. Yo afronto mi pena: ellos la suya. Debió esto tal vez ser también así; y muy bien me parece.

Cap. 30.

Vaticina á sus jueces injustos el acrecentamiento de censores.

Voy ahora á vaticinaros, oh vosotros que me habéis condenado; pues todavía estoy aquí; en el momento en que los hombres mejor vaticinan: cuando van á morir.

Digo, pues, oh varones, que me habéis matado: vendrá sobre vosotros el castigo luego después de mi muerte, y mucho más pesado, ¡por Júpiter! que el de matarme. Lo cual ahora habéis hecho, creyendo alejar de vosotros el dar cuenta de vuestra vida. Pero, en mi sentir, os sucederá todo lo contrario. Serán más vuestros censores; á quienes yo ahora reprimía y no advertíais vosotros. Y tanto más molestos serán cuanto más jóvenes son y cuanto vosotros más os irritéis. Porque, si creéis que, matando á unos, retraéis á otros de vituperaros por no vivir bien, no pensáis bien. Que este alejar no es ni muy posible ni decoroso; decorosísimo, empero, y facilísimo, estotro: no refrenar á los demás, sino disponerse uno mismo á ser virtuoso como el que más.

Vaticinando esto á los que me habéis condenado, apártome de vosotros.

Cap. 31.

Cree que su muerte es un bien; porque á cuanto él ahora ha hecho, ha callado la voz divina, que siempre le retrae de lo malo.

Con los que me han absuelto me complaciera yo en departir acerca de lo que ahora acaba de suceder, mientras están los arcontes ocupados y no voy todavía á donde he de morir.

Escuchadme, pues, oh varones, durante este tiempo; pues nada nos estorba departir mientras podamos. Porque á vosotros, cual á amigos, quiero manifestaros lo que significa algo que ahora me ha sucedido:

Á mí, oh jueces — llamándoos tales, rectamente os llamo — acaba de ocurrirme algo maravilloso:

La para mí acostumbrada voz divina del demonio en todos los pasados tiempos se me ha dejado oir sin cesar; y sin cesar, hasta en las cosas pequeñas, cuando iba yo á hacer algo menos recto.

Y ahora sobreviéneme — lo que vosotros mismos también veis —: el que alguno tal vez creerá y llame el mal extremo.

Y ahora no se me opuso este aviso divino, ni cuando al alba salí de mi casa para acá; ni cuando aquí subí al tribunal; ni en mi razonamiento á nada de lo que iba á decir. Y sin embargo, en medio de otros discursos muchas veces me ha detenido. Ahora, empero, ninguna, en nada de todo esto, ni en lo que he hecho ni en lo que dicho, se ha opuesto á mí.

¿Á qué deberé de atribuirlo?

Os lo voy á decir.

Probablemente lo sucedido es un bien para mí; lo que no somos capaces de comprender cuantos creemos que el morir es un mal.

Gran prueba de ello se me acaba de dar: imposible fuera que el habitual aviso no me hubiese contrariado, si no tratara yo de hacer algo bueno.

Cap. 32.

Ó es plácido y eterno sueño la muerte ó transmigración á lugar mejor: en uno y otro caso es un bien.

Ponderemos también esto: cómo hay mucha esperanza de ser ello un bien.

Pues una de dos cosas es el morir: ó que el muerto nada sea ni nada sienta de nada; ó bien que, como se dice, sobrevenga alguna mudanza y transmigración del alma de acá para allá.

Si no hay ya sentimiento, sino un como sueño, donde, quien lo duerme, no ve ni siquiera sueños, maravillosa ganancia fuera la muerte. Yo creo que, si alguno tuviera que señalar tal noche, donde, así durmiéndose, no hubiese visto ni sueños siquiera, y si, comparando á esta noche todas las noches y días de su vida, tuviese, después de reflexionar, que decir cuántos días y noches había en toda su vida vivido mejores y más dulces que esta noche; creo que, no sólo un hombre del pueblo sino hasta el gran rey encontrara pocos de entre los demás días y noches.

Luego, si tal es la muerte, ganancia yo la llamo; que no parecerá ser nada más entonces todo el tiempo que una sola noche.

Ahora: si la muerte es un como emigrar de aquí á otra región, y si es verdad lo que se dice: que allí están todos los muertos; ¿qué mayor bien habría, oh jueces, que, partiendo uno al averno, y alejado de estos que se dicen jueces, hallar á los verdaderos jueces, que también se dice juzgan allí, esto es: á Minos, y Radamante, y Éaco, y Triptólemo, y cuantos semidioses fueron justos durante su vida? ¿Sería mísero tal partir?

Ó por conversar con Orfeo, y Museo, y Hesíodo, y Homero, ¿cuánto daría alguno de vosotros?

Cuanto á mí, yo moriría muchas veces, á ser esto verdad.

Á mí, al menos, fuérame admirable aquella vida, si me encontrase con Palamedes y Áyax el Telamonio y los demás antiguos injustamente condenados á muerte. El cotejar mis padecimientos con los suyos, paréceme que no sería desagradable; y lo más grande de todo: vivir examinando y escudriñando, como á los de aquí: quién de ellos es sabio y quién cree serlo y no lo es.

¡Cuánto diera alguno, oh jueces, por examinar á quien llevó á Troya un grande ejército; ó á Ulises y á Sísifo, y, por decirlo así, mil otros hombres y mujeres! Su comercio, convivencia, examen, infinita dicha sería. Por tales cosas no matarían ellos, no. Pues más felices, en todo, son los de allí que los de aquí, y son ya inmortales, si lo que se dice es verdad.

Cap. 33.

Ningún mal puede acaecer al hombre de bien: protégele la Divinidad. Suplica Sócrates á los jueces traten á sus hijos como él los ha tratado á ellos.

Pero también vosotros, oh jueces, debéis tener buenas esperanzas de la muerte y considerar sólo esto como cierto: que para el hombre de bien no hay mal alguno ni en la vida ni en la muerte, ni se olvidan de lo suyo los dioses. Ni esto mío ha sucedido fortuitamente. Veo claro que el morir ya y retirarme de los afanes, lo mejor es para mí. Por esto no me retrajo

tampoco en manera alguna el aviso, ni yo en manera alguna me resiento contra mis condenadores y acusadores. Aunque no con esta mira me han condenado y acusado, sino con la de dañarme. Tal reproche merecen.

Esto sólo en cambio les suplico: Á mis hijos, cuando crezcan, castigadlos, oh varones, afligidlos de todo en todo con lo mismo que yo os he afligido á vosotros, si os parecieren desvelarse por las riquezas ú otra cosa más que por la virtud; y si se creyeren algo, no siendo nada, vituperadlos, como yo á vosotros, por no desvelarse por lo que deben y por creer que son algo, no valiendo nada.

Si tal hiciereis, justamente seremos tratados de vosotros yo y mis hijos.

Pero hora es ya de marcharse: yo á morir, vosotros á vivir.

Quién de ambos vaya mejor, misterio es para todos, menos para Dios.

FEDÓN, Ó DEL ALMA.

I.

Equécrates. Tú mismo, oh Fedón, ¿estabas con Sócrates aquel día en que bebió el veneno, ó lo sabes de otros?

Fedón. Yo mismo, oh Equécrates.

Equécrates. ¿Cómo fué su muerte, oh Fedón? ¿Qué se habló y se hizo, y qué amigos suyos se hallaban con el hombre? ¿Ó no los consintieron los gobernantes, y murió lejos de los suyos?

Fedón. No por cierto, sino que se encontraban algunos, y aun más de algunos.

Equécrates. Ojalá nos lo contaras todo muy detalladamente, si es que no te falta ocio.

Fedón. No me falta, y veré de referíroslo; pues el recordar á Sócrates, sea hablando de él, sea oyendo hablar de él, es siempre para mí un placer incomparable.

Equécrates. Son como tú los que oyéndote están. Hazlo, pues, y relátanos todo, todo lo circunstanciadamente que pudieres.

Fedón. En verdad, cuanto á mí, yo sentía entonces algo inexplicable. Por mí ninguna lástima pasaba como de un amigo á quien se ve morir. Tan feliz parecíame el hombre, oh Equécrates, en su porte y sus palabras; tan tranquilo y noble murió, que me persuadí de no haber sido su ida al averno sin intervención divinal, y que él también allí sería dichoso, si alguna vez alguno lo fué. Por esto no me venía ningún movimiento de compasión, como fuera regular suponerlo ante tal infortunio, ni, de otra parte, la alegría, que filosofando solíamos disfrutar, aunque entonces razonábamos; mas hallábame como fuera de mí, entre gozoso y triste, al pensar que aquel varón luego había de morir. Y todos los presentes encontrábanse casi en el mismo estado, ya riendo, ya también llorando, sobre todo uno de nosotros: Apolodoro. Conoces tú al hombre y sus genialidades.

Equécrates. ¿Cómo no?

Fedón. Él, pues, iba enteramente á merced de tales sentimientos; y asimismo yo y todos los demás.

Equécrates. ¿Y á quiénes, oh Fedón, cupo estar allí?

Fedón. De los lugareños, á este Apolodoro y á Cristóbulo y su padre: Critón, y á Hermógenes, á Epígenes, á Ésquines, á Antístenes. Estaba también Ctesipo, el Peanio, y Menéxeno y algunos otros atenienses; Platón, empero, paréceme que estaba enfermo.—

Equécrates. ¿Y qué más? ¿Qué nos cuentas se habló?

Fedón. Empeñaréme en referírtelo todo desde el principio. Días antes ya íbamos sin cesar á Sócrates yo y los otros, y nos reuníamos al alba en el tribunal, donde también se dió la sentencia, y que está vecino de la cárcel. Allí aguardábamos á que se abriera la cárcel, y entre tanto conversábamos; pues no se abría muy

temprano. Una vez abierta, entrábamos á donde Sócrates y con él pasábamos casi todo el día. Pero entonces nos habíamos reunido aun más temprano, porque el día antes, al retirarnos de la cárcel por la noche, se nos dijo que la nave había arribado de Delos [1]. Convinimos, pues, en juntarnos lo más temprano posible donde solíamos. Llegamos, y el portero que regularmente abría, salió á decirnos esperáramos, sin entrar mientras él no nos llamase. «Porque desatando están», dijo, «los Once á Sócrates y anunciándole que hoy mismo ha de morir.» Poco después volvió é hízonos entrar. Entramos, hallando á Sócrates recién desligado y á Xantipe — la conoces — con su pequeñuelo en brazos, sentada á par de él. Xantipe, al vernos, gritó de dolor, y habló como suelen las mujeres: «¡Oh Sócrates, por vez última hablan ahora contigo los tuyos y tú con ellos!» Y Sócrates, mirando á Critón: «Oh Critón, llévela alguien á casa.» Y algunos de los de Critón llevároníla clamorosa y golpeándose de angustia los pechos. Sócrates, empero, sentóse en su cama, encogió las piernas, estrególas con la mano, mientras, «¡Qué cosa más singular», decía, «oh varones, parece ser esto que llaman los hombres agradable! ¡Qué maravilloso es al lado de lo que concebimos como su contrario: lo penoso, en atención á que entrambas cosas no quieren estar juntas en el hombre. Pero, si se va en pos de una, es casi siempre fuerza coger también la otra; como si las dos tuvieran una sola cabeza. Y creo», dijo, «que, á haber advertido esto Esopo, compusiera una fábula de cómo, queriendo el Dios reconciliar á entrambas, que guerreaban entre sí, cuando no lo pudo, atólas por los extremos; y que por esto, quien tiene la una, es luego alcanzado de la otra. Así parece acontecerme ahora también á mí: como con los hierros tenía en los muslos dolor, siento bienestar tras él ahora.»

II.

Luego Cebes tomó la palabra y, «Por Jove, oh Sócrates», dijo, «bien haces en recordarme. Pues acerca de las poesías que has hecho, engastando en ellas los apólogos de Esopo, y acerca de tu himno á Apolo, hanme preguntado ya muchos, y días pasados no más Eveno: cómo, desde que te hallas aquí, haces versos, no habiendo hecho antes nunca ninguno. Si, pues, te importa que yo pueda satisfacer á Eveno, cuando otra vez me pregunte — porque bien sé que me ha de preguntar —, di, ¿qué le habré de responder?» — «Dile, pues», contestó, «oh Cebes, la verdad: que no lo he hecho por rivalizar con él ni sus poemas, pues comprendo que esto no fuera fácil; sino por ver qué quiere cierto sueño, y por cumplir un deber de conciencia, si es ésta la música que muchas veces me ha ordenado hacer. Lo ocurrido es esto: Á menudo aparecíaseme el mismo sueño en mi vida pasada, y ora con una figura ora con otra, diciéndome siempre lo mismo: 'Oh Sócrates', decía, 'haz y cultiva la música.' Y yo en los pasados tiempos estimaba que ello sólo era para alentarme á hacer lo que ya hacía, como se alienta á los que corren; y que el sueño me ordenaba lo que hacía, esto es, la música; creyendo yo que la filosofía en la cual me ocupaba, era la mayor música. Mas ahora, que la sentencia estaba dada y sólo la fiesta del dios impedía mi muerte, parecióme que, si el sueño me instaba á cultivar la música ordinaria, no debía desobedecerle, sino cultivarla; y que era más seguro no partir antes de satis-

[1] Cumpliendo un voto de Atenas á Apolo. Hasta su vuelta se suspendía la ejecución de las sentencias capitales.

facer á mi conciencia, haciendo poemas, en obedecimiento á la visión. Así, primeramente canté al dios á quien se acaba de ofrendar; y luego, pensando que el poeta, si poeta quiere ser, ha de inventar fábulas y no razones, y que yo no tengo inventiva, cogí los apológos que me eran conocidos y que tenía á la mano: los de Esopo, y poeticé los primeros que me ocurrieron.

III.

Esto, pues, oh Cebes, di á Eveno, y que lo pase bien, y si es juicioso, que me siga cuanto antes. Yo, empero, parece que hoy parto, pues los atenienses lo mandan. Y Simias, «¿Qué recado», dijo, «es éste que envías, oh Sócrates, á Eveno? Mucho he tratado al hombre; y por lo que yo le conozco, ni soñará quererte seguir.» — «¿Pues qué?» repuso él, «no es filósofo Eveno?» — «Paréceme», respondió Simias. — «Querrá entonces; así él como cuantos son dignos de serlo. No dé, empero, en atentar contra su vida; lo cual afirman no ser lícito.» Diciendo esto, bajó del lecho, al suelo, las piernas; y así sentado, habló lo demás. Preguntóle Cebes: «¿Por qué dices esto, oh Sócrates: que no es lícito atentar contra sí mismo, y que el filósofo anhela seguir al que muere?» — «¿Y qué, oh Cebes? ¿nada habéis oído de tales cosas tú y Simias, cuando conversabais con Filolao?» — «Nada concluyente al menos, oh Sócrates.» — «Yo tampoco hablo de ello, sino por oídas; pero lo oído no me disgusta referirlo. Pues nada acaso hay tan propio de quien emigra allá, como discurrir y hablar de tal emigración; de cómo ella será. Pues, ¿qué otra cosa también querría nadie hacer hasta la puesta del sol?»

IV.

«¿Y por qué dicen no ser permitido matarse á sí propio, Sócrates? Pues yo también lo que acabas de preguntar, se lo oí á Filolao, cuando vivía con nosotros, y asimismo á algunos más: que no es lícito. Pero nada preciso he oído nunca sobre este particular.» — «Entonces, ¡ánimo!» dijo, «que luego tal vez lo oirás. Por dicha también á ti te parecerá extraño que esto: 'mejor es morir que vivir', sea así en sí mismo; y de ninguna manera, como por lo regular sucede, á las veces sólo y para algunos. Y por ventura te parecerá también peregrino el no permitir á aquellos hombres para quien es mejor morir, el hacerse este bien, sino mandarles aguardar á su benefactor.» — Y Cebes, medio sonriendo, «¿Quién sabe?» dijo en su dialecto. — «Irracional podrá parecer», continuó Sócrates; «pero, en verdad, algún fundamento tal vez tenga. Pues lo que se dice en los misterios acerca de esto: 'que somos como centinelas los hombres y que no debemos relevarnos á nosotros mismos ni abandonar el puesto'; creo que es una gran palabra y no fácil de penetrar. Y en realidad de verdad, paréceme, Cebes, también muy cierta la sentencia de que los dioses son nuestros tutores, y nosotros los hombres, para los dioses, uno de sus rebaños. ¿Ó no te parece así?» — «Por cierto», dice Cebes. «Luego, también tú, si alguna res de tus greyes se matase á sí misma, sin haber tú significado que muriese, ¿no te airaras con ella, y caso de encontrar cómo castigarla, no la castigaras?» — «Sin duda.» — «Por consiguiente, desde tal punto de vista no sería un contrasentido el no poder uno matarse antes de obligarle á ello un dios, como ahora á mí.»

V.

«Muy natural», dice Cebes, «parece. Mas lo otro que asentaste acerca del anhelo de morir en los filósofos, eso, oh Sócrates, disuena, si lo que acabamos de decir es verdad: si un dios

es nuestra guarda, y nosotros, rebaño suyo. No se comprende, en efecto, que los más sabios no sientan alejarse de esta guarda en donde cuidan de nosotros los que mejor de todo cuidan: los dioses. Pues no es dable que nadie piense poderse guardar más bien á sí mismo, una vez libre. Sólo un necio pudiera quizás imaginar convenirle huir del amo; sin ver que del bien no se ha de huir, sino aferrarse todo lo posible, y que, por lo tanto, insensata sería su fuga. Pero el cuerdo siempre ansiará estar con quien es mejor que él. Y así resultaría acaso lo contrario de lo que ahora se ha dicho; á saber: que le cuadra al sabio rehuir de la muerte; al necio, alegrarse de ella.» — Oyendo esto Sócrates, parecióme gozarse en el razonar de Cebes, y mirándonos, «Siempre», dijo, «escudriña y argumenta Cebes y se resiste al que trata de persuadirle y pugna con él.» — Y Simias: «Pero ahora también á mí me parece tener algún fundamento lo que Cebes dice. Pues ¿por qué habían de querer hombres sabios huir de amos mejores que ellos y sin pena alejarse? Y entiendo que Cebes alude á ti por abándonarnos tú con el corazón ligero á nosotros y á soberanos tan buenos como, según tú mismo confiesas, son los dioses.» — «Razón tenéis», replicó. «Conceptúo que deseáis me sincere de esto, como en juicio.» — «Sí, por cierto», dijo Simias.

VI.

«Ea, pues, veamos si con vosotros tengo mejor suerte que con los jueces. En verdad, Simias y Cebes, si yo, primeramente, no creyese ir á otros dioses sabios y buenos, y luego también á hombres muertos mejores que los de aquí, haría yo tal vez mal en no sublevarme contra la muerte. Pero ahora sabed que espero venir á hombres de bien; aunque asegurarlo no puedo. Mas que vendré á dioses, soberanos del todo buenos, esto, sabedlo bien, asegúrolo, si algo asegurarse puede. He aquí por qué no me abato yo, sino alegre espero que algo habrá para los muertos, y, como de antiguo se viene diciendo, algo mucho mejor para los buenos que para los malos.» — «Y bien», dice Simias, «oh Sócrates, ¿piensas guardar para ti esta opinión y partir, ó nos la querrías comunicar? Pues, yo estimo ser éste un bien común á nosotros, y al propio tiempo tu justificación, si logras convencernos de lo que dices.» — «Veámoslo. Pero antes oigamos lo que nuestro Critón, hace rato, me quiere decir.» — «¿Qué, oh Sócrates, sino que, tiempo há, me advierte quien te debe dar el veneno, veas modo de hablar lo menos posible? Pues dice que el hablar acalora, y que esto se opone al veneno. Y si de esta suerte se bebe, menester ha sido, en ocasiones, que lo beban dos y tres veces quien tal han hecho.» — Y Sócrates: «¡Bah! déjale. Que cumpla su deber; aunque me dé dos veces, y, si necesario, tres.» — «Esto yo lo suponía», repuso Critón; «pero hacía mucho que me importunaba.» — «Déjale. Á vosotros, pues, como á jueces, daréos cuenta de por qué firmemente creo debe quien ha vivido como verdadero filósofo, morir en la consoladora confianza de hallar, tras de la muerte, grandísimos bienes. De cómo sea esto así, oh Simias y Cebes, probaré á hablaros ahora.

VII.

Pues cuantos de veras profesan la filosofía, no sé si, aunque los demás no lo noten, puedan aspirar á otra cosa que á morir y á estar muertos. Siendo ello así, muy extraño fuera, después de no haber buscado en toda la vida sino esto, cuando viene, rechazar lo que siempre se ha deseado y pretendido.» — Y Simias riendo, «¡Por Jove, oh Sócrates», dijo, «estando yo tan ajeno á la risa, me has hecho

reir. Pienso que, si las gentes tal oyesen, existimarían todo esto muy bien dicho contra los filósofos, y confirmarían plenamente, por lo menos las nuestras, que los filósofos en realidad anhelan morir, y ellas, por su parte, saben que merecen se les cumpla su deseo.» — «Y dirían bien, Simias, salvo lo de *saberlo ellas;* pues ni saben cómo muere el verdadero filósofo, ni cómo merece la muerte ni qué muerte. Hablemos, pues, entre nosotros y dejemos aquéllos á un lado. ¿Estimamos que la muerte es algo?» — «De fijo», replicó al punto Simias. — «¿Pero no otra cosa que la separación de alma y cuerpo? ¿y que morir es el separarse del alma el cuerpo y quedar solo, y el separarse del cuerpo el alma y quedar sola? ¿Ó será otra cosa que esto la muerte.»

Simias. Nada más.

Sócrates. Mira, pues, oh bueno, si piensas tú lo que yo: esto nos dará luz en la cuestión. ¿Parécete ser propio del filósofo ansiar por los llamados placeres, como el comer, el beber?

Simias. Todo menos eso, oh Sócrates.

Sócrates. ¿Qué más? ¿por la sensualidad?

Simias. Mil veces no.

Sócrates. ¿Qué más? ¿Imaginas que á un hombre tal le importan los otros cuidados del cuerpo? ¿que apetecerá, por ejemplo, el poseer bellos vestidos, calzado, y los otros ornatos del cuerpo; ó qué más bien despreciará lo que no fuere de absoluta necesidad?

Simias. Desprécialo, según entiendo, el verdadero filósofo.

Sócrates. ¿No te parece, entonces, que toda la atención de un hombre tal no se concentra en el cuerpo, sino cuanto es dable se aleja de él, para volverse hacia el alma?

Simias. Así me parece.

Sócrates. Luego ¿no se muestra en esto principalmente el filósofo, á saber: en desligar, todo cuanto puede, al alma de la compañía del cuerpo, á diferencia de los demás hombres?

Simias. Claro es.

Sócrates. ¿Y no cree la mayor parte de los hombres que, quien no gusta de tales placeres y no participa de ellos, no vive; sino que está muy próximo á la muerte quien no se cura de los goces del cuerpo?

Simias. Dices muy bien.

VIII.

Sócrates. ¿Y con respecto á la adquisición de la ciencia misma? ¿estorba allí el cuerpo ó no, cuando en compañía suya aquélla se busca? Quiero decir: ¿enseñan alguna verdad al hombre la vista y el oído? ¿Ó sólo los poetas son quienes sin cesar nos pregonan que nada ni oimos ni vemos bien? Empero, si estas percepciones relativas al cuerpo no son ni exactas ni seguras; menos lo serán las demás. Porque todas son inferiores á ellas. ¿Ó no te parecen así?»

Simias. Ciertamente.

Sócrates. ¿Cuándo, pues, encuentra el alma la verdad? Porque si, ayudada del cuerpo, pretende reflexionar, éste á todas luces la engaña.

Simias. Muy bien.

Sócrates. Luego, si en alguna parte algo descubre de la realidad, ¿no lo descubre pensando?

Simias. Sí.

Sócrates. ¿Y entonces piensa mejor, cuando nada de esto la turba: ni oído, ni vista; ni dolor, ni placer; sino que, entregada á sí misma y separándose, cuanto le es dado, de la sociedad y contacto del cuerpo, va en pos de lo real?

Simias. Verdad.

Sócrates. Luego ¿no desprecia también en esto el alma del filósofo soberanamente al cuerpo, y huye de él y aspira á vivir sola para sí?

Simias. Parece.

Sócrates. Pero ¿qué diremos de estotro, oh Simias: hay ó no hay algo justo?

Simias. ¡Por Jove! que lo hay.

Sócrates. ¿Y algo bello y algo bueno?

Simias. ¿Cómo no?

Sócrates. ¿Y has visto nunca nada de esto con los ojos?

Simias. Nunca jamás.

Sócrates. ¿Ó lo has percibido con algún órgano del cuerpo? Hablo ahora de todo, como del grandor, la salud, fuerza, y, en una palabra, todo lo que en general constituye la esencia de las cosas. ¿Por medio del cuerpo se conoce la última verdad de éstas? ¿Ó es más bien así: quien de nosotros hace esfuerzos mayores por concentrarse pensando, ése es quien al conocimiento de cada cosa más se avecina?

Simias. Cierto.

Sócrates. ¿Y no conseguirá esto por la más pura manera aquel que va todo lo posible con el espíritu mismo á cada objeto; y para pensar no se vale de la vista, ni para ello apela á ninguno de los otros sentidos, sino al pensamiento puro, y trata de sorprender solitaria y pura cada cosa de cuantas existen; alejado todo lo posible de ojos, oídos y, por decirlo así, de todo el cuerpo, como que él perturba al alma, y mientras la acompaña, no le permite alcanzar la verdad ni la sabiduría? ¿No conseguirá, oh Simias, éste la verdad, si es que en el mundo alguien la consigue?

Simias. Muy bien dicho, oh Sócrates.

IX.

Sócrates. Ahora bien, ¿no es natural que todo esto haya hecho nacer en los verdaderos filósofos una opinión que formulan entre sí del siguiente modo: Parece casi no haber para nosotros sino una especie de sendero por donde salvar, pues, mientras en medio del pensamiento investigador estemos unidos al cuerpo y ligada esté á semejante mal nuestra alma, no nos es dado alcanzar jamás lo que anhelamos, á saber, la verdad? Porque de mil maneras nos distrae el cuerpo en razón del sustento que ha menester. Á más nos estorban el alcanzar á la verdad las dolencias que le asaltan. Y de apetitos, y deseos, y temores y todo linaje de fantasmas y niñerías infinitas nos va llenando; de tal suerte que, en puridad de verdad, nosotros — como decir suelen —, á salirse él con la suya, nada comprenderíamos nunca jamás. Y guerras y sediciones y batallas, nadie las suscita sino el cuerpo y sus concupiscencias. Por los bienes de fortuna origínanse todas las guerras, y estos bienes los necesitamos por razón del cuerpo; que condenados estamos á su servicio. Y de aquí, por todas estas cosas, es que nos falta ocio para entregarnos á la sabiduría. Y si alguna vez, por fin, nos deja reposar, y nos volvemos á inquirir algo, asáltanos luego en esta inquisición; alza ruido y perturbación y nos confunde. Así, por causa suya no podemos ver la verdad; antes bien, muy claro es para nosotros que, si algo alguna vez con pureza queremos conocer, precisa separarnos de él y mirar con el alma misma las cosas mismas. Y entonces obtendremos, parece, lo que deseamos y decimos ser nuestro amor: la sabiduría; á saber: cuando muramos; como ahora examinaremos; en vida, empero, no. Pues, dado que no sea posible el conocimiento puro de nada mientras con el cuerpo se esté, preséntase esta disyuntiva: ó no llegar nunca al conocimiento de nada, ó llegar á él después de la muerte. Que entonces subsistirá, sin el cuerpo, sola el alma; antes no. Mientras vivamos, tanto más, según parece, nos acercaremos á la ciencia, cuanto menos trato y comunicación tuviéremos con el cuerpo, menos sirviéremos á sus necesidades, ni nos impregnáremos de su naturaleza, sino que nos purificáremos de él, hasta que nos liberte el mismo Dios. Y de este modo, libres y puros de

la insensatez del cuerpo, reunirémonos verosímilmente con seres semejantes á nosotros, y conoceremos por nosotros mismos con nítida limpieza. Y es ésta probablemente la verdad. Pero al no puro no le será acaso permitido tocar lo puro. Tal no podrán menos de platicar entre sí, me parece, oh Simias, ni de pensar todos los verdaderos amantes de la ciencia. ¿Ó no te parece así?

Simias. De todo en todo, oh Sócrates.

X.

Sócrates. Luego, siendo esto verdad, amigo mío, el que parte, como yo, mucha esperanza tiene de encontrar allá, si es que en alguna parte se encuentra, lo que con tanto afán hemos buscado en la pasada vida. Luego, la marcha que á mí ahora se me hace emprender, la ha de emprender también confiado y alegre el que tenga conciencia de haber procurado purificar su alma.

Simias. Ciertamente.

Sócrates. ¿Y no será esta purificación la de que acabamos de hablar, es á saber: el separar todo lo posible del cuerpo al alma y acostumbrarse ella á salir dondequiera del cuerpo, recogiéndose y concentrándose, y á vivir, cuanto le es dable, ahora y más tarde, solitaria, dentro de sí misma, desatada, como de prisiones, del cuerpo?

Simias. Ciertamente.

Sócrates. ¿Y no es esto lo que se llama muerte: el desligarse y aislarse del cuerpo el alma?

Simias. Es evidente.

Socrates. ¿Y son los verdaderos filosofadores los que siempre y más se empeñan en desamarrarla? ¿Y es, de consiguiente, el afán del filósofo libertar y apartar del cuerpo al alma, ó no?

Simias. Claro está.

Sócrates. Por tanto, lo que dije al empezar: Ridículo es el haberse un hombre afanado toda la vida por acercarse lo posible á la muerte, y sublevarse contra ella cuando viene —¿no es eso ridículo?

Simias. ¿Cómo no?

Sócrates. Á la verdad, oh Simias, anhelan por morir los buenos filosofadores, y nadie teme la muerte menos que ellos. Dedúcelo de esto: Si, estando del todo discordes con el cuerpo y queriendo apartar de él al alma, se amedrentasen, una vez logrado esto, y se desazonasen, ¿no sería grande sinrazón la suya, caso que no fuesen alegres allá donde alcanzar esperan lo que en vida han amado —y han amado la sabiduría — y verse libres de vivir con lo que les estorbaba? ¿Ó sólo muchos de aquellos á quien se les han muerto personas humanamente amadas, mujeres, hijos, habrán deseado ir al averno, arrastradas por la esperanza de hallar en él á los que amaron y de estar con ellos? y quien ha amado la sabiduría y penetrádose de que en ninguna otra parte la hallará á medida de su deseo que en el averno, ¿éste se desazonará ante el morir y no irá gozoso á aquel lugar? Hay que suponerlo, oh amigo, si es amante sincero de la sabiduría. Pues íntimamente estará persuadido de no encontrarla pura en ninguna parte sino allí. Siendo esto como he dicho, ¿no fuera grande demencia temer la muerte el tal?

Simias. Muy grande, ¡por Jove!

XI.

Sócrates. Por lo tanto, cuando vieres sublevarse ante la muerte á un hombre, ¿no será ésta suficiente prueba de que no es un amador de la sabiduría [1], sino algún amador del cuerpo?

[1] Sentimos no poder expresar las cuatro ideas: *amador de*, etc., con las cuatro bellas palabras griegas del original: filósofo, filosómato, filocrémato, filotimo.

Y este tal lo es también de las riquezas y lo es de los honores: lo uno ó lo otro, ó entrambas cosas á la vez.

Simias. Dices muy bien.

Sócrates. El que así pensare, oh Simias, ¿no tendrá igualmente, y en alto grado, lo que llaman valor?

Simias. Sin duda alguna.

Sócrates. Como también la que el vulgo denomina cordura; esto es: el no dejarse llevar de los apetitos, sino mirarlos con indiferencia y tenerlos á raya — ¿no conviene ella también solamente á los que menosprecian el cuerpo y se dan á la ciencia?

Simias. Necesariamente.

Sócrates. Pues, si quisieres reflexionar sobre el valor y la cordura de los otros, te parecerán muy extraños.

Simias. ¿Cómo así, Sócrates?

Sócrates. ¿Sabes que todos los demás cuentan entre los grandes males á la muerte?

Simias. Por cierto.

Sócrates. Luego, los valientes de entre ellos, si sufren la muerte, súfrenla por miedo de un mal mayor.

Simias. Así es.

Sócrates. Luego, porque temen y por temor son valientes cuantos lo son, menos los filósofos. Ahora bien, opónese al buen sentido el ser valiente por miedo y cobardía.

Simias. De fijo.

Sócrates. ¿Y los continentes de entre ellos? ¿No les sucede otro tanto? ¿No son cuerdos en vista de algún desenfreno? Aunque tenemos esto por imposible, acontéceles algo semejante con su peregrina templanza. Porque, temerosos de verse privados de algunos placeres que apetecen, dominados por éstos se abstienen de otros. Y bien que se llama desenfreno el dejarse dominar del placer, sucédeles, con todo, que, señoreados del placer, señorean otros placeres. Lo cual, ¿no da casi tanto como lo que decíamos, esto es: contenerse en cierto modo por desenfreno?

Simias. Parece.

Sócrates. No sea, pues, oh caro Simias, el recto trueque de la virtud, cambiar goce por goce, desplacer por desplacer, temor por temor, más por menos, á guisa de monedas; sino sea la moneda justa por la cual todo esto se trueque, la razón. Y únicamente lo que con ella y por ella se ha comprado y vendido, sea, á la verdad, fortaleza y templanza y justicia y, en general, verdadera virtud fundada en la razón, acompáñela ó no placer, miedo y todo lo demás. Pero si tales afectos se aíslan de la razón y unos por otros se cambian, semejante virtud no será sino un fantasma y verdadera servidumbre, sin provecho ni realidad alguna. Puesto que la realidad es indudablemente la depuración de todo esto; y una especie de entes depurados son la justicia, fortaleza, templanza mismas. Y parece como que no fueran hombres para poco los que nos han dado los misterios[1]; porque desde antiguo nos vienen advirtiendo que el no iniciado é imperfecto va á los infiernos y ha de yacer allí en el légamo; pero que el purificado y perfecto morará entre los dioses. Mas, como dicen los que en esos misterios tratan, los tirsóferos son muchos: pocos, los bacantes. Y éstos, en mi sentir, no son otros que los verdaderos filosofadores; á cuyo número yo en mi vida nada he perdonado sino afanádome en todo por pertenecer. Si me he afanado rectamente y si algo he conseguido, esto en breve, me parece, cuando yo parta allá, Dios mediante, lo sabré. He aquí, oh Simias y Cebes, mi defensa en lo tocante á no dolerme de abandonaros á vosotros y á los dioses de acá; confiado en que allí no habré de hallar sobe-

[1] Órficos.

ranos ni amigos menos buenos que los de aquí. Pero la mayor parte desconfía de esto. En cambio, si mi defensa os ha parecido más conveniente á vosotros que á los jueces de Atenas, me alegraré.

XII.

Todo hay que hacerlo, oh Simias, por alcanzar en vida la virtud y la sabiduría: bello es el galardón, y la esperanza, grande. —Tranquilo acerca del porvenir de su alma debe estar el hombre que durante su vida ha dado de mano á los otros placeres que al cuerpo miran y á su ornato; teniéndolos por ajenos á sí, y propios á acrecentar sus males; corriendo, en cambio, tras los goces de la ciencia y ataviando su alma, no con extraños sino con nativos adornos: templanza, justicia, fortaleza, magnanimidad, verdad; —y así aguarda á emprender el viaje hacia los infiernos tan pronto como su sino le llame. Vosotros, añadió, oh Simias y Cebes y todos los demás, partiréis, cada cual á su tiempo, de aquí. Á mí, empero, me está ya, como diría un trágico, la fortuna llamando y es acaso hora de pensar en el baño. Pues me parece mejor que me bañe antes de beber la poción, para no dar trabajo á las mujeres con el lavado del cadáver.

XIII.

Después de hablar él esto, dijo Critón: «Bien, oh Sócrates; pero ¿qué les encargas á éstos ó á mí, ya sea con respecto de tus hijos ó de algún otro negocio, que desempeñaríamos gustosísimos?»

Sócrates. Lo que siempre he dicho, oh Critón, nada más; esto es: Si vosotros mirareis por vosotros mismos, haréis también por mí, por los míos y por vosotros, aun sin prometerlo ahora, cuanto hiciereis. Pero, si descuidaseis de vosotros mismos y no quisieseis ajustar vuestro paso por la vida, como á huellas, á lo que ahora y siempre hemos dicho, nada haríais, aun cuando lo prometieseis hoy con los más sagrados juramentos.

Critón. Esforzarémonos por hacerlo así. Pero ¿de qué modo te sepultaremos?

Sócrates. Como os plazca; con tal que me tengáis y yo no me os escape. —Diciendo esto, reía apaciblemente, y luego mirando hacia nosotros, continuó: No puedo, oh varones, convencer á Critón de que soy yo este Sócrates quien ahora habla y analiza; sino me cree aquel á quien luego va á ver muerto, y así pregunta cómo me ha de enterrar. El haber yo hablado ahora tanto para demostrar que, bebido una vez por mí el tósigo, no me quedo con vosotros, sino me alejo y parto á alguna bienaventuranza de las almas dichosas: eso le parece que yo lo he dicho como para consolaros á vosotros y á mí mismo. Sed, pues, fiadores míos ante Critón; pero por contraria manera á como él lo fué mío ante los jueces. Él fió que yo quedaría: vosotros ahora fiad que no quedaré, cuando muera; sino me iré lejos; para que á Critón le sea esto más llevadero y para que, viendo él ó arder ó inhumar mi cuerpo, no se apene por mí, como si yo padeciese algo terrible; ni diga en los funerales que expone á Sócrates ó le saca fuera ó le entierra. Pues sábete, oh mi buen amigo Critón, que el no expresarse bellamente no sólo es pecar contra las cosas mismas: infiere también algún mal al alma. Menester es que tengas ánimo y digas que sepultas mi cuerpo. Y á éste sepúltalo como quieras y mejor te parezca.

XIV.

Diciendo esto, levantóse y entró en un aposento á bañarse. Critón fué con él; mas á nosotros nos mandó aguardar allí. Aguardamos, pues, platicando de lo dicho y recapacitándolo; pero luego también de todo el infortunio

que nos hería. É ingenuamente confesábamos perder como á un padre y quedar huérfanos por toda la vida. Después que se bañó y fueron llevados á el sus hijos — tenía dos pequeñuelos y uno más grande — y entraron las mujeres amigas, habló con ellas en presencia de Critón; les encargó lo que deseaba; las hizo retirarse á ellas y á los niños, y volvió á nosotros. Acercábase ya el ocaso del sol; pues dentro se había tardado mucho.

Tornando del baño, sentóse. Comenzaba apenas á hablar, cuando vino el criado de los Once y llegándose á él, «Oh Sócrates», dijo, «de ti no me habré de quejar como de otros, porque se enfadan conmigo y me maldicen, cuando, de orden superior, les intimo beber el veneno. Mas á ti ya te he podido conocer en este tiempo como al más noble, manso y mejor de todos cuantos jamás hayan venido aquí. Y ahora también sé de fijo que no te enojarás conmigo, sino contra los que conoces tienen la culpa. Sabes lo que te vengo á anunciar. Adiós, pues, y trata de sobrellevar, cuanto mejor pudieres, lo que no tiene remedio.» Lloró; volvióse y se fué. Y Sócrates, siguiéndole con los ojos, «Adiós también tú», dijo, «y así lo haremos.» Y al propio tiempo á nosotros: «¡Qué fino el hombre! Así se ha conducido conmigo todo este tiempo; ha platicado conmigo á veces y sido inmejorable. Y ahora, ¡cómo es noble su llanto por mí! Pero, ea, Critón, obedezcámosle; y traiga alguien la cicuta, si ya está triturada. Si no, tritúrela aquél.»

Critón. Pero me parece, oh Sócrates, que el sol bate todavía los montes, y no se ha puesto. Y sé, además, que también otros han bebido muy tarde, al anunciárseles, y se han hartado de vianda y bebida; y hasta ha habido quienes hayan llamado á sí personas amadas. No te apresures; tiempo hay todavía.

Sócrates. Razón tenían ellos de obrar así, oh Critón, como dices, porque al hacerlo creían ganar algo. Y razón tengo yo de no hacerlo, porque nada creo ganar al beber un poco más tarde el tósigo, si ya no es ponerme en ridículo ante mí mismo, dado que tanto apego tuviera á la vida, y escatimase lo que ya nada es. Por tanto, vé, obedéceme y no hagas sino tal.

XV.

Y Critón hizo una seña al niño que más cerca de él estaba, y el niño salió. Largo rato después volvió con quien debía dar el veneno. Traíalo preparado en una copa. Sócrates, al ver á ese hombre, «Sea, oh carísimo», dijo. «Dime tú, que esto sabes, ¿qué se debe hacer?» — «Nada más que, después de beber, pasear hasta ponerse pesados los muslos y luego recostarse: así obrará.» Al punto presentó la copa á Sócrates; y éste la cogió, y muy apacible, oh Equécrates, y sin el menor estremecimiento, sin demudarse en lo más mínimo ni su color ni su rostro; sino mirando al hombre, como solía, de hito en hito. «¿Qué te parece de esta poción?» dijo; «se puede libar de ella á alguien ó no?» — «No preparamos, oh Sócrates», contestó, «más de lo que creemos necesario.» — «Comprendo», dijo Sócrates. «Puédese, con todo, y se debe orar á los dioses por que la peregrinación de acá allá sea feliz. Es esto lo que yo les pido: hágase así.» Acabando de hablar, acercó á los labios la taza, y muy presto y sereno la apuró.

Hasta ese punto, los más de nosotros habían tenido bastante dominio sobre sí mismos para no llorar. Pero cuando vimos que bebía — que había bebido, — entonces ya no. Cuanto á mí, yo lloraba no lágrimas, sino un torrente de ellas; tanto que hube de velarme para desahogar mi llanto, no por él sino por mi propia desventura, viéndome solo, sin un amigo como ése. Ya antes que yo, habíase levantado

Critón, impotente á contener las lágrimas. Pero Apolodoro, que todo el tiempo no había cesado de llorar, prorrumpió ahora en lloro tan desesperado, que á todos los circunstantes nos desgarraba el corazón, menos á Sócrates mismo. «¿Qué es lo que hacéis», dijo, «oh hombres singulares? He alejado á las mujeres, y sobre todo porque no hicieran esta clase de necedades; pues siempre he oído que se ha de morir en medio de la tranquilidad. Así, calmaos y sed fuertes.» Al oírlo, nos ruborizamos y reprimimos el llanto. Paseóse hasta que notó pesadez en los muslos. Entonces recostóse de espaldas; pues tal le había advertido el hombre. Luego éste, que le había propinado el veneno, le tocó, examinando sus pies y muslos; lo que continuó haciendo de rato en rato. Apretóle después fuertemente los pies, preguntándole si sentía: dijo que no. En seguida, las rodillas; y de este modo fué subiendo, y nos mostró cómo poco á poco se enfriaba y helaba. De nuevo le tentó, y dijo que, cuando le llegase al corazón, acabaría. Ya estaba helado casi todo su vientre, cuando se descubrió el rostro — había permanecido cubierto — y dijo — fueron sus últimas palabras —: «Oh Critón, debemos un gallo á Esculapio [1]: ofrecédselo; no os descuidéis.» —«Se hará», dijo Critón; «ve si algo más nos encargas.» Á esto ya no respondió. Luego estremecióse; y el criado le descubrió la faz: quebrados estaban sus ojos. Viéndolo Critón, cerróle los labios y los párpados.

Éste, oh Equécrates, fué el fin de nuestro amigo, del hombre que, en sentir de nosotros, era el mejor de los que conocíamos, y el más sabio y más justo de todos.

SAN JUAN CRISOSTOMO.

(¿347?—407.)

EL gran Padre de la Iglesia oriental, el genio de la elocuencia cristiana y uno de los más excelentes oradores de todos los tiempos, es San Juan, llamado, por lo diserto, Crisóstomo *(boca de oro)*, natural de Antioquía. Sin ejemplo es su facundia y el mágico poder de su palabra. Todos los dias predicaba al pueblo y todos los días se despoblaba, desde los palacios hasta los tugurios, la inmensa ciudad, para oirle, aclamarle con frenesí y dejarse arrastrar con delicia del torrente, siempre límpido, ancho é impetuoso, de la palabra más viva, más clara y abundante que haya resonado en tribuna humana. Ninguno de sus discursos prueba con tanta claridad sus extraordinarias facultades oratorias, la fuerza de su elocuencia y su profundo conocimiento del corazón humano como su *homilía por Eutropio*, la cual constituye uno de los más bellos triunfos y monumentos de la elocuencia.

LA HOMILÍA POR EUTROPIO.

I.

Siempre, sobre todo ahora, oportuno es decir: «Vanidad de vanidades; todo, vanidad.» ¿Dónde están ahora las brillantes vestimentas consulares? ¿Dónde las esplendorosas antorchas? ¿Dónde los aplausos, y las danzas, y los festines, y las fiestas, y las coronas y los cortinajes? ¿Dónde el estrépito de la ciudad y las aclamaciones del hipódromo y las adulaciones de los espectadores del teatro? Todo eso se fué: sopló súbito el viento; derribó el follaje; mostrónos desnudo el árbol, sacudido, hasta las raíces mismas, lo que de él queda. Tan recia fué la ráfaga del viento, que amenazó arrancarlo de cuajo y trastornar hasta sus fibras. ¿Dónde están ahora los improvisados amigos? ¿Dónde el beber y

[1] Los convalecientes solían ofrecer un gallo al dios de la medicina. Sócrates alude á que ha sanado del cuerpo.

banquetear? ¿Dónde el enjambre de parásitos, y el beber vinos generosos todo el día, y las mil artes de los marmitones, y el obrar y hablar siempre complacientes de los esclavos del poder? Noche era todo aquello y sueño: nació el día, y se desvaneció. Flor era primaveral: pasó la estación: la flor se marchitó. Sombra era, y voló: humo era, y disipóse: pompas eran de agua, y deshiciéronse: tela era de araña, y se rompió. He aquí por qué no nos cansaremos de proclamar la citada sentencia del Espíritu Santo: «Vanidad de vanidades; todo, vanidad.» Ella en muros, vestiduras, plazas, hogares, vías, puertas, vestíbulos, y sobre todo en la conciencia de cada cual indeleblemente escribirse debe y meditarse sin cesar. Desde que la conducta fraudulenta, el antifaz, la hipocresía parecen ser para muchos verdad, precisa que todos los días, al comer, al cenar, al platicar, repita cada uno esta frase á su vecino y se la oiga repetir; porque «Vanidad de vanidades, y todo, vanidad».

2.

¿No te decía yo siempre que la riqueza es fugaz? Tú no lo sufrías. ¿No te decía que es una sierva inconsiderada? Tú no lo quisiste comprender. He aquí que los hechos te demuestran no ser ella sólo fugaz, sólo inconsiderada, sino también matadora: es ella quien hoy te hace temblar y sobrecoger. ¿No te decía yo — y tú siempre te airabas conmigo porque te hablaba la verdad — que te amaba yo más que todos tus aduladores? ¿que yo, vituperando, te servía más que los complacientes? ¿No te añadía aquellas palabras: «Mejores son las heridas de los amigos que los intencionados ósculos de los adversarios»? Si recibieras mis heridas, no te engendraran esta muerte los besos de aquéllos. Que las llagas mías causan la salud: las caricias de los otros, dolencia intolerable.

¿Dónde están hoy los escanciadores? ¿Dónde los que por las calles iban pavonéandose y pregonando por doquiera encomios mil? Á perderse corrieron; renegaron de tu amistad; buscaron, en medio de tus reveses, la propia seguridad. No así nosotros: del entonces furioso no huimos; al hoy caído atendemos y curamos. Y la iglesia, por ti combatida, ábrete su seno y en él te acoge. Los teatros, empero, de ti mimados, por los cuales á menudo contra nosotros te encolerizabas, te han traicionado y matado. Á pesar de todo, no cesábamos de decirte: «¿Por qué haces esto? Á modo de bacante atacas á la iglesia: y te vas despeñando á ti propio en el abismo. Todo lo atropellas.» Pues bien, los hipódromos que devoraban tu oro, han afilado la cuchilla: y la iglesia, abrevada de tus intempestivos furores, cércate solícita, por arrancarte á las redes de la muerte.

3.

Digo esto no para zaherir al caído, sino para asegurar á los que están en pie: no para reabrir las heridas del llagado, sino para que los sanos vivan en segura salud: no para hundir al combatido por las olas, sino para prevenir contra el naufragio á los que navegan en bonanza. ¿Cómo? Advirtiendo el vaivén de las cosas humanas. Pues si éste lo advirtiera, no sería hoy su víctima. Pero si él ni reflexionó ni escuchó reflexiones; vosotros, al menos, que de las riquezas os ufanáis, escarmentad con este ejemplo. Que nada hay más frágil que la humana fortuna. Por esto, si expresarse quisiere su flaqueza, no se llegará á la verdad, aun cuando se la llame humo, hierba, ensueño, flor vernal ó como se quiera: tan efímera, y menos es que lo que no es. Por aquí se ve que, no obstante su nada, entraña mucho peligro. ¿Quién más grande que éste? ¿No superaba en

riquezas al mundo entero? ¿No se encumbró hasta la cúspide de los honores? ¿No temblaban, no se amedrentaban todos ante él? Y he aquí que se ha tornado más mísero que esclavo, más lastimoso que siervo, más pobre que hambriento pordiosero; y ve todo el día afilar la espada; ve el abismo, verdugos, la marcha al suplicio. No sabe si alguna vez ha vivido entre placeres; ni siquiera viene ya á sus ojos la luz del cielo: al claro mediodía envuelto está como en densísima noche: tanto han desfallecido sus pupilas. No podría yo, por más que me esforzara, pintaros las angustias que han de agobiarle, pues aguarda por momentos ser despedazado. Pero ¿qué necesidad tenemos de hablar en esto, cuando él mismo nos ha trazado en cierto modo su propia imagen? El día antes de aquel en que desde el palacio real se abalanzaron sobre él para arrastrarle consigo, cuando se adelantó á las armas, corriendo al santuario, entonces era de verde boj su semblante; y hoy no difiere, en un ápice, del de un cadáver; rechínanle los dientes; convulso tiembla todo su cuerpo; anudada tiene la voz en la garganta; la lengua, atada; y todo su porte es de uno á quien se le ha petrificado el alma. Y esto lo digo, no por escarnecer su desgracia: dígolo por ablandar vuestros pechos, por moverlos á compasión, y á mitigarle su castigo.

4.

Pues hay entre nosotros muchos tan inhumanos que hasta murmuran porque en el ara le hemos acogido; pregono sus padecimientos, á fin de suavizar su desamor. ¿Por qué, dime, te enfadas, amigo mío? — «Porque», dice, «se ha refugiado en la iglesia el que siempre la ha combatido.» — He aquí el mayor motivo de alabar á Dios; que le envía, abatiéndole con tamaño contraste, para enseñarle el poder de la iglesia y su caridad: su poder, porque después de toda la guerra que se le hace, sobrevive á tamañas vicisitudes; su caridad, porque, atacada, cubre ahora con su broquel al enemigo, y bajo sus alas le acoge, y del todo le pone en salvo, sin recriminación alguna; y amorosísima le franquea su regazo. Esto es más glorioso que todos los trofeos; esto, más preclaro que la victoria; esto convierte al gentil; esto ruboriza al judío; esto descubre la esplendorosa faz de ella: que perdone al enemigo á quien maniatado tiene en su poder; que le oculte ella sola, como amorosa madre, bajo sus propias vestiduras, mientras todos le miran indiferentes; que afronte ella las reales iras, el furor del pueblo, el desenfreno de la execración. He aquí la gloria del altar. «¿Qué gloria», me dirás, «el aferrarse del santuario el criminal, el codicioso, el ladrón?» No digas tal, después de abrazarse con los pies de Cristo la pecadora, la muy criminal, la impura. No ha sido esto desdoro para Jesús: portento ha sido é himno eterno; que no mancilló al puro la impura: el puro, el inmaculado, perdonándola, purificó á la criminal pecadora. No recrimines, oh hombre: siervos somos de aquel Crucificado que dice: «Perdónales, porque no saben lo que hacen.» — «Pero», dirán, «él ha vallado la puerta de este asilo con edictos y leyes hostiles.» Y ved cómo la experiencia le enseña lo que ha hecho y cómo él mismo es el primero á romper su ley, trocado en espectáculo del mundo y hablando tácito desde aquí, para advertir á todos: «No hagáis lo que yo, para no padecer lo que yo.» Maestro le ha hecho la desgracia; y gran fulgor despide el santuario; pues más formidable que nunca parece ahora por tener atado y sujeto al león. Que no brilla la majestad soberana sólo cuando, vestido de púrpura, ceñido de diadema, sentado está en su trono el rey, sino

también cuando huella con su regia planta á los bárbaros ante él postrados, atadas las manos á la espalda, fijos en la tierra los ojos. Y que no necesito, para manifestároslo, de la palabra, lo atestiguáis con vuestra presura y muchedumbre vosotros. Pues tenemos hoy aquí una espléndida concurrencia, un espectáculo refulgente; y cuanto pueblo en la sagrada Pascua reunirse veo, tanto veo también ahora aquí. Es éste, silencioso como está, quien los ha llamado á todos con la voz de los hechos, más penetrante que la de la trompeta. Y la doncella ha dejado vacío su retrete; la mujer, el gineceo; el hombre, la ágora: todos habéis corrido acá á ver confundida la humana naturaleza, á ver la caducidad de las cosas terrenas desnuda: ese rostro de prostituta, ayer, anteayer fulguroso — esto da á los potentados la prosperidad —, deforme ahora más que el de todas las viejas rugosas, lavado de cosméticos y tintes, como con esponja, por esta vicisitud. Tanto es el rigor del presente infortunio: al más rutilante y glorioso de todos exhíbele hoy como al más mísero de todos.

5.

El rico venido aquí gran provecho reportará, viendo cómo el que estremecía al mundo ha sido despeñado de tan excelsa cumbre; y encógese más tímido que liebre, que rana; y sin atadura aférrase de esa columna; y en vez de dogal, estrangúlale el temor; amedréntase y tiembla: — calmará su inflamación; deshincháraseé y depuraráse su soberbia, y discurriendo cual acerca de las cosas humanas discurrirse debe, llevará al hogar aprendida esta lección de los hechos; la misma que la Escritura enseña de palabra, cuando dice, por ejemplo: «Toda carne es heno, y toda la gloria del hombre es como la flor del heno: secóse el heno, y cayó su flor»; y cuando dice: «Como heno, sécanse pronto, y como verde hierba presto se marchitan»; porque «cual el humo, son sus días»; y muchas otras sentencias semejantes. Por otra parte, el pobre que haya venido, no se sentirá anonadado, al ver este espectáculo, ni se rebelará contra su indigencia, sino que bendecirá la pobreza, porque es para él una ciudadela inexpugnable, y sosegado puerto y segura muralla. Y viendo esto, preferirá mil veces quedar donde está, á coger por un momento los bienes todos del mundo, para luego exponer hasta la vida misma.

¿Ves cómo el haberse aquí asilado éste no aprovecha poco á ricos y pobres, á humildes y poderosos, á esclavos y á libres? ¿Ves cómo cada uno se va sano con el remedio que ha hallado aquí, nada más que mirando el presente espectáculo?

6.

Con que ¿he mitigado vuestro enardecimiento y lanzádoos del corazón la ira? Con que ¿he extinguido vuestra inhumanidad? Con que ¿os he movido á compasión? Sí; me permito creerlo; y vuestros semblantes y las muchas lágrimas así lo dicen. Pues bien, ya que las piedras están hondas y la tierra, feraz: ea, brotemos el fruto de la conmiseración; ostentemos de piedad ataviadas nuestras espigas; y arrojémonos á las plantas del rey; ó más bien: roguemos al Dios de la clemencia, aplaque la indignación del soberano y ablande su pecho, á fin de que para él nos conceda total perdón. Pues, desde el día que está aquí refugiado, hase producido un cambio no pequeño. Cuando el rey supo que había corrido á asilarse en esta ciudadela, y cuando el ejército le exacerbaba contra aquél por sus muchas maldades, pidiendo su muerte; habló largamente á las milicias, para calmar su indignación, notando que no solamente á sus crímenes habíase de

atender, sino también á si se había arrepentido, y considerar este arrepentimiento, y, cuanto á sus extravíos, perdonarle cual á hombre. Y al pedir ellos de nuevo venganza de los ultrajes contra el rey, y al clamorear, al agitarse, pidiendo su cabeza, y al blandir las picas, vertieron abundoso llanto sus humanísimos ojos; recordóles el ara santa en donde estaba refugiado, y así apaciguó su furor.

7.

Entre tanto, nosotros, de nuestra parte, ayudemos á ello. Pues ¿qué perdón mereceríais, si olvidando las ofensas el rey ultrajado, vosotros, que nada de esto habéis padecido, manifestarais tamaña furia? ¿Cómo, saliendo de este concurso, participaréis vosotros de los misterios y repetiréis aquella oración, por la cual se nos manda decir: «Perdónanos, como nosotros perdonamos á nuestros deudores», si pedís se castigue á vuestro deudor? ¿Ha delinquido grandemente, altaneramente? No lo negamos. Mas no es hoy tiempo de juicio, sino de piedad; no de rigor, sino de clemencia; no de querellas, sino de perdón; no de tribunal ni condenas, sino de lástima y gracia. Nadie, pues, se encone ni se indigne; antes roguemos al Dios de la caridad le dé que prescriba su vida y le arranque de la muerte inminente, para que se desprenda de la maldad. Juntos acerquémonos al clemente rey, á pedirle, por la iglesia, por el ara, conceda á la mesa sagrada este solo hombre. Haciéndolo así, el rey mismo accederá, y más que el rey nos loará Dios; quien nos galardonará magníficamente nuestra caridad. Porque, así como vuelve su faz del cruel é inhumano y le aborrece, así se inclina al piadoso y caritativo, y le ama. Si éste es justo, cíñele más rutilante corona: si pecador, olvida sus pecados, devolviéndole lástima por su lástima del consiervo. Puesto que dice: «Misericordia quiero, y no sacrificio.» Y en todas partes de la Escritura le ves pedir lo mismo y decir que de esta suerte se alcanza el perdón de la culpa. Así le aplacaremos también nosotros. Así satisfaremos por nuestros pecados. Así glorificaremos á la iglesia. Así también el clemente rey nos alabará, como antes he dicho; y todo el pueblo nos aclamará; y los confines del orbe se maravillarán de la humana y blanda condición de la ciudad; y dondequiera que en el mundo se sepa lo acaecido, nos ensalzarán á grandes voces. Y para gozar de estos bienes, postrémonos, oremos, supliquemos; arrebatemos del peligro al preso, al fugitivo, al suplicante, á fin de obtener también nosotros la dicha venidera, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo; á quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

LITERATURA LATINA.

VIRGILIO.

(70—19 antes de Jesucristo.)

SUPERA en elegancia á todos los poetas del Lacio *Publio Virgilio Marón*, mantuano, de humilde cuna, y sencillo y candoroso de carácter. Las grandes dotes poéticas de Virgilio son su perfectísimo lenguaje, la insuperable belleza y armonía de su verso, la brillantez de muchas narraciones de la *Eneida* y descripciones de las *Geórgicas*, el acabado arte que despliega, sobre todo en los detalles.

DE LA ENEIDA.

DESCRIPCIÓN DE LOS INFIERNOS.

(VI, 264.)

Oh dioses que el imperio de las almas
tenéis y de las sombras silenciosas
del Caos, Flegetonte: inmenso mundo
de la callada noche: dad que pueda
lo oído referir, y protegedme
para correr el velo de lo hundido
en subterráneo abismo de tinieblas.
En solitaria noche envueltos iban[1]
por sombra y de Plutón por las moradas
desiertas y su reino mustio y solo;
como se va con indecisa luna
y vaga luz por medio de las selvas,
cuando Jove los cielos ha entoldado
y tenebrosa noche vela al mundo.

(VI, 295.)

De aquí la vía que á las ondas lleva
del Aqueronte y tártaro. Entre cieno
aquí en vasta vorágine el abismo
revuelto hierve y del Cocito lanza
la arena toda.
De estas horrendas aguas, de estos ríos,
guardián custódialos Caronte escuálido,
de terrible escualor. Alta canicie
inculta yácele en la barba; llamas
sus ojos son; al hombro se le anuda
sórdida veste. Á remo y vela él mismo
guía su negra barca, en que transporta
los cuerpos, ya longevo, mas de fuerte
y lozana vejez.
Acá se precipita á las orillas
toda la multitud desordenada:
madres, varones, cuerpos que héroes fueron
sublimes, y los niños, las doncellas,
los jóvenes que ardieron en la pira
ante sus padres; como densa cae,
á la primer escarcha del otoño,
en las selvas la fronda; ó cual las aves
en más templada tierra se aglomeran
innúmeras, del alto mar, por donde
huyendo vienen el rigor de invierno.
Los primeros le ruegan los conduzca,
y las manos le tienden, anhelosos
de la ribera opuesta.

(VI, 426.)

Luego sonaron voces y un vagido
inmenso de almas flébiles de infantes
arrebatados por el negro día
al pecho de sus madres
y sumergidos con acerba muerte,
cuando tocaban á la dulce vida.
Á par están los que inocentes fueron
á muerte condenados. Ni se asignan
sin suerte ni sin juez tales mansiones.
Los interroga y mueve la urna Minos.
Los llama silenciosos y escudriña
su vida y sus delitos.
En la región vecina tristes moran
los que, no criminosos, con su mano

[1] Eneas y la Sibila.

muerte se dieran y de sí arrojaran
el alma por el tedio de la vida.
¡Cómo querrían en el éter alto
sufrir hora pobreza y graves cuitas! —
La ley lo veda, y lígalos con ondas
inamables llorosa la Laguna:
veces nueve la Estigia se interpone,
vertiéndose en redor.

De allí no lejos se abren dilatados
los campos dolorosos — tal los llaman. —
Aquí á los que en impía pestilencia
amor cruel consumió, celan secretas
sendas, y selvas cércanlos de mirto;
no los deja el afán ni tras la muerte.

(VI, 548.)

Mira Eneas: contempla de repente
por so el peñón izquierdo anchas murallas
triples en cuyo torno el Flegetonte
tartáreo, con sus ondas inflamadas,
abrasadoras, rápido se vierte,
y retuerce peñascos resonantes.
En frente se alza puerta gigantea
y columnas macizas de diamante,
que derribar no pueda fuerza alguna
de hombres ni aun de celícolas violenta.
Férrea torre se yergue por los aires.
Y sentada Tisífone, ceñido
el cruento peplo, vela noche y día
el pórtico. De allí gemidos se oyen
sonar y fieros golpes y de hierros
estridor y arrastrar.

Párase Eneas, y aterrado escucha
el ruido: «¿Qué linaje de delitos,
oh virgen, di: qué penas los oprimen?
¿Qué es este grande estrépito que suena?»
Y respondió la profetisa: «¡Oh claro
caudillo de los teucros! ningún puro
puede tocar el criminoso limen.
Pero, cuando el imperio de las selvas
infernas Hécate me dió, enseñóme
las penas de los dioses y á doquiera
condújome. Es el rey de aquestos reinos
durísimos el rodio Radamanto,
y castiga y escucha los errores,
y fuerza á confesar cuanto delito
se perpetró con corazón alegre,
inicuo contra el cielo, difiriendo
hasta la tarda muerte el expiarlo.
Armada de flagelo, vengadora
Tisífone azotando eternamente
derriba los precitos, y vibrando
sobre ellos con la izquierda torvas sierpes
convoca las hermanas cruentas turbas.»

En esto, al fin, horrísonos rechinan
los goznes y ábrense las sacras puertas.
«¿Ves qué guardián sentado en el vestíbulo
está? qué faz custodia los dinteles?
Hidra horrorosa de cincuenta fauces
negras feroz en lo interior habita.
Luego dos veces más ancho y profundo
el tártaro se hiende entre tinieblas
que se alza, desde el orbe, el cielo empíreo.
Allí la raza antigua de la tierra,
el linaje titanio, en la honda sima
fulminados revuélvense.

Allí también he visto á los Aloidas
gemelos, monstruos,
que con sus manos el inmenso cielo
desgarrar intentaron, y al Saturnio
arrojar de su reino soberano.
Y he visto en cruel suplicio á Salmoneo:
éste con su cuadriga y agitando
tea inflamada por los pueblos iba
de Hélada y de Elis á través ovante
y honores divinales se arrogaba;
¡necio! que con el bronce y con el callo
sonante de bridones simulara
la tormenta y el rayo inimitable.
El Padre omnipotente en medio á nubes
densas vibró su dardo, que no antorchas
ni teas encendidas llameantes,
y le precipitó con torbellino
enorme en tierra.

También veíase á Tición, alumno
de la omnípara tierra: está tendido
y ocupando yugadas nueve enteras.
Cébase en su hígado un ingente buitre
con corvo rostro; en sus entrañas, ricas
de penas, banquetea, y se aposenta
so el alto pecho; ni jamás reposo
concédese á las fibras renacientes. —
. . . . . .
Sobre él [1] pende una roca
que parece caer y estar cayendo;
reclinatorios de oro en los pomposos,
muelles asientos brillan; festín regio
delante de él dispuesto está: contigua
la mayor de las Furias le prohibe
tocar las mesas, y álzase, y levanta,
y sacude su antorcha, y grita y ruge.

Aquí encerrados su castigo esperan
los que envidiaron, vivos, al hermano
á los padres hirieron; á los clientes
defraudaron; amaron las riquezas
reunidas avaros y á los suyos
no dieron de ellas — turba es ésta enorme;
los que por adulterio muertos fueron;

[1] Tántalo.

los que armas sediciosos empuñaron
perjuros. Ni preguntes por sus penas
ni á cuál caso ó fortuna sucumbieron.
Volviendo van los unos roca ingente;
otros de ruedas cuelgan, á las pinas
la planta y mano atadas.
Sentado está, sentado eternamente
habrá de estar el infeliz Teseo;
y el misérrimo Flegias amonesta
á todos, voceando por las sombras:
'Aprended la justicia amonestados
y á no menospreciar á las deidades.'
Éste vendió su patria por el oro
y un déspota le impuso;
hizo y deshizo leyes por dinero:
aquél penetró al tálamo de la hija,
á vedado himeneo.
Todos tentaron, consumaron todos
crímenes horrorosos. Si tuviese
cien lenguas yo, cien bocas y voz férrea
no pudiera nombrar tanto delito
ni pena tanta.»

HORACIO.

(65—8 antes de Jesucristo.)

QUINTO HORACIO FLACO, venusino, es el creador de la sátira. Es tanta la concisión y fuerza de su estilo, tan atrevido y feliz su lenguaje, tal la vehemencia de su imaginación y el esplendor de sus imágenes, tan rico y flexible su ingenio y tanta la armonía de su verso, que el lector, arrebatado de entusiasmo, no advierte de ordinario la ausencia del fuego interno, que no viene sino del corazón.

Á GROSFO.

(«Otium divos».)

Calma á los dioses dentro al Mar Egeo
pide el mareante, cuando nubes negras
velan la luna ni á la nao lucen
astros seguros.

Calma, la Tracia belicosa, ardiente;
calma, los medos por la aljaba claros,
Grosfo; bonanza que por gemas ni ostro
ni oro se compra.

Que ni tesoros ni lictor de cónsul
quitan al alma la zozobra triste
ni los cuidados que de techo rico
vuelan en torno.

Basta con poco, si el salero patrio
brilla en la mesa moderada, parca;
ni ansias ni anhelo desdoroso el sueño
plácido roban.

¡Qué de proyectos en tan corta vida!
¡Qué de mudanzas hacia lejas tierras!
¿Quién, de la patria desterrado, puede,
huir de sí mismo?

Á éneos bajeles la enfermiza cuita
sube; persigue cabalgantes turbas
rauda: los ciervos, la tormenta brava
son menos raudos.

Goza el momento; lo ulterior descuida,
odia sus penas y con risa blanda,
templa lo amargo; que no ha visto el mundo
dicha cumplida.

Siega la muerte luego al claro Aquiles:
merma á Titono senectud eterna:
bríndanme acaso lo que á ti las horas
hante negado.

Greyes y vacas sicilianas ciento
múgente en torno; te relinchan ledas
yeguas dispuestas á cuadriga; vistes
lanas retintas

De ostro africano: reducidos campos
dióme la parca no mendaz; de musa
griega, un aliento; del maligno vulgo
dióme desprecio.

DE LA ODA Á JULIO ANTONIO.

(«Pindarum quisquis».)

Todo el que á Píndaro emular pretenda,
álzase, Julio, con dedálea hechiza
pluma de cera, para dar al ponto
vítreo su nombre.

Como torrente por la lluvia henchido
alto, que salva las natías vallas,
hierve y profundo sus inmensas olas
Píndaro lanza.

Siempre conquista la febea láurea,
ora por entre ditirambo osado
nuevas palabras destrabadas ruede,
libre de lazos;

Ora los dioses, ya los reyes cante:
casta divina que postró con muerte
leal los centauros; que postró la horrenda
ígnea Quimera.

Ó ya celebre los que tornan divos:
púgil y biga con la elea palma,
dándoles dones cuyo precio excede
cien monumentos.

Sea que llore con la esposa flébil
muerto al esposo juvenil, y su alma
y áureas virtudes, desde el orco negro,
suba á los astros.

Ráfaga, Antonio, poderosa eleva
hasta los cielos al dirceo cisne
siempre que se alza. — Yo, matina abeja,
que entre la selva

Coge el tomillo fatigosa, el grato,
sobre las ribas de la uvosa Tíbur;
formo pequeño con labor paciente
yo mis cantares.

OVIDIO.

(43 a. C. á 14 d. C.)

SUPERA en ingenio poético á Virgilio y Horacio, mas es inferior á ellos en gusto y perfección artística, Publio Ovidio, denominado Nasón, de Sulmona. Ni en inventiva, ni en espontaneidad, ni en gracia y colorido nada tiene la literatura del Lacio que compararse pueda á la brillantísima y deslumbradora imaginación que anima las *Metamorfosis*, y sabe variar y unir con el más exquisito arte esa extensa serie (246) de leyendas mitológicas. Frívolas en apariencia, presídelas, con todo, un alto pensamiento moral: el del castigo que reciben las pasiones humanas desbordadas y que es la causa última de las mil transformaciones en el poema referidas. Como jugando, atraviesa la fantasía de Ovidio todas las regiones poéticas, desde las más humildes hasta las más sublimes. Parece como que una vara mágica hiciera brotar esos versos, por todo extremo espontáneos, y esos tesoros de poesía; en los cuales, si bien hay alguna arena de difusión y mal gusto, resplandece siempre un gigantesco talento poético. Es Ovidio, sin disputa, el primer poeta latino y el no igualado maestro de la bella forma.

PROCNIS Y CÉFALO.

(Ars amat. III, 686.)

Las colinas purpúreas del Himeto
florido baña una fontana sacra,
y muelle las tapiza verde césped.
Árboles forman no profunda selva
y la hierba sombrean los madroños.
Trasciende todo á rosmarino, y lauro,
y mirto umbrío. Ni frondoso falta
el boj ni el tamarisco delicado
ni el vil codeso ni el soberbio pino.
Vital alienta el céfiro: y susurra
tan varia fronda y elevada hierba.
Retiro grato á Céfalo; do el joven,
apartado de siervos y jauría,
á reposar recuéstase frecuente,
y «Vén, aura ligera», cantar usa,
«vén y mi seno y fuego refrigera».
De la esposa á los tímidos oídos
alguno mal solícito estos sones,
tomados de memoria, traspasara.
Pensó Procris, oyendo de Aura [1] el nombre,
ser el de una rival: perdióse su alma
y el súbito dolor volvióla muda.
Palideció, cual, hecha la vendimia,
amarillean las tardías hojas
de la vid, al primer rigor de invierno,
ó el membrillo maduro que sus ramas
doblega, ó cornizola madurante.
Cuando volvió en su acuerdo, desgarrando
fué, desde el pecho, la ligera veste
y con las uñas la inocente cara.
Y no hay tardar. Furiosa, cual bacante
so el tirso, y desgreñados los cabellos,
corre y vuela por medio de las vías.
Ya cerca del lugar, deja en el valle
las compañeras, y resuelta al bosque
penetra con callada, muda planta.
¿Qué intentabas hacer, al ocultarte,
Procris, así, desatentada? ¿El pecho
atónito qué ardores te movían?
Ya, ya verla venir imaginaba,
á no dudar, quien quiera que ella fuese,
esa Aura, y presenciar el desacato.
Ora de haber venido se arrepiente
(que sorprenderle no querría) y ora
se felicita: hace fluctuar su pecho
el amor: ser así verdad le dicen
paraje, nombre, indicio, y porque siempre
la mente lo que teme da por cierto.
Del cuerpo los vestigios ve en la hierba
aplastada: y palpita tembloroso
su corazón y trémenle los pechos.
Ya, encogida la sombra meridiana,
el sol á su cenit llegado había,

[1] Nombre propio romano.

cuando he ahí que Céfalo Cilenio
de entre las selvas torna y con las ondas
corrientes baña su encendido rostro.
Ansiosa estás, en tu escondite, Procris;
aquél sobre la hierba acostumbrada,
y «Vén, céfiro blando y aura», dice.
Al comprender la mísera del nombre
el grato error, se recobró y volvieron
á su faz los colores. Se levanta
y brusca dividiendo va el ramaje,
á los brazos volando del esposo.
Éste piensa ser fiera: se incorpora
juvenil rápido y su diestra empuña
el venablo. ¿Qué vas, oh desgraciado,
á hacer? No es fiera: deja el dardo. ¡Ay! vuela
tu arma á la niña. «¡Ay me», clama, «has herido
á este pecho que te ama y que de Céfalo
ha estado siempre herido. Yo en flor muero,
mas no á los tiros de rival ninguna.
Esto, al guardarme, oh tierra, hará que leve
me seas tú. Mi espíritu ya sale
al aura, sospechado nombre; caigo;
¡ay! ciérrame los ojos
con tu querida mano.»
En su regazo flébil él reclina
los miembros de su dueña moribundos,
y lava con sus lágrimas las crueles
heridas. Ella exhala poco á poco
del pecho incauto el alma, y la recibe
en sus labios el mísero marido.

Á LA MUERTE DE TIBULO.

(Amores III, 9.)

Si su madre á Memnón lloró, si á Aquiles
la suya, y tan sublimes diosas fuerte
hirió su triste suerte;
suelta la crencha sin decoro,
oh Elegía, con lloro.
¡Ay, que tu nombre en demasía
es verdadero en este día!
que de tus obras el cantor Tibulo,
tu gloria, en alta pira
ardiendo está, cuerpo vacío.
De Venus al infante mira;
cuál la aljaba invertida
y roto el arco lleva
y la antorcha extinguida.
Mira cuál va penoso
con el ala caída,
y se hiere el desnudo pecho
con enemiga mano;
cómo flotando su cabello,
alrededor del cuello,
en lágrimas se empapa;
cuál su boca resuena
de sollozos violentos llena.
Dicen que tal, oh hermoso Yulo,
salió de tu techumbre
en las exequias de su hermano Eneas.
Ni Venus por la muerte de Tibulo
menos se anonadó que cuando al joven [1]
desgarró la ingle el jabalí bravío.
¡Y aún nos llamarán vates sagrados,
delicia de los dioses!
Ni falta quien nos crea dominados
de un numen. He aquí: la muerte impía
profana lo sagrado todo; á todo
coge con mano umbría.
¿Qué le valió al ismario [2] Orfeo
el padre [3]? ¿qué la madre [4]?
¿qué el domeñar las fieras con su canto,
atónitas de espanto?
Y el mismo padre [5] dicen que en la hondura
de las selvas á Lino lamentara,
«¡Ay, Lino!» repitiendo
su lira por sí sola.
Y acuérdate del Meonida,
en quien, cual en perenne fuente,
bañan la faz los vates
con onda pieria; al que también el día
postrero sumergió en el negro averno.
Sólo la poesía
huye las piras ávidas. Perdura
del poeta la labor: la fama
de la troyana suerte dura;
los escondidos dardos,
con dolo de la noche, tardos.
Tal Némesis, tal Delia nombradía
larga tendrán: una el amor postrero;
la otra el primero.
¿Qué os sirve el culto? ¿que el egipcio sistro [6]?
¿Dó está el provecho
del solitario lecho?
Arrebatando al bueno el mal violento,
de negar á los dioses inclinado
— perdonad á este flébil — yo me siento.
Piadoso vive: morirás. Al culto
date piadoso: impía te derrumba
de los altares
la muerte á la honda tumba.

---

[1] Adonis. [2] Nacido en el monte Ismaro. [3] Apolo.
[4] Calíope. [5] Apolo.
[6] Alude al culto de Isis y su simulacro de continencia.

Confía en la bondad de tus cantares:
yace — héle ahí — Tibulo.
De todo él queda apenas
lo que urna coge escasa.
¿Á ti, vate sagrado,
la llama de la hoguera,
á ti te ha arrebatado?
en tu pecho cebarse no ha temido?
¡Que de los santos dioses no haya ardido
el templo de oro,
que tanto crimen permitiera?
Aparta el rostro la que impera al Érix;
y hay quienes niegan que contuvo el lloro.
Y con todo, mejor ha sido
que si la playa flacia [1] le cubriera
con vil tierra desconocido.
Aquí una madre al menos
le ha cerrado los dulces ojos llenos
de lágrimas al fugitivo;
y ha tributado
los últimos honores
á sus cenizas.
Aquí una hermana los dolores
de la infelice madre compartiera,
las hebras arrancándose inornadas.
Y Némesis y la primera
sus ósculos juntaron con los tuyos,
y el rogo no dejaron solitario.
Delia, bajando, «Más feliz amada»,
dijo, «yo fuí por ti: vivías,
cuando en mi fuego te encendías.»
Á la que Némesis: «¿Por qué mis daños
te afligen? Moribundo él estrechada
me tuvo con la mano desmayada.»
Empero, si algo de nosotros queda
más que el nombre y la sombra,
en el elisio val estás, Tibulo.
Y con tu Calvo vienes á su encuentro,
docto Catulo,
la frente juvenil ornada en hiedra;
y tú también, si fué mentido
el crimen de tu amigo zaherido,
oh Galo [2], de tu cruor pródigo y vida.
De estas sombras la tuya es compañera.
Si del cuerpo la sombra aún es algo,
tú el número de los piadosos,
culto Tibulo, has acrecido.
Dormid, al cielo plegue, quietos huesos,
dentro á la urna segura,
y la tierra no sea
á tus cenizas dura.

DE LAS METAMORFOSIS.

EL CAOS.

(L. I, 1—20.)

Formas en nuevos cuerpos transmutadas
arrástrame á decir la mente mía.
Dioses — pues que vosotros las mudasteis —
favoreced también hora mi intento
y guiad el canto mío, porque venga
desde el nacer del mundo hasta nosotros.
Antes del mar, las tierras y del cielo
que todo cubre, no mostrara el orbe
sino una sola faz por dondequiera;
hanla llamado caos: una mole
ruda y confusa; un solo inerte peso;
un solo hacinamiento de pugnaces
revueltos elementos de las cosas.
Ningún titán aun alumbraba el mundo
ni la luna sus cuernos acrecía;
ni péndula en el aire, que la envuelve,
la tierra sustentábase; ni inmensa
Anfitrite lo sólido abrazaba.
Y cual era uno tierra, piélago, aire,
tal era instable el suelo, era inhendible
la onda; opacos, los aires; todo, informe
y contrario entre sí: en el mismo cuerpo
lo frío con lo cálido pugnaba;
lo árido y húmedo; lo muelle y duro,
y con lo imponderable, lo pesante.

LA CREACIÓN.

(L. I, 69—76.)

Apenas hubo á todo señalado
(del mundo el hacedor), tras dividirlo,
fijas lindes, los astros que yacieran
de aquella masa opresos, comenzaron
por todo el cielo á centellar ignitos.
Y porque de vivientes moradores
región ninguna careciese, habitan
el ámbito celeste las estrellas
y los divinos seres; asignóse
la onda al argénteo pez; pobló la fiera
el suelo; el ave, los movibles aires.
Faltaba una más noble criatura,
capaz de alto pensar y rey de todas.
Y el hombre fué; ya sea que le hiciera
de simiente divina aquel artífice
de todo, autor de una creación perfecta,
ó sea que la tierra, poco había,
segregada del éter de los cielos,

---

[1] Donde enfermó Tibulo.

[2] Cornelio Galo, general y amigo de Augusto, se suicidó, cuando éste le quitó el gobierno de Egipto y le desterró, por acusársele de maledicencia contra el césar.

gérmenes retuviese de su origen;
los que, mezclados á fluviales ondas,
el hijo de Yapeto conformara
á imagen de los dioses, soberanos
de todo. Y mientras las demás criaturas,
inclinadas, los ojos en la tierra
fijos tienen, dió al hombre faz sublime
y le mandó mirar hacia los cielos
y erguido alzar el rostro á las estrellas.

DAFNE [1].

(I, 452—568.)

Dafne Peneya fué el amor primero
de Febo; amor no hijo del ciego acaso,
mas de las iras del cruel Cupido.
Á éste el Delio, soberbio por su triunfo
sobre la sierpe, viera, poco hacía,
tirar del nervio y doblegar el arco.
«¿Qué á ti, travieso niño, fuertes armas?»
le había dicho; «cuadra á nuestros hombros
tal carga, que podemos á las fieras
ciertos tirar y herir al enemigo;
y que á Pitón ahora, cuyo vientre
pestífero yugadas ocupaba
tantas, postramos túmido de flechas.
Conténtate tú de indagar con tu hacha
qué sé yo qué amores, y no aspires
á nuestra gloria.» — «Tu saeta á todo,
Febo: la mía á ti», dice el de Venus.
«Cuanto los animales á los divos
ceden, tanto á los míos tus loores.»
Y las alas batió, y hendió los aires,
y rápido se remontó á la cima
umbrosa del Parnaso; desde donde
de su rico carcaj alzó dos viras:
de obrar diverso: la una el amor huye;
la otra lo da; la que lo da, es dentada
y su cortante punta resplandece;
la que lo fuga, obtusa es, y su caña
remata en plomo. Ésta clavó en la ninfa
Peneida el dios: atravesó los huesos
y médula apolíneos con aquélla.
Ama uno al punto: la otra hasta la sombra
huye del amador; y en la espesura
de las selvas se goza y los despojos
de las cautivas fieras, emulando
á Diana virginal; ciñe diadema
el flotante cabello. Suspiraron
por ella muchos: los desprecia á todos,
enemiga de la coyunda; y libre
vaga la virgen por los densos montes;
ni sabe de Himeneo, Amor, connubio.
Su padre muchas veces le dijera:
«Un yerno tú me debes, hija mía.»
Su padre muchas veces le dijera:
«Nietos me debes, hija mía.» Empero
dice ella odiar las teas conyugales
como un delito: y por su bello rostro
vierte el pudor su púrpura ligera;
los blandos brazos á su padre en torno
del cuello anuda: «Dame, padre mío,
amado, fruir de doncellez eterna;
á Diana dióla el padre.» Aquél consiente.
«Mas esta tu beldad lo que deseas,
te veda; al voto opónese tu forma.»
Febo ama; quiere por esposa á Dafne
desque la vió, y espera lo que quiere.
Le engañan sus oráculos. Cual arden
leves rastrojos: cual la tea abrasa
las cercas donde acaso la aproxima
el caminante, ó do la tira, al alba;
tal el dios vase en llamas; tal su pecho
se quema entero, y un amor estéril
nutre, esperando. Mira en torno al cuello
ondear las sueltas crenchas. «Y si se ornan,
¿qué será?» dice. Ve cómo rutilan
sus ojos, dos luceros de los cielos
sus ósculos ve, y verlos no le basta.
Más que los raudos vientos huye aquélla,
ni se detiene, cuando así le grita:
«Ninfa, te ruego, Peneída, para:
yo no te sigo hostil; deténte, ninfa.
Así del lobo la cordera arranca;
así del león, la cierva; así del buitre,
la paloma, temblándole las alas:
todas, de su enemigo. Amor me impele
á mí en tu pos. ¡Pobre de mí! no sea
que tropieces y caigas, ó lastimen
tu delicada pierna las espinas,
y te ocasione yo el dolor. Parajes
ásperos son do corres; la corrida
suplícote, modera; ten la fuga:
más lento seguiré. Con todo, mira
á quién agradas. Morador de montes
no soy; no soy pastor; ni aquí vacadas
ni greyes guardo inculto. Tú no sabes,
no sabes, temeraria, de quién huyes,
y por esto huyes. Sírveme la tierra
délfica, y Claros, Ténedos; me sirve
la regia Pátaras. Jove es mi padre.
Lo que es y fué y será por mí se entiende;
por mí suenan armónicas las cuerdas.
Certera es nuestra vira; pero hay vira
que es más certera, y el vacío pecho
me ha herido. Yo inventé la medicina:
remediador me llaman por el mundo;
las virtudes domino de las hierbas.

[1] En griego y latín = laurel; y es femenino.

¡Ay de mí! que ninguna planta cura
al amor, ni á su dueño aquellas artes
aprovechan que á todos aprovechan.»
Más iba á hablar; pero en medroso curso
huyó la de Peneo, y sus palabras,
con él, dejó por terminar; y hermosa
aun entonces veíase. Su cuerpo
los vientos desnudaban; al impulso
de la contraria ráfaga crujía
su veste; y luego, al alentar del aura,
retroflotábale el cabello leve:
la huida realzaba su belleza.
Empero el joven dios no más blanduras
sufre perder; y como va impelido
del mismo amor, su huella sigue raudo.
Cual ha visto una liebre en campo abierto
un galgo, y éste con su planta busca
la presa, aquélla, la salud; el perro
ya va á cogerla; ya la ve cogida,
y estira hasta sus huellas el hocico;
la otra no sabe si está presa, y salta
de enmedio á los mordiscos y los dientes; —
así el dios y la virgen. La esperanza
da alas á aquél; á ésta, el temor. Ayudan
las del amor al que persigue: él gana,
y precipítase, y no afloja, y viene
sobre la fugitiva, y en sus hebras,
que en derredor de la cerviz se agitan,
anhela: desmayada palidece
ella; y rendida al vértigo del curso,
mira á las ondas del Peneo río,
y «Acórreme, mi padre», dice; «oh tierra,
ábrete», clama; «ó bien esta figura,
que es causa de mi ruina, muda y pierde.»
Apenas esta súplica formula,
sus miembros rígidos se tornan; tenue
corteza cíñele las blandas carnes;
en hojas crece su cabello; en ramas,
los brazos; esa planta tan ligera
ata raíz inerte, y le circuye
el semblante la copa: queda sólo
en ella el esplendor. Ámala Febo
también así, y poniendo su derecha
en el tronco, temblar so la reciente
cáscara nota el corazón, y abraza
las ramas, cual si fuesen cuerpo, é imprime
besos en el leño; húyelos el leño.
Y el dios: «Ya que no puedes ser mi esposa,
serás por cierto mi árbol: llevaránte,
oh lauro, siempre los cabellos míos;
te llevará mi cítara, mi aljaba.
Tú del Lacio ornarás los capitanes,
cuando el ledo concento cante Triunfo,
y pompa larga el Capitolio vea.
Custodio fidelísimo tú misma
el limen velarás siempre de Augusto
y sombreando ceñirás la encina.
Y como intonsa es mi florida testa,
así también tú lleva sempiterno
de la lozana fronda el atavío.»
Hasta aquí su peán: el lauro inclina
las nuevas ramas y mover parece
la cima, cual se mueve la cabeza.

LA ENVIDIA.
(II, 760—782.)

Va (Minerva) al hogar de escualor negro,
al de la Envidia. Está la casa oculta
en hondísimos valles, do no luce
ningún sol; do no alienta ningún aura:
morada triste del inerte frío;
privada siempre de calor, y siempre
rica en tinieblas. Dentro ve á la Envidia
comer carnes de víboras, sustento
de sus vicios: la ve, y aparta el rostro.
Aquélla de la tierra se levanta
tardía, de los cuerpos serpentinos
medio comidos, y camina incierta.
Mira á la diosa de hermosura y armas
rielar, y gime, contrayendo el rostro.
Palor tiene asentado en las mejillas;
en toda sí, magrez; no mira recta
jamás; amarilléanle dañados
los dientes; y de hiel verdea el pecho;
henchida está de tósigo su lengua.
Ríe tan sólo ante el dolor ajeno;
ni del sueño disfruta: la desvelan
las cuitas; que contempla, y contemplando
desfallece, los prósperos sucesos
de los demás: se amarga; dilacera
dilacerada, azote de sí misma.

ACTEÓN.
(III, 155—250.)

Había un val, de abetos y cipreses
erguidos denso, consagrado á Diana
la cazadora. Una caverna se abre
al fondo del retiro nemoroso;
no la hizo mano humana; pero el arte
simuló allí naturaleza sabia:
bóveda natural de pómez viva
y de ligera toba fabricara.
Suena á la diestra una profunda fuente
de anchos cristales diáfanos, brillantes,
engastados en grama. Aquí solía
la diosa de las selvas, fatigada
de la caza, bañar los virginales
miembros dentro del líquido rocío.
Viene hoy también aquí, luego se interna,
y entrega en manos de una ninfa suya,

su armígera, los dardos, la carcaza,
el arco flojo; y en las de otra, el peplo;
otras dos le descalzan las sandalias:
recógele de todas la más hábil,
Ismenis Crócale, el cabello suelto.
Néfele, Hiale, Ranis, Psecas, Fiale
en anchas ánforas el agua cogen
y vierten. Mientras tal se lava en linfa
acostumbrada la titania dea,
he aquí que, difiriendo alguna parte
de la labor, viene por entre el bosque
desconocido, con inciertos pasos,
errabundo de Cadmo el nieto al valle.
Así le conducía su destino.
Apenas penetró de la fontana
rociante en la caverna, vistas nudas
las ninfas por el hombre, se golpean
los pechos, y con súbito alarido
la selva entera atruenan, y circuyen
á Diana y la cubren con sus cuerpos.
Más alta que ellas es la diosa: á todas
excede desde el cuello. Como suele
ser el color de tenebrosa nube
por el opuesto sol herida; ó suele
de la aurora la grana ser, fué el rostro
de Ártemis sin vestido sorprendida.
La cual, bien que la turba de las suyas
la oculta, vuélvese, y querría prontas
tener sus flechas: no las tiene, y agua
coge y al rostro se la lanza al hombre.
Y añade estas fatídicas palabras:
«Ahora contarás haberme visto
sin velo, si contar puedes, se entiende.»
Cesó de amenazar; y á la cabeza
bañada cuernos da de vivaz ciervo;
ensancha la cerviz; la oreja apunta;
hace sus manos pies, los brazos, muslos
largos, y vélale con piel manchada
el cuerpo; infúndele, además, pavura.
Huye Acteón; el adalid. — Le cerca
su muta, y dilacera, so la imagen
del aparente ciervo, al propio dueño.

ANDRÓMEDA.
(IV, 670—739.)

Á la inocente Andrómeda ha mandado
el cruel Amón de la materna lengua
sufrir la pena. Súbito Perseo
á dura peña atada de los brazos
la ve, — si el aura leve no moviera
sus cabellos y lágrimas ardientes
sus ojos no manasen, la creyera
marmórea efigie; y sin saber se inflama
de amor y queda atónito. Su pluma,
arrebatada ante belleza tanta,
casi olvida batir en medio al aire.
Desciende, y «Oh no digna de esos lazos»,
dice, «sino de aquellos con que se unen
tiernos amantes, dime, te suplico,
tu nombre, el de tu patria; di la causa
de tu prisión.» Muda al principio, no osa
al hombre hablar la virgen, y su rostro
modesto con la mano se cubriera,
si no estuviese atada. Se arrasaron
— lo que pudo — de lágrimas sus ojos.
Instando él mucho, aquélla le revela
— porque un crimen celar no pareciese —
su nombre, el de su tierra, y cuánta ha sido
la materna confianza en su hermosura.
Aun no termina, cuando suena la onda
y viene por la mar inmensa el monstruo:
á ella se acerca y latamente ocupa
el piélago. De horror grita la virgen:
acuden flébiles los padres: ambos
infelices más justamente que ella.
Defenderla no pueden; lloran, claman,
al horror del momento, y con la presa
hija fuertes se abrazan, cuandó el huésped
«De llorar», dice, «mucho tiempo acaso
os quede: á mí, de socorrer muy poco.» —
Y tres y cuatro veces con el hierro
el vientre de la fiera traspasara.
Y vítores y júbilo resuenan
por la ribera, hasta los altos tronos
de los dioses. Casíope y Cefeo,
el padre, alborozados le saludan
por yerno, y le proclaman de su casa
escudo y salvación. De sus prisiones
ya libre, se encamina la doncella,
de la proeza galardón y causa.

CÉIX Y ALCÍONE.
(XI, 410—748.)

Por los prodigios de su hermano el pecho
turbado y congojoso, se dispone
Céix á consultar las sacras suertes,
consuelo de los hombres, é ir al numen
clario; que inaccesible el templo délfico
Forbante impío con los flegios hacen.
Mas antes comunícate su intento,
oh Alcione fidelísima. — Quien lo oye,
y al punto siente penetrar un frío,
hasta la misma médula, sus huesos.
Palor muy símil al del boj cubrióle
el rostro; sus mejillas un torrente
de lágrimas bañó. Tres veces quiso
hablar: tres veces inundóse en llanto,
y, entrecortados de amorosas quejas
sus sollozos, «¿Qué culpa mía», dice,
«carísimo, tu corazón trastorna?

¿Dó fué el cuidar de mí, como solías?
¿Lejos estar de Alcíone ya puedes
tranquilo? ¿Ya te agradan largos viajes?
¿Ya más cara te soy, cuando lejana?
Que si por tierra fueras, sufriría
solo, mas sin temor; cuidados sólos,
pero no sobresaltos me afligieran.
El mar atérrame y su triste imagen:
ha poco, vi en la playa tablas rotas,
y epitafios de tumbas sin sus restos
á menudo he leído. Ni te engañe
la confianza falaz de ser tu suegro
Éolo; de tener encarcelados
los vientos recios todos él y serle
dado aplacar las olas, cuando quiera.
Una vez que los vientos, desatados
la mar dominan, nada los coerce:
es toda tierra ante ellos indefensa
y todo piélago; las nubes mismas
violentan de los cielos, y de entre ellas
con fieros entrechoques vivo fuego
arrancan. Mientras más yo los conozco
— y los conozco: en el hogar paterno
pequeña los he visto muchas veces —
más, de que son temibles, me persuado.
Que si ninguna súplica te puede
mover á desistir de este tu empeño;
si estás tan fijo en ir, esposo caro,
á mí contigo llévame; que al menos
una misma fortuna ambos corramos,
y yo tan sólo tema lo que sufra.
Juntos lo afrontaremos todo; juntos
iremos á merced del ancho ponto.»

Estas voces y lágrimas conmueven
de la Eolida al excelente esposo:
su amor no es menos que el amor de aquélla.
Mas ni el marino viaje proyectado
quiere dejar ni compartir sus riesgos
con Alcíone. Se esfuerza por calmarle
el pecho tímido; mas todo en vano.
Por fin le brinda un lenitivo, el solo
con que doblega á la mujer amante:
«Cualquier tardanza para mí es muy larga:
con todo, por el patrio hogar te juro
que, á no oponerse la fortuna mía,
torno antes que otra vez la luna llene.»

Segura así de su retorno pronto,
manda él luego lanzar y armar su nave.
Alcíone, al mirarla, horrorizóse,
como si presintiera lo futuro;
deshecha en llanto le abrazó, y le dijo
la misérrima, al fin, con triste acento
el postrimer adiós, y desmayóse.
Mas los jóvenes nautas, mientras Céix
quiere tardar, juntan al pecho fuerte
en doble hilera el remo, dividiendo
el piélago con golpe acompasado.
Ella levanta los llorosos ojos,
y es la primera en ver á su marido
de pie en la corva popa, y con la mano
saludando; y le torna los saludos.
Cuando más se alejó ya de la tierra,
y no distingue el ojo los semblantes,
sigue con la mirada, mientras puede,
al leño volador. Cuando, lejano,
se pierde, mira en el erguido mástil
flotar las velas. Cuando ya se pierden
ellas también, va al tálamo vacío,
llena de angustia y tiéndese en el lecho.
Éste y el sitio á nuevo lloro mueven
á Alcíone, y le advierten quién le falta.

Han salido del puerto: el viento tira
de los cables; el remo flojo suben
á la borda los nautas, y la antena
colocan en la cúspide del mástil,
y por él descogiendo van las lonas
todas al viento, que á soplar comienza.
Aun no en mitad del mar, ó ciertamente
no más allá, camina el barco, y lejos
de entrambas tierras, cuando á albear empieza
hacia la noche, túmido el profundo,
y á arreciar y rugir el euro raudo.
«La antena alta bajad», clama el piloto,
«ligeros, y á ella atad las velas todas.»

Lo manda: hacerlo estorba la tormenta
contraria; y el fragor del mar ahoga
totalmente su voz. Pero de suyo
unos á resguardar los remos corren;
otros á reforzar los flancos; y otros
á asegurar las velas; quién achica
de un mar al mar; quién quita las entenas.
Mientras tal se atropellan, la borrasca
feroz aumenta y de doquiera fieros
los vientos acometen, y revuelven
las furibundas aguas. El piloto
mismo tiembla, y no atreve á confesarse
á sí propio el peligro que atraviesan;
ni á qué mandar ni á qué vedar atina.
Tanta es la magnitud del mal y tanto
supera al arte. Yérguense las mares,
pareciendo igualar el firmamento
y salpicar las nubes que lo entoldan.
Tiéndese el ponto á veces y blanquea
con hervorosa espuma. Estos vaivenes
sigue el traquinio barco, y ora excelso
se ve como mirar de erguidas cumbres
á honduras y aqueronticos abismos;
ora, bajando entre altas oleadas
divisar, desde honduras infernales,
los remontados cielos. Percutido
de través, retronando va á menudo,
con no menos fragor que cuando, á veces,

el ariete de fierro ó la balista
golpea quebrantados torreones.
Aflojan ya las cuñas, y cediendo
la protectora cera, las junturas
ábrense, y las letales ondas entran.
He aquí que de las nubes rotas caen
torrentes de agua. Vuélvense las olas.
Sin lumbre el éter, á la ciega noche
grava el negror del temporal y el propio.
La hienden, la iluminan pronto vivos
los rayos: á su fuego el mar rojea.
También ya se despeñan en la urdimbre
de la anchurosa quilla las oleadas.
Cuantas vienen, paréceles que ruedan
y se abalanzan otras tantas muertes.
Quién el llanto no frena; quién se hiela:
éste felices llama á los sepultos;
aquél con voto á la deidad adora,
y en demanda de auxilio vanamente
al cielo, que no ve, tiende los brazos.
Hermanos, padres, surgen ante el alma
de uno; las prendas, casa, ante la de otro,
cuanto cada uno abandonó. Conmueve
á Céix Alcíone; en los labios Céix
no tiene más que á Alcíone. Con todo,
bien que por ella sola anhela, quiere
que lejos de él esté. También querría
mirar hacia las playas de la patria,
y volver por postrera vez el rostro
al hogar; mas no sabe dó éste se halla.
Tan agitado está y revuelto el ponto
y tanta sombra de las píceas nubes
envuelve el cielo todo en doble noche.
Al ímpetu de un gran turbión, se troncha
el mástil y se troncha el gobernalle:
y con tales despojos aun más brava,
cual triunfadora, la onda se repliega,
sobre las olas todas soberbiosa.
Ni con menor estruendo que si el Atos
arrancado de cuajo con el Pindo
dentro al abierto mar se derrumbaran,
derrumba en las honduras y sepulta
á su peso y su golpe, el barco. Se hunden
con él, enmedio á un vórtice rabioso,
gran parte de los hombres, para nunca
á flor de agua tornar. Otros se aferran
á los fragmentos del navío; Céix,
con la mano á llevar el cetro usada,
aférrase también, y al suegro, al padre
invoca, ¡ay! vanamente. No se aparta
de sus labios Alcíone, su esposa.
Á merced de las aguas, la recuerda,
la llama; pide al mar su cuerpo lleve
hasta ella, que le entierre mano amiga.
Nadante, cuantas veces lo permiten
las olas, nombra á Alcíone, y murmura
su nombre en medio de las olas mismas.
He ahí que sobre el mar un arco negro
de agua revienta, y su cabeza cubre.
Obscuro, incognoscible fué el Lucero [1]
aquella alba: dejar no puede el polo:
y vela en densas nubes su semblante.
De tamaño infortunio la Eolida,
entre tanto, no sabe nada, y cuenta
las noches, adereza los vestidos,
ora los que él se vista, ora los que ella,
cuando él venga; y delira así la triste.
Piadoso incienso da á los dioses todos;
á Juno empero más, en sus altares.
Y por un hombre que ya no es, frecuenta
las aras, porque salvo sea y torne,
y porque no anteponga á ella ninguna;
lograr tan sólo puede esto de todo.
Mas la diosa no sufre ya le rueguen
por un difunto, y alejar dispone
del ara manos funerarias. «Iris,
mi nuncia fidelísima de todo»,
dice, «vé presurosa á la morada
del Sueño soporífera: que envíe
una visión con faz del muerto Céix
á Alcíone dormida, que le narre
el verdadero caso.» Dijo: viste
su ropaje de mil colores Iris,
y señalando con arqueada curva
el cielo, á la mansión de aquel monarca,
de nubes encubierta, se dirige.
Por la Cimeria, en largo apartamiento,
hay un antro: una cóncava montaña,
do nunca enviar un rayo Febo puede
ni al alba, al mediodía, ni á la tarde;
nieblas exhálanse del suelo mixtas
con noche: luz crepuscular y vaga.
Ni el ave vigilante con su rostro
crestado canta, evoca allí á la Aurora.
No turban el silencio con sus voces
ni perro, ni ánsar, más sagaz que perro.
Ni fiera ni otra bestia allí se siente
ni susurrar de fronda ni habla de hombre.
Allí muda quietud habita: mana,
con todo, de la hondura, so las rocas,
el arroyo Leteo; que entre guijas
parlero va y al sueño convidando.
Delante la caverna adormideras
florecen abundosas, é infinitas
hierbas, de cuyo zumo coge el sueño
la Noche y por las tierras tenebrosas
húmida lo derrama. Puerta alguna,
porque su gozne no rechine, tiene

[1] Padre de Céix.

la casa toda; ni guardián alguno
custodia sus umbrales. Hay un lecho
de ébano en la mitad de la espelunca,
excelso, plúmeo, unicolor, cubierto
de obscuro velo; donde el numen mismo,
de inercia lánguidos los miembros, duerme.
En torno de él doquiera vanos Sueños,
imitados de varias formas, yacen,
tantos cuantas espigas han las mieses;
hojas, la selva; arenas, la marina.
No bien entra la virgen y los Sueños
opuestos con la mano aparta, esplende
la sacra casa al brillo de su peplo.
Apenas alza el dios los graves ojos,
de mole enorme opresos; desfallece
su testa una vez y otra, y vacilante
la barba le golpea el alto pecho.
Á sí propio, por fin, se sobrepone
y apoyado en el codo, «¿Quién», pregunta,
«es el que viene?» — conocióla —. Y ella:
«Sueño, descanso universal, oh Sueño,
tú, el dios entre los dioses apacible;
del alma paz, ahuyentador de cuitas,
reparo blando de los lasos cuerpos:
sueños que imiten la verdad, envía
á la hercúlea Traquine; do, en figura
del rey, vayan á Alcíone y le muestren
un simulacro náufrago viviente.
Tal Juno manda.» Apenas dió el mensaje
Iris, partió; que tolerar no pudo
la fuerza del ambiente; y cuando el sueño
sintió en sus miembros deslizarse, rauda
por el arco volvió, donde viniera.
Mas el padre despierta, entre la turba
de sus mil hijos, al autor plasmante
de imágenes: Morfeo. No hay ninguno
que más solerte exprese una figura:
su huella, faz y voz; y á más la veste
de cada cual y dichos favoritos.
Pero éste al hombre sólo imita; hay otro
que hace de fiera; hace de pájaro; hace
de larga sierpe: llámanle los dioses
Ícelo: Fobetor, el vulgo humano.
Hay un tercero de diversas artes:
Fántaso, el que se torna con falacia
en suelo, piedra, leño, toda cosa.
Éstos de noche sus semblantes suelen
mostrar á reyes y caudillos; otros
por los pueblos divagan y la plebe.
El viejo Sueño déjalos, y elige,
de los hermanos todos, á Morfeo,
porque de la Taumántida el mensaje
cumpla; y de nuevo, en languidez placiente
disuelto, la cabeza caer deja
hasta ocultarla en el erguido lecho.
Mudas las alas, vuela por la noche
aquél, y á la ciudad hemonia pronto
arriba; do, su pluma deponiendo,
en Céix se transforma: en una imagen
pálida, cual de muerto y toda nuda;
y delante del tálamo se para
de la infeliz mujer. Mojada trae
la barba el hombre; vierte agua el cabello.
Se inclina sobre el lecho y con su llanto
la faz de aquélla inunda. «¿Reconoces
á Céix, oh consorte sin ventura?»
dice. «¿Ó la muerte me ha cambiado el rostro?
Mira, advierte, y verás, en vez del cónyuge,
del cónyuge la sombra. Nada pudo,
para salvarme, Alcíone, tu ruego.
Muerto hemos. No imagines que yo vuelva.
El austro nublo en el Égeo ponto
mi nave sorprendió: tormenta ingente
rompióla; nuestra boca, que tu nombre
en vano repetía, llena la onda.
Esto no te lo dice incierto nuncio;
no son vagos rumores lo que escuchas:
yo mismo aquí presente, mi naufragio
te comunico y la desgracia mía.
Levántate; ea, llora, luto viste;
sin lloro al orco vacuo no me mandes.»
Con una voz que ser de su marido
ella creyese, díjolo Morfeo.
Le vió también llorar, como él lloraba,
y el gesto de su mano era el de Céix.
Gime llorando Alcíone y los brazos
dormida tiende: abraza aire, no el cuerpo.
Clama: «Queda. ¿Dó vas? Vámonos juntos.»
Turbada por su voz y por la vista
del varón, el sopor sacude, y luego
si allí está el que ha visto mira en torno;
pues ha encendido luz la servidumbre,
sus voces al oir. Cuando no le halla
en parte alguna, el rostro se golpea;
de pecho abajo rásgase el vestido,
y el seno mismo hiérese; el cabello
no cuida de soltar: lo arranca; al ama
que la causa pregunta de su llanto,
«Ya no es Alcíone; ya no es», contesta;
«ha muerto junto con su Céix. Nada
digáis por consolarme. Ha muerto náufrago:
le he visto, conocido; le he tendido,
por retenerle, al irse, yo los brazos.
Era una sombra; pero clara sombra
y verdadera del esposo mío.
Si me preguntas, cierto no tenía
la acostumbrada cara con su brillo:
lívido mísera le vi, desnudo,
mojado todavía su cabello.
Aquí estuvo parado el infelice,
aquí mismo.» Y si algún vestigio queda
de él, va buscando. — «Era aquesto, aquesto,

lo que presaga mi ánima temía;
rogábale de mí no huyese en busca
de los vientos. Mas cómo yo quisiera,
pues ibas á la muerte, me llevases:
contigo ir gran ganancia mía fuese.
De ti yo separada no viviera
un punto ni muriéramos dos muertes.
Hora ausente morí; la mar me agita
ausente; envuélvenme sin ti las olas.
Más cruel que el piélago mi mente sea,
si ya vivir quisiere, si pugnare
yo por sobrevivir á tanta pena.
No habré, no, de pugnar, ni á ti, infelice,
dejarte. Compañera seré tuya
ahora al menos; y una misma tumba,
tendrá, si no ambas urnas, nuestros nombres,
y con el mío tocaré yo el tuyo,
si mis huesos los tuyos no tocaren.»
Enmudece de pena: cada acento
es de su corazón roto un gemido.
El alba raya. Sale de la casa
al mar, y triste busca aquel paraje
donde le vió partir. Mira á las ondas,
y en su cristal divisa, en lontananza,
no sé qué semejante á cuerpo humano.
De luego á luego distinguir no pudo.
Lo acerca la onda más; y aunque lejano,
veíase ya claro que era cuerpo.
Quién sea, ignora; ser augurio opina,
empero, porque náufrago parece.
Y como si al incógnito llorase,
«¡Ay», dice, «mísero, quienquier que seas;
y por si tienes cónyuge!» — Impelido
de las ondas, acércase el cadáver;
al que mientras más y más mira, menos
y menos en su acuerdo está. Á la playa
viene ya, ya; comienza á conocerle:
es el esposo. «Es él», exclama, y rompe
rostro, cabello, veste, y temblorosas
hacia Céix las manos extendiendo.
«¿Así», dice, «oh carísimo consorte,
así vuelves á mí, desventurado?»
Álzase un rompeolas, obra humana;
en él salta. ¿Prodigio fué su salto?
Vuela, los leves aires con su pluma
reciente hiere; roza flébil ave
las altas olas; y al volar, sonidos
con pico chillador y tenue lanza
como quejas henchidas de tristeza.
Mas, al tocar el cuerpo mudo, exangüe,
los caros miembros con sus nuevas alas
abrazó y con el duro rostro dióle
frígidos besos. ¿Sentiría Céix,
ó el rostro levantáronle las ondas?
El pueblo vacilaba. Él ha sentido.
Y al fin, por lástima del cielo, entrambos
aves tornáronse. Una misma suerte
corrió su amor: el mismo amor les queda;
ni hoy que son pájaros, está disuelto
el lazo conyugal. Su prole crían;
y siete días plácidos de invierno,
en nidos, sobre el piélago colgados,
incuba Alcíone. Del mar las ondas
entonces yacen. Éolo vigila
los vientos; la salida les impide,
y asegura las mares á los nietos.

POLIXENA.

(XIII, 441—481.)

Del suelo, latamente abierto, Aquiles
alzóse grande, cual en vida fuera
y como amenazante, con el rostro
que un día de la espada criminosa
tiró contra el Atrida. «Olvidadizos
de mis mercedes, ¿os partís, aqueos?
¿Conmigo está enterrada la memoria
de mi valor? No tal. Y porque lustre
no falte á mi sepulcro, Polixena,
hostia aplaque los manes Aquileos.»
Díjolo; y víctima de aquella sombra,
impía con los suyos y los padres,
del seno de la madre, á quien ya casi
sola ella abriga, arrancan á la virgen
magnánima, infeliz y más que fembra,
al túmulo la llevan y la inmolan
al monumento cruel. Queda serena,
cuando á par de las aras despiadadas
la traen, y se siente al sacrificio
feroce destinada, y ve parado
á Neoptólemo, desnudo el hierro
y en su semblante fija la mirada.
«Derrama al punto generosa sangre»,
dice. «No tardes; antes en el cuello,
ó en el pecho húndeme tú la cuchilla»
— y descubre á la vez garganta y seno.
«Pues, ¿querría de alguno ser esclava
yo Polixena? ¿Ó aplacaréis á un numen
con sacrificio tal? Sólo deseara
que mi muerte la madre no supiese.
Mi madre estórbame: los goces ella
del morir me minora. No es terrible
para ella mi morir, sino su vida.
Como vosotros — porque menos pura
á los estigios manes no me acerque —
os alejéis, si pido yo lo justo,
y manos de hombre el cuerpo de una virgen
no toquen. Limpio cruor, quienquier que sea
el aplacando con la muerte mía,
más grato le será. Si alguien, con todo,
se rinde á mis palabras postrimeras
— de Príamo rey la hija, no una esclava,

os suplica —, á mi madre sin rescate
mi cuerpo devolved; ella no compre
con oro, mas con lágrimas, el triste
derecho de la tumba: lo compraba
también con oro, cuando tal podía.»
Dijo: el llanto, por ella contenido,
el pueblo no contuvo. El sacerdote
mismo flébil, traspasa con la espada
á su pesar el ofrecido seno.
Ella, doblada la rodilla en tierra,
tranquila arrostra el último destino.
Y hasta al caer piensa en velar su cuerpo
y del casto pudor guardar las flores.

CICERÓN.

(106—43 antes de Jesucristo.)

MARCO TULIO CICERÓN fué grande escritor, gran sabio, esclarecidísimo orador, insigne patriota y político no pequeño. En todas sus obras resplandecen sus incomparables dotes de escritor. Es tan grande cuando escribe una carta, como cuando pronuncia una de esas soberbias arengas que maravillan y suspenden; tan grande cuando formula una árida definición filosófica, como cuando se eleva á la región celeste de los sublimes problemas del alma humana. Sólo un hombre dotado de sin igual flexibilidad y fuerza de espíritu, de poderosa inventiva y un raro don de asimilación, pudo componer el asombroso número de obras que él compuso. De admirar fuera tanta fecundidad aun cuando hubiese consagrado toda su vida al cultivo de las letras. Pero la admiración sube de punto, si se atiende á que fué hombre público y de muy agitada y l boriosa vida. Y en estupor se convierte el asombro si se consideran la nunca vista elegancia, perfección y armonía de todos sus escritos. No se sabe qué admirar más en el mayor de todos los escritores: si la facundia, elocuencia y gusto, ó si la gentileza del estilo y la suavidad del lenguaje. Bajo cualquiera de estos aspectos que se le mire, no ha tenido quien le supere. En tersura aventaja á todos; en ritmo nadie compite con él.

LA LEY SUPREMA.

(De la República, III, 22.)

La ley verdadera es la recta razón, á la naturaleza conforme, á todos infundida, constante, sempiterna; que llame al deber, mandando; que, prohibiendo y aterrando, aleje del mal. La que, sin embargo, ni manda ó prohibe en vano á los probos, ni, mandando ó prohibiendo, mueve á los ímprobos. Esta ley ni es permitido substituir; ni quitar de ella es lícito, ni dable derogarla; ni senado ni pueblo exentarnos de ella pueden; ni de comentadores ó intérpretes extraños necesita. Ni habrá una ley en Roma, otra en Atenas; hoy una, otra mañana; sino que á las gentes todas, en todos los tiempos comprenderá una ley sola, eterna, inmutable; y todos tendrán un solo como maestro y soberano: Dios, de esta ley autor, juez, dador. Cuyos contraventores huirán de sí propios, y ultrajando la naturaleza humana, padecerán, por lo mismo, las mayores penas; aun cuando evadir logren todos los imaginables suplicios.

DEL SUEÑO DE ESCIPIÓN.

(De la República, VI, 9.)

Cuando vine á África, tribuno militar, como sabéis, de la cuarta legión, á la orden del cónsul Manlio Manilio, todo mi anhelo fué ver al rey Masinisa, por justas razones íntimo amigo de nuestra familia. Fuí á él: abrazóme el anciano; lloró conmigo; miró algo después al cielo, y «Gracias», dijo, «te doy, sumo Sol, y á vosotros, los demás celestiales, porque no parto de esta vida antes de haber visto en mi reino y este mi hogar á Publio Cornelio Escipión, cuyo solo nombre me recrea. Tan cierto es que jamás se aleja de mi alma la memoria de aquel óptimo é invictísimo varón.»

Luego le pregunté de su reino yo, y él á mí, de nuestra república; y en sabrosa plática pasósenos todo aquel día.

Después se nos hizo una regia recepción; y continuamos departiendo hasta ya muy entrada la noche. Pues no hablaba sino del Africano el anciano y no recordaba sólo todas sus acciones sino también sus palabras

todas. Fuimos á dormir; y fatigado como estaba yo del viaje y del largo velar, caí en más profundo sueño del que solía. En él — paréceme por efecto de lo que habíamos hablado; pues sucede que nuestros pensamientos y conversaciones se reproducen hasta cierto punto durante el sueño; como dice Ennio le pasaba á él con Homero, en quien pensaba y de quien hablaba habitualmente — presentóseme el Africano en figura que yo conocía no tanto por mí mismo cuanto por su imagen. Reconocíle y me estremecí. Mas él, «¡Ánimo!» dijo; «no temas, Escipión, y graba en tu memoria lo que te voy á decir:

¿Ves aquella ciudad, que, forzada por mí á rendirse al pueblo romano, renueva las antiguas guerras y no atina á reposar? (Y señalaba á Cartago, desde una región excelsa y de mil estrellas irradiada.) Á opugnarla vienes tú ahora, apenas soldado. En este bienio la destruirás cónsul y te conquistarás el cognomento que, heredado de nosotros, todavía tienes. Después que demolieres á Cartago; celebrares el triunfo; censor fueres y legado visitares el Egipto, Siria, Asia, Grecia, elegido serás otra vez, y ausente, cónsul; terminarás una guerra tremenda; derrocarás á Numancia. Pero, tras de subir tú en carro al Capitolio, la república, perturbada por los consejos de mi nieto, se ofenderá.

Entonces tú, Africano, menester será que á la patria manifiestes la luz de tu ánimo, ingenio y consejo. — Á ti el solo y á tu nombre se volverá la ciudad entera. Á ti mirará el senado; á ti, los buenos todos; á ti, los aliados; á ti, los latinos. En ti, sólo en ti, estará cifrada la salvación de la patria. En una palabra, fuerza será que, si evadieres las desapiadadas manos de los tuyos, afiances dictador la república.»

Aquí, como Lelio diese un grito y gimiesen hondamente los otros, Escipión, entre suave sonrisa, «¡St! ¡por favor!» dijo, «no me despertéis del sueño y oid un poco lo demás.»

«Pero, Africano, porque gozoso defiendas la república, escucha:

Cuantos hubieren conservado la patria, servídole, engrandecídola, cierto es que en el cielo sitio tienen separado, donde felices de ventura gozan sempiterna. Pues nada hay de cuanto en la tierra acontece, más grato á aquel príncipe dios, rector del universo entero, que las reuniones y sociedades humanas justamente constituídas; cuyos directores y conservadores, de aquí salidos, acá tornan.»

Aquí yo, bien que conturbado, no tanto del temor de la muerte, como del de las domésticas asechanzas, pregunté, con todo, si viviría él, y Paulo, mi padre, y los demás que nosotros teníamos por extintos.

«Sí que viven», dijo, «los que de los lazos del cuerpo, como de una prisión, han volado. La vuestra, empero, que vida se llama, muerte es.

¿Que no miras como á ti viene Paulo, tu padre?»

Vile, y me deshice en llanto. Pero él me abrazó y besó, y prohibióme llorar.

Y yo, luego, que, reprimidas las lágrimas, pude hablar, «Dime», dije, «padre piadosísimo, el mejor de todos: ya que ésta es la vida, ¿qué tardo yo en la tierra? ¿Por qué no me apresuro á venir acá entre vosotros.» — «No tal», repuso aquél. «Porque, mientras el dios cuyo es todo este templo que miras, no te desatare de esas ataduras del cuerpo, no se te puede franquear el acceso acá. Pues han nacido los hombres con la ley de guardar aquel globo que ves en mitad de este templo y que tierra se llama. Y un alma se les ha dado, de aquellos fuegos eternos que apellidáis astros y estrellas, que, redondos y esféricos, de mentes divinas animados, recorren sus giros y órbitas con celeridad asombrosa.

Por lo cual, tú, Publio, y los hombres de piedad todos, menester es que retengáis el espíritu dentro de la cárcel del cuerpo y no partáis de la vida humana sin orden del que os le dió, porque no parezcáis desertar del puesto que en el mundo os ha sido asignado por Dios. Antes bien, Escipión, como este tu abuelo, como yo, tu padre, así practica la justicia y la piedad. La cual, si para con los padres y cognados es grande, para con la patria es sublime. Por tal vida al cielo se viene y á esta sociedad de los que han acabado de vivir y libres del cuerpo habitan en aquel lugar que ves (era éste un disco que centellaba con vivísima blancura); que, á ejemplo de los griegos, llamáis orbe lácteo vosotros»; contemplado desde el cual todo lo demás excelso pareció me y maravilloso. Veíanse astros que desde aquí jamás hemos visto, y de tal magnitud todos que superan nuestra imaginación. El más pequeño de ellos era el que más dista del cielo, y más cerca está de la tierra, y luce con luz ajena. Grandemente excedían al orbe los globos de las estrellas. Y tan pequeña comencé á ver la tierra, que me avergoncé de nuestro imperio: ese como punto que en ella tocamos.

Mirándola yo más fijamente, «Ea», dijo el Africano, «¿hasta cuándo tendrás asida al bajo suelo la mente? ¿No ves en qué santuarios has penetrado?»

DEL DIÁLOGO SOBRE LA VEJEZ.

(5.)

Catón:

1. Reflexionando, cuatro causas hallo de por qué se considera triste á la vejez: primera, porque, dicen, retrae de la vida activa; segunda, porque debilita el cuerpo; tercera, porque priva de casi todos los placeres; cuarta, porque no dista mucho de la muerte. Veamos, si os place, qué peso tiene cada una de estas causas.

2. No vale para los negocios la vejez. — ¿Para cuáles? ¿los que se realizan con la juventud y las fuerzas? ¿Nada son, pues, las obras de la ancianidad, hechas, no con el cuerpo que declina, sino con el espíritu? ¿Nada hacía Quinto Máximo? ¿nada, Lucio Paulo, tu padre[1], suegro de aquel excelente varón, hijo mío? Los demás ancianos: los Fabricios, Curios, Coruncanios, cuando con sus luces y su autoridad amparaban á la república, ¿nada hacían?

3. Á la vejez de Apio Claudio agregábase la ceguera. Sin embargo, inclinando el senado á hacer paz y alianza con Pirro, no vaciló en decir lo que en verso expresa Ennio:

«¿Á dó las mentes vuestras que sensatas solían ser, se descaminan locas?»

4. Nada dicen, pues, los que niegan ser la vejez apta para los negocios; y aseméjanse á quien dijera que nada hace en la mar el piloto, pues, mientras éstos suben á los mástiles, aquéllos corren por la cubierta, otros desaguan la sentina, aquél, asido el timón, se está tranquilo sentado en la popa. No hará lo que los jóvenes; cosas, empero, hace mucho mayores y mejores. No con el empuje ni la rapidez y agilidad del cuerpo se da cima á las grandes empresas, sino con el consejo, la autoridad, la prudencia. Los cuales suele no sólo no perder la vejez, sino hasta acrecentar.

5. Pero decrece la memoria. — Lo creo, si no la ejercitas ó también si eres algo torpe de entendimiento.

Jamás he oído haber un viejo olvidado dónde enterró un tesoro. Cuanto les importa, recuerdan: citaciones judiciales, quién les debe, á quién deben ellos.

[1] Habla Catón el Censor con Lelio y Cornelio Escipión.

6. ¿Y los jurisconsultos? ¿y los pontífices? ¿y los augures? ¿y los filósofos ancianos? ¡qué memoria han tenido! No mengua el entendimiento en la vejez, como el estudio no mengüe ni la diligencia. Lo que no sólo acaece con los varones claros y los altos dignatarios, sino también en la vida privada y apacible. Sófocles hasta en la más avanzada vejez hizo tragedias. Por la cual ocupación como pareciese descuidar los negocios domésticos, fué acusado por sus hijos, á fin de que, así como entre nosotros se suele interdecir la administración de su hacienda á los padres que mal la desempeñan, los jueces por demente le interdijeran. Entonces el anciano se dice leyó á los jueces la fábula que tenía á la mano y acababa de escribir: el Edipo Coloneo, y les preguntó si era de un demente ese poema. Después de recitarlo, absolviéronle los jueces.

7. Ahora bien: á éste, á Homero, á Hesíodo, á Simónides, á Stesícoro, Isócrates, Gorgias; á los príncipes de los filósofos: Pitágoras, Demócrito, á Platón, á Xenócrates; y más tarde, á Zenón, Cleantes ó al que vosotros también visteis en Roma: Diógenes el estoico, ¿forzólos á enmudecer en sus estudios la ancianidad? ¿No corrieron en todos ellos parejas con la vida las faenas del espíritu?

8. Pero dejemos á un lado estas divinas tareas: nombrar puedo rústicos romanos del campo sabino, vecinos y amigos míos, en cuya ausencia casi nunca se hacen grandes trabajos campestres, ni de siembra, ni de cosecha, ni de engranerar. Aunque en esto menos hay que admirar, pues nadie tan viejo que no espere vivir un año más. Pero trabajan ellos en lo que saben no les aprovechará de manera alguna:

«Árboles planta para el otro siglo»,

como nuestro Stacio dice en los *Sinefebos*. Y no duda el agrícola, bien que anciano, responder, cuando se le pregunta para quién planta: «Para los dioses inmortales, que no sólo han querido recibiese yo de mis mayores lo que tengo, sino también mirase por la posteridad.»

9. No haya enhorabuena fuerzas en la vejez. No se le piden tampoco. Por esto, así las leyes como las instituciones eximen á nuestra edad de las cargas que sin fuerzas sustentarse no pueden. De forma que no sólo no se nos exige lo que no podemos, pero ni aun todo lo que podemos.

10. Llegamos al tercer cargo que á la ancianidad se hace: carece, dicen, de los placeres.

¡Oh gloriosa perrogativa de la edad, si nos quita lo que en la adolescencia es un oprobio! Oid, pues, óptimos jóvenes, las antiguas razones de Arquitas tarentino, varón grande sin par y preclaro; las que recogí, cuando estaba yo mozo en Tarento con Quinto Máximo. «Ninguna peste», decía, «más mortífera que los placeres del sentido ha sido dada á los hombres por la naturaleza. De aquí las altas traiciones; de aquí las eversiones de las repúblicas; de aquí los clandestinos tratos con el enemigo. Ningún crimen hay por fin, ningún atentado á cuya perpetración no impulsen los placeres sensuales.»

11. Ahoga la libídine al consejo; enemiga es de la razón; ciega, por decirlo así, los ojos de la mente; ni tiene con la virtud comercio alguno.

Muy á mi pesar arrojé del senado á Lucio Flaminino, hermano de Tito Flaminino, aquel fortísimo varón. Pero creí deber estigmatizar el libertinaje. Porque, siendo cónsul él y estando en las Galias, rogóle, durante un festín, una meretriz decapitase á alguno de los reos condenados á muerte. Censor Tito, su hermano, que me precedió inmediatamente á mí, escapóse aquél. Yo, empero, y Flaco jamás

pudimos perdonar tan criminal y perdida libídine, que á la ignominia privada unía la afrenta del mando.

12. Falta la cuarta causa, que más parece angustiar y acuitar nuestra edad: la cercanía de la muerte; que ciertamente no puede distar mucho de la vejez. ¡Oh, mísero el viejo que en tantos años no ha podido ver que es despreciable la muerte! La cual nada ha de importar si del todo extingue al alma, ó es hasta de desear si la conduce á alguna parte donde eternamente viva. No hay medio.

13. ¿Qué temeré, por tanto, dado que después de la muerte haya de ser yo no mísero ó quizá venturoso?

14. Así en mi excelente hijo como en tus hermanos, oh Escipión, designados para la más alta dignidad, he sentido ser la muerte común á todas las edades.

Pero el joven espera vivir mucho, lo que el anciano esperar no puede. — Neciamente espera. Pues ¿qué mayor estulticia que tener por cierto lo incierto, por verdadero lo falso?

El viejo ni que esperar tiene. — Por lo mismo es de mejor condición que el adolescente: lo que éste espera, él ya lo ha conseguido. El uno quiere vivir mucho: el otro ha vivido mucho.

15. Aunque, ¡oh buenos dioses! ¿qué es en la vida del hombre *mucho*? Supón el tiempo más largo; prometámonos la edad del rey de los tartesios. Pues hubo, como escrito veo, cierto Argantonio, en Gades[1], que reinó ochenta años y vivió ciento-veinte. Cuanto á mí, ni largo me parece lo que fin tiene. Cuando éste llega, lo que ha pasado ya no es. Sólo queda la virtud y buenas obras que practicares. Vanse las horas, y los días, y los meses, y los años; y el pasado tiempo nunca retorna, ni saberse puede el que vendrá. Cada cual, con lo que se le diere de vida, contentarse debe.

16. Cuanto según la naturaleza acontece, ha de considerarse bueno. Y ¿qué más conforme á ella que el morir del anciano? Acaece también á los jóvenes, pero á pesar y á despecho de la naturaleza. Por esto el morir del mancebo se me figura el matar de una viva llama por un golpe de agua; el del viejo, un apagarse de suyo, sin violencia extraña alguna, el fuego. Y así como la fruta, cuando está cruda, se desprende á malas penas del árbol; cuando madura y en sazón, cae; así se quita la vida á los jóvenes por la fuerza, por la madurez á los ancianos. La cual á mí tanto me agrada que, mientras más me voy acercando á la muerte, paréceme como que diviso tierra y llego por fin después de larga navegación al puerto.

17. Si un dios me diese que volviera yo á la infancia y vagiera en la cuna, rehusáralo de todo en todo. Ni querría, terminada la carrera, tornar de la meta al punto de partida.

18. Pues, ¿qué tiene la vida de cómodo? ¿Qué no más bien de penoso? Tenga los goces que tuviere, hartura ó término tiene por cierto. No me place deplorar la vida, como muchos á menudo, y hombres doctos, han hecho. Pues no me pesa haber vivido; porque tal viví que no creo haber nacido en vano; y parto de la vida como de un hospedaje, no como de mi casa. Sitio donde parar nos dió la naturaleza, no donde habitar.

19. ¡Oh glorioso día en que partiré á aquella divina sociedad y comunión de las almas, y en que saldré de esta desordenada y revuelta muchedumbre!

De esta suerte, Escipión, ligera se me hace y no sólo no molesta, antes agradable, la vejez. Que si en esto de creer inmortales las almas de los

[1] Hoy Cádiz.

hombres yerro, grato me es errar; ni en los días de mi vida quiero se me arrebate este error, que es mi delicia. Si muerto (como algunos filósofos menudos opinan) nada he de sentir, no temo se burlen de este mi error los filósofos muertos.

FILÍPICA XIV
CONTRA MARCO ANTONIO.

1.

Si, como por la carta que se acaba de leer, padres conscriptos, veo la derrota y fuga del ejército de nuestros más facinerosos enemigos, así también viese lo que todos con ardor deseamos y que creemos ha resultado de la ganada victoria, esto es: que ya ha salido de Mútina[1] Décimo Bruto; entonces no vacilara yo un momento en pedir que, así como por su peligro fuimos á la clámide, volviéramos por su salvación á la prístina veste. Pero mientras llega esa nueva que la ciudad avidísimamente aguarda, bástanos disfrutar la alegría de la grandísima y gloriosísima batalla. La vuelta á la toga reservadla para la victoria final: el fin de esta guerra es la salud de Décimo Bruto.

Pero ¿qué dictamen es éste de mudar hoy vestuario, para presentarnos mañana de clámide? Una vez que tornemos á la cara y amada veste, hagamos por donde retenerla para siempre. Porque torpe es ni á los dioses inmortales tampoco grato, después de acercarnos á sus aras togados, retirarnos de ellas á coger el sayo militar.

Estimo, padres conscriptos, que algunos favorecen tal dictamen; porque, viendo venir el para Décimo Bruto honrosísimo día de retornar, por su salud, nosotros al vestuario común, anhelan é intentan arrebatarle esta prez; para que no pase á la memoria y posteridad el haber ido al sayo el pueblo romano por el peligro de un solo hombre, y por la salud del mismo, vuelto á la toga. Quitad ésta: y ninguna otra causa hallaréis de tan mal inspirada sentencia. Vosotros, empero, padres conscriptos, haced honor á vuestros antecedentes; persistid en vuestro dictamen; acordaos de lo que muchas veces habéis declarado: que toda esta peligrosa guerra se ha emprendido únicamente por la salud de este fortísimo y soberano varón.

2.

Por librar á Décimo Bruto hanse enviado legados próceres de la ciudad, que intimen á aquel enemigo y parricida se retire de Mútina. Para salvar al mismo Décimo Bruto, partió sorteado á la guerra el cónsul Aulo Hircio, cuya quebrantada salud afirmaron la fortaleza del ánimo y la esperanza del triunfo. César, apenas libró de sus plagas, con ejército propio, á la república, marchó, para prevenir atentados, á libertar al mismo Bruto; y sobrepúsose, por amor de la patria, á los pesares domésticos[2]. ¿Qué otra cosa ha querido Cayo Pansa levantando ejército, imponiendo contribuciones, promoviendo contra Antonio senadoconsultos severísimos, haciéndonos amonestar á nosotros, llamando al pueblo romano á la causa de la libertad: qué ha querido sino libertar á Décimo Bruto? Cuya salvación le ha pedido á menudo unánimemente el pueblo romano, hasta el punto de anteponerla, no tan sólo á sus comodidades, sino al sustento mismo de la vida.

Esperar debemos ciertamente, padres conscriptos, ó que estarán á punto de cumplirse ó ya cumplidos nuestros votos. Pero su goce conviene reservarlo hasta que se realicen los hechos; porque no parezcamos haber querido arrebatar importunos el beneficio á

[1] Hoy Módena (donde estaba sitiado).

[2] Resentimientos.

los dioses inmortales ó haber neciamente menospreciado el poder de la fortuna.

Pero, pues vuestras manifestaciones bastante demuestran lo que al respecto pensáis, vendré á la carta de los cónsules y del propretor; después de decir brevemente lo relativo á la misma carta.

3.

Tintas en sangre están, padres conscriptos, las espadas de nuestras legiones y ejércitos, ó más bien, bañadas con una y otra batalla de uno y otro cónsul y otra de César. Si enemiga fué esa sangre, ¡gloria al ejército! maldición sobre él, si no lo fué. Pues ¿hasta cuándo el que ha sobrepujado en el crimen á todos nuestros enemigos, dejará de ser llamado enemigo? Á no ser que queráis trepide el acero de nuestros soldados sin saber si en ciudadano se clava ó en enemigo. Acciones de gracias decretáis: al enemigo calláisle. ¡Gratos habrán de ser por cierto á los dioses inmortales nuestros parabienes, gratas nuestras víctimas, si degollada ha sido muchedumbre de ciudadanos! «De los ímprobos», dice, «y audaces»... Pues así los apellida un clarísimo varón: ¡denuestos para litigios, no estigmas para una guerra de matanza! Falseadores me van pareciendo de testamentos, usurpadores, plagiarios de jóvenes, que á estos y otros tales delincuentes llamar suele malvados y audaces la costumbre. Guerra á muerte emprende contra cuatro cónsules este solo bandido, el más execrando de todos. Guerra mueve el mismo al senado y al pueblo romano. Á todos — por más que él mismo esté cayendo envuelto en su propia ruina — amenaza con muerte, asolamiento, perdición, tortura. El feroz y espantoso crimen de Dolabela, crimen que ninguna barbarie es capaz de confesar, él pregona haberlo inspirado. Y lo que en esta ciudad hubiera hecho si Júpiter mismo no le rechazara de este templo y muros, demuéstralo el desastre de los parmesanos, hombres bonísimos y nobilísimos, muy estrechamente unidos á la soberanía de esta asamblea y á la majestad del pueblo romano. Los cuales exterminó en carnicería sin ejemplar esa ignominia y monstruo, Lucio Antonio, horror y execración del humano linaje, y, si los dioses odian á los que deben, de los dioses. Rehuye espantada el alma, padres conscriptos, y retiembla de decir lo que en los hijos y las esposas de los parmesanos perpetró Lucio Antonio. Pues las mismas torpezas á que, por infame placer, han estado sometidos los Antonios, glorían se de hacerlas sufrir á otros. Pero violencia sangrienta es la que infirieron á aquéllos: el que ha manchado la vida de los Antonios entera, criminoso libertinaje.

4.

¿Habrá, pues, quien no ose llamar enemigos á aquellos cuyos crímenes confiese sobrepujan la crueldad de los cartagineses? Pues ¿en qué ciudad expugnada se ensañó tanto Aníbal como en la sorprendida Parma Antonio? Á no ser que tal vez no se le deba considerar enemigo de ésta y de las otras colonias para con las cuales tiene la misma voluntad. Pero si es, sin género de duda, enemigo de las colonias y municipios, ¿qué pensáis, al fin, será de esta ciudad que viene apeteciendo para matar las hambres de su latrocinio? la que ya había distribuído con su vara Saxa, perito y listo mensurador? Recordad, por los dioses inmortales, padres conscriptos, lo que, por los siniestros rumores diseminados hemos temido de los enemigos domésticos en estos dos últimos días. ¿Quién podía mirar á sus hijos, quién á su esposa sin llorar? ¿Quién, á la familia? ¿quién, el hogar? ¿quién, los domésticos lares? No se pensaba

dondequiera sino en muerte ignominiosa ó en triste fuga. Y aquellos de quien tal temíamos, ¿vacilaremos en denominarlos enemigos? Si alguien les da un nombre más fuerte, acéptolo gustoso: con este vulgar apenas me contento; más suave no usaré.

Por lo tanto, debiendo nosotros, según la carta que se ha leído, decretar justísimas acciones de gracias, y habiéndolas Servilio propuesto, aumentaré de todo en todo el número de los días, especialmente porque no para un solo caudillo se decretan sino para tres. Mas lo primero que haré, será llamarlos emperadores; ya que por su valentía, prudencia, fortuna hemos evadido los mayores peligros de servidumbre y muerte. Con efecto, ¿á quién ha sido en estos veinte años decretada suplicación, que no se haya apellidado emperador, por hechos de armas pequeñísimos y ordinariamente nulos? Luego: ó no debía el que acaba de hablar, proponer la suplicación; ó tributar el honor acostumbrados y vulgarísimo, á quienes hasta nuevos y singulares se deben.

5.

Por ventura, si alguno matare mil ó dos mil hispanos, galos ó traces, ¿le llamará, por esta inveterada costumbre, emperador el senado? y después de tantas legiones por ellos destrozadas, matada tanta muchedumbre de enemigos — ¿de enemigos, digo? Sí; lo repito: de enemigos, mal que pese á estos enemigos domésticos — ¿tributaremos á los esclarecidísimos jefes el honor de la suplicación y les quitaremos el nombre imperatorio? ¡Con qué honor, pues, entre qué júbilo y parabienes han de entrar en este templo los mismos libertadores de esta ciudad, cuando ayer, por sus hechos de armas, me llevó á mí al Capitolio y de él á mi casa el pueblo romano en ovación y casi en triunfo! Éste es, al fin, á mi ver, el justo y legítimo triunfo, cuando á los beneméritos de la república les da testimonio de tales el consentimiento de la ciudad. Si en la general alegría congratulaba á uno solo el pueblo romano, gran testimonio fué; si á uno sólo agradecía, mayor aún fué; si lo uno y lo otro, nada más magnífico imaginarse puede.

«¿Tú mismo, pues, de ti?» dirá alguno. Sí; á pesar mío. Pero el dolor de la injuria me hace, contra mi costumbre, vanaglorioso. ¿No basta acaso el desagradecimiento para con los bienhechores en gentes que no saben lo que es virtud? Hasta en los que concentran todos sus afanes en la salud de la república ¿se inquirirán atentados y envidia? Sabéis que en estos días se ha propalado con insistencia mucha el rumor de que en las Pariles, esto es, hoy, descendería yo con las fasces. Antójaseme que esto se referirá á algún gladiador ó bandolero, ó algún Catilina, no al que ha hecho imposibles en la república tales cosas. Acaso yo, que á Catilina, fraguador de ellas, arrebaté, derribé, anonadé, ¿habréme vuelto súbitamente Catilina? ¿Con qué auspicios recibir yo augur esas fasces? ¿cuánto tiempo tenerlas? ¿á quién entregarlas? ¿Ha podido haber alguien bastante perverso para fingir esto, bastante insensato para creerlo? ¿De dónde, pues, tal sospecha, ó más bien, tal hablilla?

6.

Viniendo, como sabéis, en estos últimos tres ó cuatro días, desde Mútina rumores aflictivos, reuníanse, henchidos de gozo y avilantez, los ciudadanos malvados en un solo lugar: en esta curia, funesta más á sus parciales que á la república. Allí, como deliberasen matarnos y designasen de entre ellos quién ocupara el Capitolio, quién los Rostros, quién las puertas de la ciudad, pensaron que Roma en masa acudiría á mí. Pues bien: para

que esto despertase en contra mía la envidia é hiciese aun peligrar mi vida, esparcieron esta fábula de las fasces. Ellos mismos iban á traérmelas. Y como esto parecería hecho con mi anuencia, hombres asalariados caerían sobre mí como sobre un tirano. En seguida habríaseos degollado á todos. Descubierta está, padres conscriptos, la trama entera: á su tiempo se revelará la raíz de todo este crimen.

Entre tanto Publio Apuleyo, tribuno de la plebe y desde mi consulado testigo, confidente, sostén mío en todos mis designios y azares, no pudo sufrir el dolor de mi dolor: á su voz el pueblo romano, que abundaba en los mismos sentimientos, reunióse en inmensa asamblea. Donde, como él, según nuestra íntima unión y amistad, se empeñase en sincerarme de las sospechadas fasces, declaró á una toda la asamblea que yo jamás había tenido sino rectísimas miras para con la república. Dos ó tres horas después de esta junta llegó la suspirada nueva y la carta. De forma que el mismo día no sólo me vindicó de los más injustos recelos, sino que me ensalzó con las grandiosas gratulaciones del pueblo romano.

7.

He tocado esto, padres conscriptos, no tanto por defenderme — pues malparado estuviera yo, si ante vosotros necesitase de defensa — como por advertir á ciertos espíritus malévolos y estrechos hagan lo que yo nunca he dejado de hacer: esto es, conceptuar digna de imitación, no de celos, la virtud de los ciudadanos eximios. Gran campo es la república, como sabiamente decir solía Craso, y la carrera de la gloria, abierta á muchos. Ojalá vivieran aquellos grandes hombres que, después de mi consulado, al cederles yo, no de mala gana me veían grande. Pero ahora que escasean tanto los consulares constantes y valerosos, ¿qué dolor, decidme, sentiré al ver á unos, extraviados; á otros, indolentísimos; á los de más allá, versátiles, movidos no siempre del amor á la patria, mas ora de esperanza, ora de temor? Si alguien enferma de ambición, que existir no debe, muy neciamente obra, caso de contender, por los vicios, con la virtud. Pues así como la carrera á la carrera vence, así en los hombres fuertes la virtud á la virtud. Si yo amare á la patria, ¿tú por sobrepujarme la aborrecerás? Ó si vieres agruparse en torno mío á los buenos, ¿te rodearás tú de los malvados? Sentiríalo yo, primero por la patria, luego por ti. Y si de preeminencia se tratase, que yo nunca he pretendido, ¿qué cosa más grata, por fin, para mí? Mal aconsejados superarme no pueden: bien aconsejados acaso lo puedan, y ¡enhorabuena!

Que el pueblo romano esto lo vea, observe, juzgue, despláceles á algunos. ¿Cómo impedir que los hombres juzguen según sus méritos á cada cual? Pues, así como el pueblo romano juzga acertadísimamente del senado entero que desde que la república existe nunca ha sido más firme ni más fuerte esta corporación; así de cada uno de nosotros, sobre todo de los que ahora hablamos, preguntan todos, anhelan saber lo que siente de cada cual; y le juzgan según estiman su bondad. Rememoran que yo el día 13 antes de las calendas de enero primeramente revoqué á la libertad; que yo desde las calendas de enero hasta la presente hora he velado por la república; que mi casa y mis oídos han estado abiertos de día y de noche á las prevenciones y advertencias de todos, que por mis cartas, mis nuncios, mis exhortaciones han sido todos excitados á defender la patria, dondequiera que morasen; que desde las calendas de enero he combatido sin cesar el envío de le-

gados á Antonio; siempre le he llamado enemigo, y esta contienda, guerra; hasta el punto de haber sido yo, que siempre he abogado por la verdadera paz, enemigo del simulacro de esta pestífera paz. Yo también, cuando otros querían tribuno de la plebe á Publio Ventidio, le miré siempre como á enemigo. Si estos mis dictámenes los hubiesen hecho votar los cónsules, la autoridad sola del senado hiciera caer, mucho tiempo há, de la mano las armas á todos estos ladrones.

8.

Mas lo que entonces no se pudo, padres conscriptos, ahora no sólo se puede, sino que se debe, á saber: llamar enemigos á los que en realidad lo son; decretar nosotros que lo son. Una y muchas veces, al usar yo las palabras *enemigo, guerra,* suprimiéronse de los dictámenes. Lo que en esta causa ya no se puede. En vista de la carta de Cayo Pansa, Aulo Hircio, cónsules, Cayo César, propretor, deliberamos de los honores que se han de rendir á los dioses inmortales. El que acaba de proponer la suplicación, halos, sin quererlo, declarado enemigos. Pues nunca en guerras civiles se han decretado acciones de gracias. ¿Decretado, digo? Ni siquiera las ha mandado solicitar el vencedor. Guerra civil hizo Sila cónsul; entró en Roma sus legiones; los que quiso, desterró; mató los que pudo: de suplicación ninguna palabra. Vino á raíz de ésta la sangrienta guerra octaviana: ninguna suplicación del vencedor Cina. La victoria de Cina vengóla emperador Sila: ninguna suplicación decretó el senado. Á ti mismo, Publio Servilio, ¿te envió acaso tu colega carta alguna de aquella calamitosísima batalla de Farsalia? ¿te pidió solicitaras suplicación? Claro es que no quiso. Pero después escribió de Alejandría, de Farnaces. Mas de la batalla de Farsalia ni siquiera celebró el triunfo. Porque la batalla arrebatado había ciudadanos que, no sólo viviendo sino hasta venciendo, permitieran á la república incolumidad y florecimiento. Otro tanto sucedió en las anteriores contiendas civiles. Pues, sin acción de armas alguna, cónsul yo, decretóseme suplicación nueva y del todo desacostumbrada, no por haber matado enemigos, sino por haber salvado á los ciudadanos.

Por lo tanto, pidiendo, después de servir brillantísimamente á la patria, nuestros emperadores la suplicación, ó se les ha de negar — lo que fuera de Aulo Gabinio á nadie ha ocurrido; ó, al par de la suplicación, á aquellos por quien la decretáis, fuerza es los declaréis enemigos.

Así, lo que el otro de hecho, hágolo yo de palabra, llamándolos emperadores. Y con esta misma denominación declaro enemigos tanto á los ya derrotados cuanto á los sobrevivientes, llamando emperadores á los victoriosos. ¿Con qué otro nombre pudiera yo mejor nombrar á Pansa, por más que ya tenga el título del más alto honor? ¿Con qué otro nombre, á Hircio? Verdad que es cónsul; mas nombre de beneficio del pueblo romano es éste; aquél de fortaleza y de victoria. ¿Y qué? Á César, don de los dioses á la patria, ¿dudaremos llamarle emperador? á él, que primero apartó, no sólo de nuestras gargantas, sino también de nuestros miembros y entrañas la monstruosa y repugnante crueldad de Antonio? En un solo día, ¡cuántas, dioses inmortales, y cuán grandes virtudes! El primero de todos abrió contra Antonio la batalla Pansa, capitán digno de la legión Marcial; del capitán digna legión. Cuyo acérrimo ímpetu si refrenar hubiese podido Pansa, una sola batalla lo decidiera todo. Pero, como la legión, adoradora de la libertad, rompiese desapoderada por medio de las

filas enemigas y á su cabeza luchase Pansa, recibió dos peligrosas heridas; fué llevado del combate y su vida salvada para la patria. Á éste yo no sólo emperador le juzgo, sino emperador esclarecidísimo; quien, como hubiese prometido vengar á la república ó muriendo ó venciendo, lo uno hizo —lo otro ¡no lo permitan los dioses inmortales!

9.

¿Qué diré de Hircio? Cuando supo de la batalla, abalanzóse del campo con dos legiones: la décimocuarta, aquella que, ha poco, se pasó de Antonio á la de Marte; y la séptima, que, compuesta de veteranos, probó, en esta batalla, ser caro el nombre del senado y pueblo romano á los soldados que conservaron los beneficios de César. Con estas veinte cohortes sin caballería, Hircio, llevando por sí mismo el águila de la cuarta legión —hecho de los más bellos que en emperador se hayan visto— luchó con tres legiones y la caballería de Antonio, y á esos nefarios enemigos, que amenazaban á este templo de Jove Óptimo Máximo y á los otros de los dioses inmortales, á los hogares de la ciudad, á la libertad del pueblo romano, á nuestra vida y nuestra sangre; postrólos, deshízolos, matólos; de forma que, con unos pocos, á favor de la noche, aterrado huyó este héroe y caudillo de ladrones. ¡Oh felicísimo el sol mismo que antes de ponerse vió, postrados los cadáveres de los parricidas, fugitivo con un puñado de los suyos á Antonio.

¿Y vacilará alguno en appellidar emperador á César? Su edad ciertamente no retraerá de este dictamen á nadie; porque en él la virtud se ha adelantado á los años. Á mí siempre me han parecido tanto mayores los servicios de Cayo César, cuanto menos esperarse podían de su edad. Cuando le conferíamos el imperio, le dábamos á la vez la esperanza de ese nombre. Desempeñóse de tal suerte que justificó el acierto de nuestro decreto. Este joven de grandísimo denuedo, como muy atinadamente escribe Hircio, resguardó con pocas cohortes los campos de muchas legiones y decidió la victoria. Así, por el esfuerzo, la prudencia, la fortuna de tres emperadores, en un solo día, en lugares diversos salvada fué la república.

10.

En nombre, por tanto, de los tres, decreto suplicaciones de cincuenta días. Los motivos, cuando resuma yo mi dictamen, expondrélos en los términos más honrosos que emplear pudiere.

Pero deber es de lealtad y de religión que probemos á nuestros fortísimos soldados cuán reconocidos y gratos somos. En consecuencia, opino que por senadoconsulto de hoy debemos renovar nuestras promesas y lo que para después de la guerra ofrecimos nosotros á las legiones. Justo es que en los honores se comprenda el ejército entero, mayormente uno como el nuestro. Ojalá, padres conscriptos, recompensar pudiéramos á los ciudadanos todos. Daremos siquiera, y cuidadosamente colmado, lo que prometimos. Obtendránlo esto, como espero, los vencedores, y se patentizará la fe del senado. Hanla seguido en los tiempos más difíciles de la república: menester es que jamás les pese de lo que hicieron.

Pero fácil es obrar rectamente con quien, aun callando, parecen instarnos. Más admirable, y mayor y propio, como lo que más, de un senado sabio es recordar con afectuosa gratitud la fortaleza de los que por su patria dieron la vida. En cuyo homenaje ojalá que se presentaran á mi mente más honores. Dos á lo menos no dejaré de mencionar, que principalmente se le presentan: tocante á la gloria

sempiterna de aquellos esforzadísimos varones lo uno; lo otro, á mitigar la aflicción y el luto de los suyos.

11.

Paréceme, pues, padres conscriptos, que á los soldados de la legión Marcial y á los que juntamente cayeron, se levante el monumento más espléndido posible. Grandes son é increíbles los méritos de esta legión para con la república. Ella fué la primera en romper con los bandidos de Antonio; ella defendió á Alba; ella se pasó á César; á ella imitó la legión cuarta, y fuerte segó los mismos laureles. Victoriosa la cuarta, ninguna pérdida deplora: de la Marcial cayeron algunos, en medio de la misma victoria. ¡Oh venturosa la muerte que, debida á la naturaleza, por la patria se ofrece! Hijos de la patria yo os juzgo; de Marte es vuestro nombre. Así, el dios mismo parece haber engendrado á esta ciudad para las gentes: á vosotros para esta ciudad. En la fuga, vergonzosa es la muerte; en el triunfo, gloriosa: Marte mismo suele llevarse, en trueco de la victoria, desde las filas, á los más fuertes. Aquellos impíos que matasteis, padecerán hasta en los infiernos las penas del parricidio. Vosotros, empero, que triunfantes rendisteis el alma, habéis conseguido morada en las regiones de los buenos. Breve vida nos ha dado la naturaleza. Pero la memoria de una vida honrosamente dada es eterna. La cual, si más larga no fuese que esta vida, ¿quién sería tan loco que por medio de los mayores trabajos y peligros buscase la más excelsa alabanza y gloria?

¡Gloriosos, pues, vosotros, soldados en vida fortísimos, sacratísimos ahora todavía! porque vuestra virtud no podrá ni sepultarse en el olvido de la presente generación ni en el silencio de la posteridad; puesto que el senado y pueblo os han construído casi con sus manos un monumento inmortal. Muchos ejércitos muchas veces se han glorificado y engrandecido en las guerras púnicas, gálicas, itálicas: á ninguno se ha tributado semejante honor. Y ojalá pudiéramos más, ya que de vosotros hemos recibido lo más grande. Vosotros alejasteis de la ciudad á Antonio furibundo: vosotros, cuando retornar maquinaba, le rechazasteis. Erigiráse, pues, una mole de fábrica magnífica, y en ella se grabarán caracteres testigos de vuestro denuedo divino sempiternos; y las voces de ardiente gratitud, para con vosotros, de los que vieren vuestro monumento ó de él oyeren, no enmudecerán jamás. Así, trocado habéis la mortal carrera de la vida por la inmortalidad.

12.

Pero, padres conscriptos, ya que con el honor de un monumento pagamos á esos generosísimos y fortísimos ciudadanos el tributo de la gloria, consolemos á los suyos. Para quien éste es el mejor consuelo: para los padres, el haber engendrado sostenes tan poderosos de la república; para los hijos, el tener ejemplos domésticos de virtud; para las esposas, el carecer de esposos más dignos de loores que de lágrimas; para los hermanos, el confiar en que, así como tienen con aquéllos semejanza de cuerpo, tendránla de virtudes. ¡Pudiéramos con nuestros dictámenes y decretos enjugar el llanto de todos ellos! ¡Ó hubiera una oración pública tal que les hiciese deponer la tristeza y el duelo, y alegrarse más bien de que, amenazando á los hombres muchos y varios linajes de muerte, haya tocado á los suyos el más bello de todos; de que ni insepultos estén ni abandonados — aunque esto mismo, si es por la patria, no se considera una desdicha —; y de que ni en hogueras dispersas, con humilde sepultura, hayan sido quemados, sino cubiertos con obras públicas monumentales y de fábrica tal que sea,

para memoria eterna, el ara de la virtud!

Por esto, el mayor consuelo de sus deudos será declarar en el mismo monumento la fortaleza de los suyos, la piedad del pueblo romano, la fe del senado, la memoria de esta crudelísima guerra; en la cual, si la pujanza de los soldados no hubiera sido tanta, pereciera, por el parricidio de M. Antonio, el nombre del pueblo romano.

Opino además, padres conscriptos, que las recompensas prometidas por nosotros á los soldados para después de recuperada la república, las paguemos á su tiempo con usura, á los vivos y vencedores. Cuanto á aquellos á quien las hubiéremos prometido y que hayan muerto por la patria, estimo que demos esas mismas recompensas á sus padres, hijos, esposas, hermanos.

13.

Pero, recapitulando ya mi dictamen, opino así:

Por haber Cayo Pansa, cónsul, emperador, abierto la batalla; en la cual la legión de Marte defendió con admirable é increíble valor la libertad del pueblo romano; lo que igualmente hicieron las legiones de reclutas; y por haber el mismo Pansa, cónsul, recibido heridas al combatir en medio de los dardos enemigos; —

por haberse Aulo Hircio, cónsul, emperador, abalanzado, en medio de su ejército, al primer nuncio y signo de la batalla, con intrepidez sublime, contra Marco Antonio y las tropas enemigas; y por haberlas con matanza matado, conservando tan incólumes las suyas, que ni uno solo haya perecido de sus soldados; —

por haber Cayo César, propretor, emperador, defendido con prudencia, esfuerzo y éxito su campo, y derrotado, anonadado las fuerzas enemigas que á él se acercaron; —

por esto el senado estima y declara que por el valor, la autoridad, prudencia, energía, constancia, grandeza de alma, fortuna, de estos tres emperadores, ha sido el pueblo romano libertado de la más ignominiosa y cruel servidumbre. Y por haber ellos, batallando y exponiendo su vida, conservado la república, la ciudad, los templos de los dioses inmortales, los bienes, la fortuna de todos y á sus hijos; decreta que, atendidas estas buenas, esforzadas y afortunadas acciones, Cayo Pansa, Aulo Hircio, cónsules, emperadores, uno de ellos ó entrambos, ó en caso de ausencia, Marco Cornuto, pretor urbano, ordenen cincuenta días de suplicaciones á todos los templos.

Declara que, por haber sido digna de sus gloriosísimos emperadores la pujanza de las legiones, cumplirá con suma fidelidad — recuperada ya la república — lo que antes prometió á nuestras legiones y ejércitos. Y como la legión de Marte haya sido la primera en atacar al enemigo y haya batallado con fuerzas contrarias mayores, y de tal suerte que perdiendo unos pocos hizo en ellas estrago; — y como sin vacilación alguna hayan dado su vida por la patria; y como con empuje semejante hayan ido á la muerte por la salud y la libertad del pueblo romano los soldados de las demás legiones; declara el senado placerle que Cayo Pansa, Aulo Hircio, cónsules, emperadores, cada uno de ellos ó, si les pareciere, entrambos, hagan colocar y construir el monumento más soberbio posible á los que han derramado su sangre por la vida, la libertad, las fortunas del pueblo romano; por la ciudad, los templos de los dioses inmortales; — que para ello los cuestores urbanos ordenen dar, asignar, pagar el dinero necesario; á fin de que, ante la posteridad, para memoria eterna, exhibidos queden el crimen de nuestros más crueles enemigos y la divina virtud de nuestros soldados; — y que las recompensas por el senado antes

de la guerra señaladas se den á los padres, hijos, esposas, hermanos de los que en esta guerra murieron por la patria; y se les otorgue lo que á los soldados mismos otorgarse debiera, si triunfaran vivos, quien muriendo triunfaron.

ORACIÓN POR MILÓN.

1. Aunque recelo, jueces, sea vergonzoso el principiar con temor quien defiende á un varón fortísimo; y, pues Tito Anio mismo más se perturba por la salud de la república que por la suya propia, muy indecoroso sea el no poder sustentar su causa con igual magnanimidad; sin embargo, esta nueva forma de juicio nuevo aterra los ojos; que, á dondequiera atinen á mirar, echan de menos las costumbres del foro y los usos inmemoriales de los juicios. Porque no está vuestra asamblea ceñida de la corona que solía; no nos cerca el habitual concurso; y aquella fuerza que veis ante todos los templos, aunque está apostada contra la violencia, con todo no es para que en el foro y el juicio, aun cercados como somos de saludables y necesarias armas, podamos dejar de temer con algún temor. Las cuales si yo creyese opuestas á Milón, cedería á las circunstancias, jueces, pensando no haber sitio para el orador entre tanta fuerza de armas. Pero me alienta y conforta el ánimo de Cneo Pompeyo, sapientísimo y justísimo varón; quien no estimaría por cierto decir con su justicia el entregar á los dardos de sus guerreros al mismo que hubiese puesto reo en manos de los jueces; ni convenir á su sabiduría armar con pública fuerza la temeridad de la exaltada muchedumbre. Por donde, esas armas, centuriones, cohortes, no nos anuncian peligro sino amparo; y nos exhortan no sólo á calmar, mas también á levantar el ánimo, y prometen á mi defensa no tan sólo auxilio sino también silencio. La restante multitud, empero, que es civil, nos pertenece toda; y ninguno de éstos que veis mirar hasta en la postrera linde del foro, esperando el resultado de esta causa, deja de pensar que, mientras favorece á la virtud de Milón, se decide hoy su propia suerte, la de sus hijos, de la patria, de las fortunas.

2. Una sola clase de hombres nos es contraria y hostil: la de aquellos á quienes el furor de Publio Clodio nutrió con rapiñas, incendios y toda suerte de atentados públicos; quienes ayer también fueron en una asamblea incitados á anticipárseos diciendo cómo juzgarais; cuyos clamores si por acaso se oyeren, han de amonestaros que conservéis á un ciudadano que siempre por vuestra salud ha despreciado á este linaje de hombres y sus grandes vociferaciones. Por lo cual, ¡ánimo, jueces, y lejos el temor, si alguno tenéis! Porque, si alguna vez hubo potestad de juzgar á hombres fuertes y buenos; si la hubo de juzgar á ciudadanos beneméritos; si, finalmente, alguna vez se dió lugar á varones escogidos en las más altas jerarquías, para declarar de hecho y en juicio su benevolencia para con fuertes y buenos ciudadanos, muchas veces con el rostro y de palabra manifestada; entonces toda esa potestad tenéisla vosotros para estatuir si los que siempre estuvimos rendidos á vuestra autoridad, habremos siempre de llorar míseros, ó si, después de vejados largo tiempo por ciudadanos perdidísimos, seremos alguna vez consolados por vosotros, y por vuestra fe, virtud y sabiduría. Pues, ¿qué podrá decirse, jueces, ni imaginarse más triste, ni más angustioso, ni más calamitoso para entrambos nosotros, que, atraídos á la república por la esperanza de premios amplísimos, no nos podemos ver libres de los más crueles suplicios? Cuanto á mí, he pensado siempre que Milón habría de sufrir las demás tempestades y borrascas

solo en aquéllas oleadas de las asambleas; porque siempre ha estado á favor de los buenos contra los malos. Pero en el juicio y en aquel consejo donde juzgan los varones más eminentes de todos los órdenes, jamás creí tuvieran los enemigos de Milón esperanza, no ya de atentarse contra su vida por tales hombres, pero ni aun de menoscabarse su gloria. Aunque, en esta causa, jueces, no insistiremos en el tribunado de T.[1] Annio ni en todo lo que ha hecho por la salud de la república, para defenderle de este crimen, mientras no viereis con los ojos haber armado asechanzas Clodio á Milón; ni suplicaremos se nos condone este crimen, atentos sus muchos y esclarecidos méritos para con la república; ni pediremos que, si la muerte de Clodio ha sido vuestra salvación, la atribuyáis por esto más á la virtud de Milón que á la buena fortuna del pueblo romano. Pero, si las asechanzas de aquél fueren más claras que la luz del día, entonces, por fin, os rogaré y conjuraré, jueces, que si hemos perdido lo demás, esto al menos se nos deje: que se permita defender impunemente la vida contra la audacia y los dardos de los enemigos.

3. Pero, antes de venir yo al punto que estáis ventilando, parece que se ha de refutar lo que los enemigos han dicho á menudo y altaneros en el senado; los ímprobos, en los comicios, y poco ha, los acusadores; á fin de que, alejado todo error, podáis claramente ver la causa á juicio sometida.

Niegan deba gozar de la luz quien confiesa haber matado á un hombre. ¿En qué ciudad, decidme, sostienen tal esos estultísimos? á saber: en la que vió por juicio primero capital el de M. Horacio, varón fortísimo, quien, aun no libre la ciudad, fué, con todo, absuelto por los comicios populares de Roma confeso de haber matado por su mano á su hermana. ¿Hay acaso quien ignore que, tratándose de occisión, se suele ó negar enteramente el hecho, ó bien defender su rectitud y justicia? Á no ser juzguéis demente á P. Africano, quien, interrogado en la asamblea del pueblo por C. Carbón qué pensaba de la muerte de Tiberio Graco, respondió que parecía haber sido matado justamente.... No pudieran tampoco ni aquel Servilio Ahala, ni P. Násica, ni L. Opimio, ni C. Mario, ni, siendo yo cónsul, el senado, dejarse de considerar como criminales, si matar á ciudadanos delincuentes fuera un delito. Por esto, jueces, no sin razón han trasmitido hombres doctísimos á la posteridad en sus fábulas trágicas, haber sido, fluctuando las sentencias humanas, absuelto no sólo por divina sentencia, sino por la de la diosa más sabia aquel que, por vengar la muerte paterna, matara á su madre. Que si las doce tablas han querido se mate impunemente al ladrón nocturno de cualquiera suerte: al diurno, si con arma se defendiere, ¿quién será aquel que, por el hecho de haber alguien matado, pida se le castigue, viendo como la ley misma nos presenta á las veces la espada para matar á un hombre?

4. Pues bien, si hay circunstancias — y las hay muchas — en que lícito es el homicidio, lo es ciertamente, y aun necesario, cuando fuerza con fuerza se repele. Al atentar contra la pudicicia de un soldado en el ejército de C. Mario un tribuno militar, pariente de este emperador, muerto fué por aquel contra quien atentaba; pues prefirió el joven probo un peligroso obrar á un vergonzoso padecer, y aquel soberano varón absolvióle y le libró de peligro. Pero á un asaltador y ladrón, ¿qué muerte injusta inferir se puede? ¿Qué significa nuestra escolta? ¿qué las espadas? Las que por cierto no

[1] = Tito; C. = Cayo; L. = Lucio; M. = Marco; P. = Publio; Q. = Quinto.

fuera lícito llevar, de no ser jamás lícito usarlas. Es ésta por tanto, jueces, ley no escrita sino natural, no aprendida, recibida, leída por nosotros, sino cogida, sacada, expresa de la naturaleza misma; ley á que no hemos sido amoldados sino hechos, no conformados sino informados; á saber: si ha caído nuestra vida en algún lazo, si en violencia y armas de ladrones ó enemigos, toda defensa de ella es honesta. Calla entre las armas la ley ni manda se la espere, cuando el que esperarla quisiera, tendría que sufrir pena injusta antes de pedir la justa. Aunque muy sabia y en cierta manera tácitamente confiere la misma ley potestad de defensa, pues no prohibe matar á un hombre sino llevar armas para matar, á fin de que, atenta la causa, no el arma, no se juzgase haberse armado para matar quien para defenderse lo hubiera hecho. Por lo tanto, quede esto bien establecido, jueces; pues no dudo de que os probaré mi defensa, si recordareis lo que no podéis olvidar, esto es: el derecho de matar al insidiador.

5. Viene lo dicho muy á menudo por los enemigos de Milón: que el senado juzgó contraria á la república la refriega en que se mató á P. Clodio. Pero el senado no sólo con sus decisiones la aprobó, sino también con sus favores. Pues, ¡qué de veces hemos debatido en él esta causa! ¡con qué asentimientos de todo el orden! ¡cuán no tácitos ni ocultos! Porque, ¿cuándo, con senado pleno, ha habido cuatro, ó á lo sumo cinco, que no aprobaran la causa de Milón? Hablan á favor de ella esas asambleas abortadas de aquel chamuscado tribuno del pueblo, en las cuales día á día recriminaba envidioso mi poder, diciendo que el senado no decretaba lo que él quería, sino lo que yo. Que si poder se ha de llamar y no más bien mediana autoridad en las causas buenas, por grandes méritos para con la república, ó alguna gracia ante los buenos, por estas mis oficiosas labores; llámese así enhorabuena, como de él usemos en pro de la salud de los buenos contra el frenesí de los malvados. Pero este tribunal, aunque no es contra derecho, no quiso jamás el senado formarlo: leyes había, había tribunales para los homicidios ó la violencia; ni ocasionaba tanta tristeza y luto al senado la muerte de P. Clodio que iniciase desacostumbrado juicio. ¿Es creíble que el senado, á quien se había sustraído el poder de juzgarle por aquel incestuoso estupro, hubiese acordado juicio especial de la muerte del mismo? ¿Cómo, pues, decretó el senado haberse hecho contra la república el incendio de la curia, el ataque á las casas de M. Lépido, esta misma refriega? Porque, en un estado libre jamás estalla entre los ciudadanos violencia que no sea contra la república. Deseable no es nunca, pero á veces necesario, ese rechazo de la fuerza; á menos que el día en el cual matado fué Tiberio Graco, ó el en que Cayo, ó aquel otro en que oprimidas fueron las armas de Saturnino, por más que lo fueran de la república, á la república no hayan herido.

6. Así, yo mismo decreté que, constando haberse hecho una matanza en la Vía Apia, no había atentado contra la república el que se defendió, sino, tratándose de violencia y asechanzas, remití á juicio el crimen, estigmaticé el hecho. Y si aquel frenético tribuno permitiera al senado realizar lo que pensaba, no tendríamos juicio especial ninguno; pues decretaba éste que se juzgara la causa según las leyes antiguas, como fuese en juicio extraordinario. Dividióse la sentencia, á petición de no sé quien: — menester no es que yo revele las infamias de todos. Así, merced á una oposición venal, suprimido fué lo demás que el senado mandara.

Pero Cneo Pompeyo con su ley ha

juzgado el hecho y la causa; propúsola acerca de la matanza en la Vía Apia, donde fué muerto P. Clodio. —

¿Qué, pues, propuso? Que se investigase. ¿Y qué? ¿El hecho? Pero consta. ¿El autor? Pero está. Vió, por consiguiente, él también que dentro de la confesión del hecho cabe la defensa del derecho. Que si no hubiese visto poderse absolver al confeso, viendo que nosotros confesábamos el hecho, ni habría jamás ordenado investigar ni dádoos este tan grato voto de absolver ni aquel tan triste, de condenar. Á mí Cneo Pompeyo no sólo no me parece haber prejuzgado nada contra Milón, sino también haber establecido lo que vosotros en el juicio debéis mirar; pues quien no pena al confeso, antes le da que se defienda, ése quiere se indague la causa de la muerte, no la muerte. Él mismo por cierto ya dirá si lo que de suyo hizo, creyó deberlo hacer por P. Clodio ó atentas las circunstancias.

7. En su casa un varón nobilísimo, defensor del senado y en aquellos tiempos casi su patrono, tío de este juez nuestro y hombre fortísimo, M. Catón, un tribuno de la plebe: M. Druso, asesinado fué: nada se consultó al pueblo sobre su muerte; ningún juicio decretó el senado. Nos han referido nuestros padres todo el luto de esta ciudad, cuando á P. Africano, que reposaba en su casa, fué inferida de noche aquella violencia. ¿Quién no gimió entonces? ¿Quién no se inflamó en dolor de que no se hubiese aguardado siquiera á la muerte natural de aquel á quien todos desearan, de ser posible, la inmortalidad? Y sin embargo, ¿se decretó alguna investigación de la muerte de Africano? Ninguna ciertamente. ¿Y por qué? Porque no es un crimen matar á hombres eminentes, y otro á vulgares. Difieran en dignidad la vida de los más grandes y la de los más pequeños; su muerte, si obra es de un crimen, sujétese á unas mismas penas y leyes; á menos que sea más parricida quien matare á su padre si éste fuere consular que si plebeyo; ó que sea más atroz la muerte de P. Clodio por habérsele matado en los monumentos de sus mayores — lo cual dicen éstos á menudo; — como si aquel Apio el Ciego hubiese construído una vía no para el uso del pueblo, sino donde sus descendientes salteasen impunes. Por esto, cuando en la misma Vía Apia mató P. Clodio á M. Papirio, esclarecidísimo caballero romano, aquel atentado no reclamaba castigo: muerto había en sus monumentos un noble á un caballero romano.... Ahora, el nombre de esa misma Apia, ¡cuánto trágico movimiento excita! Antes, ensangrentada con la muerte de un honorable é inocente varón, nadie la nombraba: ahora no se deja de nombrar, después de embeberse la sangre de un ladrón y parricida. Mas ¿á qué recordar esto? Aprehendido fué en el templo de Cástor un siervo de P. Clodio apostado por éste para matar á Cneo Pompeyo. Confeso, arrancósele la daga de la mano. No hubo después para Pompeyo foro; no hubo senado; no hubo luz pública: escudóse con su puerta y sus paredes, no con la justicia de las leyes y de los tribunales. ¿Dictóse alguna ley? ¿decretóse alguna investigación extraordinaria? Pues bien: si jamás hubo negocio, hubo hombre, hubo circunstancias que tal mereciesen — era todo ciertamente capitalísimo en aquella causa: colocado estaba el sicario en el foro, en el vestíbulo mismo de la curia; urdíase la muerte de un hombre cuya vida era la salvación de la patria; y en el preciso momento que, si sólo él cae, derrúmbase no sólo esta ciudad, sino las gentes todas.

Ni se diga que lo que no se realizó no es punible; como si las leyes vindicasen el éxito, y no las intenciones humanas. Frustrado el intento, menos fué el dolor; el castigo no ha

de ser menos. ¡Cuántos efugios, jueces, he hecho yo mismo de los dardos de P. Clodio y de sus cruentas manos! De las cuales si no me salvara mi fortuna ó la de la república, ¿quién al fin hubiera pedido investigación de mi muerte?

8. Pero, ¡necios de nosotros, que parangonar osamos con P. Clodio á Druso, Africano, Pompeyo, á nosotros mismos! Aquello tolerable fué: la muerte de P. Clodio no hay corazón que sufrirla pueda: llora el senado; el orden ecuestre se apena; marchita está toda la ciudad; de luto, los municipios; atribuladas, las colonias; los campos mismos, finalmente, suspiran por tan benéfico, tan necesario, tan bondadoso ciudadano. Nó, jueces; no fué éste el motivo porque pensó Pompeyo deberse avocar la causa; — pero un hombre sabio como él y dotado de levantada y, por decirlo así, divina mente, cosas muchas vió: que aquél fué su enemigo; Milón, amigo suyo íntimo; si participaba del universal alborozo, temía ser sospechada la sinceridad de su reconciliación. Vió mucho más aún; y sobre todo que, no obstante el rigor de su ley, juzgaríais con valor vosotros. Así, eligió de los más floridos órdenes las lumbreras mismas; y al designar los jueces, no excluyó, como algunos han pensado, á mis amigos. Hombre justísimo, él no pensó tal; ni, al elegir hombres de bien, hubiéralo podido conseguir, aun cuando hubiese querido. Porque mi afecto no se limita á la familiaridad, que no puede extenderse mucho; pues no puede haber trato íntimo con muchos. Pero si algo podemos, podémoslo por habernos unido á los buenos la república. Y como de éstos escogiera él los mejores, y como esto lo creyese un deber de lealtad suyo primordial, no pudo elegir quienes no fuesen amigos míos.

Por lo tocante á haber él querido que tú, L. Domicio, sobre todo presidieses á esta causa, no buscó sino la justicia, la gravedad, la humanidad, la fe. Determinó que fuese necesariamente un consular; me parece que por creer incumbe á los príncipes resistir así á la ligereza de la muchedumbre como á la temeridad de los malvados. De entre los consulares te prefirió á ti, porque desde niño has dado las mayores pruebas de cuánto desprecias los populares furores.

9. Por lo tanto, jueces — para venir alguna vez á la causa y al crimen —, si no toda confesión del hecho es inusitada; si el juicio de nuestra causa no ha sido por parte del senado distinto del que deseábamos, y si el autor mismo de la ley, como no hubiese controversia alguna acerca del hecho, quiso se discutiese el derecho, y han sido designados para la causa jueces y presidente capaces de ventilarla con justicia y sabiduría; resta, jueces, que cifréis todo vuestro deber en indagar quién acometió á quién. Para que esto lo podáis discernir más fácilmente, escuchad, os ruego, atentos, mientras os hago una somera exposición del hecho.

Publio Clodio, resuelto á vejar, en la pretura, con todos los crímenes á la república, como viese que los comicios del año anterior habían sido retardados tanto, que sólo por pocos meses podía desempeñar la pretura; y como no mirase el alto honor, cual los demás, sino que huyese también de ser colega de L. Paulo, ciudadano de singular virtud, y buscase un año íntegro para dilacerar á la república; renunció de súbito el año suyo y se reservó el siguiente, no, como suele verse, por algún temor de conciencia, sino para tener, según él mismo lo decía, la pretura, esto es, para demoler la república, un año entero y cabal. Sucedíale el quedar mútila y débil su pretura, si llegaba á ser cónsul Milón; pues le veía serlo

con el mayor consentimiento del pueblo romano. Entendióse con sus competidores, pero de tal suerte que él solo, aun á despecho de ellos, dirigía toda la cábala, sustentaba — decíalo esto muchas veces — todos los comicios en sus hombros; convocaba las tribus; negociaba; empadronaba en la nueva tribu Colina los peores ciudadanos. Mientras él más se agitaba, aquél de día en día era más poderoso. Cuando el hombre, prontísimo á todo crimen, vió á este varón fortísimo, enemiguísimo suyo, cónsul segurísimo[1], y entendió que esto no tan sólo de palabra, sino también con los sufragios lo había declarado el pueblo romano, comenzó á desenmascararse y á decir abiertamente que era necesario matar á Milón. Había hecho descender de los Apeninos esclavos salvajes y bárbaros, por medio de los cuales devastara las selvas públicas y vejara la Etruria, y que veíais aquí. No era dudoso su intento: pregonaba no ser posible arrebatar el consulado á Milón; pero sí la vida. Significólo muchas veces en el senado; díjolo en los comicios; y cuando M. Favonio, varón fortísimo, le preguntó qué esperaba de su frenesí, estando vivo Milón, llegó á responderle que dentro de tres ó, á lo sumo, de cuatro días, perecería aquél; palabras que Favonio anunció al punto á este M. Catón.

10. Entre tanto, como supiese Clodio — saberlo no era difícil — que Milón debía hacer, el día 13 antes de las calendas de febrero, un viaje anual legítimo, necesario, á Lanuvio, para nombrar, como dictador que era de allí, un flamen, marchó él mismo, la víspera, súbitamente de Roma, á armar, como los hechos lo demostraron, asechanzas, junto á su fundo, á Milón. Y de tal manera se fué, que no asistió á una asamblea tumultuosa, donde se echó de menos su furor, celebrada ese mismo día; la que á no haber él buscado lugar y tiempo de cometer un crimen, jamás perdiera. Pero Milón, después de asistir ese día al senado, hasta que éste se levantó, vino á su casa, mudóse calzado y vestuario; detúvose algo, mientras su mujer, como sucede, se compone; partió luego, á tiempo que ya Clodio, si ese día hubiese querido venir, estuviera de vuelta. Sálele al encuentro Clodio, expedito, á caballo, sin vehículo, sin equipaje, sin ninguno de los acompañantes griegos, que llevar solía, sin su mujer, lo que casi nunca le pasaba; mientras este salteador, que se dice haber dispuesto tal salida para matar, iba en carruaje, con su mujer, encapotado, con grande, embarazoso, mujeril y manso acompañamiento de siervas y niños. Encontróse con Clodio junto á la granja de éste, á la hora undécima más ó menos[2]. Al punto se abalanza sobre él desde un sitio superior un grupo de gente armada: los delanteros matan al auriga. Aquél, arrojando lejos el capote, salta del carruaje; defiéndese valerosamente. Los de Clodio, desnudas las espadas, parte acometieron el vehículo para atacar por la espalda á Milón; parte, creyéndole ya muerto, empiezan á matar sus esclavos, que venían en pos; de los cuales aquellos que se distinguieron por su presencia de ánimo y su fidelidad — unos fueron asesinados; otros, viendo que se luchaba en torno del carruaje, impidiéndoseles socorrer á su amo, oyendo del mismo Clodio haber sido matado Milón, y creyéndolo realmente así — hicieron entonces los esclavos de éste (lo diré con franqueza, no por rehuir la acusación, sino porque tal sucedió), sin mandarlo ni saberlo ni presenciarlo su amo, lo que cada cual querría hicieran en semejante emergencia sus esclavos.

[1] = ser segurísimamente cónsul.

[2] Á las 4 de la tarde.

11. Tal como acabo de exponerlas, acontecieron, jueces, las cosas: el asaltador vencido fué, rechazada la fuerza por la fuerza, ó más bien, por el valor la audacia. Nada diré de lo que con ello ganó la república; nada de lo que todos los buenos; pues de nada serviría esto á Milón; cuya estrella es no haberse podido conservar á sí propio sin conservar al mismo tiempo á la república y á vosotros. Si para ello no hubo derecho, no tengo yo que alegar. Pero, si esto lo dicta la razón á los doctos, á los bárbaros la necesidad, la costumbre á los pueblos, hasta á los brutos la naturaleza misma, el rechazar siempre, por todos los medios posibles, toda violencia contra su cuerpo, su cabeza, su vida; entonces no podéis condenar este hecho sin condenar á la vez cuantos caen en manos de los ladrones, ó á perecer en ellas ó por vuestras sentencias. Que si tal pensase Milón, más le hubiera valido ciertamente dejarse degollar por P. Clodio, quien no lo intentaba la primera vez ni entonces sólo, que por vosotros á causa de no haberse dejado degollar por él. Empero, si nadie de vosotros opina tal, no se ventila ya en el juicio el hecho de la muerte confesado, sino su justicia ó injusticia; como á menudo aquí se ventiló. Que hubo asalto, eso consta, y eso es lo que el senado juzga atentatorio contra la república: dúdase de quién asaltó: he aquí lo que investigar se ordena. Así, el senado condenó la acción, no al hombre; y Pompeyo pidió esclarecimiento del derecho, del hecho no.

12. Por tanto, ¿discútese alguna otra cosa en este juicio sino quién asaltó á quién? Ciertamente que no. Si éste á aquél, que no quede impune: si aquél á éste, que se nos absuelva.

Ahora bien, ¿de qué manera probarse puede haber asaltado Clodio á Milón? Basta demostrar que aquella tan audaz, tan nefaria bestia tenía grande interés en la muerte de Milón, cifradas en ella grandes esperanzas, grandes utilidades. Valga en esta clase de personas el dicho de Casiano: «¿Á quién aprovecha?» Aunque ninguna ventaja arrastra á los buenos al mal, á los malos muchas veces una nonada. Pues bien, muerto Milón, Clodio lograba no sólo ser pretor, sin ser cónsul aquel que siéndolo no le permitiera cometer ningún delito, sino también desempeñar la pretura bajo cónsules de quien esperaba, si no complicidad, á lo menos connivencia, para burlar con aquellos sus premeditados furores á la república; conatos que ellos, según discurría el mismo, no querrían reprimir, aunque pudiesen, creyendo deberle tamaño beneficio; y, caso de quererlo, no podrían quebrantar la audacia inveterada, y por lo mismo acrecida, de un hombre criminalísimo. ¿Por ventura sólo vosotros, jueces, ignoráis — ¡sois vosotros extranjeros en esta ciudad, peregrinan vuestros oídos y no resuena en ellos lo que Roma entera dice! — qué leyes — si leyes se han de llamar, y no más bien teas incendiarias de la ciudad y pestes de la república — nos hubiera él, á fuego, impuesto á todos? Exhibe, por favor, Sexto Clodio, exhibe aquella colección de vuestras leyes, que dicen arrebataste de la casa y salvaste de enmedio de las armas y del tumulto nocturno, como un segundo paladión, á fin de poder transferir ese preclaro obsequio y documentos del tribunado á alguien, caso de hallarle, que desempeñara á su arbitrio ese cargo.

(Hay una laguna.)

Vivo Milón, no diré cónsul, ¿hubiérase aquél atrevido á mencionar esta ley, que Clodio se gloría de haber inventado? Pues de todos nosotros . . . no oso acabar la frase. Ved cuán viciosa sería una ley que es peligroso hasta atacar. Y me ha mirado con aquellos ojos que entonces solía

cuando á todos conminaba todo: ¡deslúmbrame por cierto la lumbrera del senado! . . .

13. ¿Qué? ¿Tú me crees furioso contigo, Sexto, á mí en cuyo mayor adversario te has ensañado tú mucho más de lo que mi humanidad me permitiera exigir? Tú arrojaste de su casa el sangriento cadáver de P. Clodio; tú lo lanzaste á la vía pública; tú sin imágenes, funeral, ni pompa, elogio, y medio quemado con miserabilísima leña le abandonaste presa nocturna á los perros. Por donde, aunque obraste nefandamente, con todo, como desfogaste contra mi enemigo tu crueldad, si alabarte no puedo, reprenderte por cierto no debo.

Habéis oído, jueces, cuánto interesaba la muerte de Milón á Clodio. Volved vuestra atención ahora hacia aquél. ¿Qué le iba á Milón en la muerte de Clodio? ¿Por qué podía, no diré consentir en ella, pero ni siquiera desearla?

«Obstaba Clodio á Milón en su esperanza del consulado.» — Pero, no obstante, conseguíalo, antes conseguíalo mejor: yo, sufragando por él, no le servía más que Clodio. Pesaba en vosotros, jueces, la memoria de los méritos de Milón para conmigo y la república; pesaban mis ruegos y lágrimas, con que yo entonces os veía conmoveros hondamente. Pero mucho más pesaba el temor de los inminentes peligros. Pues ¿qué ciudadano dejaba de concebir desenfrenada la pretura de P. Clodio sin el mayor recelo de trastornos? Y desenfrenada la veíais, si no era cónsul quien osase y pudiese refrenarla. Y sintiendo el pueblo romano entero ser tal únicamente Milón, ¿quién hubiera vacilado en librarse con el sufragio á sí propio del miedo, del peligro á la república?

Mientras ahora, eliminado Clodio, tiene Milón que hacer, en resguardo de su dignidad, los normales esfuerzos: aquella singular y privativa gloria, que de día en día se acrecentaba á sí propia con quebrantar los furores clodianos, ha caído con la muerte de Clodio. Vosotros habéis logrado el no temer á ciudadano alguno: éste ha perdido el ejercicio de su valor, los sufragios al consulado, la fuente perenne de su gloria. Así, el consulado, que á Milón, vivo Clodio, arrebatarse no podía, ha comenzado, muerto él, á disputársele por fin.

Luego, no sólo no aprovecha, sino que daña á Milón la muerte de Clodio.

«Pero prevaleció el odio: hízolo airado; hízolo enemigo; vengador fué de su injuria, castigador de su dolor.» [1]

¿Qué? Si todo esto fué, no diré mayor en Clodio que en Milón, sino sumo en aquél, en éste nulo, ¿qué más queréis? ¿Por qué había de odiar Milón á Clodio, mies y pábulo de su gloria, á no ser con este odio patriótico que odiamos á todos los ímprobos? Aquél sí que debía odiar, primero, al defensor de mi salud; luego, al contenedor de su furia; al domador de sus armas; á su acusador, por fin. Pues reo, merced á la ley Plocia, fué de Milón Clodio toda su vida. ¿Con qué ánimo, imagináis, toleraría esto aquel tirano? ¿Cuánto sería su odio, y cuán justo — hasta en un hombre injusto?

14. Resta que defiendan ya á aquél su misma índole y hábitos, y condenen ella y ellos á éste: que nada haya hecho nunca por fuerza Clodio, todo por fuerza Milón.

¿Qué? Yo, jueces, cuando, de luto vosotros, me retiré de la ciudad, ¿temía á la justicia? ¿á los esclavos, armas, violencia? ¿Qué justa causa, pues, hubiera habido de revocarme, si la de lanzarme no fuera injusta? ¡Habíame él, creo, citado en juicio, pedido se me multara, acusádome de alta traición;

[1] = del causador de su dolor.

y yo, ¡por vida! en causa, ó mala ó mía, que no gloriosísima y vuestra, debí temer á la justicia! No quise que mis conciudadanos, salvados por mis consejos y riesgos míos, expuestos fueran á las armas de esclavos, de romanos indigentes, de facinerosos. Vi, vi á este mismo Q. Hortensio, lumbrera y ornamento de la república, casi asesinado por manos serviles, á par de mí; turba en medio de la cual C. Vibieno, senador, varón óptimo, que estaba junto con él, fué de tal suerte atropellado que murió. Y después, ¿cuándo reposó la daga de aquél, la que había recibido de Catilina? Ella asestada fué contra nosotros; á ella no sufrí yo que por causa mía fueseis expuestos; ella asechó á Pompeyo; ella ensangrentó á esta Apia, monumento de su linaje, con la muerte de Papirio; ella, mucho tiempo después, se tornó contra mí: hace poco, lo sabéis, casi me mató junto al Palacio.

¿Qué de semejante hizo Milón? Cuya única violencia fué siempre, que P. Clodio, pues no podía sometérsele á juicio, no oprimiese violento á la ciudad. Si le hubiese querido matar, ¡cuántas ocasiones cuántas veces y cuán bellas había tenido! ¿Pudo justamente vengarse, cuando defendía contra los ataques de aquél su casa y sus dioses penates? ¿Púdolo, cuando fué herido P. Sestio, ciudadano egregio, varón fortísimo, su colega? ¿Púdolo, cuando Q. Fabricio, varón óptimo, al proponer una ley pidiendo mi vuelta, fué expulsado, y hecha en el foro crudelísima matanza? ¿Púdolo, cuando asaltada fué la casa de L. Cecilio, justísimo y fortísimo pretor? ¿Púdolo aquel día que se dió esa ley acerca de mí; que el concurso de toda Italia, convocado por mi salud, reconoció gozoso la gloria de aquel hecho, por manera que, si esto también hiciera Milón, reclamara como suya esa prez la ciudad toda?

15. ¡Y qué coyuntura aquélla! Clarísimo y fortísimo cónsul era P. Léntulo, enemigo de Clodio y vengador de ese crimen, propugnador del senado, defensor de vuestra voluntad, patrocinador del consentimiento público, restituidor de mi salud; siete pretores y ocho tribunos de la plebe había adversarios de aquél, defensores míos; Cneo Pompeyo, autor y ductor de mi vuelta, era enemigo de aquél, y su gravísimo y honrosísimo dictamen referente á mi salud siguió la curia entera. Él exhortó al pueblo; él mismo, después de dar en Capua un decreto relativo á mí, significó á toda la Italia, que lo anhelaba, é imploraba su fe, concurriesen á restablecerme en Roma. Enardecidos estaban, finalmente, los odios de todos los ciudadanos contra aquél por el deseo de mi retorno. Y si alguien le matara entonces, no sólo en su impunidad se hubiera pensado, sino en premiarle. Contúvose, sin embargo, Milón: llamóle dos veces á juicio: á combate nunca. ¿Qué? Cuando Milón, entonces persona privada, fué acusado al pueblo por P. Clodio, y asaltado Cneo Pompeyo al hablar á favor de Milón, ¡qué oportunidad aquélla! más aún, ¡qué causa para derribarle! Recientemente, cuando M. Antonio brindaba á todos los buenos esperanza suma de salud, conjuraba nobilísimo joven fortísimamente los mayores peligros de la república; y tenía ya enredada á aquella fiera, que evitaba los lazos de la justicia, ¡qué lugar! ¡qué hora, dioses inmortales! Huído aquél y escondido en las tinieblas de las escaleras, grande hubiese sido para Milón exterminar aquella peste, sin encono de nadie y con gloria suma de M. Antonio.

¿Qué? Durante los comicios en el Campo, ¡cuántas veces pudo hacerlo! Cuando aquél forzó las barreras, hizo desnudar las espadas, arrojar piedras; aterrado luego de súbito á la vista de Milón, huyó al Tíber, y vosotros y

todos los buenos hacíais votos porque Milón quisiera usar de su valor.

16. Pues bien, al que no quiso matar, agradeciéndoselo todos, ¿á ése le habrá matado, protestando algunos? Al que no se atrevió, habiendo derecho, habiendo lugar, habiendo tiempo, habiendo impunidad, ¿á ése no ha dudado matar injustamente, en desfavorable sitio, en hora inoportuna, con peligro de la vida? Sobre todo, jueces, en la víspera de la lid por la más alta dignidad y de los comicios, tiempo en que — sé cuán tímida es la ambición, y cuánto y cuán inquieto es el deseo del consulado — tememos todo, no sólo los reproches públicos, sino también los que calladamente pensar se pueden; en que un rumor, una hablilla nos aterran, en que miramos el semblante y los ojos de todos. Pues nada hay tan blando, tan tierno, tan frágil ó flexible como la voluntad que nos tienen y lo que acerca de nosotros sienten los conciudadanos; que no tan sólo se irritan por la improbidad de los candidatos, sino que también desdeñan á menudo su rectitud. ¿Y ese día de los comicios, esperado y suspirado, elegiría Milón para venir, con sangrientas manos, manchado y confeso de un delito y crimen, á aquellos imponentes auspicios de las centurias? ¡Cuán increíble es esto en éste! ¡Cuán no para dudar en Clodio, esto mismo, ya que él se prometía reinar, matado Milón!

¿Qué? Lo que es capital, jueces: ¿quién ignora ser el mayor incentivo de la audacia la esperanza de la impunidad en el pecar? ¿Quién, pues, la tuvo? ¿Milón, que hasta hoy es reo de un hecho ó esclarecido ó ciertamente necesario? ¿ó bien Clodio, que despreciaba la justicia y sus penas, al extremo de no deleitarle nada permitido por la naturaleza y las leyes?

Pero ¿á qué estoy argumentando yo? ¿á qué discuto más? Á ti, Q. Petilio, óptimo y fortísimo ciudadano, apelo; á ti, M. Catón, te pongo por testigo: vosotros, á quienes cierta fortuna divina me ha dado por jueces. Vosotros oisteis de M. Favonio, que Clodio le dijo, y oisteis, vivo Clodio, que Milón perecería dentro de tres días. Al tercer día aconteció lo dicho. No vacilando él en manifestar lo que pensaba, ¿podéis vosotros vacilar acerca de lo que hizo?

17. ¿Cómo, pues, no se engañó respecto del día? Lo acabo de decir: nada costaba saber de los sacrificios estatuídos por el dictador de Lanuvio. Vió que necesitaba Milón partir á Lanuvio en ese mismo día que partió. Anticipóse, pues. Pero ¿qué día? El en que, según antes dije, fueron los comicios turbulentísimos promovidos por un tribuno de la plebe, mercenario suyo; día, asamblea, clamores que, á no ser para precipitarse tras un crimen premeditado, jamás perdiera.

Luego, aquél, lejos de tener motivo para salir, teníalo para quedar; ninguno Milón para quedar: para salir, empero, no sólo motivo, sino también necesidad.

¿Qué? si, como á aquél constaba que Milón iba ese día de viaje, ¿no pudo Milón sospechar siquiera que iba también Clodio? Ante todo pregunto: ¿cómo podía saberlo? Lo que vosotros no podéis preguntar de Clodio. Aun cuando á nadie más hubiera interrogado que á su íntimo amigo, L. Pátina, pudo saber que ese mismo día necesitaba nombrar un flamen en Lanuvio su dictador Milón. Pero muchísimos otros había de quienes saberlo facilísimamente, esto es, todos los lanuvinos.

¿Á quién preguntaría Milón acerca del regreso de Clodio? Demos que preguntara; demos — ved cuánto os concedo — que, como dijo mi amigo Q. Arrio, corrompiera á un esclavo.

Leed los testimonios de vuestros testigos:

C. Causinio Scola, interamnate, familiarísimo de Clodio y que le acom-

pañaba, quien ya antes atestiguara haber estado Clodio á una misma hora en Interamna y en Roma; declaró haberse querido quedar P. Clodio ese día en Albano; pero que de repente se le anunció la muerte de Ciro, el arquitecto, y que por esto resolvió al instante volver á Roma. Otro tanto dijo C. Clodio, acompañante también de P. Clodio.

18. Ved, jueces, cuán importantes cosas se desprenden de estas declaraciones:

Primeramente, libre queda por cierto Milón de haber salido para asaltar á Clodio en el camino: ¡á fe que queda, si aquél jamás había de encontrarle! En segundo lugar — pues no veo por qué no hacer yo también mi negocio — sabéis, jueces, que ha habido quienes en esta moción han dicho haberse hecho la muerte por mano de Milón, pero por consejo de otro más alto; aludiendo esos villanos y perdidos á mí, como al ladrón y sicario. En tierra han dado por sus propios testigos, quienes niegan que Clodio, si no oyera de Ciro, hubiese vuelto ese día á Roma. Respiro; libre soy; no temo parezca haber yo pensado lo que ni sospechar pudiera.

Ahora vengo á lo demás. Objétase esto: «Luego Clodio ni siquiera pudo pensar en asalto, ya que iba á quedarse en Albano.» Convengo, si no hubiese salido de la ciudad á matar. Pues al que dicen haber anunciado la muerte de Ciro, no le veo yo anunciar esto, sino que se acercaba Milón. ¡Qué había de anunciar de Ciro, á quien Clodio al partir de Roma dejaba moribundo! Estuve yo allí; juntamente con Clodio firmé su testamento. Había testado públicamente é instituídonos herederos á él y á mí. El día antes, á la hora tercia, le había él dejado expirando, ¿y al otro día, á la hora décima, por fin se le anuncia que ha muerto?

19. Enhorabuena, sea así. Pero ¿por qué volar á Roma? ¿Por qué lanzarse al través de la noche? ¿Acaso le apresuraba algo su calidad de heredero? Desde luego, nada había que reclamara prisa; después, caso de haber algo, ¿qué ganaba viniendo á Roma esa noche? ¿qué perdía viniendo á la mañana siguiente?

Así como él debió evitar más bien que buscar volver de noche á la ciudad; así Milón, si era el asaltador y si sabía que aquél tornaba de noche á la ciudad, debió detenerse y aguardar. En la noche y en lugar peligroso y lleno de ladrones le hubiera matado. Hubiéralo negado, y nadie se hubiese resistido á creer al que, aun confeso, todos desean ver absuelto. Habríase explicado este crimen, en primer lugar, por ese mismo sitio, madriguera de bandidos; ni la muda soledad hubiera indicado ni la ciega noche descubierto á Milón. En segundo término, sospecháranse allí muchos, violados por aquél, despojados, expropriados, muchos temerosos de esto; reo declarárase, por fin, á toda la Etruria.

Además, regresando aquel día desde Aricia Clodio, pasó de seguro á Albano. Sabiendo Milón que aquél estaba en Aricia, debió á lo menos sospechar que, aun cuando ese día quisiese volver á Roma, tocaría en su villa, que está á par del camino. ¿Por qué ni se adelantó á él, si dudaba de su detención en la villa, ni le aguardó en el sitio adonde aquél había de llegar en la noche?

Veo que hasta aquí, jueces, todo concuerda: Á Milón aun le aprovechaba que viviera Clodio; éste, para el logro de sus pretensiones, suspiraba por la muerte de Milón. Odio mortal tenía aquél á éste: éste á aquél, ninguno; aquél, hábito inveterado de atropellar: éste, tan sólo el de defenderse. Aquél anunció y propaló la muerte de Milón; á éste nunca se le oyó tal. El día que partió éste, sabíalo aquél; éste la vuelta de aquél no. El viaje de éste era necesario; el de aquél,

extemporáneo. Éste dijo públicamente que ese día se alejaba de Roma; aquél ocultó que regresaba ese día. Éste en nada mudó de parecer; aquél fingió motivo de mudanza. Éste, si asaltaba, debió aguardar á la noche, cerca de la ciudad; aquél, aunque no temiese á éste, debió con todo temer venir de noche á ella.

20. Veamos ahora algo que es capital: á saber, á quién favorecía el sitio mismo elegido para el asalto y donde vinieron á las manos.

Pero ¿también en esto, jueces, hay duda, cabe discusión? Ante el predio de Clodio; predio donde en aquellas sus locas construcciones subterráneas tenía empleados al menos mil hombres vigorosos; donde el enemigo ocupaba un lugar alto y prominente: ¿allí prometeríase vencer Milón? ¿Ese lugar elegiría, para ello, de preferencia? Por sí mismo habla el hecho, jueces; que siempre se impone. Si esto no lo oyeseis referir como sucedido, sino que lo vieseis pintado, aparecería, sin embargo, el asaltador, aparecería el inocente; yendo uno de ellos con capote, en carruaje, sentado á par de su mujer. ¿Cuál de estas cosas es de mayor estorbo? ¿El vestuario? ¿el vehículo? ¿la compañía? ¿Quién menos pronto para combatir que un hombre envuelto en capote, encerrado en carruaje, casi maniatado por su mujer?

Mirad ahora á aquél. Sale súbitamente de la ciudad: ¿por qué? — Al tardecer: ¿qué urgencia? — Lentamente: ¿á qué? ¿sobre todo en tal estación? Á la villa de Pompeyo pasó. ¿Á ver á Pompeyo? Sabía que estaba en Alsio. ¿Á ver la villa? Mil veces había estado en ella. ¿Á qué pues? Á hacer hora y despistar: mientras éste llegaba, no quiso alejarse de allí.

21. Ea, comparad ya el viaje expedito del bandolero con las rémoras de Milón. Siempre iba antes aquél con su mujer: ahora, sin ella; nunca sino en carruaje: ahora á caballo; acompañado de greguezuelos á dondequiera que fuese: ahora nada de truhanería en su acompañamiento. Milón, quien nunca, entonces casualmente llevaba los niños músicos de su mujer y grupos de criadas. Aquél, que siempre traía consigo mujerzuelas, siempre mancebos, siempre rameras, no traía entonces sino hombres evidentemente escogidos uno por uno.

¿Por qué, pues, fué vencido? Porque no siempre es matado el caminante por el ladrón, sino lo es también á veces el ladrón por el caminante; porque Clodio, aunque prevenido á desprevenidos, asaltaba mujer á hombres. Ni estaba Milón jamás tan desprevenido contra él que no estuviese casi prevenido. Siempre pensaba cuánto convenía á P. Clodio su muerte, cuánto le odiaba éste y cuán audaz era. Por lo cual, sabiendo que su cabeza estaba puesta á precio y casi vendida, nunca se lanzaba al peligro sin defensa y sin escolta.

Añadid lo fortuito; añadid la incertidumbre de los combates y sus vicisitudes; las cuales muchas veces han derribado y anonadado, por mano del caído, al que ya le despojaba ufano. Añadid la impericia de un jefe comido, bebido, soñoliento; quien, dejando al enemigo cercado por la espalda, no pensó ya absolutamente en los que venían más atrás. Caído en manos de éstos, inflamados de furor y sin esperanza de salvar á su dueño, sufrió la pena que, en cambio de la vida del amo, le infligieron esos fieles siervos.

¿Por qué, pues, los manumitió? — ¡Temía á buen seguro que le denunciasen, que no pudiesen sufrir el tormento, que los obligaría la tortura á confesar haber sido matado en la Vía Apia Clodio por los esclavos de Milón!

¿Á qué el verdugo? ¿Qué preguntas? ¿Si le mató? Le mató. ¿Justa ó injustamente? Nada para el verdugo: el hecho indágase en la tortura; el derecho en el juicio.

22. La cuestión legal ventilémosla aquí: lo que con el tormento averiguar pretendes, eso lo confesamos. Pero si inquieres más bien por qué los manumitió, que no por qué los recompensó menos magníficamente, no sabes atacar las acciones del enemigo. Pues ha dicho este mismo M. Catón, que siempre habla libre y fuertemente, y lo ha dicho en una asamblea tumultuosa, aplacada sin embargo por su autoridad: que no sólo de la libertad, sino de todas las recompensas eran dignísimos esos defensores de la vida del amo. En efecto, ¿qué premio habrá bastante grande para tan benévolos, tan buenos, tan fieles siervos, merced á los cuales vive? Aunque esto no es tanto, como el no haber saciado con su sangre y heridas el alma y los ojos de su más cruel enemigo. Y si no los manumitiera, hubiesen sido hasta torturados los salvadores de su señor, los vengadores del crimen, los rechazadores de la matanza. Á él, empero, nada le apenará menos[1] en estos infortunios, que, aun cuando él mismo algo hubiese de sufrir, haber sido ellos merecidamente galardonados.

Pero estrechan á Milón los interrogatorios hechos ahora en el atrio de la Libertad:

¿Á qué siervos? — ¿Lo preguntas? Á los de Clodio. — ¿Quién los pidió? Apio. — ¿Quién los preguntó? Apio. — ¿De dónde? De[2] Apio.

¡Dioses buenos! ¡qué proceder más correcto! Por ninguna ley se admite el testimonio del esclavo contra el amo, á no ser en el sacrilegio; como lo fué contra Clodio. Hasta junto á los dioses ha llegado Clodio; más cerca que cuando penetró á ellos; él, cuya muerte se investiga como si se tratara de una profanación....

Entre tanto, no quisieron nuestros mayores el testimonio del esclavo contra el amo; no porque no sirva para el esclarecimiento de la verdad, sino porque parecía indigno del amo y más duro que su muerte. Pero cuando contra el reo declara el siervo del acusador, ¿se podrá esclarecer la verdad? Ea, ¿qué era, cuál era el testimonio? «¡Hola, Rufión! — verbigracia — ¡mira, cuidado con mentir! ¿Clodio asaltó á Milón? — Le asaltó. — Á fe que se te crucifica. — No le asaltó. — Irás libre.» ¿Qué prueba mejor que este interrogatorio?

Cógeseles de improviso para interrogarlos; incomunícaseles además y encarcélaseles en celdas, para que nadie pueda hablar con ellos. Éstos, empero, tras de haber estado cien días cerca del acusador, son presentados por el mismo. ¿Qué podrá imaginarse de más concluyente que tal testimonio? ¿Qué de más limpio?

23. Que si todavía no veis bastante claro, á pesar de resplandecer con tantos y tan luminosos argumentos y señales el hecho mismo; recordad, ¡por los dioses inmortales! cómo volvió á Roma Milón, pura el alma y tranquila, no manchado por crimen alguno, no agitado por ningún temor, no aturdido por remordimiento alguno. Recordad con cuánta presteza volvió; cómo entró en el foro, mientras ardía la curia; con qué grandeza de alma, con qué semblante, con qué discursos. Entregóse no sólo al pueblo, sino también al senado. Y no sólo al senado, sino también á la fuerza pública y armas. Y no sólo á ellas, sino también al poder de aquel á quien el senado entregado había totalmente la república, totalmente la juventud de Italia, las armas del pueblo romano totalmente. Á no confiar en su causa, no se hubiera de seguro abandonado, sobre todo á quien las cosas oíalas todas, recelaba grandes, sospechaba muchas, creía algunas.

[1] = le consolará. [2] De la casa.

Grande es el poder de la conciencia, jueces: grande bajo cualquiera de sus dos fases; de forma que no temen los inocentes, y tienen siempre ante sus ojos el fantasma de la pena los culpables.

No sin razón cierta, pues, ha sido siempre por el senado favorecida la causa de Milón: han visto estos hombres tan sensatos la naturaleza del hecho, su presencia de ánimo, la constancia de su defensa. ¿Ó habéis olvidado, jueces, cómo fueron al primer anuncio de la muerte de Clodio los discursos y pareceres, no sólo de los enemigos de Milón, sino también de algunos ignorantes? Aseguraban que no volvería á Roma. Pues si, á impulsos de la ira y del furor, le hubiese arrastrado el odio á matar á su enemigo, creían que bastante le importaría la muerte de P. Clodio para que, harto de la sangre del adversario su encono, se desterrara voluntariamente de la patria. Y si con matarle hubiera querido libertar á la república, un hombre fuerte como él, tras de salvar con peligro de la vida al pueblo romano, no dudaría en obedecer voluntariamente á las leyes, en llevar lejos consigo sempiterna gloria, en dejarnos el goce de lo salvado por él.

Muchos también hablaban de Catilina y de aquellos monstruos: «Súbito se abalanzará; ocupará alguna plaza; moverá guerra á la patria.»

¡Desgraciados á veces de los ciudadanos más beneméritos de la república, en los cuales no sólo se olvidan por los hombres los hechos más ilustres, sino que también se sospechan horrores!

Luego falso era lo que como cierto se hubiese revelado, á haber Milón hecho algo que honesta y justamente no pudiera defender.

24. ¡Ah! lo que después se forjó y acumuló contra él, cosas capaces de aterrar á cualquiera de conciencia medianamente culpable, ¡cómo lo soportó, dioses inmortales! ¿Lo soportó? No; miró con soberano desdén lo que no hubiera podido desdeñar ni el hombre más magnánimo, culpable, ni inculpable, sino el más fuerte. Indicábase dónde podían encontrarse hasta montones de escudos, espadas, arneses, dardos. No había, decíase, ningún cuartel, ninguna callejuela de la ciudad donde no contara con alguna casa Milón: armas había transportado por el Tíber á su villa de Ocrículo: su casa en la falda del Capitolio estaba llena de escudos; atestado todo de teas prevenidas para incendiar la ciudad. Esto no sólo se denunciaba: casi se creía; ni se desmintió antes de inquirirse.

Alababa yo la increíble actividad de Cneo Pompeyo; pero lo que siento, lo diré, jueces: Demasiadas cosas vense obligados á oir, ni pueden por menos, aquellos á quien está confiada toda la república. Hasta hubo que oir al carnicero Licinio, un no sé quién del circo máximo: Que él había embriagado en su casa esclavos de Milón; quienes se confesaron conjurados para matar á Pompeyo; y añadió haberle herido con espada uno de ellos, para que no los delatase. Denunciólo á Pompeyo en sus huertos: se me llama al punto; comunícalo al senado por consejo de sus amigos. Ante tan grave sospecha del protector mío, que lo es de mi patria, no pude menos de sobrecogerme de temor. Maravillábame, sin embargo, el creerse á un carnicero; el oírse á esclavos; el tenerse una herida de costado, que más parecía punzada de aguja, por golpe de gladiador. Pero, según entiendo, precavía Pompeyo más bien que temía, no solamente lo temible, sino todo, para que vosotros no temieseis nada. Acometida durante muchas horas de la noche se anunció la casa de C. César, clarísimo y fortísimo varón: nadie

habíalo oído, nadie sentido, en frecuentado paraje: oíase, sin embargo. No podía yo sospechar de timidez á Cneo Pompeyo, varón de altísimo valor: ninguna cautela en quien había tomado sobre sí toda la república, parecíame excesiva. En numerosísima sesión, poco na, en el Capitolio, pareció un senador que dijo andar Milón armado: desnudóse en el augustísimo templo, á fin de que, pues una vida tal de ciudadano y de hombre no le justificaba, hablaran, mudo él, los hechos mismos. Todo vióse que era falso y calumnioso.

25. Sin embargo, si todavía se teme á Milón, no es ya este crimen clodiano lo que nos azora: son, Cneo Pompeyo — pues á ti ya me dirijo y con voz tal que me alcances á oir — son esas sospechas tuyas, tuyas, digo, las que nos aterrorizan. Si temes á Milón; si crees que medita ó ha tramado alguna vez algo nefando contra tu vida; si las levas de Italia, según lo han dicho y repetido algunos de tus reclutadores, si estas fuerzas, si las cohortes capitolinas, si las guardias, si las centinelas, si la flor de la juventud que custodia tu persona y hogar, han sido armadas contra el ataque de Milón; si todo se ha dispuesto, preparado, dirigido contra él sólo; entonces reconócense en él ciertamente una fuerza grande, un ánimo increíble, energías y poder no de un hombre solo; ya que contra él sólo se ha designado al más esclarecido capitán y armádose toda la república.

Pero ¿quién no comprende que á ti se te ha encomendado cuanto tiene enfermo y ruinoso la patria porque con estas armas lo sanes y consolides? Que si lugar se hubiese dado á Milón, te probara por cierto á ti mismo que nunca ha habido hombre más caro á un hombre que tú á él; que jamás, tratándose de tu dignidad, él rehuyó peligro alguno; que por tu gloria afrontó muchísimas veces á esa misma asquerosísima peste; que su tribunado fué, por tus consejos, dirigido á mi salud, que decías haberte sido siempre carísima; que tú, más tarde, peligrando su vida, le defendiste; ayudástele cuando pretendía la pretura; que él esperaba tener para siempre dos amigos predilectos: por tus beneficios, á ti; á mí, por los suyos. Que si tal no probara, si tan arraigada estuviese en ti esa sospecha que nada fuera capaz de arrancarla, si, finalmente, nunca hubiese de reposar sin la muerte de Milón ni Italia de las reclutas, ni de las armas Roma; no dudaría en expatriarse, el que ha nacido y vivido como sabemos. Á ti, el Grande, hubiérate, sin embargo, conjurado cual ahora también te conjura:

26. «¡Mira cuántas son las vicisitudes de la vida! ¡cuán vaga y voluble la fortuna! ¡cuántas las deslealtades de los amigos! ¡cuán amoldadas al tiempo las perfidias! ¡cuántas las defecciones de los parientes en los peligros! ¡cuántas las timideces! Vendrá, vendrá ciertamente el tiempo, amanecerá alguna vez el día en que, próspera, lo espero, tu fortuna, pero enmedio tú de una de aquellas conmociones generales que la experiencia nos dice acontecen tan á menudo, eches de menos la benevolencia de tu mejor amigo, la lealtad del hombre más íntegro y la magnanimidad del varón más fuerte desde que hay hombres.»

Aunque ¿esto quién podrá creerlo: que Cneo Pompeyo, versadísimo en el derecho público, en la costumbre de los mayores, en los negocios políticos, por fin, habiéndole el senado conferido que mire no sufra daño alguno la república — frase breve con que siempre han sido bastante armados los cónsules, aun sin dárseles armas algunas —; que él, con un ejército, él, con poder de reclutar, haya guardado á los tribunales el castigo de los designios del hombre que intentaba derribar los tribunales mismos? Bastante

ha manifestado Pompeyo, bastante, que son falsos los cargos contra Milón; pues ha dado una ley por la cual, según me parece, debáis vosotros, ó á lo menos podáis, como todos confiesan, absolver á Milón.

Con estar sentado él en ese sitio y circuído por esa tropa de pública seguridad, demuestra suficientemente no quereros aterrorizar — pues, ¿qué cosa menos digna de él que forzaros á condenar al que castigar pudiera él mismo así en virtud de la costumbre de los mayores como por derecho propio? — demuestra ampararos, para que entendáis seros lícito, contra aquella asamblea de ayer, juzgar libremente conforme á conciencia.

27. Á mí, jueces, no me pone miedo esta causa clodiana; ni soy tan necio, tan ignorante y ajeno de vuestro sentir, que no sepa lo que pensáis de la muerte de Clodio. De la cual, si ya no quisiese yo refutar el crimen, como lo he refutado, podría, sin embargo, haciéndolo suyo, gloriarse pública é impunemente Milón y clamar: «Maté, maté, no á Espurio Melio, quien, por abaratar él, á expensas de su fortuna, los víveres, pareció conquistarse demasiado al pueblo y cayó en sospecha de ambicionar la reyecía; no á Tiberio Graco, que arrebató, por medio de una sedición, al colega la magistratura, siendo que los matadores de entrambos llenaron con la gloria de su nombre el mundo: maté á aquél — atreveríase á decirlo, habiendo con peligro propio libertado á la patria — á aquel cuyo nefando adulterio en aras sacratísimas sorprendieron nobilísimas mujeres; á aquel cuyo suplicio dictaminó muchas veces, en expiación de los solemnes misterios, el senado; á aquel que, según L. Lúculo juró haberlo descubierto en investigación judicial, cometió estupro nefario con su carnal hermana; á aquel que con armas de esclavos expulsó á un ciudadano que el senado, que el pueblo romano, que todas las gentes consideran salvador de la ciudad y vida de los ciudadanos; á aquel que dió reinos, quitólos, repartió el mundo con quienes quiso; á aquel que, tras de hacer en el foro muchas carnicerías, redujo á sus casas, con la violencia y las armas, los ciudadanos por su valor y gloria esclarecidos; á aquel para quien nada fué jamás vedado ni en crímenes ni en libertinaje; á aquel que incendió el templo de las Ninfas, para destruir las memorias públicas de la censura, consignadas en tablas públicas; á aquel, por fin, para quien ya no había ley alguna, derecho civil alguno, linde posesoria alguna; quien no con injustas lites, no con supuestas reivindicaciones y procesos se apoderaba de la propiedad ajena, sino con fuerza armada y ejército en son de combate; quien no sólo á los etruscos — pues profundamente los despreciaba — sino á este P. Vario, fortísimo y óptimo ciudadano, nuestro juez, intentó arrojar de sus posesiones con fuerza armada; quien con arquitectos y pértigas recorría las granjas y huertos de muchos; quien había puesto por límites á su esperanza de posesiones el Janículo y los Alpes; quien, no consiguiendo de M. Paconio, noble y fuerte caballero romano, que le vendiese una isla en el lago Prilio, condujo en falúas y amontonó en ella de repente materiales, cal, cimiento, herramientas y á vista del dueño, que miraba desde la opuesta ribera, no dudó edificar en suelo ajeno; quien á este T. Furfanio, — ¡á qué hombre, dioses inmortales! — pues ¿qué diré de Scancia, una mujercita, qué de P. Apinio, un jovencillo, á los cuales amenazó con la muerte si no le cedían la propiedad de sus huertos! — pero ¡que hubiera osado decir á Furfanio: si no le daba el dinero, todo el que le pedía, llevaríale á la casa un cadáver, para hacer afrontar á un hombre como éste la infamia de un crimen! quien á su hermano Apio, hombre unido

conmigo por fidelísima amistad, lanzó, en ausencia, de la posesión de un fundo; quien emprendió construir al través del vestíbulo de su hermana un muro de tal suerte, de tal suerte echar los cimientos, que no sólo la privaba del vestíbulo, sino de toda entrada y acceso.»

28. Aunque estas cosas ya parecían tolerables; por más que igualmente arremetiese contra la república, contra los particulares, contra los parientes, contra los extraños, contra los suyos. Pero no sé cómo habíase ya endurecido con la costumbre y encallecido la paciencia increíble de la ciudad. Y lo que estaba para realizarse y era inminente, ¿cómo hubierais podido afrontarlo ó sufrirlo? Si se apodera del imperio — no hablo de los aliados, las naciones extranjeras, los reyes, tetrarcas; pues votos haríais de que sobre ellos más bien se lanzase que sobre vuestras posesiones, vuestros hogares, vuestro dinero: ¿dinero digo? de vuestros hijos, ¡viven los dioses! ni de vuestras esposas hubiera aquél jamás contenido su desenfrenada libídine. ¿Creéis imaginario esto que es evidente, que todos reconocen, que confiesan: á saber, su determinación de levantar en la ciudad un ejército de esclavos con que apoderarse de toda la república y las fortunas de todos?

Por donde, si, alzando la sangrienta espada, exclamase T. Anio: «Venid, os ruego, y escuchad, ciudadanos: á P. Clodio he matado; sus furores, que con ninguna ley, ningún tribunal podíamos ya reprimir, con este acero, con esta mano los he repelido de vuestras cabezas; para que por mí sólo el derecho, la equidad, las leyes, la libertad, el pudor, la pudicicia quedaran en Roma», ¿habría que temer la actitud de la ciudad? Hoy ¿quién hay que no le apruebe, le aplauda; no diga y sienta que, en cuanto hay memoria, nadie ha servido más que T. Anio á la república, regocijado más al pueblo romano, á toda la Italia, á las naciones todas? No puedo justipreciar aquellas antiguas alegrías del romano pueblo: Muchas victorias esclarecidísimas, empero, de los más grandes emperadores ya ha visto nuestra edad: ninguna de ellas ha despertado ni tan prolongada alegría ni tanta. Grabad esto en la memoria, jueces: yo espero que vosotros y vuestros hijos veáis muchas prosperidades en la república; en cada una de ellos juzgaréis siempre, que, vivo Clodio, nada semejante hubierais visto. Hemos concebido la mayor, y según me lo prometo, la más fundada esperanza de que este mismo año, cónsul este mismo sumo varón [1], reprimida la licencia de los hombres, quebrantadas las ambiciones, restituídas las leyes y los tribunales, habrá de ser saludable á la república. ¿Y quién será tan necio que crea haber podido esto verificarse, vivo P. Clodio? ¿Qué? Vuestros bienes, vuestra fortuna privada, ¿qué derecho de perpetua posesión tuvieran, dominando este hombre frenético?

29. No temo, jueces, parecer que, inflamado por el odio de mi malquerencia, me desato contra aquél con más pasión que verdad. Pues, aunque mi odio debía ser el mayor, era aquél, sin embargo, de tal suerte el común enemigo de todos, que el odio común casi corría parejas con el odio mío. No se puede bastantemente decir, ni pensar siquiera, cuánto crimen había en aquél, cuánta perdición. Ahora atended á estotro, jueces: cuestiónase, me parece, aquí de la muerte de Clodio. Imaginad — pues libre es nuestro pensamiento, y contempla lo que quiere, como mira lo que ve — imaginad y representaos vivamente la suposición que hago: si pudiese yo obtener que

[1] Pompeyo.

absolvierais á Milón, pero á trueque de hacer revivir á P. Clodio.... ¿Qué temor aparece en vuestro semblante? ¿Cómo os agitaría vivo quien con vano pensamiento os ha aterrado muerto?

¿Qué? Si Pompeyo mismo, quien tal fortaleza y fortuna tiene, que siempre ha podido lo que ningún otro; si él, digo, pudiera [1] ó hacer juzgar la muerte de P. Clodio ó bien resucitarle, ¿qué creéis haría? Aun cuando por la amistad quisiese revocarle de los infiernos, por la república no lo haría. Luego, vosotros sentados estáis vengadores de la muerte del que, á poderlo, no querríais volver á la vida; y la ley que se ha dictado para investigar su muerte, no se diera jamás, á poderle ella misma hacer revivir. Luego, si él fuese su matador, confesándolo, ¿temería ser penado por los que libertado hubiera? Honores divinos tributan los griegos á los tiranicidas. ¡Qué no he visto yo en Atenas! ¡qué en las demás ciudades de la Grecia! ¡Qué fiestas en honor de tales varones! ¡qué cantares! ¡que himnos! Casi son consagrados á la religión y la memoria de la inmortalidad. Y vosotros ¿no sólo no rendiréis ningunos honores al conservador de tan grande pueblo, al vengador de tan grandes crímenes, sino que sufriréis se le arrastre al suplicio? Confesaría, confesaría, digo, si lo hiciera, haberlo hecho, y con ánimo grande y gozoso, por la libertad de todos; lo que no tan sólo confesar, sino también pregonar debiera.

30. En efecto, si no niega lo que quiere le haga absolver, ¿vacilara en confesar lo que aun invocar debería para tener derecho perfecto á la gloria — á menos que pensase os agradaría más á vosotros si él hubiese defendido su propia cabeza que la vuestra —, obteniendo por esta confesión, sobre todo de vosotros, caso de ser agradecidos, amplísimas honras? Si no aprobaseis lo hecho — aunque ¿cómo pudiera nadie no aprobar su salud? — si con todo fuese menos grata á sus conciudadanos la virtud de un varón fortísimo; desterrárase magnánimo y constante de la patria ingrata. Pues, ¿qué mayor ingratitud que alegrarse los demás, y llorar sólo aquel por quien los demás se alegran? Aunque, al derribar á los traidores de la patria, siempre todos no hemos podido menos de pensar que la gloria nos suscitaría peligro y envidia. Á mí mismo, que, cónsul me atreví, por vosotros y vuestros hijos, á tanto, ¿qué alabanza merecería si lo que afrontaba, lo hubiese creído afrontar sin los mayores riesgos personales? ¿Qué mujer no osara matar á un ciudadano criminal y pernicioso, si no temiese el peligro? Quien con la venganza, la muerte, la pena delante de los ojos no se arredra para defender á la república, ése ha de ser tenido verdaderamente por varón. Propio es de un pueblo agradecido galardonar á los ciudadanos beneméritos de la patria: propio del hombre fuerte ni con el suplicio arrepentirse de haber obrado fuertemente.

Por lo tanto, haría T. Anio la misma confesión que Ahala, que Násica, que Opimio, que Mario, que nosotros mismos; y caso de ser grata la patria, él se alegraría; si ingrata, apoyaríase sin embargo en su conciencia, entre el infortunio y la tribulación.

Pero el reconocimiento por este beneficio reclámanlo para sí la fortuna del pueblo romano, la vuestra, los dioses inmortales. Y no puede nadie pensar de otra manera, sino aquel que cree no existe poder alguno ó numen divino; aquel á quien no mueven ni la grandeza de nuestro imperio, ni ese sol, ni los cielos, ni el girar de las constelaciones, ni las vicisitudes y el orden de las cosas; ni — lo más grande de todo — la sabiduría de nuestros

[1] elegir entre ambas cosas.

mayores, que observaron los sacrificios y las ceremonias y los augurios religiosísimamente ellos mismos y nos los transmitieron á nosotros, su posteridad.

31. Existe, existe por cierto aquel poder; ni hay en estos cuerpos y fragilidad nuestra algo que anima y siente, y no [1] lo hay en este tan grande y tan esplendoroso movimiento de la naturaleza. Á no ser que tal vez no crean en él porque no parece ni se le ve; como si esta misma mente nuestra, con la cual entendemos y raciocinamos, con la cual ahora mismo obramos y hablamos, la pudiésemos ver ó sentir, precisamente cómo es y dónde está.

Este mismo poder, pues, quien muchas veces ha procurado á esta ciudad prosperidades y fuerza increíbles, ha extinguido y arrebatado á esa perdición á quien primero inspiró osadía para provocar con la fuerza y el acero á un hombre esforzadísimo, porque fuera vencido por él; que, vencedor de él, tuviera impunidad y licencia sempiternas. No por humano consejo, ni por intervención ordinaria de los dioses inmortales siquiera, jueces, hase realizado esto: los lugares sagrados mismos, ¡por vida mía! que vieron caer á aquella fiera, parecen haberse conmovido y conservado su derecho á él.

Á vosotras, colinas y selvas sagradas de Albano; sí, á vosotras ya os imploro y pongo por testigos; y á vosotras, aras albanas derruídas, compañeras é iguales con los santuarios del pueblo romano, las que aquél, arrebatado de frenesí, cortando y derribando selvas sacratísimas, había oprimido con sus locas moles de fábricas de subsuelo. Vuestra, vuestra santidad, aras, entonces manifestóse; vuestra fuerza prevaleció; las que aquél mancillado había con todo género de crímenes. Y tú, Jupiter sagrado latino, cuyos lagos, bosques y confines mancharа aquél muchas veces con todo linaje de nefarios estupros y abominaciones, abriste por fin los ojos para castigarle. Á vosotros pagadas fueron, á vosotros, en presencia vuestra, aquellas tardías, aunque justas y merecidas penas. Á menos que atribuyamos también á la casualidad haber él ante el sagrario mismo de la Buena Diosa, sito en la granja de T. Sergio Galo, honesto y excelente mancebo — haber él ante la misma Buena Diosa, digo, recibido, tras de iniciar el combate, aquella primera herida de que había de perecer ignominiosísimamente; en manera que no parece haber sido absuelto por aquella nefaria sentencia sino para quedar reservado á este ejemplar castigo.

32. Y no puede menos de haber sido esa misma ira de los dioses la que dementó á sus satélites para que sin imágenes, sin trenos ni juegos, sin exequias, sin lamentos, sin elogios, sin inhumación, cubierto de sangre y lodo, y despojado de la pompa de aquel día postrero, en la cual consentir suelen hasta los enemigos, fuese medio quemado arrojado en tierra. No creo posible que las efigies de los más esclarecidos varones hubieran dado algún honor á aquel detestabilísimo parricida; ni que en otra parte alguna debió más bien desgarrarse su muerte que donde execrada fué su vida.

Dura, ¡viven los dioses! íbame ya pareciendo y cruel la fortuna del pueblo romano por tolerar que tantos años vejara él á esta república. Manchado había con estupro los más sagrados altares; roto los más venerandos senadoconsultos; librádose, con público soborno, de los jueces; herido, cuando tribuno, al senado; rescindido los acuerdos de todos los órdenes en pro de la república; arrojádome á mí de la patria, despojádome de mis bienes; incendiado mi casa; vejado á

[1] = si no.

mis hijos y á mi mujer; declarado nefaria guerra á Cneo Pompeyo; hecho matanzas de magistrados y particulares; quemado la casa de mi hermano; devastado la Etruria; lanzado de su hogar y fortuna á muchos. Seguía, apresurábase: no cabía su frenesí dentro de la ciudad, la Italia, las provincias, los reinos. Grabábanse ya en su casa leyes que nos sometían á nuestros esclavos; nadie tenía nada que, codiciándolo él, no se prometiese apropiárselo en este año. Fuera de Milón, nadie estorbaba sus planes; á aquel mismo que estorbarlos podía, creíale casi atado por su reciente reconciliación con él; suyo decía que era el poder de César; la opinión de los buenos, cuando mi infortunio, despreciádola había: sólo Milón estrechábale.

33. Entonces los dioses inmortales, como antes dije, inspiraron á aquel perdido y furioso armara asechanzas á éste: no podía de otro modo perecer este azote: jamás hubiera ejercido la república su derecho de venganza contra él. El senado, creo, habríale coartado pretor ... ni, cuando tal usaba, y éste era un simple particular, nada pudo en contra de él. ¿Hubieran sido fuertes los cónsules en coercer al pretor? Lo primero, muerto Milón, hubiese tenido aquél sus cónsules; y luego, ¿qué cónsul afrontara á un pretor, acordándose de que, tribuno este mismo, había vejado crudelísimamente á la virtud consular? Hubiéralo todo oprimido, poseído, retenido. Por una ley nueva, que se halló en su casa con las demás leyes clodianas, hacía á nuestros esclavos libertos suyos. Finalmente, si los dioses inmortales no le impulsaran á la determinación de matar él, un hombre afeminado, á un varón fortísimo, no tuvierais hoy república ninguna.

Pretor él, cónsul sobre todo, dado que estos templos y los muros mismos hubiesen podido durar, vivo él, y esperar á su consulado, ¿no hiciera vivo nada malo al fin quien muerto incendió, por medio de un satélite suyo (Sexto Clodio), la curia? ¿Y qué cosa más triste, más aflictiva, más luctuosa hemos visto? El templo de la santidad, de la majestad, del pensamiento y consejo públicos, la cabeza del orbe, el asilo de los aliados, el puerto de todas las gentes, el trono concedido por el pueblo romano entero á un solo orden, ¡incendiársele, derrocársele, profanársele! ¡y no por la muchedumbre ignorante, aunque esto ya fuera triste, sino por un hombre sólo! El cual, si incendiador á tanto se atrevió por el muerto, ¿á qué no se atreviera, portaestandarte por el vivo? Á la curia le[1] ha lanzado de preferencia, para que muerto incendiase á la que vivo derribara. ¡Y hay quien se lamentan de la Vía Apia y callan de la curia! ¡y quien creen que viviendo hubiese podido defender el foro aquel á cuyo cadáver no resistió la curia!

Resucitadle, resucitadle, si podéis, de entre los muertos: ¿quebrantaréis el ímpetu del vivo, si á malas penas sostenéis las furias del insepulto? A no ser que hayáis sostenido á los que con teas corrieron á la curia, con hoces al templo de Cástor, con espadas revolaron por todo el foro. ... Estrago habéis visto hacer en el pueblo romano, dispersar con el acero la asamblea, mientras se oía en silencio á M. Celio, tribuno de la plebe, varón fortísimo en la república, firmísimo en la causa abrazada, rendido á la voluntad de los buenos y á la autoridad del senado, y de singular, divina é increíble fidelidad en ésta ya sea ojeriza contra Milón ó bien destino suyo.

34. Pero es ya bastante lo dicho

[1] Su cadáver.

en la causa: lo fuera de ella, demasiado tal vez.

¿Qué resta sino que os ruegue y os conjure, jueces, concedáis á un fortísimo varón esa piedad que él mismo no implora, y que yo imploro y exijo, á pesar suyo? Si en medio de este llanto de todos nosotros no habéis visto ninguna lágrima de Milón, si contempláis su rostro siempre igual, su voz, su discurso firmes é inalterables; no queráis por esto ser con él menos indulgentes. Ni sé si le debáis por lo mismo favorecer mucho más. Porque, si en las pugnas gladiatorias y en hombres de ínfimo linaje y fortuna solemos hasta odiar á los que temen, suplican, conjuran se les deje vivir; y deseamos conservar á los fuertes, animosos, á los que intrépidos se ofrecen ellos mismos á la muerte; y nos apiadamos más de los que no reclaman nuestra conmiseración que de los que la solicitan, ¡cuánto más debemos tratar así á ciudadanos fortísimos! Por lo que á mí toca, jueces, me descorazonan, me matan estas voces de Milón que escucho continuamente, y le oigo decir todos los días: «Prosperen», dice, «prosperen mis conciudadanos; sean incólumes, sean florecientes, sean felices; dure esta ciudad esclarecida, mi carísima patria, como quiera que á mí me tratare. Sin mí, ya que no se me permite estar con ellos, pero por mí gocen de pública tranquilidad mis compatriotas: yo me alejaré, yo emigraré; si de la república buena no se me concede disfrutar, careceré al menos de la mala; y en la primera ciudad morigerada y libre que tocare, allí reposaré.» «¡Oh trabajos», dice, «tolerados en vano por mí! ¡Oh poder mío falaz y vanos pensamientos míos! Cuando, opresa la república y tribuno yo de la plebe, me consagré al senado, que había recibido extinto, á los caballeros romanos, cuyas fuerzas eran flacas, hombres de bien, que bajo las armas de Clodio habían renunciado á toda autoridad, ¿hubiera yo pensado que me faltaría alguna vez el apoyo de los buenos? Yo, cuando á ti — pues muy á menudo habla conmigo — te devolví á la patria, ¿pensaría que iba á faltarme lugar en la patria? ¿Dónde está ahora el senado á quien hemos seguido? ¿dónde aquellos caballeros romanos, dice, aquellos tuyos? ¿dónde el celo de los municipios? ¿dónde las voces de Italia? ¿dónde, por fin, M. Tulio, esa tu voz y defensa que á tantos ha amparado? ¿Solo á mí, que por ti tantas veces afronté la muerte, no me puede dar auxilio alguno?»

35. Y no dice esto, jueces, llorando, como yo ahora, sino con el mismo semblante que le veis. Niega, niega haber hecho á conciudadanos ingratos lo que hizo: á tímidos y recelosísimos, esto no lo niega. Recuerda haber logrado no sólo doblegar con su valor á aquella plebe é ínfima multitud, que capitaneada por P. Clodio amenazaba vuestras fortunas, sino también mitigarla, repartiendo entre ella sus tres patrimonios. Ni teme que, por haber aplacado con dádivas á la plebe, no apreciéis vosotros esos méritos singulares para con la república. Dice haberse conocido en estos mismos tiempos muchas veces la benevolencia del senado hacia él, y que, á dondequiera le conduzca su fortuna, llevará consigo la solicitud, el celo, las palabras de vosotros y de vuestros órdenes. Rememora también haberle faltado la proclamación del pregonero; la que de ningún modo deseaba; pero que por los sufragios del pueblo entero, lo que era toda su ambición, había sido declarado cónsul; y, finalmente, si estos mismos le fuesen hoy contrarios, sería por enajenárselos la sospecha del delito, no la perpetración del crimen. Añade todavía, y con mucha justicia, que los hombres fuertes y sabios no van, por lo regular, tanto

tras del premio de sus buenas acciones cuanto tras de las buenas acciones mismas; que él nada ha hecho en su vida que no sea esclarecidísimo, si nada hay más excelente para el hombre que librar de sus azares á la patria; que son dichosos á quien por ello ensalzan sus conciudadanos; pero que no son tampoco desgraciados quienes en beneficios los exceden; pero que de todos los premios de la virtud, si los premios se hubiesen de tener en cuenta, sería el mayor la gloria; que ella sola es quien con la memoria de la posteridad consuela lo efímero de la vida; memoria por la cual ausentes estamos presentes, muertos vivimos; que ella es, en fin, grada por donde parecen los hombres hasta subir á los cielos. «De mí», dice, «hablará siempre el pueblo romano; siempre todas las gentes; ni las más remotas edades callarán de mí. Hoy mismo que mis enemigos allegan al odio contra mí todas sus teas, celébrasenos en toda reunión humana, agradeciéndosenos, felicitándosenos, elogiándosenos de mil maneras. Omito las fiestas de Etruria celebradas é instituídas. Cien días y alguno más, me parece, van desde la muerte de P. Clodio, y hasta donde llegan los confines del imperio del pueblo romano, se ha extendido ya no sólo la noticia, mas también la alegría. Por lo tanto, no importa», dice, «dónde esté mi cuerpo; que en todas las tierras vive y vivirá para siempre la gloria de mi nombre.»

36. Esto tú muchas veces me lo has dicho lejos de éstos: presentes ellos, yo ahora te digo, Milón:

Á ti, teniendo el ánimo que tienes, no te puedo suficientemente alabar: pero cuanto es más divina esta virtud, tanto es mayor el pesar con que de ti se me arranca. Y si de mí te arrebatan, no me quedará siquiera el triste consuelo de poder odiar á los que tamaña herida me infligieren; pues no te me quitarán mis enemigos, sino mis mejores amigos, los que nunca ningún mal me han hecho, sino siempre todo el posible bien. Jamás me atravesaréis, jueces, con tan grande dolor — aunque ¿cuál podrá igualar á éste? — pero ni con este mismo siquiera, que llegue á olvidar cuánto me habéis siempre estimado. Si á vosotros se os ha caído de la memoria, ó si algo en mí os ofende, ¿por qué no lo paga mi cabeza más bien que la de Milón? Viviré felicísimo, cualquiera que sea mi fortuna, con tal de no ver tamaña desgracia. Ahora un solo consuelo me sostiene: el no haberte yo, T. Anio, dejado de rendir ningún servicio de amor, ninguno de celo, ninguno de piedad. Yo por ti he arrostrado las enemistades de los poderosos: yo muchas veces he expuesto cuerpo y vida á las armas de tus enemigos: yo me he humillado, suplicando por ti á muchísimos; mis bienes, mi fortuna y la de mis hijos helos partido contigo en tu infortunio. Hoy mismo, si alguna violencia te amenaza, si alguna lucha se traba por tu cabeza, afróntolas.

¿Qué más? ¿Qué puedo hacer ya, por tus méritos para conmigo, sino hacer mía tu fortuna, cualquiera que ella fuere? No lo rehuso, no lo rehuyo; y os ruego á vosotros, jueces, que ó aumentéis con la salud de éste vuestros beneficios hechos á mí, ó que en su ruina los veáis perecer.

37. No mueven á Milón estas lágrimas — es de cierta increíble fortaleza de ánimo —: destierro cree el lugar donde no lo hay para la virtud; fin de la naturaleza, la muerte, no pena. Pero quédese éste con la mente que ha nacido. Mas ¿y vosotros, jueces? ¿qué pensáis, al fin? ¿Guardaréis la memoria de Milón, y á él mismo le arrojaréis? ¿Y habrá en la tierra sitio más digno de acoger su virtud que el que le ha criado? Á vosotros, á vosotros invoco, fortísimos varones que

tanta sangre habéis derramado por la república; á vosotros os invoco, en el peligro de este hombre y ciudadano invicto, centuriones, y á vosotros, soldados: en presencia vuestra, más aún, ante vuestras armas, protectoras de este juicio, ¿será tanta virtud arrojada, desterrada, desechada de esta ciudad? ¡Oh mísero de mí! ¡Oh infeliz de mí! Tú pudiste, Milón, revocarme por medio de éstos á la patria, ¿y no podré yo por estos mismos retenerte en ella? ¿Qué responderé á mis hijos que te miran como á su segundo padre? ¿Qué á ti, hermano Quinto, ausente ahora, compañero mío en aquellos contratiempos? ¿No haber podido yo resguardar la salud de Milón por aquellos mismos por quienes conservó él la nuestra? Y esto, ¿en qué causa? Esto ¿en la que es grata á las gentes, á aquellos que ante todo han reposado con la muerte de Clodio? ¿Pidiéndolo quién? Yo. Pues, ¿qué crimen tan enorme habré yo tramado, qué maldad tan enorme cometido, jueces, cuando investigué aquella conjuración de ruina común, la patenticé, denuncié, extinguí? Todas las penalidades mías y de los míos vienen del desbordamiento de esa fuente. ¿Á qué me quisisteis repatriar? ¿Para que á mi vista fuesen expulsados aquellos por quienes fuí restituído? No me queráis, os ruego, hacer más amarga la vuelta de lo que lo fué aquella salida misma. Pues, ¿cómo puedo creerme repatriado, si se me separa de los que me repatriaron?

38. ¡Ojalá que los dioses inmortales hubiesen hecho — con perdón tuyo, patria, lo diré: temo sean atentatorias contra ti estas palabras de piedad hacia Milón — ojalá que no sólo viviera P. Clodio, sino que fuese también pretor, cónsul, dictador, antes de ver yo un espectáculo como éste! ¡Oh dioses inmortales, fuerte varón y que vosotros, jueces, habéis de conservar! — «¡Jamás por jamás!» dice; que penas justas ha sufrido aquél: nosotros sufriremos, si menester fuere, injustas. Y este hombre nacido para la patria, ¿morirá en otra parte que en la patria, ó, si casualmente, por la patria? ¿Retendréis vos los monumentos de su espíritu, y no permitiréis tumba alguna á su cuerpo en Italia? ¿Habrá quien expulse de esta ciudad con su dictamen á quien, expulsado por vosotros, llamarán á sí las ciudades todas? ¡Oh tierra dichosa la que acogiere á este varón! ¡ingrata ésta, si le desterrare; pobre, si le perdiere! Pero terminemos, pues las lágrimas me impiden hasta el hablar; y éste no quiere se le defienda llorando. Á vosotros, jueces, os ruego y conjuro que, al sentenciar, os atreváis á lo que sentís. Aplaudirá vuestra virtud, justicia, fe, creédmelo, sobre todo aquel que en la elección de los jueces ha elegido, de entre todos, á los mejores, á los más sabios, á los más fuertes.

HIMNOLOGÍA MEDIEVAL.

Á esta época pertenecen un gran número de excelentes cantares místicos y los dos inmortales himnos: *Stábat Máter*, del franciscano *Jacopone de Todi* (¿1230?—1306), y *Dies iræ*, probablemente de *Tomás de Celano* (siglo XIII), uno de los primeros discípulos de San Francisco de Asís. Canta el *Stábat*, en conmovedores acentos, el inmenso dolor de María al pie de la cruz; y el *Dies iræ*, con majestad y sentimiento, las angustias del alma en el juicio divino y su amorosa confianza en la misericordia infinita. Ambos himnos — en que no hay ni latinidad ni atavío alguno de estilo, sino puramente sentimiento — anuncian, en la entonación cristiana y original y el empleo de una excelente rima, la poesía moderna, que en las lenguas romances había de producir muy luego obras imperecederas.

CANTO DE CUNA.

(Medieval inglés.)

Anoche abrí
el ojo, y vi
de estrellas un claror;
sonó un cantar
de niña, al par:
«¡Oh, duérmete, mi amor!»

Niña gentil sentada está:
canta á su infante así:
«Mi hijo, mi hermano y padre, ¿tú
en nieve, al viento, aquí?

Mi prenda, di,
¿qué fué de ti?
¿qué no eres tú mi Dios?
Yo sola soy
tu dueña de hoy:
¡Oh, duerme ya, mi amor!» —

Y el hijo suyo contestó
— le pudo ella entender —:
«Pesebre humilde me acogió;
empero yo soy rey.»

La noche fué:
brillar se ve
angélico fulgor. —
Murmura, pues,
«Tu niño él es —:
¡Oh, duérmete, mi amor!» —

«Oh niño mío, si eres rey,
¿por qué estás en portal?
¿por qué no mandas que te den
cuna en palacio real?

El que es un rey
— tal es la ley —
en bello lecho esté.
¡Qué dicha, así!
gozar de ti,
cantar: ¡Duerme mi bien!» —

«Aunque yo, madre, en un portal
estoy, tu niño soy:
y grandes príncipes vendrán:
me servirán desde hoy.

Ya reyes tres
muy cerca ves;
muy luego llegarán. —
El pecho ya,
madre, me da;
cántame tu cantar.» —

«Oh niño, mi único placer,
¡oh, dime, tú mi flor!
por ti yo ¿qué podría hacer?
¿cómo halagar tu amor?

¡Oh, di! ¡oh, di!
todo por ti:
mi anhelo sabes tú —
te besaré,
y todo haré —
¡oh, duérmete, mi luz!»

«Mi dulce madre, si hora es ya,
á tu regazo voy:
allí estaré en caricias mil:
todo á tu amor me doy.

Quiero dormir;
blando sentir
tu brazo y su calor.

Si lloro ahí,
tú suave di
y canta: Duerme, amor.» —

«Oh niño mío, ¿quieres tú? —
¿te agradará esta voz?
¿tu beneplácito será? —
te pediré un favor:

Da que el placer
hoy por doquier
del mundo llene el haz:
mi día es hoy;
dichosa soy:
duerme, mi amor, en paz.»

STÁBAT MATER.

So la cruz de do colgaba
su Hijo, dolorosa estaba
llorosa la Madre en pie.
De la su alma atribulada,
gemebunda, desgarrada
la cuchilla fué al través.

¡Oh, qué triste y afligida
esa Madre bendecida
del excelso Hijo de Dios,
se dolía, consumía
de pesar, madre tan pía,
al ver del Hijo el dolor!

¿Quién las lágrimas tuviera,
si en suplicio tanto viera
á la Madre del Señor?
¿Quién con ella no sufriera,
si mirarla allí pudiera
condolida de su Dios?

Por los crímenes del mundo
vió á Jesús, dolor profundo,
vióle azotes tolerar:
vió á su prenda idolatrada,
por el Padre abandonada,
el espíritu exhalar.

¡Ea! Madre de amor fuente,
haz que en pena vehemente
pueda contigo llorar:
haz que mi ánima se inflame,
porque á Jesucristo yo ame,
y le pueda así agradar.

Madre santa, las heridas
de Jesús haz que, sentidas,
grabes tú en mi corazón:
¡la tortura, la amargura,
que él endura, amante apura,
da que las comparta yo!

Da que llore compasivo
yo contigo, y dolor vivo
sienta eterno yo por él.
So la cruz contigo quiero
siempre estar, y plañidero
tu penar compadecer.

¡Oh de vírgenes corona!
ten piedad; amor me dona,
porque pueda ahí llorar.
Haz que Cristo vulnerado,
inmolado, traspasado,
sea mi perenne amar.

Hiéreme tú con su llaga:
en la cruz y sangre embriaga
de Jesús mi corazón.
Virgen, del eterno fuego
me defiende con tu ruego
en el día del rigor.

Cristo, en mi postrero trance
haz que por tu Madre alcance
de la palma yo la prez:
cuando el cuerpo mío muera,
haz á mi ánima heredera
de la gloria del edén.

DIES IRÆ.

Aquel día, día de ira
arde al mundo: el mundo expira: —
Sibila y David lo mira. —

¡Qué temblor habrá, viniendo
el que juzgará tremendo
todos, y todo sabiendo!

Trompa al mundo sonorosa
llamará, desde la fosa,
ante el trono en voz medrosa.

Tremerán muerte y natura,
resurgiendo la criatura,
para un juicio de presura.

Abriráse el libro escrito,
donde está cuanto delito
cometió el mundo precito.

Siéntase el juez, y condena:
todo lo oculto á luz plena
quedará, y nada sin pena.

¿Qué diré yo miserando?
¿Á quién clamaré rogando,
el justo apenas salvando?

¡Rey de horrenda majestad,
salvas sólo por bondad:
sálvame, inmensa piedad!

Rememora, Jesús pío,
que hombre fuiste, en amor mío:
no me pierda el día impío.

Me buscaste fatigado;
redimiste en cruz clavado:
tanto afán no sea frustrado.

¡De justicia vengadora
juez, piedad antes de esa hora,
para un alma pecadora!

Gimo, cual un delincuente,
roja de rubor mi frente,
¡Dios perdona á un penitente!

Á María [1] perdonaste,
del ladrón tú te apiadaste:
á mí también me alentaste.

No es digno mi ruego interno;
pero tú del fuego eterno
líbrame, Dios bueno y tierno.

En tu grey me pon oveja,
de los cabritos me aleja
y á tu diestra mano deja.

Fulminados los malditos
al terrible arder, precitos,
llámame con los benditos.

Roto el corazón y triste,
cual ceniza, gime, insiste:
en la muerte tú me asiste.

Día aquél desventurado,
do del polvo, á ser juzgado,
surge el hombre criminoso;
tú con él, Dios, sé piadoso.

[1] Magdalena.

LITERATURA ESPAÑOLA.

FRAY LUIS DE GRANADA.

(1504—1588.)

FRAY LUIS DE GRANADA, por su nativa é inagotable elocuencia, su profundo pensar y sentir, y la riqueza y galanura insuperables de su estilo y lengua, es no sólo el primer místico y uno de los primeros escritores del mundo, sino también el más grande prosador moderno.

Nota. Por andar sus obras en las manos de todos, nos limitamos á poner algunas muestras de su estilo.

DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN.

SÁBADO.

Hasta aquí has celebrado, alma mía, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences á celebrar y lamentar los de la Madre. Pues para esto asiéntate ahora un poco á los pies del profeta Jeremías, y tomándole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazón, suspirando, di así:

¿Cómo quedas ahora sola, inocentísima Virgen? ¿Cómo queda viuda la señora del mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? Oh Virgen santísima, querría consolarte, y no sé cómo; querría aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino. Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito, y no los tuyos, porque más amabas á él que á ti, ya han cesado sus dolores; pues el cuerpo no padece y toda su alma es ya gloriosa. Cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesó la causa de tu dolor. Lloraste con el que lloraba; justo es que goces ahora con el que ya se goza. Ciérrense las fuentes de sus purísimos ojos, más claras que las aguas del Hebrón, y ahora turbios y obscurecidos con la lluvia de tantas lágrimas. Aplacada es ya la ira del Señor, con el sacrificio del verdadero Noé. Cese, pues, el diluvio de tus sacratísimos ojos y esclarézcase la tierra con nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca. Señales traerá, cuando vuelva, de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza y cesen ya tus gemidos. El mismo Hijo tuyo pone silencio á tus clamores y te convida á nueva alegría en sus Cantares, diciendo: «El invierno es ya pasado; las lluvias y los torbellinos han cesado; las flores han aparecido en nuestra tierra. Levántate, querida mía, hermosa mía y paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra, en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y llagas de mi cuerpo. Deja ahora esa morada y vén conmigo.»

Bien veo, Señora, que no basta nada de esto para consolaros; porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazón; é idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos; para que con tales mudanzas se os doble

el tormento de la pasión. Hasta aquí llorábades sus dolores: ahora, su muerte. Hasta aquí, su pasión: ahora, vuestra soledad. Hasta aquí, sus trabajos: ahora, su ausencia. Una ola pasó y otra viene á dar de lleno en lleno sobre vos; de manera que al fin de su pena se comenzó la vuestra.

Y como si esta pena fuera pequeña, veo que os aparejan otra no menor. Cerrad, Señora mía, cerrad los ojos, y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire, dónde va á parar. Cumplido es ya vuestro deseo: escudo sois hecha de vuestro Hijo; pues aquel golpe á vos hiere, no á él. Deseábades los clavos y las espinas; eso era para su cuerpo, y la lanzada se guardaba para vos. ¡Oh crueles ministros! ¡oh corazones de hierro! ¿tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo, que no le queráis perdonar aun después de muerto? ¿Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque, cuando ve al enemigo ya muerto delante de sí? Alzad un poco esos crueles ojos, y mirad aquella cara mortal, aquellos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte; que, aunque seáis más duros que el hierro, que el diamante y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis. ¿Por qué no os contentáis con las heridas del Hijo, sino también queréis herir á la Madre? Á ella herís con esa lanza; á ella tira ese golpe, á sus entrañas amenaza la punta de este hierro cruel.

Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano, y atraviesa con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremecióse la cruz en el aire con la fuerza del golpe; y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo. ¡Oh río que sales del paraíso y riegas con tus corrientes toda la haz de la tierra! ¡Oh llaga del costado precioso, hecha más con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! ¡Oh puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de los peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón! Dios te salve, llaga del costado precioso, que llagas los devotos corazones, herida que hieres las almas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, entrada para al corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable. Por ti entran los animales á guarecerse del diluvio en el arca del verdadero Noé; á ti se acogen los tentados; en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos; por ti entran al cielo los pecadores y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos. ¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida eterna! Ábreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esta tan deleitable morada; dame por ella paso á las entrañas de tu amor; beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esa santa agua, y embriagado con ese tan precioso licor. Adormézcase mi alma en ese pecho sagrado. Olvide aquí todos los pecados del mundo. Aquí duerma; aquí coma; aquí cante dulcemente con el profeta diciendo: «Ésta es mi morada en los siglos de los siglos: aquí moraré, porque esta morada escogí.»

DE LA GUÍA DE PECADORES.

SOBRE EL NO DEBER.

(L. II, 5.)

Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la conciencia reposada, la vida pacífica y la muerte descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes más de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca

tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nacen de nuestros apetitos, y la moderación destos vale más que muchos cuentos de rentas. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el Apóstol: «piedad y contentamiento con la suerte que Dios te dió». Si los hombres no quisiesen ser más de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirían en paz. Mas, como quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen suceso lo que se hace contra la divina voluntad.

DE LA INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO.

FE Y RAZÓN HERMANADAS.

(P. I, 3. De la existencia de Dios.)

La fe nos esfuerza con su firmeza, y la razón alegra con su claridad. La fe nos enseña lo que debemos creer, y la razón hace que con alegría lo creamos. Estas dos lumbreras juntas deshacen todas las nieblas, serenan las conciencias, quietan los entendimientos, quitan las dudas, remontan los nublados, allanan los caminos y hácennos abrazar esta soberana verdad.

CONOCIMIENTO DE DIOS POR LAS CRIATURAS.

(P. I, 2.)

Somos como los niños, que, cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy más aniñados que los niños, habiéndonos Vos (Señor) puesto delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas dél, comó por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del Criador que tales cosas hizo y el amor que nos tiene quien para nosotros las hizo, y nosotros, como niños no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh pervertidores de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios!...

Á todos, Señor, nos acaece, cuando nos ponemos á considerar las maravillas desta obra, como á un rústico aldeano, que entra de nuevo en alguna grande ciudad, ó en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos; y, embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvídase de la puerta por do entró, y viene á perderse en medio de la casa y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien lo adiestre y encamine. Pues, ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que Vos criastes? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de razón, ¿qué hará en casa de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿cómo nadará en un tan profundo piélago de maravillas quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme Vos, Señor, en esta jornada; guiad á este rústico aldeano por la mano y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas os adore y reconozca vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra bondad, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique, en los siglos de los siglos....

DEL MEMORIAL DE LA VIDA CRISTIANA.

REFLEXIONES SOBRE DIOS PARA AMARLE.

(Trat. VII, 11.)

«Ámeos yo, Señor», dice el Profeta, «fortaleza mía. El Señor es mi firmeza, y mi refugio y mi librador... Dios mío, ayudador mío: esperaré en él.»

Si nuestra voluntad estuviera, Señor,

en aquella pureza que Vos la criaste y enriqueciste con los dones de vuestra gracia, no tuviera necesidad de tantas consideraciones y motivos para inclinarse á vuestro amor. Porque el manjar precioso ante el paladar sano, él por sí mismo se convidará á comer. Mas, después que por el pecado se estragó, son menester muchas salsas de consideraciones para hacer comer el Pan de los ángeles á quien tiene puesto su gusto en deleites y manjares de bestias. Y pues la condición de nuestra voluntad es amar todas las cosas excelentes y perfectas, querría yo ahora, Señor mío, levantar un poco estos ojos de murciélago á considerar la luz de vuestras perfecciones y de vuestro admirable ser, para encender con esto la tibieza de mi corazón en vuestro amor. Corre, pues, oh ánima mía, corre como abeja solícita, por todas las perfecciones deste hermosísimo jardín cerrado, y asiéntate en cada una dellas y coge de ahí el rocío de la suavidad eterna con que te sustentes é hinchas todos tus senos de la dulzura deste licor celestial....

FRAY LUIS DE LEÓN.

(1527—1591.)

EL Maestro Fray Luis de León *(Luis Ponce de León)*, ingenio poético, descuella, con todo, más en la prosa. Llenos de páginas primorosas están sus *Nombres de Cristo.*

ODA Á SALINAS.

(Sobre la música.)

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

Á cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar á la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
y entre ambos á porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y finalmente
en él ansí se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye ni siente.

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
¡durase en tu reposo
sin ser restituído
jamás á aqueste bajo y vil sentido!

— — — — — — — — — — — —

¡Oh! suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando á lo demás adormecidos.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO.

(Del libro 1, 6.)

Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre; y ama la soledad y el sosiego y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo, es lo más puro de lo visible y es lo sencillo, y como el original

de todo lo que dello se compone y se mezcla; así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso bien, es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios y el original expreso de todo lo que tiene ser y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aquellos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde, exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el linaloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima, que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos aquesto nuestro miserable destierro, es comparar el desasosiego con la paz, y el desconcierto y la turbación y el bullicio y el disgusto de la más inquieta ciudad con la misma pureza y quietud y dulzura. Que aquí se afana, y allí se descansa. Aquí se imagina, y allí se ve. Aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran, allí la verdad sosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto; aquello es luz purísima en sosiego eterno.

Si es pastor Cristo por el lugar de su vida, ¡cuánto con más razón lo será por el ingenio de su condición, por las amorosas entrañas que tiene! Á cuya grandeza no hay lengua ni encarecimiento que allegue. Porque, demás de que todas sus obras son amor; que en nacer nos amó y viviendo nos ama y por nuestro amor padeció muerte; y todo lo que en la vida hizo y todo lo que en el morir padeció, y cuanto glorioso agora y asentado á la diestra del Padre negocia y entiende, lo ordena todo con amor para nuestro provecho.

Así que, demás de que todo su obrar es amar, la afición y terneza de entrañas y la solicitud y cuidado amoroso, y el encendimiento é intensión de voluntad, con que siempre hace esas mismas obras de amor que por nosotros obró, excede todo cuanto se puede imaginar y decir. No hay madre así solícita, ni esposa así blanda, ni corazón de amor así tierno y vencido, ni título ninguno de amistad así puesto en fineza, que le iguale ó le llegue. Porque antes que le amemos, nos ama; y ofendiéndole y despreciándole locamente, nos busca, y no puede tanto la ceguedad de mi vista ni mi obstinada dureza, que no pueda más la blandura ardiente de su misericordia dulcísima. Madruga, durmiendo nosotros descuidados del peligro que nos amenaza. Madruga, digo; antes que amanezca, se levanta; ó por decir verdad, no duerme ni reposa, sino asido siempre al aldaba de nuestro corazón, de continuo y á todas horas le hiere y le dice, como en los Cantares se escribe: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, esposa mía; ábreme; que la cabeza traigo llena de rocío y las guedejas de mis cabellos llenas de las gotas de la noche.» «No duerme», dice David, «ni se adormece el que guarda á Israel.»

(Del libro II, 4.)

Si quisiésemos agora contar por menudo los ejemplos particulares y extraños que desto tenemos, primero que la historia se acabaría la vida. Y así baste por todos uno, y éste sea el que es la imagen común de todos, que el Espíritu Santo nos dibujó en el libro de los Cantares, para que por las palabras y acontecimientos que conocemos, veamos como en idea todo lo que hace Dios con sus escogidos. Porque, ¿qué es lo que no hace la esposa allí para encarecer aqueste su deleite que siente, ó lo que el esposo no dice

para este mismo propósito? No hay palabra blanda, ni dulzura regalada, ni requiebro amoroso, ni encarecimiento dulce de cuantos en el amor jamás se dijeron ó se pueden decir, que ó no lo diga allí ó no lo oiga la esposa; y si por palabras ó por demostraciones exteriores se puede declarar el deleite del alma, todas las que significan un deleite grandísimo, todas ellas se dicen y hacen allí. Y comenzando de menores principios, van siempre subiendo, y esforzándose siempre más el soplo de gozo. Al fin, las velas llenas, navega el alma justa por un mar de dulzor y viene á la fin á abrasarse en llamas de dulcísimo fuego por parte de las secretas centellas que recibió al principio en sí misma. Y acontécele, cuanto á este propósito, al alma con Dios, como al madero no bien seco, cuando se le avecina el fuego, le aviene. El cual, así como se va calentando del fuego y recibiendo en sí su calor, así se va haciendo sujeto apto y dispuesto para recibir más calor y lo recibe de hecho. Con el cual calentado, comienza primero á despedir humo de sí y á dar de cuando en cuando algún estallido, y corren algunas veces gotas de agua por él; y procediendo en esta contienda y tomando por momentos el fuego en él mayor fuerza, el humo que salía, se enciende de improviso en llama, que luego se acaba; y dende á poco se torna á encender otra vez y á apagarse también; y así hace la tercera y la cuarta, hasta que al fin el fuego ya lanzado en lo íntimo del madero y hecho señor de todo él, sale todo junto y por todas partes afuera, levantando sus llamas, las cuales prestas y poderosas y á la redonda bullendo, hacen parecer un fuego al madero.

Y por la misma manera, cuando Dios se avecina al alma y se junta con ella y le comienza á comunicar su dulzura, ella, así como la va gustando, así la va deseando más y con el deseo se hace á sí misma más hábil para gustarla, y luego la gusta más. Y así, creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda y luego la comienza á ablandar, y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros y corren por las mejillas á veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas; y procediendo adelante, enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor y luego desaparece volando y torna á repetirse el suspiro y torna á lucir y á cesar otro no sé qué resplandor; y acreciéntase el lloro dulce y anda así por un espacio haciendo mudanza, el alma, traspasándose unas veces y otras veces tornándose á sí; hasta que, sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma, y no cabiendo en sí misma, espira amor y terneza y derretimiento por todas sus partes y no entiende ni dice otra cosa alguna sino es: «Luz, amor, vida, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo y que me convierta en ti toda, Señor.»

LOPE DE VEGA.

(1562—1635.)

FÉLIX *Lope de Vega Carpio*, sacerdote madrileño, estaba dotado de facultades poéticas y dramáticas maravillosas, únicas, estupendas. Su fecundidad y potencia dramatizadoras constituyen un fenómeno sin par en la historia del genio. Lope es, sin disputa, uno de los mayores poetas y el primer dramático del mundo.

DEL «DUQUE DE VISEO».

Viseo. El rey.

Viseo. Si quiere Vuestra Alteza que le cuente,
yo le diré....
Rey. Decid.
Viseo. Aunque en España
todo caballo es fuerte y excelente,
y más los que los céspedes que baña
del caudaloso Betis la corriente,
pacen, en las dehesas arenosas
que son cerca de Córdoba famosas:
Veinte caballos bárbaros envía,
que si con otros tantos caminara
el sol, que ilustra y clarifica el día,
cualquiera gran pintor los retratara.
Tres castaños, tres bayos y una pía,
que, si naturaleza la sacara
de un paño de su estudio, fuera indicio
que en remedialle estuvo el artificio.
Dos morcillos que beben blanca nieve,
estrellados de frentes, á quien tapa
rico copete, que á cubrir se atreve
el medio cuello, de color de zapa.
Un melado feroz, tras estos nueve,
cuyo pellejo á imitación de un mapa
parece que en pedazos desiguales
muestra del agua y tierra las señales.
Seis blancos para un coche, que, saliendo
del mar en barcos, cisnes parecían,
que los remos las aguas dividiendo
de las alas entonces les servían;
tan blancos, que, si el agua resurtiendo
daba en ellos, sus crines competían
de tal suerte, ensartando las espumas,
que para crines les sirvió de plumas.
Tras éstos, dos tostados alazanes,
arábigos en casta como en nombre,
tan pisadores, fuertes y galanes,
que harán un corto enano gentilhombre.
Sonando los bañados alacranes,
para que más su inquieta fuerza asombre,
vienen sembrados dos gallardos rucios
de moscas blancas los pellejos lucios.
Todos traen sus sillas y jaeces,
de diversos colores y matices;
y ellos sienten la gala; muchas veces
vierten soberbia roja sus narices.
Los bayos, porque tú los encareces,
traen de tela blanca los tellices,
señal que para ti su talle y gala
la cubierta riquísima señala.
Esto, que ver no quieres, te he contado;
lo demás, como alfombras, plata y oro,
paños de aljófar en cendal labrado,
y tafilete de artificio moro,
aquí los puedes ver; sólo he guardado,
por guardar á los hombres el decoro,
para la postre, veinte esclavos, tales,
que no los tiene rey del mundo iguales.
Sobre aljubas de bárbaros tahalíes
traen sus alquiceles y bonetes,
coronados de plumas carmesíes
de Orán, con negros y altos martinetes;
todos con argentados borceguíes,
de oro y plata botones y corchetes,
que labra en filigrana el africano
con la imaginación más que la mano.
Vienen veinte cautivas, que en labores
pueden vencer las telas de Minerva,
imitando los árboles y flores,
las blancas aguas en la verde hierba.
Éstas, para la reina, de colores
varias adorna; lo demás reserva
á vuestra vista el corto ingenio mío,
que parece en su mar humilde río.

DE «LA MAYOR VIRTUD DE UN REY».

Mendo. Juana.

Mendo. Huélgome de hallarte aquí.
Juana. Y yo me huelgo de verte.
Mendo. ¿Cuánto va, Juana, que traes
solevantado el calletre?
Juana. Malicias nunca te faltan.
Mendo. Esta cortesana gente
es propia para el humor
del señor; porque él pretende
que á Sol no la mire el sol,
y que Leonor estuviese
guardada con diez leones;

y ellos, á la he, no vienen
por él.
Juana. Pues, ¿por quién?
Mendo. Por ellas.
Y si prosigue el príncipe
esto de venir á caza,
yo te digo que ellos vuelen
(que son halcones reales)
las dos mozas, fácilmente;
y que no te falta á ti
cernícalo que te pesque
entre tanto escuderito.
Juana. ¿Á mí?
Mendo. Luego ¿tú no eres
hija de Adán y de Esgueva
como las otras, ni tienes
ya tu poquito de amor?
Juana. ¡Yo!
Mendo. Juana, no me lo niegues;
que se te ve en los quillotros
de los ojos claramente.
Juana. ¿De qué lo sabes?
Mendo. Permite
que á verlos, Juana, me acerque.
(Llégase.)
Cada uno tiene un hombre.
Juana. ¿No ves que son transparentes
y á ti mismo te retratan?
Mendo. ¡Á mí!
Juana. Pues, ¿á quién?
Mendo. No pienses
engañarme; que yo sé
que á algún cortesano quieres;
que teniendo amor las amas,
no hay cosa que más se pegue,
y es fuerza que las criadas
hacer lo que ven intenten.
En un convento en mi tierra
cantaban, como otras veces,
los maitines en el coro
y estaban (que así los leen)
unos tras otros diez frailes.
Durmióse el primero, y éste
dió con el cuerpo al segundo;
y como estaban en frente,
de fraile en fraile cayeron
todos diez, como acontece
cuando juegan á los bolos.
Ya sospecho que me entiendes.
Quiere Sol, y da en Leonor;
cae Leonor de repente;
de una en otra dan en ti:
¿no quieres que te derruequen?
Juana. Grandes tus malicias son.
Mas dime, pues de allá vienes,
¿cómo ha tomado nueso amo
la venida de esa gente?
Mendo. ¿Qué me preguntas, si sabes
lo que siente y lo que teme?
Tener hijas, sean feas
ó hermosas, es triste suerte:
feas, no las quiere nadie;
hermosas, todos las quieren.
Guardallas es imposible;
que son hombres y mujeres,
ellas queso, ellos ratones;
unas callan y otros muerden.
Juana. También los suelen coger.
Mendo. Yo veo que muchas veces
queda el queso ratonado,
y ellos huyen y se meten
en sus agujeros, libres.
Juana. ¿Qué hace señor?
Mendo. Entretiene
al príncipe.
Juana. ¿Y Don Juan?
Mendo. Anda mirando si puede
hallar á Sol.
Juana. ¿Tendrá frío?
Mendo. Teme al viejo, que es valiente,
honrado y sabio.
Juana. Esos son
los que engañan las mujeres
con mayor facilidad.
Mendo. Ya sé yo que cuando quieren,
no hay valentía que valga
ni discreción que aproveche.

DE «EL MOLINO».

ACTO I. ESCENA XVI.

Laura. *El conde dormido* (huyendo de una orden de muerte).

Laura. ¿Qué hace aquel labrador
sobre su cayada echado?
¡Hola! ¿que digo señor?
¡Qué lleno está de cuidado
y qué falto de color!
Sin duda al molino vinõ,
de algún pueblo convecino,
y yo no le he visto entrar.
Mas quiérole despertar.
De esta vez me determino.
(Échale un puñado de harina ó salvado.)
Conde. ¡Que me ahogo, santo cielo!
¡Socorro, ayuda, favor!
Laura. No tengáis deso recelo.
Despertad, buen labrador,
bajad los ojos al suelo.
Conde. ¿Y sois vos quien me ha burlado?

Laura. Sacudíos el salvado
y veréis quién os burló.
Conde. Si esa mano me tiró,
salvo estoy de mi cuidado.
Laura. ¿En salvado os ahogáis?
Cochino debéis de ser.
Conde. Mejor diréis: «en placer»;
que el mucho que en veros dais
á todos puede exceder;
que á tanto bien es estrecho
el aposento del pecho.
Laura. Sacudíos el salvado.
Conde. Conviéneme estar manchado
de la mano que lo ha hecho.
Laura. Sacudíos.
Conde. Bien estoy
que yo sé que de esta suerte
más desconocido voy.
Laura. ¿De quién?
Conde. De la misma muerte,
pues ya de la vida soy;
que esta señal conocida
es vuestra; que es de la vida
que me habéis dado con veros.
Laura. Mas señal de molineros.
Conde. ¿Soislo vos?
Laura. Y aquí nacida.
Conde. ¿Sois hija del dueño?
Laura. No;
el dueño es más ancho y largo;
empero soy hija yo
del que lo tiene á su cargo,
y por un año arrendó.
El dueño, es dueño de brío:
son del duque Leonadío
y de Celia, la duquesa,
desde el bosque hasta la presa.
Conde. Son del mismo dueño mío.
¡Qué buen dueño y qué divino!
No en balde el alma me inclina
á seguir este camino.
Laura. Á ver me vuelvo la harina:
¿qué mandáis para el molino?
Conde. Esperad.
Laura. ¿Qué me queréis?
Conde. Que una razón me escuchéis,
pues me tirasteis salvado.
Laura. Sí haré, si habéis despertado
del cuidado que tenéis.
Conde. Grande yerro hubiera sido,
aunque una noche de enojos
ha de dormir el sentido,
habiendo ya el sol salido,
que salió con vuestros ojos.
Despierto estoy, y contento
de que una noche que os cuento
soñaba que me ahogaba
en un mar que navegaba,
donde todo el agua es viento,
y que cuando desperté
al favor de vuestra mano,
puerto próspero tomé.
Laura. Mucho habláis de cortesano.
Conde. Nunca en ella puse el pie.
Vuestro padre, ¿tiene aquí
alguien que le sirva?
Laura. Sí.
Conde. ¿Cuántos?
Laura. Dos mozos tenía;
pero fuése el otro día
el uno á casarse.
Conde. ¡Ah! ¿sí?
Laura. Y por mi mal.
Conde. ¿De qué suerte?
Laura. Porque por dalle mi vida,
gustó de darme la muerte.
El más firme amor se olvida;
no hay cosa, en el mundo, fuerte.
Conde. ¿Pensaste casar con él?
Laura. Pensélo.
Conde. ¡Ay! ¡suerte cruel!
Moza ha habido en mi lugar
con quien me pensé casar.
Laura. No hay esperanza fiel.
Pues ¿quedó por ella?
Conde. No;
sino que otro mayoral
más rico me la quitó.
Laura. ¿Y ése llamáis mucho mal
si á pura fuerza os dejó?
¡Ay de quien sufre por ella!
Conde. Por Dios, molinera bella,
que yo no le lloraría.
Laura. Ya no estoy como solía:
como eso el tiempo atropella.
Ya me alegro, taño y canto;
ya no lloro, ni estoy triste,
ni de memorias me espanto:
que mal el daño resiste
la pura fuerza del llanto.
¿No me viste cual retozo
con el uno y otro mozo,
tirándoles el salvado?
Aunque lo busco prestado,
doy muestras de risa y gozo.
Conde (ap.). Mucho sabe una mujer,
por más villana que sea,
en materia de querer.
Laura. ¿Qué dices?
Conde. Que no eres fea
y que has de hacerme un placer.
Laura. ¿En qué?

Conde. En decirme tu nombre.
Laura. Todo el nombre y sobrenombre
se encierra en Laura no más.
Conde. ¡Firme nombre!
Laura. Y que jamás
halló un verdadero hombre.
Conde. Yo sé que, si me quisieras,
el más verdadero hallaras;
y porque, hablemos de veras,
y sepas que en almas claras
hay palabras verdaderas,
en lugar del que se fué
á tu padre serviré
y te daré el alma á ti.
Laura. De los dos te doy un sí
por galardón de tu fe.
Si á mi padre servir quieres,
yo haré que te dé el partido
que tú mismo le pidieres.
Conde. Ese perdón ú otro pido.
Laura. ¿Burlas?
Conde. ¡Bueno!
Laura. ¿De adónde eres?
Conde. De aquí soy, de Belmirar;
aunque ya sólo soy tuyo.
Laura. Conozco bien el lugar.
Conde. Conocerán lo que es suyo
los que me quieren matar.
Laura. ¿Quién te busca?
Conde. Esos tus ojos
me buscan el corazón,
y conozco que es razón,
que los que me dan enojos,
señora, tus ojos son.
Laura. Digo que me mueve á risa.
Conde. Huyo de dalle ocasión
á quien anda en mi pesquisa,
porque ya el alma me avisa
que me miran á traición.
Laura. ¿Hablas conmigo?
Conde. ¿Pues no?
Laura. Ahora bien, quiero llevarte.
¿Cómo te llamas?
Conde. ¿Quién? ¿yo?
Del Martes tengo harta parte;
que sus desdichas me dió.
Laura. ¡Pues qué! ¿Llámaste Martín?
Conde. El mismo nombre.
Laura. Y en fin,
¿quieres servir?
Conde. Y tan fiel
como Jacob por Raquel,
si no se me muda al fin.
Laura. No estoy de creerte un dedo...
Pero vén, que ya de amor
es mensajero este miedo.
Conde. De mi bien, dirás mejor,
si en el molino me quedo.
(Vase Laura.)

DE «LA BUENA GUARDA».

ACTO II. ESCENA II.

Doña Clara. Félix. Carrizo.

Doña Clara.
Virgen que estáis sobre esta puerta santa,
por donde salgo á tanta desventura,
engañada de amor con fuerza tanta,
que no repara el alma en mi locura...
yo rompo la palabra que había dado
á vuestro Hijo y á mi Esposo amado.
Con lágrimas lo digo, Virgen bella:
adúltera soy ya; yo voy perdida;
que un ciego amor me arroja y atropella
y una pasión en vano resistida.
¡Qué vergüenza que tengo, clara estrella,
divina fuente de la eterna vida,
de alzar mis feos ojos á miraros,
siendo los vuestros más que el cielo claros!
Mas ya el demonio envuelto en mi flaqueza,
á desesperación tan grande incita
mi loca y femenil naturaleza,
que á matarme ó salir me solicita.
Por vuestra intacta y virginal pureza,
entre todas santísima y bendita,
María celestial, madre piadosa,
os pido hagáis por mí sola una cosa.
No sé cómo me atrevo, cuando intento
tan gran maldad; pero por ser tan justo
lo que os suplico, tengo atrevimiento,
que no lo hiciera yo si fuera injusto;
y es que, pues yo con loco pensamiento,
llevada de la infamia de mi gusto,
voy á perderme en tanto vituperio,
quedéis en guarda de este monasterio.
Aquí tuve el gobierno, y voy perdida:
guardad estas ovejas, Virgen santa,
pues su pastora con mi infame huida
las deja al lobo, que el ganado espanta.
No se pierda ninguna, aborrecida
de mi maldad, ni caiga en la garganta
del hambriento león, á ejemplo mío.
Guardadlas, Virgen, que de vos las fío.
Carrizo.
Paréceme que llora.
Félix. No lo entiendo.
¿Si se arrepiente ya?
Doña Clara. Virgen hermosa,
y vos, Esposo mío, aunque os ofendo,
y el nombre pierdo aquí de vuestra esposa:
guardad estas ovejas.

Félix. ¿Si temiendo
la justicia del cielo rigurosa,
no se atreve á partir?
Carrizo. Eso sospecho;
llega y esfuerza su medroso pecho.
Félix.
¿Qué es esto, Clara? ¿quieres que amanezca
y nos hallen aquí? ¿qué estás llorando?
Doña Clara.
Despedirme de aquí, no te parezca
mucho sentirlo, el daño imaginando.
Félix.
No hay cosa que temor, Clara, te ofrezca
que no la venza amor. ¿Qué estás dudando?
Doña Clara.
Vamos.
Félix.
¿Ahora el miedo te acobarda?
Doña Clara.
Virgen, en vos les dejo buena guarda.

ESCENA IV.

Una voz. Ángel.

Voz (dentro).
Ángel, escucha.
Ángel. ¡Oh Reina de la vida!
¿qué me mandáis?
Voz. Al punto te transforma
en esta miserable, que, perdida,
á su Esposo desprecia desta forma.
De su rostro y sus hábitos vestida,
sirve su oficio y las demás informa
de consejos divinos.
Ángel. Obediente
haré su oficio mientras vive ausente. —
¡Oh poderoso Señor,
que los hombres tanto estimas
que tu justicia reprimas
y detengas tu furor;
Que quieras que le sirvamos
y que en su lugar quedemos,
que á los buenos los honremos
y á los malos defendamos!
Das en el desierto á Agar
en tal desdicha consuelo,
bajando un ángel del cielo:
tres haces también bajar
En el valle de Mambré,
que Abrahán á adorar viene;
y otro el cuchillo detiene
por tanta obediencia y fe. —
Maitines tocan; yo quiero
ir á estar en su lugar,
pues me le manda ocupar
aquel celestial lucero.
¡Cuán mejor gobierno aguarda
su casa del que tenía!
que después de Dios, María
fué siempre la buena guarda.

ESCENA VIII.

Un Pastor. Doña Clara. Félix.

Pastor.
¿Hay tal desdicha mía,
si yo puedo llamarme desdichado?
Pensaba que tenía
seguro de los lobos mi ganado,
y llevóme la oveja
de más hermosa y cándida pelleja.
Daré silbos mortales;
daré gritos que atruenen monte y selva
por entre estos jarales:
tanto deseo que á su pasto vuelva. —
¡Hola, pastores míos!
¿habéis visto mi oveja entre estos ríos?
Montes altos, cubiertos
de antiguos robles y robustas hayas,
de mis ovejas puertos,
cuando se escapan de mis blancas playas,
¿habéis visto una oveja
que, por ir con el lobo, el pastor deja?
¿Qué digo? ¡hola, vaqueros!
¡Ala! ¡aho! montañeses cabrerizos,
celosos ganaderos,
cubiertos con espinas, como erizos,
¿habéis mi oveja visto?
Doña Clara.
¡Hola! pastor celoso,
que por la oveja se te abrasa el pecho,
parece que tu queja
se imprime en mí, con no ser yo tu oveja.
¿Qué buscas afligido?
Pastor.
Una ovejuela pobre, desmandada,
que há poco que se ha ido,
de la voz de los lobos engañada.
¿Habéisla acaso visto?
Doña Clara.
Tiemblo, como si viera al mismo Cristo.
Pastor.
Lindas señas tenía:
toda era blanca, aunque en la frente sola
una mancha tenía;
mas no hay lirio en el prado, ni amapola
en trigo, ni aun estrella
que se pudiera comparar con ella.
Yo le puse una esquila
en un collar de más valor que el oro;
silbé, llaméla y dila
sal en mis manos por mayor decoro;

que aun por ella entre espinas
andar juzgan mis pies por clavellinas.
Hice yo mi cabaña
de tres palos, por ella, en este monte,
para que á la montaña
no se vaya perdida, y se remonte
de mi sabroso pasto,
en compañía de un cordero casto.
Mas no sirvió de nada
mi amalla, mi querella, mi servilla;
que, cuando más guardada,
se me fué con los lobos de la villa.
Dios sabe cómo vengo,
la sed, el ansia y el calor que tengo.

Doña Clara.

Pastor que tan celoso
vienes buscando tu querida oveja,
mira este soto umbroso;
que si la sed con el calor la aqueja,
al agua vendrá luego.

Pastor.

No hará; porque ya tiene muerto el fuego.

Doña Clara.

Yo, pastor, á lo menos
no la he visto pasar por este prado.

Pastor.

Teniendo vos tan llenos
los ojos del marido regalado
que tenéis en los brazos,
asiendo al cuello suyo tantos lazos,
no lo habréis advertido.
Quedad con Dios.

(Vase.)

Doña Clara. ¡Qué hermoso y lindo talle!
¡Con qué galán vestido
andan los ganaderos de este valle!

(Despierta Félix.)

Félix.

Clara, ¿con quién hablabas?

Doña Clara.

Con un pastor, mientras durmiendo estabas.

Félix.

¿Qué buscaba?

Doña Clara. Una oveja;
que te moviera á lástima la suya,
pues por ella deja
todo el ganado, sólo porque arguya
el amor que la tiene.

Félix.

Quien tiene amor, con tales ansias viene.

Doña Clara.

Sudaba de cansado,
por un rostro que á un rey honor le diera.
Echado en el cayado
miraba selvas, montes y ribera,
á ver si parecía,
y á silbos la campiña estremecía.
Una honda de seda
de tres lazos que en uno remataban,
porque llamarla pueda,
le pendía del cinto, que adornaban
un pasador y hebilla
labrados por extraña maravilla.
Las abarcas de pieles,
asidas con lazadas encarnadas,
á guisa de claveles
entre azucenas blancas deshojadas,
puestas me parecieron
en los pies, que este prado florecieron.

Félix.

Sin duda que soñabas.

Doña Clara.

Yo así lo creo, y todo ha sido un sueño.

Félix.

Como acaso pensabas
en los amores de tu nuevo dueño,
soñabas hermosura,
y el alma fué el pincel de la pintura.

ESCENA XIV.

El huésped. Doña Clara.

Huésped.

¡Ahí, señora! ¡ahí, mi señora!

Doña Clara.

¡Jesús! ¿qué es esto? ¿quién llama?

Huésped.

El huésped.

Doña Clara. ¿Qué quiere el huésped?

Huésped.

Que recibáis esta carta.

Doña Clara. ¿De quién?

Huésped.

De aquel gentilhombre
que ayer os trujo á mi casa,
y porque es de poco gusto
y lágrimas no me agradan,
donde no he de ser remedio,
sola os quedad á llorarlas.

(Vase.)

Doña Clara (lee).

«Clara, yo sé que nos siguen,
y que ya toma venganza
tu Esposo del adulterio
que habemos hecho en su casa.
Yo te dejo y voy tan triste....»
— No más letras desdichadas.
¿Ésta es la fe de los hombres?
¡En viento y palabras pagan!
¡Ay, miserable de mí!
perdida y en tierra extraña,
sola, sin Félix ... ¿qué digo?

sin Félix no fuera nada.
Mejor dijera: sin Dios,
á quien he vuelto la cara,
y sin mi querido Esposo,
á quien rompí la palabra.
¿Qué menos me prometían
tan malas obras, que paran
siempre en tan míseros fines?
Cansóse; que todo lo cansa.
¡Oh gustos del mundo loco!
¡flores hermosas al alba,
marchitas al mediodía,
y á la noche derribadas!

Gigantes imaginados
son los deleites que pasan
como sueño, y quien los goza
muy diferentes los halla.
Recelos desto tenía;
engañóme la esperanza:
púsela en un hombre vil,
baja sangre, obscura casta;
pero quitéla de Dios.
¿Adónde en el mundo hallara
en quien segura estuviera?
¿Qué haré? Toda estoy turbada,
Ya tiemblo, mi airado Esposo,
y no sé por dónde vaya
á buscarle; aunque jamás
cerró sus puertas al alma
que le llamase contrita.
Mas ¿cómo alzaré la cara
que le negó tan vilmente?
¡Afuera, desconfianza!
que yo no ofendí marido
de la tierra, que se baña
espada y mano de la sangre
de quien la fe le quebranta.
Á Dios ofendí. Pues, Dios,
si á nadie cierras tus llagas,
á ti voy; piadoso eres;
yo sé, Esposo, que me aguardas.
¿Esposo, dije? ¡ay de mí!
Adúltera soy. Desata,
corazón, estas dos fuentes,
y á la Reina de la gracia
toma por madrina y dile....
— Pero no le digas nada
hasta confesar tus culpas,
pues conoces que son tantas.

ACTO III. ESCENA VII.

El Pastor. Doña Clara.

Pastor. Verdes riberas amenas,
frescos y floridos valles,
aguas puras, cristalinas,
altos montes de quien nacen:
guiadme por vuestras sendas
y permitidme que halle
esta prenda que perdí
y me cuesta amor tan grande.
Ya de pisar las espinas
llevo teñidas en sangre
las abarcas, y las manos,
rotas de apartar jarales.
De dormir sobre la arena
de aquella desierta margen
traigo enhetrado el cabello;
y cuando el aurora sale,
mojado con el rocío,
que por mi cabeza esparcen
las nubes que del sol huyen,
humedeciendo los aires.
¡Ay Dios! ¡qué cansado estoy!
¿qué cayada habrá que baste
para sufrir este peso?
D. Clara. Cielo santo, declaradme
si es este pastor aquel
que vi en el Tormes, la tarde
que en mi regazo dormía
Félix al pie de unos sauces.
¡Ah, pastor! ¡ah, ganadero,
que Dios muchos años guarde!
paréceme que otra vez
te he visto yo en otros valles,
porque es tanta tu hermosura
que años y trabajos tales
no han borrado en mi memoria
esas más que humanas partes.
¿Vives ahora estos montes?
¿guardas ganado? ¿qué haces
en las orillas del Tajo?
Pastor. Serrana, lo mismo que antes.
¿No te acuerdas que buscaba
por prados, por arenales,
por sierras, por altos montes
una oveja aquella tarde?
Pues la misma busco ahora
que tan perdido me trae,
que no volveré sin ella
á los ojos de mi padre;
aunque siempre estoy en ellos
por la merced que me hace,
por el amor que me tiene,
y porque somos iguales.
D. Clara. Pastor gallardo y hermoso,
¿por qué te cansas en balde?
que tanto amor no merece
cosa que tan poco vale.
¿Para qué perdido vienes,
pues, aunque peñas ablandes

con silbos, no la enterneces?
que son bien claras señales
que vino á manos del lobo.
Pastor. Sí, vino; que el lobo infame
persigue ovejas que estimo;
porque presume vengarse
de un golpe que cierta vez
le di en el monte una tarde,
aunque por darle con fuerza
no me costó poca sangre.
Mordióla, no la comió.
D. Clara. ¿Es posible que la llamen
tanto tiempo y que no venga?
Pastor. No se atreve, aunque bien sabe
que estoy, los brazos abiertos;
porque yo no soy pastor
como algunos arrogantes
que vengan los adulterios
que las ovejas les hacen.
Si ellas lloran y les pesa
(que no hay cosa más suave
para mí, que ver llorar,
porque el corazón me parten),
luego les doy sal, y algunas
con esta sal tales salen,
que no hay carne más sabrosa
en la mesa de mi padre.
(Vase.)
D. Clara. No te vayas; oye, espera.
¿Sueño ó velo? ¿Si me hacen
esta burla mis deseos?
Mas, hay burlas celestiales.
Ora pasen á mis ojos,
ora en mis sentidos pasen,
avisos me ha dado el cielo
para que su gracia alcance.
Ir quiero animosamente
en este villano traje
desde aquí á Ciudad Rodrigo.
Quizá este pastor es ángel
y me anima á dar la vuelta,
donde penitente acabe
esta miserable vida.

ACTO III. ESCENA XIV.

Ángel. Doña Clara.

Ángel. Clara, en tu convento estás.
Entra, y en tu celda propia
el hábito que dejaste,
cuando á tu Esposo negaste
(de tu voto hazaña impropia),
toma del mismo lugar;
que en el tuyo quedé yo
cuando Félix te engañó.
D. Clara. Los pies te quiero besar.
¿Quién eres, señor?
Ángel. No digas
á nadie lo que ha pasado,
sino en confesión. Yo he estado
sufriendo tantas fatigas
como me ha dado el servir
el gobierno tantos años:
recupera aquellos daños
de tu pasado vivir
con debida penitencia.

LOS TELLOS DE MENESES.

(Abreviada.)

ACTO I. ESCENA I.

(Habitación de la Infanta en el real alcázar de León.)

La Infanta, Doña Elvira. Don Nuño.

Infanta. Parecerá loca acción
á quien la virtud ignora.
D. Nuño. ¡Extraña resolución
en una heroica señora,
hija de un rey de León!
Otros medios puede haber.
Infanta. Así pienso defender
cauta mi honor y decoro,
al quererme hacer de un moro
un rey cristiano mujer.
D. Nuño. Ejemplos hay conocidos
de mujeres que supieron
reducir á sus maridos
y que á la fe los trujeron
los brazos y los oídos.
Tal con el rey de Valencia
tu hermosura y tu prudencia,
señora, pudieran ser,
y al mayor ejemplo hacer,
sino igualdad, competencia.
Casa con él, que aunque moro,
en las virtudes sin fe,
es un archivo, un tesoro;
y aunque fuera della esté,
sabrá guardarte decoro.
Hace el rey esta amistad
por ganar la voluntad
del de Córdoba y Toledo,
no porque les tiene miedo:
por mayor seguridad
que nadie se ha de mover,
en siendo Tarfe su yerno.
Infanta. Primero pudiera ser
volverse gloria el infierno,
que ser de Tarfe mujer.
D. Nuño. ¿Resuelta, en efecto, estás

de que el conde castellano
te favorezca?

Infanta. Hoy verás
del moro el intento vano,
y el de mi padre, que es más.
No juzgues á desvarío,
Nuño, el pensamiento mío:
siendo forzoso ausentarme,
nadie puede remediarme
mejor que el conde, mi tío.
Heme fiado de ti,
de tu valor confiada,
para defenderme ansí;
que yo sé que iré guardada
de ti mejor que de mí.

D. Nuño. ¡No me tengan por traidor,
si te acompaño en tu error!

Infanta. No es error hacer defensa
una mujer en la ofensa
de su virtud y su honor.
Fara cegó de llorar,
por no se querer casar;
y fué de alabanza dina
huyendo á un padre Eufrosina;
á quien pretendo imitar.
En hábito de varón
huyó Eugenia, y yo he tenido,
para huir, más ocasión,
de un rey de León, que ha sido
para mí rey y león,
Á punto mis joyas tengo;
que los sucesos prevengo,
que temo, aunque no los sé;
pues que, por guardar mi fe,
á tantas fortunas vengo.
Si como Cecilia fuera,
algún ángel esperara
que mi virtud defendiera,
porque ese moro dejara
su ley tan bárbara y fiera.
Mucho del cielo confío;
de mí no, Nuño; y ansí
intento tal desvarío.

D. Nuño. Para servirte nací,
blasón de mi sangre y mío;
mira á la hora que quieres
que venga por ti, que eres
quien se vale de mi nombre;
que nace obligado un hombre
á defender las mujeres.

Infanta. Cuando se ponga la luna;
que media noche será.

D. Nuño. Vendré sin falta ninguna
en un caballo en que ya
corramos los dos fortuna.
Pues por el parque saldré.

Infanta. Y yo á la puerta estaré.
Aunque es hazaña atrevida,
más quiero perder la vida
que no aventurar la fe.

* * *

(Vista exterior de la casa de los Tellos en las montañas de León.)

Tello, vestido de gala, con aderezo dorado y plumas. *Laura.*

Tello. ¡Finalmente, no he podido
guardarme de ti!

Laura. De amor
¿quién puede? Y más si el temor
de ausencia promete olvido.

Tello. Prima, aunque Tello, mi padre,
es labrador, por mi madre
hidalgo y noble nací;
y él en toda la montaña
de León siempre ha tenido
fama de ser bien nacido
y de los godos de España.
Pues ¿qué quiere de un mancebo
como yo? ¿No es poco honor
de los dos ser labrador?
Por dicha ¿en el mundo es nuevo
que quien tiene hacienda, emprenda
ser algo más de lo que es?
¿En qué desatinos ves
que le gasto mal la hacienda?

Laura. Á no dejarme celosa
del traje la novedad
y de León la hermosura,
tu pensamiento aprobara.
Galán, es cosa muy clara
que harás alguna locura.
Tú gracias, yo pocas dichas,
¿qué espero, pues de las galas
nacen á los hombres alas
y á las mujeres desdichas?
Fuera desto, si en León
ves las damas cortesanas
ó en visitas ó en ventanas,
donde con tal perfección
está el adorno ó el traje,
que en ángeles las convierte;
después ¿qué ha de parecerte
nuestro rudo villanaje?
Una mujer que consejo
pide, al tocarse, á una fuente,
no á un mar de cristal en frente,
que es más lisonja que espejo,
¿qué podrá ser para ti
cuando vuelvas de León?

Tello. Prima, lo mismo que son

los prados en que nací,
con su natural belleza,
no los jardines del arte;
porque es en aquella parte
madrastra naturaleza.
Deja celos excusados,
porque me pone temor
mostrarme tanto rigor
antes de estar desposados.

* * *

Tello el Viejo. ¡Qué buena conversación!
¿Tú con gusto cortesana,
Laura?
Tello (aparte). Cogióme: por Dios,
que le avisaron que estaba
de partida á la ciudad.
Laura. La vista ó la edad te engaña:
con Tello, mi primo, estoy.
Tello V. ¿Quién es Tello?
Laura. ¿No le acabas
de conocer?
Tello V. ¿Cómo puedo?
¡Hijo, y con seda y oro,
espada y daga dorada,
plumas y más aderezos
que una nave tiene jarcias!
No creas tú que es mi hijo.
— Caballero, ¿dónde pasa?
¿Es cazador del monte?
¿Perdióse acaso? ¿No habla?
Tello. ¿Qué tengo de hablar, señor,
si de esta suerte me tratas?
Tello V. Dejad al señor las galas
y á los soldados las plumas.
Volved al paño y la abarca,
que yo soy mejor que vos,
y tal vez los pies me calzan
por el rigoroso enero
las nieves de las montañas,
y en junio las canas cubre
algún sombrero de paja;
que de agradecido al trigo
la pongo sobre estas canas.
Tello. ¿Quién pudiera persuadir,
padre mío, con palabras
á los años, que se olvidan
de lo que por ellos pasa?
No hay hombre anciano que crea
que caminó la jornada
de la vida en aquel brío,
cuando el que tuvo le falta.
Conozco que ha sido exceso
de un labrador estas galas,
pero no de un hijo vuestro,
que sois rey destas montañas.
¿Para qué camina un hombre
tanto mar sobre un tabla;
para qué estudia y pelea
sino para que su fama
aumente á su casa el nombre?
Yo, en efecto, padre mío,
no me inclino á cosas bajas.
Si os cansan mis pensamientos,
á mí los vuestros me agravian.
Á Ordoño, rey de León,
hace guerra el de Granada;
con alistarme soldado,
vendrán bien plumas y galas.
Ni os gastaré vuestra hacienda,
ni oiré tan viles palabras;
que, si vos estáis contento
del campo y de su ganancia,
yo aspiro á Cortes de reyes
y á ennoblecer vuestra casa.
Tello V. Oye, Tello; Tello, escucha.

(Vase Tello.)

* * *

El rey. ¿Á qué podrá llegar mi desventura?
Si yo culpar pudiera á las estrellas
ó á un loco amor, pues el más real decoro
suele vencer, cuando faltaran ellas,
remedio hallara en el dolor que lloro.
Mas no le puede haber, faltando Elvira,
porque, cristiano, quise darla á un moro.
¿Qué dice Blanca, en fin?
D. Ramiro. Que la esperanza
es vana de buscarla, á lo que piensa.
Salió con diferente hábito y nombre,
donde tienen por cierto que se ha muerto.
El rey. Quitaránme la vida los cuidados.

* * *

(Monte.)

Infanta. Suelta las joyas, villano,
ya que me dejas ansí.
D. Nuño. Piensa, Elvira, que de mí
te vienes quejando en vano,
pues pudiendo ser tirano
de tu más noble tesoro,
y no como indigno moro,
sino como noble hidalgo,
de tanto peligro salgo,
libre tu honor y decoro.
Acompañarte no ha sido
traición, pues que fué ampararte;
la traición fuera forzarte,
á tu grandeza atrevido.
Mi honor, mi patria he perdido.
Si es ansí, forzoso es,
para librarme después

entre moros y cristianos
llevar el oro en las manos,
que son los mejores pies.

Infanta. No me dejes sola, espera,
en tan ásperas montañas; —
llévame á aquellas cabañas.

D. Nuño. Seré, Elvira, conocido.
Perdona, y quédate aquí,
que voy huyendo de ti,
por no perderte el respeto.

(Vase.)

* * *

Infanta. Hurta los rayos al dorado hermano
para vestirse de su luz, la luna.
Sin mirar otra palma, de ninguna
cortó racimos de oro el africano.
Gime la tortolilla, y gime en vano,
cuando el esposo que murió importuna:
sin dueño no hay en monte fiera alguna,
ni vida alegre en el discurso humano.
De la suerte que el alma al cuerpo informa,
es, como la primera, inteligencia,
materia, la mujer; el hombre, forma.
Y tanto nos ampara su presencia,
y así su forma nuestro ser conforma,
que siendo éste traidor, siento en su ausencia.

* * *

(Cantan dentro.)

Villano. Triste está la infanta Elvira;
días ha que no se alegra;
que la casa el rey su padre
con el moro de Valencia.

Infanta. ¿Aquí llegan mis desdichas?

Villano. ¡Qué mal lo ha mirado Ordoño!
Á la fe que se arrepienta;
porque quien no teme á Dios,
no puede hacer cosa buena.

Infanta. ¡Ah, buen hombre! ¡ah, labrador!

Villano. ¿Quién llama? ¿quién es? ¿sois vos?
Voto á Dios que es cosa nueva
vuestro traje en estos montes;
que no es á la usanza nuestra.

Infanta. Más nueva son mis desdichas.
Trújome por esta tierra
un capitán.

Villano. ¿Quién lo duda?
Como tiene el amor flechas,
á las más engañan plumas.
¿Cómo, diablos, os inquieta
tanto en vuestras almohadillas
el tapatán de la guerra?

Infanta. Con mis desdichas me deja,
que son largas de contar.
Pero, dime, ¿son aldeas
esas grandes caserías?

Villano. Todas son casas que albergan
hombres ricos montañeses,
que se quedaron en ellas
desde el tiempo de los godos.
Tienen aquí sus haciendas
y son reyes destos montes.
Esa que miráis más cerca
es de Ramiro de Aibar. —
Pero de aquí legua y media,
la de Tello de Meneses;
hombre á quien todos respetan.
Allí hallárades amparo,
pero con alguna ofensa
de vuestro honor.

Infanta. ¿Por qué causa?

Villano. Porque tiene un hijo en ella,
más galán que Gerineldos,
que no hay moza que no pesca
en todo aqueste distrito.

Infanta. Pues mejor será la vuestra.

Villano. Ramiro de Aibar, mi amo,
tiene una hija doncella,
y con ella estaréis bien;
pero trocando la seda,
que no os querrán recibir.

Infanta. Ninguna cosa desean
mis penas sino mudar
el traje. Si alguno hubiera,
antes de llegar allá,
por sayal, por tosca jerga
le diera de buena gana. (Vanse.)

* * *

(Otro punto del monte.)

D. Nuño (con la caja de joyas).
En mis imaginaciones
no hay rama en esta ocasión,
que no sea un rey de León,
y cada rey, mil leones.
Lo que me da más cuidado,
son las joyas, enemigos
que han de servir de testigos,
si soy de su gente hallado.
Y así, cavando la tierra
con esta daga, las quiero
esconder; pero primero,
para conocer la tierra,
poner alguna señal.

(Dan voces dentro.)

Gritos dan. Todo me asombra;
que espanta su misma sombra
á quien dice ó hace mal.

Mendo (dentro). Por aquí, por aquí fué.

D. Nuño. Ellos me buscan á mí.

Tello (dentro). Él es.

D. Nuño. Muerto soy: ¿qué haré?

Pero detrás de estas ramas
será mejor esconderme. (Huye.)
Tello. ¿Qué es aquello que se mueve?
Mendo. Allí han sonado las ramas.
El oso es: tira.
Tello. Acertéle.
(Éntrase Mendo.)
Mendo. ¡Vive Dios, que has muerto á un hombre!

* * *

Infanta. (Aunque en la casa en que estaba,
su dueño bien me quería,
una hija que tenía,
mis acciones envidiaba.)
Mendo. Serrana, que guarde Dios,
¿dónde bueno por aquí?
Infanta. De casa de Aibar salí;
bien le conocéis los dos;
donde he servido dos meses.
Era importuna mi ama,
y voy buscando por fama
la de Tello de Meneses.
¿Sois suyos acaso?
Mendo. Sí.
Infanta. Dicha ha sido para mí.
Pero de cierta ocasión
traigo mala información.
Mendo. Creed que la envidia miente.
Infanta. ¿Querráme á mí?
Mendo. ¿Qué decís?
Tal gracia y talle tenéis
que la casa mandaréis,
si un mes en ella servís.
(Laura é Inés con dos cantarillas.)
Inés. Digo que es Mendo, y que viene
con Sandes y una mujer.
Laura. ¿Qué siempre éste ha de traer
lo que celosa me tiene?
Infanta. Dadme, señora, esa mano.
Laura. ¿Qué es esto, Mendo?
Mendo. Señora,
una hermosa labradora
que hallé en este verde llano.
Dice que á Aibar ha servido
y que por cierto disgusto
le ha dejado.
Infanta. Con más gusto,
si dicha hubiera tenido,
en vos me hubiera empleado.
Pero yo no merecía
serviros.
Laura. La cortesía,
el talle, el traje, el agrado,
el rostro, obliga á estimar,
serrana, el ofrecimiento.
Infanta. Menos os digo que siento;
y sólo os puede obligar
el hallarme en tierra extraña.
Laura. ¿De dónde sois?
Infanta. De Castilla.
Laura. Mucho el veros maravilla
que vengáis á la montaña.
Infanta. Es larga historia: después
os la quiero referir.
Laura (ap. á Inés). Mejor que para servir
es para servida, Inés.
Inés. Recíbela, por tu vida;
que es lástima que se pierda.
Laura. La condición se me acuerda
de Tello.
Inés. Está defendida
con el amor que te tiene;
y ésta es moza honesta y grave,
si no encubre lo que sabe.
Laura. ¿Qué sé yo de dónde viene?
Inés. ¿Habrá más de despedilla
si al rostro sale traidora?
Laura (á la Infanta). ¿El nombre?
Infanta. Juana, señora.
Laura. Tomad esta cantarilla
y seguidme; que en la fuente
me contaréis vuestra historia. —
(Vanse las tres.)

* * *

Aibar y *Bato;* luego *Tello el Viejo* y *Silvio.*

Aibar. Pienso que negociaremos,
que es muy rico y liberal.
Bato. Fortún no ha dado un real.
¡Bien con él la igreja haremos!
Aibar. Tello es hombre de valor.
Bato. ¿Quién da voces? —
(Salen Tello y Silvio.)
Tello el Viejo. ¡Esto pasa!
¡Salid, villano, de casa!
Silvio. No tengo culpa, señor;
detén, por Dios, la cayada.
Tello V. ¿Qué tengo de detener?
¿De mi hacienda habéis de hacer
como de hacienda robada?
¡Vive Dios! . . .
Silvio. Oye en disculpa . . .
Tello. ¿Qué disculpa puedes darme
que no sirva de enojarme
y de hacer mayor tu culpa?
¿Cuántos pies tiene un lechón?
Silvio. Cuatro.
Tello V. Pues ¿cómo has traído
Tres?
Silvio. El uno se ha caído;
que ya sé que cuatro son.

Tello V. Del pecho te he de sacar
ese pie, si le has comido.
(Huye Silvio y síguele Tello el Viejo.)
Bato. Á buen puesto hemos venido.
Vámonos, señor Aibar.
Aibar. Dices bien. ¿Éste es Meneses
aquel noble y liberal?
No he visto miseria igual.
Bato. Menester fué que lo vieses,
para poderlo creer.
(Vuelve Tello el V.)
Tello V. ¿Quién va? ¿quién sale de aquí?
Vuelva quien es.
Aibar. No entendí,
puesto que te vine á ver,
hallarte enojado.
Tello V. Aibar,
ya sabes que soy tu amigo.
No lo estoy mucho, y contigo
me sabré desenojar. —
¿Qué quieres? ¿á qué venías?
Aibar. No más de á verte.
Tello V. Es engaño,
pues el irte es desengaño;
que alguna cosa querías.
Aibar. No, cierto.
Tello V. Di la verdad;
que nuestra amistad se ofende.
Aibar. Pues á quien tan bien la entiende,
quiero hablarle en amistad.
Tello, á mí me han encargado
recoger algunos días,
por aquestas caserías,
la limosna y el cuidado
de la iglesia que labramos,
desta vega en la mitad;
con que la dificultad
de ir á la villa excusamos.
Ella está ya comenzada.
Limosna os vine á pedir;
porque siempre oí decir
vuestra condición honrada
y la liberalidad
con que procedéis en todo.
Pero entré, y halléos de modo
que, diciéndoos la verdad,
os tuve por miserable;
que reparar en un pie
un hombre tan rico, fué,
Tello, bajeza notable.
Por esto, á la fe, me fuí.
Tello V. Cierto que tenéis razón.
Es ansí mi condición;
pero es en mi casa ansí.
Venid, Aibar, á la tarde,
y contad tres mil ducados.
Aibar. ¿Qué decís?
Tello V. Que á estar contados,
no fuera en darlos cobarde.
Aibar. ¿Tres mil?
Tello V. Mirando en un pie
y en otras cosas ansí,
puedo daros lo que os di;
y otros muchos os daré.
Id, enhorabuena, Aibar.
Aibar. Tres mil años (y aun es poco)
viváis.
Tello V. Id con Dios.
Aibar. Voy loco.
Bato. ¡Tres mil! ¿Qué más pudo dar
el mismo rey de León?
Aibar (ap. á Bato). ¿Qué te parece el ejemplo?
Bato. Que quien á Dios labra templo,
da beneficio á pensión.
(Vanse Aibar y Bato.)
Tello V. ¡Cuán bienaventurado
puede llamarse el hombre
que, con obscuro nombre,
vive en su casa, honrado
de su familia, atenta
á lo que más le agrada y le contenta.
Sus deseos no buscan
las cortes de los reyes,
á donde tantas leyes
la ley primera ofuscan,
y por el nuevo traje
la simple antigüedad padece ultraje.
No obliga poca renta
al costoso vestido,
que al uso conocido
la novedad inventa,
y con pocos desvelos
conserva la igualdad de sus abuelos.
No ve la loca dama,
que por vestirse de oro,
se desnuda el decoro
de su opinión y fama;
y hasta que el arco rompa
la cuerda estira de la vana pompa.
Yo salgo con la aurora
por estos verdes prados,
aun antes de pisados
del blanco pie de Flora,
quebrando algunos hielos
tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
que salen mis pastores;
los ganados mayores
ir retozando al prado;
y humildes á sus leyes,
á los barbechos conducir los bueyes.
Vuelvo, y al mediodía

la comida abundante
no me pone arrogante;
que no pienso que es mía;
porque mirando al cielo,
el dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
la limosna que he dado
y lo que me ha quedado,
y diciendo suspiro,
viendo lo que se aumenta:
Siempre me alcanza Dios en esta cuenta

* * *

Laura. Infanta. Inés. Tello el Viejo.

Inés (á Laura). Aquí está señor.
Laura (á la Infanta). Bien creo
que se ha de alegrar de verte.
Infanta. Tengo yo tan poca suerte,
que lo imposible deseo.
Laura. Esta serrana, señor,
que de Aibar criada ha sido
en tu nombre he recebido;
que muestra á tu casa amor,
y la habemos menester.
Tello V. ¿Menester adonde hay tantas?
¡Á qué cosas te adelantas! —
Id con Dios, buena mujer.
Laura. Donde está todo sobrado,
¿te da una mujer cuidado?
Tello V. Laura, mira por tu hacienda,
pues es toda para ti.
Infanta. Doleos, señor, de mí;
no permitáis que me ofenda
tan grave necesidad,
que se me atreva el honor.
Por pobre os pido favor,
aunque tengo calidad.
De limosna habéis de hacer
esto por Dios y por mí.
Tello V. ¿Por Dios decís?
Infanta. Señor, sí.
No me permitáis perder.
Tello V. Jamás por Dios he negado
cosa que pudiese hacer. —
Laura... (ap. á Laura).
Laura. Señor...
Tello V. La mujer
con lágrimas me ha obligado;
ella queda recebida.
Vístela, para las fiestas,
de algunas cosas honestas;
aunque no está mal vestida.
Laura. Yo buscaré qué le dar.
Tello V. Si tuyo, Laura, ha de ser,
¿qué me puede á mí deber?
Hazle un vestido sacar
que cueste hasta cien ducados.
Laura. Pues tú, que darla temías
de comer donde estos días
comen doscientos criados,
¿la mandas vestir ansí?
Tello V. Laura, una cosa es guardar
nuestra hacienda, y otra es dar:
lo que he guardado, le di.

* * *

Tello V. En mi vida, aunque tratase
á quien jamás conociese,
hice bien que le perdiese,
ni mal que no me pesase.
Ó mal ó bien lo emplease,
siempre de hacer la virtud
resultó al alma quietud;
aunque conozco también
que de sol del hacer bien
es sombra la ingratitud.

* * *

Tello el Viejo. Fortún. Infanta.

Tello V. Mucho me pesa de veros,
Fortún, en fortunas tantas.
Fortún. Fianzas me han puesto ansí.
Tello V. ¡Qué mal no han hecho fianzas!
Á muchos he dado hacienda
de la que tengo, á Dios gracias;
mas no he fiado á ninguno.
Pero mirad las mudanzas
de la dicha de los hombres:
toda vuestra hacienda os sacan
con dos dedos de papel;
y á mí me escribe esta carta
el rey.
Fortún. Pues ¿á vos el rey?
Tello V. Llevamos esta ventaja
los ricos aun á los reyes,
que nos escriben y llaman
si tienen necesidad. —
¿Aquí estás, Juana?
Infanta. Aquí estaba
á ver si me mandas algo.
Tello V. Á Tello luego me llama.
Infanta. Perdonad, señor: no puedo;
porque me ha mandado Laura
que jamás hable con él,
pena de perder tu casa.
Tello V. ¡Qué necios celos! ¡qué presto!

* * *

Tello V. ¿Que tan bien te recibió?
Tello. No te puedo encarecer,
señor, el gusto y placer

que el rey de verme mostró.
Informóle un caballero
de ti por discreto modo,
y sabiendo que eras godo,
te hizo su tesorero,
en muestra de sus deseos.
Repliqué: «Si vos le hacéis
á Tello señor de España,
no vendrá de su montaña.
Mal su condición sabéis.»
Y dijo: «Si ser señor
de su montaña desea,
señor de su tierra sea.»

Tello V. Aun eso me está mejor.

Tello. Horca y cuchillo tenéis
desde hoy.

Tello V. ¡Bravo favor!

Tello. Oye también mis mercedes.

Tello V. ¡Generosa condición!

Tello. Alcaide soy de León.

Tello V. No sé, Tello, cómo puedes
sin casarte.

Tello. Ya te entiendo.
Finalmente, el rey quería
que tú le fueses á ver.
Mas, viendo que no ha de ser,
dijo: «Pues iré algún día
á visitarle á su casa;
que le quiero por amigo.»

Tello V. Eso sí, venga; que os digo
que no se le muestre escasa. —

(Vase Tello el Viejo.)

* * *

Infanta. Como ve la resistencia,
hace amor suertes en mí.
¿Quién pensara que sintiera
la ausencia de un hombre yo!
¡y que en viendo que volvía,
tan necia á verle viniera!
Mas, ¡ay Dios!

Tello. ¿Qué dicha mía,
Juana, á mis ojos se ofrece?
Agora sí que amanece;
porque sin el sol no hay día.

Infanta. Como vienes cortesano,
ya te enseñas á mentir.

* * *

Mendo (sale sin que le vean).
(Aparte.) ¡Qué bien se deja venir
el jilguerito á la mano!

* * *

Laura. Salid, honesta, salid.

Infanta (con su ropa). Sin tanta furia, señora,
que yo no he sido traidora,
y que soy noble advertid.
(Aparte.) No me perturba y altera
tu desprecio, imaginando
que me quita la ocasión
de mayor desdicha mía,
que ya Tello me tenía
gran parte del corazón.
Adiós, primer sentimiento
de mi desdén. Tello, adiós. —

(Vase.)

* * *

Tello. ¡Cómo! ¿á Juana? ¡Hay tal maldad!

Laura. Tente, primo; ¿dónde vas?

Tello. ¿Quién es?

Laura. Yo soy.

Tello. ¿Aquí estás?

Laura. ¿No me conoces?

Tello. No sé —
que, ¡vive Dios! . . .

Laura. ¿En la daga
pones la mano?

Tello V. ¿Qué es esto?

Tello. Que ha despedido por mí
á Juana, Laura de celos.

Laura. Luego ¿no tengo razón?

Tello V. Aunque la tengas, no has hecho,
sobrina, lo que era justo.

Laura. ¿Qué era justo?

Tello V. Que primero
me hablaras, y yo la diera
algo para su remedio. —
Y tú ¿por qué la inquietabas?

Tello. Yo no soy hombre que tengo
pensamientos tan humildes.

Tello V. ¿Tendrás otros pensamientos,
desde alcaide de León
á esta parte? Ahora bien, quiero
hacer que vayan tras ella. —
Y tú no te inquietes, Tello. —

(Vase.)

Laura. No la verán más tus ojos.

Tello. ¿Cómo que no? — Ensilla, Mendo,
el overo; que no fío
de mi padre.

Laura. Iré yo luego
á decirle que te vas. —
Vén, Inés. —

(Vanse Laura é Inés.)

Tello. Ensilla presto.

Mendo. Ya, señor, voy á ensillar.

* * *

(Campo.)

Infanta. Donde mi fortuna quiere
con inciertos pasos voy,

fugitiva de mí misma:
consejo de la razón.
En la paz que no pensaba
hallé la guerra mayor,
en el sagrado, el peligro,
y en el miedo, la ocasión.
¿Qué pensó mi pensamiento,
cuando, siendo yo quien soy,
llevó mi memoria á Tello
y á su amor mi inclinación?
Nadie de los ojos fíe,
que al más levantado honor,
si no los cierra con llave,
le harán cualquiera traición.
De grande peligro salgo,
pues con ver que libre estoy,
sospecha el temor que tengo
que le dejo el corazón.
Mas dice mi valor
que en los principios se resiste amor.
Pensó Laura que vengaba
de sus celos el rigor,
y dióme Laura la vida;
que la ocasión me quitó.
Aunque lágrimas me cuesta,
ninguna culpa le doy:
mejor es perder á Tello
que no que me pierda yo.
Si fuera aquel mozo ilustre,
disculpara amor mi error.
Pero, criado entre ovejas,
no es bueno para león.
Sangre del godo Rodrigo
dicen que el tiempo le dió;
la buena persona el cielo,
y el rey Pelayo el blasón.
Partes constituyen dignas
para amarle. Mas, ¡ay Dios!
que dice el amor que sí,
y el rey, mi padre, que no;
y en esta confusión
huye la honra y se detiene amor.

Tello (dentro). Ten este caballo, Mendo;
que allí la he visto.

Infanta. ¡Ay de mí!

(Sale Tello.)

Tello. ¿Dónde vas, señora, ansí?

Infanta. Más que despedida, huyendo.

Tello. ¿De quién?

Infanta. De ti.

Tello. No lo entiendo

Infanta. De un poderoso enemigo
voy huyendo.

Tello. ¿Quién?

Infanta. Amor.

Tello. Si es amor, ¡tanto rigor!
¡tal crueldad! ¡tanto castigo!
Vuelve, vuelve, que me envía
mi padre por ti.

Infanta. No puedo
Tello; que me ha dado miedo
mi flaqueza y tu osadía.

Tello. ¿Qué será, Juana, de mí
si no vuelves?

Infanta. No, en mi vida.

Tello. ¿Podrás tú, mi bien, sufrir
que muera sin culpa yo?
Porque Laura te ofendió,
¿me tengo yo de morir?
¿Adónde te quieres ir
con esos pobres despojos,
que no te den mil enojos,
y por el hurto te prendan
de un alma, por más que emprendan
negarlo tus dulces ojos?
¿Dónde irás, sin que por ello
te injurien? ¿Quién te ha de ver
que no diga: «Esta mujer
se lleva el alma de Tello»?
Si de la planta al cabello
Laura envidia tu hermosura,
muera Laura en su locura;
piérdase Laura, no quien
te estima y te quiere bien
con fe tan honesta y pura.

Infanta. ¡Ay, Tello! obedezco y callo,
que manda otro dueño en mí.

Tello. ¿Vuelves con tu gusto?

Infanta. Sí;
pero en fe de tu valor,
que respetarás mi honor.

Tello. La luz que en tus ojos veo,
sabrá tener el deseo
y reportar el amor.

(Vanse.)

* * *

Tello V. ¿Estás loca?

Laura. Loca estoy;
y tú lo pareces más,
pues tal licencia le das.

Tello V. Yo ¿qué licencia le doy?

Laura. Tello, ¿no es ido por Juana
con tu licencia?

Tello V. Él se fué;
porque ya á Sancho envié,
y no á Tello esta mañana.

Laura. Si Tello tiene mujer,
y tú nuera, dime, tío,
¿esperar, no es desvarío
á que yo lo venga á ver?

Que, amores ó casamientos,
yo no los he de sufrir.

* * *

Mendo. Buenas nuevas.
Tello V. ¿Pareció?
Mendo. Mejor de otra suerte fuera.
Tello. Llega y besarás la mano
á mi señor.
Infanta. Con vergüenza
de Laura llego.
Inés. Éstos son.
Tello. Juana la mano te besa
por la merced que le has hecho.
Infanta. Señor, cuando yo ofendiera
á mi señora, era justo
que castigara mi ofensa;
pero no, estando inocente.

* * *

Tello V. ¿Cuándo, señor, merecí
tanto honor?
Rey. Á conoceros,
Tello, he venido y á veros,
pues vos no me veis á mí.
Vuestro hijo, ¿dónde está?
Tello. Á vuestros pies, gran señor.
Rey. ¿Sabéis que es mi alcaide?
Tello V. Honor
tan grande otro ser le da
de aquel que tiene de mí.
Rey. ¿No le casáis?
Tello V. Aquí tengo
una sobrina....
Rey. Si vengo
á tiempo, servir querría
de padrino á mis parientes.
Tello V. Templad, señor, los favores,
que reyes y labradores
son extremos diferentes.
Rey. ¡Oh! ¡qué envidia, Tello, os tengo!
Tello V. Señor, por acá se pasa
pobremente.
Rey. Á vuestra casa
más pobre que nunca vengo.
Tello V. Pues no lo saldréis de aquí;
que toda os la llevaréis.
Laura. Aquí, gran señor, tenéis
para que os sirváis de mí,
vuestra pobre labradora.
Rey. ¿Es vuestra sobrina?
Tello V. Laura,
señor, mi casa restaura,
si vos la casáis agora.

* * *

(Unos villanos sacan la mesa, y salen los músicos. Hay en la mesa una tortilla de huevos y un poco de manjar blanco.)

Tello. Ya está prevenido todo.
Rey. Tello será maestresala.
Tello. Turbaréme, gran señor.
Rey. ¿Tortilla de huevos? Bueno.
El gusto me adivinaba
quien este cuidado tuvo.
¿Fuiste tú, Ramiro?
Ramiro. En casa
que á nadie conozco, fuera
prevención muy excusada.
No, señor, no he sido yo.

(Va el rey á comer, y topa con una sortija en los dientes.)

Tello V. ¿Piedra, señor? ¡Cosa extraña!
Rey. Esta sortija conozco.
Tello V. ¿Entre los huevos estaba
sortija?
Rey. Y sortija mía.
¿Quién hizo esta tortilla?
Tello V. ¿Quién guisó estos huevos, Laura?
Laura. Juana, señor, los guisó.
Rey. ¿Quién es Juana?
Tello V. (á Mendo). Llama á Juana.
Rey (aparte). (Cielo, ¿quién imaginara
que yo viniera á tener
tanta pena en esta casa?)
Esta sortija es de Elvira.

(Mendo trayendo á la Infanta toda turbada y tapándose la cara.)

Dichos.

Rey. Tello, dejádmela ver.
Tello V. ¿Para qué encubres la cara?
Quita las manos.
Rey. ¡Qué veo!
Ya se me enternece el alma.
¿Eres tú, Elvira, eres tú,
hija que de mis entrañas
fuiste cuchillo en tu muerte?
Tello V. ¡Cosa que fuese la Infanta!
Tello. ¡Ay, padre! si lo es, soy muerto.
Rey. Elvira, á tu padre abraza,
y agora venga la muerte.
Tello V. Señor, toda nuestra casa
perdona, que no supimos
quién era.
Rey. Quise casarla
á su disgusto, y agora,
Tello, le doy la palabra
que sólo á su gusto sea.
Infanta. Sí será; que estoy casada.
Rey. ¿Casada? ¿Con quién?
Infanta. Con Tello,
á quien tu pariente llamas.

Rey. Si no te hubieras casado,
Elvira, yo te casara,
Porque no pudiera darle
de este servicio otra paga.
Daos las manos.

Tello. Bien merece
mi amor, mi fe y esperanza
este premio.
Tello V. No prosigas.
* * *

TIRSO DE MOLINA.

(1572—1648.)

GENIO dramático de primer orden y que, avecinándose á Lope, raya á la altura de Calderón, hasta en el drama y la tragedia, como en su incomparable *Prudencia en la mujer* y la grandiosa *Venganza de Tamar*, es el fraile mercenario *Gabriel Téllez*, conocido con el seudónimo de Tirso de Molina.

DE «LA VENGANZA DE TAMAR».

Amón. Vete de aquí, salte afuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera;
arpía que en rostro agrada,
siendo una asquerosa fiera.
Al basilisco retratas:
ponzoña, mirando, arrojas.
No me mires, que me matas.
Véte, monstruo que me aojas
y mi juventud maltratas.
¿Que yo te quise es posible?
¿que yo te tuve afición,
fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbón,
si en la corteza apacible?
Sal fuera, que eres horror
de mi vida, y su escarmiento.
Véte, que me das temor:
más es mi aborrecimiento
que fué mi primero amor. —
¡Hola! echádmela de aquí.
Tamar. Mayor ofensa é injuria
es la que haces contra mí,
que fué la amorosa furia
de tu torpe frenesí.
Tirano, de aquese talle
doblar mi agravio procura,
hasta que pueda vengalle.
Mujer gozada es basura:
haz que me echen en la calle.
Ya que así me has deshonrado,
lama el plato en que has comido
un perro al suelo arrojado.
Di que se ponga el vestido
que has roto ya, algún criado.
Honra con tales despojos
á quien se empleó en servirte:
á mí dame más enojos.
Amón. ¡Quién por no verte ni oírte
sordo naciera y sin ojos! —
¿No te quieres ir, mujer?
Tamar. ¿Dónde iré, sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader sin trato
deshonrada una mujer?
Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado.
No añadas afrenta á afrenta;
que en cadenas del pecado
perece quien los aumenta.
Tahur de mi honor has sido:
ganado has por falso modo
joyas que en vano te pido.
Quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.
No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta;
que, aunque el que pierde es molesto
el noble no se levanta,
mientras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y así, de perderla trato:
acaba el juego, traidor:
dame la muerte en barato.
Amón. Infierno, ya no de fuego,
pues, helando, me atormentas,
sierpe, monstruo, véte luego.
Tamar. El que pierde, sufre afrentas,
porque le mantengan juego:
manténme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda. Alza, villano,
la mano: quítame el ser
y ganarás por la mano.
Amón. ¿Vióse tormento como éste? —
¡Hola! ¿no hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!
(Salen Eliacer y Jonadab.)
Eliacer. ¿Llamas?

Amón. Echadme de aquí
esta víbora, esta peste.
Eliacer. ¡Víbora! ¡peste! ¿qué es de ella?
Amón. Llevadme aquesta mujer,
cerrad la puerta tras ella.
Jonadab (aparte). Carta Tamar viene á ser:
leyóla y quiere rompella.
Amón. Echadla en la calle.
Tamar. Así
estaré bien, que es razón,
ya que el delito fué aquí,
que por ella se pregone
mi deshonra contra ti.
Amón. Voime por no te escuchar.
(Vase.)
Jonadab. ¡Extraño caso, Eliacer!
¡Tal odio tras tanto amor!
Tamar. Presto, villano, has de ver
la venganza de Tamar.
(Vanse.)

DE «LA PRUDENCIA EN LA MUJER».

ACTO I. ESCENA I.

El infante D. Enrique.
Será la viuda reina esposa mía
y daráme Castilla su corona;
ó España volverá á llorar el día
que al conde Don Julián traidor pregona.
¿Con quién puede casar Doña María,
si de valor y hazañas se aficiona,
como conmigo, sin hacerme agravio?
Enrique soy; mi hermano, Alfonso el Sabio.
El infante D. Juan.
La reina y la corona pertenece
á Don Juan, de Don Sancho el Bravo hermano.
Mientras el niño rey Fernando crece
yo he de regir el cetro castellano.
Pruebe, si algún traidor se desvanece,
á quitarme la espada de la mano;
que, mientras gobernare su cuchilla,
sólo Don Juan gobernará á Castilla.
D. Diego.
Está vivo Don Diego López de Haro,
que vuestras pretensiones tendrá á raya,
y, dando al tierno rey seguro amparo,
casará con su madre, y cuando vaya
algún traidor contra el derecho claro
que defiende, señor soy de Vizcaya;
minas son las entrañas de los cerros,
que hierro dan con que castigue yerros.
D. Enrique.
¿Qué es esto, infante? ¿Vos osáis conmigo
oponeros al reino? ¿Y vos, Don Diego,
conmigo competís, y sois mi amigo?
D. Juan. Yo de mi parte la justicia alego.
D. Diego. De mi lealtad á España haré testigo.
D. Enrique. Á la reina pretendo.
D. Juan. De su fuego
soy mariposa.
D. Diego. Yo del sol que miro
hierba amorosa que á sus rayos giro.
D. Enrique.
Tío, Don Juan, soy vuestro, y de Fernando
el Santo, que ganó á Sevilla, hijo.
D. Juan.
Yo nieto suyo; Alfonso me está dando
sangre y valor con que reinar colijo.
D. Diego.
Primo soy del rey muerto; pero, cuando
no alegue el árbol real con que prolijo
el coronista mi ascendencia pinta,
alegaré el acero de la cinta.
D. Enrique.
Vos, caballero pobre, cuyo estado
cuatro silvestres son, toscos y rudos
montes de hierro, para el vil arado,
hidalgos por Adán, como él desnudos,
adonde, en vez de Baco sazonado
manzanos llenos de groseros nudos
dan mosto insulso, siendo silla rica,
en vez del trono, el árbol de Garnica;
¿intentáis de la reina ser consorte,
sabiendo que pretende Don Enrique
casar con ella, ennoblecer su corte
y que por rey España le publique?
D. Juan.
Cuando su intento loco no reporte
y edificios quiméricos fabrique,
mientras el reino gozo y su hermosura,
se podrá desposar con su locura.
D. Diego.
Infantes, de mi estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que la dió, en vez del rey, naturaleza,
sin que sus rayas pase la victoria.
Un nieto de Noé le dió nobleza,
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua ó traje
mosaica infamia que la suya ul raje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
á quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
valiente en obras, y en palabras mudo,
á sus miras guardáredes decoro;
pues, por su hierro, España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
es porque Venus huya, que, lasciva,

hipoteca en sus frutos sus placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
teje corona para sus mujeres;
que, aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan á los hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra á sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni hogar sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real, sentado,
nobles, puesto que pobres electores
tan sólo un señor juran cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy ahora, y del rey tío,
leal en defendelle y pretendiente
de su madre, á quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si á la lengua iguale el brío,
intérprete es la espada del valiente;
vizcaino es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

ESCENA II.

Reina. ¿Qué es aquesto, caballeros,
defensa y valor de España,
espejo de lealtad,
gloria y luz de las hazañas?
Cuando muerto el rey Don Sancho,
mi esposo y señor, las galas
truecan León y Castilla
por jergas negras y bastas:
cuando el moro granadino
moriscos pendones saca
contra el reino sin cabeza
y las fronteras asalta
por la lealtad defendidas —
tiranizáis vuestra patria,
dando en vuestra ofensa lenguas
á las naciones contrarias.
Ser mis esposos queréis,
¿y como mujer ganada
en buena guerra, al derecho
me reducís de las armas?
¿Casarme intentáis por fuerza,
é ilustrándoos sangre hidalga,
la libertad de mi gusto
hacéis pechera villana?
¿Qué veis en mí, ricos hombres?
¿qué liviandad en mí mancha
la conyugal continencia,
que ha inmortalizado á tantas?
¿Tan poco amor tuve al rey?
¿Viví con él mal casada?
¿Quise bien á otro doncella?
¿á quién, viuda, di palabra?
Ayer murió el rey mi esposo;
aun no está su sangre helada,
de suerte que no conserve
reliquias vivas del alma.
Pues en viudez llorosa
la mujer más ordinaria
al más ingrato marido
respeto un año guarda; —
yo, que soy reina, y no menos
al rey Don Sancho obligada
que Artemisia á su Mausolo,
que á su Pericles Aspasia,
¿queréis, grandes de Castilla,
que desde el túmulo vaya
al tálamo incontinente?
¿de la virtud, á la infamia?
¿Conocéisme, ricos hombres?
¿Sabéis que el mundo me llama
la reina Doña María?
¿que soy legítima rama
del tronco real de León;
y como tal, si me agravian,
seré leona ofendida,
que, muerto su esposo, brama?
Ya yo sé que no el amor,
sino la codicia avara
del reino que pretendéis,
os da bárbara esperanza
de que he de ser vuestra esposa;
que, al ver la corona sacra
sobre las sienes pueriles
de un niño, á quien su rey llama
Castilla, y en quien Don Sancho
su valor cifra y retrata;
aunque yo su madre sea,
me tendréis por tan liviana
que al torpe amor reducida
en fe de una infame hazaña,
dalle la muerte consienta,
porque reinéis con su falta. —
Engañáisos, caballeros;
que no está desamparada
destos reinos la corona,
ni del rey la tierna infancia.
Don Sancho el Bravo aun no es muerto;
que como me entregó el alma,
en mi pecho se conservan
fieles y amorosas llamas.
Sí, porque el rey es un niño
y una mujer quien le ampara,
os atrevéis ambiciosos
contra la fe castellana;
tres almas viven en mí:
la de Sancho, que Dios haya;
la de mi hijo, que habita
en mis maternas entrañas;

y la mía, en quien se veneran
esotras dos: ved si basta
á la defensa de un reino
una mujer con tres almas.
Intentad guerras civiles;
sacad gentes en campaña;
vuestra deslealtad pregonen
contra vuestro rey las cajas; —
que, aunque mujer, ya sabré,
en vez de las tocas largas
y el negro monjil, vestirme
el arnés y la celada,
Infanta soy de León;
salgan traidores á caza
del hijo de una leona,
que el reino ha puesto en su guarda; —
veréis si en vez de la aguja,
sabré ejercitar la espada,
y abatir lienzos de muros,
quien labra lienzos de Holanda.

RUIZ DE ALARCÓN.

(¿?—1639.)

NACIÓ Juan Ruiz de Alarcón en México. Hizo sus estudios sucesivamente en su patria y en España. Sagaz observador de la naturaleza humana; fino psicólogo; habilísimo pintor de caracteres; rico de inventiva y sal cómica: tal es este insigne dramático.

DE «LA VERDAD SOSPECHOSA».

D. García. Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.
D. Beltrán. Mi pena diréis mejor.
¿Sois caballero, García?
D. García. Téngome por hijo vuestro.
D. Beltrán. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
D. García. Yo pienso, señor, que sí.
D. Beltrán. ¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno.
¿Es así?
D. García. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.
D. Beltrán. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació, perderlo?
D. García. Es verdad.
D. Beltrán. Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga á mis oídos mesmos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza, al homicida;
al robador, su remedio;
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:

todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

DEL «TEJEDOR DE SEGOVIA».

D. Fernando. ¡Tal escucho! ¡Ah, vil mujer!
¡Ah mudable! ¡Ah fementida!
Conde. No la injuries, si la vida
también no quieres perder.
De la gente que venía
siguiéndote, prometí
librarte: ya lo cumplí;
y si agora tu osadía
la ofende ó me ofende, piensa
que puedo, sin quebrantar
mi palabra, ejecutar
el castigo de mi ofensa.
Fineo (aparte á los criados).
Estad todos con cuidado;
que es demonio el tejedor.
D. Fernando. ¿Qué nobleza, qué valor
es el haberme librado
de mis contrarios, si aquí
deslustra ya esa piedad,
y ejecuta tu crueldad
más fiera venganza en mí?
¿Qué alabanzas solicitas
de la fe que me cumpliste,
pues si la vida me diste,
el alma en cambio me quitas?
Mas no de ti; fementida,
de ti me quiero quejar.
Teodora. (Ap.: Temo que le ha de costar
el injuriarme la vida.)
Necio, di: ¿qué confianza
te ha dado á entender jamás
que yo no quisiese más
cumplir la justa esperanza
del Conde, que ser constante
á la fe de un tejedor?
¿Tan ciega estoy de tu amor,
que á un gran señor, que es Atlante,
en que estriba dignamente
el peso desta corona,
prefiera la vil persona
de un bandido delincuente?
Conócete, presumido;
confiado, vuelve en ti;
que el seguirte yo hasta aquí,
no amor, sino fuerza ha sido.
Y así el furor que te anima
sólo fabrica tu daño:
goza, pues, del desengaño,
y como á prenda me estima
del conde ya, ó vive el cielo,
si me vuelves á injuriar,
que yo misma he de manchar
de tu infame sangre el suelo.
D. Fernando. ¡Tal escucho!
Conde. ¿Qué merezco
tan gran favor de tus labios?
D. Fernando. Ya con tan fuertes agravios
mi misma vida aborrezco.
Empieza á matarme, fiera;
que ya yo empiezo á ofenderte,
y alegre aguardo la muerte,
como injuriándote muera:
¡Vil, infame!
Conde. El sufrimiento
me falta ya. Muere.
(Sacan las espadas.)
Teodora. Conde,
tente; que no corresponde
á tu grandeza ese intento;
que en un rendido manchar
tu acero, no es honra tuya;
y para más pena suya,
yo misma le he de matar.
Dame esa espada. (Á un criado.)
D. Fernando. ¡Ah enemiga!
¡Cielo santo! ¿para quién
guardáis los rayos?
(Toma Teodora la espada á un criado, dirígese á Don Fernando como para herirle, y le entrega la espada.)
Teodora. Mi bien,
tómala, y porque no siga
mis medrosos pies el conde,
la puerta defiende en tanto,
que en su tenebroso manto
la noche negra me esconde. (Huye.)

DEL «EXAMEN DE MARIDOS».

Doña Inés. Adelante.
Beltrán. Don Guillén
de Aragón se sigue luego;
de buen talle y gentil brío;
sobre un condado trae pleito.
D. Inés. ¿Pleito tiene el desdichado?
Beltrán. Y dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman.
D. Inés. Ellos ¿cuándo dicen menos?
Beltrán. Gran poeta.
D. Inés. Buena parte,
cuando no se toma el serlo
por oficio.
Beltrán. Canta bien.
D. Inés. Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.
Beltrán. En latín y en griego es docto.

D. Inés. Apruebo el latín y el griego;
aunque el griego, más que sabios,
engendrar suele soberbios.
Beltrán. ¿Qué mandas?
D. Inés. Que se consulte,
si saliere con el pleito.
Beltrán. El que se sigue es Don Marcos
de Herrera.
D. Inés. Borraldo luego;
que Don Marcos y Don Pablo,
Don Pascual y Don Tadeo,
Don Simón, Don Gil, Don Lucas,
que sólo oírlos da miedo,
¿cómo serán, si los nombres
se parecen á sus dueños?
Beltrán. Ya está borrado. Consulta
del conde Don Juan.
D. Inés. Ya entiendo.
Beltrán. Es andaluz, y su estado
es muy rico y sin empeño,
y crece más cada día;
que trata y contrata.
D. Inés. Eso
en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.
Beltrán. Dicen que es dado á mujeres.
D. Inés. Condición que muda el tiempo:
casará y amansará
al yugo del casamiento.
Beltrán. No es puntual.
D. Inés. Es señor.
Beltrán. Mal pagador.
D. Inés. Caballero.
Beltrán. Avalentado.
D. Inés. Andaluz.
Beltrán. Es viudo.
D. Inés. Borralde presto;
que quien dos veces se casa,
ó sabe enviudar ó es necio.
Beltrán. El conde Carlos se sigue.
Éste tiene gran derecho;
que es noble, rico y galán,
y de muchas gracias lleno.
D. Inés. Sí; mas tiene una gran falta.
Beltrán. ¿Y cuál es?
D. Inés. Que no le quiero.
Beltrán. ¿Borrarélo?
D. Inés. No, Beltrán,
ni le borro ni le apruebo.
Beltrán. Sólo el marqués Don Fadrique
resta ya: sus partes leo.
D. Inés. Decidme: ¿qué información
hallastéis de los defectos
que aquella mujer me dijo?
Beltrán. Que son todos verdaderos.
D. Inés. ¿Que son ciertos?
Beltrán. Ciertos son.
D. Ines. Pues borralde... Mas teneos,
no le borréis; que es en vano,
entre tanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en el pecho.
(Levántase derribando el bufete.)

DE «MUDARSE POR MEJORARSE».

Leonor. Tened; que os vais atreviendo,
y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.
¿Por ventura, Don García,
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
á la sobrina y la tía?
D. García. Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tía por la sobrina.
Leonor. Mal uso.
D. García. No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasión.
Leonor. ¿Cómo puede ser razón
mudarse?
D. García. Por mejorarse.
Leonor. Pues la ley de la firmeza
¿á qué obliga ó cuándo alcanza,
si hace justa la mudanza
el mejorar la belleza?
Que ser firme, no es querer
firme el más hermoso amor;
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
de otra ocasión más dichosa.
D. García. Confieso, Leonor hermosa,
que ése es firme, pero es necio.
Leonor. ¿Luego en quien fuere discreto
no hay que poner confianza,
si disculpa la mudanza
el mejorar el sujeto?
D. García. Claro está.
Leonor. Pues siendo así,
y que os tengo, Don García,
por cuerdo, y dejáis mi tía
por mejoraros en mí,
perdóneme vuestro amor;
que á resistir me prevengo,
hasta que sepa si tengo
otra sobrina mejor.

CALDERÓN.

(1600—1681.)

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, vástago de una ilustre familia madrileña, recibió esmerada educación religiosa y científica, primero en el seno de su familia, y luego en el colegio de la Compañía de Jesús en Madrid. Desde su temprana edad mostró clara inteligencia, señalado ingenio poético y facilidad para el estudio. A los trece años escribió su primera comedia, que más tarde fué representada, cosechando grandes aplausos. Admira la flexibilidad de Calderón y asombra la profundidad de su espíritu. No es ya sólo toda la sociedad española, retratada con maravillosa exactitud por el más español de todos sus poetas; no sólo el alma de esta sociedad: el honor, la caballerosidad, la galantería, la fe; no sólo todas sus grandes virtudes y no pequeños vicios; sí que también todas las pasiones y tempestades del corazón y todas las gigantescas luchas y sublimes vuelos del espíritu humano. Y todo este dilatado piélago, con sus regaladas bonanzas y deshechas tormentas, lo contempla el poeta desde el tranquilo y delicioso puerto de la fe católica. De aquí la unidad admirable de sentimiento; de aquí la transparencia de sus dramas y esa atmósfera de luz etérea en que flotan y que no son bastantes á anublar los celajes que á menudo la cruzan. Porque, á pesar de su culteranismo hiperbólico, aunque siempre revestido de cierta grandeza y magia poética; á pesar de la falta de verdad histórica y de moral en que á veces incurre: es tanta la fuerza de su genio y la agradable calma de su espíritu; tal la admiración siempre nueva con que mira el espectáculo eternamente bello de la naturaleza; tal, en suma, el alma que palpita en sus obras, su arte dramático, la majestad de su lenguaje y la seductora armonía de su verso, que sus defectos, con ser graves, ni estorban ni ofenden.

DE «LA VIDA ES SUEÑO».

Criado 2º Digo lo que es justo.
Segismundo. Á mí
todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
en siendo contra mi gusto.
Criado 2º Pues yo, señor, he escuchado
de ti que en lo justo es bien
obedecer y servir.
Segismundo. También oiste decir
que por un balcón, á quien
me canse, sabré arrojar.
Criado 2º Con los hombres como yo
no puede hacerse eso.
Segismundo. ¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.
(Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él; volviendo á salir inmediatamente.)
Astolfo. ¿Qué es esto que llego á ver?
Estrella. Idle todos á estorbar. (Vase.)
Segismundo (volviendo). Cayó del balcón al mar:
¡Vive Dios! que pudo ser.

* * *

Segismundo. Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos.
Y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando:
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe;
y en cenizas le convierte
la muerte (¡desdicha fuerte!).
¿Que hay quien intente reinar,
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que á medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravía y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi. —
¿Qué es la vida? Un frenesí;
¿qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños sueño son.

* * *

(Voces dentro.)
¡Viva Segismundo, viva!
Segismundo. ¿Otra vez (¡qué es esto, cielos!)
queréis que sueñe grandezas,
que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez queréis que vea
entre sombras y bosquejos
la majestad y la pompa

desvanecida en el viento?
¿Otra vez queréis que toque
el desengaño, ó el riesgo
á que el humano poder
nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser
mirarme otra vez sujeto
á mi fortuna; y pues sé
que toda esta vida es sueño,
idos, sombras, que fingís
hoy á mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni tenéis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero,
fantásticas ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse,
bien como el florido almendro,
que por madrugar sus flores,
sin aviso y sin consejo,
al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capillos
belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
y sé que os pasa lo mesmo
con cualquiera que se duerme:
para mí no hay fingimientos;
que, desengañado ya,
sé bien que *la vida es sueño*.
Esto es sueño; y pues lo es,
soñemos dichas ahora,
que después serán pesares.
Mas ¡con mis razones propias
vuelvo á convencerme á mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿quién por vanagloria humana
pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?
¿Quién tuvo dichas heroicas
que entre sí no diga, cuando
las revuelve en su memoria:
Sin duda que fué soñado
cuanto vi? Pues si esto toca
mi desengaño, si sé
que es el gusto llama hermosa,
que la convierte en cenizas
cualquiera viento que sopla,
acudamos á lo eterno,
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas,
ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
más á un príncipe le toca
el dar honor, que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
he de ser conquistador,
antes que de mi corona.

DEL «MÁGICO PRODIGIOSO».

ACTO II. ESCENA I.

Cipriano (ap.). Altos pensamientos míos,
¿dónde, dónde me traéis,
si ya por cierto tenéis
que son locos desvaríos
los que osados intentáis,
pues atreviéndoos al cielo
precipitados de un vuelo
hasta el abismo bajáis?
Vi á Justina... ¡Á Dios pluguiera
que nunca viera á Justina,
ni en su perfección divina
la luz de la cuarta esfera!
Dos amantes la pretenden;
uno del otro ofendido;
y yo á dos celos rendido,
aun no sé los que me ofenden:
sólo sé que mis recelos
me despeñan con sus furias
de un desdén á las injurias,
de un agravio á los desvelos.
Todo lo demás ignoro,
y en tan abrasado empeño,
cielos, Justina es mi dueño,
cielos, á Justina adoro.

ACTO III. ESCENA IV.

El demonio. Ea, infernal abismo,
desesperado imperio de ti mismo,
de tu prisión ingrata
tus lascivos espíritus desata,
amenazando ruina
al virgen edificio de Justina.
De mil torpes fantasmas en el viento,
su casto pensamiento
hoy se forme, su honesta fantasía
se llene; y con dulcísima armonía
todo provoque amores;
los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos,
que no sean de amor dulces despojos:
nada oigan sus oídos,
que no sean de amor tiernos gemidos;
porque sin que defensa en su fe tenga,
hoy á buscar á Cipriano venga,
de su ciencia invocada,
y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
callaré, porque empiece vuestro canto.
(Vase.)

ESCENA V.

(Cantan dentro.)

Una voz. ¿Cuál es la gloria mayor
desta vida?
Coro de varias voces. Amor, Amor.
Una voz. No hay sujeto en que no imprima
el fuego de amor su llama,
pues vive más donde ama
el hombre, que donde anima.
Amor solamente estima
cuanto tener vida sabe;
el tronco, la flor y el ave.
Luego la gloria es mayor
de esta vida...
Coro. Amor, amor.
Justina (asombrada é inquieta).
Pesada imaginación,
al parecer lisonjera,
¿cuándo te he dado ocasión
para que desta manera
aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, en rigor,
deste fuego, deste ardor,
que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
mi sentido?
Coro (dentro). Amor, amor.
Justina (sosegándose). Aquel ruiseñor amante
es quien respuesta me da,
enamorando constante
á su consorte, que está
un ramo más adelante.
Calla, ruiseñor; no aquí
imaginar me hagas ya,
por las quejas que te oí,
cómo un hombre sentirá,
si siente un pájaro así. —
Mas no: una vid fué lasciva,
que buscando fugitiva
va el tronco donde se enlace,
siendo el verdor con que abrace,
el peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
me hagas pensar en quien amas,
vid; que dudaré en tus lazos,
si así abrazan unas ramas,
cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
aquel girasol, que está
viendo cara á cara al sol,
tras cuyo hermoso arrebol
siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
flor, con marchitos despojos:
que pensarán mis congojas,
si así lloran unas hojas,
cómo lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor,
desúnete, vid frondosa,
párate, inconstante flor,
y decid, ¿qué venenosa
fuerza usáis?
Coro (dentro). Amor, amor.
Justina. ¡Amor! ¿Á quién le he tenido
yo jamás? Objeto es vano;
pues siempre despojo han sido
de mi desdén y mi olvido
Lelio, Floro y Cipriano.
¿Á Lelio no desprecié?
¿Á Floro no aborrecí?
Y ¿á Cipriano no traté
(Párase al nombrar á Cipriano, y desde allí habla inquieta otra vez.)
con tal rigor, que de mí
aborrecido, se fué
donde dél no se ha sabido?
Mas (¡ay de mí!) ya yo creo
que ésta debe de haber sido
la ocasión con que ha podido
atreverse mi deseo;
pues desde que pronuncié
que vive ausente por mí,
no sé (¡ay infeliz!), no sé
qué pena es la que sentí.
(Sosiégase otra vez.)
Mas piedad sin duda fué
de ver que por mí olvidado
viva un hombre que se vió
de todos tan celebrado;
y que á sus olvidos yo
tanta ocasión haya dado.
(Vuelve á inquietarse.)
Pero si fuera piedad,
la misma piedad tuviera
de Lelio y Floro, en verdad;
pues en una prisión fiera
por mí están sin libertad.
Mas ¡ay discursos! parad:
si basta ser piedad sola,
no acompañéis la piedad;
que os alargáis de manera,
que no sé (¡ay de mí!), no sé
si ahora á buscarle fuera,
si adonde él está supiera.

ESCENA VI.

Demonio. Vén, que yo te lo diré.
Justina ¿Quién eres tú, que has entrado
hasta este retrete mío,
estando todo cerrado?
¿Eres monstruo, que ha formado
mi confuso desvarío?

Demonio. No soy, sino quien movido
dese afecto que tirano
te ha postrado y te ha vencido,
hoy llevarte ha prometido
adonde está Cipriano.
Justina. Pues no lograrás tu intento;
que esta pena, esta pasión
que afligió mi pensamiento,
llevó la imaginación,
pero no el consentimiento.
Demonio. En haberlo imaginado,
hecho tienes la mitad:
pues ya el pecado es pecado:
no pares la voluntad,
el medio camino andado.
Justina. Desconfiarme es en vano,
aunque pensé, que aunque es llano
que el pensar es empezar,
no está el obrar en mi mano.
Para haberte de seguir,
el pie tengo de mover,
y esto puedo resistir,
porque una cosa es hacer
y otra cosa es discurrir.
Demonio. Si una ciencia peregrina
en ti su poder esfuerza,
¿cómo has de vencer, Justina,
si inclina con tanta fuerza,
que fuerza al paso que inclina?
Justina. Sabiéndome yo ayudar
del libre albedrío mío.
Demonio. Forzarále mi pesar.
Justina. No fuera libre albedrío,
si se dejara forzar.
Demonio. Vén donde un gusto te espera.
(Tira de ella, y no puede moverla.)
Justina. Es muy costoso ese gusto.
Demonio. Es una paz lisonjera.
Justina. Es un cautiverio injusto.
Demonio. Es dicha.
Justina. Es desdicha fiera.
Demonio. ¿Cómo te has de defender
(tira con más fuerza)
si te arrastra mi poder?
Justina. Mi defensa en Dios consiste.
Demonio. Venciste, mujer, venciste,
(suéltala)
con no dejarte vencer.

ESCENA XXIII.

Justina. Cipriano, sin sentido, en el suelo.

Justina. ¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
á morir, ¡aun no me dais
muerte, porque la deseo!
(Repara en Cipriano.)
Mas sin duda es mi castigo,
cerrada en este aposento,
darme muerte dilatada,
acompañada de un muerto,
pues sólo un cadáver me hace
compañía. ¡Oh tú, que al centro
de donde saliste, vuelves!
¡Dichoso tú, si te ha puesto
en este estado la fe
que adoro!
Cipriano (recobrándose). Monstruo soberbio,
¿qué aguardas, que no desatas
mi vida en...
(Ve á Justina, y levántase.)
¡Válgame el cielo!
(Ap.) ¿No es Justina la que miro?
Justina (ap.). ¿No es Cipriano el que veo?
Cipriano (ap.). Mas no es ella; que en el aire
la finge mi pensamiento.
Justina (ap.). Mas no es él; por divertirme
fantasmas me finge el viento.
Cipriano. Sombra de mi fantasía...
Justina. Ilusión de mi deseo...
Cipriano. Asombro de mis sentidos...
Justina. Horror de mis pensamientos...
Cipriano. ¿Qué me quieres?
Justina. ¿Qué me quieres?
Cipriano. Ya no te llamo. ¿Á qué efecto
vienes?
Justina. ¿Á qué efecto tú
me buscas? Ya en ti no pienso.
Cipriano. Yo no te busco, Justina.
Justina. Ni yo á tu llamada vengo.
Cipriano. Pues ¿cómo estás aquí?
Justina. Presa.
¿Y tú?
Cipriano. También estoy preso.
Pero tu virtud, Justina,
dime, ¿qué delito ha hecho?
Justina. No es delito, pues ha sido
por el aborrecimiento
de la fe de Cristo, á quien
como á mi Dios reverencio.
Cipriano. Bien se lo debes, Justina;
que tienes un Dios tan bueno,
que vela en defensa tuya,
haz tú que escuche mis ruegos.
Justina. Sí hará, si con fe le llamas.
Cipriano. Con ella le llamo; pero
aunque dél no desconfío,
mis extrañas culpas temo.
Justina. Confía.
Cipriano. ¡Ay, qué inmensos son
mis delitos!
Justina. Más inmensos

son sus favores.
Cipriano. ¿Habrá
para mí perdón?
Justina. Es cierto.
Cipriano. ¿Cómo, si el alma he entregado
al demonio mismo, en precio
de tu hermosura?
Justina. No tiene
tantas estrellas el cielo,
tantas arenas el mar,
tantas centellas el fuego,
tantos átomos el día,
ni tantas plumas el viento,
como él perdona pecados.
Cipriano. Así, Justina, lo creo,
y por él daré mil vidas.

DE «LA NIÑA DE GÓMEZ ARIAS».

Cañerí. Yo soy. ¿Qué queréis?
Gómez. No más
de saber . . .
Cañerí. ¿Qué?
Gómez. Si querrás
comprar una esclava.
Cañerí. Sí.
Dorotea. ¿Dónde tus intentos van?
Gómez Á venderte, aborrecida.
Ginés. ¿Qué mujer no está vendida
en poder de su galán?
Dorotea. Advierte . . .
Gómez. En vano serán
las lástimas ya.
Cañerí. ¿Qué es della?
Gómez. Aquesta mujer es bella.
Cañerí. Pues ¿cómo dudas si quiero
comprarla, que un mundo entero
daré, cristiano, por ella?
Pídeme por su hermosura
cuanto avariento tesoro
trajo á retraer el moro
á esta bárbara espesura:
no engendra del sol la pura
luz por cuantos rumbos huella,
ni el mar guarda, el monte sella,
ni la ambición descubrió
tanto oro, como yo
daré, cristiano, por ella.
Cuanta plata se recata
en los centros de la tierra,
daré, haciendo aquesta sierra
Sierra-Nevada de plata.
Cuanto cristal se desata
y en sí mismo se atropella
por esa campaña bella,
por más que huya despeñado,
en blancas perlas cuajado,
daré, cristiano, por ella.
Toda esa hierba florida,
que en la cumbre y en la falda
ha sido bruta esmeralda,
será esmeralda pulida:
la rosa menos crecida
rubí será; la más bella,
diamante, el diamante, estrella;
y en fin, cuanto gran tesoro
tengo en piedras, plata y oro,
daré, cristiano, por ella.

DEL «ALCALDE DE ZALAMEA».

JORNADA PRIMERA.

ESCENA III.

(Calle.)

Capitán. Sargento.

Capitán. Señor sargento, ¿ha guardado
las boletas para mí,
que me tocan?
Sargento. Señor, sí.
Capitán. ¿Y dónde estoy alojado?
Sargento. En la casa de un villano,
que el hombre más rico es
del lugar, de quien después
he oído que es el más vano
hombre del mundo, y que tiene
más pompa y más presunción
que un infante de León.
Capitán. Bien á un villano conviene
rico aquesa vanidad.
Sargento. Dicen que ésta es la mejor
casa del lugar, señor:
y si va á decir verdad,
yo la escogí para ti,
no tanto porque lo sea,
como porque en Zalamea
no hay tan bella mujer . . .
Capitán. Di.
Sargento. Como una hija suya.
Capitán. Pues,
por muy hermosa y muy vana,
¿será más que una villana
con malas manos y pies?
Sargento. ¿Que haya en el mundo quien diga
eso?
Capitán. ¿Pues no, mentecato?
Sargento. ¿Hay más bien gastado rato
(á quien amor no le obliga,
sino ociosidad no más)
que el de una villana, y ver
que no acierta á responder
á propósito jamás?

ESCENA IV.

Don Mendo. Nuño.

D. Mendo. ¿Cómo va el rucio?
Nuño. Rodado;
pues no puede menearse.
D. Mendo. ¿Dijiste al lacayo, di,
que un rato le pasease?
Nuño. ¡Qué lindo pienso!
D. Mendo. No hay cosa
que tanto á un bruto descanse.
Nuño. Aténgome á la cebada.
D. Mendo. ¿Y que á los galgos no aten,
dijiste?
Nuño. Ellos se holgarán;
mas no el carnicero.
D. Mendo. ¡Baste!
Y pues han dado las tres,
cálzome palillo y guantes.
Nuño. ¿Si te prenden el palillo
por palillo falso?
D. Mendo Si alguien,
que no he comido un faisán,
dentro de sí imaginare,
que allá dentro de sí miente,
aquí y en cualquiera parte
le sustentaré.
Nuño. ¿Mejor
no sería sustentarme
á mí, que al otro? que en fin
te sirvo.
D. Mendo ¡Qué necedades!
—En efecto, ¿qué han entrado
soldados aquesta tarde
en el pueblo?
Nuño. Sí, señor.
D. Mendo. Lástima da el villanaje
con los huéspedes que espera.
Nuño. Más lástima da y más grande
con los que no espera . . .
D. Mendo. ¿Quién?
Nuño. La hidalguez; y no te espante;
que si no alojan, señor,
en cas de hidalgos á nadie,
¿por qué piensas que es?
D. Mendo. ¿Por qué?
Nuño. Porque no se mueran de hambre.

ESCENA XVIII.

Crespo. Don Lope.

Crespo. Mil gracias, señor, os doy
por la merced que me hicisteis,
de excusarme la ocasión
de perderme.
D. Lope. ¿Cómo habíais,
decid, de perderos vos?
Crespo. Dando muerte á quien pensara
ni aun el agravio menor . . .
D. Lope. ¿Sabéis, vive Dios, que es
capitán?
Crespo. Sí, vive Dios;
y aunque fuera el general,
en tocando á mi opinión,
le matara.
D. Lope. Á quien tocara,
ni aun al soldado menor,
sólo un pelo de la ropa,
viven los cielos, que yo
le ahorcara.
Crespo. Á quien se atreviera
á un átomo de mi honor,
viven los cielos también,
que también le ahorcara yo.
D. Lope. ¿Sabéis que estáis obligado
á sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?
Crespo. Con mi hacienda;
pero con mi fama no.
Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.
D. Lope. ¡Vive Cristo, que parece
que vais teniendo razón!
Crespo. Sí, vive Cristo, porque
siempre la he tenido yo.
D. Lope. Yo vengo cansado, y esta
pierna que el diablo me dió,
ha menester descansar.
Crespo. Pues ¿quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos.
D. Lope. ¿Y dióla hecha el diablo?
Crespo. Sí.
D. Lope. Pues á deshacerla voy;
que estoy, voto á Dios, cansado.
Crespo. Pues descansad, voto á Dios.
D. Lope (ap.). Testarudo es el villano:
tan bien jura como yo.
Crespo (ap.). Caprichudo es el Don Lope:
no haremos migas los dos.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA V.

(Sala baja de la casa de Crespo, con vistas y salida á un jardín. Ventana á un lado.)

Don Lope. Crespo.

Crespo (dentro). En este paso, que está
más fresco, poned la mesa
al señor Don Lope. Aquí
os sabrá mejor la cena;
que al fin los días de agosto

no tienen más recompensa
que sus noches.
D. Lope. Apacible
estancia en extremo es ésta.
Crespo. Un pedazo es de jardín,
en que mi hija se divierta.
Sentaos; que el viento suave
que en las blandas hojas suena
destas parras y estas copas,
mil cláusulas lisonjeras
hace al compás desta fuente,
cítara de plata y perlas,
porque son en trastes de oro
las guijas, templadas cuerdas.
Perdonad si de instrumentos
sólo la música suena,
sin cantores que os deleiten,
sin voces que os entretengan;
que como músicos son
los pájaros que gorjean,
no quieren cantar de noche,
ni yo puedo hacerles fuerza.
Sentaos pues, y divertid
esa continua dolencia.
D. Lope. No podré; que es imposible
que divertimiento tenga,
¡válgame, Dios!
Crespo. Valga, amén.
D. Lope. Los cielos me den paciencia.
Sentaos, Crespo.
Crespo. Yo estoy bien.
D. Lope. Sentaos.
Crespo. Pues me dais licencia,
digo, señor, que obedezco,
aunque excusarlo pudierais.
(Siéntase.)
D. Lope. ¿No sabéis que he reparado?
Que ayer la cólera vuestra
os debió de enajenar
de vos.
Crespo. Nunca me enajena
á mí de mí nada.
D. Lope. Pues
¿cómo ayer, sin que os dijera
que os sentarais, os sentasteis,
y aun en la silla primera?
Crespo. Porque no me lo dijisteis;
y hoy, que lo decís, quisiera
no hacerlo: la cortesía,
tenerla con quien la tenga.

JORNADA TERCERA.

ESCENA IV.

El escribano. Crespo. Isabel.

Escribano. ¡Oh señor
Pedro Crespo! dadme albricias.
Crespo. ¡Albricias! ¿De qué, escribano?
Escribano. El consejo aqueste día
os ha hecho alcalde, y tenéis
para estrena de justicia
dos grandes acciones hoy:
la primera es la venida
del rey, que estará hoy aquí
ó mañana en todo el día,
según dicen; es la otra,
que ahora han traído á la villa
de secreto unos soldados,
á curarse con gran prisa,
á aquel capitán, que ayer
tuvo aquí su compañía.
Él no dice quién le hirió;
pero si esto se averigua,
será una gran causa.
Crespo (ap.). (¡Cielos!
¡Cuando vengarse imagina,
me hace dueño de mi honor
la vara de la justicia!
¿Cómo podré delinquir
yo, si en esta hora misma
me ponen á mí por juez,
para que otros no delincan?
Pero cosas como aquéstas
no se ven con tanta prisa.)
En extremo agradecido
estoy á quien solicita
honrarme.
Escribano. Venid á casa
del consejo, y recibida
la posesión de la vara,
haréis en la causa misma
averiguaciones.
Crespo. Vamos.
Á tu casa te retira.
Isabel. ¡Duélase el cielo de mí!
¿No he de acompañarte?
Crespo. Hija,
ya tenéis el padre alcalde:
Él os guardará justicia.
(Vanse.)

ESCENA VIII.

Crespo. El Capitán.

Crespo. Ya que yo, como justicia,
me valí de su respeto
para obligaros á oírme,
la vara á esta parte dejo,
y como un hombre no más,
deciros mis penas quiero;
(arrima la vara)
y puesto que estamos solos,
señor Don Alvaro, hablemos

más claramente los dos,
sin que tantos sentimientos
como han estado encerrados
en las cárceles del pecho
acierten á quebrantar
las prisiones del silencio.
Yo soy un hombre de bien,
que á escoger mi nacimiento
no dejara (es Dios testigo)
un escrúpulo, un defecto
en mí, que suplir pudiera
la ambición de mi deseo.
Siempre acá entre mis iguales
me he tratado con respeto:
de mí hacen estimación
el cabildo y el consejo.
Tengo muy bastante hacienda;
porque no hay, gracias al cielo,
otro labrador más rico
en todos aquestos pueblos
de la comarca; mi hija
se ha criado, á lo que pienso,
con la mejor opinión,
virtud y recogimiento
del mundo: tal madre tuvo:
téngala Dios en el cielo.
Bien pienso que bastará,
señor, para abono desto,
el ser rico, y no haber quien
me murmure; ser modesto,
y no haber quien me baldone;
y mayormente, viviendo
en un lugar corto, donde
otra falta no tenemos
más que saber unos de otros
las faltas y los defectos,
y ¡pluguiera á Dios, señor,
que se quedara en saberlo!
Si es muy hermosa mi hija,
díganlo vuestros extremos...
Aunque pudiera, al decirlo,
con mayores sentimientos
llorarlo, porque esto fué
mi desdicha. — No apuremos
toda la ponzoña al vaso;
quédese algo al sufrimiento.
— No hemos de dejar, señor,
salirse con todo al tiempo;
algo hemos de hacer nosotros
para encubrir sus defectos.
Éste, ya veis si es bien grande;
pues, aunque cubrirle quiero,
no puedo; que sabe Dios
que, á poder estar secreto
y sepultado en mí mismo,
no viniera á lo que vengo;
que todo esto remitiera,
por no hablar, al sufrimiento.
Deseando, pues, remediar
agravio tan manifiesto,
buscar remedio á mi afrenta,
es venganza, no es remedio:
y vagando de uno en otro,
uno solamente advierto
que á mí me está bien, y á vos
no mal: y es, que desde luego
os toméis toda mi hacienda,
sin que para mi sustento
ni el de mi hijo (á quien yo
traeré á echar á los pies vuestros)
reserve un maravedí,
sino quedarnos pidiendo
limosna, cuando no haya
otro camino, otro medio
con que poder sustentarnos,
y si queréis desde luego
poner una S y un clavo
hoy á los dos y vendernos,
será aquesta cantidad
más del dote que os ofrezco.
Restaurad una opinión
que habéis quitado. No creo
que desluzcáis vuestro honor,
porque los merecimientos
que vuestros hijos, señor,
perdieren por ser mis nietos,
ganarán con más ventaja,
señor, por ser hijos vuestros.
En Castilla el refrán dice
que el caballo (y es lo cierto)
lleva la silla. — Mirad (de rodillas)
que á vuestros pies os lo ruego
de rodillas, y llorando
sobre estas canas, que el pecho,
siendo nieve y agua, piensa
que se me está derritiendo.
¿Qué os pido? Un honor os pido,
que me quitasteis vos mesmo;
y con ser mío, parece,
según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro.
Mirad que puedo tomarle
por mis manos, y no quiero,
sino que vos me le deis.

Capitán. Ya me falta el sufrimiento.
Viejo cansado y prolijo,
agradeced que no os doy
la muerte á mis manos hoy,
por vos y por vuestro hijo;
porque quiero que debáis
no andar con vos más cruel,

á la beldad de Isabel.
Si vengar solicitáis
por armas vuestra opinión,
poco tengo que temer:
si por justicia ha de ser,
no tenéis jurisdicción.
Crespo. ¿Que en fin no os mueve mi llanto?
Capitán. Llanto no se ha de creer
de viejo, niño y mujer.
Crespo. ¿Que no pueda dolor tanto
mereceros un consuelo?
Capitán. ¿Qué más consuelo queréis,
pues con la vida volvéis?
Crespo. Mirad que echado en el suelo,
mi honor á voces os pido.
Capitán. ¡Qué enfado!
Crespo. Mirad que soy
alcalde en Zalamea hoy.
Capitán. Sobre mí no habéis tenido
jurisdicción: el consejo
de guerra enviará por mí.
Crespo. ¿En eso os resolvéis?
Capitán. Sí,
caduco y cansado viejo.
Crespo. ¿No hay remedio?
Capitán. Sí, el callar
es el mejor para vos.
Crespo. ¿No otro?
Capitán. Nó.
Crespo. Pues juro á Dios,
que me lo habéis de pagar.
¡Hola!

(Levántase y toma la vara.)

ESCENA IX.

Labradores. Crespo. El Capitán.

Un labrador (dentro). ¡Señor!
Capitán (ap.). ¿Qué querrán
estos villanos hacer?

(Salen los labradores.)

Labradores. ¿Qué es lo que mandas?
Crespo. Prender
mando al señor capitán.
Capitán. ¡Buenos son vuestros extremos!
con un hombre como yo,
y en servicio del rey, no
se puede hacer.
Crespo. Probaremos.
De aquí, si no es preso ó muerto,
no saldréis.
Capitán. Yo os apercibo
que soy un capitán vivo.
Crespo. ¿Soy yo acaso alcalde muerto?
Daos al instante á prisión.
Capitán. No me puedo defender:
fuerza es dejarme prender.
Al rey de esta sinrazón
me quejaré.
Crespo. Yo también
de esotra:—y aun bien que está
cerca de aquí, y nos oirá
á los dos.—Dejar es bien
esa espada.
Capitán. No es razón
que...
Crespo. ¿Cómo no, si vais preso?
Capitán. Tratad con respeto...
Crespo. Eso
está muy puesto en razón,
con respeto le llevad
á las casas, en efecto,
del consejo; y con respeto
un par de grillos le echad
y una cadena; y tened,
con respeto, gran cuidado
que no hable á ningún soldado;
y á esos dos también poned
en la cárcel; que es razón.
Y aparte, porque después,
con respeto, á todos tres
les tomen la confesión.
Y aquí, para entre los dos,
si hallo harto paño, en efeto,
con muchísimo respeto
os he de ahorcar, juro á Dios.
Capitán. ¡Ah villanos con poder!

(Vanse los labradores con el capitán.)

ESCENA XV.

Don Lope. Soldados. Crespo.

D. Lope (dentro). Pára, pára.
Crespo. ¿Qué es aquesto? ¿Quién, quién hoy
se apea en mi casa así?
Pero ¿quién se ha entrado aquí?

(Salen Don Lope y soldados.)

D. Lope. ¡Oh Pedro Crespo! Yo soy;
que volviendo á este lugar
de la mitad del camino
(donde me trae, imagino,
un grandísimo pesar),
no era bien ir á apearme
á otra parte, siendo vos
tan mi amigo.
Crespo. Guárdeos Dios;
que siempre tratáis de honrarme.
D. Lope. Vuestro hijo no ha parecido
por allá.
Crespo. Presto sabréis
la ocasión: la que tenéis,
señor, de haberos venido,

me haced merced de contar;
que venís mortal, señor.
D. Lope. La desvergüenza es mayor
que se pueda imaginar.
Es el mayor desatino
que hombre ninguno intentó.
Un soldado me alcanzó
y me dijo en el camino...
— Que estoy perdido, os confieso,
de cólera.
Crespo. Proseguí.
D. Lope. Que un alcaldillo de aquí
al capitán tiene preso. —
y ¡vive Dios! no he sentido
en toda aquesta jornada
esta pierna excomulgada,
si no es hoy, que me ha impedido
el haber antes llegado,
donde el castigo le dé.
¡Vive Jesucristo, que
al grande desvergonzado
á palos le he de matar!
Crespo. Pues habéis venido en balde,
porque pienso que el alcalde
no se los dejará dar.
D. Lope. Pues dárselos, sin que deje
dárselos.
Crespo. Malo lo veo;
ni que haya en el mundo creo
quien tan mal os aconseje,
¿sabéis por qué le prendió?
D. Lope. No; mas sea lo que fuere,
justicia la parte espere
de mí; que también sé yo
degollar, si es necesario.
Crespo. Vos no debéis de alcanzar,
señor, lo que en un lugar
es un alcalde ordinario
D. Lope. ¿Será más que un villanote?
Crespo. Un villanote será,
que, si cabezudo da
en que ha de darle garrote,
por Dios, se salga con ello.
D. Lope. No se saldrá tal, por Dios;
y si por ventura vos,
si sale ó no, queréis vello,
decid dónde vive ó no.
Crespo. Bien cerca vive de aquí.
D. Lope. Pues á decirme vení
quién es el alcalde.
Crespo. Yo.
D. Lope. ¡Vive Dios, que si sospecho!...
Crespo. ¡Vive Dios, como os lo he dicho!
D. Lope. Pues, Crespo, lo dicho, dicho.
Crespo. Pues, señor, lo hecho, hecho.
D. Lope. Yo por el preso he venido,
y á castigar este exceso.
Crespo. Pues yo acá le tengo el preso
por lo que acá ha sucedido.
D. Lope. ¿Vos sabéis que á servir pasa
al rey, y soy su juez yo?
Crespo. ¿Vos sabéis que me robó
á mi hija de mi casa?
D. Lope. ¿Vos sabéis que mi valor
dueño desta causa ha sido?
Crespo. ¿Vos sabéis cómo atrevido
robó en un monte mi honor?
D. Lope. ¿Vos sabéis cuánto os prefiere
el cargo que he gobernado?
Crespo. ¿Vos sabéis que le he rogado
con la paz, y no la quiere?
D. Lope. Que os entráis, es bien se arguya,
en otra jurisdicción.
Crespo. Él se me entró en mi opinión,
sin ser jurisdicción suya.
D. Lope. Yo sabré satisfacer,
obligándome á la paga.
Crespo. Jamás pedí á nadie que haga
lo que yo puedo hacer.
D. Lope. Yo me he de llevar el preso.
Ya estoy en ello empeñado.
Crespo. Yo por acá he substanciado
el proceso.
D. Lope. ¿Qué es proceso?
Crespo. Unos pliegos de papel
que voy juntando, en razón
de hacer la averiguación
de la causa.
D. Lope. Iré por él
á la cárcel.
Crespo. No embarazo
que vais: sólo se repare
que hay orden que al que llegare,
le den un arcabuzazo.
D. Lope. Como esas balas estoy
enseñado yo á esperar.
Mas no se ha de aventurar
nada en esta acción de hoy. —
Hola, soldado, id volando,
y á todas las compañías
que alojadas estos días
han estado y van marchando,
decid que bien ordenadas
lleguen aquí en escuadrones,
con balas en los cañones
y con las cuerdas caladas.
Un soldado. No fué menester llamar
la gente; que habiendo oído
aquesto que ha sucedido,
se han entrado en el lugar.
D. Lope. Pues, vive Dios, que he de ver
si me dan el preso ó no.

Crespo. Pues, vive Dios, que antes yo
haré lo que se ha de hacer.
(Vanse.)

ESCENA XVI.

(Sala de la cárcel.)

Don Lope. El Escribano. Soldados. Crespo. Todos dentro.

(Suenan cajas.)

D. Lope. Ésta es la cárcel, soldados,
adonde está el capitán:
si no os le dan, al momento
poned fuego y la abrasad,
y si se pone en defensa
el lugar, todo el lugar.
Escribano. Ya, aunque la cárcel enciendan,
no han de darle libertad.
Soldados. Mueran aquestos villanos.
Crespo. ¿Qué mueran? Pues ¡qué! ¿no hay más?
D. Lope. Socorro les ha venido.
Romped la cárcel: llegad,
romped la puerta.

ESCENA XVII.

Salen *los soldados* y *Don Lope,* por un lado; y por otro, *el Rey, Crespo, labradores y acompañamiento.*

Rey. ¿Qué es esto?
Pues ¡de esta manera estáis
viniendo yo!
D. Lope. Ésta es, señor,
la mayor temeridad
de un villano, que vió el mundo.
Y, vive Dios, que á no entrar
en el lugar tan á prisa,
señor, vuestra Majestad,
que había de hallar luminarias
puestas por todo el lugar.
Rey. ¿Qué ha sucedido?
D. Lope. Un alcalde
ha prendido un capitán,
y viniendo yo por él,
no le quieren entregar.
Rey. ¿Quién es el alcalde?
Crespo. Yo.
Rey. ¿Y qué disculpa me dais?
Crespo. Este proceso, en quien bien
probado el delito está,
digno de muerte, por ser
una doncella robar,
forzarla en un despoblado
y no quererse casar
con ella, habiendo su padre
rogádole con la paz.
D. Lope. Éste es el alcalde, y es
su padre.
Crespo. No importa en tal
caso, porque si un extraño
se viniera á querellar,
¿no había de hacer justicia?
Sí: pues ¿qué más se me da
hacer por mi hija lo mismo
que hiciera por los demás?
fuera de que, como he preso
un hijo mío, es verdad
que no escuchara á mi hija,
pues era la sangre igual...[1]
Mírese si está bien hecha
la causa, miren si hay
quien diga que yo haya hecho
en ella alguna maldad,
si he inducido algún testigo,
si está escrito algo de más
de lo que he dicho, y entonces
me den muerte.
Rey. Bien está
sentenciado; pero vos
no tenéis autoridad
de ejecutar la sentencia
que toca á otro tribunal.
Allá hay justicia, y así
remitid el preso.
Crespo. Mal
podré, señor, remitirle;
porque, como por acá
no hay más que sola una audiencia,
cualquiera sentencia que hay
la ejecuta ella, y así
está ejecutada ya.
Rey. ¿Qué decís?
Crespo. Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos, y vedlo.
Aquéste es el capitán.

(Abren una puerta, y aparece dado garrote en una silla el capitán.)

Rey. Pues ¿cómo así os atrevisteis?...
Crespo. Vos habéis dicho que está
bien dada aquesta sentencia;
luego esto no está hecho mal.
Rey. El consejo ¿no supiera
la sentencia ejecutar?
Crespo. Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si éste tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se me da

[1] En este pasaje faltan versos.

matar con aquesta un hombre,
que estotra había de matar?
Y ¿qué importa errar lo menos
quien ha acertado lo más?

Rey. Pues ya que aquesto es así,
¿por qué, como á capitán
y caballero, no hicisteis
degollarle?

Crespo. ¿Eso dudáis?
Señor, como los hidalgos
viven tan bien por acá,
el verdugo que tenemos,
no ha aprendido á degollar.
Y ésa es querella del muerto,
que toca á su autoridad,
y hasta que él mismo se queje,
no les toca á los demás.

Rey. Don Lope, aquesto ya es hecho,
bien dada la muerte está;
que errar lo menos no importa,
si acertó lo principal.
Aquí no quede soldado
alguno, y haced marchar
con brevedad; que me importa
llegar presto á Portugal. —
Vos, por alcalde perpetuo
de aquesta villa os quedad.

CERVANTES.

(1547—1616.)

ORIUNDO de Alcalá de Henares, dió *Miguel de Cervantes Saavedra,* desde sus primeros años, inequívocas muestras de inteligencia, aplicación al estudio y amor á la poesía. Al *Quijote* debe Cervantes el altísimo lugar que en la república de las letras ocupa. Intentó sólo componer un libro de circunstancias; pero su genio le hizo componer un libro imperecedero, el más popular de la literatura, y pintar y ridiculizar (aunque inconscientemente) las exageraciones del idealismo y del materialismo de la vida. Está el secreto de la popularidad del *Quijote* ante todo en el arte; en aquella deliciosa y espontánea mezcla de lo ideal y lo real, de una fantasía exuberante y de un profundo buen sentido; de una razón madura, que derrama tesoros de experiencia y que penetra el corazón entero y toda la vida humana, y de una risueña, inagotable y mágica fantasía, que entre perpetuas sonrisas, en las cuales brilla un alma extraordinariamente serena, alegre y diáfana, esparce profusión de flores, á cual más frescas y olorosas. Está el secreto de la popularidad del *Quijote* en la admirable pintura y contraste de los caracteres de Don Quijote y de Sancho; en el contraste del ingenio y la doctrina del primero, y la ignorancia literaria y el sentido práctico y sabiduría popular del segundo; y en el contraste mismo que hace la locura grandemente cómica de Don Quijote con su chispeante ingenio. Está además en la profunda simpatía que inspira el héroe y aun Sancho; en la novedad y originalidad del asunto, en la variedad infinita de aventuras; en la incomparable naturalidad del diálogo; en el garbo del lenguaje y en la soltura, armonía y riqueza del estilo.

DEL QUIJOTE.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran prisa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: «Tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encantemos en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo.» Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen el castigo de fuego. «No», dijo la sobrina, «no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.» Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocen-

tes. Mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gaula,* y dijo el cura: «Parece cosa de misterio ésta, porque, según he oído decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen déste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala, le debemos sin excusa alguna condenar al fuego.» — «No, señor», dijo el barbero, «que también he oído decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar.» — «Así es verdad», dijo el cura, «y por esa razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él.» — «Es», dijo el barbero, «*Las sergas de Esplandián,* hijo legítimo de Amadís de Gaula.» — «Pues, en verdad», dijo el cura, «que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer.» Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. «¡Adelante!» dijo el cura. «Éste que viene», dijo el barbero, «es *Amadís de Grecia,* y aún todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadís.» — «Pues vayan todos al corral», dijo el cura, «que á trueco de quemar á la reina Pintriquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en forma de caballero andante.» — «Dese parecer soy yo», dijo el barbero. «Y aun yo», añadió la sobrina. «Pues así es», dijo el ama, «vengan, y al corral con ellos.» Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo.

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por título *El caballero de la cruz.* «Por nombre tan santo como este libro tiene», dijo el cura, «se podía perdonar su ignorancia; mas también se suele decir, tras la cruz está el diablo: vaya al fuego.» Tomando el barbero otro libro dijo: «Éste es *Espejo de caballerías.*» — «Ya conozco á su merced», dijo el cura, «ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán, con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpín; y en verdad que estoy por condenarlos no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la invención del famoso Mateo Boyardo; de donde también tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto: al cual si aquí lo hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza.» — «Pues yo le tengo en italiano», dijo el barbero, «mas no le entiendo.» — «Ni aun fuera bien que vos le entendiérades», respondió el cura; «y aquí le perdonáramos al señor capitán que no le hubiera traído á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor; y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo, en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco, hasta que con más acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, exceptuando á un *Bernardo del Carpio,* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*; que éstos llegando á mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remisión alguna.» Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por

entender que era el cura tan buen cristiano y tan amigo de la verdad que no diría otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerín de Oliva*, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerín de Inglaterra*. Lo cual visto por el licenciado, dijo: «Esa *Oliva* se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa *Palma* de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio; las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que éste y Amadís de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.» — «No, señor compadre», replicó el barbero, «que éste que aquí tengo es el famoso *Don Belianís*.» — «Pues ése», replicó el cura, «con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia; para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa; mas no los dejéis leer á ninguno.» — «Que me place», respondió el barbero; y sin querer cansarse más en leer libros de caballería, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenía más gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quién era, y vió que decía: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. «Válame Dios», dijo el cura, dando una gran voz, «¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempo. Aquí está Don Quirieleison de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalbán, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente de Tirante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito, su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es éste el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen, y mueren en sus camas y hacen testamento, antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevadle á casa y leedle, y veréis que es verdad cuanto dél os he dicho.» — «Así será», respondió el barbero; «pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?» — «Éstos», dijo el cura, «no deben de ser de caballería, sino de poesía»; y abriendo uno vió que era *La Diana*, de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): «Éstos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballería han hecho; que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.» — «¡Ay, señor!»

dijo la sobrina, «bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás; porque no sería mucho que, habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos, se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que sería peor, hacerse poeta; que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.» — «Verdad dice esta doncella», dijo el cura, «y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante.»

«Éste es», siguió el barbero, «*El Cancionero* de López Maldonado.»

«Guárdese con los escogidos», replicó el cura. «Pero ¿qué libro es ése que está junto á él?» — «*La Galatea* de Miguel de Cervantes», dijo el barbero.—«Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.» — «Que me place», respondió el barbero.

Cansóse el cura de ver más libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen. Pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lágrimas de Angélica*. «Lloráralas yo», dijo el cura en oyendo el nombre, «si tal libro hubiera mandado quemar.»

Razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo: «Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que, cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre; aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.»

«También me vengara yo, si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros, y todos, según los oí nombrar, cuando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martínez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo, en ál estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto, es que estas aventuras que andamos buscando, al cabo, al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho; y lo que sería mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de

andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.»

«¡Qué poco sabes, Sancho», respondió Don Quijote, «de achaque de caballería! Calla, y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna.»

«Así debe ser», respondió Sancho, «puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, .si no fué la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñaladas y más puñaladas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.»

«Ésa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho», respondió Don Quijote. «Pero de aquí en adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la trujere consigo, no le puedan hacer ningún género de encantamentos; y aun podría ser que me deparase la aventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el caballero de la ardiente espada; que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque, fuera que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.»

«Yo soy tan venturoso», dijo Sancho, «que cuando eso fuese y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo; y los escuderos que se los papen duelos.»

«No temas eso, Sancho», dijo Don Quijote, «que mejor lo hará el cielo contigo.»

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban, venía hacia ellos una grande y espesa polvareda. Y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dijo: «Éste es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Éste es el día, digo, en que se ha de mostrar, tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos.—¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército, que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando.»

«Á esa cuenta, dos deben de ser», dijo Sancho, «porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda.»

Volvió á mirarlo Don Quijote, y vió que así era verdad. Y alegrándose sobre manera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballería se cuentan. Y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes. Y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros, que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían. Las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que

eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer, y á decirle: «Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?» — «¿Qué?» dijo Don Quijote; «favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente, le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana. Este otro, que á mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los garamantas: Pentapolín del arremangado brazo; porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.»

«¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores?» preguntó Sancho.

«Quiérense mal», respondió Don Quijote, «porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana; y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.»

«Para mis barbas», dijo Sancho, «si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo que ayudar en cuanto pudiere.»

«En eso harás lo que debes, Sancho», dijo Don Quijote, «porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.»

«Bien se me alcanza eso», respondió Sancho. «Pero ¿dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de la pasada refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora.»

«Así es verdad», dijo Don Quijote. «Lo que puedes hacer dél, es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos, después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no lo trueque por otro. Pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen. Y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace; de donde se deben de descubrir los dos ejércitos.»

Hiciéronle así, y pusiéronse sobre una loma; desde la cual se verían bien las dos manadas que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista. Pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir: «Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes; que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata. El otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia. El otro, de los miembros giganteos, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias; que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta; que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya; que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas; y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miauelina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe. El otro, que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco, sin empresa alguna, es un caballero

novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique. El otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice así: *Rastrea mi suerte.*»

Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba; y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes, de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo:

«Á este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto; los montuosos, que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los numidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos; los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones; cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. — En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en el Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.»

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna; y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría á ninguno, le dijo: «Señor, encomiendo al diablo: hombre ni gigante ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo menos yo no los veo. Quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche.»

«¿Cómo dices eso?» respondió Don Quijote, «¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores.»

«No oigo otra cosa», respondió Sancho, «sino muchos balidos de ovejas y carneros.» Y así era verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

«El miedo que tienes», dijo Don Quijote, «te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déjame sólo, que sólo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.» Y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son car-

neros y ovejas las que va á embestir: vuélvase. ¡Desdichado del padre que me engendró! ¡qué locura es ésta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios.»

Ni por ésas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo: seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.»

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos.

Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño.

Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes, decía:

«¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.»

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo.

Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó malferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago. Mas, antes que acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo.

Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así con mucha prisa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete; y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte; aunque no había perdido el sentido; y díjole: «¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer, no eran ejércitos sino manadas de carneros?»

«Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas.»

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

«Paréceme, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería: no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta

quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.»

«Tienes mucha razón, Sancho», dijo Don Quijote; «mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria; y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta. Pero yo haré la enmienda; que modos hay de composición en la orden de la caballería para todo.»

«¿Pues juré yo algo, por dicha?» respondió Sancho.

«No importa que no hayas jurado», dijo Don Quijote, «basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.»

«Pues si ello es así», dijo Sancho, «mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto, como lo del juramento: quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz.»

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir dónde aquella noche se recogiesen. Y lo que no había de bueno en ello, era que perecían de hambre; que, con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía; y fué que la noche cerró con alguna oscuridad. Pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, á una ó dos leguas, de buena razón, hallaría en él alguna venta.

Yendo pues desta manera; la noche, oscura; el escudero, hambriento; y el amo con gana de comer; vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían.

Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo. Tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino; y estuvieron quedos, mirando atentamente lo que podía ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos; y mientras más se llegaban, mayores parecían. Á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote. El cual, animándose un poco, dijo: «Ésta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura; donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.»

«¡Desdichado de mí», respondió Sancho; «si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo! ¿Adónde habrá costillas que la sufran?»

«Por más fantasmas que sean», dijo Don Quijote, «no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimar mi espada.»

«Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron», dijo Sancho, «¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?»

«Con todo eso», replicó Don Quijote, «te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo; que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.»

«Sí tendré, si á Dios place», respondió Sancho.

Y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban, podía ser. Y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados; cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho; el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana. Y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era; porque

descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos; detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto; á la cual seguían otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos, en el sosiego con que caminaban. Iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva.

Esta extraña visión á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo. Y así fuera en cuanto Don Quijote; que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo. Lo contrario le avino á su amo; al cual en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquélla era una de las aventuras de sus libros.

Figurósele que la litera eran andas, donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero; cuya venganza á él sólo estaba reservada. Y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón; púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar. Y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo: «Deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas leváis; que, según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho, algún desaguisado; y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron.»

«Vamos de prisa», respondió uno de los encamisados; «que está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís.» Y picando la mula pasó delante.

Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando del freno, dijo: «Deteneos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado; si no, conmigo sois todos en batalla.»

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo.

Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote. El cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra. Y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas. Y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiestas corren.

Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podían mover. Así que, muy á salvo Don Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado; porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor; y decía entre sí: «Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.»

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula; á cuya luz le pudo ver Don Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese; si no, que le mataría.

Á lo cual respondió el caído: «Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico á vuestra merced, si es caballero

cristiano, que no me mate; que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.»—

«¿Pues quién diablos os ha traído aquí», dijo Don Quijote, «siendo hombre de iglesia?»

«¿Quién, señor?» replicó el caído. «Mi desventura.»

«Pues otra mayor os amenaza», dijo Don Quijote, «si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.»

«Con facilidad será vuestra merced satisfecho», respondió el licenciado; «y así sabrá vuestra merced, que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes; que son los que huyeron con las hachas. Vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza; donde fué depositado, y ahora, como digo, llevamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.»

«¿Quién le mató?» preguntó Don Quijote.

«Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron», respondió el bachiller.—

«De esa suerte», respondió Don Quijote, «quitado me ha nuestro Señor del trabajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno lo hubiera muerto. Pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros; porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matara. Y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.»

«No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos», dijo el bachiller, «pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada; la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.»

«No todas las cosas», respondió Don Quijote, «suceden del mismo modo. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación, acometiéndoos; y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre.»

«Ya que así lo ha querido mi suerte», dijo el bachiller, «suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.»

«Hablara yo para mañana», dijo Don Quijote, «¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán?»

Dió luego voces á Sancho que viniese. Pero él no se curó en venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila de repuesto, que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer.

Hizo Sancho costal de su gabán; y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento; y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha; y Don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

(1754—1817.)

UNO de los primeros poetas anacreónticos y bucólicos, y el mayor lírico español, noble y cristiano; de vida agitadísima; víctima de las pasiones políticas y muerto en el destierro; aun como poeta, injustamente atacado y desdeñado. — Empieza á hacérsele justicia; en 1900 fueron repatriadas por la nación sus cenizas: su gloria literaria, eclipsada por la mezquindad y envidia, volverá, sin duda, á brillar é irá creciendo.

EL CÉFIRO.

¡Cuál vaga en la floresta
el céfiro suave!
¡Cuál con lascivo vuelo
sus frescas alas bate!

Sus alas delicadas,
que forman, al mirarse
del sol en los reflejos,
mil visos y cambiantes.

¡Cuál licencioso corre
de flor en flor, y afable
con soplo delicioso
las mece y se complace!

Ahora á un lirio llega;
ahora el jazmín lame;
la madreselva agita
y á los tomillos parte;

Do entre mil amorcillos
vuela y revuela fácil;
y los besa y escapa
con alegre donaire.

La tierna hierbezuela
se estremece delante
de sus soplos sutiles,
y en ondas mil se abate.

Él las mira y se ríe;
y el susurro que hacen,
le embelesa, y atento
se suspende á gozarle.

Luego rápido vuelve
y alegre por los valles:
no hay planta que no toque
ni tallo que no halague.

Verásle ya en la cima
del olmo entre las aves
seguir con dulce silbo
sus trinos y cantares;

Y en un punto en el suelo
acá y allá tornarse
con giro bullicioso,
festivo y anhelante.

Verásle entre las rosas
metido salpicarse
las plumas del rocío
que inquieto les esparce.

Verásle de sus hojas
lascivo abrir el cáliz
y empaparse las alas
de su aroma fragante.

Batiendo del arroyo
con ellas los cristales,
verásle formar ledo
mil ondas y celajes.

Parece, cuando vuela
sobre ellos, que cobarde
las puntas ya mojadas
no acierta á retirarse.

¿Pues qué si al prado siente
que las zagalas salen?
Verás á las más bellas
mil vueltas y mil darle.

Ora entre sus cabellos
se enreda y se retrae:
el seno les refresca
y ondéales el talle.

Sube luego á los ojos,
y en sus rayos brillantes
se mira y da mil vueltas,
sin que la luz le abrase.

Por sus labios se mete,
y al punto raudo sale;
baja al pie y se lo besa
y anda á un tiempo en mil partes.

Así el céfiro alegre,
sin nada cautivarle,
de todo lo más bello
felice gozar sabe.

Sus alas vagarosas
con giros agradables
no hay flor que no sacudan
ni rosa que no abracen.

EL JILGUERO.

Encantada mi Erato
de mirar cómo ceden
á sus dedos fugaces
las teclas obedientes,

Preludiaba en el piano
mil graciosos juguetes,
sin que el labio canoro
sus compases siguiese.

Pero el lindo jilguero
que, entre doradas redes,
su cuidado y delicia,
plácido á un lado pende,

Herido de los sones
se sacude y conmueve;
presta atento el oído,
y vivaz enloquece.

Súbito desatando
su piquito, que alegre
las tocatas y juegos
muy más dulces nos vuelve;

Redoblando donoso
con su voz elocuente
cuantos trinos y fugas
en la música advierte.

Galatea gozosa,
para más encenderle,
entre risas y mimos
nuevos tonos le ofrece.

Y el colorín ufano
los escucha y aprende,
y con glosas más bellas
nuestro oído embebece;

Sin cesar en las quiebras
ni apurar sus motetes,
que varía triunfante,
y á sí mismo se excede.

Hasta que, por seguirle,
dió muy bien de repente
de su acento á las auras
la armonía celeste;

Que, colmando mi pecho
del más puro deleite,
impresión tan profunda
causó en él y tan fuerte,

Que ya no fué posible
ni que el pico despliegue
ni una sóla piada
provocado volviese.

Y abatido y cobarde,
pero atónito atiende,
si la letra repite,
si otra nueva previene.

¿Y qué fué? Que la envidia
le tomó, aunque inocente,
de que, en música y trinos,
su señora le vence;

Ó gritóle el respeto:
«Temerario, ¿qué quieres?
Con la diosa del canto
confundido, enmudece.»

LA INCERTIDUMBRE.

¡Oh, cuán hermosa al piano
te ostentas, Galatea!
¡Cómo, á par que el oído,
tras ti los ojos llevas!

¡Con qué inefable gracia,
al preludiar, despliegas
tus manos enarcadas,
sobre las albas teclas!

¡Cómo los sueltos dedos
en el marfil se asientan
y en concertado giro
van, vienen, saltan, ruedan!

Mientras con aire noble
revuelves la cabeza
y al auditorio absorto
sublime enseñoreas.

En mil donosos rizos
la blonda cabellera,
cual la alba y clara luna,
tu frente se despeja.

Los rutilantes ojos
con timidez modesta
parece que sus luces
cobardes escasean.

Mas súbito, animada
la celestial hoguera
de sus brillantes rayos,
no hay quién fijarlos pueda.

Tú, afable sobre todos
de nuevo los rodeas,
como agraciar queriendo
los pechos que sujetas;

Y todos de tal dueño
el dulce yugo anhelan,
y, siervos venturosos,
adoran sus cadenas.

Una sonrisa grata
sobre tu rostro juega;
y que ya el estro sientes
en tu inquietud se muestra.

Abres, en fin, el labio.
¡Oh, quién, mi bien, pudiera
pintar cuál nos sojuzga
su armónica cadencia!

¡Cuánto agitado el pecho
con tu reir se alegra,
con tus suspiros gime,
con tu trinar se eleva!

Muy lejos y eclipsado
con su impresión se queda
cuanto el ingenio un día
fingió de las sirenas.

Extático el oído,
de gloria el alma llena
y el corazón parado,
aun á alentar se niega.

Mientras — ¡oh, de tus voces
irresistible fuerza! —
cual gustas, nos inflamas,
concitas ó serenas.

No ha cláusula que un dardo
dulcísimo no sea
ni afecto, pausa ó fuga
que el seno no conmueva.

El tuyo turbulento
retrata la tormenta
que en lo interior te agita
y el canto ardiente expresa.

Un débil «¡ay!» lo abate
un trino lo releva,
y otro y otros más vivos
su ondulación aumentan.

La nieve de tu rostro,
la grana, en que risueñas
se tiñen tus mejillas,
se inflaman y se alteran.

Tornátil la garganta,
reluce muy más bella
del lleno que á su lampo
la firme voz le presta.

Y toda tú pareces
á Clío allá en las mesas
de Jove, en lira de oro
cantando su grandeza.

Galatea adorada,
reina en el piano, reina,
y con tu voz y gracias
cautiva y embelesa.

Reina; que entre una y otras
el alma duda incierta
cuál en ti es más sublime:
tu labio ó tu belleza.

Te ve, y á la hermosura
la palma le presenta;
te escucha, y á tus trinos
absorta se la entrega.

DE DORILA.

Al prado fué por flores
la muchacha Dorila,
alegre como el mayo,
como las gracias linda.

Tornó llorando á casa,
turbada y pensativa,
mal trenzado el cabello
y la color perdida.

Pregúntanla qué tiene;
y ella llora afligida;
háblanla; no responde;
ríñenla; no replica.

Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
que, cuando fué por flores,
perdió la que tenía.

Á LAS ESTRELLAS.

— — — — — — — — — — — —

Decid, globos, decid, ¿dónde le agrada
de su faz la belleza
mostrar á ese gran Ser? ¿Dónde su anhelo
la verá de su gloria, caído el velo?
Buscárale cuidoso
por todo el ancho mundo, á la indistinta
variedad de los seres demandando
por su Hacedor glorioso.
El insecto brillante
me responde, sonando:
«Él que de oro y azul mis alas pinta
está más adelante.» —
«Está más adelante», me responde
la garza que en la nube audaz se esconde.
Y la mar procelosa
«¡Más adelante!» rebramando suena,
y el fiero leviatán en su hondo abismo.
En la aura vagarosa
trinando al pueblo alado

decir oigo lo mismo.
Y el rayo asolador que el mundo llena
de horror y pasmo, «¡Más allá!» me clama,
mora el que enciende mi sonante llama.
¿Dónde, soles gloriosos,
está este «Más allá» que nunca veo?
¿Jamás ni un alma vencerá atrevida
los lindes misteriosos
de este imperio inefable,
por más que enardecida
avance en su solícito deseo?
¡Ah! siempre inmensurable
al hombre agobiará naturaleza,
abismado en su mísera bajeza.
Siempre, lumbres sagradas,
vosotras arderéis: en pos la mente
vuestro áureo giro seguirá afanosa
con alas desmayadas,
y caerá sin aliento.
La noche misteriosa
colgará con su velo refulgente
el ancho firmamento;
y yo en mi amable error luego embriagado,
tornaré inquieto á mi feliz cuidado.

JOSÉ ZORRILLA.

(1817—1893.)

ABUNDANTE belleza enciérrase en sus leyendas; alguna asimismo en sus dramas; abundantísima y soberbia en sus dos epopeyas, las únicas del parnaso español: la *Leyenda del Cid* y *Granada*; ambas á dos obras maestras: romancesca, clásica, de narración sencilla, limpidísima, la primera; polimétrica, romántica, de fantasía y melodía arrebatadoras, la segunda.

GRANADA.

(Libro de los alcázares.)

Granada, ciudad bendita,
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores,
ni vió luz ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado tus palacios,
visitado ha los espacios
encantados del edén.

Paraíso de las flores,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste hurí;
la salud en ti se encierra,
en ti mora la alegría,
en tus sierras nace el día,
y arde el sol de amor por ti.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman tus aromas
en florido, eterno abril.
De tus fuentes cristalinas
surcan cisnes los raudales,
bajan águilas reales
á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entretienen
con sus trinos y sus quejas
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel;
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas,
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

En ti como en un espejo
se mira el profeta santo;
la luna envidia el encanto
que hay en tu dormida faz;
y al mirarte á su reflejo,
el arcángel que la guía,
un casto beso te envía
diciéndote: «Duerme en paz.»

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora á reposar.
¡Oh Granada, la sultana
del deleite y la ventura!
quien no ha visto tu hermosura,
al nacer debió cegar.

¡Alá salve al Nazarita
que derrama sus tesoros
para hacerte de los moros
el alcázar imperial!
¡Alá salve al rey que habita
los palacios que en ti eleva!
¡Alá salve al rey que lleva
tu destino á gloria tal!

Las entrañas de tu sierra
se socavan noche y día;

dan su mármol á porfía
Geb-Elvira y Macael;
ensordécese la tierra
con el son de los martillos
y aparecen los castillos,
maravillas del cincel.

Ni un momento de reposo
se concede: palmo á palmo,
como á impulsos de un ensalmo
se levanta por doquier
el alcázar portentoso,
que, mofándose del viento,
será eterno monumento
de tu ciencia y tu poder.

Reverbera en su techumbre
por las noches, á lo lejos,
de las teas á la lumbre
que iluminan sin cesar
los trabajos misteriosos,
y á sus cárdenos reflejos
van los genios sus preciosos
aposentos á labrar.

¿De quién es ese palacio
sostenido en mil pilares,
cuyas torres y alminares
de inmortales obra son?
¿Quién habita el regio espacio
de sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
atrevido su blasón?

¿De quién es aquella corte
de galanes africanos
que le cruzan tan ufanos,
de su noble amir en pos?
En su alcázar y en su porte
bien se lee su nombre escrito:
Al-hamar — ¡Alá bendito,
es la *Alhambra*! — ¡Gloria á Dios!

LITERATURA PORTUGUESA.

CAMOENS.

(1524 ó 1525—1580.)

PARECE haber nacido *Luis de Camoens* en Lisboa y estudiado en Coimbra. De cierto sólo se sabe que descendia de una familia aristocrática, pero pobre. Debe su gloria y universal fama Camoens á su epopeya, los *Lusíadas*; aunque su lírica, severa y candorosa, rica y melancólica, le hace el primer lírico de su siglo. Ninguna epopeya moderna puede competir con los Lusíadas ni en lo épico del asunto, ni en el fuego del patriotismo, ni en la fiel y soberbia pintura de la naturaleza; sobre todo, del mar. Toda la narración, que la fantasía creadora del poeta sabe engalanar con graciosas ficciones, respira interés y sublimidad, realzados por la hermosura y naturalidad suma del lenguaje y la sencillez y armonía del verso.

DE LOS LUSÍADAS.

INVOCACIÓN.

(Del canto I, 1.)

Las armas y varones señalados
que, de occidental playa lusitana,
por mares hasta entonces no surcados
pasaron más allá de Taprobana;
y en peligros y guerras esforzados,
más de lo que permite fuerza humana,
entre lejanos pueblos erigieran
nuevo reino que tanto esclarecieran;

Y también las memorias gloriosas
de esos reyes que fe, que imperio fueron
dilatando en las tierras criminosas,
que en África y en Asia destruyeron;
y á aquellos que por obras valerosas
de la ley de la muerte se eximieron; —
cantando anunciaré por toda parte,
si tanto es dado al numen, tanto al arte.

Callen del sabio heleno [1] y del troyano [2]
las grandes sendas que en la mar surcaran;
no hablen ni de Alejandro ni Trajano
la fama y las victorias, que alcanzaran;
que canto el pecho ilustre lusitano;
á quien Neptuno y Marte se doblaran.
Calle cuanto la Musa antigua canta;
que otro valor más alto se levanta.

Y vos, tagides ninfas, pues creado
habéis en mí un nuevo ingenio ardiente —
si siempre en verso humilde celebrado
por mí fué vuestro río alegremente —;
dadme hora un son más alto, levantado,
un estilo grandílocuo, valiente,
porque de vuestras aguas Febo ordene
que dejen de envidiar las de Hipocrene.

Y vos, oh prenda cierta encantadora [3]
de la libertad vieja lusitana;
prenda no menos cierta, halagadora
de creces á la corta grey cristiana;
vos, oh nuevo temor del asta mora,
de esta edad maravilla triste arcana,
dado al mundo por Dios, que rige todo,
para ensalzarse en él por grande modo.

Vos, oh tierno renuevo floreciente
de una raíz de Cristo más amada
que ninguna nacida en occidente,
cesárea, ó cristianísima llamada,
miradlo en vuestro escudo, que presente
os muestra la victoria ya ganada
en la que os dió por armas; que os dejara
las que en la cruz él para sí tomara [4].

Vos, poderoso rey, cuyo alto imperio
es el que ve primero el sol naciente;
lo mira en la mitad del hemisferio;
contémplalo postrero el sol poniente:

[1] Ulises. [2] Eneas. [3] El juvenil rey Don Sebastián.
[4] Alusión á la cruz de la orden de Cristo portuguesa.

vos, que esperamos yugo y vituperio
seréis de la agarena torpe gente,
y del turco oriental, y del pagano
que la onda sacra bebe al río indiano: —

Deponed un momento la grandeza: —
si me lucís afable, yo os contemplo;
que ya brilláis, cual si en viril firmeza;
en la que iréis grande al eterno templo.
Los ojos de la real benigna alteza
bajad acá: veréis un nuevo ejemplo
de amor á patrios hechos valerosos,
en versos celebrado numerosos.

Veréis el amor patrio, no movido
de premio vil, sino alto y casi eterno;
que no es vil galardón ser conocido
como un heraldo de mi hogar paterno.
Oid: veréis el nombre engrandecido
de aquellos de quien sois señor superno;
y juzgaréis cuál es más excelente:
si ser del mundo rey, ó de tal gente.

Oid: que no veréis vanas hazañas,
fantásticas, fingidas, mentirosas,
de los vuestros loar; cual las extrañas
musas, de sublimarse deseosas.
Las vuestras verdaderas son tamañas
que exceden las soñadas, fabulosas;
á Rodamante, á Roger vano exceden,
y á Roldán; — si negarse éstos no pueden.

Por ellos os daré yo un Nuño fiero,
del soberano y reino gran subsidio;
un Egas y un Don Fúas; que [1] de Homero
la cítara, para ellos, siempre envidio.
De Magrizo y los Doce ya os refiero
cuál fué contra Doce anglos su presidio.
Dígoos también á aquel ilustre Gama,
quien de Eneas conquístase la fama.

Ve á Carlomagno y César: los alcanza
aquí algún rey en ínclita memoria.
Mira al primer Alfonso, cuya lanza
obscurece á cualquier extraña gloria.
Á aquel contempla que su reino afianza
con una grande y próspera victoria.
Ve al otro Juan [2], invicto caballero,
y al cuarto y quinto Alfonsos y al tercero.

Ni dejará mi verso preteridos
á aquellos que en las tierras de la aurora
hicieron, por su brazo enaltecidos,
vuestra bandera siempre vencedora:
un Pacheco indomable y los temidos
Almeidas, á quien siempre el Tajo llora;
Albuquerque terrible, Castro fuerte
y otros á quien no pudo hundir la muerte.

DOÑA INÉS DE CASTRO.

(Del canto III, 118.)

Ganada esta tan próspera victoria;
de vuelta Alfonso, en lusitana tierra,
la paz á disfrutar y tanta gloria
cuanta supo alcanzar en dura guerra;
un flébil caso, digno de memoria,
el que hombres de la tumba desentierra,
aconteció en la triste malhadada,
que muerta fué de reina coronada.

Tú sólo, oh puro amor, tú, fuerza cruda
que los humanos pechos tanto obliga,
la causa fuiste de su muerte ruda;
cual si ella fuera pérfida enemiga.
Dicen que tu rigor jamás se muda
ni con lágrimas tristes se mitiga;
y es porque quieres, áspero y tirano
tus aras inundar en cruor humano.

Estabas, linda Inés, en el sosiego,
cogiendo el dulce fruto de tus años,
del alma en aquel sueño alegre y ciego,
que el sino muda presto en desengaños.
Rociaban la campiña del Mondego
tus bellos ojos, de añoranza en daños:
el monte, la pradera resonaba
el nombre que en tu pecho inscrito estaba.

De tu príncipe allí te respondiera
el pensamiento y la amorosa mente:
siempre ante su pupila te trajera
cuando la tuya hermosa estaba ausente:
de noche el dulce sueño te mintiera;
de día tú eras su pensar placiente;
y cuanto contemplaba, cuanto hacía,
era todo memorias de alegría.

Muchas potentes ínclitas mujeres
su tálamo anhelaban. Mas en vano;
que á quien tú, amor, con suave faz prendieres,
todo desprecia puro y soberano.
Viendo tan inflamados sus quereres,
respetar quiere el rey, sagaz anciano,
del pueblo el murmurar y la porfía
del hijo, que casarse no quería [3].

---

[1] Tales que (el giro es del original).

[2] Juan I.

[3] Con otra, como lo deseaba el rey; pues el príncipe Don Pedro estaba ya casado secretamente con Doña Inés de Castro.

Quitar á Inés de en medio determina,
por librar de ella al hijo, en su amor preso:
matar en sangre y vil muerte imagina
de firme amor el amoroso exceso. —
¿Qué furia consintió que espada fina,
capaz de sustentar el grave peso
del moruno furor, se viese alzada
contra una débil dama delicada? —

Arrástranla feroces los sayones
hasta ante el rey, cuya piedad excita.
Mas en falsas y horríficas razones
el pueblo á darle muerte cruel le incita.
Ella con tristes lastimeros sones
deplora su morir y cuál la acuita
su príncipe y los hijos, cuya suerte
le oprime el corazón más que la muerte.

De lágrimas piadosas inundadas
las luces alza al cielo cristalino;
las luces; que sus manos tiene atadas
de los verdugos un sayón ferino.
Vuelve luego á la prole las miradas,
la cara, tierna prole: de ella el sino
y la orfandad, la temerosa, llora;
y al inhumano abuelo tal implora:

«Si hasta en el bruto fiero cuya mente
ya cruel formada fué en su nacimiento;
si en el ave del cielo que no siente
sino de la rapiña loco intento,
se ha visto con lo párvulo, inocente,
de lástima tan vivo sentimiento;
cual de Nino en la madre lo mostraran
y en los dos quien á Roma edificaran: —

Oh tú, que tienes de hombre faz y pecho
— si es de hombre asesinar flaca doncella
é inerme, sólo porque en nudo estrecho
retiene al corazón que triunfó de ella —
respeta á estos nacientes, ya que es hecho
mi triste perecer. Tú su querella,
la mía, escucha con piedad: tus iras
no excitarán, si su inocencia miras.

Y si, arrollando mora resistencia,
la muerte sabes dar con fuego y fierro,
sabe también dar vida con clemencia
á quien para perderla, no hizo yerro.
Mas si te dicta tal esta inocencia,
dame perpetuo mísero destierro
en la gélida Scitia, en Libia ardiente;
do en llanto viva sempiternamente.

Mándame adonde reina la crueldad;
en medio de los tigres y leones,
por si despierto en ellos la piedad
que me niegan humanos corazones.
Allí en ternura intensa de bondad
con aquel por quien muero, estos sus dones,
reliquias de su amor, que ves, piadosa
criaré, solaz de madre congojosa.»

Movido del clamor de tanto sino,
quería perdonarla el rey bondoso.
Mas el protervo pueblo y el destino,
hostil á Inés, no se dobló piadoso. —
Luego desnudan el acero fino
quien esto juzgan acto generoso. —
En una dama, oh pechos carniceros,
¿os ensañáis, oh nobles caballeros?

Como contra la hermosa Polixena,
solaz de anciana madre desolada:
pues la sombra de Aquiles la condena [1],
Pirro implacable tira de su espada;
mas ella, con los ojos que serena
el aire — y cual oveja sosegada —
mira á la triste madre, la dementa
y al duro sacrificio se presenta. —

Tal contra Inés los fieros matadores. —
El cuello alabastrino que blasona,
sostén de lo que mata con amores
á quien más tarde reina la corona;
sus espadas bañó y las albas flores,
regadas con su llanto; pues se encona
en ella su furor; — mas olvidaban
las vengadoras iras [2] que inflamaban.

Como tronchada bella margarita,
de placentera, fúlgida blancura;
que niña juguetona al tallo quita,
cuando á tejer guirnalda se apresura: —
muere el aroma; está la flor marchita —;
tal muerta Inés osténtase en su albura:
secas las rosas de su faz: es ida
la refulgencia con la dulce vida.

Las del Mondego hijas su muerte obscura
largo tiempo llorando memoraran;
y por recuerdo eterno, en fuente pura
sus lágrimas lloradas transformaran:
un nombre [3] le pusieran, que aun hoy dura:
los Amores de Inés, que allí pasaran.
Ved cuál fresca fontana riega flores:
el lloro es linfa suya; el nombre, amores.

---

[1] Pidió la sombra de Aquiles á Pirro, su hijo, diera muerte á Polixena, hija de Príamo.

[2] Dos de los tres asesinos fueron cruelmente ejecutados por el príncipe, cuando subió al trono; é Inés, exhumada, coronada con regia pompa y reconocida por todos sus vasallos.

[3] Fonte dos Amores.

HEROÍSMO DE EGAS MONIZ.
(Del canto III, 34.)

Ved: viene el soberbioso castellano
para vengar la injuria de Teresa
en el de tropas nudo lusitano;
á quien ningún trabajo grava ó pesa.
En batalla sangrienta al pecho humano
de ayudar fuerza angélica no cesa;
y así él no sólo al rábido sustenta,
sino que al enemigo atroz, ahuyenta.

No pasa mucho tiempo, sin que el fuerte
rey sea en Guimaraes opugnado
de infinito poder; que de esta suerte
el enemigo véngase ultrajado.
Mas, ofreciéndose á terrible muerte
su ayo, el fiel Egas, fué el rey libertado.
Si no, se viera allí cierto perdido:
tan poco se encontraba apercibido.

Mas el leal vasallo, conociendo
de su señor la flaca resistencia,
acude al castellano, prometiendo
obtener que le rinda obediencia.
Levanta el enemigo el cerco horrendo,
confiado en la promesa y la conciencia
de Egas Moniz. Mas veda el esforzado
pecho al mancebo ilustre ser mandado.

Fué transcurriendo tiempo; y aguardaba
ya el castellano rey que cumpliría
aquél lo prometido; y esperaba
que el príncipe su mando acataría.
Viendo Egas que la fe dada violaba
— Castilla no sospecha felonía —;
resuélvese á entregar la dulce vida,
por no romper la fe comprometida.

Y con hijos y esposa se presenta,
para con ellos redimir la fianza.
Descalzos van y van sin vestimenta;
tal que á piedad más mueve que á venganza.—
«Si quieres, alto rey, lavar la afrenta
de esta mi temeraria confianza»,
decía; «vedme aquí; vedme venido
á pagar con la vida lo ofrecido.

Ved: traigo aquí las vidas inocentes
de hijos y de mujer, que no han pecado;
si á pechos generosos y excelentes
place dar muerte fiera al delicado.
Ved mis manos y lengua delincuentes:
probad en ellas solas de buen grado
todas penas y muertes, al estilo
de Scinis ó del toro de Perilo.»

Como ya en vida el reo, de la muerte
delante su verdugo, está transido:
á la segur da la cerviz; é inerte
espera yerto el golpe tan temido; —
tal, resignado á su impiedosa suerte,
está Egas ante el rey enfurecido.
Mas éste, al ver lealtad tan peregrina,
la ira depone y á piedad se inclina.

FE DE ALFONSO.
(Del canto III, 42.)

Mas ya el príncipe Alfonso aparejaba
el lusitano ejército dichoso
contra el moro, que todo lo ocupaba
allende el claro Tajo deleitoso.
Ya en las playas de Ourique se asentaba
el real campo soberbio y belicoso,
del enemigo sarraceno en frente,
y á éste tan inferior en fuerza y gente.

No fía de ningún auxilio humano
sino en el sumo Dios, que al cielo tiene.
Tan corto es el ejército cristiano
que un guerrero cien árabes sostiene.
Diría quien pensara, el juicio sano,
que al temerario sólo tal le aviene:
lanzar con tan extraño atrevimiento
un combatiente á combatientes ciento.

Cinco reyes de gentes enemigas
— de los que el principal Ismar se llama —
vienen, que todos saben de fatigas
y guerras do se alcanza ilustre fama.
Hembras marciales síguenlos amigas,
imitando á la bella y fuerte dama,
quien desde el Termodonte á Ilión trajera
amparadora su legión guerrera.

La matutina luz serena y fría
las estrellas del polo ya apartara,
cuando en la cruz el Hijo de María,
revelándose á Alfonso, le animara.
Él adorando á quien le aparecía,
en fe todo inflamado, así gritara:
«¡Señor, á los infieles, al impío; —
no á mí, que creo en vuestro poderío!»

Con tal prodigio la esforzada gente
lusitana, encendiéndose, proclama
por rey á aqueste príncipe excelente;
á quien de corazón y férvida ama;
y á la faz del ejército potente
enemigo, alza el grito al cielo y clama
con unísono acento: «Real, real,
por Alfonso, alto rey de Portugal!

Cual de gritos y voces incitado
en la montaña el rábido moloso,
contra el toro arremete, que confiado

está en su fuerte cuerno temeroso; —
ya le muerde la oreja, ya el costado,
ladrando y raudo más que vigoroso,
hasta que, al fin, rompiendo la garganta,
del bravo, el brío horrendo le quebranta; —

Así del rey el corazón, ardido
por Dios y por el pueblo juntamente,
al bárbaro acomete apercibido
con poderoso ejército batiente.
En esto, alzan los perros [1] alarido
y grita; alarma se oye; arde la gente;
las picas y arcos cogen; trompas suenan;
guerreros instrumentos todo atruenan.

Como cuando la llama, que, atizada,
corre por campos áridos, soplando
el sibilante bóreas, animada
del viento, el seco bosque va quemando; —
la gente pastoril, que dominada
del dulce sueño estaba, despertando,
al estridor del fuego, que llamea,
la grey recoge fúgida á la aldea; —

Tal el morisco atónito y turbado
va á las armas sin tiento, muy de priesa.
No huye: detiénese y jinete osado,
belígero, de arremeter no cesa.
El portugués le afronta denodado;
el pecho con la lanza le atraviesa:
unos caen cual muertos y otros van
el amparo invocando del corán.

Allí se ven encuentros temerosos,
cual para deshacer una alta sierra;
los brutos abalánzanse furiosos,
que Neptuno mostró y trajo á la tierra [2].
Golpes se dan horrendos rigorosos:
arde encendida por doquier la guerra.
Mas el de Luso [3], arnés, malla, coraza,
rompe, abre, corta, abolla, despedaza.

ARROJO DEL REY JUAN I.
(Del canto IV, 34.)

De nuestra gente ceden los primeros:
tantos aquí los enemigos son.
Está allí Nuño, cual en los oteros
de Ceuta está el fortísimo león,
que cercado se ve de caballeros;
quien de Tetuán recorren la región.
Con las lanzas le siguen; y él, furioso,
turbado un tanto está, mas no medroso.

Dudoso mira, empero su bravura
y furia natural no le consiente
la espalda dar: se arroja á la espesura
de las opuestas picas vehemente.
Tal el campeón está; quien la verdura
tiñe en el cruor de la enemiga gente.
Suyos también sucumben; que no hay brío
que valga contra innúmero gentío.

De Nuño la estrechez Juan [4] advirtiera,
que recorría sabio capitán
el campo; y todo viendo, á todos diera
con su presencia y voz guerrero afán.
Como parida leona fuerte y fiera,
que los cachorros que en el nido están,
sentido ha, mientras pasto ella buscara,
que el pastor de Masilia los robara; —

Corre rabiosa, y freme y con rugidos,
los montes Siete-Hermanos bronca atruena; —
tal Juan, con sus jayanes escogidos,
la primer ala acorre, y su voz suena:
«¡Oh fuertes socios, oh hombres distinguidos,
con quien ninguno rivaliza en lena!
la patria defended: que su esperanza
y libertad están en vuestra lanza.

«Aquí á vuestro rey ved y compañero;
que, en medio de astas, flechas y de arneses
del enemigo, vuelo yo el primero.
Lidiad cual verdaderos portugueses.»
Esto dice el magnánimo guerrero;
y vibrando la lanza cuatro veces,
violento la tiró: con ese tiro
rindieron muchos el postrer suspiro.

He aquí los suyos arden nuevamente
en honroso pudor, y en noble fuego;
y sobre quién con pecho más valiente
peligros vencerá en el marcial juego,
porfían. Tinto el fierro en sangre ardiente,
rompen mallas primero; pechos luego;
reciben y hacen á la par heridas,
como á quien ya no importa dar las vidas.

La encarnizada lucha recrudece
con muertes, gritos, sangre, cuchilladas;
la multitud de gente que perece
las flores va tornando purpuradas.
En fuga van, sucumben; desfallece
su furor; desfallecen sus lanzadas;
y el castellano rey desbaratado
se ve, y ve su propósito frustrado.

---

[1] Los moros. [2] Los caballos, creados por Neptuno. [3] El lusitano.
[4] El rey Juan I.

EMBARCO DE VASCO DE GAMA
Y DISCURSO DE UN ANCIANO
FILÓSOFO.
(Del canto IV, 86.)

Después de aparejados de esta suerte
con cuanto tal viaje pide y manda,
el alma dispusimos á la muerte,
que siempre al nauta ante los ojos anda.
Del Excelso, que el cielo etéreo fuerte
sustenta con su vista veneranda,
imploramos favor; que nos guiase
y nuestra empresa bien encaminase.

Así salimos del sagrado templo,
que en la orilla del mar está asentado,
que de la tierra el nombre para ejemplo
tiene, do Dios fué en carne al mundo dado [1].
— Yo te aseguro, oh rey, que si contemplo
cuál fuí de aquellas playas apartado,
lleno el pecho de pena y de recelo;
reprimo apenas el lloroso anhelo. —

De la ciudad la gente en aquel día,
quién por amigos, quién por los parientes,
quién sólo por curioso, concurría:
triste la faz, cuitados y dolientes;
nosotros en la santa compañía
de religiosos mil, quienes fervientes
en procesión solemne á Dios oraban
mientras á los bajeles nos guiaban.

En tan largo camino y azar tanto
por perdidos teníannos las gentes;
las mujeres con lástimas y llanto;
los hombres con suspiros vehementes;
la madre, esposa, hermana — siente espanto,
si amor medroso está — acrecen trementes
la desesperación y el miedo helado
de no tornarse á ver en tiempo dado.

Cuál dice: «Oh hijo mío, á quien tenía
yo por solaz, amparo y por dulzura
de aquesta fatigosa vejez mía;
que en lloro acabará y en amargura,
¿por qué me entregas á mi suerte impía?
¿Por qué de mí te vas, mi hijo y ternura,
á buscar tu sepulcro y hundimiento
donde serás de peces alimento?»

Cuál, desposada: «Oh dulce, amado esposo,
tú sin quien el amor vivir me empece,
¿por qué aventuras en el mar rabioso
vida que á mí, no á ti te pertenece?
¿Cómo, por vía y éxito dudoso,
nuestro tan dulce afecto desfallece?
Nuestro amor, nuestro efímero contento
¿quieres que con las velas alce el viento?»

En estas y otras voces que decían
de amor ó de piadosa humanidad,
los viejos y los niños nos seguían;
que á éstos menos esfuerzo da la edad.
Y los vecinos montes respondían,
como movidos de cordial piedad.
La blanca arena en lágrimas bañaran
que en multitud con ellas se igualaran.

No osábamos alzar nuestra mirada
ni á la madre, ni esposa, en tal estado;
porque no afloje el alma congojada
en el firme propósito empezado.
Así, fué la ida á bordo decretada
sin el despedimiento acostumbrado;
pues, aunque es del amor usanza hermosa,
al que se va, al que queda, es dolorosa.

Mas un viejo de aspecto venerando
entre la gente de la playa, atento
á nosotros tan sólo y meneando
tres veces la cabeza descontento,
la voz profunda un poco levantando;
tal que en la mar oimos bien su acento,
con un saber que de experiencia es hecho,
alzó estas voces del experto pecho:

«¡Oh gloria del mandar, oh vano celo
de esta quimera que llamamos fama!
Oh mentido placer, único anhelo
del aura popular, que honra se llama
¡qué severo castigo y justo duelo
al vano pecho das, que loco te ama!
¡Qué muertes! ¡qué peligros! ¡qué tormentas
en ella y cruel pesar no experimentas!

¡Dura inquietud del alma y de la vida,
fuente de desamparos y adulterios,
sagaz consumidora conocida
de haciendas y de reinos y de imperios!
llámante clara, llámante subida,
siendo digna de infames vituperios.
Llámante fama y lustre soberano;
nombres con que se engaña al pueblo insano.

¿Á qué nuevos desastres determinas
arrastrar estos reinos y esta gente?
¿Qué peligros, qué muertes les destinas,
debajo de algún nombre preeminente?
¿Qué promesas de reinos y de minas
de oro que dices tendrán fácilmente?
¿Qué famas les prometerás? ¿qué historias?
¿y qué triunfos? ¿qué palmas? ¿qué victorias?

Mas tú, oh generación de aquel insano
de quien la criminal desobediencia
no tan sólo del reino soberano
te pasó á este destierro y triste ausencia [2];

[1] Belén. [2] Adán.

mas también de otro estado sobrehumano:
de la apacible y cándida inocencia,
de la edad de oro, así te despojara
que ésta de hierro y armas te dejara: —

Ya que en aquesta vanidad placible
tanto encumbras la leve fantasía;
ya que á crueldad desenfrenada, horrible
el nombre das de esfuerzo y valentía;
ya que como alto miras y plausible
el despreciar la vida; que debía
amarse siempre, pues temiendo está
Aquel tanto perderla, quien la da [1]:

¿No tienes á tu par al ismaelita
con quien siempre guerrearas y guerreas?
¿No obedece él la arabia ley maldita,
mientras por la de Cristo tú peleas?
¿No son ciudades mil, tierra infinita
las suyas, si éstas y oro más deseas?
¿No es él en las batallas esforzado,
si quieres de victorias ser loado?

¿Dejas que el enemigo esté á la puerta,
por buscar otro en tierras apartadas,
por quien la vieja dinastía yerta
se agota en correrías extraviadas?
¿Buscas incógnita aventura incierta?
¿Quieres ver tus hazañas ensalzadas,
llamándote señor, con larga copia,
de la india gente y persa, arabia, etiopia?

¡Oh maldito el primero que en el mundo,
izó las velas en el seco pino!
Digno es de eterna pena en el profundo
si es justa la ley justa en que camino.
Nunca alto entendimiento ni facundo
ni cítara sonora ó ingenio fino
te dé por esto fama ni memoria:
mas contigo tu nombre muera y gloria.

Desde el cielo el de Yápeto trajera
el fuego para el hombre hecho á su amaño;
fuego que al mundo en armas encendiera
en muertes, en deshonras — ¡fuerte engaño! —
¡Oh Prometeo, cuánto más valiera
y para el mundo cuánto menos daño:
que á tu brillante estatua no animaras
con las de los deseos flamas raras! [2]

Jamás tentara al niño miserando [3]
el carro alto del padre; ni el vacío,
al grande artífice y su prole [4]; dando
un nombre al mar; el otro, fama al río:
ningún atrevimiento alto, nefando,
por fuego, hierro, agua, ardor y frío,
espanta á la humanal generación.
¡Mísera suerte! ¡extraña condición!» —

Tan graves voces el anciano honrado
vociferando estaba, cuando abrimos
las alas al sereno y sosegado
viento, y del puerto caro nos partimos.
Y según ya en la mar es rito usado,
las velas desplegando, al cielo herimos
con voces: «¡Feliz marcha!» luego el viento
movió la quilla en blando movimiento.

TROMBA MARINA.
(Del canto v, 18.)

Vi, claramente viendo, el fuego vivo,
que la gente de mar tiene por santo [5],
en tempestad obscura y viento esquivo,
del piélago al rugir y su quebranto. —
É igual portento á todos y excesivo,
á todos infundió temor y espanto
ver cuál la nube á la onda ponderosa
del mar sorbe, en columna poderosa.

Lo vi yo mismo, y bien; — que no presumo
engañarme la vista —; vi elevarse
por el aire una niebla y sutil humo;
y á impulso de la ráfaga rodearse;
luego surgir, cual caña, al polo sumo
la tromba, tan delgada que observarse
con la vista no puede fácilmente:
allí al celaje vaporoso miente.

Íbase poco á poco acrecentando
y ancha, más que gran mástil, se veía.
Se estrecha aquí, dilátase allí, cuando
enormes masas de agua en sí absorbía.
Estaba con las ondas ondeando.
Una nube en su cúspide se henchía;
henchíala del agua levantada
la grave mole, dentro á sí tomada.

EL PALACIO DE NEPTUNO.
(Del canto vi, 8.)

De las cavernas hondas espaciosas
en lo más hondo, donde el mar se esconde,
de do las olas rompen impetuosas,
cuando al airado viento el mar responde;
Neptuno mora y moran las graciosas
nereidas y otros dioses del mar, donde
el agua sitio deja á las ciudades
que habitan estas húmidas deidades.

[1] Alude al temor que Cristo tuvo de la muerte en Getsemaní.
[2] La estatua humana que animó con el fuego traído del cielo.
[3] Faetonte. [4] Dédalo é Ícaro, su hijo. [5] El fuego de San Telmo.

Descubre el fondo nunca descubierto
sus arenas allí de plata fina.
Vense altas torres en el campo abierto,
de transparente masa cristalina:
cuanto más cerca el ojo, más incierto
de la materia está, que le ilumina;
ni sabe si es cristal ni si diamante
lo que tan claro luce y tan radiante.

Las puertas de oro fino y esmaltadas
del rico aljófar que la concha ostenta,
con hermosa escultura están labradas.
La vista Baco airado allí apacienta:
el Caos viejo, informe, á sus miradas,
tinto en colores varios, se presenta.
Entallados se ven los elementos,
á su diverso funcionar atentos.

Allí el sublime Fuego está en la cima;
á quien no nutre nadie el centelleo,
y que los seres vivos siempre anima;
desque le robó al cielo Prometeo.
Sutil el Aire luego se sublima;
que, invisible, doquiera vuela arreo;
y que nada ni cálido ni frío
consiente que en el mundo esté vacío.

La Tierra está de montes revestida,
de verdes hierbas y árboles floridos,
dando diverso pasto y dando vida
á los seres por ella producidos.
Allí está el Agua nítida esculpida;
de ella los continentes, circuídos;
ella, peces criando en varios modos,
nutriendo con su humor los cuerpos todos.

TEMPESTAD.

(Del canto VI, 70.)

Están aún así, cuando repente,
del aire explorador, el maestre pita,
llamando al puesto la marina gente;
y la una y otra banda precipita;
y porque se alza el viento vehemente,
que trinquetes de gavias arrien, grita,
«Alerta estad: la ráfaga ya crece
de aquella nube negra que parece.»

Aún no han los trinquetes bien cogido,
cuando el turbión revienta y la procela.
«¡Amaine», clama el maestre á grito herido,
«amaine», clama, «amaine á la gran vela!»
No aguarda al amainar el soplo henchido
de furia: todo viento se rebela
contra ella; la desgarra en ruido tanto
que parece del mundo ser quebranto.

La gente al cielo clama con pavura;
pues súbito temor la sobrecoge;
que el bajel, de la lona á la rotura
inclinado, un torrente de agua coge.
«¡Al mar!» grita el maestre con voz dura;
«¡todo á la mar! ¡el ánimo no afloje!
¡Los otros á la bomba! ¡é incesantes
á achicar! nos hundimos por instantes.»

Corren luego soldados animosos
á achicar. Pero cuantos se llegaran,
con el vaivén de mares temerosos,
contra el bordo naval se derribaran.
Tres marineros fuertes, vigorosos
para el timón regir ya no bastaran.
Tallas le ponen de una y otra parte.
Mas no aprovecha fuerza humana ni arte.

Tal era el huracán, que no pudiera
mostrar más brío ni ímpetu más cruel,
si entonces derrocar allí debiera
la fortísima torre de Babel.
En marejada suma, que creciera,
mostrábase pequeña cual batel
la poderosa nao; que suspende,
pues contra tantas mares se defiende.

La gran nave en que va Pablo de Gama,
ya el mástil lleva por mitad tronchado;
ya casi hundida está: la gente clama
á Aquel por quien el mundo fué salvado.
Todo el bajel de Coello no derrama
por el aire clamor menos cuitado;
bien que tuvo el maestre tanto tiento
que hizo amainar antes de alzarse el viento.

Ora sobre las nubes los subían
las olas de Neptuno furibundo:
ahora parecía descendían
á las ocultas simas del profundo.
Noto, Austro, Bóreas, Aquilón querían
arruinar la máquina del mundo.
Negra noche horrorosa se encendía
á los rayos do el polo todo ardía.

Las aves alcioneas[1] triste canto
junto á las bravas playas entonaran,
rememorando su pasado llanto,
que las furiosas aguas les causaran.
Los amantes delfines, entre tanto,
en los marinos antros penetraran,
huyendo la tormenta y vientos duros;
de que ni en el abismo están seguros.

[1] El alción es, según la fábula, hijo de Alcione, esposa de Céix, que pereció en una tempestad. Por lo cual Alcione se arrojó al mar. Los dioses, compadecidos de su suerte, los convirtieron á entrambos en aves marinas. (Véase arriba, pág. 242.)

¡Cuántos montes entonces combatidos
caían de aluvión á la fiereza!
¡Qué de árboles antiguos destruídos
del vendaval con furia y con crudeza!
los troncos y raíces refornidos
no soñaron tumbarse á su braveza;
ni las del fondo arenas, ser envueltas
de tanta mar, y á flor del agua, sueltas.

Viendo Vasco de Gama que le falta
ya la esperanza de alcanzar su ensueño;
viendo, hasta los infiernos ya henderse alta
la mar, ya al cielo alzarse en nuevo empeño;
la vida incierta ve; temor le asalta;
y sin remedio alguno en tal despeño,
apela á aquel auxilio santo y fuerte
que lo imposible puede, de esta suerte:

«Celeste Guarda, angélica divina,
que cielos, mar y tierra señoreas;
refugio de la gente peregrina
de Israel entero, en aguas eritreas;
tú que á Pablo salvaste de la ruina
de ponto y sirtes y ondas giganteas;
y junto con los hijos al segundo
poblador[1] del hundido, vacuo mundo:

Si hay nuevos contratiempos peligrosos
de otra Scila y Caribdis ya pasados,
de otras sirtes y bajos arenosos,
otros Acroceraunios infamados;
al fin de tantos casos trabajosos
¿por qué somos de ti desamparados,
si aqueste nuestro intento no te ofende,
antes bien á tu gloria sólo tiende?

¡Oh dichosos aquellos que han podido
á las agudas lanzas africanas
caer, después que fuerte han defendido
la fe sagrada en tierras mauritanas!
con sus proezas gloria han adquirido;
ganádose han memorias soberanas:
la vida gana quien así la inmola,
endulzada la muerte con su aureola.»

Dijo. Los vientos en su lid violenta,
como toros indómitos bramantes,
más y más acrecían la tormenta,
en la ya poca jarcia sibilantes.
Relampaguear sin término amedrenta
y atroz tronar; cual si del cielo, errantes
los ejes, derrumbándose á la tierra,
los elementos se movieran guerra.—

Mas ya de amor la estrella centellaba,
antes del claro sol, por el oriente,
mensajera del día, y visitaba
la tierra, el ancho mar, con leda frente.
La diosa, que en los cielos imperaba,
ante quien huye Orión, de espada ardiente,
así que el mar, la cara flota, mira,
se agita de temor, se agita de ira.

«De Baco», dice, «hazaña ésta es de cierto.
Mas no será que él adelante lleve
su dañada intención; que descubierto
veré yo siempre el mal á que se atreve.»
Diciendo así, desciende al mar abierto;
los espacios traspasa en vuelo breve.
Luego manda á las ninfas amorosas
enguirnaldarse rápidas con rosas.

Manda tejer guirnaldas de colores
entre cabellos blondos á porfía.
¿Quién no dirá que nacen rojas flores
del oro natural que el amor cría?
Ablandar determina con amores
la furia de la grave compañía,
mostrando las amadas ninfas bellas,
que más hermosas van que las estrellas.

Así fué: pues tan pronto como llegan
de ellas á la presencia, desfallecen
sus furores; los ímpetus sosiegan;
y como avasallados obedecen.
En áureas hebras con que el rayo ciegan,
ellas prenderles mano y pie parecen.
Á Bóreas que de amor más se encendía,
tal dijo la bellísima Oritía:

«No sueñes, fiero Bóreas, yo te crea
que jamás me tuviste amor constante;
que blandura es de amor primer presea,
y no dice el furor al firme amante.
Luego enfrenada tanta saña vea;
si no, no esperes que de aquí adelante
amarte pueda ya, sino temerte;
pues amor á ti en miedo se convierte.»

Así también amansan las restantes
presto á los demás vientos amadores;
quien, á la hermosa Venus acatantes
apaciguan sus iras y furores.
Ella promete, viéndolos amantes
sempiterno favor á sus amores;
á su mano gentil en homenaje,
ellos, leales ser en este viaje.

El alba clareaba en los oteros
por do del Ganges la onda va sonora,
cuando en cofa alta ven los marineros
parecer tierra excelsa por la prora.
Seguros de tormenta y mares fieros,
vuela cuanto á su mente vano azora.
«Es Calecut, si no me engaño», dice
de Melinda el piloto ya felice.

[1] Noé.

LITERATURA FRANCESA.

RACINE.

(1639—1699.)

JUAN RACINE es, en su *Atalía* y en *Ester*, aventajado discípulo del teatro helénico, por la sencillez de sus fábulas; la armonía del conjunto; la elegancia y fluidez del estilo; la suavidad del verso; la colorida, enérgica y variada pintura de las pasiones; y sobre todo por los coros, que son obras maestras de magnificencia lírica.

ATALÍA.

Personas:

Joás, rey de Judá, hijo de Ocosías.
Atalía, viuda de Joram, abuela de Joás.
Joad ó *Joyada,* sumo sacerdote.
Josabet, esposa de Joad.
Zacarías, hijo de Joad y de Josabet.
Salomit, hermana de Zacarías.
Abner, uno de los principales oficiales de los reyes de Judá.
Azarías, Ismael y los otros tres jefes de los sacerdotes y levitas.
Matán, sacerdote apóstata, sacrificador de Baal.
Nabal, confidente de Matán.
Agar, mujer del séquito de Atalía.
Grupo de sacerdotes y levitas. — Séquito de Atalía. — La nodriza de Joás. — Coro de doncellas de la tribu de Leví.

(La escena es en el templo de Jerusalén, en un vestíbulo de la morada del sumo sacerdote.)

ACTO I. ESCENA I.

Joad. Abner.

Abner. Sí; vengo á adorar dentro á su templo
al Eterno; vengo á la antigua usanza
solemne, á celebrar contigo el día
famoso do del Sina en las alturas
nos fué dada la ley. ¡Cuánto han cambiado
los tiempos! Anunciaba de la fiesta
apenas el tornar la trompa sacra,
cuando la multitud del pueblo santo
circundaba los pórticos del templo,
festonado doquier soberbiamente;
y en orden lento todos ante el ara,
con el reciente fruto de sus campos
en las manos, al rey del universo
primicias consagraran. Pocos eran
los sacerdotes para ofrenda tanta. —
De una mujer la audacia, deteniendo
concurso tal, en tenebrosos días
tan bella luz mudó. Sólo un puñado
de adoradores férvidos se atreve
de los primeros tiempos una sombra
á proyectarnos. Los restantes todos
fatal olvido de su Dios demuestran;
ó hasta se apresuran á iniciarse
en los misterios de Baal nefandos,
del dios en los altares; y blasfeman
del nombre por sus padres invocado.
Tiemblo — sin reticencia hablarte quiero —
de que en ti mismo, arrebatado al ara,
sacie Atalía su venganza cruenta
y de moderación forzosa arroje
el resto lejos.

Joad. Hoy ¿de dó te viene
tan lóbrega aprensión?

Abner. ¿Ser tú presumes
impunemente santo y justo? Ha mucho,
ella aborrece esa firmeza rara
que realzan de la mitra los fulgores
en Joad: mucho ha, tu celo religioso
como revuelta y sedición se mira.
De claro mérito ínvida la reina
concentra en Josabet, tu fiel esposa,
su odio. Si de Aarón, gran sacerdote,
es sucesor Joad, ella es hermana
de nuestro último rey. Matán, con esto,
Matán, ese sacrílego levita,

peor que Atalía, asédiala continuo;
Matán, de nuestro altar tránsfuga infame,
de todo bien perseguidor ardiente.
La sien ceñida en extranjera tiara,
con ministrar á Baal no se contenta
este levita: dale el templo en rostro;
é impío anonadar al Dios querría
que abandonó. Para perderte, nada
hay que no ponga en juego: se lastima
alguna vez de ti; hasta á menudo
te ensalza y hacia ti dulzores miente.
Tal de su hiel tiñendo la negrura,
ora á la reina píntate terrible;
ya viendo su insaciable sed del oro,
finge que en secretísimo paraje
guardas tesoros de David crecidos.
En fin, dos días ha que amortajada
en lóbregos cuidados aparece
la soberbia Atalía. Yo observábala
ayer: y vi miradas furibundas
á la sacra mansión lanzar sus ojos;
cual si en el fondo de esta vasta casa
guardara Dios un vengador armado
para suplicio suyo. Á fe mía,
mientras lo pienso más, menos lo puedo
dudar: va ya á romper contra ti su ira;
y de Jezabel hija sanguinaria,
á Dios atacará hasta en su santuario.

Joad. Aquel que enfrena el ira de las ondas,
sabe también las tramas de los malos
parar. Rendido á su sagrado imperio,
temo á Dios, caro Abner: á ningún otro.
Mas gracias doy al amoroso celo
que vela, atento á todo riesgo mío.
Que la injusticia tu interior subleva,
lo veo y que te queda todavía
de israelita el corazón: ¡loado
el cielo sea! — Empero ¿te contentas
de esta ira oculta, esta virtud ociosa?
La fe que no obra, ¿fe será sincera?
Ocho años ha que una extranjera impía
del cetro de David los fueros todos
tiene usurpados, báñase en la sangre
de nuestros reyes, matadora impune
de los hijos del hijo, la execranda!
y hasta alza contra Dios el brazo pérfido.
Y tú, de aqueste reino vacilante
una columna; tú, que del rey santo
Josafat te nutriste en las campiñas;
tú, que en los días de Jorán, su prole,
de nuestro ejército caudillo fuiste;
tú, que nuestras ciudades azoradas
asegurabas sólo, cuando el lampo
de Ocosías su muerte subitánea,
á vista de Jehú dispersó todo:
«Á Dios temo», decías: «su fe celo.»
Ve cómo por mi boca te responde
este Dios: «¿De mi ley te sirve el celo
de ornato? ¿con estériles promesas
honrarme crees? ¿qué provecho obtengo
de tus ofrendas todas? ¿Necesito
yo del cruor de bucos y becerras?
Clama la sangre de los reyes vuestros,
y no se la oye. Rompe, rompe ardiente
con la impiedad. De enmedio de mi pueblo
el crimen extermina, y luego acude
á inmolarme tus víctimas.»

Abner. ¿Qué dices?
¿Qué puedo yo con este lacio pueblo?
Flaquea Benjamín; Judá marchita.
El día que extinguirse vió el linaje
de sus reyes, mató la llama toda
de su vieja altivez.— «Dios mismo», dicen,
«se apartó de nosotros; él, de antiguo,
tan celoso de la honra hebrea, mira
impasible por tierra su grandeza;
y su misericordia al fin cansóse.
Ya no se ve su formidable brazo
en nuestra pro aterrar á los mortales
con portentos sin fin. El arca santa
muda está; sus oráculos callaron.»

Joad. ¿Y qué tiempo fué nunca de señales
tan abundoso? Dios ¿cuándo ostentara
más su poder? ¿Tendrás, pues, ojos siempre,
para no ver jamás, oh ingrato pueblo?
¡Qué! ¿siempre las mayores maravillas
habrán de resonar en tus oídos,
sin quebrantar tu corazón? ¿Narrarte,
Abner, fuerza será de los prodigios
de nuestra edad famosos el decurso?
de los israelíticos tiranos
los célebres despeños; y fielmente
las amenazas del Señor cumplidas: —
destruído Acab impío y de su sangre
saciado el campo que usurpado había
para su matador; y destrozada
Jezabel, de ese fatal campo cerca,
al casco del bridón, hartos los canes
del cruor desapiadado de la reina;
horrífico su cuerpo desmembrado: —
la turba de profetas engañosa
confundida y la llama, de los cielos
sobre el altar bajada: — manda Elías,
cual si fuera su rey, los elementos:
por él cerrado el cielo y hecho bronce,
y la tierra sin lluvia y sin rocío
tres años; redivivos los difuntos
á la voz de Eliseo: — reconoce
Abner, en estos rasgos centellantes
á un Dios que es hoy tal como ha sido siempre.
Sabe hacer fulgurar, cuando le place,
su gloria, y sin cesar su pueblo acuerda.

Abner. Mas ¿dónde está la prez tan prometida
á David y aun predicha al hijo suyo:
al mismo Salomón? ¡Ay! esperábamos
que de su descendencia venturosa
provendría de reyes larga serie;
y que uno de ellos alzaría el trono
sobre las tribus todas y las gentes;
cesar doquier haría la discordia
y la guerra, mirando ante sus plantas
los soberanos de la tierra entera.
Joad. ¿Qué, de las célicas promesas dudas?
Abner. Á ese rey, prole de David, ¿dó hallarle?
El cielo mismo ¿reparar las ruinas
de este árbol, secas sus raíces, puede?
Hasta al niño ahogó dentro á la cuna
Atalía. Los muertos, ¿tras ocho años,
de la tumba saldrán? ¡Ah! ¡si en su furia
se hubiese ella engañado! ¡si una gota
del cruor de nuestros reyes reservada ...
Joad. Y bien, ¿qué hicieras tú?
Abner. ¡Oh felice día!
¡Cuál á reconocer mi rey volara
ardiente y venturoso yo! ¿No crees
que á sus pies nuestras tribus á porfía?...
Mas ¿á qué me entretengo en tal quimera?
De aquellos soberanos victoriosos
sólo Ocosías, flébil heredero,
y sus hijos quedaban; yo le he visto
caer transfijo de Jehú al dardo;
tú, la prole matada por la madre.
Joad. No digo más.—Empero, cuando al tercio
de su carrera se alce el astro diurno
y la hora tercia á la plegaria llame,
al templo vén con este mismo celo.
Tal vez con importantes beneficios
te muestre Dios que su palabra es firme
y no engaña jamás. Vé: debo ornarme
para este grande día; y la techumbre
del templo con el alba ya blanquea.
Abner. ¿Qué bien ese será que no comprendo?—
La ilustre Josabet á ti se acerca;
voy á juntarme al grupo de los fieles,
á la solemne pompa de hoy venidos.

ESCENA II.

Joad. Josabet.

Joad. La hora llegó, princesa: hay que decirlo;
no es dado ya celar tu feliz hurto.
La audacia criminal de los opuestos
á Dios, le impugna por silencio tanto;
acusan, demasiado ha, sus promesas
de falaces. ¿Qué digo? Sus furores
del éxito encendidos, hasta intenta
tu infiel madrastra á Baal incienso
ofrendar idolátrico en nuestra ara.
Mostremos ese niño rey, salvado
por tus manos, crecido dentro al templo,
so el ala del Señor. La valentía
tendrá de nuestros príncipes hebreos:
su espíritu adelántase á sus años.
Antes de publicar yo su destino,
á Dios le ofreceré, por quien los reyes
reinan; juntaré luego los levitas
y sacerdotes nuestros, presentando
al heredero ante ellos de sus dueños.
Josabet. ¿Sabe su nombre ya y noble destino?
Joad. Sólo de Eliacim responde al nombre;
tiénese por expósito, á quien, pío,
yo me he dignado de servir de padre.
Josabet. ¡Ay, de qué riesgo libertarle pude,
y qué riesgo amenázale de nuevo!
Joad. ¿Qué? ¿ya tu fe desmaya, se amedrenta?
Josabet. Señor, á tu prudencia me abandono.
Del día que este niño arrebatara
yo de la muerte, su destino todo
confié á tus manos.—Hasta, cuanto pude,
evité su presencia, de la fuerza
de mi amor temerosa; que no fuese
que, al verle, traicionara mi secreto
pérfida turbación, pérfido llanto.
Sobre todo, he creído deber mío
consagrar á las lágrimas y preces
estos tres días con sus noches todas.
En tanto, será bien hoy preguntarte
qué amigos tienes á tu ayuda prontos.
Abner, el bravo Abner, ¿á defendernos
vendrá? ¿juró acudir á su monarca?
Joad. Abner, bien que es confiable, ni aun entiende
que rey tenemos.
Josabet. Mas ¿á quién la guarda
fías de Joás? ¿Á Obed, ó Amón tal honra?
Colmados por mi padre de mercedes ...
Joad. Á la inicua Atalía se han vendido todos.
Josabet. Á sus satélites ¿qué opones?
Joad. Lo he dicho ya: los sacerdotes nuestros,
nuestros levitas.
Josabet. Sé que se ha doblado,
merced á tus afanes previsores,
su número en tu mística asamblea;
y que, ardorosos partidarios tuyos,
y enemigos mortales de Atalía,
de tiempo atrás solemne juramento
á esta prole davídica los liga,
que habrá de revelárseles. Mas sea
su ardor cual fuere y su nobleza y fuego,
¿podrán vengar triunfantes su rey solos?
¿El celo basta para empresa tanta?
¿Dudas que al primer eco de la nueva
de guardarse aquí un hijo de Ocosías,

sus feroces cohortes extranjeras
junte Atalía y cerque y fuerce el templo?
¿Afrontaránlas tus ministros santos,
que, alzadas al Señor las manos puras,
gemir y orar por nuestras culpas sólo
saben; y que otra sangre no han vertido
sino la de las víctimas? Por suerte,
Joás entre sus brazos traspasado...

Joad. Y Dios, que por nosotros pugna, ¿es nada
para ti? Dios, que la inocencia escuda
del huérfano, y brillar en la flaqueza
hace su poder; Dios, que los tiranos
odia y en Jezrael juró exterminio
de Acab y Jezabel; Dios, que á su yerno
Joram hirió, y persigue su familia
hasta en el hijo de éste; Dios, que el brazo
de su venganza, un hora suspendido,
descarga siempre en esta raza impía?

Josabet. Tal justicia y rigor con estos reyes
todos temor me pone por el hijo
de mi infeliz hermano. Pues, ¿quién sabe
si, en su delito envuelto, aqueste niño
no fué, al nacer, con ellos condenado?
si Dios, de entre una casta aborrecida,
le querrá, por David, mirar piadoso? —
¡Ay! el horrendo estado en que los cielos
me le dieron, retorna cada instante
á conturbar mi espíritu. En estancia
de degollados príncipes cubierta,
la feroz Atalía, daga en mano,
sus bárbaros soldados animaba
á la matanza, el proseguir mirando
de la carnicería. Hirió mis ojos
de pronto Joás, contado entre los muertos.
Aun veo su nutriz, de hinojos, loca,
delante los verdugos despiadados:
contra su seno al desvalido infante
derribado estrechaba. Todo tinto
en sangre le cogí. Bañé su rostro
de lágrimas; con ellas devolvíle
el sentir; y ora su terror durase,
ora caricias fuesen, yo rodeada
sentíme de sus brazos inocentes.
¡Gran Dios, jamás fatal mi amor le sea!
Del fiel David es el precioso resto.
Dentro á tu hogar y de tu ley criado
en el amor, más padre no conoce
que á ti. — Si en el momento del ataque
á una reina homicida; si, en presencia
del peligro, mi fe se sobresalta;
si conturbadas hoy la carne y sangre
son demasiada parte en las que vierto
por causa suya lágrimas, conserva
al heredero de tus sacros votos
y las debilidades todas mías
castiga en mí no más.

Joad. Nada en tu llanto
hay, Josabet, de criminal. Mas quiere
Dios que en su paternal cuidado fiemos.
Su ira no es ciega: la impiedad del padre
no ve en el hijo que le teme.—Todos
cuantos aún en Israel hay fieles,
á renovar vendrán hoy sus promesas.
Cuanto veneran de David la sangre,
tanto de Jezabel la hija aborrecen.
Los prendará de Joás la alta modestia;
do de su casa reflejar parece
el esplendor; y Dios la empresa nuestra
con su voz misma apoyará y más íntimo
al corazón les hablará en su templo.
Uno en pos de otro, dos reyes impíos
le han desafiado. Es menester que al trono
se eleve un rey que rememore un día
haberle Dios alzado á la grandeza
de sus antepasados por la mano
de sus levitas y por esta mano
arrancado al olvido de la tumba,
reardiendo el hacha de David extinta.
Gran Dios, si tú prevés que, de su sangre
indigno, las davídicas pisadas
ha de dejar, sea cual fruto en cierne
arrebatado, ó seco en flor, al cierzo.
Mas si este mismo niño, á ti obediente,
ha de cumplir perfecto tus designios,
á su justo heredero el cetro torna;
entrega sus potentes enemigos
en mis débiles manos. Los consejos
confunde de una reina sin entrañas.
¡Dignaos, oh dignaos, Señor mío,
verter en Matán y ella aquel espíritu
de irreflexión y error, de la caída
de los monarcas precursor funesto! —
Urge el momento. Adiós. Sus hijas tráente
las más santas familias, tu hijo, tu hija.

ESCENA III.

Josabet. Zacarías. Salomit. El Coro.

Josabet. Querido Zacarías, vé sin mora,
vé en seguimiento de tu augusto padre. —
Oh hijas de Leví, tierno y fiel grupo
que ya el Señor inflama de su celo;
que á compartir venís tan á menudo
mis suspiros, doncellas mi alegría
única de mis largos desplaceres:
esos festones que lleváis asidos
y esas guirnaldas que ceñís, decían,
otros tiempos, á nuestras claras fiestas.
Mas, ¡ay! en estos días oprobiosos
y de dolor, ¿qué ofrenda más hermosa
que la de nuestras lágrimas? — Ya suena,
la trompa sacra suena, y luego franca

la entrada quedará del templo. En tanto
que yo á visitarlo me dispongo,
cantad, load al Dios que os ha traído.

ESCENA IV.

El Coro [1].

Todo el Coro canta:

De su esplendor está plenísima la esfera.
Continuos á este Dios adorad é invocad.
Su imperio precedió del tiempo á la carrera:
cantemos doquier su bondad.

Una voz sola:

En vano la violencia injusta
al pueblo del Señor quiere acallar adusta:
su nombre es de la eternidad.
Su gloria y su poder anuncia el día al día;
el orbe, en su esplendor hundiéndose, irradía:
cantemos doquier su bondad.

Todo el Coro repite:

De su esplendor está plenísima la esfera:
cantemos doquier su bondad.

Una voz sola:

Él da á la flor colores de hermosura:
él brota frutos de la flor:
les mide, mientras los madura,
él soles y calor, rocíos y frescor:
el campo á quien los da, los vuelve con usura.

Otra:

Al sol manda animar á toda la natura;
y es la luz un favor que dan sus manos.
Mas su ley santa, su ley pura
es el más rico don que hiciera á los humanos.

Otra:

Oh monte de Siná, conserva la memoria
de ese día, sin fin augusto y de fulgor;
cuando en tu cima ignito ardor,
en nieblas de negror envuélvese el Señor;
lanza al ojo mortal un rayo de su gloria.
Dinos, ¿por qué ese ardor? ¿ese relampaguear?
¿ese humo torrencial? ¿del aire el rebramar?
¿aquellas trompas y tronidos?
¿El orden natural á trastornar vendrá?
¿y de la tierra romperá
los fundamentos no movidos? —

Otra:

Desciende á revelar al hijo de Israel
de su sagrada ley las luces inmortales.
Viene al felice pueblo fiel
á exigir de él amores eternales.

Todo el Coro:

¡Oh diva ley, oh suavidad!
¡Oh justicia, oh bondad suprema!
¡Cuánto es razón, cuánta dulzura extrema
á tal Dios consagrar su amor y lealtad!

Una voz sola:

Los padres él libró de yugo cruel;
en los desiertos dió pan de delicias él.
Sus leyes él nos dió; él á sí mismo ha dado.
Por tanto bien se le ame es su mandado.

Todo el Coro:

¡Oh justicia, oh bondad suprema!

La misma voz:

Por ellos de la mar las aguas entreabrió;
de un duro peñascal un manantial brotó.
Sus leyes él nos dió; él á sí mismo ha dado.
Por tanto bien se le ame es su mandado.

Todo el Coro:

¡Oh diva ley, oh suavidad!
¡Oh justicia y bondad suprema!
¡Cuánto es razón, cuánta dulzura extrema
á tal Dios consagrar su amor y lealtad!

Otra voz sola:

Vos, que no conocéis sino el servil espanto,
ingratos, ¿tal bondad os deja de encantar?
¿á vuestro corazón es tan difícil, tanto,
tan penoso el amar?
Del esclavo es temblar á su tirano;
mas del hijo es amar al soberano.
¿Queréis os llene Dios de dones más y más,
y no le amáis jamás?

Todo el Coro:

¡Oh diva ley, oh suavidad!
¡Oh justicia y bondad suprema!
¡Cuánto es razón, cuánta dulzura extrema
á tal Dios consagrar su amor y lealtad!

ACTO II. ESCENA I.

Josabet. Salomit. El Coro.

Josabet. Basta, hijas mías, suspended el canto:
es hora de ir á la común plegaria.
Es hora nuestra. Vamos, celebremos
el grande día y en presencia
de Dios á nuestra vez entremos.

ESCENA II.

Zacarías. Josabet. Salomit. El Coro.

Josabet. Mas ¿qué veo? ¿Qué tornas, hijo mío?
¿á dó corres tan pálido, jadeante?

[1] Hemos conservado el metro del original, para que se pueda adaptar á los coros la música de Mendelssohn.

Zacarías. ¡Oh madre mía!
Josabet. ¿Qué? Di ya.
Zacarías. El templo profanado está.
Josabet. ¿Cómo?
Zacarías. Y de Dios el ara abandonada.
Josabet. Tiemblo. Á tu madre tú no celes nada.
Zacarías. Ya, según ley el sacerdote sumo,
mi padre, había los primeros panes
de las recientes mieses ofrendado
á Dios, que á los humanos las ha dado;
de pacíficas hostias presentara
con cruenta mano vísceras fumantes.
El joven Eliacim se alzara
á par de él, como yo, y con línea túnica.
Y mientras el altar y circunstantes
rociara con el cruor del holocausto
el sacerdote, resonó rumor;
y atrajo de la gente,
en súbito estupor,
los ojos con la mente.
Una mujer...
¿Sin blasfemar nombrada podrá ser?
Una mujer... era Atalía misma.
Josabet. ¡Cielos!
Zacarías. En atrio de varones
soberbia la mujer, alta la frente,
entró; y aun disponíase las lindes
del recinto sagrado, á los levitas
solos abierto, á traspasar. Tremente
huyó doquier la gente.
Mi padre... ¡ah! ¡qué ira y fuego su mirada!
Moisés no pareció tan formidable
á Faraón. «Reina», le dice, «huye
de este ámbito espantable,
de do tu sexo y tu impiedad te excluye.
Del Dios vivo has venido
la majestad á desafiar.»
La reina, con mirar enfurecido,
miróle y, pronta cierto á blasfemar,
la boca abría ya.
Ignoro si de Dios ha aparecido
un ángel con espada centellante
de sus ojos delante;
pero su lengua se anudó al instante:
toda su avilantez se anonadó.
Atónitas, inmóviles sus luces,
aterrarla ante todos pareció
Eliacim.
Josabet. ¿Y qué? ¿Delante de ella
Eliacim ha parecido?
Zacarías. El corazón del mismo horror transido,
mirábamos entrambos
á la inhumana soberana.
Los sacerdotes luego
nos han circuído,
y presto hemos salido.
Ignoro todo lo demás.
Á contarte he venido tal
perturbación fatal.
Josabet. ¡Ah, de los brazos nuestros al seguro
ya le ha arrancado;
á él al altar
han ido sus furores á buscar!
En aqueste momento por ventura
el hijo de mi llanto y amargura...
Acuérdate, Dios mío, de David,
tú, de mi zozobrar testigo.
Salomit. ¿Quién es de llanto el hijo y de presura?
Zacarías. ¿Peligra de Eliacim la vida?
Salomit. ¿Tiene á la reina enfurecida?
Zacarías. ¿Qué temer de una prole desvalida,
sin padre?
Josabet. ¡Ah! hela ahí.
Vamos: es menester salir de aquí.

ESCENA III.

Atalía. Agar. Abner. Séquito de Atalía.

Agar. En estos sitios ¿qué os quedáis, señora?
Aquí todo os da en rostro y os irrita.
Dejad el templo á quien en él habita;
dejádselo al levita.
Huid esta algarada turbadora.
En vuestro alcázar dad reposo
al sentido afanoso.
Atalía. No; yo no puedo: ves mi turbación;
ves mi flaqueza.
Vé: que Matán acuda
con la mayor presteza.
Feliz si con su ayuda
hallo esa paz,
que busco y que se va siempre falaz.
(Siéntase.)

ESCENA IV.

Atalía. Abner.

Abner. Perdón, señora, si á defenderle yo oso.
No os debe sorprender de Joad el celo.
Del Dios á quien servimos, tal
precepto es y eternal.
Su templo y ara
él mismo nos trazara.
De Aarón á la progenie sola
encarga sacrificios ofrendar.
Él al levita su función señala
y ministerio. Veda, sobre todo,
á su posteridad
con cualquier otro numen
cualquiera sociedad.
¿Y qué? ¿de hebreos reyes
mujer y madre, tú su culto ignoras?

¿ignoras nuestras leyes?
¿Y es necesario que en aqueste día...
Aquí está tu Matán; con él te dejo.
Atalía. Es tu presencia, Abner,
ahora menester.
Dejemos su osadía temeraria
á Joad, y toda su caterva varia
de inútiles supersticiones,
que vuestro templo cierran
á las demás naciones.
Más urgidor afán
despierta mis alarmas.
Sé que, desde su infancia entre las armas,
Abner tiene elevado corazón,
que sabe dar con discreción
lo que debe á su Dios, lo que á su rey.
Queda.

ESCENA V.

Matán. Atalía. Abner.

Matán. Gran reina, ¿qué? ¿tú aquí?
¿Qué congoja te agita?
¿y qué terror te hiela?
¿Á buscar tus contrarios qué te incita?
¿Osas venir á este profano templo?
¿Depusiste aquel odio sin ejemplo?
Atalía. Atentos ambos oídme.
No puedo aquí contaros el pasado,
ni dar razón del cruor que he derramado.
Lo que hice, Abner,
creí deberlo hacer.
No nombro juez á un pueblo temerario.
Bien que lanzó doquier grita atrevida,
el cielo mismo de aprobarme cuida.
En éxito esplendente
mi potestad fundada,
de mar á mar tornado ha respetada
á Atalía. Por mí Salem disfruta
de sosiego profundo.
Ya no mira el Jordán,
como en los tiempos de los reyes vuestros,
al árabe errabundo,
ni al filisteo altivo,
de sus riberas destructores,
eternos merodeadores.
El siro llámame reina y hermana.
En fin, de la familia mía
el pérfido opresor, que su barbarie
hasta mí adelantar debía:
Jehú, el fiero Jehú, tiembla en Samaria.
Por todas partes acosado
de un válido vecino,
que yo logré lanzar
contra aqueste asesino,
me deja dentro de mi Estado
libérrima imperar.
Y en medio de la paz disfruto
de mi sagacidad el fruto.
Pero ha venido, hace algunos días,
cuita importuna á interrumpir
el curso de las dichas mías.
Un sueño . . . — ¿débeme inquietar un sueño? —
es de mi corazón
el roedor gusano y aflicción.
Rehúyolo doquier:
persígueme doquier. —
Era el horror de una profunda noche.
Mi madre Jezabel ante mí alzábase,
pomposa, cual el día de su muerte:
su altivez de infortunio no abatida;
la faz aun con aquel fulgor prestado
en que solícita pintaba, ornaba
de la edad el estrago irreparable.
«Tiembla», me habló, «digna hija de tu madre:
caes también ante el cruel Dios judío.
Te lloro: estás en sus tremendas manos,
hija mía.» Dijo estas voces hórridas;
y vi bajar su sombra hasta mi lecho.
Y yo, yo le tendí, para estrecharla,
los brazos. Mas no hallé sino espantable
masa de huesos y de carne rotos,
en el fango arrastrados, trozos cruentos,
horripilantes miembros, entre canes
devoradores disputada presa.
Abner. ¡Gran Dios!
Atalía. Entre este horror ante mis ojos
un niño pareció de veste clara,
cual en ornato de levita hebreo.
De verle recobréme. Pero vuelta
en mí de aquella turbación funesta,
mientras su suavidad yo contemplara,
y su presencia espléndida, modesta;
sentí de pronto su mortal acero
dentro á mi seno hundirse aleve, entero.—
Tal confusión de cosas peregrina
diréis tal vez un mero desvarío.
Algún tiempo yo misma, vergonzosa
de mi miedo, creíle humor sombrío.
Empero, este recuerdo señorea
á mi alma, y veces dos he contemplado
en sueños recurrir la misma idea.
Dos veces presentóse el propio niño
á mis tristes miradas, siempre pronto
á traspasarme. Fatigada, al cabo,
por los horrores de que estaba opresa,
fuí á Baal y le rogué velara
por mi vida, y busqué paz ante su ara.
¿Qué no pudo el terror en pecho humano?
Al templo hebreo me arrastró un instinto
y á su Dios aplacar él me ha inspirado:
con dones desarmar pensé sus iras,

dulcificarle, como quiera él sea.
Pontífice de Baal, fuí débil — deja.
Entro; huye el pueblo; el sacrificio cesa.
El sumo sacerdote, enfurecido,
hacia mí se adelanta, y mientras me habla
—¡oh sorpresa, oh terror!—al mismo niño,
que es mi amenaza, vi tal como el sueño
de horror le ha dibujado en mi memoria.
Le vi: su mismo porte, el mismo lino,
su andar, mirar; y en fin, su estampa toda.
Es él propio. Del sumo sacerdote
iba á la par. Mas de mis ojos luego
le vi desparecer. —Ved la congoja
que aquí me obliga á detener; sobre ella
os quiero á entrambos consultar. Prodigio
tan estupendo ¿qué, Matán, presagia?

Matán. Sueño y relato, veo horrendo todo.

Atalía. Mas tú, Abner, á ese niño fatal viste.
¿Quién es? ¿de qué familia? ¿de qué tribu?

Abner. Dos niños sirven al altar: el uno
es de Joad y Josabet el hijo:
al otro no conozco.

Matán. ¿Á qué deliberar? De entrambos, reina,
asegurarse es menester. Tú sabes
mi atención con Joad y mi mesura;
que vengar mis agravios no procuro;
que á todos mis dictámenes impera
no más que la equidad. Pero, con todo,
¿dejar vivir á un criminal querría
él mismo, bien que fuera su hijo propio?

Abner. ¿En qué un niño delinquir podría?

Matán. El cielo nos le muestra daga en mano;
justo, sabio, nada hace el cielo en vano.
¿Qué más apuras?

Abner. ¿Por un sueño, empero,
en cruor de niño nos bañemos quieres?
Ni sabes quién es él, ni quién su padre.

Matán. Se le teme; esto basta.
Si es de preclara casta,
su esplendor apresure su ruina.
Si deparó fortuna
obscura cuna,
¿qué importa derramar
el cruor vil, al azar?
¿Es de monarca esa justicia lenta?
Un rápido suplicio muchas veces
su trono asienta.
No le estorbemos remover cuidados.
Ya no es sin culpa el que le es sospechoso.

Abner. ¡Hola! Matán, ¿palabras éstas
de un sacerdote son?
Yo, que crecí en la guerra y las matanzas
y su horror; yo de reyes riguroso
ministro en sus venganzas,
¿soy yo quien por los tristes hoy aboga?
Y tú, que entrañas paternales debes
tener para con ellos; tú, ministro
de paz en tiempo de ira,
¿cubres tus odios con mentido celo?
¿y corre lenta para ti la sangre?
Quieres, reina, se te hable sin recelo.
Pues bien, ¿de dónde azoramiento tanto?
De un sueño, un niño desvalido,
que tu ojo prevenido
soñó quizá reconocer.

Atalía. Quiero creerlo, Abner; pude engañarme.
Preocupóme acaso en demasía
un sueño vano.
Pues bien, es menester
de nuevo al niño ver,
y más cercano
y sus facciones á placer
examinar. Entrambos á mí vengan.

Abner. Temo...

Atalía. ¿Para conmigo complacencia
no habrá? ¿Cuáles serían los motivos
de tan extravagante renitencia?
Lanzárseme en sospechas singulares
podría. Josabet ó Joad — te digo —
tráigamelos. Cual reina, si quisiese,
pudiera hablar. Á vuestros sacerdotes,
Abner — quiero confianza usar contigo —
para de las bondades de Atalía
envanecerse, asístenles razones.
Yo sé hasta dónde llevan la licencia
de sus discursos contra mis acciones
y contra mi potencia.
Y sin embargo, viven,
y en pie su templo está.
Mas siento que agotándose ya va
mi mansedumbre. Su bravío celo
Joad enfrene, y con segunda befa
no me quiera enconar. — Tú vé.

ESCENA VI.

Atalía. Matán.

Matán. Por fin te puedo hablar con libertad;
puedo aclararte toda la verdad.
Cualquier reciente monstruo que en el templo
crezca, no aguardes, reina, á que el nublado
se agrande. Abner previno, en compañía
del sacerdote sumo, el día.
Su amor hacia el linaje
conoces de los reyes suyos.
Y quién sabe si Joad poner no intenta
en su lugar al niño
con quien el cielo te amedrenta,
ora hijo suyo sea ora de otro...

Atalía. Sí; tú los ojos me abres: á ver claro
en este aviso celestial comienzo.
Quiero salir de dudas. Malamente

puede velar un niño lo que siente.
Por sola una palabra se rastrea
á menudo una empresa gigantea.
Deja, caro Matán, que yo le vea,
le interrogue. Tú marcha y manda, en tanto,
mas sin sembrar alarmas,
á mis tirios coger todos las armas.

ESCENA VII.

Joás. Josabet. Atalía. Zacarías. Abner. Salomit. Dos levitas, el Coro.

Josabet (á los dos levitas).
Oh vosotros, ministros del Señor,
sobre estos tan preciosos caros niños
siempre velad.
Abner (á Josabet). Princesa, está tranquila:
yo soy su protector.
Atalía. Oh cielo, mientras más yo le examino,
más le contemplo — es él.
Aun toda entelerida estoy. —
Esposa de Joad, ¿es hijo tuyo aquél?
Josabet. ¿Quién? ¿ése?
Atalía. Ése.
Josabet. No yo su madre soy.
Éste es el hijo mío. [Niño,
Atalía. Y tú — ¿quién es tu padre entonces? — responde.
Josabet. El cielo hasta hoy...
Atalía. ¿Qué á responder por él tú te adelantas?
Es él quien debe hablar.
Josabet. ¿De sus tan tiernos años esperar
podrás razón satisfactoria alguna?
Atalía. Es de inocencia edad; su sencillez
ignora aún del todo la doblez.
Deja que diga cuanto á él le atañe.
Josabet (aparte).
Poner dignaos, gran Dios, en su boca
vuestra sabiduría.
Atalía. ¿Cuál te llamas?
Joás. Mi nombre es Eliacim.
Atalía. ¿Tu padre?
Joás. Dicen
que huérfano yo soy, entre los brazos
de Dios lanzado desque yo he nacido,
y que mis padres nunca he conocido.
Atalía. ¿No tienes padres?
Joás. Ellos me dejaron.
Atalía. ¿Cómo? ¿cuándo?
Joás. Apenas yo nací.
Atalía. Al menos ¿no se sabe de tu patria?
Joás. Mi patria es este templo: otra ignoro.
Atalía. Dicen que por acaso te encontraron.
Joás. Entre feroces lobos devorantes.
Atalía. ¿En este templo quién te puso?
Joás. Ignota
mujer; celó su nombre; ignota fuése.
Atalía. ¿Qué mano te acorrió en tu edad primera?
Joás. ¿Dios abandona alguna vez sus hijos?
Al hijuelo del ave da su pasto;
se extiende su bondad por todo el orbe.
Le invoco cada día, y de los dones
de su ara nútreme su amor paterno.
Atalía. ¿Qué nueva maravilla me perturba,
me estorba? Truecan insensiblemente
su suavidad de voz, su infancia, gracia,
mi rencor... ¿Yo, á lástimas movida?
Abner. Reina, ¡he ahí al enemigo horrendo!
De tus mentidos sueños la falacia
patente está; á no ser
que la piedad, que, al parecer,
te turba, el infortunio sea
que, estremeciendo, te rodea.
Atalía (á Joás y Josabet).
¿Os vais?
Josabet. Has escuchado su fortuna;
no sea al fin su estada aquí importuna.
Atalía. No; retornad. — ¿Qué haces cada día?
Joás. Adoro yo al Señor; su ley me explican.
Aprendo á leerla en su divino libro;
y ya á escribirla de mi mano empiezo.
Atalía. ¿Qué te enseña esa ley?
Joás. Que ser Dios quiere amado;
que temprano ó tardío venga
su santo nombre blasfemado;
que él es del huérfano medroso
el defensor; y que él al soberbioso
resiste y él castiga al homicida.
Atalía. Comprendo. — Mas el pueblo todo,
dentro á estos ámbitos cerrado,
¿en qué se ocupa?
Joás. Loa, bendice á Dios.
Atalía. ¿Dios quiere se ore
á él y se le contemple á la continua?
Joás. Todo profano obrar su templo excluye.
Atalía. Y bien; tu pasatiempo ¿es cuál?
Joás. Á veces en el ara incienso ó sal
al sumo sacerdote yo presento;
de las grandezas infinitas oigo
divinas el concento:
el orden miro y pompa de sus ritos.
Atalía. Conque, ¿más grato esparcimiento ignoras?
De un niño como tú lamento
la triste suerte.
Á mi palacio vén: verás mi gloria.
Joás. ¿De mi buen Dios perder yo la memoria?
Atalía. No; no quiero obligarte á que le olvides.
Joás. Tú no le invocas.
Atalía. Puedes tú invocarle.
Joás. ¿Vería yo adorar, en tanto, á otro?

Atalía. Tengo un dios; sírvole: tú sirve al tuyo:
son dos potentes dioses.
Joás. De temerse
es el mío, señora: es el Dios solo:
el tuyo es nada.
Atalía. Cerca de mí, tú nadarás en goces.
Joás. La dicha de los malos
cual torrente se va.
Atalía. Los malos ¿quiénes son?
Josabet. ¡Oh señora, perdón!
un niño...
Atalía. Cómo le instruís ver quiero.
En fin, sabido has, Eliacim, placerme.
Sin duda, no eres tú un vulgar niño.
Lo ves: soy reina; fáltame heredero.
Deja esa veste; deja el vil oficio.
Te quiero enriquecer con mis tesoros.
Desde hoy la fe de mis palabras prueba.
En mi mesa y doquier á par sentado
de mí, tratarte anhelo cual á un hijo.
Joás. ¿Cual á hijo tuyo?
Atalía. ¿Qué? ¿callas?
Joás. ¡Qué padre
yo dejaría! ¡Y por...
Atalía. ¡Di!
Joás. por qué madre!
Atalía. Es su memoria fiel: en cuanto dice
tu mente y la de Joad yo reconozco.
He aquí cuál ambos empleáis el ocio
que os doy, en pervertir la adolescencia
candorosa. Nutrís ya su odio y furia:
no me nombráis ante él sino execrándome.
Josabet. ¿Cómo ocultarle nuestra triste historia?
La sabe el orbe; en ella ves tu gloria.
Atalía. Sí; mi justo furor — de él me glorío —
mis padres ha vengado para siempre.
Vi á mi padre y hermano acuchillados,
de lo alto de su alcázar á mi madre
precipitada, y en un mismo día
—¡qué espectáculo horrendo! — degollados
á un mismo tiempo ochenta hijos de reyes.
¿Y por qué? Por vengar ciertos profetas,
cuyas efervescencias indiscretas
aquélla reprimiera.
Y yo, reina sin corazón, hija no amante,
esclava de una lástima infamante
y frívola; ¡yo no pagué siquiera
aquel furor salvaje;
muerte por muerte, ultraje por ultraje;
ni de vuestro David traté los nietos,
cual se trató de Acab el cuerpo flébil!
¿Dónde yo hoy estuviera,
si, dominando mi flaqueza,
no ahogara yo la maternal terneza?
si de mi propia sangre no vertiera
olas mi mano y con osado golpe
no reprimiera vuestras sediciones?
En fin, de vuestro Dios la cruel venganza
destroza toda alianza
entre la vuestra y nuestra dinastía.
Horror tengo á David; y su progenie,
bien que de mí nacida, me es extraña.
Josabet. ¿En todo prosperaste? Dios lo vea,
y nos juzgue.
Atalía. Ese Dios, por tanto tiempo,
vuestro único refugio — ¿qué se aguarda
ya de sus predicciones?
Déos ese rey, á las naciones
prometido, aquel hijo de David,
vuestra esperanza, expectación...
Verémonos otra ocasión.
Adiós. Contenta voy: ver quise; he visto.
Abner (á Josabet). El depósito, cual te prometí,
devuélvote, que recibí de ti.

ESCENA VIII.

Joad. Josabet. Joás. Zacarías. Abner. Salomit. Levitas, el Coro.

Josabet (á Joad). ¿Oiste á esa reina soberbiosa,
señor?
Joad. Todo lo oía;
y tus angustias compartía.
Prestos están conmigo
á socorrerte estos levitas;
prestos estamos á morir contigo.
(Á Joás abrazándole.)
Dios por ti vele, niño, cuyo aliento
tan noble testimonio dió á su nombre. —
Abner, tu gran servicio te agradezco.
Recuerda la hora en que Joad te espera.
Y nosotros, á quien manchó los ojos,
turbó el orar, esa mujer impía
y matadora, á entrar tornemos: lave
puro cruor, de mis manos derramado,
aún el mármol por su planta hollado.

ESCENA IX.

El Coro.

Una de las doncellas del Coro:

¿Qué estrella nácenos fulgente?
Un día ¿qué será de niño tan sin par?
Conculca el fasto singular;
no le derriba el mundo riente
con sus mil lazos de halagar.

Otra:

Del dios de Atalía al altar
van todos prestos á incensar;
en tanto fuerte un niño fiel
proclama al solo eterno Dios.
Cual de otro Elías es su voz
delante estotra Jezabel.

Otra:

¿Quién nos revelará tu filiación secreta,
niño caro? ¿Eres tú de algún santo profeta?

Otra:

Así crecer se vió al gentil Samuel
del tabernáculo á la sombra;
y su pueblo sostén y oráculo le nombra.
¡Si fueras tú, cual él, consuelo de Israel!

Otra canta:

¡Oh cuánta felicidad
la del niño que á Dios ama
y acata ya en su tierna edad!
¡Dios á él se inclina y luz derrama!
Creció en la soledad; el cielo le atavió
de todo don desde la cuna;
ni trato contagioso suscitó
á su inocencia sombra alguna.

Todo el Coro:

¡Oh feliz niñez dichosa,
Dios es tu luz y tu égida amorosa!

La misma voz sola:

Tal en un oculto val
crece cabe la onda pura
y sin temor del vendaval
tierna azucena, amor de la natura.
Creció en la soledad; el cielo le atavió
de todo don desde la cuna;
ni trato contagioso suscitó
á su inocencia sombra alguna.

Todo el Coro:

¡Oh feliz, feliz sin par
el niño á quien Dios dió sus leyes adorar!

Una voz sola:

¡Dios mío, la virtud naciente
cuán insegura va por entre tanto azar!
El alma dada á ti, que ser quiere inocente,
¡cuánto adversario ha de encontrar!
¡cuánto enemigo se arma en guerra!
Tus santos ¿dónde asilo hallar?
De impíos llena está la tierra.

Otra:

¡Oh alcázar de David, ciudad de bendición,
monte ínclito de Dios, del mismo Dios mansión!
¡cuál del cielo el furor descarga en tu osadía!
Sion, cara Sion, ¿qué dices al mirar
á una extranjera impía
el trono ¡ay! de tus reyes ocupar?

Todo el Coro:

Sion, cara Sion, ¿qué dices al mirar
á una extranjera impía
el trono ¡ay! de tus reyes ocupar?

La misma voz continúa:

En vez de cánticos de honor
do te cantó David sus éxtasis de amor,
á su Dios y señor y padre loa pía;
Sion, cara Sion, ¿qué dices al mirar
loar al Dios de la extranjera impía
y el nombre que adoró tu solio, blasfemar?

Una voz sola:

¿Hasta cuándo, Señor, veremos, hasta qué hora
doquier á la maldad contra ti guerrear?
Te vienen á befar hasta en tu santo altar;
y necio dicen ya al pueblo que te adora.
¿Hasta cuándo, Señor, veremos, hasta qué hora
doquier á la maldad contra ti guerrear?

Otra:

«¿Qué os sirve», dicen, «qué? esa virtud bravía?
¿Tanto encantador placer
no gozáis que os brinda el día?
Á vuestro Dios, ¿qué agradecer?»

Otra:

«¡Reir, cantar!» dice ese gente impía.
«¡De placer en placer, de flor en flor!
¡Estulto quien su amor
y su temor al porvenir confía!
Nuestro vivir se va; incierto es el vivir.
Cojamos prontos hoy del mundo la alegría.
Quizá mañana es el morir.» —

Todo el Coro:

¡Que lloren, oh mi Dios, que crujan de pavura
los tristes que la eterna hermosura
de tu ciudad sagrada no verán!
Nuestro es el jubilar: nos muestras inmortales
tus luces divinales.
Nuestro es tu gloria loar y tu piadoso afán.

Una voz sola:

De todo aquel placer do se hunde su alma vana,
¿qué les ha de quedar? —Lo que de un sueño insana
despierta el alma, y ve su error.
Al despertar — ¡oh despertar de horror! —
en tanto de tu mesa amable
el pobre goza en paz, y paz dulce inefable;
la copa beberán, la horrenda, inagotable
que tú presentarás, día de tu furor,
á toda la casta culpable.

Todo el Coro:

¡Oh despertar de horror!
¡Oh sueño no durable!
¡Oh peligroso error! —

ACTO III. ESCENA I.

Matán. Nabal. El Coro.

Matán. Doncellas, id, y á Josabet se anuncie
que aquí la quiere hablar Matán á solas.

Una de las doncellas del Coro.
¡Matán! ¡Oh Dios del cielo, plega hundirle!
Nabal. ¿Qué es esto? ¿Se dispersan, huyen [todos
sin responder?
Matán. Lleguémonos.

ESCENA II.

Zacarías. Matán. Nabal.

Zacarías. ¿Adónde
adelantarte intentas, temerario?
Guárdate de avanzar de ese paraje:
mansión es santa de ministros santos.
Vedan á todo extraño entrar las leyes.
¿Qué buscas? El aspecto criminoso
del idólatra impuro, en este día
solemne, huye mi padre; mientras teme
mi madre, ante el Señor postrada, turben
su devoción legal.
Matán. Esperaremos,
hijo mío; turbarte ya no quieras.
Deseo hablar á tu preclara madre;
á ella enviado por la reina vengo.

ESCENA III.

Matán. Nabal.

Nabal. Sus hijos tienen ya su altiva audacia.
Mas ¿qué en tal ocasión quiere Atalía?
¿De dónde en su pensar el desatino?
Del atrevido Joad esta mañana
ofendida, y en sueños por un niño
fatal amenazada, á sus furores
Joad pensó inmolar, y en este templo
poner, por fin, á Baal y á ti. Tu gozo
me habías ya confiado, y yo mi parte
de botín tan opimo prometíame.
¿Quién tal mudó sus votos irresueltos?
Matán. De dos días atrás la desconozco,
amigo mío. Ya no es esa reina
clarovidente, intrépida, á su sexo
tímido superior; que al enemigo
rápida sorprendía, aniquilaba;
que de un perdido instante conociera
todo el valor. Perturba á esta grande alma
de un frívolo remordimiento el miedo.
Duda, vacila; es mujer, en suma.
De amargor y de hiel, poco ha, llenárale
yo el corazón herido ya del cielo
amenazante. Fió de mí ella misma
su venganza, ordenándome su guardia
juntar, poner en armas. Pero, sea
que ese niño, delante ella traído,
— abandonado, dicen, por sus padres
á su suerte — el temor menoscabara
de un temeroso sueño; sea que ella
en él viera no sé qué de hechicero —
he hallado varia, vacilante su ira;
y ya el vengar dilata hasta mañana.
Entre sí sus proyectos destruirse
parecen todos. — «Me he informado», díjele,
«de la fortuna de este niño. Ensalzan
su ascendencia á porfía; y Joad le muestra
de cuando en cuando á los facciosos, y hace
que, cual á otro Moisés, le aguarde el pueblo;
y en supuestos oráculos se funda,
á ellos apela.» — Roja se tornara
su frente á mis palabras. Nunca obtuvo
feliz embuste un éxito tan presto.
«¿Es mío marchitar de incertidumbre?
¡Salir», dijo, «salir de esta zozobra!
Tú mismo á Josabet lleva este reto:
La llama brotará; está el fierro pronto;
nada estorba el estrago de su templo,
si no es mi rehén, de su fe en prenda, el niño.»
Nabal. Ahora bien, ¿por un ignoto niño,
que en sus brazos tal vez puso el acaso,
querrán que, sepultado so la hierba
su templo...
Matán. ¡Ah, de los mortales todos
conoce al más soberbio. Antes que un niño,
consagrado á su Dios por Joad, entregue
en mis manos Joad, sufrir verásle
la más terrible muerte. Está á la vista,
de otra parte, su amor por este niño.
Si he comprendido bien lo que la reina
refiere, sabe Joad más de su origen
que lo que dice. Empero, quienquier sea,
preveo que funesto habrá de serles.
Se negarán. De lo demás respondo;
y espero que, por fin, la llama, el fierro,
mi vista libren de este templo odioso.
Nabal. ¿De dónde te vendrá aversión tan
honda?
¿Transpórtate de Baal acaso el celo?
Cuanto á mí, tú lo sabes, yo ismaelita,
ni sirvo á Baal ni al Dios de los judíos.
Matán. ¿Te ocurre, amigo, que un estulto celo
por un vano ídolo cegarme puede?
¿por leño frágil, que, mi afán burlando,
carcomen los gusanos lentamente,
sobre su altar? Ministro por la cuna
del Dios á quien se adora en este templo,
Matán tal vez sirviérale aun hoy día,
si con su estrecho yugo bien se hallaran
la soberbia ambición, la sed de mando.
¿Fuerza será, Nabal, que te recuerde
la entre Joad y yo grande querella,
cuando osé el incensario [1] disputarle?

[1] Insignia del sumo sacerdocio.

¿mis intrigas, mis luchas y mi lloro,
mi desesperación? Por él vencido
entré en otra carrera, y á la corte
se estrechó mi alma toda. Y palmo á palmo
ganéme de los reyes la confianza;
luego en oráculo mi voz alzóse.
Su corazón sondaba; sus caprichos
lisonjeaba; sembrábales de flores
el borde del abismo. Nada me era
sagrado, si conforme á sus pasiones;
medida y peso, á su placer, mudaba.
Cuanto de Joad la indómita rudeza
mortificaba de su oreja altiva
la blandura; otro tanto yo halagábales
con mi sagacidad, á su mirada
velando lo lloroso; coloreando
con tintas apacibles sus furores;
pródigo, sobre todo, de vil sangre.
En fin, al nuevo dios introducido
de Atalía, sus manos fabricaron
un templo. De mirarse profanada,
llorara Sion; la tribu de levitas
se consternó, lanzando hacia los cielos
ululato de horror. Yo solo, dando
á los hebreos tímido ejemplo,
desertor de su ley, lo hecho aprobara;
y merecí de Baal el sacerdocio;
y á mi rival trocárame terrible;
ceñí la tiara, y seguí igual camino.
Y sin embargo, en esta inmensa gloria,
— confiésolo — persígueme el recuerdo
del Dios que abandoné, y aún me arroja
cierto vago terror en medio al alma;
y esto es lo que duplica y alimenta
mi furia. ¡Venturoso, si lograre,
su templo en mi venganza fulminando,
convencer, por fin, su odio de impotencia
y entre ruinas, en medio á estrago y muertos
matar, á fuerza de atentados, todo
remordimiento mío! — Mas ya viene
Josabet.

ESCENA IV.

Josabet. Matán. Nabal.

Matán. Enviado por la reina
la calma á restaurar, romper los odios,
princesa, en quien espíritu tan suave
los cielos inspiraran; no te asombre
que me dirija á ti. Un rumor que afirma
— yo sospeché, con todo, ser embuste —
los avisos que en sueños ella tuvo
acerca de Joad, quien acusado
es de conjuraciones peligrosas;
á punto estaba de atraer de su ira
las ondas todas. Mis servicios hora
no quiero encarecerte. Sé lo injusto
que conmigo es Joad. Pero mercedes
á la ofensa oponer es necesario.
De paz, en fin, yo mensajero vengo.
Vivid, solemnizad, sin nube alguna,
las fiestas vuestras. Una prenda sola
de sumisión exígeos Atalía;
y es — hice cuanto pude para de ello
disuadirla — ese huérfano que dice
haber visto.

Josabet. ¡Eliacim!

Matán. De ella, por esto,
un tanto me avergüenzo. Demasiado
le importa por ventura un vano sueño.
Empero os declaráis sus enemigos
mortales vos, si al punto no se pone
ese niño en mis manos. Impaciente
la reina aguarda la que deis respuesta.

Josabet. ¡Y he ahí la paz que de su parte
se nos anuncia!

Matán. ¿Es dable que aceptarla
vaciléis un momento? ¿Por un poco
de complacencia es cara?

Josabet. Si pudiera
Matán, sin antifaz, su pecho injusto
domar, y forjador de males tantos
funesto promover alguna sombra
de bien, yo me pasmara.

Matán. ¿Qué te quejas?
¿Con furia de los brazos te arrebatan
á tu hijo Zacarías? ¿Quién el otro
niño es que así le améis? Me maravilla
á mí, á mi vez, este acendrado afecto.
¿Será él para vosotros un tesoro
tan valioso, tan raro? ¿Será acaso
libertador que os va formando el cielo?
Reflexionad: la negativa vuestra
podría los rumores confirmarme
que ya á cundir han empezado sordos.

Josabet. ¿Qué rumores?

Matán. Que el niño es de alta cuna;
que á algo grande destínale tu esposo.

Josabet. Y Matán por aquesta voz que halaga
á su furor...

Matán. Princesa á ti te incumbe
desvanecer mi error. Sé que, contraria
jurada del mentir, Josabet diera,
si menester, la vida misma, á trueque
de no faltar á la verdad un ápice.
¿No hay, pues, de la fortuna de este niño
ningún vestigio? ¿Su linaje oculto
está en profunda noche? ¿Quién sus padres
son tú no sabes ni de cúyas manos
Joad en su regazo recibióle?
Habla: te escucho, á darte fe dispuesto.
Princesa, al Dios que sirves, glorifica.

Josabet. Malvado, bien te está nombrar audace

así á un Dios que á blasfemar enseña
tu boca. ¿Tú dar testimonio puedes
de la verdad? ¿tú, mísero, sentado
en la del fetor cátedra, do reina
la mentira y derrama su veneno?
¿tú, nutrido en el dolo y felonía?

ESCENA V.

Joad. Josabet. Matán. Nabal.

Joad. ¿Dó estoy? ¿De Baal no miro al sacerdote?
¿Qué? hija de David, ¿tú departiendo
con aquese traidor? ¿tú sufrir te hable?
¿Y no temes suba al instante el fuego
del fondo del abismo, so sus plantas
entreabierto, y te abrase, ó que esos muros
se derruequen sobre él y te trituren?
¿Qué quiere? ¿Con qué faz ese enemigo
de Dios infesta el aura que se aspira
aquí?

Matán. Se reconoce en el transporte
á Joad. Mostrar, con todo, más prudencia
debiera y á una reina acatamiento,
y no befar al que ella enviar se digna.

Joad. Y bien, ¿qué de siniestro nos anuncia?
Ministro tal, ¿qué traerá de horrendo?

Matán. Su voluntad á Josabet he dicho.

Joad. ¡Lejos de mí, pues, de impiedad aborto!
De todos tus horrores, marcha, colma
la medida: á reunirte con la raza,
con Abirón, Datán, está Dios pronto,
con Doeg, Aquitofel: raza perjura.
Los perros á que el brazo presentara
Jezabel, esperando á que la furia
estalle sobre ti de Dios, aguardan
á tus puertas y claman por su presa.

Matán (turbándose).
Antes de anochecer ... quién de nosotros
veremos ... debe ... Mas, Nabal, salgamos.

Nabal. ¿Qué te anonada? ¿qué te desatienta?
Vé por aquí.

ESCENA VI.

Joad. Josabet.

Josabet. Ya rompe la tormenta.
Furiosa á Eliacim pide Atalía.
De su linaje y del designio tuyo,
señor, ya se traslucen los arcanos.
Por poco me nombró Matán su padre.

Joad. El pérfido Matán, ¿quién lo diría?
¿Tu zozobra á Matán en demasía
no habló?

Josabet. Conatos hice soberanos
por dominarme. En tanto, urge el peligro;
créemelo, señor. Para otros tiempos
mejores reservemos este niño.
Mientras que deliberan los malvados,
antes de que le cerquen, nos le arranquen,
permíteme segunda vez le oculte.
Puertas, vías le están aún abiertas.
¿Á las playas llevarle más desiertas,
más hórridas, es menester? Soy pronta.
Sé un oculto sendero, do invisible,
de Cedrón el torrente atravesando
con él, iré al desierto en donde un día,
como nosotros, fugitivo entróse
David ante la muerte, cuando huía
de un hijo revoltoso el seguimiento.
Menos temo por él los leones y osos...
Mas ¿por qué de Jehú rehusar la ayuda?
Por ventura un recurso te presento.
Confiemos á Jehú este tesoro.
Hoy puede conducírsele á su reino;
y desde allí hasta él la vía es breve.
No es Jehú de corazón feroce,
inexorable; de David es grato
á sus ojos el nombre. ¡Ah! ¿tan atroce
es este rey — á menos que por madre
tenga otra Jezabel — que el infortunio
de suplicante tal no le conmueva?
¿No es su causa de todo rey la causa?

Joad. ¿Qué tímidos consejos sugerirme
osas? ¿La protección esperar puedes
de Jehú?

Josabet. ¿Dios veda todos los cuidados,
y toda previsión? ¿No se le ofende
también por los sobrado confiados?
¿No empleó en sus sacras obras los humanos,
cuando del mismo Jehú armó las manos?

Joad. Jehú, por la abismal sabiduría
divina electo; Jehú, en quien se funda
— lo veo — tu esperanza, sus favores
con un olvido, ingrato en demasía,
ha pagado. Jehú, que á la nefanda
hija de Acab en paz dejando, sigue
los profanos ejemplos de los reyes
de Israel y los templos del vil numen
de Egipto ha conservado; Jehú, por último,
que en las alturas á ofrendar se atreve
un temerario incienso que Dios odia;
no tiene el corazón bastante recto
ni las manos bastante inmaculadas
para servir su causa y sus injurias
vengar. No, no: fuerza es que descansemos
en sólo Dios. Y lejos de ocultarle,
mostremos á Eliacim; su sien ornemos
con la diadema real. Aun quiero la hora
fijada prevenir, antes que pueda
Matán trama forjar suplantadora.

ESCENA VII.

Joad. Josabet. Azarías, seguido del Coro y varios Levitas.

Joad. Di, Azarías, ¿está el templo cerrado?
Azarías. Mandé y cerrar miré sus puertas todas.
Joad. ¿Quedáis en él tú solo y tu sagrado ejército?
Azarías. Dos veces recorriera
los sacros ámbitos. Huyeron todos;
todos se dispersaron de carrera,
grey del temor disuelta miserable;
y Dios tan sólo de la tribu santa
es ya servido. Desde que este pueblo
de Faraón huyó, jamás con tanta
conmoción se aterró.
Joad. ¡Pueblo menguado
en verdad, para esclavo ser nacido,
únicamente contra Dios erguido!
Nuestra obra prosigamos.—Mas ¿qué queaún estas doncellas con nosotros? [dan
Una de las doncellas del Coro.
¡Ay, señor! ¿de ti cómo separarnos?
¿En el templo de Dios extrañas somos?
Nuestros padres y hermanos te circuyen.
Otra.
¡Ay me! Si, por vengar de Israel la afrenta,
no es dado á nuestras manos, cual un día
á Jahel, taladrar la sien impía
de los opuestos al Señor; podemos
inmolar á lo menos nuestra vida.
Cuando de su sagrario la embestida
sostengan vuestros brazos; invocado
por nuestro llanto derramado
al menos él será.
Joad. ¡Ve, pues, quién se arma
tu vengador, Sabiduría eterna:
¡levitas, niños! Mas, si tú su amparo,
¿quién será á quebrantarlo poderoso?
Si quieres, de la tumba tú nos llamas;
hieres y sanas; matas, resucitas.
En sí no estriban, sino en el tu nombre,
sobre ellos tantas veces invocado:
sino en los juramentos que juraste
al santo de sus reyes, sino en este
templo que á tu mansión has consagrado,
y que habrá de durar lo que el sol dure.—
Mas ¿de dó el santo horror que mi alma
agita?
¿Es de Dios el Espíritu quien me alza?
Él es; me abrasa; habla; mis ojos se abren:
la noche se me aclara de los siglos.
Prestad, levitas, el concento vuestro;
de su [1] aura los transportes secundad.
El Coro (canta con acompañamiento de todos los instrumentos).
Resuene del Señor la voz, y eterna
verdad: sea ella á nuestro corazón
lo que es á la hierba tierna
rocío estivo, de la aurora don.
Joad. Cielos, oid mi voz; escucha, tierra.
No digas ya, oh Jacob, que tu amo duerme.
Despareced, inicuos: Dios despierta.
(Recomienza la sinfonía, y Joad de pronto vuelve á hablar.)
¡Cuál el puro oro en polvo vil trocóse! [2]
¿Quién es este pontífice matado
en el lugar sagrado? [3]
Llora, Solima, llora,
oh pérfida ciudad,
de los profetas divinales
malhadada matadora.
Su amor á ti Dios lejos ha arrojado;
tu olíbano á sus ojos es manchado.—
¿Adó lleváis aquesos niños?
¿esas mujeres dó?
Dios á la ciudad-reina derrocó.
El sacerdocio está cautivo:
lanzó sus reyes triunfador altivo;
no quiere Dios tener ya honor festivo.
¡Á tierra, templo! ¡cedros, á las llamas!
Salem, de mi dolor motivo,
¿qué mano te arrancó en sólo un día
tus gracias y alegría?
¿Mis ojos quién hará fuentes de llanto,
para tu desventura lamentar?
Azarías. ¡Oh templo santo!
Josabet. ¡Oh David!
El Coro. Dios de Sion, memora;
memora en su favor tu antiguo fiel amor.
(La sinfonía comienza otra vez; y Joad un momento más tarde la interrumpe.)
Joad. ¿Qué nueva Jerusalén
del fondo del desierto, irradiada
de lampo, se levanta y señalada
la frente con carácter inmortal?
Pueblos de la tierra, jubilad:
Salem renace más graciosa y bella.
¿De dó le afluyen de doquiera
los que hijos en su seno no tuviera?
Alza, Solima, yergue alta la frente:
ve todos esos reyes, asombrados
de tu esplendor. En tierra están postrados
los príncipes de la pagana gente
en tu presencia, y de tu planta están
besando el polvo. De tu lumbre van

[1] Del Espíritu. [2] El fin del reinado de Joás.
[3] Zacarías, á quien Joás hizo lapidar.

en pos los pueblos todos á porfía.
¡Feliz á quien de Sion el santo ardor
abrase y caridad!
Cielos, rociad:
y germine la tierra al Salvador.

Josabet. ¡Ay! ¿de dó vendrá tan sin igual favor,
si ningún rey de quien venir el Salvador...

Joad. Vé, Josabet, por la diadema rica
que David mismo en las sagradas sienes
llevó. (Á los levitas.)
Y vosotros, tras de mí viniendo,
armaos en aquel secreto sitio
que, de profanos ojos alejado,
guarda ese acervo de astas y de espadas
formidable, de sangre filistea
en otros tiempos hartas, y que, lleno
de años y gloria, consagrar hiciera
el triunfador David
á Dios, que amparo suyo fuera.
¿En más sublime lid
empleárselas pudiera?
Yo mismo á repartirlas voy: venid.

ESCENA VIII.

Salomit. El Coro.

Salomit.
Hermanas, ¡qué temor, ansiar, agonizar!—
Omnipotente Dios, ¿primicias éstas,
timiamas son y hostias aquéstas,
que en tus altares hoy la ley manda ofrendar?

Una doncella del Coro.
¡Qué escena al ojo nuestro débil!
¿Quién nunca imaginó mirar
el acero mortal, y la azagaya flébil
en la mansión de paz brillar?

Otra.
¿De dónde que Salem de indiferencia muda
esté para su Dios en el presente azar?
¿De dó, hermanas, que el bravo Abner no acuda
y al menos con su voz nos quiera proteger?

Salomit.
En corte, ¡ah! donde no hay más ley que la elación,
y donde la violencia impera;
do la honra, el lucro premios son
de la obediencia vil, sin ojos y rastrera;
por la inocencia lastimera,
mi hermana, ¿quién ha de abogar?

Otra.
En riesgo tanto y confusión extrema,
¿para qué prevenir la sacra diadema?

Salomit.
El Señor se ha dignado hablar.
Pero ¿quién nos dirá lo que él de revelar
acaba á su profeta ahora?
¿Se arma su mano defensora?
¿se arma su mano á exterminar?

Todo el Coro (canta).
¡Oh esperanza! ¡oh temor! ¡oh impenetrable arcano!
¡Cuánto bien, cuánto mal predícese á su vez!
¿Cómo furor y amor tan soberano
únense en estrechez?

Una voz sola:
Sion ya no será: la flama despiadada
va á anonadar su claridad.

Otra voz:
Protege Dios á Sion; que en su eternal verdad
está Sion fundada.

La primera:
Yo miro su esplendor: muriendo todo está.

La segunda:
Yo veo por doquier su lumbre difundida.

La primera:
En hondura abismal Sion ha sido hundida.

La segunda:
Su frente al cielo toca ya.

La primera:
¡Qué triste postración!

La segunda:
¡Qué sempiterna gloria!

La primera:
¡Qué gritos de dolor!

La segunda:
¡Qué cantos de victoria!

La tercera:
No nos turbemos ya: arcano es de temor,
que un día Dios hará clarores.

Las tres:
Temamos sus furores;
esperemos en su amor.

Otra:
Quien te ama fino,
mi Dios, ¿turbada ve su paz?
En todo busca tu querer divino;
no se busca á sí jamás.
La tierra, el cielo peregrino
¿ostentan otro bien que la profunda paz
de tu amor fino?

ACTO IV. ESCENA I.

Joás. Josabet. Zacarías. Salomit. Un levita. El Coro.

Salomit. Con paso majestuoso se levanta,
al lado de mi madre, con mi hermano,
el joven Eliacim. Dentro esos velos,
hermanas mías, ¿qué entrambos traen?
¿Qué es esa espada, en fin, que ante ellos marcha?

Josabet (á Zacarías).
Pon reverente en esta mesa, oh hijo,
de nuestra santa ley el pavoroso
libro; y tú pon, Eliacim amable,
junto al divino libro esa alta venda.
Levita, colocar es necesario,
la espada de David — Joad lo manda —
cercana á la davídica diadema.
Joás. Princesa, ¿qué nuevo espectáculo éste?
¿Á qué este libro santo, espada, venda?
Desque el Señor me recibió en su templo,
no vi de semejante pompa ejemplo.
Josabet. Claro verás luego, hijo mío, todo.
Joás. ¿Á mi sien probar quieres esa venda?
Princesa, ¡ah! no profanes, no, su gloria,
del rey que ornó, respeta la memoria.
Un triste niño, expósito á los osos....
Josabet (probándole la diadema).
Deja, hijo mío: hago lo mandado.
Joás. Mas oigo que sollozos se te escapan.
Princesa, ¿lloras? ¿Qué piedad te hiere?
¿Será que en holocausto hoy presentado,
yo deba, cual en época pasada
la prole de Jefté, placar las iras
divinas con mi muerte? Nada tiene
el hijo, ¡ay! que no sea de su padre.
Josabet. Tienes ahí quien te dirá del cielo
la voluntad. No temas, no; y salgamos
de aquestos ámbitos nosotras todas.

ESCENA II.

Joad. Joás.

Joás (arrojándose en brazos del sumo sacerdote).
¡Mi padre!
Joad. ¿Y qué, hijo mío?
Joás. ¿Qué es, pues, esto
que se previene?
Joad. Justo es, hijo mío,
te lo declare; es menester conozcas,
tú el primero, las miras soberanas
del Señor con su pueblo y las contigo.
Ármate de valor y de fe nuevos.
Tiempo es de mostrar ese celo ardiente,
que de tu corazón han cultivado
en el fondo mi amor y mi cuidado;
y de pagar á Dios lo que le debes.
¿Sientes tan noble y generoso anhelo?
Joás. La vida darle, si la quiere, ansío.
Joad. Leyósete á menudo de los reyes
nuestros la historia. ¿Acuérdaste, hijo mío,
cuánto imponerse debe estrechas leyes
un rey merecedor de la corona?
Joás. Un sabio rey—Dios mismo tal lo dice—
en la riqueza y oro no se funda;
teme al Señor su Dios y ante los ojos
sin cesar tiene sus preceptos, leyes,
severos juicios, y con carga injusta
no agobia sus hermanos.
Joad. Mas, si hubieses
de escoger por dechado algún rey de éstos,
¿á quién elegirías, hijo mío?
Joás. David, en fiel amor á Dios ardiendo,
el ejemplar paréceme más alto
de grandes reyes.
Joad. Luego, los excesos
del infiel Joram, impio Ocosías
no imitarás?
Joás. ¡Oh padre mío!
Joad. Acaba,
di, ¿qué piensas?
Joás. ¡Perezca tal cual ellos
quienquiera semejante á ellos sea! —
Mi padre, ¿así delante mí te veo?
Joad (postrándose á sus pies).
Como á mi rey te reverencio. Digno
de tu abuelo David, Joás, te torna.
Joás. ¿Joás? ¿Yo?
Joad. Te diré por qué gran gracia,
Dios, burlando el designio de una madre
furibunda, en tu seno ya su daga
hundida, te eligió, salvó de enmedio
de la matanza. Todavía libre
no estás de su furor. Con la misma ansia
que en otro tiempo quiso al postrer vástago
de su hijo en ti matar, perderte intenta
su crueldad, y so el nombre que te oculta,
aun hoy persíguete. Juntar, empero,
bajo tus estandartes he logrado
un pueblo dócil y á vengarte pronto. —
Entrad, ilustres jefes de las sacras
familias, y del ara sacra alternos
pontífices de honor.

ESCENA III.

Joás. Joad. Azarías. Ismael, y los otros tres jefes de los levitas.

Joad (continúa). Los vengadores,
rey, helos, de tu causa amenazada.
Levitas, ved al rey que os prometiera.
Azarías. ¡Qué! ¿Eliacim?
Ismael. ¡Qué! ¿ese amable niño?...
Joad. Él de los reyes de Judá heredero
legítimo es; el vástago postrero
del mísero Ocosías y llamado,
como sabéis, Joás, desde la infancia.
De esta tan tierna flor, cegada en cierne,
todo Judá, cual vos, lloró el destino:
envuelto le creyó en la común ruina
de sus hermanos. El puñal aleve
que los hirió, le hirió. Mas Dios el daño

supo alejar de la mortal herida;
guardó en su yerto corazón la vida,
permitió que los ojos vigilantes
de los sayones Josabet burlara;
que, en su seno guardado, le sacara
todo sangriento; y como yo tan sólo
de su robo supiera, guardó al niño
con la nutriz dentro del templo.

Joás. ¡Ah! ¿cómo
nunca amor y bien tantos pagar, padre?

Joad. Guarda tal gratitud para otros tiempos.—
He ahí, pues, á vuestro soberano,
vuestra única esperanza. Conservarle
hasta hoy mi afán ha sido: sublimarle
os toca á vos. No bien la matadora
hija de Jezabel sepa que mora
Joás entre los vivos todavía;
á hundirle volverá en la tumba umbría.
Sin conocerle, ya matarlo intenta.
Á vos os toca, santos sacerdotes,
su furia prevenir; romper se debe
de los de Israel la esclavitud y afrenta,
vengar á vuestros príncipes matados,
vuestra ley restaurar, y á las dos tribus
hacer reconocer su soberano.
La empresa cierto es grande y peligrosa.
En su trono una reina soberbiosa
ataco, la que ve so sus banderas
marchar osadas huestes extranjeras,
marchar hebreas huestes renegadas.
Mi fuerza, empero, es Dios, por quien combato.
Pensad que en este niño Israel reside
todo. Ya Dios á conturbarla empieza
vengador; y burlando su cuidado,
juntaros á vosotros ya he logrado.
Nos cree aquí sin armas, sin defensa.
Coronemos á Joás y proclamémosle
sin mora. Vamos, desde aquí, soldados,
al nuevo soberano denodados,
invocando al señor de las batallas,
y en los pechos dormidos despertando
la confianza; y la enemiga nuestra
busquemos hasta dentro de su alcázar.
Y viéndonos adelantar armados
y con sacro esplendor, ¿qué corazones,
bien que sumidos en cobarde sueño,
no correrán en pos de estos pendones?
de un rey, por Dios mismo en su templo criado?
del sucesor de Aarón, tras del que vienen
sus sacerdotes y que al campo lleva
los hijos de Leví, que asidas tienen
en esas mismas manos respetadas
de los pueblos, las armas consagradas
por David al Señor? En sus contrarios
derramará Dios su terror. Hundíos
en la infiel sangre sin horror, matando
tirios y aun israelitas. ¿No sois hijos
de aquella prole de Leví famosa,
que, cuando al dios del Nilo Israel voluble
ara alzó en el desierto criminosa,
de su propia más cara parentela
santamente homicidas, consagraran
en el cruor de los pérfidos sus manos
y por tan noble hazaña os conquistaran
la dignidad de ser vosotros solos
de los altares del Señor ministros?
Pero ya arder os veo por seguirme,
Jurad, pues, ante todo, por el libro
excelso, al rey que hoy os devuelve el cielo:
vivir, luchar por él hasta la muerte.

Azarías. Sí; aquí lo juramos por nosotros
por los hermanos todos: repondremos
á Joás de sus padres en el trono,
y el fierro á nuestras manos confiado
no depondremos mientras él vengado
de sus contrarios todos no se vea.
Si alguno criminal rompe este voto,
pruebe, gran Dios, tus iras vengadoras;
y él y sus hijos, de tu herencia exclusos,
sean como esos muertos que tú ignoras.

Joad. ¿Y tú á esta ley, tu eterna regla,
no juras, rey, ser fiel eternamente?

Joás. ¿Cómo no ser á ley tal yo obediente?

Joad. ¡Oh hijo mío! — me atrevo aun de este modo
á nombrarte; soporta mi ternura;
las lágrimas perdona, que me arranca
por ti una asaz legítima pavura.—
No conoces, del trono lejos criado,
¡ay dolor! el hechizo emponzoñado
de este fatal honor. De la absoluta
potestad la embriaguez tú no conoces;
ni del villano adulador las voces
encantadoras. Os dirán en breve
que las más santas leyes, del vil pueblo
señoras son, y esclavas de los reyes;
que un rey más ley que su querer no tiene;
que todo inmole á su grandeza suma;
que del llanto y afán el pueblo es reo;
que férreo cetro le gobierne quiere;
que, si no opreso, es opresor de cierto.
Y así de tus costumbres la pureza
amable con un lazo y otro lazo,
y de abismo en abismo, corrompiendo,
la verdad tornaránte al fin odiosa;
la virtud pintaránte pavorosa.
¡Ay! al más sabio rey desatentaron.
Vota por este libro y en presencia
de estos testigos: que será por siempre
Dios de tus pensamientos el primero,

que, severo á los malos y refugio
de los buenos, á Dios entre los pobres
y tú pondrás por juez; rememorando,
hijo mío, que, oculto so tu lino,
fuiste, cual ellos, vil; cual ellos, huérfano.
Joás. Voto guardar lo que la ley me ordena.
Mi Dios, castígame, si yo te dejo.
Joad. Vén: te has de consagrar con óleo sacro.—
Parece, Josabet; mostrarte puedes.

ESCENA IV.

Joás. Joad. Josabet. Zacarías. Azarías. Salomit. El Coro.

Josabet (abrazando á Joás).
¡Oh rey, de David hijo!
Joás. ¡Oh mi madre única!
Vén, caro Zacarías: á tu hermano
los brazos da.
Josabet (á Zacarías). Á las plantas, hijo mío,
de tu rey póstrate.
Joad (mientras se abrazan). ¡Tal, hijos, siempre podáis estar unidos!
Josabet (á Joás). Conque ¿sabes
qué sangre te dió vida?
Joás. Y sé qué mano,
sin ti, me la arrancara.
Josabet. Con tu nombre
nombrarte, pues, Joás, me es permitido.
Joás. Joás siempre será Joás.
El Coro. ¿Qué? Éste....
Josabet. Es Joás.
Joad. Á ese levita hablar dejemos.

ESCENA V.

Joás. Josabet. Joad, etc. Un levita.

Un Levita. Ignoro lo que contra Dios se trama.
Pero oigo que doquier la trompa clama;
entre estandartes vese refulgencia;
junta, sin duda, tropas Atalía.
No queda ya ni del socorro vía;
ya el monte sacro, donde el templo se alza,
está de audaces tirios lleno todo.
Blasfemando, uno de ellos nos ha expreso
que en Abner no confiemos: que está preso.
Josabet (á Joás).
Querido niño, por el cielo en vano
á mí dado, ¡ay! esfuerzo soberano
por salvarte hice. Dios ya no se acuerda
de tu padre David.
Joad (á Josabet). ¡Qué! ¿Tú no temes
sobre ti, sobre el rey, delicia tuya,
sus iras atraer? Y si quisiera,
por siempre arrebatándole á tus brazos,
extinguir la davídica familia,
¿no estás aquí sobre el sagrado monte,
en donde el padre de la hebrea gente,
sin murmurar, alzó brazo obediente
contra hijo inmaculado; puso en pira
de su vejez el fruto, abandonando
á Dios de su palabra el cumplimiento,
sacrificándole en el hijo caro
de su linaje la esperanza toda,
en él sólo encerrada?
Repartámonos,
amigos. Todo el lado del oriente
guarde Ismael; del septentrión, tú, el lado;
el occidental tú; tú el mediodía.
Nadie, con temeraria valentía,
ni sacerdote, ni levita, salga,
mi plan vendiendo, antes del templo; nadie
se precipite: cada cual, en suma,
guarde, del mismo espíritu animado,
hasta morir el puesto señalado.
El enemigo, á quien la furia ciega,
como grey vil nos mira destinada
al degüello, creyendo no hallar nada
aquí sino desorden, y terrores.
Doquier á par del rey vaya Azarías.
(Á Joás.)
Vén, caro vástago de raza fuerte:
llena de nuevo ardor tus defensores;
vén: cúbrete, á su faz, de la diadema;
y si fuerza es morir, marcha á la muerte
al menos como rey.
(Á un levita.) Josabet, síguele.
Y tú esas armas dame. Dad, doncellas,
á Dios el lloro puro y las querellas.

ESCENA VI.

Salomit. El Coro.

Todo el Coro:
Partid, hijos de Aarón, partid.
Nunca á más noble pugna armara
á nuestros padres su fe cara.
Partid, hijos de Aarón, partid.
Por vuestro rey, y Dios — pensadlo — combatid.
Una voz sola:
¿Dó los dardos son que lanzas,
gran Dios, en tu justo furor?
¿No eres ya el Dios celador?
¿No eres ya el Dios de las venganzas?
Otra:
¿Dó están, Dios de Jacob, tus prístinas bondades?
Entre la asediadora grima
¿no oyes más voz que de nuestras maldades?
¿No eres ya el Dios que se lastima?

Todo el Coro:

¿Dó están, Dios de Jacob, tus prístinas bondades?

Una voz sola:

Á ti pretende en esta guerra
sus flechas la impiedad, á ti no más tirar.
«Hagamos», dicen, «cesar
de Dios las fiestas en la tierra.
Alcemos del mortal su yugo de opresión.
¡Sus santos, al puñal! ¡Á su ara, destrucción!
¡Qué de su nombre y de su gloria
desaparezca la memoria!
Ni él ni su Cristo ya nos manden sujeción!»

Todo el Coro:

¿Dó los dardos son que lanzas,
gran Dios, en tu justo furor?
¿No eres ya el Dios celador?
¿No eres ya el Dios de las venganzas?

Una voz sola:

¡Nuestro flébil resto real,
cara postrera flor de vara tan hermosa,
¡ay me! segunda vez, ¿de una madre impiedosa
verémoste caer so la daga mortal?
Príncipe amable, di si contra el matador
por algún ángel fué tu cuna defendida;
ó si en el sepulcral negror
tus huesos revivió la voz del Dios de vida.

Otra:

Padre y abuelo alzó su frente contra vos:
¿y á éste se imputarán sus crímenes, gran Dios?
¿Por siempre tu piedad, por siempre le abandona?

Todo el Coro:

¿Dó están, Dios de Jacob, tus prístinas bondades?
¿No eres ya el Dios tú que perdona?

Una de las doncellas del Coro (sin cantar):

Caras hermanas, ¿resonar
las trompas no escucháis del tirio despiadado?

Salomit.

Oigo además — de horror tiemblo — el clamorear
del bárbaro soldado. —
¡Ea! corramos á buscar
la sombra generosa
de la casa de Dios medrosa! —

ACTO V. ESCENA I.

Zacarías. Salomit. El Coro.

Salomit. Querido Zacarías, di, ¿qué anuncias?

Zacarías. Redoblad al Señor vuestras plegarias ardientes. Ha llegado por ventura nuestra hora postrimera; está ordenado, hermana mía, el hórrido combate.

Salomit. ¿Y Joás?

Zacarías. Joás coronado ahora ha sido.
El sumo sacerdote en él vertiera
óleo sagrado. ¡Oh cielos! ¡qué alegría
en las miradas todas, contemplando
á ese rey de la tumba redimido!
Hermana mía, de la daga vese
aún la cicatriz. Su fiel nodriza
también se presentó; la que guardara,
del vasto templo oculta en un retrete,
esa querida prenda, sin testigo
de su solicitud sino la vista
de mi madre y Dios. Lágrimas de gozo
y de ternura los levitas nuestros
lloraban y mezclaban con sollozos
sus gritos de alegría. Placentero
en medio á sus transportes y sencillo,
él al uno la mano asía, al otro
miraba halagador; juró inspirarse
en su sincero amonestar; á todos
sus padres los llamó y hermanos suyos.

Salomit. ¿Ha trascendido fuera ya el secreto?

Zacarías. Aun dentro del templo se contiene
repartida la hueste de los hijos
de Leví, está á las puertas apostada
en silencio profundo. Todos deben
á una precipitarse, la consigna
gritando: «¡Viva el rey Joás!» Mi padre,
empero, aventurarse al rey prohibe,
y su guarda Azarías quiere sea.
Entre tanto Atalía, daga en mano,
de las broncíneas puertas nuestras ríe
los débiles baluartes. Por romperlos,
destrozadoras máquinas espera,
y en fin, sólo respira sangre y ruinas.
Algunos sacerdotes desde luego,
mi hermana, propusieron se guardase
en sótano, por nuestros padres hecho,
la arca preciosa, al menos, de la alianza.
«¡Oh timidez», mi padre ha dicho, «indigna,
blasfematoria!» El arca arruinadora
de tanta ufana torre, y refluidora
del curso del Jordán y triunfadora
mil veces de gentílicas deidades,
¿ella ha de huir ante mujer osada?
Mi madre, á par del rey y en mortal cuita,
ya al soberano ya al altar mirando,
muda, rendida al peso de su angustia,
el más cruel corazón moviera á lloro.
El rey, de vez en cuando, entre los brazos
la estrecha, la acaricia.... Hermanas caras,
seguid todas mis huellas, y si fuere
hoy menester que nuestro rey perezca,
vamos con él á idéntica fortuna.

Salomit. ¿Qué osada mano hiere formidable?
¿Quién así corre y turba esos levitas?
¿Qué precaución hace ocultar sus armas?
¿Está forzado el templo?
Zacarías. Tranquilízate.
Dios nos envía á Abner.

ESCENA II.

Abner. Joad. Josabet. Zacarías. Salomit. Ismael. Dos levitas.

Joad. ¿Creeré á mis ojos,
caro Abner? ¿Por qué senda, en medio al campo
asediador, hasta nosotros vienes?
Decían que de Acab la hija sacrílega,
por rematar sus deshumanos planes,
tus nobles manos aherrojado había.
Abner. Sí; mi celo, señor, y mi denuedo
temiera. Mas es éste el menor gaje
que sus furias guardábanme. De su orden
dentro al horror de una prisión cerrado,
esperaba que, el templo hecho cenizas,
de olas de sangre tantas aun no harta,
me libraría de importuna vida
la reina y cortaría una existencia,
que veces mil las penas terminaran
de yo sobrevivir mis soberanos.
Joad. ¿Por qué prodigio tu perdón se obtuvo?
Abner. Dios solo es sabedor de lo que pasa,
en ese corazón desapiadado.
Llamóme, y extraviada de semblante,
«Ves», díjome, «que el templo está circuído
de mis guerreros. Llama vengadora
lo mudará en cenizas: defenderlo
tu Dios de mí no lo podrá. Con todo,
sus sacerdotes — mas sin mora alguna —
salvar, á trueque de dos cosas, pueden:
junto con Eliacim venga á mis manos
un tesoro que sé conocen ellos,
por vuestro rey David, tiempos pasados,
reunido y con el sello del secreto
puesto en poder del sacerdote sumo.
Vé, díles que á tal precio vivir déjolos.»
Joad. ¿Qué partido tomar, Abner amado?
Abner. No sólo de David el oro todo,
Si es verdad que tesoro oculto guardas
davídico; mas cuanto rico y raro
de las manos de aquesta reina avara
librar pudiste, entrégalo. ¿Ó bien quieres
que á destrozar impuros asesinos
el ara y á abrasar sus querubines
vengan y atenten contra el arca nuestra
con mano temeraria y el santuario
amancillen con vuestra propia sangre?
Joad. Mas ¿será bien, Abner, que nobles pechos
entreguen al suplicio á un niño flébil,
un niño á quien Dios á mi custodia
confiara, y con su vida rescatarnos?
Abner. ¡Ay dolor! Dios mi corazón contempla.
¡Pluguiera á ese Dios de poderío
que de un niño inocente se olvidara
la reina, y con el cruor de Abner contenta
su crueldad, pensara por mi muerte
los cielos aplacar que la torturan!
Mas ¿qué tu afán inútil le aprovecha?
Si todos perecéis, ¿él no perece?
¿Dios tentar lo imposible os preceptúa?
Por obediencia á un déspota inflexible,
Moisés, al Nilo por su madre expuesto,
se vió, casi al nacer, en mortal trance.
Contra toda esperanza Dios empero
le guardó y crió por el tirano mismo.
¿Quién sabe lo que tiene reservado
para vuestro Eliacim; y si á algo símil
destinándole, á lástima no inclina
ya á la de nuestros desdichados reyes
implacable homicida? Por lo menos,
Josabet, como yo, verlo ha podido;
yo luego conmoverse al contemplarle,
miréla y de su furia la violencia
caer miré. — Princesa, ¿en tal estrecho
callas? ¿Y qué? ¿Por un ajeno niño
permites que Joad en balde deje
te degüellen á ti, á tu hijo, al pueblo
aqueste todo, y presa de las llamas
sea el solo lugar donde en la tierra
quiere ser adorado Dios? Si el niño
fuese el postrero vástago precioso
de los reales abolengos vuestros,
¿qué más por él haríais?
Josabet (aparte á Joad). Su ternura
con el linaje de sus reyes miras:
¿por qué no le hablas?
Joad. Tiempo no es, princesa.
Abner. Señor, el tiempo, más de lo que crees,
precioso es. Mientras tú aquí vacilas
en responder, Matán, de rabia ardiendo,
al lado de Atalía, pide el signo
de la matanza y urge. Que me arroje
á tus sagradas plantas, ¿necesario
será? Por este sacrosanto sitio,
abierto sólo á ti; sitio tremendo,
en que de Dios la majestad reposa:
sea la ley tan dura como fuere,
que se os impone, resistir pensemos
este imprevisto golpe. Lugar dame
de respirar no más; y yo mañana,
desde la noche de hoy, medios arbitro
de asegurar el templo y sus injurias
vengar. — Mas veo que recurso flaco
mis lágrimas y débiles razones

son para persuadirte: inquebrantable
ante ellas se alza tu virtud austera.
¡Pues bien! ¡buscadme un arma, alguna espada,
y del templo en las puertas, do me espera
el enemigo, pueda, Abner al menos
batallando morir!

Joad. Cedo; un arbitrio,
sugiéresme, que abrazo. La amenaza,
Abner, de males tantos evadamos.
Cierto es que de David queda un tesoro.
Á mi lealtad su guarda encomendóse.
Era de los judíos desgraciados
la última esperanza, y lo ocultaban
á la luz mis solícitos afanes.
Mas, pues es menester que le descubra
la reina vuestra, contentarla quiero:
las puertas vanse á abrir. Acompañada
de sus más fuertes capitanes, entre.
Pero alejada tenga de las aras
sagradas nuestras la indiscreta furia
de una revuelta masa de extranjeros.
Del despojo del templo los horrores
ahorradme. ¿Una sombra de recelo
inspirarle podrán los sacerdotes
y las doncellas? Determine el número,
contigo, de su séquito la reina.
Y respecto á este niño tan temido,
tan recelado, la equidad del pecho
tuyo conozco, Abner. Delante de ella,
yo te descubriré de dó desciende,
y tú verás si es justo reponerlo
en su poder. Juez he de designarte
entre Atalía y él.

Abner. ¡Ah! desde ahora,
bajo mi protección, señor, le acojo.
Nada temas. — Envióme: torno célere.

ESCENA III.

Joad. Josabet. Ismael. Zacarías.

Joad. Gran Dios, he aquí tu hora: te aproximan
tu presa. — Ismael, escucha.
(Háblale al oído.)

Josabet. Poderoso
de los cielos Señor, sus ojos venda,
como cuando, quitándole tú el fruto
todo del crimen suyo, recataste
esta víctima tierna en mi regazo.

Joad. Vé solerte, Ismael, sin mora alguna:
sigue estas importantes instrucciones
punto por punto; y sobre todo encuentre
á su entrada y su paso ella la imagen
de una profunda calma por doquiera.
Doncellas, preparad á Joás un trono.
Él se adelante; la milicia sacra
nuestra venga en su pos; y también venga
su fiel nutriz, princesa; y la fontana
ciéguese de tus lágrimas.
(Á un letiva.) Cuando entre
ebria la reina de insensato orgullo,
ya dentro al templo — retornar no puede —
tú cuidarás que la guerrera trompa
rápida al enemigo campo lance
súbito espanto. Llama al pueblo todo
á defender su rey; haz en su oído
sonar la asombradora maravilla
de Joás conservado. — Él se acerca.

ESCENA IV.

Joás. Joad. Josabet. Grupos de sacerdotes y levitas.

Joad (continúa).
Vos, sagrados levitas, sacerdotes
de nuestro Dios, cercad por toda parte
este lugar ocultos; y dejando
á mi cuidado gobernar el celo
vuestro, no parezcáis hasta que os llame
mi voz. (Ocúltanse todos.)
Rey — creo lícita á tus votos
esta esperanza — vén á ver cuál caen
tus enemigos á tu planta. Aquella
cuyo furor te persiguiera infante,
avanza á grandes pasos, por perderte
á este paraje. Empero, no la temas.
Piensa que en torno tuyo, con nosotros,
el exterminador ángel asiste.
Sube á tu trono, y... Mas la puerta se abre:
Deja por un momento que te cubra
este velo. (Corre una cortina.)
¿Demudaste, princesa?

Josabet. ¡Ah! ¿sin palidecer cómo podría
el templo ver llenarse de asesinos?
¿Qué? ¿no ves tu cuán numerosa escolta...

Joad. Cerrar miro la puerta del santuario:
seguro todo está.

ESCENA V.

Atalía. Joás (oculto tras la cortina). *Joad. Josabet. Abner. Séquito de Atalía.*

Atalía (á Joad). He ahí do estabas,
seductor, fraguador de sediciones
funestas; que tan sólo en el trastorno
tus esperanzas cifras, enemigo
de los poderes sumos sempiterno.
En el amparo de tu Dios confiabas.
¿Se disipó tu frívola esperanza?
Á mí su templo entrega con tu vida.
Sobre el altar en que tu mano ofrenda,
debiérate... Los dones prometidos,
empero, han de bastarme. Lo pactado

ve cuál cumplir. El niño y el tesoro
que se me ha de mandar, ¿dó están?
Joad. Al punto
se te satisfará: voy á mostrarte
uno y otro á la vez. (Descórrese la cortina.)
Muéstrate, niño
caro, de nuestros reyes prole digna.
¿Del rey más santo al sucesor conoces,
reina? ¿Conoces de tu daga al menos
estas huellas? He aquí á tu rey, á tu hijo,
al hijo de Ocosías. Á Joás, pueblos,
y tú, Abner, reconoced.
Abner. ¡Dios mío!
Atalía (á Joad). ¡Pérfido!
Joad. ¿Ves á esta fiel judía,
que entonces — bien lo sabes — á sus pechos
le amamantaba? Á tu furor quitóle
Josabet; acogiérale este templo;
le ha conservado Dios. De los tesoros
davídicos he aquí lo que me queda.
Atalía. Tus intrigas funestas á este niño
serán, traidor. Soldados, libertadme
de un odioso fantasma.
Joad. Del Dios vivo
soldados, defended vuestro monarca.
(Ábrese el fondo del teatro; vese el interior del templo; levitas armados salen de todas partes á la escena.)
Atalía.
¿Dónde estoy? ¡Oh traición! ¡Oh triste reina!
Cercada estoy por armas y enemigos.
Joad. En vano á dondequier los ojos vuelves:
no puedes escapar. Dios ha sabido
rodearte sin dejar efugio alguno.
Ese Dios á quien tú desafiabas
te ha entregado en mis manos. De la sangre
con que te has embriagado, cuenta dale.
Atalía.
¡Qué! ¿Está mi indigna tropa entelerida?
Infame Abner, ¡qué lazo me tendiste!
Abner. ¡Oh reina! Dios es el testigo mío...
Atalía.
Quita allá con tu Dios, traidor, y véngame.
Abner (postrándose á los pies de Joás).
¿De quién? ¿de Joás? ¿del soberano mío?
Atalía.
¿Él, Joás? ¿él, tu rey? Pensad, malvados,
pensad que aún mis armas os asedian.
Oigo que me vocea todo el campo:
acórrenme: temblad, hato rebelde.

ESCENA VI.

Ismael. Joás. Joad. Atalía.

Ismael (á Joad).
Señor, el templo es libre; no hay contrario:
huyó el extraño, se rindió el judío.
Cual los vientos disipan por los aires
el humo, tal del Todopoderoso
la voz estas escuadras ha deshecho.
De nuestros sacros ámbitos en lo alto
al hijo de Ocosías los levitas
nuestros ante los pueblos proclamaron;
refirieron su infancia libertada
de la cuchilla, y en el lazo presa
la hija de Acab. Sonó la trompa á un tiempo
por dondequiera, y el clangor y grita
por su real atónito esparcieron
el pavor subitáneo con que hiriera
Gedeón al espantable madianita.
Los tirios, dejando armas y broqueles,
desparecieron, por diversas vías
los primeros. También ciegos huyeran
algunos israelitas. Pero el resto,
admirando de Dios la providencia
para con Joás, le han aclamado. El pueblo,
en fin, de un mismo espíritu movido,
todo: ledos, mujeres, viejos, párvulos,
abrázanse; al Señor y al que él envía,
bendicen; cantan de David al hijo
resucitado todos. Abomina
á Baal la ciudad santa; quebrantaron
de su templo sacrílego las puertas.
Matado está Matán.
Atalía. ¡Oh Dios judío,
tú triunfas! Sí, Joás es; engañarme
pretendo en vano; que recuerdo el punto
do le hice herir; el porte, de Ocosías,
su gesto veo; me dibuja todo,
en fin, á ese linaje que detesto.
David, triunfa David; Acab el sólo
destruído está. Dios implacable, es obra
todo tuya no más. Tú en el halago
de una fácil venganza, veinte veces
á mí misma en un día me has opuesto,
ya mis remordimientos despertando
de un niño en pro, ya deslumbrando mi ojo
con tus ricos tesoros, que temía
yo al fuego ó saco dar. Soberanee,
pues, este niño, tu cuidado, tu obra;
y como estreno de su imperio, se haga
que hunda en mi seno la profunda daga.
He aquí lo que muriendo le desea
su madre. Mas ¿qué digo: le desea?
Gozo esperando que, á tu yugo indócil,
hastiado de tu ley, fiel á la sangre
que yo de Acab le di, verán, trasunto
de su abuelo y su padre, punto á punto,
al sucesor davídico execrando
matar tu culto, profanar tu altar
y á Atalía, Acab y Jezabel vengar.
Joad. Del templo presto arrebatada sea,
que el sagrado violado no se vea.

Id, de la muerte sacros vengadores
de vuestros príncipes occisos: sangre
apague de su sangre los clamores.
Si alguno audaz abraza su partido,
sea con ella del cruel fierro herido.

ESCENA VII.

Joás. Joad. Josabet. Abner.

Joás. Dios que mi cuita veis y mi aflicción,
lejos de mí apartad su maldición;
ni permitáis jamás sea cumplida.
Antes que os ser infiel, tomad mi vida.
Joad (á los levitas).
Juntad el pueblo todo: al soberano
mostradle; vengan, juren en su mano
fidelidad. Rey, sacerdotes, gentes:
con el Dios de Jacob vamos la alianza
á confirmar, de gratitud ardientes,
y con rubor de nuestra malandanza
santo, rendirnos á el en nueva jura.
Abner, cerca del rey al puesto tuyo
torna. — Y bien: ¿su castigo á la osadía
infligido se habrá ya de esta impía?

ESCENA VIII.

Un levita. Joás. Joad.

Un levita. El fierro de su vida los horrores
vengó. Sion, tanto tiempo, á sus furores
entregada, por fin, del yugo odioso
libre, en su sangre mírala con gozo
nadar.
Joad. En este término espantoso,
de sus iniquidades recompensa,
aprende, rey judío, y siempre piensa
que el rey tiene en el cielo un juzgador
de gran severidad;
el inocente un vengador;
un padre la orfandad.

BOSSUET.

(1627—1704.)

SANTIAGO BENIGNO BOSSUET, hombre célebre y universalmente admirado, se hizo notar, desde su infancia, por su prodigiosa memoria, la universalidad de su talento y su ardiente amor al estudio. Sus numerosísimos sermones, aunque poderosos para inmortalizar á un hombre, palidecen ante la majestad aterradora y la sublime elocuencia de sus *Oraciones fúnebres*, su mejor título de gloria literaria. En ellas no tuvo maestros, ni ha tenido ni probablemente tendrá émulos. Ningún escritor francés le aventaja en vigor; ninguno le iguala en originalidad; ninguno puede competir con él en elevación. Es el mayor genio de la literatura francesa, y por tanto su más preciada gloria.

ORACIÓN FÚNEBRE DE LUIS DE BORBÓN, PRÍNCIPE DE CONDÉ [1].

Dominus tecum, virorum fortissime... Vade in hac fortitudine tua... Ego ero tecum.
El Señor está contigo, oh tú el más valeroso de todos los hombres... Vé con ese valor de que te he llenado... Yo seré contigo.
Jueces VI, 12. 14. 16.

Monseñor [2]:

En el momento de abrir yo la boca para celebrar la gloria inmortal de Luis de Borbón, príncipe de Condé, siéntome igualmente confundido, así por la grandeza del asunto, como, si se me permite decirlo, por la inutilidad del trabajo. ¿Qué comarca del mundo habitable no ha oído las victorias del príncipe de Condé y las maravillas de su vida? Dondequiera se las refiere: el francés, que las ensalza, nada enseña al extranjero. Y aun cuando yo pudiese hoy relatároslas, continuamente prevenido de vuestros pensamientos, tuviera todavía que responder al secreto reproche que me haríais de quedarme muy atrás. Nada podemos nosotros, débiles oradores, por la gloria de las almas extraordinarias. Razón tiene el Sabio al decir que «sólo sus acciones pueden alabarlas» [3]. Toda otra alabanza languidece ante los grandes nombres; y tan sólo

[1] Pronunciada en Nuestra Señora de París el 10 de marzo de 1687.
[2] El hijo de Condé. [3] Prov. 31, 31.

la sencillez de un relato fiel podrá sostener la gloria del príncipe de Condé. Pero, mientras la historia que debe á los futuros siglos este relato lo produce, necesario es satisfacer, como podamos, á la gratitud pública y á las órdenes del mayor de todos los reyes. ¿Qué no debe el reino á un príncipe que ha honrado la casa de Francia; todo el nombre francés; su siglo, y por decirlo así, la humanidad toda entera? Luis el Grande mismo ha entrado en estos sentimientos. Después de llorar á este grande hombre y de darle, con sus lágrimas en medio de toda su corte, el más glorioso elogio que recibir ha podido; reúne en templo tan célebre lo que su reino tiene de más augusto, para rendir aquí homenajes públicos á la memoria de este príncipe; y quiere que mi débil voz anime todas estas tristes manifestaciones y toda esta fúnebre pompa. Hagamos, pues, este esfuerzo sobre nuestro dolor. Aquí un objeto más grande y más digno de este púlpito se presenta á mi pensamiento: Dios es quien hace á los guerreros y conquistadores. «Sois vos», dícele David, «quien habéis enseñado á mis manos el combatir, y á mis dedos el empuñar la espada.» [1] Si él inspira el valor, no da menos las otras grandes dotes naturales y sobrenaturales tanto del corazón como del espíritu. Todo viene de su poderosa mano. Él es quien del cielo envía los sentimientos generosos, los sabios consejos y todos los pensamientos buenos. Pero quiere sepamos distinguir entre los dones que abandona á sus enemigos y los que reserva á sus servidores. Lo que á sus amigos de todos los demás distingue, es la piedad. En tanto no se reciba este don del cielo, todos los otros no sólo nada son, sino que también se tornan en ruina de los que con ellos ornados están. Sin este inapreciable don de la piedad, ¿qué sería el príncipe de Condé con todo su gran corazón y su gran genio? No, mis hermanos: si la piedad no hubiese como consagrado sus demás virtudes, ni estos príncipes hallaran lenitivo alguno de su dolor; ni este religioso pontífice, confianza alguna en sus plegarias; ni yo mismo sostén alguno de las alabanzas que debo á un tan grande hombre. Arranquemos, pues, de nosotros con este ejemplo la gloria humana; destruyamos el ídolo de los ambiciosos; anonadado caiga ante estos altares. Juntemos hoy — podémoslo en asunto tan noble — todas las más hermosas prendas de una índole excelente; y, á la gloria de la verdad, mostremos en un príncipe admirado de todo el universo lo que constituye á los héroes; lo que levanta la gloria del mundo á su cúspide: valor, magnanimidad, bondad natural — he aquí lo del corazón; viveza, sagacidad, grandeza y sublimidad — he aquí lo del espíritu; no fuera sino ilusión, á no unirse con ello la piedad; y en fin que la piedad es todo el hombre. Es esto, señores, lo que veréis en la vida eternamente memorable del muy augusto y muy poderoso príncipe Luis de Borbón, príncipe de Condé, primer príncipe de la familia.

Dios nos ha revelado que sólo él forma á los conquistadores y que sólo él los hace servir á sus designios. ¿Quién hizo á Ciro si no Dios, que doscientos años antes de nacer le había nombrado en los oráculos de Isaías [2]? «Tú no eres aún», habíale dicho; «pero yo te veo, y te he nombrado por tu nombre: te llamarás Ciro. Yo iré delante de ti en los combates: acercándote tú, fugaré los reyes; quebrantaré las puertas de bronce. Yo soy el que extiendo los cielos; que sostengo la tierra; que llamo lo que no es como lo que es»; á saber: yo soy quien lo

[1] Salmo 143, 1. [2] Is. c. 45.

hago todo, y yo quien veo desde la eternidad todo lo que hago. Quién si no este mismo Dios pudo formar á Alejandro, cuyo indomable ardor hizo ver de tan lejos y por imágenes tan vivas á su profeta Daniel?[1] «¿Le veis», dice, «á ese conquistador? ¿con qué rapidez se eleva del occidente, como por saltos, y no toca la tierra? Semejante en su atrevido saltar y precipitada carrera, á esos animales vigorosos y saltones, no se adelanta más que á vivos é impetuosos saltos y no se detiene ni ante montaña, ni ante precipicios. Ya el rey de Persia está en sus manos: á su vista se inflamó — *efferatus est in eum*, dice el profeta —: le derriba, le pisotea; nadie defenderle puede contra los golpes que en él descarga; ni arrebatarle su presa.» Á no oir sino estas palabras de Daniel, ¿á quién creeríais ver, señores, bajo esta figura? Á Alejandro ó al príncipe de Condé? Dios, pues, habíale dado ese indomable valor para la salud de la Francia durante la menoría de un rey de cuatro años. Dejad crecer á ese rey, amado por el cielo: todo cederá á sus empresas. Superior á los suyos, como á los enemigos, sabrá ora servirse, ora prescindir de sus más famosos capitanes; y sólo bajo la mano de Dios, que á la continua le asistirá, verásele baluarte seguro de sus Estados. Pero había Dios elegido al duque de Enghien para defenderle en la infancia. Así, en los primeros días de su reinado y á la edad de veintidós años concibió el duque un designio en que consentir no pudieron los expertos ancianos; pero la victoria justificóle delante de Rocroi. Más fuerte es, en verdad, el ejército enemigo; compuesto de aquellos viejos tercios valones, italianos y españoles, imposibles de romper hasta entonces. Pero, ¡cuánto se había de contar con el denuedo que inspiraban á nuestras fuerzas la premiosa necesidad del Estado, las pasadas ventajas, y un joven príncipe poderoso, que llevaba la victoria en sus ojos! Don Francisco de Mello aguárdale á pie firme; y sin poder retrogradar, los dos generales y los dos ejércitos parecen haberse querido encerrar en bosques y pantanos; para decidir, como dos valientes, su contienda en campo cerrado. Entonces ¿qué no se vió? Otro hombre parece el joven príncipe. Movida de objeto tan digno su grande alma, revélase toda entera: su intrepidez crece con los peligros; y sus luces con su ardor. En la noche, que fué preciso pasar frente al enemigo, reposó, como vigilante capitán, el último; pero nunca reposó más apaciblemente. En la víspera de tan grande día, y desde su primer batalla tranquilo está: tan dueño es de sí mismo; y sábese que al día siguiente, á la hora fijada, necesario fué despertar de profundo sueño á este nuevo Alejandro. ¿Le veis cómo vuela ó á la victoria ó la muerte? Tan luego como hubo llevado de fila en fila el ardor que le animaba; viósele casi á un tiempo rechazar el ala derecha del enemigo, sostener la nuestra quebrantada, reunir los franceses medio vencidos; fugar al español victorioso; llevar á todas partes el terror y espantar con su mirada centellante á quien evadía sus golpes. Quedaba esa formidable infantería del ejército español, cuyos anchos apiñados batallones, semejantes á otras tantas torres, pero torres que sabrán reparar sus brechas; permanecían incontrastables en medio de la general derrota, lanzando fuego de dondequiera. Tres veces el joven vencedor se esforzó en romper á esos intrépidos combatientes: tres veces fué rechazado por el valeroso conde de Fuentes; á quien se veía conducido en litera, y, á despecho de sus dolencias, mostrar

[1] Dan. 8, 5.

que un alma belicosa es señora del cuerpo que anima. Mas al fin, fuerza es ceder. En vano precipita Bek su marcha al través de bosques, con su caballería toda de refresco: el príncipe le ha prevenido; los batallones rotos piden cuartel. Pero la victoria va á tornarse más terrible para el duque de Enghien que la batalla. Mientras avanza con ademán seguro á recibir la sumisión de aquellas bravas gentes, recelan ellas por momentos la sorpresa de algún nuevo ataque: su formidable descarga enfurece á los nuestros. No se ve ya sino carnicería: embriaga la sangre al soldado; hasta que el gran príncipe, que no sufre ver degollar á esos leones como tímidas ovejas, calma los furores sublevados; y añade al goce de vencer el de perdonar. ¡Cuál fué entonces el asombro de esas viejas tropas y de sus valientes oficiales, cuando vieron que no había para ellos salvación sino en los brazos del vencedor! ¡Con qué ojos miraron al joven príncipe, á cuyo alto continente, relevado por el triunfo, agregaba la clemencia nuevos atractivos! ¡Con qué placer hubiera aun salvado la vida al bravo conde de Fuentes! Pero él yacía en tierra entre los miles de muertos, cuya pérdida siente aún España. No sabía ella que el príncipe por quien perdiera tantos viejos regimientos en la jornada de Rocroi, habíale de exterminar el resto en las llanuras de Lens. Así la primer victoria fué la prenda de otras muchas. El príncipe dobló la rodilla, y en el campo de batalla devolvió al Dios de los ejércitos la gloria que le había enviado. Allí celebróse á Rocroi libertado; las amenazas de un temible enemigo convertidas en ignominia suya; la regencia, afianzada; la Francia, en reposo; y un reinado que había de ser tan bello, abierto con presagio tan feliz. El ejército empezó la acción de gracias: la Francia toda siguió; ensalzóse allí hasta los cielos el estreno del duque de Enghien. Hubiera esto bastado á ilustrar otra vida que la suya; mas para él no es sino el primer paso de su carrera.

Á partir de esta primera campaña, después de la toma de Thionville, digno precio del triunfo de Rocroi, fué tenido por capitán igualmente formidable en los asedios que en las batallas. Pero he aquí en un joven príncipe victorioso algo que no es menos bello que la victoria. La corte, que le había preparado á su llegada los merecidos aplausos, sorprendióse de cómo los recibió. La reina regente le aseguró que el rey estaba contento de sus servicios. Es ésta en boca del soberano la digna recompensa de sus trabajos. Si los demás osaban loarle, rechazaba sus loores como ofensas; é indócil á la lisonja, temía hasta su sombra. Tal era la delicadeza, ó, por mejor decir, la fuerza de este príncipe. Por eso tenía por máxima—escuchad: es la máxima que forma á los grandes hombres—: que en las grandes acciones se ha de pensar únicamente en obrar bien, y dejar venir la gloria después de la virtud. Esto inspirábalo él á los demás: esto practicábalo él mismo. Así no le tentaba la falsa gloria: tendía todo á la verdad y la grandeza. De aquí el que cifrara su gloria en servir al rey y en la prosperidad del Estado: era éste el fondo de su corazón; éstas sus dominantes y más caras inclinaciones. La corte no le retuvo casi, aunque era él su maravilla: precisaba mostrar doquier: en Alemania como en Flandes, al defensor intrépido que nos había dado Dios. Detened aquí vuestras miradas. Prepárase contra el príncipe algo de más formidoloso que en Rocroi; y para probar su virtud va la guerra á agotar todas sus invenciones y sus esfuerzos todos. ¡Qué objeto preséntase á mis ojos! No son sólo hombres que combatir: son montañas inaccesibles: son torrentes y precipicios, de un lado;

y del otro una selva impenetrable, cuyo fondo es un pantano; y más allá, arroyos, prodigiosas trincheras; y por doquiera, fuertes levantados, selvas derribadas, que atraviesan caminos espantables; y dentro, Mercy con sus valerosos bávaros, inflados por tantos éxitos y la toma de Friburgo; Mercy, á quien el príncipe de Condé y el vigilante Turena jamás sorprendieron en un movimiento irregular, y á quien dieron este gran testimonio: que nunca perdió un solo momento favorable ni dejó de prevenir sus designios, como si hubiese asistido á sus consejos. Aquí, pues, durante ocho días y en cuatro ataques diferentes se vió lo que sostenerse puede y emprender en la guerra. Nuestras fuerzas parecen rebatidas tanto por la resistencia de los enemigos como por la aterradora disposición de los lugares; y el príncipe se vió algún tiempo como abandonado. Mas, cual otro Macabeo, «su brazo no le abandona, y su valor, irritado por tantos peligros, le acorre». Apenas se le ve, pie á tierra, forzar el primero aquellas inaccesibles alturas, cuando su ardor lo arrastra todo tras sí. Vese perdido Mercy: deshechos están sus mejores regimientos; la noche salva los restos de su ejército. Pero, agréguense todavía á ésto lluvias excesivas, para que hayamos de luchar á la vez contra todo el valor y el arte todo, y contra toda la naturaleza. Por más ventaja que lleve un enemigo tan hábil como osado; y por salvaje que sea la montaña en donde nuevamente se atrinchera; arrojado de todas partes, fuerza es que deje por botín al duque de Enghien, no sólo sus cañones y bagaje, sino también todos los alrededores del Rhin. Ved cómo todo se derrumba: Filipsburgo reducida es al extremo en diez días, á pesar del invierno que se acerca; Filipsburgo, que tuvo tanto tiempo bajo nuestras leyes cautivo al Rhin, y cuya pérdida ha reparado tan gloriosamente el mayor de los reyes. Worms, Spira, Maguncia, Landau, veinte otras plazas renombradas, abren sus puertas. No puede Mercy defenderlas; ni parece más ante su vencedor. No basta: menester es que caiga á sus plantas, digna víctima de su valor. Nœrdlingen verá su caída; allí decidiráse que ya no se afronta más á los franceses en Alemania que en Flandes; y se deberán todas estas ventajas al mismo príncipe. Dios, protector de la Francia y de un rey á quien destinado tiene para sus grandes obras, ordénalo así.

Por estas órdenes, todo se presentaba seguro bajo la dirección del príncipe de Condé; y sin querer aquí gastar el día en indicaros solamente sus demás empresas; vosotros sabéis, en medio de tantas plazas fuertes atacadas, que no hubo sino una sola que escapar pudiera de sus manos; aún realzó ella la gloria del príncipe. La Europa, admiradora del divino ardor que en los combates le animaba, asombróse de que los señorease y fuera, desde la edad de veintiséis años, tan dueño de conservar sus tropas como de lanzarlas á los azares; de ceder á la fortuna como de hacerla servir á sus designios. Le vimos dondequiera, por lo demás, como uno de esos hombres extraordinarios que fuerzan todos los obstáculos. La celeridad de su acción no permitía cruzarla. Es éste el carácter de los conquistadores. Cuando David, un tan grande guerrero, lloró la muerte de dos famosos capitanes, que se acababa de perder, hizo de ellos este elogio: «Más raudos que las águilas: más fuertes que los leones.» Es la imagen del príncipe á quien lloramos. Parece súbito, como el relámpago, en las más lejanas regiones; vésele á un tiempo en todos los ataques, en todos los cuarteles. Cuando, ocupado en una parte, envía á reconocer otra, maravíllase el diligente oficial que lleva sus órdenes de que se le haya prevenido, y encuentra ya

todo reanimado por la presencia del príncipe; parece multiplicarse en la batalla: ni fierro ni fuego le detienen. No necesita armar esa cabeza que á tantos peligros expone: Dios es para él más segura defensa; los golpes parecen perder su fuerza al acercársele, y dejar en él tan sólo las huellas de su valentía, y de la protección del cielo. No le digáis que la vida de un primer príncipe del linaje, tan necesaria al Estado, ha de resguardarse. Responde que un príncipe de la sangre, más obligado, por su nacimiento, á la gloria del rey y de la corona, debe en las necesidades del Estado consagrarse más que todos los otros á acrecentar su esplendor. Después de hacer sentir al enemigo, durante tantos años, el invencible poder del rey; si necesario fué obrar en el interior para sostenerlo — dirélo todo en una palabra — hizo respetar á la regente. Y — ya que es preciso hablar una vez por todas de lo que yo querría poder eternamente callar — hasta aquella fatal prisión no había él ni soñado siquiera que atentarse pudiese en nada contra el Estado; y, en su auge, si deseaba obtener favores, más aún deseaba merecerlos. Es lo que le hacía decir — repetir puedo muy bien, aquí, delante de los altares, las palabras que he recogido de su boca, pues descubren tan bien el fondo de su corazón — decía, pues, hablando de aquella malhadada prisión, que había él entrado allí el más inocente de todos los hombres, y salido de allí el más culpable. «¡Ah!» proseguía, «yo no anhelaba sino por el servicio del rey y la grandeza del Estado.» Palpitaba en esas palabras un arrepentimiento sincero de haber sido arrastrado tan lejos por sus infortunios. Pero, sin querer excusar lo que él mismo tan altamente ha condenado, digamos, para no hablar de ello jamás, que, así como en la gloria eterna las faltas de los santos penitentes, cubiertas de lo que por repararlas hicieron y del infinito resplandor de la divina misericordia, no parecen ya; así en faltas tan sinceramente confesadas y reparadas después tan gloriosamente por fieles servicios, no hay que mirar ya sino el humilde reconocimiento del príncipe de ellas arrepentido, y la clemencia del gran rey olvidado de ellas.

Que si, al fin, se engolfó en aquellas infortunadas guerras, tendrá al menos esta gloria: de no haber permitido ajar la grandeza de su casa ante los extranjeros. Á despecho de la majestad del imperio, á despecho de la altivez del Austria y las coronas hereditarias á su dinastía anexas, hasta en la rama que en Alemania domina; refugiado en Namur, sostenido no más que de su valor, no más que de su renombre, tan adelante llevó las prerrogativas de un príncipe de Francia y de la primera casa del universo, que cuanto de él obtenerse pudo fué hacerle consentir en tratar de igual á igual con el archiduque, aunque hermano del emperador é hijo de tantos emperadores; á condición de que en tercer lugar haría este príncipe los honores de los Países Bajos. Idéntico tratamiento fué asegurado al duque de Enghien, y la casa de Francia guardó sus fueros sobre la de Austria, hasta en Bruselas. Pero ved lo que dicta el verdadero valor. Mientras el duque de Enghien se mantiene tan altivo ante el archiduque dominador, rindió al rey de Inglaterra y al duque de York, rey tan célebre hoy día, entonces infortunado, todos los honores que les eran debidos; y enseñó, por fin, á España, sobrado desdeñosa, cuál era esa majestad que la mala fortuna no pudo arrebatar á tan grandes príncipes. En lo demás no fué su conducta menos grande. En medio de las dificultades que sus intereses creaban al tratado de los Pirineos, escuchad cuáles fueron sus órdenes, y ved si jamás un particular ha tratado tan noblemente

sus intereses. Encarga á sus agentes en la conferencia que no es justo se siga retardando por causa suya la paz de la cristianidad; que se mire por sus amigos, y que, por lo tocante á él, se le abandone á su fortuna. ¡Ah, qué grande víctima se sacrifica á sí misma en aras del bien público! Pero, cuando la situación cambió y España quiso darle Cambrai y sus alrededores ó el Luxemburgo con pleno dominio; declaró que prefería á todas esas ventajas y cuanto se le pudiera nuñca brindar de más grande —¿qué?—su deber y la gracia de su rey. Esto era lo que siempre llevaba dentro del corazón; esto, lo que sin cesar repetía al duque de Enghien. Hele aquí íntimo. Le vió Francia entonces perfeccionado por estos últimos rasgos, y con ese no sé qué de perfecto que las desdichas añaden á las grandes virtudes: volviósele á ver más consagrado que nunca al reino y á su rey. Pero, en sus guerras primeras no tenía sino una sola vida que ofrecerle; ahora tiene aun otra, más cara para él que la suya. Terminado, á ejemplo suyo, gloriosamente el curso de sus estudios, el duque de Enghien pronto está á seguirle en los combates. No contento con enseñarle la guerra, como hasta ahora lo ha hecho con sus discursos; el príncipe le lleva á las lecciones vivas y á la práctica. Dejemos el paso del Rhin, el prodigio de nuestro siglo y de la vida de Luis el Grande. En la jornada de Senef, el joven duque, aunque comandaba, cual ya lo había hecho en otras campañas; aprendió en las más rudas pruebas el arte de la guerra, al lado del príncipe, su padre. Entre tantos peligros vió á este gran príncipe derribado en un foso, debajo de un caballo todo ensangrentado. En tanto le ofrecía el suyo y se ocupaba en levantar del suelo al príncipe, fué herido entre los brazos de un padre tan tierno, sin interrumpir su faena, ufano de satisfacer á la piedad juntamente y á la gloria. ¿Qué pudo pensar el príncipe sino que, para consumar las mayores empresas, nada más faltaría á tan digno hijo que las ocasiones? Y sus ternuras redoblábanse con su estima.

No sólo para con un hijo y su familia tenía sentimientos tan tiernos. Le he visto, y no creáis que en esto exagero—le he visto afectarse vivamente ante los peligros de sus amigos; le he visto, sencillo y natural, demudarse al oir sus desgracias; imponerse con ellos de lo más mínimo como de lo más importante; en sus avenimientos, calmar los ánimos agriados, con una paciencia y una dulzura, que jamás se habría esperado de un temperamento tan vivo ni de tan alta nobleza. Lejos de nosotros los héroes sin humanidad. Forzar podrán el respeto y arrebatar la admiración, como lo hacen todos los objetos extraordinarios; pero no poseerán los corazones. Cuando Dios formó el corazón y las entrañas del hombre, puso en ellos ante todo la bondad, como el distintivo propio de la naturaleza divina y porque fuese una como huella de esa mano bienhechora de la cual salimos. La bondad debería, pues, ser el fondo de nuestro corazón y ser á la vez el atractivo primero que tuviésemos en nosotros mismos para ganar á los demás hombres. La grandeza, que viene después, lejos de debilitar la bondad, no se ha hecho sino para ayudarle á comunicarse más, como una fuente pública, que se eleva para derramarla. Los corazones á precio tal están; y los grandes cuya herencia no es la bondad, en justo castigo de su desdeñosa insensibilidad quedarán eternamente privados del mayor bien de la vida humana; es á saber: las dulzuras de la sociedad. Nunca disfrutólas nadie mejor que el príncipe de quien hablamos: nunca nadie temió menos que la familiaridad perjudicara al respeto. ¿Es éste el forzador de ciudades,

el ganador de batallas? ¡Ah! parece haber olvidado esa alta condición que se le ha visto sostener tan bien. Reconoced al héroe, que, siempre igual consigo mismo, sin erguirse para parecer grande, sin rebajarse para tratar civil y obsequiosamente, se halla ser de suyo todo lo que debe respecto de todos los hombres; á la manera de un río majestuoso y benéfico que lleva apaciblemente á las ciudades la abundancia que ha derramado en las campiñas, bañándolas; que se da al mundo todo, y no se levanta ni se hinche sino cuando con violencia se intercepta la suave pendiente que lo lleva á continuar su tranquilo curso. Tal era la dulzura y tal la fuerza del príncipe de Condé. ¿Tenéis un secreto importante? Depositadlo atrevidos en ese noble corazón: vuestro negocio tórnase suyo por la confianza. Nada hay más inviolable para este príncipe que los sagrados derechos de la amistad. Cuando se le pide una merced, él parece el favorecido; y nunca se ha visto gozo ni tan vivo ni tan natural como el que sentía en hacer bien. El primer dinero que recibió de España, con licencia del rey, no obstante las necesidades de su casa agotada, fué dado á sus amigos; y esto que, después de la paz, nada podía esperar de sus recursos; y cuatrocientos mil escudos distribuídos de su orden, hicieron ver — cosa rara en la vida humana — el reconocimiento tan vivo en el príncipe de Condé, como la esperanza de empeñar á los hombres lo es en los demás. De él obtuvo siempre la virtud su premio. Alababala en sus enemigos mismos. Cuantas veces tenía que hablar de sus acciones, y hasta en los partes que enviaba á la corte, encomiaba los consejos de éste, la osadía de aquél: cada uno ocupaba su lugar en sus discursos; y en medio de lo que á todo el mundo daba, no se sabía dónde poner lo hecho por él mismo. Sin envidia, sin fasto, sin ostentación, siempre grande en la labor y el reposo, era en Chantilly lo que al frente de las tropas. Ora embellezca esa magnífica y deliciosa casa; ora atrinchere un campo en medio de tierra enemiga; ya fortifique una plaza, ó marche con un ejército por entre los peligros, ó conduzca á sus amigos por aquellos soberbios arbolados, al murmurio de tantos surtidores que no callan ni de día ni de noche: siempre es el mismo hombre y su gloria le sigue adondequiera. ¡Qué bello es, tras de los combates y el tumulto de las armas, saber todavía gustar esas virtudes apacibles y esa gloria tranquila, que no se comparte con el soldado más que con la fortuna; donde todo encanta y nada deslumbra; que se mira sin aturdirse ni con las cornetas ni con el estruendo de los cañones ni los gritos de los heridos; donde el hombre sólo de por sí parece tan grande, tan respetado como cuando manda y todo marcha á su voz!

Vengamos ya á las dotes de espíritu; y pues, por desgracia nuestra, lo que hay de más funesto á la vida humana, á saber: el arte militar, es al propio tiempo lo que ella tiene de más ingenioso y más hábil; consideremos desde luego por este aspecto el gran genio de nuestro príncipe. Y primeramente, ¿qué general llevó nunca más lejos su previsión? Era una de sus máximas, que es necesario temer al enemigo de lejos, para no temerle ya de cerca y para alegrarse de su aproximación. ¿Le veis cómo considera todas las ventajas que puede dar ó llevar? ¿con qué viveza se representa en espíritu y en un momento tiempos, sitios, personas, y no sólo sus intereses y talentos, sino también sus genialidades y caprichos? ¿Le veis cómo cuenta la caballería y la infantería enemigas según la naturaleza de los países ó de los príncipes confederados? Nada escapa á su providencia. Con aquella prodigiosa comprensión

de todos los detalles y del plan universal de la guerra, se le ve siempre atento á lo que sobreviene: indaga de un desertor, un tránsfuga, un prisionero, un caminante, lo que quiere decir, lo que quiere callar, lo que sabe, y por decirlo así, lo que no sabe: tan seguro es en sus deducciones. Sus patrullas le anuncian hasta lo más mínimo: despiértasele á cada instante; porque otra de sus máximas era que un capitán hábil puede muy bien ser vencido, mas que no le es lícito ser sorprendido. Por esto le debemos el elogio de que nunca lo fué. Á cualquier hora y de cualquier lado que vinieran los enemigos, encontrábanle siempre alerta, siempre á punto de abalanzarse sobre ellos y aventajarlos. Como un águila, que siempre se ve, sea que vuele por los aires, sea que se pose en lo alto de una roca, lanzar á todas partes miradas penetrantes y caer tan certera sobre su presa, que sus garras no se pueden evitar más que sus ojos: tan vivo es su mirar; tan rápido é impetuoso su ataque; tan fuertes é inevitables eran las manos del príncipe de Condé. En su campamento no se conocen los vanos temores que fatigan y desazonan más que los verdaderos. Todas las fuerzas se reservan íntegras para los peligros reales; todo está pronto á la primera señal; y como dice el profeta, «todas las flechas están afiladas, y armados todos los arcos» [1]. Entre tanto se duerme tranquilo sueño; cual se haría en el hogar y la alcoba. ¿Qué digo, se duerme? En Piéton, cerca de aquella formidable aglomeración de tres potencias, había en medio de nuestras fuerzas continuos esparcimientos: gozaba el ejército entero, y nunca sintió ser inferior al enemigo. El príncipe, por su acampamento, había no sólo asegurado toda nuestra frontera y nuestras plazas todas, sino también todos nuestros soldados: él vela; eso basta. Por fin, decampa el enemigo: era lo que el príncipe aguardaba. Parte á su primer movimiento. Ya el ejército holandés, con sus soberbios estandartes, no se le escapará: todo nada en sangre; todo es su presa. Pero Dios sabe fijar límites á los más bellos designios. Mientras los enemigosson arrojados dondequiera y Oudenarde es libertada de sus manos; para librarse ellos mismos de las del príncipe, cúbrelos de espesa neblina el cielo: el terror y la deserción cunden entre ellos: no se sabe qué se ha hecho aquel espantable ejército. Entonces fué cuando Luis, que después de terminar el rudo asedio de Besanzón y de haber una vez más sometido el Franco Condado con inaudita rapidez, había tornado todo brillante de gloria, para aprovechar la acción de sus ejércitos de Flandes y Alemania; comandó ese destacamento que hizo en Alsacia las maravillas que sabéis; y apareció el más grande de todos los hombres, tanto por los prodigios que personalmente ejecutó, cuanto por los que hizo ejecutar á sus generales.

Aunque una feliz índole había dado á nuestro príncipe tan grandes dones, no cesó él de enriquecerla con la reflexión. Las campañas de César eran su estudio. Recuerdo que nos encantaba refiriéndonos cómo en Cataluña, en lugares donde aquel célebre capitán, merced á sus oportunos apostaderos, obligó á cinco legiones romanas y dos expertos jefes á rendir sin combate las armas: había él por sí mismo reconocido los ríos y montañas que sirvieron para aquel gran designio; y jamás había tan digno maestro explicado con tan doctas lecciones los Comentarios de César. Los capitanes de los siglos venideros haránle semejante honor. Se vendrá á estudiar en los sitios mismos lo que la historia

[1] Is. 5, 28.

narre acerca del campo de Piéton y las maravillas que lo siguieron. Notaráse en el de Chatenay la eminencia que ocupaba este gran capitán, y el río de que se cubrió bajo los cañones del atrincheramiento de Schelestat. Allí se le verá despreciar á la Alemania coligada; seguir á su vez á sus enemigos, aunque más fuertes; frustrar sus planes y hacerles desasediar á Saverna; como poco antes él lo había hecho con Hagenau. Por semejantes golpes, de que está llena su vida, enalteció tanto su fama que en nuestros días será tenerse ganado renombre entre los hombres y mérito ante el ejército, el haber servido á las órdenes del príncipe de Condé; y cierto título para comandar el haberle visto hacer.

Pero si alguna vez pareció ser hombre extraordinario, si pareció estar iluminado y ver tranquilamente todas las cosas; era en aquellos fugaces momentos de que pende la victoria y en el ardor del combate. Doquier y siempre delibera; dócil presta atención á todos los consejos: aquí todo á la vez se presenta: la multitud de objetos no le confunde; al instante resuelve; mandar y ejecutar todo es uno; y todo marcha á porfía y seguro. ¿Lo diré? Pero ¿á qué temer pueda con esta confesión menoscabarse la gloria de un tan grande hombre? Ya no hay esos arranques, que sabía él tan pronta y agradablemente reparar; pero que al fin se veían en él á veces en la vida ordinaria: diríais que en él hay otro hombre, á quien su grande alma abandona las obras menores en que ella no se digna mezclarse. En el fuego, en el choque, en la conmoción, vese nacer de súbito no sé qué de tan claro, tan reposado, tan vivo, tan ardiente, tan dulce y agradable para los suyos, de tan altivo y amenazador para los enemigos, que no se sabe de dónde venirle pueda aquella mezcla de tan contrarias calidades. En esa terrible jornada, cuando á las puertas de la ciudad y á vista de sus conciudadanos, pareció el cielo querer decidir la suerte de este príncipe: cuando con la flor de las tropas tenía en frente á un general tan apremiador: cuando más que nunca se vió expuesto á los caprichos de la fortuna: mientras de todos lados venían los golpes; los que combatieron cerca de él nos han dicho muchas veces que, si se hubiese tenido algún negocio grande que tratar con este príncipe, habríase podido elegir uno de esos momentos en que todo era fuego en torno de él: tanto se elevaba entonces su espíritu, tan esclarecida, como de lo alto, parecíales su alma en aquellos tremendos conflictos: semejante á esas altas montañas cuya cumbre, más allá de las nubes y de las tormentas, encuentra en su altura la serenidad y no pierde un solo rayo de la luz que la circunda. Así, en las planicies de Lens, nombre agradable á la Francia, el archiduque, contra su intención, sacado de un puesto invencible, por el aliciente de un éxito engañoso; por un repentino movimiento del príncipe, que le opuso tropas frescas en vez de las fatigadas, es forzado á emprender la fuga. Sus viejas tropas perecen; sus cañones, en que había puesto su confianza, están en nuestras manos; Bek, que le había lisonjeado con una victoria segura, prisionero y herido en el combate, rinde muriendo un triste homenaje á su vencedor con su desesperación. ¿Trátase de socorrer ó forzar una ciudad? El príncipe sabrá aprovecharse de todos los instantes. Así, al aviso primero que la casualidad le ha traído, de un cerco importante, atraviesa prontísimo toda una grande comarca; y á la primera mirada descubre un paso seguro para el auxilio, en parajes que un enemigo vigilante no ha podido aún suficientemente fortificar. ¿Asedia una plaza? Inventa todos los días nuevos medios de adelantar

en su expugnación. Parece exponer las tropas: consérvalas, abreviando el tiempo de los peligros, por el vigor de los ataques. En medio de tantos golpes sorprendentes los más animosos gobernadores no cumplen las promesas hechas á sus generales. Dunkerque es tomada en trece días por entre las lluvias de otoño; y aquellos barcos tan temidos por nuestros aliados aparecen de repente en todo el océano, con nuestras banderas.

Pero lo que un sabio general debe conocer mejor, son sus soldados y jefes. Pues de aquí viene ese concierto perfecto que hace obrar los ejércitos «como un solo hombre» — *egressus est Israel tamquam vir unus*[1]. ¿Por qué como un solo hombre? Porque bajo un mismo caudillo, conocedor tanto de los soldados cuanto de los jefes, como de sus brazos y sus manos, todo es igualmente vida y mesura. De aquí la victoria; y he oído decir á nuestro gran príncipe que en la jornada de Nœrdlingen hízole contar con el éxito su conocimiento del señor de Turena; cuya consumada habilidad no necesitaba de orden alguna para hacer cuanto se debía. Éste de su parte pregonaba que, por conocer al príncipe y sus órdenes siempre acertadas, obraba él sin inquietud. De esta suerte dábanse mutuamente un reposo, que aplicaba á cada uno de ellos por entero á su acción. De esta suerte acabó felizmente la más dudosa y reñida de las batallas.

Grande espectáculo ha sido en nuestro siglo, ver al mismo tiempo y en las mismas campañas á estos dos hombres, que la voz común de toda la Europa compara á los mayores capitanes de los pretéritos siglos: ya al frente de ejércitos separados; ya unidos, más todavía por el concurso de unos mismos pensamientos que por las órdenes de superior á inferior; ya contrarios, frente á frente, y redoblando el uno la vigilancia y actividad del otro; como si Dios, cuya sabiduría, según la Escritura, juega á menudo en el universo, hubiese querido mostrárnoslos bajo todas sus formas, y mostrarnos á la vez lo que él puede hacer de los hombres. ¡Qué de campamentos! ¡qué de hermosas marchas! ¡qué de audacias! ¡qué de precauciones! ¡qué de peligros! ¡qué de recursos! ¿Hanse visto nunca en dos hombres las mismas virtudes con caracteres más diversos, por no decir contrarios? Uno obraba por reflexiones profundas: el otro por subitáneas iluminaciones; éste, de consiguiente, más vivo, pero sin que su fuego nada tuviera de precipitado: aquél, de más frías apariencias, sin tener nunca nada de lento; más osado para obrar que para hablar; resuelto y decidido por dentro, aun entonces cuando parecía perplejo por fuera. Uno, desde que se presenta en los ejércitos, da alta idea de su valor y hace esperar algo extraordinario; avanza, sin embargo, ordenadamente y llega como por grados á los prodigios que terminaron la carrera de su vida: el otro, como un hombre inspirado, desde su primera batalla, iguálase con los maestros más consumados. Uno, por vivos y continuos esfuerzos, se conquista la admiración del género humano y acalla á la envidia: el otro despide desde luego tan viva luz, que aquélla no se atreve á atacarle. Uno, finalmente, por la profundidad de su genio y los increíbles recursos de su valor, se eleva sobre los mayores peligros, y sabe hasta aprovecharse de todas las infidelidades de la fortuna: el otro, así por la ventaja de tan alta estirpe como por esos grandes pensamientos que el cielo le envía, y por una especie de instinto admirable, cuyo secreto no conocen los hombres, parece nacido para en-

[1] 1 Rey. 11, 7.

cadenar la fortuna á sus designios y forzar los destinos. Y para que se vean siempre en estos hombres caracteres grandes, pero diversos, el uno, arrebatado por golpe repentino, muere por su patria, como un Judas Macabeo; el ejército le llora cual á un padre y la corte y todo el pueblo gime; su piedad es elogiada al par de su valor, y su memoria no se marchita con el tiempo: el otro, levantado por las armas á la cima de la gloria, como otro David, muere, como él, en su lecho, publicando las alabanzas de Dios, é instruyendo á su familia, y dejando todos los corazones llenos así del esplendor de su vida como de la dulzura de su muerte. ¡Qué espectáculo ver y estudiar á estos dos hombres y aprender de cada uno de ellos toda la estima que merecía el otro! Es lo que ha visto nuestro siglo; y lo que es aun más grande: ha visto á un rey servirse de estos dos grandes jefes, y aprovechar el auxilio del cielo; y después de ser privado de él por la muerte del uno y las enfermedades del otro, concebir mayores designios, ejecutar cosas mayores, sobrepujarse á sí propio, exceder las esperanzas de los suyos y la expectación del universo: tan alto es su valor, tan vasta su inteligencia, tan gloriosos sus destinos.

He aquí, señores, los espectáculos que Dios da al universo, y los hombres que envía á él, cuando quiere hacer brillar, ora en una nación, ora en otra, según sus consejos eternos, su poder ó sabiduría. Porque esos divinos atributos, ¿manifiéstanse más en los cielos formados por sus dedos, que en esos talentos raros por él repartidos, como le place, á los hombres extraordinarios? ¿Qué astro luce más en el cielo que el príncipe de Condé ha lucido en Europa? No la guerra sola le esplendoraba: abarcábalo todo su gran genio: lo antiguo como lo moderno, la historia, la filosofía, la más sublime teología y las artes con las ciencias. No había libro que no leyera; no había hombre eminente en alguna especulación ú obra, á quien no tratase: todos retirábanse de él más ilustrados, y rectificaban sus pensamientos, ó por sus agudas cuestiones ó sus reflexiones juiciosas. Por esto era su conversación un encanto, pues sabía hablar á cada uno según sus talentos; y no solamente á los militares, de sus empresas: á los cortesanos, de sus intereses: á los políticos, de sus negocios; sino también á los viajeros curiosos, de lo que habían descubierto en la naturaleza, el gobierno ó el comercio; al artífice, de sus inventos: y en fin, á los sabios de todas clases, de lo que habían hallado de más maravilloso. De Dios vienen estos dones: ¿quién lo duda? Admirables son estos dones: ¿quién no lo ve? Mas, para confundir al espíritu humano, que de tales dones se ensoberbece, no teme Dios hacer partícipes de ellos á sus enemigos. San Agustín considera entre los paganos á tantos sabios, tantos conquistadores, tantos legisladores graves, tantos excelentes ciudadanos: un Sócrates, un Marco Aurelio, un Escipión, un César, un Alejandro, privados todos del conocimiento de Dios y excluídos de su reino eterno. ¿Que no es Dios quien los hizo? Pero ¿quién otro los pudo hacer sino aquel que todo lo hace en el cielo y en la tierra? Pero ¿por qué los hizo? y ¿cuáles eran los particulares designios de aquella sabiduría profunda que nunca hace nada en vano? Escuchad la respuesta de San Agustín. «Hízolos», dice, «para ornar el siglo presente» — *ut ordinem sæculi præsentis ornaret* [1]. Ha hecho en los grandes hombres aquellas raras cualidades, como ha hecho el sol. ¿Quién no admira ese bello astro? ¿Á quién no hechiza el fulgor

[1] Contra Iul. Pel. l. v, c. 5.

de su culminar y el soberbio atavío de su nacer y morir? Mas haciéndolo Dios brillar sobre los buenos y los malos, no nos hace felices tan hermoso objeto: Dios lo ha hecho para embellecer y alumbrar este gran teatro del mundo. De la misma suerte, cuando ha hecho en sus enemigos tanto como en sus servidores aquellas hermosas luces de espíritu, aquellos rayos de su inteligencia, aquellas imágenes de su bondad, no para hacerlos dichosos les ha hecho esos ricos presentes: una decoración es del universo, un ornamento del siglo presente. Y ved el malaventurado destino de esos hombres que ha elegido para ornamento de su siglo. ¿Qué han deseado esos hombres singulares sino las alabanzas y la gloria que dan los hombres? ¿Será que Dios, para confundirlos, rehuse esa gloria á sus vanos deseos? No, confúndelos mejor dándosela; y aun hasta superar sus deseos. Aquel Alejandro, que no quería sino hacer ruido en el mundo, ha hecho en él más de lo que se hubiera atrevido á esperar. Aun hoy, fuerza es que esté en todos nuestros panegíricos; y parece, por una especie de fatalidad gloriosa para este conquistador, que ningún príncipe puede recibir loores sin que él los comparta. Si necesaria fué alguna recompensa para esas grandes acciones de los romanos, Dios supo hallar una conveniente á sus méritos como á sus deseos: dióles, por recompensa, el imperio del mundo, como un presente de ningún valor. ¡Oh reyes! confundíos en vuestra grandeza: conquistadores, no os gloriéis de vuestras victorias. Les da por recompensa la gloria de los hombres; recompensa que no llega á ellos; que se esfuerza en adherirse — ¿qué? — tal vez á sus medallas, ó á sus estatuas desenterradas, restos de los años y de los bárbaros; á las ruinas de sus monumentos y de sus obras que porfían con el tiempo; ó más bien, á su idea, á su sombra, á lo que se llama su nombre. He ahí el digno premio de tantos trabajos, y en el colmo de sus votos la convicción de su error. Venid, saciaos, grandes de la tierra; asíos, si podéis, de ese fantasma de gloria, á ejemplo de esos grandes hombres á quienes admiráis. Dios, que castiga su orgullo en los infiernos, no les ha envidiado, dice San Agustín, esta gloria tan suspirada; y vanos, han recibido un galardón tan vano como sus deseos — *receperunt mercedem suam vam vanam* [1].

No acontecerá tal á nuestro gran príncipe: la hora de Dios ha venido; hora esperada, hora deseada, hora de misericordia y de gracia. Sin advertírselo la enfermedad, sin ser apremiado por el tiempo, hizo lo que meditaba. Un sabio religioso, á quien llamó expresamente, arregla los asuntos de su conciencia: cristiano humilde, obedece á su decisión; y nadie ha dudado jamás de su buena fe. Desde entonces se le vió siempre seriamente atento al cuidado de vencerse á sí mismo; de frustrar todos los ataques de sus intolerables dolores; de trocarlos, por su sumisión, en continuo sacrificio. Dios, á quien invocaba con fe, le dió el gusto de su Escritura, y en ese libro divino, el sólido alimento de la piedad. Ceñíanse á la justicia, más que nunca, sus consejos: socorríase allí á la viuda y al huérfano, y el pobre acercábase confiado. Severo así como agradable padre de familia, en las dulzuras que disfrutaba con sus hijos, no cesaba de inspirarles los sentimientos de la verdadera virtud; y ese joven príncipe, su nieto, sentirá eternamente que ha sido cultivado por tales manos. Toda su casa aprovechaba con su ejemplo. Varios domésticos suyos habíanse criado desgraciadamente en el

[1] In Psalm. 118 serm. 12, 2.

error que la Francia toleraba todavía. ¡Cuántas veces se le vió inquieto por su salud, afligido de su resistencia, solazado por su conversión! ¡Con qué lucidez incomparable de espíritu les hacía ver la antigüedad y verdad de la religión católica! No era ya aquel ardiente vencedor, que parecía quererlo todo arrastrar; era una dulzura, paciencia, caridad que aspiraba á ganar los corazones y á curar espíritus enfermos. Son éstas, señores, las cosas sencillas: gobernar su familia, edificar á sus domésticos, ejercitar la justicia y misericordia, hacer el bien que Dios quiere, y sufrir los males que él envía; estas prácticas comunes de la vida cristiana, las que Jesucristo alabará en el día postrero delante de sus santos ángeles y delante de su Padre celestial. Abolidas serán las historias con los imperios; y ya no se hablará de todos aquellos hechos brillantes de que están llenas. Mientras pasaba en estas ocupaciones su vida, y excedía sus más renombradas acciones con la gloria de tan bello y piadoso retiro; vino la nueva de la enfermedad de la duquesa de Borbón á Chantilly, como la caída de un rayo. ¿Á quién no hirió el temor de ver extinguirse esa naciente lumbrera? Recelóse que tuviese la suerte de las cosas prematuras. ¿Cuáles fueron los sentimientos del príncipe de Condé, cuando se vió amenazado de perder este nuevo lazo de su familia con la persona del rey?

Hubo entonces de morir este héroe. Aquel á quien tantos cercos y batallas no han podido arrebatar, va á perecer por la ternura. Penetrado de todas las inquietudes que produce un mal horrendo, su corazón, que es su único sostén, tanto tiempo ha, acaba, con este golpe, de rendirle; las fuerzas que le hacía hallar, le agotan. Si olvida toda su debilidad á la vista del rey que se acerca á la princesa enferma; si, transportado de su celo, y sin tener por esta vez necesidad de sostenimiento, corre á advertirle todos los peligros, que este gran rey no teme, y le impide, por fin, adelantarse; va á caer desvanecido á cuatro pasos; y se admira esta nueva manera de exponerse por su rey. Bien que la duquesa de Enghien, princesa cuya virtud no temió nunca sino faltar á su familia y á sus deberes, haya conseguido quedar cerca de él para su alivio; la vigilancia de esta princesa no calma los cuidados que le trabajan; y cuando ya la joven princesa está fuera de peligro, la enfermedad del rey va á causar nuevas zozobras á nuestro príncipe. ¿Puedo no detenerme en este punto? Al ver la serenidad que resplandecía en su augusta frente, ¿habríase adivinado que este gran rey, de vuelta en Versalles, iba á exponerse á esos crueles dolores, en que el universo ha conocido su piedad, su constancia y todo el amor de sus pueblos? ¡Con qué ojos le mirábamos, cuando, á expensas de una salud que nos es tan cara, quiso endulzar nuestras crueles inquietudes con el consuelo de verle; y dueño de su dolor como de las demás cosas todas, le veíamos todos los días no solamente despachar sus negocios, según su costumbre, sino también departir con su corte enternecida, tan tranquilo como al presentarse en sus jardines encantados! Bendito sea de Dios y de los hombres, por unir siempre así la bondad á todas las otras prendas que admiramos. En medio de todos sus dolores, informábase cuidadosamente de la salud del príncipe de Condé; y manifestaba por ella una inquietud que no tenía por la propia. Decaía este gran príncipe; mas la muerte ocultaba su aproximación. Cuando se le cree mejor, y el duque de Enghien, siempre repartido entre los deberes de hijo y de súbdito, ha retornado, de orden suya, cerca del rey, todo cambia súbitamente y se declara al príncipe su cercana muerte. Cristianos, atended y

venid á aprender á morir; ó más bien, venid á aprender á no aguardar la hora postrera para principiar á bien vivir. ¿Qué? ¡Aguardar á comenzar una vida nueva, cuando entre las manos de la muerte, helados bajo esas frías manos, no sepáis si estáis con los muertos ó si todavía con los vivos! Ah, prevenid por la penitencia esa hora de agitaciones y de tinieblas. Allá, sin espantarse de esa última sentencia, que se le pronunció, el príncipe se queda silencioso un instante, y de repente: «Oh mi Dios», dice, «vos lo queréis; hágase vuestra voluntad; me arrojo en vuestros brazos; dadme la gracia de bien morir.» ¿Qué más queréis? En esta breve plegaria veis la sumisión á las órdenes de Dios, el abandono á su providencia, la confianza en su gracia, y toda la piedad. Desde entonces también, tal como se le viera en todos los combates, resuelto, apacible, ocupado, sin inquietud, en lo necesario para sostenerlos; tal fué en este último embate; y la muerte no le parece más horrible, pálida y lánguida que cuando se presenta en medio del fuego bajo el esplendor de la victoria, que sola ella muestra. Mientras los sollozos dondequiera estallaban, como si otro hubiese sido su causa, continuaba tomando sus disposiciones; y si prohibió las lágrimas, no fué como algo que le turbase, sino como un estorbo que le retardaba. En ese momento extiende sus cuidados hasta sus menores domésticos. Con una liberalidad digna de su linaje y los servicios de ellos, dejólos colmados de sus dádivas; pero aun más honrados con las muestras de su recuerdo. Como diese órdenes particulares y de la mayor importancia, porque estaba en ello interesada su conciencia y su salud eterna, amonestado de que era menester escribir y ordenar en forma — aun á trueque de renovar, Monseñor, vuestros dolores y reabrir todas las heridas de vuestro corazón, no callaré esas palabras que tan á menudo repetía: que él os conocía; que no necesitaba, sin formalidades, más que deciros sus intenciones; que vos iríais aun más allá y supliríais de vuestro cuanto hubiese él podido olvidar. Que un padre os amara, no me asombra: es un sentimiento por la naturaleza inspirado. Pero que un padre de tantas luces os atestiguara esa confianza hasta el postrer suspiro; que descansara en vos respecto de cosas tan importantes, y que muriese tranquilo en esta seguridad: es éste el más bello testimonio que haya podido alcanzar vuestra virtud; y, no obstante todo vuestro mérito, vuestra Alteza no obtendrá hoy de mí sino esta alabanza.

Lo que el príncipe comenzó á hacer después, para cumplir sus deberes religiosos, merece referirse á toda la tierra; no porque sea notable, sino porque, digámoslo así, no lo es, y porque un príncipe tan expuesto á todo el universo no da nada á los espectadores. No esperéis, pues, señores, aquellas magníficas palabras que no sirven más que para manifestar, si no una secreta soberbia, á lo menos los esfuerzos de un alma agitada que lucha, ó disimula su oculta turbación. El príncipe de Condé no sabe lo que es pronunciar esas sentencias pomposas; y en la muerte, como en la vida, la verdad fué siempre toda su grandeza. Hizo confesión humilde y llena de compunción y de confianza. Para prepararla, no necesitó de mucho tiempo: la mejor preparación á la de los últimos tiempos, es no aguardar á ellos. Pero, señores, prestad atención á lo que sigue. Á vista del santo Viático, que tanto había deseado, ved cómo se detiene en ese dulce objeto. Recuerda entonces las irreverencias con que ¡ay! se deshonra este divino misterio. No conocen ya los cristianos el santo temblor, de que en otros tiempos se sentían sobrecogidos ante

el sacrificio. Diríase que ha cesado de ser terrible, como le llaman los santos padres; y que la sangre de nuestra víctima no corre ya en él tan verdaderamente como en el Calvario. Lejos de trepidar ante las aras, se menosprecia á Jesucristo presente; y en un tiempo que todo un reino se remueve por la conversión á las herejes, no se teme autorizar sus blasfemias. Gentes del mundo, no pensáis en esa horrible profanación: á la muerte pensaréis en ella con zozobra y espanto. Rememoraba el príncipe todas sus faltas propias; y demasiado débil para explicar con fuerza lo que acerca de ellas sentía, reclamó la voz de su confesor para pedir de ellas perdón al mundo, á sus domésticos y á sus amigos. Respondiósele por sollozos. ¡Ah! respondedle ahora aprovechándoos de su ejemplo. Los demás deberes religiosos fueron cumplidos con la misma piedad y la misma presencia de ánimo. ¡Con qué fe y cuántas veces rogó al Salvador de las almas, besando su cruz, que su sangre, por él derramada, no lo hubiese sido en vano! Es esto lo que justifica al pecador: esto lo que sostiene al justo: esto lo que conforta al cristiano. ¿Qué diré de las sagradas oraciones de los agonizantes, en las cuales, por los esfuerzos que hace la iglesia, se oyen sus más ardientes votos y como los postreros gritos con que esta santa madre nos acaba de dar á luz para la vida del cielo? Hízoselas repetir tres veces, y halló en ellas consuelos siempre nuevos. Dando las gracias á sus médicos, «He ahí», dijo, «ya mis verdaderos médicos», y señalaba á los eclesiásticos; cuyas advertencias escuchaba, cuyas oraciones seguía; los salmos siempre en la boca, la confianza siempre en el corazón. Si se quejaba, era sólo de sufrir tan poco en expiación de sus pecados. Sensible hasta el fin á la ternura de los suyos, no se dejaba por ella jamás vencer, y temía siempre dar demasiado á la naturaleza. ¿Qué diré de sus últimas conversaciones con el duque de Enghien? ¿Qué colores habrá bastante vivos para pintarnos tanto la constancia del padre como la extremada aflicción del hijo? Desde luego, bañado el rostro en lágrimas, con más sollozos que palabras, ya pegada la boca con esas manos victoriosas, desfallecientes ahora, ya arrojándose en esos brazos y ese pecho paternales; parece por tantos esfuerzos intentar retener ese caro objeto de sus respetos y ternuras. Fáltanle las fuerzas, cae á sus pies. El príncipe, sin sobresaltarse, le deja volver en sí; luego llama á la duquesa, su nuera, á la cual veía también sin habla y casi sin vida, con una ternura que nada tenía de débil; y les da sus últimas órdenes, en que todo respiraba piedad. Termina por bendecirlos con aquella fe y aquellos votos que Dios oye, y bendiciendo con ellos, como otro Jacob, á cada uno de sus hijos en particular; y vióse de una y otra parte, todo lo que, repitiéndolo, se debilita. No os olvidaré, oh príncipe, su caro sobrino y como segundogénito suyo, ni el glorioso testimonio, que rindió constantemente á vuestro mérito, ni sus tiernos apresuramientos, y la carta que escribió moribundo para reconciliaros la gracia del rey, el más caro objeto de vuestros votos; ni tantas bellas partidas que os han hecho juzgar digno de haber ocupado tan vivamente las últimas horas de tan hermosa vida. Ni olvidaré tampoco las bondades del rey, que se adelantaron á los deseos del moribundo príncipe; ni los generosos cuidados del duque de Enghien, que procuró esta gracia; ni el reconocimiento que le manifestó el príncipe de haber sido tan solícito, dándole este placer de obligar á un pariente tan caro. Mientras se ensancha su corazón y se reanima su voz alabando al rey, llega

el príncipe de Conti, penetrado de gratitud y dolor: renuévanse las ternuras; oirán los dos príncipes de consuno lo que nunca saldrá de su corazón; y el príncipe concluye por asegurarles que no serán nunca ni grandes hombres, ni grandes príncipes, ni personas honorables sino en cuanto fueren personas de bien, fieles á Dios y al rey. Fué la postrimera palabra que dejó grabada en su memoria; fué, al par que la postrer prueba de su ternura, el resumen de sus deberes. Todo resonaba en gritos; todo deshacíase en lágrimas: sólo el príncipe no zozobraba, y el asilo donde se había refugiado era inaccesible á la turbación. Oh Dios, vos erais su fuerza, su inquebrantable refugio, y como decía David [1], la firme roca en que estribaba su constancia. ¿Podré callar durante este tiempo lo que sucedía en la corte y en presencia del rey? Cuando allí hizo leer la última carta que le escribió este grande hombre; y se vieron en ella, durante los tres tiempos que notaba el príncipe, sus servicios, que tan someramente tocaba, en el comienzo y fin de su vida, y en la mitad, sus faltas, que con tanta sinceridad confesaba; no hubo corazón que no se enterneciera al oírle hablar de sí mismo con tanta modestia; y esa lectura, seguida de las lágrimas del rey, hizo ver lo que los héroes sienten los unos por los otros. Pero cuando se llegó al pasaje del agradecimiento, en que el príncipe notaba que moría contento y sobrado feliz por quedarle aún vida suficiente para atestiguar al rey su gratitud, adhesión y, si á decirlo se atrevía, su ternura; todo el mundo rindió testimonio á la verdad de sus sentimientos; y los que le habían oído hablar tan á menudo de este gran rey en sus conversaciones familiares, pudieron asegurar que jamás nada habían escuchado ni más respetuoso ni más tierno para con su sagrada persona, ni más expresivo para celebrar sus virtudes reales; su piedad, su valor, su gran genio, principalmente militar, que lo que decía de él este gran príncipe con tan poca exageración como lisonja. En tanto se le daba este bello testimonio, este grande hombre ya no existía: tranquilo, en los brazos de su Dios, adonde una vez se había arrojado, aguardaba su misericordia y demandaba su auxilio, hasta que por fin cesó de respirar y de vivir. Aquí, menester sería dar rienda suelta á su justo dolor en la muerte de un tan grande hombre. Pero, por amor á la verdad y para confusión de los que la desconocen, escuchad todavía el testimonio que de ella dió moribundo. Amonestado por su confesor de que, si nuestro corazón aun no es enteramente según Dios, precisa, dirigiéndose á Dios mismo, alcanzar que nos dé un corazón como él lo quiere, y decirle con David estas tiernas palabras: «Oh Dios, cread en mí un corazón puro» [2]; á estas palabras el príncipe se detiene como ocupado de algún grande pensamiento; después llamando al santo religioso que le había inspirado ese bello sentimiento: «Yo no he dudado nunca», dice, «de los misterios de la religión, por más que se haya dicho.» Cristianos, debéis creérselo; y en el estado que está, nada debe ya al mundo sino la verdad. «Pero», prosigue, «dudo ahora menos que nunca. ¡Cómo estas verdades», continuó con dulzura encantadora, «se destacan y se iluminan en mi espíritu! Sí», dice, «veremos á Dios como es, cara á cara.» Repetía en latín, con prodigioso placer, estas grandes palabras: *sicuti est, facie ad faciem* [3]; y no se cansaba uno de verle en ese dulce arrobamiento. ¿Qué pasaba en aquella alma? ¿Qué nueva

[1] 2 Rey. 22, 2. [2] Salmo 51, 11. [3] 1 Juan 3, 2.

luz le amanecía? ¿Qué súbito rayo traspasaba la nube y hacía como desvanecerse en ese momento, junto con todas las ignorancias de los sentidos, las tinieblas mismas, si me atrevo á decirlo, y las santas obscuridades de la fe? ¿En qué habían parado todos esos hermosos títulos que lisonjean nuestro orgullo? Á la venida de tan bello día y desde el primer despuntar de tan viva lumbre, ¡cuán presto disipáronse los fantasmas todos del mundo! ¡qué negro parecía el esplendor de la más hermosa victoria! ¡cómo se desdeña la gloria, y cuán mal se quiere á esos ojos débiles que por ella se dejan deslumbrar!

Venid, pueblos; venid ahora. Pero venid sobre todo vosotros, príncipes y señores, y vosotros que juzgáis á la tierra, y vosotros que abrís á los hombres las puertas del cielo; y vosotros, ante todos los demás, príncipes y princesas, nobles vástagos de tantos reyes; lumbreras de la Francia, pero hoy día obscurecidas y cubiertas de vuestro dolor como de una nube: venid á ver lo poco que nos queda de tan augusto linaje, de tanta grandeza, de tanta gloria; dirigid la mirada á dondequiera: he aquí todo lo que ha podido hacer la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe: títulos, inscripciones, vanos signos de lo que ya no es; figuras que parecen llorar en torno de una tumba y frágiles imágenes de un dolor que el tiempo arrebata con todo lo demás; columnas que parecen querer llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra nada; y nada, en fin, falta á todos estos honores sino aquel á quien se tributan. Llorad, pues, sobre esos débiles restos de la vida humana; llorad sobre esa triste inmortalidad que decretamos á los héroes. Pero acercaos en particular, oh vosotros que corréis tan ardorosos por la carrera de la gloria, almas guerreras é intrépidas, ¿quién más digno que él de mandaros? pero ¿en quién habéis hallado más decoroso el mando? Llorad, pues, á este gran capitán y decid gimiendo: «He ahí al que nos lanzaba á los azares; bajo él hanse formado tantos renombrados capitanes, á quien sus ejemplos han elevado á los primeros honores de la guerra. Su sombra hubiera aún podido ganar batallas; y he aquí, en medio de su silencio, su nombre mismo nos anima y á la vez nos advierte que, para encontrar al morir algún resto de nuestros trabajos y no llegar vacíos á nuestra eterna morada, con el rey de la tierra, menester es aún servir al rey del cielo.» Servid, pues, á este rey inmortal y tan lleno de misericordia, que os estimará un suspiro y un vaso de agua dado en su nombre más que todos los otros nunca toda vuestra sangre derramada; y empezad á contar el tiempo de vuestros servicios provechosos desde el día en que os deis á tan benéfico señor. Y vosotros, ¿no vendréis también á este triste monumento — vosotros, digo, á quienes quiso contar entre sus amigos? Todos juntos, cualquiera que haya sido el grado de confianza que os dispensara, rodead ese túmulo, derramad lágrimas con plegarias, y admirando en tan grande príncipe una amistad tan fácil y un comercio tan dulce, conservad la memoria de un héroe cuya bondad corría parejas con su valor. Así, séaos él siempre un recuerdo querido. Así ojalá que aprovechéis con sus virtudes, y que su muerte, que deploráis, os sirva á la vez de consuelo y de ejemplo. En cuanto á mí, si me es permitido, después de todos los demás, venir á tributar los postreros deberes á esta tumba, oh príncipe, digno objeto de nuestras alabanzas y de nuestro duelo, tú vivirás eternamente en mi memoria. Grabada quedará en ella tu imagen, no con esa audacia prometedora de la victoria; no, yo no quiero ver en ti nada de lo que la

muerte borra de ti: tendrás en esa imagen rasgos inmortales. Allí te veré tal como estabas en aquel día postrero, bajo la mano de Dios, cuando su gloria parecía comenzarte á despuntar. Allí te veré más triunfante que en Friburgo y Rocroi. Y arrebatado ante tan hermoso triunfo, diré, en acción de gracias, esas bellas palabras del discípulo amado: *Et hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra* — «La verdadera victoria, la que rinde á nuestras plantas el mundo entero, es nuestra fe.»[1] Goza, príncipe, de esta victoria; goza de ella eternamente, por la inmortal virtud de este sacrificio. Acepta estos últimos esfuerzos de una voz que te fué conocida. Tú pondrás fin á todos estos discursos. En vez de llorar la muerte de otros, gran príncipe, de hoy más quiero de ti aprender á santificar la mía. Feliz yo, si, advertido por estos cabellos blancos, de la cuenta que debo dar de mi administración, reservo para la grey que debo alimentar con la palabra de vida, los restos de una voz que cae y de un ardor que se apaga.

[1] 1 Juan 5, 4.

LITERATURA ITALIANA.

DANTE.

(1265—1321.)

NACIÓ *Dante* (ó *Durante*) *Alighieri* en Florencia. Sus padres parecen haber sido de poco valer, é insuficiente la educación escolar que se le dió. Pero su amor al estudio le hizo adquirir vastos conocimientos. La *Divina Comedia* ha hecho olvidar sus demás obras y ceñido las sienes del Dante con una aureola de gloria inextinguible, con la aureola de los titanes del mundo de la inteligencia. Mírese por el lado que se quiera la Divina Comedia, todo en ella asombra. Pero sube de punto el asombro cuando se contempla la pujanza poética que la anima: la belleza del lenguaje, la incomparable concisión y la no menos incomparable energía del estilo, la universalidad del asunto, la riqueza y la hermosura de las imágenes, la magnificencia de la fantasía, la profundidad del pensamiento, la originalidad sin igual y el tono constante y soberbiamente sublime.

DE LA DIVINA COMEDIA.

FRANCISCA DE RÍMINI.
(Canto v del «Infierno».)

Así bajé del círculo primero
al segundo, de más estrecha linde
y más dolor, que espira lastimero.

Horrendo Minos dentellea y rinde,
mientras juzga en el pórtico, los reos,
que van según su cola les deslinde.

Del alma, digo, ve los devaneos:
ella ante su presencia, si culpada,
confiésale sus obras y deseos;

Y él le decreta la abismal morada:
la cola tantas veces va torciendo
cuanta es la esfera que le está asignada.

Siempre se apiñan ánimas, viniendo;
una tras otra van al juez en tanto:
dicen, oyen, al tártaro cayendo.

«¡Oh tú, que á la mansión vienes del llanto»,
gritó Minos al verme, y los rigores
suspendió que derraman el espanto;

«Mira cuál entras, ve con qué ductores;
la anchura no te engañe de la entrada.»—
Y á él mi ductor: «¿Por qué tantos clamores?

Empresa por los hados acordada
no estorbes tú; que tal la decretaron
do imperan; y no indagues ya más nada.»—

Y voces luego de dolor llegaron,
apenas de escuchar, y en grito agudo,
cuando avancé, en mi torno resonaron.

Vine á un lugar de toda lumbre mudo,
rugiente como piélago en tormenta,
que en reluchantes vientos va sañudo.

La fortuna infernal, siempre violenta,
los espíritus lleva con presura,
los revuelve, y azota y atormenta.

Cuando llegan al borde de la hondura,
óyese dentellar, gemir, lamento,
blasfemias contra Dios, que los tortura.

Comprendí que sufrían tal tormento
los hombres licenciosos y carnales,
que fuerzan la razón á su contento.

Como vuela en los días invernales
la banda de estorninos larga, llena;
así arrebata el vendaval los tales:

Acá y allá, y arriba, abajo, en pena,
sin esperanza de aliviar sufriendo.
Y cual de grullas el gruír resuena

Al aura que en gran fila van hendiendo;
tal vi llegar entre el turbión furente
las almas suspirosas y gimiendo.

Y yo: «Maestro: ¿quién es esa gente,
que, en medio de los aires la negrura,
padece tal tortura vehemente?»—

Y él: «La primera de éstas, reina impura
de muchos pueblos fué. En lujuria fiera
con ley cubrió su infame desventura.

Semíramis es. Ella el seno diera
á Nino; y según fama, fué su esposa;—
reinó donde el sultán ahora impera.

La otra es quien se mató, de amor furiosa,
infiel á las cenizas de Siqueo.
Cleopatra viene en pos, la lujuriosa.»—
Á Helena vi, de tantos males reo;
y al grande Aquiles; quien al fin luchara
víctima de su amor. — Tras éstos veo
Á Paris, á Tristán ... y él señalara
mil con el dedo, que, de amor heridos,
amor en los infiernos arrojara.—
Fueron de mi maestro referidos
tanto adalid antiguo y dama: oía
yo flébil, desmayados los sentidos.
Dije: «Poeta, hablar yo desearía
á aquellos dos que allí vienen volando,
y leves á la ráfaga bravía.»—
Y él: «Aguarda á que cerca estén: y blando
entonces pídelo por quien los trae:
amor; y al punto se vendrán llegando.»
Y el viento hacia nosotros los atrae;
dígoles luego: «Oh almas apenadas,
venid y habladnos, si no se os retrae.»—
Y cual, de su apetito concitadas,
al dulce nido las palomas tienden,
firme al aire las alas desplegadas;
Tal del grupo de Dido, se desprenden
hacia nosotros por el aura impura:
tanto mis suaves voces los encienden.
«Oh cuerpo vivo, pío y de blandura,
que á quien tiñó en su sangre el mundo, vienes,
por aquesta región púrpura-obscura:
De la paz pediríamos los bienes
para ti, si el Rey sumo nos amara;
ya que piedad del crimen nuestro tienes.
Oiremos, hablaremos cara á cara,
mientras el viento calle, que está inerte.
Lo que decir, saber queráis, declara.
Nací en marina tierra, do se vierte
al mar el Po y sus ríos, y reposa.
Amor que rinde presto el alma fuerte,
Derramó en éste[1] el de mi faz hermosa,
belleza mía, que murió y me hiere.
Amor, que enciende amor y que todo osa,
Mi corazón tanto abrasó que quiere
aun, como ves:—muerte nos dió en una hora.—
Á nuestro matador Caín[2] espere.»
Tal ellos. Á su suerte aterradora,
quedéme inmóvil y bajé el semblante.
«¿Qué piensas?» dijo aquél tras larga mora.
Y yo: «¡Triste de mí! ¿qué ensueño amante,
y qué tierno anhelar, y qué desvelo
los llevaría al doloroso instante?»
Á ellos volvíme y dije: «Á llanto y duelo
conmuéveme, Francisca, tu quebranto.—
Mas dime: ¿en qué y qué modo vuestro anhelo
Os reveló el amor, gimiente encanto?
Y ella: «Ningún pesar cual la fortuna
rememorar en época de llanto:—
Diga tu guía. — Empero si la cuna
de nuestro amor saber tu voz implora,
diré como quien llora y narra á una.
Leíamos á Lanzarote un hora,
por placer, solitarios, inocentes:
cómo le coge amor.... Se descolora
Una vez y otra nuestra faz: ardientes
los ojos búscanse. Fué amor triunfante:
al leer cuál apagó en besos candentes
Sonrisa incitadora el noble amante;
éste, que no será de mí apartado,
los labios me besó en amor temblante:—
Galeote el libro fué y quien lo ha forjado.
En aquel día no leímos ya....»
Tal ella; él sollozaba; yo, apiadado,
desfallecí, cual muerto en tierra da.

APARICIÓN DE BEATRIZ.

(Del canto xxx del «Purgatorio».)

«Salve», todos decían, «tú que vienes:
los lirios esparcid á manos llenas»:
flores doquier llovían á sus sienes.
Del alba al despuntar he visto plenas
de rosas las regiones del oriente,
y las demás resplandecer serenas:
La faz entrevelada al sol naciente
he podido mirar por los vapores;
mirar con ojo fijo al esplendente.—
Así á través de las tupidas flores,
de angelicales manos esparcidas,
en nube de su carro en los redores;
Vi una mujer de velo albo, ceñidas
con oliva las sienes, verde manto,
cercada cual de llamas encendidas.
Mi espíritu, después de tiempo tanto
que lejos de sus ojos estuviera,
donde temblara de estupor y encanto;

[1] Pablo Malatesta, apuesto y noble caballero, asesinado juntamente con la bellísima Francisca de Rímini, su desgraciada amante, por su hermano Lancioto Malatesta, hombre deforme y despreciable, casado, según parece, por engaño, con ésta, que amaba á aquél. El padre de Francisca era protector del Dante.

[2] El círculo de Caín: el de los fratricidas.

Sintió, ya antes de verlos, hechicera
virtud de ella manar, con lo que ardiente
mi amor resucitó y pasión primera.

Miréla, y traspasóme de repente
otra vez el poder de amor sublime,
que ya en la infancia arrebató mi mente.

Á la siniestra tímido volvíme,
— como al materno seno va corriendo
el niño, si se aterra ó triste gime — ;

Por decir á Virgilio: «Está tremiendo
dentro de mí la sangre toda entera;
reconozco el antiguo amor ardiendo.» —
Mas aquél ya no está: lejos se fuera.

LA ESCALA DE ORO. — SAN PEDRO DAMIANO.

(Del canto XXI del «Paraíso».)

Los ojos en el rostro de mi Dueña [1]
fijos y fijo en él mi pensamiento,
de todo otro cuidado se desdeña.

No sonreía; mas en blando acento:
«Si te sonriese yo, te redujeras,
cual Sémele, en cenizas al momento;

Que mi belleza, al par que sube esferas,
al eviterno alcázar ascendentes —
encendiéndose va — cual tú la vieras. —

Si no la temperara yo, impotentes
serían á su lampo las miradas,
cual á la fronda rayos encendientes. —

Á las séptimas luces [2] levantadas
llévasenos; so el León [3] fuego encendido,
que envía á la otra esfera llamaradas.

Alza hora con los ojos el sentido:
de lo que te mostrare el otro espejo
haz tus ojos espejo trascendido.»

Á quien comprenda cuánto aquel reñejo
de su ventura mi alma enajenara,
adivinar el júbilo le dejo,

Cuando mandó los ojos apartara
yo de ella; de mi célica sirena:
placer cual la aflicción que me depara. —

Cristal en derredor al orbe llena,
que de su rey [4], quien dió su paz profunda
al mundo, el nombre tiene; — do serena

Escala de oro, que de luz se inunda
surgir vi, alta perderse. En esplendores,
que bajan, cada tramo así redunda,

Que pensé que del cielo los fulgores
aquí se vierten todos por encanto. —
Al modo que, del día en los albores,

Los cuervos acostumbran al quebranto
mover del frío su plumaje; y vuelan
unos sin retornar; otros en tanto

Vuelven, y en derredor otros revuelan; —
así miré la luz brotar fulgente:
ir y venir, rayos ondear que rielan.

Muy cerca de nosotros reluciente
detúvose una [5]; tal que yo decía:
«Bien veo yo tu amor á mí ferviente.»

Mas ella, que la voz regula mía:
su hablar y su callar, estaba muda;
y así yo mi deseo reprimía.

Ella vió mi anhelar en lucha ruda:
lo comprendió en Aquel que todo mira.
«Declara», dijo, «ya tu ardiente duda.»

Y respondí: «Tu dignación me admira:
en la que me la otorga, mi alma espera. —
Oh vida, que placer sólo respira,

¿Por qué hasta mí te inclinas placentera?
y esa paradisiaca armonía,
dime, ¿por qué enmudece en esta esfera,

Que tanto en todas resonaba pía?»
Y él: «Débil, cual la vista, has el oído
No ha resonado aquí la melodía,

Pues aquí Beatriz no ha sonreído.
Bajo por tu placer la escala santa:
goza en mi voz y luz que es mi vestido.

Á esas almas el mismo amor encanta,
ó más que á mí — lo ves en sus fulgores. —
Servimos al Dios próvido, y es tanta

Aquesta caridad que, en sus fervores,
acá, cual lo contemplas, nos destina
y mueve á prodigaros sus favores.»

«Bien veo», dije, «antorcha peregrina,
que, libre, amor en este reino impera
y basta á hacer la voluntad divina.

Mas tú, ¿por qué entre tanta compañera
— es arduo de entender — fuiste elegida
á esta misión?» Aún yo lo dijera,

Cuando la lumbre aquella fué impelida
en torno á sí, cual rueda giradora;
y me responde amor que dentro anida:

«Luz diva á mí desciende ilustradora,
penetrando en aquesta que yo habito;
luz que á la de mi mente se incorpora.

Yo por ella contemplo de hito en hito
al Ser de quien este fulgor dimana;
me alza ella sobre mí al Ser infinito.

De aquí el de mi alegría soberana
claror, igual á la visión divina;
que crece, de ella á par, pues de ella mana.

---

[1] Beatriz. [2] Saturno, séptima esfera celeste.
[3] La constelación del León. [4] Saturno. [5] San Pedro Damiano.

Pero ni el alma en esplendor más fina,
ni el serafín que á Dios ve más cercano,
á tu pregunta responder atina;
Que del abismo eterno es un arcano,
impenetrable á toda vista creada.
Al tornar, esto di al linaje humano:
Que en senda adelantar tan encumbrada
no quiera presumir Humo en el suelo,
el alma es luz aquí: mortal mirada
di si verá lo que no mira el cielo.»

CRISTO.—MARÍA.
(Del canto XXIII del «Paraiso».)

Como en las ramas caras donde anida,
pasa el ave la noche tenebrosa
junto á los dulces pollos escondida,
De verlos y cebarlos anhelosa —
grave y querido afán; — la luz previene;
de la rama en las puntas cuidadosa,
Aguarda al sol, y ve si el alba viene; —
tan atenta se alzaba mi señora,
vuelta hacia donde el sol más se detiene.
Al verla así suspensa atisbadora,
quedé como quien tiene, goza, anhela.
Breve fué mi anhelar, que lucidora
La esfera súbito más y más riela.
Dijo Beatriz: «Ya mira las legiones
de Cristo triunfador. Junta y revela
Y da él la gloria toda de los dones
del voltear de todas las esferas.»
Su rostro pura luz, y relumbrones
De gozo sus miradas placenteras —
no acierto á describir. Tal como Diana
entre ninfas que, eternas, las riberas
Del cielo esmaltan todas, ríe ufana
del plenilunio en noche peregrina;
tal vi entre antorchas mil luz soberana:
Un sol, que, al nuestro símil ilumina
los astros todos. Vi deslumbradora
entre el fulgor su esencia, la divina:
«¡Oh Beatriz, mi encanto y conductora!...»
Y ella: «Es sin par Poder[1] quien tu ojo ofende:
la ciencia, del camino la abridora,
El que á la tierra desde allá desciende,
por ella tantos siglos suspirado.»
Cual de la nube el rayo se desprende
Que en ella, hasta romper, se ha dilatado
y que contra su ley baja y expira;
así mi espíritu se hinchió encantado.

«Abre los ojos y quién yo soy mira:
lo visto hará soportes mi sonriso.»
Era yo cual un hombre que suspira
En vano por volver el indeciso
vagar de ensueño fúlgido á la mente;
cuando escuché lo que mi anhelo quiso:
«¿Tal te hechiza mi faz[2]: de Cristo el riente
jardín, al que su luz crece y repara,
¿tú no le ves cuál yace floreciente?
Allí la rosa vive en que encarnara
el Verbo divinal; los lirios crecen;
cuya fragancia sendas nos declara.»
Así Beatriz. Yo, dócil; recrudecen
mis luchas con las débiles miradas.
Como, al puro esplendor del sol, parecen
Tal vez, por entre nubes desgarradas,
verjeles á mis ojos asombrados;
así vi muchas turbas, alumbradas
Por fulgores no sé de dó bajados.
Oh benigna virtud iluminante,
tú te alzaste á mis ojos ofuscados:
Y vi, nombrar oí la más brillante
lumbrera flor del cielo encantadora[2],
que día y noche invoco suplicante.
Extático miré á la triunfadora
de la celeste y terrenal esfera:
su esplendor, magnitud asombradora.
Y de dentro al empíreo una lumbrera[3]
desciende y la rodea, cual corona;
y girando en redor, la viste entera.
Estrépito de tempestad que tona
es la más suave y tierna melodía
nuestra al son de esa lira[4], que corona
El hermoso zafiro[5], que atavía,
sin par venusto, cielo tan sereno.
«Soy angélico amor: de la alegría
Inmensa giro en torno; quien del seno
se efundió, en que el Bien nuestro se albergara;
y giraré mientras tu brillo ameno —
En pos del Hijo tú — torne más clara
la que tú habitas suma esfera y día.»
Tal la girante antorcha resonara;
Y todas luego, el nombre de María.
Por cima de nosotros en la altura
el astro manto regio[6] se perdía;
Que el universo cubre con su anchura;
que en toda esfera célica se interna;
que enciende su vivir y que fulgura
al divinal aliento y fuerza eterna.

[1] Cristo. [2] María. [3] El arcángel Gabriel, mensajero de la anunciación.
[4] El arcángel. [5] María, el zafiro de las joyas celestiales.
[6] El noveno cielo, ó primer móvil.

TASSO.

(1544—1595.)

NACIÓ *Torcuato Tasso* en Sorrento y fué educado en un colegio de jesuitas. Muy pronto dió señales de precocidad intelectual. El mayor mérito de su epopeya *Jerusalén libertada* está en sus largos episodios, verdaderas novelas erótico-fantásticas, de inmarcesible belleza, que le han asegurado la inmortalidad. En ellos, sobre todo en el muy hermoso de *Armida*, deja volar su fresca y espléndida fantasía, que graciosamente y con incansables y vehementes alas se espacia por mar y tierra, infierno y cielo, vertiendo un torrente de estancias de maravillosa armonía. Vibra en los episodios de la Jerusalén todo el vigor del poeta, aunque temperado por la gracia y cierta blanda severidad. Ellos compiten con los más coloridos cuadros del Ariosto, á los cuales superan en nobleza, idealidad, pudor y sentimiento. Sobre ellos, como sobre todo el poema, está esparcida, á modo de sutil y encantador velo, una suave melancolía, que es el amable distintivo del Tasso.

DE LA «JERUSALÉN LIBERTADA».

INVOCACIÓN.

(Del canto I.)

Las pías armas y el caudillo canto
que libró la de Cristo tumba cara.
Mucho esforzó su mente y mano, en tanto;
mucho afanóse en la conquista clara.
En vano el orco opúsole quebranto;
en vano al Asia y Libia á un tiempo armara;
que el cielo le escudó; y de nuevo llama
la errante hueste en torno á su oriflama.

Oh musa, tú que ornar no usas la frente
con láurea moribunda en Helicona;
ciñes, en coro angélico riente,
de eternos astros fúlgida corona;
tú inspírame del cielo fuego ardiente;
tú inflama mi cantar y tú perdona,
si adorno la verdad y si atavío
con otro que tu amor el canto mío.

ENVÍO DE GABRIEL.

(Del canto I.)

Así le dijo Dios; Gabriel sin mora
el divinal mandato á cumplir vuela.
Le viste aérea forma que esplendora,
y espíritu, al mortal ya no se cela:
muestra miembros y faz humanos hora.
Mas de celeste majestad riela.
Sus años son de joven y de infante;
y su hebra blonda exorna en luz radiante.

Viste albas alas de oro guarnecidas,
de pluma fuerte, rápida, temblante.
Hiende vientos, y nubes hiende erguidas;
sobre tierras y mares va al instante.
Remóntase á las lindes escondidas
del mundo el nuncio celestial volante;
y en la cima del Líbano detiene
el vuelo, y en sus alas se sostiene.

OLINDO Y SOFRONÍA.

(Del canto II.)

Crecía allí virgínea flor lozana,
doncella de encumbrada regia mente,
de alta beldad, de su beldad no ufana,
ó tan sólo cuanto el pudor consiente.
Tras del velo de humilde muro afana
por ocultar su gracia reluciente.
Del loor, mirar, lisonja, su recato
esconde solitaria y sin ornato.

Mas guardarse no puede en sombra obscura
una beldad que admira deslumbrante.
Tú lo vedas, amor; tú á la ternura
y ardor la muestras de un mancebo infante.
Amor, ya ciego, ya Argos, todo apura;
todo lo ve; ya venda el ojo amante.
Tú entre mil guardias la mansión sagrada
virgínea has revelado á la mirada.

Olindo es él, Sofronia, la doncella;
vecinos, una fe en ellos reside;
tan modesto él, cuanto es la joven bella;
mucho ama, poco espera, nada pide.
No sabe ó no osa descubrirse; y ella
ó no ve, ó no comprende, ó le despide.
Tal hasta ahora él triste la ha servido,
no visto, ó desdeñado, ó no entendido.

Cunde, en tanto, la voz de que se apresta
á los cristianos miseranda ruina.
Ella, tan generosa como honesta,
cuál salvarlos solícita imagina.
Ya intento excelso á rematar se arresta;
ya el virginal pudor la desatina.
Vence el valor: concierta, acordes hace
la fuerza y el pudor: pudor audace.

La virgen sola va por el gentío;
no luce su belleza, ni la cela.
Los ojos bajos, tímida, con brío
camina y dentro del cendal se vela.
Ni abunda ni carece de atavío.

Si suerte, si arte; su semblante riela.
De natura, de amor, del cielo amiga,
delicadez su negligencia abriga.

Todos la miran; pasa, ella no mira.
Altanera mujer, ante el rey viene.
Ni, porque ve su furia, el pie retira:
su aspecto fiero intrépida sostiene.
«Vengo, señor», le dice, «—en tanto, tu ira
y las del pueblo tu ánimo refrene—;
á mostrar vengo, á darte vengo el reo
que buscas, que te enrabia en devaneo.»

Á la honesta altivez, al repentino
fulgurar de belleza noble y pura,
como confuso el rey, como sin tino,
reprime su furor y la faz dura.
Si alma él tuviera, si ella ceño fino,
allí de amor rindiérale ternura.
Pero esquiva beldad no prende á esquivo:
caricias son de amor el incentivo.

Asombro fué, fué languidez, fué afecto,
si amor no fué, lo que movió al tirano.
«Narra», le dice, «todo; ni respecto
zozobres de tu pueblo fiel cristiano.»
Y ella: «Está el criminal ante tu aspecto,
señor; el hurto es obra de esta mano.
Yo hurté la efigie [1]; la buscada rea
soy yo, yo castigada sea.»

Así al peligro la alta testa quiere,
por todos víctima, ofrecer aquélla.
¡Magnánima mentira! ¿quién prefiere
la verdad á tu encanto, por más bella?
Al feroce tirano asombro hiere;
y no, cual suele, su ira se atropella.
Después le dice: «Me reveles quiero
quién te instigó, quién fué tu compañero.»—

«Ni un ápice dar de la gloria mía
á otro he querido: yo la instigadora
sola fuí de mi empresa; yo, la guía,
la cómplice, yo; yo, la ejecutora»—
«Pues sólo contra ti mi ira bravía
desencadenaré yo vengadora.»—
Y ella: «Es razón, si sóla fuí á la honra,
descargue en mí el penar de la deshonra.»—

Aquí al tirano su furor inflama:
«¿Dónde la imagen guardas que has robado?»
«No la escondí; que la entregué á la llama:
juzgué loable arderla: profanado
lo sacro, al menos, no será. Ni infama
ninguna impía mano ya el sagrado.
Si el hurto y el ladrón tener suspiras,
aquél nunca verás: éste le miras.

Bien que ni es robo, ni yo robadora:
justo es recuperar robo insolente.»—
Lo oye el tirano; en voz conminadora
ruge; el furor le arrastra vehemente.—
No esperes ya perdón, encantadora,
pudorosa beldad y excelsa mente.
En vano amor, contra el embate rudo,
en tus hechizos quiere darte escudo.

Presa es la virgen bella; en furia cruda
el príncipe condénala á la hoguera.
Del velo y cendal púdico ya nuda,
los muelles brazos en lazada fiera,
calla: su fortaleza no se muda;
un tanto sólo el corazón se altera:
su hermosa faz se ve descolorida,
no lívida, mas de candor vestida.

El pueblo, divulgándose el gran caso,
doquier se agolpa; Olindo se presenta:
—dudosa es la persona: cierto el paso—;
que pueda ser Sofronia le amedrenta.
Ve de la atada hermosa el rostro laso
de rea, que el suplicio ya atormenta,
al verdugo, á su duro oficio atento
ve: y por la gente lánzase violento.

Al rey gritó: «No es ella la rea
del hurto: vanagloria la levanta.
Ni cima da, ni osa intentar, ni idea
mujer sola, inexperta, empresa tanta.
¿Cómo engañó la guardia? y de la dea,
¿con qué maña robó la efigie santa?
Si lo hizo, diga. Yo, señor, hurtéla.»—
—¡Ay tanto amor en desdeñado anhela!—

«Donde á vuestra mezquita levantada
penetra el aura y claridad del día,
allí de noche vine; y traspasada
la estrecha luz, vencí imposible vía.
¡Á mí, el honor; la muerte, á mí! Penada
ésta no usurpe la faena mía.
Esa cadena es mía, mía es ésta
flamante pira, que por mí se apresta.»

Sofronia alza la faz; y afablemente
con ojos de piedad dulce le mira:
«¿Á qué tú aquí, oh mísero inocente?
¿Qué consejo ó furor te guía, inspira?
Sin ti ¿yo no seré tal vez potente
á sostener de un hombre toda la ira?
Un pecho tengo que á sufrir la muerte
á sólas imagínase asaz fuerte»

Tal dice; mas no muda con su acento
ni ablanda del amante la porfía.
¡Grande espectáculo el luchar violento

[1] de María.

entre amor, y virtud, y valentía,
donde la muerte es triunfo y es contento,
donde el vivir es mal y suerte impía!
En tanto más por ambos se contiende,
más el furor del príncipe se enciende.

Juzga que su constancia le baldona;
juzga desprecio despreciar la muerte.
«Créase á entrambos», dice, «y la corona
ciña de entrambos la gloriosa suerte.» —
Á los sayones prestos luego encona,
y ligan al garzón en nudo fuerte.
Los atan á una misma estaca enhiesta,
espalda con espalda, á faz opuesta.

En su redor levántase la hoguera.
Atizan los verdugos ya la flama,
cuando habla en voz el joven lastimera
á la con él unida, á la que él ama:
«Conque, ¿ésta es la lazada duradera
de amor que yo soñé, á que amor llama?
¿éste, el que yo soñé fuego candente,
de nuestros corazones lazo ardiente?

Otra llama, otro nudo amor mentía,
y éste hoy me brinda la áspera fortuna.
Lejos siempre, ¡ay! muy lejos nos tenía;
y sangriento en la muerte nos aduna.
Al menos moriré en tu compañía,
consorte de la pira — es dicha alguna —
del lecho no lo fuí. — Lloro tu suerte,
no á mí: dulce á tu lado me es la muerte.

Y ¡oh fortuna feliz! ¡blando tormento!
¡oh dulcísima muerte hechizadora,
si yo pudiese en el postrer momento,
seno con seno, mi alma adoradora
exhalar en tus labios, y tu aliento
postrero recibir también á la hora!» —
Así le dice flébil. Le contesta
ella y con suaves voces le amonesta:

«Otro pensar, oh amigo, otro lamento
por más alta razón pide el presente.
¿En tus culpas no piensas, desatento
á la que al bueno Dios da dicha riente?
Sufre por él: se endulza así el tormento;
y alegre espera un trono reluciente.
Mira al cielo: él nos ríe: el sol parece
que nos convida y que solaz ofrece.»

Aquí el vulgo gentil llora y suspira.
Mientras el fiel solloza silencioso.
Un no sé qué de nuevo y blando espira
del rey lo hondo del ánimo impiedoso.
Lo siente; teme la emoción; se aíra;
se vuelve y va, de su sentir medroso.
Tú sola allí, Sofronia, estás serena;
no lloras, siendo á todos lloro y pena.
. . . . . .

Así libres se vieron. Venturado
de Olindo fuera á la verdad el sino;
que hora pudo probar que en levantado
pecho amor vierte amor tan peregrino.
Del rogo va á la boda, ¡cuán trocado!
Fué reo; es cónyuge el amante fino.
Quiso morir con ella; ella no esquiva
que, pues tal no murió, con ella viva.

ASAMBLEA INFERNAL.

(Del canto IV.)

Llama á quien moran en la sombra eterna,
de la tartárea trompa el rebramar:
treme la inmensa lóbrega caverna;
rimbomba el aura ciega á su tronar.
No ruge tanto en la región superna
el trueno, cuando estalla el fulminar;
ni tal retiembla nunca la honda tierra,
cuando, en vapores grávida, se cierra.

Turbas varias de dioses infernales
hacia la puerta vuelan elevada.
¡Oh qué rostros! ¡qué horrores abismales!
¡cuánto terror y muerte en su mirada!
Huellan la tierra allí plantas ferales,
la sien por haz de sierpes circundada;
van arrastrando cola gigantea,
que se anuda, repliega, serpentea.

Á la siniestra y la derecha mano
se posan, y Plutón cruento delante
se sienta en medio de ellos soberano,
empuñado el cetro áspero, pesante.
Ni peña en mar, ni pico alpestre vano,
ni Calpe sube tal, ni el magno Atlante,
que, con él, loma humilde no aparente:
tanto alza el grande cuerno en la alta frente.

Horrenda majestad su faz clarea
y su soberbia aterradora acrece.
Veneno y sangre, su ojo centellea,
cual infausto cometa, y se enfurece.
Hirsuta, inculta barba le sombrea
y hasta el pecho velloso larga crece;
y á guisa de vorágine profunda,
su boca se abre, en negro cruor, inmunda.

Como sulfúrea ráfaga tronante
que el Etna lanza fétida, encendida;
tal de su fiera boca aura negreante,
entre hedor y favila, es despedida.
Mientras él habla, cállanse el latrante
Cerbero, y la Hidra, de tal son herida:
inmoto está el Cocito, está temblante
el abismo al grande eco retumbante.

«Tartáreos dioses, dignos de partido
más alto, allá, que el sol, do vuestra cuna;

á quien, nuestro feliz reino perdido,
hundió el gran caso en tan feroz fortuna:
del otro el suspicaz desdén ardido,
eterno veis; — la nuestra empresa es una — ;
y él á placer hoy las estrellas gira
y á nos cual á rebelde gente mira.

Y en vez del día placentero y puro,
del áureo sol, estrellas, firmamento,
dentro nos cierra de este abismo obscuro;
veda aspiremos al más alto asiento;
y luego — ¡ay, cuánto es memorarlo duro!
ésta es mi cuita y mi mayor tormento — :
al hombre al trono célico ha subido:
al hombre vil, del fango vil nacido.

¡Ah, no será! no es muerta aún la osadía
de nuestro espíritu y valor primera:
el fierro y viva llama nos vestía
en nuestra lid contra el que al cielo impera.
Caímos — no lo niego — en la porfía.
Mas fué la empresa grande y altanera.
Del más feliz fué entonces la victoria;
fué muestra del lidiar toda la gloria.»

MUERTE DE CLORINDA.

(Del canto XII.)

Mas he aquí la hora fatal despunta
en que á su fin tocar Clorinda debe.
Hunde en su hermoso seno aquél la punta,
que lo rasga y su cruor ávida bebe:
por la dorada veste rojo apunta,
é inúndase la poma tierna y leve;
hínchelas tibio humor; morir se siente;
vacila, dóblase lánguidamente.

Conminador al triunfo va: lo mira:
más estrecha á la virgen traspasada.
Ella, al venir á tierra, así suspira
en palabra mortal acongojada,
que un nuevo espíritu á su lengua inspira;
palabra en fe, esperanza, amor sellada;
la mueve Dios, que quiere, si pagana
vivió, muera humildísima cristiana:

«Triunfa, amigo; perdono: tú piadoso
con mi alma sé — sola piedad que cabe. —
¡Ah! sí, por ella ruega fervoroso;
dame el bautismo que mi culpa lave.»
Alienta en tal acento fatigoso
un no sé qué de flébil y de suave,
que de Tancredo el grave ardor mitiga,
penetra el pecho y á llorar le obliga.

Del monte en la ladera mansamente
corre y murmura diminuto río;
vuela, llena el morrión en su corriente
y triste torna al gran deber y pío,
Le tiembla, al descubrir su ignota frente,
la mano, del almete ya al desvío:
la ve, conócela, se torna mudo:
¡ay ver! ¡ay conocer! Helóse el rudo. —

No murió; que llamó energía dura
entonces á favor del corazón,
y dominó del alma la amargura.
Por muerte á fierro, á dar va vital don
con agua: viértela, voces murmura:
ríe ella extática al sagrado son;
parece, al expirar leda y vivaz,
decir: «El cielo se abre: voy en paz.»

Bello palor en su alba faz fulgura,
cual lirio, de violeta sombreado;
al cielo mira: el cielo y su ventura
irradia el sol en su semblante amado;
alza al campeón la fría mano pura,
prenda de paz — su labio está sellado.
Así quedó, cual dormitando bella,
la que á los cielos se elevó doncella.

LITERATURA ALEMANA.

KLOPSTOCK.

(1724—1803.)

FEDERICO TEÓFILO KLOPSTOCK pasó su primera juventud en el campo; hizo después sus estudios literarios; cursó teología y escribió al propio tiempo los primeros cantos de la *Mesíada*, que despertaron inmenso entusiasmo en toda Alemania. Sus poesías líricas descuellan por la exquisita sensibilidad, el ardor de la imaginación y el bellísimo lenguaje. Canta la redención en la *Mesíada* (Mesías), epopeya lírica, el más grandioso poema moderno; una de las más geniales y levantadas creaciones poéticas de todos los tiempos, y la inspiración cristiana y cristológica más vasta y profunda; nativo producto de una fantasía sin límites, pero ordenadísima; de un entusiasmo y sensibilidad incomparables, y de tal belleza de forma que basta ella por sí sola á tornar su lectura en verdadera fruición.

DE LA MESÍADA.

COLOQUIO DE ELOA Y GABRIEL.
(Del canto VI.)

«¿Le [1] viste padecer? Yo todavía
me estremezco. ¿Sufrir, Gabriel, le viste?
Ninguna voz del cielo ni voz de ángel
lo que sentí, puede expresar. Tú mismo
le has visto. ¡Y cuánto que sufrir le resta!
De cada instante eternidades penden.»
Calló; y Gabriel: «Millares de años hace
que en el prodigio por venir me abismo,
no á comprenderlo: á vislumbrarlo sólo.
Erré. Callemos: todo en torno es santo:
yacen al rededor también sepulcros;
mas ángeles despertarán de entre ellos:
dormid en dulce paz. — Empero ¡oh! mira:
¿quién hacia acá por las tinieblas fiero
con flama viene? El infierno os manda,
rebeldes. ¡Qué vil chusma! Pero el que hizo
el átomo y los soles, el Eterno,
en el gusano impera y el querube.
¡Y su ductor! ¡y su ductor! Eloa...
No irá tal, cuando llame de esas tumbas,
que del juez le ocultaren, la trompeta
al polvo. Entonces no vendrás tan ledo,
traidor.» Lo dijo. Se acercó la turba.

PORCIA.
(Del canto VI.)

Mas, dentro al lateral palacio, en giro
al tribunal un corredor llevaba
de luces solitarias y en penumbra.
Allí está reclinada, entre mujeres,
en la marmórea balaustrada Porcia,
del romano Pilatos la consorte
florida, esplendorosa. Su alma, empero,
no es juvenil. Flora por dar su fruto
precioso á los romanos decaídos;
cual lo diera la madre de los Gracos;
mas decretada está por el consejo
severo de las Guardas para Roma
la irreparable, sempiterna ruina.
Del anhelo de ver, por fin, al grande
profeta compelida, presurosa,
viniera Porcia con esclavos pocos.
La majestad y miramientos todos
de romana imperante ha olvidado
hoy como por encanto: del Eterno
la providencia guíala. Parada
allí, le ve: ve al que dió vida al muerto;
al que es mayor que el odio encarnizado
del sacerdote; al que es bastante grande
para obrar grandemente entre una plebe
tan abyecta, ignorado, no admirado.

[1] Á Jesús.

Contempló atónita al varón sublime
anhelosa, expectante, consolada
de verle tan sereno levantarse
ante el odio y la espada de la muerte.

Calla el silencio; y Porcia ve al profeta
cuál en presencia se alza de las voces
del mortal enemigo. Centellea
de la mujer el ojo alborozado;
el corazón palpítale más fuerte
y á la cabeza grandes pensamientos
le surgen y la inundan: le parece
que el nuevo, alto sentir la eleva excelsa.
En torno luego con pupila ardiente
atisba para ver si entre la turba
no hay almas generosas que con ella
admiren al profeta. Mira en vano;
que no las tiene un pueblo ya maduro
para el juicio y caer sobre las ruinas
flameantes de su templo en que no mora
ya Jehová.

— — — — — — — — — — — —

Tal los testigos: presto
al redor, en Jesús del pueblo todo
convergen las miradas expectantes:
cuál vase á sincerar el revoltoso.
Así al cristiano moribundo cercan
con pálido pensar, casi con gozo,
que fruir desea, turbas burladoras,
villanas, y detienen el aliento;
y expectación; murmuran: «También de éste,
como él mismo, se deshará el ensueño
tenace de la vida venidera:
habrá de confesarlo todavía.»
Por ellos y por sí el sabio, empero,
ora y sonriente por las tumbas pasa.
Así le mira absorta y anhelante
la multitud. Mas el Dios-Hombre calla.
Arrebata á Caifás furor alado;
«Criminal», dice, «¿callas á lo que éstos
deponen contra ti?» El Dios-Hombre calla.
Se enfureció el pontífice de nuevo:
«Habla. Por el Dios vivo te conjuro:
¿el Cristo eres tú? ¿el Cristo, el hijo
del adorado Dios?» Dícelo; se alza
y mira con mirada matadora;
con él mira satán. De muerte el ángel,
Obadón, de Filón el ángel, piensa
contra los pecadores soberano
y airado: «Si se digna á los verdugos
responder, es piedad. Pero ya se arma
la venganza con todos los terrores
que aterra y hiere Dios, desde que el trueno
ante su solio rueda. Ved: despierta
al juicio y viene el postrimero día.
Día umbrío, negro, matador, oh día
decisivo: salud, en tu belleza
espantadora, oh de entre los hijos
tú de la eternidad el más hermoso!
¡Oh remunerador solemne día!
¡día de la medida justiciera,
de la balanza sonadora! El eco
argénteo de sus platos en contorno
van repitiendo giradores mundos.
¡Salud, oh día! Ocúltase la gracia
en medio á las de palmas portadoras
muchedumbres. — Á éste de la tierra,
del polvo, ayer y pecador nacido,
que altivo se hincha en contra del Eterno,
y á aquél de nuestro cielo hijo, quien alza
desde la creación revoluciones
inmensas: ¡víctor! á ambos cogerálos
el día tronador, para perderlos,
hundirlos. Así, vélome yo y callo.
Es mi silencio destrucción, empero,
mi enmudecer del Vengador es nuncio.»
Tal entre sí con pensamiento alado
pensaba el serafín; y al sacerdote
mira quien condenaba de antemano
del Cristo el responder. Miraba al cielo
el Hombre-Dios: los ángeles se asombran:
tanto sus ademanes les revelan
cuál su deidad oculta y cuál esconde
en calma humana lo que plasmó mundos.
Así aun hoy detiene, más terrible
por su tardar, el postrimero juicio
y sufre que con largos siglos corra
de los levantamientos el torrente.
Luego la faz del sacerdote mira
y dícele: «Yo soy el que tú dices,
y sábete que ahora obras consumo
que el juicio inician. Al varón terreno
también nacido de mujer, veréisle
sentado del Altísimo á la diestra
y retornar en nubes de los cielos.»
Tal entreabrió quien el postrero día
vendrá, más pavoroso que por ángel
de muerte ésta cantada ha sido nunca,
de lo alto, entre el rugir de la tormenta
sonoro, en la más honda de las noches —
tal entreabrió á una fugaz mirada
lo porvenir, y cerró prontamente
al ojo atónito la horrenda escena.

— — — — — — — — — — — —

Lo dijo: y excitada de él, la plebe
frenética al Divino abalanzóse.
¡Oh préstame el cendal con que, Sionida,
te cubres silenciosa, cuando vuelas
ante el Eterno; préstalo que vele
con él, entre los ángeles, mis ojos.
Gabriel y Eloa un tanto separados
de allí, se descubrieron: «El misterio

de Dios, Gabriel, ¡cuánto es profundo, y cuánto
es superior á las criaturas todas
el misterio de Dios! Nacer he visto
Oriones: sé qué de prodigios fueron,
por centurias sin fin, en los Oriones.
Mas un milagro tal nunca se viera
como tamaña humillación del Hijo.
Él, á quien Jehová de las alturas
del Tabor tronadoras ha juzgado;
quien con tanta deidad sostuvo el juicio;
él quien me devolvió de una mirada
la de los inmortales refulgencia —
¡él! . . .
Gabriel. Y él, Eloa, á cuya faz un día
los huesos de los muertos, agitados
del huracán de la creación segunda,
que inmenso va, resurgirán, y en torno
la tierra clamará, doliente, opresa,
al Todopoderoso; quien cercado
vendrá con las trompetas retronantes
con ángeles de muerte, al final juicio,
en medio de los astros desmayantes.
Eloa. He ahí llamóla: y fué la luz. Lo viste
Gabriel, cómo impetuosa brotó: él iba
de pensamientos mil y mil henchido
con mil vidas y mil á su derecha;
ante él va tempestad animadora.
Y rodaron los soles, todo en giro
sonó y cantó en los polos jubilosos;
y creó los cielos.
Gabriel. Ve: mandó á la noche
eterna, y ella fuése tras sus cielos.
Eloa, tú le viste cuál se alzaba
sobre la noche; y la llamó: cuajóse:
inmensa y muerta mole, ante él yacía,
como un sol en escombros ó el cadáver
de cien terrestres globos hacinados:
y él ordenó á la llama: se derrumba
la llama de la noche por los campos
de perdición: fué la miseria; grito
surgió triste de lo hondo: creó el infierno.»
Así decían. Porcia vió al Divino
sufrir: mirarlo no sufrió y alzóse.
Levanta dolorida suplicante
las manos y los ojos en el cielo
fija, donde clarando viene el alba.

CANTAR DE ELOA.
(Del canto VII.)

Eloa, tú sobre la aurora estabas;
en rededor, las guardas de la tierra.
Al son cantó de su arpa vibradora
— ved: tal jubilarán los redivivos — ;
cantó: «¡Vive sin fin: vén, nace, ¡oh! nace,
¡día sangriento! Ved: viene ya cerca;
es su nombre Piedad; á él, á él bendicen
los astros más espléndidos y claman
á los soles menores en contorno;
los soles, á las tierras: ¡Oh, tú el día
de reconciliación, día querido,
hermoso, cruento, del amor enviado!
Arpa, resuena en él: él trueca el polvo
en ángeles. Su carro triunfal siguen
de paz eternidades. Mirad: yo alzo
los ojos y contemplo: de la tierra
una colina el ara es; tiembla el ara
delante de la víctima que viene.
Si astros el Aplacando, como guijas
del arroyo, cogiese, y de los astros
un altar para el Hijo fabricase;
ante su víctima el altar temblara.
Miro á doquier en torno, ¡cuál sonríen
los más fulgentes soles á la tierra!
¡y cómo flotan desde el alto cielo,
en más ligero andar, con sus estrellas!
¡Salve, reposo de la grande fiesta!
¡Del Padre oh Sábado, y del Hijo, salve!
Oigo sonar las arpas de doquiera;
las oigo jubilosas resonantes.
De los querubes las coronas todas
inclínanse. Tornóse; sí, tornóse
Sábado la creación: — ¡Oh pensamiento,
oh pensamiento! siglos y más siglos
habrán de transcurrir antes que mire
y alce de lejos á tu luz sagrada
sus ojos el querub, oh pensamiento:
Murió el Hijo del Padre, Dios te piensa.»
Cantaba Eloa; el cielo resonaba.

MARÍA Y PORCIA.
(Del canto VII.)

Y levantóse y vió á Jesús María.
Ángeles, cuando vió el palor de muerte
con que palideció, cuando los ojos
yertos vió de la madre, volvió el rostro.
Caída de sus ojos la tiniebla,
callado el estupor de sus oídos,
al tribunal fué trémula avanzando
y una vez más vió allí parado al Hijo;
vió los acusadores poderosos
cercándole y sentado al juez romano;
la grita oyó del pueblo, que furiosa,
en redor, y de muerte resonaba.
¿Qué hacer? ¿Qué lástima invocar? En torno
miraba, sin hallar quién se apiadase.
Miraba al cielo, y él también callaba
para la madre. Luego oró sangrante
su corazón: «¡Oh, tú que me le hiciste
por ángeles nunciar: tú, que en el valle
de Belén me le dieras entre goces
maternos de que nunca disfrutara

ninguna madre; goces, que no todos
los ángeles cantar, en sus cantares,
de la cuna supieron: tú que oiste
de Samuel á la madre, cuando oraba
con llanto al pie del ara: tú, Piadoso,
del alma mía escucha los gemidos:
oye mi cuita; nunca me angustiara
cual hora cuita alguna. Tú me diste
el corazón más maternal y al hijo
mejor: de los terrígenas corona.
No le dejes morir, si mi plegaria
á tu querer divino se conforma;
oh tú, que hiciste el cielo, y ordenaste
á la lágrima á ti clamar piadosa.»
Aquí su corazón calló. El torrente
de la turba venía, y arrastróla
hacia el un lado y le quitó del hijo
el aspecto. Sustrájose al torrente:
detenía la planta, la movía;
buscaba á los discípulos en vano.
Por fin su faz veló, llorando muda.
Alza después los ojos, y se encuentra
junto al palacio lateral romano.
«Hombres acaso habitaránlo — piensa —
acaso del placer en los palacios
habrá una madre que de amar cual madre
no se desdeñe. ¡Oh si verdad dijeran
las muchas madres que de ti aseguran
que un corazón humano, Porcia, tienes!
¡Oh ángeles que cerca de su cuna
cantabais, si tal fuese!»—Así pensando
subía á la marmórea balaustrada;
iba menos cubierta, presurosa;
y penetró por las calladas salas.
Mas viene, antes de mucho, por un lado
de una lejana arcada palaciega
por do al tribunal van, una romana
y ve á María. La latina joven
pálida, tal cual sueltos los cabellos
ondéanle y le flota el cendal tenue
en derredor de los temblantes miembros;
detiénese de asombro dominada.
Que en el porte la madre del Increado,
bien que nublada del dolor, revela
alteza, de ángeles aún sabida
y aun de ellos admirada; que sobrado
descendió hasta del hombre las honduras,
para asombrarle: su esplendor oculto
el cielo sólo fulgurar veía.
Habló, al fin, la romana: «Di, ¡oh! dime,
¿quién eres tú? Quien quiera que tú seas,
jamás tal majestad he contemplado
ni divinal dolor.» Interrumpióle
María: «Si tú sientes dentro al alma
la compasión que tu semblante muestra,
vén, oh romana, á conducirme á Porcia.»
Aun más estupefacta, la romana
con sosegada, dulce voz contesta:
«Yo soy Porcia.»—«¿Tú misma eres Porcia?
Un íntimo, secreto, solazoso
deseo me pintaba tal á Porcia,
cuando te vi. Conque ¿eres, oh romana,
tú misma? No conoces por entero
el dolor de una madre que es de un pueblo
odiado por vosotros; pero cuentan
hasta las hijas de Israel que tienes
de humanidad el corazón henchido.
El hombre á quien Pilatos juzga, nada
hizo de malo; acúsanle tiranos.
Yo soy su madre.» Díjolo María.
Ante ella se detuvo inmóvil Porcia
y la miró con estupor tranquilo
y extática: de la piedad doliente
triunfaba el pensamiento más sublime:
la admiración la subyugaba entera.
Por último exclamó: «¿Él es el hijo tuyo?
¡Oh venturosa! ¿eres tú la madre
de este hombre divinal? ¿eres María?»
Después se vuelve y á los cielos alza
atónita los ojos: «Es su madre,
¡oh dioses! Á vos hablo, sumos dioses
mejores, que en un sueño real, severo,
á mí os mostrasteis. No os llamáis Saturnio
ni Febo luminoso. Mas cualquiera
que vuestro nombre sea, sois vosotros
quien del mayor de todos los humanos —
si es hombre — me mandáis la madre. Y ella
rogarme ¿á mí? ¿á mí? No; no me ruegues.
Antes, á él llévame, al exelso tu hijo,
porque á la noche y duda él me arrebate;
una mirada sola desde lejos
me dé y me explique la divina ciencia.»
Acaba Porcia de volverse. Amantes
los ojos de María van buscando
á los de la romana; los encuentran;
y dice: «¡Cuánto tu alma está movida!—
Sí; Porcia me ama.—¡Oh Porcia, yo lo he sido:
de las madres felices la felice
he sido yo. Ninguna madre amara,
cual amo yo. Pero, ¡por tu alma llena
de compasión! no invoques, ¡oh romana,
tus dioses! Favorece tú: no pueden
ellos favorecer. Ni tú lo puedes,
si Dios que él muera decretó. Pilatos,
empero, si con sangre no mancilla
del Inocente su alma, presentarse
podrá mejor al Juez, Dios de los dioses.»
Porcia la mira y en voz tenue dice:
«¡Ah! ¿por dónde comienzo? ¿dó termino?
¡Cuán lleno está mi corazón! Consuelo,
ante todo, te sea, si es consuelo
el que te ayudaré, oh querida mía.

Luego diré que no invoqué los dioses
que dices tú. Visión sagrada en sueños,
de que hora me levanto, descubrióme
dioses mejores: á ellos he clamado.
Mira que un sueño, cual jamás ninguno,
en derredor de mi alma se ha cernido;
¡ah! un sueño temeroso y de los cielos.
Aun cuando á mí no hubieses recurrido,
yo te favoreciera; que ese sueño
con voz potente en pro de ti me ha hablado.
Mas acabó terrible y yo no pude
su término entender. Así despierto,
y de frío sudor bañada corro
á contemplar al acusado excelso.
Mas he aquí: los dioses me han enviado
de aquél la madre!» Calla, y con un gesto
llama á la sierva que en el fondo estaba
del corredor y lejos; — ordenara,
cuando del gineceo vino presta,
el que una sola esclava la siguiese;
ésta acercóse, y fuéle allí mandado:
«Vé á Pilatos y dile: 'Un hombre grande,
justo, divino es el que estás juzgando.
Al justo no condenes: aterróme,
Pilatos, esta noche, por su causa
durante el sueño, una visión.'—Tu pena
calma, pues, madre amante, vén y vamos
allá á las flores, dentro al sol temprano,
para no oir las turbas y decirte
lo que esa hora severa me enseñara.»
Lo dice Porcia, y bajan; mira al suelo
seria la nobilísima pagana.
Aun calla, estupefacta por la vista
y embebecida en pensamientos nuevos.
En su alma la visión vertiera su ángel,
y de los pensamientos predilectos
que el alma con más fuerza le encendían,
otros va desvolviendo, que le toquen
certísimos las cuerdas más sensibles
del corazón y tiernas, y la rindan.
Luego su meditar rompe violenta:
«Sócrates — tú no le conoces; tiemblo
yo empero de placer, cuando le nombro:
el más noble vivir que se ha vivido,
con una muerte coronó que ensalza
hasta tal vida; — Sócrates — yo siempre
admiré al sabio y contemplé su imagen —:
le vi en sueños: su nombre inmortal dijo:
'Yo Sócrates, á quien admiras, vengo
de la región que los sepulcros velan.
Desaprende admirarme: no es el Numen
cual nosotros pensábamos: yo, á sombra
de más austera ciencia; en los altares,
vosotros. Revelarte por entero
la Deidad no me es dado. Vé: te guío
y te encamino al atrio de su templo.
Acaso, en estos días de prodigios,
que la obra suma acábase del mundo,
vendrá un mejor espíritu y más alto,
que adentro del santuario te conduzca.
Esto decirte puedo y lo merece
tu corazón: no afligen ya los malos
á Sócrates. No existen los elíseos
ni del torrente nocturnal los jueces:
imágenes tan sólo vaporosas
eran aquéllas. Otro juez impera
allí; allí otros soles iluminan
que los del val elíseo. Las acciones
todas se pesan, cuentan y se miden
con número, medida y en balanza.
¡Cuál la virtud más alta baja entonces
y en puñado de polvo se convierte!
¡Cómo su esencia por los aires vuela!
Algunas son premiadas; perdonadas,
las más. Perdón mi recta mente obtuvo.
¡Oh! allá, Porcia, ¡oh! allá sobre las urnas[1],
¡cuán otro imaginábamoslo todo!
Tu pavorosa Roma es un acervo
mayor de hormigas; y es igual á un mundo
una piadosa lágrima sincera.
Merece tú llorarla. Escucha ahora
lo que de los espíritus el mundo
sacro está celebrando asaz severo;
lo que ni á mí me ha sido revelado
y que tan sólo en lontananza admiro:
el más grande hombre, si hombre es, sufre y sufre
cuanto nunca un humano ha padecido;
á la Deidad profundo se somete
cual ninguno, y así de las virtudes
consuma la más alta. Y todo esto
en bien es del mortal. Y ahora, mira:
tu ojo le vió: Pilatos de estas obras
al obrador juzgando está. Y si corre
su sangre, nunca el cruor de la inocencia
clamado ha más.' Dijo y calló la sombra.
Pero al desparecer gritó de lejos:
'¡Mira!' Y miré: he ahí en torno mío
tumbas que se levantan temblorosas;
hasta las tumbas, nubes de tormenta;
éstas se hienden, de la tierra al éter,
y en las hendidas nubes entra un hombre
todo sangre y heridas. Muchedumbres
de innúmeros mortales se esparcían
por los sepulcros, y con ojo atento,
tendiéndole los brazos amorosos
á ese varón sangriento, que en las nubes
entrara, contemplaban; muchos de ellos
también de sangre tintos. Las campiñas

[1] = sepulcros, vida mortal.

su cruor bebían vastas, y temblaban.
Veía yo sufrir á los sufrientes;
empero padecían majestuosos:
en redor nuestro no hay tan buenos hombres.
Vino luego volante una borrasca;
y medrosa envolvió en noche los campos.
Y desperté.» Calló. Así vacila
un postrer pensamiento ante el abismo
del divinal obrar; á quien sobrado
se acercó, y de repente retrotiembla.
Tal Porcia se detuvo. Volvió al cielo
su multipensador ojo María:
«¿Qué decir, Porcia? Ni yo misma entiendo
del todo de tu sueño los arcanos.
Mas te miro y venero; superiores
espíritus vendrán y llevaránte
al santuario. Decirte en tanto puedo,
— por más que, si ellos hablan, callar ame —
aquel que estos girantes cielos hizo
sin más labor que el brote que allí nace;
quien aquí dió á los hombres una vida
de cuitas y fugaces alegrías
y de fugaces sufrimientos llena;
porque el valor del alma soberana
no olviden y que sientan ser el reino
de la inmortalidad tras del sepulcro —
aquél es uno solo y es su nombre
Jehová, creador y juzgador del mundo;
Dios de Adán, el primero de los hombres,
y Dios luego de muchos hijos suyos;
luego de Abrahán, el padre de nosotros.
Mas la manera de servirle nuestra,
bien que se alcen ufanos los soberbios,
es á los fieles de Israel abstrusa.
Pero la estatuyó el Eterno mismo;
y él la comprende y alzará su velo
y ya lo alza: Jesús, el gran profeta,
el taumaturgo, el portavoz del cielo
— con inefable gozo, y temblorosa,
con pasmo, reverencia, hijo le llamo —
él ha venido á hacerlo. Que su madre
sería yo y Jesús se llamaría,
por ser del mundo el redentor, nuncióme
un inmortal, de los que apellidamos
ángeles: criaturas, cual nosotros.
Pero los dioses de Hélada y de Roma
pavorosa, si fueran, fueran sólo
ante los ángeles, mortales. De esos
inmortales cantaron multitudes,
á Jesús, el infante de portentos,
cuando yo á luz le di dentro al tugurio.»
Porcia caído había de rodillas,
entre tanto, á su lado; alzaba al cielo
las extendidas palmas; admiraba;
adorar pretendía; pretendía
invocar á Jehová con voz callada.
Pero siente que aun nombrar no debe
el nombre más excelso. Levantóse
y melancólica miró á la madre:
«No habrá, no, de morir.» — *M.* «De morir tiene.
¡Ay! tanto tiempo este pesar la vida
me está amargando. Él mismo así lo ha dicho,
Porcia. Y éste es de todos los arcanos
para mí y sus discípulos piadosos
el más grave y mayor: él ha resuelto
morir. ¡Ay! ya reábrese de mi alma
la herida: la cubría levemente
tu hablar de Dios. Abierta está de nuevo
y sangra la honda herida. Te bendiga
Dios; sí, el Dios de Abrahán, él te bendiga.
Mas, ¡ah! esos ojos flébiles aparta
de mí; que en vano consolarme quieren:
ha resuelto morir, y muere.» Falta
aquí su voz. Quedaron largo espacio,
vuelto el semblante. Al fin, como se vuelve
el moribundo por la vez postrera
al amigo, esto dijo todavía
Porcia: «Oh tú, flor de las madres, madre
voy contigo á llorar en su sepulcro.»

TRENOS ALREDEDOR DEL CADÁVER DE JESÚS.
(Del canto XII.)

Sombría se amedrenta en sus honduras
más ocultas el alma, cuando teme
de su heredad celeste Dios la arroje.
Perdida, cual está, en el laberinto
de la divina Providencia, aleja
de inquirir más allá sus pensamientos
todos; y todo su sentir fulminan
del Sinaí y del Ebal las maldiciones;
más aún del alto Gólgota el espanto.
¡Ay! ya no vestirá la blanca veste
del triunfador ni empuñará en el cielo
la victoriosa palma, ni en las sienes
le esplenderá el diadema. En medio al polvo
anonadada yace; y pereciera,
si no la sostuviese un pensamiento,
su salvador y ángel del cielo enviado:
el gran pensar: á Dios rendirse en todo.
Tan lleno de congoja y destituído
de esperanza se hallaba [1] el corto grupo
de almas que, entre los hombres, del Eterno
en el Aplacador creían firmes,
cuando sus ojos rígido cadáver
en la cima le vieron del Calvario,
y todo en torno soledad callada. —

[1] Ante el cadáver de Jesús.

Los hombres del dolor retrocedieron
y lejos se pararon. Los testigos
del cielo, empero, no: los de la tumba
salidos y los ángeles. Se acercan
ellos, cerniéndose; y comienza luego,
aunque al oído humano imperceptible,
de arpas trenar; — la voz aún no trena.
Si lo oyera un mortal, hasta de aquellos
que en amarga congoja están sumidos;
no en la tierra: en el cielo se encontrara
en fuerza de placer; ó pereciera
del arpa angélica al lamento tierno.
José de Arimatea y Nicodemo
hora se acercan: éste en medio al polvo
pone los linos; pone aquél la mirra.
Luego el cadáver de la cruz bajaron
y reclináronle en la tierra suaves.
Al pie descansa de la cruz: veloces
dan á los lienzos la mirrina esencia:
de corrupción así preservar quieren
á aquel que un día, al son, de las trompetas,
mandará resurgir á los difuntos.

Mas hacia él Eva ciérnese y el rostro
inclina sobre el rostro del Mesías
exánime: las hebras de oro fluyen
hasta sobre sus llagas blandamente,
y al frío pecho una celeste perla:
«¡Qué bellas tus heridas son!» le dice,
con tenue voz. De cada cual dimana
dicha de redimidos venideros,
dicha de eternidades infinita.
Hijo, mi mediador, ¿cómo te cubre
palor mortal la faz! Tus labios juntos
sellados, tu ojo mudo vida eterna,
con todo, hablando están. Así un querube,
florido, si muriese, yacería.
Aun sonríes amor, y en tu semblante
cada facción aún proclama gracia.»
Así al yaciente la dichosa madre.
Mas la otra estaba allí, la faz velada;
mirar hacia el cadáver no sufría.
Le envuelven luego en el sudario aquéllos.
Mas cuando en sangre el lino se tornara,
de entrambos trepidantes so la mano;
ya las piadosas almas redimidas,
padres del Medianero, su presura
no contuvieron más, y principiaron
su fúnebre gemir: treno del cielo.
Rompió á cantar un coro, y de los santos
las lágrimas rodaron á torrentes:
«¿Quién es el que del Gólgota camina
de púrpura vestido? ¿Quién del ara
desciende ornado en cruenta vestidura?
¿Quién es aquel cuyo poder divino,
cuya salud eterna están velados?»
Respóndele otro coro; y un torrente
de llanto viértese; acompaña al coro
del juicio universal una trompeta:
«Yo, que enseño justicia y fuerte salvo.»
Y le contesta el coro que primero
en llanto se deshizo: «¿Por qué tinta,
como de lagarero, está tu veste?» —
«¿No hollé el lagar yo sólo? ¿Acompañóme
criatura alguna? Airado los rebeldes
hollé; los quebranté en mi furia; y todo
su cruor me salpicó las vestimentas:
todas mis vestiduras he inquinado,
en el trabajo salvador; que el día
de la venganza ha amanecido, el año
de la gran redención. Al empezarla,
miré en mi torno: amparador alguno
había en torno mío. Y aterróme
Dios, y ninguno me sostuvo: nadie
de los cielos y nadie de la tierra.
Y á mi brazo acudí: favorecióme
de los rebeldes soberbiosos mi ira.
He aquí: quebré á la sierpe la cabeza:
mordióme el calcañar. En mis furores
con la planta aplasté todo rebelde;
á morir embriaguélos en mi furia.
Tal su poder yo he derribado entero.»
Así triunfal acento al treno unían.
Quita á la sien del muerto la diadema
cruenta José y entrégala al amigo;
y en lino envuelve la divina testa.
Pero no enmudecieron, cual María
ni como los discípulos de Cristo,
esos testigos santos que en la cima
cerníanse del Gólgota. Sus trenos
y el lloro retornaron. Si hora el arpa,
que, aun siendo mortal, oiste en Patmos,
vibrase para ti, ¡qué feliz fueras,
discípulo del muerto, y de la madre
más flébil de las madres todas hijo!
Tal un coro cantó de redivivos,
en el cadáver la mirada fija:
«Ved: el torrente de Cedrón bramaba;
allí donde el torrente baña al templo;
ángeles, el torrente de Cedrón:
Huella, alma, al soberbioso: huella la sierpe.
Fué por Getsemaní el son de sus palmas
pocas y solitarias: — él moría.»
De otro coro brotaba voz de trueno:
«¿No oía él rebramar en lo profundo
las abismales ondas y la grita
tronar amenazante, furibunda,
de los allí juzgados, y moría?
El Tabor ¿no se erguía tembloroso
entre las nubes? Se acercaba Eloa,
de entre la sombra alzando y de la noche
del Padre juez; cerníase cantando
sus cánticos triunfales: — él moría.»

Callan; el treno así suspira blando:
«Y él, él ha muerto, oh ángeles, ¡ha muerto!»
Esto cantaban. El cadáver santo
de la tierra, José con Nicodemo
levantando, de lo alto del Calvario
lentamente llevároníe, tenidos
de Dios por dignos de esta carga. Suena
un coro, en tanto: «¡Ah! no creyólo robo
igualarse con Dios; — y sin embargo,
tú, de los hombres y ángeles corona,
te anonadaste, hasta la muerte, y muerte
de cruz; y siervos de ídolos nefandos
sortearon sus vestidos. ¡Ay! vinagre
y hiel, para aplacar su sed ardiente,
diéronle, y de la befa amargo cáliz
al alma dieron del varón de penas.»
Y un ígneo coro concentó á los cielos:
«¡Ay, Salem! ¡ay de ti! ¡ay de tus hijos,
Salem! Aquella voz, ¡ay! demasiado
tremenda: tus clamores por la sangre
del Mediador ¡cuál los repite grita
de capitanes, oh ciudad de muerte!
¡Cómo de los cadáveres en torno
las águilas se apiñan!» Y las arpas
cayeron de las manos de los padres.
Mas la trompeta prosiguió sonando
los gritos del ductor[1]. También la palma
del hombre que de Aarón el numen fuera[2],
suelta las cuerdas; y al cantar sus ayes
de Eloa la trompeta atronadara,
vuela aquél, de los coros lamentosos
de los santos, y á par del cruento cuerpo
y del ángel detiénese, y tal canta,
y tal consuena del querub la trompa:
«He aquí que mucho tiempo con vosotros,
de este Abel matadores, el que es uno
y eterno habrá de contender: Caínes,
conózcoos, sé quiénes sois. ¿No clama
contra vosotros, hasta mí, á los cielos,
de vuestro hermano el cruor? No por venganza
ha clamado: por gracia á mí ha clamado
hasta lo más recóndito y umbrío
del santo de los santos. Gracia, empero
vosotros no queréis. Así por siglos
de siglos sonará, del Gólgota alto
hasta el tartáreo seno más profundo,
la voz del Vengador. Elegid hora,
del Medianero matadores; presto
elegid y morid.» Eloa mismo
la trompa suelta; calla el vate adusto[2].
Sus ojos el cadáver proseguían:
mano amiga bajábale á la tumba,
abierta en roca, entre árboles añosos,
frente al alto Calvario, solitaria.
Y la peña cubriente del sepulcro
rodaron. Escogió con ojo atento
José, en su hondura, para el muerto un sitio.
Y así su alma gimió en dolor deshecha:
«Al fin, el sufridor de vida y muerte,
¡ay! tiene, al fin, do reclinar la testa.»
Cogieron el cadáver sacrosanto
y suaves descendiéronle á la fosa.
Del recostado muerto muchas veces
los lacrimosos ojos apartaban;
hasta que levantaron finalmente
la piedra con sus brazos fatigados;
y bajaron su bronca pesadumbre
y con ella cerraron el sepulcro:
noche envolvió del Mediador el cuerpo.
Cuando la sombra circundó el cadáver,
sus compañeros célicos de tumba
concentos entonaron — vislumbraban
del túmulo en la noche ya la aurora
de la resurrección —: «Hasta tú fuiste
sembrado, mas tu origen no es el polvo.
Apenas, hijo, las mortales sombras
sombréante, y en torno ya la vida
nueva late y del Gólgota los fines
van la resurrección ya resonando:
con la resurrección del mayor muerto
resuena poderosa el ara cruenta.
Trompetas de los ángeles del trono,
del día de sus mieses segadores,
heraldos celestiales cuando, un hora
desde el torrente de Sion, los nombres
nuevos de vencedores suba el aura
melódicos; sonad; cantad, trompetas,
la próxima resurrección del Hijo.
Susurrad, arpas, á la más hermosa
de las auroras; saludad ya el lampo
del despertar, el fúlgido cernerse
del triunfador, cantadlo en lontananza.
¡Ah! que para nosotros no dormita
en noche de terror; no, que le vemos
á la sombra dormir de las palmeras
á él de la muerte vencedor. — Lloradle,
lloradle, sus amados, que entre el polvo
peregrináis mortales todavía.
Luego otro llanto verteréis, un llanto
que no podemos derramar nosotros,
quien, cual vos, no sentimos vuestras penas
ni con sangrante corazón lloramos.»
Silencio en redor se hizo de la tumba.
Los ángeles dejáronle y los hombres.
Calló la voz del arpa y la del lloro
en torno á ti, divino Medianero,
que, por fin, sobre el ara de la sangre
hallaste paz, oh víctima inmolada.

[1] romano = Tito, destructor de Jerusalén. [2] Moisés.

MUERTE DE MARÍA, HERMANA DE LÁZARO.

(Del canto XII.)

Moribunda de Lázaro la hermana,
María estaba. Ya su fin cercano
nunciábanle los gélidos sudores
y de su corazón la ruda lucha
con la vida. Se inclina ya sobre ella
el grave sueño, nuncio de aquel otro
eterno de la tumba y polvo mudos.
Levanta una vez más aún la cabeza
de las honduras en que el sueño la hunde.
Y con mirar entrevelado busca
los fatigados y dolientes ojos
de Marta, enjutos del llorar sobrado.
Dice la moribunda: «Yo callaba,
hermana; ya no puedo; permanecen
todavía de mí lejanos todos:
Lázaro mismo y Nataniel; y muero.
¡Ay! con ellos viví, ¿sin ellos cómo
he de morir?» — *Marta.* No acuses los amigos.
Á algún desierto los habrá llevado
el divino maestro, porque vean
cómo da de comer á los hambrientos,
cómo almas fatigadas refrigera. —
María. ¿De ellos quejéme? Fué impensado,
Marta.
¡Ay! ¿me he quejado nunca de los que amo?
Amados, si tal hice, perdonadme,
y todas mis flaquezas conocidas
y ocultas. ¡Ah! lo que hora veo, todo
con tristeza profunda nubla mi alma.
Marta. Resuelta aparta esos temores nimios,
esa cavilación con que te afliges
tú misma. ¿Ó tornarán aquellas sombras
que tu por lo demás serena vida
de tarde en tarde encapotaron hondas? —
María. No llames sombras el obrar divino.
Por aquel que nos juzga y me reúne
ahora con mis padres, te conjuro:
sombras su obrar no llames. Si he sufrido,
¿no he gozado también placeres muchos?
¿No tengo amigos como á ti? ¿No he fruído
dicha de ángeles, éxtasis del cielo,
en medio del camino de la tumba?
¿No vi á Jesús? ¿no vi sus maravillas?
¿Y su sabiduría no he escuchado?
Déjame gracias dar de cada pena,
y de cada respiro y refrigerio
en mi sed, y de cada fresca sombra
en medio á los ardores de mis cuitas;
y ante todo, de haber visto al amigo
de los hombres: Jesús, al de los muertos
reanimador. Vé, Marta, vé y prepara
mi tumba. Donde Lázaro durmiera,
quiero dormir. — *Marta.* Do Lázaro durmiera,
dormir allí, resucitar, María,
á la voz del que vida inspira al muerto. —
María. Marta feliz, ¡qué dulces ilusiones!
Vé á preparar mi tumba; que yo quiero
estar sola con Dios. Permanecía
del Santo yo á las plantas y enseñóme:
«No es menester sino una sola cosa.»
Y hoy que yo esté sola con Dios, es ella.
Hora elijo también la mejor parte. —

* * *

Quebar[1] está á las plantas de María
y siente en un crepúsculo apagarse
de su beldad la abrasadora lumbre.
De su faz huye la mañana rósea;
el rayo, de sus ojos; se le caen,
como sombras, las alas; caen mudas,
sin trascender á eterna primavera,
ni ya inundadas del azul etéreo
ni ya rociando con rocío de oro.
La hasta ese punto rútila corona
quita á su sien y apenas la sostiene,
en la desfalleciente mano, mustio.
Sabe que protegerla le es vedado
mientras el corazón de ella á la muerte
no ceda y á su lado Lázaro ore
y de Elim el discípulo con Marta
y Nataniel á par de ella no lloren.

* * *

Rodean ya su lecho, cuando yergue
del sueño la cabeza al fin María.
Clama: «¡Gracias, Dador de vida y muerte!
Han venido y también Lebeo.» Y dice
Lázaro: «¿Cómo de la vida y muerte
el dador hasta ahora te ha amparado?»
María. Con piedad; que piedad es cuanto
él hace,
por más que dura pena nos parezca.
¡Ah! ¡qué mi corazón no ha padecido!
Y ahora muero. Hermano mío, ¿dónde
Jesús está? Sabrá cierto cuál sufro.
¿Ha rogado por mí? — *Lázaro.* Sé tu congoja,
María, cuando noche te circunda.
Mas di, ¿qué sufres hora? — *María.* No me aterra
el fantasma del polvo ni la cuita
de abandonaros. ¡Ay! es una duda
que cada vez más honda me desgarra:
si será él de Horeb mi Dios. Oh hermano,
¿qué por tu corazón ya moribundo
pasaba al escuchar aquel tronido:
¡Maldito quien la ley no cumple entera!
Pero ¿oraba Jesús por mí? Si el Justo

[1] El ángel tutelar de María.

por mí rogaba, placentera bajo
al valle nocturnal y tenebroso,
á recostarme allí en eterno sueño. —
Guardián, ¿ya pasa la terrena noche?
di, ¿pasa ya, guardián? Callan, oh Marta;
calla también Natán. Por mí no ha orado.
Pues bien: espada del Señor, traspasa
— heme aquí — el alma mía entera. Y valga
tu voluntad; que la mejor es ella.

* * *

Su lengua se paró; el palor y calma
mortales súbito su faz cubrieron.
La mano puso Lázaro en su frente,
que entre sudor de muerte ya se helaba:
«Duerme, pues, luego en paz, yendo á reunirte
con los muertos de Dios, del Dios piadoso,
tu perfeccionador. Nace ya al día
de la luz; nace á vida sempiterna.
Mira: mi corazón del tuyo pende.
Pero gustoso derribar te dejo
tu tienda; á Canaán vas emigrando.
Sé tú su báculo en el val obscuro
de los desiertos, oh de Israel custodio;
y tú mismo condúcela á la tierra
del refrigerio, donde el llanto todo
enjugas; do ningún ay ni gemido
el júbilo de gratitud profanan.
Sol de este mundo, apágate para ella
y vén, sueño postrero de la muerte;
y para ella ábrete mullida, oh fosa.
Putrefacción, acógela; que crezca
también para la vida su cadáver.
Simiente, Dios te siembra para el día
de las mieses excelso, cuando llamen
los segadores; las trompetas suenen:
cuando la tierra, el mar en vida hiervan
con más fragor que allá el edén hervía:
cuando en torno los cielos de los cielos
en loor del uno, del que juzga, truenen.»
Y con sentir celeste de reposo
y salvación, á Lázaro ella vuelta,
más leda contemplaba al ledo hermano,
que con palabra ardiente le impartía
la bendición para la vida eterna,
arrebatado en extásis de dicha.
Quebar veía á la triunfante muerte
destruir la moribunda, tembloroso
tan fuertemente de placer que su ala
estremecida susurró, cual aura
que blanda lejanísima suspira.
Lo escuchaban en torno y no sabían
lo que escuchaban. Mas tocó el querube
el tejido sensible y animado
de sus cuerdas; y presa todavía
de los tormentos de la dicha dulces,
desciende, con la mano vagarosa
incierta, por los fúlgidos estambres.
Y oye la moribunda un son venido
como del cielo; y alzáse solemne
y escucha á las alturas: la sustentan
Lázaro con Natán. Pero el querube
no tiembla ya, y del arpa, suavemente
conmovedora, sones inefables
arranca: la sublime paz del cielo
canta un acorde al otro, que repite
más blando: «Amén: él es sin par, sin nombre.»
Y sentimientos que jamás sintiera,
dentro al alma nacieron de la oidora:
nuevos y levantados pensamientos,
cual del polvo á la vida. Tal, vidente
de la resurrección [1], por ti pasara,
cuando en tu derredor todo bullía,
sonaba: levantábanse los muertos.
Del inmortal el arpa, llamadora
de los cielos, vibrando continuaba
y en el alma ya casi de su cuerpo
desprendida, vertíale un reposo
que ni disfruta el que á la vida torna;
bien que — tal lo imagina — ya resuenen
sobre él los broncos de la pala alzados
terrones, derrumbados, ponderosos
y el fúnebre cantar. La llamadora
de los cielos seguía melodiando;
y luego crece su sonar y crece,
cual si rugiera el huracán y montes
á su ímpetu cayesen derribados.
Que el inmortal, de su entusiasmo en alas,
al son del arpa volador violento,
cantaba: «Santo, santo es él, y santo,
que en el Calvario desangró, y la culpa
de los hijos de muerte pagó toda.»
La moribunda, casi ya cadáver,
los raptos sostener con que el acento
celeste la inundaba no podía
dentro del corazón desfalleciente.
Muere. Cae de hinojos el hermano;
coge la fría palma de la muerta
entre sus manos juntas y detiene
firme su llanto: «¡Gloria al de la vida
donador por la muerte salvadora!
¡Adoraciones al dador divino!
He ahí que de la paz en las viviendas
ya moras, no por siempre separada
de tu alma. Un día de esto corruptible
saldrá la incorrupción. La flor temprana,
del vendaval arrebatada mustia,
¡con qué fulgor retoñará en la aurora

[1] Ecequiel (su visión).

de aquel primaveral postrero día!
Llevadla: el sacro polvo al térreo polvo.—
No la llevéis aún, porque miremos
todavía, piadosos contemplando,
lo que cayó al tronido de la muerte,
y resucitará, de las trompetas
de la resurrección al eco excelso.
Mirad que espera y deja que los siglos
maduren y los siglos Portentoso
todo es en los designios del Eterno
profundos: son asombro sobre asombro.
Sus vías miro; noche envuelve todas
ante mis ojos. Mas clarea en ellos:
y de alegría lloro, conducido
por el crepúsculo, del alba nuncio.
Para ella amaneció. Bendita seas
una vez más, si me oyes y si puede
bendecirte quien mora aún abajo,
orilla de la tumba, tú, oidora
de aquel que mudo está para nosotros,
mas no para los ángeles, hoy día.
Él, el divino muerto, te bendiga.»

He aquí que ya la había bendecido
el muerto divinal. Cuando de su alma
en redor se conforma aun no maduro
del todo, y por trocarse en luz trabaja
un nuevo cuerpo etéreo de los cielos:
cuando él, bajo la mano poderosa
creadora y formadora, se estremece
y ciérnese, y desciende, y alza y vuela
su pura forma célica anhelando:
el alma, del torrente de esta dicha
arrebatada, piensa en su cadáver
que en el mundo dejó; se siente libre
de su peso y del polvo de la tierra.
Esto siente primero; y cuando asciende
perfecta ya, á los cielos, por las nubes,
penétrala potente el sentimiento
de su felicidad eterna. «Muerte,
oh sueño, bendición de bendiciones,
oh tú. ¿Es posible, oh ángeles, oh hijos
de los cielos, posible? ¿Soy yo salva?»
clama, las manos fuertemente juntas.
Y enmudece; las alas para, y luego
remóntase otra vez tal que fulgura
y exclama: «¡Oh primogénitos del gozo,
hijos de la eviterna luz! ¡Oh santos
de Dios! ¿posible es que yo salva sea?
¡Oh vén, dulce olvidar de toda angustia
que padecí; derrama de tus calmas
en mí, las emociones y tu dicha! —
Pero no vengas: es feliz deliquio
los males del primer vivir huído
comparar al consuelo sempiterno
y este exceso de paz. Nuestra ventura
á vosotros los aun no derribados
os falta, y no podéis medir sin ella
los goces de la vida perdurable
ante la desventura del pecado.
Objetos sois de compasión, es cierto; —
mas, de otro modo, el llanto no vertierais
que ahora enjuga en las mejillas nuestras
Jesús, el Dios de amor. Oh sentimiento
profético, cumplido estás ahora
tú que me dominabas á menudo
en medio á mis más íntimas congojas,
diciéndome que un hora cantaría
yo al cielo gratitud; y me agitabas
veloz y me mostrabas salvadores
los cielos de los cielos: que yo un tiempo
acordaría, grata á Dios, mis penas
y mis zozobras todas. Se tornaron
noche mis días, y otra noche y otra
y luego la postrera del postrero;
luego la noche de la muerte — cómo
rauda pasó. — Y ahora ¡á qué mañana
de vida he despertado! Flébil sueño:
que con lloro principia, acaba en lloro,
lloro de muerte, oh sueño de la vida,
yo te soñé. Despierto y nuevamente
habré de despertar, cuando mi cuerpo
que está mortal y pútrido, se vista
de la inmortalidad, y hecho más digno
del divinal aliento, de esta mi alma,
que es eviterna, esplenda; cual el cuerpo
del resucitador, que en símil modo
murió, á la tumba va; de allí resurge.»

Ya perfecta: un albor, vuela ascendiendo,
leve más que aire, más que el viento rauda,
rauda como el pensar: oye cuál gira,
con júbilo sonoro, el universo;
y lo contempla muy más dilatado;
no ve su fin. ¿Qué vidas dentro de ella
creadas fueron! ¡Cuál se remontaba!
«No una grada he subido, sino miles
hacia el Ser de los seres. Si en el día
de los días estoy transfigurada
— como me lo predice el sentimiento —
sobre otros mundos mil me cierno, y mía
soy, de orbes muy más bellos entre el velo,
viendo al Eterno sin velantes orbes.»

ODAS.

SEPULCROS TEMPRANOS.

(1764.)

¡Salve, oh luna argentada,
compañera gentil, apacible
de la noche! ¿Nos huyes?
No te alejes tan presta; deténte,
amiga tú del pensar. —

Mirad que se queda:
la nube tan sólo se va.
Aun más hermoso que noche de estío
es únicamente del mayo
el despertar, cuando nítido rueda
de sus rizos, cual luz el rocío;
y cuando asoma á los montes sus rosas.
Vuestras tumbas ya cubre, almas bellas,
¡ay! musgo penoso. —
¡Oh qué feliz fuí yo un hora:
con vosotros miraba yo el día
sonrosarse y la noche lucir.

CÁNTICO VERNAL.

(1759.)

No de los orbes al piélago
me he de lanzar ni cernerme
á do las criaturas primeras, los coros
jubilosos de los que nacieron
de la luz, adorando profundos
fuera de sí, se anonadan extáticos.
Sólo al redor de la gota perdida,
al redor de la tierra me quiero cerner,
quiero adorar: ¡aleluya, aleluya!
También de la mano del Omnipotente
la gota perdida manó.
Cuando los orbes mayores brotaron
de la mano del Omnipotente,
y los torrentes de luz resonaban
y tornábanse en astros coruscos;
entonces tú, oh gota, corriste
de la mano del Omnipotente.
Cuando un mar de esplendor rebramando
en nuestro sol se trocó:
y oleada de luz, derrumbándose
cual de peñas nubosas, ciñera al Orión;
entonces tú, oh gota, corriste
de la mano del Omnipotente.
¿Qué son los miles, millones, billones
que la gota poblaron y pueblan?
Y ¿qué soy yo? ¡Aleluya al Creante!
yo soy más que los mundos nacidos;
y más que los astros coruscos
de lumínicas ondas cuajados!
Empero tú, oh luciérnaga,
que á par de mí juegas
auriverdosa; tú vives,
y ¡ay! no eres acaso inmortal.
Á adorar he salido:
y lloro. Perdona, perdona,
al perecedero también esta lágrima,
oh tú que serás.
Serás tú la luz de mis dudas
todas; ¡oh tú que á través me conduces
del lóbrego val de la muerte!
Entonces sabré
si alma tiene el gusano dorado.
Si más no eres que polvo con forma,
hija del mayo, conviértete
en polvo volante otra vez;
ó en lo que el Eterno disponga.
¡Vierte de nuevo, ojo mío,
lloro de dicha!
Arpa mía, tú loa al Señor.
Torna á ceñirse de palmas
mi arpa, torna á ceñirse:
canto al Señor.
Heme aquí: todo cuanto me cerca
es omnipotencia, prodigio.
Con profundo respeto contemplo
la creación; pues que tú, Ser sin nombre,
tú la hiciste.
Auras, que en torno sopláis,
y en mi cálida faz delicadas y frescas;
el Señor infinito os envía,
auras mirandas. —
Mas he aquí que enmudecen
y alientan apenas:
arde el sol matinal;
nubes surgen brotando, volando doquier:
visible es quien viene: el Eterno.
Ahora ciérnense, rómpense, giran los vientos.
¡Cuál se inclina la selva! ¡cuál se alza el torrente!
Tan visible al mortal, como es dado; —
sí; el que viene, eres tú, ya visible, oh Infinito.
Humíllase el bosque;
braman las aguas:
¿Y yo no me postro?
Señor, Señor, Dios piadoso, clemente,
cercano, ¡piedad!
¿Estás airado, Señor,
pues que tu veste es la noche?
Bendición á la tierra es la noche:
Padre, airado no estás.
Frescor ella viene á verter
sobre la espiga nutriente,
sobre el racimo dador del placer:
Padre, airado no estás.
Todo calla ante ti, oh cercano.
en torno doquier todo calla.
Está atento también el gusano,
de oro vestido.
¿No será ser inánime?
¿Será, por dicha, inmortal?
¡Ah, si pudiera, cual debo, loarte, Señor!
Cada vez más sublime te muestras:
cada vez más profunda te envuelve la noche,
de bendición más henchida.
¿El nuncio no veis del que viene,

la centella vibrante?
¿De Jehová escucháis el tronido?
¿Escucháis, escucháislo,
el trueno agitante de Dios?
¡Señor, oh Señor, Dios
piadoso y clemente,
sea adorado, ensalzado
tu magnífico nombre!
¿Y las ráfagas de la tormenta?
Conducen el trueno.
¡Cómo rugen! ¡Cómo en ímpetu lánzanse
por el bosque con onda bramante!
Ahora enmudecen:
lenta camina
la lóbrega nube.
¿El otro nuncio no veis del que viene:
el rayo volante?
¿Oís en lo alto del nimbo el tronido de Dios?
Va clamando: «¡Jehová, Jehová!»
Y fulminada la selva humea.
Mas no nuestro hogar:
nuestro padre mandó
á su ángel de ruina
pasar nuestro hogar.
¡Ah! que ya suenan, ya suenan
cielos, tierra con lluvia fecunda. —
Hora está — ¡cuán sedienta no estaba! —
refrigerada la tierra;
de su copia bendita,
descargados los cielos.
He ahí: Jehová ya no viene entre truenos:
entre plácido y dulce alentar
viene Jehová,
y se inclina á sus plantas el iris de paz.

LAS HORAS DE INSPIRACIÓN.
(1748.)

Salve, horas de numen que trae el lucero
sosegadas, del día al morir.
Sin bendecirme, sin grandes ideas,
¡oh! no queráis ir de mí.
Un celícola dijo en la puerta del cielo:
«Volad, horas sacras, que vais raras veces
desde el trono sublime de Dios
á vagar por las bajas esferas:
id á ese mancebo que canta
del Dios medianero á los hijos de Adán.
Con la noche sombrosa templada
de vuestras péndolas de oro cubridle,
que solitario á la sombra celeste discante.
Lo que vosotras criéis, horas — dice
Salem — oiránlo lejanos los siglos,
y al Dios medianero verán más atentos,
y santa su vida será.»
Dijo: un eco del célico acento
traspasóme potente: sentía
cual si Dios en tormenta tronante
pasara por mí: y asombréme gozoso.

TEMOR DE LA AMADA[1].
(1752.)

Cidli, tú lloras, y yo duermo quieto
donde el camino por la arena yerra;
aunque lo vele la callada noche,
quieto yo duermo:
donde termina, do la mar es río,
álzase blando, porque me deslice:
Dios, que es mi guía, tal se lo ha mandado:
Cidli, no llores.

APRENDIZAJE.
(1775.)

«La primavera ha venido,
filomela; clarean los aires;
el cielo azulea; trasciende la flor;
alientan los céfiros blandos:
de cantar, hija mía, es el tiempo.» —
«No quiero cantar: los jilgueros,
me asordaron trinando:
columpiarme en la rama me place
mucho más y mirarme allá abajo
en el cristal de la fuente.» —
«¿Tú no cantar? Imaginas
que no puede enojarse tu madre?
Has de aprender: ha venido
la primavera: del arte son muchos
los secretos y hechizos;
y las horas vernales son pocas.
Quita allá, de la rama cimbrante,
y escucha: esto un día Orfea,
de las filomenas la reina, cantóme
de los encantos del arte.
Oye — tiemblo al contarlo —
pero escucha y repite conmigo —
Orfea cantó de esta suerte:
Has de silbar, ya con sones crecientes,
ya con son declinante, que muera por fin.
Alza luego la voz, que resuenen
de la selva las cimas;
y silba, silba, y por fin, que se pierda
entre rosas nacientes el son.» —
«¡Ay! no sigo, ¿cuál puedo seguirte?
No te enojes, mi madre; no sigo.
Pero ¿nada más ha cantado
de las filomelas la reina?

[1] Para tranquilizar á su novia Cidli (Margarita Moller). Oda compuesta durante un viaje á Dinamarca por los páramos del norte y el estrecho correntoso de Belt.

¿nada de lo que en palor, lo que en fuego,
lo que en lágrimas baña la faz?» —
«Más, más, sí: ah! cómo me alegro,
filomela, de aquesta pregunta.
Ha cantado, cantado también del amor:
Vén, porque busquemos el brote más tierno:
y lo doblemos, que puedas
verte bien en las ondas de plata.
También esto la reina del canto,
Orfea, cantó resonante:
El joven tejía guirnalda,
y llorando dejóla caer:
la niña miraba: llorar no podía[1].
Y cantó su cantar filomela,
su sublime cantar que estremece las almas.—
Y la niña voló hacia el joven;
y el joven voló á la niña,
y lloraron de dicha y amor.»

LAS DOS MUSAS.
(1752.)

Vi — oh decidme:
¿vi lo que pasa?
¿vi lo futuro? —:
con la británica musa
en ardorosa carrera
la de Germania volaba
hacia la meta y corona.
Términos dos la carrera
lindan, allá do la vista se pierde:
uno sombrean encinas del bosque;
palmas ondean del otro á la par,
entre arrebol vespertino.
Hecha al correr la de Albión,
entra soberbia en la liza,
como en los tiempos pasados,
cuando á la arena candente,
con la Meónida[2] y ésa
del Capitolio[3], bajó.
Vió á su joven
competidora temblante,
mas con temblor varonil:
rosas ardientes y dignas del triunfo
flagran, recorren, inundan su faz:
flotan, vuelan sus áureos cabellos.
Ya con trabajo domina á su pecho anhelante;
ya hacia la meta se inclina;
ya la trompeta le toca el heraldo:
enajenados le nadan los ojos.
La majestuosa británica, ufana
de ella; de sí más ufana, te mide,
pero con noble mirada, Tuiscona[4]:
«Sí; yo contigo me crié
entre los bardos en selva de encinas.
Pero, según lo anunciaba la fama,
tú ya no eras. Perdóname, oh musa,
caso de ser inmortal, me perdona
que hora tan sólo lo sepa,
aunque yo quiero en la meta saberlo no más:
Álzase allá. Pero ¿ves lo restante
y su corona también?
Ese valor contenido,
ese silencio orgulloso,
esa mirada en el suelo
fija ardorosa,
yo los conozco.
Mas reflexiona de nuevo
antes que asaz peligroso te llame el heraldo.
¿Que no fuí yo quien á aquélla
de las Termópilas ya desafiara,
y á la gentil de las Siete Colinas?»
Dijo. El momento solemne
y decisivo se vino,
con el heraldo, acercando.
«Te amo», Tudesca repuso
pronta con ojo inflamado,
«te amo, Britana, admirándote;
Pero no más que á la gloria
y que esas palmas.
Tócalas antes que yo,
si te lo manda tu genio.
Mas en asiendo
tú la corona,
ásgola yo.
Y ¡ah! ¡cómo tiemblo!
¡ah, inmortales!
puede que alcance
yo la elevada
meta primero.
Luego, ¡oh! luego, en buen hora,
tu hálito aliente en mis hebras volantes.»
Suena la trompa. Cual águilas vuelan:
nubes de polvo levanta
la dilatada carrera.
Vi, á la par de la encina y más lejos
negra espesarse
la polvareda: y dejélas de ver.

Á GISEKE[5].
(1748.)

Vé: me desprendo penoso; por más que su fuerza á los hombres
lloro no vede verter.
Vé: yo no lloro, mi amigo: debiera, á llorarte, mi vida,
Giseke, entera llorar.

[1] Porque no amaba. [2] = griega. [3] = latina.
[4] Hija de Tuiscón, dios de los germanos. [5] Pronúnciese: guíseque.

Que se van todos así: separándose y tristes
partiendo,
y fugitivos se van.
Tal á consortes electos [1] la muerte desune:
perdióse
flébil el hombre en la mar;
ella, en la playa, do tumba con huesos y
arena y astillas
álzale fiera la mar.
Yacen así separados los restos de Milton
y Homero,
y del ciprés el gemir
sobre el sepulcro de aquéste disipan los
vientos: no llega
hasta el sepulcro de aquél.
Tal el del cielo escribiónos á todos en tablas
de bronce
nuestro destino, y calló.
Lo que el Excelso escribió, yo lo adoro en
el polvo: no quiero
hacia los cielos llorar.
Vé, caro mío; tal vez se despiden también
los amigos,
á ojos enjutos, de ti; —
si no son lágrimas ésas del alma, vedadas
al pecho
que alto no sabe sentir.
Á Hagedorn [2] corre, y después de estrecharle
bastante en el seno,
cuando calmada ya esté
la ansia primera de veros, y lejos el llanto
del gozo,
de la sonrisa á merced,
Giseke, dile, después que ya hubiereis go-
zado tres días,
que yo le quiero, cual tú.

DE LOS MUNDOS.
(1764.)

Tenebrosas apíñanse nubes
de tormenta en el cielo lejano.
Aun duerme la mar
hórridamente callada.
Mas sabe el piloto
qué tempestad amenaza
y armándose viene:
tiémblale el pecho de bronce;
baja del mástil las velas
rápido, pálido.

¡Ah! ya se quiebra la mar:
llegó la tormenta.
Más truena el océano
que, tú, negro cielo;
cruje, derríbase el mástil
fragoroso; con ráfagas ruge
el huracán y cantares
canta de muerte.
Le conoce el piloto.
Por momentos vas, ola, creciendo.
¡Ah! la postrera, postrera, eres tú:
se hunde la nao.
Y sobre la tumba la grande,
siempre abierta, prosigue
bronco y bramante cantando
el huracán sus cantares de muerte.

SU MUERTE [3].
(1780.)

Duerme apacible,
tú, la mayor de tu sangre,
por haber sido
la más humana.
Fuístelo, y esto la historia,
juez de los muertos severa,
grábalo sobre sus rocas [4].
Yo muchas veces quería cantarte.
Se levantaba el laúd y de suyo
sones cordiales de ti murmuraba:
yo le dejaba sonar.
Pues, como todo lo innoble
tú detestabas, así yo detesto
hasta la más indecisa vislumbre
de la lisonja,
la nubecilla más leve de incienso.
Hora te puedo cantar.
Hora ni lengua de víbora puede
á esa vislumbre silbar:
muerta tú estás. Pero amé: se me cae
entre las cuerdas de pena la mano.
Mas un acento de lira,
una palabra de fuego:
Tu hijo [5], afanando, lidiando, llorando, sediento
de gloria,
piense: si á ti alcanzarte podrá.
Al porvenir Federico [6] la cana cabeza
baje: si haberla alcanzado dirá
de él, sobre peña escribiendo, la juez de los
muertos.

---

[1] Que se han elegido mutuamente = amantes.
[2] Pronúnciese: *h*águedorn.
[3] La de la emperatriz María Teresa.
[4] Los antiguos escribían en ellas los hechos de sus reyes.
[5] José II.
[6] Federico II de Prusia.

Duerme apacible, Teresa. —
¿Tú dormir? No, que ejecutas hoy obras,
aun más humanas, premiadas por sí,
en superiores regiones.

SU MERECIDO.
(1795.)

Por fin llegó también Carrier [1].
Las almas de los muertos
su vuelo detuvieron con horror.
Uno de los espíritus excelsos
al otro dijo — hacer querían
un cuerpo volador para aquella alma —
así le dijo: «Ráfagas de peste
envíame, á la vez centellas ciento
de los abismos. De la luz primera
un átomo no más desprende luego.»
— «Ay me, ¿uno no más?» — «Uno.» Y cernióse
el muerto. Empero, sin cesar temblaba:
debíalo. Una bóveda de rocas
se hendía allí cercana, en donde un río
hundíase impetuoso, y por los antros
largos, interminables se vertía,
bordado acá y allá de islas salientes.
Sobre el torrente retemblaba el muerto.
De súbito le coge
un frenesí, que eternamente vuelve:
Mancebos y doncellas
al son de la zampoña
en la ribera danzan.
De furia por matarlos en el río,
se inflama: «¡Atadlos hombres con mujeres,
verdugos!» ruge.
Y esperanza el horrendo de matarlos
concibe; y tras rugir de nuevo, cierto
ya de ello está.
En este mismo instante, revolando
viene sobre él un buitre gigantesco,
viene sobre él y anúnciale la muerte.
Huye en medio á las olas, donde lento
muriendo va en su estrépito tronante.
Luego torna á coger al reviviente
el buitre, y se remonta en lontananza,
con él á las alturas.
De allí caer le deja en el torrente.
Vuelve á morir su lenta muerte, oyendo
el son de la zampoña, el eco suave,
vagaroso, el cantar de alegre danza.
Cada vez que se muere, se alzan muertos
delante él: de sus víctimas las sombras.
Sombras también de sus verdugos se alzan.
Sobre él descargan dagas refulgentes;
ó de veneno cólmanle anchas copas.
De nuevo el buitre cógele y lo suelta
desde la altura. Empero no perece
por esta vez; y arrástrase á una isla,
que en torno desde lejos contemplaran
las apiñadas muchedumbres. Quiere
aquí guillotinar á un pueblo entero,
que le grita sarcástico ser todo
sólo una pesadilla, ser fantasma:
el buitre, el despeñarse entre las olas,
el canto de la danza.
Mas no hay ninguna máquina ingeniosa
allí de hoz segadora fulminante:
ninguna guillotina.
Hacer una furioso intenta: troncha
árboles con pesado afán: fabrica
con sudorosa faz; una guadaña,
resulta enmohecida; la ase, afila
entre jadear. Á los verdugos llama
luego y espera del matar el goce:
está ya cierto de él. En este instante
mismo un cuervo aproxímase volando
con alas estruendosas, retumbantes;
grazna y le guillotina. Presurosa
tampoco en esta vez la muerte viene:
roma ha quedado la guadaña
bajo la garra afiladora.
Y antes que muerto yazca,
está ya en él banqueteando el cuervo.
Cuando también esta quimera parte,
y él revive, torna á correr de nuevo
de sus terrores el camino
y entero lo recorre.
Cuando á recomenzarlo va, reposa
un punto cada vez, dentro del cieno,
y espera, en premio, recibir un día
en el Panteón, como Marat, honores!

ARMINIO Y TUSNELDA [2].
(1752.)

¡Ha! ¡viene allí cubierto
de sudor, de romana sangre y polvo
de la batalla! Nunca fué tan bello
Arminio: nunca de los ojos
tal centelleo le brotó.
Vén — me estremezco de placer — y dame
el águila, la espada en sangre tinta;

[1] El crudelísimo tirano de Nantes, que hizo innumerables víctimas en 1793 y murió guillotinado en 1794. Inventó los llamados *matrimonios de agua*, que consistían en amarrar á un hombre con una mujer y arrojarlos al río. Mató de esta suerte en cuatro meses dieciséis mil personas. [2] Su mujer.

vén, respira, descansa aquí en mis brazos
de la batalla demasiado horrenda [1].
Descansa aquí, para enjugarte
de la sien el sudor, de la mejilla
la sangre. ¡Cómo te arde la mejilla!
Arminio, Arminio, nunca
Tusnelda te ha querido así;
Ni cuando por primera vez con brazo
al sol tostado me estrechaste
debajo de la encina
más ardoroso: huyendo me detuve,
y la inmortalidad en ti ya entonces
adiviné, que ahora es tuya.
Contadlo por los bosques todos:
que hora angustioso Augusto con sus dioses
el néctar bebe,
y que es Arminio, Arminio
más inmortal.
«¿Por qué me rizas el cabello?
¿No yace mudo el padre [2] ante nosotros?
¡Oh, si sus huestes condujera Augusto,
aun más sangriento yacería allí!»
Déjame, Arminio, alzarte
el desgreñado pelo, porque en rizos
amenazante se irga [3] por encima
de la corona. Está Sigmar
con los dioses: tú sigue, y no le llores.

EPIGRAMAS.

INTELIGENCIA LIMITADA.

«Habla, para yo verte.» [4]
— No tengo yo tan buena vista:
obra, para yo verte.

OIDOR SINGULAR.

Soy sordo, si se me habla de proyectos:
si de hechos, todo oídos.

COSTUMBRE Y USANZA MODERNAS.

Por la cultura estáis latina;
no hacéis de griegos caso:
tomáis el huevo, al paso
que dejáis se os escape la gallina.

FAMA Y HONOR.

Fama es la vida que en la boca alienta
del charlatán:
honor la que latiendo van
los corazones do lo noble asienta.

CUENTO DE ÁNIMAS.

Voltaire ha muerto.
Diz que vaga su espíritu penando.
¡Qué parecer tan tuerto!
si nunca tuvo...
«¡Cuánto entuerto!
¿Cómo? ¿por dónde estamos? ¿Quién?
¿Voltaire? ¿Y eso me dice Vd. á mí?»
— Tenía *esprit*.

COMPENSACIÓN.

Tan pobre de invención ningún poeta
jamás fué cual Voltaire.
— «¿Pobre? ruin; que volviendo por su gloria
el maestro Arouet Voltaire,
la derrochó en la historia.»

OPINIÓN DE MALEZIEUX.

«Nosotros los franceses»,
dice á Voltaire Patru [5] segundo,
«épica la cabeza no tenemos.»
— «Imbécil», piensa Arouet:
va y escribe la Henriada.
¡Oh lástima de esta tan bien rimada
Henriada!
si el tal imbécil
no fuese ya Patru, sino Voltaire....

LA LENGUA ALEMANA Á GŒTHE [6].

Gœthe, ¿á ti mismo tú te compadeces
por escribirme? Si me conocieras,
tal no sintieras.
Te compadezco, Gœthe,
yo á ti también.

EL VIEJO Y EL NUEVO FAUSTO [7].

Lo que del Doctor Fausto se relata
no es más que patarata,
monjiles temas.
Y esos poemas
que ante nosotros van
pasando, como un huracán,
en dramas de salvaje afán,
acerca del Doctor,
ésos son — ¡por
de los antiguos el honor! —
no más que voces
feroces
y grita
maldita

[1] De tres días. [2] Sigmar, padre de Arminio. Cayó en la batalla contra Varo.
[3] Costumbre de los germanos. [4] Sentencia atribuída á Sócrates.
[5] Crítico muy apreciado por Boileau. [6] Contra su Epigrama Veneciano.
[7] Evidentemente contra el *Fausto* de Gœthe.

de la genialidad bendita.'
Y el decidir si más sensato
es el antiguo Fausto ó el novato,
fuera tres pies buscarle al gato. —

KANT.

Quitadle lo sabido, desde atrás;
lo dicho por demás,
dicho mejor: quitad de él además
lo que enigma será siempre jamás; —
ya de él no queda nada más.
— «¡Oh botarate!
¿qué enormidad es ésa?»
— Conozco mi dislate;
pues vuestra admiración por él no cesa....

LESSING.

(1729—1781).

EFRAÍN LESSING, poeta dramático, es crítico genial y el primer prosador de Alemania. Completa fué su educación literaria; su educación religiosa, incompleta. Acabó por extraviar su espíritu y su alma la amistad que trabó en su juventud con escritores incrédulos. La prosa de Lessing rivaliza con las más bellas que se conocen: encanta por lo ligada, precisa, dramáticamente viva, clara y diáfana.

DE LAS CARTAS SOBRE EL ARTE ANTIGUO.

POR HOMERO, NO PARA HOMERO.

Carta 1.

Muy Señor mío:

Si para Vd. da lo mismo llenar con una crítica concluyente que una desgraciada el espacio que en sus Hojas destina á asuntos de erudición, sírvase insertar lo que sigue.

El Sr. Klotz dicen que, en su libro «De los camafeos antiguos», me corrige un error imperdonable. Esto ha creído deber anotar un crítico de la obra.

¿Á mí un error? Muy posible. Pero ¿uno imperdonable? Lo sentiría yo mucho. Y no tanto por mí, el pretenso reo, cuanto por quien no me lo quisiera perdonar.

Pues no sería sino un yerro, y el yerro excluye intención y malicia. Por esto todos los yerros son perdonables á todos.

Pero ciertos críticos tienen su lenguaje propio. Imperdonable llaman cuanto los fuerza á rechinar de dientes.

Si no es más que esto; — pero, vamos: ¿dónde está ese error imperdonable?

Escribe el Sr. Klotz: «¿Cómo á uno de nuestros mejores críticos, el autor del *Laocoonte*, le ha podido ocurrir afirmar que no son tantas las pinturas antiguas que se mencionen inspiradas por Homero; y que no parecen haber los artistas antiguos gustado de pintar acciones de este poeta? Puesto que los poemas homéricos eran como el código de los artistas viejos y su fuente predilecta de inspiración. ¿No recuerda el Sr. Lessing la gran pintura homérica de Polignoto, que ha sido creada de nuevo en nuestros días? Entre los cuadros descritos por Filóstrato hay tres homéricos, y los enumerados por Plinio son fáciles de registrar. Entre las pinturas de Herculano figura una que representa el encuentro de Ulises con Penélope. Cuanto á bajos-relieves, sólo mencionaré los principales, etc.»

Pudiera yo decirle al crítico: «Aquí no veo sino divergencia de pareceres, y que el Sr. Klotz se extraña del mío. Pero nada dice de error, menos aún de error imperdonable.»

Mas el crítico podría replicar: «Lo que el Sr. Klotz no califica de yerro imperdonable, lo presenta, sin embargo, como tal. Yo no he hecho sino dar al niño su verdadero nombre.»

Y casi tendría razón el crítico. Tócame, pues, dirigirme, no á él, mas al Sr. Klotz mismo. Y á éste ¿qué le puedo contestar?

Una sola cosa: que me entendió mal; que me hace decir lo que no he pensado.

Sírvase el Sr. Klotz reflexionar que es algo muy diverso pintar asuntos tratados por Homero y pintarlos tal como han sido tratados por Homero. No es culpa mía si no comprende esta diferencia; si no la ha hallado en mi *Laocoonte*: todo se refiere á ella.

Que los artistas de la antigüedad se complacían en pintar personas y hechos de la época troyana, eso lo sé, ¿y quién no lo sabe? Si se quiere denominar homéricos todos aquellos cuadros, por ser Homero la fuente principal de los sucesos de esa edad, enhorabuena. Pero ¿qué tienen qué ver las pinturas homéricas así entendidas con las de que vengo hablando? ¿con las que el conde de Caylus propone á los pintores modernos?

Los ejemplos que me cita el Sr. Klotz, tanto los conozco todos que me habría avergonzado de anotárselos al Sr. Klotz. Habríame avergonzado de dar á entender haberlos el Sr. Klotz ó ignorado del todo ó no conocido al punto de ocurrírsele donde tanto le hubieran servido.

Lo más peregrino es que yo mismo he aducido casi todos esos ejemplos, y aducídolos en mi *Laocoonte*, precisamente en el paraje que impugna el Sr. Klotz. Á no saberlos, allí de mí mismo los hubiese podido aprender. Y sin embargo—pienso que esto se llama, como reza el refrán, quererle untar á uno con su propia grasa.

Digo que casi todos los aduje yo mismo, y añado: «Fuera de ellos, muchos más»; pues remitía al lector á Fabricio. Porque no gusto de hacer diez citas, cuando con una puedo salir del paso.

Luego: claro es que, conociendo yo todos esos ejemplos y muchos otros del mismo género, y diciendo, sin embargo, que «no parece haber placido á los artistas antiguos el pintar acciones de Homero»; fué mi pensamiento muy diverso de lo que contradicen estos ejemplos.

Mi pensamiento era, y lo es todavía, que no obstante todo el partido sacado de Homero por los artífices antiguos, no le utilizaron, con todo, de la manera que Caylus quiere le utilicen los nuestros. Quiere Caylus que no sólo pinten acciones homéricas, sino que las copien exactamente tal como Homero las pinta; no han de pintar solamente los mismos sujetos que Homero, sino sobre todo trasladar á la tela íntegras las pinturas de Homero, conservando la disposición del poeta, con todas las circunstancias locales por él indicadas, etc.

Esto, digo yo, no parecen haber hecho los artistas antiguos, sean muchos ó pocos los asuntos que hubieren tomado de Homero. Homéricas eran sus pinturas, porque sus sujetos lo eran; los que trataban conforme á las exigencias del arte propia, no de la ajena; pero no eran pinturas *para* Homero. Al paso que las pinturas propuestas por Caylus más son *para* Homero que homéricas, que según el espíritu de Homero y ejecutadas como el mismo poeta lo hiciera, si en vez de la palabra hubiese manejado el pincel.

No me es posible hablar más claro. Para quien esto no comprenda, para ése no se ha escrito el *Laocoonte*. Pero si alguno lo considera falso, bien venida sea su refutación; como, según se ve, no se parezca á la klotziana.

El Sr. Klotz me ha hecho el honor de mencionarme cuatro veces en su libro, para rectificarme cuatro veces. No querría yo hubiese en el mundo quien me ganase á fácil para dejarse rectificar. Pero...

Lo cierto es que las cuatro veces no arremete conmigo, mas yo mismo no sé con quién. Con alguno á quien da mi nombre y á quien presenta como al mayor ignorante y á la vez como á uno de nuestros mejores críticos.

Á fe mía, demasiado me conozco para tenerme ni por lo uno ni por lo otro.

DE LA DRAMATURGIA HAMBURGUESA.

CORNEILLE Y SU «RODOGUNA».

Pieza 30.

(Á 11 de agosto de 1767.)

Cleopatra, según la historia, asesina á su esposo; asaetea á uno de sus hijos y quiere envenenar al otro. Sin duda fué un crimen la consecuencia del otro y todos provinieron de la mismísima fuente. Á lo menos verosímil es suponer que solos los celos convirtieran á una cónyuge furiosa en una madre no menos furiosa. El ver colocada á su lado otra esposa y compartir con ella el amor del esposo y la alteza de su estado, arrastró fácilmente á un corazón sensible y orgulloso al propósito de no poseer lo que no le era dado poseer solo. Demetrio no debe vivir, pues no quiere vivir para Cleopatra sola. El esposo culpable cae; pero con él cae también un padre que tras sí deja hijos vengadores. En ellos no había pensado la madre en medio del ardor de la pasión, ó pensado en ellos nada más que como hijos *propios* con cuya adhesión podía contar; ó cuyo celo filial, caso de tener que elegir entre los padres, habríase de inclinar necesariamente hacia la parte que ofendió primero. Hubo de desengañarse: el hijo fué rey, y el rey no vió en Cleopatra á la madre, sino á la regicida. Todo debía temerlo de él; y él, desde ese momento, de ella. Aun hervía su corazón en celos; aun existía en los hijos el esposo pérfido. Comenzó á odiar cuanto le recordaba su amor; el instinto de la propia conservación acrecentó este odio; fué más pronta la madre que el hijo, la ofensora que el ofendido. Perpetró el segundo asesinato, porque el primero quedase impune. Perpetrólo en el hijo, y se tranquilizó, pensando que no lo cometía sino contra el que intentaba perderla; que, propiamente, no mataba, pues sólo prevenía á su propio asesino. La suerte del hijo mayor hubiera sido también la del menor, si éste no fuera más resuelto ó más afortunado. Hace beber á la madre el veneno que ella le quiere propinar: un crimen inhumano venga otro; y sólo depende de las circunstancias el lado adonde se ha de inclinar nuestro odio ó compasión.

Este triple asesinato no formaría más que una acción sola, cuyo principio, medio y fin arrancarían de una misma pasión en una misma persona. ¿Qué le falta, pues, para sujeto de una tragedia? En manos del genio, nada; en las del chapucero, todo. Allí no hay amor; allí no hay intriga, ni anagnórisis ni incidentes imprevistos y maravillosos: todo sigue su marcha natural. Esta marcha natural tienta al genio: al chapucero le intimida. Al genio no pueden ocupar sino sucesos que arrancan unos de otros, sino cadenas de causas y efectos. Relacionar éstos con aquéllas, pesar aquéllas con éstos; excluir dondequiera lo casual; hacer que todo cuanto acontece, acontezca de tal manera que no hubiese podido acontecer de otra: éste, éste es su fuerte, cuando trabaja en el campo histórico, para trocar los tesoros inútiles de la memoria en alimento del espíritu. La sutileza, empero, como que no es potencia ilativa, sino sólo observadora de la semejanza ó desemejanza; — si acomete obras que únicamente al genio reservarse debieran, se fija en sucesos que nada tienen entre sí de común sino la coexistencia. Enlazarlos unos con otros; entretejer y enredar sus hilos de tal suerte que á cada momento los perdamos de vista y los confundamos, y se nos lleve de sorpresa en sorpresa: he aquí lo que puede el ingenio sutil, pero nada más. Del continuo cruce de estos hilos

multicolores, cuyas tintas contrastan, resulta luego un tejido que es en el arte lo que la tejeduría llama cambiante: una tela que no se sabe si es azul ó roja, verde ó gualda; que es lo uno y lo otro; que, si se mira de un lado, parece una cosa, y del otro, otra: un juguete de la moda, un dije para niños.

Júzguese ahora si el gran Corneille trató su asunto más como cabeza sutil que como genio. Para decidirlo no es menester sino aplicar un principio que nadie niega: el genio ama la sencillez; el ingenio, la complicación.

Cleopatra, según la historia, mata por celos á su consorte.

«¿Por celos?» pensó Corneille. «Sería ella entonces una mujer vulgarísima. No; mi Cleopatra ha de ser una heroína, que se habría resignado fácilmente á perder al marido, pero de ninguna suerte el trono; menos le ha de doler el amor de su marido á Rodoguna que verla conreinar con ella; esto es mucho más sublime.»

Muy bien: mucho más sublime, y — mucho más innatural. Porque, desde luego, es la soberbia, todo bien mirado, un vicio menos natural y más artificial que los celos. En segundo lugar, es aun más innatural la soberbia en la mujer que en el hombre. La naturaleza ha formado á la mujer para el amor, no para la violencia: ternura está llamada á inspirar, no temor. Por solas sus atracciones ha de ser poderosa; por los halagos solos ha de reinar y no querer dominar más de lo que pueda gozar. Una mujer á quien agrada el reinar nada más que por sí mismo: que subordina á la ambición todos sus afectos: que no conoce más dicha que mandar, que tiranizar y conculcar las cervices de pueblos enteros; semejante mujer puede haber existido alguna vez, hasta más de una vez. Pero, sin embargo, es una excepción; y quien pinta la excepción, pinta indudablemente lo menos natural. La Cleopatra de Corneille, una mujer que, por contentar su ambición y su orgullo herido, se permite todos los crímenes y no maniobra sino á impulso de máximas maquiavélicas; es un monstruo de su sexo, y Medea es con ella virtuosa y amable. Ya que todas las crueldades que ésta comete, comételas por celos. Á una mujer tierna y celosa inclínome á perdonarle todo: es ella lo que debe ser; sólo sobrado vehemente. Mas, contra una mujer que por fría soberbia, por premeditada ambición hace horrores; sublévase todo nuestro sentimiento, y no hay arte de poeta bastante á inspirarnos interés por ella. Nos asombra, como nos asombra un monstruo; y tras de satisfecha nuestra curiosidad, damos al cielo gracias de no abortar así la naturaleza sino cada mil años; y nos enfadamos contra un poeta que nos quiere pasar abortos tales por hombres útiles de conocerse. Recórrase toda la historia; y de cincuenta mujeres que derribaron del trono y mataron á sus maridos, apenas se hallará una de quien no conste haberla movido á ello el amor ultrajado. Por mera ambición de mando, por mera soberbia y anhelo de llevar el cetro, empuñado de un esposo amante, es difícil que mujer alguna se haya extraviado tanto. Muchas, habiéndose una vez, como esposas ofendidas, apoderado del gobierno, han sabido gobernar con toda la soberbia propia del hombre; eso es cierto. Al lado de maridos fríos, descontentadizos, pérfidos, habían experimentado en demasía todo lo enojosa que es la sujeción, para no celar grandemente una independencia al mayor riesgo conquistada. Pero á buen seguro ninguna de ellas ha pensado ni sentido lo que Corneille hace decir de sí misma á Cleopatra: fanfarronadas, las más insensatas de la maldad. El mayor malvado sabe disculparse ante la propia conciencia; trata de persuadirse de que su crimen

no es tan grande; ó que la necesidad extrema le obliga á cometerlo. Es de todo punto contranatural el ufanarse del vicio como vicio; y merece la más severa censura el poeta que, por el prurito de decir algo brillante y nervioso, nos desfigura el corazón humano al punto de presentarle amando naturalmente lo malo como malo.

Sin embargo, en ningún poeta abundan más que en Corneille caracteres tan mal pintados y semejantes aspaventadas. Y muy posible sería que de ello arrancase en parte su dictado de el Grande. Ciertamente, todo en él respira heroísmo; pero también lo que no debiera ser capaz de él y realmente no lo es: el vicio. El Monstruoso, el Descomunal debían haberle llamado: no el Grande. Nada hay grande sino la verdad.

CARTAS DE LA SEGUNDA PARTE DE LOS «ESCRITOS».

(De las cartas 15, 17, 18 y 19, sobre la «Mesíada» de Klopstock.)

De la carta 15.

(Al mismo [Sr. F.].)

Conque, Señor mío, ¿me preguntaba Vd. mi opinión sobre la rima, nada más que para poderme luego preguntar con mayor libertad lo que pienso del *Mesías*[1] del Sr. Klopstock? Después de todo, me parece Vd. saber ya que cuento yo entre sus admiradores; pues, de lo contrario, habría Vd. difícilmente formulado su pregunta con las palabras de Horacio:

Age, quæso,
Tu nihil in magno doctus reprehendis Homero?[2]

Pero estas mismas palabras me dicen que desearía Vd. oir algo más que mis aplausos. Quiere Vd. algo así, que no deje de parecerse á una crítica: ¿no es verdad? Ocho días atrás hubiera yo contestado sencillamente: «Á eso yo no me meto.» En los días de mi vida nada he detestado más que criticar poesías. ¿Será porque he tenido que hacerlas más que otros? Posible. Pero, como digo, hará cosa de ocho días me inspiró un espíritu que á todas luces no parecía ser de los mejores. Inspiróme trazar en el papel ideas que ya más de una vez se me habían venido á las mientes. Y esas ideas referíanse cabalmente á lo que Vd. ahora me pregunta; como si yo hubiese previsto que por esta vez me ahorraría Vd. la desazón de no condescender con un amigo. Todavía están en el borrador bajo cien rayas y otros tantos borrones sepultadas. Para comunicárselas, pues, he de copiarlas quiera que no quiera; y para no dejarlas de copiar, lo haré al momento. Pero, paciencia, Señor mío, paciencia, Vd. y yo — permítame tajar primero la péñola, y después manos á la obra.

(Sobre la epopeya *El Mesías*.)

«¿Habrá el *Mesías* realmente dividido las cabezas agudas y sus críticos; ó no habrá sido más que la piedra de toque y separación entre los que tal nombre merecen y los que han usurpado y gozan de tan lisonjero título? ¿Es posible que estén entre sus detractores gentes del más fino gusto así como entre sus admiradores? Ó bien, ¿revelan aquéllos necesariamente un espíritu mal cultivado para sentir la belleza sublime; tan necesariamente como éstos dan testimonio cierto de sus propias facultades? — — Si se me quisiese contestar de plano esta pregunta, podría atenerme á ella en lo que sigue.

Los klopstockianos al menos han hecho cuanto se les podía exigir. ¿Klopstockianos digo? — — ¿Por qué

[1] Vulgarmente: Mesíada.

[2] «Ea, di, docto tú: ¿nada censuras en el grande Homero?»

no? Tribútese á un poeta de primer orden un honor que con demasiada frecuencia se da á un filósofo mediocre. — —

Han analizado las bellezas del *Mesías*; han señalado las razones de su admiración. Ha sido su portavoz el señor profesor Meier, el autor de la estética, el más hábil en demostrar la necesidad de sentir ciertas bellezas que no se sienten.

Los contrarios también han hecho lo que podían: han insultado. Se juraría que los críticos suizos son con ellos. Es un error: se han convencido esta vez á sí mismos de que tienen razón. Poco á poco han aprendido de ellos esto los célebres profesores G. y T.; y como se ha visto: muy bien. El soldado raso más zurrado vuélvese el sargento más zurrador. No creo, sin embargo, que estos buenos varones hayan blasfemado del *Mesías* por haberlo encontrado excelente, sino por ahorrarse el trabajo de probar que no lo es. Su blasfemar ha sido, sin duda, una consecuencia de premisas que estimaban convencedoras, al extremo de imaginarlas evidentes para todo el mundo, y que por lo mismo silenciaban.

Ocúrreseme algo que — tal vez no vale gran cosa: apuntaré á vuela pluma algunos pensamientos que ruego á los enemigos de la musa klopstockiana no tergiversen. Haríanme un honor sobrado dudoso, si quisieran inscribirme en su registro. Tan convencido estoy de la belleza del *Mesías* cuanto á malas penas lo podrán ellos estar de la belleza de sus propios versos. Hasta mis reparos se lo probarán.

«¡Qué curioso!» se dirá. No tan curioso que digamos. Hay una especie de censura que redunda en honra del censurado. Censúrase á Aníbal porque no sitió á Roma. ¿Á qué general menos grande de cuantos jamás han capitaneado ejércitos enemigos de Roma, se reprocha tal cosa? Á ninguno. El solo Aníbal llegó á poderlo hacer, y no lo hizo. ¡Cuántas victorias hubo de ganar! ¡por qué intrepidez, qué prudencia, qué rápido obrar hubo de conquistarse el derecho de hacer concebir de sí tanto mayores esperanzas cuanto mayores proezas consumaba; para que se le pudiese dirigir este vituperio que excede todas las alabanzas: «Y no asedió á Roma»! Según sus fuerzas se aprecia á cada cual. Á un poeta miserable no se le censura absolutamente; á uno mediano se le trata con suavidad; con uno grande se es inexorable. Si él no se mantiene siempre á la misma altura; si acá y allá se le escapa un renglón débil; este renglón débil que pudiera ser la prez de un poeta mediocre, se torna intolerable; así como se siente que cualquier pensamiento feliz de una cabeza mediocre no figure en alguna obra destinada á la inmortalidad; aun cuando, para resplandecer en ella, necesite todavía de muchísimo acicalamiento.

Sic mihi, qui multum cessat, fit Choerilus ille,
Quem bis terque bonum cum risu miror: et idem
Indignor, quandoque bonus dormitat Homerus.[1]
(Horacio.)

Es la misma delicadeza de espíritu la que siente las hermosuras y la que se duele de sus lunares. El vituperar, pues, y el loar lo vituperable y lo loable, debe de ser igualmente honroso; como se haga lo uno y lo otro con buen gusto. Muchas veces he visto á peritos contemplar obras maestras de las artes plásticas. Comenzaba su juicio por muda admiración, y al fin creían no poder manifestar mejor el

[1] «Así, el que á menudo tropieza, se me figura aquel Quérilo, á quien, si de tarde en tarde es grande, admiro, riéndome de él; yo, él mismo, que me indigno, si alguna vez dormita el grande Homero.»

haber sentido todas las perfecciones del objeto que señalando lo menos digno de admirarse. Su *pero* era más halagador que todas las exclamaciones del vulgo en sus transportes de admiración.

De la carta 17.

(Al mismo.)

Tan poca gana tengo hoy de escribir cartas que Vd., Señor mío, por esta vez no recibiría ninguna, si muy felizmente no recordase que, con copiar, está hecha la carta. Pues, no siendo más que eso, veamos. —

(Segunda continuación.)

«Canta ánima inmortal, de los culpados hombres la redención.» [1]

Cuanto á la invocación, ya he dicho mi parecer. Considéresela como un mero anuncio de lo que el poeta quiere hacer; ó bien como una exhortación á sí mismo: de todas maneras me he de preguntar por qué mira aquí al alma desde el punto de vista de la inmortalidad. Sé que la redención, no siendo inmortal el alma, es nula; que el asunto elegido es tal que le ha de seguir á la eternidad; y que por estas razones tal vez se podría justificar el *inmortal*. Pero pregunto yo: ¿No ha desperdiciado aquí el poeta la ocasión de una imagen mucho más modesta, mucho más tierna? ¿No hubiese sido aun más bello, si apostrofara á su alma como á quien participa personalmente de esa redención de los hombres culpables? Habríase de aquí desprendido una necesidad amorosa de cantar, que diera al comienzo de su poema un giro enteramente nuevo y no usado de poeta alguno. Sé que tal rasgo debería trazarse con una finura de que sólo es capaz una mano maestra. Pero ¿sería éste el único semejante que resplandeciera en el poema eterno? ¡Qué de alusiones las más delicadas que con una sola palabra dejan en el alma un mar de pensamientos, no se encuentran en él!

Mírese el renglón como es, y piénsese cómo pudiera ser. A sí propio, ó á su alma píntala el poeta bajo su más magnífico aspecto: el de la inmortalidad; á todos los otros hombres, bajo el más miserable que darse puede: el de criaturas pecaminosas, perdidas. ¿No parece, pues, quererse el poeta segregar de ellos? ¿Hubiera podido hallar un comienzo más indiferente, si cantara la emancipación de un pueblo extraño oprimido? Aborrezco la parodia, pues sé que con ella puede ridiculizarse hasta lo más excelente. De no, probaría yo á convertir la introducción en una irreprochable de una epopeya sobre la independencia, verbigracia, de los holandeses. Casi prefiriera mostrar cómo debería ser esta primera línea para no verme en el caso de criticarla. Pero no lo haré tampoco: un ejemplo desgraciado suele hacer sospechosa una observación fundada.

«Que en su humanidad consumó el Mesías en la tierra.»

«Que en su humanidad consumó el Mesías en la tierra.»

Este renglón es vacío; repetición triple de un sólo concepto. ¿No están suficientemente contenidas en la de *Mesías* las ideas de *en la tierra* y *en su humanidad*? Si en vez de Mesías dijera el poeta *Hijo eterno* ó algo equivalente, sería necesario lo demás; expresaría circunstancias que debieran mencionarse y que no envuelve la expresión *Hijo eterno*. Parece que esto es claro. De la nota siguiente tendrá acaso la culpa mi catecismo: es la palabra *consumar*. Me han enseñado que á la redención del género humano pertenecen también la bajada á los infiernos y la ascensión al cielo. ¿Fué

[1] Mesíada I, 1.

en la tierra donde aconteció la revelación triunfante de Cristo á los demonios? ¿Subió Cristo á los cielos en su *humanidad* ó en su humanidad transfigurada? No comprendo, pues, cómo se pueda decir que Cristo *consumó* la redención en la tierra, en su humanidad. Es éste un pasaje del cual se pudiera con toda seguridad inferir dónde termina el poema. —

De la carta 18.
(Al mismo.)

«Pero, ¿en qué estado se halla la crítica del *Mesías*?» preguntará Vd. «¿Donde está la continuación?» —

Creo que ella no vendrá. Tanto se han revuelto mis papeles que las tiras en donde había apuntado mis pensamientos, no han podido parecer tras de buscarlas yo días enteros. Pero veamos si logro acordarme de los principales.

Había llegado á la invocación. En ella encontraba yo bellezas muy singulares; y, si mal no recuerdo, un solo pasaje me chocaba: el poeta suplica al Espíritu escudriñador arme á la poesía con aquella profunda, solitaria ciencia con que mira al través de las honduras de Dios. En primer lugar, me parecía muy indigno el epíteto *escudriñador* y una flagrante contradicción del complemento *mirar al través de las honduras de Dios*. Creía yo que donde hay un *mirar perfecto* cesa el *escudriñar*; y que éste es aplicable á un ser finito, mas no al Espíritu de Dios. En segundo lugar, no estaba yo absolutamente contento con la profunda solitaria sabiduría que se enuncia de ese mismo Espíritu. No podía menos de preguntar si el Espíritu divino ha de recogerse primero, si intenta reflexionar. Contestábame á mí mismo que profundo y solitario es ciertamente lo más alto que decirse puede de la humana sabiduría, y que no nos es dado hablar de aquélla sino como hablamos de ésta. Pero de tal réplica, verisímilmente la única posible, infería la impotencia absoluta de la poesía verdadera ante ciertas cosas espirituales de que sólo debiera hacerse el concepto más puro. Á un cerebro filosófico le ofende hasta el no tener la lengua denominaciones particulares y exclusivas para designar los atributos del Ser absoluto. Cuanto más le habrá de ofender, si el poeta muda esta pobreza en hermosura y busca dondequiera cómo introducir sus representaciones sensibles. Acostumbrado se está ya á la expresión *sabiduría de Dios;* y por impropia, por débil que sea, no se puede prescindir de ella. Pero los epítetos *profunda* y *solitaria* la hacen aun mucho más impropia, mucho más débil.

No obstante esta observación, me atrevía á afirmar que, aun cuando el autor del *Mesías* no fuese poeta, sería con todo un apologista de nuestra religión; y mucho más que todos los escritores de las así llamadas *vindicias de la revelación* ó *demostraciones concluyentes*. Á menudo no demuestran estos señores con sus demostraciones otra cosa sino que no debieran haberse metido á demostrar. En estos tiempos que sólo con el escarnio se ataca al cristianismo, el argumentar perentorio es perder el tiempo. No es posible refutar con un chiste una razón apremiante; pero se le puede interceptar la vía del convencimiento. Opóngase chiste á chiste; agudeza á agudeza. Si se pretende hacer despreciable á la religión, trátese á su vez de presentarla con tanto esplendor que merezca nuestro respeto. Es esto lo que ha hecho el poeta. Sabe pintar el más sublime misterio desde tal punto de vista que gustosamente se olvida su incomprehensibilidad, para perderse en su admiración. Sabe despertar en sus lectores el deseo de que sea verdadero el cristianismo, aun cuando nuestra desgracia llegase al extremo de no ser así. Nuestro juicio siempre pugna y acaba por estar á favor de nuestro deseo. Cuando él ocupa nuestra

imaginativa, no le da tiempo de cavilar; y entonces será para los más una prueba indiscutida lo mismo que es una indiscutible para el filósofo. Un luchador ve al punto la debilidad del acero enemigo. Como aproveche la medicina, no importa el modo de hacérsela tomar al niño. — —

Esta reflexión debería bastar á infundir aprecio por el *Mesías* y más cautela á los que son naturalmente tan insensibles ó se han endurecido tanto á sí propios que no sienten sus bellezas poéticas. Sobre todo, si por desgracia tienen alguna autoridad ante gentes que aun continúan formando la mayoría.—

Estoy aquí enteramente ocioso. Así, no es raro que dé en las ocurrencias más extravagantes. De una de ellas se reirá Vd. á buen seguro, si ya no es que se encoge de hombros. No sé si á mí ó bien á mi hermano se le ha antojado primero. Pero probable es que ambos á dos hayamos dado al propio tiempo en la tal flor, pues de mancomún la hemos realizado. Hasta la saciedad decíasenos que era ininteligible el *Mesías;* y se burlaban de mí, cuando yo deseaba fuese un poco más obscuro todavía. Mostrábanseme pasajes á cuyo lado pretendían ser más claros los oráculos. Afanábame por explicarlos, y de cuando en cuando veíame precisado á apelar al latín; porque tal cual vez sucedía no encontrar ellos dificultad para entender en romano lo que en alemán no querían entender. ¿Qué extraño, pues, se nos ocurriese si sería posible traducir en versos latinos todo el poema para nuestros sabios paisanos? Dicho, y hecho; y querría poder añadir: hecho, y bien hecho. Vamos avanzando ya bastante en el trabajo; y si Vd. gusta, verá pronto una muestra de él. — Soy de Vd., etc.

Carta 19.
(Al mismo.)

Agrádame ver que me haga Vd. justicia, no considerándome por el hecho de admirar yo el *Mesías,* como admirador también de aquellos pesados decidores quienes con sus desgraciadas imitaciones dan no sé qué viso ridículo á esta sublime poesía. Demasiados hay que con medir versos heroicos cojos, formar del latín algunas voces y evitar la rima, creen basta á salir del vulgo de los poetas. Ajenos á aquella inspiración que arrebata á la fantasía acalorada, transportándola por sobre tales pequeñeces hasta las grandes bellezas de la imaginación y del sentimiento; esfuérzanse por ser, en vez de sublimes, obscuros; en vez de nuevos, atrevidos; en vez de conmovedores, sensibleros. ¿Puede haber nada más ridículo que oir, aquí, hablar á alguien, en una canción erótica, con su bella de serafines, y, allí, de niñas graciosas, á algún otro, en un poema heroico, describiéndolas de una manera que á duras penas sentaría en la bucólica humilde? Sin embargo, hallan esos señores quien los adoren, y para ser grandes poetas no necesitan más que relacionarse con ciertos espíritus donairosos que se meten á dar el tono en todo lo concerniente á la estética.

Así acontece: cuando un ingenio osado, lleno de confianza en su propia fuerza, penetra por nueva entrada al templo del gusto, síguenle cien imitadores, que á hurtadillas pretenden pasar con él por la abertura. Pero en vano: con la misma pujanza que ha forzado la puerta, ciérrala él de golpe tras sí. Asombrada, se ve á sí misma fuera la comitiva; y de súbito, la inmortalidad con que soñaba, truécase en risotadas burlonas. — —

DE LAS CONTROVERSIAS TEOLÓGICAS.

Nº 5.
¿EXISTIÓ LA RELIGIÓN ANTES QUE LA BIBLIA?

El sr. predicador (Gœze) replica: «Pero no antes que la revelación.» — Lo que quiera decir con esto, me es

del todo incomprensible. Á fe que una religión revelada no puede existir antes de revelarse. Mas puede ella ser antes que se consigne por escrito. Y de esto sólo se trata. Yo no afirmo sino que la religión existía aun antes de escribirse lo más mínimo de ella. Existía antes de existir ningún libro de esa Biblia que ahora se pretende ser ella misma. ¿Á qué pues una pregunta retuerta, capaz de enredarme en mis propios pensamientos? — No sé contestar más á ella.

Del nº 7.

Aun no me acabo de admirar de una pregunta que el sr. predicador hace con tanta seguridad como si ella no tuviese sino una sola contestación. «Si los libros del nuevo Testamento», pregunta, «no se escribieran y llegaran hasta nosotros, ¿quedaría en la tierra vestigio alguno de las obras y doctrina de Cristo?» — Guárdeme Dios de pensar jamás tan bajamente de la doctrina de Cristo, que me atreva á responder con un *no* redondo. No; ese *no* yo no lo repitiera si me lo dijese un ángel del cielo. Cuánto menos, no siendo sino un ministro luterano quien me lo sugiere. — Cuanto en el mundo acontece, deja huellas en el mundo; aun cuando no siempre acierte el hombre á descubrirlas. ¿Y sólo la doctrina tuya, oh amigo divino de los hombres, la cual no mandaste escribir sino predicar, aunque únicamente se hubiese predicado, se dirá que nada, absolutamente nada, ha obrado que demuestre su origen? ¿que tus palabras sólo al convertirse en letra muerta se tornaron palabras de vida? ¿Son los libros la única vía de iluminar y mejorar á los hombres? ¿Nada es la tradición oral? Y si la tradición oral está sujeta á mil alteraciones voluntarias é involuntarias, ¿no lo están igualmente los libros? ¿No hubiera Dios podido preservar de falsificación las tradiciones orales con la misma manifestación de su poder inmediato con que, decimos, preservó los libros? — ¡Ay del hombre, oh Dios omnipotente, que pretende ser predicador de tu palabra y se atreve á decir tan ufano que, para conseguir tu intento, no tenías otro camino sino el que te plugo mostrarle! ¡Ay del teólogo que niega redondamente todas las otras sendas, fuera de ésta sola que ve, sólo porque no las ve! — ¡No permitas, buen Dios, me vuelva yo jamás tan ortodoxo, á fin de no volverme jamás tan temerario! —

BÜRGER.

(1747—1794.)

EL primer vate netamente alemán es *Godofredo Augusto Bürger*, de singular y triste destino. Él es juntamente con Klopstock el creador de la forma poética y de la verdadera poesía alemana. Introdujo en ésta, con la balada, el elemento dramático, que distingue á la poesía moderna de Alemania. En la balada también descolló: en ella se acerca al tono popular; y es tan agradable y original su sentimiento, tan espontáneo y armonioso su verso, que merece figurar entre los grandes poetas.

CONSUELO.

Si lengua viperina
te muerde, no te aflijas:
á las peores frutas
la avispa no se va.

SUSANA.

Á Susana mucho tiempo
yo la conocía ya:
era buena, bella y pura,
sin mancilla, á no dudar.

Yo venía, yo tornaba:
revenía, retornaba
como el flujo de la mar.
Al venir, yo me alegraba:
no penaba al retornar.

Y ocurrió, después de un tiempo,
que diverso me sentí:

el adiós, ¡qué triste entonces!
¡qué de encantos el venir!

Ella todo mi trabajo
era y todo mi solaz;
la sentía en mi alma y cuerpo,
no sentía nada más.

Soso, mudo, sordo, nada
yo atinaba á oir ni ver,
fuera de ella. Flor ni grama
contemplaba yo nacer.

No veía el sol, la luna,
ni los astros relucir;
ella sola me esplendía;
en la estrella de mi día
puesto el ojo yo tenía,
deslumbrado por su luz.

Fué pasando el tiempo, y luego
mi sentir muy otro fué;
ella pura, buena y bella,
como siempre, y siempre fiel.

Yo venía, yo tornaba:
revenía, retornaba
como el flujo de la mar.
Al venir, yo me alegraba:
no penaba al retornar. —

Sabios, que sabéis de todo:
el cómo, el cuándo, el porqué
del amor que acerca y une;
la causal de su placer:

Grandes sabios, oh, decidme,
indagad lo que me dió;
el porqué, y el cómo y cuando
de este caso del amor.

Á menudo, noche y día,
día y noche pienso yo
en tan singulares cosas
que superan mi razón.

Es quizá el amor cual viento
que nacer suele en la mar:
oyes su gemir: no sabes
de dó viene ni á dó va.

LEONOR (LENORE).

Irguióse al alba Leonor
de entre soñar de espanto:
«¿Muerto estás, Gil? ¿ó es desamor,
que callas, tardas tanto?»
Con el prusiano rey[1] partió;
por él en Praga batalló;
y ella esperaba en vano
saber si estaba sano.

La emperatriz y el rey la paz,
de tanta lid cansados,
por fin hicieron, del tenaz
encono ya calmados.
Y en júbilo y tronante son
legión volvía por legión,
con música y cantares,
y ornada, á sus hogares.

Y por doquiera y por doquier
por toda senda y vía
anciano, niño, hombre y mujer
al júbilo salía.
«¡Gracias á Dios!» clama á la vez
la novia, madre, la niñez.
Saludan todos: muda
Leonor, ¡ay! no saluda.

Pregunta acá y pregunta allá,
de bando yendo en bando.
Mas nadie de él razón le da
de cuantos van pasando.
Pasaron todos: se arrancó
el negro pelo y desperó;
y arrójase en la tierra,
de que feroz se aferra.

La madre acude: «¡Dios, piedad!
¿qué tienes, hija mía?»
y abrázala. — «Dejad, dejad:
que se acabó mi día.
¡Que se hunda el mundo y todo en pos,
que no hay misericordia en Dios!
El cielo no se apiada.
¡Ay, ay me, desdichada!»

— «¡Señor, Señor, piedad de nos!
Un Padrenuestro reza.
Bien hecho está cuanto hace Dios.
Dios es todo terneza.»
— «Oh madre, madre: es frenesí:
Dios bien no me ha tratado á mí.
¿Qué, qué fué el ruego mío?
ahora es ya tardío.»

— «¡Piedad, Señor! Sois padre, quien
de amor al hijo llena.
El sacramento, el sumo bien,
mitigará tu pena.»
— «Oh madre, madre, mi aflicción
no calma divinal acción:
ninguna acción bendita
al muerto resucita.»

[1] Federico II.

— «Hija, oye: ¿y si el mal varón
faltó á tu fe en Hungría?
¿si allá, lejano, nueva unión
contrajo por falsía?
No pienses más, hija, en su amor:
su crimen pagará el traidor:
se morirá; al infierno
iráse á arder eterno.»

— «Oh madre, madre, para mí
todo acabó: la muerte...
morir no más...: ¿Por qué nací?
Morir es mucha suerte.
¡Luz, muere, para no nacer!
¡En noche eterna quiero caer!
El cielo no se apiada.
¡Ay, ay me, desdichada!»

— «¡En juicio no entres, no, Señor,
con tu hija, la infelice!
No la castigues con rigor:
no sabe lo que dice.
Hija, ay, olvida tu pesar;
piensa en el cielo y su gozar;
do al alma amor de esposo
no faltará dichoso.»

— «Oh madre, ¿qué es dicha eternal?
Oh madre, ¿qué es infierno?
Con él, él, hay dicha eternal;
sin él, sin él, infierno. —
¡Luz, muere, para no nacer!
¡En noche eterna quiero caer!
Sin él, ni acá la quiero,
ni allá ventura espero.»

Tal por sus venas y su sien
va desperanza loca,
y temeraria al sumo Bien,
quejándose provoca.
Y seno y mano con furor
desgárrase, hasta que el claror
del día muda en velo
de estrellas de oro el cielo.

Y fuera — ¡chit! — ¡trap, trap! un son
cual de trotón trotando;
viene: armas suenan; del bridón
un hombre va bajando.
¡Chitón, chitón! ¡ra, ra, ra, ra! —
la aldaba paso alzando está;
y por la puerta alzada
entra esta voz callada:

«¡Haló, haló! luego abre, amor.
¿Durmiendo estás? ¿ó velas?
¿Risueña vives? ¿ó en dolor?
¿Por mí tú aún anhelas?» —
— «Guillermo, ¿tú? ¿y tan tarde aquí?
Velé, lloré y lloré por ti.
¡Cuánto, ay, sufrí pobreta! —
¿De dó tú á la jineta?»

— «En la alta noche es nuestro andar.
De Bohemia vengo, y sigo.
Muy tarde fué mi cabalgar.
Te llevo yo conmigo.»
— «Guillermo, ay, vén primero acá:
tormenta por las zarzas va.
Vén, que el abrazo mío
te espante, amado, el frío.»

— «¡Que ruja á través del zarzal,
mi amor, que ruja y ruja!
La espuela suena; el animal
escarba: todo empuja:
vén: cíñete, álzate tras mí,
y ¡á todo galopar de aquí!
y al tálamo contigo,
á leguas ciento, sigo.»

— «Ay, ¿á cien leguas á marchar
al tálamo conmigo?
Las once acaban ya de dar:
¿el toque oiste, amigo?»
— «Ve: clara luna acá y allá:
y yo y el muerto raudo va;
y al lecho á fe do vamos,
esta noche llegamos.»
. . . . . .

Se ciñe y álzase al corcel
tras Gil, de prisa llena,
y amante ciñe en torno de él
los brazos de azucena;
y ¡trap, trap, trap! ¡hop, hop! veloz
tronando va el galope atroz,
y hombre y caballo anhelan,
y chispa y piedra vuelan.

Y á diestra y á siniestra, ¡cuál
volando ven patentes
el yermo, prado, monte, val!
¡Cómo truenan los puentes!
«¿Susto hay? ... la luna clara está;
¡hurrá! ¡qué raudo el muerto va!
¿Susto te dan los muertos?»
— «¡Qué...! Mas deja los muertos.»

¿Quién canta allá? ¿Qué suena el son?
¿De cuervos qué aleteo?
Oye: «¡Enterremos!» — es canción
de muerto y campaneo.
Y vienen y pasando van
con muerto y funeral afán.
Sus voces suenan roncas,
cual de mil ranas broncas.

«Más tarde al muerto sepultad
con son llorón y treno:

mis bodas hora acompañad
y mi festín ameno....
Vén, sacristán; vén, coro, acá,
y el himeneo canta ya.
Vén, cura, vén: bendice
el tálamo felice.»

Y el son, el muerto, el tren se fué
y obedeció á su mando.
Y ¡hurrá, hurrá! vuelven á fe,
y tras de él galopando.
Y en pos, en pos, siempre veloz
le sigue su correr feroz:
y hombre y caballo anhelan,
y guijas, chispas vuelan.

¡Cómo á siniestra y diestra van
monte, árboles cercados
volando! ¡Cuál con loco afán
poblados, despoblados!
«¿Susto hay? ... la luna clara está;
¡hurrá! ¡qué raudo el muerto va!
¿Susto te dan los muertos?»
— «¡Qué...! Mas deja los muertos.»

Ve, ve: cual de horca en derredor
y rueda, en lontananza,
á luna pálida, en alcor,
aérea turba danza.
«¡Zas, zas! vén, turba, vén aquí;
vén, turba; marcha en pos de mí,
porque con tus danzantes
nuestro himeneo cantes.»

La turba viene: ¡ras, ras, ras!
cual ráfaga en seca hoja
del matorral, y sigue atrás,
y rápida se arroja:
y corren: ¡hop, hop, hop! veloz
prosigue su correr feroz:
y hombre y caballo anhelan,
y guijas, chispas vuelan.

¡Cuál vuela entre el lunar fulgor,
cuál vuela, en loco vuelo,
todo, y arriba y en redor,
los astros con el cielo!

«¿Susto hay? ... la luna clara está;
¡hurrá! ¡qué raudo el muerto va!
¿Susto te dan los muertos?»
— «¡Ay! Deja en paz los muertos.»

— «¡Sus! ¿canta el gallo? ¿ú oigo mal?
La arena[1] va á su acabo. —
¡Sus! ¡sus! Siento aura matinal.
¡Sus! corcel, corre bravo:
está, está el curso al concluir:
el tálamo se va ya á abrir.
Cabalga raudo el muerto. —
Llegamos ya de cierto.»

Asalta una reja el bridón,
y un golpe de varilla
dado en el férreo portón,
la cerradura astilla.
Y rechinando se abre aquél,
y van por tumbas en tropel;
donde á la luna losas
albean numerosas.

¡Ah horror! portento aquí se obró:
con disolución lenta
el caballero se trocó
en cráneo y osamenta:
reloj de arena yace á par;
su calavera de aterrar:
desnuda, blanca, extraña;
y la mortal guadaña.

Y alza el corcel y da al través;
fiero hipa y lanza fuego;
de arriba un aullar de terror,
del hondo abismo aullar de horror:
Leonor, de horror transida,
mortal está aterida.

La aérea turba, en derredor
danzando, aúlla y gira
por medio del lunar fulgor:
«Alma, ¡paciencia! y mira:
aunque te rindas al dolor,
no abrigues contra Dios rencor.
— Al cuerpo muerte invade:
de tu alma Dios se apiade.»

[1] del reloj.

GŒTHE.

(1749—1832.)

MÁS que su teatro, bastante débil; más que su *Fausto*, cuyas bellezas (aun las de la primera parte) no son muy grandes; y más que su lírica, nada rica, merece la fama de que disfruta, su principal obra: la graciosa pequeña epopeya idílica, *Hermann y Dorotea*.

EL ARPISTA.

Á las puertas yo modesto,
silencioso yo vendré:
pan daránme pías manos,
y mi ruta seguiré.

Ante quien yo pareciere,
por feliz él se tendrá:
una lágrima derrama,
y no entiende su llorar.

LAMENTO DEL PASTOR.

Allá arriba en aquel monte
párome yo veces mil,
reclinado en mi cayado
miro al valle desde allí.

Y voy tras la grey que pace,
custodiada por mi can;
descendido ya he del monte,
y no sé por dónde, al val.

Todo el prado en bellas flores
infinitas lleno está;
cójolas; empero ignoro
á quién las habré de dar.

Lluvia, tempestad y truenos
bajo el árbol paso yo —
no se me abre aquella puerta...
todo es ¡ay! sólo ilusión —

Por sobre la casa un iris
hase tendido, es verdad:
ella, en cambio, se ha marchado
lejos, tierra adentro, allá —

Allá, tierra adentro, lejos —
tal vez hasta allende el mar:
id, ovejas, id ligeras;
el pastor... ¡que pena, guay! —

MELANCOLÍA.

Marchitáisos, dulces rosas;
no pudo ir mi amor por vos;
florecisteis, ¡ay! al triste,
á quien mata desamor.

Duéleme acordar los días
que, ángel, yo vivía en ti;
que la primer flor del alba
yo atisbaba en mi pensil;

Toda flor y todo fruto
deponía yo á tus pies;
de esperanza tu semblante
me inundaba cada vez.

Marchitáisos, etc.

PLACER DE LA MELANCOLÍA.

No os sequéis jamás por jamás,
oh perlas de amor eternal:
¡ay! ya á los párpados semienjugados,
¡qué desierta, qué muerta la tierra se ve!
No os vayáis nunca ni nunca,
oh lágrimas de amor fatal.

HALLAZGO[1].

Yo por la selva
solo vagaba:
nada pensaba,
sino en vagar.

Tierna á la sombra,
como ojos bellos,
de astro destellos,
una flor vi.

Iba á cogerla:
dijo con gracia:
«¿Cortada, lacia
quieres yo esté?»

Desarraiguéla;
á casa hermosa
bien trasplantéla,
en mi pensil.

Y solitaria
de nuevo crece
rama y florece
hoy cual ayer.

[1] Dedicada á la que después fué su esposa.

MIGNON.

¿Conoces el país[1] do el limón flora:
sus negras frondas la naranja dora,
del cielo azul el aura blanda orea,
el mirto duerme, el alto lauro ondea?

¿Conóceslo quizá? —
¡Si allá, allá,
oh amado mío, fuéramos de acá!...

¿Conoces ese hogar? Es columnata[2],
salas, estancias en fulgor de plata;
mármoles se alzan; leo en su mirada:
«Di, ¿qué te han hecho, pobrecilla amada?» —

¿Conóceslo quizá? —
¡Si allá, allá,
oh mi sostén, nos fuéramos de acá!...

¿Conoces aquel monte[3], su aérea vía?
Entre nieblas la mula el paso guía;
en su antro mora el secular dragón;
la peña cae, rota al aluvión.

¿Conóceslo quizá? —
¡Alla, allá
la senda nuestra va:
oh padre, vámonos de acá!

EL PESCADOR.

El agua suena, el agua sube;
sentado allí está un pescador,
mirando plácido el anzuelo;
le asciende al corazón frescor.

Así sentado, así escuchara:
la linfa túrgida se abrió,
y una húmeda mujer de entre ella
con estridor se levantó.

Ella cantóle, ella le dijo:
«¿Qué atraes con humano ardid
falaz hacia el ardor de muerte
la prole mía á tu confín?

«¡Ah, si supieras lo que goza
en el profundo seno el pez,
tal como estás, descenderías
á revivir feliz en él!

«¿No se repara el sol querido,
la luna, lasos, en el mar?
¿No torna undante su semblante
radioso, en dúplice beldad?

«El hondo cielo, ¿no te llama,
del fresco azul el relucir,
ni el propio rostro á sumergirte
en el rocío eterno aquí?»

El agua suena, el agua sube;
el nudo pie le salpicó;
el corazón le crecen ansias,
como al saludo del amor.

Ella le parla, ella le canta,
su suerte decidida está:
blanda le tira, blando sigue;
se inclina, y no parece más.

CALMA DE MAR.

Las aguas en profunda calma,
la mar sin movimiento está:
el navegante ve cuitado
en derredor terso el cristal.

Ni el más leve alentar del aura: —
silencio horrible sepulcral;
en la llanura inmensurable
onda ninguna riza el mar.

BONANZA.

La niebla se rasga:
los cielos esplenden;
Eolo desata
la angustia, el penar;
susurra la brisa;
el nauta se afana.

¡De prisa! ¡de prisa!
las ondas se hienden,
se acercan los lejos;
vi tierra asomar.

NOCTURNO DEL PEREGRINO.

Tú, que desciendes del cielo,
calmas todo mal, toda aflicción:
tú, que al doblemente infortunado,
lenitivo doble das:

¡Ay! ¡fatígame este afán!
¿Á qué tantas penas, goces tantos?
¡Dulce paz,
á mi pecho, vén, oh vén!

OTRO.

Por sobre toda cima
reina sosiego:
del árbol en la copa alienta apenas
el aura: calla de la selva el ave:
espera: luego
descansas tú también. —

[1] Italia. [2] Italia es la casa del arte. [3] Los Alpes.

CANTO DE LOS ESPÍRITUS SOBRE LAS AGUAS.

El alma del hombre
las aguas semeja:
del cielo descienden,
ascienden al cielo,
y tornan, retornan
en ley de su eterno vaivén.

Vuélcase altísima, pura,
de enhiesto peñón la corriente
en ondas nubosas
de finas espumas graciosas;
y por sobre rocas lamidas,
mansa, y velada y parlera,
á las honduras se va.

Si le cierra un pedrón la carrera,
crece espumosa, indignada,
hasta en el abismo caer.

Deslízase por la pradera
en llano lecho,
y en sus límpidas ondas
todos los astros
alegres se miran.

Amante donoso
es de las olas el viento;
el viento revuelve
de lo hondo la linfa espumante.

¡Alma del hombre,
cuánto semejas al agua!
¡cuánto semejas al viento,
fortuna mortal!

DEL FAUSTO.

DEL PRELUDIO.

«Á mí también, por esto, vuelve
las horas en que flor yo fuí;
en que un torrente de armonía
reproducíase sin fin;
do el mundo en niebla se envolvía,
donde el pimpollo todavía
sus maravillas prometía,
en que cogía las que henchían
toda hondonada flores mil.

Nada tenía,
y sin embargo, asaz:
anhelo de verdad,
en la ilusión placer. —
Tórname aquellas locas ansias:
esa honda dicha del dolor;
del odio, del amor la fuerza:
mi juventud te pido yo.»

DEDICATORIA.

¡Y retornáis, visiones vaporosas
que allá temprano el ojo nublo vió!
¿Intentaré yo asiros vagarosas?
¿Sueña aún quimera tal mi corazón?
Porfiáis: pues bien, mandadme hoy poderosas,
cual salís de entre nieblas y vapor.
Mi pecho en juvenil placer anhela,
al aura mágica, que en torno os vela.

Traéis con vos la imagen de almos días,
y muchas caras sombras vense alzar;
cual sagas antiquísimas, umbrías,
surge el primer amor y la amistad.
La pena torna; las humanas vías
intrincadas repite mi endechar:
nombra los buenos que en la edad madura
fortuna arrebatóme prematura.

No escucharán los cánticos siguientes
las almas á quien antes presté voz.
Se fué la amiga turba de obsecuentes;
el primer son, ¡ay! ya se fué y murió.
Mi cantar oyen las ignotas gentes:
me estrecha hasta su plauso el corazón,
y quien gozaban mis acentos antes,
si viven, por el mundo van errantes.

Y en ansias de otros tiempos me levanto
á aquel severo mundo de la paz:
ya vuela en onda muda el mío canto,
eólica arpa: á lo invisible va.
Tremo en lágrima y lágrima; de llanto
el recio corazón se deshará:
como lejano está lo que poseo,
y lo que pereció, surgir lo veo.

PRÓLOGO
(en el cielo).

Rafael.

Contiende con los orbes, sus hermanos,
en armonía perennal el sol,
y la carrera prefijada gira
con su voltejear atronador:
su faz presta á los ángeles pujanza;
bien que ninguno le podrá sondar:
de aquellas altas, misteriosas obras
es, como el primer día, la beldad.

Gabriel.

Y en rapidez vertiginosa vuelve
la tierra su magnífico esplendor:
alterna claridad del paraíso
con tenebrosa noche de pavor.
Hierve la mar en anchurosas ondas,
del profundo arrecife en derredor;

y arrecifes y mares van eternos,
de las esferas al rodar veloz.

Miguel.

Y tempestades á porfía braman
de mar á tierra, de la tierra al mar:
fieros ligan efectos mil en torno
quienes del orbe han de mudar la faz.
Flamea perdición relampagueante;
la sigue del tronido el estallar. —
Pero, Señor, tus nuncios veneramos
del día tuyo el suave deslizar.

Los tres.

Tu faz al ángel presta fortaleza,
si bien nadie te acierta á penetrar;
y de todas tus obras soberanas
es, como al primer día, el fulgurar.

PLEGARIA DE MARGARITA Á LA VIRGEN DE LOS DOLORES.

Inclina,
¡oh tú, colmada de dolor!
piadosa el rostro
á mi aflicción.

Traes clavada
en medio al corazón la espada;
y en trance fuerte
miras la muerte
del Hijo. Al cielo,
al Padre miras:
á él suspiras
por la congoja
de aquél y tu penar.

¡Quién lo sintiera
cuál dilacera
mis vísceras la angustia y el pesar!
¡Cuánto aquí teme
y cómo treme
mi pobre corazón!

Lo que desea
lo sabes tú, tan sólo tú. —
Doquier que vaya,
qué guay, qué guaya
del corazón — aquí —
apenas sola estoy,
¡ay! lloro, y lloro soy,
hasta morir en mí.

El barro[1] esta mañana
con lágrimas rocié,
¡ay! cuando en mi ventana
las flores te ofrendé.

En pena hundido el pecho,
despierta ya en mi hogar,
hallábame en el lecho
del sol el despuntar. —

¡Favor! ¡oh sálvame
de muerte y de ignominia!
¡Ah! inclina,
¡oh tú, colmada de aflicción!
piadosa el rostro
á mi dolor.

DE «HERMANN Y DOROTEA»

CALÍOPE.

Infortunio y Compasión.

«Nunca vi la plaza y calles
tan desiertas. Cual barrido,
cual si muerto, el pueblo está.
Ni cincuenta almas, en todo,
han quedado, me parece.
¡Ley de la curiosidad!
¡Cómo todos á porfía
y en tropel ahora corren
de los pobres expatriados
á mirar el tren penoso!
Una horita, nada menos,
hay de aquí á la carretera,
por do va. Y tan lejos corren
entre polvo y resistero.
Yo no diera un solo paso
para lástimas de gentes
buenas fugitivas ver;
quienes hora con la hacienda
que salvaron, vienen tristes,
por entre el feliz recodo
de este rico valle y curvas,
á nosotros, de su tierra,
bella tierra transrenana.
Bien, muy bien, mujer, has hecho
en mandar caritativa
al hijo con lienzo viejo
y alguna vianda y bebida,
para aquellos desgraciados;
que deber del rico es dar.
¡Qué cochero es el muchacho!
¡Cómo sofrena los potros!
Lindo el cochecillo nuevo
se ve: holgados caben cuatro
y el cochero en el pescante.
Esta vez solo ha partido:
¡cuál dobla veloz la esquina!»
Así, plácido, sentado
de su casa en el portón

[1] Florero de arcilla.

de la plaza á par, el huésped
del León de Oro á su mujer.
Y la cuerda hembra juiciosa:
«Padre, dar el lienzo usado
no me agrada: sirve mucho,
y cuando se necesita,
no se compra por dinero.
Mas hoy con el alma toda
muchas piezas aun flamantes
di de fundas y camisas;
pues de niños y de viejos
que desnudos van, me hablaban.
Pero ¿me perdonarás?
que también fué saqueado
tu ropero. Y sobre todo,
tu bata, de índicas flores,
y del más fino cotón,
forrada en franela fina,
la di: vieja es, y delgada
y reñida con la moda.»
Mas el excelente padre
sonrióse: «La echo menos,
sin embargo, esa mi bata
de cotón índico puro:
ya no se hace tela tal.
Bien está: ya no la usaba.
Hoy ¡claro! se exige al hombre
que jamás el sobretodo,
se despinte ni el jubón
ni la bota; las pantuflas
desterráronse y la gorra.»
«Mira allá», la mujer dice,
«cómo alguno ya regresan
que á los emigrantes vieron:
de pasar acabarían.
Ved, ¡qué polvoriento traen
el calzado todos! ¡Cómo
sus semblantes fuego espiran!
Cada cual el sudadero
tiene en la mano y se enjuga
el sudor del rostro. Tanto
no anduviera yo tampoco,
en tan caluroso día,
para mirar semejante
espectáculo y sufrir.
En verdad, á mí me basta
con lo que se cuenta de él.»
Y el buen padre con voz grave:
«Rara vez tal tiempo ha hecho
para tal cosecha: el grano
bajo techo lograremos
seco guardar; cual logramos
el heno guardar. El cielo
cristalino está; ninguna
nubecilla en él se ve.
Del oriente sopla el viento
con gratísimo frescor.
Éste sí que es tiempo firme.
Los cereales muy maduros
ya están: mañana empezamos
á segar la rica mies.»
Mientras hablaba, crecía
más y más la turba de hombres
y mujeres que volvían
por la plaza; en la otra acera
llegaba también de allá
con sus hijas presuroso
el vecino acaudalado,
mercader mayor del pueblo.
En su restaurada casa
se detuvo en su carruaje
abierto — en Landau lo hicieron.
Animáronse las calles;
que la pequeña ciudad
era populosa. En ella
muchas fábricas vivían,
y vivía industria mucha.
Amigable la pareja,
en el corredor sentada,
departía en son alegre
sobre el retornante pueblo.
Dijo al fin la digna esposa:
«Ve, viene el predicador;
y el vecino boticario
viene con él: ellos todo
contarán nos cuanto han visto
cosas no alegres de oir.»
Aproximáronse afables
aquéllos á los consortes,
saludáronlos y en bancos
se sentaron de madera;
despolvoreando la planta
y abanándose la faz
con el pañuelo. Primero,
tras de los saludos mutuos,
dijo el boticario, casi
con disgusto: «Así los hombres
á fe son é iguales todos:
todos gustan de mirar,
embobados, cuando coge
al vecino una desgracia.
Cada cual á ver el fuego
del voraz incendio corre;
corre al pobre criminal,
cuando al triste se ajusticia.
Cada cual pasea ahora
de los buenos expatriados
á mirar el contratiempo;
y ninguno reflexiona
que fortuna semejante
puede herirle á él mismo en breve
ó más tarde por ventura.

Para mí, es imperdonable
desatino; y sin embargo
es humana propensión.»
Y repuso el noble cura
y juicioso; él de la villa
la flor, un adolescente,
próximo á la madurez.
Él la vida conocía,
conocía á sus oidores
y lo que necesitaban.
Penetrado del valor
alto de las Escrituras
santas, que la humana suerte
y el humano corazón
nos revelan; no ignoraba
las profanas obras grandes.
Éste dijo: «Yo no gusto
de impugnar cuantas dió al hombre
inocentes propensiones
la natura, madre buena;
pues lo que no siempre pueden
la razón y el intelecto,
puédelo á menudo alguna
tal inclinación dichosa
que nos guía irresistible.
Si con fuertes atractivos
la curiosidad al hombre
no llamase así, decidme:
¿llegaría á conocer
cuánto las humanas cosas
se armonizan y consuenan?
Pues lo nuevo al punto ansía:
incansable luego lo útil
busca; al fin, se va á lo bueno,
que le eleva y dignifica
Ligereza de la mente
es la alegre compañera
de la juventud: le oculta
los peligros y la sana,
y la huella toda borra
presto del dolor y el mal,
malamente disipados.
Cierto, es digno de loores
quien, por los maduros años,
ve trocarse en grave juicio
tan risueña condición;
quien activo y firme avanza
por lo próspero y adverso;
que lo bueno realiza
y repara el hecho mal.»
Impaciente la señora
le replica en tono afable:
«Referidnos lo que visteis:
lo deseo conocer.»
«Es difícil», le contesta
gravemente el boticario,
«que yo torne á mi alegría
luego, tras de lo que he visto.
¿Quién contarla toda puede,
esa múltiple miseria?
Ya de lejos, aún antes
de bajar por las praderas,
polvaredas divisamos.
Se extendía interminable
de colina ya en colina
la pasante muchedumbre:
poco allí se distinguía.
Pero, llegando al camino
que atraviesa por el valle,
era todavía mucha
la apretura y el tumulto
de viandantes y de carros.
Por desgracia, aún bastantes
contemplamos de esos pobres
desfilar, y muy de cerca
observar pudimos cuánto
es la flébil huida amarga;
y cuán ledo el sentimiento
de la apenas salva vida.
Triste era mirar los varios
muebles que opulenta casa
guarda y repartidos tiene
un buen dueño bien en ella,
á la mano todos: todos
necesarios son y sirven; —
verlo ahora colocado
sobre carros y carretas
multiformes, en desorden
y precipitadamente.
Yace encima del armario
el cedazo y la frazada;
dentro de la artesa, el lecho;
y sobre el espejo el lino.
Y ¡ay! de toda reflexión
— dígalo, si no, el incendio,
ha veinte años — priva al hombre
el peligro en tal manera,
que, lo peor cogiendo, olvida
lo mejor. Así también
aturdidos llevan éstos
fruslerías cuidadosos
y los bueyes sobrecargan
y caballos: tablas viejas,
viejas cubas, gallineros,
jaulas. Hembras van y niños
arrastrándose asimismo
jadeantes con atados
y con cestas y bateas,
de inservibles cosas llenos:
tanto hasta sus naderías
cuesta al hombre abandonar.
De este modo por la vía

polvorosa caminaba
en desorden y tumulto
rápida la multitud.
Con peores animales,
uno carretea y quiere
lento ir: otro se apresura;
y de estrechadas mujeres
y de niños el gritar
suena y el balar de greyes
y ladrar canino, y ayes
de los viejos, los enfermos
que en sus lechos van sentados,
balanceándose en la altura
del asaz cargado plaustro.
Mas, lanzado del carril
á la orilla de la vía,
yerra la crujiente rueda,
hasta que en el foso da.
El vehículo se vuelca;
y á lo lejos arrojados,
entre gritos de terror,
caen, aunque sin gran daño,
por el campo allá los hombres.
Luego túmbanse las cajas
y de la carreta al lado
se derriban. Ciertamente,
al mirarlos tal caer
los creyeras aplastados
entre armarios y baúles.
En el suelo yace roto
el vehículo, y los hombres
sin amparo alguno yacen;
porque los demás de prisa
y tan sólo en sí pensando,
arrastrados del torrente,
vienen y pasando van.
Y corrimos y encontramos
los enfermos y los viejos,
que en su casa, en cama, apenas
sus achaques conllevaran:
cuál se quejan y lamentan,
en la tierra magullados,
abrasados por el sol,
por el polvo sofocados,
que se remolina en ondas.»
Luego el hostelero humano
conmovido: «Plegue á Dios
que Hermann con ellos dé,
que los refrigere y vista.
No quisiera yo mirarlos:
la desgracia ver me duele.
Ya con la primer noticia
de tamaños sufrimientos
conmovidos, enviamos
de nuestra abundancia un poco,
presurosos, porque al menos
fuese consolado alguno;
y tranquilos ya quedamos. —
Pero ya esas tristes sombras
no evoquemos: se insinúa
el temor muy fácilmente
en el corazón humano;
los cuidados se insinúan,
que odio más que el mismo mal.
Vamos á los pies de casa:
á una muy fresca salita.
Nunca el sol penetra en ella;
ni atraviesa el aire tibio
sus murallas anchurosas.
Y nos trae una copita
de ése del ochentaitrés
la mamá, porque las penas
y aprensiones desechemos.
El beber aquí no es grato:
moscas por las copas zumban.»
Fueron al rincón, y todos
se alegraron del frescor.
Cuidadosa trajo aquélla
del líquido, regio vino
en limeta recortada,
sobre bandeja redonda,
nítida de zinc, con vidrios
verdosos romanos: copas
nobles de beber el rhin.
Acercaron sendas sillas
los tres á la baja tabla,
de barniz reverberante,
ovalada — reposaba
sobre poderosos pies.
Y sonaron luego alegres
los vidrios del hostelero
y del cura; pero el otro,
sin moverse, pensativo,
el suyo tenía. El huésped
á beber le invita afable:
«¡Á beber, señor vecino,
y tristezas desechar!
que hasta ahora de desgracia
nos ha preservado Dios
con piedad, y en adelante
nos continuará su amparo.
Porque, ¿quién no ve que desde
el incendio pavoroso,
con que tan desapiadado
castigónos, de alegría
no ha cesado de colmarnos,
protegiéndonos constante;
como guarda de sus ojos
la preciosa niña el hombre;
que la quiere sobre todo?
¿Nuestro escudo él no será
de hoy más y la ayuda nuestra?

Pues en el peligro es donde
más se ve su gran poder.
Esta villa floreciente,
que, por buenos ciudadanos,
él alzó de los escombros,
para bendecirla amante,
¿él la destruirá de nuevo
ahora y toda la labor?»
Y á su vez el digno cura
con serena voz y blanda:
«Fuerte asíos de la fe;
fuerte, de estos sentimientos,
que dan juicio y fortaleza
en la dicha; en la desdicha,
el consuelo más hermoso,
la esperanza más risueña,
que reanima el corazón.»
Y con varonil pensar
y prudente el huésped dijo:
«Cuántas veces con asombro
saludé del Rhin las ondas,
en mis viajes de negocio,
al mirarlo nuevamente.
Siempre lo veía grande;
siempre el alma y pensamiento
me elevaba. Pero nunca
pude yo pensar que pronto
su ribera encantadora
tornaríase en vallar
insalvable para el franco,
y en un foso intransitable
las anchuras de su lecho.
Tal ampara la natura,
tal, los bravos alemanes,
y tal nos ampara Dios.
¿Quién desmayaría necio?
Los guerreros fatigados
ya están: todo paz anuncia.
Ojalá también el día
que la tanto tiempo ansiada
fiesta se haga en nuestra iglesia;
cuando al gran *Tedeum* suene,
con el órgano y campana,
la trompeta penetrante; —
pueda firme entonces mi Hermann,
señor cura, presentárseos
con su novia ante el altar;
y esa fiesta bendecida,
celebrada en todo el orbe,
serme un día que también
como fiesta de mi casa
placentero yo contemple
de año en año retornar.
Pero siento ver al joven,
que dentro al hogar es siempre
tan activo en torno á mí,
ser con los extraños tímido
y tardo: su trato no ama.
Hasta de las niñas huye
y del baile alegre ansiado
siempre por la juventud.»
Calla: escucha: se oye el ruido
de caballos que de lejos
con veloz potente casco
viénense acercando; se oye
el rodante carro, que hora
rápido retumba y corre
volador hacia el portón.

TERPSÍCORE.

Hermann.

Entra luego al aposento
el gentil hijo: le mira
el predicador con ojo
escudriñador; contempla
su talante y porte entero
con el ojo que adivina
y que todo en ellos lee;
se sonríe y dice amigo:
«Vienes otro: tan alegre
y de tan vivaz mirada
yo jamás te vi: sereno
vienes y jovial. Se ve
que los dones repartiste
á los pobres, recibiendo
gratitud y bendición.»
Le responde serio el hijo
y tranquilo: «Si hice bien,
no lo sé; mas he seguido
de mi corazón la voz;
cual diré punto por punto.
Madre, tanto revolvíais
y tardabais trabucando
y escogiendo ropa vieja; —
demoró en atarse el lío.
Cuidadosa, lentamente
fué también acomodada
la cerveza con el vino.
Cuando, al fin, salí á la calle
fuera del portón, venía
regresando el vecindario
con mujeres é hijos: iban
ya los expatriados lejos.
Apuré la marcha y fuí
á la aldea, donde supe
hoy descansan y pernoctan.
Iba por la vía nueva
yo subiendo, cuando un carro
bien trabado y recio atrajo
mi mirada; lo tiraba
una yunta de dos bueyes

extranjeros más fornidos
y mayores. Á par de ellos
una niña va con paso
rápido y con larga vara;
los dos brutos poderosos
rige, apremia ó bien retarda:
avezada conductora,
al verme, tranquila viene
á mis potros y me dice:
'No siempre tan tristes fuimos,
como en estas sendas hoy
nos miráis. Yo todavía
no poseo la costumbre
de pedir á los extraños,
que, por alejar al pobre,
suelen con desgana dar.
Mas necesidad me fuerza
á hablar. Yace aquí en la paja
la mujer del hacendado
rico, puérpera, que en cinta,
con el carro y con los bueyes,
apenas logré salvar.
Lentamente vamos: casi
ha perdido ella la vida.
El recién nacido niño
en los brazos tiene ahora
desnudo; y los nuestros sólo
nos podrán poco ayudar;
si es que en la vecina aldea,
do hoy pensamos descansar,
los hallamos; aunque temo
que hayan ido más allá.
Si de aquí sois y tenéis
cualquier lienzo inútil, dadlo
á estos pobres bondadoso.'
Dijo: de la paja alzóse
débil, pálida la madre
á mirarme; y yo: 'En verdad,
á hombres buenos muchas veces
un espíritu del cielo
hace presentir los males
que al hermano pobre aguardan.
Pues así mi madre dióme,
presintiendo vuestras penas,
este lío, destinado
á vestir la desnudez.'
Fuí la cuerda desatando:
y la bata de mi padre
le di, di camisas é hi'o.
Gozosa me dió las gracias
y exclamó: 'El feliz no cree
que milagros todavía
hay; pues sólo en los reveses
la divina mano y dedo
se conoce, que va guiando
á los buenos hacia el bien.
Lo que él, por vos, hoy nos hace,
hágalo con vos él mismo.'
Y la puérpera atentar
vi contenta los diversos
lienzos, pero sobre todo
de la bata el blando forro.
'Pronto, vamos', la doncella
dícela, 'á la aldea, donde
ya los compatriotas nuestros
han hecho alto y do pernoctan;
allí luego yo la ropa
infantil y todo arreglo.'
Y se despidió de mí,
cordialmente agradecida;
arreó los bueyes: anda
la carreta. Pero yo
me detengo, vacilando
si ir con mis trotones prestos
á la aldea y repartir
en la multitud las viandas
ó si dar luego á la niña
todo, que bien lo reparta.
Pronto dentro al corazón
decidíme y en pos de ella
lentamente dirigí
los caballos: y sin mora
la alcancé y le dije al punto:
'Buena niña, no tan sólo
á traer me dió mi madre
lino para los desnudos;
viandas y bebidas dióme
varias además; y tengo
de todo esto en el cajón
de mi coche aquí bastante.
Quiero ahora darte á ti
estos dones igualmente:
cumplo así mejor mi encargo:
tú sabiendo distribuyes:
yo al acaso obedeciera.'
La doncella me responde:
'Con toda conciencia parto
vuestras dádivas: el pobre
de ellas gozará.' Lo dijo.
Presuroso abrí la caja
del carruaje: saco de ella
los jamones que pesaban,
y los panes y botellas
de vino y cerveza, y todo,
todo se lo doy; le diera
de buen grado más aún,
si encontrase más allí.
Todo afianza en la carreta,
de la puérpera á las plantas,
y su ruta sigue; torno
yo volando á la ciudad.»
Hermann dice, y el vecino

comunicativo exclama:
«¡Oh, feliz el que, en los días
de esta fuga y turbación,
en su casa vive solo;
el que no mira á su lado
estrecharse temerosos
la consorte con los hijos!
Hoy dichoso yo me siento.
No querría en modo alguno
padre ya llamarme ahora
y tenerme que inquietar
por mujer y prole. Pienso
muchas veces en la huida;
y lo más valioso tengo
pronto: las monedas viejas
y de mi finada madre
las cadenas finas — nada
de las cuales se ha vendido.
Cierto, aún quedará mucho
que no es fácil de llevar.
Sentiría hasta las hierbas
y raíces, recogidas
con notoria diligencia;
bien que no es subido el precio
de la mercancía tal.
Si en mi casa el mayordomo
queda, pártome tranquilo.
Si el contante y cuerpo salvo,
salvo todo está. La fuga
para el hombre solo es nada.»
«Vecino», responde grave
el mancebo, «de ninguna
suerte pienso yo cual vos:
el discurso vuestro impugno.
¡Qué! ¿es aquél un hombre digno
que en fortuna buena y mala
piensa sólo en sí, ni sabe
compartir pesar y goce,
ni lo anhela dentro al alma?
Hoy querría como nunca
yo casarme, pues que tanta
niña buena necesita
de la protección del hombre;
y de la mujer que alegre
necesita el hombre, cuando
le amenaza el infortunio.»
Sonrióse el padre: «¡Bravo!
Te he escuchado pocas veces
tan sesudamente hablar.»
Y la buena madre pronta:
«Hijo, á fe: razón tú tienes:
el ejemplo te hemos dado
á ti nosotros tus padres;
porque no nos elegimos
en sereno día: uniónos
la más triste de las horas.

Lunes era en la mañana —
lo recuerdo bien: el día
antes fué el medroso incendio
que esta villa devoró —
ha veinte años; en domingo
cual hoy; seco, ardiente el tiempo;
y escaseaba el agua aquí.
Con sus ropas domingueras
por aldeas y por fondas
y molinos paseaba
repartido todo el mundo.
Un extremo de la villa
á incendiarse comenzó.
Corre por las calles todas
volador el fuego en alas
de las ráfagas que engendra.
Y arden los graneros, llenos
ya de las opimas mieses.
Y arde todo, hasta la plaza;
y la casa de mi padre,
de ésta á par, y arde ésta misma.
Poco fué lo que salvamos.
Yo velé la triste noche,
ante la ciudad, guardando
los baúles y las camas,
y sentada en la pradera.
Mas por fin rendíme al sueño.
Al frescor que el alba envía,
desperté; vi el humo y ascuas,
muros, chimeneas huecos:
y mi pecho se oprimió.
Pero hermoso como nunca
nace el sol, y ensancha mi alma.
Me levanto presurosa,
del anhelo compelida
de ver el lugar do estaba
nuestra casa y si escaparon
mis gallinas predilectas:
era aun infantil mi mente.
Voy saltando, voy trepando
á las ruinas aún humeantes
de la casa y patio, viendo
hecho un haz de escombros todo;
cuando tú del otro lado
subes rebuscando el sitio:
un trotón tuyo en la cuadra
soterrado está: la cubren
broza y vigas aun ardientes:
nada de él se puede ver.
Tal estamos frente á frente,
pensativos y penosos:
la pared de nuestras casas
medianera se ha derruído.
Y mi mano asiendo, dices:
'¡Cómo! ¿aquí tú, Isabelita?
Ve: están ígneos los escombros;

no te quemen el calzado.
La tanto más recia bota
ya me abrasan.' Y me llevas
en los brazos por tu patio.
Allí el arco del portón,
cual aun hoy se alza, se alzaba;
respetó sólo esto el fuego.
Y al bajarme de los brazos
tú me besas: yo repugno.
Pero con palabra afable,
grave dices: 'Mira: está
derribada nuestra casa:
quédate porque me ayudes
á rehacerla, y yo la suya
á tu padre ayudo á hacer.'
Mas yo no te comprendí,
hasta que tu madre vino
á mi padre, de tu parte;
y pactado al punto fué
el alegre matrimonio.
Hoy me acuerdo placentera
todavía de las vigas
medio ardidas y contemplo,
cual entonces, levantarse
siempre tan radiante el sol;
que ese día esposo dióme:
diéronme de aquellas ruinas
tristes los primeros tiempos,
de la juventud al hijo.
Yo por esto alábote, Hermann,
que con íntima confianza
en ti mismo anhelas hora
tú también por una niña
en calamitosos tiempos,
y pedir su mano osaras
entre guerra y sobre escombros.»
Y vivaz al punto el padre:
«Es loable tal pensar,
y también es verdadera,
madrecita, esta tu historia:
á la letra así fué todo.
Pero mucho va de bueno
á mejor. Formar su vida
del principio y su fortuna
no es de todos, ni de todos
ha de ser labor tamaña,
cual la nuestra fué y la de otros.
¡Oh, cuánto es feliz aquel
á quien padre y madre dan
un hogar ya establecido,
qué él prospera entonces y orna!
Los comienzos siempre cuestan;
pero más que todos cuestan
del negocio los comienzos.
Muchas las necesidades
son del hombre y cada día
más va encareciendo todo:
gánese, pues, más dinero.
Y por esto, mi Hermann,
de ti espero que muy pronto
una novia con buen dote
traigas á mi casa: es digno
de una niña adinerada
el mancebo generoso.
Y es tan grato ver venir,
con la mujercita amada,
cosas de provecho, en cestas
y cajones. Que no en vano
preparando va la madre
años de años, con urdimbre
fina, recia, mucho lienzo
para la hija. No le obsequian
vajilla de plata en vano
los padrinos; ni las piezas
de oro escasas guarda el padre
para ella en la gaveta
separadas. Porque un día
con sus bienes, sus alhajas
regocije al joven que ella
de entre todos ha elegido.
Sí; yo sé cuán bien se siente
en su hogar la mujercita
que en cocina y aposento
útiles conoce propios
y que lecho y mesa cubre
con lo propio. Yo quisiera
solamente bien dotada
en mi casa ver la novia.
Pues la pobre al fin y al cabo
despreciada es por el hombre,
que como sirvienta mira
á la que con el atado
como una sirvienta vino.
Es injusto siempre el hombre;
y el amor pasando va.
Sí, mi Hermann, tú colmaras
de alegría mi vejez,
si una nuerecita pronto
á la casa me trajeses
de la vecindad: de aquella
casa verde. Es rico el hombre
al seguro, y su comercio
y sus fábricas aumentan
su caudal de día en día;
pues, ¿dó el mercader no gana?
Todo heredan sus tres hijas:
no hay más heredero que ellas.
La mayor, lo sé, ya está
prometida; la segunda
y tercera todavía
libres son, mas ya no mucho
tiempo acaso lo serán.

Yo en tu lugar no dudara
hasta hoy de ir por una de ellas;
como alcé la madrecita.»
Y modesto dice el joven
á estas voces apremiantes:
«Vuestro mismo pensamiento
era ciertamente el mío:
de las hijas yo querría
del vecino una elegir.
Hemos á la par crecido.
Junto al pozo de la plaza
en pasada edad jugábamos.
Muchas veces defendílas
de los díscolos muchachos.
Mas esto ha ya mucho tiempo.
Quédanse, por fin, en casa
— y es bien — las crecientes niñas,
lejos de los juegos locos.
En verdad, son educadas.
Cual vos lo deseabais, iba
yo aún, de tarde en tarde,
como conocidas mías
de otro tiempo, á visitarlas.
Mas gozar no pude nunca
con su trato; porque siempre
criticábanme — debía
yo sufrirlo — : mi jubón
asaz largo estaba: el paño
asaz burdo, y el color,
ordinario en demasía:
no bien alisado el pelo
ni rizado. — Resolví
finalmente aderezarme
como aquellos petimetres
mercachifles, que se ven
los domingos siempre ahí,
y á los cuales, en verano,
cuelga alrededor del cuerpo
su trapito media seda.
Pero, todavía á tiempo
advertí que de ellas era
yo el hazmerreir: sentíme:
sublevóseme el orgullo.
Mas lo que profundamente
ante todo me afligía
era ver desconocido
de ellas mi sincero afecto,
sobre todo á Guillermina,
la menor. Aderezado
esta pascua á ellas fuí
con ese jubón que ahora
ya de arriba, en el ropero,
do colgado está, no sale.
Iba cual los otros mozos
yo rizado. Cuando entré,
se rieron maliciosas:
no me di por aludido.
Guillermina estaba al piano;
el padre presente está
escuchando á sus hijitas
discantar y se extasía
y retózale el humor.
Mucho de lo que cantaban,
no entendí; mas á Pamina
y Tamino se nombraba
mucho, y no quería yo
mudo estar ahí tampoco.
Acabando de cantar,
les pregunto por la letra
y por esas dos personas.
Callan todos y sonríen
á esto. Pero dice el padre:
'¿No es verdad, amigo mío,
no más que de Adán y de Eva
sabe la vuestra merced?'
Ya no se contiene nadie;
ríense á placer las niñas;
á placer los mozos ríen:
el viejo se aprieta el vientre.
Tal me corro que el sombrero
de la mano se me cae.
Por más que se canta y toca,
las risadas no dan fin.
Y confuso corro á casa;
el jubón dentro al ropero
cuelgo; el pelo me deshago
de una manotada y juro
no pisar más ese umbral.
Y parece que hice bien:
vanas son y sin amor;
se me dice que me llaman
hasta el día de hoy Pamino.»
Y la madre le replica:
«Tú no deberías, Hermann,
tanto tiempo estar airado
contra niñas aun infantas:
todas sonlo. Es Guillermina
buena y siempre te ha querido:
aun en estos mismos días
preguntádome ha por ti —
á ella habías de elegirla.»
Pensativo el hijo dice:
«Yo no sé por qué en el alma
tan grabado aquel desaire
tengo: no quisiera verla
nunca más á par del piano
ni sus cantos escuchar.»
Y saltó furioso el padre:
«Poco gozo me deparas.
Siempre yo lo he dicho, cuando
gusto sólo por trotones
te veía y por el campo:

Haces tú lo que del rico
hace el criado; en tanto, el padre
sin el hijo está que le honre
á la faz también del pueblo.
Veo que con ilusiones
desde tu temprana edad
engañábame tu madre;
al notar que tú en la escuela
rezagado te quedabas
en el leer y el escribir,
siendo siempre tú de todos
el postrero. Por supuesto
que eso viene de no haber
en el pecho del mancebo
sentimiento del honor
ni deseo de subir.
Si mi padre de mí cuida
como yo cuidé de ti:
si me manda él á la escuela
y maestros él me busca;
á fe, yo soy algo más
que hostelero del León de Oro.»
Pero el hijo se paró
y acercóse silencioso
y con lento pie á la puerta.
Mas el padre enfurecido
al que parte da estas voces:
«¡Marcha, marcha! yo conozco
al porfiado, testarudo.
Vé, y en el negocio pórtate
tal que no te reconvenga.
¡Pero no te sueñes nunca
como nuera traerme aquí
una niña labradora,
la patana! Yo he vivido
mucho y sé tratar la gente;
sé servir á caballeros
y señores, que de mí
todos van contentos. Sé
lisonjear al forastero.
Mas así también yo pido
una nuerecita, al fin,
que me sepa complacer
y me endulce así el afán;
y también me toque el piano
porque aquí se me reúna
en alegre pasatiempo
la flor toda de la villa;
como se ve los domingos
en la casa del vecino.»
Suave el picaporte suena:
de la pieza aquél se va.

SCHILLER.

(1759—1805.)

SU grandeza poética está en sus baladas: en ellas se ostentan todo el ingenio dramático-retórico, todo el sentimiento é ideal perfume, toda la suave melodía, la severidad y nobleza moral propias de Schiller. Nada hay en ellas que ofenda, nada que no llene las exigencias más rigurosas del arte.

EL CABALLERO DE TOGGENBURG.

«Caballero, amor de hermana
fiel os da mi corazón;
no pidáis otros amores;
y no me inflijáis dolor.

Puédoos ver venir serena,
y serena ver partir;
vuestras lágrimas calladas
comprender no es dado á mí.»

Entre angustia muda lo oye;
se desprende en pena cruel;
fuerte estréchala en el pecho,
se alza sobre su corcel.

Á los suyos todos llama
en la helvética región;
y cruzados todos marchan
al sepulcro del Señor.

Grande lucha de los héroes
el acero crudo allí:
su penacho al viento ondea
por la muchedumbre hostil.

Y, de Toggenburg al nombre,
se estremece el musulmán;
mas su corazón no logra
de sus penas aliviar.

Ya lo ha tolerado un año,
y no lo tolera más;
alcanzar quietud no puede:
deja la labor marcial.

En la rada ve de Jope
velas un bajel izar;
torna en él al caro suelo
donde ella alentando está.

Peregrino, del castillo
á la puerta fué á tocar:

¡Ay! con voces cual de trueno,
ábrese: «La que buscáis

Encubrióse ya en el velo;
con el cielo se enlazó;
ayer celebróse el día
que la desposó con Dios.»

Y abandona para siempre
su castillo: su solar;
no ve más ya su armadura,
ni su fiel bridón ve más.

Desde el burgo de los Toggen
baja ignoto; que un sayal,
hecho en crin entretejida,
cúbrele la noble faz.

Y fabrícase una choza
inmediata á la región
do el convento se destaca:
densos tilos en redor.

Solitario allí sentado,
desde el alba al tardecer,
él se estaba, el rostro lleno
de esperanza, entre mudez.

Al convento allá miraba
largas horas sin cesar:
de su amada á la ventana,
hasta su cristal sonar;

Hasta parecer la amable,
hasta descender al val
su adorable, dulce sombra,
placentera, angelical.

Luego ledo se dormía,
se dormía en el solaz,
en la tácita alegría
de ver ya la luz tornar.

Tal mirara largos días,
largos años tal miró,
sin dolor y sin lamento,
hasta que el cristal sonó;

Hasta parecer la amable,
hasta descender al val
su adorable, dulce sombra,
placentera, angelical.

Así, muerto, una mañana
todavía se le ve:
con el rostro á la ventana,
lívido, la paz en él.

RODOLFO DE HABSBURGO.

De Aquisgrán en la histórica sala,
del rey Rodolfo el sagrado poder,
la corona al ceñir entre gala,
se sentaba al festín de pomposo placer.

Ministrábale allí el Palatino;
daba el Bohemio su fúlgido vino;
y en contorno los siete electores,
cual los astros del sol en redor,
á ejercer sus sublimes honores,
atendían del mundo al señor.

Y en redondo en alegre presura
la gente henchía el erguido balcón,
y su grita de júbilo pura
al de las trompas mezclaba su son:
que finó larga y funesta contienda,
la sin césar, esa época horrenda;
la tierra de nuevo tenía su juez.

Ya la lanza ferrada no impera;
al pequeño, al pacífico fiera
no azora del grande la fuerza otra vez.
Y coge el césar su taza la de oro,
y tal dice con ledo mirar:
«¡Cuál lucen la fiesta y festín su decoro,
mi real corazón á hechizar! —

Mas me falta el dador del contento:
el cantor que me mueva, que me enseñe en
acento
de blandura y en alto divino cantar.
De joven esto uso: no es bien que se quite
al césar lo que ama el quirite.»

Y de entre el cerco de grandes la planta
avanza el vate con largo talar:
sus cabellos argénteo fulgor abrillanta
de la nieve que esparce del tiempo el andar.

«De las cuerdas el oro atesora armonía:
cantores celebran amor y alegría:
lo más alto celebran: la dicha sin par. —
Pero di, ¿qué se puede del césar cantar
en su fiesta más bella, de la gloria en el día?»

— «No mandaré yo al cantor», dice riente
el monarca; «que él sirve al supremo señor
y obedece á la flama impelente.

Cual la ráfaga va con furor
por los aires quién sabe de dónde:
cual brota la fuente que en lo hondo se esconde;
tal del pecho dimana el acento del vate
y despierta con místico embate
los afectos profundos que el alma arrulló.»

Y con fuerza las cuerdas el vate sacude:
«Á la sierra cabalga gentil cazador
tras fugaces gamuzas: con armas acude
en su pos el lacayo. En un val su señor
al corcel arrogante la brida detiene:

lejana sonó campanilla que viene:
sacerdote es: el cuerpo de Cristo sostiene;
el sacristán le precede veloz.

Y humilde descúbrese el conde la frente;
inclínala á tierra y venera creyente
lo que al linaje mortal redimió.
Mas, crecido de lluvia abundante,
por el campo se vierte sonante
un arroyo con onda feroz.
Los viajeros se paran: aquél al momento,
depuesto cerca de allí el sacramento,
se descalza, el arroyo á pasar.

«¿Qué haces? di», le habla el conde asombrado.
— «Señor, á un enfermo de muerte llamado
voy, que anhela el angélico pan.
Y al llegar del arroyo á la puente,
la arrastra consigo violento el torrente.
La salud del enfermo, su afán vehemente,
me apuran las ondas descalzo á vadear.»

Y el conde en su noble corcel le coloca
y las bridas fulgentes le da:
«Que no falte á quien pío le invoca
ni al sagrado deber, por quien va.»

Monta él mismo el caballo del criado
y continúa el cazar anhelado:
aquél su camino siguió.
Y al alba, modesto y con grata emoción,
de la brida devuelve el prestado bridón.

«¡No quiera Dios», clamó, humilde en su [mente,
el conde, «que yo nuevamente
rija en lides ó en caza el corcel;
que el Creador mío llevado fué en él.
Si tú no lo quieres usar, lo destino
desde ahora al servicio divino:
lo doy á quien debo, de préstamo á modo,
cuerpo y alma, y la sangre, el aliento y el ser.»

— «Dios también, Dios el omnipotente,
que el ruego del débil escucha clemente,
os colme aquí, colme allá de esplendor,
tal como hoy vos le disteis honor.
En la helvética tierra sois conde potente,
alabado doquiera de obrar generoso.
Seis hijas os crecen: seis flores de amor.
Seis coronas las ciñan», exclama ardoroso:
«de su hogar por los siglos perdure el fulgor.»

Y sentado está el césar; está pensativo,
como el que piensa en el tiempo que fué.
Mira luego al cantor: mira vivo,
y lo que cuenta, le agita: lo ve:
del sacerdote conoce el semblante,
y del llanto la perla rodante
en los pliegues purpúreos oculta del manto.
Todos miran al césar, en tanto,
y descubren al conde del canto
y veneran de Dios el obrar.

DIGNIDAD DE LA MUJER.

Á la mujer honrarás; que, en lazada,
rosas del cielo á la tierra traslada:
teje lazada dichosa de amor.
Nutre, graciosa con púdico velo,
sacra la mano, con férvido anhelo,
llamas eternas de casto fulgor.

La verdad, en su ardimiento,
siempre quebranta el varón:
vago va su pensamiento
por el mar de la pasión.
Gira loco en larga andanza;
nunca calma el corazón;
por el cielo en lontananza
vuela eterna su ilusión.

La mujer con mirada hechicera
prende al errante: su falsa carrera
nota y le torna á la vida real.
En el hogar de la madre sencillo
hija modesta se queda sin brillo;
ama piadosa el vivir natural.

Del hombre el pecho es violento
su ímpetu, anonadador:
por la vida turbulento
atraviesa con ardor.
Lo que fabricó deshace;
nunca amaina su anhelar;
como cortada renace
testa de hidra sin cesar.

Mas la mujer á la gloria no aspira:
coge la flor del momento: la admira,
cría y la guarda en amante tesón.
Libre es sin par, bien que estrecha, en su esfera;
vence en saber del vivir la manera;
rica es sin fin en rosada visión.

Frío, altivo, ensimismado,
no puede el varón sentir
del amor divinizado,
pecho sobre pecho, el fruir:
no en lágrimas le estremece
de las almas la fusión:
hasta la vida, si empece,
más le acera el corazón.

Mas, cual las cuerdas eólicas leve
la aura del céfiro blanda conmueve;
tal es el alma y amor de mujer.
Mira la imagen del llanto, y se acuita:

tierno su seno amoroso se agita,
célico, fúlgido lloro al verter.

Fuerza todo precipita
en el reino del varón:
con el hierro arguye el scita;
del persa es la sumisión.
Las pasiones se exasperan,
rompen en sangriento afán:
gritos de discordia imperan
de do las gracias se van.

Pero con súplica suave, potente,
va la mujer de los pueblos al frente;
calma los odios de horrenda tensión:
une las fuerzas y torna en amigas
las que nacieron por siempre enemigas
y hace se fundan en cándida unión.

CANCIÓN DE LA CAMPANA.

Bien murada dentro al suelo
la chapa de arcilla está.
La campana haréis con celo.
¡Pronto, niños! hoy se hará.
De la sien sudor
correrá en ardor;
si el maestro prez espera.
Mas Dios sólo le prospera.

Á la obra seria que emprendemos,
palabra seria bien dirá.
Si ella sazona cuanto hacemos,
toda labor se aliviará.
Pensemos, pues, con grave mente
lo que la flaca mano da.
Es despreciable y mísero ente
quien nunca advierte en lo que está;
Que ésta es del hombre la nobleza,
éste es el fin de su razón:
que cuanto forja su grandeza,
lo sienta dentro al corazón.

Seco pino al horno venga,
y reseco; que, si es tal,
sin que el fondo la contenga,
viva llama irá al canal.
Fluye el cobre ya.
¡El estaño, acá!
que la fluida tenaz masa
corra según recta tasa.

Lo que del foso en lo profundo
van mano y fuego á fabricar,
dirá en sublime torre al mundo
si lo supimos bien plasmar.

Aun durará en tiempo remoto,
y mil oídos moverá:
y rezará con el devoto;
con el lloroso gemirá.
Lo que en el bajo y triste suelo
el vario sino al hombre da,
hiere el metal que, en ancho vuelo,
vibrándolo piadoso va.

Albas pompas surgir miro.
¡Bien! la masa fluida va.
Mezcladle potasa en giro;
que el fundir se abreviará.
Despumad también
la mezcla muy bien;
que el metal terso y sonoro
vibre claro y con decoro.

Que en gran concento de alegría
saluda al niño del amor,
en su mortal primera vía,
que emprende en brazos del sopor.
Aun duermen todos sus destinos:
sus negros y sus ledos sinos:
el desvelado amor materno
su áurea mañana vela tierno. —
Flecha, el tiempo fugaz se va.
Arráncase á la niña el niño,
la vida, el mundo á penetrar.
Altivo vaga y sin cariño:
torna, un extraño al propio hogar. —
Y espléndida flor, maravilla,
visión del cielo y de su paz,
con rósea púdica mejilla
la virgen se alza ante su faz.
La ve: á su corazón sacude
anhelo inmenso, y solo va:
á su pupila llanto acude;
de mano al ruido y goce da.
Sus huellas sigue pudoroso;
le hace feliz su saludar.
La flor más bella busca ansioso
para su amor con ella ornar. —
¡Oh tierno ansiar! ¡dulce esperanza!
¡tiempo áureo del primer amor!
se le abre el cielo en bienandanza;
en dicha nada y en dulzor.

¡Oh si durara sempiterna
de amor naciente la flor tierna!
¡Cómo el caño se ennegrece!
Punta en la masa hundiré:
si tinta en vidrio parece,
comienzo al fundir se dé.
Ved, muchachos, ya
cuál la mezcla está;
si lo duro en feliz hora
á lo blando se incorpora.

Que do se une lo fuerte y suave;
do se mezcla lo tierno y grave,
armónico resulta el son.
Pues mire quien por siempre se une
si amor las almas dos reúne:
para el ensueño en decepción.

La novia en bellas crenchas bello
diadema luce virginal;
y la campana en el destello
convida del festín nupcial. —
¡Ay! en esta flor del suelo
se aja del vivir la flor:
como el cinto, como el velo
rásgase su resplandor.
Se va la pasión:
se queda el amor.
Acaba el florar:
el fruto vendrá.
El hombre á la vida
sale á luchar;
ha de afanar,
meditar y plantar,
trabajar, aspirar;
tentar con ardid;
ser osado en la lid:
asir la ocasión;
amar la ambición;
seguir la fortuna,
la esquiva, importuna. —
Y viene y afluye riqueza sin fin:
se llena de fruto precioso el granero:
se ensanchan sus lindes, del hogar el con-
[fín. —
Y dentro se afana
la púdica esposa,
la madre amorosa:
gobierna discreta;
su hogar la respeta;
al niño domeña;
á las niñas enseña;
ociosa su mano
jamás se verá.
Y trazas inventa,
y el caudal acrecienta:
y rica se llena
su fragante alacena;
y zumba la rueca;
y el hilo devana;
la nítida lana,
el cándido lino
guarda en armario pulido, muy fino;
y añade á lo bueno, el lucir, fulgurar,
sin nunca parar.

Y con mirada atenta,
desde su mirador alto,
su fortuna opulenta
el padre cuenta.
Mira sublimes pilares alzarse,
y los anchos graneros llenarse,
y rendirse el desván á gravísimo peso.
Ondear ve la mies dilatada;
y gloríase en loco embeleso:
«Cual la tierra y su mole está firme,
de mi hogar se levanta el fulgor.» —
Mas con la fortuna fiera
no hay alianza duradera; —
la desgracia camina veloz.

¡Bien! fundamos: bella pasa
ya la escoria del metal.
Mas no corra antes la masa
que oréis no nos hiera el mal. —
La tapa rasgad. —
¡Dios, mi hogar guardad! —
Al canal onda ígnea avanza:
negra humeante en él se lanza.

Poder el fuego es bienhechor,
si el hombre lo ata velador;
y á aquesta fuerza celestial
él debe todo su caudal.
Mas este célico fervor
es, si se suelta, aterrador.
Elemento libre, va
recto, y nada lo tendrá.
¡Ay! si rueda
por vereda
indefensa
llama inmensa;
que horrorosa,
desatada,
desalada irá;
que detesta el elemento
todo humano monumento.
De la nube bienhechora
lluvia brota sonadora; —
de la nube espantadora
brota el rayo.
¿Escucháis cuál tañe
de alta torre y plañe
la campana?
¡Qué tormenta
se presenta!
Cruor y grana
es el cielo:
no colora
tal la aurora.
¡Qué gritar y afán
por las calles van!
Humo sube,
como nube;
y sonante

chispeante
surge columna de fuego;
vuela luego
por la larga vía,
á porfía
con el viento.
Hierve, cual un horno ingente,
ráfaga candente;
vigas truenan;
postes caen;
vidrios suenan;
niños claman;
madres vagan;
brutos mugen, rugen,
bajo ruinas
que recrujen.
Todos corren, salvan, huyen.
Con el fuego que irradía,
noche en día
se trocó.
Con el cubo se porfía
que de mano en mano pasa,
vuela, por la inmensa hilera.
Bombas lanzan gruesa masa
de agua undante en arco erguido.
Volador,
con rugido,
tras la llama bramador,
viene el viento:
llévala con estridor
á la arista seca y grano
del granero,
y árido madero
del desván. —
Y cual si en su insano afán,
su crecer, huir insano,
arrancar quisiera
la terrina mole entera,
se alza al éter, donde ondea
gigantea. —
Se retira
ante fuerza divinal
el mortal;
impotente
él se siente,
y la mira
y la admira:
ve sus obras perecer. —

Yace ruina
su mansión;
do domina
ronco el son
de la tempestad sonora.
Y en los negros claros mora
la pavura;
y las nubes,
desde su celeste altura
á ella asoman,
y á su soledad.

Á la tumba
de su prez,
de su bienestar,
vuélvese á mirar
el hombre postrera vez.
Coge con alegre faz
el bordón del peregrino;
que un gratísimo solaz,
entre tanta destrucción
le dejó el destino:
á los suyos ha contado,
y ninguno le ha faltado
de los que ama el corazón.

El metal se hundió en el suelo: —
muy bien lleno el molde está.
Mas ¿saldrá para consuelo?
¿labor y arte pagará?
¿Si el misto falló,
la chapa estalló?
¡Ay! quizá en nuestra esperanza,
nos hirió ya malandanza.

Á la sagrada tierra obscura
nosotros fiamos nuestra hechura:
su grano fía el sembrador;
y espera que feliz germine,
según el cielo determine.
Al térreo seno con dolor
damos simiente aun más preciosa,
creyendo verla de la fosa
renacer con más esplendor.

Desde el templo,
grave y congojosa,
temerosa,
funeraria gime
la campana,
con pausado son:
dolorido adiós
á un viajero da.
¡Ay! es la querida esposa,
¡Ay! es la madre amorosa,
á quien arrebata impío
de la muerte el rey sombrío,
á los brazos del esposo,
al grupo infantil gracioso,
de su seno blanda flor;
que con maternal placer
contemplaba, reclinada
en su pecho fiel, crecer.
¡Ay me! roto el lazo tierno
del hogar por siempre está;

que ya mora en reino inferno
quien fué madre del hogar.
Falta su amoroso celo;
una extraña en pos vendrá:
por los huérfanos desvelo
y amor ella no tendrá.

Mientras la campana cuaje,
parad el rudo quehacer.
Como el ave en el ramaje,
cada cual trisque á placer.
Al fulgor astral,
ocia el oficial,
de la tarde á la campana.
el maestro siempre afana.

Va jovial el peregrino
de camino
por lejana brava selva,
al querido hogar. —
Y la grey balante
ya regresa
desde su dehesa. —
La vacada rozagante,
de ancha frente,
al establo acostumbrado
éntrase mugiente. —
De gavillas abrumado
llega, vacilante
so la mies, el plaustro.
Órnalo corona
de variadas flores
y colores.
Y la floreciente
segadora gente
á la danza
se abalanza. —
Plazas, vías
enmudecen.
Á las alegrías
y esplendores
de la luz acuden
del hogar los moradores.
Ciérrase de la ciudad
la crujiente puerta.
De tinieblas encubierta
vese ya la tierra.
Mas no aterra
sombra nocturnal al bueno;
la que al malo horrífica desvela:
de la ley el ojo vela.

¡Orden santo, bendecido,
genio al mundo descendido:
que la fuerza, si es amiga,
libre, fácil, ledo liga!
¡fundador de las ciudades,
que arrancó á sus soledades
al salvaje huraño, fiero;
que en la choza á placentero,
suave modo, al hombre hiciera,
y el gran lazo le tejiera:
de la patria el caro amor!

En alegre alianza juegan
manos diligentes mil;
todo su poder despliegan
en esfuerzo varonil.
Cubre libertad sagrada
al maestro, al oficial:
á su sombra todo agrada;
todo enfrena al criminal.
El trabajo galardona;
es del ciudadano honor.
Al rey orna la corona:
á nosotros la labor.

¡Suave paz,
dulce unión!
¡oh, morad
gratas en esta ciudad!
No amanezca nunca el día
en que impía
horda belicosa
cruce estrepitosa
con paso feral
este sosegado val;
nunca el día donde el cielo
esmaltado
del crepúsculo rosado,
resplandezca iluminado
del incendio destructor,
de la aldea, la ciudad,
reflejado aterrador.

Quebrantad ya la envoltura:
más no la hemos menester;
que pueda la bella hechura
mente y ojos complacer.
El martillo alzad:
el manto quebrad.
Porque se alce la campana,
rómpase la forma vana.

Puede el maestro la envoltura
discreto, en tiempo, destrozar.
Mas ¡ay! si el misto se procura,
entre el hervor, por do pasar.
Ciego, furioso, retronante
revienta su rasgado hogar,
y abierto tártaro fumante
llamas y muerte va á arrojar.
Donde feroz la fuerza impera,
ningún trabajo ya prospera.
Si se liberta el pueblo á sí,
no hay bienestar, hay frenesí.

¡Guay! si la turba en villas plenas
el combustible acumuló;
y el pueblo, rotas sus cadenas,
en armas hórrido se alzó!

Do la campana, consagrada
á paz tañer, altera el son;
violencia ruge; que, excitada,
agítala la sedición.

«¡Libertad, igualdad!» se grita:
se arma la gente, aun la de paz,
y calles, plazas, llena, agita;
doquiera mata horda rapaz.

Mujeres se hacen hienas fieras;
es el horror su diversión:
con dientes rasgan de panteras
al enemigo el corazón.

No hay nada ya sagrado: rotos
los lazos todos del pudor,
del malo imperan ya los votos,
y todo vicio es un honor.

Del tigre el diente causa horrores;
locura es despertar al león; —
mas el terror de los terrores
el hombre es en su atroz pasión.

¡Ay del que diera al ciego eterno
la antorcha, de los cielos don!
no es luz para él: es fuego inferno,
de villas, gentes perdición.

Ved: la chapa se desprende:
alegría Dios me da;
que terso el metal esplende;
y astro de oro, lucirá:
ríe en derredor,
cual sol, su fulgor.
Del escudo los primores
nos darán también loores.

¡Adentro! ¡adentro!
¡muchachos todos, en hilera
la campana á bautizar!
Concordia vámosla á llamar;
porque á concordia verdadera,
sentida, duradera,
á la parroquia entera
unida, pueda convocar.

De hoy más, tal su destino sea —
quien la hizo, se lo da y desea —
excelsa sobre humano evento,
vecina al trueno y fulgurar,
en el azul del firmamento,
por las estrellas va á colgar.

Su voz, voz sea de otra zona,
cual lo es el polo lucidor,
que guía el año y lo corona
y mudo alaba al Hacedor.

Su lengua de metal resuene
lo grande sólo y eternal;
y las fugaces horas suene,
del tiempo en el veloz raudal.

Á la fortuna voces preste;
y sin sentir ni el mal ni el bien,
con su tañido manifieste
del sino humano el gran vaivén.

Y cual perece en el oído
su clara, intensa vibración,
enseñe que todo es sonido,
que el mundo todo es ilusión.

Con el cable fuertes hora
lentos la campana alzad,
del foso al aura sonora,
su armonía y claridad.
¡Tirad! ¡alzad! va,
péndula ya está.
Á esta villa hermoso agüero,
nuncie paz su son primero.

LA FIANZA.

Al tirano Dionisio, Damón,
dentro al manto el puñal, se avecina:
los esbirros le prenden aína.
«¿Qué quería esa daga? dí»; en son
el rey dice de fiera intención.
— «La ciudad libertar de tiranos.»
— «¡Á la cruz con tus planes insanos!»

— «Estoy pronto», responde, «á morir;
ni te pido perdones mi vida.
Si un favor me permites te pida:
aun tres días quisiera vivir,
al esposo mi hermana á unir.
Al amigo os le dejo por fianza;
si me evado, matadle en venganza.»

Se sonríe el tirano sagaz
y responde, pensando un momento:
«Sea; sábete, empero, si lento,
no tornares en ellos, falaz,
tú la muerte de cruz le darás;
que por ti sufrirála el amigo;
pero á ti te perdono el castigo.»

Va al amigo: «Condéname el rey
á pagar en la cruz mi atentado;
mas tres días pedíle y ha dado,
porque en ellos mi hermana en la ley
del connubio coloque; tú al rey,
mientras vuelo y termino mi senda,
abandónate en rehenes y prenda.»

Silencioso los brazos y fiel
al amigo da Fintias amante,
y al tirano se entrega al instante;
y al instante, partiendo en tropel
á la hermana, despósala aquél.
Y aún no luce la aurora tercera,
y cuitado retorna á carrera.

Y descárgase lluvia sin fin:
de los montes descienden torrentes;
en arroyos se truecan las fuentes;
se aproxima del puente al confín:
y arrebátalo un vórtice afín,
y los arcos revientan tronantes
al furor de las aguas bramantes.

Desolado recorre doquier
la ribera, y por más que la mira,
grita y pide favor y remira,
ningún barco se ve parecer
do las ondas furiosas hender,
ningún nauta cortarlas pudiera;
mar se tornan; se fué la ribera.

Y se postra á llorar y clamar
hacia Jove, las manos alzadas:
«Oh detén tú las ondas airadas;
van volando las horas: mediar
veo el sol á los cielos; si entrar,
y á la villa con él yo no llego,
al tormento, á la muerte le entrego.»

Pero crece del agua el furor,
ruge, y onda tras onda abalanza;
y hora pronto tras hora se lanza.
Y la angustia le empuja, y vigor
le da: arrójase en medio al rigor
de las aguas, hendiéndolas fuerte,
y conduélese un dios de su suerte.

Por fin gana la playa y veloz
corre, dando las gracias al cielo.
Luego viene, con hórrido anhelo,
levantando sus mazas atroz,
de bandidos pandilla feroz
por la selva y su luz indecisa,
y del otro detiene la prisa.

«¿Qué queréis?» grita helado, «decid.
Nada tengo, no más que mi vida;
la que al rey está toda vendida.»
Á uno quita la maza en la lid:
«¡Por mi amigo, piedad! ¡desistid!»
Tres derriba su brazo tremendo,
aterrados los otros huyendo.

Y el sol vierte candente fulgor;
y su planta vacila rendida
del trabajo infinito: «¡Oh! ¿mi vida
escápaste, gran dios, al terror
del bandido, del río al horror,
porque aquí yo de sed desfallezca
y mi amigo amoroso perezca?»

Pero, ¡escucha! cual puro cristal
un murmurio cercano se siente;
él se para y escucha: una fuente,
he aquí que, en locuaz manantial,
salta viva, veloz, perennal
de la roca. Se inclina gozoso
y recrea su cuerpo ardoroso.

Por las ramas el sol al mirar,
ya proyecta en el césped radiante
de los árboles sombra gigante
Por la vía dos hombres andar
mira; alígero quiere pasar,
cuando escucha que dicen: «Es hora:
en la cruz ya le ponen ahora.»

Y alas calza la angustia á su pie:
corre loco; y esplende á sus ojos
Siracusa, y sus torres con rojos
arreboles lejanos: y ve
á su encuentro venir al que fué
siempre su ayo leal. Él le mira
y se espanta de verle, y admira:

«Alto ahí; que al amigo salvar
no te es dado: tú sálvate ahora:
ya le matan. Él hora tras hora
aguardaba tu vuelta. Quitar
no le pudo del rey el burlar
la confianza del pecho valiente
en la fe del amigo excelente.»

— «Y si es tarde, y no puedo ya más
consolarle y evitarle la muerte,
voy á él: sea mía su suerte.
El tirano sangriento jamás
se gloríe de haber yo falaz
al amigo mentido. Dos ate,
crea en fe y en amor, y dos mate.»

El sol pónese y junto ya está
á la puerta y la cruz mira alzada,
de gentío curioso cercada,
y al amigo ya tiran allá.
Por el pueblo rompiendo aquél va:
«Ah, verdugos, á mí maltratadme;
él me fiaba», les grita: «matadme.»

Todo atónito el pueblo quedó,
y se abrazan los dos de alborozo,
y de pena llorando y de gozo.
Á mil ojos el llanto asomó;
y la nueva, el prodigio voló

al tirano: el sentir le precisa:
y á su trono los llama de prisa.

Y gran rato los mira: estupor
le domina: «Vosotros lograsteis
conmoverme; mi pecho ganasteis.
No es mentira la fe ni el amor.
Yo también — otorgadme el favor —
de esta alianza que os une, ser quiero
para siempre el amigo tercero.»

HÖLDERLIN.

(1770—1843.)

FEDERICO HÖLDERLIN, aunque no gran lírico, cual le suelen considerar los críticos alemanes, sabe hallar, sin embargo, á veces, notas de verdadera inspiración.

Á MI ABUELA.

(En su 72º cumpleaños.)

Mucho viste, viviste, mi madre querida, y reposas
hora feliz; y doquier | todos te rinden amor.
¡Salve, diadema que el tiempo te ciñe honoranda, argentina;
salve! tu prole en redor | alza su fruto y su flor.
Te ha dilatado los días la mansa blandura del alma
y la risueña, la fe: | norte á tu lene vivir;
Que eres contenta, piadosa, cual fuélo la madre del hombre,
de los mortales la prez, | de los mortales amor.
¡Ay! ¡que no saben cuál fué por la tierra aquel hombre divino:
casi olvidado ya está | cuál en el mundo vivió!
Mas unos pocos conócenle, y alta y celeste á menudo
venle, serena la faz | entre tormentas alzar.
Todo paz y tranquilo con pobres humanos anduvo
este varón sin igual | uno en su mente con Dios.
Él á ninguno de cuantos alientan, de su alma excluía;
él de la tierra el dolor | todo en su pecho llevó.
Y se abrazó por los otros con penas, trabajos y muerte,
y de presuras triunfal | claro á su Padre tornó.
Tú también al sublime conoces, oh madre muy cara;
dulce, paciente y con fe | vas de sus huellas en pos.
¡Helo! á mí mismo estas voces sencillas me truecan, renuevan,
y cual infante, verter | lágrimas hora me ves.
Y con la mente retorno á los días de infancia lejanos;
y la comarca natal | da al solitario solaz:
El hogar do creciera á tu sombra bendita yo niño;
donde nutrida de amor, | pudo volar mi niñez.
¡Oh! qué de veces pensaba yo entonces tu gozo ser siempre,
cuando me viese engolfar | dentro del mundo y su afán.
Heme afanado, soñado y herídome el pecho: sanáislo,
vos, mis amados. Y yo, | madre, á vivir como tú
He de aprender: la vejez apacible, piadosa. Bendice
á este tu nieto otra vez: | cumpla su voto infantil.

BRENTANO.

(1778—1842.)

CLEMENTE BRENTANO, prosista delicado en su *Crónica de un escolástico ambulante*, es doquiera genial y rico poeta; que deslumbra en los *Romances del Rosario* con las maravillas de una fantasía inagotable y del verso más bello del parnaso alemán.

TEXTO PARA EL ORATORIO DE ETT.

Han cantado tanto canto,
y una sola es su canción:
la red mágica, el encanto,
y la gracia, el corazón.

Nada oí, oí tan sólo
tu pecho infantil latir;
y sobre él soñaba dulce
mi alma, abierta sólo á ti.

Sólo oí de mirto ondeante,
y del sonreírme el lis,
de celajes por la luna,
de astros mirándome á mí.

Sólo oí: «Dulce es la tilia;
leve, el corzo; el pez, cristal; —
juega almita dentro al niño:
ondina en el fontanal.»

Lo que mece la armonía;
lo que anhela y vuela allí,
es amor que blando halaga,
del momento en el asir.

Toda esa armonía inmensa
toda teje un sólo son:
«Dulce es dulce amor: no hay nada
como esa palabra amor.»

Es en él lo feo, bello;
la pobreza es rica en él;
ciérnese esa alma de niño
que á besar alienta en él.

Cómo esa visión tan pura,
fina, cándida, hoy se ve:
sílfide sobre los prados;
una rosa es su broquel.

¿Quién tan bella la ataviara:
ámbar, perlas y marfil?
¿Quién su corazón ornara:
cuna de ángeles gentil?

¿Quién leve á danzar la mueve,
y hasta á su pie da candor?
¿Quién la alza, cual lleva el aura
ansias dulces del amor?

¿Quién su fino cuello mece,
como flor cabe el raudal?
¿le teje en la negra trenza
el suave infantil soñar?

¿Quién vistió esa alma criatura?
¿Quién sobre ella se inclinó?
¿Quién al seno la ha estrechado? —
Mi hechizo, mi dulce dios.

EN EL RHIN.

Sentado está en su barca,
— le pesa el corazón —
un pescador: su amada
— él no lo cree — murió.

Y hasta que luna y astros
lucen, aguarda allí
á llevarla en su esquife
por el profundo Rhin.

Y pálida se cierne,
hasta al batel entrar;
le tiemblan las rodillas;
es tenue su cendal,

Que brilla entre las olas,
abajo, en alta paz.
Ella treme y vacila
«Mi amor, ¿helada estás?

Juega en tu veste el viento;
la barca rauda va;
envuélvete en mi capa:
la noche escarchará.»

Tiende á los montes muda
los brazos de marfil;
gozosa ve la luna
de entre nubes salir.

Inclínase á las ruinas
y quiere, dentro al Rhin,
con delicada mano
la luz astral asir.

«Oh no te muevas: juega,
mi muy amado bien,
con tu vestido el viento:
contigo da al través.»

Ciudades grandes vuelan
al lado del batel;
y de sus torres suenan
campanas por doquier.

La niña se arrodilla;
las manos alza á orar;
en sus fulgentes ojos
llama arde celestial.

Desde un convento se oye
de monjas el cantar
suave; lucir candelas
se ven en el altar.

Entona con las monjas
melódica oración,
y de hito en hito mira
llorosa al pescador.

Con ellas canta triste
el joven la oración,
y de hito en hito mudo
contempla él á su amor.

Y más y más rosean
las hondas olas ya;
y más la niña albea
y palidece más.

Se fué la luna; estrella
ninguna ya se ve;
y de la niña amada
el esplendor se fué.

«Mi amor, ¡oh buenos días,
buenas noches, mi amor!
¿Por qué te duermes hora,
del cielo al resplandor?

Las torres centellean;
las aves su cantar
entonan jubilosas,
del bosque al susurrar.»

Y quiere despertarla,
que oiga ese placer;
y mírala y remira,
y no la puede ver.

Pasó una golondrina,
y el pecho se roció;
de dónde á dónde vuela
ninguno adivinó.

Tendido está en la barca;
no rema el pescador;
va lejos, agua abajo,
al mar; al mar entró.

Nadaba yo en mi barco
por peregrino mar;
era el amor, la vida
mi anhelo y mi pensar.

Pasó una golondrina;
flotaba allí un batel;
un pescador cantaba
este cantar; — yo en él.

EL ENVÍO DE LOS CUATRO ÁNGELES AL MUNDO [1].

(Romances del Rosario, x, 6—55.)

Quiso Dios que entre ambos uno:
entre el mundo y él, esté [2],
que el cincel del gran maestro
loe, de la paz rehén;

Loe, de la tierra el alma,
fijo, atado en ella el pie;
con la frente al cielo se alce;
en la tierra el cuerpo dé.

Dijo Dios: «Baja á la tierra,
sus cercos siete, Gabriel:
que el Omnipotente manda
que de su polvo te dé.

Que de sus honduras siete
lo tome; que quiero, de él,
de la tierra al soberano
á mi semejanza hacer.»

Ciérnese á la tierra el ángel;
la que silenciosa ve
de mil vidas palpitante,
en su soledad yacer.

Do el querub las alas bate,
del firmamento al hender,
huye la mar pavorida
de sus lindes á través.

Y en su corazón se vuelve,
todo el hierro, con doler
tal que los arroyos saltan
al cielo en hondo vaivén.

Las alas ante ella para
el querube: «Tierra, ve:

[1] El poeta, con su fantasía poderosa y creadora, ha convertido aquí unas cuantas ideas absurdas y antipoéticas de la cábala en una visión prefigurativa grandiosa y profunda del mensaje del arcángel á María. Viva y virginal supone á la tierra.

[2] Entre el espíritu y la materia, abandonada al demonio.

grande salud te depara
de tu Señor el querer.

¡Salve, bendecida! quiere
el Señor contigo ser;
y de las entrañas tuyas
tu rey habrá de nacer.

Y del seno tuyo el fruto
semejanza habrá de ser
de Dios, porque á Dios, con ella,
puedas siempre complacer.

Así, de tus siete zonas,
de haz á centro, cogeré
— tú permítelo — un puñado:
tal de Dios es el querer.»

Y el clamor del ángel se oye
por la tierra honda volver,
y un clamor, gemir inmenso
á aquel clamor responder:

«Angustiada, desgarrada,
Gabriel, á Dios clamaré:
que yo quede inanimada;
que se mude su querer,

Que yo virginal, dichosa,
levante en su luz mi sien;
nunca llore al hombre, hundida
en la culpa á perecer.

Ante Dios hora soy pura.
Si un rey de mí ha de nacer,
¿cómo él podrá serlo mío,
tras ver la luz una vez?» [1]

Al querube el llanto mueve
de tan virginal mujer:
do la luz eterna llueve,
su volar tiende otra vez.

Y donde su vuelo para
en la etérea redondez,
allí, cuando se retira,
nace el sol, la tierra á ver.

Y dice: «Oh Señor, perdona:
púdome tal conmover
su gemir: su ruego atiende:
deja viva en doncellez.»

Y el Señor: «¿Á la faz quiere
de mis soles casta ser?
¿Quiere siempre quedar virgen:
no abrir los ojos y ver?

Sueño y duda acuitaránla,
si no quiere en sí traer
mi imagen; el mal tan sólo
la hace oponerse y temer »

Y dijo el Señor: «Desciende
á la púdica, Miguel;
que un puñado de su polvo»,
dice el Eterno, «te dé.»

Alto el día, al verla el ángel
girar y clara esplender,
la bondad divina loando,
del sol gozando el placer;

Al divinamente libre
del humano padecer
mueve su clamor broncíneo [2]
de que fuerza vanla á hacer.

Al Eterno por la altura
raudo, suplicante fué;
«Señor», dice, «de la tierra
y su angustia piedad ten.

Durmiendo, del sol vestida,
su inocencia contemplé
de infinito lloro digna,
oreada por mi cerner.

Cuando yo, al batir mis alas
volando, la desperté,
de compasión me llenaron
su clamor y padecer.»

Y el Eterno: «Pues desciende
á la virgen, Rafael;
dile que el Señor lo manda:
que de su polvo te dé »

Y hacia el mar de azules ondas
cierne blanda el ala aquél;
y arrebolada la tierra
yace dentro al tardecer.

Y entre púrpuras tan bella
dentro á su dolor la ve,
que, por ver cuál llora, para
quedo allí callado el pie.

Y sus alas torna graves
tanto llanto, tanto arder [3];

---

[1] Viendo una vez el hombre la luz del cielo, despreciará y abandonará la tierra.

[2] Agudo, y producido por los metales del seno de la tierra; porque, contra su voluntad, la va á fecundar la palabra de Dios.

[3] Ardiente llanto, que hace detenerse las alas del ángel como pesadas y empapadas en esas lágrimas

tal que él con la tierra llora
sobre el negro mar también.

Y las ondas torna amargas
do cae su lloro en él [1]:
de ella el pecho sales brota:
piedra le hizo el padecer.

Vase el ángel: el sol se entra
en el mar: la pone aquél,
por señal de paz, la luna,
en el éter á esplender.

Va á la luz, al alto cielo,
y sus lágrimas por él
ruedan, giran: son estrellas;
sembrando infinitas fué. —

Y dice el Señor: «Desciende
á la tierra, Azrael;
dile que el Señor lo manda:
que de su polvo te dé.»

Y el querub anchas las alas
tiende en torno por doquier,
y las sombras y la noche
honda y grave van con él.

Él no quiere conmoverse:
su llanto no quiere ver;
y el sol y la luna en cerco
de ella se ponen ante él.

Deslumbrados de fulgores
pueden otros perecer:
ella alegre y solitaria
entra en sí, su pecho á ver:

Donde encuentra mil criaturas
que la luz produjo en él:
centellando tenebrosas,
piedras de inmenso valer.

Dormida entre sombras anda:
sagaz sorpréndela Azrael;
y soñolienta le entrega
de los siete polvos á él.

Al Eterno asciende, y deja
que dormida aún esté;
y que vea en sueños que ella
debe ahora perecer.

Cuando da al Señor el polvo,
dícele el Eterno: «Azrael,
quien tal me obedece, y puede
tal la vida sorprender;

Ése al cielo y al infierno
guía habrá á todos de ser
cuantos de la vida parten,
ángel de muerte, Azrael.»

Y las tierras disgregando,
subiendo más cada vez,
cuanto arrastra, nada, vuela,
anda, Dios hace nacer.

Y las siete tierras une,
y su unión el hombre fué;
él, que ríe y también llora,
de la tierra es hecho rey.

El Señor de toda vida
inspiró su aliento en él:
que viva, tierra, y dios, piense;
tierra es y cielo á la vez.

Del suelo á los astros se alza;
su faz irradiada fué,
que esplendores reflejara,
siendo de Dios honra y prez.

Yace, y adonde el sol nace,
tiéndese noble su sien:
yace, y adonde el sol muere,
tiéndese noble su pie.

Y la bestia y los del cielo
se están adorando ante él:
créenle hacedor del mundo:
tan grande y bello le ven.

Tan sólo le reconocen,
cuando vienen á par de él,
cuando exclama: «Es infinito
el Excelso, el sumo bien.»

[1] Petrificado por el dolor el corazón de la tierra, brota fuentes saladas de llanto.

UHLAND.

(1787—1862.)

LUIS UHLAND, muy popular poeta, de sencilla, vigorosa inspiración, merece figurar entre los maestros de la balada.

EL BANDIDO.

El bandido entre la selva,
en vernal hora, asomó:
de él salir gentil zagala
por profunda senda vió.

«Si en vez de flores llevaras»,
dice el bandolero audaz,
«joyas regias en tu cesto,
te dejara libre andar.»

Mucho rato su ojo sigue
á la amable, que se va,
hacia aldeas sosegadas,
á través del verde val;

Hasta que pensiles velan
la querida sombra allá;
y el bandido torna luego
á la noche del pinar.

EL PEREGRINO.

En galaica playa abrupta
un santuario excelso está,
do de Dios la Madre pura
gracias usa prodigar:

Al errante del desierto
astro de oro guiará:
se abre allí tranquilo puerto
al que surca fiera mar.

La campana de la tarde
tañe con lejano son;
y las villas y los claustros
todos también luego en pos....

Calla la onda tronadora,
todo su furor cayó;
híncase el nauta y murmura
en su nave la oración.

En la fiesta do asumida
la mujer bendita fué,
do del Hijo Dios la gloria
en los cielos vió esplender;

Ese día mil mercedes
ella otorga en su mansión:
do en efigie siempre mora,
su presencia siéntese hoy.

Coloridos oriflamas,
cruces por el campo van;
cada barca en gallardetes
la saluda desde el mar.

En festivas vestes suben
peregrinos al peñón:
el peñón enorme surge
viva escala de Jacob.

Tras los peregrinos ledos,
otros polvorosos van;
van descalzos y en ceniza
y burdísimo sayal.

Son aquellos que entredichos
del sagrado pueblo están;
que en las puertas sólo pueden
de los templos adorar.

Y jadea tras de todos
uno, vago en el mirar,
triste; hirsuto, undante el pelo;
luenga barba sin peinar;

Cinto de mohoso fierro;
en los brazos, en los pies
grillos férreos; cada huella
férreo son en torno de él.

Al hermano muerte un día
en transporte de ira dió;
y la espada matadora
en su ceñidor trocó.

Del hogar y del terruño
lejos yerra sin cesar,
hasta que un milagro quiebre
sus esposas: — votó tal.

Si calzase férrea suela,
como hora descalzo va,
se gastara largos años:
y aun no halló punto de paz.

Santos que el milagro le obren
en ninguna tierra halló;
oró en los santuarios todos:
ninguno solaz brindó.

De la roca ya en la cumbre,
se reclina en el portal;
el gentío reza mudo:
á rezar tañendo están.

Ni penetra en do la imagen
de la Virgen dentro ve:
la colora el sol radiante
desde el golfo, al descender.

¡Qué fulgores ígneos flotan
sobre nubes, campos, mar!
¿quedó abierto el cielo de oro,
al subir la Santa allá?

¿Su florida clara huella
los celajes róseos hán?
¿del azul terso ella misma,
la pura, mirando está?

Consolados vanse todos:
sólo aquél junto al umbral
permanece yerto en tierra;
yace, y lívida la faz;

Permanece en graves hierros,
en cadena impía aún;
mas ya libre se alza el alma,
vuela por el mar de luz.

EL CIERVO BLANCO.

Blanco es el ciervo: á cazarlo salieron
tres cazadores; su huella inquirieron:
del pino á la sombra los tres se durmieron;
y un sueño bien raro soñaron los tres.

El primero:

«Soñéme agitando las ramas:
de allí saltó el ciervo: ¡ras, ras!»

El segundo:

«Y los perros ladraron: metíle
un buen tiro en el cuero: ¡pif, paf!»

El tercero:

«Y cuando en el suelo vi el ciervo tendido,
toqué alegre mi cuerno: ¡trará!»

Tendidos así todavía los tres,
tal hablaban, y el ciervo pasó;
apenas le vieran: saltaba, volaba
por altos y bajos, y despareció.

¡Ras, ras; pif, paf; trará!

EICHENDORFF.

(1788—1857.)

JOSÉ DE EICHENDORFF, genial poeta, es el ruiseñor entre los líricos alemanes. De sin igual suavidad y sentimiento, sorprende los encantos recónditos de la naturaleza y los vierte con una delicadeza que sólo puede poseer un espíritu tan profundo y casto como él.

NOCHE DE LUNA.

Era cual si blandos besos
á la tierra el cielo diera:
que soñar con él debiera
hora en flores y esplendor.

Por los prados van las auras:
plácida la mies ondea;
bulle el bosque. ¡Cuál clarea
diamantino astral fulgor!

Y sus alas tiende mi alma;
tiéndelas en ancho vuelo;
vuela por el mudo suelo,
como tornando al hogar.

CANTO MATINAL.

Aun no se alza el son más leve,
próxima el alba á romper;
en la grande y alta selva,
¡qué silencio por doquier!

Miro á la hondonada abajo,
mudo de íntimo placer,
atisbando el primer rayo,
con frío, dulce tremer....

Desde allá, ¡cuán diferente
la tierra mirando está!
calma es todo; sólo escucho
lejos los ríos sonar.

Y antes que del día suba
todo el goce y el dolor,
loarte, Dios, aquí yo quiero
solitario en este alcor.

Susurra ya el bosque; surge
de la luz el fulgurar;
cantan sobre el prado alondras:
¡tierra hermosa, á despertar!

CALMA DE MAR.

Desde la borda del barco
miro la hondura del mar:
montes, tierra verde, ruinas,
y almenas entre pardear:

Como en sueños yo lo he visto
muchas veces — : todo allá,
abajo brilla en penumbra :
noche es de serenidad.

Y en lo hondo de la penumbra
atalaya el rey del mar;
sobre su arpa, en luenga barba,
aparenta dormitar.

Naves sobre él van y vienen :
apenas las ve pasar;
cual en sueños las saluda
desde su alto de coral.

DE NOCHE.

Á la sombra estoy del bosque,
cual si al linde del vivir [1]:
cinta es de plata el arroyo;
prados, del alba el venir.

De allá, sobre el bosque vuela
de la campana el tañer :
corza tiembla; alza la testa;
duérmese al punto otra vez.

Mas sus copas mece el bosque,
soñoliento, del peñón;
que por cima va y bendice
Dios á la muda región.

TIERRA EXTRANJERA HERMOSA.

Se agitan medrosas
las cimas selvosas,
cual si vagasen
los dioses antiguos
de los muros ruinosos en torno.

Tras los mirtos erguidos aquí,
en calladas vislumbres pomposas;
como en sueños, fantástica noche,
¿qué me dices confusa tú á mí?

Sobre mí las estrellas fulguránme todas,
con mirada de amor inflamada :
la distancia, encantada, me cuenta
cual de dicha futura sin fin.

NOSTALGIA.

Tan de oro brillaban los astros;
yo á solas en una ventana,
oyendo á lo lejos, muy lejos,
por sobre las tierras calladas,
un cuerno postal resonar.

El corazón se me inflama
dentro del pecho : yo pienso
mudo : «¡Ay quién ir pudiese
junto con ellos, en esta
noche de estivo fulgor!»

Por la ladera del monte
pasan dos jóvenes cerca;
andan; los oigo cantar
por la región silenciosa.

Cantan de abismos abiertos
entre peñones que vértigos dan;
donde tan suaves las selvas se mecen;
do se despeñan fontanas y se hunden
entre la sombra del bosque profunda.

Cantan de mármoles, huertos,
que sobre piedras alzados,
selvas, ramadas clareantes
tórnanse : cantan de alcázares
al esplendor de la luna y en donde
á las ventanas las hadas atisban,
cuando despierta el sonar del laúd,
cuando adormidas las fuentes murmuran
entre la noche de estivo fulgor.

SALUDO PRIMAVERAL.

Arde en luz de fuego un monte
de la aurora al rosicler,
y en la cima crece un pino
que domina por doquier.

Me alzo á la más alta rama,
desde allí la tierra á ver.
¡Oh bella, bella tierra, apenas
entre flores se te ve!

PAISAJE CREPUSCULAR.

Resuena del pastor la avena;
lejano, un solo disparar;
de selvas, de distantes ríos
se llega el suave murmurar.

Sólo tras de aquel monte juega
claror crepuscular aún.
¡Oh, tuviese, tuviese yo alas
á volar y hundirme en su luz!

SERENATA.

Duerme, mi bien : viste el mundo,
tan mudo, extraño color;
áureas greyes van arriba :
vélalo todo el pastor.

[1] Tenía el poeta 65 años.

Lejos rueda la tormenta.
Solitario, en mi batel,
fuera, agito yo la lira;
que, opreso, me tiembla el ser.

Por los árboles, las ramas,
á tu alcoba quieta va,
como por escalas de oro,
y entra y sale, mi cantar.

Y un sin par hermoso niño
surca en lo alto cima y val
y con su áurea vara el aire
tibio enseña á susurrar.

Y maravilloso entona
antiquísimo cantar,
que á su nave blando sigue
en un mágico voltear.

¡Ay! el céfiro amoroso
lejos lleva el susurrar,
y al través de puerta y muro
óyelo toda beldad.

LA SOSEGADA.

Nadie sabe ni adivina
cuán bien me siento, cuán bien.
¡Ah! supiéralo uno, uno;
nadie más lo ha de saber.

Menos calma hay en la nieve,
fuera; menos mudos son,
menos, los astros del cielo,
que mis ideas lo son.

Anhelo ya por el alba:
volar veo alondras dos:
á porfía suben, suben:
síguelas mi corazón.

Quisiera ser avecilla;
volar más allá del mar,
más allá de mar y mares,
hasta á los cielos llegar.

NOCHE PRIMAVERAL.

Sobre el huerto, por los aires
aves peregrinas oí,
nuncias de vernal fragancia:
flor, abajo, está al abrir.

Jubilar, llorar quisiera:
un misterio es mi sentir:
viejo hechizo, con la luna
refulgente, torna á mí.

Y luna y astros lo dicen;
selva, en su sueño y vaivén;
cántanlo las filomelas:
«Tuya es ella; tuya es.»

ADIÓS.

(Á mi hija.)

Vientos de otoño la tilia estremecen.
¡Cómo camina la tierra veloz!
Tu niño abriga; que es ido el verano;
juntos pasámoslo. ¡Ay! los que se aman,
¡qué pobres son!
¡Qué pobres son los que se aman y danse
de la partida el adiós!

Tú y yo lo sabemos.
Miedo me pone esta casa tan sola.
Lejos me agitas aún tu pañuelo:
véolo apenas de lloro en el velo,
mudo miro la calle do vas.

Noche es aún en las vías;
rueda y cruje pausado el carruaje —
luego rápido trota y galopa,
por la puerta á la paz de los campos;
do saludan las selvas tan ledas.
¡Cara hijita, custódiete Dios!

LA NIÑA.

Una niña á la ventana
asomada está:
es, afuera, la mañana;
peina su crencha lozana,
lávase la clara faz.

Aves cantan por doquiera;
juega claridad solar
en el patio; y más afuera,
sobre huerta placentera
nubes vuelan, lejos van.

Y se estira entre la lumbre,
cual en medio al dormitar.
¡Ay! la agobia pesadumbre;
péinase, entre discantar:

«Cual ave pura y canora,
fuera, amor alegre va:
llámanos al sol ahora.
¡Ay! ¿Quién puede aquí tardar?»

RESIGNACIÓN.

Lo que hacemos, todo pasa;
en la noche se hunde el sol;
el placer mismo retiembla:
todo va á la destrucción.

Muerte infiltrase en la vida
callando, cual robador.
De abandonar hemos todos
cuanto nos merece amor.

¿Qué de la tierra sería?
¿quién llevara tanta cruz?
¿quién aquí nacer querría,
no siendo allá padre Tú?

Tú eres quien lo que forjamos,
quiebras suave sobre nos,
que los cielos ver podamos —
así, no me quejo yo.

EL NAUTA.

El aura ondea blanda;
del quieto espúmeo mar
sirenas surgen rientes:
soñando el nauta está.

Y mares alza el viento
por la gran soledad:
no es hora, soñadores:
del sueño despertad.

Aquellos suaves días,
¡qué altivo era y sagaz!
seguro de mi dicha,
bastábame yo audaz.

Mi dicha tú rompiste;
recoge el propio don;
yo callo; no me quejo:
sé tus consuelos hoy.

Son las tormentas bravas
quien lanzan el soñar,
se van hundiendo costas
y torres dentro al mar.

Sirena alguna asoma;
ningún son viene á mí,
y en el silencio vasto,
te veo sólo á ti.

Tu mano omnipotente,
de sirtes á través,
¡oh! guíe al patrio suelo,
do vamos, el bajel.

TOQUE DE AGONÍA.

Calmando están las olas:
la tempestad de ardor
cayó, una tras otra. —
¡Qué fresco, al corazón!

Los valles, negreando:
¿Qué? ¿amaneciendo está?
Las cumbres, ¡cuál centellan!
Me llega un campanear.

Jamás por sobre el bosque
vibró tal un tañer. —
¿Dó, pues, tardéme tanto? —
Pesado el sueño fué. —

EL PILOTO.

Sobre noche y mar bravía
se alza tranquila la fe:
arriba en los astros, pía
del barco bonanza lee.

Hinche amor las velas suave,
y entre un dudoso clarear
va del paraíso el ave:
¿irá el día á despertar?

Quiérese inflamar la aurora;
y á entender bien se me da
que esperanza es la ductora,
que á la patria y puerto va.

Á LA MUERTE DE MI HIJA.

I.

Juega en las horas vernales la niña,
regocíjase y tanto descubre que ver:
como lucen los prados;
como van los arroyos. —

Y de entre los árboles mira la noche,
que todas las bellas visiones confunde,
y cuando en redor todo calla tan mudo,
comienza un secreto cantar por los valles:
acentos dolientes que el mundo parecen
querer abrazar.
Se apaga el color;
palidece la tierra.

La pequeñuela pregunta asombrada:
«¡Ay! ¿qué es esto?»
y se recuesta soñando
entre la grama que suave susurra.

Tócanle frescas las flores el pecho;
siente sonriendo tan dulce dolor;
la madre tierra, tan pálida, hermosa,
besa á la infanta
y no la deja, la estrecha en su seno
tierna, amorosa,
y la recuesta allá abajo en un lecho
tibio sin par y mullido
bajo flores y musgo callada.

«Y ¿qué lloráis, padre y madre, por mí?
En muy más bello jardín yo me encuentro;
es tan ancho y tan grande: un encanto.

Hay aquí de oro claro mil flores,
y sobre ellas, entre ellas, revuelan
bellos niños, con alas, cantando.

Yo los conozco muy bien desde el tiempo
primaveral, cuando lejos volaban
sobre montes y valles; y muchos de entre ellos
me llamaban, del cielo azulado;
cuando dormía yo, abajo, en el huerto.

Y en medio de flores, fulgores,
la mujer más hermosa de todas
con un niño brillante en el seno se ve.

Hablar yo no puedo; llorar yo no puedo:
sólo puedo cantar y mirar
siempre de nuevo,
muda de dicha y de inmenso placer.»

2.

Cuando por la vez primera
al jardín volví, á pasear,
rama, arroyo por el valle,
comenzaron á parlar.

Fugaz burlona me mira
por entre grama la flor;
y pintadas mariposas
á indagar manda veloz.

Por las ramas el cuclillo
á jugar llega también.
Al fin rompe á hablar el árbol:
«¿Solo vienes hoy? ¿por qué?»

Callo; mas la negra testa
mueve en misterioso son;
y oigo que un murmurio cambian
pájaro, follaje, flor.

De la grama lloro pende;
por la calma nocturnal
fuentes vagan gemidoras;
rompo en amargo llorar.

3.

¿Por qué está mi alma herida?
La tierra, donde estoy,
yace cual si dormida;
la selva de la altura
ya apenas suena obscura.

Vaga al azar mi vida.
¿Por qué está mi alma herida?
¡Qué luego todo es callar!

4.

Esto es lo que me conturba:
no tener la noche paz,
cuando ya el cansado mundo
opreso del sueño está;

El llorar, en cada noche,
de la campana el tañer,
y en el bosque el leve viento,
de nuevo, á mi dulce bien;

El no haber quebrado á mi alma
el postrer beso mortal;
y el tener que desahogarme
hoy, sin tino, en mi cantar.

5.

Goces yo te preparaba;
fiel queríate guiar
á los cielos por la vida,
por lucha, placer, pesar.

Sola has ido á do no puede
padre alguno conducir:
pura tú me has precedido
en el lóbrego partir.

Como el susurrar del aura,
allá, sobre cima y val,
suena por el quieto cielo,
á lo lejos, un cantar.

Leda ríe la mañana:
es cual si dijera el son:
«Desechad ya toda pena;
si me amáis, venid en pos.»

6.

Paseábate á menudo,
de invierno en soledad:
callaba todo mudo.
¡Oh bella y dulce paz!

Estío es; canta alondra
en el azul, allí:
— lloro en silencio — trae
un saludo de ti.

7.

El mundo voltejea;
la gente viene y va,
cual si tú nunca fueras,
ni sucediese tal.

¡Cómo de nuevo anhelo
selva y prado por ver!
Si triste, ó si gozoso,
natura, me eres fiel.

Allí transido de ansia
solloza el ruiseñor;
de lágrimas bañada
brilla doquier la flor.

Y por las cimas todas;
por el florido val;

por la alta, quieta silva
un vago treno va.

Mi corazón lo siente:
Tú fuera estás, Señor —
tú sabes cómo traigo
partido el corazón.

8.

Lejanas dan las horas;
es la alta noche ya;
la luz alumbra umbría;
tu camita hecha está.

Sólo los vientos gimen,
de la casa en redor:
solos estamos dentro,
á fuera la atención:

Parece vienes queda
á la puerta, á golpear;
que sólo te perdiste,
y lasa vuelves ya. —

¡Pobres necios y pobres
los que, en lóbrego afán,
vagamos aún perdidos! —
Tú en casa, ha tiempo, estás.

9.

Allí hay tanta sombra:
duermes en mucha paz:
con verde césped toda
Dios cubriéndote está.

Sobre tu lecho inclina
su fronda el viejo sauz;
allí fiel la avecilla
te arrulla en su cantar.

Y cual en sueños de oro,
va el aura alrededor
por las calladas frondas —
¡Buenas noches, mi amor!

10.

Mi dulce amor, adiós.
Decirte adiós no pude,
cuando te me llevaron:
tal era, ¡ay! mi dolor.

En plan de alto verdor,
con mirto coronada
sonríesme callada,
piadosa, entre el fulgor.

Del tiempo en el correr,
¡cuán presto seré polvo! —
Ruega, ¡oh! por mí, allá arriba,
porque te vuelva á ver.

EN MI CUMPLEAÑOS.

(1850.)

Sol sobre el jardín yacía;
tibia, clara luz vernal,
rica al vástago esperaba;
hacia el cielo le hizo alzar.

¡Cuál sus ramos fulguraban,
de la mañana al reir!
todos de flores cargados;
aves cantaban sin fin.

Sol culmina: fronda inclina;
inmoble el árbol está;
tempestades surgen, bajan;
mudo aguarda qué vendrá.

El crepúsculo hora se hunde;
muere el canto; cae la flor;
y cual himno, con las ramas
murmuro: «¡Gracias á Dios!»

Á UN AHIJADO[1] EN SU NATALICIO.

(1854.)

La brisa que las frondas bate,
por las ventanas al pasar,
te arrulla aún, vástago de vate;
te arrulla la lejana mar.

Mas, cuando el lino se infle un día,
¡con Dios por baja y plena mar!
¡con alma llena de alegría,
de la onda y aura al rumorar!

Y así de playa en playa, el viento
te lleve blando allende el mar,
un hora: al mundo del portento,
do ansiamos todos arribar.

DE ÁNGELES Y DE ANGELOTES.

En verde, vernal otero
siéntanse angelitos mil,
y se aderezan las alas,
y juegan al sol allí.

Vienen pasando cigüeñas[2],
y uno coge cada cual;

[1] G. M. Dreves, hijo del conocido poeta L. Dreves.

[2] Según la leyenda infantil alemana, son ellas las que les traen á las madres los niños recién nacidos.

y con él se fué volando
hasta donde ya hombres hay.

Y do golpea modesta
esa cigüeña sagaz,
la casa se inunda en gozo; —
aun cada año estilan tal. —

Los ángeles lloran, ríen,
no saben en dónde están.
Pero unos luego se calman,
dicen: «No va esto tan mal.»

Y gravedosos se ponen,
y de pasmosa razón:
por malas tienen las alas,
por vergüenza y por baldón.

Y con el vestido alado,
fuése el alado parlar:
¡Qué satisfacción y gusto
verse con calzón y frac!

Cada vez más progresistas,
negocian cada vez más; —
y ya son gentes de alcurnia;
y á fe que no pasan mal.

Los otros, cuando aun clarea
el prado con luz vernal,
sueñan que alto un ángel vuela,
los cofrades á llamar.

Buscan la antigua colina —
tan alta y lejos está;
tienden ansiosos las alas
en cada estación vernal.

La vaina del ala estalla:
el mundo aurora es sin fin;
se remontan por los prados
hasta del cielo el confín.

Allá, el cielo hallan cerrado;
acá, yace su labor —
así audaces vagan, sólos
entre placer y dolor.

Mas del morir la hora viene,
y á la tierra, el padre Dios,
á recuperar los hijos
que cigüeña se llevó.

Los unos volar no pueden:
tan gordos, pesados son;
y yacer allí los deja;
y le duele el corazón.

Los otros las alas tienden:
entre el fulgor matinal;
de ángeles cantares oyen;
vuelan cantando al hogar.

CREACIÓN DE LA TIERRA.

(De una leyenda popular malaya.)

Abajo sólo inmensas aguas;
mudo, ancho cielo arriba, allá:
la mustia tierra de los dioses
yace única en el solo mar;
donde en campiñas incoloras,
montañas, cual soñando, están
y eternamente mudas formas
sin sombra, silenciosas van.

Entre nubosas grises fajas,
que soñolientas monte y mar
con sus cendales largos rozan,
quieto alto el padre dios está.
Por hoy pescar le place, y suelta,
del agrio abrupto peñascal,
su anzuelo á las llanuras verdes
del solitario, inmenso mar.

Meditabundo, largos flotan
barba y cabello al vendaval;
el ocio tanto le fatiga,
en esa muda eternidad.
Y siente que el anzuelo tiembla:
«¡Hola! ¡ése es un pesado pez!»
Alegre á recoger comienza,
se afirma, alza, arrolla á la vez.

Mirad: se asoman arrecifes,
que de la hondura alzando va:
pintadas, escamosas sierpes
ved por sus grietas escapar:
reptiles monstruos del abismo
que en el desierto undoso hogar,
dormían en penumbra verde,
se precipitan á la mar.

Y tira más el padre, y montes
parecen poco á poco, y val
y playa: la reciente tierra
ostenta su verdeante faz:
fulgores esmaltados vagan
y donde mira por doquier
fulgura en flores la campiña; —
en esto rómpese el cordel.

Cual sirena delicada
entre el marino fulgor,
de su beldad asombrada,
ciérnese vestida en flor,
mirándose, al aura hermosa,
en el mar de róseo ardor,
y sonríe pudorosa; —
tierra el padre la llamó.

HEINE.

(1797—1856.)

Lírico discordante y cínico, modula alguna vez sones genuinamente poéticos.

LA INOCENCIA.

Tan gentil, y hermosa y pura
eres tú cual una flor:
te miro, y melancolía
me sorprende el corazón.

En la cabeza las manos
ponerte yo anhelo, entre mí,
á Dios rogando te guarde
tan pura, hermosa y gentil.

INSTABILIDAD HUMANA.

Un astro se precipita
del cielo centellador;
la que descender yo miro
es la estrella del amor.

De un manzano van cayendo
flores y fronda doquier:
viene la brisa y con ellos
juega traviesa á placer.

El cisne canta en el lago:
nada, rema acá y allá;
cada vez más tenue canta
y en su tumba se hunde ya.

¡Qué silencio! ¡cuánta sombra!
Llevó el viento fronda y flor;
estalló deshecho el astro;
del cisne el canto murió.

LORELEY.

No sé lo que significa
aqueste mi hondo penar:
un cuento de viejos tiempos
no se me puede olvidar.

El aura sopla, tardece,
y corre apacible el Rhin;
la cumbre del monte esplende
al sol que ya va á morir.

Sin par bella y misteriosa
sentada allá arriba está
una virgen: brilla de oro,
sus hebras de oro al peinar.

Péinalas con áureo peine,
entre no oído cantar;
que de recóndita fuerza
sones al viento da.

Óyelo, y pena feroce
coge al nauta en su batel;
no ve ningún arrecife;
la cima tan sólo ve.

Creo que al fin él y barca
darán consigo al través:
la Loreley con su canto,
ella, le hizo perecer.

LÁGRIMA PERDIDA.

(Vuelta á la patria, 30.)

La solitaria lágrima,
¿qué quiere? que me está
nublando el ojo: oculta
quedó de muy atrás.

Sus mil hermanas fúlgidas
se fueron; y no son;
por noche y viento fuéronse,
con penas y fruición.

Y la azul pupilita
que fruición y penar,
sonriendo, al alma hundióme,
se fué, niebla fugaz.

¡Ay! hasta el amor mismo
se fué, un aura fugaz. —
Vieja, perdida lágrima,
también tú véte ya.

CHILDE HAROLD.

Triste y grave, negra nave
surca á vela el lato mar:
disfrazados son; callados;
conduciendo un muerto van;

Poeta muerto; yace yerto;
y en la luz del cielo está
aun clavada su mirada;
siempre en él la nuda faz.

Cual amada, flébil hada
gime en torno, en lo hondo, el mar:
olas tiende el barco y hiende
con ruidoso suspirar.

EN BARQUICHUELO.

(Entremés lírico, 48.)

En barquichuelo, amada,
íbamos al azar
y en paz; era estrellada
la noche de la mar.

Á la isla de almas bella
la luna hace asomar:
de allá suave destella
la niebla entre cantar.

De allá más dulce crece,
el canto, el destellar. —
Aléjanos y mece
tristes el ancho mar.

¿DÓNDE?

¿Dónde tumba y paz postrera
hallará el errante, al fin?
¿bajo lejana palmera?
¿bajo tilo á par del Rhin?

¿Mano extraña en el desierto
cavará su fosa? ¿ó bien
dormirá en la arena el muerto
de la mar junto al vaivén? —

¡Bien! — Doquier de Dios el cielo
velaráme, y sobre mí
colgará la noche al velo
lámparas mortuorias mil.

GRILLPARZER.

(1791—1872.)

FRANCISCO GRILLPARZER, notable lírico, gran dramático, el primero de la nación alemana, es uno de sus principales clásicos. Hermoso de forma, que tiene toda la transparencia y sencillez helénicas, profundiza psicológicamente en su *Del mar y del amor las olas* y en *El sueño es vida* filosofa sereno y magnífico.

DESPEDIDA.

¿Por qué se nubla el alma mía
ahora que te vas?
Días enteros te veía,
con mi interior en paz.

Semanas yo te he visto enteras,
y en paz mi corazón;
y hoy que ha sonado la partida,
¿de dónde este dolor?

Oh mujer apacible y dulce,
mi adiós oyendo estás:
serena, cual el aire puro,
eres, y al aire igual,

En que su bien se sabe apenas,
si hora tras hora va;
mas con terror se le conoce,
si empieza ya á faltar.

Oh tú, mujer, mi madre fuiste —
la mía se durmió —;
tu amonestar y tus acentos
sonaban cual su voz.

Mujer, oh tú fuiste mi hermana —
no tuve hermana yo —;
que tal mi mente se la sueña:
tal la fraterna unión:

Gozar en mutua complacencia;
y libre el corazón:
un alma, y almas separadas;
un sólo ser, y dos.

Oh mujer, lo que es una esposa
me hiciste adivinar:
lo que es una criatura amable,
amante, y buena y leal.

Eres tú de tan bella imagen
la copia original.
¿Dó hallarla así graciosa y dulce?
¿dó sino en ti no más?

Ahora tornas á tu esposo;
retornas á tu hogar.
Allí feliz, de mí muy pronto
tal vez te olvidarás.

Mas yo, oh mujer, no tengo casa;
ni lazo ya de amor:
mi madre lejos la llevaron:
hermanas no vi yo.

De resignarme habré: yo siempre,
siempre yo pensaré —:
que te bendiga Dios mil veces;
jamás te olvidaré.

Tu suave ser, tu modo suave,
mi mente llenarán;

y por ti, todo en torno mío,
cual aura alentará.

Y si el ardor del sol apura
de la vida el sufrir,
me aliviará el pensar en Gastéin,
pensar, oh buena, en ti.

EL CONVALECIENTE.

Hora que ha pasado todo,
hora lo comprendo, al fin:
don del cielo eres, dolencia:
loado sea Dios, en ti.

Bien que el hombre te combata,
se resuelve en el dolor,
por la lucha, el mal del alma;
se mejora el corazón.

Tú el espíritu depuras,
tú suavizas lo feroz:
yo era duro; soy ya blando:
era inquieto; calma soy.

Tal también cuantos venían,
todos respiraban paz:
por su hermano me tenían:
almas une pena igual.

Tú cercana meta fijas
al frenético vagar:
es el día meta al día;
una buena noche, asaz.

Y el deseo se refrena;
su ímpetu cede al dolor.
No preguntes qué ambiciono;
lo que tengo es mi ambición.

La soberbia, dura mente,
irritada veces mil,
ábrese, cual tierra arada
blanda se abre de por sí.

Y cual si la primavera
despuntara alegre en mí,
hoy mi pecho reverdece,
tras de su largo dormir.

¡Cómo mi alma entera se abre!
¡cuál duplica su sentir!
doble goce es cuanto siento:
se acrecienta mi vivir.

Lo que leo, cuerpo toma;
lo que escucho, puedo ver:
lo que digo, es voz de mando,
lo que quiero, alcanzaré.

Con el mundo en paz profunda
y conmigo en mucha paz,
gracias doy á quien la brinda,
y me muestra su bondad.

Y bañado en luz serena,
clamo en medio á tanto amor:
«¡Don del cielo es la dolencia:
Sea en ella loado Dios!»

LA VUELTA DEL NIÑO.

Sobre la testa del lecho va un ángel
con susurrante volar:
donde en un niño dormido se fija
del inmortal la mirada.

Como su propio trasunto
dentro al cristal de las ondas de plata,
ríele amable, graciosa la dulce figura.
Quedo desciende, gozoso
de la placiente ilusión;
y con aérea planta se acerca al dormido.

Duerme ¡ay! tan suave y sus labios alientan
con la inocencia y la paz de los cielos;
paz é inocencia en su frente argentina
pósanse; cércanla cual con aureola,
entrelazándole de oro, las hebras;
pósanse sobre las manos, unidas,
cual de azucena una vara.

Blando el celeste sonríe; mas luego
núblase triste su faz;
meditabunda, severa la vuelve y suspira:
mira su mente el turbión de los días futuros,
al que tan sólo resiste la encina;
el que destroza la flor.
Oye sonar las saetas
del infortunio que matan el alma:
sólo ve un frágil escudo
que la inocencia y justicia protege;
ve la pupila llorar á quien hora
cubren los párpados blando;
rómpese el pecho
que hoy alentando se eleva.

Lástima el alma del nuncio celeste conmueve;
mira, pregunta á los cielos: asiente el Eterno.
Coge en su brazo del niño la testa
rápido el ángel;
besa sus labios temblantes;
dice: «Dichosa sé, niña querida»; —
diec, y la niña murió.

ADIÓS Á GASTÉIN.

Debo partir: sonó la postrer hora.
¡Adiós, pues, grata tierra de Gastéin!
Tú, de tanto pesar consoladora,
mis penas arrullásteme también.

Hicísteme olvidar breve momento
lo que me envidian, lo que Dios me dió,
y lo que es el por qué de mi tormento,
de mi desdicha; — el mundo no lo vió.

Pues como el árbol, de centella herido,
se transfigura en súbito fulgor; —
en torno clama el pueblo reunido,
atónito mirando su claror.

En tanto fibra y savia enardecidas
mueren envueltas del flamante ardor
y las del foco llamas ascendidas
en tierra se hunden: su esplendor murió.

Y cual la perla que bellezas orna,
del mar presea, clara cual la mar,
no alegra á la callada, triste concha:
alegra al hallador, no á quien la da;

Que sólo enferma, á luz, en larga cuita,
la codiciada, flébil joya da;
y lo que admiración, luciendo, excita,
nació entre angustias y mortal afán.

Y cual la catarata cuyo estruendo
en eco y niebla llena la región; —
su seno brota el iris reluciendo,
al esparcir diamantes en redor:

Cual sus hermanos, anhelaba el rio
por la pradera y el tranquilo val;
las peñas que se oponen á su brío,
le hieren, acreciendo su beldad. —

El vate, así. Bien que en fortuna amado,
plauso le cerque y júbilo doquier,
él es el árbol yerto, fulminado,
la pobre concha, la cascada, es él.

Cantares los llamáis: son sólo trenos,
que en soledad llorosa él exhaló;
y llamas, perlas, iris, tan amenos,
de su ser partes desprendidas son.

LOPE DE VEGA.

Oh mente de recónditos tesoros,
oculta, más que á todos, aun á ti;
pues no amas añadir cifra á la cifra,
sino que á mano llena das sin fin.

Doquier que hay oro en sima inexplorada,
tu vara mágica te lleva hasta él.
Van hasta el mar de ocaso tus hispanos:
tal tú del orbe toda playa ves.

Y hombre, planta, flor: cuanto vive y goza,
tú lo entretejes, por la forma á ornar
de la deidad que cada día muere,
para en cada hora renovar su faz.

Madre de todo lo real y bueno,
se sienta la Natura á tu raudal;
se mira en su cristal, y soñadora
cree que su imagen es su ser real:

Sonríe: te sonríes; si se aíra,
airado le respondes: tu canción
es diáfana, cual la verdad; y es sólo
ilusión, cual la dicha es ilusión.

Y un niño, así, ya cana la cabeza,
y anciano ya al primer juego infantil,
tú tienes para cuanto el hombre ha visto
una imagen y voz, y senda y fin.

BEETHOVEN.

(El 26 de marzo de 1827, día de la muerte de Beethoven.)

De la tumba el lazo roto,
cual dudando aún de sí,
se alza el alma á lo remoto
por entre el éter sutil.

¿Fué relámpago? ¿Fué son?
¡Ah! que él lo oye — lo oye[1] — el son,
ya bramar, cual el turbión,
ya alentar, cual de ángel ala,
ya del arpa voz de gala.

¡Alza, alza! á orbes y orbes, y astros
y astros, del girar flamantes;
y el del último confín
otros muestra tan distantes.

— ¿Es goce? ¿Es aún sufrir? —
Desvanécese el sentido;
que el orbe último es primero,
y ninguno es el postrero.

Hora noche: ¡Ah, noche y muerte!
¿eres tú dos veces fuerte?
Mas no: surjo á las alturas,
desde las negras honduras,
á nuevo radiante sol.

Y un gran llano se dilata,
cual oasis en la ingrata
mar de arenas y de horror.
Y caminan por sus flores
hombres de divina faz;
brotan de su faz fulgores,
de sus labios la sonrisa.
Que inmortales son, aprisa
lo revela su alta paz.

Pero adusto el adveniente
lejos para y mira allá:
su murmurio y gesto riente
mudo, ¿de él, para él será?

[1] Beethoven padecía de total sordera.

Desanúblase repente:
los maestros grandes ve;
venle ellos, y velozmente
á su medio tuerce el pie.

Uno el dedo alza severo,
sonríe conminador:
«Te conozco, Bach austero:
¿de qué ley soy transgresor?

Sin temor, ni tacha, entero,
el más grande caballero,
Gluck, pasa, párase, mira,
asintiendo, y se retira.

«Haydn, Haydn, padre mío,
séme tú un protector pío
en país que nunca vi.»
Y su mano ase el anciano,
y le da en la frente un beso,
y llora, mas de embeleso:
«¡Bravo, *Scherzo* y *Allegretto;*
acá, allá pusiera un *veto;*
pero es cruor del mío cruor.
Ah, diz que humor llaman eso;
fué también mi humor travieso.
Y en conjunto, ¡qué primor!»

Cimarosa titubea;
Pasiello no osa venir;
y aunque algún horror se vea
en su faz: hay asentir.

Paso entre el coro brillante
Händel se abre descollante.
Y ábrese la muchedumbre,
y la lumbre es doble lumbre:
Mozart viene, el triunfador.

Quiere huir el forastero:
«Entre vos ¿qué haré yo aquí?
cuando estaba yo entre iguales,
hasta acá llegar creí.
Pero ¿aquí? entre inmortales? . . .

Lo que erré, falté, ya presto,
ya cavilando, ya enhiesto,
libre, audaz, esto me acuita
y la corona me quita.»

El maestro balancea
la cabeza: «Aquí rastrea
á los socios triunfadores.
Á mil yerros sus ardores
arrastráronlos también.
Calla todo vituperio
de la gloria en el imperio.
El postrer paso en la vida
borra la postrer caída.
Los espíritus no pecan.

Si discípulos pacientes
en remedarnos se obcecan,
de eso somos inocentes.
Lea el niño y se le mande
no errar: eso vos haced.
Mas crear todo lo grande
de nosotros aprended.

El veneno mismo es triaca;
bien usado, el mal aplaca.
Y si el bien se emplea mal,
es de ruina manantial.

¿Quién tu juez? Reyes potentes
de las almas, nos dejamos
del pueblo elegir; mandamos
una vez electos. De arte
la obra es cual la fe. No es dado
suprimirle ni una jota;
de argucias está remota,
si el milagro la probó.

Por esto entra sin temores;
son tus obras tus loores,
y tu audacia tu laurel.»

El maestro habló. — Infinita
va la multitud creciendo,
que al venido felicita.

Le saluda con la mano
Shakespeare; Lope le señala.
Klopstock, Dante, Tasso rientes
á él se vuelven complacientes.

Uno sólo está lejano,
mientras el tumulto ondea.
Hora acércase: cojea,
pero es fuerte, de alma bravo,
odiador del pecho esclavo:
Byron; que con ojo altivo
mídele y su mano estrecha.
Y mirando receloso
en redor: «La muchedumbre
¿no te causa pesadumbre?
Vamos á esas densas hayas,
do pasear y departir.» [1]

CLARA WIECK [2] Y BEETHOVEN.

(Sonata F-mol.)

Un mágico, misántropo, atediado
de la vida, encerrara sus encantos
en caja muy segura, diamantina,

[1] Beethoven era republicano, y altivo hasta en su trato con los soberanos.
[2] Célebre pianista, casada con Roberto Schumann.

iracundo, y lanzó la llave
al piélago y murió.
Los hombrecillos se afanaron
en vano por forzar la cerradura,
inganzuable y dura.
Y, cual el dueño, sus encantos duermen.
Mira una pastorcilla
tan insensato afán.
Toda sentir, nada pensar, cual niña;
hunde los albos dedos en las ondas,
y coge, y alza, y tiénelo: es la llave.
Da un salto de placer y da otro salto,
y el corazón palpítale más alto.
Brilla, cual ojos, á su faz, la caja.
Le hace la llave: sube,
salta la tapa: suben
y bajan los espíritus, sumisos
á su señora
encantadora,
y de inocencia tierna;
quien con sus blancos dedos
jugando, los gobierna.

DE LA «MELUSINA».

Hermanas (hadas como Melusina).
Melusina, ¡cuidado!
que de seguro
te deja perjuro
y aborrece tu amor,
cual otros; cual él ha tratado
á otras, harálo contigo.
Y duro castigo
entonces te alcanza:
con sed de venganza
los genios te encierran en noche eternal.
Melusina. Noche es todo do no se ama:
día es todo do hay amor.
Bien que el sol se fuera, es grata
luna en noche de dulzor.
Hermanas. Consejo te dimos:
es libre tu obrar.
Juez la obra, quien peca,
ése ha de penar.
(Desaparecen.)
Melusina (acercándose á Raimundo).
¿Has oído lo que ellas han dicho? — ¿Lo crees tú? Yo no. No es posible que tú seas desleal. Poco entiendo tu idioma; pero veré de decirte lo que pienso.
Á par de mi fontana te he hallado dormido; y heme mostrado á ti en el sueño. Mas tú no creiste en tu sueño.
Otra vez me has visto en el cristal de mis ondas. Tú, empero, ni á tus propios ojos les creiste.
Después intenté atraerte acá por medio de varias impresiones; hasta que del todo lo conseguí hoy, por fin.
Raimundo, á nosotras nos es vedado comunicarnos con los hombres. Pero yo te amo. Si tú no me correspondes, no vuelvas nunca á este lugar; y yo procuraré olvidarte. Pero, si me amas — Raimundo, ¿me amas? —
Piénsalo bien, antes de decidirte. Mucho ganarás; perderás, empero, también mucho.
Si te agradare el comercio con tus semejantes, semejantes tuyos no hallarás en mi alcázar. Si te pluguiere la taza, uvas no exprimimos nosotras. ¿Los placeres de la mesa? De espuma vivimos nosotras. ¿Te aferras á lo real y verdadero? Sueño nos cerca á nosotras, que sueños somos. Ninguna mudanza, ni — lo que os cautiva á vosotros — variedad.
De Melusina el reino
es calma y plena paz:
deslízanse sus días
con no mudada faz.
En él no hay nada vario;
es viejo todo allí,
y sólo nos encanta
el verlo todo así.
Así hallarás que vivimos nosotras. Si esto á ti pudiere bastarte, serás sobre manera feliz, más feliz que nunca hombre alguno. Seguro estás de mi amor. Arrebatado á las penalidades y miserias de la tierra, conocerás lo que ahora sólo presientes, y verás lo que ahora trabajosamente consigues pensar. Pero medítalo mucho antes de resolverte. Pues, diciendo «sí» y arrepintiéndote más tarde, me haces inmensamente desgraciada. Desvalida entonces y desterrada, he de andar, según nuestras leyes, errante para siempre; toda vez que á nosotras nos falta lo que á vosotros os consuela: la muerte. Este anillo te lo pongo sobre el pecho, para que sepas que no has soñado, y para que me puedas llamar, cuando quieras. Volviendo el anillo en el dedo, vas á mí. Si lo arrojas, separados estamos eternamente.
(Cuernos de caza suenan á lo lejos.)
Vienen; debo dejarte. — Piensa bien lo que has de hacer, y que yo te amo.
(Desaparece detrás del ramaje.)

— — — — — — — — — — — —

Melusina. Del amado al andar, ¿qué danza amable, suave alcanza?
Sonando está del firmamento

son, que repite el hondo val:
¡qué melodías! ¡cuánto acento!
La música alza celestial:
truenos bramantes,
rústica avena;
bélica trompa,
amor y pena.
Lo que duerme, se despierta;
lo despierto va á dormir,
yendo del cantar la barca,
por la luna del sentir.

DE «EL SUEÑO ES VIDA».

DEL ACTO I.

Rustán.

— — — — — — — — — — —

Nada soy: ser algo puedo.
Raudo y alto va el campeón.
Lo que otro en el mundo puede,
¡vive Dios! lo puedo yo.
Zanga. Habláis con mi corazón:
¡Ah! si ésos, dentro, no fueran:
ese tío y esa prima,
hierros que lleváis encima. —
Que una obra de amor me diga
si es un bien él ó es un mal:
él á la hembra da alma de hombre:
alma de hembra al hombre da.

— — — — — — — — — — —

DEL ACTO IV.

Rustán (moviéndose dormido).
¡Ay! ¡ay de mí, que soy perdido!
(Incorporándose en el lecho.)
¿Aún vivo? — ¿Preso estoy?
¿No me arrebató el torrente?
¡Zanga! ¡Zanga! ¡qué desdicha!
Zanga (entrando con una lámpara.)
Por fin despertáis: clarea;
á montar todo apronté.
Rustán. ¡Asesino, sierpe, diablo!
¿vienes á burlarme aquí?
Monstruo, víboras tu pelo
y tus ojos llamas son;
de tu mano un rayo parte.
Pero yo, un mortal, burlado,
mi sed de venganza ardiente
calmar quiero, y esta daga
probará si el cuerpo tuyo
es del bronce que la frente,
que la rabia, el corazón.
(Tiene cogida la daga pendiente sobre su lecho y está pronto á lanzarla.)
Zanga. ¡Favor! ¡Ay, que está demente!
¡Mirza! ¡Massud! ¿Nadie me oye?
Rustán. Huyó. No soy yo impotente;
ni es invicto su poder.
Y hora, ¡lejos de estos sitios,
llenos de mortal pavor!
Mas la luz matar primero,
que me vende al enemigo.
(Apaga la lámpara. Al través de la ancha ventana del fondo vese romper el alba.)
¿Dó la puerta? ¿No hay salida
de este sitio del terror?
¿He de perecer yo aquí? —
¡Silencio! que vienen. Cara
venderéles yo mi vida.
Me darán la muerte; empero
yo se la daré primero.
(Coge la espada que está junto á su lecho.)
(Vienen su tío Massud y la hija de éste: Mirza; quien trae una luz brillante en la mano.)
Rustán. Ah, ¿que el rey es y Gulnara?
No es el rey. — ¿Posible fuera?
¿No eres Massud? — ¡Mirza! ¡Mirza!
¿Muertos sois? ¿y yo también?
¿Cómo he vuelto á vuestro seno
y al hogar?
¡Oh, el ojo lleno
de amor en este sombrío
caído no fijes, gastes;
que yo amor con odio impío
pago. Empero, no; no te odio.
No; á ti no; tal yo lo siento;
— ni á ti tampoco — ¿Odio? ¡Oh, cómo
á mí acude el sentimiento
con sus lágrimas ardientes!
No os odio. No odio á nadie.
Perdonara á todo el mundo;
y, cual en aquellos días
de inocencia venturosos,
siento las pupilas mías
de lloro henchirse otra vez.
Mirza. ¡Rustán!
Rustán. No; no á mí te llegues.
Si supieras todo cuanto
ha pasado desde la hora
que nos vimos vez postrera...
Mirza. ¿Vez postrera?
Rustán. En esos días,
semanas...
Mirza. ¿semanas, días?
Rustán. ¿Qué sé yo? ¿sé yo? Tremenda
de los tiempos es la senda.
Mirza. ¿Pues más de una noche fué?
Zanga (pareciendo á la puerta).
¿Traigo, señor, los caballos?
Mirza. ¡Ah! ¿no recuerdas? Anoche...
Dile, padre, tú; que pena
demasiada á mí me da.

Massud. ¿No te acuerdas? ¿cómo anoche
separarte de nosotros
querías, y los caballos
pediste para hoy?
Rustán. ¿Anoche?
Massud. ¿Cuándo pues?
Rustán. ¿Anoche? — ¿Y todo
lo que he visto y he pasado?
¿todas las grandezas, todos
los horrores, sangre, muertes,
triunfos, batallas —?
Massud. Acaso
el aviso misterioso
de un poder oculto sea,
para quien las horas años,
y los años horas son;
el que mostrarte ha querido
ser, lo que piensas, azares;
y hoy, patente la verdad,
junto con la noche, quita
los azares. El consejo
sigue que los dioses dan:
dos veces darlo no suelen.
Rustán. Una noche, y fué una vida.
Massud. Una noche. Un sueño ha sido.
Ve: el sol, cual siempre, nacido,
sólo con un día más.
Ese sol, que, al despedirse,
fué testigo del capricho
y de la dureza tuyos,
mira cuál tras de aquel monte
sube por el horizonte,
sigue su eternal carrera,
como si se sorprendiera
de verte tan negligente
en este curso reciente.
Y aunque hijo mío, si quieres
partir, tiempo es, pronto ve.
(Los esplendores del sol ya visible llenan la estancia.)
Rustán (cayendo de rodillas).
Salve, sagrada mañana,
feliz día, eterno sol;
cual disipa las tinieblas
y mil nieblas tu fulgor,
tal, entrando en este pecho,
lanza de él todo negror.
Lo confuso ya clarea;
lo invisible ya es visión:
y la luz calor se torna;
y el calor es resplandor.
Gracias, gracias, porque aviso
tanto horror fué, no verdad,
ni mi mano en sangre tinta;
que fué sueño, y nada real.
Gracias, porque á mí me bañas,
tú, del mundo luminar,
con tu pura luz aun puro,
no sangriento criminal.
Viértelo con tus fulgores
y en el pecho á cada cual:
No hay aquí sino una dicha,
una: la inocencia y paz.
La grandeza es peligrosa,
juego la ambición no más:
lo que quita es tanto y tanto,
vana sombra lo que da.

DE «DEL MAR Y DEL AMOR LAS OLAS».

DEL ACTO III.

Hero. Sí, bello joven, silencioso y pío,
de ti me acuerdo en esta hora tardía
y con tan dilatado sentimiento,
que culpa entre sus pliegues no se vela.
Te quiero; mas me alegro estés lejano;
y, de llegar á ti mi voz, te saludara,
diciendo: «Buenas noches.»
Leandro. Buenas noches.
Hero. ¡Ah! ¿qué es esto? ¿Eres, Eco, tú quien
¿Tú en mi apartamiento me visitas? [habla?
Salve, oh hermosa ninfa.
Leandro. Ninfa, salve.
Hero. No es resonancia. — Una cabeza. —
Dos brazos. — Ah, un hombre á la ventana. —
Álzase; viene. — Se hinca ya en el claro. —
¡Alto de aquí! Perdido estás, si llamo.
Leandro. Un solo instante déjame: las piedras
se están bajo mi pie desmoronando.
Si no me dejas, puedo despeñarme.
Un ratito no más, y me descuelgo
gustoso. (Baja al aposento.)
Hero. ¡Alto! Deténte. Desdichado,
¿á qué vienes aquí?
Leandro (deteniéndose en el fondo).
Tu luz he visto
al través de la noche rutilando.
Noche era aquí también y suspiraba
por luz. Así, yo acá trepé.
Hero. Contigo
¿quién viene? ¿Quién tu ayuda fué de escala?
Leandro.
Ni me ha ayudado escala ni hombre alguno.
De blanda piedra en las junturas puse
el pie, la mano asióse de retamas
y de hiedras. Así llegué.
Hero. ¿Si hubieras
caído, resbalando?
Leandro. Bien estaba.
Hero. ¿Y si te hubiesen visto?
Leandro. No lo creo.
Hero. Los centinelas del sagrado sitio

á esta hora alerta están. Desventurado,
¿no te mandaron, no rogué yo misma
te fueras?

Leandro. Retorné. Mas punto alguno
pude hallar de reposo, y arrojéme
á la mar y nadando aquí he venido.

Hero. ¿Cómo? ¿Desde la playa retirada
de Abidos? Fatigara á dos remeros
la travesía.

Leandro. Veslo: hacerla pude.
Y si moría, presa del oleaje
primero, estaba yo de ti á lo menos
algo más cerca, y el morir, por tanto,
era más dulce.

Hero. Traes el cabello
y el vestido mojados: tiritando
también estás.

Leandro. De frío, no: de ardores.
(Siempre al fondo, y en ademán de arrodillarse.)

Hero. No tal; queda, reposa un poco: luego
has de partir. Conque ¿mi luz ha sido,
mi lámpara quien te sirvió de norte?
Bien me lo adviertes, para yo ocultarla
de hoy más.

Leandro. ¡Oh, no! ¡Oh, no hagas tal, mi dueño!
que no he yo de volver, si tú te enojas.
Mas la luz de esta llama no me niegues.
Cuando insomne me alcé yo de mi lecho
esta noche, y, abriendo de mi casa
la humilde puerta, de entre aquellas sombras,
penetré en sombras nuevas; se extendiera
el piélago ante mí, con su marina,
semejando tapiz negro, continuo,
como un velo de penas y de luto.
Ya me entregaba yo á mi cuita fiera,
cuando en el horizonte, allá, lejano,
empieza á titilar esplendoroso
un astrito, cual última esperanza.
Con mil estambres de oro entretejidos
cubre su luz, cual red, el triste mundo.
Era tu luz; era de aquesta torre
la lámpara. Con fuerza palpitando
se dilató mi corazón y alzóse.
Ya sus prisiones soportar no pudo:
lancéme á la ribera, al mar lancéme,
los ojos sin cesar en esa lumbre
fijos, en esa mi polar estrella.
Tal vine acá y toqué yo en estas playas.
No quiero más volver, si tú te aíras.
Pero de la esperanza no me robes
la estrella ni el consuelo de esta lumbre.

— — — — — — — — — — —

DEL ACTO V.

Hero. ¡Oh! yo quiero llorar, llorar, las venas
abrirme, hasta que lágrimas y sangre,
un mar, me cerquen, hondo como el suyo,
horrendo como el suyo;
mortal como la mar que le ha tragado.

Nauclero. ¡Oh Leandro, mi amigo bondadoso!

Hero. Di: Todo era él; lo que ha quedado,
es sólo sombras: se deshace; es nada.
Era su aliento el aire; su ojo, el sol.

— — — — — — — — — — —

Sacerdote. ¡Hero!

Hero. ¿Quién llama?

Sacerdote. Yo. Vén.

Hero. ¿Por qué?

(Levántase y se pone á los pies del féretro, contemplando sin cesar al muerto.)

Sacerdote. Basta
de lamento por ese extraño. ¿Qué haces
ahí?

Hero. Señor, medito.

Sacerdote. ¿Qué meditas?

Hero (pasando á la cabecera).
Lo que será la vida.
Era él tan juvenil y bello,
tan rebosante de salud y fuerza.
Ahora yace frío y muerto.
Lo he probado: me he puesto yo su mano
sobre el pecho: he sentido correr hielo
hasta la división de mi alma.
Ningún mirar llameaba en su ojo yerto.
Tiemblo de horror. ¡Ay!

Sacerdote (á Nauclero).
Llégate. ¿Reconoces á tu amigo?

Nauclero. Es él; era él.

Sacerdote. Vén ya.

Hero. ¿Por qué?

Sacerdote. Le llevan.

Hero. ¿Ya?

Sacerdote. Sí.

Hero. ¿Adónde?

Sacerdote. Á su país.

Hero. ¡Un manto!

Sacerdote. ¿Á qué?

Hero. Para seguirle. Aunque muerto,
era mi amigo. Y en la playa donde
él reposare, allí vivir yo quiero.

Sacerdote. Imposible. Te quedas tú
aquí.

Hero. ¿Aquí?

Sacerdote. Sacerdotisa, aquí.

Hero. Dejad, entonces, que en la playa nuestra
le sepultemos; do murió, do muerto
yació al pie de mi torre.
Y rosas y nevadas azucenas,
humedecidas del rocío,
do yace, brotarán.

Sacerdote. Tampoco es dado.

Hero. ¿Cómo? ¿No?

Sacerdote. No puede ser.
Hero. ¿No puede ser?
Sacerdote (fuerte). No.
Hero. Pues bien, yo aprendí á someterme
al poder. No han querido tal los dioses.
Por esto vénganse. Llevadle enhorabuena.
Joven hermoso, adiós. Yo aun querría
estrecharte la diestra; y no me atrevo:
tan frío, helado estás.
Sólo como señal y como prenda
del postrimer adiós, esta corona
recibe, y me desciño y este cinto
te lo pongo en la tumba.
Imagen bella tú, todo cuanto era
yo y cuanto yo tenía, todo es tuyo,
Toma el signo también, ya que tú tienes
lo que él demuestra.
Y así adornado, adiós.
(Acércanse algunos al cadáver.)
Y sin embargo,
teneos. ¿Tan de prisa estáis? —
Y sin embargo, sin embargo, no.
(Acercándose al féretro.)
¡Jamás volverte á ver; nunca en la vida!
Tú que vestido de la noche andabas,
y el alma tenebrosa me irradiabas,
y hacías florecer todo lo dulce,
todo lo bueno.
¿Y lejos tú de aquí á solitario
sitio sombrío? ¿ni mis ojos nunca
á verte volverán desfallecidos?
Vendrán los días, las calladas noches,
la primavera, otoño, el regocijo
del largo estío; empero tú, Leandro,
¡jamás! — ¿oyes? — ¡jamás!
¡nunca! ¡nunca! ¡jamás! ¡jamás!
(Postrándose junto al féretro y ocultando el rostro en sus almohadas.)
Nauclero. Ten de ella lástima, señor.
Sacerdote. La tengo.
Por esto yo la salvo.
(Acercándose á Hero.)
Basta.
Hero. ¿Basta?
¿Así lo crees? ¡Basta!
Mas yo, ¿qué habré de hacer?
Él no se queda: yo con él no voy.
Consultaré á mi diosa.
Condúceme á su trono, Yante.
No le toquéis, en tanto.
(Á Nauclero.)
Promételo: la mano dame en prenda. —
¡Ah! ¿te estremeces? Mira:
ése me lo hizo, ese amigo tuyo —
Estás tú tan caliente: ¡qué agradable!
¡qué bueno! — ¡Cierto que el vivir es dulce!
Mas suelta ya. — ¿Quién me calienta
la mano? Yante, vén. — Pero primero
quítame el velo de los ojos.
Yante. Velo
ninguno en la cabeza llevas.
Hero. Verdad. — Vén ya. Y vosotros
no le toquéis.
Yante (al sacerdote y sujetando á Hero).
Señor, ¡oh! el hielo de la muerte
en ella está.
— — — — — — — — — — —

DROSTE-HÜLSHOFF.

(1797—1848.)

ANA DE DROSTE-HÜLSHOFF es la mayor poetisa que se conoce. De superiores talentos y extraordinario numen; de pensamiento y criterio varoniles; de sensibilidad tierna y finura femenina; copia, en sus narraciones poéticas, con elevado arte, las bellezas de la creación, y canta con alma purísima, ya melodías líricas, ya insignes cantares épicos.

LA PALABRA.

Saeta alada es la palabra;
Y si de tu arco se escapó,
ora ligera, ora severa,
su rapidez te dé pavor.

Semilla es, que soltó tu mano:
¿quién á encontrarla volverá?
En lo hondo se radica y crece
y rica mies producirá.

Es chispa errante que se apaga,
en día de humedad, quizá;
quizás, en claro día, crece;
surge, en el seco: un ígneo mar.

Palabras son no más, y tanto
en tu balanza pesarán:

ninguna es vana; por cada una
ó esperarás ó llorarás.

Al tímido, oh mi Dios, y al ciego
de luz celeste un rayo da:
¿cómo hallará su fin, y el campo,
y aura y rocío medirá?

Eterno, la palabra diste:
velástenos su porvenir,
rige por ti tu don; tu aliento
su marcha quiera dirigir.

Guía á su blanco la saeta;
nutre al granito en su yacer;
extingue ó inflama la centella:
tú solo sabes nuestro bien.

ÚLTIMAS PALABRAS.

Amados míos, desque yo me muera,
ninguna lágrima lloréis por mí,
que do morare, allí la paz impera,
rutílame eternal el día allí.

Mas las terrenas cuitas todas idas,
la imagen vuestra no se irá de mí,
y de los males vuestros, las heridas,
un lenitivo habré de conseguir.

Y cuando se alce por la noche umbría,
sobre el mundo seráfica la paz,
ya no rememoréis la fosa mía,
que yo os saludo desde el mundo astral.

LA MADRE JUNTO Á LA TUMBA DE SU HIJA.

Eras tan riente, pía y apacible,
mi bien, y de morir hubiste tú:
era tu alma asaz pura para un cuerpo
y á su patria voló, rayo de luz.

Si yo y tu padre, los que aquí más te aman,
llorando estamos de tu tumba á par;
la obscura puerta de tu fosa sólo,
tu dicha no podemos contemplar.

¡Oh, pudiese una vez ojo de madre
penetrar esa incógnita región!
en tu ventura de inocencia verte,
aun cuando fuese en sueño, en dormición;

Mirara quieta yo el lugar do el polvo
con el polvo á juntarse sólo va.
Pero el mundo de espíritus se oculta:
puede vagar por él la fe no más.

Bien sé que sobre el lloro nuestro te alzas
alta entre esplendorosa claridad;
y que entendiendo mi ansia más oculta,
amas conmigo ir, mi ángel tutelar;

Y allá mirando, por divina mano
me siento muchas veces levantar;
y siento que hay un lazo de las almas,
y que mi hija me vino á sustentar.

De aquel claro astro suave ¿luce acaso
en mis llorosos ojos tu mirar?
y en la aura que me orea, ¿darme acaso
consuelo tu amante hálito querrá?

Libre de vínculos que aquí nos ligan,
rica de fuerzas que no son de aquí,
tu aliento cércame quizá á menudo.
¿No me puedes, Constancia, esto decir?

Creo que el ver de pena desgarrados
los padres que tú amabas de por ti;
el ver que tu alentar ellos no entienden:
creo, mi hija, que tal te hará sufrir. —

Mas no: tu ojo de espíritu domina
de esta senda de espinas claro el fin.
Verás así el cuitar humano un juego;
y nuestro depurar te hará feliz.

Rociada de mis lágrimas ardientes
rogábasme te bendijera ya:
«Nunca, mi madre, tú me has bendecido:
á Constancia bendice ya, mamá.»

Luego: «Conmigo todos vais al cielo;
después que muera, con vosotros soy.»
Y cual un soplo, tu alma fué, buscando
de los puros y píos la región.

En medio á mi dolor yo te bendije;
y en la gélida frente te besé;
bendíjete con alma desgarrada,
mortal angustia en la candente sien.

Bendíceme á tu vez, ser de pureza,
ángel de luz en celestial confín;
¡oh! con rociante amor tú me bendice!
¡oh! me devuelve lo que yo te dí!

Con tu paciencia y suavidad inspira,
en todo el grave terrenal afán,
mi frágil corazón, y haz que dirija
mi errante vista á la eternal bondad.

Ayuda á reflejar lo grande, eterno
en medio al goce, en medio del pesar.
Así mi hija murió al fugace tiempo:
resucitó, á ser mi ángel tutelar.

SU MERECIDO.

El anteojo, al mastelero,
en negra mano, el capitán,
y el pelinegro pasajero
detrás, ambos mirando están
un pardo nublado que sube,
mirando yertos con afán.
Dice éste: «¿Qué traerá la nube?»
— «Al diablo», gruñe el capitán.

Y desde leño carcomido
alza un enfermo húmeda sien:
el cielo azul, el mar bruñido
crecen, ¡ay! su febril vaivén.
Sombría, lenta su mirada
del duro lecho va á los pies,
do esta leyenda lee grabada:
«*Batavia, Cuatrocientos tres.*»

La nube sube. Al medio día
la nave cruje en la alta mar;
aúlla la honda mar bravía:
las tablas ceden con bramar.
«¡Perdidos somos, Virgen santa!»
El nauta en el oleaje da.
Un ronco trueno, y se quebranta
y destrozado el barco va.

Yace el enfermo aun en cubierta;
de su viga aferrado está:
la oleada viene, y por desierta
mar lánzalo lejano allá.
Lo que no consiguiera el brío,
consíguelo el ardor febril:
va por el piélago bravío,
como un narval por olas mil.

¿Qué tiempo? — Á saberlo no atina.
Luego un fulgor, y luego un mar,
grande llanura cristalina,
comienza lento á atravesar. —
¿La nao? ¿la gente? — Á fondo han ido.—
Mas no; que al pasajero allá
ve por el agua andar, metido
en caja que al través ya da,
de ruín, viejísima, consigo.

Y grítale con bronca voz:
«¡No á izquierda! Enderezarse, amigo»,
y aquél acércase veloz,
veloz va el palo á él, cual nido
que de gaviota fué. «¡Valor!»
clama el enfermo. «Algo ha lucido,
creo que es tierra, por babor.»

Se juntan; y furor insano
de aquél los ojos ve lanzar.
y siéntese de fuerte mano
al agua disparado, al par.
«¡Piedad! enfermo, y suerte aciaga.»
Se aferra allá, se agarra acá:
un ronco grito: el mar lo apaga.
Sobre el madero el otro va.

Va por la mar azul nadando,
robusto, sin desfallecer.
La tierra gris está asomando,
se pierde y vuelve á aparecer.
Nadó mucho en el agua suave,
de las gaviotas al graznar.
Al fin recógele una nave:
¡Vítor! bravísimo! es salvar!

* * *

Volaron lunas tres. En rocas
anclada la fragata está,
do al sol caliéntanse las focas.
Á verla todo el mundo va.
Trepar allá al niño es contento;
las niñas vienen de tropel;
pues, aunque roto, es un portento
de los piratas el bajel.

Y por la playa gran gentío:
de villa entera ir y venir;
que de tanto pirata impío
ver quieren todos el morir.
De palos por la mar traídos
alzada una horca pronto fué,
en que los monstruos suspendidos
serán — horrenda ella se ve.

¡Qué tumultuar por la barrera.
«Fulano . . . zutano es aquél. . . .
Viene allá el pelinegro. . . . Entera
niega ése la verdad; y que él
nadando náufrago ha venido.» . . .
Y mófase una vieja: «¡Audaz! . . .
Empero, que del gremio ha sido
lo dicen todos los demás.»

Á par de la horca el pasajero
desfallecido, mustio está;
suplícales muy lastimero:
«No me culpéis: ¿á vos qué os va? —
¡Piedad! — Morir por la mentira
de la canalla, ¡qué baldón! . . .
¡Condéneos Dios!» . . . y ya le tira
de allí la mano del sayón.

La multitud se arremolina,
y se abre ante él, se lanza en pos:
Ahora sabe él que «es pamplina
de los frailes el justo Dios».
Y cuando con furor blasfemo
al cielo mira de través,
de la horca en lo alto, ve al extremo:
«*Batavia, Cuatrocientos tres.*»

WEBER.

(1813—1894.)

FEDERICO GUILLERMO WEBER subió á la altura de los grandes ingenios con su poema lírico-épico *Dreizehnlinden* (Trece Tilos), de muy concisa, vigorosa y magistral forma, oreado por las auras perfumadas de las selvas, y cuyo núcleo moral es la lucha del idealismo contra la materia, describiéndose el triunfo de la causa cristiana sobre las duras y soberbias cervices de los sajones.

DE LOS «TRECE TILOS».

I. DEL NÉTEGAU[1].

Ir, bordón en mano y flores
al sombrero, en primavera,
gozo es, gozo por los huertos
del Señor vagar doquiera.

Blancas nubes van arriba,
van abajo azules ríos;
lucen selvas, lucen prados
veste nueva y atavíos.

Lo que afán hiló de invierno,
niñas sácanlo al lavado;
á la fronda el mirlo cuenta
lo entre nieves meditado:

Viejas, viejas melodías.
Las que lavan, las atienden,
sin embargo, y complacidas
de sus dulces sones penden;

Penden de sus dulces sones,
que por monte y val se extienden.
Zagal y carbonerillo
oyen: concentar pretenden;

Ledos concentar tras larga
invernal tristeza inerte.
No hay cantar que dentro al pecho
de su sueño no despierte:

Canto antiguo dentro á mi alma
de su sueño se levanta.
Para alzarlo, ¡quién tuviera,
mirlo vago, tu garganta! —

Lo que el tilo me contara,
lo que susurrara encina,
cuando oía yo su parla
misteriosa vespertina;

Lo que despeñado arroyo
murmurara alegre, inquieto:
un rapaz que nunca atina
ni á callar ni estarse quieto;

Lo que duendes me confiaran,
que en la honda selva anidan,
dentro de barranca y sima,
do su hogar pequeño cuidan;

Lo que al hada, á clara luna,
percibía yo en el prado;
lo que en musgosa leyenda
piedra cana me ha enseñado:

Esto y lo que en pergaminos
yo leyera polvorientos
y en medio borrados folios,
vuélvese de lira acentos,

Surgen sombras vagarosas
de otros días muy remotos;
oigo sus calladas voces:
gozo, furia, tristes votos;

Hombres que, hace mil estíos,
por el Nétegau vivían:
étnicas, cristianas gentes:
lo que eran, lo que sufrían;

Lides de un sajón mancebo
con el franco, su adversario,
y las más porfiadas lides
en el pecho solitario;

De una virgen mudo lloro;
de una anciana los rencores;
cantares y de mujeres
los clamores vengadores;

Del convento en «Trece Tilos»
lene obrar del monje pío,
y su afán, y amor y luces,
domando al gentil bravío,

Himnos con que día y noche
plácidos y en ondas puras
de la cruz los triunfos cantan
y resuenan las alturas;

Entre el rebramar del bosque,
y el de la onda al quebrantarse;
todo cónsone: lo bronco,
lo argentino quiere aliarse.

[1] Comarca vestfaliana, donde por los años de 820, en tiempos de Luis el Piadoso, tiene lugar la acción del poema.

¡Sea! y, los del Ems y Lippe,
Ruhr y Dímel, vuestro sea,
vuestro los del Nete y Émmer:
todos de ínclita ralea.

Habláis todos un idioma,
buenos hijos de una buena
madre, ya en la sierra suene
rauco ó blando en yerma arena.

Tomad lo mejor que tengo,
hijos de tierra sajona:
malo no es, si amor lo diere,
ni lo que el pequeño dona.

Creed que os doy silvestres flores:
un puñado que he cogido
por el Osning[1] en otoño,
y el follaje desteñido.

No os ofenda que yo al héroe
pinte con tinte paisano:
tal cual vez diréis que sueña —
— ¿qué queréis! — es vestfaliano:

Recio, dúctil, rudo, bueno,
cual la raza vuestra fina,
cual de vuestro monte el hierro,
cual palo de vuestra encina.

Conserváis de vuestros padres,
como nadie, el ser y estilos;
cánteseos, pues, á vosotros
el cantar de Trece Tilos. —

Mas un buho refunfuña:
«Áspero es tu son: Vestfalia
ni su Nete, obscura fuente,
nunca yo las vi Castalia.

El rasguear de liras deja:
no te hará pro ni decoro:
son mejor, el son más alto,
me parece el son del oro.

Es la propia piel de todo
lo primero la primera:
en tu huerto siembra papas,
trigo siembra en tu pradera.

Esos folios y polilla
tíralos bajo el caldero;
ascuas — falta ellas nos hacen,
y el vapor — es lo primero.

Todo el fantasear escrito
y balumba soterrada
haz que sirva, al fin; y brote
so el caldero llamarada.

Valgan números, polea,
cilindro, rueda, martillo:
todo lo demás: basuras,
arda todo en el hornillo.

Arda en llamas, que las aguas
bullan, suenen y del mundo
los linajes desgarrados
mezclen con vaivén profundo;

Que es gran fin del gran futuro.
que uniforme todo se haga;
libre es en verdad el pueblo
que sin ley ni freno vaga.

El rasguear de liras deja:
¿quién se goza en sones tales?
son mejor, el son más alto
es el son de los metales.» —

Jalde envidia, viejo buho,
ya te entiendo yo tu modo:
el feliz cristiano mundo
todo tú lo niegas todo.

Tú en crisol y en la retorta
— tras triturarlo en mortero —
el espíritu de vida
le sacaras por entero.

Tú le arrojaras en brazos
del Moloc de nuestros días,
que se disolviera en humo,
como rezan profecías.

Viejo buho, jalde envidia,
aunque rabies, siempre crece
un verjel que al hombre rosas
abundoso siempre ofrece.

Siempre nace la azucena
y en el valle solitario
la azulada florecilla
en recóndito santuario.

Siempre cantan por los aires,
por las selvas, por la umbría;
para que enmudezca el mirlo
falta mucho todavía.

Y el ruiseñor dentro al pecho
plañirá con sus canciones,
cada mayo, mientras haya
mundo, rosas, corazones.

II. EL CONVENTO.

Trino dulce de la alondra;
sol en todos los collados —

[1] Selva vestfaliana de Teutoburgo, donde fué derrotado Varo.

por las hondonadas suenan,
vuelan vientos muy templados.

De la sierra alegres saltan
por las ramas los raudales,
para referir al valle
largos sueños invernales:

Pesadillas; cuál el hielo
tiernas sílfides ofende;
cuál roncaban los gigantes;
cuál sagaz parlaba el duende.

Que desnieva: ya las cumbres
pardean del monte cano;
va mugiendo por los pinos
un presentir del verano.

Torrecilla aguda se alza
redonda de entre los pinos
y el tejado de un convento
de monjes benedictinos;

Hombres sabios que han venido,
poco há, de país lejano,
en el labio blandas voces,
signo de paz en la mano;

En la mano el arma pía
que valor infunde al débil,
que amorosa al mundo vence,
para libertar al flébil;

Hombres graves, muy sufridos,
de sí mismos triunfadores,
que oran y meditan solos;
de la tierra labradores;

Solitarios, que, sudando,
cavan yermos, cavan mentes
aun más yermas, que fecundan
de la fe con las simientes.

Diestros el plomo y balanza
manejan y escuadra; sierra,
y martillo, y hacha y plana
sin cesar su mano aferra,

Hasta fabricar constantes
casa y templo resistente;
hasta sonar en el atrio
de Trece Tilos la fuente.

Fuertes, mudos campeones,
pobres, castos, obedientes
labran, desmalezan, cortan,
desraigan selvas ingentes.

Contra ciervos, jabalíes
con cercado y valla abriga
el monje, en el val, segura
la espiga, del hombre amiga.

Con vallado y palizada
estrecha el torrente fiero;
del sur brote fino injerta
en boreal tronco grosero.

Tomillo, apio, salvia, eneldo,
el ranúnculo, la rosa,
artemisia, espliego, ufanos
crecen en era graciosa.

Otras tierras, gruesas, ricas
han de cultivar, y apenas,
son apenas cultivables,
de étnica maleza llenas.

¡Vaya! ¡qué de desarraigos!
¡cuánto esfuerzo y domadura!
¡cuánto enderezar de ramas!
¡cuánta renitencia dura!

Bancos de encina — y en ellos
sajona infancia arrogante:
oseznos, el desbastarlos
es trabajo de gigante.

La romana extraña letra
hay que escudriñar primero:
¡oh, qué enigma tan cerdudo!
¿quién puede entenderlo entero?

Hay que imitar tanto signo
de una forma nunca vista:
es empresa reservada
á los dedos del artista.

Pero es la más alta empresa
explicarles la doctrina
de la cruz; más de un chorlito,
que es lo mismísimo opina

Evangelio y sagas; Cristo
luciente, y Bálder luciente;
claro ángel, sílfide clara;
fe de armas, fe de creyente.

Son en la ciencia iniciados
alumnos excepcionales,
y á fondo se les explanan
las siete artes liberales.

La alemana lengua suena
torpe aún, y torpe avanza,
cual del hijo de un gigante
la primera libre andanza;

Mientras rauda, como flecha,
vuela breve y acerada
la palabra del romano:
cual del rey del mundo espada.

Clara brevedad ofrece
á la lógica, al comento;

fuerza al orador y copia,
al poeta rico acento.

¡Gloria al negro sayal! ¡Gloria
á ese monje tan valiente,
del saber humano todo
ángel tutelar potente!

Lo que en Pindo azul, y en playa
del Tirreno Mar un día
cantó el poeta, pensó el sabio,
de los siglos goce y guía;

Lo que entre tormenta y calma
reveló Dios al vidente;
dichos y hechos del Eterno,
hombre entre la humana gente:

Mano de monje escribiólo
pacienzuda, hoja por hoja;
y arca tiene la abadía
que el libro segura acoja.

Miran con amor su alhaja;
de ella humildes se glorían,
y al extranjero letrado,
cual tesoro, la confían.

Porque estas preseas pasen
á las venideras gentes,
día estivo, invernal noche
escribían diligentes.

Roja, azul, verde, dorada
la inicial, entre ramaje,
brilla entre tupidas flores
y fantástico follaje.

Conmovido, de fe lleno,
el copista se despide:
para su pobre alma un ruego
de limosna al lector pide.

Álzanse en cerrada fila
las letras, negros guerreros
sobre el albo pergamino:
del convento los asteros.

Cuando un mundo de belleza
huracanes arrastraron,
ellos sus postreras islas
contra la mar ampararon.

¿El Meonida[1] con su acento
de marino oleaje encanta
tus oídos y en el pecho
sentir dormido levanta?

¿Á honrar á Dios y la patria
la ira del postrer romano[2]
te exhorta, y, pintando el vicio,
darte á la virtud ufano?

¿Te hace el libro de los libros[3]
fuerte en la labor guerrera,
como al laso peregrino
la fuente de la palmera?

Rememora del convento
al astero peregrino;
rememora al negro astero
sobre el albo pergamino. —

También se vigora el monje
á ejercicio más pesado:
arco, segur y asta sabe
manejar el rasurado;

Cuando el enemigo incendia
los frutos del campo, ó cuando
los foragidos alejan
al fiel que viene ofrendando;

Ó si caza un buen asado
de fiesta, algún noble bruto
de cuerna y dieciséis puntas,
ó uno colmilludo, hirsuto. —

Á labor de paz y guerra
así entrégase incesante;
mas de la labor del alma
no se olvida ni un instante.

De alba y noche al cielo suenan
su himno y ruego: humildes modos,
los que allí piedad demandan
para sí y los hombres todos. —

Trino dulce de la alondra,
sol en todos los collados, —
por las hondonadas suenan,
vuelan vientos muy templados.

Nuncios de la paz germinan
por el prado primaveras: —
vernal nuncio suena alegre
por las sajonas praderas.

IV. MAITINES.

Medianoche —: Lejos vuelve
la campana claros sones;
despertad: á coro, negros
monjes, píos dormilones.

Despertad, durmientes píos.
Desde la pajiza cama
dura, la severa regla
al templo, á maitines, llama;

[1] Homero. [2] Tácito. [3] La biblia.

Al templo, do las columnas
se alzan, atados gigantes,
que la bóveda lapídea
grave sustentan jadeantes;

Do mudas efigies albas
en los grises muros lucen;
do la lámpara del coro
y velas sacras relucen. —

Mi lira, tímida niña,
el dedo á la sien: piensa hora:
has de nombrarme uno á uno
á esa gente salmeadora;

Patria y suerte de los hombres
que van á ocupar su asiento;
y adivina y cuenta aína
de cada uno el pensamiento;

Todo; por más que esto y lo otro
parezca burdo y cerdudo:
los que muestras, hombres eran,
hombres buenos — no lo dudo.

Entra Varin venerando,
el abad, pequeño, grueso,
fuerte; de la edad doblado
y del cargo al grave peso.

Hijo es de Écbert, sajón duque,
por su madre es conde franco;
de las Ardenas los lobos [1],
fiero joven, son su blanco:

Su blanco en batallas veinte
el centro enemigo airoso:
enséñale odiar al mundo
Roncesvalles ardoroso.

¡Roncesvalles!: fuego el moro;
fuego y chispas Durindana [2];
ruge y revienta Olifante [3]:
cayó la enseña cristiana.

Y el abad gemir aun suele
soñando en combate fiero,
do oye el último rebato
de su joven compañero [4].

El toque de Roldán hora
horrendo, triste le oprime;
y «vanitas vanitatum»
su alma heroica paso gime. —

El prior Márcvard viene luego,
quien, sajón de raza, campa:
blondo pelo, azules ojos,
anchos hombros, alta estampa.

Su luenga, sedosa barba
se desliza con decoro;
la mano, cuando cavila,
suele ir por sus ondas de oro.

Do el Véser azul por peñas
hacia la llanura ingente
se abre camino, se alzaba
su solar de libre gente.

Facundo y de dócil lengua
todas las hablas aprende,
y el emplearlas aceradas
en frecuente lid entiende.

Es pugnaz su alemán pecho,
sus venas, sangre alemana,
mucho alterca con varones
de sangre eslava y romana.

Con roja letra le place
grabar su opinión en cara
y pecho del adversario
que á su ira de mozo encara.

Se ha calmado. Sólo, si alguien
de improviso la jornada
memora de Verden [5], cruenta
cual ninguna y malhadada,

Se irgue; sus ojos centellan
la vieja altivez sajona.
Mas su firme pecho el freno
á la furia no abandona.

Pues sirve, leal guerrero
á su caudillo divino,
que alza la cruz y de espinas
un diadema purpurino.

Hoy le asalta triste idea:
«Quien nos trajo el cristianismo,
grandes males traerános
un hora ese franco mismo».

Lo prevé: de él amenazan
fuerza y robo; lo germano:
ley y costumbres, abolido;
anegamiento romano.

Lejos aun, lejos. Al a a
el vidente ojo alza pío:
«Rey del mundo, tú clemente
vela por el suelo mío». —

---

[1] Campeones. [2] Espada de Roldán.
[3] Cuerno que toca Roldán. [4] Roldán.
[5] Gran matanza de sajones hecha por Carlomagno.

Pensador pálido, sigue
Heriberto con pie blando;
cuya aldea se levanta
do el Mosela va sonando.

Estudió en Corbeya gala
muchos años, porque sabio
le explicara los misterios
insondables algún labio,

Las leyes del mundo grande,
del pequeño. Circunscrita
ahora su ambición, ahonda
en el hondo Estagirita [1].

Hoy medita en el problema:
si de la virtud la llama
en la ciencia, la experiencia
ó en el corazón se inflama. —

Fray Lutardo, de halcón ojos,
viene grande en proporciones;
noble sangre, es un retoño
de pino en selva de halcones.

De niño, hecho á caza, á su habla
hecho, de escuela á despecho,
ha de surtir la cocina;
un deber que es goce al pecho.

Y lo que en los montes trota
bellaco, plaga temida:
zorro y lobo, ha de pillarlo
y al oso hasta en su guarida.

Piensa hora: «Las flores ya abren:
¿no será que al urogallo,
mañana al romper del alba,
yo prenda, si en celo le hallo?» —

Viene el padre Ivón gigante
en pos. — Más ¡por vida mía!
que blando roquete, el peto,
el morrión le sentaría.

De su padre los rebaños
cabe el Emmer pastorea;
do un bandido, en lucha cruda,
el semblante le cuartea.

Brótanle, de oreja á oreja,
rojiazules cicatrices.
«Fraile hazte, infeliz, que no aman
las niñas tales matices».

Estudió con gusto luego
de Vinfrido en casa augusta.
Mas Rábano, el gran maestro,
de su latín poco gusta.

Pero entiende de las cifras
luego el secreto: se adueña
de vara, lienza y fabrica
firme, hábil en piedra y leña.

Cuando el abad Varin funda
«Trece Tilos», el maestro
viene alegre á su llamada
y el claustro edifica diestro.

Hora piensa: «Por curarle,
grave mal el cielo envía
al sano; mas al enfermo,
por curarlo, herida impía. —

Fray Bernardo, el sexto, es bructo —
tierras que abetos ostentan;
do los hombres llevan zuecos,
con negro pan se sustentan.

Pálidos, callados hombres,
blondos; sueñan y presienten:
por erial, pantano, estanque,
de noche sombras se sienten.

Niño, de la natal choza,
en busca de paz, se fuera;
Hátumar, el buen obispo,
solaz, zapatos le diera.

Táncmar, sacerdote pío,
de Bernardo el celo enfrena;
pues de su alma los anhelos
ni la paz del claustro llena.

Hora, como siempre, llora,
por la casa de oro: el cielo:
«¡Quién diera al alma cautiva
alas de paloma y vuelo!» —

Sigue fuerte el fuerte Sígvard.
Del Ósning las hondonadas
niño el alma le arrullaron.
De extraño son atronadas.

Con su canto, con su viola
vaga á tierras apartadas:
tañe á danza á las burguesas
y á las damas encumbradas.

Ve en la corte al nuncio enviado
de Harún-al-Raschid el Grande
al rey grande de los francos;
ve al elefante aun más grande;

También un monito — el norte
otros monos aun no viera
— padres de los hombres fueron
después; — hoy se ven doquiera.

[1] Aristóteles.

Cuando emigra el ave, y ruge
de través á su ala el viento,
cansada, posar le agrada
en selvoso apartamiento.

Del tumulto humano Sígvard
errante al claustro se aleja,
á la celda; y ante el templo
su bordón y calzas deja.

El halcón de Islandia sufre
silencioso sus prisiones;
del poeta, empero, brotan,
y no se atan, las canciones.

Germanos, latinos suenan
de fray Sígvard los cantares;
más aún mejor entona
los del Ósning y sus lares.

Contra el franco una rimita
hora al monje se depara:
«¡Oh, cuál el prior reiráse! —
y el abad ¡cuál se enojara!» —

Hatto viene, alta la frente;
nada el ojo en goce; es hijo,
de do, ondeando, se saludan
Rhin y vid con regocijo. —

Ivón chancea: su madre
le nutrió bajo emparrado
de Déidesheim, con el zumo
de su uva dulce, inflamado.

Entró niño en Trece Tilos;
donde su mente devota
de himnos sacros y secuencias
inventa la letra y nota.

Leyendas también é historias,
con muy apropiada tinta,
en el lienzo y en trasunto
animado y vivo pinta.

Hoy traza en la mente á su Héroe:
cuál glorioso de la muerte
triunfa y cuál de espaldas cae
el guerrero franco inerte. —

Enjuto, gibado viene
fray Biso, hijo de un pagano,
que, en las márgenes del Diemen,
burgués de un opimo llano,

Por el martillo de Dónar
maldice á ese blanco, flojo,
que no jinetea y sueña
bajo el ciruelo á su antojo;

Ó que al ermitaño franco
que le enseña, escucha atento;
pues con saga del sur bella
le embriaga el pecho sediento.

¡Las alas del céfiro ata,
que por el hayal va errante! —
Poco tiempo —: el sajoncillo
es de San Galo estudiante.

Poco tiempo —: en Trece Tilos
libro á libro, glosa á glosa,
el saber de Roma, Atenas
todo escribe, y no reposa.

La alba faz del frailecillo
hoy tal vez se ha sonrosado:
«De Tácito los Anales
Gloria Deo helos firmado.» —

Sigue Beda, el caro sabio.
Ciervos perseguir solía
con su padre, en la ribera
del Cheviot lejano un día.

Del águila al nido trepa;
quita á la loba el lobato;
raíces, hierbas y musgos
trae de su correr grato;

Y lo que el pastor conoce
y el cazador: flor, semilla,
muchas contra muchos males
buenas, de Dios maravilla.

La del cuerpo pía cura,
la del corazón más pía
en el caro hermano entrambas
el buen Beda las hacía.

Sobre enigmas hoy cavila:
«Murmurar runas, conjuros;
cocer mixtos hechiceros
es de gentiles impuros.

Mas saber curar con solo
el poder de la mirada,
como el pájaro Caradrio [1],
¡oh, más bello no hay, no hay nada!

Sí: ¿y es bueno? — El mal descarta.
— Pero el mal bien no depara.
Dios, hazme ir con ojos claros
sencillo por senda clara». —

[1] Ave fabulosa, que con mirar al enfermo introducía en sí misma su mal, del que se libraba volando hacia el sol.

Lira mía, nombra ahora
á los legos con decoro,
como tras los dignos frailes
van fieles entrando á coro:

Primero Híldegrim, el grande.
En Potros, aprendiz fuera
de Hadubaldo, albañil grande,
del Déister en la ribera.

Asaz titánico y tosco,
riña y pugna era su norte;
destrozaba cada piedra:
dióle el viejo el pasaporte.

Corre acá y allá; en la hueste
va del cato [1] Valafrido,
hasta el muro de las ratas
tiberinas, vasto, erguido.

Ríen las romanas, viendo
cuál, de julio en los ardores,
con su gran piel gris, el gorro
grande gris va, como en flores.

Ríen, viendo su estatura,
de Tito en el arco, loca,
pues con la roja cabeza
casi á la bóveda toca.

Blandas, sedosas romanas,
gatitas de terciopelo,
con las uñitas probarais
del oso alemán el pelo.

¿Fastídianle esos enanos?
¿Arde la piel demasiado?
Volando por monte y valle,
á Potros ha regresado.

Pero extraño y solitario,
triste le es el propio suelo:
quietos compañeros busca,
tras tanta corrida y vuelo.

Del convento es cervecero,
no tan hábil, no tan bueno,
cual pudiera, cual debiera;
mas fuerte, dócil, sereno.

Dicen sabios: «Pensar mucho,
pone al pobre seso loco»:
odiando él sed y jaquecas,
bebe mucho y piensa poco.

Pero al ciego hermano Erico,
quien, cojo, impensadamente
el talón le pisa, gruñe
con saludo rudo, hiriente,

Pobre hijo de rica marca,
la del Norte, huerfanillo,
á quien crió el labrador Ulfo,
fué mozo atento y de brillo.

Silbando, refrenar sabe
fieros potros mal domados:
silbando, potrancos, yeguas
llamar de lejanos prados.

¡Oh vagar, nostalgia enferma!
siervo de extraños patrones,
lejos á Milán conduce
nobles holstenios bridones.

Por el Sóling van alegres
cencerreando mancornados;
por bandidos, faz de lobos,
súbito son asaltados:

Corta lucha: heridas largas,
muerto el socio franco; en tierra
muertos mozos siete; hundidos
los caballos en la sierra.

Viólo con un ojo Erico:
está el otro traspasado;
rotos brazos y caderas
por maza de desalmado.

Alta ya la noche, encuentra
un ermitaño al deshecho:
cúrale; mas cojo queda,
medio ciego y contrahecho.

Es hoy portero del claustro,
y al tildarle el cervecero
tosco de *topo*, suspira
dentro al alma lastimero:

«Del látigo al son, galope
por prado es más bella cosa.
Rauda planta, coja planta,
todas llegan á la fosa.» —

Sigue fray Valtrán el chico,
cuellicorto, refornido,
de las lomas de los Éngern;
do las Sillas han yacido.

Tan fuerte titán ninguno
en la ancha tierra sajona;
vasta mandíbula férrea
sino de mascar pregona.

Al gran duque Vidukindo
tío suyo le proclama;
más, empero, que la pica,
la cuchara blandir ama.

[1] Poderoso pueblo germánico.

Medita el buen padre: al niño
la enorme cabeza mide:
«Tener un hijito cuerdo
á un Sillero ¿quién lo impide?»

¡Valtrán bueno! Día y noche
masca la pluma *ab irato;*
día y noche el duro cuero
del Catón y del Donato [1].

Por fin, á cada uno luce
favorable estrella: en Trece
Tilos es el buen muchacho
cocinero: lo merece.

Mucho recuerda su tierra:
«Allá en Silla, entre la anea
del Else, huevos de parra [2]
buscar hora es la tarea.

¡Plato de ayuno! Á fe, el mundo
es gustoso, en más de un plato:
para pascua, me parece,
habrá lomo de cervato.» —

Viene en pos vivaz fray Vido.
Tanta anécdota, historieta,
enigma y chanza de claustro
ninguno como él espeta.

Ninguno hay que así los dedos
ligero, hábil mover pueda,
para hablar con mudas voces,
cuando hablar la regla veda.

De nariz aguda se alza
la aguda ceja; y aguda
de la aguda boca se alza
rubia barbita velluda.

Do, al pie del vetusto Iburgo,
hierve el manantial sagrado,
cose, en invierno, él y el padre
lo por la sajona hilado.

Al monte ovejas y cabras
á pacer lleva en estío:
tráele al convento el propio
y el maternal albedrío.

Feliz eres, chico Vido:
cuanto tu alma candorosa
quiso, tiéneslo: te turba
una sola fiera cosa:

El hacerle la sotana
al gran padre Ivón obeso,
el enorme, con su enorme
espaldar no menos grueso. —

Fray Ailrat la fila cierra.
Do playa frisona airado
va royendo el mar del Norte,
niño en las dunas ha andado.

Fuertes gentes cría el agua:
socio de rudos campeones.
desde la paterna barca
salta á los del rey dragones [3].

Por Thor y Odin [4] jura, y sale
tras de presa y nombre honroso,
á Miclagard [5] y Finlandia,
por golfos, mares gozoso.

Llega á cada cual su día:
Lejos, en roca escocesa,
al negro hendedor de mares
lanza y rompe la mar gruesa.

Á las olas: roncos lobos,
el joven pirata endura
jadeante; en vano; y en vano
los dioses todos conjura.

Hundiéndose, á la cruz clama. —
Llega á cada cual su día
naufragio al puerto le lleva;
á gran paz, ruda porfía.

Nada, y, laso, da en esparto:
Beda le halla, y da el reposo:
no hubo maestro más suave
ni alumno más silencioso.

Entrambos ejercen hora
pío deber, cura pía:
Ailrat en jardín y huerto,
y Beda en la enfermería.

Inclínase aquél y piensa:
«¡Aleluya! Sólo cría
espuma la mar: mis eras
rosa de amor atavía.» —

Sajones y extraños entran
tal los monjes, diferentes
todos, y todos concordes
en las lides excelentes:

Todos en lidiar sin tregua
por la cruz; llevar los males.
curarlos; tener á raya
los apetitos sensuales.

---

[1] Textos de enseñanza mediovales.
[2] ó ave-fría.
[3] Naves en forma de dragón.
[4] Dioses germánicos.
[5] Bizancio.

Ahora gloria á Dios sus himnos
jubilosos lejos suenan
por la sierra; jubilosos
desde la sierra resuenan:

«Load al Señor, seres todos;
load al Omnipotente,
obras todas de sus manos
al sin límites clemente.

Loa á Dios, hueste del cielo,
que al pie de su trono adoras.
Load, sol, luna, luceros
al Señor; loadle, auroras.

Load á Dios, vientos y nubes,
rayos, truenos, lluvias fieras.
Load á Dios, fontanas todas,
ríos, mares sin riberas.

Loadle, columnas del orbe;
de gozo saltad, collados,
montes; loadle, florestas,
selvas; loadle, campos, prados.

Y delfines y dragones,
load á Dios en mar y hondura,
bestias todas de los campos,
aves todas de la altura.

Hijos todos de los hombres,
por los siglos alabadle:
desde el oriente al ocaso,
siervos, reyes, ensalzadle.

Cuantos por las anchas sendas
vais del mundo, alta la frente,
load á Dios por fiel; loadle,
ensalzadle por clemente.

La lealtad con él rompisteis:
él os la guardó inviolada.
Perdisteis su gracia toda:
él os la volvió doblada.

Entre muertos, en la tumba,
vuestra alma muerta yacía:
para de ella suscitarla
nuncios de salud envía.

Llorabais en el desierto;
y á reducir los yacientes
á su Unigénito manda,
al gran pastor de las gentes;

Que os mostró dó de la vida
brota la fuente abundosa;
dó, junto á la fresca tienda
de paz, se alzan palma y rosa.

Al Señor que os ha salvado,
por los siglos alabadle:
desde el oriente al ocaso,
siervos, reyes, ensalzadle.

Load al Señor, seres todos;
load al Omnipotente,
obras todas de sus manos
al sin límites clemente».—

«Al sin límites clemente» —
suena, resuena la hondura;
y la lámpara del coro
de Trece Tilos fulgura.

REUTER.

(1810—1874.)

GRAN novelista, sobre todo en *Mis rusticaciones*, su obra maestra, riquísimo de fantasía, sentimiento y de alma risueña y benévola como pocas; es *Federico Reuter* el primer novelador y humorista alemán y uno de los principales del mundo. *Mis rusticaciones* y *Mis prisiones* descuellan entre sus numerosas y popularísimas obras, escritas con suma galanura en delicioso bajo alemán *(platt)*.

DE «MIS RUSTICACIONES».

(Capítulo 1.)

Era el día de San Juan del año de 1829. En una enramada de fresno de una huerta enteramente abandonada estaba sentado un hombre sumido en la más honda pena. La finca á que pertenecía la huerta, era de arriendo y estaba, entre Anclam y Demmin, á orillas del Peene; y el hombre sentado á la fresca sombra de la glorieta, era el arrendatario; es decir, lo había sido hasta ahora; se le acababa de lanzar y se le remataban sus haberes, y todo lo suyo se desparramaba por los cuatro vientos.

Era un hombre grande, de anchas espaldas, cuarenta y cuatro años y pelo castaño claro. Y lo que el trabajo es

capaz de hacer de un hombre, lo había tallado en esa madera, y ninguna mejor hubiera podido tal vez hallar en parte ninguna. «Trabajo» decía su honrada cara. «Trabajo» decían sus leales manos, puestas ahora tranquilas sobre sus rodillas y cruzadas — acaso para orar.

Sí; para orar. Y en toda la querida tierra de Pomerania no tendría nadie tanta razón y necesidad de conversar con su Dios como este hombre. Es cosa pesada para cualquiera el ver emigrar por todo el mundo su ajuar, que, pieza por pieza, se ha ido ganando con el trabajo y el sudor de su frente. Es cosa pesada para un agricultor el tener que entregar el ganado que ha criado entre afanes, y pasarlo á otras manos, que nada saben de los aprietos que él ha tenido toda su vida. Pero lo que tan pesadamente le oprimía el alma, no era esto: era una pena mayor aún la que le juntaba las cansadas manos; la que le levantaba hacia arriba los cansados ojos.

Desde ayer era viudo; su mujer yacía sobre su lecho de muerte. — ¡Su mujer! Diez años la ha pretendido; diez años ha trabajado y hecho lo que está al alcance de las fuerzas humanas, para obtenerla, para dar reposo al profundo y fortísimo amor que iba al través de todo su ser, como campanas de pascua por verdes campos y árboles floridos. Hace cuatro años, lo consiguió por fin; juntó hasta el último ochavo; un conocido suyo, heredero de dos fundos paternos, le dió uno en arriendo — subido, muy subido — nadie lo sabía mejor que él. Pero el amor da coraje, mucho coraje, que logra atropellar por todo.

¡Oh! hubiera, sin embargo, ido bien, muy bien, si no viene sobre él la desgracia, si su querida mujercita no se hubiera levantado con noche, harta noche, pues también quería ella trabajar, y si no le hubieran salido por la cara esas manchas coloradas, ardientes.

¡Oh! hubiera ido bien, muy bien, si su arrendador hubiera sido, no sólo un conocido: un amigo. No lo era: le hizo rematar sus bienes.

¿Amigos? — Un hombre así como el que está sentado en la glorieta de fresno — ¿ése no ha de tener amigos? — Ay, amigos tiene; parientes también tiene; pero no le pueden ayudar: no tienen nada, ni para dar ni para prestar. Adondequiera que mire, se le sube delante de los ojos una pared negra, y le estrecha y aprieta, que hubiera querido hablar á gritos al Señor y contarle sus penas. — Y encima de él, en las ramas del fresno, cantan el jilguero y el paro, y su plumaje pintado brilla y juega al sol; y las flores de la huerta abandonada daban su fragancia en vano; y los fresnos daban su fresca sombra en vano; y la pareja de novios más linda del mundo hubiera podido sentarse debajo y en su vida olvidara ni la umbría ni el día.

¿Y no ha estado él también sentado á esta sombra con una mano blanda en la suya dura? ¿No han cantado los pájaros y trascendido las flores? ¿No ha soñado debajo de los fresnos con frescas sombras para su vejez? ¿Y quién fué quien, después de los afanes y ardores del día, traíale refrescante bebida? ¿Quién fué quien compartía y consolaba fiel sus trabajos y cuidados?

Se fué; todo se fué. — Bajo el martillo estaban sus trabajos y cuidados; y la blanda, caliente mano estaba fría y rígida. Y entonces suele sentir el hombre como que los pájaros ya no cantan para él, que las flores ya no huelen para él, y que el sol querido no luce ya para él. Y si el pobre corazón sigue latiendo, suele entonces el hombre tender su mano sobre pájaros y flores y sobre el sol de oro, y más arriba hasta el Consolador; ante quien no subsisten estas alegrías de la tierra y ante quien un día subsistirá el corazón del hombre.

Así estaba Habermann delante de su Dios, y sus manos habían seguido y sus honrados azules ojos miraban á lo alto y en ellos se reflejaba una luz aun más bella que la del sol.

Luego vino una chiquitina: se le allega y pone en el regazo una maya; y él abre las manos y échalas fuertemente en torno de la niñita — era su hija — y levantóse del escaño y tomó en brazos á la niña, y de sus ojos cae lágrima tras lágrima, y la maya tiénela en la mano y va con su niñita por la senda, á lo largo del jardín.

Viene á un arbolillo que ha plantado él mismo; el cordel pajizo con que había atado á él su yegua habíase cortado y el arbolillo tenía la copa inclinada. La enderezó y lo amarró, impensadamente; pues sus pensamientos andaban muy lejos, y cuidar y ayudar era condición suya.

Pero, cuando los pensamientos del hombre van así por el azul, aunque sea del cielo, y se detienen sus ojos en algo acostumbrado y en fuerza de la costumbre se va á ello la mano; entonces esto le hace volver en sí, y advertir lo que está cerca de él y lo que urge. Y el ser esto así, es un gran beneficio de Nuestro Señor.

Fuése paseando por la huerta, y su ojo viendo de nuevo lo que estaba á su alrededor, y sus pensamientos tornando á la tierra. Y sin embargo, por negras y sombrías que fuesen las nubes del cielo de su porvenir, un pedacito del cielo azul no podían anublarle; y era su chiquitina, que llevaba en brazos y que con su blanda manecilla jugaba con el pelo de él. Había reflexionado sobre su situación, y firme, de hito en hito, mirado las nubes obscuras: debía él mirar por su niñita para que no la ahogase el temporal.

Fué del jardín al patio de la casa. — ¡Dios mío! ¿qué pasó por él? — Indiferentes, y deseosos de pequeñas ganancias, se estrechaban los hombres en torno de la mesa del martillero. Pieza por pieza se vende al mejor postor el trabajo de tantos años, los útiles más necesarios de la casa, y lo que pieza por pieza ha ido él ganando y trayendo, entre fatigas y penas, al hogar; y eso ahora va marchando, entre risas y chanzas, por el mundo — también pieza por pieza. El armario que fué de su madre; la cómoda que le trajo la mujer; la mesita de labor que le regaló á ella, cuando estaban de novios. —

En hilera estaban sus animales, amarrados á una vara, y mugían hacia el prado; entre ellos la vaquilla de la frente blanca; la que había criado su mujer y era su regalona. Acercóse á ella y le fué pasando la mano por el lomo.

«Señor», dice el mayordomo Niemann, «¡qué lástima!» — «Sí, Niemann, es lástima. Pero ¿qué sacamos con todo esto?» dice, y se vuelve y va á la gente, que se aprieta alrededor de la mesa del martillero.

Al notar los presentes que se quería acercar á la mesa, atentos y afables le dejaron pasar. Se dirigió al martillero: si acaso podía hablar una palabra con él.

«Luego, Señor Habermann», dice el hombre. «Luego, al momento. Luego voy á acabar con el mobiliario, pues... ¡Una cómoda!» — «¡Dos pesos, un real!» — «¡Dos pesos, dos reales!» — «¡Dos pesos, cuatro reales!» — «¡Á la una! — ¡Á las dos!» — «¡Dos pesos, seis reales!» — «¿Nadie da más? — ¡Á la una! — ¡Á las dos, y á las — tres!... ¿Quién dijo, seis reales?» — «El sastre Brandt», contestaron.

En ese preciso momento viene cabalgando por el patio un grupo de paisanos, tal vez interesados por los animales; á los que ya les va á tocar el turno. Adelante cabalga un hombre grueso, colorado, en cuya gorda cara encuentra la insolencia lugar muy á propósito para espaciarse. Esa ralea abunda; pero lo que á éste le distin-

guía de sus hermanos eran los ojitos astutos, que miraban por encima de los carrillos gruesos, como si quisiesen decirles: «Bien tratados estáis. Pero nos lo debéis á nosotros, que sabemos divisar cuanto os aprovecha á vosotros.» El dueño de esos ojos, lo era también de la finca que había tenido en arriendo Habermann. Viene hasta junto al gentío, y cuando ve al infeliz arrendatario, ocúrresele la posibilidad de no alcanzarle éste á satisfacer el arriendo entero. Y los ojitos listos, que tan bien sabían divisar sus conveniencias, dijeron al descoco que yacía sobre boca y facciones: «Hermano, ahora es tiempo de hacer de las tuyas á costillas ajenas.» Y acercando su caballo á Habermann, le gritó, que toda la gente lo oyera: «Sí, ésos son los hábiles mecklemburgueses, que nos quieren enseñar á manejarnos. ¿Qué nos han enseñado? Á tomar mostos tintos y á manejar el naipe, eso nos han enseñado. Pero ¿á manejarnos? Á quebrar nos pueden enseñar.»

Todo calló á estas duras razones, y miraban ya á quien las había lanzado, ya á aquel contra quien las había lanzado.

Habermann de primeras se estremeció á esa voz y palabras, como si le clavasen un cuchillo en el corazón. Luego se quedó tranquilo, inmóvil, los ojos fijos en el suelo, como dispuesto á dejarlo pasar todo sobre sí. Pero por entre la gente fué un murmullo: «¡Bah! ¡Bah! ¿No tiene Vd. vergüenza? Este hombre no bebe mosto tinto, ni juega al naipe.» — «Ese hombre ha trabajado como hombre.» — «¿Qué insolente es ése que se atreve á hablar así?» pregunta el viejo labrador Denkhahn de Liepen, allegando un poco sus recios lomos. — «Ése es el prójimo, taita», grita el herrero de Tolpe, «que su inquilinaje viene, leguas de leguas, á mendigar entre nosotros.» — «Que no tienen un trapo sobre el cuerpo», grita el sastre Brandt de Yarmen, «y que en el trabajo se tienen que poner todos sus ropitas domingueras.» — «Sí», ríe el herrero, «ése es el cristiano que se alegra tantísimo de verlos trabajando vestidos de paño, porque no tienen para comprarse una blusa.»

El martillero se había levantado y acercádose de un salto al arrendador, que con cara de palo estaba escuchando estas cosas: «¡Por amor de Dios! Señor Pomuchelskopp, ¿cómo puede Vd. hablar así?» — «Sí», dice uno de los de á caballo que con él venían, «tiene razón la gente. Debías tener vergüenza. ¡Bah! Ese hombre que lo da de buena gana todo para pagarte y que mañana tiene que mendigar su pan — ¿á ese hombre lo quieres humillar más todavía?» — «Ay Dios», dice el martillero, «si fuera esto sólo. Pero ayer también se le muere la mujer, que ahora se está velando, y él se está ahí ahora con su pobre pajarita de hija. Y ¿qué le aguarda á este hombre?»

Ahora va el murmurar de la gente á la compaña del señor arrendador, y poco después queda él solo con su caballo: los demás se han ido escabullendo todos. — «¡Si yo hubiese sospechado esto!» dice amostazado, saliendo del patio. Y los ojitos listos le dicen al grueso descoco: «Hermano, esta vez nos hemos portado bien valientes.»

El martillero se allega á Habermann: «Señor Habermann, ¿quería Vd. decirme algo?» — «Sí, sí», responde el arrendatario, como cuando un hombre, después de feroces suplicios, se va poco á poco recobrando. «Sí; le quería suplicar á Vd. que no remate las cosas que por ley quedan aparte: la cama y demás.» — «Con muchísimo gusto. Pero el ajuar está muy mal pagado: la gente no tiene plata. Y si Vd. piensa vender algo, véndalo privadamente más bien.» — «Para eso no tengo tiempo, y necesito ese poco de plata.» — «Bien; si Vd. quiere, yo lo

ofertaré.» — Y el martillero se fué á este negocio.

«Habermann», dice el arrendatario Grot, que vino con la comparsa á caballo, «está Vd. tan solito con su desgracia: venga Vd. á mi casa con su chiquitina, y quédese conmigo un tiempo: mi mujer tendrá mucho gusto.» — «Mil gracias por su buena voluntad: no puedo: tengo que hacer algo todavía.» — «Habermann», dice el arrendatario Hartmann, «Vd. se refiere al entierro de su mujercita. ¿Cuál es lo más temprano que Vd. la entierra? Quisiéramos acompañarle todos.» — «También por eso mil gracias: no tengo cómo atenderos debidamente, y ahora mismo acabo de aprender á no estirar los pies más allá de la sábana.» — «Mi viejo amigo, mi buen vecino y compatriota», dice el inspector Wienck, palmeándole el hombro, «no se entregue Vd. á tan callada desesperación: tiene tantas vueltas el mundo.» — «¿Desesperación, Wienck?» dice Habermann severo y firme, estrechando más consigo á su niñita y mirando tranquilo al inspector con sus honrados y azules ojos. «¿Es desesperación el mirar uno firmemente á su porvenir y pensar sobre todo en vencer á la desgracia? Pero aquí no puedo yo quedar: buen cuidado tiene uno de no volver á pasar por donde el buque se le ha encallado una vez. Tengo que quitar el banco, y principiar por donde acabé. Tengo que servir de nuevo por el pan y meter mis pies bajo mesa ajena. Y ahora, ¡pasadlo todos muy bien! Habéis sido siempre conmigo buenos vecinos y amigos. ¡Adiós! — ¡Adiós! — Dales la manita, Luchita — ¡Adiós! Muchos recuerdos á todos; mi mujer...» Iba á decir algo más; pero parece como que no pudo, y se dió vuelta ligeramente y siguió su camino.

«Niemann», dice á su mayordomo al llegar al otro extremo del patio, «diles esto también á los otros: que mañana temprano, á las cuatro, hago enterrar á mi mujer.»

Y fué á la casa, al dormitorio. Estaba éste todo desmantelado; habíase sacado de él hasta la cama y las friolerillas que le habían dejado: nada más que las cuatro paredes peladas. Sólo en un rincón, junto á la ventana, quedaba un baúl viejo, y sentada en él estaba una joven jornalera, con los ojos enrojecidos de llorar. Y en mitad del cuarto había un negro ataúd, y en él yacía un rostro lívido, tranquilo, solemne. Y la obrera tenía en la mano una rama verde, y con ella apartaba las moscas de ese tranquilo rostro. — «Cristina», dice Habermann, «vé á tu casa: yo me quedo ahora aquí.» — «Oh señor, déjeme quedarme.» — «No, Cristina; yo me quedo aquí toda la noche.» — «¿Y no me llevo á la chiquitina?» — «No, déjala; ya se quedará dormida.»

La joven mujer se fué; el martillero vino con el dinero que había sacado de las cosas; la gente se retiró poco á poco, y fuera hubo tanto silencio como dentro. Dejó de los brazos á la niñita y contó la plata sobre la tabla de la ventana: «Esto para el carpintero por el ataúd. — Esto por una cruz para el sepulcro. — Esto por la sepultura. — Esto para Cristina; y con estotro alcanzo á llegar bien adonde mi hermana.»

Vino la noche: la joven jornalera trajo luz; se puso junto al ataúd; miró largo rato la pálida cara; se secó con el delantal las lágrimas: «Buenas noches también.» — Y Habermann estaba otra vez solo con su niñita.

Abrió la ventana y miró á la noche: era obscura, para la estación; ninguna estrella había en el cielo; todo estaba encapotado; y tibio y húmedo soplaba un aire apacible y gemía á lo lejos. Desde el campo cantaban las codornices y su reina cantando llamaba á la lluvia, y despacio caían las primeras gotas sobre la tierra sedienta; y ella,

agradecida del don, dejaba subir de sí su olor más rico; que conoce el hombre de campo: el «olor de tierra»; en el que nada toda la bendición para su trabajo y fatigas. ¡Cuántas veces habíale á él también refrescado el alma, espantado los cuidados y reanimado las esperanzas de una buena cosecha! —Ahora, adiós, cuidados; pero, adiós también, alegrías: una alegría grande se había hundido para él y arrastrado consigo todas las pequeñas. Cerró la ventana; y, al volverse él, estaba su pequeñuela junto al ataúd; y se estiraba en vano hacia la cara callada, como para acariciarla. Levantó á la niñita hasta ella, y la pequeñuela estiró y acarició con sus manitas calientes y con palabras calientes de cariño á su callada madrecita, y por acá y por allá, á la helada muerte; y miró luego con sus grandes ojos á su padre, como para preguntarle por una cosa incomprensible, y balbuceó: «Mamacita... ¡huh!...» —«Sí», dice Habermann, «mamacita tiene frío...», y las lágrimas se le saltaron de los ojos, y se sentó en el baúl, y tomó sobre sus rodillas á su hijita y lloró amargamente. Y la pequeñuela también comenzó á llorar, y llorando se quedó dormida. La estrechó consigo blandamente y la envolvió abrigada con su paletó; y así se estuvo sentado toda la noche velando á su mujer y su dicha.

Á la mañana, á las cuatro en punto, vino el mayordomo con los otros jornaleros; se clavó el ataúd, y fué despacio la comitiva hacia el pequeño cementerio; los únicos dolientes eran él y su chiquitina. Se bajó el ataúd á la fosa — un callado Padrenuestro — un puñado de tierra; — y la imagen de la que tantos años le había refrigerado, y consolado, y alegrado, y animado — oculta quedaba á sus ojos; y cuando la quisiese volver á ver, tendría que abrir su corazón como un libro, hoja por hoja — hasta cerrarlo también algún día. —

¿Y entonces? — Sí, entonces la querida imagen se levantaría otra vez delante de sus ojos hermosa y magnífica.

Fué recorriendo su gente, dando á cada uno la mano y las gracias por el último servicio que le habían prestado, y diciéndoles adiós. Dió al mayordomo el dinero del ataúd, de la cruz y la sepultura; y profundamente pensativo marchó hacia su obscuro porvenir.

Al llegar á la última casa de la aldehuela, estaba allí, á la puerta, con un niño en brazos, la joven jornalera. Acercóse á ella: «Crista, has cuidado á mi pobre mujer tan abnegadamente en su última enfermedad — toma, Crista», y le quiso pasar algunos pesos. — «Señor, señor», exclamó la joven mujer, «no me haga Vd. sufrir así. ¡Cuánto no ha hecho Vd. por nosotros en los días buenos! ¿por qué en los malos no habíamos de pagarle? — Ah, señor — una cosa quiero suplicarle: déjeme Vd. aquí á su chiquilla: yo la criaré, cuidaré y querré como hija mía. Á mis pechos la he criado, cuando su señora de Vd. estaba enferma. Déjeme Vd. la niñita.» — Habermann estaba callado y pensativo. — «Señor», continuó la mujer, «por lo que se me alcanza á mí, tendrá Vd. que separarse de todos modos de la pobrecita y... vea Vd., aquí viene Joaquín: él le dirá á Vd. lo mismo.» El jornalero se allegó, é impuesto de lo que se trataba, dijo: «Sí, señor; como princesa será tratada, somos sanos y nada nos falta, y lo que Vd. ha hecho por nosotros, muy bien será pagado en ella.» — «No», dice Habermann, y se arranca á sus pensamientos, «no se puede; no puedo. Será mal hecho que la lleve yo conmigo á lo incierto. Pero he tenido que abandonar aquí tantas cosas: de la última no soy capaz de desprenderme. — No, no. No lo puedo», grita apresurado, y se da vuelta para irse, — «mi niñita mía tiene que estar donde

esté yo. — Adiós, Cristina. Adiós, Rassow.» — «Si no nos quiere dejar Vd. la niñita, señor», dice el jornalero, «iré al menos con Vd., y le llevaré la chiquitina.» — «No, no», dice Habermann rehusando, «no es carga para mí ésta.» Pero lo que no pudo rehusar fué que la joven mujer acariciase á su hijita y la besase y la volviese á besar y besar; y que, al seguir él su camino, le siguiesen con los ojos esas buenas y leales gentes. Ella, con lágrimas en los ojos, pensaba más en la niñita; él, severo y pensativo, más en el hombre.

«Crista», dice, «un patrón así no le volveremos á tener.» — «Eso el buen Dios no más lo sabe», dice ella; y ambos volvieron tristes al trabajo de cada día.

GRÜN.

(1806—1876.)

AUNQUE líricos de escaso mérito, éste y los siguientes, débeles con todo la poesía las perlas que van á continuación.

DESEO CUMPLIDO.

Contempla la rosa
á la mariposa
junto á sí volar;
mariposa es ella,
ella misma; sólo fija.
Quéjase: «Mis lazos,
¡ay! ¿quién me los rompe?
¡Oh, si me pudiese
por los aires libre
columpiar yo así!»

Ve la mariposa
balancear la rosa
dentro de las frondas;
flor es ella misma,
que alas encontró.
Quéjase: «¡Tuviese
tal fijeza yo!
¡Oh, si hallase un punto
firme do posar!»

Fúlgida, sonriendo,
oye sus quejumbres
primavera. Sólo
cumple sus deseos
el de quien se asustan
inclemente otoño
escarchado, fiero:
ata á mariposa,
desata la rosa:
libres vuelan de aquésta las hojas marchitas:
yace rígida aquella en inmoto lugar.

LA POESÍA ES INMORTAL.

Mientras la primavera
florezca y su rosal;
mientras labios sonrían,
del ojo al centellar;

Mientras la tumba llore
y el ciprés funeral;
mientras haya quien gima,
del pecho al estallar;

La diva poesía
por este mundo va;
con ella va y jubila
á quien su favor da.

Y, jubilando, un día,
del mundo que se va,
con el hombre postrero
el postrer poeta irá.

LENAU.

(1802—1850.)

CANTAR DE LAS CAÑAS.

Sobre el inmóvil lago se detiene
de la luna el risueño resplandor,
con la guirnalda del juncal verdeante
enlazando sus rosas de palor.

Del monte, allá, van en la falda ciervos;
su testa alzan, la noche á contemplar;
soñolientas sacúdense á menudo
las aves en el hondo carrizal.

Se inclinan luego flébiles mis ojos:
un dulce recordarte siento andar
de mi alma por las íntimas honduras,
como plegaria muda nocturnal.

HENSEL.

(1798—1876.)

CRISTO EN EL EVANGELIO.

En el viejo y santo libro
no me canso de leer:
cómo fué el Señor tan bueno,
sin falacia y sin doblez.

Cuál llamaba al pequeñuelo,
le miraba con amor
y en sus brazos le cogía,
le estrechaba al corazón.

Cuál á los enfermos todos
acorría con piedad,
y llamaba caro hermano
al nacido en la humildad.

Cómo nunca rechazaba
al doliente pecador;
cómo blando le enseñaba,
le sanaba el corazón.

Nunca de leer me canso,
de leer ni de llorar
cómo Cristo nos amara;
cómo fué su amor leal.

Suave apacentó el rebaño
que su Padre le confió;
y los brazos, á estrecharnos
todos, tierno nos tendió.

Déjame á tus pies postrarme,
Dios, me rindo á tanto amor;
deja en llanto deshacerme
y en dulcísimo dolor.

ALABANZA MUDA DE DIOS.

Oh, si yo un ángel fuera,
cantáraos placentera
el plácido cantar
que, muda, el joven pecho
feliz siento inflamar.

Ninguna voz mi mente
inventa que al clemente
Dios loe, al Padre fiel,
cual canta mi alma entera;
jubila y juega ante él.

Yo muda ante él me inclino,
sólo á llorar atino
de dicha y de dolor.
Tu corazón, oh niña,
él lo ve y ve tu amor.

GEROK.

(1815—1890.)

CULTO INFANTIL.

Al templo convida campana;
los padres ya fueron allá;
tres niños con rizos de oro
aun ante la casa se están.

Al templo no van todavía:
inquieto es y vivo el rapaz.
Empero, cual grandes, pretenden
la fiesta piadosos pasar.

En su halda cada uno su libro
apoya — lo ha abierto al revés;

y cantan á toda garganta,
pilluelos devotos á fe.

Su propio cantar no comprenden;
cada uno discanta en su son: —
cantad, pequeñuelos; no importa:
son voces que llegan á Dios.

Allí vuestros ángeles puros
discantan al Padre Señor;
quien siempre en el labio del niño
amó disponer su loor.

Cantad; que allí dentro del huerto
porfían en canto con vos:
las aves, las tiernas, entonan
en ramas recientes su voz.

Cantad; es de fe vuestro canto;
no pide más el Salvador:
un alma sencilla es paloma,
que al cielo remonta veloz.

Cantad; que cantamos los viejos
y leemos lo escrito muy bien;
mas, ¡ay! ¡cuántas veces el libro
tenemos abierto al revés!

Cantad; que cantamos nosotros
por notas, conforme á razón;
mas, ¡ay! qué de veces perturba
discordia fraterna este son.

Cantad; de las playas terrenas
el coro más alto y mejor
¿cuál es? — Del infante el acento:
suspiro al oído de Dios.

LA ROSA EN EL POLVO.

En tierra estás, pobre rosa,
de un desalmado el botín.
Para más, ¡ay! florecías
que en el polvo aquí morir.

El rapaz te vió ostentarte
como reina del jardín,
y sintió un soez deseo:
te cortó — te arrojó allí.

Si fiel á su hogar te lleva,
si te guarda en el cristal,
gozaras aún muchos días
y le hicieras á él gozar.

Si tus hojas dispersara
cruel un estival turbión, —
morir entre fuego y trueno
bella suerte es de una flor.

Mas ¿el cáliz por ventura
te abrió el placentero sol;
para encanto á Dios y al hombre,
de fragancia lo llenó,

Porque fueses á un villano
presa de placer fugaz?
¿porque triste en el ruin polvo
te dejaras pisotear? —

Viene un niño á recogerte:
su madre le estorba así:
«No: quizá de quién ha sido»;
y aquél se aleja de ti.

Ataviado un regio pecho
hubieses aún ayer,
y hoy, si un niño alzarte intenta,
¡ay! quitárselo es deber.

¿Y por qué, al mirar tu suerte,
se me parte el corazón?
¡Ay! rosa en el polvo hollada,
tú la sola no eres, no.

GEIBEL.

(1815—1884.)

PLEGARIA POR LOS PECADORES.

Tú que nuestro polvo un día
te vestiste por amor,
y el luchar del pecho nuestro,
¡ay! sentiste y su amargor:

Tú que, la inocencia misma,
sufriste tentado ser,
á los que en la lid flaquearon,
puédeslos compadecer.

¡Ay! lo sabes: anhelantes
vagan almas mil y mil;
pero ilusas, por substancia
toman el ropaje vil.

Lo que sólo el alma puede;
lo que sólo puede Dios,
sueñan en la carne hallarlo —:
¿sellarás su perdición?

Los que en añoranza buscan,
sin timón, puerto de paz;
los que descamina el fuego
fatuo del amor sensual;

Los que en hondos antros cavan
tras la luz de la verdad;
cuantos libres ser ansían:
en tu busca — ciegos van.

¡Oh! por esa voz severa
que á la adúltera salvó;
por esa piedad que el cielo
dió en la cruz á aquel ladrón:

Por la luz que al caminante
de Damasco deslumbró,
y el ardor mudó del pecho
y en apóstol le trocó:

Oh Señor, atrae todas
esas almas sin solaz,
deshambridas, trabajadas;
tráelas á tu bondad.

Rasga el velo que idolatran;
hazles ver la realidad:
en su noche, cual lucero
álzate de claridad.

LITERATURA INGLESA.

SHAKESPEARE.

(1564—1616.)

GUILLERMO SHAKESPEARE es el mayor dramático anglosajón. El cielo le había dotado de todos aquellos envidiables dones que ha menester el dramaturgo para cumplir idealmente su tan elevada como ardua misión: fantasía rica y creadora; pasión ardiente; sensibilidad profunda y delicada; conocimiento cabal de la naturaleza humana y de cuanto se encierra en el corazón del hombre y de cuanto le agita; y, finalmente, una razón bastante serena y poderosa para ordenar tan diversas facultades, fijarles límite y hacer que obren de consuno y en perfecta armonía y toquen así á la perfección del arte. Á más, dispone Shakespeare de un humor inagotable y una ingeniosa ironía; ironía y humor que atinó á poner felizmente en juego y con los cuales dió golpes magníficos, hasta en las situaciones más trágicas y terribles. Ninguna dificultad dramática intimida al genio del poeta; ninguna valla detiene su violenta é incansable carrera. Su meta es el mundo entero; la naturaleza humana con toda su grandeza asombrosa y su asombrosa pequeñez, sus hondas tinieblas y su fulgente luz, sus risas y sus lágrimas. Todo este inmenso cuadro intenta reflejar el dramático en el cristal de su escenario. Y todo el cuadro reverbera al vivo en él. Es la gran tragedia de la vida humana, donde lo cómico no falta jamás. Por esto, lo mezcla el poeta sin cesar con lo trágico. Lo sublime y lo ridículo; lo esplantable y lo sentimental; lo patético y lo burlesco se suceden como en fantástico juego, que sacude todas las cuerdas sensibles del alma, hasta producir al fin una soberbia armonía. Con habilidad insuperable explota el rico venero de las antítesis y con él compensa y mitiga las hondas emociones que á cada paso excitan sus sombrías pinturas. De súbito suele lanzar en ellos un rayo de brillante y suavísima luz: en medio de los horrores aparecen figuras encantadoras como Cordelia y Desdémona. Mas nunca sufre la verdad; siempre es la vida entera, el hombre entero quien obra en el drama de un modo tan humano que la ilusión es perfecta. En esta constante, cabal, pero al propio tiempo hermosa realidad, brilla sobre todo la grandeza de su genio; la cual pasma por la variedad infinita y el fuerte é indeleble colorido de los caracteres que pone en escena.

MACBETH.

Personajes:

Duncan, rey de Escocia.
Malcolm y *Donalbain*, sus hijos.
Macbeth y *Banquo*, sus generales.
Macduff, *Lennox*, *Rosse*, *Menteith*, *Angus*, *Caithness*, nobles escoceses.
Fleance, hijo de Banquo.
Siward, conde de Northumberland, general del ejército inglés.
El *joven Siward*, su hijo.
Seyton, oficial del séquito de Macbeth.
El pequeño *hijo de Macduff*.
Un médico inglés; otro, escocés.
Un ayudante de campo. Un portero.
Un viejo. Tres asesinos.
Señora *Macbeth*.
Señora *Macduff*.
Camarera de la Señora Macbeth.
Hécate y tres *brujas*.
Lores, nobles, oficiales, soldados, mensajeros, criados, séquito.
El espíritu de Banquo y otras apariciones.

(La escena es al fin del 4º acto en Inglaterra; durante el resto del espectáculo, en Escocia y regularmente en el castillo de Macbeth.)

ACTO I. ESCENA I.

(Páramo. Truenos y relámpagos. Salen tres brujas.)

Primera bruja. ¿Cuándo nos hallaremos otra [vez,
entre truenos, relámpagos
ó entre turbiones las tres?
Segunda bruja. Cuando la baraúnda ya remate,
cuando se pierda y se gane el combate.
Primera. ¿Dónde será?
Segunda. En el páramo.
Tercera. ¡Á acechar á Macbeth, allá!
Primera. Ya voy, Cenicientilla.
Segunda. La rana nos llama:

Tercera. ¡Vamos volando!
Las tres. Beldad es fealdad; fealdad, beldad.
¡Sus! ¡sus! ¡por niebla y sucia obscuridad!

ESCENA II.

(Campamento inmediato á Fores. Grita soldadesca detrás de la escena. El rey Duncan, Malcolm, Donalbain, Lennox y séquito se encuentran con un sargento herido.)

Rey. ¿Qué hombre sangriento es ése? Él por su
traer parece del motín la nueva [aspecto,
postrera.
Malcolm. Es el sargento, quien, guerrero
bueno, animoso me volvió, lidiando,
la libertad. — Salve, mi bravo amigo.
Refiere al rey cuál la pelea estaba,
al venir tú de allá.
Sargento. Aun indecisa.
Como cuando se abrazan fatigados
dos nadadores, oprimiendo su arte. —
El áspero Macdonwald — que merece
rebelde ser, pues hierve en todo vicio —
por kernes fué amparado y gallowglasses
desde las islas ponentinas; é hízose,
á la execranda pugna sonriendo,
del rebelde amadora la fortuna.
Mas en vano. Macbeth, el valeroso,
— bien así le apellidan — de la suerte
despreciador, va abriéndose camino,
del valor favorito verdadero,
con el veloz acero,
fumante en la tarea sanguinosa,
hasta el malvado, á quien no da la mano
ni dice: «¡Adiós!» en tanto no le hiende
de barba á ombligo y su cabeza clava
en las almenas nuestras.
Rey. ¡Fuerte primo!
¡Oh digno caballero!
Sargento. Cual, de donde
alza el sol su esplendor, ruge tormenta,
rompedora de naves, y revienta
horrendo el trueno; — tal también desdicha,
desde la fuente do manar parece
la dicha, ondea. Rey de Escocia, escucha,
escúchame; que á penas de la lucha
á los kernes arroja fugitivos
la justicia, de fortaleza armada;
cuando el noruego príncipe, notada
la ventaja, tirando de la espada
con reforzado ejército retorna.
Rey. ¿Y nuestros capitanes no temblaban:
Macbeth y Banquo?
Sargento. Sí; cual ante el pájaro
el águila, y el león ante la liebre.
Y valga la verdad; cual doble carga
de cañón, tal sus golpes redoblaban.
Si era para bañarse en sangre humeante,
ó si por consagrar segundo Gólgota —
¿qué sé yo? — Mas desmáyome; reclaman
auxilio mis heridas.
Rey. Tus razones
te están no menos bien que tus heridas:
honor respiran éstas como aquéllas. —
Id por el cirujano.
(Vanse el sargento y su acompañamiento.)
¿Y quién se acerca?
Malcolm. El digno than[1] de Rosse.
Lennox. ¡Cómo brilla
en sus ojos presura! Quien anuncia
grandes cosas, de aqueste modo mira.
(Rosse sale.)
Rosse. ¡Viva el rey!
Rey. Digno than, ¿de dó?
Rosse. De Fife,
gran rey; donde á los aires las banderas
noruegas befa ondean, y abanican
helando á nuestro ejército. El rey mismo,
terrible por su número, y de Cawdor,
ese than el más pérfido, ayudado,
vino á pugnar feroz, hasta que frente,
con fuerza igual, de punta en blanco, le hizo
el novio de Belona, y brazo á brazo
y filo á filo, le rompió la audacia.
En suma, hemos triunfado.
Rey. ¡Vítor, vítor!
Rosse. Y de tal modo, que la paz ahora
pide Suenón, rey de Noruega. Empero,
á los suyos negamos sepultura,
mientras, de San Colombo en la colina,
al público tesoro diez mil duros
no pague.
Rey. Ya no más tan torpemente
se burlará de mí ese than de Cawdor.
Matadle, id, saludadme con su título
á Macbeth.
Rosse. Sin tardanza.
Rey. La caída
de éste, de Macbeth noble fué subida.
(Todos se van.)

ESCENA III.

(Páramo. Truenos. Salen las tres brujas.)

Primera bruja. Hermana, ¿dónde has estado?
Segunda bruja. Puercos he matado.
Tercera bruja. Hermana, ¿y dónde tú?
Primera. Tenía de castañas una haldada
la marinera; y masca, y masca, y masca.

[1] = barón.

«¡Á mí también!» le dije. «¡Quita, bruja!»
gritóme la nalguda gordiflona.
Su marido, patrón del *Tigre*, á Alepo
navega; en un harnero tras de él nado —
lo sé — como un ratón rabón;
lo haré, lo haré, lo haré.

Segunda. Un viento te daré.

Primera. Eres muy buena.

Tercera. Yo otro te doy.

Primera. De todos los demás yo dueña soy,
y de los puertos pésimos do imperan
y los lugares todos de que enteran
las cartas de marear.
Cual heno le he de resecar.
No gravará el alero de sus párpados
de noche ni de día el sueño. Viva
como hombre á quien se esquiva.
Semanas duras, nueve
por nueve, miserable pruebe
y desfallezca. Si no debe
su nave perecer,
agítela el prester. —
Lo que tengo, mira.

Segunda. Muestra, muestra.

Primera. Es el pulgar de un capitán,
cuyo bajel, al retornar,
encallara el huracán.

(Suenan cajas.)

Tercera. Tambor, tambor, sonó:
Macbeth llegó.

Las tres. Las parcas hermanas,
de las manos asidas,
hacemos traviesas corridas
por tierra y por mar.
Giramos doquiera,
por dentro y por fuera.
Tres veces mío y tres veces tuyo,
y otras tres veces, nueve son. —
¡Alto! hecha está la encantación.

(Salen Macbeth y Banquo.)

Macbeth. Tan feamente bello día
nunca vi.

Banquo. ¿Cuánto dista todavía
Fores? — ¿Quién son aquéllas, tan rugosas,
de traje tan salvaje?
De la tierra habitantes no semejan,
y sin embargo en ella están.

(Á las brujas:)

¿Vivas estáis? ¿Sois algo así, que es dado
preguntar? Comprenderme parecéis;
pues cada cual el seco dedo pone
en los marchitos labios. Es posible
que seáis mujeres; aunque me lo vedan
pensar las barbas que lleváis.

Macbeth.
Hablad, si lo podéis, ¿quién sois?

Primera bruja.
¡Salve, oh Macbeth! ¡Oh salve, than de
Segunda bruja. [Glamis!
¡Salve, oh Macbeth! ¡Oh salve, than de
Tercera bruja. [Cawdor!
¡Salve, oh Macbeth! ¡Oh salve, rey futuro!

Banquo (á Macbeth).
¡Oh buen señor! ¿por qué estáis asombrado?
¿Por ventura os atruena
lo que tan gratamente suena?

(Á las brujas:)

¡Por Dios! ¿fantasmas sois ó seres reales?
Al noble amigo saludáis con dones
y regias esperanzas, bendiciones
presentes y venturas, de tal suerte
que está de arrobamiento todo inerte.
Y nada me decís á mí. Si el germen
del tiempo penetráis con la mirada;
si sabéis qué simiente germinada
se ha de ver y cuál no, hablad conmigo
como con quien no busca vuestra gracia,
ni teme vuestro disfavor.

Primera bruja. ¡Salve!

Segunda. ¡Salve!

Tercera. ¡Salve!

Primera. Inferior á Macbeth, y superior.

Segunda. No tan feliz, pero muy más feliz.

Tercera. Reyes engendras, sin ser rey tú mismo.
Así Macbeth y Banquo, ¡salve, salve!

Primera y segunda.
Banquo y Macbeth, ¡salve, salve!

Macbeth. Deteneos, obscuras habladoras,
y habladme más. De Sinel por la muerte,
cierto soy than de Glamis; pero ¿cómo,
de Cawdor? Pues el than de Cawdor vive,
de la dicha en el seno; y sobre todo,
ser rey tan fuera está del horizonte
de lo creíble, cual ser than de Cawdor.
Decid: ¿de dó la prodigiosa ciencia?
¿Por qué con tan profético saludo
nos detenéis en páramo la planta?
Hablad; que yo os conjuro.

(Desaparecen las brujas.)

Banquo. Pompas hace,
cual el agua, la tierra; y éstas sonlo.
¿Á dó desparecieron?

Macbeth. En el aire.
Como hálito en el viento, se deshizo
su aéreo cuerpo: — ¡Oh, si aun estuvieran!

Banquo.
¿Aquí fué, á la verdad, en donde hablamos?
¿Cómo? ¿Ó quizás beleño nos sirvieron,
que á la razón cautiva?

Macbeth. Reyes nácente.

Banquo. Tú mismo serás rey.

Macbeth. Y than de Cawdor.

¿No dijeron así?
Banquo. Así, á la letra.
Mirad: ¿quién viene?
(Salen Rosse y Angus.)
Rosse. El rey, alborozado,
oyó, Macbeth, la nueva de tu triunfo.
Mas, al leer tu personal audacia
en la batalla del motín, lidiaron
dentro á él la admiración y la alabanza,
sobre lo que mereces y él te debe.
Por esto mudo, tras de contemplada
la parte que restó de la jornada,
te ve en las filas de Noruega altivas,
impávido ante las que tú motivas
imágenes horrendas de la muerte.
Como granizo fuerte,
nuncio tras nuncio viene
con las hazañas de tu clara fama,
por las que el reino se sostiene,
y á sus pies las derrama.
Angus. Venimos enviados,
de nuestro real señor á tributarte
las gracias; somos sólo mensajeros,
á conducirte ante él, no á retribuirte.
Rosse. Y cual muestra no más de mayor premio,
te nombra, por mi medio, than de Cawdor.
Por título tal, than glorioso, salve:
tuyo es.
Banquo. ¿Qué? ¿hablar verdad el diablo puede?
Macbeth. El than de Cawdor vive: ¿á qué pres-
presea me ofrecéis? [tada
Angus. El que than era,
vive; mas capital sentencia grave
oprímele la vida,
por su culpa perdida.
Si del rey de Noruega él era aliado;
si en secreto el motín favorecía;
ó si arruinar la patria, por entrambos,
tentaba, no lo sé. Confeso, empero,
de traición y convicto, hundido queda.
Macbeth (aparte).
Glamis y than de Cawdor: — lo más grande
aun falta.
(Á Angus y Rosse:)
Gracias por la nueva vuestra.
(Á Banquo:)
Y bien: ¿no creéis han de naceros reyes,
pues las que than de Cawdor me nombraron,
no os prometieron deteriores cosas?
Banquo. Esto, si en ello fiáis, enardeceros
podría, aun más allá de than de Cawdor,
á la misma corona. — Mas, ¡qué extraño!
Y muchas veces dañadora
anúncianos verdad
la infernal potestad;
y artera y seductora
por bagatelas inocentes
incítanos fervientes
á gravísima acción.
(Á Rosse y Angus:)
Primos: una palabra.
Macbeth (aparte).
Sentencias dos de la verdad son claras,
cual prólogo dichoso
del juego fastuoso
de contenido real.
(En voz clara.)
Gracias, señores.
(Aparte.)
La sobrehumana incitación
no puede mala ser,
no puede buena ser.
Si mala, ¿á qué una prenda verdadera
me da del porvenir?
soy than de Cawdor.
Si es buena, ¿á qué secreta se apodera
de mí la tentación,
cuya hórrida visión
erízame el cabello y mis costillas,
tanto me azota
por el hasta hoy tan firme corazón?
Realidad tremenda
más débil es que fantasía horrenda.
Aquesta imagen de occisión,
de mi cerebro vana producción,
mi ser humano entero tanto agita,
que loca fantasía
sofoca toda mi energía;
y nada más es sino lo que no es.
Banquo. Al amigo arrobado contemplad.
Macbeth (aparte).
¿La fortuna que rey yo sea quiere?
Pues bien; sin mí, coróneme fortuna.
Banquo. El nuevo honor le ha sorprendido;
el que tan sólo el uso amoldarále,
como un nuevo vestido.
Macbeth (aparte). Venga lo que viniere:
del tiempo la hora va veloz,
aun por el día más atroz.
Banquo (á Macbeth).
Digno Macbeth, á vos sólo aguardamos.
Macbeth. Perdonad; que aturdido mi cerebro
trabucando iba cosas olvidadas.
Las atenciones vuestras anotadas
quedan, amigos míos, do mis deudas
hojeo cada día. Al rey ahora.
(Á Banquo.)
Recordad lo ocurrido y libremente
en mejor tiempo hablemos, tras pensarlo.
Banquo. Muy bien.
Macbeth. Basta por hoy.
(Á Rosse y Angus:) Venid, amigos.
(Vanse todos.)

ESCENA IV.

(Fores. Cuarto del palacio. Suenan clarines. El rey Duncan. Malcolm. Donalbain. Lennox. Séquito.)

Rey. ¿Cawdor ajusticiado está? ¿Y tornaron nuestros enviados?

Malcolm. Aún no, mi príncipe; mas con quien perecer le vió, he hablado. Traidor, dice, se confesó de lleno y á vuestra Majestad pidió perdón, arrepentido muy de corazón. Nunca, como al dejarla, le luciera la vida: ha muerto, como aquel que su muerte ha estudiado, para lanzar, cual mísero juguete, su más precioso bien.

Rey. No hay arte de leer en el semblante lo que en el alma pasa. Un caballero era él de quien fiábame yo entero. —

(Salen Macbeth, Banquo, Rosse y Angus.)

¡Oh digno primo! En este mismo instante culpa de ingratitud sentí pesante en mi alma. Tú vas ya tan adelante que han de cansarse, si alcanzarte intentan, del galardón las alas más ligeras. ¡Oh si menores méritos tuvieras, tal que entre gratitud y recompensas alguna proporción aun divisara! Sólo esto añado: se te debe más de lo que se podrá pagar jamás.

Macbeth. Servir y leal ser debo: paga es el mismo afán. Á vuestra Alteza toca admitirlo; él es hijo y es criado del trono vuestro y de vuestro Estado; que no es sino cumplir con el deber, todo por vuestro amor y honor hacer.

Rey. Y seas bienvenido. Te he plantado y cuidaré te veas prosperado. — Noble Banquo, no menos tú mereces: no menos loor tu mérito reciba: permíteme abrazarte y estrecharte contra mi corazón. (Abrázale.)

Banquo. ¡Oh! toda vuestra es, si crezco ahí, mi mies.

Rey. Mis alegrías, rebosando, vélanse en el rocío de placiente pena. — Hijos y primos, thanes y quien próximos estáis á Nos, oid: damos á Malcolm, á nuestro primogénito, el derecho al trono y de hoy más le nombramos príncipe de Cúmberland. Mas no sólo él honores reciba tales, sino á todos cuantos sean los beneméritos, irradie, cual estrellas, la prez de la nobleza.

(Á Macbeth:)

Vamos ahora á Inverness: tú líganos también contigo en adelante.

Macbeth. En cuanto á la labor restante, no es para Vos: yo mismo el mensajero seré y á mi mujer de la llegada vuestra daré la nueva bienhadada. Así, yo parto siervo muy humilde.

Rey ¡Mi digno Cawdor!

Macbeth (para sí, al partir).

¡El príncipe de Cúmberland! — Un paso de mi camino es éste en do me abismo, ó do saltando ensálzome á mí mismo. — Estrellas de la noche esplendorosas, velad vuestro fulgor. Ninguna lumbre quiera verme la negrura que dentro á mi alma duerme. Ante la mano el ojo se me cierra; mas hágase lo que, hecho, al ojo aterra.

(Vase.)

Rey.

¡Fiel, digno Banquo! ¡Campeón cumplido! — En su loor me dilato complacido: es para mí una fiesta convival. Sigámosle; su amor se adelantara, y nuestra recepción prepara. ¡Un primo sin igual!

(Vanse todos.)

ESCENA V.

(Inverness. Cámara del palacio de Macbeth. Sale Lady Macbeth, leyendo una carta.)

Lady Macbeth (lee.)

«Me encontré con ellas el día de la victoria; y estoy bien enterado: tienen ciencia sobrehumana. Mientras yo ardía en deseos de preguntarles más, tornáronse presto en aire y desaparecieron. Aun estaba yo inmóvil de asombro, cuando llegaron á mí mensajeros del rey, que me aclamaron *than de Cawdor;* título con el cual acababan de saludarme las hermanas brujas, señalándome el porvenir con: «¡Salve, rey; que lo has de ser!» Esto me ha parecido comunicarte, carísima compañera de mi grandeza, á fin de que no perdieses tu parte en esta alegría, si se te ocultase cuanta alteza te ha sido prometida. Guárdalo dentro al corazón, y adiós.»

Glamis y Cawdor eres, y serás lo que se te mandó. Temo no más: tu natural en leche demasiada de caridad rico es para ir derecho. Querrías grande ser; no te falta ambición: maldad te falta; que aquélla de ésta ha menester. Lo que quieres ansioso, ansíaslo piadoso. No amas falso jugar:

amas, con todo, el mal ganar.
Quisieras, grande Glamis,
poseer lo que clama: «Así has de hacer,
si lo quieres tener»;
y lo que rematar más temes,
que anhelas se remate.
Vén, vén, para inspirarte en el oído
mi espíritu y penar con la soberbia
de mi lengua tu miedo al aro de oro,
que fortuna y poderes invisibles
parecen destinar á tu corona.
(Sale un mensajero.)

Lady Macbeth.
Y bien: ¿qué nuevas traes?

Mensajero. El rey viene,
al tardecer.

Lady Macbeth. ¿Estás loco? ¿No se halla
tu amo con él? Si cierto fuera,
aviso preventivo diera.

Mensajero.
Creedme: ello es así; llega el than nuestro.
Un compañero mío adelantósele;
mas, casi sin aliento, apenas pudo
su anuncio dar.

Lady Macbeth. Cuidadle: grandes cosas
nos trae. (Vase el mensajero.)
Hasta el cuervo que en mis muros
de Duncan la visita malhadada
grazna, ronqueando está. —
Venid, venid, espíritus, vosotros
que sembráis pensamientos carniceros:
desfeminadme aquí.
Á desbordar, llenadme, desde el vértice
hasta el dedo del pie,
de salvaje crueldad.
Mi sangre condensad;
cerrad todo camino, todo paso
al arrepentimiento;
que ningún movimiento
de la naturaleza, retornante
remueva mi propósito aterrante
ni ponga paz entre él y el cumplimiento.
Llegaos á mis pechos femeniles:
cambiad por hiel mi leche,
demonios de matanza,
doquiera que asechéis, en malandanza
para natura, envueltos
en nieblas invisibles.
Vén, noche impenetrable,
y con densísimo humo del infierno
entóldate: mi acero agudo
no vea dónde hiere;
ni mire y clame el cielo,
á través de su negro velo:
«¡Deténte, ten!» (Llega Macbeth.)
¡Mi grande Glamis!
¡mi digno Cawdor! más que entrambos grande:
por aquel postrimero «¡Salve, rey!»
Tu carta transportóme sobre aqueste
presente estólido: sintiendo estoy
lo venidero ya en el hoy.

Macbeth. Carísima mujer,
Duncan vendrá al anochecer.

Lady Macbeth.
¿Se va de aquí —?

Macbeth. Mañana — así pretende

Lady Macbeth.
¡Oh, nunca vea el sol ese mañana! —
Tu faz, mi than, es cual un libro, en donde
se leen cosas singulares. —
Burlar el tiempo, pide el tiempo:
lleva sereno día dentro al ojo,
en la lengua y la mano; mira cándido
como la florecilla; mas bajo ella
la sierpe sé. Ha de ser bien hospedado
el que viene; y tú fía á mi cuidado
todo este gran negocio de la noche;
el cual por todas nuestras noches
y nuestros días sólo él nos dará
imperio y soberana potestad.

Macbeth.
De esto hablaremos más.

Lady Macbeth. Placible mira,
y siempre así: quien muda de semblante,
temor lleva delante.
Déjame á mí tú todo lo demás.
(Vanse ambos.)

ESCENA VI.

(Inverness. Oboes y antorchas. El rey Duncan. Malcolm. Donalbain. Banquo. Lennox. Macduff. Rosse. Angus. Séquito.)

Rey. Ameno es el paraje del castillo,
y su aire delicado y placentero
aduerme los sentidos lisonjero.

Banquo. El huésped veraniego,
amiga de los templos, golondrina
demuestra, con su plácido anidar,
que aquí serena alienta
el aura de los cielos. No hay techumbre,
friso, columna aquí ni rinconcillo
do esta ave no haya hamaca fabricado
y cuna. Yo más puro he siempre hallado
el aire do anidar y estar ella ama.
(Viene Lady Macbeth.)

Rey. He ahí á nuestra noble hospedadora. —
El amor que nos sigue, se convierte
á menudo en gravamen; pero gratos,
porque es amor, le somos. Ved: debéisnos
pago de Dios por vuestras atenciones
y gratitud por vuestro afán.

Lady Macbeth.
Todo nuestro servicio hecho dos veces,
por partes y de nuevo, fuera poco
y nada ante el sinnúmero de honores
sublimes de que vuestra Majestad
colmado ha nuestro hogar.
Por tanto beneficio antiguo
y tanta nueva, para siempre
vuestros en nuestra ermita somos.
Rey. ¿Y dónde el than está de Cawdor?
Veloces en su alcance galopamos;
por alcanzarle; mas galopa bien;
y del amor la fuerza,
cual su acicate aguda,
favorecióle y trájole
antes de nos. — Bella hospedera noble,
huéspedes vuestros esta noche somos.
Lady Macbeth.
El que, Señor, os sirve, tiene sólo
todo lo suyo y á sí propio en préstamo:
si la cuenta girar place á su Alteza,
vuestro será de nuevo siempre.
Rey. Dadme la mano; al hospedero nuestro
llevadme: profesámosle alto amor,
y siempre gozará nuestro favor. —
Merced hacedme, hospedadora.

(Entran todos en el castillo.)

ESCENA VII.

(Vestíbulo del castillo de Macbeth. Oboes y hachas. Un maestresala y varios criados con potajes pasan por la escena; llega después Macbeth.)

Macbeth. Si acabado, acabase, fuera bien:
¡y á ello! — Si pudiese antecoger
sus consecuencias la occisión
y atar, tras su terminación,
á la prosperidad; tal que este golpe
fuera su fin, fuera su fin postrero,
aquí, tan sólo aquí, sobre este banco,
esta sirte del tiempo — yo saltara,
por cima de la vida venidera.
Mas hechos tales siempre aquí se juzgan.
Los sangrientos ejemplos que á otros damos,
recaen del dador en la cabeza,
apenas dados. Nuestra copa misma
de tósigo en los labios nos coloca
la partidora rígida justicia. —
Él mora aquí con dúplice confianza:
por ser su primo yo y vasallo suyo;
cosas ambas que obrar así me vedan; —
lo segundo, por ser yo su hospedero,
que ha de cerrar la puerta al asesino;
no alzar la daga él mismo.
Á más, fué tan clemente soberano
siempre este Duncan, tan esplendoroso
en su sublime oficio, que, cual ángeles,
acusarán un día sus virtudes
con lenguas de trompeta el infernal
horror de su matanza desleal.
Y compasión, como recién nacido
desnudo niño, de huracán traído,
ó cual querub celeste, por los aires
en corcel invisible cabalgando;
irá en los ojos todos inspirando
aquel acto nefando,
hasta que lágrimas el viento ahoguen. —
Para mi plan estimular, no tengo
otro aguijón
que la ambición
voltejeadora,
que á sí propia se salta, se derrumba
y allende tumba.

(Viene Lady Macbeth.)

Y bien: ¿qué traes tú de nuevo?
Lady Macbeth.
Va á acabar de comer. ¿Á qué has salido
de la sala?
Macbeth. ¿Por mí no ha preguntado?
Lady Macbeth. ¿Eso no sabes tú?
Macbeth. No prosigamos
este intento; que el rey me ha dado honor:
ante el pueblo de toda condición
me he conquistado de oro una opinión;
la que con su más nuevo replandor
llevada quiere ser, no desdeñada
tan presto y arrojada.
Lady Macbeth.
¿Y ebria ó dormida la esperanza hasta hoy
ha estado en que tú mismo te adornabas?
¿Y hora velando está tan verde y lívida
ante lo que emprendiera tan gozosa?
¡De hoy más sé cuanto me amas!
¿Qué? ¿temes en tus actos, en tu arrojo
ser el que ser deseas?
¿Anhelas poseer
lo que la prez estimas de la vida,
y un cobarde en tu propia estima vives;
quien siempre «No me atrevo» á «Quiero» agrega,
al par del pobre gato de la fábula?
Macbeth. ¡Silencio! te suplico.
Soy, para cuanto al hombre cuadra, audaz:
no es hombre quien se atreve á más.
Lady Macbeth.
¿Qué bestia fué quien el concierto nuestro
te movió á quebrantar?
Al atreverte á aquello, un hombre tú eras.
Y cuanto más de lo que fuiste, fueses,
tanto más hombre fueras.
Ni el tiempo ni el lugar entonces eran
propicios; tú los dos hacer querías.

Y hoy que ambos se hacen solos, su presencia
deshaces tú. He amamantado, y sé
cuán dulce es el amor á quien se lacta.
Y sin embargo, le arrancara yo,
mientras me sonriese faz á faz,
de la boca indentada la mamila,
y hundiérale, vaciárale el cerebro;
si lo hubiese jurado yo, cual tú.

Macbeth. ¿Y si fracasa? —

Lady Macbeth. ¿Fracasar? El ánimo
atornilla, no más, hasta la cúspide,
y no fracasa. Cuando Duncan duerma
—á lo que aun más la rápida jornada
le habrá de convidar —, sus camareros
ambos tanto con vino y una pócima
postraré, que del seso la portera:
razón, será un vapor; será la caja
del intelecto, una retorta sólo.
Entonces, cuando yazga sumergido
profundamente en un porcino sueño
su espíritu, cual dentro de la muerte;
¿qué no podremos tú y yo hacer con Duncan
incustodiado? ¿qué no descargar
en sus criados ebrios, á quien reos
del atentado aparecer haremos?

Macbeth. Varones sólo páreme: no puede
criar tu materia intrépida sino hombres.
¿Quién no se habrá de convencer que hicieron
tal entrambos lacayos, sus guardianes,
si, sus dagas usando, los rociamos
con sangre?

Lady Macbeth. ¿Quién podrá no convencerse,
si por su muerte nuestros ululatos
resuenan?

Macbeth. Yo resuelto estoy; yo tiendo
mi fuerza toda para el hecho horrendo.
¡Sus! burlemos el tiempo en bella faz:
vele al pecho falaz cara falaz.

(Vanse ambos.)

ACTO II. ESCENA I.

(Inverness. Patio interior del castillo. Banquo con Fleance, que con una antorcha le precede.)

Banquo. ¿Qué horas son, niño?

Fleance. Púsose la luna;
no oí dar la hora.

Banquo. Pónese á las doce.

Fleance. Debe de ser, señor, más tarde.

Banquo. Toma; mi espada ten:
gobiérnanse en el cielo bien:
mataron toda luz allí —
coge ésta tú también;
que pesa sobre mí
un sueño abrumador,
cual plomo; y sin embargo, no durmiera.
(Aparte). Poderes de piedad,
dentro á mí el pensamiento de maldad
reprimid; quien, durante el sueño,
de la naturaleza se hace dueño.

(Salen Macbeth, y un criado con antorcha.)

(Á Fleance:)

Dame mi espada.—¿Quién viene?

Macbeth. Un amigo.

Banquo. Aun no dormís, señor? El rey durmióse.
Cual pocas veces, hoy alegre estuvo.
Á vuestra servidumbre dones ricos
ha dado; y cual á su hospedera amable,
saluda á vuestra esposa con aqueste
diamante. Terminó sin par gozoso.

Macbeth. Así desprevenidos, servidora
tuvo que ser la voluntad
de la necesidad; si no, mandara
ella con libertad.

Banquo. Nada ha faltado. — La pasada noche
en las hermanas parcas yo soñé:
algo os han dicho de verdad.

Macbeth. No pienso en ello. Empero si propicia
hora lográsemos, en este asunto,
fijando vos el tiempo, unas palabras
habláramos.

Banquo. Como gustéis.

Macbeth. Si entonces
conmigo sois, de obrar en el momento,
os vendrá honor.

Banquo. Si nada de él perdiere,
queriéndolo acrecer; si siempre libre
conservo el corazón, la lealtad pura,
consejo tomo.

Macbeth. Buenas noches mientras.

Banquo. ¡Merced, señor! y buenas os las doy.

(Vanse Banquo y Fleance.)

Macbeth (al criado).

Di á tu señora que, en teniendo pronta
mi poción, toque la campana. — Acuéstate.

(Vase el criado.)

¿Es daga la que aquí delante veo,
el puño vuelto á mí? Vén; deja asirte —
no estás; empero, siempre te contemplo.
¿No eres, funesta imagen, á la mano
sensible, como al ojo? ¿Ó eres vano
puñal imaginario y fantasía,
de un cerebro que en fiebre desvaría?
Aún te estoy mirando
de forma tan tangible
como el que ahora blando.
Tú me conduces por la vía
que yo correr quería:
de un instrumento tal necesitaba.
Ó es el bufón de los sentidos todos
el ojo, ó vale lo que todos juntos.

Te veo sin cesar; y ahí
en la hoja y guarnición
gotas de sangre; lo que no era así.—
Nada hay: es el intento
sangriento
quien mi ojo de esta suerte engaña.—
Del orbe en la mitad ahora
muerta parece la natura;
y malos sueños el velado sueño
seducen; y la hechicería
á Hécate pálida festivos dones
hora ofrenda. Y matanza descarnada,
por su custodio lobo despertada,
quien aúlla centinela; fué arrastrando,
artera hacia su empresa y de Tarquino
con el paso nefando,
cual un espectro, vino —
Tú, oh tierra firme, inmota, mis pisadas
no oigas á donde van; no sea cuenten
las piedras mismas mi hacia dónde:
y quiten á estos tiempos su terror,
que tan bien les está.
Yo reto: él vive: frías auras son
palabras, para el fuego de la acción.
(Suena una campana.)
Voy: hecho está; me llama la campana.
No la oigas, Duncan, que por ti es herida,
y al cielo ó al infierno te convida.
(Vase. Sale Lady Macbeth.)

Lady Macbeth.
Lo que ebrios los tornó, me torna audaz;
á ellos fué hielo, ardor á mí vivaz.
¡Oye! ¡Silencio! Es buho que ha gritado;
el fatal pregonero, que horroroso
las buenas noches da. —
Ya haciéndolo él está.
Se abrió la puerta. Con roncar profana
harta su ministerio la custodia:
tal mezclé su brebaje que porfían
la vida y muerte en ellos á quién gana.

Macbeth (detrás).
¿Quién es?—¡Eh!

Lady Macbeth. ¡Ay! temo hayan despertado,
y por hacer esté. — El intento piérdenos,
no el hecho.—¡Alerta!—Puestos sus puñales
dejé: debió de hallarlos; —
si dormido á mi padre él no es tan símil,
yo lo hago — (Entra Macbeth.)
Hombre, ¿y?

Macbeth. Que hecho está — ¿No oiste
ningún ruido?

Lady Macbeth. Escuché gritar el buho,
grillos sonar.—¿Nada has hablado?

Macbeth. ¿Cuándo?

Lady Macbeth.
Hora.

Macbeth. ¿Al bajar yo?

Lady Macbeth. Sí.

Macbeth. Oye.—¿Quién duerme
en el cuarto contiguo?

Lady Macbeth. Donalbain.

Macbeth (mirándose las manos).
Horrible es de mirar.

Lady Macbeth. Necia palabra:
«horrible de mirar».

Macbeth. El uno en sueños
reía. «¡Asesinos!» gritó el otro;
tal que se despertaron. — Me detuve
á escuchar. Su oración ellos, empero,
rezaran y de nuevo se durmieran.

Lady Macbeth.
Ahí sus lechos tienen dos.

Macbeth. El uno
clamó: «¡Dios, ten piedad!» — «Amén», el otro;
cual si, con estas manos de verdugo,
de su temor testigo, me mirasen.
No pude «Amén» decir, cuando clamaron:
«¡Dios, ten piedad!»

Lady Macbeth. No ahondes así en eso.

Macbeth.
Y *amén* decir ¿por qué no pude? ¡Y tanto
yo había menester misericordia,
cuando el *amén* se me clavó en las fauces!

Lady Macbeth.
No se han de escudriñar tales acciones;
frenéticos nos vuelven reflexiones.

Macbeth.
Oigo cual si clamasen: «Ya no duermas;
Macbeth al sueño, al inocente sueño,
mata»: sueño que cuitas desenreda
inextricables; muerte de la vida
de cada día; baño del afán,
bálsamo del herido corazón,
curso segundo de la gran natura,
del banquete vital
la vianda principal. —

Lady Macbeth.
No te entiendo.

Macbeth. Clamaban sin cesar:
«¡No más dormir!» por todo nuestro hogar.
«Al sueño Glamis ha matado.» Cawdor,
por esto, ya no ha de dormir:
Macbeth no ha de dormir.

Lady Macbeth.
¿Quién tal gritaba? — Mira, digno than,
tus nobles bríos aflojando van,
si con frenesí tanto en esto sueñas. —
Vé y agua coge, esas inmundas señas
de la mano á lavar. — ¿Á qué trajiste
los puñales de allí?
Se han de poner ahí;

vé, llévalos, y tiñe en sangre,
á los dormidos criados.

Macbeth.

Ya no voy más. El recordar lo que hice,
atérrame; verlo otra vez no puedo.

Lady Macbeth.

¡Menguado! Los puñales dame: nada
durmientes y difuntos son
sino pinturas de ilusión:
al ojo del infante
satán pintado espante.
Si él cruento está, los camareros doro
yo hasta en la faz: que brille su desdoro.

(Entra. Golpean dentro á la puerta.)

Macbeth. ¡Qué golpear!
¿En qué he venido
yo á parar,
que me estremece todo ruido?
¡Qué manos! ¡Ah, los ojos ellas sácanme!
¿Lava el océano del gran Neptuno
la sangre acaso de mi palma?
No; antes bien ella tornaría rojos
los innúmeros mares, hasta ser
su verdor una púrpura doquier.

Lady Macbeth (vuelve).

Mis manos, cual las tuyas, colorean;
empero, me corriera, si tuviese
tan albo el corazón. (Golpean dentro.)
Á la puerta del sur oigo golpear.
Vamos á nuestra alcoba: un poco de agua
nos lava de esta acción.
¡Cuán fácil es entonces de llevar! —
Tu fortaleza toda se te fué. (Nuevos golpes.)
Oye: aldabean más; échate encima
tu bata de dormir; no nos encuentre
sorpresa atisbadores. —
No estés así pensando
enajenado miserando.

Macbeth. ¡Conciencia de mi acción! —
¡Fuese yo sin conciencia de mí mismo¡...

(Nuevos y más recios golpes.)

Golpea, hasta á Duncan despertar. —
¡Oh, si pudieras tal! ...

(Vanse ambos.)

ESCENA II.

(Sale un portero. Aldabadas fuera.)

Portero. Esto sí que se llama aldabear, ¡por vida! Si un hombre fuese portero de la puerta del infierno, ya tendría que llavear. (Aldabean fuera.) ¡Bum, bum, bum! — ¿Quién vive, por Beelzebú? — Aquí está un labrador que esperando abundancia se ahorcó. — Á tiempo vienes. Traerás bastantes sonadores; que aquí habrás de sudar para ello. (Aldabean.) ¡Bum, bum, bum! — ¿Quién vive, en nombre del otro diablo? — ¡Por vida mía! un anfibólogo, que podía jurar en ambos platillos de aquí para allí; quien fué asaz traidor á mayor gloria de Dios y que, con todo, no se pudo anfibologizar hasta el cielo. ¡Oh! adentro, anfibólogo! — (Aldabean.) ¡Bum, bum, bum! — ¿Quién vive? ¡Por vida mía! un sastre inglés, echado acá por pegársele algo de mi pantalón francés. ¡Adentro no más, sastre! aquí puedes asar tu ganso [1]. — (Aldabean.) ¡Bum, bum, sin fin! ¿Quién eres? — Pero el lugar es demasiado frío para ser infierno. No quiero más esta portería del diablo. De no, dejaría entrar más de uno de todos los gremios, viandante de la senda de prímulas hacia las luminarias eternas. — (Aldabean.) ¡Pronto! ¡pronto! — Os ruego, compadeceos del portero.

(Abre la puerta. Entran Macduff y Lennox.)

Macduff. ¿Tan tarde, amigo mío, te dormiste, que hasta tan tarde en cama te has estado?

Portero. ¡Por vida! señor, jaraneamos hasta el segundo canto del gallo; y el empinamiento, señor, es un grande provocador de tres cosas.

Macduff.

¿Qué tres cosas provoca especialmente?

Portero. ¡Canario! señor: rojez de nariz, sueño y orina. Provoca, señor, el libertinaje y lo desprovoca: provoca el deseo y refrena su consumación. Por esto se puede decir que la mona es equivoquista de la lujuria: la hace y la deshace; la aquijonea y la enfrena; persuade y disuade; levanta y derriba; en suma, la equivoca hasta adormecerla; la desmiente y la deja yacer.

Macduff. Creo que á ti te ha desmentido anoche la empinadura.

Portero. Sí, señor; en mi mismísimo gaznate. Pero me pagó sus desmentidas, y creo que demasiado fuerte, para ella, aunque tal cual vez me solevantó las piernas; la forcé, sin embargo, á rendirse.

Macduff. ¿Está ya en pie tu señor? —
El aldabear le despertó: ahí viene.

(Entra Macbeth.)

Lennox: Buenos días, mi noble caballero.

Macbeth. Buenos tenedlos ambos.

Macduff. ¿Despertóse
el rey ya, digno than?

---

[1] goose = ganso; plancha.

Macbeth. Aun no.
Macduff. Mandóme
despertarle temprano; y yo he dormido
hasta ahora, tarde asaz.
Macbeth. Á él os llevo.
Macduff. Sé que molestia grata os fuera; empero
molestia es.
Macbeth. Labor leda, labor fácil. —
Ésta es la puerta.
Macduff. Sin reparo llego:
me lo intimó.
(Entra en la alcoba de Duncan.)
Lennox. ¿Parte hoy el rey?
Macbeth. Sí; es orden.
Lennox.
La noche horrenda fué: donde dormíamos,
cayó la chimenea, á la tormenta;
y por los aires resonó — se cuenta —
lamento: ululato singular
de muerte, y présago, hórrido anunciar
de incendios terroríficos y eventos,
— cual el tiempo infelice los incuba —
de públicos desquiciamientos.
Recio gritó la noche entera el buho.
Diz que yacía el orbe mismo
temblante en fiebre y paroxismo.
Macbeth. Áspera ciertamente fué la noche.
Lennox. Mi juvenil memoria busca en vano
otra igual.
(Macduff vuelve.)
Macduff. ¡Oh! ¡horror! ¡horror! ¡horror!
ni voz ni corazón
te puede concebir
ni te puede decir.
Macbeth y Lennox.
¿Qué sucede?
Macduff. Su hazaña ha hecho el crimen.
Sacrílega occisión
entró de Dios en la mansión
sagrada, ungida;
y de la fábrica robó la vida.
Macbeth. ¿Cómo? ¿la vida?
Lennox. ¿La de su Majestad?
Macduff. Id á su alcoba; allí cegad,
de esta nueva Gorgona á la mirada.
Á mí no me pidáis que os hable:
ved, y vosotros mismos luego hablad.
(Macbeth y Lennox van á la alcoba real.)
¡Arriba! ¡arriba! ¡Toque la campana
de alarma! — ¡Muerte y traición
de lesa majestad!
¡Banquo y Donalbain, Malcolm, despertad!
¡Lejos el plúmeo sueño, mortal sombra!
¡Mirad la muerte misma! — ¡Alzad! ¡alzad!
¡la imagen del final juicio mirad!
¡Malcolm, Banquo, salid cual de la tumba!
¡discurrid como espíritus! ¡favor!
¡y contened aqueste horror! —
La campana tañed.
(Tocan la campana. Sale Lady Macbeth.)
Lady Macbeth.
¿Qué ocurre, que tan hórrida trompeta
convoca los que duermen por la casa?
Decid.
Macduff. Vos, oh mujer blanda, escucharme
no podéis lo que yo deciros puedo.
Tal repetir en femenil oído,
fuera la muerte dar con el sonido.
(Sale Banquo.)
¡Oh Banquo, Banquo, á nuestro real señor
mataron!
Lady Macbeth. ¡Ay dolor!
¿Qué? ¿dentro á nuestro hogar?
Banquo. Asaz cruel, doquier sea. — Caro Duff,
te ruego; contradícete á ti propio,
y di que no es así.
(Vuelven Macbeth y Lennox.)
Macbeth. Como muriera
luego antes de este caso yo, viviera
feliz. Desde hoy, no hay nada substancioso
en la mortalidad: frívolo es todo.
Gloria, gracia murió.
El vino de la vida se agotó;
sólo heces han quedado al bodegón:
materia al fanfarrón.
(Salen Malcolm y Donalbain.)
Donalbain.
¿Qué se ha perdido?
Macbeth. ¡Vos! ¿y lo ignoráis?
El arroyo, la testa, el manantial
de vuestro cruor cegado está;
cegado está el principio del raudal.
Macduff. Á vuestro padre asesinaron.
Malcolm.
¡Ah! — ¿Quién?
Lennox. Al parecer, los camareros:
Manos, cara, tenían todas cruentas;
también las dagas, no limpiadas. —
Fijos y como atónitos miraban:
no ama el vivir quien en los tales fía.
Macbeth.
¡Oh! arrepiéntome hora de la furia
con que muerte les di.
Macduff. ¿Por qué les disteis?
Macbeth.
¿Quién puede al mismo tiempo ser prudente
y frenético, plácido y furente,
leal y neutral? Nadie. Mi amor violento
adelantóse al tardo entendimiento. —
Aquí Duncan yacía,
la argéntea piel orlada
de su sangre dorada;

de sus heridas la hendedura
era cual brecha abierta en la natura,
á su quebranto vasta entrada —
allí, los asesinos, empapados
de su faena en el color;
atrevida la daga tinta en cruor.
¿Qué hombre de corazón ahí se enfrena,
si abriga dentro al corazón valor
de publicar su amor?

Lady Macbeth (fingiéndose desmayada).
Ayudadme á salir, ¡ah! —

Macduff. Cuidad de la señora.

Malcolm (paso á Donalbain). ¿Callaremos
nosotros, á quien más de cerca toca
este infortunio?

Donalbain (paso á Malcolm). ¿Qué decir, aquí
donde nuestra fortuna, en el barreno
escondida, saltar puede y cogernos?
Quedémonos así:
aun nuestras lágrimas no están maduras.

Malcolm (paso á Donalbain).
Ni prontas á estallar las amarguras.

Banquo. Favor á la señora.

(Lady Macbeth es llevada fuera.)

Y luego que la piel desnuda frágil,
contra estas intemperies abriguemos,
volvamos á juntarnos é indaguemos
de esta acción sangrientísima hasta el fondo.
Temor y duda agítannos. Yo estoy
de Dios en la gran mano, y doy,
desde allí, sobre oculta presunción
de crimen y traición.

Macduff. Y yo también.

Todos. Todos al par.

Macbeth. Sin mora,
al varonil obrar vamos ahora;
y en la sala juntémonos.

Todos. Bien; sea.

(Todos, menos Malcolm y Donalbain, se van.)

Malcolm.
¿Qué hacer tú piensas? No nos fiemos de
Pena afectar es fácil al falsario. [ellos.
Voime á Inglaterra.

Donalbain. Á Irlanda yo: si vario
va nuestro sino, corre más seguro.
Do estamos, dagas hay entre sonrisas:
quien más tu sangre, es más cruento contigo.

Malcolm. Esta mortal saeta disparóse,
y aun no ha caído.
Para nosotros el mejor partido
es el blanco rehuir.
Montemos, pues; sin tierno despedir,
con rápido partir.
Justo es el ausentarse cual ladrón
de do faltó piedad y corazón.

(Vanse.)

ESCENA III.

(Extramuros del castillo de Macbeth. Entran Rosse y un viejo.)

Viejo. De tres veintenas y diez años guardo
memoria clara; y en tan largo tiempo
horas vi de terror y contratiempo.
Mas, con la noche horrífica pasada,
es lo que de esto sé, pura nonada.

Rosse.
¡Ah, buen anciano, ves que, turbio el cielo
ante el humano obrar, al escenario
cruento amenaza. Por reló es de día;
y negra noche ahoga todavía
la lámpara ambulante.
¿Poder de la tiniebla ó bien del día
rubor será que al rostro de la tierra
la sombra entierra;
al que besar debía
la lumbre del vivir?

Viejo. Cosa antinatural, como esta acción.
El martes último un halcón,
al remontarse altivo á su lugar,
de una lechuza preso fué y matado.

Rosse. Y del rey los bridones — peregrino
por demás, aunque cierto caso — bellos
y ligeros, la nata de su raza,
rompieron por sus cuadras, disparándose
indómitos, en son de guerra al hombre.

Viejo. Diz que se devoraron mutuamente,

Rosse. Lo hicieron: espantóse mi ojo al verlo. —
Ahí viene el buen Macduff.

(Sale Macduff.)

¿Cómo marcha,
señor, el mundo?

Macduff. ¿No lo veis?

Rosse. ¿Se sabe
quién hizo este atentado más que cruento?

Macduff. Los que Macbeth apuñaló.

Rosse. ¡Ay me!
¿Cuál fué de los hechores el intento?

Macduff. Estaban sobornados. Han huído
Malcolm y Donalbain, del rey los hijos,
secretamente; lo que parte ha sido
á sospecharlos.

Rosse. ¡Contra la natura
siempre! Vana ambición, que tus vitales
fuerzas propias devoras! —
Así, en Macbeth, sin duda, la corona
recaerá.

Macduff. Ya está nombrado; á Scone
á coronarse fué.

Rosse. ¿Dó está el cadáver
de Duncan?

Macduff. Se llevó á Colmekill,
á la sagrada tumba, do los huesos
reposan de sus padres.

Rosse. ¿Vais á Scone?
Macduff.
No, primo: á Fife.
Rosse. Bien; yo entonces voy.
Macduff. Bien; y que allá todo prospere. Adiós.
Vestido nuevo rara vez
del viejo tiene la holgadez.
Rosse. Adiós, anciano.
Viejo. Sea Dios con vos
y con el hombre quien
convierte el mal en bien
y al enemigo
torna en amigo.
(Vanse todos.)

ACTO III. ESCENA I.

(Fores. El palacio. Sale Banquo.)

Banquo.
Tiéneslo ya: rey, Cawdor, Glamis: todo,
cual te fué por las brujas prometido;
me temo que, por esto, fementido
hayas jugado. Y sin embargo, díjose
que no lo heredaría tu linaje,
y que de reyes muchos tronco y padre
yo mismo habré de ser. Si ellas dijeron
verdad — y que la han dicho, lo demuestra,
Macbeth, lo hablado á ti — ¿por qué, cum-
tu vaticinio, no ha de ser veraz [plido
mi oráculo también y sublimarme
á la esperanza? — ¡Chito! y nada más.
(Toque de clarines. Salen: Macbeth, de rey; Lady Macbeth, de reina; Lennox, Rosse, caballeros, damas y acompañamiento.)
Macbeth. He ahí á nuestro huésped principal.
Lady Macbeth. Sin él, en nuestra fiesta real
veríase un rasgón,
y todo en desazón.
Macbeth. Esta noche un festín, señor, hacemos
y os pedimos que de él participéis.
Banquo.
Vuestra Excelencia mande: á vuestro mando
ligado está por siempre mi deber
con vínculo imposible de romper.
Macbeth. ¿Cabalgáis esta tarde?
Banquo. Sí, vuecencia.
Macbeth.
De no, vuestro dictamen os pidiéramos,
que tan de pro como de buena fe
en la junta del día siempre fué.
Para mañana quédese. ¿Vais lejos?
Banquo.
Tan lejos, príncipe, que en ello el tiempo
iráse hasta la cena desde ahora.
Si cuanto puede mi bridón no corre,
habrá en prestado que ir de noche un hora
ó dos.
Macbeth. Á nuestra fiesta no faltéis.
Banquo. No, ciertamente, mi señor.
Macbeth. Oimos
que á Inglaterra han ido nuestros primos
sanguinarios y á Irlanda; no confiesan
el parricidio cruel, y especie vana
y singular divulgan. — Mas mañana
de esto, al llamarnos los demás asuntos
públicos á asamblea todos juntos.
Cabalgad y volad. Adiós;
hasta la noche. ¿Marcha Fleance con vos?
Banquo. Sí, buen señor: el tiempo nos apura.
Macbeth. Caballos de veloz marcha segura
tengáis, á cuyo lomo os encomiendo.
Adiós. — (Vase Banquo.)
Hasta las siete de la noche
disponga de su tiempo cada cual.
Para mejor fruir del placer social,
hasta el festín nos quedaremos solos.
En tanto, adiós.
(Vanse todos, menos Macbeth y un criado.)
¡Ea, mi amigo!
¿están aquellos hombres prevenidos?
Criado. Lo están, y del palacio á la portada,
mi señor.
Macbeth. Éntralos. (Vase el criado.)
Ser esto, es nada....
Pero serlo, y seguro.... Nuestro miedo
de Banquo es hondo. Impera dentro su alta
y regia mente lo que sobresalta.
Se atreve á mucho; y junta á la osadía
prudencia, que al obrar seguro guía
su natural intrepidez. Ninguno
cual él, mientras viviere, me amedrenta:
á mi genio, oprimiéndole, violenta,
como el de César al de Marco Antonio.
Cuando de rey me dieron testimonio
primero las hermanas, él riñólas;
hablarle les mandara, y profetisas,
como á padre de reyes saludáronle.
Á mí en las sienes árida corona
me han puesto y en el puño un cetro estéril;
que, pues no viene un hijo en pos de mí,
me arrancará una mano extraña. Así,
¿por la casta de Banquo mancharía
mi ánima yo, matando al noble Duncan,
rencores en el cáliz de mi paz
mezclando por ellos no más?
¿Y mi perla eternal yo vendería
al común enemigo de los hombres,
para ésos coronar,
la ralea de Banquo coronar?
Antes que tal suceda, vén, oh suerte;
lidiemos en la liza hasta la muerte. —
¿Quién viene?
(Vuelve el criado con dos asesinos.)

Macbeth (al criado). Vé y ante la puerta aguarda
á que te llame yo. (Vase el criado.)
¿No fué
ayer cuando os hablé?
Primer asesino.
Tal fué, si place á vuestra Majestad.
Macbeth. Y bien: ¿reflexionasteis mi palabra?
Sabéis que él era quien, pasados tiempos,
os mantenía opresos, y no el mío
— cual vos pensabais — inocente *yo*.
Os lo aclaré en nuestra última entrevista,
probándoos cuál se os trató, vejó;
quién fué la causa, y todo lo demás
que á una semialma y sandia hasta no más
podría hacer clamar: «¡Hízolo Banquo!»
Primer asesino.
Lo vemos.
Macbeth. Lo mostré, y toqué lo que hoy
á decir, en lugar segundo, voy. —
Conque: ¿sois de paciencia tan sin par,
que aquesto lo dejéis pasar?
¿Y tan piadosos sois, que por este hombre
bueno oréis y los suyos, quien tortura
inflígeos y matanza
y á vuestra prole lanza
en mendiguez sin fin?
Primer asesino.
Hombres somos, señor.
Macbeth. Estáis por hombres
en la lista; á manera que sabueso,
galgo, alano, podenco, lebrel, dogo,
lanudo, mediozorra: todos llámanse
perros: la lista de avalúo nota
los rápidos, los tardos, los sagaces,
los del hogar, los de la selva; á todos,
según los varios bondadosos modos
con que los ha plasmado la natura.
Y así particular añadidura
granjéanse en el cedulón,
donde del mismo nombre todos son.
Tal los hombres también. Luego, si asiento
tenéis en este parlamento,
y no de hombría el postrimer lugar,
decidlo: y este asunto de matar
al enemigo vuestro yo os confío.
Á nuestro corazón asíos fuerte
y á nuestro amor: de nos el bienestar
enferma, mientras viva él; y su muerte
lo puede hasta la cúspide elevar.
Segundo asesino.
Yo, mi señor, soy uno á quien del mundo
los golpes y puñadas tan furioso
tienen que cuanto contra el mundo yo oso,
nada me importa.
Primer asesino. Y yo otro soy
por los desastres agobiado tanto,
por la fortuna y su quebranto,
que juego el todo por el todo.
Macbeth.
Sabéis, Banquo era el enemigo vuestro.
Ambos asesinos.
Sí, Majestad.
Macbeth. Él es también el mío,
y con un desamor tan cruento,
que lo hondo de la vida me perfora
de su existir cada momento.
Y bien que, con abierto poderío,
según ley de mi voluntad, me es dado
arrebatarle, deberé no hacerlo:
ciertos amigos respetar querría
suyos y míos; lágrimas me arranca
hasta el que derribé. La ayuda vuestra
por esto solicito, á la mirada
del público la acción así velada,
por numerosas, sólidas razones.
Segundo asesino.
Lo que nos ordenéis, Señor, haremos.
Primer asesino.
Aun cuando nuestra vida...
Macbeth. Dentro al ojo
intrepidez os brilla. Advertiréos,
en una hora á lo más, donde apostados
estéis: el punto fijo, el tiempo, instante.
En esta noche ello se hará, y distante
un tanto del castillo. Pensad mucho
que libre de sospecha yo me vea.
También con él — porque no quede en la obra
ninguna estregadura ni remiendo —
ha de partir de la hora tenebrosa
la suerte su hijo Fleance, que le acompaña;
y cuya desaparición
no es menos esencial,
que la del padre, para mí.
Resolveos cada uno de por sí.
Vuelvo sin dilación.
Ambos asesinos.
Estamos, mi Señor, resueltos.
Macbeth.
Luego os voy á llamar. Fuera aguardad.
(Vanse los asesinos.)
Resuelto todo está:
Tu ánima, Banquo, volará:
si el cielo quiere ver,
esta noche ha de ser.
(Vase.)

ESCENA II.

(Fores. En el castillo. Salen Lady Macbeth y un criado.)

Lady Macbeth.
¿De la corte ha salido Banquo?

Criado. Sí,
Señora; tornará á la noche.
Lady Macbeth. Di
al rey que á hablarle una palabra, espero.
Criado. Señora, voy ligero. (Vase.)
Lady Macbeth.
Nada gana, lo pierde todo quien
no goza el alcanzado caro bien:
mejor es ser lo que uno ha destruído,
que vivir no feliz en lo derruído.
(Sale Macbeth.)
¡Y qué, Señor! ¿Por qué siempre tan solo,
de sombríos fantasmas ocupado?
de pensamientos que morir debieron,
á fe, con ése en quien pensando están.
Lo irremediable es irreflexionable.
Lo hecho, hecho.
Macbeth. Cortamos, no matamos la serpiente:
sanará y es la misma; y nuevamente
á nuestra furia débil amenaza
su ponzoñoso diente.
Pero, antes que comer nuestro bocado
con ánimo azorado;
antes que las visiones horrorosas
que nuestro sueño asaltan, nos perturben;
la fábrica del uno y otro mundo
derrúmbese: más vale con el muerto
estar, á quien, por nuestra paz, enviamos
á la paz, que yacer en este potro
del alma en sempiterno frenesí.
Duncan está en la fosa:
la fiebre de la vida se calmó:
y plácido reposa.
Traición el mal que hacerle pudo, le hizo.
Ni acero, ni veneno, ni asechanza
doméstica ni externa ya le alcanza.
Lady Macbeth. Vén, dueño, esposo mío:
clara el mirar sombrío;
sereno muéstrate y jovial
en el banquete nocturnal.
Macbeth.
Lo haré: hazlo también, mi amada prenda.
Tu distinción y amor á Banquo atienda
con ojo y labio. Derrochar debemos,
mientras aun vacilantes nos hallemos,
honras así en lisonja torrencial.
Hagamos nuestra faz
del corazón disfraz.
Lady Macbeth. No me hables de esto más.
Macbeth.
¡Ah! llena de escorpiones mi alma está,
cara mujer; lo sabes tú:
Banquo vive y el hijo suyo dura.
Lady Macbeth. Á nadie eterno conformó natura.
Macbeth. Es ésta mi consolación:
ellos tangibles son.
Ánimo, pues: no volará el murciélago
su solitario vuelo;
ni, con su soporífero zumbido,
de la noche el repique bostezante,
á la llamada de Hécate negreante,
dará el escarabajo mal nacido;
antes que se consume acción de horror.
Lady Macbeth. ¿Qué se va á consumar?
Macbeth. Ignóralo inocente, prenda mía,
hasta que hecho lo aplaudas.—Ciega noche,
vén á velar del compasivo día
los delicados ojos; la gran cuenta,
que en mi palor asienta,
cancélala, desgárrala
con tu invisible mano cruenta. —
Ya anochece: á la selva de cornejas
volando el cuervo va:
la diurna bonhomía
lánguida dormitando está:
la nocturnal gentualla umbría
su víctima velando espía. —
¿Sorpréndete mi hablar?
Aún escucha más:
el mal engendra el mal siempre jamás.
Ahora, por favor, conmigo vén.
(Vanse ambos.)

ESCENA III.

(Bosque inmediato al castillo. Salen los asesinos.)

Primer asesino.
Mas ¿quien junto á nosotros te ha mandado?
Tercer asesino. Macbeth.
Segundo. No hay desconfiar: el cometido
nuestro él declara y lo que hacer debemos
aquí.
Primero. Pues con nosotros vén. Del día
vislumbres muestra ocaso todavía.
Hora más presuroso va el tardío
viandante á la techumbre tempestiva;
y aquí el que esperamos, pronto arriba.
Tercero. ¡Chitón!
Andar siento un bridón.
(Banquo detrás de la escena.)
Banquo. Alumbra aquí, ¡eh!
Segundo. Él es, se ve:
los demás de la lista de invitados
en la corte ya están.
Primero. Volviendo los caballos van.
Tercero. Casi una milla; empero él, como todos,
usa, de aquí á la puerta del castillo,
andar á pie.
Segundo. Ve esa luz, ve.
(Salen Banquo y Fleance con una hacha.)
Tercero. Es él.
Primero. Á él.

Banquo (á Fleance).
Parece que esta noche lloverá.
Primero. ¡Que llueva! (Atacan á Banquo.)
Banquo. ¡Traición! — Huye, buen Fleance, huye, huye, —
Tú me puedes vengar. — ¡Oh esclavo!
(Muere, Fleance escapa).
Tercero. ¿Quién la antorcha apagó?
Primero. ¿Y por qué no?
Tercero. Uno sólo cayó;
el hijo huyó.
Segundo. Falta á nuestra obra la mejor mitad.
Tercero.
¡Bien! vamos, á anunciar lo que hecho está.
(Vanse.)

ESCENA IV.

(Fores. Sala de palacio. Preparado está un banquete. Salen Macbeth, Lady Macbeth, Rosse, Lennox, lores y acompañamiento.)

Macbeth. El grado vuestro conocéis: sentaos;
y una vez y otra sed muy bien venidos.
Lores. Gracias, su Majestad.
Macbeth. Yo mismo en vuestra sociedad
mezclarme quiero
cual humilde hospedero.
En su lugar la huéspeda se queda;
mas pedirémosle la bienvenida,
si se halla complacida.
Lady Macbeth.
Dala, señor, por mí, á nuestros amigos todos; de corazón yo los saludo.
(El primer asesino asoma á la puerta.)
Macbeth. Ve cuál sus corazones te responden.
Iguales ambas filas son;
me siento yo en el medio, aquí.
Dad rienda suelta ya al placer;
á placer, por doquier,
iremos á beber. —
(Llégase al asesino.)
Sangre en la cara traes.
Asesino. De Banquo entonces es.
Macbeth. Mejor en tu exterior,
que no en su interior. —
¿Despachado él está?
Asesino. Señor, cortada su garganta está;
yo le hice tal.
Macbeth. ¡Víctor, garganti-cortador!
¡Viva también el que hizo á Fleance igual!
Si tú lo has hecho, tu arte es sin igual.
Asesino. Señor mío real,
Fleance escapó.
Macbeth. Torna, entonces, mi mal;
Sin esto, todo sano yo estuviera,
como el mármol y firme, cual la roca,
grande y dominador,
como el aire en redor.
Mas hora estoy encerrado, opreso, presa de audaces suspicacias y temores. —
Mas Banquo, ¿está seguro?
Asesino. Sí, mi buen amo; yace dentro á un foso,
con hendeduras veinte de cabeza,
seguro: era mortal aun la más breve.
Macbeth. Gracias por ello. La serpiente
vieja bien duerme aquí: el gusano, el pulgo,
poder de procrear veneno siente;
mas hoy no tiene todavía diente. —
Márchate, hasta mañana, cuando sea
otra vez yo el que soy.
(Vase el asesino.)
Lady Macbeth. Mi real señor, asaz
desamoroso estás:
comprado es el festín
en que á los comensales muchas veces
no se les hace comprender
que es dado con placer.
Para hartarse el mejor lugar
es el hogar.
Fuera de ahí, es condimento
de viandas la afabilidad.
Fiesta sin ella, fiesta no es.
Macbeth. ¡Suave amonestadora!
Pues bien: al apetito digestión
buena acompañe y bendición.
Lennox. ¿Place tomar asiento á vuestra Alteza?
(Sale el espíritu de Banquo y siéntase en el lugar de Macbeth.)
Macbeth. Tendríamos ahora junta entera
de nuestros súbditos la flor,
si nuestro amable Banquo aquí estuviera;
al que culpar de desamor
prefiero á lamentar
le haya ocurrido un mal.
Rosse. Señor, su inasistencia
es la palabra quebrantar;
es deshonor. —
¿Merced hacernos de su real presencia,
placé á vuestra Excelencia?
Macbeth. ¡La mesa llena está!
Lennox. Aquí tenéis asiento reservado.
Macbeth. ¿Dónde?
Lennox. Aquí, mi buen señor. —
¿Qué es lo que agita á Vuecelencia?
(Á la sombra de Banquo:)
Macbeth. ¿Quién eso te hizo á ti?
Lores. ¿Qué, mi digno Señor?
Macbeth. Decir no puedes que yo lo hice. —
No así sacudas ya el cabello cruento.
Rosse. Alzad, señores: malo el rey está.
Lady Macbeth.
Quedad, caros amigos; que á menudo
tal sufre mi señor, y desde joven.

No os levantéis, os ruego: momentáneo
es el acceso; al punto él se repara.
Si fijos le miráis,
se irrita: y le agraváis.
Comed; de él prescindid.
(Aparte á Macbeth.) ¿Hombre eres tú?

Macbeth. Lo soy, é intrépido, que osa mirar
lo que palidecer haría al diablo.

Lady Macbeth.
¡Qué lindas quisicosas! De tu miedo
imágenes reales son;
es el puñal aéreo que, desnudo,
te señalaba á Duncan tú decías.
¡Ah! ese destiento, esos terrores,
signos de tímida aprehensión,
fueran donosa creación
para alguna conseja
contada de una vieja,
al amor de la lumbre en el invierno,
y autorizada por su abuela.
De ti mismo avergüénzate. ¿Qué muecas
son las que haciendo estás? —
Y, al fin, es silla lo que ves, no más.

Macbeth.
¡Por favor, mira! ¡ahí! ¡ahí! ¡helo! ¡helo! —
¿No le ves, di? —
(Á la sombra de Banquo:)
¿Qué? ¿Qué me importa á mí?
Si puedes cabecear, habla también.
Si osarios, tumbas lo inhumado en ellos
nos vuelven, mausoleo nuestro sean
vientres de buitre.
(Desaparece el espíritu.)

Lady Macbeth.
¡Qué! ¿todo deshombrado en frenesí?

Macbeth. Si estoy yo aquí, le vi.

Lady Macbeth. ¡Bah! ¡qué vergüenza!

Macbeth. Sangre se derramó ya desde antiguo,
aun antes que las leyes del Estado,
purgando, humanizaran.
Sí; más tarde también asesinatos
bastantes perpetráronse y horrendos
al oído en demasía. Antes de ahora,
empero, el hombre, echados fuera
los sesos, se moría; y todo, adiós.
Y hoy, con mortales homicidios veinte
en medio al cráneo, resucitan, lánzannos
de la silla. ¿Se vió caso más fuerte
y extraño que esta muerte?

Lady Macbeth.
Mi digno dueño, tus amigos nobles
te echan de menos.

Macbeth. Olvidábame. —
De mí no os asombréis, amigos míos,
predilectos: padezco un raro mal;
para quien me conoce, una nonada. —
Venid: ¡amor, salud á todos!
luego me sentaré. Un poco de vino: —
¡la taza llena! Bébola por todos
y por nuestro querido Banquo ausente.
¡Oh, si estuviera aquí! ¡Salud á todos
y á él, y todo á todos!

Lores. ¡Votos humildes por iguales modos!
(Torna la sombra.)

Macbeth. ¡Quítate, y lejos de la vista mía!
Oculto quédate en la tumba: huesos
tienes sin médula; tu sangre es fría.
No ves con esos ojos que me clavas
fulminadores.

Lady Macbeth. Miradlo, buenos lores,
esto como algo que acostumbra hacer.
No es más; sólo que turba aquí el placer.

Macbeth.
Á lo que alguien se atreve, yo me atrevo. —
Vén sobre mí, vén, hecho
un oso ruso hirsuto, ó hecho
rinoceronte armado ó tigre hircano;
truécate en todo, menos eso: y firmes
no se me habrán de estremecer los nervios.
Ó bien vuelve á la vida, y desafíame
en desierto á cuchilla; y si temblando
te esquivo, llámame infantil muñeca. —
¡Lejos de aquí, sombra de horror!
¡Fantasma burlador,
lejos de aquí! (Desaparece la sombra.)
¡Ah, bien así!
lejos de mí.
Hombre he tornado á ser.
Suplícoos, sentaos, sosegaos.

Lady Macbeth. Has perturbado la alegría
de esta gozosa compañía
con tu destiento sin igual.

Macbeth. ¿Podrá ocurrirnos tal:
cubrirnos, como nube veraniega,
sin nos atónitos dejar? —
De mi conciencia me haces tú dudar,
si pienso que posible te es mirar
semejante visión
con el rubí nativo de tu faz;
cuando la mía, de terror,
se cubre con palor.

Rosse. ¿Qué visión, mi señor?

Lady Macbeth. Os ruego, no le habléis.
De lo contrario, va de mal en peor.
el preguntarle muévele á furor. —
Á todos, buenas noches.
No aguardéis á que os manden retiraros;
mas idos todos á la vez.

Lennox. Buenas noches; mejore de salud
su Majestad.

Lady Macbeth. Muy buenas noches, todos.
(Vanse todos, menos Macbeth y Lady Macbeth.)

Macbeth.
Cruor quieren. Sangre pide sangre, dicen.
Piedras alzarse y árboles hablar
se han visto, y agoreros y adivinos,
por urracas, y grajos, y cornejas,
hallar los más ocultos asesinos.—
¿En qué estación la noche va?
Lady Macbeth.
Casi en lid justa con el alba está.
Macbeth.
¿Has dicho que Macduff venir no quiere
á nuestro gran mandado?
Lady Macbeth. Señor, ¿le has convidado?
Macbeth. Lo oí decir por incidencia;
pero le haré llamar:
no hay de ellos uno solo en cuyo hogar
no tenga un siervo asalariado yo.
Muy de alba á las hermanas parcas voy:
quiero me digan más.
Á indagar lo peor resuelto estoy,
por el peor camino.
Para mí, cuanto sirve, bueno es hoy:
ya tanto me he internado en el cruor,
que, si no avanzo más,
es tan difícil el volver atrás
como el seguir.
Extrañas cosas mi cerebro anida,
y á mi mano convida:
se han de tornar acción
antes que sepan lo que son.
Lady Macbeth.
Te falta quien lo alivia todo: el sueño.
Macbeth.
Vén, sueño, vén: es timidez naciente
este mi singular remordimiento;
que un ejercicio ha menester violento:
en el obrar aún muy niños somos.
(Vanse.)

ESCENA V.

(Un páramo. Truena. Salen las tres brujas y encuéntranse con Hécate.)

Primera bruja.
Di, Hécate, di, ¿por qué tan fiera miras?
Hécate.
¿No tengo yo razón, viejas procaces,
soeces? Fuisteis á tal punto audaces
de ardides con Macbeth forjar
y en son de enigmas, muertes concertar;
¿y yo, de vuestro hechizo autora,
de todo daño sola causadora,
no fuí llamada en ello á tener parte
ó hacer lucir allí mi nítida arte?
y — lo que es peor — lo hicisteis todo
por un varón de áspero modo,
y de rencor, y fraudulento:
un egoísta, como hay ciento,
al propio bienestar, no al vuestro, atento.
Ahora el yerro reparad
y sin tardar marchad:
del Aqueronte en el abismo,
al alba me hallaréis hoy mismo.
Él de venir habrá
por conocer su suerte allá.
Tened, pues, prontos los calderos
y mixtos y todo útil de hechiceros.
Lanzarme al aire debo: en obra fiera
he de emplear la noche entera.
Antes del medio día terminada
es fuerza esté la empresa levantada:
del borde de la luna pende
aérea gota que desciende.
La cojo antes que caiga y la destilo
por mágico profundo estilo.
Levantará en aquél, así,
tan loca confusión y frenesí,
que le hundirá en su ruina.
Con ambición que desatina
y con desprecio de su eterna suerte,
búrlese de fortuna y de la muerte.
Cada uno bien lo alcanza:
la humana malandanza
mayor es la confianza.
(Fuera, música y canto de «Torna, torna», etc.)
¡Chitón!: me llaman: ved allá,
en nubecilla vaporosa
mi tenue espíritu se posa,
y aguardándome está. (Vase.)
Primera bruja. Vamos, al punto, á trabajar;
que ella retorna sin tardar.
(Vanse.)

ESCENA VI.

(Fores. Sala de palacio. Salen Lennox y otro lord.)

Lennox. Mi insinuación os tiene pensativo:
siga hora el barruntar. Digo tan sólo
que raro aspecto los sucesos toman.
Fué Duncan bueno por Macbeth llorado.
¡Por vida! muerto estaba. — Banquo audaz
paseaba tarde asaz.
Di, si quieres, que Fleance le mató,
pues Fleance huyó.
No hay que pasear tan tarde.
¿Á qué alma no se impone cuán monstruoso
de Malcolm y de Donalbain fué el acto
de asesinar á un padre bondadoso?
¡Maldita acción!
¡Cuánta aflicción
para Macbeth! ¿No desgarró, al momento,
con pía furia entrambos criminales

del vino domeñados y del sueño?
¿No es ése un proceder de honor?
Eslo, y al mismo tiempo previsor.
Si no, apenárase toda alma viva
de su tenace negativa.
Así yo digo que con tiento
ha conducido todo evento.
Y estimo que, si haber pudiera
—¡el cielo no lo quiera!—
de Duncan á los hijos, ya sabrían
lo que es parricidar; lo mismo Fleance.—
Mas ¡chito! dicen que en desgracia está
Macduff por franco y por haber faltado
del tirano al festín.
Sabéis, señor, decirme dónde mora?

Lord.

Del rey el hijo, á quien tiene usurpado
la reyecía el déspota, reside
en la angla corte y el favor disfruta
del piísimo Eduardo, en tal manera
que no ha menguado la fortuna fiera
su honor y majestad. Allá ha partido
Macduff á suplicar al santo rey
que en nuestra ayuda excite
Northumberland y al belicoso Siward;
porque, amparados ellos del de arriba,
con su socorro, devolver podamos
á nuestras mesas viandas,
á nuestras noches sueño;
fiesta y festín librar de daga cruenta;
y leales sumisión rendir
y honores libres recibir:
todo lo cual lloramos hoy perdido.
Tanto ha infernado al rey la nueva de esto,
que ya dispone algún bélico apresto.

Lennox.

¿Ha enviado cerca de Macduff?

Lord.

Envió;
y con un seco «Sir, no yo»
ha vuelto tenebroso el mensajero,
y ha murmurado, en son de quien dijera:
«Os pesará del tiempo que me carga
de tal contestación.»

Lennox.

Á aquél esto prevenga se retire
cuanto prudente pueda. Un ángel santo
se le adelante volador
y anuncie su misión
á la corte de Albión;
que, repentina bienandanza,
retorne él sin tardanza
á estas tierras que acuita
una mano maldita.

Lord.

Con él mis ruegos van.

(Vanse.)

ACTO IV. ESCENA I.

(Caverna; en medio de ella un caldero hirviendo. Truenos. Salen las tres brujas.)

Primera bruja.

Por veces tres mayó el gato rojizo.

Segunda bruja.

Tres veces y una más gimió el erizo.

Tercera bruja.

Arpista llama: «Es hora; es hora.»

Primera.

Id en redor del caldero;
vísceras de zumo fiero
arrojad al hervidero.—
Sapo, tú, que un mes entero
bajo piedra helada, en sueño,
tu bochorno y tu beleño
criaste, hierve tú el primero.

Todas.

Cuécete, hierve con tesón;
da, fuego, á la olla borbotón.

Segunda.

Pulpa de palúdica serpiente,
cuece, cuécete bullente,
de lagartija ojo, lana
de murciélago, de rana
pata, pierna de lagarto, diente
de cecilia [1], y boca viperina,
y lengua canina
y ala de lechuza. La olla hirviente
mueva, cual inferno cocimiento,
los mixtos del potente encantamiento.

Todas.

Cuécete, hierve con tesón:
da, fuego, á la olla borbotón.

Tercera.

Lupino diente; escamas de dragón;
momia de bruja; estómago y garganta
de vorace marino tiburón;
cicuta cuya planta
se haya extraído en medio umbrío;
y de blasfemador judío
hígados; hiel caprina;
de tejo vástiga, plateada
á la luna eclipsada;
nariz de turco; boca tartarina,
dedos de niño estrangulado,
al nacer, y lanzado
á un foso por ramera:
coced la gacha espesa, entera;
de tigre entrañas dad por condimento,
en fin, á vuestro cocimiento.

Todas.

Cuécete, hierve con tesón:
da, fuego, á la olla borbotón.

Segunda.

Y la mixtión atemperad
con cruor de cinocéfalo: bondad
él le dará y tenacidad.

(Sale Hécate.)

Hécate.

¡Que viva nuestro ingenio y confección!
Tendrá cada una galardón.

[1] Una especie de serpiente, al parecer ciega.

Girad en torno á la olla encantadora,
cual sílfides y fadas, hora,
entre canción conjuradora. (Música y canto).
Espíritus negros y lucios,
espíritus grises y rucios:
batid, batid, batid,
cuanto podáis batir.

Segunda. Por el picar
de mi pulgar:
algo se llega que malea.
Abrid, á ver quien aldabea,
(Sale Macbeth.)

Macbeth. ¡Hola! hechiceras misteriosas,
de media noche, tenebrosas,
¿qué hacéis ahí?

Todas. Labor sin nombre.

Macbeth.
Por vuestra arte os conjuro, y como quiera
lo sepáis, respondedme; aunque guerrera
la tempestad soltaseis contra templos;
aunque olas espumosas, destrozando,
tragaran la marina; aunque las mieses
crecientes derribáranse y cayera
la selva; aunque volcasen los castillos
sobre la testa de quien cuidan de ellos;
aunque, hasta los cimientos, la cabeza
palacios y pirámides hundiesen;
aunque de la natura la riqueza
vital rodase toda, hasta enfermar
la destrucción: decid lo que os pregunte.

Primera. Habla.

Segunda. Pregunta.

Tercera. Respondemos.

Primera. Dinos,
si oírlo de la boca nuestra quieres
ó si escuchar prefieres
á los maestros nuestros.

Macbeth. Llamádmelos; dejadme que los vea.

Primera. Sangre verted de una marrana
que haya sus hijos nueve devorado:
grosura que haya trasudado
la horca de un asesino ajusticiado,
á las llamas lanzad.
Vén, y de altor,
grande ó pequeño, superior
muéstrate en tu labor:
(Truenos; aparece una cabeza con brazos.)

Macbeth. Dime, ignota potestad—

Primera. Él entiende lo que sientes:
oye, mas no hablar intentes.

La visión de la cabeza.
¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth!
de Macduff guárdate; del than de Fife
guárdate. — Voime presto. —
Basta con esto.
(Húndese y desaparece la visión.)

Macbeth. Quienquiera seas, por tu buen aviso
gracias. De mi recelo has tú tocado
en lo más vivo. Una palabra aún. —

Primera. No se deja mandar. Ahí viene otro,
que le excede en poder.
(Truenos; sube un niño sangriento.)

Niño. ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth!

Macbeth. Si oídos tres tuviera,
con todos tres te oyera.

Niño. Sé cruento, audaz, resuelto;
de toda fuerza humana desdeñoso
ríete; que ningún nacido de hembra
podrá á Macbeth dañar.
(Húndese y desaparece.)

Macbeth. Vive, pues, Duff: ¿por qué temerte?—
Yo la seguridad segura, empero,
tornar dos veces quiero,
y asir alguna prenda de la suerte:
no has de vivir. Y así desmiento fuerte
al miedo, á quien albea el corazón;
y duérmome á despecho del tronar. —
(Truenos; álzase un niño coronado, con un árbol en la mano.)
¿Qué es eso que, cual vástago de rey,
levántase, adornada de corona
y de diadema real la sien pueril?

Todas. Escucha; nada le hables.

Niño. Sé un león; sé intrépido, confiado en ti,
¡y furia armada estalle en frenesí!:
Macbeth será invencible, hasta que ande
y venga la de Birnam selva grande
sobre él á la colina
de Dunsinane pina. (Húndese.)

Macbeth. Eso no se verá:
¿quién el bosque mandar podrá?
mandar se desarraigue el arbolado
en las honduras arraigado?
¡Gratos presagios! ¡Víctor! — Antes,
rebelión, la cabeza no levantes
que de Birnam el bosque se alce. Viva
Macbeth lo que natura le prescriba
y rinda su sublime aliento
al tiempo y al mortal evento.
Mas me palpita el corazón
por que me deis aun de esto razón
— decídmelo, si es parte
para decírmelo vuestro arte —:
¿de Banquo reinará algún día
la sangre en esta reyecía?

Todas. No quieras saber más.

Macbeth. Saberlo quiero.
Si rehusáis decirlo, ¡maldición
eterna sobre vos! Satisfacedme. —
¿Qué desciende el perol? ¿Qué ruido es ése?
(Suenan oboes.)

Primera bruja. Mira.

Segunda. Mira.
Tercera. Mira.
Todas. Mira su ojo: al corazón afán:
como sombras vienen;
como sombras van.

(Aparecen ocho reyes; el último con un espejo en la mano; detrás de ellos la sombra de Banquo.)

Macbeth. Demasiado al espíritu de Banquo
te asemejas: ¡abajo! Las pupilas
me quema tu corona. — Y semejante
eres al otro en el talante,
tú, oh sien segunda, coronada de oro. —
Al segundo parécese el tercero.
¡Soeces brujas! ¿eso me mostráis? —
Cuatro van: ¡espantaos, ojos míos! —
¡Qué! ¿seguirá la fila hasta del juicio
el día? ¡Y sigue! Es el septeno. —
No quiero ya mirar. — Viene el octavo
y en la mano un espejo tiene, en donde
parecen muchos más: contemplo varios,
que llevan dobles orbes, triple cetro.
¡Horrendo de mirar! — Ahora veo
ser la verdad; pues Banquo me sonríe
tinto en cruor y señálalos por suyos. —

(Desvanécese la visión.)

Decid: ¿es esto?
Primera. Sí,
Señor; todo es así. —
Pero, Macbeth ¿por qué
estupefacto tal se ve? —
Venid hermanas: consolad su mente;
mostradle vuestro encanto más riente.
Yo hechizo el aire: y sonará armonías,
mientras danzáis, cual en antiguos días.
Diga sincero el grande rey
que honor le dimos según ley.

(Música: danzan las brujas y desaparecen.)

Macbeth.
¿Dó están? ¿Se han ido? ¡Note eternamente
como maldita aquesta
hora funesta
el calendario! — ¡Adentro, tú el de fuera!

(Sale Lennox.)

Lennox. Mande su Majestad.
Macbeth. ¿Viste las brujas?
Lennox.
No, mi Señor.
Macbeth. ¿Con ellas no encontraste?
Lennox. No, mi Señor; ¡y valga la verdad!
Macbeth. Inféstense los aires do volaron:
¡Maldito sea quien en ellas fía! —
Galope de bridones he oído:
¿de dónde habrán venido?
Lennox. Son, Señor mío, dos ó tres que os traen
la nueva de que á Inglaterra ha huído
Macduff.
Macbeth. ¿Huído á Inglaterra?
Lennox. Sí,
mi buen Señor.
Macbeth. Tiempo, adelántaste
á mis empresas de terror. Alcance
nunca al propósito fugaz se da,
si igual con él la acción no va.
Desde ahora las primicias verdaderas
de mi pecho serán también primicias
de mi mano. De hoy más, porque coronen
las obras mis deseos, será uno
desear y obrar. Asaltaré el castillo
de Macduff, y de Fife adueñaréme
y pasaré á cuchillo
su mujer é hijos y cuanta alma infausta
pueda en pos de él venir.
¡No bravear en necio:
obrar antes que hielo
coja el anhelo!
Pero, ¡no más visión! —
¿Quién esos caballeros son?
Vé y tráelos, quienquier que sean.

(Vase.)

ESCENA II.

(Fife. Una sala en el castillo de Macduff. Salen Lady Macduff, su hijo y Rosse.)

Lady Macduff.
¿Qué ha perpetrado, que al destierro va?
Rosse.
Paciencia has de tener, Señora.
Lady Macduff. Él no la tiene.
Loca su fuga fué. Do las acciones
no nos sindican de traición, sindícanos
el temor.
Rosse. Tú no sabes si prudencia
fué ó si temor.
Lady Macduff. ¿Prudencia? ¿Abandonar
mujer, abandonar sus hijos, casa,
honras, en sitio de donde huye él mismo?
Él no nos ama; corazón no tiene.
El pobrecillo reyezuelo,
la más pequeña de las aves, lucha
con el buho por nido y por hijuelo. —
Para él todo es el miedo: el amor nada.
No vale la prudencia, cuando así
contra toda razón la fuga lánzala.
Rosse. Mi carísima prima, yo os suplico
reñíos á vos misma; que el consorte
vuestro es noble, prudente, circunspecto,
del aire y su vaivén gran sabedor.
Decir no puedo mucho más. Cruel tiempo,
en que traidores, sin saberlo, somos;
en que, de temerosos, acogemos
rumores, ignorando qué tememos;

en que á merced flotamos de ondas fieras. —
Adiós: no tardaré: muy luego vuelvo. —
El mal, cuando se excede, á morir tiende,
ó bien á su primer lugar asciende. —
Dios, mi primita mía, te bendiga.

Lady Macduff. Padre tiene; ha tenido padre.

Rosse. Soy tan necio — si aquí más me demoro,
será mal para mí; para vos, lloro. —
De una vez me despido.

Lady Macduff. Rapaz, tu padre ha muerto.
¿Qué vas á hacer ahora? ¿Cuál vivir?

Hijo. Como los pájaros, mamá.

Lady Macduff. ¿Qué? ¿de lombriz y mosca?

Hijo. De lo que cojo, pienso: eso ellos hacen.

Lady Macduff.
Pobre avecilla, ¿redes no temieras
ni liga, trampas, lazos?

Hijo. ¿Y por qué,
mamá? no son para avecilla pobre. —
Por más que digas, mi papá no ha muerto.

Lady Macduff.
Sí; muerto está. ¿ ¿De dónde sacarás
otro padre?

Hijo. No; y tú ¿de dónde
otro marido?

Lady Macduff. ¡Oh! en cualquier mercado
veinte comprarme puedo.

Hijo. Entonces, comprarás por revender.

Lady Macduff.
Todo tu seso apuras; — y no obstante,
es, á fe mía, para ti bastante.

Hijo. ¿Era mi padre un traidor, mamá?

Lady Macduff. Sí; lo era.

Hijo. ¿Qué es un traidor?

Lady Macduff. ¡Vaya! uno que jura y miente.

Hijo. ¿Y son traidores todos los que hacen eso?

Lady Macduff. Cualquiera que lo hace, es
un traidor y se le debe ahorcar.

Hijo. Y deben ahorcarse todos lo que juran
y mienten?

Lady Macduff. Todos.

Hijo. ¿Quién los debe ahorcar?

Lady Macduff.
¡Vaya!: los hombres honrados.

Hijo. Entonces los embusteros y juradores
deben de ser tontos; porque los embusteros
y juradores son bastantes para apalear
á los hombres honrados y ahorcarlos.

Lady Macduff.
¡Ya! Dios te ayude, mi pobre mono. —
Pero ¿de dónde vas á sacar ahora
un padre?

Hijo. Si hubiera muerto, llorarías por él:
si no quisieras llorar, ésa sería una señal
clara de que pronto yo iría á tener un
padre nuevo.

Lady Macduff.
¡Pobrecillo hablantín! ¡cómo charlas!

(Sale un mensajero.)

Mensajero. Noble señora Dios os guarde.
Vos no me conocéis; yo bien, empero,
conozco vuestra dignidad. Me temo
que os amenace un próximo peligro.
Si aconsejaros un plebeyo puede:
no os quedéis aquí; ¡lejos con los niños!
Así aterraros, un horror lo creo:
haceros mayor mal, crueldad salvaje;
la cual tan cerca está de vos. El cielo
os guarde. No me puedo tardar más.

(Vase.)

Lady Macduff.
¿Adónde huir? Yo nada malo he hecho. —
Aunque ahora ocúrreme que vivo
en este mundo terrenal;
donde á menudo el obrar mal
gana loor:
donde, tal vez, el bien obrar se mira
como una peligrosa necedad.
¿Por qué, pues, ¡ay! me acojo á la defensa
femenil: el decir: «Nada hice malo»? —
¡Qué caras tienen ésos!

(Salen asesinos.)

Asesinos. Vuestro marido ¿dónde está?

Lady Macduff.
Espero que no en sitio tan profano,
donde alguien como tú encontrarle pueda.

Asesinos. Es un traidor.

Hijo. Mientes, peludo pícaro,
cerdoso.

Asesinos. ¿Qué? ¡tú, huevo! (le apuñala) ¡hueva
de traidores!

Hijo. Me ha muerto, mamá. ¡Corre!
¡corre, te ruego! (Muere.)

(Vase Lady Macduff, gritando «¡Asesinos!» y seguida de ellos.)

ESCENA III.

(Inglaterra. Una sala del real palacio. Salen Malcolm y Macduff.)

Malcolm. Busquemos sombras solitarias;
y allí desahoguemos el quebranto
de nuestros pechos con el llanto.

Macduff.
Quedémonos más bien y asgamos fuerte
la espada de la muerte:
defendamos, como hombres, los derechos
nuestros de cuna hundidos:
cada mañana, nuevos alaridos
de viudas, nuevo clamoreo
de huérfanos, pesares nuevos hieren
en la faz á los cielos, que resuenan,

cual si el dolor de Escocia compartiesen
y en voz entrecortada repitiesen.
Malcolm. Lo que veo, lo lloro:
lo que conozco, creo:
lo que á tiempo enmendar puedo, lo enmiendo.
Lo que dices, será tal vez así.
Este tirano cuyo sólo nombre
nuestras lenguas ampolla, honrado un día
ser parecía:
tú mismo le querías;
aún no te tocara. —
Soy joven; mas por mí con él podéis
en algo congraciaros: es prudente
con un humilde, débil, inocente
cordero á un dios airado desarmar.
Macduff. No soy traidor.
Malcolm. Mas lo es Macbeth.
Un natural bueno y virtuoso puede
ceder ante un mandato soberano.
Os ruego, perdonadme. Como quiera
seáis, trocar mi mente no os es dado.
Ángeles siempre luminosos son,
bien que cayó el más luminoso.
Aunque todo mal viste buen disfraz,
el bien siempre de tal lleve la faz.
Macduff. Perdidas van las esperanzas mías.
Malcolm.
Quizás en do encontrara yo mis dudas:
¿por qué tan presuroso abandonasteis,
sin decirles adiós, mujer y prole
— prendas tan ricas, tan estrechos nudos
de amor — ? No os ofendáis de mis sospechas,
suplícoos; que asegurarme quiero. —
Piense lo que pensare yo,
ello no os quita vuestro honor.
Macduff.
Vierte, pobre páis, tu sangre; viértela!
Cruel tiranía, afirma tus cimientos:
¡á refrenarte no se atreve el bueno!
Ostenta tu injusticia; legitímase
tu título. — Adiós, Señor:
no fuera yo el villano
que me creéis — por cuanta tierra abarca
la garra del tirano;
el rico Este además.
Malcolm.
Á mal no me toméis lo que os he dicho:
no son mis dudas plena desconfianza.
Pienso nuestro país sucumbe al yugo;
llora, desángrase y heridas
sonle inferidas,
día por día sobre heridas.
Y aun pienso más: allí
brazos por mi derecho se alzarían;
y la benévola Inglaterra aquí
millares me ha ofrecido de valientes.
Empero, aún supuesto que debiera
yo la cabeza del tirano hollar
ó llevarla en la punta de mi espada;
mi patria desgraciada
abundaría, más que nunca, en vicios;
abundara en dolores
más numerosos que antes y mayores,
causados por el nuevo rey
Macduff. ¿Por quién?
Malcolm.
Por mí; de mí mismo hablo; que yo siento
ingeridos en mí de tal manera
toda suerte de vicios que, si públicos,
la de Macbeth negrura
parecerá como la nieve pura;
y ese pobre país por un cordero
le ha de tener, si le compara
á mi maldad sin límites.
Macduff. Venir de las legiones infernales
horrendas ningún diablo tan malvado,
tan condenado puede que supere
á Macbeth.
Malcolm. Convenido: es sanguinario,
impúdico, avariento,
falsario, fraudulento,
colérico, maligno:
trasciende á cuanta culpa nombre tiene.
Mas es sin fondo alguno mi lujuria:
vuestras esposas, hijas y matronas
y vírgenes no bastan á llenar
de mi apetito la cisterna. Todas
las vallas salvaría que opusieran
á mi concupiscencia. Más bien reine
Macbeth, siendo quien es.
Macduff. Libertinaje
desenfrenado tiranía suele
ser, y lanzar de tronos venturosos
á muchos reyes. No temáis, empero,
por eso, coger cuanto es vuestro: daos
libremente al placer, y pareced
con venda de frialdad.
Bastantes damas asequibles hay.
Ser no podéis tan buitre que alcancéis
á devorar cuantas se dan de grado
á la grandeza que inclinada encuentran.
Malcolm. Junto con esta máxima pasión,
codicia en mí germina irrefrenable
tal que, si fuese rey, yo mataría
los nobles, por quitarles sus dominios,
anheloso de las alhajas de éste,
de las casas de aquél. La rica presa
fuera como un estímulo de mi hambre.
Con el bueno y el leal armara riña
injusta por destruirlos avariento.
Macduff. Esta avaricia es más profunda y echa

raíces más fatales que el placer,
risueña primavera: fué la espada
que mató nuestros reyes. Mas no temas:
para hartar con lo propio tu codicia
bastante tiene Escocia. Tolerable
todo esto es, si virtudes lo compensan.

Malcolm. Pero ninguna tengo yo.
Las dotes reales, á saber: justicia
verdad y temperancia,
y firmeza, bondad, perseverancia,
clemencia y humildad, piedad, paciencia,
valor y fortaleza: nada
de esto me agrada;
sino que en mí los crímenes diversos
pululan, y reluchan y obran múltiples.
Á fe, si yo pudiese, arrojaría
en el infierno la sabrosa leche
de la concordia; trastornara
la paz universal y arrebatara
del mundo toda unión.

Macduff. ¡Oh Escocia, Escocia!

Malcolm. Di si es para mandar un hombre tal.
Yo soy cual digo.

Macduff. ¿Para mandar?
no; ni para vivir. —
¡Oh pueblo miserando,
por un tirano usurpador opreso
con cetro sanguinoso!
¿Cuándo á ver tornarás felices días?
¿Si de tu trono el verdadero vástago
pronuncia por sí mismo la sentencia
de su condenación, blasfemador
contra su propia casta? — Tu real padre
fué un rey santísimo; la reina
que á luz te dió, quien más arrodillada
estaba que de pie, moría
todos los días de la vida suya. —
¡Adiós! Los vicios de que tú te acusas,
lejos de Escocia tiénenme.
¡Oh pecho mío, tu esperanza
tocó á su fin aquí!

Malcolm. Macduff, tu noble ardor,
hijo de la inocencia, ha disipado
las negras aprehensiones de mi mente,
reconciliando á mi alma
con tu lealtad y honor.
Este demonio de Macbeth con lazos
símiles ha intentado muchas veces
echarme mano: preservado he sido,
de ligereza crédula en exceso,
por la prudencia y sencillez.
Mas séanos testigo el Dios del cielo:
de hoy más á ti yo me abandono todo.
Retráctome de mi calumnia propia:
abjuro aquí, cual de mi ser ajenas,
las que me imputé máculas y culpas.
Mujer no he conocido ni perjurio;
lo mío propio apenas he deseado;
ni quebrantado nunca la fe dada;
yo un diablo á un diablo no vendiera;
la verdad no amo menos que la vida;
mi acusación fué mi primer mentira.
Lo que realmente soy, es tuyo
y de mi pobre patria.
Allá, en verdad, antes que tú vinieras,
el viejo Siward ya ha partido,
con diez mil hombres aguerridos,
en son de lid. En pos nosotros vamos.
De nuestra causa la justicia augura
que habrá de prosperarla Dios. —
¿Por qué calláis?

Macduff. Tan gratas cosas
y tan ingratas, arduas son
de conciliar.

(Sale un médico.)

Malcolm. Bien; después más. —
(Al médico:) ¿Di, sale el rey?

Médico. Sí, Señor; una turba de infelices
aguarda allí su curación: no cede
del arte á los esfuerzos generosos
su mal; pero él los toca; y — tal virtud
á su mano dió el cielo — al punto sanan.

Malcolm. Gracias, doctor.

(Vase el médico.)

Macduff. ¿Á qué dolencia alude?

Malcolm. El mal la llaman. Á menudo he visto,
desde que en Inglaterra estoy,
al bondadoso rey haciendo
prodigio así tan estupendo.
Como á los cielos ruega, —
él sábelo mejor.
Muchedumbre de enfermos, afligidos
de singular dolencia: todo hinchados,
úlceras todos, de mirar horrendos,
de toda ciencia desahuciados; sánalos
colgándoles del cuello imagen de oro
entre sagradas preces. Y refieren
que á su sangre trasmite el don del cielo.
Á más de tan extraña potestad,
espíritu profético celeste
tiene; y de gracia divinal colmado
proclámanle las bendiciones mil
que en derredor se ciernen de su trono.

(Sale Rosse.)

Macduff. Quién viene, ved.

Malcolm. Un compatriota;
pero no le conozco todavía.

Macduff. Mi siempre noble primo, ¡bienvenido!

Malcolm. Ya le reconocí. — Dios de bondad,
arroja de nosotros aledaños
lo que mirarnos hace como extraños.

Rosse. Amén, Señor.

Macduff. ¿Qué nuevas hay de Escocia?
Rosse. ¡Ay me, tierra infeliz! Casi se espanta
de sí misma. Llamarse madre nuestra
no puede, sino tumba nuestra; en donde
á nadie sino al que nada sabe
se ve tal vez sonreir, donde gemidos
sollozos y alaridos,
que el cielo atruenen,
no se oyen; do se juzgan contorsiones
de éxtasis baladí las convulsiones
del dolor; donde, al toque de agonía,
apenas se pregunta por quién es;
y do la vida de los buenos antes
marchita, que las flores, de sus gorras
adorno, mueren, ó antes de enfermar.
Macduff. ¡Oh pintura en exceso colorida
y sin embargo demasiado cierta!
Malcolm.
¿Cuál es la más reciente pesadumbre?
Rosse.
La que es de una hora atrás, á quien la anunmofa acarrea: nuevo mal engendra [cia,
cada minuto.
Macduff. ¿Cómo está
mi mujer?
Rosse. ¡Vaya! bien.
Macduff. ¿Y mis rapaces todos?
Rosse. Bien también.
Macduff. ¿No ha perturbado el déspota su paz?
Rosse. En paz quedaron, cuando vine, todos.
Macduff. No seas tan lacónico: di más.
Rosse. Cuando de allá cargado yo venía
con estas graves, fatigosas nuevas,
se susurraba que mil socios fuertes
en armas levantábanse. Creílo
tanto más cuanto vi salir las huestes
del tirano. Es el tiempo de auxiliarlos.
Vuestra presencia allí guerreros criara
y al campo hasta mujeres arrastrara,
por sacudir sus horrorosos males.
Malcolm. Consuélense: ya vamos. Inglaterra
benévola nos presta á Siward bueno
con diez mil hombres; más viejo soldado
la cristiandad no ostenta ni mejor.
Rosse. Quisiera responder á tal solaz
con otro igual. Pero palabras tengo
que aullar deseara en solitarios aires,
donde ningún oído las oyese.
Macduff. ¿Á quién tocan? ¿al bien común? ¿Ó
de un pecho sólo? [es duelo
Rosse. Ninguna alma honrada
dejara de sentir gran compasión;
aunque lo principal á ti te atañe.
Macduff.
Si á mí, no me lo ocultes: presto dímelo.
Rosse. Con odio eterno tus oídos no odien
mi lengua por llenarlos del sonido
más flébil que en la vida los ha herido.
Macduff. ¡Ah! ¡lo adivino!
Rosse. Han asaltado
tu castillo y matado ferozmente
tu mujer é hijos. Referir el modo
sería coronar con tu cadáver
de los asesinados el montón.
Malcolm.
¡Dios de piedad! — ¡Qué! hombre, no te bajes
así sobre los ojos el sombrero.
Da rienda suelta á tu dolor: la pena
callada sobrecarga, y bronca atruena
y quiebra el corazón.
Macduff. ¿También mis hijos?
Rosse. Mujer, hijos, criados, todo cuanto
se pudo hallar.
Macduff. ¡Y yo lejos de allí tener que estar!
¿Asesinada mi mujer también?
Rosse. Lo he dicho.
Malcolm. ¡Ánimo! Cure nuestra cuita
mortal, mortal venganza.
Macduff. Hijos no tiene.—
¿Todas mis dulces prendas? ¿Todos, dices?
¡Ah! ¡gavilán del diablo! — ¿Todos?
¿Qué? ¿todos,
mis dulces chicos y su madre?
¿De un agarro feroz?
Malcolm. Repórtate como hombre.
Macduff. Lo haré; pero sentir como hombre
Pensar no puedo sino: «Todo fué; [debo.
y era todo esto el todo para mí.» —
¿El cielo violó, y no los amparó? —
¡Pecador de Macduff: por ti cayeron
todos! Por mí, malvado; por las culpas mías,
no por las suyas propias, atrozmente
degollados, sus almas entregaron.
Ahora, cielo, guárdalos en ti.
Malcolm. Ésta la piedra sea do la espada
vuestra afilar: trocad la pena en furia;
no adormezcáis el corazón: ardedlo.
Macduff. ¡Oh! ¡yo podría ser
con los ojos mujer,
y con la lengua baladrón! —
Pero, cielos de amor, toda tardanza
abreviad; presentadme frente á frente
este enemigo de la patria y mío,
de mi acero al alcance; y si escapa,
¡oh cielos, perdonadle vos también!
Malcolm. Viril acento es éste; vén:
vamos al rey. Las huestes prontas son.
Tan sólo falta adiós decir. Macbeth,
para caer, maduro está;
y los poderes de la altura excitan
derribadores. — Date á la alegría:
noche larga es la que jamás ve el día.

ACTO V. ESCENA I.

(Dunsinane. Un aposento del palacio. Salen un médico y una camarera.)

Médico. Dos noches he velado ya con vos; pero no me puedo convencer de la verdad de lo que habéis contado. ¿Cuándo anduvo por última vez?

Camarera. Cuando su Majestad salió á campaña, la vi levantarse, envolverse en su bata de dormir, abrir su gabeta, sacar papel, doblarlo, escribir en él y acostarse otra vez; todo, profundísimamente dormida.

Médico (aparte). ¡Gran perturbación de la naturaleza! gozar el beneficio del sueño y hacer á la vez las obras de la vigilia. (Á la camarera.) En medio de esta agitación soporosa, á más de la locomoción y de las otras funciones de actividad, ¿qué la habéis oído hablar ó articular?

Camarera. Algo, Señor, que no quiero repetir.

Médico. Á mí sí lo podéis decir, y bueno fuera que lo hicieseis.

Camarera. Ni á vos ni á nadie: no tengo testigo que me abone. (Sale Lady Macbeth con una bujía.) Vedla, ahí viene; así, así lo hace siempre; y ¡por vida mía! profundamente dormida. Observadla; acercaos.

Médico. ¿De dónde ha sacado esa luz?

Camarera. ¡Bah! estaba á su lado; siempre tiene luz cerca de sí: tal lo ha mandado.

Médico. Mirad: abiertos trae los ojos.

Camarera. Sí; pero cerrado está su sentido.

Médico. ¿Qué es lo que está haciendo? Ved cómo se estriega las manos.

Camarera. Es lo que acostumbra hacer: parece como que se lava las manos. Hasta por un cuarto de hora la he visto ocupada en ello.

Lady Macbeth. Aquí queda una mancha.

Médico. Escuchad: está hablando. Apuntaré cuanto dice, para recordarlo á la letra.

Lady Macbeth. ¡Lejos, maldita mancha! ¡Lejos! te digo: ¡una! ¡dos! — ¡lóbrego es el infierno! — ¡Bah! señor mío, ¡bah! ¡soldado, y cobarde! ¿Á qué temer que lo sepa cualquiera, si nadie puede tomar cuentas á nuestro poder? — Pero ¿quién hubiera pensado que el viejo tuviese tanta sangre dentro de sí?

Médico. ¿Oís?

Lady Macbeth. El than de Fife tenía mujer: ¿dónde está ella ahora? — ¡Qué! ¿no quieren estas manos quedar limpias? — ¡Nada más, mi señor, nada más de esto! todo lo echáis á perder con ese sobresalto.

Médico. ¡Adelante! ¡adelante! sabéis lo que no debierais saber.

Camarera. Ha dicho ciertamente lo que no debía: sabe el cielo lo que ella sabe.

Lady Macbeth. Aquí siempre está oliendo todavía á sangre: todos los perfumes de Arabia no endulzan esta pequeña mano. ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Médico. ¡Qué suspiro ése que ha dado! Penosa carga tiene encima su corazón.

Camarera. No querría, ni á trueco de toda la dignidad de su persona, tener dentro de mi pecho un corazón así.

Médico. ¡Bien, muy bien! —

Camarera. Plegue á Dios, señor.

Médico. Este mal supera á mi ciencia. Sin embargo, he visto sonámbulos morir santamente en su lecho.

Lady Macbeth. Lávate las manos; ponte la bata; no estés tan pálido. — Te lo digo una vez más: Banquo está enterrado: no puede volver del sepulcro.

Médico. Conque ¿así?

Lady Macbeth. ¡Á la cama! ¡á la cama! golpean á la puerta: ¡vén, vén, vén, vén! dame la mano. Lo hecho, hecho está: ¡á la cama, á la cama, á la cama! (Vase.)

Médico. ¿Se va á acostar ahora?

Camarera. Derechamente.

Médico. Cosas nefandas se susurran:
si innatural es la obra,
da innatural zozobra.
Almas envenenadas
confían á las sordas almohadas
no pocas veces sus secretos.
Más falta le hace el sacerdote
que el médico. — ¡Perdónanos, Dios mío,
á todos! — Vigiladla y apartad
de ella cuanto servir de daño pueda,
fijos en ella sin cesar los ojos. —
Y buenas noches: me ha pasmado el alma,
turbándome el sentido.
Pienso, y decir mi pensamiento no oso.

Camarera. Doctor, muy buenas noches.

ESCENA II.

(Alrededores de Dunsinane. Salen, con cajas y banderas, Menteith, Caithness, Angus, Lennox y soldados.)

Menteith.
Las fuerzas de Inglaterra cerca vienen,
por Malcolm conducidas y por Siward,
su tío, y el intrépido Macduff.
Arden su santa causa por vengar;
la cual en sed de sangre y en furores
al hombre más magnánimo inflamara.

Angus. Junto al bosque de Birnam reunámonos
con ellos: allá van.
Caithness. ¿Vendrá también
su hermano Donalbain?
Lennox. No, ciertamente:
la lista entera de los nobles tengo;
en ella el hijo está de Siward y otros
muchos imberbes jóvenes, que ahora
estrénanse como hombres.
Menteith. Y el tirano
¿qué hace?
Caithness. Fortifica más y más
el fuerte Dunsinane: muchos dicen
que está demente.
Otros, que menos le odian, lo apellidan
furia valiente.
Es la verdad que contener no puede
su tumultuaria gente
dentro del ceñidor de la obediencia.
Angus. Hoy sus manos manchadas palpa
de esos asesinatos alevosos;
hoy su traición le afean
esas no interrumpidas defecciones.
Los que él manda, van sólo por el mando,
no por amor. Hoy siente que su título
le viste en torno suelto y anchuroso,
como al enano capa que á gigante
robó.
Menteith. ¿Quién reñirá sus torturados
sentidos por obrar enajenados,
si todo en él condénase á sí propio
de estar allí?
Caithness. ¡Sus! vamos y rindamos
homenaje al que pleno lo merece.
Al médico del público bien vamos;
y con él, por limpiar la patria, demos,
hasta la postrer gota, nuestra sangre.
Lennox. Ó cuanta la real flor baste á rociar,
y la cizaña á sofocar.
Marchemos sobre Birnam.

ESCENA III.

(Dunsinane. Una cámara de palacio. Salen Macbeth, un médico y criados.)

Macbeth.
No más mensajes; huyan todos ellos:
mientras á Dunsinane no venga el bosque
de Birnam, soy inaccesible al miedo.
¿Quién es el niño Malcolm? ¿No ha nacido
de mujer? Los espíritus, que saben
todo el humano sino, me dijeron:
«Macbeth, no temas; que ningún nacido
de mujer, potestad antes tendrá
sobre ti.» Huid, pues, thanes fementidos;
juntaos con los anglos epicuros.
Mi mente y corazón se yerguen altos,
ajenos á la duda y sobresaltos.
(Sale un criado.)
¡Negro te torne en el infierno el diablo,
cara de perillán teñido en leche!
¿De dó te viene ese mirar de ganso?
Criado. ¡Ah, Señor, diez mil...
Macbeth. ¿Gansos, alcornoque?
Criado. Soldados, Señor.
Macbeth. Frótate la cara,
vé y tu miedo colora, hígados-lirios. —
¿Qué soldados, parche?
¡Al diablo vete! tus carrillos líneos
difunden el temor.
¿Qué soldados son, faz de suero?
Criado. Fuerzas británicas, si place.
Macbeth. ¡Quita
allá esa cara! — ¡Seyton! — De los nervios
me ataco, al ver... ¡Seyton, te digo! —
Este golpe hoy por siempre me engrandece
ó me derriba. Asaz viví: la senda
de mi vida ha caído en medio al páramo
de hojas en marchitez. Cuanto debía
servirme en la vejez de compañía:
honor, y amor, y sumisión y amigos
doquiera — yo no lo veré; y en cambio,
maldiciones calladas, mas profundas,
y honras de boca, sones que anhelara
negarme el pobre corazón, y no osa.
(Sale Seyton.)
Seyton. ¿Qué place á su graciosa Majestad?
Macbeth. ¿Hay otras nuevas?
Criado. Las noticias todas,
Señor, se han confirmado.
Macbeth. Á batallar
voy, hasta que mi carne se desgarre
de los huesos. Traedme mi armadura.
Criado. Aun no hay presura.
Macbeth. Quiero ponérmela: mandad en torno
más jinetes que exploren todo y cuelguen
á cuantos hablen de temor. ¡Mis armas! —
Vuestra paciente, ¿cómo está, doctor?
Médico. No tan enferma, mi Señor,
cuanto de fantasías incesantes,
que su descanso turban, poseída.
Macbeth. Cúrala de ellas. ¿Aliviar no puedes
la mente enferma? ¿descuajar pesares
en la memoria hundidos? ¿del cerebro
borrar las cuitas
en él inscritas?
¿y con algún antídoto süave,
aletargante, depurar el seno,
de la infesta materia lleno,
que al corazón oprime grave?
Médico. En este achaque médico ha de ser
de sí mismo el enfermo.

Macbeth. ¡Á perros, pues, la física! no me hablen
ya de ella más. — Ponedme mi armadura,
dadme el bastón. — Envía, Seyton. — Vánseme,
doctor, los thanes. — Presto, señor, presto. —
Si pudieses, doctor, mirar las aguas
de mi país, hallar su enfermedad
y con purgas volverle la salud
y bienestar primeros, te aplaudiera. —
Lanza su mal, te digo. — ¿Qué ruibarbo
ó sen ó qué otra purgativa droga
podrá de aquí arrojar á los ingleses? —
¿Supiste de ellos?
Médico. Sí, mi buen Señor:
Vuestros reales bélicos aprestos
nos dicen algo de éstos.
Macbeth. Traedlo en pos de mí. —
No me pondrán temor
la muerte y el horror,
en tanto contra Dunsinane la selva
de Birnam no se vuelva. (Vase.)
Médico. Si honrado irme de Dunsinane lograra,
á él apenas por lucro retornara. (Vase.)

ESCENA IV.

(Alrededores de Dunsinane. Divisase un bosque. Salen, con cajas y banderas, Malcolm, el anciano Siward y su hijo, Macduff, Menteith, Caithness, Angus, Lennox, Rosse y soldados marchando.)

Malcolm. Primos, espero esté ya cerca el día
que se vean seguras las alcobas.
Menteith.
No hay que dudar.
Siward. ¿Qué bosque es el de enfrente?
Menteith. De Birnam.
Malcolm. Sendas ramas los soldados
corten y lleven ante sí. Ocultamos
al enemigo, de esta suerte, el número,
y sus exploradores engañamos.
Soldados. Así se hará.
Siward. Sabemos que tranquilo
en Dunsinane está el confiado déspota,
para aguardar allí el asalto nuestro.
Malcolm. Es ésta su esperanza: le han dejado
grandes, pequeños, cuantos lo han podido.
No se le sirve ya más que por fuerza:
lejanos de él están los corazones.
Macduff. Dejemos nuestro justo irritamiento;
y afortunado abónelo el evento.
Vamos al diligente cumplimiento
del militar deber.
El tiempo llega en que dirán los hechos
qué deberes tenemos, qué derechos:
muestra poca esperanza hablar en vago:
fuerte argumento es el hacer estrago.
Á batallar: ¡sus, á ellos!

ESCENA V.

(Dunsinane. Un patio del castillo. Salen, con cajas y banderas, Macbeth, Seyton y soldados.)

Macbeth. Izad en lo exterior de las murallas
nuestros pendones. Gritan todavía:
«¡Que vienen!» El poder de nuestro fuerte
se ríe desdeñoso del asedio.
Dejémolos yacer allí,
hasta que el hambre y peste los devoren.
Si tantos de los nuestros no engrosaran
sus fuerzas, los buscáramos audaces
barba con barba, y fúgidos, deshechos,
camino de su patria los lanzáramos.
¿Qué clamores son ésos?
(Óyense gritos de mujeres detrás de la escena.)
Seyton. De mujeres, mi buen Señor.
Macbeth. Al miedo
soy ya insensible. Mis sentidos antes
fríos se horrorizaban á un graznido
nocturnal, y mi piel y sus cabellos
alzábanse al tocarlos el terror,
yertos, como si vivos. Abrevado
estoy de horrores. El pavor,
hecho á mis pensamientos de matanza,
no me podrá ya helar. — ¿Por qué el clamor?
Seyton. La reina ha muerto, buen Señor.
Macbeth. Debiera haber más tarde muerto;
y tiempo para tal palabra hubiera. —
Mañana, otra mañana, otra mañana —
así se va arrastrando en marcha llana
el día al día, hasta el postrero punto
del consignado tiempo; y todo *ayer*
á necios ha alumbrado en su camino
al polvo de la muerte. ¡Muere, muere,
candil! La vida es ambulante sombra
no más; un pobre cómico que una hora
ufánase en las tablas y se agita;
para luego por siempre enmudecer:
un cuento es que un idiota va contando,
cuento de fantasía rimbombante,
y sin sentido.
(Sale un mensajero.)
Vienes á decir
algo: suelta la lengua.
Mensajero. Buen Señor
mío, vengo á decir lo que yo creo
vi; mas no sé cómo decirlo.
Macbeth. Y bien,
señor, di.
Mensajero. Yo de centinela estaba
en la colina; y al mirar á Birnam,
me pareció de súbito que el bosque
comenzaba á moverse.
Macbeth. ¡Mentiroso,
patán! (Golpéale.)

Mensajero. Sentir dejadme vuestras iras,
si ello no es tal. Podéislo ver venir
dentro de estas tres millas; os lo digo:
un bosque en movimiento.
Macbeth. Si es falso lo que dices, al momento
del árbol más cercano colgarás,
hasta secarte el hambre. Si es verdad,
conmigo puedes otro tanto hacer. —
Ahora aflojo
en el arrojo,
y empiezo á sospechar
del enemigo el maquinar,
quien dice falsedad
so capa de verdad:
«Mientras á Dunsinane no venga el bosque
de Birnam, no hay temor»; — y un bosque
viene
ahora á Dunsinane, — ¡Al arma! ¡al arma! —
¡y afuera! — Y si lo que él afirma, veo,
no es dado huir de aquí, ni aquí quedar.
Atédiame ya el sol. ¡Oh, si se hundiera
la máquina del mundo toda entera! —
¡Tocad á lid! — ¡Piérdenos, viento: estalla;
al menos muerte dénos la batalla!

ESCENA VI.

(Dunsinane. Un llano delante del castillo. Salen, con cajas y banderas, Malcolm, el viejo Siward, Macduff y el ejército con ramas.)

Malcolm. Bastante cerca estamos: arrojad
vuestro velo de fronda, y tal cual sois
mostraos. — Conducid, vos, caro tío,
con mi primo, vuestro hijo perilustre,
las filas delanteras: Macduff caro
y yo de lo restante cuidaremos,
conforme á nuestro plan.
Siward. Adiós.
Con que antes de la noche las escuadras
del tirano encontremos, fustigados
seamos, si no ceden derrotados.
Macduff. ¡Sonad, clarines todos, vigorosos,
de sangre y muerte nuncios clamorosos!
(Vanse; tocan las cornetas á batalla.)

ESCENA VII.

(Allí mismo. Otro paraje del llano. Sale Macbeth.)

Macbeth. Atáronme á la estaca: huir no puedo;
debo afrontar como oso la corrida.
¿Dó está quien de mujer no haya nacido?
Á ése yo temeré: á ningún otro.
(Sale el joven Siward.)
Joven Siward.
¿Cuál es tu nombre, di?
Macbeth. Tiemblas, si lo oyes.
Joven Siward.
No; aunque llevaras uno ardiente
más que el peor del infierno.
Macbeth. Macbeth llámome.
Joven Siward.
El diablo mismo pronunciar no puede,
otro más execrando á mis oídos.
Macbeth. No; ni tan temeroso.
Joven Siward. Mientes, déspota
aborrecido; con mi espada
yo te desmentiré.
(Combaten; cae el joven Siward.)
Macbeth. Tú de mujer
naciste. — Á los aceros me sonrío,
y de toda arma desdeñoso río,
si alzados por varón
de hembra nacido son.
(Vase. Estrépito de batalla. Sale Macduff.)
Macduff. Allá el estruendo es: muéstrate, tirano:
si te mataren sin poner yo mano
en ti, me habrán de atormentar las almas
de mi mujer y de mis hijos siempre.
Golpear no puedo míseros esclavos,
que en mercenaria mano el asta llevan:
ó á ti, Macbeth, ó inerte el filo hiriente
de mi espada yo envaino nuevamente. —
Allí debes de estar: á hombre muy grande
anunciará el estruendo grande.
Encontrarle permíteme, fortuna,
y no te pediré ya cosa alguna.
(Vase. Estrépito de batalla. Salen Malcolm y el viejo Siward.)
Siward. Acá, señor: rendido se ha el castillo
fácilmente. Las tropas del tirano
combaten ya entre sí: los nobles thanes
batallan con bravura.
Casi de suyo la jornada
por vos declárase ganada:
queda muy poco por hacer.
Malcolm. Con enemigos encontramos
que sus fendientes de nosotros
desviaban.
Siward. En el fuerte entrad, Señor.
(Vanse. Estrépito de batalla. Vuelve Macbeth.)
Macbeth. ¡Bah! ¿del necio romano deberé
yo hacer: matarme con mi propia espada?
Mientras yo vidas vea, los hendientes
mejor será que en ellas se descarguen.
(Vuelve Macduff.)
Macduff. ¡Acá, perro infernal, acá!
Macbeth. De todos los humanos á ti sólo
te he evitado. ¡Atrás! que mi alma ya
gravada demasiado está
con sangre de la tuya.
Macduff. No hablo nada:
mi hablar está en mi espada,

villano más sangriento
de lo que dice todo humano acento.
(Riñen.)

Macbeth. Perdido afán: tan fácil te es el aire
indivisible herir con el acero
agudo, como á mí la piel henderme.
En crestón vulnerable tu montante
descarga: vida tengo yo hechizada,
que no cede á nacido de mujer.

Macduff. De tus encantamientos desespera:
y deja que esto el ángel á quien siempre
has servido, te diga: «Fué Macduff
antes de tiempo del materno vientre
á cuchilla extraído.»

Macbeth. ¡Maldición
sobre la lengua que me dice tal!
pues ella ha anonadado la porción
más noble de mi ser: la hombría.
No nos engañarán ya burladores
enemigos espíritus, que iluden
con sus equívocos: dan la palabra
de la promesa á los oídos: rómpenla
á la esperanza. — Combatir contigo
no quiero.

Macduff. Entonces, ríndete, cobarde;
y vive, hecho espectáculo del mundo:
te mostraremos, como á monstruo raro,
en pértiga pintado, con el rótulo:
«Ved al tirano aquí.»

Macbeth. Yo no me rindo,
para besar el suelo ante las plantas
del niño Malcolm, para ser befado
del populacho y execrado.
Aunque ha venido á Dunsinane el bosque
de Birnam, y tú, mi enemigo, de hembra
no naciste, yo haré el postrer esfuerzo.
Arrojo mi broquel: Macduff, vén fiero;
y maldito el que diga «¡Alto!» el primero.

(Vanse riñendo. Toque á retirada. Vuelven, con cajas y banderas, Malcolm, Siward el Viejo, Rosse, Lennox, Angus, Caithness, Menteith y soldados.)

Malcolm. Ojalá salvos lleguen los amigos
que faltan.

Siward. Algo es menester que falte,
mas, á juzgar por lo que veo, poco
nos ha costado tan feliz jornada.

Malcolm. Faltan Macduff y el hijo vuestro noble.

Rosse. Vuestro hijo, mi señor, pagó el tributo
del soldado. Ha vivido solamente
hasta hombre ser; y apenas lo probara
con el heroísmo que luchó, guardando
el puesto suyo, cuando
como hombre ha sucumbido.

Siward. Conque ¿murió?

Rosse. Sí; ya le han conducido
del campo: vuestra pena no se mida
por sus merecimientos, porque fuera
sin fin.

Siward. ¿Delante las heridas tiene?

Rosse. Sí; en la frente.

Siward. ¡Bien! sea, pues, soldado
de Dios! Si tantos hijos yo tuviese
como cabellos tengo, no deseara
para ninguno más hermoso fin:
y aquí termine todo toque á muerto.

Malcolm. Mayor duelo merece: yo lo haré.

Siward. Más no merece: dicen que pagó
su escote bien y así partió;
¡Sea, pues, Dios con él! — Nuevo solaz
nos viene.

(Sale Macduff con la cabeza de Macbeth en una pica.)

Macduff. ¡Salve rey! ¡que lo eres! Mira
cuál del usurpador se alza la testa
maldita: es libre el mundo.
Brillar te veo con la regia pompa;
y mi saludo en todo pecho vibra;
todos mi aclamación repitan: «¡Viva
el rey de Escocia!»

Todos. ¡Viva el rey de Escocia!

Malcolm. No habremos menester espacio largo
para de mi conciencia hacer descargo,
para pagar cumplidamente
á todos vuestro amor ferviente.
Mis thanes-primos, condes sed desde hoy,
y este tan claro título que os doy
en Escocia estrenad. Lo demás todo,
que lento ha de plantarse en nuevo modo:
como volver los nuestros al hogar
que huyeron del tirano al maquinar;
ejecutar los instrumentos
del muerto carnicero cruentos
y los de su satánica mujer,
que dicen se mató — todo esto hacer
y cuanto nos reclame, tentaremos,
con el favor de Dios, y lograremos,
según prudencia, y tiempo y ocasión.
Á todos, todos, gracias un millón.
Á mi coronación
venid conmigo todos hora á Scone.

(Vanse todos, á son de clarines.)

MILTON.

(1608—1674.)

SU *Paraíso perdido* es un vasto poema teológico, cuya celebridad sostienen los caracteres, la perfección de los cuadros y la rara belleza del lenguaje. Admíranse sobre todo los retratos de satanás y de los ángeles rebeldes, como asimismo los de Adán y Eva.

DEL «PARAÍSO PERDIDO».

ARENGA DE SATANÁS.

(Del libro I.)

«¿Es ésta la región», dijo el precito
arcángel; «éste es el país, el aura
y hogar que á trueque se nos da del cielo?
¿por la celeste luz noche de llanto? —
¡Sea! ¡que el rey de ahora mandar puede
cuanto le plazca, y justo ha de ser ello!
Cuanto más lejos de él, mejor: formóle
Razón idéntico á los otros: Fuerza
le ha sobrepuesto excelso á sus iguales. —
¡Adiós, campos de dicha donde reina
sin fin placer! ¡Salud, horrores! ¡Salve
mundo infernal! y tú, tartáreo abismo,
á tu dominador nuevo recibe:
á uno con espíritu al que el sitio
no muda ni los tiempos: el espíritu
vive dentro de sí, dentro á sí puede
hacer cielo el infierno, infierno el cielo.
¿Qué á mí el lugar, si soy yo el mismo siempre?
si lo soy todo yo, menos tan sólo
que aquel á quien el trueno ha levantado.
Aquí, siquiera, habremos de ser libres:
no hizo el Omnipotente esta morada,
para de ella lanzarnos envidioso.
Aquí seguros imperar podremos;
y para mí el reinar es ansia noble,
bien que en el orco sea; pues más vale
rey ser del orco que en el cielo esclavo. —
Empero, á los amigos generosos,
á los partícipes de nuestra ruina,
¿yacer anonadados dejaremos
del olvido en el lago? ¿Con nosotros
á compartir esta mansión llorosa
no los invitaremos? ¿ó á reunirse
con nos, porque intentemos nuevamente
si algo por recobrar queda en el cielo
ó algo más que perder en el abismo?»

INVOCACIÓN Á LA LUZ.

(Del libro III.)

Salve, sagrada luz, del cielo prole
primogénita: tú eres del Eterno
también ráfaga clara coeterna.
¿Me es lícito llamarte así? Mas lumbre
es Dios y desde eterno sólo mora
en luz inaccesible: en ti, pues, mora —
fulgente efluvio de fulgente esencia
increada. Ó si te place más llamarte
torrente puro, etéreo ¿quién tu origen
dirá? Tú antes que el sol, antes que el cielo,
has sido: tú, á la voz de Dios, velabas,
como en cendal, el mundo que surgía
de entre abismales aguas tenebrosas,
arrebatado al caos infinito.
Á verte hoy torno en más audaces alas,
desde la mar estigia fugitivo;
que en su negra mansión tardéme tanto:
mientras cruzaba, en ellas sostenido,
al redor y al través doquier la sombra,
canté con otros sones que de lira
órfica el caos y la noche eterna;
y osé, de la celeste musa guiado,
el descender y el reascender umbríos:
dificultosa, singular empresa.
Torno salvo á sentir tu soberana,
vivificante antorcha. No visitas
tú, empero, ya estos ojos; que se vuelven
buscando en vano tu vibrante rayo;
y no encuentran albor. — Empero herido
de amor al sacro canto, yo no ceso
de errar por do las musas en fontanas
de cristal moran, ó en sombrosas selvas
ó en colinas del áureo sol bañadas.
Mas, sobre todo, á ti, Sión, te visito,
de noche, y los floridos manantiales
que brotan de tu seno y van parleros,
bañándote la planta consagrada.
No olvido aquellos dos conmigo iguales
en fortuna — igualáralos yo en gloria: —
al ciego Támiris, al ciego Homero: —
y pensamientos de delicia manan
allí de mi alma en armoniosos sones;
cual trina el ave vigilante, oculta
en densa fronda, su cantar nocturno.
Así retornan, al volver del año,
las estaciones; pero nunca vuelve
el día para mí ni el venir dulce
de la tarde y del alba, ni la vista
de la vernal flor ó la estiva rosa,
las vacadas, ó greyes ó del hombre
la diva faz. — Esplende, pues, oh lumbre
del cielo, dentro á mí, tanto más clara;

irradia mi alma y sus potencias todas
penetra, y ojos dale, y lanza de ella
su densa niebla, porque vea y narre
yo lo invisible á la mortal mirada.

DEL SOLILOQUIO DE SATANÁS.
(Del libro IV.)

«Amor y odio; malditos sean ambos:
para mí no difieren; que en herencia
dolor tocóme eterno. Aunque el maldito
eres tú, quien rebelde y voluntario,
lo que hoy con razón lloras, elegiste.
¡Ay de mí! ¿adónde huir la ira infinita?
la desesperación huir infinita?
Do voy, infierno es; soy yo mismo infierno;
y en la abismal hondura otra hay más honda,
que, amenazando siempre con tragarme
se abre anchurosa: al lado suyo, un cielo
paréceme el infierno que me aflige. —
Desparecida así toda esperanza,
helo cuál, en lugar de nos, lanzados
á destierro, ha criado al hombre, nueva
delicia suya, y para el hombre, este orbe.
¡Adiós, pues, esperanza! ¡adiós, contigo,
temor! ¡remordimiento, adiós! que todo
mi bien perdí: sé, mal, mi bien: y al menos,
por ti, el imperio con el rey celeste
compartiré; por ti; y acaso obtenga
yo más de la mitad; cual luego el hombre
habrálo de sentir y el joven mundo.»

DESCRIPCIÓN DEL PARAÍSO.
(Del libro IV.)

Su senda prosiguió [1], y tocó á las lindes
del edén; do corona, cual cercado
campestre, al paraíso de delicias,
con verde valladar, colina excelsa,
de escarpas yermas, solitaria, orlada
de impenetrables selvas, que lo ciñen
ubérrimas doquier, doquier bravías.
En la cima, entre densas sombras, cedros,
pinos, abetos y pomposas palmas
inmensos crecen, y silvestre escena
forman; y con las ramas, de do sombras
van sobre sombras, un selvoso teatro,
encanta á la mirada. Alzaba, empero,
las copas de esta selva dominando,
sus muros de verdor el paraíso.
Veía, desde aquí, yacer su imperio
nuestro padre común y dilatarse
en horizonte vasto y ciclorama;
y sobre el muro, en circular hilera,
árboles hermosísimos, cargados
de la más regalada fruta; flores
y frutos á la vez, con tintas de oro,
irisadas, de fúlgidos esmaltes;
en do imprimía el sol más placentero
sus rayos que en las nubes del ocaso
esplendorosas ó en el húmido iris,
cuando ha llovido Dios sobre la tierra.

Manaba una fontana, de do arroyos
ciento regaban el jardín.... Saltando
entre orientales perlas y áurea arena,
errantes y escondidos so pendientes
sombras, vertían néctar, visitando
cada planta y nutriendo flores dignas
del paraíso.
Así, era aquel sitio
una mansión feliz, campestre, varia:
de selvas cuyos árboles lozanos
goma olorosa y bálsamo sudaban;
ó de que frutos con corteza de oro
bruñida plácidos pendían. — Prados,
aquí y allí, y mesetas y rebaños
que la hierba pacían delicada,
veíanse y colinas de palmeras. —
Y más allá sombrías grutas y antros
de apacible frescor; sobre los cuales
la veladora vid, desde la entrada,
sus racimos purpúreos va tendiendo
y graciosa trepando lujuriante.
De los oteros pinos, entre tanto,
cascadas precipítanse parleras
solitarias, ó en lago se reúnen;
cuyas orladas márgenes de mirto
en el cristal se miran de las ondas.
Las aves coro ensayan; y esparciendo
el aura, vernal aura, la fragancia
de la pradera y selva, á su armonía
se asocia en medio al trémulo ramaje. —
Con desplacer tantos placeres juntos
el enemigo vió y de seres vivos
especies tantas nuevas, singulares.
Dos de figura muy más noble, erguida,
alta divinamente erguida, en veste
de honor nativo y majestad desnuda,
los señores de todo parecían,
dignos de parecerlo; que en sus ojos
divos, de su Hacedor glorioso imagen,
fulguraban verdad, sabiduría,
y santidad severa, inmaculada. —
No eran ambos iguales — él, nacido
para la reflexión, la fortaleza:
para la suavidad y seductores
encantos, ella; él para Dios solo:
para Dios en él, ella. —

[1] Satanás.

Asidos iban
de las manos —: Adán, el más divino
de los hombres, sus hijos; de sus hijas
Eva la más hermosa. En muelle césped,
entre espesura susurrante, orilla
de fuente cristalina, se sentaron. —
En su redor, los animales todos
de la tierra triscaban jugueteando:
retozaba el león, que entre las garras
al cabrito mecía; y osos, tigres
ante ellos retozaban y onzas, pardos.

DEL DISCURSO DE EVA Á ADÁN.
(Del libro IV.)

«Oh tú, para el que y del que fuí formada,
carne yo de tu carne, y sin quien fuera
sin blanco mi vivir; tú, guía mía,
cabeza mía: justo y razonable
es lo que has dicho: le[1] debemos cierto
toda alabanza y gratitud eterna,
y sobre todo yo, cuya ventura
es muy más alta, porque á ti te gozo,
que tienes dones tantos privativos,
incomparables. Rememoro siempre
el día que, del sueño, vez primera
desperté y en umbría sobre flores
me hallé, y atónita me pregunté dó estaba,
quién era yo y por quién traída y cómo.
No muy lejos de allí, de entre una gruta
un arroyo brotaba murmurante;
y derramado en líquida llanura,
quedaba luego inmóvil y tan puro
cual la celeste bóveda. Aquí vine,
de mi inexperta mente conducida;
y en la ribera verde reclinéme
á mirar dentro al lago cristalino:
el cual me pareció otro firmamento.
Inclinéme á mirar, y una figura
he aquí se muestra frente á mí de pronto
dentro al fulgor del agua é inclinada
para mirarme á mí: volvíme atónita:
atónita volvióse; pero luego
tornar me plugo: á ella tornar le plugo,
con mirar de entendida simpatía
y amor. Fijos los ojos hasta ahora
en ella yo tuviera allí, de vano
anhelo lánguida, si tal acento
no oyera de advertencia: 'Eso que miras
que ahí mirando estás, bella criatura,
eres tú misma: va y viene contigo.
Mas vén, y yo te llevaré do sombra
no se alce el ser — de quien imagen eres,
de quien has de gozar, por siempre tuyo.' —
Y te encontré: bello y gentil como eres.» —

DE OTRO DISCURSO.
(Del libro IV.)

«Mi autor y dueño, lo que tú dispongas
sumisa lo obedezco: Dios lo manda.
Es Dios tu ley: la mía tú; la ciencia
sin par feliz de la mujer, su gloria
está en no saber más. Contigo hablando,
olvido el tiempo yo: las estaciones
todas y su andar, place al igual todo.
Suave es el alentar de la mañana,
suave su despuntar con el encanto
de las más tempraneras aves: place
el sol al derramar en esta tierra
de las delicias su naciente rayo
sobre hierba, árbol, fruto y flor, brillantes
con el rocío: la fecunda tierra
fragra después de plácida llovizna:
suave es el tardecer, su paz y hechizo;
y lo es, con su cantor[2] solemne, y luna
hermosa y esas gemas de los cielos,
su corte astral, la noche silenciosa.
Pero, ni el alentar de la mañana,
cuando despunta, en medio del encanto
de las más tempraneras aves; ni orto
de sol sobre esta tierra de delicias;
ni hierba, fruto, flor, entre el rocío
brillantes, ni fragancia tras llovizna;
ni el tardecer, su paz y sus hechizos;
ni silenciosa noche y su solemne
cantor, ni de la luna la carrera,
ó el titilar de los fulgentes astros:
nada es bello sin ti.»

DESCRIPCIÓN DE LA GRUTA DE ADÁN Y EVA.

Entran en su dichosa gruta solos.
Era ésta una mansión predestinada
del plantador supremo para el hombre,
cuando hizo todo en su uso delicioso.
Densísimo ramaje entretejido
formaba la techumbre de alta sombra:
laurel y mirto, que con fronda fuerte,
fragante, más arriba de la gruta
crecía. Acanto á uno y otro lado;
y todo hojoso y oloroso arbusto
velaba el verde valladar; y entre ellos,
como pulcro mosaico, erguía toda
flor bella su florida testa ufana:

[1] Á Dios. [2] ruiseñor.

el tornasolado iris, y la rosa
y el jazmín. Un tapiz rico bordaban
en el suelo, á sus plantas, la violeta
y azafrán y jacinto, coloridos
más que las gemas de mejor oriente.
Ninguna otra criatura: bestia ni ave,
insecto ni reptil entrar osaban
aquí; tanto era su temor al hombre.

APÓSTROFE AL AMOR CONYUGAL.
(Del libro IV.)

¡Salve, nupcial amor, ley misteriosa,
manantial de la vida humana puro,
única propiedad del paraíso,
do todo era común! Por ti se lanza
el adúltero amor lejos del hombre;
amor que hasta los brutos le rebaja.
Por ti las relaciones amorosas
en la razón leal, justa y pura anidan:
tú todo el santo amor de padre, de hijo,
de hermano en enseñar fuiste el primero.—
Aquí el Amor sus flechas de oro emplea:
aquí su antorcha sempiterna luce
y sus alas de púrpura despliega:
reina sin velo aquí: no en la sonrisa
venal de mercenarias: en el goce
desamorado, soso, vil, efímero. —
Ellos de filomelas arrullados,
en abrazo se aduermen; y las rosas
do la mañana se corona, llueve
sobre ellos, nudos, la florida gruta.
Duerme, duerme, pareja bendecida;
y ¡oh! sin par, aún, afortunada,
si no aspirarais á mayor fortuna,
y si querer no más saber supierais.

PLEGARIA MATINAL DE LOS PRIMEROS HOMBRES.

«Éstas, Padre del bien, omnipotente,
son tus obras magníficas; es tuya
esta tan portentosamente hermosa
fábrica universal. ¡Cuán portentoso,
pues, has de ser tú mismo! el inefable,
que moras más allá de aquellos cielos,
invisible á nosotros, ó entrevisto
en estas obras tuyas más pequeñas;
las cuales tu bondad incomprensible
narran también y tu poder divino.
Decid, vosotros que mejor hacerlo
podéis, vos, hijos de la luz, oh ángeles:
vosotros le miráis y entre loores
y concento de júbilo, su trono
cercáis, enmedio á un día sin ocaso.
Vosotros los del cielo y seres todos
del orbe concertaos ensalzando
al que es principio y fin, centro y sin linde.
Tú, el más esplendoroso de los astros,
de la nocturna corte el postrimero,
si ya no eres del alba, precursora
del día; que en tu fúlgida diadema
coronas la mañana sonriente:
alábale en tu esfera, mientras surge
y suave despuntando va la aurora.
Sol, ojo y alma de este grande mundo,
como más grande lóale y entona,
en tu eternal carrera, su alabanza,
cuando alzas, cuando encumbras, cuando te hundes.
Luna, quien ora con el sol naciente
encuentras; ora le huyes con los astros
en su órbita fugaz eterna fijos.
Y vosotras, oh cinco errantes lumbres,
que en no callada, misteriosa danza
giráis, cantad á quien de las tinieblas
llamó la luz. Aire, elementos, fruto
del seno virginal de la natura;
que rocorréis, en cuádruple corrida,
en círculos incesante, multiformes,
y plasmáis y nutrís los seres todos:
vuestras mudanzas sempiternas canten
al grande hacedor nuestro, en siempre nuevo
y vario son. Vos, nieblas y vapores
de altura ó lago humeante, hoscos ó grises,
hasta que vuestra fimbria, níveo vello,
en oro tiñe el sol: alzad, en honra
del grande autor del mundo; y ya con nubes
veléis el incoloro firmamento,
ya bañéis la sedienta tierra en lluvia:
cantad sin desmayar y alborozados,
alzando ó descendiendo, sus loores.
Sus loores, vientos, que alentáis tranquilos,
de los cuatro ángulos del orbe, ó recios;
y vuestras copas agitad, oh pinos
y plantas todas; en señal movedlas
de adoración. Fontanas sonorosas,
ó de suave murmurio, su alabanza
sonando, resonad. Vuestros acentos
á los demás unid, todo animante.
Aves, que hasta la puerta de los cielos,
cantando, os remontáis, llevadle loores
en vuestras alas y en los trinos vuestros.
Y los que os deslizáis entre las ondas,
y los que por la tierra vais andando:
ó en majestuosa planta ó arrastre humilde,
testigos sed, si alguna vez yo ceso
de hacer que la colina, el val, la fuente,
la fresca sombra, mi cantar repitan;
si dejo de enseñarles tus loores.
Salve, Señor del universo, y danos

siempre los bienes todos bondadoso;
y si hizo ú ocultó algún mal la noche,
disípalo, cual ya la rompe el alba.»

LA CREACIÓN.

(Del libro VII.)

El cielo abrió sus eternales puertas,
de par en par, y armónicas sonaron
sobre sus goznes de oro: y paso dieron
al rey de gloria, en su potente Verbo
y Espíritu, viniendo nuevos mundos
á crear. Se detuvieron en el borde
del cielo firme y desde allí miraron
el anchuroso, inmensurable abismo,
violento, cual océano, y obscuro,
y desierto, y bravío, y agitado,
de arriba abajo, por rabiosos vientos
y olas turgentes, que los cielos altos,
subían á escalar, como montañas,
y con el centro á confundir los polos.
«¡Silencio, ondas furiosas! y tú, abismo,
sosiega tus confines discordantes!»
el Verbo omnicreante entonces dijo;
ni se detuvo, sino, alzado en alas
de querubes, voló, con patria gloria,
por entre el caos lejos, por el mundo
aun no nacido: oyó su voz el caos.
Á ver la creación y los portentos
de su poder seguíale su corte
toda, en falanges rútilas, sublimes. —
«¡Sea la luz!» Dios dijo: y al instante
la etérea luz, el ser creado primero,
la quinta esencia pura, fué brotando
de los abismos y empezó su giro,
desde su propio oriente, por enmedio
de las aéreas sombras, como nube
esférica radiante — el sol aun no era —
y en nublo-pabellón moró por tiempo. —
Dijo Dios: «Congregaos en un sitio
hora, aguas de los cielos, y aparezca
tierra árida: y al punto aparecieron
surgiendo las montañas poderosas;
y sus anchas laderas nudas hienden
á las nubes; su cima al cielo toca.
Y cuanto suben sus turgentes cumbres,
tanto se bajan cóncavas honduras,
abriendo lechos de aguas dilatados,
y se hunden anchurosas y profundas.
Á ellos las ondas, con alegre prisa,
rodando precipítanse, cual gotas
que la aridez congloba enmedio al polvo.
Unas en muro de cristal se yerguen;
otras, en su presura, rectas saltan:
que fuga tal imprime á la carrera
de sus corrientes el mandato grande. —
Y dijo Dios: «Reptiles brote el agua.» —
y al punto bullen golfos, mares, toda
cala y bahía en seres; y millones,
con sus aletas y fulgente escama,
bajo las verdes ondas se deslizan;
en cardúmenes tantos, que á menudo
bancan el alta mar. Algunos solos,
acompañados otros pacen ovas,
su pábulo, y se pierden entre selvas
de coral, ó con lampo centellante,
serpean, ostentando al sol sus mallas
tornasoladas, con recamos de oro.
En sus conchas de nácar, sosegados,
aguardan éstos su húmido alimento.
En su fuerte armadura, so las rocas,
están la presa aquéllos acechando.
Por entre la tersura triscan focas
y combados delfines. Masa enorme,
otros nadan pesadamente, é inmensos
con su marcha el océano atormentan;
mientras de los vivientes el gigante,
leviatán, promontorio semejando,
sobre el abismo está tendido y duerme
ó nada, á modo de flotante tierra:
y sorbe dentro á sí por las agallas
un piélago y arrójalo por ellas.
Las cálidas cavernas, entre tanto
y pantanos y playas brotan crías
igualmente infinitas, que sus huevos
fecundos y maduros presto rompen;
desnudas presto empluman voladeras;
á la región etérea se remontan
cantando, y de la tierra se desdeñan
en nube umbría. El pecho plúmeo bañan
otras en lago argénteo y en los ríos:
el corvo cuello entre las blancas alas,
se tiende majestuosamente el cisne
y con remeros pies boga su pompa;
deja á menudo el húmedo elemento
y en alas recias por el éter se alza.
Otras caminan firmes por la tierra:
con su clarín las silenciosas horas
nuncia el crestado gallo; aquél se ufana
con su rútila cola iridiscente,
en flores tinta y en astrales ojos.
Así la onda de peces y los aires
de aves llenáronse, y el quinto día
solemnizaron véspero y aurora.
De la creación el sexto y postrimero
se levantaba entre arpas vespertinas
y matinales, cuando Dios dijera:
«Vivientes ánimas la tierra críe.» —
Aquí terneros brota el verde césped:
el flavo león, allí, asomando, lucha
por desprender del suelo con la mano
la otra mitad del cuerpo: y luego salta,

cual si sus lazos roto hubiera, y corre
ledo agitando su áspera melena. —
Velludas y balando despuntaban,
á manera de plantas, las ovejas;
y entre agua y tierra inciertos, el caballo
de mar y el escamoso cocodrilo.
De entre la tierra á un tiempo rebullía
cuanto se arrastra por el suelo: insectos
y gusanos: los unos agitando
los abanos flexibles de sus alas,
y ornando sus contornos diminutos
con los blasones todos del estío
y su soberbia pompa, y esmaltados
de oro y de púrpura, de azul y verde.
Otros, cual línea el cuerpo estrecho arrastran
y el suelo marcan con sinuosa huella.

Aquí terminó Dios — y remontóse
entre la aclamación y la armonía
de mil arpas sinfónicas sonantes
y angelical concento; y tierra y éter
resonaron — y cielos resonaron
y las constelaciones todas. Prontos
á oir, su andar pararon los planetas;
mientras tanto seguía jubilosa
la pompa de esplendores ascendiendo.

BIBLIOTECA - PALENCIA - REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL

G. Jünemann

Antologia universal

634